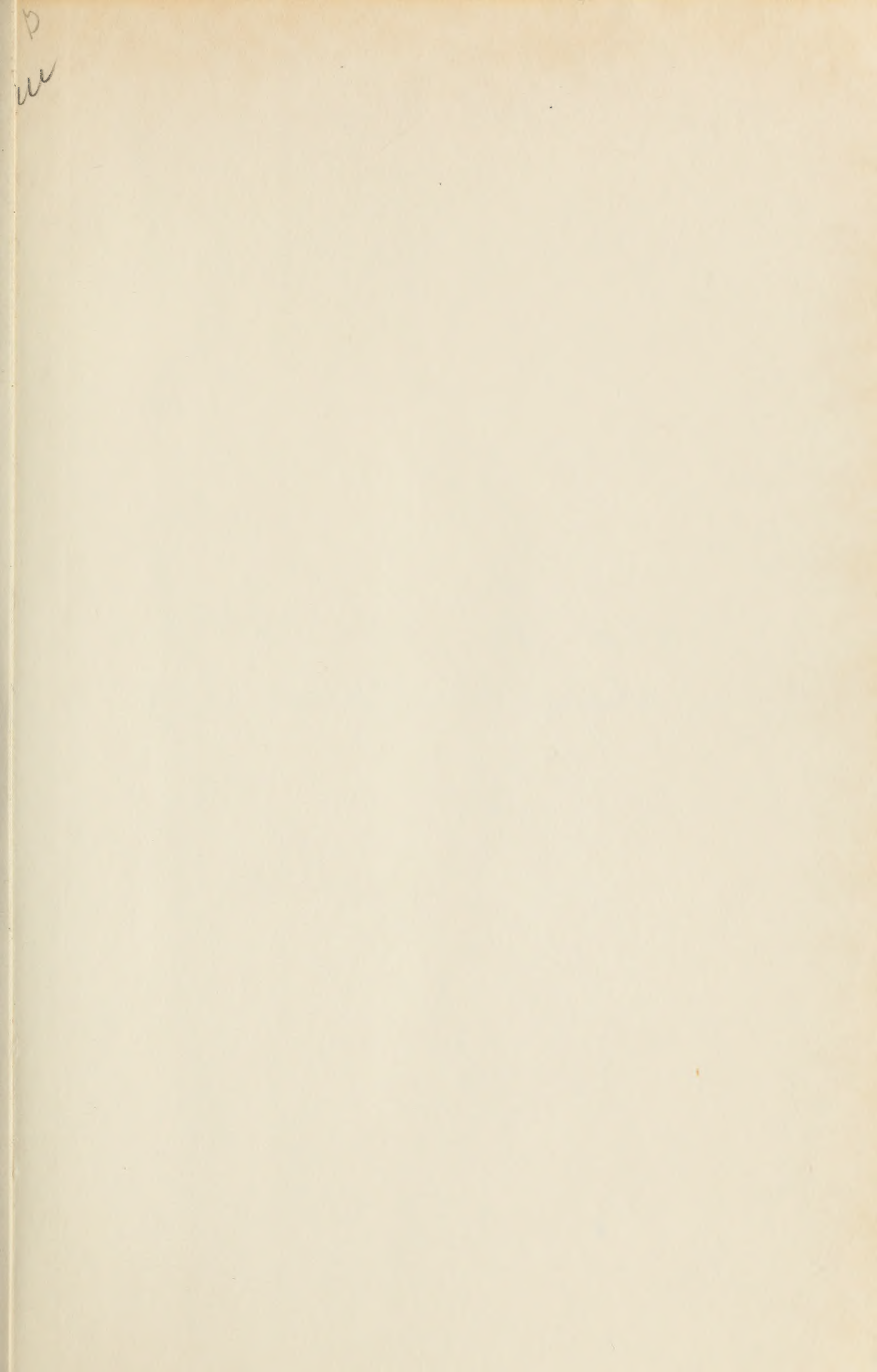




HISTORIA DE SAN MARTIN

Y DE LA EMANCIPACION SUDAMERICANA

BARTOLOME MITRE

HISTORIA
DE
SAN MARTIN
Y DE LA
EMANCIPACION SUDAMERICANA

Serás lo que debes ser,
y sinó no serás nada.
(Máxima de San Martín.)

TOMO SEGUNDO



EDITORIAL TOR - S. R. L.
RIO DE JANEIRO 760
BUENOS AIRES

Printed in Argentina
Impreso en la Argentina

HISTORIA DE SAN MARTIN

Y DE LA EMANCIPACION SUDAMERICANA

CAPITULO XXV

EL PERU

AÑO 1820

La conjunción revolucionaria. — Antecedentes históricos y políticos del Perú. — La Corte de Lima. — Climatología peruana. — El Perú en la lucha de la Independencia. — Sociabilidad peruana. — Reacción del Perú contra la revolución emancipadora. — Preponderancia militar del Perú bajo la bandera realista. — El virrey Abascal y su obra. — Los ejércitos peruanos. — Impotencia del Perú para redimirse por sí y sus causas. — Los primeros mártires de la independencia del Perú, Aguilar y Ubalde. — Los primeros conatos revolucionarios del Perú. — Riva Agüero. — Mateo Silva. — Tendencias de la opinión del Perú en los primeros años de la revolución americana. — El partido constitucionalista de Baquíjano. — Esfuerzos de los peruanos para promover su independencia. — Abascal, Pezuela y La Serna. — Primera insurrección de Tacna. — Levantamiento de Huánuco. — Segunda insurrección de Tacna. — La rebelión de Pumacahua. — El cura Muñecas. — El poeta Melgar. — La conjuración de Castro. — La expedición del general español Ramírez. — Ultimos conatos revolucionarios de los peruanos. — Trabajos preliminares de San Martín para preparar la expedición al Perú. — Agentes secretos de San Martín en el Perú. — Influencia del liberalismo español en el Perú. — Estado político y militar del Perú al tiempo de la expedición de San Martín en 1820.

I

Al tiempo de emprender San Martín su expedición al Perú, la revolución sudamericana iba a condensarse, operando su conjunción militar y política en el punto céntrico del Continente. Las dos grandes masas batalladoras del Sud y del Norte, al seguir opuesto itinerario, se aproximan persiguiendo un mismo objetivo, estrechan el círculo de los realistas y se preparan a dar el golpe de muerte al poder colonial en su último baluarte. Cómo se operó este movimiento concéntrico, cuál es el teatro a que van a trasladarse las operaciones militares y políticas, cuáles los antecedentes históricos y sociológicos del país que va a ser el nuevo teatro de la guerra, qué papeles desempeñó el Perú en la lucha de la emancipación americana, por qué medios y modos públicos y secretos se preparó esta grande empresa, tal es el objeto de este capítulo, fundado principalmente en documentos peruanos y tes-

timonios imparciales y auténticos. Es una página complementaria de la historia de la emancipación sudamericana, que constituye el nudo de las acciones y reacciones de su complicado drama y explica su desenlace lógico.

El Perú fué en la época de la conquista la primera colonia americana donde se despertó el espíritu de insurrección contra la metrópoli, según se relató antes, quemando los mismos conquistadores españoles el estandarte real, al enarbolar en el Nuevo Mundo la primera bandera rebelde y dar batallas en nombre de un nuevo derecho territorial americano (V. cap. I, Int. § VIII). Durante la época colonial se hicieron sentir allí fuertes sacudimientos de las razas mixtas movidas por sus instintos antagónicos contra la raza dominadora. Al finalizar el siglo XVIII, estalló en su seno la gran insurrección indígena de Tupac-Amaru que pretendió restaurar el imperio precolombino de los Incas. Estos movimientos eran meros resabios del revuelto espíritu castellano de la Conquista y agitaciones dentro de los elementos incoherentes del sistema colonial, o el estremecimiento de agonía de la antigua raza conquistada y reducida a servidumbre. No tenía raíces vivaces en el suelo, y si bien presagiasen la índole de la futura insurrección criolla, no diseñaban el carácter de la verdadera revolución emancipadora con nuevas tendencias políticas y sociales. Sofocadas estas insurrecciones bastardas, la tierra entró en su quietismo. Así permaneció por largos años como esas grandes masas de agua del océano que yacen estancadas en medio de las corrientes vivas que las circunscriben. El Perú quedó de este modo aislado del movimiento general de la época. En 1809 y 1810, cuando las colonias se insurreccionaron casi simultáneamente por impulso propio, según se explicó antes (véase cap. I, Int. § II), los estremecimientos de la gestación de una nueva vida apenas se hicieron sentir en su seno. No era que le faltara el germen de la independencia ni el instinto de la nacionalidad: faltábale la coherencia de sus fuerzas, que por razón de su misma inercia debían volverse contra la revolución americana, contrarrestar sus progresos, retardar su triunfo y obligarla a mayores esfuerzos para emancipar todo el Continente, emancipando al fin al mismo Perú.

Fué el Perú en los primeros tiempos de la Conquista un verdadero imperio colonial, que comprendía casi todo el territorio de la América meridional, sujeto a la corona de España, desde el Cabo de Hornos hasta el ecuador. Su nombre se hizo sinónimo de riqueza. Erigido el virreinato de Nueva Granada, bajo cuya jurisdicción quedó Quito; creado el del Río de la Plata que separó las provincias del Alto Perú, e independizada en la forma que antes se explicó la capitanía general de Chile, el Virreinato del Perú ocupaba todavía al tiempo de estallar la guerra de la independencia un vastísimo espacio en el promedio del Continente, que se extendía 25 grados al sur del ecuador, con el Pacífico por límite al Occidente y al Oriente los Andes, hasta tocar con las fronteras del Brasil. En contacto marítimo con Chile y limítrofe con Quito y las provincias del Río de la Plata, su posición central le permitía mantener en jaque los territorios circunvecinos e irradiar su acción al sud y al norte de la América.

Lima era el foco de este imperio colonial. Fundada al pie de la cordillera occidental y a inmediación del mar, en un ameno valle donde no llueve jamás y sólo truena o brilla el relámpago una vez cada siglo, su aire vital carece de resorte, y su sociabilidad participa del carácter de su naturaleza. Un toldo transparente de nieblas, que templa los ardores del sol, y las brisas húmedas del Sud que refrescan la at-

mósfera, mantienen constantemente una temperatura suave, que convida a la molicie. No es una exageración de un clásico poeta gongórico cuando dijo del clima de Lima:

En su horizonte el sol todo es aurora,
El tiempo es todo eterna primavera.

El Callao es su puerto y antemural marítimo, y dueño de las llaves de la navegación y del comercio de monopolio por siglos, podía considerarse por su prestigio como la capital de Sud América. Rivalizaba en opulencia con Méjico y en importancia con las principales ciudades de España, sin excluir la coronada villa de Madrid. Tenía todos los atributos de una corte, con sus privilegios, su pompa, sus vicios y sus deleites enervantes. Circundada de murallas con su acrópolis o bastilla, tenía allí su asiento el más alto representante del monarca español, rodeado de una aristocracia indígena, una plutocracia de españoles europeos y una numerosa burocracia jerárquica. En lo temporal, tenía su ejército y su escuadra al amparo de fortalezas inexpugnables erizadas de cañones. En lo espiritual tenía una iglesia oficial, un clero corrompido y un tribunal de la Inquisición, que fué el único que en América encendió hogueras para quemar herejes. Tres quintas partes de su población, que formaban su plebe, eran, como en la antigua Roma, esclavos, libertos o indígenas tributarios, sin más pasión popular que las corridas del circo de toros, regalo munificente de la metrópoli, o la chicha, regalo hereditario de los Incas. Su corona mundana eran sus mujeres, tipos de belleza y de gracia original, que constituían por su naturaleza eléctrica el nervio social, según la expresión de un profundo observador limeño. Su corona mística era la aureola de rosas siempre frescas de una santa nativa, patrona de las Américas, entre cuyas reliquias se conserva un juego de dados con que echaba suertes con su divino esposo, y que parecería simbolizar otra pasión de la aristocracia limeña importada de España con los primeros conquistadores, que, según el histórico proverbio, jugaron el sol (de oro de Cuzco) antes de amanecer.

Situado dentro del trópico de Capricornio, el Perú poseía todos los climas de la tierra por sus diferentes altitudes desde el nivel del mar hasta el límite de las nieves perpetuas. Estaba habitado por diversas razas sin cohesión entre sí, con un antagonismo latente hasta en la misma raza blanca, según fuese su procedencia europea o americana. La influencia étnica del medio prevalecía en las costas, en los valles andinos y las montañas, imprimiendo a los seres su sello nativo. Un sabio peruano, al estudiar científicamente la climatología con relación a la naturaleza del hombre, ha dicho: "que un país situado den-"tro de la zona ardiente, pero reducido su clima a un temple benigno "por la superabundancia de la humedad de la atmósfera, deben los "que viven en él tener un cuerpo débil; la animalización sea imperfecta, "y que la sangre no se bata ni anime bien en los pulmones, y sus gló-"bulos carezcan de la rubicundez encendida que tiñe las mejillas. Así, "la sangre no tiene en arterias y venas el curso igual que extiende la "fuerza y la vida por todos los miembros del cuerpo, y el vigor mus-"cular se abate y debilita. De aquí es ser la pereza inherente a los "moradores de estos climas. El cuerpo enervado sólo desea el reposo "y los placeres. Es preciso estímulos muy fuertes para sacarlo de su "apatía, y aunque la juventud fogosa y agitada supere esta fatal in-"clinación al ocio, pasados los primeros ímpetus de los años florecien-

"tes, se adelanta por lo común la edad que llaman de la prudencia, "que es la de no hacer nada". Las fuerzas intelectuales del país eran, empero, vigorosas, animadas por la imaginación, en razón misma de la debilidad nerviosa predominante por la influencia del clima. Los peruanos eran por naturaleza ingeniosos; cultivaban las ciencias y las artes; tenían una literatura propia y contaban con hombres inteligentes e ilustrados que habían llamado la atención del mundo. Su Universidad era tan famosa como la de Salamanca en España. Las ciencias naturales y matemáticas se cultivaban en ella. Tenía su escuela de medicina, y sus médicos eran tan acreditados en América como los Montpellier en Europa.

Esta región así poblada y esta sociabilidad así constituída bajo sus dobles influencias enervantes fueron, empero, el centro y el nervio de la reacción realista, a punto de llegar a casi dominar la revolución sudamericana por algún tiempo, y prolongar la lucha por el espacio de quince años. Por eso el Perú era el *delenda Cartago* de San Martín, y por eso hacia él convergían los ejércitos americanos del Sud y del Norte en 1820.

II

Si el Perú se hubiese insurreccionado en 1810, como lo hicieron todas las colonias hispanoamericanas casi simultáneamente, la causa de su independencia habría triunfado en su primera campaña, al menos en el Sud, y al acelerar la emancipación del Norte, ahorrándole inmensos esfuerzos y tiempo. Fué, por el contrario, el centro de la reacción, y esto bastó para paralizarla en un principio, contrarrestarla después y prolongar últimamente la lucha por el espacio de quince años, haciendo de su territorio el último baluarte del poder colonial en Sud América. Varias causas contribuyeron a imponerle fatalmente este papel, en que intervinieron las influencias políticas y naturales, y que explican las circunstancias combinadas con las tendencias de su sociabilidad.

No es que el Perú estuviese menos predispuesto a la revolución que las demás secciones sudamericanas, pues existían allí las mismas causas que debían producir los mismos efectos. Un viajero inglés, testigo presencial de la revolución de Quito en 1809, el que recorría por aquel tiempo el Perú, (1811 1812), dice: "A mi llegada a Lima, en-"contré el mismo espíritu revolucionario diseminado en los criollos de "todas las clases, con excepción de un corto número de empleados lu-"cradores del gobierno. Los habitantes deseaban, con no menos ardor "tal vez que las demás secciones de América, un cambio en la forma "de gobierno; y por no haberlo establecido, se les ha considerado por "muchos, culpables de indolencia y pusilanimidad, cargando con esta "falta sin haberla merecido. Cuando un pueblo se halla bajo la influen-"cia de la fuerza, tanto los habitantes como los soldados deben some-"terse a la voluntad del que manda. Tal era el estado de Lima".

Al tiempo de estallar la revolución, el Perú contaba con una población de más de un millón y medio de habitantes, mucho mayor que la de las Provincias Unidas y de Chile juntas, y si se agrega el Alto Perú dominado por sus armas desde 1815, puede computarse en cerca de dos millones. Pero era una población heterogénea, de que los indígenas formaban más de la mitad; los mestizos de indios y africanos, como un quinto; los esclavos negros como cincuenta mil, y los españoles apenas un séptimo. No tenía por lo tanto la cohesión de las dos

repúblicas aliadas, que en 1820 iban a llevarle la independencia, que los peruanos no podían alcanzar por sí solos, como lo reconoce un historiador nacional. El norte y el sud del Perú eran dos países completamente extraños el uno al otro, y que por la misma similitud de producciones no tenían intercambio, existiendo entre ambos un antagonismo que ha costado neutralizar aún muchos años después de fundada su nacionalidad. Agréguese a esto que la sierra, o sea la parte montañosa del país, y la zona de la costa eran también dos regiones completamente diversas, sin vínculo que las uniese fuera del territorial, y que contrastaban en el orden físico y moral. El clima de la costa es enfermizo y árido, salvo en los valles regados por los ríos que descienden de la cordillera. El clima de la sierra es salubre y rico en recursos de todo genero. Los hombres del litoral eran poco aptos para los trabajos de la guerra. Por el contrario, los serranos mestizos, productos del consorcio del indio y del europeo, constituían el nervio militar del país, pues, aunque en apariencia endebles y con poca energía individual, estaban dotados de una musculatura elástica, eran infatigables en las marchas a pie, con una tendencia a mantenerse agrupados en los peligros comunes, y por lo tanto un buen elemento para formar una excelente infantería, subordinada en el campamento, sobria en los trabajos de la guerra y compacta en el fuego.

La raza europea y criolla estaba afincada en las ciudades de la costa y en los fértiles valles andinos. La raza indígena, conquistada primero y domada después, estaba reducida a la condición de servidumbre, y ocupaba casi exclusivamente el territorio de la sierra. La raza mezclada —mulatos, mestizos y negros criollos libertos— constituía la plebe de las ciudades, que trabajaba para los privilegiados como jornaleros o artesanos. El resto de la población lo formaban negros de Africa esclavizados, que cultivaban las haciendas de sus amos.

Un peruano que en el año de 1820, a que hemos llegado, explicaba las causas que supeditaban la expansión del patriotismo de sus ciudadanos, decía: "La abundancia de castas índica y etiópica, la dificultad "que hay de reunir los sentimientos que puedan ser uniformes entre "los americanos blancos y los indios, por lo menos para combinar un "plan seguro y un sacudimiento general; la ignorancia misma a que han "sido reducidos los pueblos; y últimamente, las fuerzas del terroris- "mo de que se han prevalido los españoles para subyugarnos; no se ex- "trañará, pues, que el Perú, en medio de su abundante población y fa- "cilidad de recursos, no haya podido ni pueda cooperar a la obra de "la redención americana, sin una fuerza (extraña) que apoyase sus "movimientos". Era, pues, una sociabilidad inorgánica, sin coherencia en sus partes componentes, cuyos movimientos revolucionarios tenían necesariamente que ser aislados, y por lo tanto débiles e inconsistentes, como se verá por la reseña que de ellos haremos más adelante. Pero estos elementos, por lo mismo que estaban disgregados y no tenían unidad para la ofensiva, se hallaban dispuestos a ser pasivamente dominados bajo la disciplina de un poderoso centralismo militar y político, como el que imperaba en la Colonia. Esto explica cómo la reacción peruana contra la revolución americana en sus comienzos pudo operarse con tanta eficacia, por su propia inercia como colectividad, y pudo prolongar la lucha en condiciones relativamente ventajosas, concurriendo a ello tras otras circunstancias que dieron por algún tiempo la preponderancia militar a los realistas.

Al tiempo de estallar en 1810 la revolución sudamericana, ocupaba el Virreinato del Perú el general José de Abascal, hombre de edad

provecta pero con notables talentos políticos y militares, dotado de un temple de alma en quien la prudencia se unía a la decisión y la perseverancia. Aislado en medio del continente insurreccionado, hizo frente a la tempestad y convirtió al Perú en la ciudadela del poder colonial y centro de la reacción realista. Si la revolución hubiese podido ser vencida, él la habría vencido, pero hizo lo posible para retardar su triunfo. Reunió tesoros, organizó el Virreinato para la resistencia y para la ofensiva, levantó ejércitos numerosos, sofocó al Norte el levantamiento de Quito, ocupó militarmente las provincias del Alto Perú conteniendo el empuje de la revolución argentina; reconquistó a Chile, dominó el mar Pacífico, sofocó los conatos revolucionarios en su territorio apenas se hicieron sentir; mantuvo al país en obediencia, y al cabo de seis años de lucha y de trabajos sojuzgó todo el continente alzado con excepción de las Provincias Unidas y una parte de Venezuela. Si en 1817 San Martín no hubiese reconquistado a Chile, Abascal habría invadido las provincias argentinas por el Norte y por el Oeste con unos doce o quince mil hombres; habría sostenido a Nueva Granada dándose la mano con Morillo, y contenido los progresos de Bolívar. La insurrección sudamericana, aun no siendo vencida en sus dos últimos focos lejanos, habría quedado aislada en ellos con peligro de consumirse por inanición, o al menos sin esperanzas de vencer. Cuando la revolución atravesó los Andes y tomó a su vez la ofensiva, el Perú colonial empezó a retroceder y a encerrarse dentro de sus montañas, pero manteniendo siempre en alto los pendones del rey de España.

A la eficaz acción del virrey Abascal debióse la preponderancia militar del Perú y los triunfos que coronaron las armas realistas desde 1810 a 1816. Pero hizo más que eso, y fué crear un partido de acción realista americano, que radicó la lucha en el territorio de las colonias insurreccionadas convirtiéndola en guerra civil, y alimentarla con los hombres y recursos del país, creando así en él un espíritu político y guerrero realista que opuso al espíritu de propaganda de los ejércitos de la insurrección. Sobre la base de las pocas tropas españolas con que contaba, organizó un ejército colonial de nueva creación, reclutando entre los habitantes de la sierra, cuyas singulares cualidades para la guerra supo aprovechar con suma habilidad, infundiéndoles el entusiasmo de su causa y la fidelidad a su bandera. Así comprometió al país en la resistencia, lo dominó y venció a sus enemigos, manteniendo la guerra por el espacio de cuatro años con elementos puramente americanos. Reforzados más tarde estos ejércitos con tropas peninsulares, las armas realistas adquirieron mayor consistencia, pero los soldados indígenas constituyeron su núcleo por espacio de quince años, y llenaron constantemente sus claros. Mandados por generales peruanos en los primeros tiempos, dirigidos después por hábiles generales españoles probados en la guerra de la Península, esos ejércitos bien que quebrantados en Chacabuco, Maipu y las fronteras argentinas del Norte, eran en su terreno una verdadera fuerza nacional que sostenía una guerra política y de raza, y sólo podía destruirse atacándola en el suelo a que estaba adherida. Mientras tanto, era el Perú armado una esperanza para los realistas y una amenaza constante para toda la América, que obstaba el triunfo de la revolución dividiendo sus fuerzas continentales. Esto es lo que San Martín comprendió desde el principio, al decir que mientras no se conquistase a Lima la guerra no finalizaría, y lo que le hizo insistir en la idea de llevarla al Perú con tanta convicción como perseverancia.

Al emprender San Martín su campaña por tantos años soñada, iba

a encontrarse frente a frente de dos nuevos contendores, de los cuales uno sería eliminado por su acción indirecta, y el otro vencido por los efectos ulteriores de su expedición. Abascal había abandonado la escena americana, cargado de años y de gloria, dejando ocupado el Alto Perú, reconquistado a Chile, triunfante la causa de su rey en Quito y dominado el Bajo Perú, sólidamente militarizado. Reemplazado en el mando por el general Pezuela, vencedor en Vilcapugio, Ayohuma y Sipe Sipe, su sucesor continuaba la política que había practicado en la escuela del maestro, aunque no con su inteligencia y su éxito. Menos afortunado en sus empresas lejanas, había perdido a Chile y el dominio del mar Pacífico, y se hallaba amagado en su propio territorio por la revolución triunfante al Sud y al Norte, especialmente por el Sud. Empero, mantenía en el Perú el poder militar creado por su antecesor, aunque debilitado por los reveses y destemplado por otras causas que se explicarán a su tiempo. Este era el primer contendor con quien iba a medirse San Martín. El otro era el teniente general José de La Serna, que en 1816 había llegado de España con un refuerzo de tropas, nombrado por el Rey general en jefe del ejército del Alto Perú. Militar de buena escuela con ideas teóricas y larga experiencia de la guerra en Africa y Europa, dotado de un carácter moderado que lo hacía irresoluto en el mando, y profesando en política principios liberales, era La Serna un elemento nuevo introducido en el ejército realista del Perú, sobre el cual adquirió más tarde gran ascendiente, y que estaba destinado a inocularle un nuevo espíritu.

III

Ya se ha visto cómo el Perú llegó a ser fatalmente el centro y el nervio político y militar de la reacción realista, y cómo su resistencia era el único y último obstáculo al triunfo definitivo de la causa de la revolución en la época a que hemos llegado. Falta presentar el reverso de esta medalla, para mostrar cómo el Perú estaba subordinado a la misma ley histórica que lo llamaba a nuevos destinos. Aun cuando el virrey Abascal lo hubiese mantenido en obediencia, alejando la guerra de su territorio y dominándolo por los mismos medios con que la hacía fuera de sus fronteras, no por eso dejó de luchar con resistencias en el interior. El sentimiento americano de emancipación existía latente en el Perú y dió pruebas señaladas de ello no obstante sus desfavorables condiciones y las causas antes apuntadas que comprimían su expansión. Es un hecho que la historia debe consignar, que si el Perú no concurrió desde un principio a la lucha, no es porque faltase a todos sus hijos el anhelo de la independencia y la fortaleza del sacrificio ni porque dejasen de poner los medios a su alcance para sacudir el yugo que los oprimía. El Perú tuvo también sus insurrecciones, que respondieron a la insurrección general; pero fueron sofocadas como casi todas las que estallaron durante los primeros cuatro años, muriendo sus autores en los calabozos, en los cadalsos o en los campos de batalla. Esto quebrantó sus fuerzas revolucionarias, harto débiles por su falta de cohesión y por el poder relativamente incontrastable que las anulaba, y de aquí que el Perú sólo pudiese ser libertado por el auxilio extraño, como lo reconoce el historiador nacional que hemos citado antes. Todas las naciones han pasado por estos períodos de impotencia para labrarse su propio destino. Pueblos considerados más viriles, como por ejemplo Chile y la Nueva Granada, en condiciones más ventajosas, quedaron reducidos a la misma impotencia, y no se ha-

brían redimido por sí solos sin la intervención argentina y colombiana, que los incorporó a la revolución retemplando sus fuerzas nativas. La historia de los esfuerzos hechos por los peruanos para concurrir al movimiento emancipador de la América es por eso una página que entra naturalmente en nuestro cuadro y que se liga directamente con los trabajos que ejecutaron o a que cooperaron para preparar la expedición que debía libertarlos, allanarle el camino, prepararle su éxito y propiciarla después con su opinión eficiente, para concurrir con sus sacrificios al triunfo final.

Cuando a fines del siglo XVIII empezaron a alborear las primeras ideas de independencia y libertad en las mentes oscuras de los colonos hispanoamericanos, indicando que una nueva luz acababa de encenderse, en el Perú empezaron a hacerse sentir los primeros síntomas de una elaboración moral en el mismo sentido, aunque con formas veladas. En 1791, un escritor anónimo publicaba un apólogo sobre la corrupción de las colonias, que decía haber traducido de un pergamino antiguo, encabezándolo con un epígrafe de Horacio: "*Mutato nomine de te fabula, narratur*", en que pintaba a "los romanos enriquecidos con "los tesoros de otros reyes subyugados, que empezaron a mirar con "tedio la rigidez de las costumbres y las virtudes, que poco a poco se "relajaron, legitimando su tiranía, las leyes marciales y el derecho de "conquista", y acababa diciendo que por fortuna estaba raspado el resto del pergamino, evitándole el riesgo de que el público mirase su traducción como una sátira metafórica. Un año después (1792), con motivo de inaugurarse en Lima un anfiteatro anatómico, un sabio peruano llamado José Hipólito Unanue, que tenía nociones claras de los derechos del hombre, y aunque de temperamento tímido, estaba destinado a representar un papel en la revolución, al disertar elocuentemente sobre la "decadencia y restauración del Perú", decía invocando como Montesquieu a las musas, al numen de la política que le dictaba sus palabras: "Los imperios dilatados y sin moradores son cuerpos "fantásticos. ¿De qué sirven los pueblos arruinados? ¿De qué los paí-"ses fertiles sin agricultores? Faltando los brazos que abran las en-"trañas de la tierra, la miseria hará gemir al país donde la liberal na-"turaleza ha derramado los tesoros de su inagotable fecundidad. Tal "es hoy la suerte del Perú. Consumidos sus moradores, sólo presenta "cúmulos de ruinas. ¿Dónde están aquellos pueblos de tan numeroso "vecindario que sostenían su libertad, oponiendo huestes que equili-"braban todo el poder de los Incas? ¿Dónde la multitud de ciudades "con que los héroes españoles quisieron perpetuar su nombre y sus "proezas? Parece que cansada la tierra de la insaciable ambición con "que la agitaban los humanos, abismó de improviso con las vidas sus "tesoros. Parece que al ruido de las cadenas del despotismo y la ti-"ranía que arrastraba el hambre del oro, huyeron los naturales a las "cavernas, a las selvas inhabitables, y desamparadas las provincias, "quedaron sacrificadas a la voracidad del tiempo".

Estas ideas fugaces, envueltas en formas literarias, que revelaban empero una conciencia autonómica que despertaba, cayeron en la cabeza de un visionario, y como la semilla que se modifica según la tierra que la recibe, se convirtieron en un vago plan de independencia monárquica, entroncado en la antigua dinastía de los Incas que comprendía sus antiguos dominios del Alto y Bajo Perú. Naturalmente este pensamiento debía surgir del seno de la Roma incásica, donde se conservaban las tradiciones indígenas a la par de las revelaciones de una vida nueva que los instintos sugerían y que la imaginación exaltaba.

En 1805, un oscuro minero del Cuzco, llamado José Gabriel Aguilar, concibió la idea de emancipar la tierra con el propósito de fundar un gobierno soberano, y confió su proyecto al doctor J. Manuel Ubalde, a la sazón asesor del gobierno local, asegurándole que contaba con el apoyo de la Inglaterra para insurreccionar la América. Estos dos conjurados solitarios comprometieron en sus planes a varios miembros del Gobierno y del clero, entablando relaciones con los caudillos indígenas que podían apoyarlos con sus fuerzas populares. Un día Aguilar comunicó a los iniciados que había tenido un sueño apocalíptico y visto una águila sola que venía del Pacífico hacia el Cuzco, y otra que le salía al encuentro del seno de las montañas, llevando sobre sus alas cuatro hombres con espadas flamígeras —que eran los cuatro principales conjurados—, y que al embestirse ambas, se despeñaban en el espacio, surgiendo bajo sus pies legiones de guerreros que aclamaban a sus nuevos caudillos. Denunciados por uno de los iniciados, Aguilar y Ubalde fueron sentenciados a muerte y ahorcados en la plaza del Cuzco, donde pocos años antes había sido ejecutado el caudillo de la sublevación indígena Tupac-Amaru. Aguilar y Ubalde fueron los primeros mártires de la independencia peruana. Dieciocho años después, el Congreso del Perú independiente los declaró beneméritos de la patria, ordenando que sus nombres se grabaran a la par de los precursores y fundadores de la nacionalidad.

La sangre de Aguilar y de Ubalde debía hacer retoñar en el Cuzco la semilla revolucionaria por ellos sembrada, casi con las mismas formas y medios, pero con objetivos más claros y propósitos más deliberados, respondiendo a la insurrección general de la América.

IV

Los primeros estremecimientos revolucionarios del Perú no asumieron el carácter franco y decidido de las demás secciones sudamericanas. Las conmociones de Chuquisaca, de La Paz y Quito, en el año 1809, tuvieron un eco sordo en Lima. Al mismo tiempo que el virrey Abascal lanzaba sus expediciones interventoras al sud y al norte del Continente, para apagar estas primeras chispas precursoras del grande incendio americano, un grupo de patriotas peruanos, movido por un español llamado Antonio María Pardo, fraguaba una conspiración con el intento de establecer una junta de gobierno autonómico a imitación de las de España. Algo adelantados sus trabajos secretos, fueron denunciados, sometidos a juicio sus promotores y condenados a duras penas. El más ardoroso de los conspiradores, el joven abogado peruano Mateo Silva, fué sentenciado a diez años de presidio y murió en las casamatas del Callao después de seis años de cautiverio. A esto se debe que su nombre haya sido inscripto en el martirologio político del Perú.

La segunda tentativa revolucionaria fué igualmente un aborto, que no pasó de la intención; pero tuvo un carácter más definido por sus tendencias patrióticas. La insurrección de 1810, que sin acuerdo previo entre las partes estalló simultáneamente en todas las colonias hispanoamericanas, con excepción del Perú, cual si obedeciese a un impulso ingénito, movió a los patriotas peruanos a reunirse en secreto, comunicarse sus anhelos y preparar los medios de trabajar por su regeneración. Fué entonces cuando empezó a perfilarse en la penumbra política la figura del único peruano que llegó a concentrar en sí el espíritu nacional, exaltándolo y burlándolo. Era éste don José de Riva Agüero, que contaba a la sazón treinta años de edad. Ambicioso, astu-

to, inteligente y más audaz que valiente, estaba penetrado de un fuerte sentimiento americano y patriótico; tenía las calidades del agitador y del conspirador, pero no las del caudillo ni las del político revolucionario. Había viajado por Europa y recibido una educación esmerada. A su regreso de España, pasó por Buenos Aires en 1808, donde contrajo relaciones con los que en aquella época se ocupaban de la suerte futura de la América, y se dirigió por tierra a su patria con el objeto de trabajar por su emancipación. Así que se hicieron sentir las primeras conmociones empezáronse a formar bajo su inspiración clubes secretos, que se reclutaban en todas las clases sociales. El centro lo formaba una tertulia que se reunía en la habitación del presbítero Ramón Eduardo Anchoris, natural de Buenos Aires y mayordomo del arzobispo de Lima. Sentidos en sus trabajos subterráneos por una denuncia anónima, fueron presos en una noche con Anchoris, el cura de Chonga Cecilio Tagle, su hermano Mariano, el abogado Mariano Saravia, un joven José Antonio Miralla, argentinos todos residentes en Lima, y juntamente con ellos, un italiano llamado José Boqui, personaje misterioso que había aparecido en Buenos Aires exhibiendo una rica custodia al tiempo de las invasiones inglesas y acababa de llegar a Lima, y un flamenco, Guillermo Ríos, a la sazón editor de la "Minerva Peruana". Anchoris fué enviado preso a España y los demás extrañados o sometidos a vigilancia por falta de pruebas. En cuanto a Riva Agüero, supo ocultar su juego con maña, y fué confinado más tarde por sospechoso a una provincia.

La tercera faz de la agitación embrionaria del Perú fué más compleja. La libertad de imprenta declarada por las cortes españolas en 1810 e inaugurada en el Perú en 1811 vino a dar animación a la vida pública a la vez que imprimir nueva dirección a las corrientes inciertas de la opinión. El primer periódico libre que se publicó en Lima, con el título de "El Peruano", exclamaba al ensayar la pluma del publicista: "Rotas las cadenas de la arbitrariedad, podemos desenvol-"ver libremente el genio de nuestras ideas y dar un curso franco a "la estagnación de nuestro pensamiento". Y desenvolviendo su doctrina política, establecía: "Los gobernantes no son el origen de la auto-"ridad. La autoridad debe estar limitada según la intención de sus súbditos. Los gobernantes son responsables ante los pueblos. Los pue-"blos no responden sino a Dios, porque ellos mismos son la causa de su "miseria si acaso siguen algún sistema falso de política. En los pue-"blos reside originariamente la majestad". Era la primera pulsación normal de la vida nueva. Por la primera vez se oía hablar públicamente en el Perú de los derechos originarios de los pueblos, en contraposición a los derechos derivados de los gobiernos absolutos, que hasta entonces se consideraban anteriores y superiores a la libertad humana. Pero estas ideas platónicas que flotaban en la atmósfera no tenían objetivo determinado. La prensa que las difundía era más bien una cátedra de derecho teórico que una tribuna política. De aquí que cuando, tomando cuerpo, intentóse darle una aplicación práctica, contribuyera a variar el curso de la opinión, neutralizándola, en vez de servir directamente a la idea revolucionaria.

El primer impulso en este sentido, de una conmistión hispanoamericana, fué dado por la incorporación de los diputados peruanos a las cortes españolas, uno de los cuales, el elocuente orador y jurisconsulto limeño Vicente Morales y Duares, había contribuído a hacer triunfar con su voz y voto la ley de la libertad de imprenta. De aquí surgió la formación de un partido mixto, que puede calificarse de conservador

hispanoamericano. Fué el producto de la doble influencia de las ideas liberales triunfantes en la metrópoli y de su repercusión debilitada en América. El segundo impulso fué dado por el establecimiento de los Cabildos constitucionales decretados por la Regencia española en 1812, en que por la primera vez los peruanos hicieron uso del derecho electoral, al despertarse en ellos el espíritu cívico y señalarles un objetivo inmediato.

Amalgama de españolismo y americanismo, buscaba la solución del problema identificando los destinos de la madre patria con los de sus colonias, bajo los auspicios del constitucionalismo, que era su fórmula, acercándose a la causa de los realistas en el fondo cuanto se alejaba del radicalismo de los americanistas, que buscaban su regeneración dentro de sus propios elementos por medio de su emancipación.

Era el jefe de este partido un peruano eminente: hombre de letras y hombre de mundo, fastuoso, de principios liberales y de saber enciclopédico, cuya fama había atravesado los mares. Llamábase José Baquíjano y Carrillo, y llevaba el título de Conde de Vista Florida en la aristocracia limeña. Según unos, estaba por la revolución de hecho, a la que propendió como miembro de una sociedad secreta, cuyo órgano era el "Satélite del Peruano", redactado por patriotas peruanos, que sucedió a "El Peruano". Con más franqueza que su antecesor, proclamaba la autonomía y señalaba un ideal relativo aunque en lenguaje anfibológico. "Por patria, entendemos la vasta extensión de ambas "Américas. Cuantos habitan el Nuevo Mundo somos hermanos, somos "una misma familia, tenemos los mismos intereses. Unámonos con lazos "indisolubles y seremos invencibles y dignos de componer una nación. "No debemos tener por hermanos a los que se oponen a la felicidad de "la América y desean que se continúe el antiguo gobierno colonial y el "cetro de hierro que ha regido por tres siglos España y las Indias". Según otros, aunque se inclinaba a la independencia en teoría, pensaba que no había hombres capaces para consumar la obra. El hecho es que su nombramiento de consejero de Estado de la Regencia española fué ocasión de que el entusiasmo popular estallase en el sentido de las tendencias de su partido. La ciudad de Lima le votó espontáneamente tres días de festejos en su honor, manteniéndose iluminadas las calles por tres noches consecutivas. En las provincias más remotas, su nombre fué aclamado como el representante genuino del patriotismo peruano. Simultáneamente se denunció la existencia de una conspiración, atribuída a los partidarios de Baquíjano, que fueron encarcelados por el Virrey, con gran aparato de fuerza armada en las calles Baquíjano partió a España a ocupar su puesto y con él acabó el partido hispanoamericano constitucionalista del Perú. Los ecos del liberalismo continuaron repitiéndose en la prensa hasta 1814, época en que la libertad de palabra fué suprimida junto con la Constitución española, y la opinión quedó otra vez estagnada y sin rumbo en la capital peruana.

V

En las provincias, el movimiento revolucionario de los patriotas peruanos fué más heroico y más trágico, aunque inconsistente y no menos desgraciado.

Hemos dicho antes (cap. V, § III), que al llegar triunfante el primer ejército argentino hasta la margen sud del Desaguadero, en 1811, el representante de la Junta revolucionaria, doctor Castelli, en observancia de sus instrucciones, despachó emisarios secretos al interior

del Bajo Perú, que llegaron hasta Lima, a fin de preparar la insurrección, y que encontraron al país bien dispuesto. En efecto, los patriotas respondieron con decisión a este llamamiento. El pueblo de Tacna fué el primero en dar el grito de insurrección a espaldas del ejército de Goyeneche, situado al norte del Desaguadero.

Es Tacna un oasis situado en una planicie al pie del Tacora, que tiene por puerto a Arica, y que en comunicación con los valles circunvecinos de la costa y la inmediata región andina, constituye el centro comercial de la sierra del sud del Bajo Perú y del norte del Alto Perú. La mayoría de su población se compone de arrieros de distintas procedencias, que introducían las mercaderías a La Paz, Puno y Arequipa, importaban los azúcares del Cuzco, los aguardientes de Moquegua, las quinas de Calisaya, y eran el vehículo de un activo tráfico de mulas que se efectuaba entre las provincias argentinas del Norte y el Alto y Bajo Perú. Por su fisonomía especial y por sus viajes lejanos, su activo contacto con el mundo exterior, y por su fortaleza en las fatigas, los arrieros tacneños formaban una especie de raza nómade dotada de energía moral y con nociones más amplias de las cosas que los que viven aislados en los valles agrícolas y las asperezas de la sierra. Estos fueron los primeros revolucionarios en acción del Perú.

Un joven limeño, llamado Francisco Antonio Zela, púsose al frente de un grupo animoso de patriotas y proclamó la revolución. Por una coincidencia nefasta, en el mismo día en que Tacna se levantaba (el 20 de junio de 1811) las armas argentinas eran derrotadas en el campo de Huaqui. Sofocado el movimiento en su cuna, Zela fué sentenciado a muerte, y conmutada su sentencia, murió como Mateo Silva en un calabozo, al cabo de cuatro años de cautiverio.

Apenas sosegado el tumulto costeño de Tacna, estalló espontáneamente en un rincón de la sierra un levantamiento más considerable. El importante pueblo de Huánuco y los distritos circunvecinos se alzaron en armas al grito de guerra de *¡Mata-Chapetón!* acaudillados por su regidor Juan José Castillo (18 de febrero de 1813). Los insurgentes levantaron un ejército allegadizo de 1500 hombres, pusiéronse en campaña y se situaron sobre el río Huaco, cubriendo el puente de Ambo, fronterizo a la villa del mismo nombre. Atacados en esta posición por fuerzas organizadas y mejor armadas, a órdenes del intendente de Tacna, José González Prada, fueron completamente deshechos, dejando 250 cadáveres en el campo. El vencedor castigó a los pueblos rebeldes de Huánuco, Hyancocha y Ambo con el degüello de cien personas de todos sexos y edades. Castillo y sus coadjutores, José Rodríguez y Juan de Haro, fueron fusilados.

Los contrastes de las armas realistas en Tucumán y Salta (1812 y 1813) y la nueva invasión del ejército argentino al Alto Perú, bajo el mando del general Belgrano, reanimaron las esperanzas de los patriotas peruanos. Los capitulados de Salta especialmente, naturales en su mayor parte de las populosas ciudades de Cuzco y Arequipa, al regresar a sus hogares, propalaron por toda la sierra la noticia de la catástrofe del ejército español, anunciando el próximo avance del ejército argentino. Según los mismos historiadores españoles, ellos fueron los más activos agentes de la revolución, "pregonando el brillo y entusiasmo de las tropas de Buenos Aires y la justicia de la causa que sostenían, a la vez que difundían ideas nuevas e ideas subversivas, promoviendo reuniones clandestinas que predisponían a las poblaciones a la sedición". Un plan de insurrección se proyectó entre varios patriotas del Cuzco, Arequipa, Moquegua y Tacna. Al efecto, salió del Cuzco

un Julián de Peñaranda, que se decía descendiente de los Incas, con el objeto de concertar los medios con los habitantes de la costa sud. En Tacna púsose de acuerdo Peñaranda con el gobernador del distrito, Manuel Calderón, el coronel Carlos García Rivero y el comandante José Gómez, entrando en el plan las autoridades y los principales vecinos de Moquegua. La mayoría era de opinión que se esperase el resultado de la próxima batalla que iba a dar el ejército argentino en el Alto Perú, recordando el ejemplo de Huaqui; pero cuadró la circunstancia de hallarse allí una partida con 20 caballos de excelente calidad con destino al ejército realista, y tanto por privar de este auxilio al enemigo, cuanto por utilizar este elemento de guerra, decidióse dar el golpe inmediatamente. Ejecutada sin resistencia la revolución, confióse el mando de las armas al capitán Enrique Paillardelle, hijo de madre limeña y de padre francés, nacido por acaso en Buenos Aires, en cuyo ejército se alistara y que en calidad de emisario del general Belgrano había pasado secretamente a Tacna y Moquegua con el objeto de promover la insurrección de la costa del Perú. Paillardelle a la cabeza de 200 hombres de caballería —arrieros en su mayor parte— y 170 de fusil, marchó sobre Moquegua para apoyar su pronunciamiento. Salióle al encuentro la guarnición de Arequipa, y lo deshizo casi sin pelear. Por otra coincidencia no menos nefasta que la anterior, el 1º de octubre era derrotado el ejército argentino en la pampa de Vilcapugio, y dos días después, el 3 de octubre de 1813, estallaba el movimiento de Tacna, terminando esta segunda tentativa por una doble derrota como la primera.

VI

La insurrección peruana, sofocada en Lima en 1810, vencida en Huánuco en 1812 y malograda dos veces en Tacna en 1811 y 1813, reventó como un volcán en el Cuzco en 1814. Vencidas las armas argentinas en las jornadas de Vilcapugio y Ayohuma (1813) y expulsadas por segunda vez del Alto Perú, el ejército realista invadió por segunda vez también la frontera norte de las Provincias Unidas y fué rechazado en 1814, según se relató antes, por los partidarios de Salta y las hábiles combinaciones de San Martín. (Véase cap. V, § VI, y cap. VI, § VII). Las Provincias Unidas triunfantes en Montevideo y dominadoras de las aguas del Plata, sin enemigos que combatir dentro de su territorio, se disponían a fines de 1814 a invadir por la tercera vez el Alto Perú, en prosecución del plan militar de ir a Lima por el camino mediterráneo, con el intento de sublevar todas las poblaciones a su paso. Fué entonces cuando estalló en el Cuzco el gran movimiento popular conocido en la historia con la denominación de "Rebelión de Pumacahua", y cuando el ejercito realista, en retirada de la frontera argentina, desprendió a su retaguardia al general Ramírez al frente de una fuerte división con el objeto de combatirla. (Véase cap. VI, § VII). Si Lima era la capital del Perú colonial, el Cuzco era la capital tradicional donde se había anidado la primera idea de la independencia, y era natural que allí hiciese su estallido la revolución americana, levantándose en alianza las dos razas oprimidas: los criollos y los indígenas. La sublevación de Tupac-Amaru había sido puramente indígena: la tentativa de Aguilar y Ubalde fué un sueño de tradiciones antiguas y aspiraciones nuevas: la rebelión de Pumacahua fué criollo-indígena.

El primer síntoma revolucionario se hizo sentir en el Cuzco con motivo de la instalación del cabildo constitucional por elección popular, otorgado por la Regencia española a las colonias americanas, de que

antes se hizo mención. Tres hermanos, llamados José, Vicente y Mariano Angulo, que abrigaban proyectos de independencia y tenían ascendiente sobre la plebe, se pusieron al frente del movimiento electoral criollo. Con los capitulados en Salta, de que se habló antes (§ IV de este cap.) formaron un núcleo de gentes de acción, y en el día de la elección reuniéronse más de mil hombres, atropellaron el cuartel e hicieron triunfar sus candidatos, quedando establecido, un gobierno municipal esencialmente criollo (7 de febrero, 1813). Presos dos de los Angulo con otros conspiradores por nuevas tentativas de sublevación, en que murieron algunos hombres del pueblo que asaltaron el cuartel a pedradas, el Cabildo reclamó su libertad, calificando a las víctimas de la poblada de "mártires de la patria". Los presos sedujeron a los soldados que lo custodiaban, y en la noche del 2 al 3 de agosto de 1814 se sublevaron con la guarnición de la ciudad, depusieron a las autoridades y aprisionaron a los ministros de la Audiencia. Bajo los auspicios de los cabildos secular y eclesiástico, se eligió una junta de gobierno, señalándose como candidato nominal de la revolución, por su prestigio entre los indios, al brigadier Mateo Pumacahua, de raza indígena pura, que desempeñaba interinamente el puesto de presidente del departamento y que había sido elevado a este rango por los distinguidos servicios que prestara contra la gran sublevación de Tupac-Amaru treinta y cinco años antes. José Angulo, que era el verdadero jefe del movimiento, fué aclamado capitán general. El nuevo gobierno levantó dos horcas en la plaza principal en señal de autoridad soberana, inventó un estandarte, levantó un ejército y fundió piezas de artillería que llamó "viborones" en contraposición de las "culebrinas" españolas, preparándose a la pelea. El pueblo respondió con entusiasmo al pronunciamiento, y la cooperación de parte de los más notables criollos y de los mestizos imprimió a la revolución un carácter verdaderamente americano, que se acentuó por sus declaraciones, en que se invocaba "una nueva patria" y propósitos de independencia bajo formas convencionales. Una de sus primeras medidas fué despachar emisarios cerca de las provincias argentinas, buscando su alianza en defensa de la causa común de la América. El obispo José Pérez y Armendaris (cuzqueño) bendijo las armas de los rebeldes en sus caudillos. Los curas y los frailes predicaron la rebelión en las provincias circunvecinas, distinguiéndose entre ellos por su ardor el cura del Sagrario del Cuzco, Ildefonso Muñecas, argentino (de Tucumán), que había sido uno de los principales promotores de la revolución, y como su tribuno y su procónsul, debía representar en ella un señalado papel. Tuvo también un poeta de alma intrépida, que sería uno de sus mártires, y que a la edad de veintitrés años tenía ya un renombre nacional por sus cantos populares, en los que presentía su temprana muerte, y que ha sido llamado el "Moore del Perú". Era natural de Arequipa, llamábase Mariano Melgar, había hecho buenos estudios, y como jurisconsulto fué nombrado auditor del ejército revolucionario.

Los revolucionarios desprendieron tres poderosas columnas —más por su número que por su composición y armamento— en las tres proyecciones militares de la revolución: al Norte, una columna sobre Huamanga (hoy Ayacucho), haciendo frente a Lima; al Sudoeste otra sobre Arequipa, para apoyar las insurrecciones de la costa sud; al Sud y al Norte, otra, para ocupar la base de operaciones del ejército realista que operaba sobre la frontera argentina y cortar sus comunicaciones del Desaguadero, introduciendo la insurrección al Alto Perú. La columna de Huamanga, a cargo de un Gabriel Bejar, Mariano An-

gulo y un Manuel Hurtado de Mendoza, natural de Santa Fe (República Argentina), se posesionó sin resistencia de la provincia, asegurando la retaguardia. La del Sudoeste, al mando de Pumacahua y Vicente Angulo, compuesta de 5000 hombres con 600 fusileros, batallones y escuadrones de piqueros y lanceros y guerrillas de honderos y gente armada de macanas, con sus baterías de "viborones", marchó sobre Arequipa. El intendente José Gabriel Moscoso y el general Francisco Picoaga, uno de los héroes de Vilcapugio bajo la bandera del Rey, pretendieron hacer resistencia con la guarnición de la ciudad. Atacados en la Apacheta, a inmediaciones del pueblo de Cangallo, fueron vencidos y hechos prisioneros, siendo poco después ejecutados en el Cuzco en señal de guerra a muerte y por vía de represalia. Los indígenas de la provincia se sublevaron en masa. Los vencedores entraron en la capital de Arequipa tres días después, y sus autoridades y habitantes los acogieron con aparente simpatía, tomando partido por ellos muchos criollos y mestizos. El caudillo de la revolución, al presentarse ante el cabildo abierto convocado en su honor, sólo pudo pronunciar estas palabras, que dan la medida de sus alcances: "¡No poder hablar... me palpita mucho la colazón!". La columna del Este y del Norte, dirigida por el coronel José Pinelo, llevando por capellán y secretario al cura Muñecas, que era el verdadero jefe de ella, ocupó a Puno y rindió su guarnición (20 de agosto, 1814); cruzó el Desaguadero (11 de septiembre) tomando allí 13 cañones; se apoderó por asalto de La Paz (24 de septiembre), cuya guarnición fué exterminada por el populacho sublevado, que se entregó a todo género de excesos después de rendida la ciudad. La revolución parecía triunfante, y, según confesión de un historiador español, "los realistas creían con harto fundamento decaída definitivamente en su contra la suerte del Perú, y el edificio del Estado parecía desplomado sobre sus cabezas".

Simultáneamente con estos ruidosos acontecimientos, el coronel Saturnino Castro (salteño), la primera espada de caballería del ejército realista, que había decidido la batalla de Vilcapugio y a quien hemos visto figurar en la invasión de Salta (cap. VI, § VI), sabedor de la rebelión del Cuzco, se propuso secundarla. La desaparición de los generales americanos que bajo la bandera del Rey dirigieron los ejércitos americanos en las primeras campañas, y su reemplazo por generales europeos, habían introducido un elemento de discordia entre europeos y americanos. Castro, apasionado de una belleza salteña, cuya ausencia lloraba, y deseando abrirse el camino de la tierra natal o por el triunfo del Rey o por la defección a sus banderas, intentó sublevar el ejercito de que formaba parte, compuesto casi en su totalidad de soldados del Alto Perú, confiado en el ascendiente que tenía sobre el escuadrón que mandaba, en la confianza de que sería apoyado inmediatamente por un batallón de naturales del Cuzco, que constituía el nervio del ejército, acantonado a la sazón en Suipacha. Al efecto solicitó el apoyo armado del general argentino de Tucumán (agosto de 1814), comunicándole su atrevido plan por medio de un emisario secreto. Descubierto en sus trabajos antes de tiempo, precipitó el movimiento seguido de muy pocos, e intimó rendición al general en jefe español, expidiendo una proclama en el sentido de la revolución. Preso por sus mismos soldados, juzgado y sentenciado por un consejo de guerra, fué fusilado en Moraya (octubre de 1814), reclamando el batallón cuzqueño con que creía contar ser el ejecutor de la sentencia, para dar prueba de fidelidad.

Fué entonces cuando el ejército realista en retirada de Salta, ma-

chucado por los partidarios de Güemes y con casi todo el Alto Perú sublevado a su espalda, desprendió una división de dos batallones, dos escuadrones y cuatro piezas de artillería, que componían un total de 1200 hombres, al mando del entendido general Juan Ramírez, con el objeto de domar la rebelión del Cuzco. Los soldados naturales del Bajo Perú se disputaron el honor de formar parte de esta expedición. Ramírez, con no menos actividad y resolución que los insurgentes, marchó sobre La Paz, y en el cerro de Chacaltaya, a inmediaciones del pueblo de Achocalla (2 de noviembre, 1814), destrozó la columna de Pinelo, tomándole su artillería. Atravesó en seguida el Desaguadero por el puente del Inca y rescató a Puno, recuperando su base de operaciones perdida. Aprovechando su victoria abrió su campaña sobre Arequipa y Cuzco. Mientras tanto, la columna expedicionaria de Huamanga, que pusiera en conmoción la inmediata provincia de Huancavélica, había sido rechazada y hecha pedazos con gran mortandad en las sangrientas batallas de Huanta y Matará (3 de octubre de 1814 y 4 de febrero de 1815), por tropas veteranas despachadas de Lima y milicias del país, amagando a los insurrectos por su retaguardia. A la aproximación de Ramírez, Pumacahua evacuó a Arequipa (30 de noviembre) y se situó en Apo, punto donde se separan los caminos del Cuzco y de Puno, desde donde dirigió una intimación al general realista para que "rindiese sus armas al poder irresistible de la patria". El general Ramírez continuó impertérrito su avance y se posesionó de Arequipa, donde fué recibido en triunfo, pues la revolución había empezado a desacreditarse por sus excesos y por la falta de buena dirección política y militar. Después de dar dos meses de descanso a sus tropas, marchó resueltamente sobre el Cuzco. El general insurgente, asistido por Vicente Angulo, reunió sobre el río de Huamachín, a inmediaciones del pueblo de Pucara, más de 20.000 hombres, de ellos 600 fusileros con 37 piezas de artillería, y el resto gente regimentada de a pie y a caballo armada de lanzas, picas, hondas y macanas, en su totalidad indios. Atacado en esta posición, fué completamente derrotado (11 marzo, 1815). La ciudad del Cuzco se pronunció por el Rey. Pumacahua fué ajusticiado en el pueblo de Sicuani y su cabeza clavada en la plaza del Cuzco. Mariano Angulo murió peleando en Huamanga. Bejar, José y Vicente Angulo fueron fusilados. Tocó igual suerte al poeta Melgar, que había combatido en Humachiri en la artillería, y recibió la muerte con entereza varonil.

Así terminó la gran rebelión del Cuzco, que fué el más grande esfuerzo hecho por los indígenas y patriotas peruanos para alcanzar la independencia por sí solos. Desde entonces el Perú quedó completamente sojuzgado y en absoluta impotencia para intentar nuevas insurrecciones. Las sucesivas y repetidas derrotas en el espacio de cinco años habían quebrantado no sólo las fuerzas revolucionarias, sino también demostrado en la prueba la inconsistencia de sus movimientos por la falta de cohesión de los elementos nacionales, su debilidad orgánica por la preponderancia del elemento indígena puro, a la par que la solidez de los ejércitos realistas reclutados en el país que se adhirieron más a su causa. Así lo comprendieron los mismos peruanos, según la confesión de sus historiadores. No quedaba más esperanza que el auxilio extraño, y eso mismo era una esperanza remota en 1815. En el año anterior de 1814 había sido reconquistado Chile por la expedición de Osorio salida del mismo Perú. En el mismo año de 1815 caía vencida la revolución de Venezuela y Nueva Granada por la gran expedición de Morillo, y el ejército argentino que había invadido por

tercera vez el Alto Perú era completamente derrotado en Sipe-Sipe. Pero precisamente en esos momentos aparecía San Martín en Mendoza, a fines de 1816. Cuando los planes del general de los Andes sobre Chile y el Pacífico empezaron a ser conocidos, las esperanzas de los patriotas peruanos renacieron.

VII

Derrotados los patriotas peruanos en el terreno de la acción, no desmayaron. Volvieron a ensayar su táctica de propaganda y conspiraciones subterráneas. Lima volvió a ser el centro de esta agitación sorda. Organizáronse al efecto sociedades secretas, a fin de mantener el fuego revolucionario tapado con cenizas. A su cabeza se pusieron Riva Agüero, a quien ya conocemos, y los doctores Francisco de Paula Quirós y Fernando López Aldana, conspiradores del mismo temple, a quienes seguía una gran clientela. Al anuncio de la próxima invasión de Chile por San Martín, Riva Agüero escribió un libro, que condensaba las quejas y las aspiraciones de los patriotas, que remitido por el a Buenos Aires, se publicó con este epígrafe: "Obra escrita en Lima en el centro de la opresión y del despotismo en el año de 1816". Este escrito, que hoy sólo tiene el valor de un documento curioso, produjo entonces profunda sensación en América, como manifiesto revolucionario. El autor, que en su introducción dice que, "cansado de sufrir la tiranía, tomaba la pluma, temiendo a cada momento ser conducido al cadalso", expone las causas y los motivos de la insurrección sudamericana, y la justifica con razones históricas, filosóficas, económicas y morales, que condensa y comenta en 28 cargos contra la metrópoli. Su conclusión es ésta: "El bien no puede repartirse entre España y Amé-"rica. Los intereses están en oposición. Así, no le queda a la América "para su existencia física y política sino exponerse a los riesgos de la "revolución. Un esfuerzo extraordinario la salvará en un solo día. Co-"nozcan los americanos sus recursos, su fuerza y su bien. A tantos "millones de almas oprimidas no les queda otro recurso que la vengan-"za. Para cada español puede poner la América cien o más enemigos. "Cuando el amor a la patria ha encendido el entusiasmo, no hay que "esperar que las crueldades apaguen este fuego sagrado. Estrechados "a elegir entre la victoria y la muerte, prefieren la suerte de las ar-"mas al ignominioso fin que las aguarda si se entregasen a sus tira-"nos. No hay composición".

A la noticia de la reconquista de Chile, las sociedades secretas de Lima se pusieron en activo movimiento, y la Logia matriz que dirigía los trabajos de zapa, movida por los antiguos agentes de Castelli y de Belgrano, que tenían la clave secreta de las correspondencias, se puso inmediatamente en comunicación con San Martín. Uno de sus miembros caracterizados, bajo el nombre simbólico y significativo de *Franklin*, fué enviado a Chile con una carta autógrafa firmada con el seudónimo de *Caupolicán*, autorizada con la cifra del secretario y fechada en *Salamina* (Lima). "Hemos creído conveniente y conforme "a nuestras miras (decían los patriotas peruanos), daros una idea del "estado de aquellas cosas que más deben influir en vuestras operacio-"nes, que son por lo menos tres, a saber: el estado del orden.·. en este "hemisferio ó en España, el de los independientes en toda su exten-"sion política, y el del Perú. Al efecto, iniciamos en nuestros miste-"rios .·. al h .·. Franklin, que es un hijo del país, con representación "para ponerse en relación con vos con los signos de nuestra regeneración,

"por lo que pueda facilitar nuestros planes en la coadyuvación a la "libertad del Nuevo Mundo, ya que el antiguo está condenado al fa- "talismo de la esclavitud por ahora. Nosotros martillamos bajo la bo- "rrasca; propagamos la L .·. *Libertad* y hacemos prosélitos, capaces "por su decisión de llenar algún día los altos designios de los hombres "de bien. Estos resultados serán lentos, tanto por la liga de los tira- "nos en Europa, como por la contradicción de principios que sabéis se "encuentran en el □ de Salamina; pero Nemea (el Perú) firme en "sus principios, trabaja conforme á ellos, y ya tiene la satisfacción de "ver el fruto por medio de algunos de sus hijos destinados al país de "la independencia. Este hemisferio, como campo de los buenos princi- "pios, espera de vos que unáis á los hombres virtuosos de ambas par- "tes, y que todos marchen bajo las mismas banderas á combatir el "despotismo. ¡Todo es Asia! Sólo América mantiene la esperanza de "los hombres libres. Todos están ligados á fomentar la obra para bien "de la humanidad, que en caso contrario quedaría sentenciada á una "esclavitud absoluta".

La experiencia y la desgracia habían aleccionado a los patriotas peruanos, dando amplitud a sus vistas y consistencia a sus trabajos por la elaboración paciente de sus elementos cívicos. Vese, así por el escrito de Riva Agüero como por la carta simbólica de su logia, el gran progreso que habían hecho las ideas políticas y la transformación operada en las conciencias. Están convencidos que la salvación debe venirles de fuera, después de los infructuosos esfuerzos hechos para redimirse por sí; aspiran decididamente a la independencia; consideran solidaria la causa del Perú y de la América bajo principios uniformes de buen gobierno; comprenden que la lucha es de vida o muerte, y declarando que no hay composición posible entre la metrópoli y sus colonias ni más solución al problema que la emancipación absoluta por las armas, alcanzan en medio de su aislamiento, con rara penetración, que el mundo todo está esclavizado por los poderes absolutos, que "todo es Asia" y que el triunfo de la América es la última esperanza de la libertad. Por ese tiempo, estas mismas ideas se generalizaban en los Estados Unidos y penetraban en Inglaterra, considerando la cuestión sudamericana desde el punto de vista, cuando los mismos revolucionarios apenas empezaban a tener la conciencia del gran papel que desempeñaban en los destinos humanos. Era un partido nacional que se formaba con tendencias americanas que respondían al plan político de San Martín, que buscaba en el Perú un punto de apoyo para terminar allí la obra de la emancipación de todo el Continente, como en efecto terminó.

La comunicación de la logia limeña sugirió a San Martín la idea de preparar su expedición al Perú iniciando una guerra de zapa, como lo había hecho antes de invadir a Chile, sublevando moralmente al país, por la organización de centros de conspiración permanente y llenarlo de agentes secretos para preparar así el éxito de la invasión, creándose de antemano una base de opinión que predispusiese a los peruanos a la revolución a que debían cooperar juntamente con las armas libertadoras que fuesen en su auxilio. Desde entonces no dejó de trabajar el general un solo momento, persiguiendo este plan preliminar, como lo comprueba la correspondencia secreta con sus agentes, conservada entre sus papeles. Así, inmediatamente después de Chacabuco, uno de los primeros actos del vencedor, en su calidad de generalísimo de las dos repúblicas aliadas, fué dirigirse al virrey del Perú, para proponerle un canje de prisioneros y la regularización de la gue-

rra, asumiendo una representación política y externa ante la América como beligerante y libertador. Bajo esta misión ostensible, se ocultaba otra, que era ponerse en comunicación inmediata con los patriotas peruanos, utilizando sus buenas disposiciones, a fin de organizar un servicio metódico de espionaje, y buscar sus agentes en las mismas oficinas del Virrey, para penetrar sus planes, como lo había hecho antes con Marcó (V. cap. XVI, § VIII). Como se dijo antes (cap. XVII, § II), fijóse para desempeñar la comisión de parlamentario en el mayor argentino Domingo Torres, oficial oscuro que por lo mismo no despertaba sospechas, pero cuya sagacidad había calado con su habitual penetración de los hombres y de sus aptitudes especiales.

Las instrucciones ostensibles de Torres le detallaban la manera como debía negociar el canje de prisioneros y distribuir entre ellos y los confinados patriotas en Lima la cantidad de diez mil pesos de que era portador. Las instrucciones *reservadísimas* le prevenían que el objeto principal de su comisión era examinar el estado político y militar de Lima y demás gobiernos del continente meridional; tomar cautelosamente razón de las fuerzas marítimas y terrestres que guarnecían el Perú, así como del número y calidad de sus buques de guerra y armamento, indagando las opiniones de sus jefes y oficiales; a cuyo efecto se pondría en relación con los patriotas más señalados, para fomentar sus aspiraciones a la independencia y ofrecerles el apoyo de las armas de las Provincias Unidas, cuyo poder imponente le encarecía hacer conocer, secretamente, de palabra o por la difusión de los escritos y proclamas de que era conductor.

El comisionado fué cortésmente recibido por el Virrey, pero secuestrado en una fortaleza y sujeto a una rigurosa vigilancia, dentro de un círculo de centinelas, para impedirle todo contacto con la población. Los patriotas peruanos se dieron maña para burlar estas precauciones y ponerse en comunicación directa, suministrándole datos recogidos en la misma secretaría del Virrey y noticias detalladas de la expedición que a la sazón preparaba sobre Chile, así como de un plan de campaña, lo que permitió a San Martín apercibirse con tiempo para recibirla y anonadarla en Maipu, según en su lugar queda relatado (cap. XVII, § II).

Por intermedio de una entusiasta patriota limeña, que tenía un hijo empleado en la fortaleza, la señora Brígida Silva —que en ocasión de la conspiración de Anchoris y Tagle había prestado análogo servicio—, pudo Torres entablar correspondencia con López Aldana, Riva Agüero y Quirós, trasmitirle las instrucciones y la palabra de orden convenida, concertando señales que le imponían de todas las novedades de la ciudad. Relajada algún tanto la vigilancia de que era objeto, el emisario pudo entrar en comunicación directa con otros patriotas, que le proporcionaron datos preciosos recogidos en la misma secretaría del Virrey, uno de cuyos empleados supieron ganarse jugando su cabeza. Por este medio, obtuvo planos, estados exactos de las fuerzas que guarnecían el Perú y situación de ellas, de sus buques de guerra, de las existencias de sus parques y arsenales y hasta de los más secretos planes del enemigo. Arregláronse los corresponsales que debían comunicarse directamente con San Martín, por medio de claves combinadas; se determinaron los puertos y caletas de las costas peruanas por donde se dirigían los despachos con un plan de señales convenido, estableciendo estaciones y vigías a lo largo de ellas, y se propagó secretamente la voz por todo el país de que una expedición chileno-argentina iría en el término de un año a libertar al Perú. La

misión secreta de Torres, con el pretexto de canjear prisioneros, produjo el efecto de una revolución latente, que puso en ebullición el patriotismo peruano, especialmente en Lima.

Al anuncio de la llegada de un emisario de San Martín a Lima, y trasmitida la palabra de orden a los afiliados en las sociedades secretas, acudieron de varios puntos del país numerosos patriotas buscando entenderse con él. Entre ellos merece especial mención Remigio Silva, hermano del precursor y mártir Mateo, que había sido secretario de la primera conspiración peruana con tendencias autonómicas, organizada en 1809. Hallábase en Huacho por este tiempo, en compañía del teniente coronel argentino José Bernáldez Polledo, de origen español (asturiano), que había asistido a las jornadas contra las invasiones inglesas en Buenos Aires, y decidido por la causa americana concurrió a las batallas de Tucumán y Salta, cayendo prisionero en Vilcapugio. Era un hombre cargado de años pero de corazón y cabeza. De acuerdo con sus compañeros de infortunio, los prisioneros argentinos, peruanos y chilenos, encerrados en las casamatas del Callao, había organizado dos conjuraciones con el objeto de alcanzar su libertad y apoderarse de uno de los buques de guerra surtos en el puerto. Fugado por dos veces de su prisión, refugióse en la casa de Silva, en Huacho, quien lo ocultó a riesgo de su vida. Torres comprendió el valor de estos dos agentes, los comisionó para que permanecieran en la desierta costa de Huarmey, a 310 kilómetros al norte de Lima, con el objeto de recibir las comunicaciones que condujesen los buques, que se harían conocer por señales convenidas, y transmitirlas a los patriotas de la capital.

VIII

Después de la batalla de Maipu, y asegurado el dominio marítimo del Pacífico por los independientes del Sud, San Martín y O'Higgins levantaron resueltamente la bandera redentora del Perú, anunciándole que las armas de las Provincias Unidas del Río de la Plata y de Chile marcharían en su auxilio, con promesa en su nombre de darle la libertad y la independencia como nación soberana e independiente. (V. cap. XXI, § III). La aparición de la escuadra chilena en las costas del Perú y las proclamas de O'Higgins, San Martín y Cochrane esparcidas en todo el país reanimaron las esperanzas de los patriotas peruanos, quienes respondieron a ellas trasmitiendo casi diariamente avisos oportunos, que fueron muy útiles al almirante para sus operaciones navales.

Acompañaba a Cochrane en calidad de secretario a la vez que como agente secreto de San Martín cerca de los partidarios de Lima, el doctor Alvarez Jonte, con el encargo especial de preparar el terreno de la expedición por medio de trabajos secretos. "Estoy en correspon-"dencia con los principales patriotas — escribía Alvarez Jonte desde el "Callao— y me he comprometido con ellos sobre la venida del ejército. "Si no se verifica esto pronto, no sólo perderemos una bella oportu-"nidad, sino que no tendremos derecho a ser creídos en otra. No hay "que temer expedición de España. Demos el golpe al Perú y deje que "se descuelgue la Europa. Aquí, aquí es donde está el centro del poder, "y éste está expirante. Todo lo tengo conmovido y preparado. ¡El ejér-"cito, el ejército!, aunque sea con cuatro mil hombres y ocho mil fu-"siles de repuesto. Cerrar los ojos y vamos a completar la obra". Desde entonces, empezáronse a sistemar los trabajos preparatorios para

asegurar el éxito de la invasión libertadora. Concertáronse puntos de desembarco, se nombraron comisionados en ellos para preparar el ánimo de los habitantes, reunir cabalgaduras y otros trabajos para propagar por todo el país el espíritu revolucionario. Esta correspondencia, reservadísima por su naturaleza y que sólo se refería a ulteriores operaciones terrestres que en nada se relacionaban con la escuadra, despertaron las sospechas de Cochrane, que creyó ver en Alvarez Jonte un espía cerca de su persona. Depositada por el secretario en su camarote, bajo el sello del almirante, éste se consideró autorizado a romperlo e imponerse de su contenido, en ausencia de aquél, reprochándole recibir cartas de San Martín de cuyo contenido no tuviese él conocimiento. Este incidente revela que los celos de Cochrane contra el general de los Andes fermentaban desde entonces en su alma.

Por este tiempo llegaron a Chile varios emigrados peruanos, y algunos de los agentes secretos a dar cuenta del resultado de sus respectivas comisiones, entre ellos Bernáldez Polledo, que con Silva había permanecido dos años en la costa de Huarmey desempeñando con grandes riesgos el encargo que se les confiara. Cada uno de ellos era portador de planes de campaña remitidos desde Lima, presentándole otros sus ideas por escrito. Estos planes, que revelan más patriotismo que inteligencia militar y juicio, contenían algunos datos interesantes, y son curiosos como documentos históricos; pero de poca o ninguna utilidad podían servir al general expedicionario para completar sus ideas, pues no pasaban de divagaciones escritas por doctores sin nociones de la guerra. Los más racionales fueron los de Bernáldez Polledo y Silva, con Lima por objetivo. El del primero se reducía a desembarcar en Pisco con cuatro a seis mil hombres, sublevar los negros esclavos de los valles inmediatos, inundar el país de guerrillas irregulares y marchar en masa sobre Lima; establecerse en Lurín y cortarle sus recursos, con lo cual la ciudad se rendiría. El de Silva era más complicado: consistía en efectuar un doble desembarco al sud y al norte de Lima con dos divisiones de 2500 a 3000 hombres cada una, y converger sobre ella, mientras la escuadra amagaba un desembarco por el Callao. Merece especial mención uno de estos planes, aunque sea un desatino metódico, redactado por persona inteligente, conocedora del país, que tiene de singular ser la antítesis del plan de San Martín, renovando por el interior del país todas las dificultades que éste evitaba por la vía marítima. Según su autor, el Perú debía ser atacado por un ejército de 3500 hombres que partiese de la frontera argentina del norte (Jujuy) y otro de 5200 hombres que zarpase el mismo día de Valparaíso. Los puntos de desembarco de éste serían Arica e Ilo, a fin de apoderarse de Tacna y Arequipa. Realizado este primer objetivo, y dejando convenientemente fortificadas ambas ciudades conquistadas, el ejército se dirigiría al Alto Perú y se situaría en Venta y Media, para dominar La Paz, Oruro, Cochabamba y Potosí. Mientras tanto, el ejército de Jujuy picaría la retaguardia del realista situado en la frontera argentina, el cual, tomado entre dos fuegos, sucumbiría. Reunidos ambos ejércitos en Venta y Media, marcharían sobre el Bajo Perú, procurando atraer al enemigo a Tacna y batirlo. Si no se conseguía, avanzarían por tierra sobre Lima, siguiendo el uno el camino de la sierra por el Cuzco, y el otro por Arequipa, para converger a Cañete, al norte de Lima. Allí procurarían sacar al enemigo a campo raso, fuera de sus murallas, y si no se conseguía esto, incendiar con cohetes la capital del Perú, a efecto "de debilitar la defensa", por cuanto, agrega el autor, "es operación sencilla, por ser sus edifi-

"cios de madera, y que causaría la mayor impresión, y tal vez de pa-"vor en un pueblo no acostumbrado a la guerra". Por aquí se ve que si los patriotas peruanos dieron un valioso contingente de opinión a la expedición destinada a libertarlos, no sugirieron ninguna idea militar al general que debía mandarla, como se ha pretendido por algunos.

Entre los peruanos residentes por este tiempo en Chile, había dos jóvenes oficiales, llamados Francisco Fernández Paredes y José García. Ambos presentaron a San Martín un plan para la creación de un batallón de naturales del país, formado de soldados de los mismos batallones realistas que los oprimían, que con la bandera nacional se incorporaría al ejército expedicionario, a cuyo efecto aseguraban tener trabajos adelantados. Paredes había formado parte de la segunda expedición de Osorio, y prisionero en Maipú, tomó partido por la independencia. García había desertado de las filas españolas en el Alto Perú y formaba parte del ejército de los Andes. Ambos eran limeños, y se mostraban dispuestos a sacrificar su vida en servicio de su patria. El general, descontando de su plan lo que tenía de novelesco, quiso utilizar su buena voluntad, y les confió una comisión peligrosa. En un extenso pliego de instrucciones les previno que su misión tenía por objeto reunir todos los datos que les suministrasen los patriotas peruanos, tomando por sí mismos los conocimientos necesarios respecto de los recursos de los puntos de desembarco al Sud y al Norte, especialmente en punto a caballadas y provisiones. "Toda conmoción po-"pular —les decía en ellas— tiene tres momentos difíciles: el de la "preparación, en que se suele pecar por imprudencia; el acto de la "ejecución, en que se peca por debilidad, y el posterior, por necia con-"fianza. Por consiguiente, jamás deben dirigir un plan de revolución "sino las personas más precisas y decididas, obrando en secreto". Para moderar su ardoroso celo, les prevenía: "Como puede ser difícil y aún "peligrosísimo que se ejecute una conmoción general antes de la lle-"gada de mi ejército que la proteja, sería más útil y eficiente el que "se preparasen conmociones parciales distantes unas de otras, para "que reventasen en el momento de mi desembarco, pues sería impru-"dencia excitar un movimiento intempestivo, que por su aislamiento y "falta de recursos no sirviese en último resultado sino para hacer más "fuerte al enemigo". Seguro de que su solo nombre bastaba para abrirles crédito en todas partes, como había sucedido antes de emprender la reconquista de Chile, los autorizaba a hacer uso franco de su firma, a fin de proporcionarse el dinero necesario para el cumplimiento de su comisión, recomendándoles la economía. Pero cauto y desconfiado siempre, dió instrucciones verbales a cada uno de los comisionados, de manera que cada uno fuese espía del otro y se controlasen mutuamente. Luego se verá que esta precaución era previsora.

Los dos comisionados, con los nombres de *Cario* y *Mario*, que debían usar en su correspondencia, embarcáronse en la goleta "Montezuma", el buque más velero de la escuadra, pedido al efecto por San Martín con todo sigilo. Ambos desembarcaron en la playa de Ancón, donde se encontraron con Silva, enterrando en la playa su correspondencia, que llevaban acondicionada en tarros de lata soldados. De allí se dirigieron a pie a Lima, burlando la vigilancia de las partidas que celaban la costa. En Lima se pusieron en comunicación con Riva Agüero. A la exhibición de la firma de San Martín, todas las bolsas se abrieron generosamente, poniendo en sus manos una cantidad de más de diez mil pesos, sin más caución que un recibo firmado por *Cario* y *Mario*. Paredes pasó al interior de la provincia de Huaylas, de donde

regresó después de desempeñar su comisión. García siguió costa abajo hasta Trujillo, donde, detenido por una guardia realista traicionó a sus amigos por el interés de quedarse con el dinero obtenido con la firma del general. En consecuencia de esta delación fueron presos en Lima, Riva Agüero, el cura argentino Tagle y varios patriotas peruanos, a quienes se encerró en los calabozos de la Inquisición.

Al mismo tiempo que García y Paredes fué despachado otro agente secreto, llamado Rafael Garfias, con el nombre de guerra de Rafael Zelayeta. Desembarcó ocultamente en una caleta inmediata a Arica, donde fué recibido por los guardacostas patriotas allí establecidos. Llevaba comunicaciones para uno de los gobernadores de Arequipa, Mariano Portocarrero, que espontáneamente había ofrecido sus servicios a la causa americana, y confirmó su compromiso de propagar el espíritu revolucionario en el sud del Perú. Arequipa era el punto elegido por el Virrey para situar el ejercito de reserva contra la invasión, y como su núcleo debía ser formado por tropas del Alto Perú, la misión de Garfias tenía por objeto predisponerlas a la rebelión o a la deserción, obrando sobre el espíritu de sus jefes. Por este tiempo descubrióse allí una conjuración tramada por el coronel José Melchor Lavín, argentino (de Entre Ríos), quien después de la batalla de Huaqui hallándose en el Alto Perú, se alistara bajo la bandera del Rey, distinguiéndose por su valor, que como el salteño Castro se proponía reaccionar en favor de su patria, y que como él murió trágicamente. Casi simultáneamente descubrióse otra conjuración en el ejército del Alto Perú, que se retiraba a la sazón de la frontera argentina para sostener el ejército de reserva de Arequipa. Estaba a su cabeza el coronel Agustín Gamarra, peruano, que había prestado importantes servicios a la causa realista. Aunque del proceso que se le formó resultase que estaba en combinación con Belgrano por intermedio de Güemes, mandóse sobreseer en él, "porque —según un historiador español— el con-"tagio había cundido de una manera tan seria, que no era posible ven-"gar el agravio sin incurrir en males mayores".

Así, a fines del año 1819 y principios de 1820, el Perú estaba moralmente revolucionado, en cuanto podía serlo, por los agentes secretos de San Martín y las sociedades patriotas que cooperaban a los trabajos preliminares de zapa de la expedición libertadora que se preparaba en Chile. El Virrey, que sentía minado el suelo que pisaba, escribía confidencialmente por este tiempo al embajador español en Río de Janeiro: "Como los enemigos me han dado tiempo y he procurado "no perderlo, logro hallarme hoy en estado bastante respetable, y no "dudaría de un buen éxito en cualquier terreno que aquéllos me bus-"casen, si los muchos que hay entre nosotros no minaran y se empe-"ñaran tanto en favor de ellos con continuas maquinaciones que alte-"ran la voluntad de no pocos, atrayéndose partido, tanto en esta ca-"pital como en algunas de las provincias interiores. No obstante, mu-"cho los ha de favorecer su suerte para conseguir su intento, ejecúten-"lo por donde quieran, y si lo retardan me entenderé con ellos de ma-"nera que no está en sus libros".

Un historiador español confirma la existencia de esta sublevación latente del Perú en 1820. "El horizonte estaba cargado de nubes y "amenazaba tempestad. Habían desembarcado varios emisarios de San "Martín con el objeto de pervertir el espíritu público y conmover las "provincias, y aunque algunos habían sido aprehendidos, los más se-"guían ejerciendo su pestífero influjo. El país quedó estremecido con "el fuego de la seducción de estas infernales maquinaciones, y se au-

"mentó con el desasosiego del jefe español (el Virrey), que tenía que "luchar más bien con intrigas que con la fuerza, pues temía funda- "damente que cuando el enemigo presentara la cara había de contar "con el apoyo de la opinión".

IX

El fracaso de la expedición de Osorio en 1818 y las agitaciones sordas de la opinión que empezaron a hacerse sentir desde entonces habían reducido al virrey Pezuela a una estricta defensiva, según antes se explicó (V. cap. XVIII, § VI), sin encontrar en su ánimo amilanado ideas salvadoras. "La salvación —decía— de estos reales do- "minios no depende de los esfuerzos que se hicieren de este virreinato, "aun cuando le venga de la Península un refuerzo mucho mayor de los "que está recibiendo de tarde en tarde y por pequeñas partidas; y no "es poco hacer el contener por acá los progresos del osado y activo "enemigo que en todas partes, por la adhesión de la pluralidad, en- "cuentra prontamente los auxilios que necesita al paso que por la "opuesta razón todo lo oculta para los ejércitos del rey. La redención "debe venir por el Río de la Plata mismo, si es que no se logra más "pronto por la intervención de los demás soberanos de Europa". Y sirviéndose de la clave secreta comunicaba atribulado a su gobierno: "He descubierto una horrorosa conjuración próxima a estallar en el "Callao y Lima. Los cómplices son muchos. Es casi infalible la próxima "venida de la expedición de Chile a atacar este virreinato por mar y "por tierra. Yo no reuno cinco mil hombres para la defensa de esta "inmensa costa. Estos datos y la conocida disposicion de los ánimos, "pintan bastante mi cruel situación y el riesgo de estos países. Mi "esperanza finca únicamente en la oportuna llegada de los 2.000 hom- "bres que debían salir en marzo de Cádiz; y si no llegan a tiempo, toca- "remos en los extremos de la desesperación".

En este sobresalto vivió el virrey Pezuela por el espacio de dos años, desde 1818 a 1820, esperando por momentos la invasión anunciada. Hombre testarudo, absolutista convencido en política, con cualidades de general que había acreditado en sus campañas del Alto Perú, en el gobierno del Virreinato mostró no tener talentos administrativos ni militares como director de la guerra, ni serenidad siquiera para conjurar los peligros de su situación. Vencedor en Sipe-Sipe, había juzgado que era empresa arriesgada invadir las provincias argentinas; pero cuando hubo entregado el mando del ejército del Alto Perú a su sucesor el general La Serna, instó a éste para que la tentase. El vergonzoso rechazo de La Serna por los gauchos de Salta había comprometido el crédito militar de éste en 1818; pero en esta campaña aprendió una cosa, y fué saber apreciar las raras cualidades de las tropas nativas que hacía seis años sostenían la guerra en pro del Rey. Persuadido de que el nervio del ejército realista lo constituían los famosos batallones vencedores en la guerra de la Península que lo acompañaron, no supo apreciar en un principio el temple del arma que se ponía en sus manos, y pretendió disolver los cuerpos del país interpolando sus soldados con los europeos. Esto le enajenó la buena voluntad de los naturales y produjo dos resultados fenomenales. El primero fué quitar a la lucha el carácter de guerra civil que hasta entonces tenía por la identidad de los combatientes, y darle el de una guerra nacional contra soldados extranjeros. El segundo fué dividir el ejército en dos bandos; pues como los jefes americanos eran francamente absolutistas.

y por eso peleaban contra la independencia, y los europeos eran en su mayor parte decididamente liberales, incluso el general en jefe, de aquí provino una rivalidad que alteró profundamente la constitución moral del ejército realista. Este grave error le ha sido reprochado a La Serna por todos los historiadores españoles y hasta por sus mismos partidarios, y a su deletérea influencia atribuyen el lamentable desenlace de la guerra para las armas españolas.

Ante el amago de la expedición de San Martín, todo el conato del Virrey fué reforzarse en el Bajo Perú, trayendo a sí parte del ejército del Alto Perú a fin de formar un cuerpo de reserva en Arequipa. De aquí provino una grave desinteligencia entre el Virrey y La Serna, que empezó por destemplar los resortes de la disciplina, y debía ser más tarde el origen de una doble descomposición, que al despojar al gobierno supremo de la colonia de su autoridad legal, destruiría la unidad de acción de los ejércitos realistas del Alto y Bajo Perú, según se verá después. El general, en virtud de su nombramiento real directo, sostenía que como responsable ante el soberano debía tener libertad de acción en lo relativo a operaciones militares de su ejército. El Virrey pretendía que como autoridad suprema y director de la guerra debía ser obedecido sin restricciones. Una agria correspondencia oficial sobre estos tópicos y otras accidentales disidencias se entabló entre ambos, que dió por resultado la renuncia del general. Próximo a regresar La Serna a España, los anuncios de la expedición libertadora de Chile y las instancias de sus compañeros de armas, juntamente con las del mismo virrey, le hicieron desistir de su resolución, y en la época a que hemos llegado hallábase inactivo en Lima. De este modo, el mando del ejército del Alto Perú pasó más tarde al general José Antonio Olañeta, absolutista acérrimo y enemigo declarado de los constitucionalistas, que como discípulo de la escuela de los generales americanos que habían encabezado la reacción realista en el país, y sostenido por un círculo de jefes criollos decididos por la causa del Rey, era rival de la preponderancia de los militares europeos y contrario a las opiniones políticas que en su mayoría profesaban. Así se preparaba la doble descomposición que hemos señalado antes, condensándose en dos masas armadas; el liberalismo y el absolutismo español, trasplantado a los ejércitos coloniales.

La influencia del liberalismo español en el desarrollo gradual de la revolución hispanoamericana es un hecho que ha sido señalado como mera coincidencia por unos y como causa eficiente por otros. Algunos historiadores, dominando el conjunto y guiados en el aparente caos de los acontecimientos por las coincidencias cronológicas, han tomado como hilo conductor las estrechas relaciones políticas entre la metrópoli y sus colonias, para deducir leyes ciertas y explicar su doble acción. En efecto, desde 1808 hasta 1820, los mismos hechos se repiten o se reflejan con variantes de forma o de tendencias en Europa y en América, obrando primero la España sobre la América desde 1808, ya por la acción del liberalismo, ya por la del absolutismo, hasta que en 1817, al atravesar San Martín los Andes, la idea de la independencia toma forma propia en las colonias y éstas reaccionan a su vez sobre la madre patria.

En el Perú fué donde con más intensidad se hizo sentir en el orden militar la doble acción del liberalismo, por efecto de la composición heterogénea y la distribución territorial de los ejércitos que lo defendían. Mientras en el Alto Perú se reconcentraban los cuerpos realistas compuestos de naturales del país, con jefes de opiniones abso-

lutistas a su cabeza, en el Bajo Perú se reunían todos los cuerpos europeos, con generales, en abierta oposición con las que profesaba el Virrey. De estos generales —que pronto veremos entrar en acción— conocemos ya a La Serna, en cuyas manos debía mantenerse alzado y abatirse al fin el último pendón real en América. Desempeñaba el puesto de jefe de estado mayor el general José Canterac, francés de origen, carácter espontáneo y generoso, que por sus conocimientos especiales era considerado como el maestro de la caballería realista. Seguían otros de menor importancia por entonces, entre los que se contaban los jefes superiores: Mariano Ricafort, Baldomero Espartero, José Carratalá, José Santos La Hera, Juan Loriga y Andrés García Camba, el futuro historiador militar éste de los trabajos de sus compañeros de armas. Dominaba este grupo, por su carácter y su inteligencia, el coronel Jerónimo Valdés, asturiano, que a la sazón contaba treinta y seis años de edad. Era el Bayardo del ejército español, que, según la expresión de un adversario suyo, hacía recordar los heroicos militares de Carlos XII. Tipo original por su carácter austero, tan desinteresado como humano y tan activo como resuelto, poseía a la par de un espíritu bastante cultivado una alma intrépida y serena. Era, en suma, un hombre de guerra con verdadero genio militar en su esfera, que a la inversa de La Serna estimaba en alto grado las tropas indígenas, cuyas raras cualidades para la guerra de montaña supo utilizar, haciéndose amar de ellas, y que ha dejado en América la reputación del más temible y del más noble de sus adversarios.

Los ejércitos que por entonces defendían el Perú bajo la bandera del rey de España, alcanzaban a veintitrés mil hombres, según declaración de los mismos españoles fundada en documentos oficiales. Sus dos grandes núcleos, sin contar las guarniciones de las fortalezas y tres divisiones volantes, lo constituían el ejército del Bajo Perú que defendía a Lima, fuerte de más de ocho mil hombres, y el del Alto Perú, que pasaba de siete mil. En su totalidad estas fuerzas representaban cinco tantos y cada uno de sus núcleos aisladamente, el doble del ejército invasor con que iban a combatir. Según documentos auténticos, confrontados con los hechos, el ejército expedicionario de San Martín apenas pasaba de cuatro mil hombres —dos mil argentinos y dos mil chilenos.

Tal era la situación política y militar del Perú al tiempo de emprender San Martín la expedición libertadora en 1820, y tales las fuerzas de los beligerantes que iban a medirse en el último campo de batalla de la independencia americana.

CAPITULO XXVI

LA EXPEDICION LIBERTADORA DEL PERU

AÑO 1820

San Martín en marcha al Perú. — La lógica del destino y la prosecución de una idea. — Ultima despedida de San Martín de la patria. — Fuerza y composición del ejército chileno-argentino y de la escuadra chilena de la expedición libertadora. — O'Higgins y la expedición del Perú. — Objetos declarados de la expedición. — Instrucciones de San Martín y de Cochrane. — Plan de invasión de San Martín. — Desembarco en Pisco. — San Martín define militar y políticamente el carácter de la expedición. — Efecto que causa en Lima la invasión. — Medidas para contrarrestarla. — El Virrey abre proposiciones de paz. — Motivos públicos y secretos que lo impulsan a esta abertura. — Negociaciones de Miraflores y su ruptura. — Iniciativa monarquista. — Correspondencia secreta sobre las conferencias de Miraflores. — Manifiesto de San Martín sobre las negociaciones. Arenales penetra sigilosamente con una columna a la sierra. — Maniobras de San Martín para cubrir este movimiento. — Decreta la bandera y el escudo del Perú. — Se reembarca en Pisco y se dirige al Norte. — Examen crítico sobre el desembarco y permanencia en Pisco.

I

"Se acerca el momento en que yo voy a seguir al destino que me llama. Voy a emprender la grande obra de dar la libertad al Perú. "Voy a abrir la campaña más memorable de nuestra revolución, y cuyo "resultado aguarda el mundo, para declararnos rebeldes, si somos vencidos, o reconocer nuestros derechos, si triunfamos. De ellos penden la "consolidación de nuestros destinos, las esperanzas de este vasto con"tinente, la suerte de nuestras familias, la fortuna de nuestros ami"gos, en fin, lo más sagrado, que es nuestro honor. Fiado en la jus"ticia de nuestra causa y en la protección del Ser Supremo, os prome"to la victoria. El día más grande de nuestra revolución está próximo "a amanecer". Así hablaba San Martín, dirigiendose a los chilenos y argentinos, que le habían confiado sus armas redentoras, al emprender la expedición del Perú.

En 1814, el general del ejército del Norte, al señalar el nuevo itinerario militar de la revolución sudamericana por él descubierto, había

dicho: "Mientras no estemos en Lima la guerra no acabará". En 1820, el general de los Andes, al dilatar su campo de acción en las costas del mar Pacífico y trasladar la guerra ofensiva a otro teatro, "seguía —"según sus propias palabras— al destino que lo llamaba, para respon-"der a las esperanzas de un continente, consolidando los destinos de la "revolución sudamericana". Tales eran los propósitos a que respondió su campaña final, persiguiendo la realización de una idea, incubada y desenvuelta prácticamente en el espacio de seis años de no interrumpido trabajo. Era la lógica de un destino que se cumplía.

En la vida de los hombres de acción consciente y de pensamiento deliberado, una idea constituye la trama de su vida. La vida de Colón está encerrada en una idea: buscar el Oriente por el Occidente, dada la redondez de la tierra, lo que debía conducirlo al descubrimiento de un nuevo mundo. La vida de San Martín está encerrada en otra idea análoga: buscar el camino militar de la revolución sudamericana por el camino opuesto al hasta entonces seguido, lo que debía conducirlo a fijar el punto estratégico de la victoria final de un nuevo mundo republicano. Y lo que tiene de más admirable esta concepción concreta dentro de sus líneas precisas es que allí donde previó su genio que la guerra continental se circunscribiría y terminaría, allí se circunscribió, se condensó y se terminó, como Colón encontró la tierra buscada en el punto matemático calculado. Con razón se ha dicho que a esta idea por él concebida y ejecutada debe su inmortalidad.

Antes de lanzarse a la atrevida empresa a que lo llamaba su destino, el libertador exhaló la primera y última queja que haya brotado de sus labios silenciosos al descubrir la llaga secreta que lo atormentaba. "Voy a manifestaros mis quejas —decía en su proclama a los ar-"gentinos—, no porque el silencio sea una prueba difícil para mis sen-"timientos, sino porque yo no debo dejar en perplejidad a los hombres de "bien, ni puedo abandonar enteramente a la posteridad el juicio de mi "conducta, calumniada por hombres en quienes la gratitud algún día "recobrará sus derechos". Y contemplando con dolor la confusa situación política de las Provincias del Río de la Plata, les dirigía sus consejos: "Antes de mi partida quiero deciros algunas verdades que "sentiría las acabarais de conocer por experiencia. Tengo motivos pa-"ra conocer vuestra situación, porque en los ejércitos que he mandado, "me ha sido preciso averiguar el estado político de las provincias que "dependían de mí. Vuestra situación no admite duda: diez años de cons-"tantes sacrificios sirven hoy de trofeo a la anarquía: la gloria de ha-"berlos hecho es un pesar actual, cuando se considera su poco fruto. "Habéis trabajado un precipicio con vuestras propias manos, y acos-"tumbrados a su vista, ninguna sensación de horror es capaz de dete-"neros". Al referirse a la forma institutiva de gobierno que de hecho había prevalecido por las tendencias disolventes de las multitudes y por caudillos locales, en medio de la desorganización nacional, agregaba: "El genio del mal os ha inspirado el delirio de la federación: es-"ta palabra está llena de muerte, y no significa sino ruina y devasta-"ción. Pensar establecer el gobierno federativo en un país casi desier-"to, lleno de celos y de antipatías locales, escaso de saber y de expe-"riencia en los negocios públicos, desprovisto de rentas para hacer "frente a los gastos del gobierno general, fuera de los que demanda la "lista civil de cada estado, es un plan cuyos peligros no permiten in-"fatuarse, ni aun con el placer efímero que causan siempre las ilusio-"nes de la novedad". Anticipándose al tiempo, señalaba los fatales resultados de la anarquía: "Compatriotas: yo os hablo con la franqueza

"de un soldado: si dóciles a la experiencia de diez años de conflictos, "no dais a vuestros deseos una dirección más prudente, temo que, can- "sados de la anarquía, superéis al fin por la opresión y recibáis el yu- "go del primer aventurero feliz que se presente, quien lejos de fijar "vuestro destino, no hará más que prolongar vuestra incertidumbre".

En este documento solemne, en que al dirigirse por la última vez a sus compatriotas se despedía para siempre de la patria, no podía dejar de explicar y justificar el acto de desobediencia que había decidido de su destino y del de la revolución: "Hasta el mes de enero pró- "ximo pasado el general San Martín merecía el concepto público en las "provincias que formaban la Unión. Sólo después de haber triunfado la "anarquía, ha entrado en el cálculo de mis enemigos calumniarme sin "disfraz. Yo tengo derecho de preguntarles ¿qué misterio de iniqui- "dad ha habido en esperar la época del desorden para denigrar mi opi- "nión? Vosotros *me habéis acriminado aun en no haber contribuído a "aumentar vuestras desgracias*, porque *éste habría sido el resultado, "si yo hubiese tomado una parte activa en la guerra contra los fede- "ralistas.* Mi ejército era el único que conservaba su moral, y lo expo- "nía a perderla, *abriendo una campaña en que el ejemplo de la licen- "cia armase mis tropas contra el orden.* En tal caso, era preciso renun- "ciar a la idea de libertar al Perú, y suponiendo que la suerte de las "armas me hubiese sido favorable en la guerra civil, yo habría tenido "que llorar la victoria con los mismos vencidos". Y terminaba su manifiesto con estas melancólicas palabras: "Provincias del Río de la "Plata: voy a dar la última respuesta a mis calumniadores: yo no "puedo hacer más que comprometer mi existencia y mi honor por la "causa de mi país. Sea cual fuere mi suerte en la campaña del Perú, "probaré que desde que volví a mi patria, su independencia ha sido el "único pensamiento que me ha ocupado, y que no he tenido más am- "bición que la de merecer el odio de los ingratos y el aprecio de los "hombres virtuosos".

II

El ejército expedicionario tomó la denominación del "Ejército Libertador del Perú". Componíase de dos batallones de artillería, con 413 plazas de tropa, seis batallones de infantería con 3053 bayonetas y dos regimientos de caballería con 652 jinetes, o sean 4118 hombres de tropa, que unidos a los jefes y oficiales, desde general a tambor, sumaban un total de 4430 hombres. De éstos, 2313 hombres de tropa pertenecían al Ejército Argentino de los Andes y 1805 al ejército de Chile. Con excepción de tres batallones chilenos, todos los demás cuerpos eran mandados por jefes argentinos. El material de guerra constaba de 31 piezas de batalla y montaña, 2 obuses y 2 morteros, y un repuesto de armamento, equipos y vestuario para 15.000 hombres. El jefe de Estado Mayor era el general Juan Gregorio Las Heras, formando parte de él los generales divisionarios Juan Antonio Alvarez de Arenales, célebre ya por sus hazañas, y el ex gobernador de Cuyo, Luzuriaga. El representante de las Provincias Unidas en Chile, don Tomás Guido, acompañaba al generalísimo y al amigo, en calidad de primer edecán, con el título de coronel, pero en realidad como confidente y diplomático bélico. Alvarez Jonte, moribundo, hacía su última campaña en la vida como auditor de guerra en la expedición a que tan eficazmente había cooperado. El doctor Bernardo Monteagudo, reconciliado con su antiguo amigo, y Juan García del Río, natural de Cartagena de Indias,

notable hombre de letras y patriota decidido, que había conocido a San Martín en Europa, y ligádose después a su fortuna, dirigían la secretaría de guerra. Estos dos personajes, que de republicanos ardientes habíanse convertido en monarquistas convencidos, debían ejercer como consejeros una funesta influencia en los destinos políticos del futuro libertador del Perú. La bandera chilena cubría la expedición con su responsabilidad nacional, según lo convenido con San Martín (véase cap. XXIV, § III), concurriendo Chile a ella con la decisión de su pueblo y su gobierno, con su escuadra, su tesoro y con la recluta con que había engrosado los dos cuerpos aliados que formaban el Ejército Unido chileno-argentino.

La escuadra se componía de ocho buques de guerra con 247 cañones y víveres para seis meses, tripulados por 1600 soldados y marineros, de los cuales seiscientos eran extranjeros (ingleses en su mayor parte), y el resto chilenos; de dieciséis transportes, que medían más de siete mil toneladas, con provisiones para cuatro meses del ejército de desembarco, y once lanchas cañoneras. Estos elementos bélicos se hallaban reunidos en el puerto de Valparaíso a mediados de agosto (1820). Simultáneamente acudían de todos los puntos del territorio las tropas expedicionarias, animadas de gran entusiasmo. Cada soldado puesto en el Perú costaba la cantidad de 160 pesos, obligándose los contratistas a preparar los transportes, pagar el mantenimiento de hombres y caballos por el espacio de cinco meses y suministrar cuatro mil vestuarios. El hospital, perfectamente arreglado iba a cargo de los cirujanos de los Andes: Paroissien y Zapata La comisaría y el parque con dotación completa de equipos y municiones. La caja militar contaba con un fondo de reserva de 180.392 en dinero efectivo y documentos de crédito.

Desde los primeros días de la revolución sudamericana y después de la empresa de la reconquista de Chile por las Provincias Unidas, que dió la gran señal de la guerra ofensiva, jamás ninguna de las nacientes repúblicas había hecho un esfuerzo relativamente tan gigantesco en pro de la emancipación del nuevo continente meridional. Es gloria de Chile haberlo realizado con el concurso eficiente del Ejército de los Andes a costa de inmensos sacrificios. El director O'Higgins, que en 1819 había pactado con el gobierno argentino, llevar en común la libertad al Perú, costeando ambos estados los gastos, hizo honor a las armas aliadas y al solemne compromiso internacional contraído ante el mundo, al tomar la ardua empresa a su cargo e impulsarla vigorosamente y con fe. Al recordar más tarde las angustias que ella le costó, exclamaba: "Yo debí encanecer a cada instante. Sólo la futura "suerte de Chile (y de la América) podía sostener mi corazón y mi espíritu. El que no se ha visto en estas circunstancias no sabe lo que es mandar. Es el mayor y el más digno sacrificio que podía ofrecer "a mi patria".

III

El objeto declarado de la expedición era concurrir a fundar una nueva república independiente, con arreglo a la política emancipadora inaugurada por las Provincias Unidas del Río de la Plata al emprender la reconquista de Chile, sellada por la alianza argentino chilena, de que San Martín se había constituído en campeón, bajo la garantía de las dos naciones redentoras (V cap. XXI, § III) Así lo confirmó el director O'Higgins en su proclama a los peruanos: "Inmediata-

"mente un respetable ejército de los valientes de Maipu y Chacabuco "(argentinos y chilenos) ocupará vuestro suelo. He aquí los pactos y "condiciones con que Chile delante del Ser Supremo y poniendo a to- "das las naciones por testigos y vengadoras de su violación, arrostra la "muerte y las fatigas para salvaros. Seréis libres e independientes, "constituiréis vuestro gobierno y vuestras leyes por la única y espontá- "nea voluntad de vuestros representantes: ninguna influencia militar "o civil, directa o indirecta, tendrán estos hermanos en vuestras dis- "posiciones sociales; despediréis la fuerza armada que marcha a pro- "tegeros en el momento que dispongáis; jamás alguna división mili- "tar, ocupará un pueblo libre, si no es llamada por sus legítimos magis- "trados; y prontas a destrozar la fuerza armada que resista vuestros "derechos, os rogaremos que olvidéis todo agravio anterior al día de "vuestra gloria. Ha llegado el día de la libertad de América, y desde "el Missisipí hasta el Cabo de Hornos, en una zona que ocupa la mitad "de la tierra, se proclama la independencia del Nuevo Mundo".

El 20 de agosto de 1820 por la tarde zarpó del puerto de Valparaíso la expedición bajo la protección de la bandera de Chile que la cubría, en medio de las salvas de artillería de mar y tierra y de las aclamaciones del pueblo, presente el director O'Higgins. El almirante Cochrane, montando la *O'Higgins*, llevaba la vanguardia, para enseñar el camino abierto por sus proas en las aguas del Pacífico. La *Lautaro* y el *Galvarino* acompañaban la capitana. Seguían las tropas de desembarco en doce transportes formados en columna. En segunda línea iban seis transportes que conducían el material de guerra, flanqueados por la *Montezuma* y el *Araucano*. La retaguardia formábanla las once lanchas cañoneras en línea. Cerraba la marcha el *San Martín*, que conducía el estado mayor, donde el generalísimo había enarbolado su enseña, navegando en conserva con la *Independencia*.

En alta mar abrió el almirante el pliego de sus instrucciones y leyó con despecho: "El objeto de la expedición es rescatar al Perú de "la servidumbre de España, elevarle al rango de una potencia libre y "soberana, y concluir por ese medio la grandiosa obra de la indepen- "dencia continental de Sud América. El capitán general don José de "San Martín es el jefe a quien el gobierno de la república ha confiado "la exclusiva dirección de las operaciones de esta grande empresa, a "fin de que las fuerzas expedicionarias de mar y tierra para obrar "combinadas simultáneamente, reciban un solo impulso comunicado por "el consejo y dirección del general en jefe. En este concepto, desde que "zarparon de Valparaíso la escuadra y transportes expedicionarios, obra- "rá precisamente en consecuencia del plan que le suministre el gene- "ral en jefe, tanto sobre el punto de desembarco como respecto del "movimiento y operaciones sucesivas; de suerte que, no podrá V. S. "por sí mismo obrar con el todo o parte de los buques de guerra de "su dependencia, sino que observará absolutamente la línea de conduc- "ta que respecto de las operaciones de la escuadra le trazare y fuera "trazando el general, según él lo creyese conveniente. Se recomienda "la más exacta observancia de esta mi resolución bajo toda especie de "responsabilidad".

En cuanto al generalísimo, se ha dicho que fué munido de instrucciones expedidas por el Senado de Chile, y su texto ha sido considerado por todos los historiadores como la pauta que debía reglar su conducta política y militar. San Martín ha negado categóricamente el hecho. Bien que esas instrucciones estuviesen concebidas en el espíritu de las que dirigieron al general de los Andes al reconquistar a Chile y

fuesen armónicas con los pactos internacionales y promesas que precedieron a la expedición del Perú, en su letra eran meramente políticas y administrativas, trazando en suma un minucioso plan de organización constitucional, inconciliable tal vez con las imperiosas exigencias de un invasor, que tenía que luchar con quíntuples fuerzas en una vasta extensión de territorio, ocupado por tres o más ejércitos beligerantes. Sin duda por esto, el director O'Higgins, que había depositado toda su confianza en el general expedicionario, retuvo las instrucciones sin darles curso, y se limitó a la proclama antes citada, cuyos conceptos son más explícitos, aunque en términos generales, y a las instrucciones dadas al almirante Cochrane para que se subordinase en un todo a sus planes. Así, cuando ellas fueron publicadas más tarde en un diario del Perú, el general San Martín pudo decir y dijo: "Protesto no haber re- "cibido instrucciones de ningún género de los gobiernos de Chile y Pro- "vincias Unidas, a menos de no tenerse por tales la orden de marchar "con 3.800 hombres de ambos Estados a libertar a sus hermanos del "Perú".

No teniendo el general de los Andes en su patria autoridad a quien dar cuenta, ni de quien recibir instrucciones, dirigióse al Cabildo de Buenos Aires, iniciador de la revolución sudamericana, como al representante histórico del pueblo argentino. "El día de mañana da la vela "*la expedición libertadora del Perú*. Como su general, tengo el honor "de informar a V. E. que representa al pueblo heroico, al virtuoso pue- "blo, más digno de la historia de Sud América y de la gratitud de "sus hijos; protestando, que mis deseos más ardientes son por su feli- "cidad: y que, desde el momento en que se erija la autoridad central "de las Provincias, estará el Ejercito de los Andes subordinado a sus "órdenes superiores con la más llana y respetuosa obediencia".

IV

Como de costumbre, el general reservó de todos su plan de campaña, obrando silenciosamente según sus propias inspiraciones. Sólo confió una parte de él a Cochrane, quien defraudado en su aspiración de mandar en jefe la expedición, aceptaba de mal grado la subordinación absoluta al director de la guerra a que lo reataban sus instrucciones. Según el almirante, el generalísimo le manifestó que su objeto era dirigirse con el cuerpo principal de su ejército a Trujillo, o sea al norte de Lima. El plan que, en cambio, le sugirió era una improvisación propia de su genio impetuoso, que iba derecho al objetivo cercano, sin medir los obstáculos ni prever las consecuencias lejanas. Consistía en desembarcar en Chilca, el puerto más inmediato al Callao, y apoderarse sobre la marcha de Lima, "empresa —son sus palabras— nada difícil y de éxito seguro". Era una operación sin base ni prospecto, cuyo resultado habría sido gastarse estérilmente las cortas fuerzas invasoras por su propio roce, como la experiencia lo demostró muy luego.

San Martín había abandonado su antigua idea de expedición al sud del Perú, dirigiéndose a Arequipa o al Cuzco, con el objeto de obrar en combinación con el ejército de Belgrano, que según el plan primitivo debía invadir por el Alto Perú. Faltábale ese apoyo indispensable, y además este teatro de guerra nada prometía por sí. Para emprender operaciones decisivas en el interior del país, tenía que abandonar su base natural de operaciones y las comunicaciones inmediatas con la escuadra, que le aseguraba el dominio del todo el litoral

peruano desde Arica a Payta; una vez comprometido en la región montañosa del Sud, se encontraría con 4000 hombres escasos, flanqueado por dos ejércitos, que en un momento dado podían concentrar sobre él triple número de fuerzas. Una batalla parcial ganada, nada decidía; y perdida, fracasaba la expedición. Su objetivo era Lima, pero con vistas más largas y más precisión que Cochrane.

El general invasor tenía que subordinar sus planes a tres exigencias capitales, que se componían: evitar ponerse en inmediato contacto con el enemigo al desembarcar, por la desproporción de las fuerzas; llamar la atención del enemigo por distintos puntos a fin de evitar su reconcentración; y por último, revolucionar el país para robustecer su acción y poderse mantener en él. Estos resultados se obtenían operando parcialmente por la sierra del Sud, con una base de operaciones al Norte sin perder el dominio de las costas, para estrechar gradualmente a Lima y ocuparla en su oportunidad, y apoderarse a la vez de la mitad del país, sin comprometer nada y conservando íntegro su poder militar. Otra consideración, que se ligaba con su vasta idea de campaña continental, le aconsejaba la adopción de tan juicioso plan, por otra parte el único posible en las condiciones en que se encontraba. El gobierno de Chile, al decidir la expedición del Perú, habíase dirigido a Bolívar, dueño a la sazón de Nueva Granada, con el objeto de combinar las operaciones estratégicas de la revolución sudamericana, condensando todo su poder militar en un punto. De este modo se vinculaba por las armas la revolución continental consolidada políticamente en sus dos extremidades; circunscribíase el campo de la lucha, acelerando su éxito final; los enemigos quedarían aislados en la parte mediterránea del Continente, sin comunicaciones con la metrópoli; y así se cumpliría el pronóstico de San Martín y la promesa de Bolívar de que la guerra de la independencia sudamericana terminaría en el Perú, como terminó.

El desarrollo metódico de este complicado plan requería paciencia y astucia, tiempo y espacio dilatado. El general, en prosecución de él, con el objeto de hacer creer al adversario que su ataque sería por el Sud, resolvió tomar tierra en Pisco, a los dieciocho días de una navegación feliz de mil quinientas millas. El almirante, siempre despechado y con la vista fija en Lima, se manifestó disconforme con esta resolución, pero hubo de ceder de buen grado ante una voluntad inquebrantable, que sabía lo que hacía y lo que quería, apuntando más tarde en sus Memorias, al difamar a su compañero de armas: "Por qué motivo obraba así, no pude saberlo, entonces". Súpolo, empero, cuando el éxito puso de relieve los lineamientos del plan, haciendo justicia él mismo a la habilidad y la prudencia con que, con tan escasos medios y en medio de tantas dificultades, fueron conducidas las operaciones de la invasión, según se verá más adelante.

V

La playa de Pisco es un arenal que se extiende al pie occidental del gran macizo de la cordillera, que bañan las aguas del Pacífico, entre los 14º y 15º de latitud, a 260 kilómetros al sud de Lima, y forma parte de la región conocida en la geografía del Perú con la denominación de "la costa", que hemos bosquejado ya. (Vease cap. XXV, § II). Su puerto principal es la bahía de Paracas, célebre desde esta época en la historia que toma su nombre de los vientos y fuertes marejadas del cuadrante del N. O. que azotan su entrada. La villa de Pisco

hállase situada como diez kilómetros al Norte, y comunica con los inmediatos valles de Ica, Chincha y Nazca, al pie de la sierra, famosos por su fertilidad desde tiempo de los Incas, y por sus ricas haciendas cultivadas entonces por esclavos de raza africana. En la bahía de Paracas desembarcó en la mañana del 8 de septiembre de 1820 la primera división del ejército libertador del Perú, mandada por Las Heras. A las 7 de la noche fué ocupado el pueblo sin resistencia. El 13 estaba en tierra todo el ejército, y acampado en el valle de Chincha, extendía sus reconocimientos al interior del país, estableciendo el cuartel general en Pisco.

El Virrey, en la incertidumbre de las intenciones del general invasor, había desparramado sus fuerzas a lo largo de la costa desde Guayaquil hasta Arica, manteniéndose a la expectativa, con los ejércitos de Lima y el Alto Perú en sus posiciones y sus reservas en la sierra. De esta manera se presentaba débil en todos los puntos vulnerables e inerte en los centros de su poder. En Pisco, y cubriendo sus valles inmediatos, había situado una división de 500 infantes, y 100 jinetes con dos piezas de artillería al mando del coronel Manuel Quimper. Al solo amago de desembarco, esta fuerza se puso en fuga, sin intentar dificultar la marcha y ni siquiera ver de cerca al enemigo o mantenerse en observación, no obstante lo ventajoso del terreno para las hostilidades de guerrillas. Luego se verá cuál fué la desastrosa suerte de esta fuerza.

Por su parte, el generalísimo, al poner el pie en tierra, establecía las reglas disciplinarias de su ejército, dirigiéndose especialmente a los argentinos reconquistadores de Chile: "Ya hemos llegado al lu-"gar de nuestro destino, y sólo falta que el valor consume la obra de "la constancia. Acordaos que vuestro gran deber es consolar a la Amé-"rica, y que no venís a hacer conquistas sino a libertar pueblos. Los "peruanos son nuestros hermanos: abrazadlos, y respetad sus derechos "como respetasteis los de los chilenos después de Chacabuco". El que robase o tomase por valor de dos reales para arriba, sería pasado por las armas, previo consejo de guerra verbal sobre el tambor. El que derramase una gota de sangre fuera del campo de batalla, sería castigado con la pena del talión. Todo insulto contra los habitantes del país, fuesen americanos o europeos, o exceso contra la moral pública y sus costumbres, sería castigado hasta con la pérdida de la vida. "Acordaos —decía a sus soldados al terminar su severo bando— que "toda la America os contempla, y que sus grandes esperanzas penden "de que acreditéis la humanidad, el coraje y el honor que os han dis-"tinguido siempre, donde quiera que los oprimidos han implorado vues-"tro auxilio".

Como la invasión coincidiese con la proclamación de la Constitución liberal de España y su jura en el Perú, el libertador aprovechaba la ocasión para definir netamente el carácter político de la lucha, proclamando la abolición definitiva del sistema colonial. "La nación "española —decía a los peruanos— ha recibido al fin el impulso irre-"sistible de las luces del siglo, ha conocido que sus leyes eran insufi-"cientes para hacerla feliz. Los españoles han apelado al último ar-"gumento para demostrar sus derechos. La revolución de España es "de la misma naturaleza que la nuestra: ambas tienen la libertad por "objeto, y la opresión por causa. Pero la América no puede contem-"plar la Constitución española sino como un medio fraudulento de man-"tener en ella el sistema colonial, que es imposible conservar por más "tiempo por la fuerza. Ningún beneficio podemos esperar de un códi-

"go formado a dos mil leguas de distancia sin intervención de nues-"tros representantes. *El último virrey del Perú* hace esfuerzos por "prolongar su decrépita autoridad. El tiempo de la opresión y de la "fuerza ha pasado. Yo vengo a poner término a esa época de dolor y "humillación. Este es el voto del Ejército Libertador, ansioso de sellar "con su sangre la libertad del nuevo mundo".

Mientras tanto, el ejército invasor se establecía sólidamente en el territorio ocupado; se proveía abundantemente con los recursos de la comarca; montaba su caballería; remontaba su infantería con 600 esclavos de las haciendas declarando libres a los que tomasen las armas, y preparaba una expedición que fuese a llevar la insurrección al interior del país, haciendo una poderosa diversión a la vez que contorneaba las provincias limítrofes de Lima, para darse la mano con el grueso de las fuerzas invasoras que atacarían por el Norte, con el litoral por base de operaciones.

VI

Cuéntase, por tradición, que al saber Pezuela el desembarco de Pisco, exclamó jocosamente: "A cada puerco le llega su San Martín". Según un testigo presencial, que llevaba un diario de las novedades de Lima, muy distinta fué la impresión que experimentó en medio de los cuidados que lo asediaban. No era el menor de ellos el restablecimiento de la Constitución de 1812, que, contrariando sus opiniones, fomentaba en su ejército una fuerte oposición liberal que le era hostil, según se explicó antes. (Véase cap XXV, § VIII). Preparábase, empero, a hacerla jurar en la capital, aunque de mala gana, en obediencia de las órdenes de su gobierno, cuando en medio de músicas y festejos recibió el primer anuncio de la invasión (11 de septiembre). "El ene-"migo se halla al frente —dijo arengando al pueblo desde su balcón—, "y así, mejor será estar atento para derrotarlo, y después alegrarse". Los patriotas, al oír estas palabras, experimentaron grande alegría, mientras que los realistas se retiraron desalentados y llenos de tristeza.

Atribulado el Virrey, sin acertar a combinar un plan de ataque ni de defensa, limitóse a reforzar a Quimper con un escuadrón de milicias, y a situar en Cañete y Lurní, entre Lima y Pisco, una vanguardia de caballería al mando del teniente coronel Andrés García Camba. Estas fuerzas, que reunidas alcanzaban al número de 2000 hombres, permanecieron en inacción, sin recibir ningún impulso. Su ánimo era combatir la invasión por medio de la diplomacia, en la impotencia reconocida por todos sus subordinados de rechazarla militarmente, dada la superioridad marítima de los independientes y el estado de desmoralización del ejército y de la opinión general. Sus instrucciones reservadas le prevenían: "invitar a los disidentes a una transacción ra-"cional sobre la base de la jura de la Constitución de la monarquía es-"pañola y sometimiento a su gobierno supremo, y caso de no avenirse, "procurar una suspensión de armas, mientras los diputados americanos "se dirigiesen a España a exponer sus quejas ante el soberano, o bien "a la espera de los que éste enviase a America para arreglar las di-"ferencias pendientes". Preparábase en consecuencia a enviar una misión a Chile con estas proposiciones, cuando recibió el aviso de que su territorio había sido invadido por los disidentes. Variando entonces de plan, se dirigió directamente a San Martín, brindando la paz, a la vez que a las Provincias del Río de la Plata por intermedio del general del Alto Perú.

En las instrucciones del general del Alto Perú para tratar con las Provincias del Río de la Plata, se prevenía: 1º Convidarlas a adoptar la Constitución española, enviando sus diputados a las Cortes, para elevar el nuevo sistema político en ambos mandos al mayor grado de felicidad y gloria. 2º Proponer ante todo un armisticio durante las negociaciones, señalando límites militares, con la condición de previa y recíproca notificación para volver a romper las hostilidades. 3º Caso de no entenderse sobre estas bases, ofrecer dejarlas en posesión del mando político que retenían, aunque fuese por tiempo indeterminado, con promesa de reconocer la legitimidad de las deudas que hubiesen contraído como disidentes, a pagar con sus rentas sobrantes. 4º De no convenirse en estos términos, se prometería enviar comisionados especiales cerca de ellas, a fin de oír sus quejas en todas las ramas de la administración y formar un arreglo provisional de comercio, bajo el supentendido de la suspensión de hostilidades *entre ambos gobiernos (sic)*. 5º Llegado el caso de ajustar un convenio con las *Provincias Unidas (sic)* sobre cualquiera de las bases indicadas, y si opusiesen algún estorbo los muchos extranjeros enlazados y avecindados en ellas, se les aseguraría el goce de sus propiedades, ofreciéndoles indemnizaciones según las circunstancias. Esto importaba reconocer no sólo beligerantes a los disidentes, sino también la legitimidad de la revolución de las colonias, aceptando indefinidamente su independencia de hecho aunque sin declararla de derecho, punto capital sobre que versaba la cuestión que las armas no habían resuelto aún.

En este mismo espíritu estaban concebidas las instrucciones dadas a los comisionados que debían tratar con San Martín, quien en su carácter de general de las tropas argentinas y chilenas ofrecía la ventaja de poder entenderse con ambos países beligerantes. En su oficio de abertura decíale el Virrey: "Esta larga guerra hasta el día no ha "producido otros frutos que muertes, miserias y ruina; y el estado "actual de las cosas tampoco los ofrece menos amargos, ni más sazo-"nados. Las condiciones y planes llenarán los deseos de V. E., por lo "que me persuado, labren en su espíritu aquella noble impresión que "sienten las almas grandes cuando la suerte las destina a ser instru-"mentos de la felicidad general". El generalísimo contestó: "Deseoso "de prestarme a todo lo que conduzca a la conclusión de la guerra, con-"vengo en escuchar las proposiciones de V. E., siempre que no contra-"digan a los principios que los gobiernos libres de América se han pro-"puesto por regla invariable". Esto era establecer la condición ***sine qua non*** de la independencia, que el gobierno de España procuraba eludir por aplazamiento indefinido.

San Martín nombró por su parte, para tratar, a Guido y a García del Río, y el Virrey al conde Villar de Fuente y al teniente de navío Dionisio Capaz, que tan desgraciado papel había representado en la pérdida de la *María Isabel*. Reunidos los comisionados en el pueblecito de Miraflores, a once kilómetros de Lima, procedieron a ajustar un armisticio de hecho y abrieron con franqueza sus conferencias.

Los comisionados del Virrey propusieron como base de arreglo la aceptación de la Constitución española y el envío de diputados americanos a las Cortes. Esta proposición estaba rechazada de antemano por la proclama de San Martín al definir el carácter político de la lucha por la emancipación sudamericana y por la restricción de no oír ni pactar nada contrario a los principios que servían de regla a los pueblos independientes de América. Ante la negativa, los diputados del Virrey indicaron: que el ejército invasor se reembarcase y se res-

tituyera a Chile, bajo la garantía de suspensión de toda empresa marítima y devolución de presas, con la restricción recíproca de no aumentar las respectivas fuerzas navales y terrestres, y condición de poner al estado anterior a la guerra el comercio entre Chile y Lima, siguiendo Chile en el *estado político* en que se hallaba, toda vez que se prestase a enviar diputados a España para pedir lo que creyera conveniente.

Los emisarios de San Martín aceptaron la fórmula, modificándola fundamentalmente, y presentaron una verdadera contraposición. Con el compromiso de nombrarse amigablemente una comisión conciliadora y enviar diputados a España, el ejército chileno-argentino evacuaría el Perú y se trasladaría a la margen izquierda del Desaguadero, ocupando las provincias de Potosí, Cochabamba, Chuquisaca y La Paz; el ejército real del Alto Perú se replegaría de la mencionada línea divisoria durante el armisticio; las tropas españolas que mantenían la guerra en el sud de Chile lo verificarían a la isla Chiloe, de manera de establecer los límites jurisdiccionales de 1810; el virrey del Perú no podría auxiliar a las tropas reales que ocupaban a Quito, si Bolívar hubiese abierto en Colombia iguales transacciones con Morillo. De este modo quedaban comprendidas y garantidas todas las repúblicas americanas que habían declarado su independencia y se restablecían los límites jurisdiccionales de 1810. No pudiendo entenderse sobre estas bases contradictorias, los comisionados cerraron sus conferencias de común acuerdo (octubre 1º).

VII

En el curso de las negociaciones, los comisionados de San Martín, al sostener que la independencia americana era lo único que podía conciliar los intereses de ambos hemisferios, insinuaron: "Acaso no se-"ría difícil hallar un medio de avenimiento amistoso, en que pudieran "detenerse ambas partes, y que los uniese, consolidando la paz y fe-"licidad de todos". En una entrevista privada que tuvieron con el Virrey, ampliaron este concepto enigmático: el medio, era el establecimiento de una monarquía hispanoamericana; pero, sea como ardid diplomático o como la iniciación de un plan premeditado, esta iniciativa quedó desde entonces flotando en el misterio, como fórmula de la indefinida política libertadora. Más adelante la veremos reaparecer públicamente.

El virrey Pezuela, al dar cuenta de los incidentes de la negociación Miraflores, decía en nota reservada: "Traté de ponerme en comunica-"ción con el general San Martín para arribar á una transacción final "o al menos á una suspensión de hostilidades. No ha sido posible con-"seguirlo, porque no queriendo admitirse por la parte contraria otra "base que la independencia política del Perú, ni mi honor ni mis fa-"cultades me autorizaban para entrar en un convenio que la supusiese. "El medio que los diputados de San Martín indicaron, diciendo que *no "sería difícil encontrar en los principios de equidad y justicia* la coro-"nación en América de un príncipe de la casa reinante de España, tam-"bién me fué preciso desecharlo por lo que á mí toca, y reservar su "examen al gobierno supremo de la nación. Mis propuestas para llegar "á una conciliación fueron las más liberales, y llegué a hacer reser-"vadamente la de reconocer á San Martín en su rango de general y "á todos los jefes y oficiales en sus respectivas clases, así como des-"armar mi ejército, si él hacía lo mismo con el suyo". Y en un memo

rándum secreto adjunto á su nota, decía respecto de la doble evacuación de los territorios del Alto y Bajo Perú por los beligerantes: "El "arbitrio de ceder al general San Martín las provincias del Alto Perú "correspondientes al virreinato de Buenos Aires, por tal de que retire "sus fuerzas de mar y tierra del territorio de Pisco, ofrece tal cúmu"lo de dificultades y su ejecución produciría infaliblemente tan funes"tas consecuencias, que sería lo mismo que poner á disposición de los "independientes el resultado. La experiencia y la observación de la "marcha constante de los disidentes, deben hacernos sentar como un "axioma, que colocados en una posición ventajosa, jamás dejarán las "armas de la mano hasta que no logren generalizar su sistema en to"da la América, y nunca firmarán una paz duradera mientras exista "en ella una autoridad dependiente de la monarquía española".

Rotas las negociaciones, el armisticio fué denunciado en términos caballerescos, propios de la raza española. El general americano dijo: "Si se ha de hacer la guerra, y cabe en esto alguna satisfacción, será "ciertamente con V. cuya opinión me inspira la confianza de que dis"minuirá por su parte las desgracias de esa fatalidad, asegurándole "que por la mía nada excusaré al mismo fin". El general español contestó: "Haré la guerra con todos los lenitivos que demanda la huma"nidad, porque así lo quiere mi carácter, y así lo manda también el "monarca cuyas paternales aspiraciones se han desatendido".

Los comisionados españoles y el Virrey en sus manifestaciones públicas pretendieron cargar sobre San Martín la responsabilidad del malogro de la negociación, atribuyéndolo a "injusta pertinacia". El general contestó con elevación en un documento clásico, que puso de su parte la razón aumentando su prestigio como libertador fenómeno singular después de una iniciativa de transacción, en que se había renunciado hasta la lucha en homenaje de la paz. "He dado a mi ejército — "dijo— las órdenes que está acostumbrado a cumplir y he abierto la "campaña sin temor, aunque con grande sentimiento. Los males de la "guerra han afligido siempre mi corazón, porque no busco la victoria "para satisfacer miras privadas, sino para establecer la independencia "de mi patria y cumplir los deberes que el destino y la naturaleza me "han impuesto. Es llegado el momento en que yo despliegue todos los "recursos que penden de mi arbitrio; he pagado el tributo que debo "como hombre público a la opinión de los demás; he hecho ver cuál "es mi objeto y mi misión cerca de vosotros: vengo a llenar las espe"ranzas de todos los que desean pertenecer a la tierra en que nacieron, "y ser gobernados por sus propias leyes. El día que el Perú pronuncie "libremente su voluntad sobre la forma de las instituciones que de"ben regirlo, cualesquiera que ellas sean, cesarán de hecho mis fun"ciones, y yo tendré la gloria de anunciar al gobierno de Chile, de que "dependo, que sus heroicos esfuerzos al fin han recibido por recom"pensa el placer de dar la libertad al Perú y la seguridad a los es"tados vecinos. Mi ejército saludará entonces a una gran parte del "Continente Americano, cuyos derechos ha restablecido al precio de "su sangre, y a mí me quedará la satisfacción de haber participado "de sus fatigas, y sus ardientes votos por la independencia del Nuevo Mundo".

El mismo día en que se denunciaba el armisticio (5 de octubre) penetraba sigilosamente a la sierra una división de las tres armas, al mando del general Arenales. Su objeto queda ya indicado. A su tiempo la seguiremos en su atrevida y bien combinada marcha. El generalísimo, con las tres cuartas partes restantes del ejercito —como

3500 hombres—, hizo alarde de invadir el valle de Cañete, maniobrando de modo de paralizar la vanguardia que cubría a Lima a fin de cubrir el movimiento de Arenales, de que el enemigo no tuvo conocimiento sino muy tarde. A los cuarenta y cinco días de haber tomado tierra en Pisco, comenzó el reembarco, dirigiéndose el convoy al Norte, para llamar la atención en rumbo opuesto al que seguía Arenales, pero en realidad buscando en su punto estratégico la reunión de las fuerzas terrestres y marítimas. En la víspera del embarque (24 de octubre) el libertador, como símbolo de independencia y garantía de que no dejaría las armas de la mano hasta alcanzarla, decretó la bandera de la nueva nación del Perú y su escudo nacional, disponiendo que la primera fuese blanca y encarnada, y el segundo, un sol naciente por encima de montañas escarpadas con un mar tranquilo a su pie.

Cochrane en sus Memorias critica el desembarco y la permanencia de cuarenta y cinco días en Pisco, que según él fueron estériles o perjudiciales. Los escasos y apenas indispensables elementos de que disponía San Martín para hacer frente a un doble número de fuerzas por cualquier punto que atacase, y el desarrollo metódico de un plan complicado, en que intervenía más que la fuerza, la estrategia, en líneas prolongadas, y la astucia que obraba secretamente, requerían, como se ha dicho, paciencia, tiempo y espacio dilatado. Si a esto se agregan las exigencias políticas que le aconsejaron oír las proposiciones de paz para acreditar moderación y poner la razón y la opinión del país invadido de su parte, y las hábiles maniobras con que cubrió el movimiento de la columna de Arenales al interior de la sierra, haciéndole ganar a ésta quince días que decidieron del éxito de esta arriesgada operación, no puede decirse que esos cuarenta y cinco días fuesen mal empleados. El enemigo, juez más competente de los efectos del desembarco y de la permanencia en Pisco, ha reconocido que allí comenzó el desmoronamiento del poder militar del Perú, según testimonio de sus más caracterizados representantes. El jefe de estado mayor de la vanguardia realista, que permanecía en observación de los movimientos del ejército invasor, ha dicho: "San Martín ocupó "sin oposición la villa de Pisco y los valles inmediatos desde Chincha " a la Nasca; se proveyó de cuanto producía el país; montó su caba- "llería; aumentó sus filas con los negros de las haciendas declarando "libres a los que tomaban las armas; sublevó con facilidad los pueblos "invadidos; destrozó al coronel Quimper; e internó a la sierra a Are- "nales, menoscabando visiblemente con tan rápidos progresos el cré- "dito del poder legítimo". Respecto de los trabajos del general invasor durante las negociaciones de Miraflores, agrega el mismo: "San "Martín utilizó todo el tiempo empleado en estas infructuosas negocia- "ciones para extender la seducción en el país y combinar el plan de "operaciones que diera a la revolución el impulso que se proponía". Por último, el mismo virrey del Perú, que veía preparar la invasión y sentía estremecerse el suelo que pisaba, sin acertar a contrarrestarla con dobles y triples fuerzas, ni a establecer las contraminas, reconocía que el plan de operaciones de San Martín lo anonadaba, destemplando su poder: "Son muchos los peligros que me rodean. El tal San "Martín, sin comprometer una acción formal, ha adoptado el plan más "conveniente sin duda para sus fines. La seducción se va prolongando "rápidamente, y el desfallecimiento de los pocos buenos deja reducida "la causa de la nación a un corto número de defensores. Para desen- "redarme de esta situación en que nada se avanza, y se consume mu- "cho, necesito reunir más fuerzas que las que cuento en el día a mi

"inmediación". Cuando esto escribía el Virrey, tenía como 7500 hombres en solo Lima y dos tantos más en Guayaquil, la Sierra y el Alto Perú, mientras San Martín desprendía por su espalda una columna volante de 1200 hombres, cubriendo su movimiento con hábiles maniobras, y se preparaba a atacarlo en el centro de su poder con menos de 3500. En presencia de estos testimonios y estos resultados, hay que reconocer que las operaciones preliminares de San Martín al abrir su campaña del Perú fueron hábiles y acertadas, según confesión de los mismos enemigos a quienes con tan escasos medios reducía a la impotencia, por su actividad, su estrategia y su astucia.

Los primeros lineamientos del plan de campaña de San Martín empezaban a diseñarse. En el tablero del teatro de la guerra estaban dispuestas las piezas, de modo de jugar metódicamente la gran partida para dar el jaque mate al poder colonial en Lima.

CAPITULO XXVII

LA EXPEDICION LIBERTADORA DEL PERU

(Apertura de la campaña sobre Lima)

AÑOS 1820-1821

Doble campaña militar y política. — La expedición zarpa de Pisco y llega al Callao. — Ostentación de fuerzas de San Martín. — Bloqueo de las costas del Perú. — Amago de desembarco en Ancón. — Combate de "Casa Blanca". — Desembarco del ejército expedicionario en Huacho. — Revolución de Guayaquil. — Concierto entre San Martín y Bolívar. — Toma de la fragata *Esmeralda* por Cochrane. — San Martín ocupa la línea de Huaura. — Combate de Chancay. — Pringles. — El batallón "Numancia" se pasa á los independientes. — Apurada situación de los realistas. — El norte del Perú. — Pronunciamiento de Trujillo y Piura. — Avance de San Martín sobre Retes. — Plan de ataque de los españoles. — Repliegue de San Martín. — Organización de guerrillas patriotas. — La división de la Sierra se da la mano con el ejército invasor de la costa. — Reglamento provisional de Huaura. — Tres meses de campaña.

I

El generalísimo de la expedición libertadora del Perú llevaba de frente dos campañas: una militar, cuyo plan guardaba en su cabeza; otra política, cuyos hilos secretos él solo manejaba. La primera describía un círculo que trazaban a lo largo de las costas marítimas las quillas de Cochrane, y en las fragosidades de la sierra, los pies ligeros de la columna volante de Arenales. Este círculo, abierto en Pisco, debía cerrarse al norte del Perú, estrechando a Lima.

La segunda era más complicada. Tenía por base poner en actividad las fuerzas morales de la opinión, fomentando la insurrección del país, sin lo cual la empresa era imposible, dada la desproporción respectiva de las fuerzas militares. Desde su cuartel general de Pisco inició sus trabajos en este sentido. Durante las negociaciones de Miraflores, y después de despachar la expedición de Arenales, ocupóse en levantar el espíritu cívico de los naturales, promover la defección en las filas enemigas, concertar un plan para apoderarse de las fortifica

ciones del Callao, preparar el levantamiento del norte del Perú a la vez que el del interior por la parte de la montaña, y dar organización e instrucciones a sus agentes secretos en Lima para asegurarse elementos de movilidad y subsistencia en el punto por donde meditaba abrir su campaña militar. "No se ha perdido el tiempo que hemos es-"tado en Pisco —escribía O'Higgins, al reembarcarse—. Mis relacio-"nes con Lima las he asegurado en términos que el día menos pensado "pueden darle un mal rato al enemigo. Si no tenemos algún contraste "que no esté en la previsión humana, muy en breve veremos recom-"pensados nuestros trabajos con la libertad del Perú".

El 24 comenzó el reembarco y el 25 quedó terminado. La expedición tomó el rumbo del Noroeste. A los tres días de navegación, con vientos propicios y calmas tropicales, avistóse la isla de San Lorenzo (29 de octubre). El general quiso hacer una ostentación de fuerzas que hiriese la imaginación del pueblo limeño, tan propenso a espectáculos teatrales. Dispuso que una parte de las tropas se trasladase a los transportes desocupados por la división de Arenales, vistiendo diversos uniformes. La escuadra penetró a la bahía del Callao, desplegando en primera línea fuera del tiro de cañón ocho buques de guerra en actitud de combate, y en segunda línea, diecisiete transportes cuajados de soldados. Como el terreno en el espacio de quince kilómetros desciende gradualmente en plano inclinado desde el pie de las montañas que forman el fondo del escenario, divisábanse distintamente desde el surgidero las torres y las murallas de la ciudad, con sus alturas coronadas de espectadores. En el intervalo se desarrollaba en línea recta el camino carril que une el puerto a la ciudad, con su magnífica alameda que remata en la portada principal de las fortificaciones y sus pintorescas casas de campo desparramadas en el ameno valle regado por el Rimac. Al pie de este anfiteatro veíase la población del Callao, dominada por los altos muros del castillo del "Real Felipe", con sus inmensos torreones, flanqueado por los dos castillos laterales de "San Miguel" y "San Rafael" erizados de cañones; y apiñados bajo los fuegos de las baterías a flor de agua que se extendían a lo largo de la ribera, los buques españoles de guerra y mercantes con una línea de cañoneras a vanguardia, protegida por defensas flotantes. Como lo dice un testigo presencial de esta animada escena: "La expedición "libertadora y la capital del Perú estaban en mutua exhibición".

Una parte de la escuadra permaneció bloqueando el Callao, y el resto de ella con el convoy se dirigió a la bahía de Ancón, treinta y seis kilómetros al norte de Lima (30 de octubre). Un destacamento de 200 hombres de infantería y 40 cazadores a caballo mandados por el capitán Federico Brandzen fué echado a tierra, bajo la dirección del mayor Andrés Reyes (peruano), con el objeto de ocupar la inmediata villa de Chancay y proporcionarse cabalgaduras y subsistencias para el ejército en los próximos valles de Chancay y de Sayán, de acuerdo con los agentes secretos de la comarca de antemano prevenidos.

El ejército realista, que, reforzado con una división traída del Alto Perú, se había reconcentrado en el campamento de Asnapuquio, a diez kilómetros de Lima, desprendió sobre Chancay una columna compuesta de cuatro compañías del batallón Numancia, los escuadrones Dragones de la Unión y Dragones del Perú, sumando un total de 600 hombres, al cargo del afamado coronel Jerónimo Valdez. El mayor Reyes, advertido, evacuó la posición y emprendió su retirada a lo largo de la costa, poniendo en salvo los ganados recolectados. El camino que seguían los independientes es en parte montuoso, y al desembocar a la

planicie del Norte se encuentra a la altura de la hacienda de "Casa Blanca", una estrechura, a la sazón cerrada por altas tapias, que sólo permite pasar doce caballos de frente. Brandzen, que con el teniente Paulino Rojas y sus 40 jinetes sostenía la retirada, aprovechándose de este accidente del terreno, supo igualar la desproporción de las fuerzas con la táctica y el arrojo. Al ver comprometerse al enemigo en el desfiladero, cargó con ímpetu sable en mano, derrotó a los Dragones de la Unión, que ocupaban la cabeza, y envolvió a los Dragones del Perú que seguían, hasta obligarlos a refugiarse en precipitada fuga bajo los fuegos de su infantería parapetada por las tapias, dejando en su trayecto cinco prisioneros heridos y tres muertos, entre éstos el comandante de la caballería española Vermejo, que Brandzen mató de un pistoletazo (8 de noviembre). El destacamento independiente pudo así continuar su retirada con todos sus ganados, sin que el enemigo se atreviera otra vez a medirse con él, a pesar de su superioridad numérica.

En el intervalo habían ocurrido dos acontecimientos importantes y que aseguraban la preponderancia terrestre y marítima de los independientes: Guayaquil se había pronunciado por la revolución, y el almirante Cochrane habíase apoderado a viva fuerza en el puerto del Callao de la fragata *Esmeralda*.

II

La provincia de Guayaquil, dependencia en un tiempo del Perú, era en la época a que hemos llegado parte integrante de la capitanía general de Quito, que correspondía al virreinato de Santa Fe o la Nueva Granada. Empero, por su posición geográfica y por las exigencias de la guerra, estaba subordinado en lo militar y accidentalmente en lo político al virrey del Perú. Era el arsenal y el único astillero de la España en el Pacífico, y bloqueado el Callao, el último refugio de sus naves dispersadas en aquel mar por el almirante Cochrane. Colindante con el Perú por el Norte, estaba incluído en el plan de defensa de sus costas, contra las agresiones terrestres y marítimas de los independientes, y Pezuela se había desprendido de uno de los gruesos batallones de su ejército para asegurarlo. Por lo tanto, su posesión era de una importancia capital para la España colonial.

Quito fué una de las colonias hispanoamericanas donde se hicieron sentir en 1809 los primeros estremecimientos revolucionarios con tendencias de independencia y propósitos orgánicos; pero la provincia de Guayaquil, inmediatamente dominada por el Perú, había permanecido en quietud hasta 1820. El único síntoma que revelara en sus habitantes un fermento de espíritu público fué anticiparse a proclamar la Constitución española aun antes de recibir órdenes del virrey Pezuela. La reconquista de la Nueva Granada en 1819 y el sucesivo avance de las tropas de Bolívar hacia el Sud, aproximándose a las costas del mar del Sud (abril 1820), a que se siguió casi inmediatamente la invasión del Perú por San Martín (septiembre 1820), precedida del dominio del Pacífico por Cochrane, aislaron militarmente el territorio quiteño.

Por este tiempo gobernaba la Audiencia de Quito el mariscal de campo Melchor Aymerich, militar de alguna reputación, en calidad de presidente y capitán general apoyado por un ejército como de 5.000 hombres, incluso una gruesa división de los derrotados en Boyacá que lo cubría por el Norte, y de la guarnición de Guayaquil. Esta consta-

ba de 1500 hombres, en su mayor parte veteranos, y siete lanchas cañoneras para la defensa del puerto, con 350 tripulantes. Al anuncio del desembarco de San Martín en Pisco, estalló el 9 de octubre la revolución de Guayaquil, encabezada por una parte de la guarnición y sostenida por el pueblo, triunfando instantáneamente sin oposición. Toda la provincia se uniformó con el movimiento, declaró su independencia, formó una junta de gobierno de que fué nombrado presidente el inspirado poeta José Joaquín Olmedo, y organizó un ejército para sostener su actitud. Los revolucionarios se pusieron bajo la protección de las armas de San Martín y de Bolívar. Guayaquil independiente se convertiría de este modo en una manzana de discordia entre los dos libertadores.

Mientras tanto, la revolución sudamericana se dilataba y el terreno de la resistencia colonial se circunscribía. La guerra quedaba reducida a tres puntos: Venezuela, donde Morillo luchaba sin esperanzas con los últimos restos de su gran ejército casi destrozado; el Perú, donde Pezuela se sostenía con el último ejército realista encerrado dentro de sus montañas; Quito aislado, entregado a sus solos recursos, estaba amenazado por dos ejercitos poderosos. El plan ideado por San Martín en 1814 daba sus resultados. Los dos libertadores del Sud y del Norte convergían hacia el centro. Ya no era solamente el instinto de la primera impulsión el que los guiaba: un concierto habíase establecido entre ambos, y sus marchas estaban trazadas en el mapa de la América independiente con rumbos seguros. En Quito operarían su conjunción, buscándose de mar a mar y de un extremo a otro del Continente. El libertador de Colombia, después de atravesar los Andes ecuatoriales y triunfar en Boyacá, había escrito al director de Chile, tres meses antes de la expedición del Perú: "Un ejército de Colombia "marcha contra Quito, con órdenes de cooperar activamente con los "ejércitos de Chile y Buenos Aires contra Lima". Un mes después de verificada la expedición, decía, en su nombre su ministro de Guerra: "Se acerca el día de la independencia del sud de América. El Perú va "a recibir la libertad por las armas de Chile y de Buenos Aires. Las "armas de Colombia cumplirán sus deberes libertando a Quito, y satis- "farán sus votos empleándose luego en favor de los Hijos del Sol". San Martín contestaba a su vez desde su campamento de Huaura al gobierno de Colombia: "Convencido de los mismos principios de la repúbli- "ca de Colombia, la expedición del Perú ha sido el gran pensamiento que "me ha ocupado desde que tuve el honor de recibir al pie de los Andes "el primer homenaje que la fortuna rindió al valor de mis soldados; "pero aun cuando ella sea tan constante como los que me acompañan, "yo habría tenido igual complacencia en saludar triunfante al que me "hubiese precedido en esta empresa, mucho más si al renombre de *Li- "bertador* de Venezuela, hubiese añadido el que yo deseo merecer. An- "helo entablar las más estrechas relaciones y dar a nuestros nativos "recursos un punto de contacto que aumente su poder por la unidad del "impulso que reciban, porque hallándose pendientes de ambos los gran- "des intereses que agitan la presente generación, es un deber suplir "por la combinación las medidas que retardan inevitablemente tiempo "y distancia".

III

El otro acontecimiento a que nos hemos referido es una proeza fabulosa, ejecutada por el almirante Cochrane. Los mares ya no ofrecían campo a su actividad. Lo que constituía la fuerza de la escua-

dra española en el Pacífico estaba reducido a las fragatas *Prueba, Venganza y Esmeralda*. De éstas, las dos primeras, después de conducir de los puertos del Sud una división del Alto Perú que reforzara el ejército de Lima, no pudieron volver a penetrar al Callao bloqueado por la escuadra chilena, y errantes por las costas del Norte se habían refugiado en Guayaquil, donde debían sucumbir al fin. La *Esmeralda* se encontraba a la sazón en el Callao, acompañada de otros buques menores. El almirante concibió el atrevido proyecto de apoderarse de la escuadra enemiga dentro del mismo puerto, desafiando los fuegos de sus 250 piezas de mar y tierra. Dos objetos se proponía con esta empresa: concurrir eficientemente a las operaciones del ejército de tierra, movido por la emulación, y atraer a San Martín hacia Lima, comprometiéndolo en movimientos más atrevidos con arreglo a su primitivo plan. El generalísimo, a quien comunicó confidencialmente su idea, reservándose la iniciativa, la aceptó con entusiasmo.

Hemos descrito antes el puerto del Callao y sus fortificaciones (véase cap. XXII, § II) las que habían sido considerablemente aumentadas después de la segunda tentativa de Cochrane contra ellas. Bajo los fuegos fijantes y rasantes de los castillos y de las 200 piezas de las baterías de tierra estaba anclada la *Esmeralda*, con 44 cañones y 320 hombres de tripulación; y además, la corbeta *Sebastiana*, dos bergantines y dos goletas más con tres buques mercantes armados en guerra. Una doble línea semicircular de veinte lanchas cañoneras estaba establecida a vanguardia sobre la grande entrada del puerto. A su frente se extendía una especie de estacada de maderos flotantes, cerrada por gruesas cadenas, que rodaba todos los buques y que sólo tenía una angosta entrada por la parte del Norte. Tal era la línea que el almirante se proponía forzar teniendo por principal objetivo la *Esmeralda*.

Al efecto hizo aprontar 14 botes tripulados por 160 marineros y 80 soldados de marina. A la invitación de que se presentasen voluntariamente los que quisieran acompañarle en la empresa, las tripulaciones de todos los buques del bloqueo se presentaron en masa. Fué necesario que él, usando de su autoridad, eligiese los hombres que necesitaba. Tres días consecutivos se emplearon en preparar la flotilla. En la noche del 4 distribuyóse una instrucción escrita en inglés y castellano, que fué leída en alta voz por el patrón de cada una de las embarcaciones, contestando a ella con *¡vivas!* y *¡hurras!* los soldados chilenos y los marineros ingleses que las tripulaban. "Los botes o chalu-"pas —prevenía la instrucción— avanzarán en dos líneas paralelas y "separadas una de otra a distancia de tres botes. Los oficiales y solda-"dos deberán llevar chaqueta blanca, e ir armados de pistolas, sables, "puñales o picas. Cada bote debe tener hachas afiladas que los guardas "cargarán a la cintura. Tomándose posesión de la fragata, los mari-"nos chilenos no harán oír las exclamaciones que tienen de costumbre, "sino que para engañar al enemigo deberán gritar: *¡Viva el Rey!* Si el "vestido blanco no bastase para distinguir a los asaltantes por la os-"curidad de la noche, las palabras de seña y contraseña serán: *Gloria*, "a que se responderá por *Victoria*". En la misma noche se ensayaron las maniobras que debían ejecutarse, reconcentrándose los expedicionarios al costado de la *O'Higgins*.

Amaneció el día 5 destinado para dar en la noche el atrevido golpe. Para burlar la vigilancia del enemigo ordenóse que la *Lautaro*, la *Independencia* y la *Galvarino* saliesen mar afuera, quedando sólo la *O'Higgins* al frente del bloqueo. La capitana chilena, cubierta por la

isla de San Lorenzo, ocultaba a su costado opuesto los botes prontos a la primera señal. En vista de estos movimientos, los españoles se preparaban a pasar tranquilamente la noche, festejando con un banquete, a bordo de la *Esmeralda*, la primera cesación del bloqueo, que ya daban por cosa hecha. El más absoluto silencio había sido recomendado en la escuadra chilena después de ponerse el sol, y al anochecer del mismo día circulaba de mano en mano, en medio de un entusiasmo comprimido por la disciplina, una proclama del almirante: "¡Soldados y mari- "neros! Esta noche vamos a dar un golpe mortal al enemigo. Mañana "os presentaréis con orgullo delante del Callao. Todos vuestros compa- "ñeros envidiarán vuestra buena suerte. Una hora de coraje y resolu- "ción es cuanto se requiere de vosotros para triunfar. Recordad que "habéis vencido en Valdivia y no os atemoricéis de los que huyeron "de vuestra presencia. El momento de gloria se acerca. Espero que "los marinos chilenos se batirán como tienen de costumbre, y que los "ingleses obrarán como siempre lo han hecho en su país y fuera de él".

A las 10 de la noche, el heroico almirante, vestido con la chaqueta blanca del marinero, con una faja azul atada al brazo —que era el distintivo de combate— y un puñal y dos pistolas al cinto, con el machete de abordaje en la mano, bajaba a la lancha que debía ir a la cabeza de la expedición, rodeado de la admiración y el entusiasmo que su gallarda presencia despertaba en las horas de peligro. A las 10 y media, los 14 botes emprendieron la marcha, formados en dos líneas paralelas, a la distancia prevenida en la instrucción. La primera línea era mandada por el capitán Crosbie. La segunda iba a órdenes del capitán Guise. A la cabeza de ambas, marchaba el almirante Cochrane. La noche era sumamente oscura. Las embarcaciones se deslizaban como sombras por la superficie tranquila de las aguas. Ningún rumor se percibía. Los botes llevaban sus remos embozados de manera que no producían ningún sonido. A poco andar, viéronse a corta distancia dos sombras inmóviles. Eran las fragatas de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos la *Hiperion* y la *Macedonia*, que en calidad de neutrales ocupaban un puesto al exterior de la estacada flotante. Cochrane, haciendo dar un golpe al timón, dirigió la proa de su lancha hacia la popa de la *Macedonia*.

Los buques de los Estados Unidos que en aquella época visitaron la América del Sud fueron mensajeros de amistad y de confraternidad que bajo la bandera neutral estudiaban los hombres y las cosas de las nacientes repúblicas, alentándolas en su lucha, y difundían en ellas ideas de independencia y libertad. Bien que la Gran Bretaña participase como nación de estos sentimientos, los jefes de su marina en el Pacífico miraban de reojo a lord Cochrane, a quien perseguían con el odio de su gobierno lejos de la patria, aun cuando algunos de sus oficiales y marineros protestasen contra esta acerba agravación del ostracismo. La conducta de los dos mencionados buques en esta ocasión correspondió a estos encontrados sentimientos. A bordo del buque norteamericano, un guardiamarina, que más tarde publicó sus recuerdos sobre el suceso, contaba a sus camaradas que en la tarde, al regresar de tierra en un bote, había notado el descuido con que se hacía el servicio a bordo de la *Esmeralda*, fondeada a 1500 metros del muelle, con sus cañones fuera de batería. "Para mí —decía— es un buque condenado. No colgaría yo mi hamaca en el mejor de sus baos". A lo que repuso un oficial: "Son unos locos en divertirse, teniendo a Cochrane a dos tiros de cañón". En aquel momento, al asomarse por encima de la borda, distinguieron las dos líneas de lanchas tripuladas que avanza-

ban rápidamente. "El escocés anda en las aguas —dijo el guardiamarina—. Apostaría mi cabeza a que Cochrane está en el primer bote". Todos seguían con vivo interés el movimiento de las embarcaciones que se aproximaban. "Y como los tripulantes estaban vestidos de blanco y sus botes caminaban tan en silencio que ni el ruido de los remos se sentía (dice el oficial norteamericano de quien tomamos estos detalles) parecían más bien que hombres mortales, una banda de espíritus que se movían misteriosamente sobre el insondable piélago". Al pasar por el costado, oficiales y marineros les desearon en voz baja buen éxito. El último de los botes de Cochrane detuvo su marcha bajo las ventanas de popa de la *Macedonia,* y asegurándose de la cadena del timón permaneció allí oculto, a pesar de los ruegos y amenazas del que lo mandaba. Cuando los oficiales de la fragata vieron que aquella embarcación desertaba su puesto, dirigiéronse a la tripulación increpándole su cobardía. Nada pudo decidirla a seguir adelante, y la noche tapó con su velo aquel oprobio. Mientras tanto Cochrane, seguido sólo de trece botes, pasaba a corta distancia de la *Hiperion:* los centinelas dieron la voz de alerta, que felizmente no oyeron los españoles. Un oficial inglés, entusiasmado al ver el valeroso avance de Cochrane, dió un *hurrah* en honor de su ilustre compatriota, y fué puesto arrestado por su comandante, conducta de que con razón se queja amargamente de parte de un antiguo compañero de armas, el dos veces héroe británico de la isla de Aix.

IV

La flotilla continuó avanzando, formada siempre en dos líneas paralelas, con el bote de Cochrane a la cabeza. A las doce de la noche en punto se hallaba frente al boquete de la estacada, tras la cual se abrigaba la primera línea española, formada por las 20 cañoneras. Una lancha cañonera guardaba la entrada. Al aproximarse Cochrane, que se había adelantado a una distancia como de seis botes, el centinela de la lancha española gritó: *¿Quién vive?* A una señal del almirante, los marineros se tendieron sobre los remos y con impulso vigoroso salvaron la distancia que mediaba entre las dos embarcaciones, antes que el eco del *quién vive* se hubiese apagado. ¡Silencio o todos mueren!, fué la intimación de Cochrane, con esa voz sorda y concentrada que repercute en el silencio y penetra en las almas cuando el coraje o la amenaza le imprime sus profundas vibraciones. Las armas de los guardianes de la estacada cayeron de sus manos. Allanado este primer obstáculo, la flotilla siguió adelante y penetró al recinto fortificado.

Las dos líneas apercibidas al combate avanzaron resueltamente sobre la *Esmeralda.* Cochrane, con los botes de la *O'Higgins,* tomó el costado de estribor; Guise con los de la *Independencia* y la *Lautaro,* el de babor. Muy luego se hallaron a los costados de la fragata enemiga, que envolvieron silenciosamente en un fatal abrazo, sin que sus descuidados centinelas diesen la voz de alarma. El comandante de la *Esmeralda,* Luis Coig, envuelto todavía por los humos del banquete, jugaba a los naipes en la cámara con sus oficiales y convidados. La tropa dormía tranquilamente en sus cuadras. Cochrane se hallaba en aquel momento bajo las ventanas del alcázar de popa, cuyas luces se proyectaban en la densa oscuridad de la noche. Dióse la señal del asalto.

El valeroso almirante lanzóse el primero por las amarras de popa, y trepó como un atleta hasta alcanzar la borda de la fragata. El centi-

nela español que allí estaba, lanzando el grito de alarma, le dió un culatazo en el pecho, arrojándolo de espaldas a uno de los botes. En su caída recibió una herida cerca de la espina dorsal al chocar sobre un tolete. Animado de nobles iras, se puso instantáneamente de pie, y subió por segunda vez al asalto, seguido de su tripulación, electrizada por su ejemplo. El centinela hizo fuego, y un momento después caía muerto a sus pies. *¡Arriba muchachos! ¡Ya es nuestra! —(Up my lads she's ours)—* gritó a los de las chalupas. Apenas hacía un minuto que pisaba el puente de la fragata, cuando alzó los ojos hacia lo alto de los mástiles, y gritó con la serenidad del que manda una maniobra ordinaria: *¡Oh, de las cofas! ¡Prontos!,* contestaron varias voces de lo alto de la verga del trinquete. *¡Prontos!* repitieron otras voces de lo alto de la cofa del palo mayor. Todo había sido previsto, hasta el heroísmo ordenado. Era un destacamento de gavieros, que trepando por los obenques se habían apoderado de las cofas. Este fué el golpe maestro del abordaje. Los asaltantes eran dueños de las velas del buque. La situación llegó, empero, a ser peligrosa para ellos. Toda la tropa de servicio que se hallaba arriba de cubierta había acudido a las armas a la voz del centinela. Reunida en número considerable habría tal vez dado cuenta de los pocos que en aquel trance rodeaban a Cochrane. En este momento decisivo, Guise con los suyos asaltaba la fragata por el costado opuesto. Los de estribor gritaron *¡Gloria!* y los de babor respondieron *¡Victoria!* Los asaltantes de uno y otro costado encontráronse entonces reunidos en el castillo de popa. Cochrane y Guise, que eran rivales y se odiaban mutuamente, arrastrados por un movimiento generoso, se dieron allí las manos, como hermanos de armas y de gloria, olvidando por el momento sus resentimientos. Esta reconciliación debía ser pasajera, desgraciadamente.

La guarnición de la *Esmeralda,* sorprendida, habíase mientras tanto reconcentrado en el castillo de proa. Desde allí rompió el fuego de fusilería sobre los asaltantes, barriendo el puente con sus proyectiles. Una bala traspasó a Cochrane un muslo. Sentóse impávido sobre un cañón, extendió la pierna sobre una hamaca, y atándose la herida con un pañuelo, ordenó que se llevase el asalto al arma blanca sobre el castillo de proa. Soldados y marineros avanzaron resueltamente, trabándose en la oscuridad un combate cuerpo a cuerpo a golpe de hacha y machete. En este primer ataque los asaltantes fueron rechazados. No fueron más felices en el segundo, en que volvieron a ser rechazados, quedando Guise herido. Hacía un cuarto de hora que duraba la refriega de popa a proa. El puente estaba cubierto de cadáveres, los pies resbalaban en la sangre, y el cañonazo de alarma había sonado desde lo alto del torreón del Real Felipe. Era urgente dominar la fragata. Un nuevo y vigoroso esfuerzo dirigido personalmente por Guise decidió la victoria. Los independientes la saludaron al grito de *¡Viva el Rey!* Una parte de la tripulación derrotada se ocultó en el entrepuente y la bodega, y el resto buscó su salvación arrojándose al agua. Entre éstos se encontraban los comandantes de dos buques españoles, que estaban a inmediación de la *Esmeralda,* y que organizando la resistencia en ellos, impidieron que toda la escuadra del Callao cayese aquella noche en poder de Cochrane. Una de las cañoneras realistas, dirigiendo sus fuegos sobre la fragata, hirió gravemente al comandante Coig, y a su lado cayó un chileno y dos ingleses. La cañonera fué inmediatamente tomada.

Extendida la alarma por toda la bahía, herido Cochrane —que había delegado el mando en Guise, herido también—, ya no era posible

atacar el resto de la línea como el primero lo había pensado. Su plan era perseguir a los españoles de buque en buque, hasta apoderarse de todos ellos, incendiando los mercantes surtos en la bahía. Guise no creyó posible o no consideró prudente persistir en esta parte accesoria del plan combinado, y mandó en consecuencia picar las amarras de la *Esmeralda*, para ponerla en salvo. La fragata, desplegando sus velas, empezó a navegar marinada por los independientes.

Los buques de guerra españoles y los castillos y baterías del Callao rompieron en aquel momento un terrible fuego que iluminó el teatro de la acción con sus ardientes resplandores. Algunas balas de cañón pasaron por encima de la *Macedonia* y la *Hiperion*. Ambos buques izaron los faroles convenidos para distinguirse en la noche como neutrales; pero continuando el fuego, levaron anclas, desplegaron sus gavias y se pusieron fuera del alcance de la artillería de los fuertes. Cochrane había previsto hasta esta circunstancia. Inmediatamente, la *Esmeralda* enarboló las mismas señales y continuó navegando hasta salir fuera de la estacada. A las dos y media de la mañana del día 6 la fragata capturada echaba el ancla frente a la isla de San Lorenzo. Los botes expedicionarios, llevando a remolque dos lanchas cañoneras tomadas al abordaje, completaban el convoy triunfal de la *Esmeralda*, tripulada por los vencedores.

La pérdida de los expedicionarios fué de 11 muertos y 30 heridos, contándose entre éstos a Cochrane y Guise. Los realistas perdieron como 160 hombres entre muertos y ahogados, dejando en poder de los chilenos 200 prisioneros.

Los realistas, despechados por haber perdido tan vergonzosamente uno de sus mejores buques de guerra, bajo la protección de las más formidables fortificaciones de América, atribuyeron el éxito de la empresa a la complicidad de los neutrales, y principalmente a la tripulación de la *Macedonia*, cuyas simpatías por la causa sudamericana eran conocidas. Habiendo ido a tierra el bote de este buque con el objeto de hacer sus provisiones diarias, el oficial que lo mandaba con toda su tripulación indefensa fueron bárbaramente asesinados por un grupo enfurecido de la población del Callao. El comandante Downes, de la *Macedonia*, a la vez de reclamar enérgicamente del virrey la reparación de este atentado, escribía al general San Martín: "Felicito muy "sinceramente a lord Cochrane por la captura de la *Esmeralda*. Nun"ca se ha ejecutado con mayor habilidad una hazaña más brillante".

El almirante, aprovechándose del estupor que causó su prodigiosa victoria, envió un parlamentario a tierra proponiendo un canje de prisioneros. El orgulloso virrey, al reconocer por la primera vez a los americanos como beligerantes, accedió a ello. Así se rescataron del cautiverio como 200 chilenos y argentinos que hacía años gemían en los calabozos de las casamatas del Callao. La hazaña heroica se coronó por este acto de civilización y humanidad.

La *Esmeralda*, a la que San Martín quiso dar el nombre de *Cochrane*, honor que declinó el vencedor, fué bautizada con el de *Valdivia* en memoria de la anterior hazaña del heroico almirante, cuyo glorioso nombre murmurarán eternamente las ondas del mar Pacífico.

V

San Martín, dando gran importancia a la captura de la *Esmeralda* por sus efectos morales y mayor aún a la revolución de Guayaquil por su trascendencia americana, desoyó las sugestiones del almirante

que quería comprometerlo en operaciones más arriesgadas y decisivas sobre Lima. El día 9 el convoy dió la vela de Ancón, y en una singladura tomó el puerto de Huacho a 150 kilómetros al norte del Callao. El 10 se dió principio al desembarco de la tropa, que terminó el 12, formándose por el ingeniero D'Albe tres reductos para la seguridad del punto y un muelle provisional para facilitar las comunicaciones con la escuadra. El ejército se internó a pie, llevando sólo 25 caballos, y el 17 acampó en una deliciosa campiña bien regada y arbolada, abundante de víveres de todo género, forrajes, cabalgaduras y frutas agradables; de temperatura agradable y relativamente sana, pues como en toda la región de la costa reinan allí las fiebres intermitentes (tercianas) en el verano y las disenterías en el otoño. Este es el valle de Huaura, que tiene una extensión de 11 kilómetros de ancho y 85 de largo. El río que lo baña y le da su nombre corre de Este a Oeste de cordillera a mar, y aunque de poco caudal, sólo es vadeable por puntos determinados fáciles de defender, teniendo sobre sus márgenes algunas posiciones militares ventajosas para la resistencia contra fuerzas superiores. Sobre esta línea se estableció San Martín, fortificándose sólidamente, con la firme resolución de no esquivar la batalla, pero tampoco de buscarla por el momento. En esta actitud ofensivo-defensiva, con un desierto arenoso a su frente que el enemigo tenía que atravesar, con sus reservas en Supe y sus avanzadas sobre Retes y Chancay, uno de sus flancos apoyados sobre el mar en Huacho, y otro sobre la sierra, promovía la insurrección del país, reforzándose; mantenía en jaque a Lima, interceptaba las comunicaciones del ejército realista, sus comunicaciones con las provincias del Norte, debilitándolo; a la vez aseguraba las suyas por la parte de la sierra y el mar, estando habilitado siempre para sostenerse con ventaja, avanzar o replegarse, o reembarcarse, o darse la mano con Arenales, según las circunstancias. La campaña estaba abierta.

Por parte del Virrey, el plan para contrarrestar la invasión, era meramente expectante y defensivo. Atrincherado en su campamento de Asnapuquio con cerca de siete mil hombres, aumentados con los refuerzos traídos del Alto Perú, limitóse a desprender a la sierra, por la retaguardia y flanco, una pequeña división contra la columna de Arenales, de cuyos movimientos nos ocuparemos a su tiempo; y por su frente, al establecimiento de una vanguardia de observación. Después del movimiento parcial sobre Chancay, al amago de desembarco de San Martín por Ancón, que dió por resultado el combate de Casa Blanca, reforzó su vanguardia, la que quedó compuesta de los batallones Numancia, Infante Don Carlos y Arequipa, los dos escuadrones de dragones antes mencionados y dos piezas de artillería, en todo, como 2000 hombres, la que se extendió sobre la línea del río Chancay, cerrando el camino de la costa y ocupando las avenidas de la sierra por su flanco derecho. San Martín, provisto ya de elementos de movilidad, y su caballería, montada a dos caballos por hombre, había movido sobre Sayán, cubriéndose por el Huaura, una división de 500 hombres con armamento de repuesto, al mando de Alvarado, con el intento de penetrar a la sierra, ocupar a Tarma y concurrir a las operaciones de Arenales, que por opuesto camino convergía hacia el mismo punto. Valdez concibió la idea de atacar esta división destacada, interponiéndose entre ella y el grueso de las fuerzas independientes; pero el Virrey desaprobó este proyecto que era bien meditado y mandó retirar de la vanguardia los batallones Infante y Arequipa. San Martín, en vista del movimiento del enemigo sobre Chancay, varió de plan, y dispuso que

Alvarado con toda la caballería, compuesta de los regimientos de granaderos y cazadores montados, en número de 700 hombres tomase el camino de la costa con el objeto de proteger la defección del batallón Numancia, de antemano concertada por medio de los agentes patriotas de Lima y retardada por diversos accidentes.

El Numancia, como en su lugar se apuntó, formaba parte del ejército de Nueva Granada en 1819, y a consecuencia de la batalla de Maipu fué enviado de refuerzo al del Perú a requisición del virrey Pezuela (V. cap. XVIII, § VI). Este batallón, compuesto en su mayor parte de naturales de Venezuela y Santa Fe de Bogotá, con oficialidad americana, estaba impregnado de un espíritu revolucionario. Trabajado secretamente por los agentes de San Martín, auxiliados por las irresistibles seducciones de las limeñas, sus oficiales entraron en un plan de sublevación, a cuya cabeza se puso decididamente su comandante, don Tomás Heres, colombiano. Como este cuerpo constituía el núcleo de la vanguardia realista, a la sazón alejada más de 30 kilómetros de su reserva, la ocasión era propicia y la superioridad de la bien montada caballería independiente facilitaba la empresa.

Alvarado tomó con su columna el camino de la costa. Al emprender la marcha (24 de noviembre), despachó desde Huacho un emisario, escoltado por una partida de 18 granaderos montados y un guía, con una comunicación para Heres y los oficiales del Numancia a fin de concertar los respectivos movimientos. Esta partida, destinada a hacerse famosa por un hecho pequeño en sí, a que la tradición y la historia ha dado resonancia, era mandada por el teniente Juan Pascual Pringles, a quien hemos visto aparecer en la trágica conjuración de San Luis. Sus instrucciones le prevenían situarse en la caleta de Pescadores, a 15 kilómetros de Chancay, despachar desde allí el emisario con la comunicación y esperar su regreso, debiendo replegarse a la reserva si la contestación se retardase o se presentaran fuerzas enemigas, con prohibición absoluta de empeñar ningún combate. El destacamento marchó toda la noche, y el 27 al amanecer ocupó su puesto, que era un terreno quebrado, sobre la playa del mar, cumpliendo la primera parte de sus instrucciones. A esa hora fué atacado por la vanguardia enemiga al mando de Valdez, compuesta de un escuadrón fraccionado en primera línea, y el Numancia con dos piezas de artillería en reserva. Pringles, en vez de retirarse como era su deber, arremetió temerariamente contra la primera fuerza que se le presentó por el frente, que era una compañía de Dragones del Perú de cuádruple número, mandada por Valdez en persona. Rechazado en el choque, encontróse en su retroceso con otra compañía de Dragones que le cortaba la retaguardia, a la que cargó también con resolución para abrirse paso a todo trance. Deshecho con el segundo encuentro, con tres muertos y once heridos, incluso el mismo Pringles, lanzóse al agua a caballo con sus últimos soldados, y se ha dicho que con la resolución de ahogarse antes que rendirse, pero en verdad, para rendirse honrosamente salvando la vida de sus compañeros. Sabedor Valdez del caso, acudió a escape al sitio, y ofreció garantía de la vida a los jinetes náufragos, en homenaje al valor que habían mostrado, en momentos en que Pringles estaba casi sumergido por un vuelco de su caballo espantado por el oleaje del mar. Como fuera éste el primer triunfo alcanzado por los realistas durante la campaña diéronle gran repercusión, haciendo ostentación en Lima, de quince prisioneros heridos, que se habían batido cuerpo a cuerpo uno contra diez y arrojádose al mar antes de rendirse, lo que redundó en honor de los vencidos.

La temeridad de Pringles hizo descubrir el movimiento de la caballería independiente y malograr la combinación con el Numancia, que habría podido poner en apuros a la vanguardia enemiga, comprometida a larga distancia de su reserva. Apercibido Valdez de lo peligroso de su situación, se replegó en el mismo día 27 al valle de Chancay, y situóse en la boca de una quebrada, cubriendo con el Numancia su caballería, reforzada con un escuadrón más. Alvarado, que al llegar a Pescadores encontró las huellas del reciente combate, se inclinó sobre su izquierda y penetró al valle de Chancay por otra quebrada situada al Este. Ambas vanguardias permanecieron a la vista observándose. La caballería independiente, fatigada por largas marchas en arenales sin agua, se replegó a la inmediata hacienda de Retes para dar descanso a la tropa y proporcionar forraje a los animales. El 1º de diciembre volvieron a avistarse las dos vanguardias; pero la realista, en vez de aceptar el combate a que la provocó Alvarado, emprendió su retirada por una quebrada estrecha y fragosa, en que la caballería dejó como a diez kilómetros a retaguardia el batallón Numancia, el que aprovechando la ocasión, dió el grito de insurrección en la noche del 2, e incorporóse al día siguiente a la columna patriota, ofreciendo a la causa de la independencia americana un contingente de 650 bayonetas. San Martín colmó de honores al Numancia y le confió la custodia de la bandera del ejército libertador, declarando que el "batallón pertenecía "a los ejércitos de Colombia, y que solamente permanecería incorpo-"rado al del Perú mientras durase la guerra en su territorio".

VI

Antes de cumplirse un mes de la apertura de la campaña, la preponderancia moral estaba decididamente de parte de los invasores. Los rápidos progresos a lo largo de las costas, los sucesivos golpes de la captura de la *Esmeralda* y de la defección del Numancia, las ventajas obtenidas por la columna de Arenales en la sierra —de que después se dará cuenta—, y el espíritu de insurrección que se extendía por todo el país, abatieron el ánimo de los realistas, reducidos a una inerte defensiva, mientras los independientes, a pesar de su notable inferioridad numérica, se preparaban a tomar la ofensiva. La deserción se pronunció en las filas del ejército realista, desde la clase de coronel a soldado. La desmoralización de la opinión llegó a tal grado que los más notables vecinos de Lima, apoyados oficialmente por la corporación municipal, elevaron una representación al Virrey indicándole "la pre-"miosa necesidad de una capitulación honorífica con San Martín, an-"tes de aventurarse a la suerte de las armas, tomando por base la aber-"tura reservada hecha por sus comisionados al cerrarse las negocia-"ciones de Miraflores". (Véase cap. XXVI, § VI), lo que implicaba hasta el reconocimiento de hecho de la independencia. De todos estos males se culpaba a la mala dirección de la guerra dada por Pezuela, que era un efecto y no una causa. La autoridad política y la iniciativa del Virrey estaban supeditadas por una conspiración sorda del ejército de Asnapuquio, fomentada por los jefes liberales, con el propósito de deponerle del mando y sustituirlo con la Serna. "El edificio realista "se iba desmoronando por todas partes", según la expresión de un historiador español, que al pintar con los colores sombríos esta triste situación, procura explicar cómo 4500 invasores se imponían a 23.000 soldados del Rey, y lo atribuye todo "a la fatalidad del destino y al "curso irresistible de los sucesos".

La posición militar de San Martín en Huaura, aunque relativamente ventajosa, no era sólida, y en la inacción habría sido estéril. Sin más base de operaciones que el camino del mar, con las provincias del Norte a la espalda ocupadas aún por las armas del Rey, con uno de sus flancos al pie de la sierra y con un ejército de doble número a su frente que no podía buscar un campo abierto, estaba forzosamente obligado a una defensiva pasiva. La superioridad de su caballería y su movimiento de avance hasta Retes y el sud del río Chancay, cubriendo la posición de Sayán al tiempo de proteger la defección del Numancia, le dió desde luego el dominio de la zona de operaciones; pero esto nada decidía, y además de estas marchas había inutilizado gran parte de sus cabalgaduras. Por otra parte, las enfermedades endémicas de la región de la costa empezaban a hacerse sentir en las tropas invasoras, no aclimatadas aún. En tales condiciones, el ejército libertador era como un aerolito en los vastos espacios del virreinato del Perú, que sólo se vinculaba a los estremecimientos aislados del país invadido por la atrevida marcha de circunvalación que simultáneamente ejecutaba la columna de Arenales en el corazón de la sierra. Era necesario ensanchar el campo de acción, para proporcionarse recursos y remontar el ejército con contingentes de la sierra; era necesario conquistar y dar consistencia política a las provincias del Norte para dar un punto de apoyo a las operaciones militares, encerradas en círculo limitado y sin horizontes, a fin de estrechar a Lima, que era el objetivo inmediato; y sobre todo, era indispensable dilatar la revolución y organizar la insurrección popular, sin lo cual la expedición se reducía a las proporciones de una aventura en que todo quedaba librado a la suerte dudosa de las armas o a la acción lenta del tiempo, en que al fin las armas mismas se inutilizarían.

A una parte de estas exigencias respondía la atrevida marcha de Arenales a lo largo del interior del país. Para ligar esta operación con la posición ofensivo-defensiva del ejército de Huaura, el general en jefe, al extenderse sobre su flanco izquierdo hasta el pie de la sierra, ocupó a su retaguardia el populoso departamento de Huaylas (29 de noviembre de 1820), rico en ganados, y expulsó de él a los realistas, jurándose allí la independencia por setenta mil habitantes. Este suceso fué precursor de otro de mayor importancia, que aseguró completamente el éxito político y militar de la expedición. Casi simultáneamente todo el Norte del Perú se pronunció por la causa de la independencia. Este fué el primer movimiento de insurrección espontánea que se produjo en el país, sin el concurso inmediato de las armas libertadoras, si bien contando con su protección y en virtud de los trabajos secretos iniciados por San Martín.

El norte del Perú, cuna de la colonización española, era entonces, como es hoy, el gran centro agrícola, cuyas variadas producciones constituían su principal fuente de riqueza. En 1820, casi toda esta region hallábase comprendida en la intendencia de Trujillo —una de las ocho del Virreinato—, y contaba aproximativamente con una población de 300.000 almas, de las cuales como 140 mil eran indígenas, 90 mil mestizos, 20 mil hombres libres de color, 10 mil esclavos y 40 mil de raza española pura. Colindante con el virreinato de Nueva Granada al oriente de los Andes, siguiendo la larga corriente del Amazonas, y especialmente con Quito y Guayaquil al Occidente, en la prolongación de las costas del mar, su posesión daba el dominio de las grandes operaciones estratégicas de los beligerantes sobre el Pacífico, que tenían por teatro la parte del continente de la América meridional desde el Alto

Perú hasta Caracas. Teniendo en vista esto mismo, y principalmente ligar la defensa de las costas del Perú con las de Guayaquil, el virrey Pezuela había situado en Piura una división de 1600 hombres, de que formaba parte un batallón de línea de 600 plazas y la compañía de cazadores del Numancia, fuerte de 130 plazas, situada en la ciudad de Trujillo.

Gobernaba por entonces la intendencia de Trujillo, con nombramiento del Rey, el general José Bernardo Tagle y Portocarrero, limeño, más conocido por su título nobiliario de Marqués de Torre-Tagle, quien como antiguo partidario liberal de Baquíjano y diputado a Cortes, había alcanzado cierta notoriedad entre sus paisanos. Este personaje de carácter débil y de costumbres disolutas, que ha representado en la historia el papel de un figurón, desempeñó por esta vez el de prócer de la causa de su patria, que más tarde traicionaría. De acuerdo con San Martín, que había abierto con él comunicación secreta desde Pisco, trabajó hábilmente en preparar la opinión de las provincias del Norte. El 24 de diciembre convocó en Trujillo un cabildo abierto e hizo presente lo inútil que sería toda resistencia al menor esfuerzo de San Martín para apoderarse de este territorio, supuesto que no había tropas suficientes que oponerle, ni dinero para sostenerlas, y que, por lo tanto, la prudencia aconsejaba someterse al imperio de las circunstancias. Los realistas, sostenidos por el obispo Carrión y Marfil, hombre de grande energía, opinaron por que se resistiese a todo trance. Torre-Tagle hizo prender al obispo y sus partidarios, y el 29 de diciembre (1820) enarboló la bandera inventada en Pisco. Fué el primer peruano que juró la independencia del Perú, y Trujillo el primer pueblo peruano que la conquistó por su solo esfuerzo cívico. En memoria de este acontecimiento, lleva hoy Trujillo la denominación de "Departamento de Libertad".

A Trujillo siguió Piura, venciendo mayores resistencias. Estaba acantonado allí con 4 piezas de artillería el batallón de línea que constituía el nervio de las guarniciones del Norte que permanecía fiel a su rey. La población estaba desarmada. Intimado el cabildo por Torre-Tagle de que de no someterse a la causa de la independencia sería la provincia reducida por la fuerza, un patriota decidido llamado Jerónimo Seminario promovió su reunión con asistencia de los jefes militares, y sostenido por algunos hombres del pueblo, obligó a los últimos a firmar la orden de someterse a San Martín. El batallón, después de alguna resistencia, se dispersó, y Piura se uniformó con Trujillo (4 de enero de 1821). De este modo, todo el norte del Perú, desde Chancay a Guayaquil, quedó por los independientes, y San Martín tuvo una base de operaciones segura y pudo contar con mayores recursos en hombres, subsistencias y cabalgaduras, recibiendo desde luego un contingente de 430 hombres de infantería y 220 de caballería.

VII

"Todo va bien. Cada día se asegura más la libertad del Perú. Yo "me voy con pies de plomo, sin querer comprometer una acción gene- "ral. Mi plan es bloquear a Pezuela. El pierde cada día la moral de "su ejército: se mina sin cesar. Yo aumentando mis fuerzas progresi "vamente. La insurrección cunde por todas partes como el rayo. En "fin, con paciencia y sin precipitación, todo el Perú será libre en bre- "ve tiempo". Esto escribía el Fabio sudamericano en vísperas de la insurrección de Trujillo, que aseguraba su base de operaciones, en mo-

mentos en que, contrariando su propio plan que tan buenos resultados le daba, se preparaba a ejecutar un movimiento que, si bien respondía al proyecto de estrechar el cerco de Lima, era una imprudencia, cuando no un error militar, que contrasta con sus palabras tan llenas de confianza en el éxito de la expectativa paciente y activa. Por este momento psicológico pasan todos los generales en circunstancias análogas, poniéndose a veces en contradicción sus planes improvisados con sus planes madurados. Empujados a la acción por esa fuerza latente de la masa que obedece y la trasmite a la cabeza que dirige, se mueven inconscientemente, armonizando en apariencia sus ideas con sus movimientos. En la guerra, así en la expectativa de las combinaciones que tienen que dar de sí por la acción del tiempo, como en medio del fuego de las batallas, hay momentos en que es preferible permanecer quieto en vez de moverse en el vacío sin objetivo claro, o bien dejar que el choque de las masas comprometidas decida la victoria, cuando, como la bala disparada, escapa de la mano que la maneja.

San Martín no tuvo la paciencia de que blasonaba, y hubo de comprometer el éxito de la campaña faltando a la regla que se había trazado, que le estaba impuesta por la desproporción de las fuerzas y el desarrollo gradual de sus propias combinaciones estratégicas, tácticas y políticas.

Después de la defección del batallón de Numancia y contando con el pronunciamiento de las provincias del Norte que aseguraba su base de operaciones hasta Guayaquil, San Martín meditó un ataque combinado con la división de la sierra para estrechar a Lima, resuelto a provocar una batalla decisiva, cuando todo el ejercito de Huaura no alcanzaba a 4000 hombres, y el concierto con Arenales era, si no imposible, por lo menos muy dudoso. Su plan era avanzar de frente con todo el ejército sobre Chancay, mientras Arenales descendía de la sierra por entre el río Chancay y el Carabaillo —que cubre a Lima por el Nordeste—, tomando a los realistas por el flanco. Con este propósito se movió a Huaura y avanzó hasta Retes (5 de enero de 1821), estableciendo su izquierda destacada en Palpa —al sud del Chancay— para apoyar la incorporación de Arenales, y el resto de su fuerza escalonada en el espacio de 5 kilómetros hasta Ancón, con los trasportes en este puerto. Arenales, más prudente que el general en jefe, hizo presente: que tendría que atravesar más de 100 kilómetros del ejército situado en Palpa, lo que hacía la operación tan contingente como riesgosa. El proyecto fué abandonado cuando ya las reservas de San Martín estaban a 70 kilómetros de Lima y sus avanzadas a 25 kilómetros. La división de la sierra se incorporó entonces al ejército.

La posición de San Martín era tan falsa como mal elegida para los efectos que se proponía. Retes, que se halla a cinco kilómetros del nordeste del pueblo de Chancay, es un sitio malsano y escaso de forrajes para las cabalgaduras, que además del inconveniente de estar muy próximo a Asnapuquio (55 kilómetros), no ofrece ventajas para la resistencia. Era en condiciones mucho más desventajosas, la repetición del error o del descuido de Cancharrayada. Las tropas españolas, superiores a las de San Martín en número, y principalmente en caballería, después de los refuerzos traídos por Canterac, del Alto Perú. y reconcentradas como se hallaban en Asnapuquio, podían en una marcha forzada de una noche amanecer sobre Retes y obligar a San Martín a retroceder para tomar una posición más militar. El agua quedaba del lado de las tropas del Rey, mientras que las independientes tenían a su espalda 83 kilómetros por el camino del pie de la sierra hasta Sa-

yán. Si aceptaba la batalla, la arriesgaba sin probabilidades de triunfo. En el mejor caso, una retirada por tierra hasta Huaura o un reembarco en Ancón era una verdadera derrota. Los jefes superiores del ejército español eran hombres bastante entendidos en cosas de guerra para no comprender la ventaja que les brindaba su enemigo, cuando era hasta una necesidad para ellos moverse sin pérdida de tiempo para recuperar la preponderancia moral perdida, evitando así ser estrechados en sus posiciones. La Serna, que había sido nombrado general en jefe, con Canterac por jefe de estado mayor, propuso al Virrey un plan de ataque, que fué aceptado. Pero el ejército realista estaba tan enervado por la inacción y por los sucesivos contrastes sufridos sin pelear, que pasaron varios días antes que se pudiesen reunir los elementos necesarios de movilidad. Mientras tanto, los agentes secretos de Lima, que penetraban todos los secretos, comunicaron a San Martín el plan. El general independiente, apercibido de los peligros de su posición, dispuso tranquilamente la retirada (13 de enero) y volvió a ocupar su campamento de Huaura, donde aumentó sus defensas (16 de enero de 1821).

El movimiento aventurado de San Martín le proporcionó algunas de las ventajas que se proponía. El ejército independiente mostró que era capaz de maniobrar con orden al frente del enemigo: la deserción en el ejército realista volvió a pronunciarse; la insurrección en los contornos de Lima por la parte de la sierra se organizó del modo que se explicará más adelante, y el enemigo, burlado en sus planes, vió empeorarse su situación. En vano fué que Canterac se moviese tardíamente con toda su caballería sobre Chancay, debiendo La Serna apoyar este avance con el resto del ejército de Asnapuquio (enero 27). El Virrey, temeroso de que, alejadas sus tropas de la capital, San Martín se embarcase en Huacho y cayese sobre ella antes de tener tiempo de eludir a su defensa, dió contraórdenes y volvió a encerrarse en la defensiva inerte. "Los leales —según confesión de un historiador "español, actor en los sucesos— se convencieron de que en el gobierno "no existía plan para conjurar la tempestad que crujía, y que si ha"bía alguno, era sólo el conservar a Lima mientras se pudiera, y capi"tular después; idea que abiertamente resistían la mayoría del ejér"cito y demás defensores de los derechos españoles". Desde este momento quedó decidida la deposición del Virrey por los jefes de su ejercito, que conspiraban contra su autoridad, movidos por un sentimiento de patriotismo, en que intervenía el pensamiento del liberalismo español que representaban en oposición, según en su lugar se explicó. (Véase cap. XXV, § VIII).

Por este tiempo empezáronse a hacer sentir en Lima los efectos del bloqueo marítimo y terrestre, a que concurría eficazmente un nuevo elemento popular y militar, creación de San Martín. Con su experiencia de la guerra en España, y como lo había practicado en el Alto Perú y en Salta durante su mando del ejército del Norte, promovió la *guerra* de recursos, por medio de partidas o *montoneras*, como las llamaban los españoles. Dióles una organización apropiada a la espontaneidad de la insurrección, las armó, les dió jefes y les trazó un plan de campaña en sus hostilidades, convirtiéndolas en una especie de vanguardia que, como antemural a su ejército, ocultaba sus maniobras y las facilitaba con exacto conocimiento de los menores movimientos del enemigo. Estas guerrillas, que fueron aumentando rápidamente y que tomaron consistencia cuando avanzó hasta Reyes, alcanzaron a formar una división como de 600 hombres. Su punto de reunion era

el pie de la sierra, de la que descendían repentinamente, interceptando en sus correrías los caminos, y atacaban los destacamentos y puestos avanzados, apoderándose de los convoyes de provisiones de boca y de las cabalgaduras, de manera de mantener en continua alarma a los realistas reducidos al recinto de la capital y del puerto cerrado del Callao. Fué nombrado jefe de todas las guerrillas el comandante Isidoro Villar (argentino, de Salta), que había estado prisionero largos años en las casamatas del Callao. Las diversas partidas eran mandadas por los capitanes peruanos Vidal, el héroe de Valdivia; Cayetano Quirós, Navajas, Ayulo, Elguera y el cacique Nanivilca (que después llegó a coronel), señalándose todos ellos con proezas y golpes de mano bien combinados, que esparcieron la desmoralización en las filas enemigas y despertaron el espíritu nacional.

Para dar forma política y legal a la ocupación militar del país, y fijar las reglas de su conducta pública ante la masa de los gobernados, expidió en Huaura a título de libertador y en nombre de "los derechos del continente americano", una ley orgánica con la denominación de "Reglamento Provisional", a fin de preparar, según las palabras, "la reforma del nuevo orden de cosas, y no dejar en la incer- "tidumbre los derechos de los particulares al arbitrio de un poder in- "definido". Su preámbulo, redactado por Monteagudo, estaba lleno de frases huecas y sonoras sin doctrina y sin declaración de principios republicanos. Su parte dispositiva se reducía a dividir el territorio ocupado por las armas libertadoras en cuatro departamentos, a saber: Trujillo, Tarma, Huaylas y la Costa, regidos por un presidente cada uno de ellos, y subdivididos en partidos o distritos con un gobernador político cada uno de ellos. Los presidentes y gobernadores administrarían justicia dentro de sus respectivas jurisdicciones en las causas no reservadas a la potestad suprema y a la autoridad militar, o que por su especialidad tuviesen tribunal propios, y sus sentencias serían apelables ante una corte establecida en Trujillo. Este fué el primer bosquejo de constitución administrativa del Perú y el primer ensayo de gobierno nacional.

Hacía tres meses que estaba abierta la campaña. El ejército expedicionario en este lapso había provocado la revolución de Guayaquil, quitando al enemigo 1500 hombres; conquistado todo el Norte, dispersando otros tantos soldados; recibido en su seno el contingente de un batallón defeccionado de 650 plazas, como 500 voluntarios y otros tantos desertores del enemigo; insurreccionado gran parte del interior del país y de los alrededores de Lima; derrotado, muerto o aprisionado más de 2000 hombres en la campaña de la Sierra, según se explicará; adquirido la preponderancia moral y consolidado su situación política y militar, estrechando el asedio de la capital del Perú próxima a sucumbir sin combates. Una gran batalla no habría dado mayores resultados. Todo esto se había alcanzado en el espacio de esos tres meses, con 4000 hombres contra 23.000. El éxito daba la razón al juicioso plan de campaña de San Martín, acusado de inacción o timidez en esta ocasión, demostrando hasta en sus desvíos y ulterioridades previstas o lógicas que era el único posible, dada la desproporción de las respectivas fuerzas y la necesidad de conservar íntegras las invasoras, para consolidar la base de la independencia del Perú.

Ahora, para completar el cuadro de la campaña hasta principios de 1821, se hace necesario seguir la división de Arenales, que dejamos en marcha al interior del país, al tiempo del reembarco en Pisco. (Véase cap. XXVI, § VII).

CAPITULO XXVIII

EXPEDICION LIBERTADORA DEL PERU

(Primera campaña de la Sierra)

AÑOS 1820-1821

Importancia de la primera campaña de la Sierra. — Regiones del Perú. — Teatro de operaciones de la expedición de la Sierra. — El valle de Jauja, nudo de las operaciones. — Zonas militares. — Prospecto general de la campaña del Perú. — Objetivos de la campaña de la Sierra. — Instrucciones de San Martín para la campaña de la Sierra. — Arenales general de la Sierra. — Ocupación de Ica. — Combate de Nasca. — Sorpresa de Acarí. — Planes de San Martín. — Arenales atraviesa la cordillera y ocupa Huamanga. — Maniobras preliminares sobre el río Grande. — Ocupación de los valles de Huancayo, de Jauja y de Tarma. — Marcha ofensiva sobre Pasco. — Batalla del cerro de Pasco. — Marcha de Ricafort sobre Huamanga. — Movimientos de Bermúdez y de Aldao desde Ica. — Insurrección de Huamanga. — Derrotas de Huamanga, Cangallo y Huancayo. — Crueldades de Ricafort. — Aldao mantiene la insurrección de la Sierra. — La división de la Sierra se retira a la costa. — Examen de la campaña de la Sierra.

I

La primera campaña de la Sierra del Perú, como movimiento inicial de la expedición libertadora del Perú, tiene una importancia capital, por cuanto ella determinó el círculo dentro del cual debían rotar las masas puestas en acción, obedeciendo a leyes físicas subordinadas a la naturaleza y configuración del terreno. No se comprenderían bien sus complicadas marchas y maniobras sin tener una idea general del territorio en que se desenvolvieron. Una representación gráfica pondrá de bulto ante los ojos sus grandes lineamientos.

El Perú, en su conjunto, puede considerarse como un macizo de montañas dentro de una especie de triángulo, cuya base mide 1300 kilómetros desde el grado 3º de latitud austral, que se prolonga del Norte al Sud por el espacio de 2500 kilómetros hasta la frontera del Alto Perú en el Desaguadero, donde se estrecha a la altura del grado 18º, en que sólo mide 100 kilómetros. Considerado bajo su aspecto geográfico y climatológico, este territorio se divide en dos o tres regiones,

de fisonomía y aspecto diverso: la costa, la sierra y la montaña, que es una variante de la sierra. A lo largo del litoral marítimo, que describe el lado mayor del triángulo, se extiende una faja de áridos arenales como de 75 a 100 kilómetros en su mayor anchura, regada por veintitrés ríos de más o menos importancia, cuyos cauces forman otros tantos valles cultivables, con desiertos intermedios, que accidentan laberintos de médanos movedizos al capricho de los vientos, sin indicios de vegetación, sin aves en el aire ni reptiles en el suelo, y donde no llueve jamás. Esta es la tierra caliente, la región de la costa donde a la sazón operaba San Martín con el grueso de su ejército. Al este de esta región se levanta ex abrupto la cadena occidental de la cordillera de los Andes, que comprende en su macizo lo que propiamente se llama la región de la sierra. Al Oriente, está la cordillera nevada, que forma el tercer lado del triángulo. Esta es la región conocida por antonomasia en el país con la denominación de "la montaña", en cuyas vertientes la naturaleza ostenta todo el esplendor de la zona tropical. Las cadenas de los Andes, que se bifurcan en la frontera meridional del Alto Perú, y corriendo paralelas forman sus altiplanicies (véase cap. V, § VII, y cap. XIII § I), reúnense en el Bajo Perú y encierran, dentro de sus intrincadas ramificaciones, los valles y lagos andinos que le imprimen su fisonomía, marcando hasta la altura de 4900 metros, en sus variados niveles, todos los grados del termómetro

Según la organización política del Virreynato, el Perú se hallaba dividido entonces en ocho intendencias, que para los efectos de esta explicación deben considerarse en cuatro grupos sistemáticos. La vasta intendencia de Trujillo, al norte, dominada por los independientes, formaba un país aparte, en que la costa y la sierra se ligan hasta los límites de la montaña en las nacientes del Amazonas. Las intendencias de Lima y Arequipa comprendían la costa y parte de la sierra del centro y del Sud. Las del Cuzco y Puno con la de Arequipa, formaban el grupo del Sud, en contacto más o menos directo con el Alto Perú, ocupado por las armas españolas. Allí estaba situado el ejército de reserva que ligaba las operaciones de los tres ejércitos realistas de Lima, la Sierra y el Alto Perú. Al centro estaban las intendencias de Huancavelica, Huamanga y Tarma, dentro de cuyo perímetro debían desarrollarse las operaciones de la división de la sierra en el corazón del país. Esta parte del territorio, en que las cordilleras se alternan y se ramifican, y las montañas se apiñan hasta la región de las nieves perpetuas, está cruzada por una red de ríos torrentosos, que sólo pueden atravesarse por puentes de maromas, que oscilan sobre los abismos en que se tienden. De la región de la costa a la sierra, penétrase como por las brechas de una muralla escarpada, por anfractuosidades, que son como portadas plutónicas, llamadas en el país quebradas, y por senderos estrechos, llamados laderas, que contornean las montañas al borde de hondos precipicios. Gradualmente se asciende como por una escalera ciclópea, desde la tierra caliente hasta la cumbre helada de la cordillera occidental, que es una alta planicie desierta y desolada. Tal era el camino que tenía que recorrer la expedición de la sierra para penetrar a las tres intendencias centrales.

El rasgo más prominente del centro de la sierra son sus amenos y espaciosos valles, centros prósperos y abundantes de población y producción. El más notable, y que debía servir de base a las operaciones de la columna destacada desde Pisco sobre la sierra, es el que forma el de Río Grande o de Jauja, que corre por su fondo de Norte a Sud. Cierran sus dos extremidades las populosas ciudades de Jauja

y Huancayo: la primera al Norte y la otra al Sud. En su promedio, una punta saliente de la cordillera oriental que lo limita por el Este y que se proyecta entre San Jerónimo y Concepción —dos afluentes del río Grande— corta el valle en dos, tomando cada uno de ellos el de la ciudad principal. En este punto está tendido uno de los puentes que comunican con la ciudad de Tarma, situada al Nordeste en una hoya de la cordillera oriental. Más adelante está el famoso mineral de Pasco, cuyos caminos conducen directamente a las posiciones que el ejército independiente ocupaba sobre la costa. Aquí las dos cordilleras forman un nudo a la altura de más de 4300 metros sobre el nivel del mar, que proyectan hacia el Norte tres cadenas y otros tantos valles paralelos, cuyos ríos se derraman en el Atlántico y el Pacífico. Por lo tanto, el territorio de Tarma, y especialmente el valle del río Grande, era el eje de las operaciones de la expedición de la Sierra y Pasco su objetivo. Invadidas las intendencias de Huancavelica y Huamanga, quedaban cortadas las comunicaciones de Lima con Arequipa, El Cuzco, Puno y el Alto Perú por la parte del Sud. Ocupada Tarma, se amagaba a Lima por la espalda, y en Pasco, se abría al Norte una nueva línea y una nueva base de operaciones.

Esta sinopsis geográfica pone de relieve las líneas generales del teatro de la guerra. Vese que, así como el Perú se divide en dos regiones marcadas, su territorio puede dividirse en dos o más zonas militares, según sean los planes de campaña y las combinaciones estratégicas a que respondan. El plan de invasión de San Martín era mixto, mirado bajo este aspecto geográfico. La expedición de la sierra respondía a la idea de aislar el ejército de Lima y paralizar la acción del ejército de reserva del Sud y atraerlo hacia el centro, desbaratando así los planes de defensa del enemigo. La marcha por agua a lo largo de la costa cerraba el círculo de las operaciones al norte de Lima y dividía el Perú en dos zonas: el centro y Sud ocupado por los realistas con su base en el Alto Perú, y el Norte, ocupado por los independientes con su base en toda la América revolucionada a su espalda. Ambos contendientes, con un pie en la costa y otro en la montaña, tenían, el uno por punto de apoyo y el otro por objetivo inmediato a Lima. La posesión de Lima consolidaba para los independientes la del norte del país, pero no resolvía el problema, por cuanto no daba el dominio de la sierra. Perdida una batalla en Lima, los invasores tenían que reembarcarse y renunciar a su empresa. Por el contrario, los realistas, aun expulsados de la capital, podían replegarse a la sierra, reforzarse con sus reservas y continuar la guerra con nuevos recursos. El triunfo final estaba, pues, en la sierra. De aquí la necesidad de economizar las escasas fuerzas invasoras, que apenas bastaban para lograr el objetivo inmediato y utilizarlas de manera que obrasen a la vez en la costa y en la sierra, concurriendo a los resultados ulteriores. Dentro de estas líneas, a que tenían necesariamente que subordinarse las evoluciones de los beligerantes, tenía que resolverse, como se resolvió en definitiva, el problema militar de la campaña final de la independencia americana en el territorio del Perú. La expedición a la sierra preparaba este resultado. Exploraba el camino, ligaba las operaciones de la región de la costa con la de la sierra y señalaba en el centro el nudo de las dos grandes zonas del Sud y del Norte, en que independientes y realistas se reconcentrarían, primeramente para buscarse y medirse, y por última vez desde Pasco a Huamanga para dirimir la contienda dentro del perímetro que iban a recorrer.

II

Posesionado San Martín de Pisco al tiempo de iniciar la invasión, y decidido a llevar la guerra al Norte, concibió el atrevido pensamiento de destacar una columna volante al interior del país, que al efectuar una marcha de circunvalación despertase el espíritu revolucionario en las provincias, reconociera las localidades y se diese cuenta de sus recursos y ventajas militares; operase una seria división, para impedir que las fuerzas situadas a la distancia concurriesen a engrosar el ejército de Lima; desconcertara de este modo los planes del enemigo ocultando los propios; y por último, buscase la incorporación con el grueso del ejército por el Norte, después de destruir las tropas que encontrara a su paso, combinando sus movimientos con el plan general de campaña. El jefe de esta empresa no podía ser otro que el general Arenales. Sus notables cualidades de mando, su experiencia en la guerra de montaña y la popularidad de su nombre en el Alto Perú, por sus extraordinarias hazañas, lo señalaban de antemano. (Véase cap. V, § VII). Sus instrucciones, redactadas por San Martín en la víspera de denunciar el armisticio de Miraflores (4 de octubre), le prevenían atacar sin pérdida de tiempo la división enemiga que el Virrey había destacado sobre el Pisco al tiempo del desembarco, y replegádose a Ica. Ejecutada esta operación, penetrar en la sierra y posesionarse de Huancavelica y Huamanga. Dirigirse en seguida al valle de Jauja y establecer allí el cuartel general de la división, "fomentando la independencia en todas las provincias inmediatas y cubriendo "todas las avenidas de la sierra hacia Lima". Avanzar un destacamento hasta Tarma, a la vez de remontar el valle de Jauja; "partiendo "del principio, de que debiendo comenzar el ejército sus operaciones por "el Norte de Lima, sus movimientos serían en concepto de replegarse "a él en caso de contraste", manteniendose mientras tanto en la sierra. Por último, le recomendaba la humanidad para con los enemigos de la independencia y para con los españoles europeos.

La división expedicionaria se componía de los batallones núm. 11 de los Andes y núm. 2 de Chile, al mando del mayor Román Dehesa (argentino) y teniente coronel Santiago Aldunate (chileno); dos piquetes de granaderos y cazadores a caballo, formando un escuadrón, a órdenes del mayor Juan Lavalle y teniente Vicente Suárez (paraguayo), y 2 piezas de Hilario Cabrera. Fué nombrado jefe de estado mayor el teniente coronel argentino Manuel Rojas que había hecho sus primeras armas contra las invasiones inglesas del Río de la Plata y militado con distinción en las campañas del Alto Perú. Con esta fuerza, escoltada para mayor garantía por el regimiento de cazadores montados, movióse sigilosamente Arenales en la noche del 5 de octubre en dirección a Ica con rumbo al Sudeste. Por esta marcha de medio flanco, quedaba cortada la columna realista, situada en Ica, fuerte de 800 hombres de infantería y caballería. El coronel Quimper, que la mandaba, púsose en fuga a la aproximación de los independientes, a los que se pasaron dos compañías de infantería. Con el resto, emprendió Quimper su retirada al Sud a lo largo del camino de la costa por la falda de la sierra. Desprendióse en su persecución un destacamento de 250 hombres de caballería y de infantes montados al mando de Rojas. Marchando por caminos extraviados, situóse a tres leguas a retaguardia de Quimper, que con 600 hombres de infantería y caballería había hecho alto en el pueblo de Nasca. La caballería patriota, dirigida por Lavalle y

sostenida a la distancia por su infantería, atacó a gran galope el campo realista (15 de octubre). Fué una sorpresa completa. Cuarenta y un muertos, 86 prisioneros, entre ellos 6 oficiales, y 300 fusiles, fueron los trofeos de esta fácil jornada. Al día siguiente (16 de octubre) el teniente Suárez, con 30 cazadores montados, sorprendió en Acarí el convoy de Quimper, tomando 100 cargas de armamento, con la derrota de la tropa que lo custodiaba. De este modo quedó totalmente destruída la primera división desprendida del ejército de Lima contra el ejército expedicionario del Perú.

San Martín, mientras tanto, sólo esperaba que la expedición de la sierra iniciase su movimiento para empezar a desenvolver su plan de campaña. "Arenales —escribía a O'Higgins— debe ponerse a caba-"llo sobre Jauja, y comunicarse conmigo por el Norte. Yo debo reem-"barcarme para atacar al Norte de Lima, sublevar las provincias de "Huaylas, Huánuco y Conchuchos, de cuya decisión estoy perfectamen-"te persuadido. Mi objeto en este movimiento, es bloquear a Lima por "la insurrección general y obligar a Pezuela a una capitulación, sin "desatender al mismo tiempo el aumento del ejército y la subyugación "de la intendencia de Trujillo. Casi puedo asegurar que este plan dará "los mejores resultados, y que si se verifica, Lima estará en nuestro "poder a los tres meses de la fecha". Impaciente, instaba a Arenales para que acelerase su marcha, aun dejando atrás su parque, conducido a lomo de mula. El prudente general de la sierra le contestaba dándole la razón, pero observaba: "Esto no es practicable. Yo no puedo ni "debo dividir mi fuerza. El dejar el cargamento atrás, es exponerlo "a un riesgo inminente, y exponerme a carecer de armamento y mu-"niciones. Con el cargamento, me batiré aunque sea con el mismo demo-"nio, envalentonaré a los pueblos, y acreceré la fuerza que debe hacer "respetable nuestro ejército. El general en jefe como en su lugar se ex-"plicó (cap. XXVI, § VII), debilitado por la separación de la cuarta parte de su ejército, maniobró por el espacio de quince días para ocultar el movimiento de Arenales, haciendo alarde de invadir a Lima por el valle de Cañete, con lo que logró completamente su intento de entretener al enemigo.

III

La vanguardia realista situada en Cañete a órdenes de O'Reylli, que debía operar en combinación con la columna de observación de Quimper sobre Pisco, se replegó a Lima así que San Martín apareció con su ejército en Ancón. La atención del Virrey, llamada fuertemente hacia el Norte, había perdido de vista el Sud, cubierto por los movimientos simulados de San Martín al reembarcarse. Hacía nueve días que Arenales estaba en marcha y tramontaba la cordillera (30 de octubre), cuando tuvo el primer aviso vago de que una columna invasora de 1400 hombres intentaba internarse hasta Huamanga. Consideró temeraria la empresa, cuando no imposible, pues contaba de seguro que sería contrarrestada por las fuerzas que defendían las intendencias de Arequipa, Cuzco y Puno, a la sazón engrosadas con dos batallones de infantería y tres escuadrones de caballería al mando del general Mariano Ricafort, señalado en el Alto Perú por sus servicios y sus crueldades, que tenía orden de situarse en Huamanga. Además confiaba en tres compañías de fusileros que con anticipación había hecho salir de Lima para reforzar las guarniciones del valle de Jauja. Alarmado empero, con la repetición de los avisos, tuvo la idea de dirigir por el ca-

mino más corto una división de 1000 infantes y 400 hombres de caballería, con el objeto de ocupar el puente de piedra de Iscuchaca sobre el río Grande —entre Huacanvelica y Huancayo— y que se situasen allí doscientas o trescientas cabalgaduras para activar las operaciones de las tres fuerzas combinadas.

Al proceder así el Virrey partía del supuesto erróneo de que Iscuchaca era el camino preciso para Jauja y Tarma, y tenía por seguro que allí sería detenida o destruída la columna que intentara penetrar a la sierra. Ni aun en esto acertaba, como no acertó a realizar su mismo plan, que habría puesto en serios apuros a Arenales. Cuando al fin se convenció de que "la temeraria empresa" era una realidad, y cuando Arenales "estaba a caballo sobre Jauja", según las instrucciones de San Martín, dispuso tardíamente (18 de noviembre) que el batallón Extremadura se dirigiese por los altos hacia Huamanga y que O'Reylli marchase con dirección al Cerro de Pasco, al frente de una división de infantería y caballería, con el objeto de ocupar Tarma, cortar el puente de la Oroya sobre el río Grande, al norte de Jauja, y reforzado con las guarniciones de la comarca, tomar a Arenales entre dos fuegos. Luego se verá cómo el general expedicionario supo burlar estas disposiciones y apoderarse de los elementos de guerra preparados en su contra.

Arenales, mientras tanto, había aprovechado su tiempo, sin perder horas. Después de destruir la columna de Quimper, ocupóse de organizar una pequeña división para cubrir su retaguardia, al mando del teniente coronel Francisco Bermúdez y del mayor Félix Aldao, natural de Mendoza y antiguo capellán del Ejercito de los Andes, tan valiente como disoluto, que había colgado los hábitos de fraile dominico y ceñídose el sable de los Granaderos a Caballo. El 21 emprendió su movimiento hacia la sierra, remontando por su margen la corriente del río Ica, y cruzó la cordillera por el paso de Castro Virreina por entre nieves y riscos. El 31 ocupaba la ciudad de Huamanga, donde hizo alto para dar descanso a hombres y bestias. En 10 días había recorrido 415 kilómetros sin encontrar más obstáculos que vencer que los de la naturaleza. Desde Huamanga empezó a desenvolver su plan de maniobras para ocupar militarmente el valle de Jauja, pues era el punto que precisamente había indicado el Virrey para detenerlo y destruirlo antes de atravesar el río Grande.

Este río, que, como queda explicado, corre de Norte a Sud, se desvía hacia el Este frente a Huancavélica y forma un doble codo a la altura de Huamanga. El puente de Iscuchaca, de que se hizo mención antes, está poco más arriba del desvío, y en el primer codo se encuentra otro puente de maromas llamado de Mayoc, que comunica como el anterior con Huancayo, Jauja, y con Tarma, haciendo un rodeo por la falda de la cordillera oriental.

Con estos conocimientos, olvidados por el Virrey, desprendió el general desde Huamanga dos partidas a fin de apoderarse de las cabezas de los dos puentes, dirigiéndose con la columna al de Mayoc, donde se tomó prisionera la guardia que lo custodiaba.

A caballo Arenales sobre el río Grande, el valle de Huancayo fué ocupado sin resistencia. Las tropas del Rey que lo defendían en número de 600 hombres, con algunas piezas de artillería, se replegaron sobre Jauja y siguieron hacia Tarma buscando la protección de la columna de O'Reylli. Alcanzadas por el mayor Lavalle el 20 de noviembre, a las 9 de la noche, en una cuesta escabrosa a inmediaciones de Jauja, las atacó resueltamente con 40 granaderos a caballo y 15 oficiales vo-

luntarios bien montados, matando 8 hombres y tomando 20 prisioneros, incluso 4 oficiales. El 21, dominaba Arenales todo el valle de Jauja. El comandante Rojas, con el batallón núm. 2 de Chile y 50 jinetes argentinos, se posesionó de Tarma, apoderándose de 6 piezas de artillería, 50.000 cartuchos y de los 200 caballos mandados reunir por el Virrey, que fueron un poderoso auxilio para la fatigada división expedicionaria. El primer objeto de la campaña estaba llenado.

IV

Dueño Arenales del valle del río Grande y de Tarma, organizó política y militarmente las provincias libertadas, armó sus milicias, estableció sus depósitos de guerra, y provisto con los abundantes recursos del país, se puso en marcha hacia Pasco en busca de O'Reylli, que, como queda dicho, había salido de Lima el 18 de noviembre al frente de una división. Componíase ésta del batallón Victoria, un escuadrón y varios piquetes de milicias regladas, la que reforzada con algunas compañías de infantería de la comarca, alcanzaba a formar un total como de 1000 hombres. La división de Arenales constaba de 740 infantes y 120 de caballería, incluso un piquete de voluntarios de Tarma, con 4 piezas de artillería. O'Reylli en un principio, ocupó el mineral de Pasco, pero variando de posición situóse en el pueblo del Cerro de Pasco, 15 kilómetros al Sud, resuelto a disputar el terreno. Del éxito del combate que iba a empeñarse entre ambas fuerzas dependía en gran parte la suerte de la expedición libertadora del Perú.

El 5 de diciembre acampó Arenales a inmediaciones de la posición enemiga, reconoció el terreno intermedio y decidió atacar en el siguiente día. El 6 al amanecer púsose en marcha pausada para economizar las fuerzas de su tropa. A las 9 de la mañana llegó al pie del elevado y escabroso cerro de Uliachón, que domina la población y que se consideraba posición inexpugnable. Bajo una copiosa nevada, se posesionó de su cumbre, formado en tres columnas de ataque, dos paralelas a vanguardia y una de reserva a retaguardia en la proyección del claro de ambas, subiendo a brazo su artillería mandada por Cabrera. La atmósfera se despejó en aquel momento.

Desde la altura se divisaba, al pie, el pueblo del Cerro, situado en una hoyada que sólo es accesible en su descenso por senderos escarpados. Entre las faldas del cerro de Uliachín y la población se extiende un pequeño llano, cortado por un profundo barranco y dos lagunas, rodeado de terrenos pantanosos. La artillería patriota rompió el fuego desde la cumbre de Uliachín, para obligar al enemigo a descubrir su fuerza y su plan. O'Reylli, al ver coronar las alturas, movióse a tambor batiente en actitud de combate y tendió su línea a la orilla del pueblo. A la derecha colocó su caballería escalonada a retaguardia del flanco. Formó su infantería en dos batallones en primera línea, ocupando su izquierda una pequeña altura, cubierta por el barranco. Entre el centro y la izquierda estableció dos piezas de artillería, que batían el llano fronterizo. A su frente desplegó dos compañías de cazadores para impedir la bajada. En esta disposición, esperó el ataque que le llevaba resueltamente Arenales.

El combate se inició por parte de los independientes, en el mismo orden de columnas que llevaban al trepar el cerro. La columna de la derecha la componía el núm. 2 de Chile, al mando de Aldunate; la de la izquierda, el batallón núm. 11 argentino, a órdenes de Dehesa; la reserva, a cargo de Rojas, formábanla compañías de ambos cuerpos.

La caballería, mandada por Lavalle, se situó a la izquierda, en un bajo, frente a la enemiga, pero dividida de ella por el barranco y los pantanos. La artillería siguió el movimiento general por secciones, apoyando cada una de ellas el avance de las dos columnas de ataque. El núm. 2 de Chile (derecha independiente) atacó a paso de trote la izquierda realista, forzando un estrecho istmo de terreno escabroso formado por las dos lagunas que la cubrían; rompió sus fuegos a medio tiro de fusil y bajo el humo, se lanzó al asalto sobre la posición enemiga, desalojando de ella a sus sostenedores.

El punto cardinal del ataque era el centro, según el plan de Arenales. El núm. 11 de los Andes (izquierda independiente), encargado de romper la línea por esta parte, cargó simultáneamente sobre el barranco, bajo el fuego de la artillería enemiga. Mientras tanto, las compañías de cazadores del 2 y del 11, orillando la laguna occidental de Patarcocha (una de las que formaban el istmo), salvaba el barranco y flanqueaba la izquierda y centro enemigos. Forzado el obstáculo por el 11, fué recibido por una descarga cerrada a tiro de pistola, y se lanzó a la bayoneta sobre el centro, que, desorganizado por lo brusco del ataque, intentó formar cuadro, y retrocedió al fin en desorden a refugiarse en la población, desbandándose en seguida. Al mismo tiempo Lavalle cargaba con su escuadrón sobre la caballería enemiga, que se ponía en fuga. Las columnas triunfantes atravesaron la población y se reunieron al norte de ella, continuando la persecución. (Véase el plano núm 18). La derrota de los realistas fué casi instantánea, después de los primeros choques. Los trofeos de esta acción —que por su importancia más que por el número de combatientes merece el nombre de batalla —fueron: 343 prisioneros, entre ellos el general O'Reylli y el coronel Andrés Santa Cruz, a quien veremos figurar más adelante en las filas independientes; 58 muertos y 15 heridos; la bandera del "Victoria" y los estandartes de la caballería; 2 piezas de artillería con sus pertrechos; 360 fusiles, el parque y la caja militar. Los vencedores de Pasco fueron condecorados con una medalla de oro para los jefes y de plata para los oficiales, y un escudo de paño bordado de oro para los soldados.

La batalla de Pasco abría las comunicaciones de la división de la sierra con el ejercito, ligaba la insurrección del Norte con la del centro, decidiendo el pronunciamiento de Huánuco, y salvaba el éxito de la expedición libertadora en su primer movimiento estratégico.

V

A retaguardia de la columna expedicionaria, las armas de la revolución eran menos felices. El fuego de la insurrección, encendido en su trayecto desde Ica a Huancayo, era apagado con sangre al mismo tiempo que triunfaba en Pasco. La pequeña división dejada en Ica a cargo del comandante Bermúdez y mayor Aldao, amenazada por fuerzas superiores que operaban en la costa y en la sierra, vióse obligada a evacuar la posición. Con arreglo a sus instrucciones, se replegó hacia la sierra en busca de la incorporación de Arenales. Alcanzada su retaguardia por una columna desprendida de Lima, perdió en el encuentro 14 muertos, 13 prisioneros y parte del armamento y municiones que conducía. Pudo, empero, continuar su retirada y llegar hasta Huancayo, hostilizada a lo largo de su penoso camino por los mismos indios que en su tránsito habían vitoreado a Arenales, y que recibieron su retaguardia con hondas y peñascos desprendidos de alturas inac-

cesibles. En Huancayo tuvo la noticia del triunfo de Pasco. Arenales, sabedor de los movimientos de Ricafort en la sierra, previno a Bermúdez que continuara su repliegue sobre el valle de Jauja, evitando todo encuentro decisivo, hasta que reunidas todas las fuerzas independientes que operaban entre Tarma, Jauja y Pasco, pudiesen volver sobre el enemigo que amagaba su espalda.

Casi simultáneamente con el avance de Arenales sobre la sierra, el general Ricafort se había movido con el batallón 1º del Imperial Alejandro y un escuadrón de dragones, pertenecientes a la reserva situada en Arequipa, con dirección a Lima. A la altura de Nasca, impuesto de las novedades de la costa, tomó la vuelta de la sierra y se situó en Andahuylas, sobre las vertientes del Apurimac, de modo de cubrir las intendencias del Cuzco y Arequipa, amenazando a las de Huamanga y Tarma por la espalda y el flanco. Allí se le reunieron el batallón Castro (de Chilotes) y dos escuadrones salidos del Cuzco (el 1º de noviembre), con lo cual formó una división como de 1300 hombres, superior a la de Arenales. Al mismo tiempo que éste avanzaba sobre Pasco, Ricafort salía de Andahuylas y marchaba sobre Huamanga. Los indios de esta comarca, sublevados en masa, ocuparon en grupos desordenados las alturas de la entrada de su pueblo, con algunas piezas de artillería ligera y unos pocos fusiles, rompiendo un fuego tan desconcertado como inofensivo (29 de noviembre).

Atacados y fácilmente vencidos en sus posiciones, fueron pasados a cuchillo cuantos cayeron en manos del vencedor. Los dispersos, unidos a otros insurrectos, se refugiaron en el pueblo de Cangallo en número de 4000. Intimados de rendirse y rechazado el indulto, Ricafort marchó sobre ellos con 400 infantes, 200 jinetes y una pieza de artillería. Los indios armados tan sólo de piedras, cargados a la bayoneta por la infantería y simultáneamente por la caballería, fueron deshechos por segunda vez, dejando en el campo mil cadáveres (2 de diciembre). Los realistas no perdieron un hombre, y sólo tuvieron ocho contusos y dos caballos maltratados. El pueblo de Cangallo fué saqueado durante 48 horas y entregado a las llamas. Era la repetición del sistema de terrorismo ensayado en el Alto Perú y la renovación de las bárbaras escenas de la primitiva conquista española.

Ricafort, marcando su paso con degüellos, incendios y saqueos, contramarchó sobre Huamanga, donde reconcentró su división. Allí tuvo noticia de que Bermúdez y Aldao se habían puesto al frente de la insurrección de Huancayo. Estos jefes, desatendiendo las prevenciones de Arenales y animados por la decisión de los habitantes de la comarca, resolvieron esperar al enemigo con un montón de 5000 indígenas armados de hondas, macanas y rejones, a que servía de núcleo un escuadrón de caballería organizado por Aldao y un piquete de fusileros con tres piezas de artillería. El día 29, a las 3 de la tarde, apareció Ricafort en la pampa de Huancayo con 1300 hombres de las tres armas, formados en dos columnas de ataque, forzó fácilmente un desfiladero, dispersó la indiada que lo sostenía, rodeó y asaltó el pueblo entregándolo al saqueo, y pasó a cuchillo más de 500 hombres indefensos. Los realistas sólo tuvieron 21 hombres heridos y 27 caballos muertos o heridos, lo que demuestra lo inútil de la inhumana carnicería.

Aldao, que en esta acción acreditó mucho valor y disposiciones militares, se retiró a Jauja con los restos de su pequeño escuadrón, donde, en desavenencia con Bermudez, asumió el mando militar de la insurrección del valle, sostenido por el gobernador Francisco de Paula Otero (argentino de Jujuy) nombrado por los patriotas. Privado del apo-

yo de la división de Arenales, que había emprendido su marcha hacia la costa después de la batalla del Cerro, continuó su retirada por la sierra Tarma, y se situó en Reyes, cubriendo los caminos de Pasco, resuelto a sostener el terreno. Ricafort, en vez de perseguir a los fugitivos, se dirigió desde Jauja a Lima y descendió la cordillera por la quebrada de San Mateo, hostilizada su retaguardia por los indígenas y naturales del país (enero 1821). Aldao, a la cabeza de 260 hombres que había reunido, volvió entonces sobre Tarma con ánimo de renovar las hostilidades, recorrió el valle de Jauja reanimando la insurrección, se situó de nuevo en Huancayo y avanzó hasta Iscuchaca. En pocos días logró reunir otros 500 indios bajo su bandera de guerrillero, poderosamente ayudado por la activa propaganda de los curas patriotas de los pueblos de que está cuajada aquella comarca. Con esta fuerza colecticia, a que dió una semblanza de organización militar, ocupó los desfiladeros y las cabezas del puente del río Grande, cuya línea se propuso defender contra una pequeña división, mandada por el activo coronel José Carratalá, quien, siguiendo los pasos de Ricafort, lo excedería en crueldades. Aldao, librado a sus inspiraciones y recursos del país, mantuvo viva la insurrección en los valles de Huancayo, Jauja y Tarma, hasta las alturas frígidas de Pasco, eficazmente ayudado por el gobernador Otero. Los indios, feroces por temperamento y exasperados por las crueldades de que eran víctimas, presentaron al caudillo de la insurrección dos cabezas de enemigos, como signo de fidelidad.

VI

La expedición de la sierra tenía dos objetos: uno militar y otro político. El primero, que era efectuar una poderosa diversión y concurrir a las operaciones del grueso del ejército invasor por el Norte, estaba llenado con grandes ventajas para la causa de la independencia peruana. El segundo, que era la insurrección del interior del país, estaba también llenado en parte; pero no podía producir todos sus efectos, a menos de mantener la guerra en la sierra misma con el apoyo de tropas regulares, remontando la división de Arenales, de manera de formar un verdadero cuerpo de ejército, así para hacer frente a las fuerzas superiores que debían converger sobre ella, como para dilatar el teatro de las operaciones encerradas en estrecho círculo, y nacionalizar la expedición libertadora con el doble concurso de la opinión y de las armas. Arenales, en prosecución de sus objetivos militares, poco se cuidó de organizar la insurrección a su espalda, que, entregada a su espontaneidad, era impotente aún para mantenerse en su terreno, por mucha que fuese la decisión de las masas informes de indios, que desarmados daban bravamente batallas por su cuenta. La decisión de Aldao pudo prolongarla y darle algún nervio, pero esta insurrección, débil e inconsistente en sí misma, inútil como elemento militar asimilable poco o nada podía influir en el resultado final a que perjudicaría más bien con sus derrotas o carnicerías brindadas al enemigo.

Al tiempo de establecerse en Huaura y recibir la noticia de que Arenales estaba en Huamanga, en marcha hacia Jauja, San Martín tuvo la intención (a mediados de noviembre) de reforzarla con una división de 500 hombres, lo que habría formalizado las hostilidades de la sierra; pero luego desistió de esta idea por los motivos que en su lugar se apuntaron. (Véase cap. XXVII, § V). Desde Jauja (el 25 de noviembre), Arenales había abierto comunicación epistolar con él, anunciándole su resolución de marchar en busca de la división de O'Reylli,

Después de la batalla de Pasco, cuya noticia llegó al cuartel general de Huaura el 9 de diciembre, la división de la sierra se puso en marcha hacia la costa once días después. Estas fechas comparadas pueden servir para ilustrar una cuestión histórica de algún interés. ¿De orden de quién se retiró Arenales de la sierra? Sus instrucciones, como se ha visto (§ II de este cap.), le prevenían posesionarse del valle de Jauja y de Tarma, cubrir todas las avenidas de la sierra, hacia Lima, y combinar sus operaciones de manera de replegarse al ejército por el Norte "en caso de contraste". Dado el triunfo y las ventajas alcanzadas, todo aconsejaba mantener el terreno conquistado, de conformidad a las instrucciones, y volver sobre Jauja en busca de Ricafort, según el plan del mismo Arenales antes de la derrota de Huancayo. Es posible que en el espacio de once días que mediaron entre el 9 y 20 de diciembre Arenales recibiese nuevas instrucciones; y él asegura que efectuó su retirada en virtud de órdenes superiores, pero sin indicar su tenor ni determinar fecha, y su biógrafo agrega que representó en contrario antes de verificarla. Según otro testimonio autorizado, el 18 de diciembre se recibieron en el cuartel general noticias de Arenales de 11 del mismo, avisando que en esa fecha se ponía en marcha para situarse en Canta, "con arreglo a lo ordenado por el general". El hecho es que diez días después de su salida de Pasco (el 30 de diciembre) había repasado la cordillera y hallábase en Huamantanga, a inmediaciones de Lima, entre las nacientes de los ríos Carabayllo y Chancay, cuando el ejército permanecía aún en Huaura. Casi al mismo tiempo (a mediados de enero) Ricafort, después de abandonar Jauja, descendía paralelamente a Lima por la quebrada de San Mateo. Fué entonces cuando San Martín inició con el ejército su aventurado avance de frente sobre Retes, y dispuso (el 2 de enero) que la división descendiese de la sierra para concurrir a un ataque combinado que pensó llevar sobre Lima. Desistió de esta idea en virtud de las juiciosas reflexiones de Arenales (vease cap. XXVII, § VII), siendo probablemente ésta la ocasión en qu emanifestó su opinión contraria a la retirada en tal ocasión.

De todos modos, la retirada de la división fué aprobada por San Martín, una vez ejecutada con orden o sin ella, y expresamente ordenada con posterioridad, teniendo en vista un plan combinado. Hasta entonces no había dado la debida importancia a la ocupación del territorio de la sierra. Pero inmediatamente comprendió que era un error abandonar aquel teatro que tanto prometía, error en que había incurrido el mismo enemigo. En consecuencia dió contraórdenes (5 de enero de 1821); pero ya era tarde. La división se hallaba muy avanzada sobre la costa, y se incorporó al ejército (8 de enero de 1821), cubierta de gloriosos andrajos y rica de trofeos, después de una marcha triunfal de 1050 kilómetros desde Ica hasta Retes. En este trayecto en medio de dos ejércitos, había dado dos combates y una batalla, ganado banderas y cañones y tomado cientos de prisioneros, derrotando dos gruesas divisiones del enemigo.

La primera campaña de la sierra, como operación inicial de la invasión, fué una inspiración original, y en su género, un modelo de la guerra de montaña en América. Como movimiento estratégico, fué el más osado y bien conducido de la expedición del Perú, según lo han reconocido los mismos enemigos. Si no dió desde luego todos los resultados que debiera, dadas las ventajas que obtuvo, éstas excedieron los objetivos militares que se tuvieron en vista al emprenderla. Descubrió el talón vulnerable del poder español en el Perú. Popularizó la invasión, sublevando el país en su trayecto. Derrotó moralmente a los ejércitos

realistas, al demostrar prácticamente que una columna volante de mil hombres podía pasearse triunfalmente por en medio de ellos, cortar todas sus líneas y amenazar todas sus bases, desbaratando todos sus planes y destruyendo todas sus fuerzas destacadas. Ensanchó el círculo de las operaciones y dió impulso a la opinión que debía concurrir a ellas. Exploró la región dentro de la cual debían librarse las últimas batallas de la independencia sudamericana desde Junín hasta Ayacucho, y conmemoró este teatro de la guerra final con la victoria más señalada de la campaña de San Martín. Bajo estos diversos aspectos, hay que admirar en esta operación de guerra la precisión y la amplitud de la concepción y el arrojo y la habilidad de la ejecución.

CAPITULO XXIX

ARMISTICIO DE PUNCHAUCA

AÑO 1821

Estado político y militar en 1821. — Resolución salvadora de los jefes españoles en el Perú. — Coincidencias históricas. — Antagonismos políticos y militares entre los realistas. — Deposición del virrey Pezuela — La Serna le sucede en el mando. — Triste situación de los realistas en Lima — La epidemia diezma el ejército independiente en Huaura. — Fortaleza de ánimo de San Martín. — Llegada de un comisario regio al Perú para buscar la paz. — San Martín abre operaciones sobre la sierra y los puertos intermedios. — Estrecha el sitio de Lima. — Nueva política de los liberales españoles respecto de América. — Famosa proclama-manifiesto de Fernando VII a los americanos. — Examen de esta política y sus resultados. — Bolívar ajusta en Colombia un armisticio y un tratado para regularizar la guerra con Morillo. — Bolívar y Morillo fraternizan. — Colombia envía diputados a España para tratar de la paz. — Se rompe el armisticio de Colombia. — Carácter de la revolución de Méjico. — Aparición de Iturbide. — El Plan de Iguala. — Armisticio de Punchauca. — Entrevista de San Martín con La Serna. — San Martín formula un plan de pacificación sobre la base monárquica. — Prorrogación y rompimiento del armisticio. — Ultimátum confidencial de San Martín. — La guerra bajo la bandera de parlamento. — San Martín se decide por la guerra. Explicación de su conducta — El ejército español evacua Lima. — Actitud de San Martín en esta ocasión. — Entrada modesta de San Martín en Lima y manifestaciones de que es objeto. — Inacción de San Martín. — Inspiraciones salvadoras de los realistas. — Errores militares de San Martín.

I

A principios de 1821 —cuatro meses después de abierta la campaña de la expedición libertadora— la causa realista parecía perdida en el Perú. "El edificio español-peruano se desmoronaba, anunciando su total ruina", según confesión de un historiador español, actor en los sucesos. La revolución sudamericana, consolidada en el sud del Continente, avanzaba triunfante por el Norte. El ejército de Lima, aquejado por la miseria y reducido a la impotencia, apenas podía sostenerse en su posición y no tenía más remedio que capitular. El ejército del Alto Perú, debilitado para reforzar al del Bajo Perú, permanecía inactivo

en sus posiciones. El ejército de reserva, situado en las intendencias del sud del Perú, habíase fraccionado para hacer frente a la expedición de Arenales. Ricafort, vencedor de las bandas desordenadas de indios de la columna de la sierra, se había retirado a Lima después de evacuar el valle de Jauja. La insurrección de la sierra, tan inconsistente como era, dominaba el centro del país, y las guerrillas de los alrededores de la capital la estrechaban y hostilizaban eficazmente hasta privarla de alimentos. El virrey Pezuela, en junta de generales, había "significado sin reserva la imposibilidad de continuar la defensa del "país en el estado en que se hallaba, sin fuerzas de mar superiores". El general en jefe del ejército del Alto Perú, relegado en Puno, declaraba terminantemente a su gobierno: "Los progresos de los enemigos "y decadencia de nuestros medios para contrarrestarlos, no tienen re- "medio, si luego y cuanto antes, no se envían auxilios peninsulares, y "entre éstos seis buques de guerra, de ellos tres navíos; todo esto sin "perjuicio de remitir las tropas y demás socorros sobre Buenos Aires "si se ha de poner término a esta desastrosa y desoladora guerra, que "ya se abomina hasta el nombre. Sin los auxilios que se necesitan, con "la mayor exigencia y prontitud, se pierde irremisiblemente la Amé- "rica".

Todo esto, que hace el elogio de San Martín como general y como político, quien con tan escasos elementos había obtenido tan grandes ventajas, realza más la energía de los jefes españoles, que en tan desesperada situación, inhábilmente mandados en lo militar y en lo político, aislados y abandonados por su metrópoli, supieron sacar fuerzas de flaqueza y levantar de nuevo con bizarría las banderas abatidas del rey de España, prolongando la guerra por cuatro años más con sólo los recursos del país.

Por una singular coincidencia, esta valerosa resolución tomaba por fundamento un antecedente histórico que se liga en cierto modo con la vida militar de San Martín en España. Es el caso que, muerto el coronel Menacho, antiguo jefe de San Martín en la Península, mientras sostenía en 1811 el sitio de Badajoz, una junta de guerra que se reunió inmediatamente votó en mayoría por la rendición, y sólo uno por la resistencia. La plaza capituló en consecuencia. La Regencia, con aprobación de las Cortes, declaró en 1812 que "mientras hubiese en la "plaza un oficial que opinara por la defensa, aun cuando fuese subal- "terno, no se capitularía, y se encargara del mando en el hecho el mis- "mo oficial que así opinase". Apoyados en esta teoría legal, los jefes del ejército español del Perú sostenían tener el derecho "a resistir abiertamente el pensamiento de rendir las armas antes de probar fortuna".

Por otra coincidencia, que obedecía a la lógica, el general, que según el juicio de un historiador universal antes citado, había dado nueva fuerza impulsiva a la lucha hispanoamericana, al trasponer los Andes y dar la señal de la guerra ofensiva en 1817, reaccionando sobre España misma, y contribuído así por doble y recíproca acción refleja a promover la revolución liberal de 1820 en la metrópoli, era el mismo que se encontraba en el Perú, en presencia de uno de los resultados de su acción inicial. La expedición libertadora del Perú coincidía de este modo con el movimiento liberal transportado de la metrópoli a sus colonias, y al penetrar en las filas de los ejércitos realistas, debilitaba por una parte la autoridad política, si bien por otra retemplaba la acción militar, pero a costa de las fuerzas propias, que se desperdiciaban en su roce. Hay que reconocer que esta circunstancia favoreció la atrevida empresa de San Martín sobre el Perú, como hay que re

conocer que él había contribuído a producirla, y que supo aprovecharla por el momento.

II

Ya se ha visto (cap. XXV, § VIII) cómo el amago de la expedición chileno-argentina sobre el Perú provocó una desinteligencia entre el virrey Pezuela y el general La Serna, y entre los absolutistas y constitucionalistas españoles que representaban en el orden militar un partido político y una fuerza, complicándose esta situación con el antagonismo entre realistas indígenas y peninsulares armados. La invasión del Perú por San Martín, las desacertadas medidas del Virrey para contrarrestarla, la flojedad con que fué conducida la guerra en tal ocasión y las ventajas obtenidas por los independientes, ahondaron esta profunda división. La desmoralización de la opinión, el desprestigio consiguiente de la autoridad suprema de la colonia y la relajación de la disciplina, acabaron por determinar el divorcio entre el Virrey y el pueblo y el ejército. Llegó a generalizarse la creencia de que "los leales estaban vendidos"; que "en el gobierno no había plan ni capacidad para hacer conjurar la tempestad"; y se formó la conciencia de que por ese camino "se iba derecho a una capitulación vergonzosa", que la mayoría del ejército resistía abiertamente. Estos resultados, a que concurrían los mismos jefes militares que los deploraban, enervaban el mando y destemplaban los resortes de la obediencia, a la vez que creaban una situación que no tenía más salida que la derrota pasiva o la resistencia activa. Antes de apelar a los medios extremos, los jefes liberales, dirigidos por La Serna e inspirados por Valdez, redujeron al Virrey a crear bajo su presidencia una "junta directiva de la guerra", con voz y sin voto en ella, que al fin se redujo a la función de meramente consultiva, pero que quedó siempre como una rueda inútil en la máquina militar, que más paralizaba que activaba su acción. La inacción del Virrey ante la invasión, las vacilaciones para tentar hostilidades sobre Huaura, y más que todo, las órdenes y contraórdenes para llevar un ataque sobre San Martín, cuando éste avanzó atrevidamente sobre Retes, acabaron por determinar la crisis que venía preparada de tiempo atrás. La deposición del Virrey quedó resuelta por la Logia militar de los constitucionalistas.

En la noche del 28 de enero (1821) La Serna se retiró del campamento de Asnapuquio. Al día siguiente, Canterac y Valdez pusieron el ejército sobre las armas, y sus jefes, reunidos en junta de guerra, intimaron al Virrey "entregase el mando supremo en el término de cua-"tro horas, por exigirlo así la suprema ley de la salud de los pueblos, "como único medio de evitar disturbios y conservar a la España el Pe-"rú, que en sus manos estaba perdido, en la inteligencia de que esta-"ban tomadas todas las medidas para que se cumpliese lo resuelto a fin "de dejar bien puesto el honor nacional". Pezuela, dominado por la fuerza y vencido ante su propia conciencia, resignó el mando y contestó con dignidad en el mismo día: "Sálvese la patria y sálvense mis com-"pañeros de armas, que es lo que importa y sea todo más feliz bajo el "gobierno del Sr. La Serna". Así quedó consumado el movimiento lealista-liberal conocido en la historia con el nombre de "sublevación de Asnapuquio", que prolongó por cuatro años más la guerra hispanoamericana en el Perú. Los constitucionalistas españoles armados, al asumir esta actitud en nombre de los derechos de la madre patria, viéronse más tarde obligados por la lógica de sus deberes a mantener en alto la bandera del rey absoluto, en pugna con la independencia ameri-

cana y con sus principics. Como ellos mismos lo han declarado por el órgano de su historiador: "Fiados en su patriotismo y en su propio "aliento, no pudiendo conformarse con permanecer inactivos para ver-"se necesariamente estrechados a capitular, quisieron prolongar la re-"sistencia y probar fortuna, como entendían se podía". Y lo hicieron como lo dijeron, a fuerza de soldados españoles.

Antes de que se definiese claramente el carácter de esta variación, el nuevo virrey invitó confidencialmente a San Martín a una entrevista entre dos jefes superiores por parte de cada ejército, con el objeto de "hallar un medio que conciliase y terminase las desavenencias entre "españoles americanos y europeos, lo que, según él, podría verificarse "en término de veinticuatro horas, si se obraba de buena fe para arre-"glar las bases esenciales". San Martín contestó: "Tendré una satisfac-"ción superior a cuantas he sentido en mi vida pública si al fin se "acierta con el medio de conciliar los intereses de los españoles con "los derechos de los americanos, ahorrando las calamidades que a to-"dos amenaza si se abandona al orden lento de los sucesos la obra que "podrá acelerar la prudencia humana, ya que no haya un poder capaz "de detener el impulso que los dirige". Por parte de San Martín fueron nombrados Guido y Alvarado, y por parte de La Serna, Valdez y el coronel Juan Loriga. Reunidos en la hacienda de Torre Blanca (Retes) los jefes españoles, en nombre de las ideas liberales comunes a ambos mundos, renovaron las proposiciones de Miraflores un tanto modificadas, sobre la base de la aceptación de la Constitución española. Los independientes declararon, que era inútil toda discusión que no partiese de la base del reconocimiento de la independencia del Perú, sobre la cual únicamente estaban autorizados a fijar preliminares de paz. Agotada la discusión, Alvarado, dirigiéndose a Loriga, le dijo: — Coronel: el señor Valdez y mi compañero Guido parecen más diplomáticos que nosotros; dejémoslos que discutan el tiempo que quieran, y vamos a dar un paseo por estas inmediaciones. — Esta franca invitación fué bien recibida; y ambos salieron dándose el brazo. En el curso de la conversación que tuvieron, Loriga, o por el cálculo o con la franqueza que le era genial, manifestó a Alvarado: que era posible que muy pronto abandonasen la ciudad de Lima, para trasladarse a las provincias de abundantes recursos y temperatura sana de la sierra, contando que en cuatro o cinco meses más batirían con ventaja a los independientes dondequiera que éstos los buscasen. Esta confidencia fué el único resultado de la entrevista.

A pesar de esto, las aberturas pacíficas hechas por el gobierno constitucional de España hicieron concebir la esperanza de un acomodamiento sobre la base de la independencia de las colonias insurreccionadas, con el consentimiento de la metrópoli y con el concurso de liberales españoles en América, mediante una combinación monarquista, tal como se operó en el Brasil y en Méjico —según se explicará luego—, creyéndose posible se efectuara igualmente en el Perú. De aquí provino el acercamiento pacífico de independientes y realistas en Colombia, en Mejico y el Perú, y las negociaciones sobre la base independiente y monárquica de que se dará cuenta en este capítulo.

III

La variación en el mando no mejoró la condición de los realistas, ni la guerra fué dirigida por el momento mejor que antes. Por el contrario, nuevas calamidades vinieron a reducir a la última impotencia

al ejército de Lima, y el nuevo general cometió los mismos errores militares de su antecesor, difundiendo el descontento entre sus mismos partidarios y el desaliento entre los realistas. El hambre y la carestía acrecieron en la población. Para colmo de males, la peste endémica del país en la región de la costa se declaró en el campamento insalubre de Asnapuquio, con los caracteres malignos de la fiebre amarilla. El ejército realista llegó a tener 20 muertos por día y 3000 enfermos. La imposibilidad de sostener por más tiempo la capital se hizo evidente. Evacuarla era la idea de La Serna desde antes de asumir el mando, como único medio de hacer la guerra con ventaja, según Loriga lo había manifestado a Alvarado; pero aun para esto mismo tropezaba con dificultades y encontraba resistencias entre sus subordinados. A esto vino a agregarse la llegada de un comisionado regio con instrucciones pacíficas, que retardó la solución salvadora para sus armas. Mientras tanto, movía sin concierto sus divisiones de la costa a la sierra o las reconcentraba en Lima, ora ensanchando por demás el círculo de sus operaciones, ora circunscribiéndolas en el estrecho espacio en que las enfermedades, el hambre y la desmoralización le hacían experimentar más pérdidas que las que hubiese tenido en una batalla campal.

La situación del ejército independiente en Huaura no era mejor. Allí también se había declarado la peste, a punto de hallarse imposibilitado de resistir el más ligero ataque que le hubiese llevado el enemigo. "Mil quinientos enfermos —escribía "San Martín a O'Higgins "— y otros tantos convalecientes, es el estado del ejército". Apenas mil hombres podían sostener las armas en la mano. Hubo día de morir 100 soldados. Algunos batallones quedaron en esqueleto. El general, al levantarse de la cama después de siete días de enfermedad, exclamaba: "Mi salud está muy abatida; creo con evidencia que, si "continúo así, pronto daré en tierra". Pero si su cuerpo estaba débil, su espíritu estaba fuerte, y su genio militar y político vigoroso aún. San Martín, en esos momentos, según el elocuente testimonio de los contemporáneos peruanos, "sostenía el cadáver de su ejército, desapa- "recido al rigor del clima, no teniendo soldados ni para el relevo de sus "puestos avanzados". Uno de sus generales, recordando estos tristes días, escribía veinte años después: "Nunca San Martín mostró más "genio que entonces: ora inundando a Lima y sus alrededores de gue- "rrilleros; ora ocultando al enemigo nuestra positiva debilidad; ora "emprendiendo campañas sobre la sierra con espectros en lugar de hom- "bres; ora expedicionando sobre la costa; ora, en fin, con la negocia- "ción y la intriga que dió tiempo para superar aquella espantosa si- "tuación. Jamás en ocasión alguna le encontré tan grande".

En estas circunstancias arribó al Perú el capitán de fragata Manuel Abreu, encargado por el gobierno constitucional de España de buscar un acomodamiento pacífico. El comisionado, hombre de cortos alcances y poca discreción, desembarcó en Payta y llegó al campamento de Huaura el 25 de marzo (1821), donde fué recibido con todos los honores de embajador regio y cordialmente obsequiado. En los cuatro días que permaneció allí, tuvo largas conversaciones con San Martín y concibió por él una grande admiración. Trasladado a Lima, hizo sin rebozo los mayores elogios del general americano y de sus jefes, insinuando que los realistas del Perú tenían la culpa de la obstinada continuación de la guerra. Los realistas tomaron a mal estas expansiones; pero obligado el Virrey a cumplir las órdenes de su gobierno para abrir negociaciones con los insurrectos, hubo de suspender por el

momento su resolución de evacuar Lima, y dió el primer paso, invitando confidencialmente a San Martín a fin de "nombrar comisionados "y tranzar las diferencias pendientes entre los disidentes, y restituir " a los países americanos su antigua tranquilidad, ganando en felici- "dad" (abril 9). San Martín contestó lacónicamente que "transigir las "diferencias entre españoles y americanos, era un asunto de tanta gra- "vedad, que debía proponerse oficialmente, sin cuyo requisito adolece- "ría de nulidad la negociación que se entablase" (abril 15).

Al mismo tiempo que iniciaba esta nueva campaña diplomática, abría dos campañas militares sobre la sierra y sobre la costa, y preparaba una cuarta base sobre Lima, con el esqueleto de su ejército diezmado por la epidemia. Desprendió una columna a cargo de Miller, que hizo embarcar en la escuadra, para que abriese hostilidades bajo la dirección de Cochrane. Comprendiendo que había cometido un error al abandonar la sierra, y a fin de salvar sus tropas de las fiebres que las devoraban, dispuso que otra fuerte columna al mando de Arenales recuperase el terreno perdido en la cordillera central. Con el resto, estrechó el asedio de Lima.

Seguiremos a San Martín en este nuevo avance, dejando para después ocuparnos de la expedición Miller y de la segunda campaña de Arenales sobre la sierra, a fin de no interrumpir la unidad del relato y continuar con las negociaciones que se abrieron en consecuencia de la llegada del comisario regio.

El ejército independiente levantó su campo de Huaura (abril 27). Tres batallones con 6 piezas de artillería embarcáronse en una caleta cerca de Huacho, con San Martín a la cabeza. Dos batallones con un regimiento de caballería se situaron a la defensiva a retaguardia de Huaura, entre los ríos Supe y Barrancal con los hospitales, el parque y la maestranza fuera del alcance del ejército de Lima, con orden de replegarse a la sierra del Norte caso de ser atacados por fuerzas superiores. Un regimiento de caballería cubrió las avanzadas ganando terreno. El general se presentó frente a Lima con los transportes que conducían su división, y después de practicar reconocimientos a lo largo de la costa, fondeó en Ancón, amagando un desembarco, en actitud de llevar un ataque combinado por el Sud, por la cordillera, por la costa y por el pie de la sierra, sin dejar entrever el punto por donde pudiese emprenderlo. Dando vuelo libre a su caballería engrosada con las bien organizadas partidas volantes de las guerrillas del país, dueñas de todas las quebradas inmediatas al oeste de Lima (a 30 kilómetros de distancia), encerró al enemigo dentro de sus murallas y lo redujo al pequeño triángulo comprendido entre la ciudad, el Callao y la posición de Asnapuquio. Con motivo de este despliegue fantasmagórico, que hirió la imaginación de los realistas y le dió desde luego el predominio moral, dice un testigo presencial: "El general San Mar- "tín poseía los más originales recursos para producir entre los ene- "migos cuantas ilusiones y cuidados quería, y es difícil explicar hasta "qué punto llegaba su extraordinaria habilidad en esta parte".

Bajo estos auspicios se abrieron formalmente las negociaciones pacíficas iniciadas por el Virrey, de acuerdo con el comisionado Abreu.

IV

El envío del comisionado regio al Perú no es un hecho aislado: era la inauguración de una nueva política conciliatoria de la España para con sus colonias insurreccionadas, impuesta a la España por su nueva

situación después del movimiento liberal de 1820. Desde entonces, los rebeldes o insurgentes de ultramar fueron calificados de meros disidentes y reconocidos como beligerantes, en nombre de un derecho solidario. Esta política fué inaugurada por la famosa proclama-manifiesto de Fernando VII a los americanos, dictada por los constitucionalistas triunfantes. "La triste experiencia de seis años —son las palabras del "Rey— y el clamor de sus demostraciones enérgicas (la insurrección "en América y la revolución en la Península), había convencido a to- "dos que el régimen incautamente reinstalado en 1814 (el absolutismo) "acumulando los males, obligaba a retroceder en el camino tomado en- "tonces". El soberano, así convencido por la triste experiencia y las demostraciones enérgicas de ambos hemisferios, declaró que "los ame- "ricanos-españoles, extraviados en la senda del bien, tenían al fin lo que "buscaban por medio de la guerra, que no había producido sino desola- "ción y lágrimas. En consecuencia, los invitaba a tratar de la paz con sus hermanos libres de la metrópoli, *como iguales suyos*. Pero al considerar en tales términos el absolutismo a los americanos en su resistencia y darles la razón, el Rey sólo les ofrecía el goce común de la Constitución de 1812, rechazada por ellos aun antes de declarar su independencia, "para que renaciesen —decía— las relaciones de tres si- "glos y las que reclamaban las luces del siglo". Terminaba con la amenaza de la indignación nacional y el sometimiento por la fuerza en caso de ser desoído este paternal llamamiento a la concordia. Este soplo de paz que atravesaba los mares debía dar nuevo pábulo a la guerra.

Los liberales españoles, que desde 1810 a 1814 tan desacertadamente manejaron las relaciones de derecho entre la metrópoli y sus colonias, al tratarlas como a rebeldes y declararles la guerra, cuando éstas aun no habían salido del terreno legal en que ellos mismos se colocaron, olvidaban, al inaugurar esta falsa política, las lecciones de la experiencia por ellos invocada y la filiación de los hechos de que eran autores, así como sus consecuencias fatales. En 1820 pretendían traer a los americanos a la obediencia bajo el imperio de la Constitución española, cuando su mala aplicación y su abrogación antes, y su restablecimiento revolucionario después, al dar vuelo a su revolución, había colocado la cuestión en el terreno de la independencia o de la continuación de la guerra. Al proceder tan ilógicamente respecto de los americanos, desconocían que la revolución liberal, al reaccionar contra la política guerrera del rey absoluto por ellos iniciada, había desarmado a la España respecto de sus colonias insurreccionadas, y que la separación entre ellas y la madre patria era por consecuencia un hecho a que habían concurrido. Así, esta nueva política, en apariencia pacífica, implicaba la continuación de la guerra en condiciones aun más desventajosas para la España, una vez destruído en 1820 el gran armamento de Cádiz destinado a subyugar de nuevo la América.

En virtud de esta política artificial sin plan y sin alcance, se iniciaron las negociaciones de Miraflores entre el virrey Pezuela y el general San Martín al tiempo de la expedición libertadora del Perú, de cuyo fracaso hemos dado cuenta. Perseverando en ella, sin atinar a colocarse en equilibrio en un terreno firme, el gobierno español agravó la situación y provocó la crisis que procuraba evitar o retardar.

En su proclama-manifiesto, Fernando VII había anunciado a los americanos la próxima reunión de las cortes constitucionales, que "iban " a salvar el Estado y a fijar para siempre los destinos de ambos mun- "dos". En ellas se dió una representación supletoria a las provincias americanas, menor aún que la que habían tenido en 1812, contra la

cual reclamaron en vano los mismos designados para representar el papel de comparsa colonial. El primer acto de estas cortes así compuestas fué una amnistía para la América rebelde o disidente, seguida de la negativa de la libertad comercial en las colonias, como lo había hecho la regencia liberal de 1811. (Cap. I, § XIII). El envío de mensajeros de paz, para tratar de igual a igual con los insurrectos, sobre la base de la unión constitucional de ambos mundos, fué el segundo acto de esta política incipiente, sin resolución y sin objetivos claros. Esta medida produjo los resultados más extraños y contradictorios. En unas partes, rompió las treguas pasajeras anteriormente ajustadas en virtud del llamamiento del Rey, rehuyendo la cuestión que debían resolver; en otras, desautorizó a las autoridades coloniales encargadas de mantener el predominio real, y llegó el caso de que los comisionados, que tenían por misión convertir a los rebeldes a la obediencia, se convirtieron a la causa de la independencia. Así se reabrió la guerra y se afirmó la revolución por la independencia, con el concurso indirecto o directo de los mismos pacificadores, como va a verse.

V

Un mes después de denunciado por San Martín el armisticio de Miraflores, y abierta la campaña libertadora del Perú, Bolívar firmaba en Colombia un armisticio con Morillo, como preliminar de paz entre los beligerantes (26 de noviembre de 1820). Munido el general español de Costa Firme de las mismas autorizaciones que el virrey del Perú al abrir las negociaciones de Miraflores con arreglo a la proclama-manifiesto del Rey, se dirigió al Congreso Independiente de Venezuela "proponiendo una suspensión de hostilidades a fin de realizar la "paz y la reconciliación entre los hermanos libres de la opresión" (12 de junio de 1820). El congreso resolvió (julio 13) que estaba dispuesto a oír proposiciones de paz, siempre que ellas tuviesen por base el reconocimiento de la soberanía e independencia de Colombia. Después de largas contestaciones, firmóse en Trujillo en nombre de "los gobier-"nos de España y de Colombia" un armisticio por seis meses prorrogable, con el objeto de "transigir las discordias existentes entre ambos "pueblos", bajo el compromiso recíproco de "enviar y recibir comi-"sionados para ocuparse de la negociación de la paz" (julio 25 de 1820). No se hizo declaración ni se formuló base previa para tratar, guardando ambas partes silencio, así sobre independencia como sobre unión a la monarquía, aunque estas condiciones estuviesen en el fondo de lo pactado. Limitóse el convenio a determinar los respectivos territorios de los beligerantes en las posiciones militares que ocupaban. Ajustóse poco después un tratado para poner fin a "la guerra de exterminio", que por confesión propia se habían hecho ambos beligerantes, y regularizarla según las leyes de la civilización, en que se estipuló desde la inviolabilidad de la vida de los prisioneros hasta el respeto debido a las opiniones de los vivos y a los cadáveres de los muertos en el campo de batalla, siendo obligación del vencedor tributar a éstos los honores de la sepultura.

Los dos generales, que por el espacio de seis años se habían hecho una guerra sin cuartel, se abrazaron como hermanos, en el pueblo de Santa Ana (27 de noviembre), entregándose a las más calurosas expansiones de mutuo afecto. Morillo propuso que se consagrara un monumento para conmemorar la regularización de la guerra. Bolívar adoptó con entusiasmo la idea. Ambos contendores condujeron al sitio del

abrazo la piedra fundamental del monumento, renovando sus efusiones. En el banquete que se siguió, Bolívar brindó "por la heroica firmeza de los combatientes de ambos ejércitos", votando al odio a los que desearan sangre o la derramaran injustamente. El general español pidió el "castigo del cielo contra los que no estuviesen animados de los "mismos sentimientos de paz y amistad". En medio de estas escenas, que han sido objeto de ridículos encomios y de amargas burlas, los dos principales actores representaban un papel melodramático. Bolívar, que se entregaba a los trasportes de su naturaleza impresionable, embriagándose con sus propias palabras, sabía que sólo celebraba una nueva tregua, contra la opinión de su pueblo y de sus principales jefes. Y tan era así, que después de augurar la paz en una proclama a su ejército, anunciaba "la independencia", punto excluído por tácito acuerdo en las negociaciones. Morillo tenía la conciencia anticipada de la derrota, una vez abandonado a sus propias fuerzas después del desarme de la revolución liberal de España, y aprovechaba la ocasión para su renuncia y trasladarse a la Península, llevando oculto su odio contra Colombia y contra los colombianos que lo habían quebrado.

En el intervalo habíanse designado los comisarios regios que debían proponer la paz a los disidentes de América. Abreu fué uno de los nombrados para el Perú. A fines de 1820 los destinados a Colombia arribaron a Costa Firme, con instrucciones reservadas de no celebrar ningún tratado fuera de la base de la jura de la Constitución española. No obstante, hicieron protestas generales de paz, sin insinuar el punto capital de la cuestión, instando para que Colombia enviase sus diputados a la Península, a fin de tratar de ella. Bolívar accedió, y sus comisionados pasaron a España "para llevar al pie del trono —según sus palabras— los votos del pueblo de Colombia"; pero con instrucciones a su vez de no ajustar nada fuera de la base de la independencia.

Mientras tanto, el armisticio fué mal observado, sobre todo por parte de los independientes. La opinión revolucionaria hacía progresos, dando la razón a la política de Bolívar, y enervaba a los sostenedores de la causa realista. La provincia de Maracaibo se pronunció por los independientes y declaró su voluntad de unirse a Colombia (28 de enero de 1821). El general español Miguel de la Torre, que había sucedido a Morillo, declaró que consideraría su ocupación como un acto hostil. Bolívar, a quien en aquel momento convenía romper las hostilidades, contestó en un tono que podría calificarse de sarcástico: que no estando prohibido por el armisticio amparar a los que se acogiesen al gobierno de Colombia, y habiéndose eliminado en las negociaciones la entrega de desertores propuesta por Morillo, era lícito hacer lo que el tratado no prohibía, y que, por lo tanto, desaprobando el acto de la ocupación, sostenía el derecho y mantenía el hecho consumado. El armisticio fué en consecuencia denunciado antes de fenecer, y las hostilidades se renovaron (28 de abril de 1821) precisamente en el mismo día en que San Martín se movía de Huaura y abría nuevamente su doble campaña militar y diplomática.

VI

En Méjico las mismas causas producían efectos opuestos, que tienen alguna analogía con el carácter que incidentalmente asumieron las negociaciones que iban a abrirse en Lima. Tanto en el Perú como en Colombia y Méjico la base genérica era la paz y la conciliación, pero sin fórmula definida. En el fondo, estaba el duplo dilema de la sumi-

sión ó la guerra y de la independencia o la guerra. Entre estos dos extremos oscilaban los destinos de la América, al menos en el papel.

Cuando estalló en España la revolución de 1820, la revolución de Méjico estaba vencida. Tan sólo el general Vicente Guerrero, con un puñado de hombres, mantenía alzada la bandera de la insurrección entre las escabrosidades del extremo sud del territorio. Los mismos criollos, que constituían el núcleo de su orden social, habían contribuído a este resultado directa o indirectamente. El alzamiento de Méjico, en que intervino principalmente el elemento indígena puro, fué verdaderamente popular en su origen, pero asumió el carácter de un movimiento del proletarismo contra las clases acomodadas de la sociedad, que degeneró a veces en bandolerismo. De aquí la resistencia activa o pasiva que encontró en el mismo país, por idiosincrasia o por un instinto egoísta de conservación. Por esta causa la revolución mejicana no tuvo nervio civil y nunca pudo regularizarse política ni militarmente, ni constituir un gobierno nacional, y al fin no pudo resistir el empuje de las tropas realistas, sostenidas por la opinión pasiva o conservadora de los nativos. El poder español de la Colonia reposaba en esta amalgama de elementos, y faltándole uno de sus puntos de apoyo, perdía el equilibrio instable y era impotente para sostenerse. En medio de este estado complejo de fuerzas y opiniones discordes, combinadas, equilibradas o neutralizadas, el sentimiento de la independencia estaba en la conciencia de los nativos, y sólo esperaba una oportunidad para manifestarse. Esta fué, por una doble contradicción del destino, la misma derrota de la primera insurrección y la revolución liberal de España, que dió origen a una embrollada evolución pacífica, que sólo estos antecedentes del carácter de la revolución mejicana pueden explicar.

La proclamación del régimen liberal metropolitano en Méjico produjo una descomposición entre los partidos que de común acuerdo sostenían la situación colonial. Los españoles se dividieron entre absolutistas y monarquistas. Gobernaba a la sazón en Méjico el virrey Apodaca, hombre apocado, pero absolutista por devoción, el cual, aun cuando en un principio siguió el movimiento de la Península, se puso al fin al frente de una reacción, obedeciendo a sugestiones soberanas y a las instigaciones de sus partidarios, a la vez que a sus propias convicciones. Se ha dicho —con visos de verdad— que el mismo rey Fernando VII le escribió una carta, comunicándole que se consideraba como preso bajo el dominio de los liberales, y que temiendo correr la suerte de Luis XVI, había resuelto trasladarse a Méjico, para usar libremente de la autoridad real que Dios había depositado en él, y que, por lo tanto, le encargaba pusiese todo empeño en conservar a la Nueva España sustraída a la Constitución, para presentarse en este nuevo teatro investido de un poder absoluto cuando conviniese, dejando a su arbitrio los medios sigilosos que al efecto debían emplearse. Este plan reaccionario no podía realizarse sin el concurso de los nativos monarquistas, que constituían el nervio de la situación, únicos que podían propiciar la opinión del país convirtiendo a los republicanos, apoyar eficazmente a los absolutistas y neutralizar o vencer a los constitucionalistas españoles. Fué entonces cuando apareció en la escena histórica el hombre destinado a dar el último golpe de muerte a la dominación española en ambas Américas, a la vez que a reaccionar contra el orden republicano que estaba en su genialidad.

Existía por entonces en Méjico un personaje de carácter equívoco, que, aunque criollo, militaba en las filas realistas, en las que se dis-

tinguió por sus crueldades contra sus compatriotas insurrectos. Llamábase Agustín Itúrbide y contaba treinta y siete años de edad. Sin escrúpulos para enriquecerse por todo género de medios abusando de su posición; de costumbres disolutas o ascético, según cuadraba a sus inclinaciones e intereses; de escasa instrucción, pero con talento natural; buen militar, feliz en sus empresas; arrogante y solapado a la vez y con maneras insinuantes, estaba poseído de una ambición secreta en que intervenía el patriotismo de raza. Los laureles de Bolívar y San Martín le quitaban el sueño, y sin las grandes cualidades de los dos libertadores de la América meridional, aspiraba a ser libertador de la América septentrional, reaccionando simultáneamente contra las pretensiones avasalladoras de la metrópoli y las tendencias republicanas de la revolución. Este fué el hombre que eligió Apodaca para apoyar su plan reaccionario con el concurso de los nativos, de acuerdo con su camarilla absolutista. Nombrado comandante general del Sud y Acapulco, con el mando de una división de tropas del país para combatir los restos de la insurrección acaudillada por Guerrero, se entendió con éste, y quitándose la máscara, brindó a la madre patria con una nueva fórmula de conciliación envuelta en un guante de desafío.

El 24 de febrero de 1820 publicó Itúrbide en el pueblo de Iguala, a 208 kilómetros de Méjico, el famoso "Plan de Iguala" que ha hecho célebre su nombre; proclamó la independencia y enarboló la bandera simbólica de la nueva revolución, compuesta de tres colores, que se llamaron *trigarantes:* el blanco, símbolo de pureza religiosa; el rojo, de conciliación con la España, y el verde, como esperanza de emancipación. El plan contenía tres disposiciones fundamentales, de donde viene la denominación de plan de "las tres garantías" que tomó el ejército que lo apoyó. Por la primera se establecía la conservación de la religión católica, sin tolerancia de ninguna otra; por la segunda, se declaraba la independencia, bajo la forma de gobierno monárquico templado por una Constitución análoga al país; y por la tercera, la unión entre americanos y europeos. El rey Fernando VII era reconocido emperador de Méjico, si se presentaba a jurar la Constitución que el país se diese, y sucesivamente los infantes sus hermanos, nombrando el congreso nacional, en su defecto, un príncipe de las casas reinantes de Europa. La igualdad de todas las razas indígenas, africanas y europeas, sin más distinción que los méritos y las virtudes individuales, complementaba este plan, bien calculado para condensar todos los elementos heterogéneos de la sociabilidad mejicana. Todos los caudillos de la insurrección, empezando por Guerrero, se pusieron a sus órdenes, y adjuraron por el momento sus creencias republicanas en nombre de la independencia. Los nativos que en su origen habían repudiado la revolución, la aceptaron bajo los auspicios conciliadores de la moderación y el orden. El clero, poderoso en la colonia, lo adoptó en odio a las reformas de los liberales españoles; los españoles absolutistas, en odio a la Constitución, y los mismos constitucionalistas en homenaje a la concordia proclamada. Todo el país se pronunció por el Plan de Iguala. Los realistas, despojados hasta de su bandera y vencidos sin combatir, quedaron reducidos al recinto de la capital de Méjico, al puerto de Veracruz y al castillo de San Juan de Ulúa. Itúrbide fué aclamado libertador de la patria (julio de 1821).

De este modo se operó pacíficamente y casi sin lucha esta transformación instantánea, que por medio de una solución conciliatoria suprimía el dilema de la sumisión o la independencia y la guerra, des-

atando el nudo entre la madre patria y la colonia sin romperlo. Así lo entendió el sucesor de Apodaca, el general Juan O'Donojú, al suscribir el Plan de Iguala, por medio de un tratado (agosto de 1821). Esto sucedía cuando en el Brasil se preparaba una evolucion semejante a la imaginada por Itúrbide; cuando en Colombia se rompía el armisticio celebrado en nombre de la paz y la concordia, y en el Perú se interrumpían las negociaciones de Punchauca, iniciadas con una fórmula análoga a la del Plan de Iguala.

Lo que siguió después en Méjico no entra en este cuadro. Nuestro objeto ha sido únicamente presentar las diversas fases que la iniciativa de pacificación por parte de la España en 1820 asumió en las colonias insurreccionadas y establecer su filiación. Es sabido que no habiendo aprobado el gobierno español el tratado de O'Donojú, Méjico quedó por siempre perdido para la España, con su independencia asegurada y con un trono vacante, que ocupó Itúrbide, coronado emperador, quien desterrado y puesto fuera de la ley poco después, murió más tarde fusilado por sus compatriotas, al pretender el recobro de su corona, reabriendo la nueva serie de los emperadores mejicanos muertos en el cadalso.

VII

El armisticio de Colombia, el Plan de Iguala y las negociaciones del Perú, de que vamos a ocuparnos, marcan la última tentativa de acomodamiento de la España con sus colonias insurreccionadas, dentro del dilema de la sumisión o la independencia y la guerra. En los tres casos se resolvió la cuestión pendiente por la independencia o la guerra de parte de la América, y la sumisión o la guerra de parte de España. Empero, en Méjico y el Perú asumió esta tentativa formas más conciliatorias, que marcan a su vez el último conato de implantación de la monarquía en América, que, dando el mismo resultado por el momento, debía conducir más tarde a sus iniciadores el uno al cadalso y el otro al ostracismo.

Las negociaciones iniciadas confidencialmente en el Perú por el virrey de Lima se abrieron formalmente por invitación oficial de éste. El Virrey nombró como adjuntos al comisario Abreu, a los americanos Manuel del Llano y Nájera y Mariano Galdiano. San Martín nombró por su parte como diputados a Guido, García del Río y al antiguo teniente gobernador de San Juan, José Ignacio de la Rosa. Fijóse como punto de reunión la hacienda de Punchauca, a 25 kilómetros de Lima, que ha dado su nombre a estas negociaciones. En estos preliminares, ninguna de las partes se explicó sobre sus alcances, limitándose a expresar que tenían por objeto una transacción de las diferencias pendientes entre americanos y europeos, haciendo votos ambos por la paz y la unión.

Las instrucciones que reglaban los procedimientos de la comisión española eran las mismas de que fueron munidos los comisarios regios en el resto de la América, y en suma se reducían a proponer la aceptación de la Constitución española, con algunas concesiones de detalle, conforme al espíritu de la famosa proclama-manifiesto de Fernando VII, antes analizada. La instrucción de San Martín tenía a la inversa por precepto: "el rechazo de la Constitución española como vínculo de unión", y "como objeto esencial de pacificación, el reconocimiento de la independencia de Chile, las provincias del Río de la Plata y el Perú", sin admitir armisticio preliminar que no se ajustase al espíritu de es-

tas bases; y caso de tratarse "del envío de comisionados a España para sujetar a su decisión la cuestión principal de la emancipación, exigía como condición previa la evacuación de Lima", excusándose de entrar en "tratados para la regularización de la guerra, por cuanto ella "se había hecho hasta entonces con arreglo a la ley común de las naciones" (27 de abril de 1821).

Los comisionados españoles abrieron la discusión por medio de una nota, en que invocaban como precedente la última palabra de San Martín en las anteriores conferencias de Miraflores, de "que acaso no sería difícil de hallar un medio de avenimiento amistoso". Como se recordará (véase cap. XXVI, § VII) esta abertura vaga envolvía la idea de la independencia sobre la base de la monarquía con un soberano de la casa reinante de España, enunciada entonces secretamente. Respecto de lo primero, declaraban no tener poderes; y respecto de lo segundo, esquivaban la cuestión, insinuando que "la Constitución es-"pañola era el testimonio más hermoso de los sentimientos liberales "del gobierno español y de sus sinceros deseos de reconciliación, inci-"tando por último a ajustar un armisticio y enviar a España comisio-"nados por una y otra parte, conforme se había practicado en Colom-"bia por Bolívar" (4 de mayo de 1821). Los comisionados americanos contestaron: que "no se podía iniciar negociación alguna que no fuese "sobre la base de la independencia; pero que reconociendo la falta de "poderes que para tal efecto se confesaba, estaban dispuestos a con-"venir en una suspensión de armas, siempre que se ampliase la propo-"sición y se determinasen condiciones con garantías, por cuanto el "gobierno de Lima, en las circunstancias en que se encontraba, todo "lo esperaba de la celebración de un armisticio dilatado, mientras que "el general San Martín nada esperaba de él, en razón de que tenía to-"do dispuesto para la realización de sus combinaciones". Por último, declararon respecto de la Constitución española, de antemano rechazada por San Martín en su proclama al tiempo de invadir el Perú, que "esperaban que en lo sucesivo no se volviese sobre este tópico, por "cuanto el solo nombre de tal código era ominoso a la libertad del Nue-"vo Mundo" (5 de mayo de 1821).

El arrogante lenguaje de los diputados de San Martín no tuvo réplica. Los comisionados españoles se limitaron a proponer por su cuenta y sin garantía un proyecto de armisticio por dieciséis meses, que no fué tomado en consideración, hasta que manifestaron terminantemente estar autorizados para ofrecerlo. Entonces, los independientes formularon sus exigencias, declarando que sólo admitirían como garantía la entrega del castillo del real Felipe y las demás fortificaciones del Callao en calidad de depósito, artillados y dotados en el pie de guerra en que se encontraban, los que debían ser guarnecidos por las tropas independientes durante el armisticio, obligándose a entregarlos en el estado en que los recibiesen si se renovaban las hostilidades, con determinación de las líneas de los beligerantes en la costa y en la sierra. Como consideración de mera forma, insinuaban al terminar su nota: "Si don José de San Martín está resuelto a conquistar con las ar-"mas o a negociar en el silencio de ellas la independencia de Amé-"rica, no está menos deseoso de unir esta parte del Nuevo Mundo a "su antigua metrópoli, por los lazos de la amistad y del comercio, que "forman la prosperidad recíproca" (mayo 17).

Con sorpresa de los mismos que tal exigencia hacían, el Virrey accedió a ella con la sola condición de extraer de las fortalezas del Callao 12 piezas de artillería de 18 a 24, sin objetar los límites milita-

res propuestos (mayo 19). Desde este momento no fué difícil entenderse sobre las bases de un armisticio provisional, de común acuerdo ajustado por el término de veinte días, prorrogables si en este término no se llenasen los objetos que se buscaban. Las fuerzas conservarían las posiciones que ocupaban. Para allanar las dificultades que por una y otra parte pudieran presentarse para un armisticio definitivo, se estipulaba que el general La Serna y el general San Martín, acompañados de sus respectivas diputaciones pacificadoras, celebraran una entrevista (23 de mayo). Tal fué el armisticio de Punchauca, que tanta resonancia debía tener en la historia.

¿Hasta qué punto los negociadores que tales bases preliminares acordaban para preparar un arreglo definitivo procedían de buena fe y creían en su posibilidad? Por su parte, La Serna, dos días antes de protestar a San Martín su anhelo por la paz (abril 7), escribía a sus generales que operaban en la sierra que "iba a tratar sin creer en ningún avenimiento y que por lo tanto era necesario prevenirse para sacar el mejor partido, ocupando Tarma, Jauja y Pasco, a fin de ganar posiciones ventajosas al suspenderse las hostilidades". Esto explica la facilidad con que se accedió a la condición de las fortalezas del Callao como depósito, en garantía del armisticio definitivo, que se consideraba una ulterioridad remota o imposible. En cuanto a San Martín, sin esperar que la España reconociese buenamente la independencia de las colonias insurreccionadas, procedía seriamente al buscar un arreglo por medios conciliatorios, conforme con las ideas de política convencional de que estaba imbuído. Empero, buscaba ventajas como La Serna. "Han seguido las negociaciones, demorándolas por mi parte "— decía al tiempo de reabrirse por última vez las hostilidades—, 1º "para que se repongan los hombres y caballos de la división de Are-"nales, que han sufrido en el paso de la cordillera; 2º Para reponer "mis enfermos, que no bajan de mil doscientos". Era un doble juego con dos naipes, a cartas vistas y ocultas. San Martín sabía bien que la España, en su arrogancia, nunca admitiría la independencia como imposición, y por eso quería pactarla previamente con los jefes españoles para comprometerlos. Los jefes españoles, por su parte, reatados más que por sus instrucciones, por el deber y el honor, no estaban dispuestos a seguir el ejemplo de O'Donojú, que aún no se conocía en el Perú.

VIII

La entrevista pactada por el armisticio de Punchauca es el paso político más trascendental en la vida de San Martín, pues aunque no produjera ningún hecho inmediato, determinó un rumbo en su carrera de libertador, que debía conducirle a un camino sin salida. ¡Tan cierto es, que los fenómenos invisibles que se producen en el drama fantasmagórico de la conciencia son los que deciden de los destinos de los hombres, más que los hechos tangibles, de que a veces ellos mismos son autores! Tal es el caso de San Martín. La América española estaba independizada de hecho y republicanizada de derecho. La independencia era cuestión de tiempo. La república estaba en el orden natural de las cosas. Las provincias del Río de la Plata, Chile y Colombia se habían constituído en repúblicas, obedeciendo a su genialidad, y esto es lo que daba razón de ser a su revolución en pro de su independencia. La monarquía era un plan artificial o violento de gobierno, que contrariaba la tendencia de los pueblos emancipados, y sólo podía

ser posible en una distribución dinástica y un acuerdo doméstico entre la metrópoli y la colonia, como sucedió en el Brasil. Fué entonces cuando San Martín, que había contribuído a consolidar la independencia de una república en el Río de la Plata, fundado otra en Chile y echado las bases de una nueva en el Perú, anunció públicamente su pensamiento secreto de monarquizar el Perú, indicado confidencialmente al tiempo de las negociaciones de Miraflores (véase cap. XXVI, § VII) en momentos que en Méjico se implantaba el mismo sistema por una combinación de circunstancias, pasadas las cuales la ley revolucionaria recobraría su imperio. Antes de dar este campanazo había hecho publicar por Monteagudo, en *El Pacificador* (periódico que se imprimía en su campamento a manera de boletín) un artículo que se decía tomado de un periódico extranjero, en que se preconizaba la forma monárquica, a fin de sondar o preparar la opinión. En él se decía: "Todo hombre "que sepa leer y escribir, que conozca su país y que desee el orden, "es natural prefiera una monarquía a la continuación de una inquie-"tud y confusión. Que los enemigos de la paz del Estado sean enemi-"gos de este proyecto, parece indisputable". Cierto es que en la realización de este pensamiento por nada entraba la ambición personal; que era una fórmula teórica de acomodamiento con la madre patria, que no perdía de vista la guerra; pero no por esto es menos grave la responsabilidad moral de San Martín ante la historia al reaccionar contra su propia obra, ni desconocerse la influencia que su plan monárquico de pacificación tuvo en su destino de libertador, aun cuando por el momento no pasase de palabras.

En tales circunstancias para la América, tuvo lugar el 2 de junio de 1821 la entrevista convenida entre San Martín y La Serna en Punchauca. Asistió a ella el general americano de uniforme de campaña, en compañía de su comisión pacificadora, su jefe de estado mayor, el general Las Heras, y otros jefes de su ejército. El Virrey, con la banda carmesí, distintivo de su autoridad debajo de su sobrecasaca, se presentó acompañado del comisario regio y sus dos colegas, los generales La Mar, Canterac y Valdez y varios jefes de su estado mayor. Al encontrarse ambos generales, se abrazaron. San Martín dijo: Venga acá, mi viejo general; están cumplidos mis deseos. Entre los dos podremos hacer la felicidad de este país. La Serna correspondió en términos generales pero amistosos a esta franca abertura. Los dos entraron del brazo al salón, en que sus comitivas se confundieron, cambiándose recíprocas manifestaciones de estimación y respeto.

Reunidos los protagonistas de esta escena en conferencia secreta con asistencia de sus respectivos comisionados, y presentes los generales La Mar y Las Heras como segundos cabos de los ejércitos beligerantes, San Martín tomó la palabra, y con voz firme dijo al Virrey: "General, considero éste como uno de los días más felices de mi vida. "He venido al Perú desde las márgenes del Plata, no a derramar san-"gre, sino a fundar la libertad y los derechos de que la misma metró-"poli ha hecho alarde al proclamar la Constitución del año 12, que "V. E. y sus generales defendieron. Los liberales del mundo, son her-"manos en todas partes. Si en España se adjuró una vez esa Constitu-"ción, volviendo al régimen antiguo, no es de suponerse que sus pri-"meros cabos en América, que aceptaron el compromiso de sostener-"la, abandonen nunca sus convicciones, renunciando a la noble aspira-"ción de preparar en este hemisferio un asilo seguro para sus compa-"ñeros de creencias. Los comisarios de V. E., entendiéndose lealmente "con los míos, han arribado a convenir en que la independencia del

"Perú no es inconciliable con los intereses de España, y que al ceder "a la opinión declarada de los pueblos de América, harían un señalado "servicio, si evitan una guerra inútil y abren las puertas a una recon- "ciliación decorosa. Pasó el tiempo en que el sistema colonial pudo ser "sostenido por la España. Sus ejércitos se batirán con la bravura tradi- "cional de su brillante historia militar; pero aun cuando pudiera pro- "longarse la contienda, el éxito no puede ser dudoso para millones de "hombres dispuestos a ser independientes, y que servirán mejor a la "humanidad y a su país, si en vez de ventajas efímeras, pueden ofre- "cer emporios de comercio, relaciones fecundas y de concordia perma- "nente entre los hombres de la misma raza, que hablan la misma len- "gua y sienten igualmente el generoso deseo de ser libres. Si V. E. se "presta a la cesación de la lucha estéril y enlaza sus pabellones con los "nuestros para proclamar la independencia del Perú, los dos ejércitos "se abrazarán sobre el campo". En seguida formuló netamente esta proposición: Que se nombrase una regencia que gobernara independientemente el Perú, de que debía ser presidente La Serna, designando cada una de las partes un co-regente, hasta la llegada de un príncipe de la familia real de España que se reconocería por monarca constitucional, y ofrecióse él mismo a ir a solicitarlo si era necesario, para demostrar ante el Trono el alcance de esta resolución, en armonía con los intereses de la España y los dinásticos de su casa reinante, en cuanto era conciliable con el voto fundamental de la América independiente.

Esta proposición, que dejó atónitos a los realistas, y que acogieron con visibles señales de contentamiento, tuvo el apoyo caluroso del comisario regio y de sus colegas, no obstante contrariar abiertamente las instrucciones que los gobernaban. El Virrey, que había guardado silencio, pero que parecía inclinado a aceptarla, propuso consultar a las corporaciones del Virreinato sobre asunto de tanta gravedad, prometiendo una contestación antes de dos días. "Transportes de gozo —dice "un testigo presencial —siguieron a esta escena. Adelantándose la "imaginación a los sucesos, se entró luego a discurrir sobre el día y "la forma en que las tropas de los dos ejércitos reunidos en la plaza "de Lima deberían concurrir a solemnizar el acto de la independencia " peruana". En el frugal banquete que se siguió y que presidieron los dos caudillos uno al lado del otro, el Virrey brindó: "por el feliz éxito de la reunión en Punchauca", y San Martín: "por la prosperidad de la España y de la América"; pronunciándose otros brindis por la unión y la fraternidad entre europeos y americanos

Si en todo esto no hubiese habido sino habilidad diplomática, el golpe del general americano era de mano maestra; pero había además un error fundamental. Ponía por una parte de su lado la moderación, anteponiendo el bien a la gloria; presentaba una fórmula concreta de conciliación bajo las condiciones recíprocas de la independencia y del sistema de gobierno, desatando sin violencia el vínculo entre la madre patria y la colonia; se captaba el concurso del comisario regio y de sus colegas, llevándolos hasta violar las instrucciones de su corte; halagaba las tendencias de los jefes liberales, que disponían del ejército español; persuadía al Virrey, irresoluto y casi convencido, a deferir la cuestión al voto de las corporaciones del Virreinato; introducía la división política en el campo enemigo, apareciendo magnánimo, y mientras tanto, ganaba fuerza moral y material. Esto es en el supuesto de avanzar una proposición, que no podía ser aceptada por los realistas, reatados por sus instrucciones y resueltos a sostener la guerra a todo trance. En el caso de ser aceptado su plan, era una victoria *sine sanguine,* como

la buscaba, aunque tuviese por símbolo una corona en vez de un gorro frigio. Obtenía desde luego el reconocimiento previo de la independencia del Perú; fundaba provisionalmente un gobierno mixto nacional; comprometía al ejercito español en el sostén de ambos hechos preestablecidos, y la cuestión se resolvía de este modo de hecho, cualquiera que fuese la resolución del gobierno español, como lo había sido en Méjico por la adhesión anticipada de O'Donajú al plan de Itúrbide. Era hacer triunfar la revolución con el concurso de los mismos españoles. Esto es lo que San Martín buscaba de buena fe como solución definitiva, sin perder de vista las contingencias de la guerra. Por un momento, creyó haberlo alcanzado. El, tan frío y reservado habitualmente, al levantarse de la mesa del banquete, llamó aparte a Guido y le dió un estrecho y silencioso abrazo lleno de calor. Era que, arrastrado por sus ideas políticas de convención, fomentadas por sus consejeros, al anteponer al credo de la revolución americana —que era también su propia creencia— la forma del gobierno de la monarquía constitucional para la América, pensaba hacer obra buena, garantizándole la estabilidad del orden a la par que la independencia y la libertad moderada. Se extraviaba, como político que no veía claro ni preveía los obstáculos; y como guerrero, destemplaba sus propias armas de combate. Como libertador, se desautorizaba ante las nuevas naciones emancipadas; y al reaccionar contra sus tendencias espontáneas, nativamente democráticas, desconocía el carácter de su revolución y el principio esencial que le daba su razón de ser y de que sacaba su fuerza. Como diplomático, comprometía ante el mundo libre y ante el mundo reaccionario la causa de las instituciones que estaba encargado de hacer triunfar en el terreno de la política así como en el de las armas. Esta claudicación de los principios de la revolución sudamericana fué un triunfo para los monarquistas europeos de la Santa Alianza, que miraban de reojo la republicanización del Nuevo Mundo, y podía enajenarle, a la par de las simpatías de los Estados Unidos, que hacían frente a los reyes absolutos, el apoyo de la Inglaterra que aceptaba el hecho como irresistible. Así, escribía Chateaubriand, al conocer la monarquización de Méjico y las bases de Punchauca: "El mismo resulta-"do debieran esforzarse en obtener todas las colonias hiscanoamerica-"nas". Este aplauso ante la Europa monárquica es una condenación ante la América republicana, que marca un comienzo de decadencia. Por eso hemos dicho que este paso fué el más trascendental en su vida política, pues determinó un rumbo en su carrera que debía conducirle a un camino sin salida.

IX

Si la aceptación del plan de San Martín hubiese dependido por parte de los realistas tan sólo del voto de las corporaciones del Virreinato, de seguro que habría sido aceptado. La opinión estaba bien preparada, y los mismos historiadores españoles reconocen que contaba con numerosos partidarios en Lima. Pero La Serna comprendió que esta opinión flotante, sin el apoyo de la fuerza, no tenía valor alguno, y que no podía proceder sin el acuerdo del ejercito, con tanta más razón cuanto que la autoridad que investía derivaba de una sublevación militar. Consultados sus jefes, declararon: que sin rechazar en su fondo la proposición, no podían aceptarla en su forma bajo la condición de hacerla desde luego efectiva en el hecho, por cuanto contravenía las reales órdenes, que si bien autorizaban limitadamente para poner coto a

la efusión de sangre, prohibían expresamente tratar sobre la base de la independencia colonial. De su punto de vista tenían razón. Ellos comprendían que al pactar en tales condiciones se exponían a ser desaprobados por su gobierno, dando en el primer caso la victoria al enemigo, y en el segundo teniendo que optar entre declararse rebeldes a su rey y traidores a su patria o servidores de la revolución que combatían, como españoles y como soldados.

En vista de este procedimiento, que fué unánime, el Virrey, que bien apoyado habría pasado por todo, comunicó a San Martín dentro del plazo de los dos días: "Luego que llegué a ésta (Lima) creí necesa-"rio, antes de anunciar la proposición de usted a los diputados de las "corporaciones, saber la voluntad del ejército; y al paso que hallé a "los jefes convencidos de que lo que conviene a ambas partes es el con-"tenido de dicha propósición, asegurándomelo así, he visto que de mo-"do alguno se prestan a reconocer la independencia sin dar antes el "paso preliminar de anunciarlo al gobierno nacional; por cuyo motivo "he suspendido la convocatoria de la junta de corporaciones, en razón "a que nada adelantaríamos faltando el consentimiento del ejército".

Al mismo tiempo que el Virrey se excusaba de someter la cuestión al voto de las corporaciones y se cubría con la deliberación del ejército, diputaba dos de los principales jefes que más oposición habían hecho a la condición del reconocimiento previo de la independencia. "He creí-"do conveniente —escribía a San Martín— pase a verse con V. el coro-"nel Valdez y el comandante García Camba, pues estos jefes están al "corriente del asunto y manifestarán a V. todo lo que nos es dable ha-"cer, según mi sentir, para lograr asegurar la mutua felicidad de am-"bos pueblos". La proposición del Virrey sólo difería en un punto de la de San Martín: Acordar una suspensión de hostilidades por el tiempo necesario para obtener una resolución definitiva de su Corte; mientras tanto, tirar una línea de Oeste a Este por el río Chancay, quedando bajo el gobierno de los independientes el país que ocupaban, y que el resto del Perú fuese regido por la Constitución española, nombrándose al efecto una junta de gobierno; que el mismo virrey se embarcaría para Europa, a fin de instruir al Rey de lo que pasaba, y que si San Martín quería llevar a cabo su proyecto de pedir personalmente un príncipe de la familia real de España podrían hacer el viaje juntos. El general americano recibió a los emisarios en la cámara de la goleta *Motezuma*, donde había anunciado esperaría la resolución del Virrey, y uno de ellos ha relatado la escena que se siguió: "Esta proposición "(la del Virrey) fué desechada por San Martín, no obstante las proba-"bles ventajas que ofrecía a los independientes, máxime si las Cortes "con el Rey accedían a remitir al Perú un príncipe, como Valdez y "Camba lo significaron. El caudillo enemigo se mostraba decidido por "el establecimiento de una monarquía constitucional en los Andes con "un príncipe de la familia real de España. Los delegados nada le ob-"jetaban en contrario sino que la resolución pertenecía exclusivamente "al gobierno supremo de la nación. Los enemigos engreídos con los su-"cesos que habían obtenido, miraban con indiferencia cuanto se les "proponía. Así al desechar San Martín la proposición del virrey, dijo "con harta ironía a los comisionados Valdez y Camba: *Siento tanta "obstinación, pues veo con pesar que dentro de poco tiempo no tendrán "los españoles más recurso que tirarse un pistoletazo*". Era un ultimátum: no quería tratar sino sobre la base de la aceptación previa de la independencia por parte de los jefes españoles, y de no, prefería la continuación de la guerra.

X

Después de este segundo fracaso, las conferencias pacíficas volvieron a reanudarse, reuniéndose los comisionados en el pueblo de Miraflores, en vez de Punchauca. La fórmula de San Martín flotaba inanimada en el aire; todas las combinaciones se referían a ella, y alrededor de ella giraban las proposiciones y contraproposiciones de los negociadores. Empero, ni unos ni otros esperaban arribar a ningún acuerdo serio. Prolongaban las negociaciones porque así convenía a ambos beligerantes, que a la sombra del armisticio preparaban el desarrollo de sus planes militares. Así, los diputados españoles, refiriéndose a la entrevista de Punchauca, renovaron oficialmente la proposición confidencial hecha por La Serna y rechazada por San Martín en la *Motezuma,* con la variante de nombrar de común acuerdo una junta provisional de gobierno que rigiese el Perú en nombre de la España durante la ausencia de los dos generales beligerantes, con la división del mando de dos ejércitos (junio 8). Los diputados independientes replicaron que en la entrevista a que se hacía referencia "San Martín había propuesto un vasto y benéfico plan que conciliaba las miras e intereses de todos, el que había quedado frustrado por resoluciones ulteriores; pero que quedando vigentes hasta aquel momento los principios y medios sobre que había girado la negociación, no debía esperarse que ellos aceptasen un nuevo plan de pacificación ingarantida", y terminaban prestándose a continuar y concluir la negociación pendiente sobre la base de la entrega en depósito de las fortalezas del Callao, como garantía de lo que se pactase (junio 11). Los españoles confirmaron su anterior aceptación a esta exigencia (junio 11). En consecuencia, el armisticio fué prorrogado por doce días más, y se estipuló que durante ese término el general independiente, por un sentimiento de humanidad, permitiría la introducción de víveres en la ciudad en las cantidades que se calculasen necesarias para su consumo diario (julio 12).

La concesión de San Martín para la introducción de víveres en la plaza sitiada ha sido severamente criticada por unos y calificada por otros de "política militar enigmática". Es sin embargo uno de los hechos más claros y que más honor hacen no sólo a sus sentimientos, sino tambien a su habilidad política. El sabía bien que el enemigo estaba decidido a abandonar la capital, por serle imposible mantenerse en ella. No era, pues, una falta militar ofrecer un cebo para incitar a los españoles a prolongar una situación en que agotaban sus últimas fuerzas, cuya aceptación importaba reconocer la condición de sitiados, y por tanto su impotencia para la ofensiva. En otro sentido, esto le proporcionó la ocasión de alcanzar un triunfo moral ante la opinión, sin comprometer ninguna ventaja real. Los españoles, humillados de que el pueblo debiese su alivio a la generosidad de los sitiadores, anunciaron por su prensa oficial que la concesión era condición puesta por ellos para la prórroga del armisticio. Los diputados independientes protestaron contra esta interpretación y pidieron explicaciones, lo que permitió a San Martín manifestar, por su parte, que "no era a los pueblos a los que hacía la guerra, ni su intención que los habitantes inermes de la capital sufriesen los efectos de un mal que no habían causado". Con esta política dominaba moralmente el adversario armado y se propiciaba la opinión pública, a la que convertía en agente activo de hostilidades de otro género.

El general independiente no obraba movido tan sólo por los sentimientos de humanidad de que hacía alarde. Astuto como siempre, explotaba la miseria de la ciudad sitiada, promoviendo un antagonismo entre el Virrey y el pueblo, encabezado éste por la Municipalidad. Los agentes secretos en Lima, de acuerdo con él, dirigieron anónimos al Cabildo, incitándolo a tomar una actitud en representación del pueblo invocando el bien general. El Cabildo, estimulado por el clamor general, dirigió al Virrey una nota, que era una especie de grito de sedición en nombre de la paz: "En contorno de veinticinco leguas, no rei- "na sino la más espantosa devastación. Los ganados, las sementeras, "los frutos, todo ha perecido por el furor del soldado. Provincias las "más ricas y opulentas han sucumbido a la fuerza preponderante del "enemigo; otras se hallan amenazadas de igual fracaso; y esta capital "sufre un bloqueo el más horroroso por el hambre, el latrocinio y la "muerte. Entretanto, el soldado no respeta aún el último resto de las "propiedades rurales, y acaba hasta con los bueyes que surcan la tie- "rra y la fertilizan con su sudor en beneficio del hombre. Si continúa "así esta plaga ¿cuál será en breve nuestra suerte, cuál nuestra mise- "rable condición? La paz es el voto general del pueblo. Los pueblos se "reunen a porfía bajo el pabellón de San Martín. Centenares de hom- "bres desertan de nuestros muros para no perecer de necesidad. Un "enjambre obstruye los canales de nuestra provincia, insulta y saquea "nuestro hogar. El público increpa agriamente nuestro silencio, y ya "son de temer males peores que la misma guerra" El Virrey contestó esquivando la cuestión principal, y se contrajo al tópico de la paz, en términos triviales que revelaban quebranto: "Como filántropo amo y "deseo la paz; pero como militar y hombre públicc no puedo prescindir "de que sea honrosa y preferiría la guerra, aun suponiendo la prepon- "derancia que se dé a las fuerzas del general San Martín. La guerra "es un juego donde se aventura más o menos, según la pasión de los "jugadores, que tan pronto se gana, tan pronto se pierde; y cuando se "gana mucho, sucede comúnmente que el que gana continúa jugando "para aumentar su bien, o que el que pierde no quiere dejar el juego, "porque espera volver a ganar lo que ha perdido, y al fin la fortuna se "vuelve, y el que ganaba no sólo pierde lo que ha ganado sino tam- "bién lo que tenía ganado cuando se puso a jugar. Es cuanto por ahora "puedo contestar". Los jefes militares, ofendidos por los términos de esta representación, se quejaron amargamente al Virrey en nombre del ejército, calificándola de criminal, y exigieron una reparación, con la amenaza de que, de no hacerse justicia, no en vano se atacaría su honor.

De este modo se creaba un nuevo antagonismo entre el pueblo, las autoridades y el ejército. Mientras tanto, el hambre apuraba en la ciudad. San Martín, asumiendo al parecer una actitud magnánima, exigía garantías y ponía condiciones que eran otras tantas bombas explosivas y reventaban en el campo enemigo aquejado por la miseria. "Es- "toy dispuesto —decía— a permitir la introducción de víveres para el "consumo de Lima, siempre que el virrey me responda como presiden- "te de su ayuntamiento, que serán distribuídos por esta corporación "entre el pueblo, y de que éste no será defraudado por la autoridad mi- "litar, no haciendo dificultad en que el soldado ocurra al mercado co- "mo cualquier ciudadano, y mucho menos que se destinen las raciones "necesarias de arroz y harina para los enfermos del ejército, porque al "fin estos soldados en su estado dejan de ser mis enemigos". La Serna dió la explicación pedida, declaró que la concesión había sido solicita-

da por sus diputados y que el reparto de víveres se haría en beneficio del pueblo. San Martín se dió por satisfecho y aceptó la palabra de honor de su adversario como suficiente garantía.

San Martín no se apresuraba a conquistar la capital del Perú; quería que cayese en sus manos como una espiga madura, según sus palabras. Un distinguido marino inglés, que lo visitó en una ocasión en la *Motezuma*, al pintarlo al natural ha consignado en un libro las ideas de que estaba poseído. "Hacía poco que nos paseábamos por el "puente de la goleta, cuando los marineros empezaron a lavar el puen- "te. ¡Qué fastidio!, exclamó San Martín, que esta gente se empeñe en "lavar su puente de ese modo. ¡Eh! Amigo, exclamó, dirigiéndose a "uno de ellos, ¿por qué no echa el agua del otro lado? El marinero que "no entendió o estaba acostumbrado a los modos del general, continuó "salpicándonos. Me temo mucho, me dijo, que tengamos que bajar a la "cámara, que no es sino un miserable agujero, pues parece que no es "posible convencer a estos diablos. En el mismo día de mi visita (25 de "junio de 1821) algunas personas vinieron de Lima a hablarle de ne- "gocios de Estado, y en el curso de la conversación dejó penetrar sus "intenciones y los sentimientos que lo animaban". "Se pregunta, fue- "ron sus palabras, por qué no marcho inmediatamente sobre Lima. No "me detendría un momento si esto conviniese a mis miras. No aspiro "a la fama de conquistador del Perú. Mi única ambición es libertar "este país. ¿Qué haría yo en Lima si sus habitantes me fuesen contra- "rios? ¿Qué ventaja sacaría la causa de la independencia en que ocu- "pase militarmente a Lima, y aun todo el país? Mi plan es diferente. "Deseo ante todo que los hombres se conviertan a mis ideas, y no quie- "ro dar un paso más allá de donde vaya la opinión pública. Que la ca- "pital esté madura para declarar sus sentimientos, y yo le procuraré "la ocasión de hacerlo con toda seguridad. A la espera de ese momento "he suspendido hasta ahora avanzar. Los que conocen el alcance de los "medios que han sido empleados, encuentran una explicación suficiente "para mis retardos. He ganado cada día nuevos aliados en el corazón "del pueblo. En cuanto a las fuerzas militares, he conseguido aumen- "tarlas y mejorar el ejército patriota; mientras el de los españoles se "ha disminuído por la miseria y la deserción. Toca al país juzgar "por sí mismo cuáles son sus verdaderos intereses, y es justo que sus "habitantes hagan conocer lo que piensan. La opinión pública es un "nuevo resorte introducido en los asuntos de estos países: los españoles, "incapaces de dirigirla, la han comprimido. Ha llegado el día en que "va a manifestar su fuerza y su importancia".

Condensando su juicio con motivo de esta conversación, dice el viajero observador: "Sería temerario asegurar que las declaraciones del "general patriota fuesen sinceras, y bien que nada pueda hacerme du- "dar de su lealtad, es difícil pronunciarse sobre la prudencia de sus "combinaciones, aun sustrayéndose a la influencia de lo que sucedió "más tarde. Muchos las encontraban muy juiciosas, porque habían sido "coronadas por el éxito. En cuanto a mí, debo confesar con sinceridad "que las medidas que tomó en las circunstancias de que fuí testigo me "parecieron indicar mucha habilidad, circunspección y previsión. En "aquel día estaba vestido con un largo levitón y una gorra de pieles. "A primera vista, no presentaba ningún rasgo notable que llamase la "atención, pero cuando se ponía de pie y tomaba la palabra, reconocía- "se al hombre superior. Con mucha simplicidad en sus maneras, eran "las de un hombre bien educado. Jamás noté en él la menor afectación: "lleno siempre del sentimiento de lo actual; todo indicaba un carácter

"agradable, y debo decir que no he conocido ninguno cuyo acceso fuera "mas cautivador. En la conversación, iba derecho a los puntos princi- "pales del asunto, prescindiendo de los menos interesantes. Escuchaba "con atención y contestaba de una manera lúcida, en términos escogi- "dos. En la controversia, desplegaba admirables recursos y una prodi- "giosa fecundidad de vistas, y sabía demostrar a sus oyentes que se "había poseído de su pensamiento. No había nada de brillante ni de re- "buscado en sus palabras; hablaba con calma y gravedad, dominando "la materia. Alguna vez le sucedía animarse insensiblemente; entonces "sus ojos brillaban; sus expresiones eran vivas y enérgicas; llamaba "la atención y convencía con sus argumentos; esta metamorfosis se "producía, sobre todo, tratándose de política; y si hablaba con sangre "fría, no era menos admirable que cuando se expresaba con fuego. "Sabía ser igualmente chistoso y familiar, según lo exigían las cir- "cunstancias. En definitiva, cualquiera que sea la influencia que haya "podido tener sobre él la posesión de una gran autoridad política, estoy "convencido que las cualidades de su alma eran blandas y benévolas, "y lo considero como un hombre de un temple poco común".

Es curioso observar que en su larga carrera nunca le faltó a San Martín un inglés observador por testigo, para comprobar el dicho de que allí donde sucede algo notable en el mundo, allí está presente un inglés: en España, lord Madduffi; en San Lorenzo, el viajero Robertson; en Mendoza, Santiago y Maipu, Haigh, portador accidental del parte ensangrentado de la batalla; en Lima, el famoso marino Basil Hall, que ha dejado este precioso medallón que lo representa bajo nuevo aspecto en un momento histórico, y Stevenson, secretario de Cochrane, que a la par de éste lo ha difamado.

XI

Las negociaciones entabladas, continuaron por mera forma, bajo el pabellón neutral a bordo de la fragata *Cleopatra*, surta en el Callao, A la sombra de la bandera blanca del armisticio, los beligerantes se preparaban a resolver la cuestión por las armas. Al expirar el término de la prórroga del armisticio de Punchauca, San Martín estaba decidido por la guerra. "Los enemigos —decía como base preliminar— debían entregarme el castillo Real Felipe con las demás fortificaciones adva- "centes; la fuerza marítima que viniese de la Península debía regresar "a España al mes de su llegada a estas costas; toda la parte del Nor- "te desde Chancay (inclusa la península de Maynas), quedaba en mi "poder. Para la independencia de América era ventajoso este partido, "pues de mí no se exigía más que un armisticio por dieciséis meses, "y que se enviasen diputados para tratar con el gobierno español la "independencia del Perú, de Chile y Buenos Aires. Yo no ignoro que "con el Callao y la opinión del país, en dieciséis meses el Perú era li- "bre; que con los recursos del territorio que me quedaban, podía man- "tener con economía el ejército. Pero ¿y la escuadra? ¿Cómo se la re- "mito a Chile cuando sé que no tiene un peso con qué pagarla? Yo no "podía sostenerla en este intervalo, y de consiguiente su disolución era "positiva, perdiendo Chile por este motivo sus esfuerzos, y toda la Amé- "rica la respetabilidad y seguridad que le da esta fuerza naval. En "este caso, me he decidido por la continuación de la guerra más feroz "y destructora que han conocido los vivientes, no por las balas ni tra- "bajos, sino por la insalubridad de estas infames costas, especialmen- "te, desde que llegó el ejército, pues no hay memoria de tantas enfer-

"medades como en esta época. A más, me he decidido por la guerra por "la situación del enemigo. El tiene igual o mayor número de enfermos "que nuestro ejército, y aunque mejor medicinados, peor alimentados; "la opinión, no sólo de la América, sino de la mayor parte de los euro- "peos sensatos, está por nosotros; su ejército minado en favor de nues- "tra causa, pasándose a nuestras banderas; el hambre los acosa, y no "les queda otro recurso que retirarse al Cuzco para prolongar la gue- "rra, como tengo noticia de que se proponen. Estas consideraciones me "han hecho resolver a prolongar por un poco de tiempo más los males, "para que luego gocen más tranquilamente los bienes". Ahora es el general y no el político el que habla; con un propósito deliberado, con su claridad de vistas y su perfecto conocimiento de los planes del enemigo, que pesa tranquilamente el pro y el contra con su juicio propio en el estilo conciso y preciso que le es peculiar; es el libertador del Sud llenando sus deberes militares para con la América, empero no previese todas las contingencias, y de aquí que favoreciera en cierto modo los planes del enemigo.

En cuanto al general español, su resolución estaba tomada desde antes de ajustarse el armisticio; su idea era trasladar el teatro de la guerra al interior del país. La llegada del comisionado regio Abreu y las negociaciones que fueron su consecuencia retardaron esta operación. Sin comunicaciones marítimas con la metrópoli, bloqueado en Lima por las armas y por el hambre, en disidencia el Virrey y el ejército con el Cabildo y con el pueblo, invadida la sierra, amagados los puertos intermedios, obstruídos los caminos de las provincias del interior, del Sud y del Este; en impotencia para tomar la ofensiva, la evacuación de Lima se imponía como una necesidad. "El estado de la capital del Perú "—dice un historiador español que habla como testigo— había llegado "a tal extremo, que no se alcanzaba medio alguno de poderla conservar "por más tiempo sin positivo riesgo de perder muy pronto todo el país". Era la resolución salvadora. Los españoles abandonaban a los independientes el territorio malsano de la costa del Norte, dejando a éstos en presencia de un enemigo invisible que los diezmaría; se trasladaban al clima salubre de la sierra, donde sus enfermos se repondrían; ocupaban las provincias de mayores recursos en hombres, cabalgaduras y bastimentos; reemplazaban con nuevos reclutas sus bajas; consolidaban su base de operaciones asegurando sus comunicaciones con el Alto Perú y dominaban las costas del Sud. De este modo u obligaban a los independientes a ir a buscarlos en sus posiciones, o se ponían en aptitud de abrir hostilidades sobre la costa cuando les conviniese. Esta resolución, que hace alto honor a la inteligencia y al ánimo esforzado de los españoles en el Perú, prolongo por cuatro años más la guerra y quebró el poder militar de San Martín que no le dió por entonces la trascendencia que tenía, y pensó erradamente que la posesión de Lima le daba el triunfo definitivo.

En prevención de la próxima evacuación de Lima, el Virrey dispuso que Canterac a la cabeza de la mayor y más saneada parte de su ejército (25 de junio) se dirigiese a Huancavelica por el camino de Lanahuaná, ascendiendo la cordillera por el valle de Cañete. De este modo preparaba la operación meditada garantizada por el armisticio, y al emprender al parecer un movimiento de retroceso, detenía la internación de Arenales, a la vez que ocupaba posiciones más ventajosas para el tiempo en que se reabriesen las hostilidades. San Martín había hecho otro tanto replegándose de Ancón a Huacho en ese intervalo. De manera que el Virrey, al quedarse en Lima con la menor parte de

sus fuerzas, contaba con el tiempo y la distancia, y reposaba en la seguridad de que San Martín, debilitado también por la ausencia de sus mejores tropas en la sierra, no podía atacarlo, aun en el peor caso, con un ejército no mucho mayor, compuesto como el suyo de enfermos y convalecientes. Además, tenía por punto de apoyo inmediato las fortificaciones inexpugnables del Callao con su fuerte guarnición.

Fenecido el armisticio y en marcha Canterac con el grueso del ejército de evacuación, La Serna anunció públicamente por medio de una proclama (4 de julio) la resolución de abandonar a Lima. "Me veo "precisado —decía— a usar de medios extraordinarios y de planes más "vastos que los que permite la mera defensa de una ciudad situada de "un modo muy contrario a las operaciones militares... quedándome yo "mismo sepultado entre sus ruinas y cadáveres". Delegó el mando político y militar en el Marqués de Montemira, anciano pacífico de la ciudad, con el encargo de conservar el orden y entregar la plaza a discreción del enemigo. Ofició al general San Martín, "implorando su fi- "lantropía (5 de julio) en favor de más de 1.000 enfermos que dejaba "en los hospitales", a la vez que le aseguraba que "esto en nada podía "influir para que la negociación pendiente no tuviese la feliz termina- "ción que positivamente deseaba". Dejó 2000 hombres de guarnición en los castillos del Callao, con escasos bastimentos para sostenerse, pero prometiendo que oportunamente acudiría con víveres en su auxilio. Con el resto, que no alcanzaba a 2000 hombres, se puso en retirada el 6 a las cinco de la mañana por el valle de Cañete en dirección hacia la quebrada de Yauyos, al este de Lima.

La ciudad estaba consternada. Los españoles comprometidos huían a encerrarse con sus familias dentro de las murallas del Callao. El vecindario, amedrentado, temía que la población fuese saqueada o por los invasores o por la plebe, y las mujeres se refugiaban en los monasterios. San Martín se apresuró a tranquilizar a todos y dirigióse al arzobispo como representante de las conciencias, y a la Municipalidad como representante del pueblo, manifestándoles que sus acciones jamás habían desmentido sus promesas, y que, al garantizar el orden público, estaba dispuesto a correr un velo sobre el pasado y prescindir de las opiniones políticas que antes hubiese profesado cada uno (julio 6).

XII

Fiel a la línea de conducta que se había trazado, San Martín no se apresuró a posesionarse de Lima. Quería que la ciudad se pronunciara, para presentarse él no como conquistador, sino como auxiliador y protector. El capitán Basil Hall, que continuaba observándolo, cuenta que habiendo reiterado su visita a bordo de la goleta *Motezuma*, curioso de explicarse esta conducta enigmática, le oyó decir: "He combatido du- "rante diez años contra los españoles, y más bien dicho, contra los "enemigos de la causa de la emancipación americana. Mi único deseo "es que este país se gobierne por sus propias leyes. En cuanto al siste- "ma político que adopte, no me toca intervenir. Mi intención es dar al "pueblo los medios de proclamar su independencia y establecer el go- "bierno que le convenga. Hecho esto, consideraré terminada mi misión, "y me retiraré". Una diputación del Cabildo le ofreció la ciudad, suplicándole la tomase bajo su amparo. En contestación, mandó retirar las guerrillas francas que la circundaban, que por su composición eran miradas con temor por sus habitantes, y la hizo rodear con tropas de línea, con prevención de que obedecieran las órdenes del gobernador

civil para el mantenimiento del orden. Los habitantes, según el testimonio del testigo neutral antes citado, no podían persuadirse que fuesen tratados con tanta generosidad por un hombre que consideraban enemigo. Algunos llegaron a pensar que era una burla del vencedor, que se disponía a entrar insolentemente por las calles al frente de sus tropas para humillarla con su triunfo. Uno propuso que se hiciese la prueba. En consecuencia, el gobernador ordenó por escrito al comandante de un regimiento de caballería que acampaba, a dos kilómetros de la ciudad que se situase en un punto más lejano. La orden fué obedecida, y el regimiento se situó cinco kilómetros más afuera. Esto bastó para dar autoridad al gobernador municipal. La comunicación entre las tropas y el pueblo no se estableció sino cuando el orden estuvo perfectamente asegurado por medio de una policía civil bien organizada con el concurso de algunos pequeños destacamentos que penetraron modestamente al recinto de las murallas. El 9 al anochecer entró silenciosamente una división, que fué recibida en medio de aplausos populares.

El 10 de julio de 1821, a las siete y media de la noche, entró San Martín de incógnito en Lima, según su costumbre después de sus grandes triunfos, acompañado tan sólo de un ayudante, y de allí se dirigió al palacio de los virreyes. Dos frailes descubrieron su presencia. Cada uno de ellos le dirigió un discurso comparándolo con Julio César y con Lúculo, que él oyó con su acostumbrada paciencia. Así que se hubieron retirado, exclamó: "¡Santo Dios! ¡Qué va a ser de nosotros! "Esto no acabará nunca". El ayudante le dijo: "¡Oh, mi general! Es- "tán esperando otros dos del mismo calibre". "¡Sí! —repuso San Mar- "tín—, pues que ensillen los caballos ¡y en marcha!". Pero la noticia de su entrada se había generalizado y todos querían conocer al libertador, y hombres, y mujeres y niños acudieron en tropel a saludarlo. A una mujer que se precipitó a sus pies, presentándole tres hijos para que sirviesen a la patria, la hizo levantar con bondad y la abrazó. Cinco damas se presentaron inmediatamente, y todas querían abrazar sus rodillas, hablando al mismo tiempo; y las cinco pesaron tanto sobre él que hubieron de hacerle perder su equilibrio en medio del bullicioso tumulto, logrando al fin aquietarlas con buenas palabras. Por fortuna descubrió entre la concurrencia a una niña de doce años, que le miraba tímidamente y no se atrevía a acercársele: la levantó en sus brazos en medio de grandes aplausos. Uno gritó: ¡Viva nuestro general! No, no, prorrumpió él: griten: Viva la independencia del Perú. El Cabildo, apresuradamente reunido, se presentó en seguida. El contestó a sus felicitaciones gravemente, sin frialdad, sin muestras de suficiencia. Después de algunos discursos que le fueron dirigidos, y a que respondió con palabras apropiadas, otra dama se echó en sus brazos, lo tuvo estrechado por más de medio minuto, sollozando más que pronunciando las palabras: *¡Mi general! ¡Mi general!* Al querer retirarse, San Martín, impresionado por su entusiasmo y su belleza, la detuvo respetuosamente, y le dijo sonriendo: "Debiera ser permitido demostrar la gra- "titud con un beso"; pero se abstuvo, y encargó a un edecán que la acompañase del brazo hasta la puerta. A las diez y media de la noche se retiró a Mirones —punto equidistante entre el Callao y Lima—, donde había hecho acampar el ejército con objeto de establecer el sitio del Callao. Así fué como el libertador del Perú entró en la ciudad de los Reyes.

Al día siguiente se publicaron varios bandos, prohibiendo que se injuriase a los españoles, disponiendo que se abriesen las casas de negocio, que los tribunales administrasen justicia conforme a las leyes

preexistentes que no contrariasen el nuevo régimen, y se destrozaron los bustos y armas reales, reemplazados por el escudo nacional inventado en Pisco, con la inscripción: *Lima independiente.*

Una proclama de San Martín, que por su tono jactancioso contrastaba con su actitud modesta de vencedor, llamó a las armas a los habitantes de los departamentos libres, prometiendo terminar la campaña en cuarenta días si los pueblos lo acompañaban en sus sacrificios. No era imposible del todo tan gran resultado si la palabra hubiese sido acompañada por la acción; pero, lejos de esto, no sólo no dió nuevo impulso a la guerra, sino que la paralizó cometiendo graves errores militares que revelaban la falta de un plan fijo de operaciones o tan sólo un plan negativo. Había querido hacer una campaña pacífica, de evoluciones y de astucias, conquistando pueblos y voluntades sin batallas, y el éxito coronaba sus designios en cuanto al objetivo inmediato; la posesión de Lima, centro aparente del movimiento reaccionario. Exagerándose la importancia de este hecho, pensaba que el enemigo quedaba inhabilitado para reaccionar y que gastaría sus últimas fuerzas en el aislamiento; que el país sublevado como elemento concurrente de las armas —que intervendría a su tiempo—, prepararía sin arriesgar nada el triunfo definitivo. Era un plan filosófico, que, llevado a sus consecuencias lógicas, todo lo reducía a la fuerza de presión como medió de poner en movimiento las fuerzas activas por el simple efecto de su gravedad. Este sistema lento y expectante de hacer la guerra se fundaba en que las fuerzas populares no habían hecho causa común con los libertadores, como sucediera en Chile; en que, mientras tanto, lo ganado aseguraba la independencia, reducida a cuestión de tiempo.

Verdad es que el país no había respondido aún al llamamiento de los libertadores; que a excepción del pronunciamiento de Trujillo y el alistamiento de las guerrillas francas sobre Lima, ningún movimiento revelaba el fermento revolucionario, ni en las altas clases de la sociedad ni en el común del pueblo; que la insurrección de los indígenas, débil y desordenada en sí, que sólo brindaba derrotas, no le prestaba ningún concurso eficiente; que la primera campaña de Arenales a la Sierra demostraba la inercia de las masas, y cuando más, una adhesión pasiva. Todo esto le hacía considerarse como acampado y no como establecido, en un país cuyas fuerzas revolucionarias y militares no se habían asimilado con las del ejército de modo de darle un sólido punto de apoyo, fuese para acelerar la victoria o para afrontar una derrota pasajera, sin jugar a un albur el todo propio contra una parte ajena. De estas bases de raciocinio más que de observación profunda partía para pensar que el solo hecho de la conservación de su ejército, como reserva militar y núcleo de opinión, garantía las posiciones conquistadas y era un triunfo positivo, pues mientras él se robustecía, el enemigo se debilitaba y consumía. No se hacía cargo del desgaste de su propia máquina de guerra en un clima mortífero, ni preveía la acción opuesta, que consideraba eliminada, cuando por el contrario se retemplaba en un clima sano y en medio de abundantes recursos de todo género. De aquí que reincidiese en los mismos errores que después de Chacabuco y Maipu, al no perseguir y dejar tiempo para repararse al enemigo quebrantado, que le brindaba la ocasión propicia para jugar la gran partida con probabilidades de éxito, aunque arriesgase algo, pues sólo así podía terminar en "cuarenta días", como él lo decía, la campaña en que estaba empeñado. Cierto es que como la mitad de sus mejores tropas estaba destacada en la sierra con Arenales y que su ejército no era mucho mayor que el del Virrey, no se hallaba en mejores condiciones

ni estaba preparado para una campaña a la cordillera. De todos modos, su persecución pudo ser más eficaz y dar mayores resultados. Pero el más grave error en que incurrió fué abandonar al enemigo las provincias de la sierra, cuya posesión lo compensaba de la pérdida de Lima y equilibraba la guerra, cuando él se encerraba en un círculo vicioso.

Mientras tanto, los generales españoles, después de adoptar la resolución salvadora de evacuar a Lima, encontraban las inspiraciones que debían prolongar la guerra y salvar el honor de sus armas, poniendo varonilmente en práctica la máxima formulada por La Serna en términos triviales: "el que pierde no quiere dejar el juego, porque espera ganar lo que ha perdido". Canterac, con el primer cuerpo de evacuación de Lima, trepaba penosamente la montaña experimentando grandes quebrantos al cruzar la cordillera; pero contenía el avance de Arenales por el frente a la vez que cubría las provincias del Sud, su base natural de operaciones, y de este modo neutralizaba la expedición a puertos intermedios.

El Virrey, a la cabeza del segundo cuerpo, después de cubrir con fuerzas inferiores el repliegue de Canterac, emprendió su retirada por el camino de la costa en dirección al valle de Cañete, sembrando su camino de desertores, muertos y moribundos, y penetró en la cordillera por la quebrada de Yauyos, al este de Lima, que lo conducía al paso de Yauly, en la cumbre de la cordillera, rectamente a Jauja, de modo de concurrir al nuevo plan de campaña amagando el flanco o la retaguardia de la columna de Arenales en la sierra. El trayecto que tenía que recorrer era difícil y peligroso, y los naturales insurreccionados lo esperaban en sus gargantas para cerrarle el paso. Luego se verá cómo, no pudiendo franquear este camino, tuvo que retroceder para buscar el itinerario seguido por Canterac. Durante su marcha por la costa en un espacio de 100 kilómetros, sólo fué flojamente hostilizado a su retaguardia por un regimiento de caballería al mando de Necochea, que regresó a Lima así que le vió internarse en los primeros desfiladeros de la montaña, sin observar siquiera sus movimientos ulteriores, de manera que, en su contramarcha, encontró el terreno libre. Los historiadores americanos, admiradores del incontestable genio militar de San Martín, han censurado su actitud inerte en esta ocasión, y los enemigos, que tenían la conciencia de su peligrosa situación, nunca pudieron explicarse su inacción.

El desarrollo de las operaciones de Arenales en su segunda campaña de la sierra, y de Cochrane y Miller a lo largo de las costas de los puertos intermedios, pondrá en evidencia el alcance de los errores apuntados, que si bien tienen su explicación racional según las vistas del general independiente y dada su situación, no por eso comprometen menos su responsabilidad ante la historia como director de la guerra, en presencia de los hechos que fueron su consecuencia inmediata o ulterior.

CAPITULO XXX

EXPEDICION LIBERTADORA DEL PERU

(Segunda campaña de la sierra)

AÑO 1821

Retrospecto. — Las quebradas centrales de la cordillera. — Explicaciones estratégicas. — La resistencia de Aldao en la sierra. — Gamarra es nombrado comandante general de la sierra. — Ricafort y Valdez expedicionan a la sierra. — Resistencia de los indígenas. — Combate de Ataura. — Retirada desastrosa de Gamarra. — Repliegue de Ricafort y Valdez a Lima. — Combate de Quiapa. — San Martín resuelve posesionarse sólidamente de la sierra. — Expedición de Arenales y sus objetos. — Atraviesa la cordillera y se posesiona del valle de Jauja. — El armisticio de Punchauca suspende sus operaciones. — Refriega de Huando. — Prórroga del armisticio y violación accidental de él en la sierra. — Arenales reconcentra sus fuerzas en Jauja. — Pinceladas complementarias al retrato de Arenales. — Los realistas se disponen a evacuar Lima. — Planes de Arenales para batirlos en su retirada. — Marcha en busca de Canterac. — Conflicto en que se encuentra y contramarcha. — Correspondencia entre Arenales y San Martín sobre operaciones de guerra. — Situación lamentable de Canterac al cruzar la cordillera. — Retirada del virrey La Serna y su rechazo por los Yauyos. — Reunión de La Serna y Canterac. — Arenales se retira de la sierra y repasa la cordillera. — San Martín le previene tardíamente permanezca en la sierra. — Nuevos planes de Arenales. — La división de la sierra se reconcentra a Lima. — Consecuencias de un error.

I

Hemos apuntado en el capítulo anterior que al mismo tiempo que San Martín estrechaba el bloqueo de Lima e iniciaba las negociaciones de Punchauca, abría otras dos campañas, una sobre los puertos intermedios al mando de Miller y bajo la dirección de Cochrane, y otra a la sierra al mando de Arenales. Nos ocuparemos de ésta, dejando para después la otra, que fué simultánea y respondía al mismo plan combinado. Pero para la inteligencia de los complicados movimientos que seguirán, se hace necesario dar una idea de los caminos que desde los campos de los dos ejércitos beligerantes —Huaura y Lima—, conducen a la cordillera y a las provincias montañosas del interior que van a ser teatro de las nuevas operaciones.

Al dar una idea general del territorio del Perú, hemos dicho antes (véase cap. XXVIII, § I), que de la región de la costa a la sierra sólo puede penetrarse por anfractuosidades o *quebradas*, que son como brechas o portadas plutónicas abiertas en una muralla ciclópea, que conducen por caminos estrechos y laderas escarpadas a los pasos precisos de la cumbre de la cordillera, del otro lado de la cual se encuentran al Oriente, Pasco, Jauja, Tarma, Huancayo, Huamanga y Huancavelica, de cuya posición central se ha dado ya noticia (véase cap. cit). Los independientes en las posiciones que ocupaban antes de la evacuación de Lima, entre Huaura y Chancay, dominaban dos quebradas por su flanco izquierdo: la del valle de Huaura, que conduce directamente a Pasco, por el paso de Oyón, y la de Canta al noroeste de Lima, que lleva al mismo punto o a Jauja y Tarma. Por aquí descendió Arenales al cerrar su marcha de circunvalación en la primera campaña de la sierra. Al este de Lima está la quebrada de San Mateo, que va directamente a Jauja y Tarma, y más al Sudeste se halla la de Yauyos, que por la quebrada intermedia de Huachiri comunica con el paso de Yauly en la cordillera y va a los dos preindicados puntos. Este fué el camino que siguió el virrey en su retirada de Lima. Estas dos quebradas, aunque dominadas por los españoles, estaban ocupadas por las guerrillas patriotas que bloqueaban a Lima, así como la de la Canta en la zona neutral, circunstancia que debe tenerse presente para darse cuenta de algunos hechos de armas de que fueron teatro. Siguiendo el camino de la costa hasta llegar al valle de Cañete se penetra a la cordillera por el camino de Lanahuaná, cuyos desfiladeros conducen a Huancavelica y Huamanga al oriente de la cordillera, y éste fué el itinerario seguido por Canterac.

Con esta breve descripción a vuelo de pájaro, se comprenderá que las quebradas eran como caminos cubiertos o trincheras laterales para ambos beligerantes y que Arenales subiendo por la de Huaura, ocupase a Pasco libremente, al atacar a los españoles en el valle de Jauja por el frente, y que al descender por la de Canta se diese la mano con el ejército patriota avanzado en Retes hasta el valle de Chancay. Vese también cómo los españoles, subiendo por San Mateo y por Yauyos, podían comunicarse con Jauja y converger en un punto a la subida, —Yauly—, al amagar el flanco o la retaguardia de la división de Arenales avanzada sobre Huancayo, y cómo al subir o descender podían encontrarse con las guerrillas que ocupaban los desfiladeros. Por último, que una división retrocediendo desde Lima a lo largo de la costa al remontar la cordillera por el camino Lanahuaná hasta Huancavelica, podía encontrarse al frente de las fuerzas que, partiendo de Pasco a lo largo del valle de Jauja se avanzasen hacia el Sud. Como precisamente fué todo esto lo que sucedió, trazamos las líneas y los puntos de intersección, como se marcan sobre un mapa con alfileres de distintos colores las marchas de las diversas divisiones de un ejército.

En la posición estratégica que ocupaba San Martín con su ejército, tenía el dominio de Pasco, y por esto la línea de demarcación de Oeste a Este de los armisticios se comprendía dentro de las posiciones de los patriotas. Al contrario, la comunicación por Canta con Jauja era contingente, a menos de estar en posesión de Lima. A su vez, los españoles podían ser simultáneamente amagados por el frente desde Huaura y por una fuerza que dueña de la sierra se desprendiese por las quebradas de Canta y San Mateo, y aun por Yauyos, aunque más difícilmente. Combinados estos movimientos con una expedición de los puertos intermedios, a la vez que avanzase la columna de Arenales has-

ta Huancayo se interceptaban los caminos del Sud. y por consecuencia el de Lima con Huancavelica. Este era el plan de San Martín. De aquí el empeño de ambos beligerantes por dominar la sierra, que además de ser un clima en que se reponían sus tropas, les proporcionaba el contingente de buenos y numerosos reclutas para remontar sus cuerpos, diezmados por las fiebres mortíferas de la costa.

Comprendiendo San Martín el error cometido al ordenar el retiro de Arenales de la sierra, la contraorden para enmendarlo no llegó a tiempo, según antes se explicó. Mientras tanto Aldao, como queda relatado, mantenía el terreno conquistado por Arenales, y con el apoyo de las poblaciones indígenas sublevadas reconquistaba el valle de Jauja hasta Iscuchaca y Huancayo. Ricafort, vencedor de los indios de Huamanga, se replegaba a Lima, al mismo tiempo que Arenales, vencedor en Pasco, se reconcentraba al ejército independiente en Huaura y Retes. Carratalá, con su división, quedaba al oeste del Río Grande, y en posesión de Huancavelica y Huamanga hacía frente a la insurrección avivada por Aldao. (Véase cap. XXVIII, § V). Llegados a este punto, volvemos a tomar el hilo de la narración en las operaciones de la sierra.

II

La resistencia de Aldao, tan valerosa como era, carecía de consistencia y no llenaba los objetos de una campaña seria, empero él se empeñaba en darle una semblanza de organización militar, a que eran refractarios los elementos que acaudillaba. San Martín lo comprendía bien, y le escribía, que no se alucinase con la idea de tener batallones y regimientos nominales, previniéndole que no comprometiese con ellos ninguna acción. Para enmendar el error cometido y reparar el contratiempo de la tardía contraorden, se propuso sistemar la insurrección de la sierra y darle un carácter permanente, de manera de privar al enemigo de los recursos a la vez de nacionalizar la guerra. haciendo intervenir el elemento peruano más directamente en ella por medio de la creación de un ejército popular de reserva. Al efecto, nombró comandante general de las fuerzas de la sierra al coronel Agustín Gamarra, peruano, natural del Cuzco, que había militado en las filas españolas y pasádose a los independientes al tiempo del avance de San Martín sobre Retes. Este gozaba de gran crédito entre sus paisanos, y se le suponían aptitudes militares que no acreditó al servicio de la causa de su patria. Provisto de algunos elementos de guerra y con un cuadro de oficiales y clases, marchó a ocupar su puesto (20 de febrero de 1821) posesionándose tranquilamente de Jauja y de los depósitos de armas dejados por Arenales en Tarma. Aldao se puso a sus órdenes. Las tropas colecticias a que éste había dado una organización regimentaria, entraron a figurar en el cuadro del ejército; la caballería con la denominación de "Granaderos a Caballo del Perú", y la infantería, con la de "Leales del Perú". Estos fueron los primeros cuerpos peruanos organizados, que con las armas en la mano sustentaron la independencia de la nueva nación.

Para los españoles, la posesión de la sierra era cuestión de vida, así por lo que respecta a las subsistencias cuanto a las comunicaciones con el Sud. Así fué que, inmediatamente después de la deposición de Pezuela, el virrey La Serna dispuso, por su parte, que una división de 1200 hombres al mando de Valdez, marchase de Asnapuquio a reforzar a Ricafort, que había vuelto a Huancavelica y Jauja, y que unidos ambos con Carratalá reconquistasen sólidamente y pacificasen las pro

vincias centrales de la Sierra (25 de marzo de 1821). En el intermedio, Ricafort había obtenido algunas ventajas parciales sobre Aldao, sorprendiendo una de las avanzadas y tomándole una pieza de artillería, pero sólo pudo avanzar hasta Iscuchaca, sin poder franquear la línea del Río Grande. Su situación no dejaba de ser algo apurada. Valdez y Ricafort, reunidos, se hallaron al frente de 2500 hombres, pero encontraron cortados todos los puentes de maromas del río, a la sazón muy crecido, y alzados los indios que dominaban su margen oriental. Ricafort vadeó atrevidamente el obstáculo con la caballería, obligó a los indios a retirarse, y restablecido el puente de Concepción, afluente del Jauja, todas las tropas expedicionarias ocuparon el oriente del valle. Los indios, que se habían replegado al puente de Ataura, —otro afluente del mismo río por el Oriente—, esperaron el ataque a pie firme, en número de 4000 hombres, sin más armas que sus hondas y macanas. No fué un combate; fué una nueva carnicería. Los vencidos dejaron en el campo más de 400 cadáveres. Los vencedores sólo tuvieron algunos muertos y unos pocos heridos.

Mientras tanto, Gamarra, a los primeros rumores de que iba a ser atacado, antes de que nadie lo hostilizara hizo desprender una descubierta sobre las fuerzas enemigas, evacuó Jauja y se replegó a Pasco con 600 hombres de las tres armas de las fuerzas organizadas por Aldao. San Martín, sabedor del movimiento de Valdez, le previno que no comprometiera acción formal (9 de abril) hasta ser reforzado por una división de línea que iría en su apoyo. Gamarra continuó en retirada y repasó la cordillera por Oyón, perdiendo, sin combatir, la mayor parte de sus tropas y los elementos de guerra que se le confiaron.

Los realistas, triunfantes, avanzaron por Tarma y Jauja, arrollando la insurrección y se posesionaron de Pasco. Aquí cometió La Serna el mismo error de San Martín, ordenándoles que se replegasen a Lima. Carratalá, al frente de una división de infantería y caballería, quedó ocupando la sierra, en observación sobre el paso de la cordillera de Oyón, que era la llave de las comunicaciones del ejército independiente con las provincias centrales del interior. En consecuencia, Valdez y Ricafort se pusieron en marcha con dirección a la quebrada de Canta. Al descender las vertientes occidentales de la cordillera, se encontraron con las guerrillas volantes mandadas por Vidal, asistido de los partidarios Quirós, Elguera y Navajas (2 de mayo de 1821). Estas guerrillas, aunque colecticias, tenían a raya las tropas veteranas de Lima, estaban bien mandadas y regularmente armadas, poseían una organización apropiada a su objeto y una táctica especial que les daba grandes ventajas en las fragosidades del pie de la sierra que ocupaban. Posesionados de un angosto desfiladero al este de la villa de Canta en el punto denominado la Quiapa y coronadas sus alturas, la vanguardia de la columna española, compuesta de la compañía de cazadores del Alejandro, fué atacada y tomada prisionera con su capitán herido, después de un vivo fuego en que agotó sus municiones. Cuando la reserva acudió en su auxilio, ya era tarde. Dejando entonces su caballería a retaguardia, que no podía maniobrar por el terreno, Valdez y Ricafort pretendieron flanquear la posición con dos columnas de infantería mandadas personalmente por ellos. Los guerrilleros se replegaron sobre Canta por las alturas y tomaron nuevas posiciones. Aquí se trabó nuevamente el combate, con pérdidas por una y otra parte, siendo Ricafort gravemente herido y las guerrillas se retiraron con su presa a las escabrosidades inaccesibles de la montaña. Más adelante, se renovó el ataque al día siguiente (3 de mayo) en otro desfilade-

ro, cuyo camino estaba cortado en tres puntos; pero la posición fué flanqueada como la anterior, y sus defensores se dispersaron con alguna pérdida. Los españoles se dieron el aire de triunfadores y entraron en Lima con Ricafort tendido en una camilla, mientras las campanas se echaban a vuelo en su honor para cubrir este pequeño contraste, infligido por los *montoneros*, como ellos los llamaban.

Tal era el estado de la guerra en las cordilleras al tiempo que Arenales se dirigía nuevamente a la sierra, para abrir su segunda campaña.

III

La segunda campaña de la sierra, como concepción amplía relacionada a un plan general, corresponde en sentido inverso al atrevimiento y precisión de la primera. Como operación de guerra en sus objetivos inmediatos, era perfectamente calculada para llenar los dos fines que se buscaban: obligar al enemigo a la evacuación de Lima y ocupar el punto de retirada en que podía rehacerse, ganando durante las negociaciones pacíficas que iban a abrirse posiciones ventajosas. Como ejecución, no correspondió a su concepción ni a los cálculos que la aconsejaron, pero obtuviéronse algunos de los resultados, como más adelante se verá.

El objeto principal de la expedición de la sierra era batir las divisiones de Ricafort y Valdez, marchando decididamente sobre ellas. Logrado esto, posesionarse de Jauja y Tarma, avanzar hasta Huancayo y extender la insurrección hasta Huamanga y Huancavelica. Una vez obtenido el objeto principal, abrir comunicaciones por Ica con la expedición de puertos intermedios y cortar las comunicaciones del enemigo por el Sud, o bien, si las circunstancias lo aconsejasen, amenazar con toda su masa a Lima, cerrando todas sus avenidas a la sierra, a cuyo efecto las guerrillas que cubrían las quebradas quedaban prevenidas para "obedecer ciegamente las órdenes de Arenales". Se preveía la eventualidad de que el ejército se trasladara a Ica, y entonces debían combinarse las operaciones para cortar la retirada al enemigo, encerrándolo en las gargantas áridas de la cordillera. En caso de contraste, debía la división expedicionaria replegarse a Catajambo (provincia de Huaylas a retaguardia de la posición de Huaura) donde quedaba establecido el parque de reserva. Los objetos que serían la consecuencia de estas operaciones eran privar a Lima de recursos, para reparar la salud de los soldados inutilizados por el clima malsano de la costa y remontar los cuerpos que se hallaban muy disminuídos concurriendo a la vez a formar el plantel de un ejército nacional en la sierra, sobre la base de la insurrección.

La división destinada a realizar este plan constaba de 2132 hombres y se componía de los cuerpos siguientes: batallones núm. 1º y 7º de los Andes y el Numancia, regimiento de Granaderos a Caballo y 32 artilleros con cuatro piezas de montaña, sin contar jefes y oficiales, o sea como 2200 hombres, que, reunidos a las fuerzas salvadas por Gamarra, alcanzarían a 2500 hombres. Como el ejército independiente constara a la sazón como de 5800 hombres, y desprendiese al mismo tiempo 600 hombres a la expedición de puertos intermedios, el general en jefe sólo quedaba con 3000 enfermos y convalecientes para hacer frente al ejército de más de 7000 hombres que tenía arrinconados en Lima y el Callao y se proponía reducir a la última extremidad con sus combinaciones, "sosteniendo, según la enérgica expresión

"de los peruanos contemporáneos, el cadáver de un ejército desaparecido al rigor del clima". Los soldados que componían la división destinada a la sierra eran "espectros en lugar de hombres", según el testimonio de uno de sus generales. Ante estos hechos hay que reconocer que a pesar de sus errores y del sistema lento y expectante de conducir la guerra, —impuesto por otra parte por la exigüidad de sus medios—, el genio del general de los Andes conservaba todavía toda su inspiración y fortaleza primitiva.

Arenales, tan resuelto en la acción como cauto en la preparación, situó su campamento en el pueblo de Oyón sobre las vertientes occidentales de la sierra, a suficiente altura para aclimatar gradualmente a las tropas en la región en que iban a operar (26 de abril de 1821). Allí se contrajo a su organización y disciplina, y cuando todo estuvo pronto, atravesó la cordillera por el paso de Oyón (9 de mayo). Las alturas estaban cubiertas de nieve. Hacia la parte oriental al descender la cuesta, el camino se extendía a lo largo de vastas llanuras cruzadas por numerosos arroyos, y las cadenas de montañas nevadas que se sucedían en lontananza agrandaban y embellecían este sorprendente espectáculo. El frío era intenso. Aldao con los restos de su división marchaba a la vanguardia. En este día, tuvo Arenales noticia de que Ricafort y Valdez se habían replegado hacia Lima, y que sólo había quedado Carratalá con su división para hacerle frente en Pasco, y en consecuencia se dirigió a este punto en su busca. Pocos momentos después, sintióse en la vanguardia un tiroteo. Era una partida de Aldao que se había encontrado con una avanzada realista, la que transmitió la alarma al campo de Carratalá, quien se puso luego en retirada. Arenales ocupó sin resistencia a Pasco el 11 de mayo a las 2 de la mañana, marchando sobre la nieve, y desprendió un destacamento sobre el pueblo de Reyes a 62 kilómetros a vanguardia, con el objeto de sorprender al enemigo; pero éste lo había evacuado, incendiando el pueblo. Quince días después la división de la sierra se hallaba en Tarma, e inmediatamente se posesionaba de Jauja, con un aumento de 600 soldados (20 a 23 de mayo). Carratalá, disputando el terreno, se retiró con serenidad a Concepción con 400 hombres de infantería y 300 hombres de caballería. Arenales intentó por segunda vez sorprenderlo en esta posición. Al efecto destacó 200 cazadores de infantería montada y 500 hombres de caballería al mando de Gamarra. Este jefe peruano, de quien tanto se esperaba, llegó al amanecer del 25 de mayo a la margen derecha del río de Concepción y esperó la salida del sol para cruzarlo, dando así tiempo a Carratalá a retirarse tranquilamente por la margen opuesta. Las fuerzas patriotas se extendieron a lo largo del valle hasta Huancayo.

Un vasto campo se abría a las operaciones de la división de la sierra. La división volante de Carratalá en retirada, sin más punto de apoyo que la débil guarnición de reserva de Arequipa, no podía oponerle resistencia hasta Huamanga y Huancavelica. Las fuerzas del general Ramírez en Puno eran de poca consideración, y además tenían la atención de la expedición a puertos intermedios. El ejército del Alto Perú, debilitado y fraccionado, y con otras atenciones, estaba lejos. Arenales, dándose cuenta de la situación, sometió al general en jefe un nuevo plan de campaña. Previendo la evacuación inmediata de Lima por el enemigo, y partiendo de la base de que, dominadas las aguas y ocupada la sierra por los independientes, los realistas quedaban sin teatro si se obstinaban en mantener sus posiciones en la costa, concibió la idea de trasladar el teatro de la guerra a la cordillera, donde debía

decidirse la cuestión. En consecuencia proponía, en primer lugar: que pasase inmediatamente a la sierra toda la parte del ejército independiente que había quedado en la costa, —salvándolo así de la mortandad que lo diezmaba—, con excepción de las fuerzas necesarias que con auxilio de las guerrillas entretuviesen el bloqueo de Lima; formar un ejército respetable en la sierra que les asegurara la victoria, e insinuaba a San Martín la conveniencia de que se trasladase a la sierra para dirigir en persona las operaciones. En segundo lugar proponía avanzar hasta el Cuzco con rapidez, penetrar hasta el Desaguadero y regresar a Lima por el mismo camino, o bien buscar los puertos intermedios en combinación con la expedición de Miller, respondiendo del éxito de esta operación con su cabeza en tres semanas. Estos planes no tuvieron la aceptación de San Martín, cuya atención estaba concentrada sobre Lima y el Callao, a cuya posesión daba mayor importancia, no considerando la campaña de la sierra y la expedición a puertos intermedios sino como concurrentes al logro de este objetivo.

Situado Arenales en Huancayo, abrió comunicaciones con las guerrillas de Yauyos y Huarochirí, que cerraban al sudeste de Lima el paso de Yauly en la cordillera. Mientras tanto Carratalá se había replegado a Huanta y posesionado del puente de Iscuchaca. El porfiado general se propuso atacarlo por tercera vez, antes que fuera reforzado. Calculando que la atención del jefe español estaba sobre Iscuchaca, amagó un ataque por el frente, mientras Alvarado con la vanguardia cruzaba el río y atravesando caminos que se reputaban inaccesibles, con el auxilio de buenos guías de la comarca, caía sobre su flanco izquierdo. Estaba a punto de realizarse la combinación cuando Arenales recibió la notificación del armisticio de Punchauca, que suspendió el curso de sus operaciones. Esta tregua, si bien fué favorable para los realistas, fué más provechosa aún para los patriotas, según San Martín lo había calculado desde su cuartel general en Ancón, y lo reconoce el historiador de Arenales, quien pudo entregarse con desahogo y confianza a la remonta y organización metódica de sus tropas, a la reparación y aumento de sus medios de movilidad y al establecimiento de talleres y maestranzas para la recomposición de su material.

IV

Transcurrido el término del armisticio, Arenales volvió a su plan de destruir a Carratalá. Alvarado renovó el movimiento antes suspendido, y el 29 de junio cayó sobre el batallón Imperial Alejandro, que se hallaba en Huando, en el fondo de una quebrada, cubriendo el flanco izquierdo de la posición de Iscuchaca, y al frente del Numancia tomó prisionera una compañía de 120 plazas. Carratalá, que estaba más a retaguardia, hacia Huancavelica, recibió al batallón en fuga, formó su caballería y emprendió la retirada. La caballería patriota iba a dar alcance a su retaguardia cuando se presentó un oficial parlamentario haciendo saber la prórroga del armisticio por ocho días más. Esto ha dado lugar a acusar a los independientes de violación de las leyes de la guerra. En efecto, la prórroga del armisticio había sido antes notificada por Carratalá; pero por un cúmulo de circunstancias no llegó oportunamente a conocimiento de Arenales. A tiempo que Alvarado ejecutaba su movimiento de flanco, presentóse en el puente de Iscuchaca un oficial español parlamentario, exigiendo de Aldao, que lo vigilaba, se diese por notificado. El jefe patriota contestó que no reconocía otras órdenes que las que recibiese de su general, y le negó el

pase por no venir munido de los documentos necesarios. En esos momentos tenía lugar el ataque sobre Huando. Irritado el oficial español, regresó al puente y se dirigió por la ribera opuesta del río en dirección a Jauja, donde se hallaba Arenales. Al llegar al pueblo de Moya, por donde Alvarado había pasado poco antes, los naturales, al ver acercarse por un desfiladero un oficial con cinco húsares y un corneta, que reconocieron ser realistas, cayeron furiosos sobre ellos sin respetar la bandera blanca que llevaba. Dos de los soldados fueron muertos a pedradas, y el oficial habría corrido la misma suerte sin la interposición de unos artilleros que por acaso pasaban por allí conduciendo una carga de municiones.

Después de la refriega de Huando, Carratalá se retiró a Huamanga, y Arenales reconcentró todas sus fuerzas en Jauja, al mismo tiempo que San Martín con el convoy naval se replegaba de Ancón a Huacho y el virrey se preparaba a evacuar la capital (principios de julio).

Había llegado el momento de prueba, el momento de los grandes y bien combinados esfuerzos para poder "terminar la campaña en cua- "renta días", como lo había indicado San Martín en su proclama. Aquí es donde se puso de relieve la figura de Arenales, el segundo cabo del ejército libertador del Perú, y el único que después de Cochrane comparte con San Martín, como general, la gloria de esta campaña. Hemos trazado antes su retrato (véase cap. V, § VII). Es el caso de agregarle algunas pinceladas complementarias. Austero, estoico, adusto, tan precavido como audaz en sus concepciones militares, como metódico y tenaz en su ejecución, reunía a un carácter recto un sentimiento profundo de la justicia y del deber. Era duro en el mando con sus subordinados, y todos le temían y respetaban; pero cuando cometía alguna injusticia se apresuraba a darles una satisfacción. Cuidaba de los intereses públicos más que de los suyos propios, que se reducían a bien poca cosa. No tenía más escolta que un ordenanza para su servicio y custodia, ni más tren que un caballo de batalla y una mula de marcha, en que llevaba su ligero equipaje. El mismo ensillaba y desensillaba sus cabalgaduras y no consentía que ninguno lo hiciera. Sabía herrar como un herrador de oficio. El mismo remendaba sus botas y su uniforme. Cuidaba muy poco de su vestido, y San Martín tenía cuidado de preguntar a uno de sus hijos en qué estado se hallaba el guardarropa de su padre, para hacérselo reponer sin que él lo notara. Jamás recibió regalos ni obsequios de nadie, ni siquiera un ramo de flores. El mismo conducía sus provisiones en una alforja, que se reducían a queso y un pedazo de carne fría. San Martín le llamaba "compañero" y respetaba mucho sus opiniones, permitiéndole franquezas que no toleraba en ninguno de sus subordinados. El, a su vez, le correspondía con la lealtad propia de su carácter, y no le escaseaba verdades en materia de operaciones de guerra, salvo obedecer estrictamente sus órdenes, bien que resguardando confidencialmente su responsabilidad moral, cuando disentía de los planes de su general. De estas relaciones entre los dos generales van a verse algunas muestras características.

En Jauja tuvo noticia Arenales de que los enemigos se preparaban a evacuar a Lima para trasladarse a la sierra y que tenían el propósito de dividir su ejército, que computaba en 5000 hombres, en dos divisiones iguales, con el objeto de atacarlo por el frente marchando por Huancavelica para unirse a Carratalá, y a su vez por su flanco a retaguardia, atravesando la cordillera por San Mateo o Guarochirí. Inmediatamente, y sin trepidar, escribió oficial y confidencialmente a San Martín, como hombre que tenía su resolución tomada y sus ideas

hechas (7 de julio de 1821). "Ya se deja ver, que La Serna, si logra "la reunión de sus fuerzas con Carratalá, debe venir a ocupar en masa "los puntos que yo ocupo. Si no se embaraza esta operación concentra-"da, las consecuencias son claras. Supuesto esto, resulta serme necesa-"rio abandonar la sierra o decidirme a batir esas fuerzas, con que lo "menos se aventura un ataque. Evacuar yo la sierra y atravesar la cor-"dillera trae el preciso resultado de perder la opinión, perder la caba-"llería, estropear la tropa, perder 1500 reclutas, todos los recursos, y "por último esta división. Vamos claro. Ha llegado el caso en que es "de extrema necesidad que obremos con todo nuestro poder sobre la "sierra. Abandonada la capital por los enemigos, ya no se necesita "fuerza para tomarla y poseerla. Basta tener una fuerza embarcada "en la costa para protegerla en su caso. Toda la demás fuerza debe "venir en masa a este país. para prevenir el cambio del teatro de la "guerra meditado por los enemigos. De lo contrario, la guerra se va "a dilatar mucho por un orden regular, y el resultado se pone en du-"da. Por todas estas razones, en fuerza de los intereses del país y del "honor de esta división y de todo el ejército, debo decidirme a dar el "golpe, cuyo exito aparece más probable y menos aventurado. Una de "dos: o yo emprendo mi retirada por Pasco o por Oyón o Canta, con la "precisa condición de que venga a reunírseme toda la fuerza disponi-"ble del ejército, sin dilación y antes que los enemigos reunan aquí el "suyo; o es inevitable que avance sobre Huancavelica, o tal vez hasta "Huamanga, a batir las primeras fuerzas que vienen por allí a reunir-"se a Carratalá, y en caso apurado, pasar la cordillera por Castro Vi-"rreina. El objeto más interesante en el día es impedir la reunión de "las dos divisiones enemigas y cortar su comunicación, mientras no se "pueda batir con éxito una de ellas. Para esto es indispensable también "que sin pérdida de momentos se haga venir toda la fuerza del ejérci-"to de la costa, a reunirse conmigo por Lanahuaná. Para entonces da-"ría mis instrucciones para sus marchas, de tal manera que aun en el "caso de serme preciso ponerme por la parte de Huamanga entre el "general Ramírez y todas las fuerzas de Lima, cortada la comunicación "de aquél y éstos, quedarían aislados y nuestro término se hacía más "probable y seguro". No hay una palabra perdida en este despacho militar, en que se establece el problema de la situación y se da una solución con tanta resolución como claridad de vistas.

El general de la sierra, a la espera de nuevas instrucciones y contando que sería apoyado, o por lo menos que el general en jefe maniobraría de modo de concurrir a sus operaciones, se aconsejó de sí mismo, al resolverse a seguir adelante, así que tuvo noticias de que Canterac venía en su busca con el primer cuerpo del ejército de evacuación de Lima. Su propósito era atacar a Canterac al pasar éste la cordillera y cuando descendiese su vertiente oriental hacia Huancavelica con sus tropas fatigadas y sus cabalgaduras postradas. En consecuencia se puso en marcha por la ruta de Huancayo e Iscuchaca, siguiéndole la reserva. El ejército de Arenales constaba a la sazón de cuatro batallones, seis escuadrones y cuatro piezas de montaña, que sumaban un total de 4300 hombres, bien disciplinados y muy decididos, con suficientes medios de movilidad para esta operación calculada. El 11 de julio estaba el cuerpo de reserva reunido en Huancayo, donde se hizo alto hasta tener noticias exactas del rumbo que traía el enemigo. A las 10 de la noche llegaron los baqueanos y espías y avisaron que Canterac pasaba la cordillera con dirección fija hacia Huancavelica. A las 2 de la mañana se puso en movimiento la infantería para alcanzar

a la vanguardia, llevando a retaguardia el parque y la artillería. El general, habitualmente poco expansivo, aseguraba que antes de cuarenta y ocho horas la cuestión quedaría decidida. Todo prometía un triunfo, que se habría probablemente alcanzado, de haber seguido Arenales sus inspiraciones.

No había amanecido aún (12 de julio), cuando Arenales recibió la noticia de la evacuación de Lima por el virrey, y juntamente una carta de San Martín en que le recomendaba que no comprometiese combate mientras no tuviera completa seguridad de vencer, y que si era buscado por el enemigo se retirase hacia el Norte por Pasco o hacia Lima por San Mateo. Para mayor confusión, el general en jefe no le daba noticia alguna de los movimientos del virrey y se limitaba a insinuarle que dejando a los enemigos de su propia cuenta, privados de toda comunicación marítima y en el centro de un país que los rechazaba, no tardarían en verse anulados. Esta comunicación paralizó los bien concertados planes del general de la sierra.

V

Dejemos hablar al mismo Arenales en este trance: "A las 5 de "la mañana, con el pie en el estribo en el alcance de la vanguardia al "punto de Iscuchaca, he recibido la de V. del 6, y con ella dos extre- "mos opuestos. Me dice que los enemigos acabaron de abandonar Li- "ma y se dirigían a la sierra. Ni siquiera me indica qué rumbo ha- "yan tomado. En esta duda, si vienen a reunirse con Canterac, no pue- "do hacerles frente arreglándome como debo a sus prevenciones. Si "vienen a caer sobre mi flanco y retaguardia, debo retroceder, hasta "el punto en que deje franca mi retirada. Siento este acontecimiento "por las consecuencias que precisamente vamos a tocar, muy a costa "nuestra y de los sacrificios del país. Hablo con franqueza. "¿Qué ga- "nará nuestro ejército con entrar a Lima a apestarse y acabar de des- "truirse, cuando con grande actividad podía estar ya convalecido en las "inmediaciones de la sierra? ¿Que sucederá de las tropas de esta divi- "sión con mil y quinientos reclutas, si tienen que hacer una deshonrosa "retirada para donde le esperan los hospitales y el sepulcro? ¡Doloroso, "es tener que hablar en estos términos! Estas expresiones no tienen ningún espíritu de reconvención; y sólo son impulsadas por el senti- "miento de que nuestra empresa va a postergarse incalculablemente o "a poner en duda nuestro feliz éxito. Ya me parece que veo a ese nues- "tro ejército que embelesado en Lima, no se acuerda, al menos por lo "pronto, de otras cosas que nos traerán amarguras, contentándose por "ahora con calcular que la división de la sierra debe batir y acabar "con los enemigos, para después decir, sí tenemos contraste, que por "qué abandonamos la sierra, como lo dijeron antes aun aquellos que "votaron por que debía reunirse al ejército. Lo bueno es que estoy cu- "bierto con mis comunicaciones y con sus preceptos, que obedezco cie- "gamente. A otra cosa. Si en mi lenta retirada me encontrase con la "fuerza de retaguardia, la batiré, y procuraré sostenerme lo que pue- "da, y si me viene refuerzo, que lo espero muy remotamente o nunca. "tal vez podamos remediar algo; pero si no, la división va a perderse "con su retirada a la costa. Sea lo que Dios quiera". Arenales veía más claro que San Martín.

Pocas horas después recibió Arenales otra carta de San Martín, en que, al darle algunas explicaciones respecto de sus planes y de los movimientos del enemigo, le decía que su objetivo inmediato era la

rendición del Callao, repitiéndole sus anteriores recomendaciones. Arenales repuso: "Su carta me da más luces que las que yo tenía. Aun-"que mis pensamientos son desemejantes con los que V. me inspira, "podré acertar a obrar mejor en conformidad con los designios que "nunca quisiera contrariar. Si los enemigos me fuerzan a retirarme, "ha de ser en regla, sin que se burlen de esta división. Como pueda lo-"grarles algún lance de los que busco en mis movimientos, unos fic-"ticios y otros verdaderos, he de aprovechar la ocasión con fruto. Es-"te es mi intento: procuraré siempre consultar con la prudencia; pero "ni por falta de fibra ni por atolondramiento me la han de llevar. Su-"puestas las advertencias que me hace acerca del batallón núm. 11 (de "refuerzo), sería conveniente que todas las partidas de guerrillas se "recuesten sobre mí por Yauly. En tal caso emprenderé una guerra dis-"tinta de la que en el día puedo hacer, para llamar la atención de los "enemigos por diversas partes y confundirlos para que se vayan des-"truyendo, sin poder reponerse".

En el conflicto en que se hallaba Arenales reunió una junta de guerra para aconsejarse. Hizo presente: que tenía la probabilidad de vencer a Canterac forzando sus marchas, pero ante las instrucciones confidenciales del general y en la incertidumbre de la dirección que llevaba la columna del virrey, no podía cargar con tan grave responsabilidad obrando por propia inspiración. La discusión se entabló sobre dos bases conjeturales: o bien el virrey se hallaba en aquel momento sobre alguno de los pasos de la cordillera de San Mateo, Yaurochirí o Yauyos, o había seguido el movimiento de Canterac. En el primer caso, la división de la sierra podía ser cortada, dirigiéndose el virrey a Jauja o Huancayo, y se encontraría entre dos fuertes cuerpos de ejército. En el segundo caso, Canterac, amagado, podía evitar el lance y replegar sobre el virrey que le seguía, afrontando así fuerzas igualmente superiores y reunidas. Acordóse al fin el regreso a Huancayo.

Mientras tanto, he aquí la situación en que se encontraban Canterac y de La Serna. Salido Canterac de Lima el 25 de junio siguiendo el camino de Lanahuaná, atravesó la cordillera por Huancavelica casi al mismo tiempo que Arenales marchaba a su encuentro, sin noticia de la posición y fuerzas de éste, ni de la fuerza de Carratalá que se había replegado a Huamanga, como antes se explicó. En el tránsito había experimentado considerables bajas por muertes, rezagados y desertores, y al transponer la cumbre, su tropa y sus cabalgaduras se hallaban en el más lamentable estado y sin víveres ni forrajes, a punto de no contar con 1500 hombres en condiciones de batirse y no poder esquivar el lance si era atacado. El mismo ha confesado que no sabe por qué Arenales no lo atacó en tan crítica situación, y se asombra de su retirada cuando tenía por cierta su derrota. Por lo que respecta a La Serna, salido el 6 de julio de Lima, penetró a la sierra por Yauyos, como queda dicho. Esta quebrada es la más fragosa de la cordillera occidental, y lo mismo que la contigua de Yaurochirí conduce directamente a Jauja. Los naturales de estas dos quebradas estaban insurreccionados: retiraron los víveres y ocuparon en son de guerra los ásperos desfiladeros, rechazando por tres veces a los españoles con gruesos peñascos desprendidos de lo alto de las montañas inaccesibles. La Serna, ante esta resistencia, vióse obligado a retroceder con bastantes pérdidas y echar al río algunas piezas de artillería y pertrechos que no le era posible salvar por falta de animales. Volvió a desandar su camino desde el promedio de la quebrada y tomó el de Lanahuaná antes seguido por Canterac, a quien se reunió el 4 de agosto. Las pér-

didas en el paso de la cordillera fueron tan considerables que ambos cuerpos de ejército apenas alcanzaban a formar 5000 hombres, incluso los enfermos.

VI

Simultáneamente Arenales se replegaba a Huancayo. Aquí le esperaba otra sorpresa. El general de la sierra había contado con la eficaz cooperación de las guerrillas que ocupaban las avenidas de Lima a la sierra y los pasos de la cumbre de la cordillera, que, según el tenor de sus instrucciones, debían "obedecerle ciegamente". Pocas horas después de la carta de San Martín que paralizaba sus planes, recibió un pliego del comandante Villar que dirigía esas guerrillas, en que le avisaba haber recibido orden directa del general en jefe para acercarse a la capital a fin de prevenir los desórdenes consiguientes a su desocupación, prescindiendo de hostilizar la columna del virrey. No había ya nada que esperar de la costa: el enemigo se retiraba sin ser eficazmente perseguido, maniobrando libremente, y en combinación o reunido a Canterac, todo el ejército de Lima venía compacto sobre la sierra. Arenales se replegó hacia el Norte, a tiempo que la vanguardia realista aparecía a las inmediaciones de Huancayo, Río Grande por medio, sobre los altos de Moya (17 de julio), y esperó al enemigo en Concepción en actitud de combate; pero Canterac no se decidió a avanzar. El 19 ocupó la villa de Jauja. Su resolución era mantenerse a todo trance en la sierra. En este día, dictó un informe motivado, en que recopilaba todas sus observaciones anteriores y hacía presente: 1º Que al abrirse la campaña de la sierra, habíase hecho entender a todos sus habitantes que no serían abandonados, en consecuencia de lo cual se habían comprometido, y que la retirada de la división, —salvo que fuese exigida por consideraciones de un orden más imperioso—, produciría un desánimo de que los españoles sacarían partido; 2º Que si la división pasase al occidente de la cordillera, se pronunciaría la deserción de los naturales, que formaban la mitad de su fuerza en número de 2000 soldados jóvenes, mientras que, manteniendo el terreno y auxiliado con los artículos de guerra necesarios, aumentaría inmediatamente las fuerzas a un número considerable; 3º Que el enemigo iba a quedar, en el caso de la retirada, en pacífica posesión de un vasto territorio, de numerosas poblaciones y cuantiosos recursos, mientras la capital continuaría privada de éstos, y con poca diferencia, en no mejor situación que cuando estaba en poder de los españoles; 4º Que reconcentrando todas las fuerzas en Lima, no tardarían en ser contagiadas por la lasitud; el espíritu marcial declinaría, la disciplina se relajaría, las tropas sucumbirían a las enfermedades provenientes del clima, y en definitiva, sería difícil sacar de la capital la mitad de los soldados que hubiesen entrado en ella. Arenales hablaba como un profeta.

En la noche del día en que dictaba este informe, recibió nuevas comunicaciones de San Martín, en que le daba noticia de la marcha de La Serna por Yauyos y le reiteraba por tercera vez sus terminantes prevenciones de esquivar todo compromiso serio, indicándole los diversos caminos por donde podía ejecutar su retirada, lo que dejaba a su elección. Simultáneamente recibía comunicaciones de Necochea, en que le avisaba que La Serna se había internado por la quebrada de Yauyos, a la vez que recibía parte de haber sido rechazado y que retrogradaba hacia Cañete. Arenales suponía que Necochea se hubiese man-

tenido en observación de los movimientos de la columna enemiga que perseguía, o al menos permanecido en el valle de Cañete, y no podía persuadirse que el virrey retrogradara sin encontrarse con aquél, desde que nada le decía sobre el particular, por lo que se inclinaba a creer racionalmente que La Serna se hubiese recostado sobre su izquierda para tomar el camino del paso Yauly en la cordillera. Aquí se ve patente el error capital que cometió San Martín al no perseguir activamente a La Serna, y la falta de detalle de no observar siquiera sus movimientos al abandonar su caballería en el valle de Cañete. (Véase cap. XXIX, § XII). Inducido Arenales en error por esta falta, arregló sus marchas y tomó sus medidas.

Conciliando las órdenes de retirada con su anhelo de hacer algo útil, resolvióse a tomar el camino de Yauly con el designio de buscar a La Serna y batirlo antes que se reuniese con Canterac, siempre en el supuesto de que el virrey seguía esa dirección. Al efecto, se posesionó del puente de la Oroya al norte de Jauja, y franqueando el Río Grande al occidente, se situó en el páramo de Cachicachi. El 23 estaba en el fondo de la quebrada de Yauly, que conduce igualmente a la quebrada de Yaurochirí y a la de San Mateo, según se explicó antes. Aquí recibió la noticia de que el virrey había contramarchado y dirigídose a Huancavelica en pos de Canterac. Dirigióse entonces hacia el oriente de la cordillera para tomar la quebrada de San Mateo a fin de establecerse en una posición más segura y dar descanso a sus tropas fatigadas, desnudas y descalzas, que habían marchado varios días por entre la nieve y bajo nevadas. Aquí le esperaba la última de las sorpresas. San Martín, reaccionando sobre sí mismo, comprendía, como en la primera campaña de Arenales, el error de abandonar la sierra, y le prevenía que era preciso se sostuviese en ella, aunque con la recomendación de no comprometer acción desventajosa, prometiéndole reforzarlo y auxiliarlo con todo lo necesario. Arenales contestaba con razón, con cierta ironía amarga: "No puedo dejar de admirar esta advertencia, y me es sensible no poder conciliar, como quisiera, mis operaciones con sus deseos. Dije con repetición, lo digo y lo diré siempre, que "si esta fuerza salía una vez del centro de la sierra, y llegaban a ocuparla los enemigos, no seríamos capaces de recobrarla. Tengo bien "presente que en una de sus comunicaciones me decía V. en contestación, que poco le importaba perder la sierra en comparación con otras "medidas. Pero dejemos este punto: no me toca, ni trato de inculcar "sobre las disposiciones de mi superior. Conozco que rigurosamente y "sin remedio, debemos adoptar otro sistema de guerra, por otros lugares y con distintos designios. Por mi parte, yo estoy bien desengañado, de que a pesar del empeño que he puesto en observar lo que se "me prevenía, todo, todo recae contra mi opinión. Bien conozco, y le "significué antes a V. que si me dejaba estar en la sierra, y sucedía "algún infortunio o desventaja, lo había de pagar yo; y si me retiraba, del mismo modo. Convencido de que debo hacer lo que se me manda, prefiero no obstante consultar lo más conveniente al buen éxito "de nuestra empresa, aunque mi opinión, mi crédito y mi persona padezcan".

La prevención de San Martín, que oportunamente habría decidido a Arenales a permanecer en la sierra, llegaba tarde, como la contraorden en la anterior campaña. No era posible reconquistar las posiciones perdidas sino abriendo una campaña formal de ejercito contra ejército. La guerra divisionaria se había hecho imposible o por lo menos muy difícil y sin resultados. Además, como lo había previsto Are-

nales, la mayor parte de los naturales de la sierra habían desertado en la retirada, y su división, desprovista de lo necesario para emprender operaciones, estaba reducida a poco más de la fuerza con que abriera su expedición. Esto mismo representó Arenales oficialmente. Empero, dando forma práctica a su insinuación de "sostener la guerra por otros caminos y con otros designios", propuso un nuevo plan: marchar con su división al puerto de Ancón, embarcarse allí en los transportes del ejército y dirigirse a Pisco o puertos intermedios, a fin de hostilizar las costas del Sud, con la mira de posesionarse de Arequipa y del Cuzco, y aun del Alto Perú, aunque fuese a costa de un combate, para tomar así por el flanco y la retaguardia al ejército enemigo situado en Jauja y Tarma, debiendo mientras tanto el grueso del ejército independiente operar de un modo análogo sobre Pasco y las alturas de la Oroya. Este plan, que en su sentir, podía dar la pronta terminación de la guerra, tenía por objeto preservar la fuerte división de la sierra de un desmembramiento y disminución sensible; pero por si esto no pareciese bien, pedía órdenes para ir con su división a tomar por asalto el Callao, las que cumpliría en el momento, para quitar ese estorbo al ejército. "Lo que importa, sobre todo, acababa diciendo, es no quedarnos "quietos, porque los enemigos no lo estarán un instante". Volvía a hablar Arenales como un general, como un profeta y como un héroe.

El ayudante de Arenales, portador de estos despachos y encargado de dar informes verbales, encontró a San Martín en su gabinete de trabajo, rodeado de gran cantidad de mapas y papeles. El general informóse minuciosamente de todo, y se convenció de la imposibilidad de que la división volviera a la sierra. Al día siguiente ordenó a Arenales que se replegase a Lima, y le escribió confidencialmente que el Callao estaría pronto en su poder, y en cuanto a lo demás discutirían sus planes y otros que tenía entre manos. En consecuencia, la división entró en triunfo, con más de mil hombres de baja de los que había sacado de Jauja. El general de la sierra se sustrajo modestamente a toda demostración pública, entrando de particular en Lima, en momentos en que se juraba la independencia del Perú.

Así terminó la segunda campaña de la sierra. "De este modo, — "como lo observa un testigo presencial que militaba en las filas inde- "pendientes—, los patriotas abandonaron las provincias del interior, de "las que tomaron tranquila posesión los enemigos en divisiones aisla- "das; y este incomprensible error de parte de los patriotas compensó "a sus enemigos de la pérdida de Lima". Este error debía costar cuatro años más de guerra.

CAPITULO XXXI

EXPEDICION LIBERTADORA DEL PERU

(Expedición de puertos intermedios)

AÑO 1821

Los puertos intermedios. — Planes de Cochrane. — Tentativas para tomar el Callao por sorpresa. — Conjuraciones tramadas al efecto. — Nuevos planes de Cochrane. — Filiación de la expedición de puertos intermedios. — Desembarco en Pisco. — Retrato de Miller. — Conjuración de Lavín en el Cuzco. — Las tercianas. — Reembarco de Pisco. — Ataque y toma de Arica y Tacna. — Landa y Portocarrero. — Miller toma la ofensiva. — Acción de Mirave. — Resultados de la campaña de Miller. — Repliegue de Miller sobre Tacna. — Suspensión de hostilidades. — Reembarco de Miller. — Actos caballerescos de los beligerantes. — Nueva toma de Pisco. — Derrota de Santalla. — Miller se posesiona de Ica. — Terminación de la campaña. — Examen de la expedición de puertos intermedios.

I

Simultáneamente con el avance del ejército de Huaura sobre Lima, de la apertura de la segunda campaña de la sierra y el armisticio de Punchauca, se desenvolvieron las operaciones de la expedición a puertos intermedios, de la que vamos a ocuparnos, para llevar de frente la narración de los sucesos hasta el momento de la ocupación de Lima por las armas independientes.

Lo que en el Perú se conoce bajo la denominación vaga de "puertos intermedios", son los que se hallan situados a lo largo de la costa del Sud de Lima, escalas entre el Callao y Valparaiso, cuando el Pacífico era un mar cerrado y estos dos puntos extremos determinaban los lindes de su mundo comercial. Para nuestro objeto, basta conocer los principales puertos de esta zona intermedia, que son Arica, puerto de Tacna, que ya conocemos; Ilo, puerto de los valles de Moquegua y Torata, al pie de la cordillera; Islay, que corresponde a Arequipa, y la rada de Pisco con su bahía de Paracas, célebre por el desembarco de San Martín y la primera internación de Arenales a la sierra. Tal fué el espacio comprendido por las operaciones que vamos a narrar.

Cochrane, no habiendo conseguido comprometer a San Martín en empresas aventuradas sobre Lima, tenía fijos sus ojos en el Callao y en los puertos intermedios, como puntos objetivos de ataque y teatro de las excursiones a lo largo de las costas dominadas por su escuadra. El almirante en sus "Memorias" atribuye a emulación del general que no le confiara fuerzas de tierra adecuadas para realizar sus planes, y contradiciéndose, a la vez que olvida mencionar un hecho que consta de documentos originales que llevan su firma, dice que "por verse libre de sus importunidades", le confió una división con tal objeto. Este fué el punto de partida de la expedición a puertos intermedios, que formó parte de la combinación del avance sobre Lima y la apertura de la segunda campaña de la sierra al tiempo de iniciarse las negociaciones de Punchauca.

El almirante había proyectado apoderarse de las fortificaciones del Callao por un golpe de mano de su invención. Al efecto, practicó personalmente un reconocimiento y se persuadió de que su plan era practicable. No había empresa imposible para el genio audaz del vencedor de Valdivia y del captor de la *Esmeralda*, pero tal intento no era factible sin inteligencias en la plaza, como él mismo lo comprendió. Esta es la parte de que San Martín se encargara, al continuar los trabajos de zapa iniciados en Pisco. A este fin respondía el alarde de sus fuerzas en la bahía del Callao antes de desembarcar en Huacho, así como su aparición en el mismo punto, antes de recalar con su convoy por segunda vez en el puerto de Ancon.

Los patriotas peruanos de Lima, dirigidos por Riva Agüero y López Aldana, provistos por San Martín de los fondos necesarios, habían iniciado de antemano trabajos secretos para poner en manos de los libertadores las fortalezas del Callao. Encontraron al parecer los hombres que necesitaban, en un español llamado Juan Santalla, comandante del batallón Cantabria, que guarnecía la plaza, y el caraqueño Juan de la Cruz Cortinas, que mandaba uno de los castillos. Era Santalla un tipo singular que, a pesar de su reputación de cobarde, dominaba por su soberbia a cuantos le rodeaban; tenía las fuerzas de un Hércules, que doblaba con sus dedos un peso fuerte, rompía una baraja con tanta facilidad como una hoja de papel, y con una sola mano lanzaba al aire un hombre cual si fuese una pelota. De ideas liberales, su gran pasión era el juego, y estos dos móviles le hicieron entrar en el plan por inclinación y por sórdido interés. En cuanto a Cortinas, era un patriota, que con más inteligencia que Santalla, obraba movido por su sentimiento de americano. El primer proyecto concertado consistía en clavar los cañones de la cortina de las fortificaciones que cae a la mar brava para facilitar el ataque de la escuadra. Al efecto, se fabricaron sigilosamente en Lima ochenta clavos arponados de las menas de los calibres que debían inutilizarse, y se distribuyó entre la tropa una fuerte cantidad de dinero. El virrey tuvo un conocimiento vago de esta conjuración (5 de diciembre de 1820) y cambió la guarnición de los castillos. Recomenzados los trabajos de zapa, se concertó un segundo plan, que consistía en posesionarse de los baluartes con una parte de la nueva guarnición sobornada, y por los puntos de acceso al mar, abrir paso a las tropas de desembarco destinadas a proteger la operación. Cuando todo estuvo dispuesto para dar el golpe, San Martín hizo embarcar en la escuadra (30 de enero de 1821) una división de 550 hombres al mando de Miller. El virrey tuvo noticia de este movimiento de fuerzas, y receloso, reforzó la guarnición del Callao, tomando nuevas precauciones. Todavía se concertó un tercer plan ideado por Cortinas,

que podría servir de argumento de melodrama, más bien que de base a una operación militar, y que refleja el acaloramiento de imaginación de los agentes revolucionarios que trabajaban en las sombras del misterio. Forjáronse llaves falsas de todas las puertas de los castillos, —que se trabajaron en Lima como los clavos—, y con esto, y contando con algunos individuos de tropa seducidos, pensaban apoderarse de una de las patrullas que hacía la ronda exterior, y dar acceso a las tropas de desembarco; pero, relevado Cortinas del mando del castillo que estaba a su cargo, todo quedó en proyecto.

Es interesante confrontar la correspondencia entre San Martín y Cochrane con relación a estos planes, que hasta hoy ha permanecido inédita, y en la que puede seguirse la filiación de la expedición a puertos intermedios, a la vez que completan y corrigen las "Memorias" del ilustre almirante.

En los primeros días de febrero, cuando todo estaba preparado para ejecutar el segundo plan respecto del Callao, San Martín despachó un emisario llamado Martín Guarnís, con instrucciones para sus agentes secretos y encargo de transmitir directamente los avisos convenientes a Cochrane, quien había entrado de lleno en el plan. "Por mis oficios, decía al general (10 de febrero), verá que hasta ahora no he "podido emprender el golpe mortal que V. había dispuesto contra el "enemigo; pero créame que cuando llegue la tropa, ningún esfuerzo "que pueda hacer faltará para lograr este objeto importantísimo". Una semana después (16 de febrero), escribía a Monteagudo que, habiéndose divulgado el secreto, el admirable plan fallaba totalmente, y le adjuntaba las cartas del emisario Guarnís. En el mismo día se dirigía al general diciéndole: "Hoy he visto que el enemigo ha sacado casi to-"dos los cañones de las baterías de parte del mar, y los ha vuelto ha-"cia tierra, así como los de los torreones. Es por ahora impracticable "hacer tentativa alguna sobre el Callao". Al día siguiente volvía sobre lo mismo, pero con otros objetivos: "Quisiera que pudiese a V. expli-"car en español como en inglés, en lo que fundo mis opiniones acerca "de nuestra situación militar y política; pero esto no es posible, y sien-"do así, permítame asegurarle que mis motivos son el interés públi-"co, la gloria de V. y mis propias esperanzas, tres objetos suficien-"tes para no comunicarle sino lo que pienso. El golpe mortal al ene-"migo de la toma de los castillos, habiendo sido frustrado inicuamente "a causa de algunos que han tenido noticia de sus acertadas intencio-"nes, incapaces de callarse, espero que en ningún caso comunicará V. "sus resoluciones sino a los que quiera confiar la ejecución de sus fu-"turas empresas. El virrey ha creído que el destino de la tropa embar-"cada era a Cerro Azul, según voz y proclamas que esparcimos, y han "salido para Chilca dos regimientos de infantería y tres escuadrones. "Lo que me parece debe hacerse por ahora, y hasta que el ejército "pueda moverse, es fatigar los enemigos con marchas y contramarchas "de Chorrillos a Cañete, de Cañete a Chilca, y de una parte a otra, "para caer sobre ellos de improviso. Acuérdese, mi estimado general, "cómo han obrado los atenienses con el poderoso Filipo y los romanos "con los cartagineses. Si V. quiere volver los quinientos de tropa a mi "disposición, responderé con mi cabeza, de ocupar a lo menos la mi-"tad del ejército enemigo, sin riesgo ninguno. Digo, si V. quiere vol-"ver la tropa, pues aunque está aquí, no quiero tomar sobre mi res-"ponsabilidad detener la que V. me ha confiado para un solo objeto, "y así la envío a Huacho. A su llegada será bueno mandar preparar "transportes para 3000 hombres a fin de distraer la atención del

"enemigo. Si esto se hace, yo respondo con los quinientos hombres "de tener tan inquieto al enemigo que pueda dar los recursos para la "subvención de la causa patriótica. Sus tropas se fatigarán en buscar- "nos inútilmente, no les quedará ninguna parte del Norte, y no reci- "biendo recursos del interior, no tendrán más tierra que la que pisa "su ejército". Y terminaba su carta, protestando contra una imputación que le hacía el gobierno de Chile de haber permitido la introducción de víveres al Callao: "Ahora estoy sacrificándome sin provecho "a la patria, y sin honor, en un bloqueo, que unos pícaros por su ga- "nancia inutilizan. ¡Lea V. el oficio que en copia incluyo! ¡El original "es sin firma del Excmo. Sr. Director! *(O'Higgins)*. Debería yo ser "ahorcado si hubiese permitido tal entrada. ¿Y qué castigo menor es "debido al que ha inutilizado por dos meses los esfuerzos de V., del "ejercito y de la escuadra?".

Como San Martín preparaba por este tiempo la segunda campaña a la sierra a cargo de Arenales, puso a disposición de Cochrane la división de Míller, fuerte de 600 infantes escogidos y 80 Granaderos a Caballo con el objeto de concurrir a ella, haciendo una diversión, a la vez de interceptar la comunicación de las provincias del sud de Lima. Así fué acordada la expedición a puertos intermedios bajo la dirección de Cochrane.

II

La primera expedición a puertos intermedios está vinculada al nombre de Míller, y su figura en ella ha sido popularizada por el retrato de cuerpo entero que se encuentra al frente de sus "Memorias". Esbelto, de rostro simpático, con patilla rubia a lo Wellington, con un anteojo de larga vista en una mano y apoyada la otra en una espada inglesa envainada, llevaba en la cabeza el sombrero elástico de ordenanza, y sobre su uniforme militar el poncho americano, con grandes espuelas peruanas de plata en los pies; en lontananza vense los Andes, y a su pie una tropa que alista sus cabalgaduras para la marcha en la montaña. En medio de este paisaje, con ese traje y tales arreos, desembarcó Míller en Pisco y se posesionó de Chincha, ocupando el pueblo bajo la protección de los cañones del *San Martín* la *O'Higgins* y la *Valdivia* (22 de marzo). El coronel Loriga, que defendía el punto, pretendió sorprender la plaza cortando las avanzadas de caballería con 80 húsares, pero el capitán José Videla (argentino de Mendoza), "hombre de pocas palabras, pero de buenos hechos", según Míller, salióles al encuentro con 43 infantes y algunos jinetes, y los derrotó matando seis hombres en la persecución.

El mismo día y casi a las mismas horas en que Míller tomaba pie en Pisco, una tragedia tenía lugar en el Cuzco, donde se descubrió una conjuración militar, encabezada por un argentino a quien hemos visto antes figurar en las filas realistas como un perseguidor encarnizado de los americanos y luego pronunciarse por la causa de la independencia. Como se recordará, el coronel José Melchor Lavin (entrerriano), de acuerdo con los agentes secretos de San Martín, al tiempo de emprender su expedición, había tramado una conspiración en Arequipa, a consecuencia de la cual fué trasladado preso al Cuzco, donde fraguó otra más seria. Descubierto en sus trabajos, precipitó su estallido y se apoderó por sorpresa y con unos pocos hombres de la guardia del cuartel de la guarnición. Atacado, intentó resistirse, y fué muerto junto con sus compañeros. Así murió mártir de una causa que

había odiado, como su compatriota el salteño Castro, tardíamente arrepentidos los dos, sin que su sacrificio aprovechase a la causa de la revolución que combatieron con tanto valor como pasión, pero que la posteridad ha tomado equitativamente en cuenta.

Echado Miller a tierra, el almirante se dirigió a Cerro Azul con el objeto de efectuar su desembarco, pero la fuerte marejada y la noticia de que una gruesa columna salida de Lima se dirigía sobre Pisco le hizo desistir de su intento. Volvió entonces a insistir sobre su tema de tomar a Lima a viva fuerza, idea que no se ajustaba a los planes metódicos y a las miras políticas de San Martín, según en su lugar se explicó: "Ahora es tiempo, escribía al general (abril 8), de dar al "enemigo el golpe mortal. Con 4000 hombres responderé con mi cabe- "za, que desembarcando en Chorrillos, estará V. en Lima en cuatro ho- "ras. Si se resuelve V. sobre esta medida, bajaré mañana o un día des- "pués para acompañarle en Chorrillos, o bien a la caballería por tie- "rra, si se me permite. No se necesita más que presentarse para que "la capital del Perú caiga en su poder. Los altos de Chorrillos son de- "fendibles contra 40.000 de tropa, y el desembarco es excelente". Días después agregaba: "Si no puede poner en ejecución el plan indicado en "mi última, y puede disponer de 500 hombres (o trescientos además), "destruiré toda la división enemiga que se ha dirigido a Cerro Azul". Esta posición, en la extremidad del valle de Cañete, era la llave de los caminos adyacentes de Lima, que comunicaban con la sierra y con las provincias del Sud, y debió ser el objetivo de la expedición, que el almirante había dirigido a Pisco, por considerar esta operación más provechosa.

San Martín, que había destacado 2200 hombres a la sierra con Arenales y puesto 680 a disposición de Cochrane, que representaban como la mitad de su ejército, no podía desprenderse de más fuerzas sin quedar reducido a la impotencia para obrar sobre Lima. El almirante por su parte, que al principio había propuesto y aceptado una simple diversión, al verse al frente de una división regular, imaginó formar sobre esta base un nuevo ejército, proyectando un plan de operaciones más vasto por su cuenta. Su propósito era expedicionar hasta el Alto Perú. Al efecto, se dirigió directamente al gobierno de Chile pidiéndole le mandase 1000 hombres a sus órdenes, y si esto no era posible, por lo menos 500 con 1000 fusiles para armar con ellos los reclutas que alistase en las provincias meridionales del Perú, que se proponía conquistar, sacando de ellas los recursos para su mantenimiento. Este pensamiento coincidía hasta cierto punto con el de San Martín, que comprendía la importancia de convertir la diversión en operación seria de guerra. "¡Qué ventajas se reportarían, escribía a O'Higgins, si Chile "pudiese enviar a Miller, aunque no fuese más que doscientos hombres "y algún armamento a Intermedios! Este paso aseguraba la campa- "ña de un modo positivo". El gobierno de Chile contestó a ambos que no le era posible hacer este nuevo esfuerzo, y era la verdad

El almirante, arrebatado por su genio impetuoso y movido por el anhelo de buscar botines de guerra, convirtió la diversión en una campaña de aventuras y en una especie de irrupción de merodeo, con grandes objetivos y pequeños medios, sin plan fijo y sin concierto. Empero, la habilidad de Miller salvó el honor de sus armas, alcanzando algunas ventajas considerables, pero sin trascendencia ulterior, como luego se verá. El desembarco en Pisco no respondía precisamente al objeto que se tenía en vista, a menos de tomar posesión permanente del punto para ejecutar correrías al interior, o bien para dar un pun-

to de apoyo a la columna de Arenales por la sierra, obrando en combinación. Así, la operación no produjo más resultado inmediato que apoderarse de algunas especies particulares que existían en aquel puerto con descrédito de la expedición.

Al norte de Pisco corren dos ríos paralelos, de cordillera a mar, a distancia de 26 kilómetros uno de otro, cuyos valles llevan la denominación de Chincha Alta y Chincha Baja. Miller se posesionó del segundo valle y estableció su reserva en Pisco. Los españoles, que habían destacado desde Lima una división al mando de Camba en observación de los patriotas, se situaron en Chincha Alta a 41 kilómetros de distancia. Ambas fuerzas permanecieron como un mes a la estricta defensiva, háciendo sus descubiertas en el terreno intermedio, que es un arenal árido, donde solían trabarse pequeñas escaramuzas. Un tercer enemigo invisible, más poderoso que los dos, los atacó y venció. La fiebre maligna de la costa, —las tercianas—, los redujo a una total impotencia. A un mismo tiempo cayeron postrados los jefes de las divisiones, con casi todo el resto de su tropa. De los 600 hombres desembarcados murieron 28 en un mes, y 160 de los enfermos más graves pasaron al hospital, los que fueron reemplazados por 100 esclavos reclutados en las haciendas inmediatas. En tan deplorable situación, se determinó el reembarco (22 de abril). Miller fué conducido a bordo en una camilla, con pocas esperanzas de salvarle la vida. La tropa, al tomar los botes, apenas podía sostener el peso de sus armas ni tenerse en pie. A este precio se conquistó el botín tomado en Pisco, dejando los expedicionarios en pos de sí una ingrata memoria.

El almirante se disculpaba de no haber llenado los primeros objetos de su expedición ni realizado su promesa de desembarcar en Cerro Azul, dando la preferencia a Pisco. "Era imposible efectuar cosa "alguna en los caminos contiguos a Lima, con gente en tal estado, e "imprudente permanecer por más tiempo en Pisco, después de embar- "car el vino y aguardiente para la escuadra. Las causas para no des- "embarcar en Cerro Azul las he comunicado, manifestando su impo- "sibilidad. En lo tocante a obtener vino y aguardiente, son artículos no "solamente indispensables para la comodidad, sino para la salud de "la marinería, especialmente la extranjera, que por el conocimiento "que tengo de sus costumbres, estoy persuadido que no serviría sin "sus acostumbradas raciones". Esta nota, en medio de su trivialidad, es característica, y comparada con las anteriores promesas de Cochrane, en que respondía del éxito con su cabeza, aun con fuerzas menores que las que San Martín puso a sus órdenes, ofrece uno de esos contrastes propios de este héroe tan grande en su conjunto y pequeño en sus detalles.

III

Como el general diera al almirante facultades discrecionales, resolvió dirigir la expedición al Sud. El 6 de mayo estaba sobre Arica. Este punto estaba defendido por 300 hombres y una batería de 6 piezas, que barrían el desembarcadero. Intimada rendición a la plaza, con la promesa de respetar las vidas y los intereses particulares, el jefe de ella contestóla con desprecio. La escuadra rompió sobre la ciudad un inútil bombardeo. La tropa, conducida en dos goletillas, efectuó su desembarco sin resistencia, aunque con alguna dificultad, en el morro de Sama, 52 kilómetros al norte de Arica. La columna se componía de 250 hombres, —a quienes temblaban las piernas al pisar en tierra,

de resultas de las tercianas—, y se dividió en dos destacamentos: uno, al mando de Míller, que se dirigió atrevidamente a la ciudad de Tacna, 62 kilómetros al interior; el otro marchó sobre Arica siguiendo la costa del mar con el mayor Manuel José Soler, distinguido oficial argentino que mandaba los Granaderos a Caballo de la expedición, de que era segundo jefe. Los enemigos, al observar este movimiento, abandonaron la posición. La batería fué tomada con sus cañones. Soler persiguió a los fugitivos, que se retiraron en desbandada al contiguo valle de Azapa al Sud, donde le tomó 100 prisioneros, interceptando una arria de mulas con 120.000 pesos que se dirigía a Lima. En el puerto se tomaron considerables bastimentos, por valor de 300.000 pesos en mercaderías, pertenecientes a españoles residentes en Lima. Todos estos valores fueron trasladados a bordo de la escuadra y Cochrane dispuso de ellos.

Tacna, por la índole de sus habitantes y sus antecedentes revolucionarios (véase cap. XXV, § VII), era un pueblo con cuya opinión enérgica podían contar los expedicionarios. Míller fué recibido con entusiasmo, y se le presentaron inmediatamente numerosos voluntarios. La fuerza que guarnecía a Arica, compuesta en su mayor parte de tacneños, y la guarnición de la ciudad pasáronse a los patriotas, y con ellos se formó un nuevo batallón denominado "Leales del Perú", al que Cochrane entregó una bandera con un sol de oro en campo azul, símbolo del Perú y del elemento azulado de su inventor. Soler, con un destacamento y un piquete de 62 marineros con dos coheteras a la congreve, se reconcentró en Tacna.

El primer voluntario que se presentó a Míller fué un peruano llamado Bernardo Landa, que había militado con los españoles y señalándose por sus persecuciones contra sus paisanos. Era un hombre decidido, de estatura gigantesca y conocedor de todas las personas y cosas y de todos los caminos de la provincia. "Usted necesita de un hombre. "le dijo; aquí me tiene. Le empeño mi palabra de que no tendrá por "qué arrepentirse". Y en efecto, Landa fué el hombre de la expedición; sin él habría fracasado desde el principio, y Míller no hubiera obtenido las señaladas ventajas que alcanzó. Otro hombre que prestó importantes servicios en esta ocasión fue el coronel peruano Mariano Portocarrero, uno de los agentes secretos de San Martín antes de la invasión (Véase cap. XXV, § VII). A él se debió el pronunciamiento de Moquegua más tarde, donde ocupaba el puesto de subdelegado, que continuó desempeñando para servir más eficazmente a los patriotas con sus trabajos secretos y sus oportunos avisos de los movimientos del enemigo. "Portocarrero, escribía Cochrane a San Martín, está po "niendo todo en movimiento para levantar el interior. El efecto pro- "ducido con el desembarco de doscientos hombres es prodigioso. Estas "provincias darán muchos recursos porque son más ricas que las del "Norte, y mucho más patriotas. Si tuviéramos armas, toda la provin- "cia de Arequipa sería nuestra en pocos días. Todas las armas que te- "níamos y hemos recogido están empleadas, pero no son suficientes pa- "ra marchar en derechura a Arequipa, a menos que sus habitantes no "se pronuncien, lo que, según estoy informado, es muy probable".

Míller llegó a tener bajo su bandera de guerrillero como 700 hombres, que sucesivamente aumentó a 900, pero el núcleo sólido de su tropa no pasaba de 400 hombres. Impulsado por Cochrane, animado por Landa y Portocarrero, llamado por los habitantes de Moquegua, y siguiendo sus propias inspiraciones, se decidió a tomar la ofensiva

insurreccionar el interior del país y convertir la diversión en una campaña formal.

IV

A la noticia del desembarco de Míller, todo el Sud se puso en alarma exagerando el número de sus fuerzas. El general Ramírez, para contrarrestar la invasión, dispuso desde Puno la marcha de 250 hombres del batallón Centro a órdenes del comandante Felipe Rivero, para que unidos a otros 200 veteranos que marcharían desde Oruro con el coronel Cayetano Ameller y 200 algo reclutas de Arequipa, además de 100 hombres de la guarnición de Moquegua, convergiesen al valle de Tacna bajo el mando superior del coronel José Santos La Hera, formando un total de 800 hombres. La Hera bajó de Arequipa por el valle de Locumba, punto intermedio entre Tacna y Moquegua, con el río y valle de Illo interpuesto, y se situó en Mirave sobre la margen derecha del río que riega la comarca, donde esperó la incorporación de la fuerza de Ribero.

Míller, bien informado por Portocarrero de los movimientos del enemigo y con los datos topográficos que le suministró Landa, comprendió que antes que las tres columnas convergentes se reuniesen podía batir aisladamente a cada una de ellas, y no trepidó en tomar la ofensiva. Con 350 infantes y un piquete de marineros, dos coheteras, 70 Granaderos a Caballo y 60 paisanos voluntarios bien montados, se puso en marcha. Guiado por Landa, situóse en Buena Vista sobre el río de Sama, a 78 kilómetros de Mirave (20 de mayo de 1821). Mediaba entre ambos puntos un desierto pedregoso sin agua ni vegetación, y un sendero escarpado y estrecho conducía al pie de la montaña. La columna patriota salvó esta distancia en una marcha forzada de diez y ocho horas, y en la noche del 21 de mayo descendió al valle de Locumba por un despeñadero, por el cual sólo podía pasar un hombre de frente hasta llegar a la orilla izquierda del río.

La Hera había establecido su campamento en una hondonada, al pie de la serranía, sobre la margen derecha del mismo río, que forma un pequeño valle lateral, y dormía tranquilo dentro de los cercos del pueblecillo allí situado que lleva el nombre de Mirave, considerando imposible todo ataque. Eran las doce de la noche, y reinaba profunda oscuridad; una descubierta de cinco hombres que precedía la columna encontróse en su camino con un piquete de caballería que pastaba unos caballos en un alfalfar cercado, de los que se tomaron tres prisioneros, pero los otros dieron la alarma en el campo realista. Míller, que no suponía a los enemigos tan cercanos, se encontró sorprendido a su vez, y sin conocer su exacta posición, mandó que los tambores y cornetas sonasen la carga, lanzando el alarido de guerra de los indios: pero se encontró con el obstáculo del río, que en aquel punto se divide en dos brazos. Los capitanes Hill y Hunn (ingleses), al frente de dos partidas de coheteros de 10 hombres cada una, sostenidos por la caballería, atravesaron el río, que es allí muy torrentoso, luchando contra la corriente que hubo de arrastrarlos. Mientras tanto La Hera había formado su tropa y roto el fuego al abrigo de los cercos, rechazando la caballería patriota que se formó sobre el valle, mientras la reserva permanecía sobre la margen izquierda. Los dos valientes capitanes ingleses con sus coheteros tomaron posición en dos alturas a derecha e izquierda del valle y llamaron la atención del enemigo, concentrando sobre ellos sus fuegos. Fué entonces cuando Míller pudo atravesar el torrente con su infantería, montada a la grupa de los voluntarios tacneños, cubrién-

dose con la boscosidad del terreno, y tendió su línea de combate en una meseta, con uno de sus flancos sobre el borde escarpado del valle y el otro sobre una cadena de cerros. En esta actitud se pasó la noche.

Al amanecer (21 de mayo de 1821) se encontraban las dos líneas a dos tiros de fusil una de otra, en un declive de la montaña como de 1700 metros de anchura. Miller dispuso inmediatamente el ataque, que se llevó con impetuosidad, frustrando los esfuerzos de La Hera, que pretendió apoderarse de una loma dominante que tenía sobre su izquierda, y cortóle así su retirada. Desalojados los realistas de su posición y estrechados en la extremidad de un monte cortado a pique a sus espaldas, combatieron con valor desesperado, pero al fin fueron vencidos. Cuarenta y cuatro muertos, cincuenta y nueve prisioneros, la mayor parte heridos, y 400 mulas, fueron los trofeos de esta victoria escapando tan sólo sesenta infantes y 80 jinetes. La pérdida de los patriotas fué de 25 hombres entre muertos y heridos. siendo la más sensible la del joven Welsh (inglés), cirujano particular de Cochrane, que acompañaba a la expedición como voluntario y murió gloriosamente.

No habían aún desaparecido los últimos fugitivos de La Hera cuando se presentó por el Sud el comandante Ribero con el destacamento de Puno montado en mulas, que había dormido a poco más de cinco kilómetros del campo de batalla, que al atravesar el río, y recibido por algunos disparos de cohetes, vió que llegaba tarde, y se puso en precipitada retirada.

En la mista tarde continuó Miller la persecución y el 24 llegó a Moquegua. Landa, con una partida de paisanos armados, se había apoderado de antemano del único portezuelo de las alturas que rodean el sitio donde está situada la ciudad que toma su nombre del valle. Allí fué alcanzada la retaguardia de La Hera por el mayor Soler, y tomada casi en su totalidad prisionera. Fué entonces cuando Portocarrero dió la cara y se incorporó a las filas independientes. Mientras tanto, el destacamento de Ribero, llegado a última hora de la acción de Mirave, se retiraba hacia Arequipa por las alturas del valle contiguo de Torata al Norte formado por el río Ilo, que desemboca en el mar y da su nombre al puerto. El 26 le dió alcance el activo Miller en un punto llamado la Calera, en las vertientes occidentales de la cordillera, a 312 kilómetros de Mirave, y casi todos fueron muertos o prisioneros, escapando muy pocos.

Con legítimo orgullo y con verdad, dice el héroe de esta campaña que en menos de quince días después de su desembarco un puñado de patriotas había muerto, aprisionado o puesto fuera de combate cerca de mil hombres, incluyendo la guarnición dispersada en Arica. El almirante, entusiasmado por estos rápidos progresos, escribía a San Martín: "Los aletargados se despiertan; los cobardes se vuelven va- "lientes; y el enemigo, intimidado y abatido. Si siguen las cosas como "hasta ahora, estaremos en Arequipa dentro de ocho días. La pluma "de Monteagudo y una imprenta, nos hacen mucha falta, como también "armas para los jóvenes que se presenten". Pero aquí terminan los triunfos y empiezan los contratiempos, propios de toda operación sin objetivo fijo y sin base segura, por felices que sean sus comienzos.

V

Las disposiciones del general español Ramírez, contando, como contaba, con fuerzas superiores y de mejor calidad para contrarrestar la

invasión, no correspondieron a su fama militar; a no ser así, ella no habría pasado de Tacna y Miller hubiera tenido que reembarcarse. Afortunadamente para los españoles, las mismas fuerzas convergían espontáneamente hacia el punto del ataque. Muy luego La Hera se encontró con el aguerrido batallón Gerona, que venía en su auxilio. Ribero, con sus restos, se incorporó con un destacamento de 100 hombres que llegaba de La Paz. El jefe realista hallóse así al frente de una fuerte columna de 800 veteranos y volvió a tomar la ofensiva, con el objeto de cortar a Miller su retirada a Tacna. Noticioso Miller de esta reacción y de este movimiento, adelantó sus partidas avanzadas hasta 75 kilómetros de Arequipa para distraer la atención del enemigo, emprendió su retirada descendiendo el río Ilo (4 de junio) y se reconcentró en Tacna, cuando La Hera se hallaba como a 21 kilómetros de distancia (12 de junio). El jefe español, considerando superiores las fuerzas patriotas, y llamada su atención a retaguardia por los partidarios, retrocedió remontando el valle al pie de la sierra. En estas circunstancias se recibió oficialmente la notificación del armisticio de Punchauca, que suspendió las hostilidades.

Durante el armisticio, Miller se ocupó en dar organización a sus fuerzas, que alcanzaron a cerca de 900 hombres, regularmente armados y equipados, pero de los cuales sólo 300 merecían el nombre de soldados. Lleno, empero, de ilusiones, escribía en esta fecha a San Martín: “Estoy en comunicación con el Alto Perú. El semblante de “las cosas es lisonjero. El general Ramírez, sé positivamente está con “un miedo increíble: me aseguran que tiene una porción de mulas gor-“das, pronto para escapar. La llegada de unas partidas mías, compues-“tas principalmente de milicianos, a 14 leguas de Arequipa, ha cau-“sado mucha fermentación entre los realistas, tanto que el estado ma-“yor y el general en jefe salieron a escoger mejor posición militar pa-“ra el caso de ser atacados por nosotros. Todos los habitantes del país “se hallan comprometidos, y aun cuando llegáramos a tener un suceso “desgraciado, bastaría el auxilio de los pueblos para continuar la gue-“rra. Sería fácil formar un batallón de 800 plazas en dos meses, si hu-“biese armamento suficiente”. Mientras tanto, Ramírez reunía como 2000 hombres para caer sobre él así que se reabriesen las hostilidades. Por su parte, Cochrane, considerando la campaña del Sud malograda, se dió a la vela con la escuadra hacia el Callao y dejó a la columna invasora abandonada con sólo tres embarcaciones mercantes menores para el caso probable de un reembarco, las que también la abandonaron. A la expiración del armisticio, la situación de Miller era crítica: una tercera parte de su tropa se hallaba enferma y no podía resistir ni a los 800 hombres de La Hera. En consecuencia vióse obligado a evacuar a Tacna y replegarse a Arica (20 de julio). En este mismo día, la división de Arenales en la sierra evacuaba Jauja y se retiraba hacia Lima. En Arica encontró Miller cuatro buques mercantes, de que se apoderó de grado o por fuerza, y en ellos embarcó su división con los emigrados comprometidos que le seguían. Cuando llegó La Hera al puerto, ya la expedición estaba a bordo pronta a darse a la vela.

Entre los hechos de esta campaña tan brillante como aventurera deben mencionarse algunos que hacen honor a la caballerosidad de los beligerantes. Durante el armisticio, los jefes españoles manifestaron a Miller su admiración por sus rápidas marchas y afortunados golpes. Entre los prisioneros realistas tomados de Moquegua, lo fué un capitán Suárez, herido gravemente; sus compañeros de armas solicitaron que pasara a curarse a Arequipa, bajo promesa de que volvería a entre-

garse luego que se restableciese, y el jefe patriota lo puso en libertad sin condiciones, proporcionándole lo necesario para su viaje, y los españoles, agradecidos, le enviaron en retribución un obsequio. El coronel Sierra y el alférez Ramírez, prisioneros en Moquegua, fueron puestos en libertad por orden del almirante; el jefe español, por una comunicación especial, agradeció este acto de espontánea generosidad, manifestando que "así como era tan estimable la liberalidad de sus pro- "cedimientos, así también correspondía con la reciprocidad y buena fe "en nombre del gobierno español". Al evacuar Miller a Tacna, escribió a La Hera que confiando en su generosidad le recomendaba tratase con humanidad a los enfermos que dejaba, y La Hera le contestó que los soldados que quedaban en el hospital serían asistidos con preferencia a los suyos, haciendo el elogio de la disciplina de las tropas patriotas. Estos actos, que dignifican la especie, fueron frecuentes en la guerra de la independencia del Perú y forman contraste con las crueldades de Ramírez, Ricafort y Carratalá, que por parte de los españoles han dejado en aquel país sangrienta memoria.

VI

Miller, ascendido por sus recientes hazañas al empleo de coronel, levó anclas y puso la proa al Norte con viento favorable (22 de julio). Su intención era desembarcar en la caleta de Quilca, cerca de Islay, y dirigirse a Arequipa, cuya ciudad estaba sin defensa por la reconcentración de las fuerzas españolas sobre Tacna; pero lo recio del viento que dificultaba el desembarque y la falta de provisiones le impidieron llevar a cabo esta nueva aventura. Entonces, resolvió volver a Pisco bajo su responsabilidad, y se apoderó del pueblo sin resistencia haciendo huir 50 hombres que lo guarnecían. A inmediaciones de Ica hallábase acantonada una fuerza al mando de Santalla, —el mismo de las conjuraciones para entregar el Callao—, quien intentó replegarse a Huancavelica; pero hostigado por los indios de la sierra sublevados, vióse obligado a regresar a la costa y seguir en fuga el itinerario en que se había perdido Quimper. Tenazmente perseguido, fué alcanzado en el camino y deshechos sus últimos restos cerca de Nasca, tomándole 180 prisioneros. En medio de estos sucesos, Miller tuvo la primera noticia de la ocupación de Lima, y posesionado de Ica asumió el mando político y militar del distrito. En Ica comenzó y terminó la campaña de puertos intermedios.

Se ha dicho que la expedición a puertos intermedios, bien apoyada, habría producido resultados decisivos. Para esto fuera necesario que respondiese a un plan general, con otros medios y bajo una dirección combinada. Concebida como diversión para inquietar a los enemigos de Lima por uno de sus flancos e interceptar sus comunicaciones con el Sud, su teatro de operaciones eran las costas, y su objetivo ulterior obrar en combinación con la expedición de la sierra, caso que ésta avanzase hasta Huancavelica. Entonces, unidas ambas, formaban un ejército de cerca de 5000 hombres a retaguardia del enemigo, ligando los movimientos de todas las fuerzas disponibles. Este era el mejor apoyo, y el único que podía dársele dentro de lo posible y del radio estratégico de las operaciones generales. San Martín no podía disponer de más fuerzas que las que desprendió, al lanzar 2200 hombres sobre la sierra y 600 sobre las costas del Sud, quedándose tan sólo con 3000 soldados convalecientes para obrar sobre Lima, contra un ejército superior en número. Es evidente que, a pesar de esto, debió reforzar a

Arenales en la sierra, y aun pudo trasladar el teatro de la guerra a ella, o por lo menos maniobrar de modo de no perder las ventajosas posiciones reconquistadas en el interior del país, que prometían más ventajas que las del Sud. No haciéndose esto, la expedición del Sud, como movimiento excéntrico, no tenía objeto sino como mera diversión, tal como la propuso el mismo Cochrane, que fué su inventor, y tal como la aceptó San Martín. Desnaturalizada como lo fué, exagerada en sus dimensiones con medios exiguos y lanzada en aventuras, debió dar los resultados que dió, y eso que, por un cúmulo de circunstancias felices y merced a la actividad de Míller, alcanzó ventajas que no eran de esperarse. La prueba está en que, a pesar de esas ventajas, tuvo al fin que reembarcarse en presencia del primer núcleo de fuerza sólida del enemigo que le hizo frente, aun después de una victoria considerable y la decisión de las poblaciones. Esto, por lo que respecta a lo que se ha dicho, sin fundar el aserto.

Puede decirse que habría sido de todos modos conveniente robustecer la columna de Míller, para convertir la diversión en operación formal de guerra, dadas las ventajas alcanzadas; pero aparte de que esto no era posible por falta de tropas para reforzar a la vez a Arenales y a Míller, como numéricamente queda demostrado, tal operación no hubiera podido ajustarse al plan general de campaña, a menos de trasladar el teatro de la guerra al Sud con elementos poderosos, como lo propuso Arenales al retirarse de la sierra. Se requería para ello tres a cuatro mil hombres bien organizados, y abandonar al enemigo las provincias del centro, a fin de tomarle la retaguardia ocupando Arequipa, el Cuzco y Puno, y aun esto mismo no daba el resultado de buscar una batalla decisiva. Se dividían las fuerzas, que unidas o combinadas podían dar el último golpe; el ejército de Lima quedaba sin papel, y la internación por esa parte reducida a una diversión en punto mayor. Suponiendo que hubiese sido posible elevar la columna de Míller hasta el número de 1000 veteranos, esto era estrictamente lo necesario para hacer frente a la fuerza que podía oponerle el enemigo, mientras no se alejase de las costas; y como se ha visto, podía encontrarse con doble número al penetrar a la sierra. Elevada esa columna a 2000 hombres, de manera de bastarse a sí misma en sus primeras operaciones, desde que ella no hubiese de obrar en combinación con Arenales, en el caso que éste adelantase hasta Huamanga y Huancavelica, era una operación eventual y aislada, que sólo prometía mayores ventajas a condición de formar un nuevo ejército sobre la base de las poblaciones insurreccionadas, como lo había hecho Arenales en la sierra, para que obrase en combinación con el de Lima y la expedición de puertos intermedios por Ica, cerrando el círculo de las operaciones dentro de sus límites, y decidir la cuestión en su punto estratégico, que era las provincias centrales del interior. Dilatado el círculo de las operaciones fuera de estos radios precisos, aun formando un nuevo ejército en el Sud, la internación no tenía objeto, o si lo tenía, no era decisivo, desde que le faltaba base y objetivo determinado. Dos ejércitos relativamente débiles, que a tan largas distancias no podían combinar operaciones, en presencia de un enemigo interpuesto y reconcentrado, con un ejército de reserva en el Alto Perú sobre la retaguardia de los invasores por el Sud, era lo mismo que renunciar a la ofensiva eficiente, y peor que correr dos liebres a la vez, disminuir las probabilidades de alcanzar una de ellas.

El plan más seguro para dar mayor consistencia a la expedición de puertos intermedios, sin alterar su carácter de diversión concu-

rrente, era ocupar Arica, fortificándolo, para proporcionar una base a la insurrección y a las operaciones en los valles de Tacna, Tarapacá, Moquegua y Torata hasta el pie de la sierra y quitar al enemigo un puerto importante, amenazando a Arequipa, y aun atacándola, como lo intentó Míller a última hora. Para esto habría sido necesario que Chile hubiese auxiliado la expedición, como lo pedía Cochrane y lo indicaba San Martín, desde que en el Perú faltaban las fuerzas y el armamento suficientes. La ocupación de Pisco y de Ica no tenía objeto una vez retirado Arenales de la sierra o de no obrar en combinación con el ejército de Lima, caso que éste tomase la ofensiva avanzando al interior.

Vese en suma por este metódico examen fundado en cifras y hechos exactos que la expedición a intermedios, concebida como simple diversión para llamar la atención e interceptar los caminos del Sud sacando ventaja del dominio de las costas, debió mantenerse dentro de sus límites, para lo cual tenía medios suficientes. Para convertirla en una diversión concurrente era indispensable que la división de Arenales en la sierra avanzase hasta Huancavelica. No era materialmente posible reforzarla, y aun siéndolo, no pasaba de una diversión en punto mayor. Para darle consistencia, como medio de promover la insurrección, se necesitaba el concurso de Chile, que faltó. Reforzada la expedición hasta el número de 2000 hombres, de modo de bastarse a sí misma en sus primeros movimientos, era una operación aislada. Aun formando sobre esta base un nuevo ejército, no respondía a un plan serio de campaña que pudiese dar un resultado decisivo. Por consecuencia, ni mil ni dos mil hombres hubiesen alterado las condiciones de la lucha, tal como estaba empeñada, desde que, ensanchado el círculo de las operaciones fuera de sus radios estratégicos, las fuerzas se debilitaban al dividirse y desligarse, sin obrar en combinación, perdiéndose el poder de la ofensiva uniforme y eficiente.

Todo esto no quita que la expedición fuese tan hábil como brillantemente conducida por Míller, aunque mal dirigida por el almirante, que al fin la abandonó a su suerte, cuando dió los resultados que necesariamente debió dar una vez desnaturalizada, no obstante sus primeras victorias. San Martín, comprendiendo las ventajas que de ella podrían reportarse, con las lecciones de la experiencia pensó renovarlas después de su entrada en Lima, pero sus disidencias con el almirante, de que se dará cuenta después, le impidieron llevar a cabo este pensamiento.

Esta campaña terminó con un siniestro marítimo. El navío *San Martín*, depósito del botín de intermedios, que en violación del armisticio se había apoderado de un cargamento de trigo en el puerto de Mollendo, y al desembarcarlo en Chorrillos, se fué a pique, como augurando el naufragio del nombre que llevaba.

CAPITULO XXXII

LA INDEPENDENCIA DEL PERU

AÑO 1821

La toma de Lima y la batalla de Carabobo. — Corolario histórico. — Estado de la opinión de Lima al tiempo de la ocupación. — Situación compleja de San Martín. — Síntesis política. — Declaración de principios de San Martín. — Convocatoria de una asamblea de notables para declarar la independencia del Perú. — Declaratoria, jura y proclamación de la independencia peruana. — Sitio del Callao. — Cochrane estrecha el bloqueo del Callao e insiste sobre el ataque. — Crosbie se apodera de los últimos buques españoles en el Callao. — Golpe de mano de los independientes sobre el Callao y sus resultados. — Negociación irregular de Cochrane con el gobernador del Callao. — Condiciones y objetos de esta negociación. — Síntomas de ruptura entre San Martín y Cochrane. — San Martín se declara Protector del Perú. — Examen de este acto. — Ministerio protectoral. — La Logia de Lautaro en el Perú. — Chile aplaude el acto de San Martín. — Primer acto del Protector. — Persecuciones a españoles. — Extrañamiento del arzobispo de Lima. — Apogeo de San Martín. — San Martín como hombre de gobierno. — Nueva fase de San Martín.

I

Al volver a tomar el hilo de la narración de los acontecimientos generales (véase cap. XXIX), nos encontramos en presencia de más vastos horizontes. La toma de posesión de Lima por los independientes (6 de julio de 1821) coincidió con la batalla de Carabobo (24 de julio de 1821), el Waterloo de los realistas en Colombia, que aseguró definitivamente la independencia de esta república. El gran plan de campaña continental soñado por el libertador del Sud estaba realizado a hora fija y en la medida proporcional. El libertador del Norte, realizando los mismos planes y los mismos sueños en sentido opuesto, convergía hacia el centro de atracción común, donde las armas continentales se reunirían para dar el golpe final al poder español. No quedaban sobre el haz de la América más tropas que mantuvieran alzado el estandarte del rey, sino las que aun resistían en las montañas del Perú y en Quito, y una fortaleza aislada que pronto se rendiría. En los mares, tan sólo tres buques, últimos vestigios del poder marí-

CAPITULO XXXII

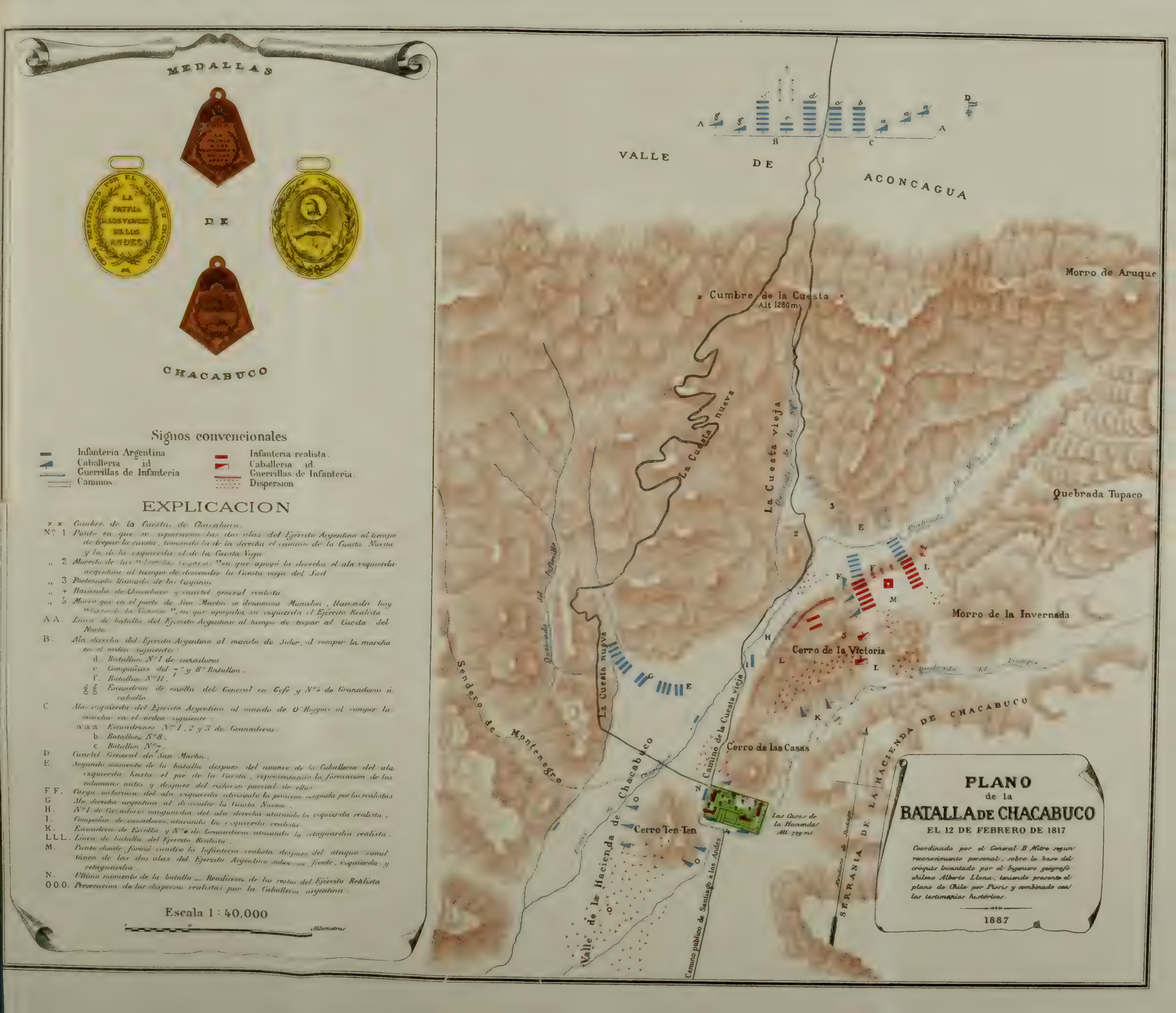
LA INDEPENDENCIA DEL PERU

AÑO 1821

La toma de Lima y la batalla de Carabobo. — Corolario histórico. — Estado de la opinión de Lima al tiempo de la ocupación. — Situación compleja de San Martín. — Síntesis política. — Declaración de principios de San Martín. — Convocatoria de una asamblea de notables para declarar la independencia del Perú. — Declaratoria, jura y proclamación de la independencia peruana. — Sitio del Callao. — Cochrane estrecha el bloqueo del Callao e insiste sobre el ataque. — Crosbie se apodera de los últimos buques españoles en el Callao. — Golpe de mano de los independientes sobre el Callao y sus resultados. — Negociación irregular de Cochrane con el gobernador del Callao. — Condiciones y objetos de esta negociación. — Síntomas de ruptura entre San Martín y Cochrane. — San Martín se declara Protector del Perú. — Examen de este acto. — Ministerio protectoral. — La Logia de Lautaro en el Perú. — Chile aplaude el acto de San Martín. — Primer acto del Protector. — Persecuciones a españoles. — Extrañamiento del arzobispo de Lima. — Apogeo de San Martín. — San Martín como hombre de gobierno. — Nueva fase de San Martín.

I

Al volver a tomar el hilo de la narración de los acontecimientos generales (véase cap. XXIX), nos encontramos en presencia de más vastos horizontes. La toma de posesión de Lima por los independientes (6 de julio de 1821) coincidió con la batalla de Carabobo (24 de julio de 1821), el Waterloo de los realistas en Colombia, que aseguró definitivamente la independencia de esta república. El gran plan de campaña continental soñado por el libertador del Sud estaba realizado a hora fija y en la medida proporcional. El libertador del Norte, realizando los mismos planes y los mismos sueños en sentido opuesto, convergía hacia el centro de atracción común, donde las armas continentales se reunirían para dar el golpe final al poder español. No quedaban sobre el haz de la América más tropas que mantuvieran alzado el estandarte del rey, sino las que aun resistían en las montañas del Perú y en Quito, y una fortaleza aislada que pronto se rendiría. En los mares, tan sólo tres buques, últimos vestigios del poder marí-


MEDALLAS
DE
CHACABUCO
LA PATRIA A LOS VENCED DE LOS ANDES
CHILE RESTAURADO POR EL VALOR EN CHACABUCO
Signos convencionales
Infanteria Argentina
Caballeria id
Guerrillas de Infanteria
Caminos.
Infanteria realista.
Caballeria id.
Guerrillas de Infanteria.
Dispersion
EXPLICACION
× × Cumbre de la Cuesta de Chacabuco.
Nº 1 Punto en que se separaron las dos alas del Ejército Argentino al tiempo de trepar la cuesta, tomando la de la derecha el camino de la Cuesta Nueva y la de la izquierda el de la Cuesta Vieja
„ 2 Morrito de las "…" en que apoyó la derecha el ala izquierda argentina al tiempo de descender la Cuesta vieja del Sud
„ 3 Portezuelo llamado de los Cuyanos
„ 4 Hacienda de Chacabuco y cuartel general realista
„ 5 Morro que en el parte de San Martin se denomina Mamelon, llamado hoy "… de la Victoria", en que apoyaba su izquierda el Ejército Realista.
A A. Linea de batalla del Ejército Argentino al tiempo de trepar al Cuesta del Norte
B. Ala derecha del Ejército Argentino al mando de Soler, al romper la marcha en el orden siguiente:
d Batallon Nº1 de cazadores
e Compañias del 7º y 8º Batallon.
f. Batallon Nº11.
g g Escuadron de escolta del General en Gefe y Nº4 de Granaderos á caballo
C Ala izquierda del Ejército Argentino al mando de O'Higgins al romper la marcha en el órden siguiente:
a a a Escuadrones Nº 1, 2 y 3 de Granaderos.
b Batallon Nº8.
c Batallon Nº7.
D Cuartel General de San Martin.
E Segundo momento de la batalla despues del avance de la Caballeria del ala izquierda hasta el pié de la Cuesta, representando la formacion de las columnas antes y despues del rechazo parcial de ellas
F F. Carga victoriosa del ala izquierda atacando la posicion ocupada por los realistas
G Ala derecha argentina al descender la Cuesta Nueva.
H. Nº1 de Cazadores vanguardia del ala derecha atacando la izquierda realista.
I. Compañia de cazadores, atacando la izquierda realista
K. Escuadron de Escolta y Nº4 de Granaderos atacando la retaguardia realista.
LLL. Linea de batalla del Ejército Realista.
M. Punto donde formó cuadro la Infanteria realista despues del ataque simultáneo de las dos alas del Ejército Argentino sobre su frente, izquierda y retaguardia.
N. Ultimo momento de la batalla _ Rendicion de los restos del Ejército Realista
O O.O. Persecucion de los dispersos realistas por la Caballeria argentina.
Escala 1 : 40,000
Kilometros
VALLE DE ACONCAGUA
Cumbre de la Cuesta
Alt 1286m
Morro de Aruque
Quebrada Tupaco
Morro de la Invernada
Cerro de la Victoria
Cerro de las Casas
Cerro Ten-Ten
La Cuesta nueva
La Cuesta vieja
Sendero de Montenegro
Valle de la Hacienda de Chacabuco
Camino de la Cuesta vieja
Camino publico de Santiago a los Andes
Las Casas de la Hacienda
Alt 709 m
SERRANIA DE LA HACIENDA DE CHACABUCO
PLANO
de la
BATALLA DE CHACABUCO
EL 12 DE FEBRERO DE 1817
Coordinado por el General B Mitre segun reconocimiento personal, sobre la base del croquis levantado por el Ingeniero geógrafo chileno Alberto Llona, teniendo presente el plano de Chile por Pissis y combinado con los testimonios históricos.
1887

timo de la metrópoli anonadado por Cochrane en el Pacífico, vagaban como buques fantasmas. El triunfo definitivo era cuestión de tiempo y del esfuerzo combinado de los dos libertadores. Jamás se realizó en tan vasta escala, en tan largo espacio de tiempo y con tanta precisión matemática una empresa, que al principio pareciera un sueño, y que obedecía, empero, a una idea preconcebida con unidad de acción, compacta y persistente en las fuerzas concurrentes, y a una atracción recíproca de las masas impulsadas por las fuerzas del destino. Es que, como lo ha dicho el primer capitán del siglo y lo observa un pensador americano "todos los grandes capitanes que han emprendido grandes "cosas, las han llevado a término de conformidad a las reglas del arte, "proporcionando el esfuerzo al obstáculo, convencidos que los aconteci-"mientos no son la obra del acaso, sino de la tensión de las leyes que "gobiernan los destinos humanos". A esto debieron su éxito los dos libertadores sudamericanos. El día que violaron esas leyes, extraviados en su camino o cegados por la ambición, ambos cayeron como caen los cuerpos muertos que pierden su velocidad inicial: el uno, deliberadamente, al sentir que le faltaban las fuerzas eficientes para cumplir su misión; el otro, precipitado de la altura por las fuerzas irresistibles que contrariaba.

La emancipación de la América estaba fuera de cuestión: la independencia del Perú estaba asegurada, cualesquiera que fueran los errores de los hombres y las vicisitudes de la lucha que aun se prolongaría por algunos años más. Pero esto, que veían claro los hombres de acción impulsiva o los espíritus superiores que dominaban el gran escenario, no lo percibían bien todavía las colectividades encerradas en campos circunscriptos de lucha, por más que estuviesen en la corriente de los acontecimientos en paralelismo con las leyes de la naturaleza. Y era en el Perú donde este fenómeno se producía, precisamente en el momento supremo en que sus destinos estaban fijados para siempre por la lógica de esas leyes. Un penetrante observador imparcial que a la sazón se encontraba allí ha fijado en rasgos concretos el trasunto de esta situación transitiva. "La ciudad de Lima se hallaba en un ex-"traño estado de confusión, por efecto de los inesperados sucesos que "estaban en la naturaleza de la revolución y la heterogeneidad de los "elementos que obstaculizaban el acuerdo. Nadie veía claro en su ca-"mino. Los españoles todos estaban perplejos: constituían la clase pu-"diente, y su posición era delicada. Si se negaban a abrazar el partido "de San Martín, corrían el riesgo de ver confiscados sus bienes; por "otra parte, debían temer la venganza del antiguo gobierno, que po-"día reconquistar el poder y castigar su defección. Los naturales del "país, bien que confiados en la bondad de su causa, estaban alarmados "por las consecuencias de su conducta: muchos dudaban de la sinceri-"dad de San Martín, y muchos también dudaban que tuviese los me-"dios para cumplir sus promesas. En general, las circunstancias eran "nuevas para la mayoría de los habitantes de Lima. La alarma y la "incertidumbre estaban en todos los corazones. En esta confusión de "ideas y de intereses, el más embarazado quizás era el gran motor de "este conjunto, de quien cada uno, cualquiera que fuera su partido, es-"peraba protección y seguridad. En tales momentos se requería una "mano experimentada para dirigir la nave del Estado". Es que el Perú no era todavía un país hondamente revolucionado, y por eso la opinión pública carecía del nervio y consistencia que sólo da la posesión plena de la nacionalidad y la decisión de alcanzar el triunfo a toda

costa. San Martín quiso imprimirle ese carácter, declarando solemnemente su independencia.

La situación de San Martín era compleja, como libertador ante la América, como árbitro de los destinos del Perú, como general de dos repúblicas cuyas armas le estaban confiadas y como hombre público ante su propia conciencia. Estaba en el apogeo de su poder y de su gloria; el sueño de ocho años estaba realizado, al entrar triunfante en la Ciudad de los Reyes. Sólo le faltaba un último esfuerzo para terminar su obra. El momento de prueba de la potencia de su genio y de su equilibrio moral había llegado. Como lo observaba el banquero Rothschild, se necesita diez veces más habilidad y prudencia para conservar una gran fortuna que para ganarla. Los hombres que se elevan a las grandes alturas pierden con frecuencia las nociones que dirigieron con seguridad sus pasos, y el delirio o el cansancio se apodera de sus almas. Lo que pasó en ese momento en el alma de San Martín nunca lo dejó entrever. Reconcentrado por temperamento, reservado por sistema, las palabras con que anunció en la intimidad su triunfo, —en una carta, que es relativamente la más enfática que de él se conozca—, son lacónicas y sencillas como de costumbre: "Al fin, con paciencia "y movimientos, hemos reducido a los enemigos a que abandonen la "capital de los Pizarros; al fin nuestros desvelos han sido recompen- "sados con los santos fines de ver asegurada la independencia de la "América del Sud. El Perú es libre. En conclusión, ya yo preveo el "término de mi vida pública, y voy a tratar de entregar esta pesada "carga a manos seguras, y retirarme a un rincón a vivir como hom- "bre". Su actitud fué modesta, sin esa afectación con que se disfraza el orgullo; sus declaraciones públicas, fueron graves y moderadas, y todos sus actos revistieron un carácter serio como inspirados en el bien público, que revelaban el dominio de sí mismo, con ideas hechas y propósitos al parecer maduradamente deliberados. Empero, notábase un síntoma de delirio pasivo en la exagerada importancia que daba a la posesión de Lima y cierta inercia militar que era su consecuencia, aparte de dar ya la guerra casi por terminada, y hacerle abandonar la expedición de la sierra donde únicamente podía decidirse; pero estos errores no afectaban sino su previsión como general.

El hombre político y moral era como siempre un enigma, así para él como para los que lo observaban. Tenía que resolver silenciosamente los arduos problemas de una situación compleja y complicada, y no los encaraba de hito en hito. Fiaba más en la acción del tiempo que en la acción propia. Tal vez llegó a considerar insuficientes las fuerzas de que disponía, al menos para terminar por sí solo su obra. De aquí ese optimismo y ese fatalismo, que se traducía en inacción y buscaba la solución por medios indirectos.

II

Al tiempo de la ocupación de Lima, San Martín hizo publicar en su campamento, a manera de boletín, un artículo doctrinario, escrito por Monteagudo en estilo sentencioso, que era una declaración anticipada de principios y pauta de su conducta política ulterior. "El 6 de "julio de 1821, alcanzará a la posteridad de cien generaciones que se "sucedan, si es que los hombres no vuelven atrás en la marcha que han "emprendido, y pierden la experiencia y el poder intelectual que hoy "poseen. Vasto campo se presenta a los peruanos que desean empe- "zar a ejercitar su energía, y hacer con menos peligros que otros

"pueblos el ensayo de sus aptitudes sociales para una nueva forma de "gobierno, que ponga los cimientos de una obra, que deben perfeccio- "nar las costumbres y no las leyes. "El vencimiento de los españoles "ha entrado ya en la clase de los esfuerzos subalternos que exige la "independencia, dirigiendo con método las operaciones militares y bus- "cando al enemigo cuando convenga. Los españoles son impotentes pa- "ra esclavizarnos. La obra verdaderamente difícil, que es necesario em- "prender con valor, firmeza y circunspección, es la de corregir las "ideas inexactas que ha dejado el gobierno antiguo impresas en la ac- "tual generación. La dificultad no consiste tanto en la ignorancia de "los medios adecuados para conseguir tal fin, cuanto en la peligrosa "precipitación con que de ordinario intentan los nuevos gobiernos re- "formar los abusos. Empezando por la libertad, que es nuestro más "ardiente anhelo, ella debe concederse con sobriedad, para que no sean "inútiles los sacrificios que se han hecho para alcanzarla. Todo pue- "blo civilizado está en aptitud de ser libre; mas el grado de libertad "de que goce debe exactamente ser proporcionado a su civilización: si "aquélla excede a ésta, no hay poder que evite la anarquía, y si es infe- "rior, es consiguiente la opresión. En todos los ramos de la prosperi- "dad hay grandes reformas que hacer: en general puede decirse que "es preciso despojar nuestras instituciones y costumbres de todo lo "que sea español, e infundir a nuestra constitución política una nueva "salud, para que resista sus enfermedades, según la expresión de lord "Chatham. Hacer todas las reformas sin discreción es un defecto en "que debemos precavernos de incurrir, y preparar las mejoras a que "está dispuesto el país, y de que es tan susceptible por la docilidad y "tendencia que trae al adelantamiento de su carácter social". Era un programa revolucionario conservador, en que al dar casi por concluída la guerra y perseverando en hacerla lentamente, se ofrecía una libertad moderada para fundar el orden y prevenir la anarquía. Estas fueron en todos los tiempos las ideas políticas de San Martín, ideas disciplinarias a que Monteagudo daba forma dogmática. Pero este escrito, que llamó entonces la atención del mundo por la espectabilidad de su editor responsable, y que la historia ha recogido, no tenía profesión de fe política y bajo la forma genérica de un "gobierno nuevo" envolvía una incógnita, que podía acomodarse a todos los sistemas, desde el despotismo militar por el momento hasta el establecimiento ulterior de una monarquía constitucional, sobre la base de la independencia, único punto que ponía fuera de cuestión.

El primer acto de San Martín al establecer su cuartel general en el palacio de los virreyes fué disponer que el cabildo convocase "una "junta general de vecinos de conocida probidad, patriotismo y luces, "que en representación de los habitantes de la capital expresase si la "opinión general se hallaba decidida por la independencia, cuyo voto le "servía de norte, para proceder a su proclamación o ejecutar lo que "ella dictare" (14 de julio de 1821). Era con el mismo fin, el mismo proceder empleado en Chile para constituir un gobierno: un cabildo abierto que estatuyese en nombre del común, con simple voto consultivo en un punto determinado para evitar la convocatoria de un congreso deliberante de elección popular. La Junta, compuesta de notables de Lima designados por el cabildo, respondió a las veinticuatro horas: *La voluntad general está decidida por la independencia del Perú de la dominación española y de cualquiera otra extranjera.* Tal fué la fórmula de la soberanía de una nación nueva, sancionada por aclamación dentro de los límites de un municipio. El pueblo confirmó la deliberación con

su aplauso, suscribiendo el acta de su emancipación. Simple formalidad que registraba un hecho, este documento y esta fecha marcan una época: la declaratoria solemne de la independencia ante el mundo de la última colonia española en América, donde iba a librarse la batalla final, según las previsiones de su libertador.

La proclamación y jura de la independencia peruana fué otra formalidad, pero no por eso menos memorable. El 28 de julio de 1821 una brillante cabalgata salía del palacio secular de los virreyes. Precedíanla la universidad de San Marcos con sus cuatro colegios, las corporaciones religiosas, los jefes militares, los oidores, el ayuntamiento y los principales representantes de la nobleza indígena. Seguía el libertador con su estado mayor, acompañado del gobernador político de la ciudad. A su retaguardia marchaban la guardia cívica y los alabarderos de Lima, y la escolta de húsares del general. Por último, el batallón núm. 8 de los Andes, vencedor en Chacabuco y Maipú con las banderas de las Provincias Unidas del Río de la Plata y de Chile, y más a retaguardia, la artillería con los cañones que debían saludar el advenimiento de la nueva nación.

San Martín subió a un tablado levantado en la plaza mayor, y desplegó por la primera vez la bandera nacional del Perú inventada por él en Pisco. Fue saludado con un inmenso aplauso. Acallado por un momento el bullicio por el ademán del libertador, exclamó con voz sonora y firme: *"El Perú es desde este momento libre e independiente por la "voluntad de los pueblos y de la justicia de su causa, que Dios de- "fiende"*. Batió el pendón por tres veces, y prorrumpió en un: *¡Viva la Patria! ¡Viva la libertad! ¡Viva la Independencia!* que el pueblo repitió en medio del estampido de los cañones. La comitiva de la proclamación recorrió las calles en medio de una entusiasta ovación, bajo una lluvia de flores y de esencias aromáticas. De regreso a la plaza, saludó con estruendosas aclamaciones al almirante Cochrane, el héroe que compartió con San Martín la gloria de la redención del Perú, y que desde una de las galerías del palacio presenciaba aquel espectáculo, en que era uno de los primeros actores.

Un célebre testigo extraño que por acaso asistió a esta ceremonia la encontró imponente y pintoresca. "La actitud de San Martín, en "este acto, dice, fué correcta y sin afectación. Los rasgos de su fiso- "nomía revelaban al principio ligeros movimientos de impaciencia: di- "ríase que no se perdonaba a sí mismo prestarse a una escena de apa- "rato. Si este embarazo fué real, pasó rápido como el relámpago. No "tardó en recobrar su acostumbrada serenidad y paseó una mirada "benévola por todos los que le rodeaban". En seguida se distribuyeron al pueblo medallas conmemorativas: en el anverso un sol, símbolo tradicional del Perú, con esta inscripción al contorno: *"Lima libre juró su independencia el 25 de julio de 1821"*; en el reverso, al centro, en medio de laureles, esta leyenda: *Bajo la protección del ejército libertador del Perú mandado por San Martín.*

Como homenaje a los dos pueblos que habían concurrido a este resultado con sus armas, su sangre y sus tesoros, y un recuerdo a la lejana patria, San Martín devolvió a Chile, con honores, las banderas enlutadas de Rancagua, y envió a Buenos Aires cinco banderas y dos estandartes españoles conquistados por el ejército argentino-chileno.

III

En medio de estas pomposas proclamaciones y ceremonias, se continuaba el sitio de las fortalezas del Callao, dirigido por el general Las Heras, en su calidad de segundo jefe del ejército unido. La posición era intomable a viva fuerza, dados los medios de ataque, pero su resistencia estaba tasada. San Martín, previendo este obstáculo en Mendoza tres años antes (1818), había incluído en su plan de campaña un tren completo de sitio, que echó de menos en esta ocasión (véase cap. XIX, § VI). El ejército independiente situó su reserva en la Legua, y sus puestos avanzados en Bella Vista a 2500 metros de los fosos. Los sitiados hicieron varios amagos de salida, y el 25 de agosto intentaron una salida bastante formal, que fué rechazada. La plaza bloqueada por mar y tierra contaba apenas con víveres para dos meses.

Cochrane estrechaba el bloqueo por la parte del mar. Los defensores del Callao, desesperados de su salvación, se resolvieron a echar a pique los buques que tenían en el puerto, recelosos de que cayesen en manos de sus enemigos, y empezaron por la corbeta *San Sebastián.* "Son "las 2 de la tarde (10 de julio), escribía el almirante al general, y el "enemigo empieza a echar a pique sus buques: temo que esta noche "vuelen los castillos. Venga, mi general, con la tropa que tenga para "asaltar esta plaza, que importa más que Lima. Que no se pierda mo- "mento, a lo menos para cortar su retirada". Días después instaba a San Martín para que diese el ataque. "He recibido noticia, que los es- "pañoles han determinado enviar buques de guerra a estos mares. Mu- "cho importa la rendición de los castillos antes que lleguen. Aquí don- "de está la escuadra, y con mar tan manso, se pueden desembarcar los "cañones de a 24 para abrir una brecha. Si V. quiere, no tiene más que "ordenar". Con la vista fija sobre los torreones, observó un día una abertura en las perchas y cadenas que rodeaban los buques enemigos, y resolvió apoderarse de ellos como de la *Esmeralda.* En la noche (24 de julio), el capitán Crosbie, con ocho botes tripulados con gente de pelea, se apoderó, bajo el fuego de los castillos y de la fusilería de la plaza, de la corbeta de guerra *Revolución* de 34 cañones, *San Fernando* y la *Milagro,* armadas en guerra, y de varios botes y lanchas, saliendo triunfante de la bahía con sus presas, sin pérdida alguna por su parte.

El 14 de agosto, el general Las Heras intentó apoderarse por un golpe de mano de la plaza del Callao. Habiendo observado que los rastrillos del Real Felipe permanecían con frecuencia abiertos y bajados los puentes levadizos, reconcentró en Bella Vista una división de 1150 hombres de infantería y caballería, con el objeto de apoderarse por sorpresa de la entrada. La operación, aunque difícil, era posible. La distancia a recorrer (2500 a 2 00 metros) podía ser salvada en 10 a 12 minutos por la caballería al galope marchando a vanguardia, y en menos de 20 minutos por la infantería en reserva a paso de trote. A pesar de la bizarría y la velocidad con que se llevó el ataque, los enemigos tuvieron tiempo para levantar el segundo puente que cerraba el recinto fortificado. La caballería se derramó por la población del Callao sableando dispersos. y causó al enemigo una pérdida de 41 hombres, de los cuales 5 oficiales, contándose entre los prisioneros el general Ricafor, herido, que a pesar de sus crueldades fué asistido con todo cuidado. La infantería alcanzó hasta el glacis, y hubo de retroceder bajo el fuego de las murallas con pérdida de 10 muertos y 17 heridos. Las tropas que tomaron parte en este ataque fueron los batallones Numan-

cia, núm. 11 de los Andes y 4 y 5 de Chile y el regimiento de Granaderos a Caballo de los Andes con la escolta de húsares del general.

En el mismo día en que este atrevido golpe se ponía en ejecución por las tropas de tierra, el almirante preparaba una celada, sugerida por la codicia y el despecho, indigna de sus heroicas hazañas. Persuadido que en el Callao estaban encerradas todas las riquezas de los españoles de Lima, especialmente en plata labrada, cuyo valor estimaba en treinta millones de pesos, propuso a su gobernador La Mar hiciese entrega de los castillos y de una tercera parte de los caudales, ofreciéndole su protección y garantiendo la extracción de los dos tercios restantes, previo pago anticipado de las cantidades que se embarcasen, con libre pase para las personas, fuera de Chile y del Perú, en buques que se comprometía a proporcionar, mediante justo precio.

Cochrane, en sus manifiestos de la época y en sus "Memorias", ha procurado cohonestar esta negociación irregular y sospechosa, diciendo que era para atender a las necesidades de su escuadra, que carecía de lo necesario y pagar a los marineros con los diez millones de pesos en que estimaba el precio de rescate, y niega, —contradiciéndose a sí mismo—, que su intención fuese apoderarse de las fortalezas por su autoridad bajo el nombre de Chile, para dictar leyes al Perú. Su propósito, por él mismo declarado, era ejercer un acto de guerra independiente e imponer a San Martín condiciones respecto de la política que según él debía observar en el Perú. "Si me hubiera posesionado de las forta- "lezas, —ha declarado en dos ocasiones—, habría dictado una ley al ge- "neral San Martín; le habría exigido el cumplimiento de sus compromisos, y persistido sobre todo, en que ejecutara sus promesas para con "los peruanos, de dejarlos libres de escoger su propio gobierno".

La desinteligencia latente entre Cochrane y San Martín, incubada desde Chile cuando el primero pretendió suplantar al segundo en la expedición libertadora del Perú, y ahora acentuada por la elevación del uno y las exigencias del otro, había llegado a su período álgido. La ruptura no tardaría en producirse estruendosamente entre los dos héroes, con depresión del carácter histórico de ambos, con escándalo del mundo y en menoscabo de la causa americana.

IV

La gloria de San Martín, había llegado al grado culminante de la declinación de los astros que han recorrido su curva ascensional. Propagador triunfante por la fuerza de su genio de los principios emancipadores de la revolución de la República Argentina, su patria; libertador de Chile y del Perú, y fundador de sus respectivas nacionalidades, era por sus grandes planes de campaña continental, por sus combinaciones estratégicas y por sus victorias, el primer capitán del Nuevo Mundo. De todos los sudamericanos hasta entonces nacidos, era el más grande y el más genuinamente americano. Para ser más grande sólo le faltaba completar su obra. La inmortalidad le estaba asegurada de todos modos. Su medida histórica en los sucesos contemporáneos, únicamente podía compararse con la de Bolívar, libertador de Venezuela y Nueva Granada, y fundador de la República de Colombia. Bolívar había sido aclamado libertador, y este título lo investía de la dictadura revolucionaria en su patria. San Martín, sin punto de apoyo en la patria propia, se nombró a sí mismo Protector del Perú. Ni antes ni después de Cronwell, nadie en el mundo había tomado este título. La América, alarmada, creyó entrever en el libertador del Sud un

ambicioso vulgar o un déspota en germen. No era ni lo uno ni lo otro; pero al asumir la dictadura fatal que las circunstancias le imponían, se inoculó el principio de su decadencia militar y política.

La declaración de independencia del Perú traía por consecuencia lógica y necesaria el establecimiento de un gobierno propio; pero un gobierno que, a la vez de ser nacional, se subordinase a las exigencias de la guerra y fuese una fuerza eficiente y no un estorbo o un peligro, y era difícil, por no decir imposible, conciliar estas dos exigencias supremas.

San Martín, generalísimo de la República de Chile, bajo cuya bandera realizaba la expedición libertadora combinada; general en jefe del ejército de la República Argentina, por aclamación de sus soldados sin patria y sin gobierno, representaba la antigua alianza argentino-chilena, que tenía en sus manos las últimas fuerzas emancipadoras de los dos pueblos. Era, además, un adepto de la Logia de Lautaro, llevada misteriosamente al Perú en los pliegues de sus banderas, a cuyas reglas disciplinarias estaba subordinado. Su posición para con Chile, sin un gobierno regular con quien entenderse en el Perú, era la de un procónsul o la de un combatiente en palenque neutral, y esto era inconciliable con su carácter de libertador y anómalo respecto del derecho de gentes. El simple generalato en calidad de beligerante, sin más atributos que las armas, después de los actos soberanos, diplomáticos y gubernativos que había presidido a título de libertador, era mantener una situación oscilante entre el dominio extraño y el despotismo militar sin formas definidas. El Perú no tenía personalidad política, y apenas una sombra de administración: su libertador no era ante él sino un conquistador en nombre de la independencia y la libertad prometida. Los recursos de que podía disponer para llevar a buen término su empresa eran exiguos en proporción del obstáculo a remover, y tenían necesariamente que gastarse por la simple acción del tiempo. Ni de Chile agotado, ni de la República Argentina, de que estaba divorciado, podía esperar auxilio. Tenía que buscar nuevas fuerzas y retemplar las viejas dentro del país libertado, identificarlo con el ejército vinculado a su carrera y su fortuna, y dar a éste el mero carácter de auxiliar, como lo había hecho antes en Chile, fundando un gobierno nacional que le sirviese de punto de apoyo.

Pero el Perú no era Chile, ni sus condiciones eran las mismas. El Perú carecía de elementos de gobierno propio y no estaba en condiciones de fundarlo, ni aun provisionalmente todavía, como el desarrollo de su historia revolucionaria lo demostrará. Apenas si la mitad de su territorio estaba redimida del dominio español, y dos ejércitos superiores en número mantenían todavía la lucha en nombre del rey. Su opinión era inconsistente, y en medio de sus razas antagónicas y elementos heterogéneos no existía un núcleo social, político ni militar en torno del cual pudiera condensarse su nebulosa flotante. No tenía un solo hombre, ni como acción ni como pensamiento que tuviese prestigio ni autoridad moral ante sus compatriotas. Unanue, el hombre más sabio y más puro del Perú, no era más que un sabio, de carácter indeciso y sin fortaleza para sobrellevar el peso del gobierno o para dominar ni aun dirigir la opinión. Torre-Tagle, el único peruano vinculado a la situación por un acto de iniciativa nacional, era un mero figurón desacreditado por sus disipaciones. El único hombre de guerra del país, Gamarra, que hubiese aparecido en la escena militar con algún crédito, había resultado una nulidad. El candidato que con cierta aureola de popularidad se diseñaba en la penumbra por sus aspiraciones persona-

les más que por sus cualidades era Riva Agüero, espíritu inquieto y taimado, que sin la virtud o el poder ni la ecuanimidad de O'Higgins en Chile, se presentaba más como una complicación que como una solución, según el tiempo lo confirmó. El gobierno, pendiente la cuestión del exito de las armas, no podía fiarse a manos ineptas, inseguras o peligrosas, y el Perú no tenía en su cohesión, en sus hombres ni en su espíritu político, los elementos de un gobierno cooperador, siquiera fuese transitorio y de circunstancias. Pero debía tener un gobierno, y esta necesidad se imponía. Las reglas dictadas a San Martín por el gobierno argentino para constituir el gobierno nacional de Chile al tiempo de su reconquista no eran aplicables al Perú en las condiciones en que se encontraba, y el Senado chileno al copiarlas con espíritu liberal, organizaba inconscientemente la impotencia o la anarquía con una ficción, que comprendía el éxito de la misma expedición libertadora. Un llamamiento al pueblo habría dado por resultado el nombramiento del mismo San Martín, y si no era él que mandase, ninguno podía mandar, a menos de contrariar o neutralizar su acción eficiente. Los mismos peruanos le brindaban a porfía el poder.

En tal situación, decidióse a fundar una nueva nación, bosquejar su constitución y declarar su independencia; darle un gobierno civil a título de libertador y ponerse a su frente como Protector independiente, asumir con franqueza la dictadura, al constituirse moral responsable ante la América y políticamente ante el Perú, mientras durase la guerra y hasta tanto llegara el momento de entregar al pueblo libertado sus destinos asegurados.

V

Declarada la independencia, una diputación del Cabildo se presentó a San Martín ofreciéndole el gobierno del Perú y rogándole lo aceptara en nombre del pueblo. El contestó con una sonrisa enigmática, pero seria y benévola, que hallándose en posesión del mando supremo por el imperio de la necesidad, lo conservaría si lo juzgase conveniente al bien público, evitando la convocatoria intempestiva de juntas y congresos, que no harían sino embarazar la expedición de los negocios públicos con vanas discusiones, retardando el triunfo de la independencia, que era ante todo.

La Logia Lautaro trasplantada al Perú, que la componían en gran mayoría los jefes del ejército de Chile y las Provincias Unidas, le exigió en nombre de la seguridad común se pusiese a la cabeza de la administración general del país, como único medio de dar vigor y punto de apoyo sólido a las operaciones militares. Al someterse a esta exigencia, convencido que el Perú se anarquizaba sin una autoridad fuerte, escribía confidencialmente a O'Higgins: "Los *Amigos* (la logia) "me han obligado terminantemente a encargarme de este gobierno: he "tenido que hacer el sacrificio, pues conozco que de no ser así, el país "se envolvía en la anarquía. Espero que mi permanencia no pasará de "un año, pues usted, que conoce mis sentimientos, sabe que no son mis "deseos otros que vivir tranquilo y retirarme a mi casa a descansar".

Al reasumir públicamente por medio de un decreto suyo el mando político y militar de los departamentos libres del Perú, con el título de Protector, dirigió al pueblo la palabra en términos que la historia debe recoger íntegramente para darse cuenta de su criterio político y confrontarlo con sus actos posteriores (3 de agosto de 1821). "Al encargarme de la empresa de la libertad de este país, no tuve otro móvil

que mis deseos de adelantar la causa sagrada de la América y de promover la felicidad del pueblo peruano. Una parte muy considerable de mis deseos se ha realizado ya; pero la obra quedaría incompleta, y mi corazón poco satisfecho, si yo no afianzara para siempre la seguridad y la prosperidad futura de esta región.

"Desde mi llegada a Pisco anuncié que por el imperio de las circunstancias me hallaba revestido de la suprema autoridad, y que era responsable de su ejercicio. No han variado las circunstancias, puesto que aun hay en el Perú enemigos exteriores que combatir; y por consiguiente, es de necesidad que continúen reasumidos en mí el mando político y militar.

Espero que al dar este paso se me hará la justicia de creer que no me conducen ningunas miras de ambición, sino la conveniencia pública. Es demasiado notorio que no aspiro sino a la tranquilidad y al retiro después de una vida agitada; pero tengo sobre mí la responsabilidad moral, que exige el sacrificio de mis más ardientes votos. La experiencia de diez años de revolución en Venezuela Cundinamarca, Chile y Provincias Unidas del Río de la Plata me ha hecho conocer los males que ha ocasionado la convocación intempestiva de congresos, cuando aun subsistían los enemigos en aquellos países. Primero es asegurar la independencia; después se pensará en establecer la libertad sólidamente.

"La religiosidad con que he cumplido mi palabra en el curso de mi vida pública me da derecho a ser creído, y yo la comprometo ofreciendo solemnemente a los pueblos del Perú que en el momento en que sea libre su territorio haré dimisión del mando para hacer lugar al gobierno que ellos tengan a bien elegir. La franqueza con que hablo debe servir como un nuevo garante de la sinceridad de mi intención. Yo pudiera haber dispuesto que electores nombrados por los ciudadanos de los departamentos libres designasen la persona que había de gobernar, hasta la reunión de los representantes de la nación peruana; mas como por una parte, la simultánea y repetida invitación de gran número de personas de elevado carácter y decidido influjo en esta capital para que presidiese a la administración del Estado me aseguraba un nombramiento popular; y por otra había ya obtenido el asentimiento de los pueblos que estaban bajo la protección del ejército libertador, he juzgado más decoroso y conveniente el seguir esta conducta franca y leal, que debe tranquilizar a los ciudadanos celosos de su libertad.

"Cuando tenga la satisfacción de renunciar el mando y dar cuenta de mis operaciones a los diputados del pueblo, estoy cierto que no encontrarán en la época de mi gobierno rasgos de venalidad, despotismo ni corrupción. Administrar recta justicia a todos, recompensando la virtud y el patriotismo y castigando el vicio y la sedición en donde quiera que se encuentren, tal es la norma que reglará mis acciones mientras esté colocado a la cabeza de esta nación".

Debe creerse racionalmente en la sinceridad de estas protestas, abonadas por sus antecedentes, y en la lealtad de estos propósitos justificados por actos posteriores. Si hubo en ella ambición, fue legítima, porque era más digno que la de usurpar el poder de una nación informe para perpetuarse en él a título de conquistador apoyado en fuerzas extrañas, buscarlo en combinación con las fuerzas nativas. Si la prudencia y el éxito de la lucha empeñada imponían la dictadura que de hecho ejercía, hasta el instinto, cuando no la previsión y la aspiración a la gloria, aconsejaba la línea de conducta que se trazó.

El Protector nombró ministro de Hacienda al doctor Unanue, en

homenaje a la nacionalidad que fundaba, y que sólo le llevaba por contingente su fama científica y su carácter moral, pero cuyas ideas económicas eran atrasadas. García del Río y Monteagudo, sus dos secretarios en la campaña, fueron nombrados ministros en los departamentos de Relaciones Exteriores y de Guerra y Marina, animados ambos de principios liberales y anhelos de progreso, aunque con tendencias monarquistas. Monteagudo, de más voluntad y con más ideas teóricas en su cabeza, que revestía con un estilo lapidario y conceptuoso, se hizo el inspirador de la reforma y fué el nervio civil del nuevo gobierno. Como merecido premio de patrióticos servicios y para halagar el sentimiento local, Riva Agüero fué nombrado jefe político del departamento de Lima con el título de presidente, que era la más alta dignidad administrativa. Las Heras se encargó del mando inmediato del Ejército Unido, a que se agregó la bandera del Perú sostenida por sus soldados nativos.

Restábale regularizar su posición para con Chile, de quien hasta entonces se declaraba dependiente, explicando y justificando este cambio fundamental en el orden político y militar de las relaciones internacionales, y lo hizo en términos explícitos. "Al confiárseme la dirección de las fuerzas para libertar al Perú —decía al gobierno de Chile— se dejó a mi cuidado la elección de los medios para emprender, "continuar y asegurar tan grande obra. En el estado en que se hallan "mis operaciones militares, faltaría a mis deberes, si dejando lugar por "ahora a la elección personal de la suprema autoridad del territorio "que ocupo, abriese un campo para el combate de las opiniones y cho- "que de los partidos, para que sembrase la discordia que ha precipita- "do a la anarquía a los pueblos más dignos del continente americano. "Destruir para siempre el dominio español en el Perú y poner a los "pueblos en el ejercicio moderado de sus derechos es el objeto de la "expedición libertadora. Es necesario purgar esta tierra de la tiranía "y ocupar a sus hijos en salvar a su patria antes que se consagren a "bellas teorías y se dé tiempo a sus opresores para reparar sus que- "brantos y dilatar la guerra. Tal sería la consecuencia necesaria de "la convocación de asambleas populares. Apoyado en estas razones, he "asumido la autoridad suprema del Perú con el título de Protector, "hasta la reunión de un congreso soberano de todos los pueblos, en cuya "representación depositaré el mando y me resignaré a residencia. Las "tropas de ese Estado siguen con entusiasmo y auxilian mi afán por "la emancipación del Perú, y si la fortuna protege mis designios, mi "mayor gloria será restituírlas a su patria cubiertas de laureles". El gobierno de Chile, en una nota laudatoria, abundando en sus vistas y haciendo honor a sus rectas intenciones al reasumir el mando, le decía: "No era bastante, para dar libertad al Perú, arrojar de su capital "a los funcionarios del gobierno español, era indispensable poner a "esos pueblos a cubierto de la anarquía, preservarlos de la guerra ci- "vil y evitar el desenfreno de las pasiones al tratarse de elegir la au- "toridad suprema. Más difícil es conservar la libertad que adquirirla".

Por su parte, O'Higgins le escribía aplaudiendo efusivamente como amigo su resolución: "Millones de veces bendita la Eterna Providencia por ver los días del 10 de julio y del primero de la Libertad de "la capital de los Pizarros. Toda la amargura y desconsuelo de una "cansada administración que luchaba con la incertidumbre, lo ha des- "hecho su carta del 19 del pasado. Transportado de gozo, he sentido "los momentos más plausibles de mi vida. Quisiera estuviese usted "presente para darle mil abrazos; pero recíbalos desde este asiento

"de miserias y trabajos, que ahora convierte en plácemes la resolución "más grande y sabia, de encargarse usted del mando del Perú. Una "nueva vida recibe la América meridional en el nuevo empeño que han "de coronar las glorias a que la Providencia lo ha destinado. El bien "más grande que usted hace a esos pueblos es de regirlos. Se va a "economizar gentes bisoñas y nuevas en la revolución. Asegúrole que "más de una vez he temblado en la desconfianza de su resolución, pe-"ro desde ahora confío en que todo se ha de acertar".

El virrey La Serna, a quien San Martín comunicó la jura de la independencia y su reasunción del mando del Perú, le contestó irónicamente: "Permítame le diga que el haberse elegido a V. E. mismo por "suprema autoridad del país que llama libre es en mi concepto un acto "de aquellos que sólo en un sistema despótico puede ser admitido; que "las mismas personas que en esa capital acaban de jurar la indepen-"dencia, libre y espontáneamente, como dice V. E., puede ser que vuel-"van dentro de poco tiempo a jurar la constitución de la monarquía "española con más libertad y voluntad; en fin, que el tiempo hará co-"nocer si el nuevo título de Protector del Perú que ahora ha tomado V. E., es tan adecuado como el de Libertador".

VI

El primer acto oficial del Protector al día siguiente de asumir el mando fué un bando contra los españoles, riguroso en su parte dispositiva y violento en su forma, que acusaba el temperamento arrebatado de Monteagudo, quien lo aconsejó y redactó, a la vez que la pasión y el cálculo de San Martín, según sus instintos de criollo americano y de enemigo de raza, toda vez que los intereses de la revolución se encontraban en pugna con los de aquéllos.

Desde Valparaíso, al tiempo de darse a la vela la expedición libertadora, San Martín se había dirigido en una proclama a "los es-"pañoles europeos residentes en el Perú", declarando, que quería ser generoso antes de verse obligado a reclamar todo el rigor del derecho de la guerra, y que los convidaba a la paz y a la concordia, siempre que no se opusiesen a la independencia. "Vuestro destino está en vues-"tras manos, les decía. No vengo a hacer la guerra a las fortunas y "personas de los hombres. Sólo el enemigo de la libertad y de la inde-"pendencia de la América será el objeto de la venganza de las armas "de la patria. Abandonad, pues, el proyecto culpable de dominación o "servidumbre. Haceos americanos: tiempo es ya de acabar esta con-"tienda escandalosa de pocos contra todos. Yo os prometo del modo "más positivo que vuestras propiedades y personas serán inviolables, y "que seréis tratados como ciudadanos respetables si cooperáis a esta "grande obra. Pero si sordos a mi voz os encapricháis en oponer una "resistencia temeraria, yo tendré que ceder a la necesidad de ser un "ministro riguroso de las leyes de la guerra". Durante las negociaciones de Miraflores y Punchauca, había procurado propiciarse el elemento civil español, en la esperanza de hacerlo servir a sus planes y miras, y como se ha visto, no le faltaron cooperadores espontáneos; pero rotas las hostilidades y dueño de Lima, en presencia de la actitud retobada de los españoles, que por su riqueza y posición social constituían una potencia, decidióse a darles un golpe de maza que los anonadase.

El Protector, al recordar sus promesas a los españoles, les ma-

nifestaba en un bando, que sabía que "murmuraban en secreto, di-
"fundiendo con malignidad la idea de que sus designios eran sorpren-
"der su confianza". En virtud de este considerando trivial, "declara-
"ba —para poner el sello a las garantías dadas"—: que serían amparados en sus personas y propiedades los españoles que permanecieren en paz y jurasen la independencia. Los que no fiasen en esta promesa debían presentarse a pedir sus pasaportes y salir del país con todos sus bienes muebles. Los que sometiéndose al gobierno "trabajasen ocul-
"tamente contra el orden, experimentarían todo el rigor de las leyes
"y perderían sus propiedades". El bando terminaba con estas palabras: "Bien conocéis el estado de la opinión. Entre vosotros mismos
"hay un gran número que acecha y observa vuestra conducta. Yo sé
"cuanto pasa en lo más recóndito de vuestras casas. Temblad, si abusáis
"de mi indulgencia. Sea ésta la última vez que os recuerde que vues-
"tro destino es irrevocable y que debéis someteros a él".

La seguridad pública no justificaba tanto rigor, y violaba moralmente la promesa dada, aunque de su letra pudiera deducirse una condición de sumisión absoluta como medida de guerra. Además, la oportunidad era mal elegida al inaugurar una época de reparación, y sobre todo, el tono airado y la sombra del espionaje de los hogares tan siniestramente evocada por el gobernante, empero fuera un dictador, deprimía su carácter moral. Pero en este decreto había algo más que excesiva severidad e intemperancia de lenguaje: era una medida de terrorismo que respondía a un plan financiero. La guerra es la guerra, y la de la independencia sudamericana habíase sostenido en gran parte pesando sobre las fortunas de los españoles, por medio de empréstitos forzosos y confiscaciones. Iniciado este sistema de expoliación bélica en las provincias del Río de la Plata, y practicado por San Martín en Cuyo, de donde lo trasplantó a Chile, el Perú no podía escapar al código draconiano que se escribe con la sangre mezclada al sudor de los vencidos. En el fondo del fulminante bando del Protector, estaba la confiscación de las propiedades de los españoles enemigos de la independencia, como medida y recurso de guerra, revestido de las formas del terrorismo de la revolución francesa contra los sospechosos, de que estaba imbuído Monteagudo. No importa esto eximir a San Martín de su responsabilidad, pues además de que, como criollo apasionado y calculador, respondía a sus instintos e intereses, era su regla sistemática hacer la guerra a todo lo que directa o indirectamente pudiese hacer daño a la causa de la independencia que sostenía. Según Cochrane en uno de sus violentos panfletos contra San Martín, éste había dicho en Pisco, que su intención era dejar a los españoles "sin
"camisa con que mudarse". Cierta o no la especie, estaba en el temperamento y en el sistema del general de los Andes, y lo cumplió al pie de la letra como lo había hecho en Mendoza y aconsejado en Chile. No son los hombres sentimentales los que hacen triunfar las grandes causas en la lucha por la vida; pero aun cuando desde el punto de vista de la necesidad o la conveniencia, tuviese su razón de ser, debió armonizarse con los términos de la palabra empeñada, y en todo caso, no proceder al secuestro de los bienes de los españoles, sin que éstos hubiesen cometido un delito posterior violando una regla fija establecida, como se lo aconsejó Cochrane, bien inspirado en esta ocasión.

Hemos insistido sobre este punto al parecer incidental, no sólo porque la historia debe poner de relieve como lección los errores y los lunares de los grandes hombres, sino también porque esta medida en

sus consecuencias ejerció una influencia funesta sobre el destino de sus autores, como se verá a su tiempo.

Otro episodio que se liga con el sistema de persecuciones contra los españoles y el establecimiento del protectorado en el Perú, fué el extrañamiento del virtuoso arzobispo Las Heras, de edad de 80 años, que había cooperado con San Martín al aquietamiento de Lima al tiempo de la evacuación por los españoles, sin abandonar a su grey, y que autorizó con su presencia el congreso municipal en que se declaró la independencia, asistiendo al *Te Deum* con que se solemnizara. Español de origen, con ideas liberales, era en el fondo realista. Aun cuando se doblegase ante el hecho que no podía contrarrestar, obedecía a los impulsos de su conciencia y a los mandatos del Papa, cuando "recomen-"daba la fidelidad al monarca español y desarraigar y destruir com-"pletamente la cizaña de alborotos y sediciones que el hombre enemigo "sembró en América, inspirando a su grey el justo y firme odio, sin "perdonar esfuerzo". El clero peruano en general, y especialmente los curas, eran decididos partidarios de la independencia. No así sus altos dignatarios. El obispo de Trujillo había pretendido reaccionar contra el movimiento patriótico allí iniciado, y San Martín, por respeto a sus canas, no ejerció contra él ningún acto de represión. El arzobispo de Charcas, los obispos del Cuzco, Maynas, Huamanga, y encubiertamente el de Arequipa, habíanse constituído en promotores de la reacción contra la independencia y en predicadores ardientes de la causa realista. El arzobispo de Lima no podía sustraerse a las influencias que lo rodeaban y atraían. Un incidente produjo el estallido. El Protector, por medida de orden público, en momentos en que el enemigo al bajar de la sierra amagaba la capital, dispuso se cerrasen temporariamente las casas de ejercicios de mujeres. El prelado se resistio a dar cumplimiento a la orden. Se le significó que la orden era irrevocable. El contestó: que sólo los decretos del Ser Supremo eran irrevocables; y reiteró su renuncia de la dignidad archi-episcopal, con solicitud de pasaporte para España, el que le fué otorgado, fijándose el plazo de 24 horas para salir del país. El arzobispo, por su parte, aunque realista de corazón y por deber, era un hombre de juicio sano. "Al dejar este "país —escribió a lord Cochrane agradeciendo sus buenos oficios— "estoy convencido de que su independencia está sellada para siempre. "Yo manifestaré esta opinión al gobierno español y a la Santa Sede. "Haré al mismo tiempo cuanto pueda para vencer su obstinación, man-"tener la tranquilidad y secundar los votos de los habitantes de la "América que tanto aprecio".

Así se inauguró el protectorado del Perú, asumiendo el carácter de perseguidor implacable de los españoles y ejerciendo el Protector las prerrogativas del Papa, al aceptar la renuncia de un ministerio espiritual, al mismo tiempo que la más mansa de sus víctimas, al negar lo irrevocable de sus decretos temporales, reconocía como irrevocable la independencia de la América, que era en gran parte la obra de su perseguidor.

VII

Al presentar a San Martín bajo su nueva fase, en el apogeo del poder y de la gloria, y como libertador del Sud del continente y árbitro de los destinos del Perú, realizados sus planes y hasta sus sueños, hemos observado, que había llegado el momento de prueba de la po-

tencia de su genio y de su equilibrio moral, por cuanto los hombres que se elevan a las grandes alturas, pierden con frecuencia las nociones que dirigieron con seguridad sus pasos, y el delirio o el cansancio suele apoderarse de ellos. (V. § I de este cap.). Antes habíamos dicho al marcar los puntos de partida de su carrera en Cuyo, que debían tenerse presentes para comparar al hombre a sí mismo cuando en más vasta escena, con más grandes recursos y el auxilio de mayor cúmulo de luces, le veamos relativamente empequeñecerse como político y como gobernante, porque era un fenómeno que estaba en la naturaleza de su genio concreto, que su potencia individual se desenvolviese con más amplitud y eficacia unipersonalmente en un medio análogo, en esfera circunscripta, con un objetivo determinado, para llegar a resultados precisos, previstos en la medida de sus facultades. San Martín en Cuyo es un verdadero creador, que remueve y maneja hombres y cosas, y lo dispone todo según el plan preconcebido, que coordina elementos contados, disciplina voluntades subordinadas, realiza por instinto utopías y planes, y hace brotar legiones y tesoros del suelo erial que pisa, como un Hermes Trimegisto, para fundar nuevas naciones, haciendo dar a los hombres y las cosas todo lo que podían dar de sí y a sus cualidades todo su temple y elasticidad como la hoja de una espada de Toledo. El secreto de su potencia como hombre de acción y pensamiento, según se apuntó entonces, consistía más que en su inteligencia, en la fuerza de su voluntad concentrada y puesta en tensión, que le hacía ver claro su objetivo en su círculo de actividad, sin vacilaciones ni desperdicio de fuerzas, obrando por cálculo más que por inspiración, más por instinto que por su escasa instrucción, porque sabía lo que quería y cómo lo quería y adónde iba, como el buen tirador práctico, que con el arma que sabe manejar hiere el blanco en el punto de su visual (véase cap. IX, § V y VI).

No era San Martín un hombre de gobierno, propiamente hablando. No poseía los grandes talentos del administrador ni tenía las largas vistas del político en la curva trascendental. No estaba preparado para el manejo directo de los variados negocios públicos, que por otra parte le eran antipáticos cuando no tenían un objeto determinado en que interviniera su pasión o la ejecución de sus planes. Era indiferente en cuanto a formas de gobierno, que subordinaba a la independencia y al orden, sin perder de vista la libertad. Por eso tal vez no tenía la ambición del mando en el gobierno, y con su temperamento de libertador se adaptaba a la índole de todas las nacionalidades que fundaba, sin imprimirles un sello personal, dejando a su espontaneidad desenvolverse en su medio, sin violentarlas. Verdad es que su escasa instrucción al servicio de sus raras dotes naturales, le bastaba como hombre de guerra y administrador militar. Era un político de instinto, un observador penetrante de los hombres y los hechos con ideas propias y criterio seguro, que se daba exacta cuenta de las situaciones y trazaba sin confusión sus líneas en el mapa intelectual de su cabeza, cuando sus facultades estimuladas por un fin más o menos inmediato se aplicaban a un objeto determinado o a una situación dada. Un nuevo itinerario militar al través de un continente, el paso de los Andes combinando sus movimientos con la configuración de las montañas, la marcha estratégica de Chacabuco, las maniobras tácticas sobre el campo de batalla de Maipu, la dilatación de las armas independientes al través del mar Pacífico, las complicadas marchas y contramarchas en las costas y sierras del Perú, y las proyecciones para determinar el punto

de convergencia de las armas independientes en el centro de la America, cerrando el círculo de la lucha con la espada del libertador, he ahí las grandes líneas definidas en que su genio se dilata dentro de la medida de su compás, a que debe agregarse su ingenio fecundo en expedientes, su voluntad potente y su carácter equilibrado.

Llamado por la primera vez a presidir directamente un gobierno en su complicado mecanismo, en teatro más vasto que el de Cuyo, y con múltiples objetivos que dividen su atención y su actividad, ya no se bastaba a sí solo, y de aquí la necesidad de auxiliares que despojan su obra de su original unidad. San Martín, protector del Perú, no se agranda, y se muestra inferior a su misión. Su genio militar no toma nuevo vuelo; sus planes expectantes y negativos parecen inspirarse en el fatalismo más bien que en la previsión que pone los medios para alcanzar los fines que se buscan; y si se dilatan más allá de su esfera, es contando con otros elementos, otras fuerzas y otras combinaciones fuera de su alcance. Su voluntad parece que se destempla, y busca la solución de los arduos problemas de una situación por él creada, por medios y modos que contrarían la corriente de los acontecimientos, que ya no domina. Al ir a tocar el término de su gran jornada, hace un alto, y su cuerpo enfermo, que encierra un espíritu más inquieto que activo, se enerva en la inacción y comunica a la masa a que debe dar impulso, la fuerza de inercia, que resiste, pero no obra. Por eso decíamos que su gloria había llegado a la culminación de los astros que declinan.

Al mismo tiempo que San Martín se elevaba al apogeo del poder, moría maldiciéndolo en Mendoza, la cuna de su gloria, su antiguo enemigo José Miguel Carrera (4 de setiembre de 1821), ¡ejecutado como un bandolero en el mismo patíbulo de sus desgraciados hermanos!

CAPITULO XXXIII

EL PROTECTORADO DEL PERU

AÑOS 1821-1822

Carácter del protectorado del Perú. — Enervación de las fuerzas libertadoras. — Situación política y militar. — Los realistas de la sierra reabren las hostilidades. — Canterac con 4000 hombres invade el valle del Rimac. — Alarma y entusiasmo en Lima. — San Martín con su ejército se pone en campaña cubriendo a Lima. — Hábiles maniobras tácticas de los dos ejércitos beligerantes. — Prudencia de San Martín. — Retirada de Canterac. — Rendición del Callao. — Examen de la conducta militar de San Martín en esta ocasión. — Duplo papel del Protector. — La obra reformadora de San Martín en el Perú. — El Estatuto provisional. — El Consejo de Estado. — Primer síntoma aristocrático. — La *Orden del Sol* y la creación de una nueva nobleza. — La orden patriótica de las damas peruanas. — El delirio de las grandezas y modestia de San Martín. — Cuentas del Protector. — Achicamiento de un grande hombre. — El rey José. — Bases del protectorado. — Constitución americana del ejército argentino-chileno. — Conato de conjuración militar contra San Martín. — Plan monarquista de San Martín. — La *Sociedad Patriótica* de Lima. — Misión secreta de García del Río y Paroissien para buscar un rey en Europa. — Estado de la opinión en Chile contra San Martín. — Rechazo de la política monárquica de San Martín por O'Higgins. — García del Río aconseja a San Martín resignar el mando político y convocar un congreso. — Caducidad del protectorado. — Luces convergentes que explican un misterio histórico.

I

El protectorado de San Martín hace época en los anales del Perú. Declaró su independencia, fundó su primer gobierno nacional y bosquejó su constitución política. Pero la independencia era todavía una cuestión a resolver por las armas; el país no estaba preparado para el ejercicio de su propio gobierno; sus fuerzas no habían concurrido hasta entonces de una manera eficiente a este doble resultado, y su organización definitiva, en medio de las tendencias monarquistas del poder que lo regía y los instintos democráticos del pueblo, era un problema oscuro, complicado con los elementos que mantenían esta situación incierta. El Perú, como antes de la expedición de San Martín, se encontraba en las condiciones de no poder libertarse por sí solo, por

las causas ya señaladas, ni tampoco de reasumir su propio gobierno, y necesitaba por lo tanto del auxilio extraño para independizarse y organizarse como nación, según los hechos lo demostrarán. Así, el poder del Protector era un hecho que dependía del concurso del país libertado y del apoyo de los dos ejércitos con que se había lanzado a su atrevida empresa, que hasta entonces sólo le daba el dominio disputado de la mitad del territorio, con la espina del Callao clavada en un pie del triunfador, como antes lo había sido Talcahuano en Chile. Algunas fuerzas morales y materiales del país se habían asimilado al protectorado, y las fuerzas militares que lo sostenían mostrábanse al parecer compactas; pero unas y otras empezaban a ser trabajadas por un espíritu de resistencia nacional latente y por un fermento de indisciplina sorda, que era la consecuencia de la desobediencia de San Martín para con su patria, del origen de su mando que tenía por título el acta revolucionaria de Rancagua y de su independización del gobierno de Chile, que lo constituía en entidad aislada, dependiente del concurso de voluntades difíciles de amalgamar, y sobre todo, del concurso eficiente del país mismo, cuyos elementos orgánicos aun no habían tomado la suficiente consistencia.

San Martín, al declararse Protector del Perú, abdicaba en cierto modo su gran papel de libertador americano, en el hecho de nacionalizarse como gobernante peruano, y se enajenaba la voluntad y el concurso directo de los pueblos y gobiernos cuyas armas mandaba, a la par que no satisfacía del todo las aspiraciones del pueblo libertado, y más bien las contrariaba con sus planes de tendencias monárquicas. Su punto de apoyo sólido era el ejército de los Andes y el de Chile, pues la organización del ejército peruano era todavía un embrión que apenas podía contarse como elemento auxiliar. Lo único que daba cierta cohesión política a estos elementos de fuerza, que tenían que hacer frente al enemigo dueño de la mitad del territorio, era la institución secreta de la Logia Lautaro, compuesta de los jefes de los mismos ejércitos y de algunos peruanos nuevamente afiliados, de la que San Martín dependía con arreglo a su ley disciplinaria. No era ya el Libertador, aquel general de los Andes, que reconquistaba a Chile, y asumía el papel de auxiliar y director de la guerra; ni el generalísimo de dos repúblicas, que aliadas libertaban el Perú; ni tampoco el gobernante nacional con fuerzas propias del país libertado. No obstante que la reasunción del mando supremo en su persona fuesen una necesidad y una conveniencia, y que en tal acto no interviniese ni la ambición personal ni el desconocimiento absoluto de los derechos de los naturales, el Protector, al asumir esta actitud anormal, se presentaba al parecer ante el Perú como una imposición de fuerzas extrañas; ante éstas, como un general aventurero y un compañero de fortuna de sus comilitones, y ante las naciones a que pertenecían, como un desertor o un súbdito emancipado. Era una de esas situaciones en la historia que no tienen sino tres salidas: o el triunfo sobre el enemigo, que todo lo resolvía, o la identificación con el país libertado, por medio de la creación de nuevos elementos nacionales, o la conservación en el mando por medio de la violencia, quedando una cuarta salida, que era la abdicación del poder o por la fuerza de las cosas o por voluntad deliberada. Tales eran los complicados problemas que entrañaba el protectorado en medio de su aparente grandeza y su real debilidad orgánica.

Lo más grave de esta situación era que el nervio militar se había destemplado física y moralmente. Los ejércitos concentrados en Lima

sin más objetivo que el Callao, por efecto del abandono de la campaña de la sierra y de la expedición de puertos intermedios, participaban de las influencias del clima y del medio social, y como lo había pronosticado Arenales, la inacción, las enfermedades y la desmoralización lo consumían. Lima se había convertido en la Capua de los libertadores, y el Aníbal de los Andes languidecía como el vencedor de Canes, bien que como se ha dicho no fuese el placer sino sus dolencias físicas lo que embotaba sus fuerzas. Todo parecía entregado a la acción lenta del tiempo, en el doble sentido de la acción eficiente y de la descomposición recíproca de los elementos que debían concurrir a ella. Mientras tanto, los jefes murmuraban y conspiraban, y Cochrane al frente de la escuadra de Chile resistía a ser absorbido por la atracción que peruanizaba los elementos militares de la expedición libertadora.

En esta situación, los realistas reabrieron las hostilidades, tomando decididamente la ofensiva sobre Lima.

II

Mientras los independientes permanecían en la inacción reconcentrados en Lima, descuidando las operaciones militares, los realistas se rehacían en la sierra con un tesón que hace grande honor a los jefes que los dirigían. Dueños de un país militarmente fuerte por la naturaleza del terreno, salubre y abundante en recursos; con una opinión a su favor, a que daban tono los escarmientos de que había sido teatro y la retirada de las armas independientes así de la sierra como de la costa del Sud, el general La Serna estaba en actitud de volver a tomar la ofensiva a los cincuenta días de haber evacuado casi deshecho la capital del Perú. La idea de volver a Lima no era popular en el ejército realista: el recuerdo de las pestes de la costa, de las miserias sufridas allí y del terrible paso de la cordillera en pleno invierno, lo amedrentaba, además de que la operación se consideraba muy arriesgada. Pero la plaza del Callao, con una guarnición numerosa —2000 hombres— que interesaba salvar, y escasa de víveres, tendría necesariamente que rendirse por hambre si era abandonada, y el virrey había prometido socorrerla. Por otra parte, existía allí un gran depósito de armamento, de que carecían las tropas del Rey, bloqueadas como estaban en medio del continente. Si la expedición lograba penetrar en la plaza sin combatir, podría extraerse la guarnición y el armamento, e inutilizar las fortificaciones en último caso; y si la ocasión se presentaba propicia, era factible decidir la cuestión en una batalla con probabilidades de buen éxito, aun cuando se arriesgase algo. Estas consideraciones prevalecieron y la expedición quedó decidida.

El general Canterac, llevando por jefe de estado mayor al coronel Valdez, fué encargado de ejecutar la difícil operación, con una columna selecta del ejército de las mejores y más probadas tropas realistas, compuesta de 2500 infantes, 900 jinetes y 9 piezas de artillería. El virrey, con el resto de su ejército, debía permanecer en Jauja. El 25 de agosto de (1821) movióse Canterac y atravesó en masa los Andes de Oriente a Occidente, descendiendo por la quebrada de San Mateo con dirección a Lima, sin encontrar en su tránsito un solo enemigo. En Santiago de Tuna, a 88 kilómetros de la capital, dividió su fuerza en dos columnas, dándoles por punto de reunión la Cienaguilla, sobre el río Lurín, como a 30 kilómetros al sud de Lima. La columna

de la izquierda, a las órdenes de Loriga, con el grueso de la caballería, tomó la quebrada contigua del Espíritu Santo, que conduce al valle de Lurín, y en su tránsito batió un destacamento patriota, tomándole 26 prisioneros y haciéndole como 50 muertos. La columna principal continuó su marcha durante el día hasta el promedio de la quebrada de San Mateo, con el objeto de persuadir al enemigo que era su ruta para descender al valle del Rimac; pero en la noche se inclinó sobre su izquierda en busca de la del Espíritu Santo, que conduce a la Cienaguilla. Con ciega temeridad se lanzó a rumbo, sin conocimiento del terreno, por un camino hasta entonces nunca transitado, en que se despeñaban los jinetes con sus caballos y la infantería rodaba por sus ásperas pendientes hasta el fondo de los precipicios. La impopularidad de los españoles era tal, que según confesión de uno de sus historiadores, no pudieron encontrar un solo guía en todo el país. Al amanecer el día 4 encontróse la columna en medio de las áridas fragosidades de la montaña, sin senda practicable, en un terreno arenoso, sin agua y bajo el sol abrasador de los 12º de la equinoccial. La sed empezó a acosar a hombres y bestias. Para mitigarla, algunos mascaban balas de plomo o la corteza de los arbustos que por acaso encontraban, y otros bebieron hasta sus propios orines. Llegó un momento en que la voz de mando de sus jefes fué desoída. Los soldados, exánimes unos, estropeados otros, se tendían en el suelo, prefiriendo la muerte a dar un paso más. Al aproximarse al río de Lurín, cuando apenas faltaban dos kilómetros para llegar a él, se ofreció un grado a nombre del Rey al primero que encontrase agua, y no hubo uno solo que se moviese. Dos compañías habrían bastado en aquel momento para rendir toda la infantería expedicionaria. Canterac, que llevaba la cabeza de aquella dispersión producida por su imprudencia, fué el primero que descubrió el agua, después de una desesperada marcha de 50 kilómetros. Esta nueva reanimó los espíritus, y se estableció un servicio de cantimploras llenas de agua, que alcanzaban a los más postrados, llegando una de ellas a Valdez, que cubría la retaguardia de la columna, en momentos en que iba a perecer de sed. El 5 estaban las dos columnas reunidas en la Cienaguilla, con algunas pérdidas de desertores, muertos o estropeados. Los soldados españoles, en su enérgico lenguaje, bautizaron por antítesis a la quebrada del Espíritu Santo, con el nombre de la "Bajada de arrastraculos".

III

San Martín al recibir la noticia de la invasión, en la noche del 4 de septiembre, hallábase en el teatro, y la anunció desde su palco a los espectadores, llamando al pueblo a las armas, y pidióle orden y unión para triunfar en los momentos en que iba a decidirse de la suerte del Perú. En medio de un gran entusiasmo, entonóse la nueva canción patriótica decretada por el Protector, por los jefes del ejército que se hallaban presentes, haciendo el pueblo coro, y todos prorrumpieron en vivas estruendosos. Mal preparado San Martín para la ofensiva, y apenas para la defensiva aun contra fuerzas inferiores en número, pero de mejor calidad que las suyas, expidió al día siguiente una proclama sin bríos, que indicaba una resolución pasiva más bien que una decisión heroica o una confianza deliberada. Su ignorancia de los movimientos era tal, que el mismo día en que los españoles se concentraban en el valle inmediato de Lurín (5 de septiembre), él sólo anuncia-

ba la presencia de dos avanzadas de 300 y 200 hombres en la quebrada de San Mateo. "Los brazos que libertaron a Lima, decía, sabrán pre-"servarla del furor del ejército español. Mis tropas no os abandona-"rán. Vamos a triunfar de ese ejército que viene sediento de sangre "y propiedades, o a perecer con honor. Nunca seremos testigos de nues-"tra desgracia. Unión, tranquilidad y eficaz cooperación es lo que ne-"cesito para asegurar al Perú su felicidad y su esplendor".

Sus obras fueron mejores que sus palabras. Su actitud resuelta y serena y sus bien calculadas medidas militares, infundieron confianza, y eficazmente ayudado por Riva Agüero, gobernador civil y tribuno de la plebe, logró entusiasmar al pueblo a fin de hacerlo concurrir a la defensa de sus hogares amenazados. La milicia se reunió en sus cuarteles y acudió la de los alrededores, aunque sin armas; los sacerdotes arengaban a la multitud en las calles con el crucifijo en una mano y el puñal en la otra; las murallas de la ciudad fueron cubiertas por los voluntarios, confiando la guarda de las portadas a oficiales veteranos con los grupos mejor armados y organizados de la milicia cívica. "Todo lo demás era jarana", según la expresión de Monteagudo, y lo repite un historiador peruano. Era todo lo que se necesitaba para asegurar su base de operaciones contra un golpe de mano y producir efecto moral. Canterac, al saber la decisión de Lima, desistió de todo intento contra la población, y se limitó a maniobrar, tomando por objetivo el Callao.

El núcleo sólido de los combatientes patriotas lo formaba el ejército chileno-argentino, que aunque disminuído por la deserción y las enfermedades, y llenadas sus bajas con reclutas, conservaba siempre su antiguo espíritu. Numéricamente era superior al ejército invasor, pero inferior en la calidad de las tropas. En cuanto al mando, puede decirse que estaban equilibrados. Canterac, con su audacia y habilidad, se mostró digno émulo del genio militar de San Martín. El ejército independiente, sin contar las comparsas militares que sólo hacían bulto para el efecto teatral, e incluyendo la guardia cívica de la ciudad, regularmente armada y organizada y un cuerpo de línea peruano de reciente creación, constaba de 5870 hombres, de los cuales 2125 militaban bajo la bandera argentina, 1595 bajo la chilena y 1410 eran peruanos. El Protector concentró su ejército de operaciones argentino-chileno-peruano, de 4800 hombres, tres kilómetros al sud de las murallas de la capital. Tendió su primera línea con frente al Sudeste, cubierto por el río Surco, afluente del Rimac, que aunque de poca anchura, sólo era vadeable entonces por tres puentes, a causa de sus bordes escarpados y rápida corriente. En esta actitud cerraba los caminos del sud y del este de Lima y amagaba por el flanco el del Callao. Su flanco izquierdo se apoyaba en un recodo del mismo río, y el derecho en un relieve del terreno poblado de edificios fuertes en medio de una llanura llamada pampa de San Borja, que cruza el camino real. Su infantería estaba parapetada por tres órdenes de tapias, a que sólo daban acceso estrechos callejones, lo que impedía que pudiese obrar la caballería enemiga. A su retaguardia, se extendían las alturas llamadas del Pino, que se ligaban con las defensas de la ciudad. La caballería se situó a retaguardia de la derecha, que era el único punto por donde el enemigo podía intentar un ataque o una marcha de flanco para dirigirse al Callao ocupando los campos de San Borja. Las guerrillas o montoneras estaban esparcidas en todos los caminos. Canterac reconoció la posición de San Martín, y por confesión propia la

consideró inatacable. El primer objeto del general independiente estaba llenado: que era cubrir la ciudad, contener al enemigo por el frente, cerrarle el acceso del Este al pie de la sierra para impedirle contornear su posición, y obligarlo a maniobrar por su izquierda encerrándose sobre la faja árida de la costa en el pequeño triángulo que limita la corriente del Rimac, a menos de tentar un ataque sobre el flanco derecho de los patriotas, que era el más débil una vez salvado el obstáculo del río Surco. Esto fué lo que hizo Canterac, porque era lo único posible.

El general español, desistiendo de todo ataque por el frente y la espalda, formó el día 9 a las 7 de la mañana en tres columnas paralelas; la de la derecha con su caballería, la del centro con la infantería y artillería y la de la izquierda con los bagajes, cubriendo la retaguardia con un escuadrón. En esta disposición, emprendió una marcha de flanco sobre su izquierda costeando a la distancia el río Surco. Al llegar a la altura del tercer puente situado a dos tiros de cañón de la derecha patriota, varió rápidamente a su derecha y desembocó en la espaciosa llanura de San Borja, que ocupó la caballería primero y sucesivamente la infantería, pasando por los claros de la primera para tomar la primera línea, que se estableció sólidamente parapetada de unos tapiales que flanqueaban el camino real. San Martín, que había previsto este movimiento, hizo un cambio de frente central, retirando su derecha, que apoyó en las alturas del Pino, y avanzó su izquierda, cubierta, siempre por el río Surco, en un terreno que se desenvolvía en anfiteatro, a cuyo pie se extendían otras tres órdenes de tapias como las que anteriormente resguardaban su infantería. De este modo, ambos ejércitos volvieron a quedar formados en orden paralelo. En esta disposición permanecieron observándose, sin intentar ningún movimiento por una ni otra parte, hasta las 3 de la tarde. A esta hora, el ejército independiente empezó a desfilar por su derecha, y tendió una nueva línea, apoyando su izquierda en las alturas del Pino y su derecha sobre las murallas de Lima, amagando la izquierda enemiga, para obligarlo a atacar con desventaja o encerrarse forzosamente en el triángulo del Callao. Canterac operó al anochecer un cambio de frente perpendicular, rehuyendo su derecha y avanzando su izquierda, y dió frente a Lima. Así se pasó la noche.

En la mañana del 10, apareció el ejército de San Martín con su derecha avanzada, flanqueando el camino de Lima al Callao. Canterac, temiendo que los caminos de su retaguardia fuesen interceptados, emprendió definitivamente su marcha hacia la costa, para situarse bajo el amparo de los fuegos de los castillos del Callao. San Martín, al ver moverse las columnas españolas hacia el triángulo estratégico previsto en su plan defensivo-ofensivo, restregóse las manos, como lo hacía toda vez que estaba satisfecho o decía algo con marcada intención, y exclamó en su estilo cortado, dirigiéndose a Las Heras, que estaba a su lado, a caballo como él: "¡Están perdidos! ¡El Callao es nuestro! No "tienen víveres para quince días. Los auxiliares de la sierra se los "van a comer. Dentro de ocho días, tendrán que rendirse o ensartarse "en nuestras bayonetas". En ese momento se hizo sentir un murmullo en el campo, y poco después se presentaba Cochrane a caballo. Las Heras, que se adelantó a recibirlo, le pidió se esforzara en persuadir al general que atacase. El almirante, que estaba siempre por las resoluciones atrevidas y se avenía mal con el sistema expectante de San Martín, cogióle de la mano y le instó encarecidamente en tal sentido:

pero recibió por única respuesta: "Mis medidas están tomadas". Un campesino se acercó al general poco después, trayéndole noticias de los movimientos del enemigo, y calculadamente o porque le interesaba, escuchaba con atención sus divagaciones. Cochrane, impacientado, increpó al campesino, diciéndole que el tiempo del general era muy precioso para emplearlo en escuchar tonteras. San Martín miró al almirante con ceño adusto; dió vuelta al caballo sin decir una palabra, y se dirigió a su alojamiento. Cochrane solicitó entonces una audiencia, y volvió a insistir en el ataque, rogándole no perdiese aquella oportunidad, y hasta se ofreció a ponerse personalmente a la cabeza de la caballería. La respuesta del Protector fué: "Yo solo soy responsable de "la suerte del Perú". Esta fué la última vez que se vieron en la vida San Martín y Cochrane.

El general de los Andes jugaba su última partida de ajedrez militar sobre el tablero del Rimac, haciendo mover sus cálculos las masas propias y ajenas. Y como quien mueve sucesivamente los peones, los caballos y las torres para dar jaquemate, adelantó su ejército hasta el promedio del camino de Lima al Callao, que era un verdadero desfiladero, cortándolo en el punto medio denominado La Legua o Tambo de Mirones, y apoyó su derecha sobre el Rimac. Allí levantó una batería, con dos parapetos laterales, que artilló con 6 cañones de batalla y 2 obuses. La operación de la sierra había fracasado, el Callao estaba perdido irremisiblemente por los realistas, y el ejército de Canterac en riesgo inminente de perderse totalmente.

IV

El éxito de la operación de Canterac dependía de abastecer de víveres las fortalezas del Callao, y éstos no podían sacarse sino de Lima apoderándose de la ciudad, o bien dominando sus alrededores del Este y del Norte para proveerse de ganados. Lo primero era imposible, sin vencer el ejército de San Martín. Para lo segundo, le estaban cerrados todos los caminos. Así lo comprendió Canterac, y desde entonces sólo pensó en la retirada, abandonando el Callao a su suerte.

En los primeros días de septiembre, el gobernador del Callao, La Mar, había celebrado una junta de guerra con el objeto de disminuir la ración, en vista de la escasez de víveres; pero se acordó no hacer innovación a la espera del auxilio prometido por el virrey. Así, al ver aparecer bajo sus muros el ejército expedicionario de la sierra, la esperanza renació en la guarnición. Pero pronto el júbilo se convirtió en desesperación al saber que los auxiliares no traían recurso alguno, y que eran otras tantas bocas hambrientas que iban a devorar en pocos días sus escasas provisiones. Para este caso, Canterac tenía instrucciones del virrey de arrasar las fortificaciones y recoger su guarnición, extrayendo de los depósitos el mayor número de armamento posible. El general La Mar se opuso a tal medida, haciendo presente que esto equivalía a entregar a discreción a los españoles refugiados con sus familias en los fuertes, y se desistió del intento. Entonces se procuró abastecer la plaza por medio de una contrata con varios comerciantes ingleses, que se ofrecieron a introducir víveres por agua, mediante el abono de 500.000 pesos, pagaderos 100.000 al contado y 400.000 en las cajas de Arequipa. Las cajas reales del Callao estaban casi exhaustas por efecto del riguroso bloqueo marítimo y terrestre, así es que fué necesario acudir al peculio particular de los refugiados

y de los jefes y oficiales, y para llenar el cupo la misma tropa de Canterac tuvo que devolver 2000 onzas de oro que había recibido a cuenta de sus sueldos. Antes de abandonar el Callao a su suerte, discutióse en junta de guerra la idea de atacar el ejército independiente en sus posiciones, estableciendo baterías de grueso calibre sobre su línea; pero excepto tres jefes, todos los demás opinaron por la retirada, y así quedó acordado. Al principio se pensó que cada soldado, además de sus armas, condujese colocado a la espalda un fusil, a fin de extraer algún armamento; pero no sólo se desistió de este propósito, sino que se resolvió que de las siete piezas de montaña que habían bajado de la sierra, se dejasen cinco en el Callao para aligerar la marcha. La posición de los realistas era crítica. La deserción empezaba a pronunciarse en sus filas: en dos días se pasaron a los independiente ocho oficiales y 200 soldados. Las cabalgaduras se iban consumiendo. El hambre era la única perspectiva que se les presentaba. Tres días más de inacción, y hasta la retirada era imposible, y tenían que capitular sin combatir. Canterac, tomando consejo de su resolución y confiado en la solidez de sus tropas, decidió retirarse por camino opuesto al que había traído, por una atrevida marcha de flanco, fiando la salvación a los pies de sus soldados, pero resuelto a combatir si era necesario para ganar la sierra.

El 16 a las 4 de la tarde, el ejército expedicionario de la sierra, vestido de gala, se movió en masa del Callao, y avanzó sobre el camino de Lima en campo abierto dando vivas al Rey. Canterac, con una división ligera y sus dos piezas de montaña, hizo un amago de ataque sobre la posición de La Legua, para ocultar su movimiento retrógrado; pero se mantuvo fuera del tiro de cañón. Mientras tanto, el grueso de su ejército desfilaba a retaguardia por su izquierda a banderas replegadas, vadeaba el Rimac a inmediación de la playa en Bocanegra, y se ponía en salvo, tomando la dirección del Norte. Al ponerse el sol, la división destacada seguía el movimiento general, cubriendo la retirada. A esa hora se hizo sentir un cañoneo. Era un bergantín de la escuadra chilena, que barría el camino de la playa, y hacía fuego sobre la columna española, causándole algunos muertos.

Canterac, protegido por las sombras de la noche, vióse obligado a seguir el camino de la costa del mar, por un terreno montuoso y pedregoso, en que se le inutilizaron sus cabalgaduras, maltratándose los soldados, que con el cansancio y el hambre empezaron a perder sus bríos; pero tenía que esquivar su flanco derecho amenazado, y esto le hizo apresurar su marcha, dejando muchos rezagados. El 17 al amanecer se posesionó del valle de Carabaillo, como a 15 kilómetros al norte de Lima, por cuyo fondo corre el río Chillón que baja de Canta, y conduce al paso de la cordillera camino de Jauja. Aquí hizo alto y se proporcionó algunas reses para comer, descansando en tanto de sus fatigas.

V

San Martín había presenciado el desfile de Canterac desde la batería de Mirones. Impasible y silencioso, asistía a un nuevo triunfo sin combate, perseverando en su nuevo sistema de guerra de *victor sine sanguine*. Su ejército ardía en deseos de pelear, y creía segura la victoria; pero después de la escena con el almirante Cochrane, nadie se atrevía a darle consejos, Si obraba por exceso de prudencia, orgullo o desconfianza, al permanecer en esta actitud pasiva con las armas des-

cansadas, lo examinaremos después; pero éste habría sido el momento de arriesgar algo, aprovechando la oportunidad para completar el triunfo, ya asegurado en gran parte. San Martín, fija su atención en la rendición del Callao, que de suyo se rendía, hizo las cosas a medias, y tardíamente desprendió a Las Heras (17 de septiembre) con el grueso del ejército en persecución de Canterac.

La persecución, no bien combinada, floja en un principio, e imprudente al fin, brindó al enemigo algunas ventajas en su retirada. El 18, se hallaba el ejército perseguidor a tres kilómetros de Canterac, situado en Macas, en la prolongación ascendente de la quebrada de Carabaillo. Los partes oficiales de Las Heras acusan cierta irresolución. "Los enemigos (escribe el 18 a las 9 de la mañana), acampa- "ron anoche en Pueblo Viejo. A las 7 de esta mañana, aun no se ha- "bían movido, y yo marcho sobre ellos consecuente a las órdenes de "V. E.". A las 3 de la tarde del mismo día, decía: "Ha resultado que "la verdadera posición del enemigo, era la de San Lorenzo, sobre un "cerro. Cargado por nuestras guerrillas por su derecha hizo una sali- "da con una columna de infantería y mucha parte de su caballería "rechazando todas nuestras guerrillas. Me vi en la necesidad de reple- "garme y proteger la dispersión con toda nuestra caballería. Nuestros "montoneros se han rehecho. Pareciéndome sospechosa, como asimismo "fuerte su posición, he determinado que el ejército permanezca en los "puntos que ocupa hasta que decida completamente el enemigo su mo- "vimiento". A las 9 de la noche del mismo día: "Al fin decidió el ene- "migo un movimiento a las 4.30 de la tarde, corriéndose sobre su iz- "quierda. En su consecuencia, la posición que ocupamos es la mejor, como asimismo para perseguirlo, según pienso". Al día siguiente (19 de septiembre). Las Heras no había emprendido ningún movimiento decisivo, ni tenía un plan hecho de persecución. A la altura de Caballeros, a 47 kilómetros de Lima, desistió de continuarla en masa, y desprendió a vanguardia la división de Miller, compuesta de 700 infantes, 125 Granaderos a Caballo y 500 montoneros, que después de un retardo de diez horas, sólo se movió a las 9 de la mañana del 20.

Un esfuerzo vigoroso habría dado en aquellos momentos un triunfo completo al ejército independiente; pero la inacción en Lima había relajado su fibra, y además estaba sordamente trabajado por causas que a su tiempo se explicarán. El ejército de Canterac se le deshacía entre sus manos. Precisamente, el día 18, al tiempo de rechazar en San Lorenzo el ataque desconcertado de los independientes, se le desertaron 30 oficiales y 500 soldados de las tres armas. Los españoles, según confesión propia, habían perdido casi la mitad de su infantería. Al emprender Miller su marcha, se le presentaron 100 pasados más de los realistas. Alucinado, o como se ha creído generalmente, a causa de la grave enfermedad de tercianas contraída en la expedición de puertos, que por momentos le privaba de calcular con exactitud lo que convenía, se lanzó en una persecución temeraria, pretendiendo no sólo hostilizar la retaguardia del enemigo, sino también contener su marcha hacia la sierra. Con tal objeto, en la madrugada del 22, trató de apoderarse de la altura de Porochuco; pero al llegar a su cumbre, despues de una fatigosa marcha de 10 kilómetros, le salió al encuentro una emboscada mandada por el brigadier Monet, que lo obligó a replegarse, con algunas pérdidas. El 23 se adelantó de nuevo Miller hasta Huamantanga, y tomando la izquierda del enemigo, pretendió cerrarle el camino de la montaña con 400 cazadores, sostenidos por una columna

de reserva. A las 11 de la mañana se trabó de nuevo el combate. Los españoles cargaron con denuedo. La división de Míller fué desalojada de la fuerte posición que ocupaba, dejando en el campo armas, muertos y prisioneros. Este fué el último zarpazo del león en retirada. Aquí terminó la persecución. Míller se limitó desde entonces a hostilizar la retaguardia del enemigo con partidas volantes de caballería, y acompañó a la columna fugitiva hasta pasar la cordillera, donde encontró el cadáver del famoso coronel Sánchez, el héroe de San Carlos y Chillán en Chile, abandonado en una choza por sus compañeros de armas (27 de septiembre).

Treinta y cinco días después de haber emprendido Canterac su expedición (1º de marzo) estaba de regreso en Jauja, deshecho, con un tercio menos de la fuerza que había sacado, y dejando perdida la plaza que había ido a salvar. Empero, el general español acreditó en esta ocasión las dotes de un consumado táctico, y de un general intrépido en medio de los grandes peligros que lo rodearon, a que supo sobreponerse, salvando el honor de sus armas y sus últimos soldados.

VI

Aislado el Callao y abandonado a su suerte, con sólo tres días de víveres, San Martín le intimó rendición, ofreciendo respetar las personas y los equipajes. El general La Mar, aceptó la proposición para tratar, proponiendo por su parte una suspensión de hostilidades; pero pidió cerciorarse del estado del ejército realista en retirada, antes de entrar a negociar. San Martín le contestó: "Como hombre público y "privado he tenido siempre derecho a ser creído. Los jefes del ejército "español se equivocaron en los cálculos y han tenido que retroceder a "la sierra desorganizada toda su fuerza y huyen perseguidos. Si esta "explicación aun requiriese más autenticidad, un oficial de la guarni- "ción del Callao puede venir a informarse de ella". La Mar replicó: "No me considero en el caso de haber ofendido su delicadeza, dejando "de dar crédito a sus aserciones, pero permítame manifestarle, que en "situación como la mía no es nueva toda detención de esta especie sin "nota de agravio. Bajo este concepto y de la misma invitación que se "sirve hacerme, pasa el brigadier don Manuel Arredondo a hablar con "algunos de los oficiales del ejército nacional". Cerciorado La Mar de que nada tenía que esperar, formuló sus capitulaciones de acuerdo con una junta de guerra, con arreglo a la intimación del vencedor, recomendando a su generosidad "la benemérita guarnición del Callao" y la población refugiada bajo su amparo.

Por parte del Protector fué comisionado para tratar el coronel Tomás Guido, nombrando el gobernador de los castillos al brigadier Arredondo y al capitán de navío José Ignacio Colmenares. Estipulóse en consecuencia una capitulación honrosa para vencidos y vencedores. La guarnición debía salir por la puerta principal de las fortalezas con todos los honores de la guerra, dos cañones y bandera desplegada. La tropa veterana que voluntariamente lo quisiera, podría transportarse a uno de los puertos de intermedios y reunirse al ejército de Arequipa, pero no a ningún otro punto. Los milicianos, se restituirían a sus hogares. Los generales, jefes y oficiales, empleados de hacienda y marinos, serían tratados con dignidad, pudiendo usar de su uniforme y espada por el término de tres meses, en que se restituirían a España si así lo prefiriesen, con facultad de disponer de sus bienes. Se pactó el

olvido recíproco de las opiniones y servicios prestados a los distintos gobiernos. Bajo estas condiciones, se convino que las fortalezas se entregarían por inventario, y que las capitulaciones se ejecutarían por una y otra parte a las dos horas de ratificadas. La Mar pretendió introducir un artículo, permitiendo extraer del Callao 4000 fusiles con bayonetas y fornituras, 200.000 cartuchos y 14 piezas de artillería de campaña con su correspondiente dotación de municiones; pero fué negado. Por un artículo secreto adicional estipulóse que los jefes y oficiales sueltos de la plaza podrían trasladarse al destino que tuviesen por conveniente, auxiliándolos el gobierno peruano con lo necesario para el transporte de sus familias y equipajes. El día 21 de septiembre (1821) se enarboló la bandera peruana en los castillos del Callao, perdiendo el Rey de España su última almena al sud del continente americano. La Mar, que en su calidad de criollo simpatizaba en el fondo con la causa de la independencia, renunció en manos del virrey su grado y honores, pero por el momento se retiró a la vida privada.

El general de los Andes, libertador de Chile y del Perú, triunfaba así sin combatir, y conservaba intacto su ejército, fiel al plan sistemático de campaña que se había propuesto; realizando, según la expresión que hace suya un historiador peruano, "el fenómeno más extra- "ordinario en la guerra: derrotar un ejército poderoso, con la fuerza "sola de la opinión y de la táctica, sostenido con ardides bien maneja- "dos". La más formidable fortaleza de la América del Sud estaba en su poder, con centenares de piezas de artillería de plaza y campaña, millares de fusiles y grandes depósitos de municiones; una guarnición de cerca de dos mil hombres se había rendido y como mil hombres de la expedición de la sierra que pretendió salvarla, habíanse dispersado o pasado a su bandera; los ejercitos realistas, enflaquecidos y sin armas, estaban aislados en las montañas del Alto y Bajo Perú, en impotencia absoluta para retomar la ofensiva; y dueño de la mitad del territorio y de toda la costa del Pacífico, sin temor de que nadie le disputase su dominio, podía dirigir libremente sus armas hacia el Norte para libertar a Quito, respondiendo a la demanda de Bolívar, y volver con nuevos recursos a terminar la guerra continental en su último teatro. Una gran batalla campal no le habría dado más con menos pérdidas. Pero el papel de Fabio Cunctator, impone al que lo ensaya la obligación de triunfar, y aun triunfando, la opinión suele negarle la gloria del vencedor, confundiendo la prudencia con la pusilanimidad. El general que toma por atributo de combate el escudo con preferencia a la espada, confiesa en el hecho su impotencia para cortar el nudo, y sus ventajas negativas humillan el orgullo de sus soldados, como sucedió al dictador romano, cuando desde sus posiciones atrincheradas veía al enemigo a su frente dueño de un campo que no le disputaba.

El sistema de guerra adoptado por San Martín, dados los escasos elementos con que se lanzó a la atrevida empresa de libertar el Perú, había sido prudente y necesario, y producido grandes resultados; pero sin obtener ninguna ventaja decisiva. El problema de la guerra quedaba siempre insoluble. Los medios triunfos, y sobre todo los que se alcanzan sin el concurso activo de los soldados, y dejan las cosas más o menos como estaban antes, no satisfacen a nadie, y con frecuencia se vuelven contra su autor, porque siempre se supone que pudieron ser más grandes peleando. Tal había sucedido a San Martín al tiempo de la ocupación de Lima, y tal le sucedía al rendirse las fortalezas del Callao y retirarse deshecha la expedición de la sierra por sus hábiles maniobras sin disparar un tiro. Ganó la fama de gran táctico; pero

comprometió su renombre de general resuelto, que sabe combinar sus cálculos metódicos con las inspiraciones del campo de la acción, en los momentos decisivos en que la fortuna brinda la corona ensangrentada del triunfador al coraje de generales y soldados.

VII

Todos reconocían que jamás el general se había mostrado más hábil, más dueño de sí mismo y de las voluntades de sus subordinados, pero muchos le acusaban de exceso de prudencia, y aun de timidez, por no haber comprometido el ataque cuando las probabilidades del éxito parecían estar de su lado; o por no haber buscado más decididamente las ocasiones de obtener una victoria completa. Es un punto histórico que merece examinarse.

La responsabilidad de San Martín es grave por el estado de inacción en que dejó caer la guerra después de la ocupación de Lima y la retirada de la sierra y puertos intermedios. Sus armas se habían destemplado y su inteligencia militar parecía adormecida. Así, al descender la expedición realista de la sierra, no estaba preparado para la ofensiva, y malamente para la defensiva. Pero desde que vuelve a sonar el primer toque de tambor anunciando la aproximación del enemigo, el general vuelve a ser dueño de sí; todo lo domina y todo lo prevé; infunde a todos entusiasmo y confianza y todos sus movimientos tácticos, perfectamente combinados para alcanzar un resultado preconcebido, revelan el genio del vencedor de Chacabuco y Maipu. Nada fía a la fortuna, y juega su gran partida, moviendo con aplomo magistral, a la manera de piezas de ajedrez, las masas propias y las del contrario, según un plan que se desenvuelve matemáticamente. Sus tropas, aunque algo más numerosas, eran en su mayoría reclutas, y las del enemigo, sólidas y selectas, mandadas por un general eximio, que podía medirse con él, como lo mostró. Además, debe tenerse en cuenta que los realistas tan sólo arriesgaban una división, contando con fuertes reservas que les permitían rehacerse, mientras los independientes jugaban a un albur el único ejército de que dependía la suerte del Perú, y quizá de toda la América. Así, cuando se negó a las instancias de Cochrane para que atacase en el momento en que Canterac iba a encerrarse en el triángulo estratégico, obraba con acierto y veía claro, pues ese movimiento obligado le aseguraba la rendición del Callao, quedando a su elección en todo caso buscar el combate en mejores condiciones, si así lo quería. Cuando avanzaba hasta Mirones y cerraba el camino del Callao a Lima, procedía con igual acierto, en el supuesto de que el enemigo pretendiera mantener una posición insostenible o se rindiese al fin, o que desesperado se lanzara sobre sus fuertes posiciones, aceptando entonces el combate con la seguridad de triunfar. Hasta aquí la prudencia sanciona la conducta de San Martín, y lo reconoce como el primer táctico de la América del Sud en su tiempo.

Pero una vez ejecutado el plan táctico, que daba por resultado determinar las últimas posiciones estratégicas en las situaciones extremas, había que prever el caso de la acción para la defensa o el ataque y debió o pudo prepararse todo en consecuencia. Encerrados los realistas bajo las murallas del Callao, sin víveres ni forrajes, San Martín debió prever que con generales tan resueltos y avisados como Canterac y Valdez, no podía esperar ni una rendición cobarde ni un ataque a la loca, antes de ensayar otras medidas de salvación. Debió prever además la retirada, ya fuese por el camino que había traído el enemigo,

ya por el del Norte de que era dueño, y que era el más probable. En este punto parece que fallaron las previsiones del gran capitán. Pudo haberse preparado a cerrar estratégicamente el camino de la retirada, previendo la salida como previó la entrada. Pudo prepararse a caer con toda su masa sobre el enemigo en retirada, cuando éste, hambriento y sin esperanzas, se lanzara en busca del camino de la sierra. Pudo, en fin, organizar de antemano metódicamente la persecución, como había organizado la defensiva-ofensiva, hasta reducirlo a hacer lo que él quería y había previsto. Nada de esto se hizo, o al menos se hizo incompletamente. Cuando el enemigo amagó un ataque, que no podía engañar a un general tan experto como el de los Andes, y emprendió su retirada en desfilada vadeando el Rimac por su embocadura, era el caso de tener prevenida la escuadra sobre la costa para cañonearlo, o bien salir a batirlo por el flanco que le presentaba a descubierto. Si no quería comprometer batalla formal, pudo anticiparse al enemigo por caminos mejores y más cortos, cerrando la entrada de la quebrada de Carabaillo, con más ventajas que la persecución por retaguardia; u obligarlo a un combate en las condiciones más ventajosas para él. Emprendida la persecución tardíamente y de mal modo, se hizo sin plan, y no dió sino los resultados que ofrecía la desmoralización espontánea del enemigo, brindándole ventajas parciales en los únicos combates en que se cambiaron balas. Si bien de la ejecución de algunas de estas operaciones son responsables sus subalternos, que no supieron responder a sus planes, la responsabilidad mayor recae sobre él, pues les ordenó perseguir y no pelear, cuando debió ordenarles pelear y vencer, y así como el honor de la jornada era todo suyo, así también debe ser la censura o el galardón que le toque en lote.

VIII

Estos triunfos, a pesar de no ser decisivos, consolidaban al parecer el protectorado de San Martín, aumentando su popularidad ostensible; pero los cimientos en que se apoyaba estaban minados por un trabajo subterráneo, y la política exterior que empezó a desenvolver desde entonces, lo divorció de la opinión del país; a lo que se agregaba un fermento de espíritu nacional que conspiraba contra su autoridad moral. El papel de San Martín, como Protector del Perú, es duplo y complejo: hay una parte que es suya, otra que es de mero reflejo, y otra peruana; pero en su conjunto, tiene la unidad del carácter del hombre, de sus ideas políticas y de sus vistas americanas.

La obra reformadora del Perú, que lleva el nombre de San Martín, fué grande y fecunda; pero mero adorno de su corona de libertador, es la obra de sus ministros —y principalmente de Monteagudo—, que concibieron las reformas y las plantearon. A él le corresponde su parte como hombre de progreso, animado del anhelo del bien público, con ideas liberales, aparte de lo que era de su especialidad en el orden militar, y además, la mayor responsabilidad ante la historia, respecto de las instituciones o trabajos políticos que respondían a un plan secreto de organización gubernamental, a cuyo servicio puso conscientemente su poder de acuerdo con sus ministros y su consejo de Estado.

El primer semestre del protectorado de San Martín en el Perú ha quedado como la base fundamental de su organización administrativa y de su constitución política. Por eso ha merecido el título de "Fundador de la libertad del Perú", que la gratitud póstuma le ha dado con justicia. Faltaba al Perú independiente el atributo de la fuerza. No

tenía ejército y los ejércitos extraños que lo libertaran, lo defendían dominándolo. Uno de los primeros trabajos de San Martín, fué darle un ejército nacional. Creó con el nombre de Legión Peruana una división de naturales del país, compuesta de un regimiento de infantería, al mando de Miller, otro de caballería al de Brandsen, y una compañía de artillería con cuatro piezas. Se organizó la hacienda pública y se reformó el sistema colonial de comercio, pagando empero su tributo a las erróneas ideas económicas de la época, de que estaba imbuído Unanue. Abolióse el servicio personal de los indígenas, los tributos de capacitación, las encomiendas, los repartimientos y las mitas, "como un atentado contra la naturaleza y la libertad". Se declaró la libertad de vientres, emancipando a los esclavos (cuyo número llegaba a 40.000) que tomasen armas por la independencia. Los azotes en las escuelas quedaron suprimidos. Fundóse una biblioteca nacional, repitiendo San Martín el acto que ha vinculado su nombre en Chile y el Perú a la difusión de las luces por medio del libro. La libertad de imprenta fué organizada, aboliendo la censura previa, sin más restricciones que las que reclamaban las circunstancias, pero sometiendo en todo caso la calificación y el juicio a la deliberación del jurado. Se abolieron los tormentos y se prohibieron las penas trascendentales. La inviolabilidad del domicilio fué consagrada como "base de buen gobierno". Estas ideas con sus fórmulas y fundamentos teóricos, eran importaciones de la revolución argentina de que Monteagudo había sido colaborador en el Río de la Plata.

Ensanchando el círculo de la vida pública, dictó un nuevo "Estatuto Provisional", que resumía todas las facultades y derechos, en que el dictador se daba propia regla, ofreciendo, según sus palabras, "lo "que juzgaba conveniente cumplir, nivelando los deberes del gobierno "con la ley de las circunstancias, para no exponerse a faltar a ellos". Consagrábanse en terminos absolutos las garantías individuales; manteníase la institución de las municipalidades por elección popular; creaba un consejo de Estado con voto consultivo; confirmaba la libertad de imprenta, siempre sobre la base del jurado, y fundaba la administración de la justicia independiente "como una de las garantías del orden "social", protestando que el poder ejecutivo "se abstendría de mezclar- "se jamás en las funciones judiciarias, porque su independencia era la "única y verdadera salvaguardia de la libertad del pueblo, pues nada "importaban las máximas liberales, cuando el que hace la ley es el "que la ejecuta y aplica". Reconocíanse por justicia y equidad todas las deudas del gobierno español que no hubiesen sido contraídas para esclavizar el Perú u hostilizar a los pueblos independientes de América, y quedaban en su fuerza y vigor las leyes preexistentes en cuanto no contrariasen la independencia del país y las formas del Estatuto. Nadie podía ser privado de sus derechos garantidos sino por sentencia de autoridad competente conforme a las leyes, y es de notarse, que en una época de revolución en que las pasiones de la lucha estaban encendidas, se declarase que "por traición, sólo se comprendía conspirar con- "tra la independencia, y por sedición, el reunir fuerza armada para re- "sistir las órdenes del gobierno, conmover el pueblo o parte de él con "igual fin, sin que nadie pudiese ser juzgado como sedicioso por opi- "niones políticas". El Protector juró públicamente el Estatuto, empeñando su honor de cumplirlo fielmente, hasta que declarada la independencia en todo el territorio se convocara un congreso general que estableciese la constitución permanente según la voluntad de la nación. "Con estos sentimientos —decía en tal ocasión—, me atrevo a esperar,

"que podré devolver en tiempo el depósito que se me ha encargado, con "la conciencia de haberlo mantenido fielmente. Si después de libertar "al Perú de sus opresores, puedo dejarlo en posesión de su destino, con-"sagraré el resto de mis días a contemplar la beneficencia del grande "Hacedor del universo, y renovar mis votos por la continuación de su "próspero influjo sobre la suerte de las generaciones venideras". El protectorado entraba de este modo en el orden de los gobiernos regulares por la puerta de la dictadura.

Este plan elemental de organización política, sin forma de gobierno definida, ni más principio fundamental que la independencia como hecho, la división de los poderes como teoría y la proclamación de la soberanía popular como base del derecho constitucional, era el esbozo de una democracia en embrión, tal como existía, dentro de cuyos vagos lineamientos podía dibujarse, así una república como una monarquía liberal. Tal es el pensamiento oculto que entrañaba el Estatuto al no proclamar francamente la república como forma definitiva de gobierno, librando al futuro la solución del problema bajo la invocación de la soberanía nacional. Este pensamiento ulterior empezó a diseñarse en los primeros actos orgánicos del protectorado.

El Consejo de Estado, quinta rueda de la nueva máquina improvisada, fué constituído, teniendo en vista, no la capacidad administrativa de los nombrados, sino su representación externa. Siendo miembres natos de él, los ministros de Estado, el general y el jefe de estado mayor del ejército, el presidente de la cámara de justicia y el deán de la Catedral en ausencia del obispo, lo completaban tres condes y un marqués de la nobleza indígena. Era así, más bien que una institución republicana, una corporación jerárquica y aristocrática, propia para servir de coronamiento o adorno a una monarquía, y calculada para autorizar moralmente las medidas extraordinarias de una dictadura, sin profesión de fe política declarada en cuanto a la forma de gobierno. El elemento aristocrático le daba su colorido. San Martín pensaba que la nobleza peruana, si bien no era una institución social, era una influencia que debía utilizarse. Como general, al tiempo de emprender su expedición, habíase dirigido a ella por medio de una proclama manifestándole que la revolución política de la América del Sud no se dirigía contra sus verdaderos privilegios. "El primer título "de nobleza —le decía—, fué siempre el de la protección dada al opri-"mido, y su dignidad jamás se ha conciliado con una oscura molicie o "un servil abatimiento". "Separada del trono español por miles de leguas, agregaba, estaba reducida a una clase inerte y sin funciones en medio de un pueblo esclavo que obedecía; era una corporación sin los medios reales de la grandeza verdadera, sin base, sin funciones ni lugar preciso en el cuerpo social, que sólo presentaba el escándalo de un sistema opresor, con exclusión de los demás hombres, siendo las frívolas condecoraciones, no recompensas a la virtud y al mérito, sino a la vanidad y al favoritismo". Como Protector, mandó hacer desaparecer las armas de la monarquía española y todos los signos de su dominación en América "como símbolos de esclavitud", autorizando a todos los ciudadanos para destruirlos, al mismo tiempo que declaraba subsistentes los títulos de Castilla en el Perú, con el derecho de lanzas y medias anatas, por cuanto decía "la nobleza peruana, tiene sus tim-"bres, y justo es que los conserve", con variación únicamente en sus blasones de los jeroglíficos opuestos a los principios proclamados.

IX

A la vez que así mantenía el aparato de la nobleza peruana y la nacionalizaba, propendía a crear en otra forma una aristocracia nacional, dándole por base los grandes servicios a la patria. En el mismo día en que juraba el Estatuto, instituyó la "Orden del Sol", imitación de la de "Cincinnatus", repetición exagerada de la "Legión de Merito de Chile", y de la de "Libertadores de Bolívar", imitación a su vez de la "Legión de Honor de Napoleón". Al fundar este nuevo patriciado, con prerrogativas personales vitalicias, las hizo hereditarias hasta la tercera generación, copiando los primeros estatutos de la asociación de Estados Unidos, que el mismo Washington borró con su mano ante la repugnancia que tal cláusula despertó en el sentimiento público. "He "contemplado —decía fundando este privilegio—, hacer hereditario el "amor a la gloria, porque después de derogar los derechos heredita- "rios, que traen su origen de la época de nuestra humillación, es jus- "to subrogarlos con otros, que sin herir la igualdad ante la ley, sirvan "de estímulo a los que se interesen en ella. La *Orden del Sol*, patrimo- "nio de los guerreros libertadores, y premio de los hombres benemé- "ritos, durará así mientras haya quien recuerde los años heroicos, por- "que las instituciones que se forman al empezar una grande época, se "perpetúan por las ideas que cada generación recibe, cuando pasa por "la edad en que averigua con respeto el origen de lo que han venera- "rado sus padres". Sobre esta base histórica, la orden se dividía en tres clases: *Fundadores, Beneméritos* y *Asociados*. En cada cuerpo del ejército se conferiría la condecoración a tres oficiales, desde teniente coronel a alférez inclusive, excluyendo la clase de tropa, que la "Legión ne Mérito" incluía en sus filas. Los *fundadores*, gozaban del derecho de preferencia a las grandes dignidades del Estado; los *beneméritos*, serían preferidos para los empleos de segundo orden, los *asociados*, serían atendidos en primer lugar en los empleos que ocuparan. La orden tenía su Gran Consejo, y además de sus funciones administrativas, la facultad de acordar pensiones anuales a sus socios. Se aplicaba un fondo especial y una renta perpetua a su mantenimiento. Se instituía un colegio especial para la educación de los descendientes de esta raza privilegiada. Como complemento de tan extravagante creación, se declaraba patrona y tutelar de la orden a Santa Rosa de Lima, instituyendo una fiesta anual en su honor. Jamás sobre bases más falsas se instituyó una asociación con objetos menos elevados. Su fundador, consignaba empero en su decreto: "La *Orden del Sol* será en el Estado Pe- "ruano la primera en dignidad ilustre, y se espera de la imparcial pos- "teridad, que la conservará con el religioso respeto que merece por su "origen, y por la grande época que recordará a los siglos futuros". La Orden del Sol fué inaugurada en consecuencia con gran pompa, como una institución eterna. Sus contemporáneos la condenaron, y la posteridad sólo la recuerda como una triste lección.

San Martín, como general, había dirigido antes una proclama "A las limeñas", llamándolas a cooperar a la independencia con su atractiva influencia, al mismo tiempo que los peruanos, a los españoles europeos y a la nobleza del Perú. Como complemento de su plan de aristocracia indígena, hizo extensivos a la mujer sus honores y sus privilegios. Partiendo de la base de que "el sexo más sensible debe ser el más patriota", decretó más tarde una orden de otra especie, pero aná-

loga. "Las patriotas que se hubiesen distinguido por su adhesión a la causa de la independencia del Perú, usarían el distintivo de una banda bicolor, blanca y encarnada, con una medalla de oro con las armas nacionales en el anverso y en el reverso una inscripción: *Al patriotismo de las más sensibles*". Los parientes inmediatos de las que obtuvieren esta distinción, serían preferidos para los empleos que pretendiesen en igualdad de circunstancias. Esta orden femenina se distribuyó con más galantería que discreción, haciéndola extensiva a las bellas y amables damas, lo que dió motivo a murmuraciones mujeriles que el tiempo no ha apagado todavía.

Estas invenciones, al parecer de mero aparato, incluso las que revestían carácter gubernativo, respondían a un plan: eran semillas estériles de una aristocracia, atributos de una monarquía quimérica, que se esparcían en la sociabilidad peruana y se depositaban en el seno del sexo fecundo. Hasta el mismo San Martín, no obstante su sencillez espartana, acusó en su representación externa esta influencia enfermiza. Su retrato reemplazó el de Fernando VII en el salón de gobierno. Para presentarse ante la multitud con no menos pompa que los antiguos virreyes, y deslumbrar a la nobleza peruana que consideraba poderosa en la opinión, se dejaba arrastrar en una carroza de gala tirada por seis caballos, rodeado por una guardia regia, y su severo uniforme de granadero a caballo se recamó profusamente de palmas de oro. Empero, nada indica que el delirio de las grandezas se hubiese apoderado de su cabeza. En medio de este fausto de oropeles, conservó su modestia y su ecuanimidad. Si buscaba la monarquía constitucional, era sin ambición personal, anteponiendo, como lo decía, a sus convicciones republicanas lo que consideraba relativamente mejor para coronar la independencia con un gobierno estable, que conciliase el orden con la libertad y corrigiese la anarquía. Al establecer jerarquías fundadas en títulos cívicos y viejos pergaminos renovados, lo guiaba un espíritu conservador para dar a la sociedad según lo entendía, la garantía de una clase gobernante y responsable. El sueldo de 30.000 pesos que se hizo decretar —lo que en su tiempo fué muy criticado, y con razón— lo empleaba en su mayor parte en regalos y gastos de representación. En su conjunto todo esto indicaba un principio de descomposición.

A medida que la fortuna del Libertador crecía, el grande hombre se achicaba, y en su escala marcaba su decadencia militar y política, aun conservando su nivel moral.

X

Por este tiempo empezó a atribuirse a San Martín por la vulgaridad la ambición insensata de coronarse rey. El pueblo en sus canciones y yaravís le aclamaba *Emperador*, evocando los antiguos recuerdos incasicos, en circunstancias en que los imperios de Méjico y del Brasil se diseñaban en América. Los principales jefes de su ejército, miembros todos ellos de la Logia de Lautaro, ligados hasta entonces a su destino, empezaban a conspirar contra él, y en sus conversaciones íntimas sólo lo designaban con la denominación burlesca de *El rey José*. La descomposición se iniciaba.

Como lo hemos apuntado antes, los fundamentos en que se apoyaba el protectorado estaban minados por un trabajo subterráneo. La autoridad de San Martín como protector del Perú, reposaba sobre dos bases: una de fuerza, que era el ejército argentino-chileno, que constituía el núcleo de su poder militar; la otra moral, que era la opinión

del Perú, que hasta entonces sólo había intervenido como auxiliar de la acción revolucionaria, y que al tomar consistencia empezaba a asumir formas definidas con marcadas tendencias nacionales. El ejército de los Andes con que San Martín libertara a Chile, impregnado del espíritu de la revolución argentina, se inoculó desde un principio la pasión americana de su creador, identificándose con sus planes y su fortuna, y le fué constantemente fiel desde Mendoza hasta Rancagua. El ejército de Chile, vaciado en el mismo molde del de los Andes, para servir a los mismos propósitos, recibió el mismo sello típico. Ambos ejércitos formaron el ejército unido, creación de carácter internacional, con proyecciones americanas. Trasladados esos ejércitos al Perú, obedecieron a la impulsión inicial de la alianza chileno-argentina, y prevaleció en ellos el sentimiento internacional, y así, aunque desprendidos de la patria, de la que sólo tenían la bandera y la escarapela, continuaron como auxiliares a órdenes de un gobierno extraño presidido por su generalísimo, constituyendo el nervio del poder militar del libertador del Sud, y una de las bases de su poder político en el país libertado ocupado por sus armas. Como los soldados griegos y macedonios después de atravesar los Balcanes y el Helesponto, fatalmente destinados a esparcirse por la superficie del Asia sin volver a ver el humo de sus hogares, los soldados argentinos y chilenos, después de atravesar los Andes y el Pacífico, estaban destinados a marcar con sus huesos el itinerario de otra gran campaña al través de otro continente; y apenas si un puñado de sus últimos sobrevivientes encanecidos, después de asistir a las últimas batallas de la independencia, volvería a la patria con su bandera hecha jirones. Tal era la constitución americana que San Martín dió a sus ejercitos, al inocularles una pasión para servir a un gran propósito, y esto explica su cohesión en países extraños, en la buena como en la mala fortuna. Como él mismo lo ha dicho, al indicar este fenómeno: "La política que me propuse seguir fué mirar a todos los esta-"dos americanos en que las fuerzas de mi mando penetraran, como es-"tados hermanos interesados en un mismo y santo fin. Consecuente a "este justísimo principio, mi primer paso era hacer declarar su inde-"pendencia y crearles una fuerza militar propia que la asegurase". Pero esta máquina de guerra calculada para la propaganda armada, se complica con otra máquina oculta, traída en los bagajes de la expedición, cuyo mecanismo secreto manejaban los mismos jefes de los ejércitos unidos en territorio extraño, y así, su cohesión dependia de la buena voluntad y de la fidelidad con que los comilitones del nuevo Alejandro, continuasen identificados a los planes y la fortuna de su gran caudillo, independizado de Chile y de la República Argentina en su calidad de Protector del Perú.

Hasta entonces había bastado para mantener la cohesión del ejército argentino-chileno la pasión por la independencia y el amor a la gloria, combinándose en ella el patriotismo con el americanismo. Jamás el oro entrara como liga en el metal heroico de sus armas. A ración escasa, medio sueldo por acaso y mal vestido, sufriendo pestes y miserias, jamás recibió ninguna recompensa pecuniaria. Sólo una vez, el gobierno de Chile prometió a los vencedores de Maipú el campo en que combatieron y triunfaron; pero esta promesa quedó sin efecto. La municipalidad de Lima, movida por Riva Agüero, arrogándose facultades soberanas, fué la primera en decretarle un premio de este género, que se hizo en parte efectivo. Dispuso que de las fincas del Estado —confiscadas a los españoles— se distribuyese entre los jefes la cantidad de quinientos mil pesos, prometiendo a los oficiales y soldados que

continuasen en servicio, las tierras vacantes en las provincias que se conquistaran. San Martín aceptó la oferta, y distribuyó el medio millón entre veinte de los principales jefes y empleados de la expedición libertadora, asignando a cada uno de ellos la cantidad de veinticinco mil pesos. Esta dádiva, que era entonces una fortuna, cuando el dinero tenía doble valor que al presente, en vez de vincular a los jefes argentinos y chilenos a la suerte del Protector, fué causa de que surgiesen resentimientos y rivalidades, como sucede cada vez que el interés interviene en las relaciones de los hombres. Una conjuración en que aparecían complicados varios jefes superiores del Ejército de los Andes, hizo sentir a San Martín que ya la voluntad de sus antiguos compañeros de armas no le pertenecía, o que al menos empezaba a vacilar.

XI

En la noche del 15 de octubre el batallón Numancia se ponía silenciosamente sobre las armas. Al mismo tiempo, el coronel Francisco Antonio Pinto, jefe del núm. 5º de Chile, que guarnecía con su cuerpo las fortalezas del Callao, recibía un billete urgentísimo: "Estoy impacien-"te por hablar con V. sobre un asunto que nos es sumamente intere-"sante. No conviene que vaya yo al Callao. Véngase lo más pronto que "pueda, y véngase a saber cosas desagradables; pero cosas a que es "menester oponer la razón, la justicia, la conveniencia y mil y mil "muertes si son precisas. Véngase, véngase. *Heres*". Los coroneles Necochea y Gamarra, comandantes de Granaderos a Caballo de los Andes y del batallón núm. 1º de cazadores del Perú, recibían otro billete así concebido: "Conviene que nos veamos, porque interesa a nuestra feli-"cidad y a la de toda la América. *Tomás Heres*" Reunidos en el cuartel del Numancia, Pinto, Gamarra y Necochea, el coronel Heres, les informó: que tenía conocimiento de una conspiración que preparaban los principales jefes del Ejército de los Andes (que nombró), con el objeto de deponer al Protector y aun de atentar contra su vida, la que debía estallar muy pronto, y que él estaba resuelto a contrarrestarla con la fuerza. Aunque Heres se negara a entrar en explicaciones, como asegurase que tenía datos positivos, todos fueron de opinión de participarlo al general, a fin de que tomase las medidas del caso. San Martín, que por otro conducto había recibido aviso de lo que pasaba, escuchó tranquilamente la denuncia, y contestó: "¡No hay cuidado!" En vano el jefe del Numancia le instó para que le permitiese ocupar con su batallón el cuartel fortificado de Santa Catalina —la ciudadela de Lima—, o que por lo menos hiciera relevar la guardia de palacio, que daba la tropa del núm. 11 de los Andes, que se decía complotado. No quiso tomar providencia alguna. Pocos momentos después, se presentaba el coronel Paroissien en nombre del general en jefe del ejército unido, Las Heras, avisándole que el batallón Numancia estaba sobre las armas, y que se decía era con el objeto de deponerlo del mando. Contestóle lacónicamente como al primer denunciante, que no tuviese cuidado. Así se pasó la noche en medio de la doble alarma producida por la actitud al parecer agresiva del Numancia y la preventiva tomada en consecuencia por los demás cuerpos de la guarnición.

Al día siguiente, San Martín recibía a Las Heras con una sonrisa benévola, aunque algo enigmática y tendiéndole la mano, díjole: "El coronel Heres me ha declarado que los jefes de los Andes conspiran contra mí". Las Heras protestó de su fidelidad en su nombre y en el de sus compañeros. El Protector pareció darse por satisfecho, no

volvió a insistir más sobre el punto, y todo quedó en calma por el momento. Generalizada la noticia, con comentarios desfavorables para los jefes de los Andes, a quien se acusaba de ingratitud e infidencia, Las Heras se presentó al Protector, manifestándole que estos rumores menoscababan su decoro, y solicitó en representación de ellos, que los llamara a su presencia para averiguar el origen de tan grave acusación. San Martín le contestó que lo pensaría. Dejó transcurrir diez días, y a fines de octubre convocó a todos los jefes en el palacio de gobierno. Reunidos todos en su despacho, a puerta cerrada, presentes el coronel Heres y el ministro de la Guerra, Monteagudo, abrió la sesión, previniendo que todo lo que iba a pasar allí tenía un carácter de profundo secreto, que interesaba al bien de la América y al honor del ejército unido. En seguida interpeló a Heres —quien le había manifestado estar dispuesto a sostener su denuncia—, exigiéndole manifestase sus pruebas. El denunciante —que según algunos fué invitado indirectamente para que se mantuviese neutral—, manifestó: que había sido instruído de la conjuración por voz pública, y especialmente por el deán, gobernador del arzobispado, quien tenía la noticia de otro clérigo de su diócesis; así como por el coronel Miguel Letamendi, segundo jefe del batallón núm. 5 de Chile. Llamados los dos testigos, y careados con Heres, Letamendi negó el testimonio. El deán, que lo era el Dr. Francisco Javier Echagüe (argentino) y en cuyo palacio se alojaba el estado mayor, comentó confusamente el suyo, trasmitido oportunamente a San Martín, diciendo que tal noticia tenía por origen la misma actitud sospechosa asumida por el Numancia en la noche del 15. Increpado Heres por todos los jefes presentes y renegado por sus testigos, y hasta por los mismos Pinto, Gamarra y Necochea en quienes se había confiado, por considerarlos no complicados en la conjuración, guardó silencio.

A esta altura de la sesión, los jefes formularon la proposición de que el asunto se esclareciese por medio de un juicio formal, que decidiera la conducta de cada uno. San Martín, tomando la palabra, les recomendó tratasen al coronel Heres con equidad y consideración, salvando sus leales intenciones, y les exigió arbitrasen un medio menos ruidoso, que no redundara en daño de la causa de la independencia que todos sostenían. Entonces todos convinieron unánimemente en que el Protector resolviese por sí solo la cuestión conforme a su alta prudencia y bondad.

XII

San Martín tenía su conciencia hecha antes del juicio contradictorio provocado por los jefes, y suficientemente edificado, no quiso llevar adelante la investigación, que lo conduciría a un camino sin salida. Su objeto estaba llenado. Había dominado la situación y hecho entrar a todos sin violencia en el camino del honor y del deber, y obrando con prudencia, decidióse a sacrificar a Heres. Para averiguar, tenía que comprometer públicamente su prestigio y deshonrar a sus compañeros. Para castigar tenía que decapitar su ejército, y aun para esto, sus manos estaban atadas, pues siendo los acusados miembros de la logia lautarina, que era el nervio oculto de su autoridad en cierto modo anormal, no podía hacerlo sin previo acuerdo de ella. Así Heres fué intimado de dirigirse a Colombia, su patria, en el término de cuatro días, manifestándole, sin embargo, por medio de una nota oficial, que si bien su presencia en el país no era conveniente a los intereses públi-

cos, y a pesar de los sucesos desagradables ocurridos entre él y el resto de los jefes del ejército, como jefe del Estado, y como general en jefe, debía darle las gracias por sus servicios en favor de la libertad del Perú.

Despues de esto, dejó pasar otros diez días, y el 10 de septiembre dirigió un oficio a Las Heras, ordenándole que recabase de los jefes presentes en la junta de guerra un informe por escrito, exponiendo cada uno de ellos lo que le constase sobre los antecedentes y ocurrencias de la denuncia del coronel Heres. Doce jefes de cuerpo informaron en consecuencia, y sus atestados suministran la prueba moral de que, en efecto, varios de los jefes superiores de los Andes conspiraron en aquella ocasión contra la autoridad de San Martín, o por lo menos estaban predispuestos a ello. El hecho es evidente; pero nada induce a creer que el plan estuviese maduro, ni acordada su ejecución, y mucho menos que se pensase atentar contra la vida del Libertador, como lo insinuó Heres en su denuncia. Estaban en realidad descontentos o quejosos de él, precisamente por los favores que les había hecho o por faltas de que ellos eran también responsables; murmuraban en secreto, apellidándolo rey por burla; le atribuían algunas ambiciones egoístas o planes políticos que les repugnaban, y con razón, y algunos lo deprimían como general por su conducta en la invasión, y sobre todo en la retirada de Canterac, calificándole de incapaz y hasta de cobarde. La tremenda responsabilidad que asumirían con tal escandalo ante la América, el hecho de no contar con los segundos jefes ni con la tropa que permanecía fiel a su antiguo capitán, y la convicción de que no tenían con quien reemplazarlo, los había contenido hasta entonces, no obstante estar sublevados moralmente. En cuanto a San Martín, con los documentos firmados por ellos que le garantían su obediencia, adquirió la triste conciencia de que su ejército ya no estaba identificado con él, como lo estuviera en Rancagua. Desde entonces meditó separarse de la vida pública, porque, según lo manifestó, "su corazón estaba dilacerado con "tantas ingratitudes y desengaños". Algunos de los jefes superiores se retiraron del ejército con tal motivo, los más, arrepentidos o avergonzados, permanecieron reunidos en torno de la bandera libertadora; y Alvarado, uno de ellos, según parece, fué nombrado general en jefe del ejército unido, en reemplazo de Las Heras. Empero, la indisciplina latente quedó inoculada, y más adelante se verá brotar.

XIII

El acto más trascendental, que decidió fatalmente del destino del protectorado y del Protector, fué el malhadado plan de monarquizar el Perú, que le enajenó hasta la opinión del mismo país liberado, y aflojó más los vínculos de la disciplina militar ya relajados. Como se ha visto, este plan, iniciado confidencialmente en Miraflores, formulado diplomáticamente en Punchauca y preparado al tiempo de promulgar el nuevo Estatuto, era una idea fija en San Martín, a la que atribuía la virtud de una solución interna y externa por el golpe mágico de un cetro prestado por los reyes del viejo mundo. Europeo por educación, criollo por instinto, libertador de pueblos de índole diversa sin patriotismo exclusivo, sin doctrina política confesada genio concreto y sistemático como lo hemos definido, tenía las preocupaciones del medio en que se criara las pasiones de un revolucionario de raza, el método del gran capitán que todo lo subordina al cálculo, y así, su objetivo inmediato no iba más allá de la independencia como hecho, y su ideal era el

orden regular como ley disciplinaria. Ambas cosas creía alcanzar por medio del establecimiento de una monarquía liberal, solucionando a la vez los problemas de la guerra y de la paz, o por el apoyo de una gran potencia europea o por un acomodamiento dinástico con la madre patria. Su razón le enseñaba, y él lo declaraba, que la república era la forma más lógica de gobierno; "pero sacrificaba sus principios" a lo que consideraba, si no lo mejor, lo más práctico, y así decía: "Los males "que afligen a los nuevos estados de América no dependen de sus habi- "tantes, y sí de las constituciones que los rigen. Creo que es necesario "que las constituciones que se den a los pueblos, estén en armonía con "su grado de instrucción, educación, hábitos y género de vida, y que no "se les deben dar las mejores leyes, pero sí las más apropiadas a su "carácter, manteniendo las barreras que separan las diferentes cla- "ses de la sociedad, para conservar la preponderancia de la clase ins- "truída y que tiene que perder". Como se ve, su ideal de legislador era, tomando por base una lección de Solón aprendida en la lectura de los Hombres de Plutarco, una oligarquía ilustrada ponderada por una plutocracia conservadora.

Al discurrir así, desertaba su misión, renegaba de su obra, y se aislaba del movimiento revolucionario en América, que tan vigorosamente impulsaba por las armas, y que políticamente representaba al sud del continente. Olvidaba que en un momento supremo para su propia patria, no había visto la salvación sino en la reunión de un congreso, como la "última ancla de esperanza" echada en una tempestad, y que un congreso la había salvado. No recordaba que los planes monarquistas que él había propiciado, aunque pasivamente, en el Río de la Plata, habían dado por resultado enardecer la anarquía que quería evitar, y que por salvar de su contagio, tuvo que desobedecer cuando fué llamado a sostener el monarca decretado en conciliábulo secreto por el mismo congreso, que infiel a su origen contrariaba las tendencias del pueblo inconsulto. No veía que al declarar la independencia de Chile, había fundado una república, obedeciendo a las mismas leyes de adaptación natural que invocaba para hacer prevalecer un plan artificial, y que al organizar políticamente el Perú y bosquejar su constitución, fundaba otra república nativa, a la que daba por atributo la soberanía del pueblo en el hecho de entregar los destinos de un pueblo democrático a las deliberaciones de un congreso libre. No tomaba en cuenta un hecho capital, a que las formas convencionales se subordinaban: que toda la América, con excepción de Méjico (que era una combinación de circunstancias pasajeras), había adoptado la república democrática como sistema necesario de gobierno, y que después de diez años de revolución en nombre de su credo político, confesado ante el mundo no se podía imponer a los pueblos una institución que las conciencias repugnaban, que sus pasiones abominaban, que sus instintos repudiaban, y que dar a la independencia hispanoamericana una monarquía, y una monarquía de estirpe colonial, era renegar de la misma revolución proclamada en nombre de la república democrática, y esterilizar los sacrificios hechos en nombre de un gran principio nuevo, que en esos momentos triunfaba en el mundo, merced a esa revolución radical.

No era más abierto ni claro su horizonte externo. No veía que Bolívar, que disponía de una fuerza poderosa con una base firme, había ya fundado la república constitucional de Colombia por el voto de los pueblos, y que tenía que proceder de acuerdo con el libertador del Norte, que venía a completar su obra como libertador del Sud bajo la bandera republicana levantada por los dos

No veía que se ponía en pugna con la gran potencia democrática de los Estados Unidos de América, que al amparar la independencia de las colonias hispanoamericanas, en vísperas de proclamar la doctrina de Monroe, ya enunciada, se había pronunciado por la republicanización del Nuevo Mundo haciendo frente a la Europa monárquica y absolutista coaligada contra la libertad humana.

No veía que en esos mismos momentos la Inglaterra reaccionaba contra la Santa Alianza de los reyes de acuerdo con los Estados Unidos, y estaba dispuesta a reconocer la república preestablecida como hecho irresistible, que se imponía y como forma inseparable del reconocimiento de la independencia sudamericana.

Su ministro Monteagudo, su inspirador, que de demagogo exaltado había pasado a ser conservador ultra y después monarquista de oportunismo; talento más brillante que sólido y de más superficie que fondo; con espíritu más bien sistemático que lógico, con ideas propias y teorías incoherentes asimiladas, que aplicaba esporádicamente según sus impresiones sin tener en consideración los hechos superiores que las dominaban, Monteagudo, no veía más claro que San Martín en el desenvolvimiento genial de la revolución sudamericana ni en las complicadas y trascendentales cuestiones que por este mismo tiempo (fines de 1821) trabajaban a la Europa y a la America asumiendo un carácter universal. Los dos estaban ciegos y sordos.

Para preparar el terreno que debía recibir la semilla monárquica, imaginó Monteagudo fundar una asociación literaria, a imitación de la que en 1812 había establecido en Buenos Aires para propagar los principios de la democracia, contra los que se proponía reaccionar. Denominola *Sociedad Patriótica de Lima*, y le encomendó "discutir todas las "cuestiones sobre interés público, en materias políticas, económicas o "científicas, sin otra restricción que la de no atacar las leyes funda- "mentales del país". Compúsose de cuarenta miembros, como los inmortales de la academia francesa, elegidos por el gobierno, y cuidóse que la mayoría de ellos, incluso cuatro condes que recibieron por razón de nobleza título de sabios, perteneciese a las ideas que formaban el programa secreto del protectorado en materia de forma de gobierno. Instalóse solemnemente en el aniversario de la batalla de Chacabuco, y como a la Orden del Sol, se le atribuyó la inmortalidad en la oración inaugural: "para que el pueblo peruano en posesión de sus derechos, "pudiese celebrar por más de cien siglos sus aniversarios, juntamente "con el de la gran batalla en cuyo campo quedó trazada la unión perpe- "tua entre los estados independientes del Perú, Chile y Provincias del Río de la Plata".

Monteagudo, que en su calidad de ministro de Gobierno era el presidente, formuló y puso a discusión las siguientes cuestiones: "¿Cuál "es la forma de gobierno más adaptable al estado peruano según el gra- "do que ocupa en la escala de la civilización? ¿Qué causas han retarda- "do la revolución, según comprobación de sucesos posteriores? Necesi- "dad de mantener el orden público para terminar la guerra y perpe- "tuar la paz". Uno de sus miembros, sacerdote de reputación literaria, dilucidando el primer punto, sostuvo: que el sistema democrático no era adaptable al Perú, y desenvolvió el tema de Homero, de que "no "es bueno de que muchos manden, y sí que uno solo impere y haya un "solo rey". San Martín y Monteagudo se manifestaron satisfechos; pero el discurso produjo desagradable impresión en muchos de los socios y en el auditorio, sublevando la opinión de los patriotas, que al refutar por la prensa sus doctrinas, preconizaron el sistema democrático como

el único adaptable al Perú y a la América, como cosnsecuencia de su revolución. El autor vióse obligado a dar una explicación, diciendo que era una simple teoría, lo que no impidió fuese recompensado con una alta dignidad de la Iglesia, en premio de su iniciativa monárquica. Desde entonces todos pudieron ver los hilos secretos que movían aquellos títeres políticos.

XIV

En el vacío que el Protector se había hecho en la opinión patriótica del país, decididamente republicana; en suspenso la guerra con la España, de cuyo resultado dependía todo; ocupado por el enemigo la mitad del territorio que se pretendía monarquizar; en vísperas de celebrar una alianza ofensiva y defensiva con Bolívar, y acordar en una entrevista con él, según sus propias palabras, "la estabilidad del destino de la América del Sud"; pendiente el congreso nacional que había prometido, y al cual según el Estatuto que se impusiera como ley, competía únicamente "establecer la constitución permanente y forma de "gobierno del Estado luego que se declarase la independencia en todo "el territorio del Perú", San Martín resolvió por sí y ante sí, con el acuerdo secreto de los figurones políticos de que se rodeaba, que el Perú sería una monarquía. Aun cuando se haya dicho en su descargo, que tal resolución era un mero proyecto, que debía ser sometido en todo caso al voto del Congreso, ése es el hecho descarnado, según va a verse, que acusa tanta precipitación como falta de cordura.

El protectorado tenía por condición expresa de su fundador, al reasumir el mando supremo en su persona, "hacer lugar al gobierno que los pueblos del Perú tuviesen a bien elegir, cuya forma y modo determinarían los representantes de la nación peruana". Antes de cumplirse los cinco meses de su instalación, el Protector convocaba su consejo de Estado, compuesto del modo aristocrático que antes se explicó, y acordóse enviar una misión a Europa para negociar la alianza o la protección de la Gran Bretaña, y aceptar un príncipe de la casa reinante de ella para ser coronado emperador de una monarquía limitada en el Perú, con la condición de aceptar la constitución que le diesen los representantes de la nación. En el caso de encontrar obstáculos insuperables por parte del gabinete británico, se haría la misma proposición al Emperador de Rusia, como único capaz de rivalizar con la Inglaterra, aceptando un príncipe de su dinastía, o el candidato a quien el Emperador asegurase su protección. En defecto de un príncipe de la casa de Brunswick, de Austria o de Rusia, se declaraba aceptable alguno de Francia o Portugal; y en último caso, al Príncipe de Luca, antiguo soberano imaginario del Río de la Plata, éste, con la condición de no ser acompañado de la menor fuerza armada.

Nombróse para desempeñar esta misión a García del Río y a Paroissien con el encargo conjunto y ostensible de negociar el reconocimiento de la independencia del Perú y un empréstito en Londres. La redacción de las instrucciones se encomendó al mismo consejo de Estado. Como si no bastasen los términos explícitos del acuerdo y para comprometer más a San Martín en el sostén del incipiente plan, Monteagudo dirigió un oficio a esta corporación, diciéndole: "El Protector "me ha encargado manifieste al Consejo no eche en olvido en las ins-"trucciones de los comisionados, como punto esencial, el autorizarlos "para que soliciten, de una de las casas reinantes, un príncipe de ap-"titud y prepotencia que rija los destinos del Perú, pues está altamen

"le penetrado que el gobierno conducente a su fidelidad es el monár-"quico constitucional, sistema que él sostendrá en caso necesario con "toda su fuerza física y moral".

Hay momentos de descreimiento o cansancio en la historia de los grandes hombres, en que no encontrando inspiraciones dentro de sí mismos, se entregan al acaso de los acontecimientos o eligen ciegamente el peor de los caminos, sin medir sus proyecciones. San Martín pasaba por uno de esos momentos. Estaba triste y enfermo, y pensaba en su muerte o en su abdicación. Los términos en que confidencialmente instruyó de su plan a su aliado y amigo el Director de Chile, dan testimonio de ello. "Al fin (y por si acaso o bien dejo de existir o dejar este "empleo) he resuelto —escribía a O'Higgins— mandar a García del "Río y a Paroissien a negociar no sólo la independencia del Perú, si-"no también dejar puestas las bases del gobierno que debe regirlo: "marcharán a Inglaterra y desde allí, según el aspecto que tomen los "negocios, procederán a la Península A su paso, le instruirán verbal-"mente de mis deseos; si ellos convienen con los suyos y los intereses "de Chile, podrían ir diputados por ese Estado, que unidos con los de "éste, harían mucho mayor peso en la balanza política. Estoy persua-"dido que mis miras serán de su aprobación, convencido de la imposi-"bilidad de erigir estos países en repúblicas. Al fin, yo no deseo otra "cosa sino que el establecimiento del gobierno que se forme sea análo-"go a las circunstancias del día, evitando por este medio los horrores "de la anarquía". Aquí se siente, como se ha dicho al comentar estas palabras melancólicas, el vacío de una carrera que la conciencia y el espíritu daban ya por cumplida.

El almirante Cochrane se alzó en esos momentos con la escuadra, retirándole el concurso del poder marítimo de Chile. Los comisionados del Protector se encontraron en Chile en una atmósfera contraria, preparada por los oficiales de los Andes que se habían separado del ejército y por los rumores que circulaban. Decíase —y la generalidad lo creía, tal era la mala predisposición— que los batallones expedicionarios de Chile en el Perú iban a ser disueltos para distribuirlos en el ejército de los Andes, y que se iba a hacer cambiar de bandera a la escuadra chilena. Así, cuando se recibió la noticia del alzamiento de Cochrane, todos aplaudían la decisión del almirante, y murmuraban del Protector. Decíase —y esto era cierto— que en una conferencia diplomática del enviado chileno en Lima, que solicitaba algunos auxilios pecuniarios del Perú por vía de indemnización de los gastos de la expedición libertadora, San Martín le había contestado que el "gobierno del "Perú abonaría esos gastos cuando el de Chile hiciese otro tanto por los "erogados por las Provincias del Río de la Plata en la expedición que "libertó el país en 1817" Esto había herido a tal punto a los chilenos en su sentimiento y en sus intereses, que el mismo O'Higgins en el primer momento ordenó que se diese una contestación enérgica al Protector, y costó trabajo apaciguarle. Bien se comprende que la negociación no podía iniciarse bajo más desfavorables auspicios.

García del Río y Paroissien, en cumplimiento de sus instrucciones manifestaron al Director O'Higgins el objeto de su misión, y le pidieron su apoyo en el sentido indicado por San Martín O'Higgins, con su buen sentido, les contestó lo que les habría contestado el último patán americano que viera las cosas que pasaban a su alrededor: que "no dudaba que el plan pudiera ser ventajoso y adaptable al Perú; pero que en cuanto a Chile, en donde no había opinión formada sobre el sistema de gobierno, en donde apenas uno u otro noble estaba por la forma

monárquica, lo mejor era dejar las cosas en el estado en que se hallaban, pues quedaba tiempo para constituirse según mejor les pareciese, después de observar las medidas de los otros gobiernos de América y la marcha política de los gabinetes europeos". Los comisionados, al ver frustrado en su primer paso el éxito de su misión, atribuyeron la negativa indirecta del Director al deseo de retener el mando de que estaba en posesión —que aun en este supuesto era un interés más legítimo que el de la monarquización de la América— y no insistieron, limitándose a pedir que la comunicación se considerase como puramente confidencial, reservándola de los ministros y del Senado, y así lo prometió y cumplió O'Higgins. Pero como en 1818 hubiese entrado en el proyecto de monarquía fraguado en Buenos Aires cediendo a la influencia de San Martín, según se explicó antes (V. caps. XIX, § VI y VII), bien que luego se apartara de él, habíase anticipado a escribir al enviado chileno en Londres —que era el mismo Irizarri encargado entonces de proceder de acuerdo en tal sentido con las Provincias del Río de la Plata—, que "aquel plan había quedado completamente deshecho, y que no habiéndose desde entonces resuelto nada en materias tan difíciles como "espinosas, e ignorándose la forma de gobierno que adoptarían en definitiva los mejicanos, los de Colombia, las Provincias del Río de la "Plata y aun el Perú, era necesario considerar y conciliar la que Chile "adoptase con las demás del continente americano, pues ésta era la opinión general, que distaba mucho del proyecto sugerido por la cobardía "que tanto detestan los pueblos". De este modo, el plan de que San Martín se prometía un milagro, era estigmatizado por su más fiel amigo al sólo recibo de su carta, y le daba por primer resultado enajenarse la voluntad y la cooperación de su mejor aliado. El círculo se iba estrechando.

XV

Cuando el libertador del Sud parecía no creer en sí mismo, no era extraño que los que tomaban su temple de su fortaleza de ánimo, no creyeran ni en la estabilidad de su poderío. García del Río uno de los inspiradores del plan monárquico y el encargado de propiciarlo en Europa, con todo su talento y habilidad, era un espíritu descreído y un carácter flexible, y parece que después del primer contratiempo ya no tomó a lo serio su misión diplomática. Consideraba casi caduco el poder del Protector, y presintiendo su desaparición, más o menos cercana, aconsejaba al mismo San Martín por este mismo tiempo, anticiparse por una retirada voluntaria, a una retirada que podría ser forzosa. "Aquí llegan —le escribía— las noticias más interesantes y reservadas del Perú, y también las más triviales: unas exactas, otras exage"radas y otras enteramente desfiguradas. Personas hay aquí que creen "que V. se ha ido de puro aburrido, y que en lugar de tener la entre"vista con Bolívar, sólo ha sido éste un pretexto para marcharse a "Europa. Otros creen que V. ha tenido que ceder a la necesidad y apa"rentar que renunciaba para evitar el golpe de una revolución. Como "la causa perdería mucho con que esto se generalizase, y por otra par"te, no hay que dar margen a que se alegren nuestros enemigos, me "parece absolutamente indispensable que cuando V. regrese de su via"je, entre otra vez en el mando y se reciba de él con la mayor solem"nidad posible. En seguida proceda V. a la apertura del Congreso, y "allí puede renunciar al mando político, sin que entonces tenga nadie "que morderle, ni quede lugar a creer que el paso ha sido forzado. Es"ta es mi opinión: V. resolverá sobre ella". Con estos presentimientos,

y más literato que político, no veía más prospecto a su misión que la publicación de una revista pintoresca en Europa, para llenar el vacío diplomático: "Pienso publicar en Londres un periódico mensual, ador- "nado con grabados; y al efecto le suplico me envíe una copia de su "mejor retrato, acompañándola con algunos detalles sobre su vida, pa- "ra dar a luz un artículo biográfico. Que la modestia no impida acce- "der a mis deseos: la patria y la amistad se interesan en que se ilus- "tre su nombre". Diríase un marinero acobardado, desertando la maniobra de la nave empavesada, que cree próxima a naufragar.

La carta de García del Río, escrita en su calidad de consejero de Estado del Protector y confidente de San Martín, encargado de una misión que debía cambiar según su ilusorio plan los destinos de la revolución sudamericana, y a que el enviado no daba más valor que el de un viaje literario, aconsejando a su sostenedor entregase el poder en manos del congreso peruano, que debía tener conciencia lo repudiaría, prueban que el protectorado estaba moralmente perdido a los ocho meses de nacer, y que no le quedaba más salida que la abdicación o el despotismo, a menos de reaccionar contra su propia política. Esta carta, la conjuración latente de los jefes del ejército argentino-chileno, la sublevación de la opinión patriótica del Perú con motivo de la propaganda monárquica de Monteagudo, el plan de monarquización propiciado por el Protector, agregado a esto el descrédito en Chile, el rechazo de su política por O'Higgins, su más constante amigo y aliado, son otras tantas luces convergentes, que unidas a otras iluminan por su afocamiento, el gran misterio de la retirada de San Martín de la vida pública, que se ha explicado de tantos y tan diversos modos, cuando la explicación está en los hechos mismos una vez coordinados. El alzamiento del almirante Cochrane con la escuadra de Chile, que privó al libertador del Sud de un poderoso elemento militar, y los incidentes depresivos del carácter moral que con tal motivo mediaron, aun estando la razón de parte del Protector, acabaron de consumar el desprestigio del protectorado, como se verá en el capítulo siguiente.

CAPITULO XXXIV

EL PROTECTORADO DEL PERU

(San Martín y Cochrane)

AÑOS 1821-1822

El pugilato de dos hombres ilustres. — Antecedentes sobre las desavenencias entre San Martín y Cochrane. — Cochrane reclama el pago de los sueldos y gratificaciones debidos a la escuadra. — Tempestuosa conferencia entre San Martín y Cochrane. — Notables cartas cambiadas entre ambos. — Negociaciones oficiales sobre las disidencias entre San Martín y Cochrane. — Estado de las cosas al tiempo de la invasión de Canterac. — Ultima entrevista en la vida entre San Martín y Cochrane. — Cochrane se apodera de los caudales del gobierno y de los particulares de Lima. — Discusiones con este motivo. — Atentado de Cochrane. — Correspondencia entre San Martín y O'Higgins sobre estos incidentes. — Cochrane condenado por O'Higgins y aplaudido por el pueblo chileno. — Ultimo crucero de Cochrane en el Pacífico. — Rendición de los últimos buques de guerra españoles en el Pacífico. — Nuevo conflicto entre Cochrane y San Martín. — La escuadra del Perú.

I

La historia querría en vano borrar de sus páginas las invectivas con que los dos héroes de la expedición libertadora del Perú — el uno en tierra y el otro en los mares — se han vilipendiado recíprocamente en un innoble pugilato, con escándalo de la América, con menoscabo de la causa que sostenían y depresión de su carácter moral. Pero como ellos mismos las han consignado en documentos ruidosos a que han dado la solemnidad de apelaciones a la opinión del mundo, y como sus reyertas, aparte de lo que tienen de personal, forman parte de la trama de los acontecimientos generales de una época, hay que tomarlas en cuenta al diseñar estas dos grandes figuras bajo la luz siniestra en que se presentaron a sus contemporáneos, para colocar a ambos en el verdadero punto de vista en que los contemplara la posteridad equitativa.

Cochrane ha insultado y calumniado a San Martín en vida y en muerte, llamándole ambicioso vulgar, tirano sanguinario, general inepto, hipócrita, ladrón, borracho, embustero, egoísta y desertor de sus

banderas, tan cobarde como fanfarrón. San Martín, protector del Perú, apostrofó a Cochrane por medio de sus ministros, como un depredador asimilable en cierto modo a los piratas, un detentador de los intereses públicos, un traficante con la fuerza marítima de su mando, como un verdadero criminal deshonrado por sus hechos; y por el órgano autorizado de sus diplomáticos lo ha calificado ante el gobierno de Chile como el "hombre más perverso que existiera en la tierra".

El almirante, para quien no había nada más grande sino sus propias hazañas y sus pasiones rencorosas, extremado en todo, así en el heroísmo como en el desprecio, juzgaba a la Inglaterra de su tiempo (18[illegible]), su propia patria, como una nación degradada, gobernada por un parlamento de bribones y a sus primeros hombres de Estado como una plaga de insectos dañinos dignos de perpetuo destierro y prisión, como los más grandes tiranos de la tierra (véase cap. XX, § VI). No es extraño, pues, que en más pequeño escenario, con su intemperancia de lenguaje exaltado por la emulación de la gloria, la vanidad, la codicia y a veces el despecho, juzgase la revolución sudamericana — con sinceridad quizá — como la liquidación de una campaña mercantil, y pintase a sus actores como un hato de pillos, intrigantes, rateros, ineptos, cobardes y ladrones, aunque algunas veces se inclinase con altivez ante el ascendiente del genio y la voluntad de San Martín. Implacable en sus odios, con un pie en la tumba, ha reproducido sus invectivas y calumnias para reclamar el precio de sus glorias en oro, negando la gloria de sus compañeros de armas con hechos adulterados o con documentos comprobantes truncados por él mismo, como luego se verá.

San Martín, más frío y prudente, y también más modesto, excedió la medida de las recriminaciones, y devolvió por mano ajena dirigida por él, ultraje por ultraje; pero si cargó de sombras el retrato de su antagonista, no le calumnió ni se ensañó con su nombre. Pasado el momento de la exaltación del pugilato provocado, en que recibía y daba golpes, no volvió a ocuparse de él en el resto de sus días, y al morir, limitóse a dejar coleccionados los documentos cambiados entre ambos durante cuatro años de amistad y compañerismo hasta su ruptura, sin comentarios ni anotación alguna.

II

Los antecedentes de las desavenencias entre San Martín y Cochrane son conocidos ya, así como las causas y los móviles que pusieron al fin en abierta pugna a uno y otro. Cochrane, como en su lugar se explicó, sediento de gloria y de riquezas, aspiró a reemplazar a San Martín en la conquista de la tierra de los Incas, cuyos proverbiales tesoros le quitaban el sueño, y no pudo perdonarle jamás la defraudación de sus ambiciones, y que se sobrepusiera a él en el mando de la expedición libertadora del Perú. Desde entonces, le profesó un odio concentrado, que sólo esperaba una ocasión para estallar. Más tarde, al ver desatendidos sus planes aventureros, juzgó que la prudencia de San Martín era timidez, y su sangre fría indolencia, llegando a menospreciarle como general con su acostumbrada soberbia, y empeñábase por noble emulación en eclipsar su fama con hazañas portentosas como la de la *Esmeralda*. El generalísimo, que en su ecuanimidad no se violentaba para hacer justicia al héroe y al consumado marino, empeñóse en vincularlo a su fortuna, fiel a la promesa que le había hecho en Valparaíso, de que la suerte de ambos sería la misma, cuando lo salvó del oprobio —

según confesión del mismo almirante — de una destitución por el gobierno de Chile, provocada por sus imprudencias. Empero, nególe siempre su plena confianza y aun su estimación. Tenía pobre idea de él como cabeza militar en la guerra terrestre, y cuando cediendo a sus instancias le confió los elementos necesarios para una operación, que requería método y atrevimiento, tuvo que arrepentirse de ello por los trastornos que le causó y por las exacciones que cometió. El almirante, en su vanidad, creía que procedía así por mezquinos celos, y se atribuía una importancia exagerada, hasta el extremo — como ya se relató — de pretender apoderarse por sí solo de las fortalezas del Callao por una negociación, que era casi una infidencia, con el propósito codicioso de apropiarse grandes caudales públicos y privados, y la mira ulterior de dictar la ley política a San Martín respecto del Perú, según él mismo lo ha declarado; y tal vez con la de poner a contribución al Perú mismo, acaparando sus rentas bajo la protección de su escuadra, una vez dueño de su único puerto. (V. cap. XXXII § III).

Un incidente de carácter nacional, en que toda la razón estaba de parte del almirante, contribuyó a hacer más tirantes las relaciones entre él y el generalísimo. En la escuadra había dos partidos: uno que tenía por su Neptuno al héroe del mar Pacífico, y era más fuerte; el otro, que acaudillaban Guise y Spry, enemigo declarado del almirante el primero, con quien estaba en constante pugna. Con motivo del nombre dado a la *Esmeralda*, Guise promovió una protesta, suscripta por varios oficiales, con alusiones ofensivas al vencedor de Valdivia y en términos contrarios a la severidad de la disciplina. Los culpables fueron sometidos a juicio. Guise y Spry, nombrados para un servicio de guerra, desobedecieron. Sometidos a su vez a juicio con arreglo a ordenanza, San Martín, que veía en Guise un futuro almirante, trató de mediar en el asunto y lo amparó al fin con su autoridad dejándolo en libertad en tierra y nombró a Spry su ayudante de campo. Arrestados nuevamente a bordo los dos oficiales por Cochrane, exigió éste se les expidieran pasaportes para Valparaíso. San Martín, sin tomar ninguna resolución, autorizó tácitamente la insubordinación, con menoscabo del prestigio del jefe superior de la escuadra, quien se consideró justamente agraviado. No obstante esto, las relaciones amistosas entre ambos no se alteraron, y al emprender lady Cochrane su viaje a Inglaterra, no trepidó el almirante en dirigirse al general, pidiéndole la cantidad necesaria para sufragar los gastos.

En la ocasión de jurarse en Lima la independencia del Perú, el almirante, al leer la inscripción de la medalla conmemorativa, que atribuía toda la gloria de ese hecho a los esfuerzos del ejército de tierra, con olvido de la escuadra, y sobre todo de su nombre — que juzgaba, y con razón, digno de perpetuarse en metal duro — no pudo contener su disgusto, y reclamó en nombre de la marina, que había abierto y enseñado el camino de la expedición libertadora. San Martín le dió la razón, en cuanto la tenía, y le manifestó que así debiera haberse grabado, explicando la involuntaria omisión; pero herido en lo más vivo de su amor propio, no se dió por satisfecho. Desde entonces, empezaron a acentuarse sus reclamaciones por los sueldos y gratificaciones que se adeudaban a la escuadra: al principio en términos moderados, y luego en tono más alto, augurando sublevaciones de sus tripulaciones como presagio de tempestad.

Al tiempo de equipar en Valparaíso la escuadra y el convoy de la expedición libertadora del Perú, tocóse con la dificultad de que los marineros extranjeros no querían reengancharse, disgustados de que

no se les hubiesen cumplido las promesas hechas. El tesoro de Chile estaba exhausto, y su gobierno no tenía crédito. En tal situación, se arbitró que San Martín expidiese una proclama, prometiendo pagar con puntualidad después de su entrada en Lima, los sueldos de los que se alistasen voluntariamente, y a más la paga entera de un año por vía de recompensa. Así se hizo, y Cochrane firmó conjuntamente con él la proclama, allanándose de este modo la dificultad. Posteriormente, acordó cincuenta mil pesos de gratificación a los captores de la *Esmeralda*. Una vez en Lima, no atendió con la debida preferencia estos compromisos, aun cuando contase con dinero suficiente para atender su ejército y otros gastos extraordinarios. De esto se quejaba el almirante, y no sin razón. En vísperas de fenecer los empeños de los marineros enganchados (junio 30) bajo la fe del general, el almirante se lo recordó, y formuló su cuenta, incluyendo en ella, además de las gratificaciones oficiales, el valor de la *Esmeralda*, estimado en 110.000 pesos, la cantidad de 150.000 pesos por haberes atrasados durante año y medio y dos años, lo que hacía montar a 420.000 pesos fuertes. Un mes después (julio 30) reiteró sus exigencias, haciendo presente que "sería imposible manejar la escuadra si no se pagaba en el Perú, o se enviaba a Chile para que allí se hiciera". A la vez se quejaba de escasez y miserias en la escuadra, pero sin hacer mención del valor de las presas hechas ni de los artículos y caudales tomados en los puertos del Perú, que si bien no se apropió, empleó discretamente en beneficio de la escuadra, y cuyo importe debía por lo menos figurar en el debe. San Martín se resistía al abono de los sueldos atrasados, fundándose en que era deuda que correspondía al gobierno de Chile y no al Perú, en lo que podía tener razón; pero su propia conveniencia y los deberes de la gratitud para con el país que costeara los gastos de la expedición, le aconsejaban reconocerla. De aquí una discusión agria y un sordo descontento, fomentado por el mismo almirante, que empezó a sentirse en las tripulaciones con síntomas de sublevación.

Tal era el estado de las relaciones entre San Martín y Cochrane, al tiempo de declararse el primero Protector.

III

El 4 de agosto (1821), un día después de declararse San Martín Protector del Perú, se presentó el almirante en el palacio de gobierno de Lima, con el objeto de renovar verbalmente sus reclamaciones, ignorando o afectando ignorar el nuevo carácter de que el general se había investido. La versión de la conferencia que entre ambos se siguió, dada por el secretario de Cochrane y que éste reproduce en sus "Memorias", aparece confusa o contradictoria cotejada con los documentos que él mismo trascribe, y no puede tomarse por guía, por lo que el historiador tiene que limitarse a mencionar lo que está fuera de la cuestión o se deduce del propio contexto de los recíprocos testimonios no contradichos. Según el almirante, San Martín contestó a su reclamación, declarando: que no reconocería los sueldos debidos a la escuadra, sino entrando como parte del precio de venta de ella al Perú. Los ministros Monteagudo y García del Río, que asistieron a la conferencia, califican de calumniosa esta aserción, y arguyen, que teniendo San Martín la escuadra a sus órdenes, no necesitaba comprarla. Según se deduce del tenor de la versión aceptada por Cochrane, es que los términos en que formuló su reclamación ofendieron a San Martín, quien frunciendo el entrecejo pidió a sus ministros que se retirasen.

Alarmado el almirante, hizo presente que "no hablando bien el español, deseaba quedasen los ministros como "intérpretes, por temor de que "pudiese considerarse ofensiva cualquiera expresión mal entendida". San Martín volvióse entonces a él y le interrogó: —¿Sabe V., milord que soy el Protector del Perú? —No, señor, respondió. —Pues he ordenado a mis secretarios lo informen a V. de ello. —Es inútil ahora, pues V. mismo me lo comunica personalmente; pero espero que la amistad que ha reinado entre San Martín y yo, continuará existiendo entre San Martín y mi persona. El general, según Cochrane, limitóse a contestar que no tenía nada que decir, sino que era el Protector del Perú.

Cochrane, que desde este momento empezó a afectar un chilenismo exagerado, y que como almirante de Chile creía no deber ver en el Protector sino un general alzado del país a que servía, o un gobernante extranjero no reconocido por él, repuso: —Entonces, es a mí a quien compete, como oficial de Chile, y por consiguiente el más caracterizado para representar la nación, pedir se cumplan todas las promesas hechas a Chile y a la escuadra; pero ante todo a la escuadra. A este discurso falta la intimación final, consecuente con la representación internacional que se atribuía, de acuerdo con su anterior insinuación de llevar la escuadra a Chile para pagarla y concordante con las palabras que pone en boca de San Martín, que era declararse desatado de toda obediencia y retirar al Perú el apoyo de su armamento naval.

San Martín repuso, con reconcentrada irritación: —He ofrecido a la tripulación de la marina de Chile un año de sueldo de gratificación, y lo cumpliré. Reconozco por deuda la gratificación de cincuenta mil pesos ofrecida a los marineros que apresaron la fragata *Esmeralda*, y no solamente estoy dispuesto a cubrir este crédito, sino recompensar como es debido a los que han ayudado a libertar el país. Los sueldos de la tripulación no están en igual caso, y no habiendo respondido yo jamás de pagarlos, no existe de mi parte obligación alguna. Supongo justo en la escasez del erario de Chile, se le indemnicen de algún modo los gastos expedicionarios, lo que será para mí una agradable atención; pero de ningún modo reconoceré el derecho de reclamarme los sueldos vencidos. En cuanto a la escuadra, puede V. llevársela adonde guste y marcharse cuando quiera: con un par de bergantines tengo lo bastante.

Al observar el giro tempestuoso que tomaba la conferencia, los dos ministros se retiraron discretamente. San Martín se levantó de su asiento, y paseándose con agitación por el salón, volvióse súbitamente al almirante, y le dijo: —Olvide, milord, lo pasado. —Lo olvidaré cuando pueda.

Así terminó la conferencia. El Protector acompañó al almirante hasta la meseta de la escalera, y ofreciéndole francamente la mano, repitió lo que le había dicho en Valparaíso: que su suerte sería igual a la suya.

IV

El almirante, al regresar a bordo, encontró un oficio del ministro de guerra del Protector, ordenándole "hacer reconocer el nuevo gobierno por las fuerzas navales de su mando, dependientes de la república de Chile". El almirante se sometió, aunque aparentemente, en la esperanza de obtener algunas ventajas pecuniarias, pues él mismo confiesa, que "su ánimo era no reconocer la autoridad usurpada del Protector". En seguida tomó la pluma, que manejaba como una espada de dos fi-

los, y se dirigió privadamente en inglés a San Martín, aunque esta vez conteniendo sus ímpetus y acompañando sus golpes encubiertos con pérfidos saludos.

Llamábale por "última vez, mi querido general", y recordando la antigua amistad, reconocía que "San Martín lo había salvado en otro "tiempo de ser expulsado del servicio de Chile". "En manos de V. está, "le decía, ser el Napoleón de la América del Sud o uno de los hombres "más grandes que en el día figuran en la escena del mundo. Tiene V. "la facultad de elegir su carrera. Si los primeros pasos que dé son fal- "sos, la altura a que se encuentra contribuirá a hacerle caer de una "manera más violenta y segura, como del borde de un precipicio. Excep- "to V., no ha surgido un hombre capaz de elevarse sobre los demás y de "abrazar con mirada de águila la extensión del horizonte político. Mas, "si va fiado en las alas de la fortuna, cual otro Icaro con alas de cera, "su caída pudiera aplastar la libertad naciente del Perú, y envolver "a toda la América del Sud en anarquía, guerra civil y despotismo. "La fuerza de los gobiernos está en la opinión pública. Nadie puede en- "gañarse acerca de los sentimientos que abrigo en mi pecho; de los "de los otros juzgo por los míos propios, y como hombre honrado no "tengo embarazo en expresarlos. Si los reyes y príncipes tuviesen en "sus dominios un solo hombre que en todas las ocasiones les dijeran la "verdad desnuda, se habrían evitado errores frecuentes y menores ha- "brían sido los males que experimenta la humanidad. Si yo fuera ca- "paz de bajezas e interesado, con el paso que acabo de dar, bastaría "para arruinar mi porvenir, pues al darlo no he tenido otra seguridad "que la buena opinión que tengo de su discernimiento y de su corazón".

San Martín sintió los golpes en medio de las fintas encomiásticas de su antagonista, y contestó con moderada dignidad. "Conozco, milord, "que la buena fe del que preside a una nación es el principio vital de "su prosperidad. Un orden singular de sucesos me ha llamado a ocupar "temporalmente la suprema magistratura de este país, y renunciaría a "mis sentimientos, si una imprudente presunción o una servil deferen- "cia a consejos ajenos me apartase de la base del nuevo edificio social "del Perú, exponiéndolo a los vaivenes que con razón tiene V. en tal "caso. Conozco que no se puede volar con alas de cera; distingo la ca- "rrera que tengo que emprender; y confieso, que por muy grandes que "sean las ventajas adquiridas hasta ahora, restan escollos que sin el "auxilio de la justicia y de la buena fe no podrán removerse. Nadie "más que yo desea el acierto en la elección de medios para concluir "la obra que he emprendido. Arrastrado por el imperio de las circuns- "tancias a ocupar el gobierno, libre que sea el país de los enemigos, de- "seo volver con honor a la simple clase de ciudadano. Estoy pronto a "recibir de V., milord, cuantos consejos quiera darme, porque acaso el "resplandor que de intento se me presenta delante de los ojos, me des- "lumbre sin conocerlo".

Cochrane, que no quería romper del todo, no obstante estar re- suelto a asestar a su rival un golpe mortal que lo desprestigiara y pa- ralizase su carrera, replicó en tono sentimental, para reanudar con que- jas la ya extinguida amistad y le llamó otra vez "mi querido general", invocando hasta los recuerdos de la esposa ausente. "Quisiera Dios, "que el sábado 5 de este mes hubiese sido borrado de los días de mi "vida, porque ha dejado tan profundas impresiones en mi alma, que "desearía poder desarraigarlas. ¡Oh, las penosas impresiones que to- "davía vibran en mí, me hacen desgraciado! ¡Cómo! ¡San Martín el "justo y honorable, ha podido, aun en un momento de exasperación,

"expresar sentimientos que no debían haber tenido cabida en su es-"píritu liberal! ¿Y no lo ha hecho así? San Martín, a quien creía mi "amigo, ¿no me ha dicho con fría indiferencia que mande la escuadra "donde me plazca y vaya donde se me ocurra? ¿No me ha dicho: *Puede "usted irse cuando guste?* ¡Ah, general! ¡Ha sido un doloroso día para "mí! No podré volver a verlo jamás mientras no sienta que pueda ha-"cerlo sin una lágrima en los ojos. Siento deseos de evitar la sociedad "de los hombres, porque todos hasta ahora me han hecho sufrir desen-"gaños. Me retiraré donde la amistad de lady Cochrane venga a agre-"garse al consuelo que siento, pues no he dañado ni pretendido dañar "a hombre alguno, ni cometido acto que mi conciencia me reproche. "¡Que tenga V. éxito en todos sus esfuerzos por el bien de la humani-"dad; que sea V. tan grande como pueden hacerle la justicia, el honor, "la sabiduría y todas las virtudes!".

San Martín, refiriéndose a su vez a la intimación de retirarse que provocaron las palabras duras de su glorioso compañero se quejaba, decíale: "Nada tenga que añadir, si no es la protesta de que no he mi-"rado ni miraré jamás con indiferencia cuanto tenga relación con V. "Yo le dije en Valparaíso, que su suerte sería igual a la mía, y creo "haber dado pruebas de que mis sentimientos no han variado ni pue-"den variar, por lo mismo que cada día es mayor la trescendencia de "mis acciones. Si a pesar de todo deliberase tomar el partido que me "intimó *(retirarse con la escuadra)* en la conferencia que tuvimos, este "sería para mí un conflicto a que no podría sustraerme. Mas yo espe-"ro que entrando V. en mis sentimientos, consumará la obra que ha em-"pezado, y de la que depende nuestro común destino".

Este duelo cortés de juego tan cerrado con puntas embotadas, entre los dos grandes antagonistas que cambiaban con enojos concentrados, pero con decoro, sus sentimientos y sus agravios, y que debía degenerar más tarde en un sangriento pugilato en que ambos quedarían mal parados, terminó con una cordial y encomiástica carta del almirante, quien llamando por última vez "mi caro general" a su futuro enemigo, refuta — como en la anterior — con su propia pluma, todas las difamaciones y calumnias estampadas contra él en sus *Memorias:* "Volveré a escribir a V. en español, no siendo de importancia si *(no)* "me expreso en términos propios, pues creo me entenderá cuando le "aseguro de mi gratitud personal por sus cariñosas promesas. He apre-"ciado sus intereses más que los míos propios. De esto se convencerá "cuando reflexione sobre aquella línea recta que he creído ser un de-"ber seguir, con el riesgo de incurrir en su desagrado para siempre. "Esto habría sucedido inevitablemente, si el talento de V. no le hu-"biese hecho ver las cosas con sus verdaderos colores, cuyo conocimien-"to ha adquirido V., afortunadamente, no habiendo nacido rey, pero " sí para gobernar. Creeré para siempre que ha sido una de las ocu-"rrencias más felices de mi vida, si la franqueza con que le he habla-"do ha impedido que se ejecutasen consejos contrarios a su nombre y "opinión universal, sin esperar por la astucia, aquello que se debe ad-"quirir de un modo franco y honorable: el único digno de un gobierno "que debe servir de norma a todos los de la América, y aun al mundo "entero".

V

Simultáneamente con esta singular correspondencia íntima, seguíase otra oficial de carácter más agrio, en que se ventilaban los asuntos de la escuadra que motivaron las disidencias. Sería tan inútil como

enojoso reproducir las disputas que ambas partes han consignado en sus panfletos y documentos, en que la razón y la sinrazón de una y otra parte se confunden, y el encono, la imprudencia, los términos medios o las recíprocas desconfianzas precipitan el conflicto. El almirante, a la vez que hacía alarde de chilenismo en sus reclamaciones, atribuyéndose una representación externa ante el gobierno del Perú, al dirigirse al Director de Chile, le anunciaba que su escuadra estaba a merced del beligerante que le diera de comer: "Me parece muy pro-"bable que antes que pueda recibir los víveres que solicito, la escuadra "estará a la disposición de cualquier gobierno que tenga en sus manos "recursos del país, ya muy agotados con el doble consumo de las dos "partes contendoras".

San Martín, con justicia y prudencia, reconoció al fin, aunque tardíamente, los haberes de la marinería por cuenta del gobierno de Chile, garantiendo su pago, además de las gratificaciones a que por su palabra empeñada estaba obligado, y aun cuando estas promesas no se hubieran hecho efectivas, los ánimos estaban más apaciguados al tiempo de la bajada de Canterac de la sierra (1º de septiembre). Así, Cochrane escribía a Monteagudo, ministro de la Guerra, al presentarse los realistas frente a Lima: "Ojalá que las circunstancias me hubiesen "permitido llevarles, no solamente la tropa de marina, sino también "los marineros. El movimiento del enemigo parece dictado por la deses-"peración. Quisiera acompañar a Vds. a cosechar los laureles que les "aguardan; pero si esto no puede ser, es debido a lo que tanto tiempo "he previsto y deseado evitar, cuando estaba en su poder remediarlo. "El cuidado de los castillos del Callao, si su guarnición saliese a ayu-"dar a sus compañeros, es importante, y yo haré todo lo que pueda en "este caso, así como para pagar a los marineros con lo que hay aquí".

Después de la adusta escena entre San Martín y Cochrane antes relatada (10 de septiembre), en que estos dos personajes se vieron por última vez, el almirante retiróse airado a su bordo, y su escuadra se puso en verdadero estado de motín. Dos días después escribía al Protector: "Permanezco a bordo con la mira de guiar la tempestad que "está formándose contra V.", palabras que él explicó más tarde diciendo que era para evitar que las tripulaciones se alzasen con los buques y "cometiesen piraterías en alta mar, para aliviarse en sus necesidades "y obtener un equivalente de lo que tan justamente se les debía".

El Protector, por precaución, al poner la ciudad en estado de guerra a la aproximación del enemigo, había hecho depositar los caudales de la tesorería y las pastas preciosas de la casa de moneda, en un buque surto en Ancón, permitiendo se trasladasen a los trasportes de guerra y a otros con bandera neutral, dineros de los particulares. Cochrane, aprovechándose de los conflictos que rodeaban a San Martín, así que lo supo, se apoderó por la fuerza de toda la plata y oro pertenecientes al Estado y a los particulares, como artículos de contrabando, limitándose por toda formalidad a dar un recibo en globo de los bultos secuestrados. Se le ordenó inmediatamente que restituyese las especies, que se hallaban en un puerto de la dependencia del gobierno del Perú, sin violar ninguna disposición aduanera, a cuyo efecto se le acompañó nota de sus procedencias y propietarios.

En la imposibilidad de sostener la ficción del comiso, escribió confidencialmente a San Martín, y le volvió a llamar "mi caro amigo", diciéndole que después lo instruiría de todo de oficio, y en tanto, le declaraba que se apropiaba las especies para la escuadra: "Me es sensi-"ble que la necesidad imperiosa me haya obligado, para impedir una

"sublevación y la pérdida total de la escuadra, satisfacer a los marine-"ros, quienes empezaban a considerarme como implicado en alucinar-"los, tomando a bordo de esta fragata la plata piña y dinero que he "encontrado en los transportes, de todo lo que soy responsable. El mal "de la necesidad es grande, pero un motín y la pérdida de los buques "hubiera sido mil veces peor. Las dudas que suscitó el envío del dine-"ro a este puerto, añadido al prospecto de un largo bloqueo, quizás "ha sido la causa de sus recelos de no ser jamás pagados. V. ha tenido "que pagar su ejército, sin duda porque conocía que las promesas no "eran premio suficiente, y así, no puede V. esperar que la marina de-"jaría de esperar los sueldos que se les deben".

Al día siguiente (16 de septiembre) recargando la ironía, le escribía en la misma forma: 'He tomado sobre mí una responsabilidad "enorme para cortar consecuencias fatales a V. y quizás a los demás "gobiernos independientes de América que dependen principalmente "del éxito de V. Si no hubiese dado este paso, el menor que podía es-"perarse hubiera sido levantar el bloqueo y la entrada de víveres en el "Callao, que como V. sabe tiene dinero para pagarnos bien. Como he "dicho antes, soy responsable de hecho, ante todo el mundo y ante V. "¿Piensa V. que su ejército le hubiese servido con el entusiasmo que "vi el otro día, si no hubiesen sido pagados sus sueldos? Esto no ha "podido esperarlo, y por consiguiente ha tomado las medidas sabias de "seguir otro camino. Estoy cierto que su deber público le hubiera he-"cho tomar el dinero de su mismo hermano, si hubiera visto en el ejér-"cito el espíritu de motín que existía en la escuadra, cuando los marine-"ros veían que tenían una seguridad mayor que las promesas, que di-"cen ellos han sido tantas veces burladas. Dicen que V. y yo firmamos "un papel en Valparaíso asegurándoles su paga y además una gratifi-"cación a su llegada a Lima, y que esto no se ha cumplido: que lo pro-"metió para mes y medio después de la toma del Callao, y que ya ven "al Callao socorrido por el enemigo: y dicen, que luego les prometie-"ron pagarles para cuando no haya enemigos en la América. Así ra-"ciocinan y nada puede convencerlos de lo contrario. De los dos males "mencionados y otros muchos, he escogido el menor, y no dudo que al "fin pensará Vd. que este hecho es el mejor que como amigo podía "hacerle".

VI

Como el Callao aun resistía y su pronta rendición dependiese de la carencia de víveres de que el bloqueo marítimo le impedía surtirse, la cooperación de la escuadra chilena era indispensable, y San Martín hubo de contemporizar, limitándose a insistir en la devolución de los caudales de los particulares, lo que se verificó según el criterio y beneplácito del almirante. Rendido el Callao, la discusión oficial se reabrió, asumiendo por parte de Cochrane un carácter más agresivo y sarcástico. El gobierno le indicó, que para salvar el mutuo decoro, se formasen presupuestos, a fin de pagar las tripulaciones en la bahía del Callao con intervención del intendente de guerra, a cuya caja pertenecían los fondos secuestrados. La contestación fué: "El honor del "gobierno está mucho más comprometido, que en la detención del di-"nero hallado a bordo de los buques en Ancón sin ningún documento "legal, en su aplicación a pagar los marineros, cuando se ve que per-"tenecía a un gobierno que se había abstenido de darles pan de comer. "La necesidad carece de ley. Por más penoso que me haya sido recu-"rrir a una medida que sabe Dios hubiese querido evitar, es el gobier-

"no quien tiene la culpa y no yo. La transferencia de ese dinero al "Intendente, en nada contribuiría al objeto que se busca, y sólo serviría para renovar en la escuadra la insubordinación y la rebelión, de "la que mi juramento de fidelidad al gobierno de Chile — en oposición de las opiniones y de los hechos de el del Perú —, me ha compelido a procurar salvarla".

Viendo el Protector que la resistencia del almirante de Chile a todo avenimiento, siquiera de forma — aun satisfaciendo sus exigencias —, asumía el carácter de una intimación y de una reprobación internacional de su política y de los actos de su administración, cortó la discusión, y expidió una proclama a los marineros, en que confirmaba la distribución que de los dineros del gobierno extraídos en Ancón iba a hacerse. A Cochrane le escribió, que "podía emplear la plata del "modo que le pareciera". El almirante solicitó la presencia de un comisionado que autorizara el pago, y no recibiendo contestación, procedió por sí al abono de un año de sueldo, y el resto lo reservó, según confesión propia, para necesidades de la escuadra.

Hasta aquí los procederes del almirante, si bien irregulares y violentos, podían hasta cierto punto justificarse por la ley de la necesidad que invocaba. Al fin, los dineros del tesoro público se aplicaban con más o menos formalidades en beneficio de la escuadra, que había prestado tan grandes servicios y merecía ser atendida, aprobando el mismo Protector la inversión. Pero deprimida la autoridad del gobierno del Perú, alterada la paz pública, desmoralizadas las tripulaciones de la escuadra que desertaban en grupos o promovían conflictos diarios en tierra, el Protector hizo ordenar a Cochrane por medio de su ministro de Marina, en virtud de las instrucciones de Chile que lo autorizaban a disponer de parte o el todo de la escuadra, que se retirase inmediatamente con ella de las aguas del Perú, para dar cuenta de su conducta a su gobierno, agregando, que deploraba tener que tomar esta resolución con quien había hecho célebre su nombre por acciones señaladas. Despechado Cochrane, cometió nuevos atentados, asumiendo una actitud abiertamente hostil. Formó su escuadra en línea como en actitud de combate frente a las baterías del Callao, intentó apoderarse bajo sus fuegos de un buque que estaba a las inmediatas órdenes del Protector, y puso el puerto en una especie de bloqueo, poniendo en consternación al pueblo. Por último, llegó hasta desconocer el derecho de San Martín como generalísimo para impartirle órdenes, fundándose en que había faltado a la fidelidad que debía a Chile, y que por lo tanto no le competía darlas a su escuadra. Reiterada que le fué la orden (8 de octubre), se retiró cuando le pareció bien, pero no para dirigirse a Chile, sino para emprender de su orden un nuevo crucero, como más adelante se dirá.

El alzamiento del almirante Cochrane con la escuadra chilena fué un golpe para el Protector, que desprestigió considerablemente su autoridad ante propios y extraños, lo privó del concurso de un elemento poderoso de que necesitaba para terminar la guerra en el Perú, y cortó en parte su vuelo como libertador para adelantar sus planes hacia el Norte en combinación con Bolívar, según después se verá. Puede, pues, considerarse como una de las causas concurrentes que determinaron más tarde el retiro de San Martín de la escena americana.

VII

La correspondencia confidencial de O'Higgins con San Martín esparce una nueva luz sobre las desavenencias del Protector con el almirante. El Director de Chile, presintiendo la ruptura, escribía en vísperas de producirse (6 de agosto de 1821): "Yo he tenido que humi-"llarme ante los jefes británicos con tal de conciliar las locuras de "Cochrane con la marcha de nuestra revolución. Le he escrito sobre la "necesidad de guardar moderación y tino en lo que a él toca. ¡Ojalá "tenga en consideración mis reconvenciones y ayude a V. en sus tra-"bajos!". Producido el hecho, no le tomó de nuevo. "No me sorprende, "decía, la conducta de lord Cochrane. Debe V. acordarse muy bien, que "repetidas veces conferenciamos y fundadamente recelábamos se veri-"ficasen alguna vez los desgraciados acontecimientos sucedidos con to-"do dolor nuestro y descrédito de la revolución, aunque esta parte no "quepa a nosotros. ¡No nos quejemos de falta de previsión y sí de "resolución! Todos tenemos la culpa, y la Logia en la mayor parte. Lo "más temible por último resultado será que ese mismo dinero que ha "tomado y la escuadra no nos pongan en nuevos trabajos".

Como San Martín, irritado y mal aconsejado, indicase la medida de poner a Cochrane fuera de la ley, O'Higgins, no obstante creer a su almirante hasta capaz de convertirse en merodeador, le observaba con más serenidad: "De ningún modo conviene poner a Cochrane fuera "de la ley, porque entonces, apoyándose en cualquiera provincia inde-"pendiente, enarbolaría nueva insignia, nos bloquearía los puertos, des-"truiría el comercio estableciendo aduanas en las islas y situaciones "más análogas, y últimamente, uniendo sus intereses a los de los co-"merciantes extranjeros, convendrían en ideas. No debe esperarse ven-"taja alguna de las disposiciones de sir Thomas Hardy (el comodoro "inglés en el Pacífico), que hoy corre muy bien con él, constándome "hasta la evidencia que trabaja por ganarlo enteramente para afian-"zar la utilidad del comercio británico y darnos la ley en punto a de-"rechos. Así, nuestra declaración fuera de la ley además de no tener "efecto alguno, aparecería desairada, por no tener fuerza para ejecu-"tar nuestra resolución, y en tal caso conviene más probar otros me-"dios que alcancen a tan grave mal".

Pero si el Director condenaba a Cochrane, el pueblo chileno, cuyo sentimiento halagaba, aunque exagerándolo, no sólo lo absolvía, sino que lo aplaudía. Por otra parte, el almirante, antes de lanzarse de su cuenta a un nuevo crucero, había regularizado su posición ante el gobierno de que dependía de manera que, ni aun la reprobación oficial de su conducta era posible. "Cochrane protesta volver a Valparaíso — "escribía O'Higgins —, después de carenar la *O'Higgins* en Guaya-"quil y destruir, si aun existen, las fragatas *Prueba y Venganza*. Es-"tas promesas lisonjeras nos obligan a variar nuestra política y es-"perar sucesos menos desagradables que los de Ancón. En Chile se ha "aprobado generalmente el uso de los caudales en cuestión, para ví-"veres y sueldos de los marineros, y las opiniones sobre esta materia "se han avanzado más allá de los límites de la moderación. Hay lan-"ces en que es forzoso que el disimulo obre en el nivel de la ley y de "las circunstancias. Creo, pues, debe llamarse al orden al almirante, "tocando cuantos medios nos pueda sugerir la política. Al efecto, se "le han remitido víveres y marineros para que pueda navegar la es-"cuadra de regreso a este Estado. Su bajada a Guayaquil remueve los

"temores de V. acerca del embarazo que le oponía para la expedición "a Pisco".

Cuando los enviados del Protector, García del Río y Paroissien se presentaron a O'Higgins con el objeto de reclamar contra los procederes de Cochrane y pedir su desaprobación, encontráronse en presencia de esta situación compleja. El Director de Chile les manifestó sin embozo, que "convenía con ellos que Cochrane era el hombre más per- "verso de la tierra, y que estaba convencido de que era un criminal y "un impostor que trataba de alucinar al gobierno y a los chilenos con "gruesos paquetes de correspondencia llenos de calumnias contra el "Protector, quien contra sus consejos y dictamen se había empeñado "en llevarlo en la expedición; pero que era preciso contemporizar, por "no ser conveniente la reprobación pública, ni posible dar una satisfac- "ción al gobierno del Perú sino de una manera reservada, como se había hecho oficial y confidencialmente".

Los conflictos entre San Martín y Cochrane no habían terminado. El almirante triunfaría al fin de la influencia del Protector ante su único aliado y su conducta sería oficialmente aprobada por él, infligiéndole nuevas humillaciones.

VIII

Cochrane no era capaz de traicionar la causa que había adoptado, como llegó a sospecharlo O'Higgins, ni convertirse en un merodeador marítimo, como lo suponía el Director de Chile. Naturaleza desequilibrada, intemperante y arbitrario, impulsado por sus pasiones impetuosas, ensimismado y valeroso a la par que codicioso, era siempre el mismo héroe, con todos sus defectos y sus grandes cualidades. Había conquistado el predominio del mar Pacífico para la independencia sudamericana, y quería terminar su obra barriendo con su escoba vencedora las últimas naves españolas que aun flotaban errantes en sus aguas. Las fragatas *Prueba* y *Venganza*, que formaron parte de la escuadra del Callao, unidas a la corbeta *Alejandro*, buque mercante de 22 cañones armado en guerra, aun mantenían alzado el pendón del Rey de España, habiendo escapado hasta entonces a la persecución del almirante. Era un trofeo que faltaba a su corona naval y una presa que prometía rico botín de guerra. Así, al dejar las playas del Perú (6 de octubre de 1821), el soplo de la gloria y del interés inflaba sus velas.

El almirante despachó a Chile la *Lautaro* y el *Galvarino*, y con la *Valdivia*, comandante Cobbets, la *O'Higgins*, comandante Crosbie, la *Independencia*, comandante Wilkinson, y las presas *San Fernando* y *Mercedes*, puso rumbo al Norte. En Guayaquil (18 de octubre) embonó y avitualló sus maltratadas naves, pagándose los gastos con los premios de presas, incluso el dinero tomado en Arica que permanecía a bordo en depósito. Al dejar a Guayaquil (3 de diciembre) la capitana hacía seis pies de agua por día. Empeñado en dar caza a las fragatas, continuó su navegación, registrando todas las bahías y caletas a lo largo de las costas hasta Panamá, Tehuantepec y California (enero de 1822). Nadie le daba noticias de las misteriosas naves españolas. De regreso, supo en Atacame (costa de Esmeraldas), que desde Panamá se habían dirigido a Guayaquil, y continuando a toda vela su rumbo al Sud se dirigió a este puerto.

Las fragatas *Prueba* y *Venganza*, desprendidas de la escuadra del Callao, sirvieron para transportar las tropas españolas que del Alto Perú se embarcaron por Arica para reforzar el ejército de Lima. En diciem-

bre de 1820 se avistaron por la última vez frente a Cerro Azul, al sud de Lima. En virtud de órdenes secretas del virrey, dirigiéronse al Sud y se refugiaron en los puertos de Méjico. Puestas a órdenes del capitán general de Nueva Granada en 1821, acudieron a Panamá, donde se reunieron con la corbeta *Alejandro*, en circunstancias en que las provincias del istmo — Panamá y Veraguas —, se declaraban independientes (28 de noviembre de 1821), como partes integrantes de la República de Colombia. Los capitanes, viéndose aislados en medio de los mares, a lo largo de una costa enemiga, sin medios de proporcionarse ni siquiera víveres, celebraron con los independientes un convenio de suspensión de hostilidades (4 de diciembre de 1821), a trueque de algunos auxilios, en seguida se dirigieron al Sud a buscar fortuna y bloquearon el puerto de Guayaquil.

Hallábanse a la sazón en Guayaquil los generales Francisco Salazar y La Mar, el primero, en calidad de agente diplomático del Perú, y el segundo, incorporado ya a las filas independientes como comandante de armas de la provincia. Ambos, de acuerdo con el gobierno, entraron en negociaciones con los capitanes españoles, y los convencieron de que estaban perdidos, pues si no perecían de hambre, caerían irremisiblemente en poder de Cochrane que los perseguía. En consecuencia, las dos fragatas capitularon con el representante del Perú, obligándose a entregarlas en el Callao por sus mismos oficiales, mediante el abono de sus sueldos devengados y la garantía de ser trasladados a su país los que no prefiriesen alistarse en las filas independientes, con un ascenso en sus respectivas clases (15 de febrero de 1822). La *Prueba* se hizo inmediatamente a la mar bajo la fe de las capitulaciones, y cumplió su compromiso. La *Venganza* quedó reparándose en Guayaquil. Estos fueron los últimos buques de guerra que con la bandera soberana del Rey de España flotaron en las aguas territoriales del Pacífico. La independencia marítima de la América meridional estaba consumada.

De regreso Cochrane a la isla Puná, en el golfo de Guayaquil (13 de marzo), supo que las codiciadas presas que con tanto tesón perseguía, se habían entregado al Perú. Herido en su orgullo y defraudado en sus intereses, penetró en la ría con sus buques en son de guerra, y ordenó al capitán Crosbie que ocupara a mano armada la *Venganza*, izando en ella el pabellón chileno al lado del peruano que llevaba. Así se hizo. El gobierno de Guayaquil reclamó, invocando los respetos a la bandera peruana y al territorio en que se hallaba el buque bajo los fuegos de las baterías, y al interpelar sus sentimientos de confraternidad americana, le manifestó que cualquier procedimiento en contrario se tendría por acto hostil, de que le hacía responsable (marzo 14). Cochrane contestó: que de los asuntos navales del mar Pacífico, él sólo era el encargado, en los que no tenía que mezclarse el gobierno de Guayaquil; y que habiéndose rendido las fragatas refugiadas, a consecuencia de la persecución de su escuadra, las presas le correspondían legítimamente. En precaución de mayores avances, el pueblo se armó, las baterías desmanteladas se guarnecieron y alistóse la flotilla de lanchas cañoneras de la ría. Al fin Cochrane convino en que la *Venganza* quedara como propiedad de Guayaquil, con su bandera, la que sería saludada juntamente con la de Chile, con prohibición de enajenarla, bajo la garantía de cuarenta mil pesos, mientras los gobiernos de Chile y del Perú decidían la cuestión, y que la corbeta *Alejandro* se entregase a sus primitivos dueños. El general Salazar protestó contra el convenio; pero el gobierno de Guayaquil contestó

que después de haber intimado a Cochrane, al anuncio de romper el fuego, la resolución en que estaba de destruir las fragatas, antes de dejarlas arrebatar de la bahía y obtener con esta actitud salvar los derechos del Perú, había hecho cuanto era posible para evitar mayores males y escándalos, conciliando todos los intereses.

IX

La nueva odisea del almirante del Pacífico no debía terminar sin otra tempestad, promovida por su genio turbulento. Al tocar otra vez la costa norte del Perú (abril 12), le fué negado proveerse de víveres y hasta hacer aguada, con arreglo a las órdenes anticipadas que del Protector tenían sus autoridades. Irritado por esta negativa, dirigióse al Callao. Su aparición causó grande alarma (abril 25). La *Prueba*, bautizada con el nombre de *Protector*, y mandada por el capitán Guise, se guarneció con tropas y púsose bajo el amparo de las baterías de los castillos. El almirante dirigió un oficio al ministro de Marina, quejándose del procedimiento hostil de negar víveres y aguada a su escuadra, después de ejecutar la última hazaña naval que daba a los independientes el dominio absoluto del Pacífico, y renovó sus reclamaciones sobre los premios y haberes que se le debían por el Perú, con la misma acritud que antes. El gobierno del Perú declinó entrar con él en transacciones respecto de un punto que debía arreglarse amigablemente de gobierno a gobierno. El ministro se trasladó a bordo de la capitana chilena con el objeto de traer a Cochrane a sentimientos de moderación y amistad, ofreciéndole una recepción honrosa en Lima, y encomendarle el mando de una expedición sobre las Filipinas, con las escuadras combinadas de Chile y el Perú. El almirante, intransigente y altivo, contestó que: "No era su ánimo causar al Protector ningún perjuicio, porque no le temía ni odiaba, aunque desaprobase su conducta; y que no aceptaría honores ni recompensas de un gobierno constituído con menosprecio de solemnes promesas, ni pisaría un país gobernado contra toda ley".

No pararon en esto los arrogantes alardes del almirante. Pocos días después, la goleta *Montezuma*, buque que había pertenecido antes a la escuadra chilena, pasaba por su costado sin saludarle. Este desaire, que hería su vanidad de marino, puso el colmo a su irritación. Mandó hacer fuego sobre ella, la obligó a echar el ancla a su costado y abordándola con gente armada, arrió el pabellón peruano que llevaba, sustituyéndolo con el de Chile. Las hostilidades estaban a punto de romperse, cuando Cochrane se dió a la vela (mayo 10). Recibido en triunfo por el pueblo chileno, su conducta fué aprobada por el Gobierno. Poco después abandonó para siempre las aguas del Pacífico, cuyas ondas murmurarán eternamente su glorioso nombre.

Sobre la base de la *Prueba* empezó a organizarse la naciente escuadra peruana, de la que el almirante Blanco Encalada, el captor de la *María Isabel*, antecesor de Cochrane, fué nombrado almirante.

CAPITULO XXXV

EL PROTECTORADO DEL PERU

(Planes continentales — Derrota de Ica)

AÑOS 1821-1822

Estado de la guerra de la independencia en el Perú. — La insurrección peruana. — Actitud de los realistas en la sierra del Perú. — Derrota de Pasco. — Incendio de Cangallo. — Situación de los beligerantes en el Alto y Bajo Perú. — Planes americanos políticos y militares de San Martín. — Nuevo plan de política peruana. — Síntesis de la situación militar del Perú. — Graves errores militares de San Martín. — Una división independiente ocupa el valle de Ica. — Es atacada por los realistas. — Derrota de la Macacona. — Triunfos de las armas independientes en Quito. — La conferencia entre San Martín y Bolívar postergada. — San Martín procura reparar el error de Ica. — Medidas que dicta al efecto. — Misiones diplomáticas a Chile y República Argentina. — Se prepara a abrir campaña formal sobre puertos intermedios. — Maniobras misteriosas de San Martín. — Terrorismo sistemático de Monteagudo. — Acuerdo con Bolívar, Chile y Colombia. — San Martín se dirige a Guayaquil a conferenciar con Bolívar. — Momento histórico de la América meridional.

I

En el intervalo de los deplorables acontecimientos relatados en el capítulo anterior, que retardaban la marcha de la revolución sudamericana, habíanse desarrollado simultáneamente importantes sucesos que la encaminaban por vías nuevas y más seguras.

Después de la desastrosa retirada de Canterac, el virrey La Serna llegó a temer por su seguridad en Jauja al frente de un ejército debilitado a 190 kilómetros de Lima. En consecuencia, decidió retirarse al Cuzco, antigua capital del imperio de los Incas, para establecer allí la sede del último gobierno colonial y dar a la administración militar y a la guerra dirección más conveniente. Hizo que el ejército del Alto Perú se concentrase en el Oruro y se pusiera en comunicación con el del Bajo Perú, encomendándole la defensa de la costa del Sud. Reforzó la guarnición de Puno, Arequipa y Tacna, manteniendo su dominio sobre los puertos intermedios. Pidió reclutas para formar nuevos cuer-

pos y llenar los claros de los existentes, y se contrajo activamente a su organización y disciplina. El grueso del ejército a órdenes de Canterac, quedó ocupando el valle de Jauja, que como punto estratégico y centro de recursos constituía la clave de toda combinación militar, la base de su seguridad y subsistencia en la sierra. En esta actitud se mantenía en una sólida defensiva para rechazar cualquiera invasión por la cordillera o por los puertos intermedios, y se preparaba a tomar oportunamente la ofensiva con ventaja (diciembre de 1821).

Canterac, para asegurar su posición y proporcionarse recursos de que carecía — hierro, municiones y medicinas —, desprendió sucesivamente al mando del coronel Loriga dos columnas ligeras sobre Pasco, donde aun ardía el no extinguido fuego de la insurrección. El presidente de la provincia, Otero, que después de la retirada de Arenales habíase mantenido en aquel punto al frente de 200 hombres de tropa veterana, reunió en torno suyo como 5000 indios, y armándolos de hondas y palos se resolvió a salir al encuentro de Loriga en su segunda entrada. Los realistas habíanse establecido en el pueblo del Cerro, y se ocupaban en cargar 200 mulas con pertrechos de guerra, cuando inopinadamente fueron atacados a las 3 y 1|2 de la mañana, sublevándose contra ellos los indios de la población (diciembre 7). La confusión fué grande: una parte del parque hizo explosión, el pánico cundió en sus filas al oír en la oscuridad de la noche el alarido de los asaltantes, y la dispersión iba a pronunciarse en la tropa, cuando el jefe español la contuvo con serenidad y energía. Se reconcentró sobre la iglesia, y ocupando las casas inmediatas, resolvióse a esperar el día a la defensiva. Con las primeras luces del alba, reconoció la posición de los independientes; los atacó con ímpetu, y casi sin resistencia los puso en completa derrota, matando más de 700 indios, con sólo la pérdida de un muerto, nueve heridos y dos dispersos. Fué otra carnicería como las de Cangallo, Huancayo y Ataura.

En el Alto Perú, el famoso caudillo José Miguel Lanza, se mantenía en armas en las inexpugnables montañas de Ayopaya — entre Cochabamba y La Paz —, rechazando triunfalmente las expediciones de los realistas dirigidas contra él. Durante la expedición de Miller a puertos intermedios, le había ofrecido su cooperación, y en la época a que hemos llegado, renovaba su decisión de concurrir activamente a la guerra de la independencia, maniobrando con su división a retaguardia del enemigo. En Potosí estalló por este mismo tiempo una sublevación (2 de enero de 1822). Sofocada prontamente por el brigadier Maroto, a la sazón presidente de Charcas, el país volvió a quedar en quietud.

La insurrección indígena, tan inconsistente como era militarmente, volvió a retoñar en la sierra en el centro del poder español. El pueblo de Cangallo, unido a los indios de Huamanga, volvió a levantarse por tercera vez (diciembre de 1821). Carratalá acudió a sofocar la sublevación, señalando su trayecto con incendios y ejecuciones bárbaras. Cangallo, según sus propias palabras, "quedó reducido a ce- "nizas y borrado para siempre del catálogo de los pueblos", en castigo de su rebeldía (17 de enero de 1821). El virrey La Serna aprobó esta sentencia, prohibiendo que nadie pudiese reedificar en el terreno que ocupaba. El gobierno del Perú decretó que se levantase un monumento en honor de la heroica villa, y la poesía vengó este ultraje contra las leyes de la humanidad, estigmatizándolo con marca de fuego.

Pero estas evoluciones dentro de los propios elementos, estas insurrecciones inconsistentes y estos triunfos sin trascendencia, en nada

modificaban las condiciones de la lucha. La guerra se mantenía en balanza. La línea divisoria entre los beligerantes, era insalvable para uno y otro. Ambos eran impotentes para destruirse en sus posiciones. Una victoria o una derrota parcial, no decidía nada. Los independientes eran invencibles en el territorio del norte del Perú que ocupaban, sobre todo, después del rechazo de Canterac y de la rendición del Callao. Los realistas, dueños de toda la sierra y del litoral del sud del Perú, si bien no eran inexpugnables en sus montañas y eran por un punto vulnerables, nada tenían que temer por el momento de los indepedendientes, sobre todo, después de la retirada de Arenales, y del retroceso de la expedición de puertos intermedios. Aunque las fuerzas no estaban numéricamente equilibradas, la superioridad de los realistas —más de dos contra uno— estaba neutralizada por su diseminación en una vasta extensión del territorio, desde Pasco hasta Humahuaca en la frontera argentina. La de los independientes en su totalidad, no era suficiente para emprender una campaña formal. Cualquiera de los dos que operase en masa sobre el territorio enemigo, no podía prometerse ventajas, y corría el peligro de tener que replegarse quebrado o ser vencido.

El problema de la guerra del Perú estaba en la sierra, pero su solución dependía del acuerdo militar de la América insurreccionada, sobre todo del de sus libertadores del Sud y del Norte que tenían en sus manos su espada y sus destinos y se acercaban el uno al otro con sus masas compactas para operar su conjunción.

II

El Protector, reaccionando sobre sí mismo y sobre los acontecimientos, encaró con fijeza los arduos problemas de la situación. Cuatro grandes cuestiones la dominaban: la de Guayaquil, que estaba en suspenso; la de la lucha continental por la emancipación, que tocaba a su término; la guerra en el territorio del Perú, que se mantenía en estado crónico; y el sistema político a adoptarse, respecto del cual se había comprometido en vías extraviadas. —Aquí el hombre de guerra y el político americano vuelve a reaparecer—. La cuestión de Guayaquil tenía tres nudos, que había que desatar sin romper: la independencia que había proclamado, su incorporación al Perú y su agregación a Colombia. Podía dar origen a un conflicto entre el Perú y Colombia, y resolvió prudentemente aplazarla, preparando la solución por la diplomacia, a cuyo efecto acreditó como ministro cerca de su gobierno al general Francisco Salazar, con instrucciones expectantes (30 de noviembre de 1821). Las otras tres cuestiones eran irreductibles, y tenían que encararse y resolverse simultánea y armónicamente. La guerra americana tenía que terminarse en el Perú, y para terminarla, era necesario allegar todos los elementos activos de la América. Y para lo uno y lo otro, era indispensable uniformar el sistema político de todo el continente.

La guerra continental se había simplificado, y estaba circunscripta en dos focos: el Perú y Quito. Después de la batalla de Carabobo, la guerra por su independencia había terminado en Colombia, y sólo en un punto reducido de su territorio resistían aún los últimos restos de los ejércitos realistas derrotados en Costa Firme. El último ejército realista del Norte estaba aislado en Quito. Bolívar, a la vez que adelantaba sus marchas hacia el Sud para tomar a Quito por la espalda, desprendía un cuerpo de ejército sobre las costas del Pacífico con el objeto de atacarlo por el frente sobre la base de Guayaquil, y escribía a

San Martín (29 de octubre de 1821) buscando un acuerdo para terminar rápidamente la guerra continental en combinación con la escuadra del Pacífico. El alzamiento de Cochrane con la escuadra chilena hizo abandonar este proyecto.

San Martín, al darse cuenta exacta de la situación, aprovechó la abertura de Bolívar para buscar una conferencia, con el designio de fijar la suerte de la América del Sud en el orden militar y político. (enero 1822). Así lo anunció públicamente, al delegar el mando en el Marqués de Torre-Tagle, determinando netamente los objetos de la entrevista. Estos eran: el arreglo de la cuestión de Guayaquil, el acuerdo de las operaciones militares para decidir de un golpe la guerra de Quito y del Perú, y la fijación de la forma de gobierno que debían adoptar las nuevas naciones, una vez resuelta la cuestión de su emancipación. Anticipándose a los acuerdos que debían sellar la alianza ofensiva y defensiva de las repúblicas americanas, resolvió prepararlos a fin de unir de hecho sus armas con las de Colombia para terminar la guerra de Quito, y con el concurso de todas las fuerzas triunfantes rematar la guerra de la independencia en el Perú (enero de 1822). Más adelante se verá cómo se verificó este hecho preparatorio, y los resultados que dió.

Sea que al proceder así meditase ya retirarse de la escena americana —como declaró poco después—, dejando organizado el triunfo final, sea que mejor aconsejado reaccionara contra sus propias ideas, y procurase retemplar las fuerzas de la revolución al entregar al pueblo sus propios destinos, cambió de rumbo político, y a pesar de su repugnancia por las asambleas populares, de sus teorías sobre la unidad del poder en tiempo de guerra y los planes monárquicos que había iniciado diplomáticamente, decretó anticipadamente la convocatoria del congreso peruano (27 de diciembre de 1821) a fin de "establecer la "forma definitiva de gobierno, y dar al país la constitución que mejor "le conviniese". Al expedir este decreto dijo: "El alto fin de todas mis "empresas después de dar la libertad al Perú, ha sido consolidarla. Los "enemigos, sólo son ya temibles donde no encuentran a quien comba- "tir, porque sólo buscan pueblos indefensos que desolar. La opinión "pública ha progresado rápidamente. Es tiempo de que se haga el "primer ensayo de la sobriedad y madurez de los principios sobre que "se funda". En seguida, al anunciar su conferencia con el libertador del Norte decía: "Yo volveré a ponerme al frente de los negocios pú- "blicos en el tiempo señalado para la reunión del congreso: buscaré "al lado de mis antiguos compañeros de armas, si es preciso que parti- "cipe los peligros y la gloria que ofrecen los combates; y en todas cir- "cunstancias seré el primero en obedecer la voluntad general y en "sostenerla". Este programa constitucional, este prospecto militar y político, que despertaba nuevas esperanzas y aseguraba el triunfo, disipaba las últimas nubes que podían oscurecer el horizonte americano.

Quedaba la cuestión de la guerra peruana por resolver. Balanceadas las fuerzas, no obstante la desproporción numérica, inatacables los beligerantes en sus respectivas posiciones, mil o mil quinientos más o menos de parte de los independientes, no alteraban el equilibrio, mientras podían ser decisivos en la guerra de Quito, para traer después al Perú el concurso de las fuerzas triunfantes en el resto del continente independizado. De aquí la decisión de San Martín de unir sus armas con las de Colombia, aun antes de formalizar el pacto de alianza ofensiva y defensiva con Bolívar.

III

San Martín comprendió que el sistema de guerra expectante que hasta entonces había adoptado por necesidad al invadir el Perú o seguido sistemáticamente después de su entrada en Lima, no le daría resultados, y que los realistas, posesionados de la sierra, se reharían siempre en ella a pesar de sus derrotas, y podrían tomar nuevamente la ofensiva dada su superioridad numérica. Decidióse por lo tanto a iniciar por partes el plan de campaña que tenía estudiado y que por su insuficiencia de medios no había puesto en práctica, preparando así la reapertura de las hostilidades en escala mayor. En la imposibilidad de abrir desde luego las operaciones decisivas, pensó que llamar la atención de su enemigo por varios puntos distantes en su base y convergentes a uno solo, con la sierra por objetivo, era el mejor medio de debilitarlo y mantenerlo diseminado, mientras reunía mayores elementos para tomar la ofensiva y darle un golpe mortal, utilizando al efecto la ventaja de ser dueño de las costas. La insuficiencia de sus elementos no daba para más, y el genio no podía alterar la pesantez específica de las masas, que harto hacía en mantener relativamente ponderadas.

La guerra, como la lucha por la vida, es la combinación complicada y el choque simultáneo o alternativo de las fuerzas de la naturaleza, dirigidas por la voluntad humana dentro de la órbita circunscripta de sus facultades. Ningún hombre de acción ha triunfado contra las leyes inmutables del mundo físico, que así determinan la gravitación de los astros como deciden de la suerte de las batallas. Las fuerzas naturales son los polos magnéticos a que concurren todas las acciones subordinadas a ellas. Sin el concurso de las fuerzas de la naturaleza combinadas con las fuerzas morales de las almas, jamás se alcanzó ninguna gran victoria. Lo que se llama la estrella o la buena o mala fortuna de los hombres de guerra, no es sino la combinación alternada de estos factores. El primer capitán del siglo fué vencido por la acción física de los fríos de Rusia y se estrelló contra la fuerza moral de la opinión popular de España. Una tempestad, lo mismo desgaja una selva secular que mata un insecto. Como se ha dicho, en las balanzas del destino en que se pesa una libra, se pesa un pueblo con otro pueblo, una masa con otra masa. Es cuestión de fuerza de percusión que equilibra los pesos, o de fuerza de inercia que no se deja penetrar ni por la percusión ni por el peso.

San Martín, en su expedición al Perú supo combinar las fuerzas físicas con las morales. Tocóle por base de operaciones un territorio malsano, escaso de recursos y pobre de hombres fuertes, en un país heterogéneo, dividido por el antagonismo de castas, con marcadas zonas étnicas que determinaban las de las operaciones de los beligerantes. La distribución de estos diversos elementos, imprimió su carácter a la lucha. Debido al concurso de la opinión, San Martín no fué arrojado al mar con sus cuatro mil hombres, cuando invadió sus costas defendidas por veintitrés mil soldados. Merced a ella, Arenales efectuó su triunfante marcha de circunvalación por el interior del país. Con ella entró en la ciudad de los Reyes y la defendió contra la invasión de los realistas; consolidó la ocupación del norte del país, y con menos hombres equilibró la fuerza respectiva de los ejércitos. Pero la peste de Huaura enflaqueció su ejército, hasta reducirlo a la impotencia para la ofensiva. Lima fué el sepulcro de la división vencedora en la segun-

da campaña de la sierra. Las fiebres redujeron a la mitad las tropas de la expedición de puertos intermedios. La molicie de la Capua americana y la enervación de la disciplina militar, hicieron el resto. De aquí el sistema de guerra expectante de San Martín, que pudo ser una causa concurrente de la inacción, pero no era una consecuencia de la naturaleza del teatro de operaciones y de la distribución de los diversos elementos de acción del país.

El Perú no estaba militarmente revolucionado. Sus insurrecciones populares eran inconsistentes, como se ha visto. Sus alistamientos regulares, apenas formaban un embrión de ejército, sin generales nativos ni espíritu nacional. El levantamiento patriótico del Norte, y la organización espontánea de las guerrillas que tan eficazmente contribuyeron a la rendición y defensa de Lima, y el concurso prestado a Arenales en la sierra en sus dos campañas, habían sido hasta entonces los únicos síntomas que revelasen la existencia de una nueva nacionalidad con fuerza propia. El nervio de la guerra lo constituían los ejércitos auxiliares de Chile y la República Argentina, como queda dicho. Mientras tanto, los realistas, vencidos en la mar, expulsados de la costa, perdidas sus fortalezas, organizaban militarmente la parte del país que ocupaban con sus armas, llenaban y aumentaban sus filas con hombres más aptos para la guerra y más avezados a las fatigas, a los que inoculaban su espíritu, en un clima más sano y en comarcas más abundantes; se rehacían por dos veces en la sierra, y por la tercera vez se preparaban en ella a tomar la ofensiva con dobles fuerzas físicas. Tal era la situación militar.

En tal situación, San Martín se convenció de que el sistema de guerra expectante no daba resultados, y si los daba, eran negativos. Era visto que el problema no estaba en la costa, sino en la sierra; pero para resolverlo era necesario mayor concurso de fuerzas combinadas. De aquí el empeño del general en dar consistencia política y militar a la nueva nacionalidad peruana, dotándola de todos los atributos de soberanía y de poder que la complementasen y la hicieran concurrir más eficientemente a la acción conjunta de las demás secciones americanas que luchaban por su emancipación. Pero a la vez comprendía que el Perú no tenía en sí los elementos militares suficientes para robustecer más la acción de los ejércitos auxiliares, y que era necesario buscarlos fuera del país. Empero, mientras tanto, era un deber y una necesidad que se imponía desenvolver su acción con las fuerzas con que contaba, y se decidió a adoptar un sistema de guerra defensivo-ofensivo, iniciando a medias el plan general de campaña que tenía meditado, y que más adelante se le verá trazar con todas sus líneas. De este modo, al consolidar su base de operaciones se preparaba mejor para atraerse el concurso de los aliados bajo cuyas banderas había realizado la expedición, y propiciado otros nuevos al norte del continente, prestando el concurso de sus armas a Bolívar, a condición de ser a su vez auxiliado en el Perú, para terminar de un golpe la guerra continental.

IV

El hombre de guerra reaparecía, pero sin las previsiones del general de los Andes en la distribución y manejo de las fuerzas que tenía bajo su mano. Al poner en práctica las operaciones, mientras llegaba el momento de desenvolver en más vasta escala el plan de campaña ofensivo que tenía meditado, lo hizo cometiendo errores inconcebibles en un capitán tan experimentado, que había dado tan señaladas prue-

bas de su genio militar. Todo le aconsejaba adoptar una ofensiva sólida ligada a su reserva, que no lo comprometiese más allá de la expectativa que por necesidad y cálculo se imponía. A menos de no estar dispuesto a empeñar el todo de sus fuerzas en una operación decisiva que las circunstancias le brindasen, debió limitarse a una defensiva segura y a una ofensiva volante. Dueño de las costas y de todos los caminos al occidente de la cordillera desde Pasco hasta Huancavelica y Huancayo, y aun de Arequipa, podía elegir sus puntos de ataque para abrir hostilidades parciales, sin ensanchar demasiado el círculo de sus operaciones. Debió evitar la ocupación de posiciones avanzadas estables que no pudiera sostener, y en todo caso proveer a los medios de retirada de sus divisiones destacadas o prever todas las eventualidades a que pudieran verse expuestas. Fué todo lo contrario lo que hizo, y lo que no previó, y agravó estos errores militares con otros no menos graves en la ordenación administrativa de las fuerzas.

San Martín decidió ocupar con una división destacada el valle de Ica, penetrando por Pisco a 286 kilómetros de su reserva en Lima, y con un desierto intermedio en la región de la costa. Ica no era una posición militar, sino considerada como punto de recursos para el avance ofensivo sobre la sierra de una columna que se bastase a sí misma, u obrase en combinación con otra que por distinto punto amagase al enemigo posesionado de ella. Por consecuencia, la división independiente situada en Ica, desde que no concurriese directa ni indirectamente en su apoyo la reserva, estaba expuesta a ser envuelta por los españoles que ocupaban Jauja, Huancavelica, Huamanga y Arequipa, y por consiguiente su posición era tan falsa como precaria. Agréguese a esto, que la opinión del vecindario de Ica era contraria a la causa de los independientes, por las repetidas exacciones cometidas en sus propiedades por Cochrane y por el mismo San Martín, y se tendrá idea de la peligrosa situación de una columna así destacada.

La división destinada a ocupar a Ica se compuso de los batallones núm. 1 y 3 del Perú y núm. 2 de Chile, con algunas compañías sueltas de infantería, y de los escuadrones de Lanceros y Granaderos a Caballo del Perú, con 6 cañones de a 4, sumando un total de 2111 hombres. En el empeño de San Martín de hacer surgir entidades peruanas, confió el mando de esta fuerza al ciudadano don Domingo Tristán y al coronel Gamarra, y éste fué el más craso de todos los errores. Era Tristán natural de Arequipa, perteneciente a una familia noble, circunstancia que tal vez lo hizo preferir. En los primeros años de la revolución en el Alto Perú habíase pronunciado por ella; posteriormente volvió a servir con los realistas en puestos civiles, y a la sazón estaba alistado en las filas independientes. Condecorado con el título de general, se le confió el mando superior de la expedición. Siendo evidente su incapacidad militar, pues carecía de experiencia y hasta de conocimientos teóricos, puso a su lado como jefe de estado mayor y en calidad de coadjutor de guerra al coronel Gamarra, otra nulidad reconocida en todo sentido, como lo había mostrado en la campaña de la sierra.

Las instrucciones que San Martín dió a Tristán, se reducían a triviales preceptos de guerra, máximas morales sobre la combinación de la fuerza militar y la opinión y el estado social del Perú, prevenciones de cabo de escuadra sobre el orden disciplinario y mecánico de la tropa y armamento, y consejos más bien que órdenes sobre el sistema de hostilidades que debía seguirse "Siendo el sistema de guerra "que más conviene a la localidad del Perú, decía en ellas, el de sorpre- "sas y posiciones, y aun más que éste el de recursos, se tratará siempre

"de no comprometer ninguna acción, si no es con conocida ventaja. Se "podrá subdividir la división en dos expediciones, si se creyese conve- "niente". A la vez anunciaba que daría por separado el plan de campaña que debía observarse, el cual nunca dió, porque no había plan posible sobre estas bases y con jefes reconocidamente tan ineptos. Para colmo de tantos errores, al mismo tiempo que encarecía "la unidad de acción y de mando" confiaba la dirección a la "unión fraternal entre Tristán y Gamarra", obrando en el orden político el primero según su prudencia, y en lo militar de acuerdo con el segundo, según las prevenciones verbales hechas a éste. Las instrucciones verbales que el general dió a Gamarra, se redujeron a la ocupación permanente de Ica, teniendo por objeto hostilizar a los españoles dueños de la sierra y contenerlos en caso de que intentasen bajar a la costa, a la vez que impedir que el enemigo recibiera por los puertos auxilios de armas o de otro género del exterior. Ninguno de estos objetivos podía llenarse. Una división, más débil que la que ocupaba la sierra, no tenía acción eficaz sobre ella para hostilizarla, y no podía sostenerse ni aun a la defensiva en posición aislada. Atender a la vigilancia de toda la costa, era debilitarse, perdiendo de vista el otro objetivo, con el riesgo de ser batida fragmentariamente, cuando por otra parte quedaba libre a los realistas el puerto de Arica, que era por donde recibían sus auxilios del extranjero.

Todo en esta malhadada expedición, confiada a la ineptitud, lleva el sello de la imprevisión. Los más renombrados generales han tenido eclipses de genio. Napoleón en la campaña de Rusia cometió los más groseros errores técnicos, aun en el arma en que era maestro. ¡Pero verdaderamente no se concibe dónde el gran capitán americano tenía la cabeza cuando resolvió tal expedición y dictó tan insustanciales como mal calculadas instrucciones! La única explicación que tiene esta expedición es que con elementos nacionales se proponía fomentar la insurrección popular de la sierra, a la que daba mayor importancia de la que tenía, para aumentar el ejército peruano y mantener al enemigo en alarma, en la persuasión de que con esta atención no le sería posible tomar la ofensiva sobre la costa. Así lo indica el hecho de dotar el parque de la división de Tristán de armamento para cuatro mil hombres y de una imprenta para propagar las ideas de la revolución. Pero para el caso que el enemigo tomase la ofensiva con fuerzas superiores, nada cierto había previsto.

V

Situado Tristán en Ica, permaneció en la inacción a que fatalmente estaba condenado. Limitóse a extender sus partidas hasta Nasca y a observar los caminos de la sierra, despachando espías y agentes al territorio enemigo, que le transmitían avisos equivocados, cuando no falsos, pues como queda dicho, la opinión de la comarca le era contraria. Algunas guerrillas patriotas que por el valle de Cañete se habían acercado a Ica para cooperar a las imaginadas hostilidades de la columna de Ica, hicieron incursiones al oriente de la cordillera. Tal era su situación setenta días después de abierta esta singular campaña (principios de marzo de 1821). San Martín mientras tanto anunciaba desde Lima una irrupción de Arenales sobre Jauja para mantener la alarma que se proponía; pero el tiempo se pasaba, y este vano alarde no podía engañar a los realistas, que tenían conocimientos exactos de su situación.

El virrey, que conocía la supina ignorancia de Tristán y la incapacidad militar de Gamarra, por haber tenido a ambos a sus órdenes, supo aprovecharse de la falta cometida por San Martín. El general Canterac, situado con el grueso del ejército en Jauja; y Valdez, ascendido a general, que guarnecía a Arequipa, recibieron órdenes para converger sobre Ica y destruir la división independiente allí situada. El 4 de abril movióse Canterac resueltamente de Jauja a la cabeza de 1400 infantes y 600 jinetes con 3 piezas de artillería, casi al mismo tiempo que Valdez se ponía en marcha desde Arequipa con 500 hombres, para converger al objetivo de Ica. Tristán, mientras tanto, suponía a Canterac en Huancayo, y, según los informes falsos de sus espías, su fuerza no pasaba de 1000 hombres. La división de Valdez fué la primera que se hizo sentir sobre la costa. Salióle Gamarra al encuentro, cuarenta kilómetros al este de la sierra de Nasca, y habría podido batirlo con ventaja, pero en esos momentos recibió orden de Tristán de replegarse a la reserva en Ica. Reunidos ambos jefes, que sumaban dos incapacidades antagónicas, supieron que Canterac avanzaba sobre ellos, pero según sus avisos, su fuerza no pasaba de 800 hombres. Convocada una junta de guerra, decidióse que la división debía retirarse al norte del río Chincha, que hubiera sido una medida prudente tomada a tiempo. Gamarra era de opinión de retirarse a un punto conveniente, 190 kilómetros al sud de Ica, donde podía batirse al enemigo si venía con fuerzas iguales, y en todo caso replegarse más al Sud alejándose de su base de operaciones, mientras el ejército de Lima prevenido amagaba por su retaguardia cortarle la retirada de la sierra. Esto era lo más acertado en tan difícil trance. No se hizo ni lo uno ni lo otro, tales eran la indecisión y el aturdimiento. Resolvióse esperar al enemigo en Ica, y aun salirle al encuentro si su fuerza no pasaba de 1500 hombres, a cuyo efecto atrincheróse la ciudad y se ocuparon los caminos de la sierra en un pequeño radio para prevenir una sorpresa sobre la plaza. Tan escasos estaban los independientes de noticias, que ni aun sabían que Canterac se había establecido en el Carmen Alto a poco más de doce kilómetros de la plaza al frente de dos mil hombres. Un asustado trajo a Tristán la noticia de que la fuerza enemiga pasaba de cuatro mil hombres, y le hizo perder del todo la cabeza. En el acto reunió una junta de guerra y se acordó la retirada a Pisco en la noche del sábado 7 de abril. Ya era tarde aun para esto.

Canterac, que con toda su inteligencia militar no marchaba menos a ciegas que su inepto contendor, procedía en el concepto de que Tristán hubiese evacuado Ica, y temía, que tomándole la vuelta invadiese a Jauja, por lo cual determinó, con arreglo a sus instrucciones, retroceder a Huancayo con el grueso de su columna, avanzando un destacamento sobre Ica para ocuparla. Sus jefes, más avizores que él, lo persuadieron a efectuar un reconocimiento antes de emprender este movimiento retrógrado. El resultado fué darse cuenta exacta de la situación de los patriotas y avanzar en consecuencia hasta el mencionado punto de Carmen Alto (6 de abril de 1821). Desde entonces, maniobró con seguridad y habilidad. En la persuasión de que los independientes se mantendrían en su posición atrincherada, situó sus tropas a ocho kilómetros de Ica, en un estrecho desfiladero de la hacienda denominada la Macacona, de manera de interceptar los caminos de Lima y de Pisco. Tristán y Gamarra ignoraban todos estos movimientos, y fué entonces cuando resolvieron retirarse a Pisco cubiertos por las sombras de la noche que ocultaban su vergüenza, y que como era de luna, debía alumbrar con pálida luz su ignominiosa derrota. Llevaba

la cabeza de la división independiente en retirada, una vanguardia de tres compañías de cazadores. Al llegar a la altura del callejón de la Macacona, la infantería española, situada tras de los cercos, emboscada y dueña de las alturas de la izquierda (sud del camino), rompió el fuego. Las tres compañías desaparecieron antes que se disipase el humo, esparciendo el pánico en la columna. El número 2 de Chile, mandado por Aldunate, quiso sostener el combate, pero acosado por los fuegos del flanco y atacado por la caballería que cerraba el camino, hubo de ceder. Desde este momento todo fué desorden y confusión. En menos de una hora, la división de Ica al mando de Tristán quedó destruída. No fué una batalla: fué una dispersión vergonzosa. A las tres de la mañana (7 de abril de 1821) el campo estaba sembrado de cadáveres de los derrotados y los realistas eran dueños de 1000 prisioneros, entre ellos 50 jefes y oficiales, 2 banderas, 4 piezas de artillería, 2000 fusiles, todas las cajas de guerra, y hasta de la imprenta propagadora de las ideas revolucionarias. Un escuadrón de lanceros del Perú, que venía en marcha por tierra a reforzar a Tristán, fué sorprendido y deshecho al día siguiente en Chunchonga (8 de abril), dejando en poder del enemigo 80 prisioneros y en el campo 50 muertos. Los oficiales del batallón Numancia que cayeron prisioneros fueron quintados y fusilados por Canterac, con violación del compromiso celebrado por los beligerantes para la regularización de la guerra (en 25 de noviembre de 1820). A consecuencia de estas derrotas, las partidas volantes de guerrilleros que se habían comprometido en la cordillera para cooperar a las imaginarias hostilidades de la división situada en Ica, fueron destruídas casi en su totalidad, fusilándose como bandoleros a los prisioneros. Después de esto, los realistas triunfantes y cargados de trofeos, se replegaron a sus posiciones de la sierra.

Sometidos a un consejo de guerra Tristán y Gamarra, quedó evidenciado que el desastre era exclusivamente el resultado de la ineptitud y de la cobardía, y que el responsable era el Protector del Perú, director de la guerra, que concertara tan mal sus planes y fiara a manos tan incompetentes como flojas las armas y la bandera de la revolución.

VI

La derrota de Ica, aunque severa, no decidía nada. Casi simultáneamente (mayo de 1822), las armas unidas de Colombia, Perú, Chile y República Argentina triunfaban en Quito y terminaban la guerra del norte de la América meridional, según se relatará después. La guerra en el Perú permanecía balanceada.

San Martín, poco después de despachar la expedición de Ica, embarcóse en el Callao a fin de celebrar la proyectada conferencia con Bolívar (8 de febrero de 1822). En Huanchaco tuvo noticia de que el Libertador, ocupado en terminar la guerra de Quito, no bajaría por entonces a Guayaquil, y regresó a Lima (3 de marzo), pero no asumió el mando político, ocupándose exclusivamente de la guerra. En esta situación indecisa le encontró el suceso de Ica, que trastornaba sus planes. Había anunciado a la América que él y Bolívar eran los responsables de la estabilidad de sus destinos, fijando la victoria, y el Libertador del Sud no podía presentarse ante el del Norte con un poder amenguado, sin un plan hecho así en el orden político como en el militar y sin medios para concurrir eficientemente a su realización. Era necesario ante todo consolidar su propia base de poder, para responder a la expectativa que él mismo había creado, y de que todos

estaban pendientes. Todos sus actos indican que así lo comprendió. Sin desanimarse por el severo revés sufrido, encaró con serenidad su situación: dió nuevo temple a los resortes de su máquina guerrera, redobló su actividad administrativa, dictó medidas más acertadas, y en poco tiempo todo el mal estaba reparado hasta donde era posible.

En el fondo de todo esto había un pensamiento secreto; pensaba retirarse de la escena americana, pero no quería hacerlo sin dejar llenada su tarea. Asegurado el triunfo de la emancipación americana, quería dejar garantida la suerte del Perú, con medios propios para sostener la guerra y consolidar su orden interno, mientras le venían los auxilios que buscaba para terminarla de un solo golpe, y en seguida, eliminarse para facilitar este resultado, una vez organizados los elementos y encaminadas las cosas en ese sentido. Este pensamiento lo reveló públicamente por la primera vez al tiempo de anunciar la derrota y augurar el triunfo próximo. Al delegado le comunicó que "resol-"vía reasumir en su persona la suprema autoridad militar, dejándole "en ejercicio del poder civil, por el tiempo que permaneciese en el te-"rritorio, con el exclusivo objeto de dar dirección a las operaciones de "la guerra que debían acelerar su terminación, mientras alguna im-"portante atención no lo llamase fuera de los límites del Perú por mar "o por tierra". Al ejército le decía: "Vuestros hermanos de la división "del Sud han sido dispersados. A vosotros toca vengar el ultraje. Afi-"lad vuestras bayonetas. La campaña del Perú debe terminarse este "año". Al pueblo le hablaba este lenguaje: "En una larga campaña "no todo puede ser prosperidad. No intento buscar consuelo en los "mismos contrastes, pero me atrevo a asegurar que el imperio de los "españoles terminará en el Perú el año 22. Voy a haceros una confe-"sión ingenua: pensaba retirarme a buscar un reposo después de tan-"tos años de agitación, porque creía asegurada vuestra independencia. "Ahora asoma algún peligro, y mientras haya la menor apariencia de "él no me separaré de vosotros hasta veros libres".

Antes de cumplirse dos meses del contraste de Ica, pasaba revista en el campo de San Borja a inmediaciones de Lima, a un ejército peruano-argentino-chileno perfectamente equipado, compuesto de 8 batallones de infantería, 2 regimientos de caballería y 20 piezas de artillería, anunciándole que la campaña iba a abrirse (4 de junio de 1822). Su plan era atacar de frente a los realistas con este ejército por puertos intermedios, con la cooperación de Chile, mientras otro ejército de igual número, a órdenes de Arenales, se organizaba para invadir la sierra central y tomarlos por el flanco, contando para el efecto con las tropas que tenía en Quito y el auxilio que esperaba de Colombia. Al efecto, estaban listos en el Callao diez trasportes convoyados por dos buques de guerra peruanos. Confirmando estas promesas y esperanzas, Bolívar le escribía: "Colombia desea prestar los más fuertes "auxilios al gobierno del Perú, si ya las armas gloriosas del sud de "América no han terminado gloriosamente la campaña que iba a abrir-"se en la presente estación". San Martín le escribía a su vez: "El Perú "es el único campo de batalla que queda en América. En él deben re-"unirse los que quieran obtener el honor del último triunfo, contra los "que ya han sido vencidos en todo el continente". Este acuerdo, más aparente que real, había sido precedido por un tratado firmado en Lima (6 de julio de 1822), entre el enviado del Libertador don Joaquín Mosquera y el gobierno del Perú, por el cual se convino en "una liga "de unión y confederación de paz y guerra, para poner prontamente "término a la lucha americana con todos los recursos de fuerzas marí-

"timas y terrestres de ambas partes, a fin de alcanzar la independen-"cia y garantirla mutuamente". Empero, este tratado concebido en términos generales, dependía de otros acuerdos particulares, y ratificado por el gobierno del Perú no lo fué por el de Colombia hasta el año siguiente.

El Protector, buscando puntos de apoyo en todas partes procuró fortalecer su relajada alianza con Chile. Al efecto, acreditó cerca de su gobierno un ministro diplomático con instrucciones para proceder de acuerdo con el enviado de Colombia y obtener auxilios de tropas y víveres para la expedición a puertos intermedios que preparaba. O'Higgins se prestó con gran decisión, aunque por el momento no se formulase ningún acuerdo.

Al mismo tiempo despachó un comisionado a las provincias argentinas con una circular para todos sus gobernadores, solicitando su concurso para organizar una división de 500 hombres por lo menos, que amagase el Alto Perú por la frontera de Jujuy en cobinación con el guerrillero Lanza y el ejército que debían invadir por puertos intermedios en el Bajo Perú. Encomendó la organización y mando de esta columna al coronel José María Pérez de Urdininea (alto-peruano) a la sazón gobernador de San Juan. En las instrucciones al comisionado le prevenía: "Procurará por todos medios hacer presente a los res-"pectivos gobiernos el interés general que va a reportar a todas las "Provincias Unidas de una cooperación activa sobre el Alto Perú para "obrar de acuerdo con el ejército que va a desembarcar en puertos in-"termedios a fin de abrir su comunicación con aquéllas. Por este me-"dio la campaña debe terminar en el presente año". A Urdininea le escribía: "La campaña es segura, si V. me ayuda con sólo 300 hombres "de la provincia de Cuyo. Una división de 4500 hombres de mi ejército "debe embarcarse para puertos intermedios al mando del general Ru-"decindo Alvarado. Espero los mejores resultados. La patria así lo "exige y el honor de nuestras armas lo reclama. La cooperación de "todas esas fuerzas con las de Tucumán, Salta y Santiago del Estero "a las de Alvarado, va a decidir de la suerte de la América del Sud".

Era, como se ve, una coalición de las cuatro repúblicas americanas entonces existentes, con un plan combinado sobre la base de los ejércitos del Perú y de Colombia, con la cooperación de Chile por el Pacífico y la de las provincias argentinas por su frontera norte. De haberse entonces ejecutado este plan, que Bolívar juzgó admirable, con el auxilio eficiente de las fuerzas colombianas, es posible que la guerra americana hubiese terminado el año de 1823, aun cuando la combinación no era tan segura como lo pensaba San Martín, y tenía algo de ilusoria. Los hechos nada prueban por sí solos cuando no se relacionan con sus causas y efectos racionales; pero muestran en definitiva que el problema de la guerra estaba en la sierra central del Perú, y no en puertos intermedios. Ya llegará la ocasión de examinar el plan de San Martín puesto a prueba.

VII

San Martín tenía siempre dos cuerdas en su arco: una visible y otra oculta. Por una tendencia de su naturaleza compleja —positiva y de pasión reconcentrada—, a la vez que todas sus ideas se traducían en acciones, se entregaba a elucubraciones solitarias, dando gran importancia a los manejos misteriosos. Su organización de la Logia de Lautaro, su plan de guerra de zapa antes de atravesar los Andes, sus

trabajos secretos para preparar la revolución del Perú, sus tentativas de pacificación con los realistas haciendo intervenir las influencias de la masonería, y por último, sus planes secretos de monarquía, dan testimonio de esta propensión. Era, pues, natural que a sus trabajos públicos acompañase algún trabajo subterráneo en la sombra del misterio.

Sea cálculo político, sea que en realidad esperase algo de los jefes del ejército español en el Perú vinculados al liberalismo por juramentos secretos, uno de los trabajos que persiguió con más persistencia fué un arreglo de paz con los realistas, sobre la base del reconocimiento previo de la independencia. En las conferencias confidenciales de Miraflores enunció por la primera vez esta idea, conciliándola con el establecimiento de una monarquía americana. En Punchauca la formuló netamente. Posteriormente, cuando O'Donojú reconoció el imperio mejicano y se entendió con Itúrbide, dirigióse a Canterac, confidencial y oficialmente, invitándole a celebrar un armisticio y tratar sobre las mismas bases. La contestación fué que "los acontecimientos de Nue-"va España en nada podían influir para aceptar condiciones contrarias "a la determinación de la nación española, en una contienda que las "armas debían decidir, desde que no se había aceptado someterla a la "decisión del gobierno español". Con motivo de la terminación de la guerra de Quito, que coincidió con una nueva resolucion de las cortes españolas para tratar con los gobiernos de América, renovó su tentativa, dirigiéndose al virrey La Serna. "El dominio español en América "está limitado a las provincias que ocupan sus armas en el Perú. La "España no puede ni quiere ya hacer la guerra a los americanos". Las proposiciones fueron: que el ejército realista en nombre de la nación española reconociese la independencia del Perú, ofreciendo a los españoles el reconocimiento de la deuda al tiempo de la ocupación de Lima, y algunas ventajas comerciales; una amnistía general con la devolución recíproca de bienes confiscados, y pago del armamento de los realistas por su justo valor, a cuyo efecto se estipularía un armisticio por sesenta días, nombrándose comisionados por ambas partes que ajustasen un tratado sobre estas bases, bajo la garantía del congreso constituyente peruano que iba a reunirse. La contestación de La Serna fué la misma de Canterac: "Aun cuando se suponga ser un bien la indepen-"dencia para el Perú, ella no puede esperarse ni establecerse según "el estado del mundo político, sin que la nación la decrete y consolide".

Esto sucedía en vísperas de ir a celebrar San Martín su conferecia con Bolívar, y precisamente en esos mismos días (julio de 1822) el Libertador escribía al Protector, invitándole a ponerse de acuerdo para tratar con los enviados españoles que en consecuencia de la resolución de las Cortes nombrase el Rey. "No puedo dudar, le decía, que "la independencia será la base de la negociación. Creo que no tendre-"mos dificultad en hacer reconocer nuestros gobiernos. Mucho debe "importar a la existencia de la América el manejo de este negocio, que "será probablemente una de las bases de nuestra existencia política. Si "los plenipotenciarios del Perú, Chile y Colombia se aunan para en-"tenderse con los enviados de España, nuestra negociación tendría un "carácter más imponente. La política mía es hacer la paz con todo de-"coro y dignidad, y esperar del interés de las demás naciones y del "curso de los acontecimientos la mejoría de nuestro primer tratado con "la España". La proposición de San Martín era una mera ocurrencia sin ulterioridades. La idea de Bolívar entrañaba el plan político de un

congreso de plenipotenciarios americanos, cuyo germen estaba ya en su cabeza.

Perseverando San Martín en su imaginario propósito, pensó que el mejor modo de forzar la mano a los españoles, era llevarles la guerra a su territorio, y renovaba con variantes su plan de hostilidades marítimas, ideado en Mendoza en 1819: "El golpe feliz de la campaña "de Quito, había escrito antes a O'Higgins, ha hecho tomar un nuevo "aspecto a la guerra. Sin embargo, como las posiciones que ocupa el "enemigo en la sierra del Perú las puede disputar palmo a palmo, y "por otra parte, la terquedad española es bien conocida, el modo de "negociar la paz con ellos es llevarles la guerra a la misma España. "Por lo tanto, estoy siempre resuelto a que las fragatas *Prueba* y *Ven-* "*ganza* y la goleta *Macedonia* salgan con destino a Europa a arruinar "todo el comercio español. Sería muy del caso y por el honor de Chile, "como por el interés general, que si pueden unirse a estas fuerzas al- "gunas de ese Estado, la expedición tendrá el mejor resultado. De la "reserva en este negocio pende su buen éxito". Si seriamente pensó San Martín en esta empresa, no tenía los elementos necesarios para llevarla a cabo, y no pasó de un tiento a la segunda cuerda oculta de su arco, ejercitando su propensión a lo misterioso.

Absorbido por estos trabajos públicos y secretos, el Protector había entregado ostensiblemente la dirección de la política interna al delegado Torre-Tagle, que no era sino un estafermo, siendo en realidad Monteagudo el árbitro del gobierno. Este ministro, sistemático por temperamento y terrorista por adaptación, pensaba que el más seguro medio de triunfar, era eliminar a los enemigos de raza, aunque no tomasen armas, por el hecho de no embanderarse contra la España. Ya se ha visto cómo San Martín, después de procurar propiciarse la opinión de los españoles europeos, inició un sistema de persecuciones contra sus personas y bienes, según el sistema adoptado por él en Mendoza y en Chile. (Véase cap. XXII, § VI). Monteagudo exageró este sistema, hasta el punto de convertirlo en arma contra la revolución. Primeramente se dispuso que salieran del país todos los españoles que no se hubiesen naturalizado (31 de diciembre de 1822). En seguida se decretó que los expulsados dejasen a beneficio del Estado la mitad de sus bienes, y los exceptuados no pudiesen ejercer el comercio ni aun por menor (20 de enero y 1º de febrero de 1822). Los que no cumplieron estas prescripciones, fueron desterrados y secuestrados sus bienes (23 de febrero de 1823). Con motivo del contraste de Ica, arreció la persecución hasta la barbarie. Quedóles prohibido salir a la calle con capa, bajo pena de destierro. Toda reunión de más de dos españoles, era castigada con destierro y confiscación total de bienes. Todo español que saliese de su casa después de oraciones, incurriría en la pena de muerte, y al que se le encontrase un arma que no fuera cuchillo de mesa, en la de confiscación y muerte (20 de abril de 1822). Estableciose una comisión de vigilancia que conociese breve y sumariamente de sus causas con arreglo a este código draconiano, debiendo pronunciarse y confirmarse las sentencias en un mismo día. "¡Esto es hacer "revolución!" exclamaba Monteagudo al firmar estos crueles decretos.

VIII

Compensado el revés de Ica con los triunfos de Quito, preparada la alianza continental, consolidada la base del poder protectoral, reorganizado el ejército y arreglado un plan de campaña para poner pronto

término a la guerra, San Martín se ocupó en verificar su postergada conferencia con Bolívar, para fijar la victoria final de acuerdo con el, como lo había anunciado públicamente, lisonjeándose de que ambos darían estabilidad a las cuatro repúblicas sudamericanas entonces existentes. La realización de la entrevista no debía dar inmediatamente estos resultados; pero la suerte de la América del Sud estaba asegurada por la solidaridad de sus destinos, en cumplimiento de las leyes de atracción y determinismo que gobernaban su revolución.

El momento histórico en el orden de los siglos, había llegado para la América del Sud, después de doce años de lucha por su emancipación. Nuevas naciones democráticas surgían del caos colonial. Su independencia, era un hecho consumado. Los Estados Unidos la reconocían, saludándola como una nueva aurora republicana. La Inglaterra la anunciaría a la Europa monárquica, como un acontecimiento que al restablecer el equilibrio de ambos mundos dominaría en adelante sus relaciones. El mapa político de las futuras repúblicas estaba bosquejado, y sus líneas fundamentales se diseñaban netamente por agrupaciones de tendencias y voluntades espontáneas. Los dos focos revolucionarios, que simultáneamente se formaran en los extremos, se confunden en uno solo como las corrientes magnéticas. Las dos fuerzas emancipadoras se dilatan y condensan, siguiendo una dirección constante que revela el principio generador de que fluyen. Las dos grandes masas batalladoras de las colonias insurreccionadas, como obedeciendo a una atracción, se adunan, por opuestos caminos, para producir la mayor suma de fuerzas vivas en acción. Resueltos los problemas parciales del sud y del norte de la América meridional, sus revoluciones, sus fuerzas y sus masas militares convergen a un centro común, para resolver el problema general de la independencia. El suelo americano ha sido barrido de enemigos de Sud a Norte y de Norte a Sud, y la lucha está circunscripta a un solo punto en que va a darse la batalla final "contra los vencidos en todo el continente", según la expresión de San Martín. Este es el nudo de la revolución sudamericana, cuya síntesis hemos dado antes. (Véase cap. I, § I).

Los grandes libertadores, impulsados por estas fuerzas, van a operar su conjunción. Han medido la América de mar a mar, en un espacio que comprende la cuarta parte del globo, desde el Plata y el cabo de Hornos hasta el Ecuador el uno, y desde Panamá y las bocas del Orinoco hasta Quito el otro. Cada uno de ellos ha llenado su tarea en su esfera de acción. El uno lleva en alto los pendones de la República Argentina, de Chile y del Perú, que representaban la hegemonía americana de tres repúblicas independientes al sud del continente, que han concurrido a consolidar otras tantas repúblicas en el punto céntrico de la condensación de las fuerzas. El otro trae las banderas triunfantes de Venezuela y Nueva Granada, que simbolizan la hegemonía del Norte, y viene a completar la grande obra de la emancipación sudamericana. De esta conjunción vendrá un choque entre las dos hegemonías concurrentes; pero el principio superior a que obedecen los acontecimientos, prevalecerá al fin por su gravitación natural. El plan de campaña continental de San Martín, está ejecutado matemáticamente, y se combina con otro plan análogo que lo completa. El sueño épico de Bolívar está realizado. Los dos libertadores van a abrazarse repeliéndose, bajo el arco de triunfo del Ecuador del Nuevo Mundo, en la región de los volcanes y de las palmas siempre verdes.

Cómo se produjeron estos complicados fenómenos, coherentes entre sí, en tan vasto espacio y con tan diversos elementos; cómo se ope-

ró la condensación de las masas redentoras del sud y del norte del continente y cómo coincidieron los planes militares de los dos grandes libertadores que las dirigían; cómo se desarrollaron en el Norte de la América meridional los acontecimientos que respondían a los de Sud y los completaban; a qué ley determinante obedecían estas evoluciones parciales y generales y estas conjunciones en líneas convergentes, tal será la materia de los capítulos siguientes, para volver a tomar el hilo de la narración, después de establecer históricamente esta síntesis. De este modo, quedará completado el cuadro del movimiento multiforme de la emancipación de la América del Sud, coherente, colectivo y compacto, que forma el nudo de la historia de la independencia sudamericana y el fondo del asunto de este libro, en sus variados puntos de vista, su armonía de conjunto, sus lontananzas continentales y sus antagonismos también.

CAPITULO XXXIII

REVOLUCION DE QUITO Y VENEZUELA. — PRIMERA CAIDA DE VENEZUELA

AÑOS 1809-1812

Nuevo teatro de operaciones. — Enlaces étnicos y geográficos. — Los grandes valles del Magdalena, Cauca y Orinoco. — Quito, Nueva Granada y Venezuela. — Los llanos y los llaneros de Colombia. — Tipos de la caballería sudamericana. — Antecedentes revolucionarios. — Insurrección de Venezuela en 1810. — Política de la Gran Bretaña en Sud América. — Aparición y retrato de Bolívar. — Influencia de su maestro Simón Rodríguez en sus ideas políticas. — Misión de Bolívar cerca del gobierno de Inglaterra. — Reaparición de Miranda. — La regencia española declara rebeldes a los revolucionarios de Venezuela. — Actitud que asume Venezuela. — Primeras hostilidades entre insurgentes y realistas. — Papel de Miranda en la revolución de Venezuela. — Reunión del primer congreso venezolano. — Venezuela declara su independencia. — Contrarrevolución de los canarios en Caracas. — Reacción realista en Venezuela. — Miranda general en jefe de la revolución de Venezuela. — Venezuela se da una constitución federal. — Estado de la revolución venezolana en 1811. — Derrota de los independientes en la Guayana. — Progresos de la reacción al oriente de Venezuela. — Fenómenos revolucionarios y contrarrevolucionarios. — Aparición de Monteverde. — Terremoto de 1812 en Venezuela. — Contrastes de las armas independientes al oriente de Venezuela. — Miranda, generalísimo de la república venezolana. — Sistema defensivo que adopta. — La guerra a muerte recrudece. — Nuevos triunfos de la reacción. Bolívar reaparece en la escena. — Los realistas se apoderan de Puerto Cabello. — Enervación de la opinión pública. — Capitulación de Miranda. — Desorganización de la república de Venezuela. — Miranda entregado a los españoles. — Siniestro papel de Bolívar en esta emergencia. — Los realistas ocupan Caracas. — Sistema terrorista de la reacción triunfante. — Miranda y Bolívar. — Examen de la conducta de Bolívar en la prisión de Miranda. — Caída de la república de Venezuela.

I

El nuevo teatro de operaciones que va abrirse en el extremo norte de la América meridional, presenta similitudes y contrastes con la naturaleza del extremo sud, que determinan y explican los movimientos opuestos y concéntricos de las masas humanas agitadas por la revolu-

ción y atraídas por sus afinidades. Son dos sistemas geográficos y dos centros sociales, diferentes pero análogos, ligados por la continuidad territorial, en que se desenvuelven fuerzas espontáneas, tendencias uniformes, y proyecciones homólogas, que mancomunadas o asimiladas, convergen a un punto por gravitaciones recíprocas. El común origen, la lengua materna, la identidad de condiciones y el gran sacudimiento que simultáneamente experimentan, ponen en conmoción los diversos elementos de la embrionaria sociabilidad sudamericana que yacían adormecidos, da su unidad a este movimiento multiforme, que se desenvuelve en virtud de una predisposición ingénita, y se subordinan en definitiva a una ley físico-moral que rige hombres y cosas. Para mayor analogía y contraste entre la naturaleza física y la naturaleza humana, son dos hombres de carácter opuesto, pero con la misma intuición, los que se ponen al frente de las dos masas y se mueven impulsados por la fuerza de las cosas, modelan sus planes sobre el terreno en que operan y adunan las voluntades según la genialidad típica de las colectividades que representan. El uno, es un calculador sin ambición personal, que al trazarse un plan de campaña liberta la mitad de la América. El otro, es un alma ardiente, una ambición absorbente, que sueña con la gloria y el poder, y liberta la otra mitad de la América. Ambos están animados de la pasión de la emancipación de un Nuevo Mundo, como hijos de una misma raza y campeones de una misma causa. San Martín se llama el uno. Bolívar se llama el otro. El teatro de acción de San Martín es la República Argentina, Chile y el Perú, y penetra con sus armas en la zona del libertador del Norte. El otro, representa la hegemonía colombiana de Venezuela, Nueva Granada y Quito, que dominará el Perú y coronará con el triunfo final las armas redentoras de la América del sud y del norte del continente, disciplinadas para la lucha. El equilibrio estable será el producto de esta conjunción. La ley del territorio y los elementos orgánicos de la sociabilidad de cada uno de los particularismos prevalecerá al fin, y las nuevas naciones se constituirán autonómicamente según su espontaneidad, determinando en el orden físico y político sus respectivas fronteras y su identidad democrática.

Una ojeada sobre el mapa de lo que se llamó Colombia, dará una idea de la configuración del territorio en que se desarrollarán los sucesos que van a relatarse; de la distribución geográfica de sus partes y de los particularismos étnicos, que al trazar las líneas estratégicas de la insurrección determinaron la amplitud de su potencia guerrera. Esta zona, que forma el extremo norte de la América meridional, se extiende como veinte grados a uno y otro lado del Ecuador, desde el istmo de Panamá y el mar Caribe hasta la frontera septentrional del Perú. En ella se comprendían en 1810, el virreinato de Nueva Granada, la capitanía general de Venezuela y la presidencia de Quito dependiente de Nueva Granada. Estas tres divisiones políticas respondían a tres divisiones hidrogeológicas, en que los relieves del terreno y las grandes corrientes de agua con sus hondas cuencas cavadas por los fuegos volcánicos, dibujan otras tantas zonas de constitución física análoga, pero con caracteres distintos, pobladas por razas heterogéneas que un mismo espíritu o instinto animaba. Al tiempo de estallar la revolución, estas tres secciones tenían una población de 3.900.000 almas, de las cuales 1.400.000 correspondían a la Nueva Granada, 900.000 a Venezuela y 600.000 a Quito, que se descomponían por razas, en 1.234.000 blancos (criollos y europeos), 913.000 indígenas, 615.000 pardos libres y 138.000 negros esclavos. En Santa Fe de Bogotá y Caracas, capitales de Nueva Granada y Venezuela, estaban afocadas las

luces de ambas colonias. La ciudad de Quito, centro de una antigua civilización precolombiana, y satélite del Perú o Nueva Granada en la época colonial, era otro foco excéntrico.

La gran cordillera de los Andes, como una cadena de granito, con sus gigantes vestidos de nieves eternas y sus volcanes encendidos, liga las regiones de lo que fué Colombia con el resto de la América meridional. Quito, llamado el Tibet del nuevo continente, por ser su punto más culminante, está enclavado entre las dos ramificaciones montañosas que forman la continuación del valle longitudinal de Chile, se unen en las fronteras del norte argentino, sepáranse en el Alto y Bajo Perú y se prolongan hasta el Ecuador. (Véase cap. V y XIII, § I yI). Su litoral se abre sobre el mar del Sud, como el de Chile y el Perú, y su territorio se extiende al Oriente por las vertientes superiores del valle Amazonas. Hacia el Norte y bajo la línea, la doble cordillera ata otro nudo en el intermedio de Quito a Popayán, dentro del cual está la provincia de Pasto, límite de lo que propiamente se llamaba el nuevo reino de Granada, la que debía ser tan famosa como la Vendée, en la guerra de la independencia, por su porfiada fidelidad al Rey de España. Siguiendo el mismo rumbo, la cordillera se divide en tres ramales, uno de los cuales forma la espina dorsal del istmo de Panamá, y los otros terminan en el golfo de Méjico. Dentro de esta triple cadena se diseñan tres valles; pero es uno el que imprime su sello a la región. La Nueva Granada está encerrada en la cuenca del gran valle del río de la Magdalena, separado del valle del Atrato por la cadena central hasta el golfo de Darien, que después de recibir el tributo del caudaloso Cauca, derrama sus aguas en el mar de las Antillas frente a las islas de Sotavento. A lo largo de este litoral marítimo, que se prolonga hacia el Oriente y dobla al Sud, conocido con el nombre genérico de Costa Firme, están situados los emporios comerciales y los puertos fortificados de Portobelo, Cartagena de Indias (la primera plaza fuerte de América), Santa Marta y Río Hacha. La cordillera oriental, que separa a una parte de la Nueva Granada de Venezuela, al Este a la altura de Mérida, antes de tocar el litoral, traza con rasgos volcánicos las atormentadas costas venezolanas desde el golfo de Maracaibo hasta el de Paria y el delta del Orinoco, con las islas de Barlovento al largo del mar Caribe. Entre éstas, debe señalarse la isla de Margarita, que por su posición geográfica y la índole de sus habitantes, debía influir poderosamente en el éxito de la lucha colombiana por la independencia. Entre estos extremos marítimos están situados los puertos comerciales y plazas fuertes de la costa firme venezolana, que son: Maracaibo y Coro al Occidente; Puerto Cabello, La Guayra, Barcelona y Cumaná al centro; y en la parte opuesta abierta al Sudoeste, el Güiría en el golfo de Paria y la Bahía de los Navíos en las bocas del Orinoco. Dentro del trazado de estas líneas generales y de la serranía destacada de Paria al Sud, se sienta Venezuela, en el extenso valle del Orinoco, con la Guayana española al Oriente, limitada por impenetrables selvas seculares, tan antiguas como el mundo orgánico.

En las nacientes del Orinoco y dentro de la red que forman sus caudalosos tributarios, el Portuguesa, el Apure, el Caroní, el Meta, el Arauca, el Guaiviara y el Caquetá se desenvuelven al pie de la cordillera oriental las inmensas sabanas o llanos de las provincias de Casanare, de Barinas, del Apure y de Caracas, limitadas al Sud por las selvas de las Guayanas, y al Norte por las montañas que dibujan el litoral venezolano ya descripto. Esta llanura horizontal, que se divide en alta y baja, según sus respectivos niveles y declives, en un tiempo

lecho de un mar, de confines monócromos y sin accidentes que la modifiquen, salvo sus dobles niveles, sus corrientes de agua, y algunos grupos aislados de árboles —que los naturales llaman *matas*—, da su fisonomía al interior del país e imprime su sello al carácter de sus habitantes. En esta región situada bajo el trópico de Cáncer, el invierno no se diferencia del verano, sino por las lluvias periódicas que hacen desbordar sus ríos, inundan sus praderas, dándole la apariencia de un mar sin horizontes. Cuando las aguas se retiran, el suelo se cubre de una rica alfombra de altas gramíneas, donde apacentan como en las pampas australes millones de ganado de la raza bovina y caballar. De la combinación de esta industria primitiva introducida por la colonización española, con el suelo y el hombre aclimatado, surgió una semicivilización pastoril y una nueva raza de centauros, hija del desierto, el llanero colombiano y el gaucho argentino, que dió su tipo a la caballería revolucionaria del Sud y del Norte. El llanero era, en 1810, una agrupación heterogénea de indígenas, negros, zambos, mulatos y mestizos mezclados con algunos pocos españoles, que la influencia del medio y las comunes ocupaciones habían refundido en un tipo característico. Esparcidos en una vasta superficie, viviendo en chozas aisladas o pobres caseríos, que los naturales llaman *hatos*, en comunicación tan sólo con sus ganados bravíos y las fieras, sin más medios de comunicación que el caballo, los llaneros, endurecidos en las fatigas y familiarizados con los peligros, eran resueltos y vigorosos, diestros en el manejo de la lanza, jinetes, nadadores y sobrios. Una silla de montar de cuero crudo y una manta constituía todo su arreo; un pedazo de carne de vaca sin sal o leche cuajada era todo su alimento: un calzón corto que no cubría la rodilla y una camisa amplia que le llegaba hasta la mitad de los muslos, con un sombrero de paja de alas anchas, todo su vestido; y su arma se reducía a una lanza, compuesta de un rejón enastado en un gajo del bosque silvestre, construída por sus manos. Poseídos del fatalismo de los pueblos semicivilizados, unido al estoicismo y la astucia del salvaje, acaudillados por héroes de su estirpe mixta, eclipsarían las hazañas de los héroes épicos de la antigüedad.

Tal es el nuevo teatro de operaciones a que va a trasladarse la historia del movimiento simultáneo y convergente de la emancipación sudamericana.

II

La revolución que llamaremos colombiana tuvo su origen en tres focos excéntricos: Quito, Venezuela y Nueva Granada, que al fin se refundieron política y militarmente en uno solo, comprendiendo el istmo de Panamá que la ligaba con la de la América septentrional. Como antes se dijo (cap. I, § XII), la primera revolución de Quito en 1809 (agosto) estalló casi simultáneamente con las primeras conmociones de Méjico al Norte (agosto de 1809), y con las revoluciones de Chuquisaca y La Paz al Sud (mayo y julio de 1809). Este movimiento inicial con tendencias políticas, que se diseñaba por la proclamación de una doctrina fundada en la razón de las razas y en los derechos del hombre (véase cap. I, § XII), depuso al presidente y capitán general del reino, el conde Ruiz de Castilla, anciano de 84 años, quien fué sustituído por una junta popular de gobierno, que se atribuyó el título de "soberana". Sofocada esta revolución por las fuerzas combinadas de los virreinatos contiguos de Santa Fe y del Perú, sus autores fueron asesinados en la cárcel (agosto de 1810), casi al mismo tiempo que los ca-

bezas de los de La Paz morían en un cadalso (enero de 1810). —Fueron éstos los primeros mártires de la emancipación sudamericana—. Estos estremecimientos sincrónicos en el centro y en los extremos del continente, con idénticas formas, iguales objetivos y análogos ideales, acusaban desde entonces —a pesar de las largas distancias y del aislamiento de las colonias—, una predisposición innata y una solidaridad orgánica, como resultado de las mismas causas, que sin previo acuerdo producían los mismos efectos, y que, por lo tanto, tenían necesariamente que repetirse como un fenómeno natural.

Las revoluciones de La Paz y Quito, gemelas por la iniciativa simultánea y por el martirio, tuvieron inmediata repercusión en el norte y el sud de la América. El 25 de mayo de 1810, se insurrecciona Buenos Aires, destituye al virrey, desconoce el Consejo de Regencia de España y elige popularmente su gobierno propio, proclamando la autonomía de las Provincias del Río de la Plata en ausencia del monarca cautivo. El 19 de abril del mismo año —día de Jueves Santo—, la municipalidad de Caracas, asociada a los "diputados del pueblo", depuso al capitán general Vicente Emparán, desconoció la suprema autoridad que se atribuía la regencia de Cádiz, asumió la soberanía del Rey de España, y nombrando una junta suprema para regirse por sí, decretó la formación de "un plan de gobierno conforme a la voluntad general "del pueblo", para las "Provincias Unidas de Venezuela". El tribuno de esta transformación política, destinado a representar un papel de agitador parlamentario, fué el canónigo José Cortés Madariaga, natural de Chile, afiliado en la Logia americana de Miranda, a quien había conocido en Londres y del que era agente activo en Venezuela. Sus publicistas fueron: el Dr. Juan Germán Roscio, jurisconsulto y escritor, y Martín Tobar Ponte, hombre de pensamiento y de acción, dos nobles caracteres, de alma abnegada, dotados ambos de gran valor cívico, con sanas ideas liberales, pero políticos abstractos, más teóricos que prácticos.

Las provincias venezolanas respondieron en su mayoría al llamado de Caracas, reconocieron su supremacía, y al deponer a sus gobernadores coloniales instituyeron juntas particulares de gobierno. De este modo, empezó a formarse de hecho una especie de confederación de provincias.

La junta, dando un paso más adelante en el camino de la propaganda revolucionaria, dirigió a las colonias hispanoamericanas un manifiesto de principios, en que las invitaba a formar una liga continental en resguardo de sus libertades. "Caracas debe encontrar imitadores "en todos los habitantes de la América, en quienes el largo hábito de "la esclavitud no haya relajado los muelles, y su resolución debe ser "aplaudida por todos los pueblos que conserven alguna estimación a "la virtud y el patriotismo ilustrado, para despertar su energía a fin "de contribuir a la grande obra de la confederación americano-españo-"la. No se prostituya su voz y su carácter a los injustos designios de la "arbitrariedad. Una es nuestra causa, una debe ser nuestra divisa. "Fraternidad y constancia". Todas las secciones americanas proclamaban a la vez como si se hubiesen pasado la palabra de orden, la misma teoría política: la reasunción por el pueblo de la soberanía yaciente del monarca ausente, que se convertía en soberanía popular activa.

Consecuente con el principio político que daba su razón de ser al nuevo gobierno, convocó un congreso general de provincias, para dar unidad al poder y legitimarlo, a la vez que para establecer una cons-

titución sobre la base del sistema representativo. "Sin una representación común, decía dirigiéndose a los ciudadanos, la concordia es "precaria y la salud es peligrosa. El ejercicio más importante de los "derechos personales y reales del pueblo, que existieran originariamente "en la masa común y que le ha restituído el actual interregno de la "monarquía, llama a los hombres libres al primero de los goces del "ciudadano, que es concurrir con su voto para trasmitirlos a un corto "número de individuos, haciéndolos árbitros de la suerte de todos. El "suelo que habitáis no ha visto desde su descubrimiento una ocurrencia más memorable ni de más trascendencia. Ella va a fijar la suerte "de la generación actual, y acaso envuelve en su seno el destino de muchas edades. Ella va a ratificar, o las esperanzas de los buenos ciudadanos o el injurioso concepto de los bárbaros que os creían nacidos "para la esclavitud". Según el plan de organización, la Junta Suprema de Caracas debía abdicar sus facultades supremas en el congreso y reasumir éste la representación soberana de todas las provincias venezolanas. Luego se verá el resultado que dió esta convocatoria.

Mientras la revolución seguía esta marcha expansiva, la reacción trabajaba por su lado en contener sus progresos. Las provincias de Maracaibo y Coro sobre el litoral del Norte, con sus gobernadores los generales Fernando Miyares y José Ceballos a su frente, se pronunciaron decididamente contra el movimiento, siguiendo luego su ejemplo la Guayana. Para sostener su actitud, Miyares y Ceballos reunieron tropas, pidieron auxilios a Cuba y Puerto Rico y se prepararon para resistir a los rebeldes o someterlos por la fuerza. De este modo se diseñaron desde los primeros días los focos de la acción y de la reacción revolucionaria que debían mantener encendida la guerra civil por el espacio de doce años.

La junta, a su vez, se apercibió a la defensa en sostén de los fueros soberanos que había proclamado. Después de proveer a la seguridad interna y establecer los fundamentos de la constitución política, cubriéndose con el nombre y la representación del monarca, decidió poner en ejercicio su soberanía externa, y abrió relaciones diplomáticas con los Estados Unidos para propiciarse su opinión, pero principalmente con la Inglaterra, a fin de estipular con el gabinete de Saint James una alianza para el caso de una invasión francesa a Venezuela, y sobre todo, buscar su mediación con el consejo de regencia que evitase una guerra con la metrópoli. La Gran Bretaña, a la sazón aliada a la España, al saber la revolución de Venezuela, había prevenido al gobernador de Curaçao que estaba decidida a sostener la integridad de la monarquía española y a oponerse a todo género de procedimientos que pudieran producir la menor separación de sus provincias de América; pero que si la España francesa, declarando que renunciaba a toda mira de hispanoamericanas que quisieran hacerse independientes de la España francesa, declarando que renunciaba a toda mira de apoderarse de territorio alguno. Partiendo de esta base y con las instrucciones antes indicadas, acordóse enviar una misión diplomática a Londres. Fueron nombrados para desempeñarla, don Luis López Méndez y don Andrés Bello, conjuntamente con el coronel de milicias Simón Bolívar.

III

En 1810, al hacer su primera aparición en el escenario americano, que debía llenar con su gran figura histórica, Bolivar contaba veintisiete años de edad. Nada en su estructura física prometía un héroe.

Era de baja estatura —cinco pies seis pulgadas inglesas—, de pecho angosto, delgado de cuerpo y de piernas cortas y flacas. Esta armazón desequilibrada tenía por coronamiento una cabeza enérgica y expresiva, de óvalo alongado y contornos irregulares, en que se modelaban incorrectamente facciones acentuadas, revestidas de una tez pálida, morena y áspera. Su extraña fisonomía producía impresión a primera vista, pero no despertaba la simpatía. Una cabellera renegrida, crespa y fina, con bigotes y patillas que tiraban a rubio —en su primera época—; una frente alta, pero angosta por la depresión de los parietales, y con prematuras arrugas que la surcaban horizontalmente en forma de pliegues; los pómulos salientes y las mejillas marchitas y hundidas; una boca de corte duro, con hermosos dientes y labios gruesos y sensuales; y en el fondo de cuencas profundas, unos ojos negros, grandes y rasgados, de brillo intermitente y de mirar inquieto y gacho, que tenían caricias y amenazas cuando no se cubrían con el velo del disimulo, tales eran los rasgos que en sus contrastes imprimían un carácter equívoco al conjunto. La nariz, bien dibujada en líneas rectas, destacábase en atrevido ángulo saliente y su distancia al labio superior era notable, indicante de noble raza. Las orejas eran grandes, pero bien asentadas, y la barba tenía el signo agudo de la voluntad perseverante. Mirado de frente, sus marcadas antítesis fisionómicas daban en el reposo la idea de una naturaleza devorada por un fuego interno; en su movilidad compleja, acompañada de una inquietud constante con ademanes angulosos, reflejaban actividad febril, apetitos groseros y anhelos sublimes; una duplicidad vaga o terrible y una arrogancia, que a veces sabía revestirse de atracciones irresistibles que imponían o cautivaban. Mirado de perfil, tal cual lo ha modelado en bronce eterno el escultor David, con el cuello erguido como lo levaba por configuración y por carácter, sus rasgos característicos delineaban el tipo heroico del varón fuerte de pensamiento y de acción deliberada, con la cabeza descarnada por los fuegos del alma y las fatigas de la vida, con la mirada fija en la línea de un vasto y vago horizonte, con una expresión de amargura en los labios contraídos, y esparcido en todo su rostro iluminado por la gloria, un sentimiento de profunda y desesperada tristeza a la par de una resignación fatal impuesta por el destino. Bajo su doble aspecto, sus exageradas proyecciones imaginativas que preponderaban sobre las líneas simétricas del cráneo, le imprimían el sello de la inspiración sin el equilibrio del juicio reposado y metódico. Tal era el hombre físico en sus primeros años, y tal sería el hombre moral, político y guerrero.

Huérfano a la edad de tres años y heredero de un rico patrimonio con centenares de esclavos, como los patricios antiguos, tuvo, como Alejandro, por ayo y maestro a un filósofo, pero un filósofo de la escuela cínica, revuelta con el estoicismo y el epicureísmo greco-romano. Según este mentor, el "fin de la sociabilidad era hacer menos "penosa la vida", apotegma que contenía en germen la futura doctrina sansimoniana. Bien que fuera hasta cierto punto un sabio para su país, y un pensador original, sus ideas eran tan extravagantes, que a veces rayaban en locura. "No quiero parecerme a los árboles que echan "raíces en un lugar, decía: sino al viento, al agua, al sol, a todas las "cosas que marchan sin cesar". Su pasión eran los viajes. Tenía como Platón una república ideal en su cabeza, que sólo tendría en el mundo un adepto. Partiendo de la base, que sentaba como teorema, de que la América no podía ser monarquía ni república semejante a las conocidas, ni gobernarse por reyes o congresos, todo su plan constitucional

consistía en hacer vitalicios los empleos, desde el de presidente de la república hasta el alcalde de barrio, "para evitar, decía, los trastornos "de elecciones frecuentes, y no entregar los negocios públicos a aprendices". Este filósofo y pensador extravagante, llamábase Simón Carreño, y era natural de Caracas. Hijo bastardo de un sacerdote y estigmatizado con la calificación de sacrílego, cambió su nombre en el de Simón Rodríguez, con el que ha pasado a la historia unido al de su ilustre homónimo. El maestro depositó desde muy temprano en la cabeza de su joven discípulo estas ideas políticas que debían germinar más tarde y esterilizarse como las suyas. Así, su *novísima verba,* después de ver disipados todos sus sueños, fué: "Murió Bolívar y mi proyecto de república sepultóse con él". Bolívar conservó toda su vida el sello que le imprimió el filósofo caraqueño, modificando sus lecciones según su naturaleza. Estoico en la adversidad, cínico a veces en sus costumbres, independiente y móvil, con más imaginación y no con mucha más prudencia que su inspirador, convirtió sus extravagancias en delirios de grandeza; su actividad en acciones heroicas; sus sueños, en ambición de gloria y poderío; su república ideal, en monocracia vitalicia; y con él murieron las teorías políticas del reformador y los ensayos de gobierno del libertador, que según la fórmula: "no era ni monarquía ni república".

El mismo Bolívar reconoció siempre la influencia de su mentor en la dirección de sus acciones, de sus ideas y de sus sentimientos. "Las "lecciones que me ha dado —decía catorce años después, en el apogeo "de la gloria y del poder—, se han grabado en mi corazón; no he podi- "do borrar una sola coma de las grandes instrucciones que me ha "regalado; siempre presente a mis ojos intelectuales las he seguido "como guías infalibles. Mis frutos son suyos". Pero Carreño-Rodríguez no sólo enseñó a pensar a Bolívar y formó sus sentimientos: le inoculó también una pasión generosa, que debía convertirse en fuerza. Rebeldes ambos por temperamento, la noción de la independencia estaba en sus mentes, y desde los primeros años del siglo, era tildado Rodríguez en Caracas, de hombre sospechoso al poder. La ocasión en que maestro y discípulo se comunicaron su secreta aspiración, es dramática, y ha sido relatada por el adepto en el lenguaje grandilocuente que es la antítesis del estilo algebraico del iniciador en el misterio de la emancipación de un mundo, que al fin fué verdadera república electiva en contradicción de su profecía.

No había cumplido aún los diecisiete años (1779), cuando Bolívar hizo un viaje a Europa. —Era entonces teniente de un regimiento de milicias de que su padre había sido coronel a título de señor feudal—. Visitó las Antillas y Méjico; recorrió toda la España y viajó por Francia (1801), coincidiendo su permanencia en París con la inauguración del glorioso consulado vitalicio de Napoleón Bonaparte, quien despertó en él gran entusiasmo. Formada su temprana razón por las impresiones que despertaba en su imaginación el espectáculo del mundo, más que por la observación y el estudio, regresó a su patria unido a la hija del Marqués del Toro, nombre que figuraba en la alta nobleza de Caracas (1801). Antes de que transcurrieran tres años, era viudo. Emprendió entonces su segundo viaje a Europa (1803). Allí se encontró con su antiguo ayo, quien con su moral excéntrica, no era ciertamente el más severo mentor en una excursión de placer. En París cultivó el estudio de algunas lenguas vivas; visitó a Humboldt, que había hecho célebre su nombre ilustrando la geografía física y la historia natural del nuevo continente, que él ilustraría con otros descubrimien-

tos no menos sorprendentes, en el orden de la geografía política y la historia universal; atravesó los Alpes a pie, con un bastón herrado en la mano y se detuvo en Chambery (1804), visitando como peregrino de la libertad y del amor, las *Charmettes* inmortalizadas por Rousseau, de cuyo Contrato Social tenía idea, pero en quien admiraba sobre todo por estilo enfático, su creación sentimental de la "Nueva Heloisa", que fué siempre su lectura favorita, aun en medio de los trances más congojosos de su vida. En Milán presenció la coronación de Napoleón como Rey de Italia y asistió a los juegos olímpicos que se celebraron en honor del vencedor de Marengo. Con estas impresiones y estas visiones resplandecientes de gloria, en que se renovaban las festividades de las antiguas repúblicas griegas, llegó Bolívar a Roma. Después de admirar las ruinas del Coliseo, subió al monte Aventino, el monte sagrado del pueblo romano, en compañía de Carreño-Rodríguez. Desde allí contemplaron ambos el Tíber que corre a su pie, la tumba de Cecilia Metella, y la vía Apia al lado opuesto; y en el horizonte, la melancólica y solitaria campiña de la ciudad de los tribunos y los Césares. Impresionados por aquel espectáculo, que despertaba tan grandes recuerdos, hablaron de la patria lejana, y de su opresión. El joven adepto, poseído de noble entusiasmo, estrechó las manos del maestro, y cuenta que juró libertar la patria oprimida. Esta escena dramática, que tiene algo de teatral, jamás se borró de su memoria: "Recuerdo, decía veinte "años después, cuando fuimos al Monte-Sacro en Roma, a jurar sobre "aquella tierra santa la libertad de la patria. Aquel día de eterna glo- "ria, anticipó un juramento profético a la misma esperanza que no "debíamos tener".

Pasaron seis años, y la revolución venezolana vino por la fuerza de las cosas y no por acción individual. El papel que representó Bolívar no correspondió a sus entusiasmos juveniles ni prometía al héroe que debía hacerla triunfar. Después de su segundo regreso a Caracas, había vivido la vida sensual de un noble señor feudal de la colonia, alternando la residencia de sus haciendas en medio de esclavos que trabajaban para él, con sus mansiones placenteras en la capital. En 1809, al recibirse Emparán del mando de Venezuela, se le atribuye la duplicidad patriótica —que le honra por un lado y lo sombrea por otro—, de haberse intimado con el nuevo capitán general para vender sus secretos a los que desde esa época preparaban la revolución. Así, su nombre se ve entre los conjurados que asistieron a las reuniones secretas; pero su persona no figura entre los que concurrieron al cabildo abierto en que Emparán fué depuesto por el voto del pueblo. Consumada la revolución, no se le ve asumir actitud definida. Nombrado coronel, a título de herencia, del regimiento de milicias que mandaba su padre, en la circunscripción de sus haciendas de campo, no tomó ninguna parte en los aprestos militares. Al fin, su figura se diseña vagamente en la escena política, pero no como hombre de pensamiento o de acción, sino como diplomático en una misión equívoca, que tenía por objeto declarado buscar un *modus vivendi* pacífico con la antigua metrópoli. Volvemos aquí al año 1810, en vísperas de su viaje a Inglaterra.

IV

La misión conjunta de los tres agentes venezolanos solicitó una audiencia del ministro de Relaciones Exteriores, que lo era a la sazón el Marqués sir Ricardo Wellesley, la que le fué concedida en carácter confidencial. Bolívar, como el más caracterizado y el que mejor habla-

ba francés, llevó la palabra en este idioma. Olvidando su papel de diplomático, pronunció un ardiente discurso, en que hizo alusiones ofensivas a la metrópoli española aliada de la Inglaterra y expresó sus anhelos y esperanzas de una independencia absoluta de su patria, que era la idea que lo preocupaba. Para colmo de indiscreción entregó al Marqués, junto con sus credenciales, el pliego de sus instrucciones. El ministr británico, que le había escuchado con fría atención, después de recorrer los papeles que se le presentaban, contestóle ceremoniosamente: que las ideas por él expuestas se hallaban en abierta contradicción con los documentos que se le exhibían. En efecto, las credenciales estaban conferidas en nombre de una junta conservadora de los derechos de Fernando VII, y en representación del soberano legítimo, y el objeto de la misión era buscar un acomodamiento con la regencia de Cádiz, para evitar una ruptura. Bolívar no había leído sus credenciales ni sus instrucciones, ni dádose cuenta de su papel diplomático; así es que quedó confundido ante aquella objeción perentoria. Al retirarse, confesó francamente su descuido y atolondramiento, y convino que el plan de la misión de que no se había hecho cargo, estaba calculado con tanta perspicacia como sabiduría. Así sería siempre Bolívar, como político y como guerrero. Preocupado de una idea interna, personal; sin darse cuenta de los obstáculos externos, ni tomar en cuenta la opinión del medio en que se movía, iría siempre adelante, persiguiendo sus sueños o sus propósitos; y vencido o vencedor, perseveraría en ellos, cediendo a veces, para reaccionar después, sin leer "con sus ojos intelectuales", según su propia expresión, otros documentos que los escritos en su mente por su maestro Carreño-Rodríguez, ni ver otra cosa que su "alma pintada" en ellos. Por el momento, era la idea de la independencia lo que lo llenaba, y allá iba por la línea recta.

A pesar de estos traspiés diplomáticos, la Inglaterra, que tenía su plan hecho respecto de las colonias hispanoamericanas insurreccionadas, contestó a las proposiciones de los comisionados, redactadas en el sentido de sus instrucciones, que la Gran Bretaña no se consideraba ligada por ningún comprometimiento a sostener país alguno de la monarquía española contra otro, por razón de diferencias de opiniones sobre el modo con que debiera arreglarse un sistema de gobierno, con tal que convinieran en reconocer al soberano legítimo. Sobre esta base, ofrecía su mediación, para reconciliar a las colonias disidentes con su metrópoli. A la vez, renovaba con más amplitud la anterior circular de lord Liverpool a los gobernadores y jefes de las Antillas inglesas, recomendabales proteger a los nuevos gobiernos sudamericanos contra toda agresión de la Francia, y les encargaba muy especialmente promover con las colonias amigables relaciones mercantiles, sea que reconociesen o no la autoridad de la regencia de Cádiz. El resultado era satisfactorio y no podía esperarse más; pero como se ve, fué debido a los cálculos de la política inglesa más que a la habilidad de los noveles diplomáticos venezolanos.

Durante su permanencia en Londres, conoció por la primera vez al general Miranda, e iniciado en los misterios de su Logia, afilióse en ella, renovando el juramento del Monte Sagrado, de trabajar por la independencia y la libertad sudamericanas. Así se ligaron por un mismo juramento en el viejo mundo, con un año de diferencia, Bolívar y San Martín, según antes se relató. (Véase cap. II, § XII). Al contacto de la llama que ardía en el alma del precursor de la emancipación, la de Bolívar, encendida ya con las chispas de las ideas de Carreño-Rodríguez, se inflamó. Lleno siempre de su idea, volvió a olvidar sus ins-

trucciones reservadas, que le prevenían no recibir inspiraciones de Miranda ni tomar en cuenta sus planes, que podían comprometer la aparente fidelidad de la Junta de Caracas. Pensando que la presencia de Miranda en Venezuela daría impulso a la idea de independencia, invitóle a regresar juntos a la patria para trabajar de consuno por ella.

Bolívar regresó a Caracas al finalizar el año 1810 (5 de diciembre) conduciendo un armamento, y, lo que creía más poderoso que las armas, al general Miranda, símbolo vivo de la redención del Nuevo Mundo meridional. Durante su ausencia la revolución venezolana había mudado de aspecto, y su horizonte empezaba a nublarse.

Al tomar conocimiento de la revolución de Venezuela, la regencia de Cádiz declaró rebeldes a sus fautores; y esquivando la mediación de la Inglaterra, le declaró la guerra con amenaza de severos castigos, decretando el bloqueo de sus costas. El consejero de Indias Antonio Ignacio Cortabarría, anciano respetable, con la investidura de comisario regio, fué encargado de intimar la sumisión, y en caso de resistencia someterlos por la fuerza. Miyares fué nombrado capitán general en reemplazo de Emparán. En las Antillas españolas se prepararon elementos de guerra para sostener el ultimátum. Esta provocación, rompió el primer eslabón de la cadena colonial. La Junta de Caracas rechazó la intimación, reunió un ejército de 2500 hombres para mantener su actitud, y confió su mando al marqués Fernando del Toro, rico propietario, improvisado general, ordenándole atacase la plaza de Coro, baluarte de la reacción en la costa occidental de Tierra-Firme. Después de algunos combates parciales, el ataque sobre Coro fué rechazado (28 de noviembre de 1810). El ejército de la Junta emprendió en consecuencia su retirada. Interceptado en su marcha por una división de 800 hombres con un cañón y 4 pedreros, en el punto denominado la Sabaneta, la desalojó de su fuerte posición al cabo de dos horas de fuego, y continuó su marcha, perseguido de cerca por los corianos fanatizados, y hostilizado por las poblaciones del tránsito. El novel general, que había mostrado poseer pocas disposiciones militares, efectuó su retirada hasta Caracas, con pérdidas considerables. Por entonces, las hostilidades quedaron suspendidas de hecho, por una y otra parte. Tal fué el resultado de la primera campaña revolucionaria de Venezuela, en que se cambiaron las primeras balas entre insurgentes y realistas.

Este era el estado político y militar de la revolución cuando, a fines de 1810, Bolívar y Miranda llegaban a Caracas.

V

Al pisar de nuevo la tierra americana, el precursor de su emancipación contaba sesenta años de edad. El pueblo lo recibió con grandes ovaciones. El Gobierno le confirió el título de teniente general de su ejército. La juventud vió en él un oráculo, de cuyos labios iba a brotar la palabra reveladora del destino. Los soldados lo consideraron como un presagio de victoria. Todos cifraron en él sus esperanzas. Sin embargo, su influencia no se hizo por el momento sentir en la marcha de los negocios públicos. Grave, taciturno, de palabra dogmática y con opiniones intransigentes incubadas en la soledad, no admitía discusión, aunque buscaba prosélitos. Sus primeros actos no correspondieron a la expectativa pública. El Gobierno, considerándolo un genio enciclopédico, le encomendó, en unión de Roscio y de don Francisco Javier Ustáriz, republicanos de la escuela norteamericana, la formación de

un plan de constitución sobre la base de una federación de provincias, para ser presentado al primer congreso venezolano que iba a reunirse. El viejo soñador, imbuído en las ideas constitucionalistas que en su imaginación se había fraguado, amalgamaba las tradiciones precolombianas y las reminiscencias de la antigüedad clásica con las teorías norteamericanas mal aplicadas, pretendiendo combinarlas con las vetustas instituciones de la colonia, sueño retrospectivo que, como el ideal reaccionario de Carreño-Rodríguez, debía dar por resultado la negación de la república y el retroceso de la democracia. Según su plan, el gobierno debía confiarse a dos incas (cónsules romanos) nombrados por diez años, y en lo demás modelarse la república según el tipo municipal de las colonias. Los sucesos revolucionarios estaban más adelantados que él en teorías políticas. Para propagar su doctrina y fomentar el espíritu de independencia, organizó, de acuerdo con Bolívar, un club, a imitación del de los girondinos, de que había sido miembro conspicuo durante la revolución francesa. Esta asociación se hizo el centro de la opinión avanzada de los patriotas que querían romper definitivamente los vínculos de la colonia con su metrópoli.

Bajo estos auspicios se reunió el congreso venezolano convocado, en número de treinta diputados por las provincias de Caracas, Cumaná, Barinas, Margarita, Barcelona, Mérida y Trujillo, y tomó la denominación de "Cuerpo conservador de los derechos de la Confederación americana de Venezuela y de los del rey Fernando VII" (2 de marzo de 1811). Miranda, elegido popularmente, formaba parte de él como diputado. El congreso encomendó el poder ejecutivo a una junta de tres miembros, creó una alta corte de justicia en sustitución de la antigua audiencia, y nombró una comisión de su seno que redactara la constitución, compuesta de Ustáriz, Roscio y Tobar, las tres lumbreras parlamentarias de la revolución. La cuestión de la independencia fué la primera que ocupó al congreso. Miranda abogó resueltamente por ella en absoluto, apoyado por el pueblo, y arrastró tras sí la mayoría (5 de julio de 1811). En el mismo día se decretó que el pabellón nacional sería el amarillo azul y rojo, enarbolado por Miranda en 1806 en las costas de Venezuela descubiertas por Colón. Y para conmemorar estos tres grandes acontecimientos del Nuevo Mundo, se dispuso que a la era común se añadiese la colombiana. Fué así Venezuela la primera república independiente que se inauguró en Sud América, como sería también la primera que cayese vencida, para resurgir al fin vencedora.

A los pocos días de declarada la independencia estalló un movimiento reaccionario, promovido por los agentes del comisario regio Cortabarría, y encabezado por los colonos de las islas Canarias, que eran numerosos en Caracas (11 de julio). Reuniéronse en número de setenta en una altura que dominaba uno de los cuarteles, con el propósito de apoderarse de él. Iban armados de sables y trabucos, con planchas de lata sobre el pecho por corazas, y llevaban una bandera con la imagen de la virgen del Rosario y de Fernando VII. Su grito de guerra fué: "Viva el Rey y mueran los traidores". Atacados por el pueblo y una parte de la guarnición, hicieron algunos tiros; pero fueron prontamente cercados y rendidos. Condenados a muerte los que se consideraron más culpables y desterrados los otros, las cabezas de los ajusticiados fueron expuestas en los caminos. "Castigo demasiado severo de un proyecto extravagante y ridículo", dice el historiador más discreto de Venezuela, que un historiador universal señala como el fúnebre presagio de la guerra de exterminio que debía ensangrentar el suelo de Venezuela.

En el mismo día del tumulto de los canarios de Caracas, estalló una revolución más formal en Valencia, ciudad importante a inmediaciones de Caracas al Norte, fronteriza a Puerto-Cabello, ocupado por los patriotas. Promovida por los españoles reaccionarios, en obediencia a las instrucciones de Cortabarría, proclamó a Fernando VII, y desconoció la autoridad del congreso venezolano. Sus habitantes se armaron en defensa de la religión, según decían, y ocupando las posiciones que la dominan, se atrincheraron en su recinto con impávida resolución. Alarmado el congreso, dió facultades extraordinarias al poder ejecutivo. Un cuerpo de ejército a órdenes del Marqués del Toro, salió a sofocar la sublevación. En los primeros encuentros obtuvo algunas ventajas, pero fué al fin rechazado. Nombrado Miranda general en jefe del ejército, avanzó sobre la ciudad rebelada, y le intimó rendición. La contestación fué romper el fuego con cuatro piezas de artillería desde el morro fortificado de la ciudad, ocupado por una división. Reconocida la posición, fué asaltada y tomada por los patriotas, apoderándose de su artillería. Halagado Miranda por este triunfo, penetró en las calles de la ciudad; pero fué rechazado por los valencianos, atrincherados en la plaza mayor. Bolívar mandaba las fuerzas de las tres armas, que sufrieron este rechazo. Miranda hubo de retroceder como su antecesor el Marqués del Toro, que también asistió a esta función de guerra.

Reforzado Miranda, volvió a tomar la ofensiva. Procediendo entonces con más prudencia, apoderóse sucesivamente de los barrios exteriores de la ciudad, a pesar de la tenaz resistencia de los enemigos. Reducidos al fin a la plaza mayor y faltos de agua, viéronse obligados a rendirse a discreción. Esta campaña costó al ejército patriota como 800 muertos, sin contar los heridos, que han sido computados en casi doble número, lo que parece exagerado. Miranda no quiso manchar con sangre su victoria. El congreso, abundando en el espíritu generoso del vencedor, dió un indulto que comprendía hasta los sentenciados a muerte por el tribunal marcial, clemencia que fué generalmente reprobada, y que contrastaba con el exceso de severidad en la conjuración de los canarios.

Después de este sangriento paréntesis, abrióse el debate constitucional, que fué más laborioso que el de la independencia, aunque menos agitado. Las opiniones estaban divididas entre federalistas y unionistas; pero la mayoría era decididamente federal. Todos tenían fijas las miradas en el gran modelo de la vecina república del Norte de América. El proyecto, redactado por Ustáriz, fué calcado sobre la Constitución de los Estados Unidos, y aprobado casi unánimemente. Miranda, o viendo más claro o lastimado de que no hubieran sido tomadas en cuenta sus peregrinas ideas de organización constitucional, le negó su voto como diputado, y al pronunciarse contra el sistema federalista a que parece se inclinaba antes al idear una confederación sudamericana, manifestó vagamente que no la consideraba adaptable a las exigencias de la época, ni al estado social del país. Esta vez tenía razón el gran soñador retrospectivo, que por acción refleja veía más claro en el futuro. Era un código democrático muy adelantado en teoría, con su división de poderes coordinados, que consagraba todos los derechos humanos y afirmaba todas las garantías de la libertad; pero mal calculado para las circunstancias, y en realidad más ideal que revolucionario. Confundiendo el valor de las palabras, sus autores daban el nombre de confederación a lo que debía ser una federación con arreglo al modelo que copiaban. Declaraban las provincias, soberanas,

libres e independientes, en contradicción con su letra. Organizaban un poder ejecutivo de tres miembros, sin unidad de acción ni pensamiento. Era una máquina complicada y frágil, que no podía resistir a la prueba, como sucedió.

Valencia, la ciudad refractaria a la independencia, fué declarada capital de la nueva república.

VI

Un cataclismo de la naturaleza vino a poner fin a esta creación política, y producir una catástrofe, a que concurrieron más o menos directamente causas de otro orden.

La opinión revolucionaria empezaba a enervarse; la miseria cundía por todo el país; el papel moneda decretado por el congreso y casi desmonetizado, contribuía a fomentar el descontento entre los que viven del Estado, y especialmente de los soldados; Cortabarría, con una escuadrilla de seis buques y 1000 hombres reclutados en Puerto Rico, al mando del brigadier Juan Manuel Cajigal, había reforzado a los realistas que mantenían alzado el pendón del Rey al occidente de Venezuela. La reacción cobraba nuevos bríos.

El levantamiento de la Guayana española sobre la margen derecha del Orinoco, era otro peligro que llamaba la atención del nuevo gobierno por la parte del Oriente. Una expedición de 1400 hombres, a cargo del coronel Francisco González Moreno, español de origen, pero decidido por la revolución, logró establecerse en la margen izquierda del río cerca de su embocadura, pero careciendo de buques para dominar las aguas, nada serio podía emprender. Mientras tanto, los realistas, dueños de las plazas de Guayana Vieja y de Angostura, fortificadas ambas, y de la marina, eficazmente auxiliados por los naturales que excitaban los frailes capuchinos, directores de las misiones de aquella región, habían establecido su preponderancia en todo el país. Con estas ventajas, abrieron hostilidades sobre los destacamentos patriotas diseminados en la margen izquierda, y derrotaron sucesivamente tres de ellos, apoderándose de tres cañones de sus baterías (septiembre de 1812). Los coroneles Manuel Villapol y Félix Solá, españoles como González Moreno, acudieron con nuevas tropas en auxilio de éste. Reunidas las tres divisiones, amagaron Angostura por agua y por tierra, mientras una expedición de diecinueve lanchas cañoneras había logrado penetrar en el Orinoco, las que unidas a las que navegaban el río, sumaban un total de veintiocho embarcaciones, se situaron en observación de la plaza. Las fuerzas sutiles de los realistas, superiores en calidad, atacaron con nueve goletas, dos balandras y seis cañoneras a la escuadrilla independiente (25 de marzo de 1812) en la bahía de Sorondo, y después de un combate de dos días, la destrozaron completamente, con pérdida de todos sus buques, 32 piezas de artillería, 200 muertos y 150 heridos y todo su armamento portátil. Desanimado González Moreno y sus compañeros con este contraste, emprendieron la retirada (28 de marzo). Activamente perseguidos, intentaron fortificarse en el pueblo de Maturín, donde los restos de la expedición, abandonada por sus caudillos, se rindieron a discreción.

Al mismo tiempo que estos desastrosos sucesos tenían lugar en el Oriente, la reacción avanzaba triunfante por el Occidente. Como había sucedido en las secciones insurreccionadas del Sud, la lucha tomaba el carácter de una guerra civil alimentada por los mismos elementos del país. Las autoridades oficiales de la colonia y las tropas regladas de

que disponían, no podían contrarrestar el impetuoso movimiento revolucionario. De aquí la necesidad de buscar el punto de apoyo en la opinión y de reclutar los combatientes en la masa de la población, revolucionada en un sentido o en otro. La reacción era una contrarrevolución con los mismos hombres y los mismos medios. Localizada la reacción española en la Guayana, en Coro y Maracaibo, sus habitantes se decidieron con verdadero fanatismo por la causa del Rey, y aparecieron nuevos caudillos, que como en Concepción de Chile y en el Alto y Bajo Perú, se pusieron a su frente, disciplinándolos y conduciéndolos al campo de batalla. Estos elementos, que así movidos, robustecieron en un principio la reacción realista, al revelar las fuerzas propias que el país poseía, debían servir más tarde para engrosar y dar su temple a los ejércitos independientes, cuando se pusieran a su servicio. De este modo, hasta la misma reacción contribuía a desarrollar las fuerzas revolucionarias, en el hecho de ponerlas en actividad en nombre de la autoridad que las había mantenido comprimidas hasta entonces. En Venezuela se produjo este mismo fenómeno, y debía dar el mismo resultado, como sucede toda vez que una guerra se convierte en planta indígena, sujeta a las influencias atmosféricas del medio en que se desarrolla.

Inmovilizada la guerra en el Occidente, después del rechazo del ejército de la Junta en Coro, y de una expedición marítima de los realistas frustrada sobre las costas de Cumaná, resolvió Miyares hacer una incursión al interior del país. Al efecto, alistó una columna de infantería de 230 hombres con 500 fusiles, 10.000 cartuchos y un obús, y confió su mando al capitán de fragata Domingo Monteverde, natural de las islas Canarias, que había militado con alguna distinción en la armada española, y se hallaba a la sazón de guarnición en Coro. Esta pequeña fuerza y este nuevo caudillo, variando las condiciones de lucha, darían en tierra con la nueva república de Venezuela. Monteverde, eficazmente auxiliado por la propaganda de los curas, avanzó resueltamente hacia la frontera meridional de la insurrección, sublevó todo el país desde Coro hasta Barquisimeto, y batió una división patriota de 700 hombres en Carora, tomándole 90 prisioneros, 7 piezas de artillería, y, lo que más necesitaba, fusiles y municiones. El pueblo de Carora fué entregado a saco y muertos varios patriotas sin forma de juicio (marzo de 1812). La guerra a muerte empezaba.

El 26 de marzo de 1813, día que correspondía al Jueves Santo, conmemorativo de la revolución, y en la misma fecha en que la escuadrilla independiente era anonadada en el Orinoco, un gran trueno que salía de las profundidades de la tierra hizo estremecer toda la región de la sierra de Mérida. Eran las 4 y 7 minutos de la tarde. El cielo estaba sereno y una luz resplandeciente bañaba el horizonte. A esa hora el suelo empezó a oscilar de Norte a Sud y de Este a Oeste, con violentas sacudidas. En menos de un minuto, el espantoso terremoto arruinó las ciudades de Mérida, Barquisimeto, San Felipe, la Guayra y Caracas, sepultando bajo sus escombros cerca de 20.000 almas. En la capital pereció casi toda su guarnición. En Barquisimeto quedó enterrada, con sus depósitos de armamento, la mayor parte de una división de 1000 hombres que había salido a contener el avance de Monteverde. Bajo estas ruinas quedaría también sepultada la primera república de Venezuela.

VII

Esta catástrofe, acompañada de tan severas derrotas, infundió el pavor en las almas de las poblaciones y desanimó a los independientes. La circunstancia de haberse hecho sentir el terremoto tan sólo en el territorio ocupado por la revolución, y de no sufrir nada las provincias de Coro, Maracaibo y Guayana, fieles al Rey, fué explotada por el Clero, propicio a la reacción, predicando que era un castigo del cielo contra los impíos y los rebeldes. El viento de la opinión comenzó a soplar del lado de la reacción. Monteverde extrajo de las ruinas de Barquisimeto, siete cañones, fusiles y municiones y armó la población sublevada, con lo que elevó su fuerza hasta el número de 1000 hombres. Una fuerte columna de 1300 reclutas, a órdenes del comandante Miguel Ustáriz, salió a su encuentro en el pueblo de San José, al norte de San Carlos. En medio de la pelea que se trabó, un escuadrón se pasó a los realistas. Los independientes fueron hechos pedazos (abril 25). Monteverde se apoderó de dos piezas de artillería y quinientos fusiles, reforzándose con 500 hombres más. Los rendidos fueron pasados a cuchillo, y el pueblo de San Carlos entregado al saqueo y a las llamas. Desde este punto destacó a su segundo, el coronel Eusebio Antoñanzas, soldado grosero y tan cruel como él, a fin de sublevar los llanos de Caracas. Los pueblos de Mérida y Trujillo, situados en la cordillera, se pronunciaron por el Rey, asegurando su flanco derecho. Las poblaciones y los soldados desertaban en todas partes de las banderas de la independencia. Monteverde, impelido y llamado por los pueblos, avanzaba sobre Valencia, adonde el congreso y el poder ejecutivo habían trasladado su residencia después de sancionada la constitución. A los cuarenta y cinco días de su salida de Coro (el 3 de abril de 1812) entraba Monteverde triunfante y sin oposición en la capital federal de Venezuela.

En tan crítica situación, nombróse a Miranda dictador, con el título de generalísimo de mar y tierra, delegando en él todas las facultades necesarias para salvar la patria (26 de abril). El gobierno federal se estableció en Victoria, entre Caracas y Valencia. Miranda, comprendiendo la necesidad de sostener a Valencia como base de operaciones, para cubrir el flanco izquierdo de la importante plaza fuerte de Puerto-Cabello, al tiempo de ponerse en campaña desde Caracas, ordenó al gobernador de Valencia, que lo era el comandante Ustáriz — antes derrotado en San Carlos —, que lo hacía responsable con su cabeza de la defensa de la capital. Al recibir esta orden, Ustáriz, desalentado por los reveses y las defecciones en masa, habíase retirado al simple amago de la invasión, haciendo abandono de los depósitos militares que custodiaba (30 de abril). Obligado a reaccionar a impulsos del deber militar, atacó a Monteverde en Valencia, una hora después de su entrada; pero otra vez fué completamente batido.

Miranda avanzó con su ejército hasta las inmediaciones de Valencia, y situóse en Guácara, al oriente del lago a cuyas orillas se levanta aquella ciudad. Sus fuerzas se componían de dos batallones de línea, siete de milicias regladas, dos escuadrones de caballería, y algunas compañías sueltas de estas dos armas, con 10 piezas de artillería, que con los restos de la división de Ustáriz que se le incorporaron, alcanzaba a cerca de 4000 hombres. Confiado en la superioridad numérica, el generalísimo adelantó hasta Guayos, a cinco kilómetros de Valencia, un destacamento de 500 hombres. El enemigo salió a su encuen-

tro. Trabado el combate, una compañía patriota se pasó en masa a los realistas, y decidió la victoria en favor de éstos. Descorazonado Miranda por este contraste, y con poca confianza en la lealtad de sus tropas, levantó su campo, y se replegó a la parte meridional del lago, donde éste y una serranía que corre al Oriente, forman una estrechura fácil de defender, llamada La Cabrera. En esta posición se fortificó el prudente general. Abrió fosos, clavó estacas, estableció baterías y organizó en el lago una flotilla para mantener las comunicaciones de su campo atrincherado. Este sistema de inerte defensiva, que dejaba a Monteverde la libertad de sus movimientos, y nada prometía, empezó a minar el crédito del dictador en quien todos tenían cifradas sus esperanzas. Nadie reconocía en él al famoso guerrero de la República Francesa, en Valmy y Jemmapes, cuyo nombre estaba inscripto en el arco de triunfo de La Estrella, y el general irresoluto de Maestrich y Nerwinde volvía a aparecer en nuevo teatro. Para dar mayor vigor a su autoridad, hízose investir por medio de una junta de notables, de las facultades políticas y militares de un dictador, anulando todos los poderes públicos existentes. Publicó la ley marcial (mayo 20); ordenó que todos los ciudadanos en estado de llevarlas tomasen las armas; llamó al servicio a los esclavos, emancipando a los que se presentasen, medidas tardías e impolíticas, que produjeron más mal que bien.

Mientras tanto, la expedición de Antoñanzas a los llanos de Oriente, había triunfado completamente. La villa de Calabozo fué tomada a viva fuerza, pereciendo en ella todos sus defensores. Unido Antoñanzas a un español llamado José Tomás Boves, destinado a alcanzar terrible celebridad, atacó San-Juan-de-los-Morros, pasó a cuchillo su guarnición, y hasta los ancianos, las mujeres y los niños fueron sacrificados. La guerra a muerte recrudecía. Alentado Monteverde por estos triunfos, por el pronunciamiento en favor del Rey de la importante provincia de Barinas, que resguardaba su espalda, y sobre todo por la inacción de su contendor, atacó de frente por dos veces consecutivas las líneas atrincheradas de los patriotas; pero fué rechazado en ambas con pérdidas considerables (19 y 26 de mayo). No se desanimó, empero, el jefe español. Reforzado con tropas y municiones enviadas desde Coro, intentó un tercer ataque, en que nuevamente fué rechazado (junio 12). No desistió por esto de su empeño. Concibió la idea de flanquear las posiciones fortificadas que cerraban las avenidas de los valles de Aragua, por la parte meridional del lago, llevando el ataque por sendas extraviadas. El éxito coronó su audacia. Sorprendidos dos destacamentos que guarnecían la línea por el flanco, y ocupadas por los realistas las alturas de Maracay, Miranda, con un ejército superior en número, emprendió precipitadamente la retirada en la noche, incendiando sus depósitos de víveres y aun de municiones (17 de junio). Este movimiento retrógrado, que revelaba timidez, fué severamente criticado y aumentó el descrédito del generalísimo. Vióse claramente que en su cabeza no había inspiraciones salvadoras, ni en su alma la suficiente energía para infundirla a las tropas republicanas, tan desmayadas ya por las calamidades públicas y los repetidos contrastes.

Miranda se situó con su ejército en Victoria, cubriendo a Caracas. Hacía tres días que ocupaba esta posición, cuando inopinadamente fué atacada su línea de guardias avanzadas por algunas compañías dirigidas por Monteverde en persona. Los dispersos introdujeron la confusión en su campamento. Pero el generalísimo, con gran valor y sangre fría, restableció el orden y repelió el ataque, obligando al enemigo a retirarse en desorden. Monteverde, débilmente perseguido, reunióse al

grueso de sus fuerzas, que alcanzaban a 3100 hombres; volvió caras, y se hizo fuerte en el Cerro-grande frente a Victoria. Miranda, persistiendo en su sistema defensivo, se encerró en Victoria, fortificando sus calles con trincheras y 23 piezas de artillería. Reforzado Monteverde con la división de Antoñanzas, que regresaba de los llanos triunfante y manchada de sangre, emprendió un segundo y formal ataque sobre la ciudad fortificada. El resultado fué un rechazo completo, después de un día entero de pelea, en que los realistas sufrieron considerables pérdidas, agotando todas sus municiones (29 de junio). Si Miranda hubiera sabido aprovecharse de esta ventaja, habría concluído quizás con el ejército realista. Tan debilitado quedó éste, que en una junta de guerra se resolvió la inmediata retirada a Valencia. Un consejero del jefe español le persuadió a que aguardase tres días. Transcurridos los tres días, la revolución de Venezuela estaba perdida.

VIII

El 24 de junio (1812) estalló en los valles al sudeste de Caracas una insurrección general de los esclavos, promovida por las armas españolas, que antes de entregarlos libres para el servicio de la república, según el decreto dictatorial de Miranda, preferían ponerles las armas en la mano para que combatiesen contra ella. La reacción continuaba desenvolviendo las fuerzas revolucionarias que debían volverse contra ella. Los negros, entregados a sus instintos y sin dirección, cometieron todo género de excesos; asaltaron varios pueblos, cebándose en la población blanca, y llegaron hasta la misma ciudad de Caracas indefensa, viéndose Miranda obligado a desprender algunas fuerzas para protegerla. Pocos días después (30 de junio) el pabellón español flotaba en las murallas de Puerto-Cabello, depósito de los elementos de guerra de la república. La custodia de esta importante plaza había sido confiada al coronel Bolívar. Existía allí un número considerable de prisioneros españoles, los que, aprovechándose de una ausencia de Bolívar, sublevaron la guarnición de la ciudadela y se hicieron dueños de ella. El jefe de la plaza, con el resto de la guarnición acantonada en la ciudad, hizo varios esfuerzos por someter a los sublevados. Sus guardias avanzadas se pasaban en masa al enemigo. A los tres días (4 de julio), supo que Monteverde marchaba en sostén de la sublevación. Desprendió a su encuentro los últimos 200 hombres que le quedaban, los que fueron completamente batidos, regresando a la plaza tan sólo un jefe con 7 soldados. Bolívar tenía aún 40 hombres, que al saber este contraste lo abandonaron. Para salvar su vida, vióse obligado a embarcarse en compañía de 7 oficiales, y se dirigió a la Guayra. Desde Caracas, escribió al generalísimo dándole cuenta de este desastre: "Lleno de vergüenza, después de haber agotado todas mis fuerzas "físicas y morales, ¿con qué valor me atrevería a escribirle habiéndo- "se perdido en mis manos la plaza de Puerto-Cabello? Mi corazón está "destrozado, y mi espíritu se halla de tal modo abatido, que no me hallo "en ánimo de mandar un solo soldado. Ruego se me destine a obedecer "al más ínfimo oficial, o se me den algunos días para recobrar la sere- "nidad que he perdido. Después de haber perdido la primera plaza del "Estado, ¿cómo no he de estar alocado? ¡De gracia, no me obligue a "verle la cara! No soy culpable, pero soy desgraciado, y basta". Al recibir esta infausta nueva, Miranda exclamó: "¡Venezuela está heri- "da en el corazón!".

Todo el Occidente y los llanos de Venezuela estaban ocupados por

las armas realistas, y al Oriente, dominaban ambas márgenes del Orinoco, lo mismo que todas las costas marítimas. La insurrección de los negros esclavos había avanzado a sangre y fuego, y amenazaba a Caracas con el exterminio. La opinión, herida de pavor por la catástrofe del terremoto o quebrada por los contrastes y la miseria, era una fuerza inerte, contraria a la revolución. Apenas si un tercio del territorio quedaba a los independientes. En tan angustiosa situación, la pérdida de Puerto-Cabello fué un golpe mortal. Si bien el ejército constaba de más de 5000 hombres, una gran parte eran reclutas forzados, y la otra, gente acobardada, que desertaba diariamente en grupos al enemigo. El general no tenía confianza en sus tropas, ni sus subordinados en él. El desaliento o la irritación era general. Todos acusaban a Miranda de ser el causante de las calamidades que sufrían, y algunos lo llamaban traidor. El dictador desesperó de la causa de la república, y aconsejado por una junta de gobierno que convocó en su cuartel general, resolvió abrir negociaciones pacíficas con el enemigo.

A fin de obtener mejores condiciones, Miranda llevó un ataque parcial sobre la línea avanzada del enemigo, y consiguió sorprender y derrotar algunas grandes guardias. En seguida propuso una suspensión de hostilidades para tratar de la pacificación. Monteverde aceptó, pero bajo la condición de que las tropas reales pudiesen continuar avanzando hasta Caracas. Miranda formuló nuevas proposiciones, autorizando a sus comisionados a firmar una capitulación que garantiese la libertad y las propiedades de los comprometidos en la revolución. Algunos oficiales del ejército intentaron promover una protesta contra esta política, que tachaban de cobarde. Propalaron que debía deponerse al generalísimo para emprender la guerra con vigor. Con seis mil hombres podía y debía atacarse al enemigo. La victoria salvaba la situación. En la derrota no se perdía más que lo que iba a perderse por la capitulación, que era la sumisión sin gloria y sin garantías. Los que así razonaban sobre una base numérica, sin tomar en cuenta las fuerzas morales, que era el factor que dominaba la situación, o eran excepciones de la desmoralización colectiva o se daban el aire de héroes a poca costa, con la conciencia de que todo estaba perdido, y que sus proclamas no encontrarían ecos. El generalísimo, que no había tenido inspiraciones para salvar una situación fatalmente perdida, por complicaciones extraordinarias de que la historia presenta raros ejemplos, y que, aun habiéndolas tenido, probablemente no habría encontrado entusiasmo y brazos fuertes para ejecutarlas, tuvo la fortaleza de la tremenda misión que había aceptado. Fácil le fué al dictador dominar esta agitación facticia de última hora, imponiendo a todos la paz, que era lo que todos querían. Hay días nefastos en la vida de los pueblos, en que ni aun fuerzas tienen para el sacrificio, cuando el sacrificio es preferible a la sumisión. Entonces eligen una víctima expiatoria a quien atribuir la cobardía de la colectividad impotente para pelear o para morir. Venezuela pasaba por esos días, y necesitaba pasar por la dolorosa prueba de soportar el duro yugo de la reacción triunfante, para formar su conciencia, rehacer sus fuerzas y triunfar en la batalla por su independencia. La capitulación, con ser una triste derrota, haría más por ella que una victoria pasajera, que nada habría consolidado en la situación por que pasaba Venezuela en aquellos días.

Los comisionados del dictador ajustaron con Monteverde una capitulación sobre la base de la entrega del territorio independiente y de todo el material de guerra de la república; la seguridad para las personas y los bienes de los habitantes en el territorio no reconquista-

do; la concesión de pasaportes a los que quisiesen abandonar el país, y una amnistía general por opiniones políticas, poniéndose en libertad a todos los prisioneros de guerra de una y otra parte. Monteverde concedió cuarenta y ocho horas para aceptar o denegar estas capitulaciones. Miranda no se atrevió a ratificarlas, y procuró modificarlas, pero al fin tuvo que autorizar a sus comisionados a pasar por todo. El hecho quedó consumado, con la denominación de Capitulaciones de San Mateo, con que han pasado a la historia. Desde este momento, el dictador sólo se ocupó en proveer a la seguridad de la emigración de los patriotas, que era la consecuencia de un arreglo que no tenía más garantía que el beneplácito del vencedor reconocido. Al efecto, mandó cerrar el puerto de la Guayra, para impedir la salida de los buques neutrales, que era el último refugio, y se trasladó a Caracas, para cumplir de buena fe el compromiso de la entrega pacífica de la ciudad, dejando órdenes para la evacuación de Victoria. El ejército que la ocupaba, una parte se pasó en masa al enemigo, y el resto se dispersó en la marcha hacia Caracas.

IX

El 30 de julio entraba Monteverde triunfante en Caracas, y rompía de hecho la capitulación, imponiendo la dura ley del vencedor, sin condiciones y sin misericordia. En el mismo día, era entregado a sus verdugos y consagrado al martirio por la mano de sus adeptos el precursor de la emancipación del Nuevo Mundo meridional, y entre ellos, por el que debía coronar su obra, libertando toda la región equinoccial de la América del Sud.

Era comandante militar de la Guayra el coronel Manuel María Casas, y jefe político el doctor Miguel Peña, elegidos ambos por Miranda como patriotas probados, para asegurar la salvación de los comprometidos en la revolución. Abrumado de penas y fatigas, llegó Miranda a la Guayra, el 30 de julio, a las 7 de la noche, y se hospedó en la casa del comandante. El capitán Haynes del buque inglés *Zafiro*, que había ofrecido a Miranda recibirlo a su bordo, donde tenía ya su equipaje, invitóle para que se embarcase esa misma noche, porque deseaba dar la vela antes que se levantara la brisa de tierra en la madrugada. Casas, Peña y Bolívar, que tenían su plan, dijeron que el general estaba muy fatigado para embarcarse, que la brisa no se levantaría antes de las 10 de la mañana, y lo persuadieron a que se quedase a dormir en tierra. El capitán inglés se retiró con un triste presentimiento, según lo manifestado después. Los cuatro camaradas sentáronse en seguida a la mesa, y juntos rompieron el pan de la hospitalidad. Después de la cena, que fué triste, y en que sólo Bolívar habló provocando explicaciones sobre la capitulación, que Miranda esquivó, retiróse éste a dormir en una cama preparada por su huésped, quien había tenido la precaución de elegir un aposento cuya puerta no podía cerrarse por dentro.

Mientras Miranda descansaba en el lecho preparado por la traición de sus amigos, reuniéronse Casas, Peña y Bolívar con los coroneles José Mires, Manuel Cortés y Juan Paz del Castillo —el mismo que sirviera después en el ejército de los Andes—, y los comandantes Tomás Montilla, Rafael Chatillón (francés), Miguel Carabaño, Rafael Castillo, José Londaeta y Juan José Valdés. Constituídos por sí y ante sí en una especie de tribunal secreto, tomaron en consideración la conducta política y militar del desgraciado ex dictador. Fué unánime-

mente condenado como autor de las desgracias sucedidas. Haciéndose eco de los calumniosos rumores que corrían, propalados tal vez por ellos mismos, que le atribuían haber recibido dinero de los españoles como precio de la capitulación, y hecho embarcar con anticipación tesoros usurpados, acordaron que debía detenérsele para dar cuenta de su conducta a sus compañeros y sincerarse ante ellos. Dijeron: que si pensaba que la capitulación había de ser cumplida, no debía anticipar su salida, y si no creía en ella, debía correr la suerte de todos, y que en ambos casos, su persona era una garantía del cumplimiento de lo capitulado. Bolívar votó por la muerte de Miranda como traidor a la independencia, por haber tratado con los españoles. Quedó resuelto en definitiva, reducir a prisión a Miranda. Peña y Casas firmaron la orden como autoridades del punto; Bolívar, en compañía de Montilla y Chatillón, encargóse de ejecutarla personalmente. No se atrevían a prenderlo a la luz del día, porque el ex dictador aun contaba con amigos fieles, y sus antecedentes históricos y su desgracia escudaban su persona, sagrada para todo americano. Por eso lo hacían cubiertos por las sombras de la noche. A las 4 de la mañana Bolívar empujó la puerta del aposento en que dormía profundamente el anciano general, bajo la fe de la amistad. Apoderóse de su espada y sus pistolas, y lo despertó bruscamente. —"¿No es muy temprano?", preguntó la víctima. Pero al recibir la orden de levantarse y seguirlos, comprendió que había sido traicionado por los suyos. No dijo una palabra y siguió resignado a sus carceleros, quienes lo condujeron al castillo de San Carlos. Mires se encargó de su custodia. Peña fué a dar cuenta del hecho a Monteverde, portador de comunicaciones de Casas, para congraciarse con el vencedor.

Al día siguiente, el puerto de la Guayra estaba cerrado por orden de Monteverde, y Casas cañoneaba desde sus fuertes a las embarcaciones cargadas de emigrantes que intentaron hacerse a la vela a favor de la brisa matinal, echando a pique una goleta, en que se dice perecieron algunos. Tres días después (2 de agosto), el jefe español, dueño de Caracas, expedía una proclama en que ratificaba la amnistía, al mismo tiempo que encerraba en un calabozo a los mismos que habían prendido a Miranda, menos a Casas y Peña, y a Bolívar, que se ocultó. Sucesivamente, todos los comprometidos en la revolución que habían confiado en las falaces promesas de Monteverde, corrían la misma suerte. La capitulación fué rota, imponiéndose la dura ley del vencedor, brutalmente y sin atenuantes. Formáronse arbitrariamente listas de sospechosos; los bienes de los proscriptos fueron embargados; los domicilios violentamente violados; las cárceles se llenaron de presos, hasta el número de mil quinientos ciudadanos, muriendo algunos de ellos, hacinados y atormentados en los calabozos. La persecución iba acompañada por el escarnio y la rapiña. Los presos eran despojados de su dinero y alhajas, que se repartían los captores, y conducidos por las calles en bestias de albarda atados de pies y manos. Los canarios que tenían sangre que vengar, eran los agentes de estas persecuciones, constituídos en asociación espontánea con el título de "fieles servidores de "Fernando VII".

Miranda, trasladado a los calabozos de Puerto-Cabello, fué sometido a los más duros tratamientos, cargado de cadenas, insultado y atormentado por sus carceleros. Desde el fondo de su prisión, oyó por la última vez la América la voz del precursor de su redención. Con motivo de la reinstalación de la real Audiencia de Caracas, el pueblo concibió alguna esperanza de caridad, ya que no de justicia. El desgracia-

do cautivo se hizo el eco de estas esperanzas, en un memorial que dirigió al supremo tribunal, abogando valientemente a costa de su propia seguridad, por la suerte de sus compatriotas perseguidos. Nada pidió para sí, de nadie se quejó, ni siquiera hizo la más remota alusión a su prisión ejecutada por sus mismos amigos. "He guardado el silencio "más profundo, decía, sepultado en estrecha y oscura prisión y oprimi-"do con grillos; he visto correr la propia suerte a un número conside-"rable de personas de todas clases y condiciones, y ante mis propios ojos "se han representado las escenas más trágicas y funestas. Con inalte-"rable sufrimiento he sofocado los sentimientos de mi espíritu. Es-"toy ya convencido de que por un efecto lamentable de la más notoria "infracción, los pueblos de Venezuela gimen bajo el yugo de las más "pesadas cadenas. Parece es tiempo ya de que por el honor de la na-"ción española, por la salud de estas provincias, y por el crédito y res-"ponsabilidad que en ellas tengo empeñados, tome la pluma en el úni-"co momento que se me ha permitido para reclamar ante la superior "judicatura del país estos sagrados incontestables derechos".

Después de hacer Miranda una exposición de su conducta como generalísimo y dictador y de los móviles que le impulsaron a ajustar la paz, bosqueja con colores sombríos el cuadro del terrorismo implantado por Monteverde, que acentúa con estas palabras: 'Yo vi entonces "repetirse con espanto en Venezuela las mismas escenas de que mis "ojos fueron testigos en la Francia". Y recordando que estos escándalos se perpetraban al mismo tiempo que se promulgaba la constitución española, sancionada por las Cortes de Cádiz, que debía ser "iris de "paz, áncora de libertad y escudo para todos", preguntaba con reconcentrada pasión y dolor al supremo tribunal a quien se dirigía: "¿El "interés de la Península es por ventura sembrar en la América y la "metrópoli las ruinas de un odio eterno y de una perpetua irreconci-"liación? ¿Es acaso la destrucción de los naturales del país, de sus "hogares, familias y propiedades? ¿Es a lo menos obligarlos a vivir "encorvados bajo un yugo mucho más pesado que el que arrastraba en "tiempo del favorito Godoy? ¿Es por último, que esta augusta, esta "santa constitución sea un lazo tendido para encerrar a la buena fe "y a la lealtad?". El mismo se contestaba: "La representación nacio-"nal de España ha invitado con la paz a la América. Caracas, des-"pués de haberla estipulado, es tratada como una plaza tomada por "asalto en aquellos tiempos bárbaros en que no se respetaba el dere-"cho de gentes. Venezuela es declarada de hecho proscripta de las leyes "constitutivas y condenada a una degradación civil y absoluta, y le-"jos de disfrutar la igualdad que se le ofrece, es casi tenido por delito "el haber nacido en este continente". Y terminaba: "La capitulación "ha sido pública y evidentemente violada. La constitución ha sido in-"fringida en uno de sus principales fundamentos: la suerte de los ciuda-"danos no está asegurada, y expuesta a todos los desastres que dictan "las pasiones tumultuarias, el estado actual de estas provincias es la "consecuencia de unos principios tan viciosos y opresores. Yo reclamo "el imperio de la ley; invoco el juicio imparcial del mundo entero; dirijo "por la primera vez mis clamores en defensa de los habitantes de Ve-"nezuela para que no se les trate como criminales. Así lo exige de se-"guro mi propio honor, lo enseña la sabia política, lo proscribe la mo-"ral y lo dicta la razón".

Este precursor de la emancipación de la América del Sud que así hablaba por la primera vez, que tuvo la primitiva visión de los destinos del Nuevo Mundo republicano, y había sido entregado a sus ver-

dugos por el adepto que debía realizar el pensamiento del Maestro, fué trasportado a Cádiz, donde pasó tres años de doloroso cautiverio, y murió. solo y desnudo en la más triste miseria en las mazmorras de las Cuatro-Torres, el 14 de julio de 1816, a la una y cinco minutos de la mañana, en vísperas del triunfo de la independencia americana, que soñó en vida. Su cadáver, envuelto por la inmunda ropa de cama en que expiró, fué sepultado en el fango de uno de los islotes de la Carraca de la playa gaditana, que la marea cubre o abandona todos los días. *Gloria victus victor!*

Mientras las persecuciones contra las que reclamaba Miranda afligían a Venezuela, Bolívar permanecía oculto en Caracas, según antes se apuntó. En tal situación, solicitó por intermedio de un español amigo suyo y de Monteverde, un salvoconducto para ausentarse del país, acogiéndose así a la capitulación violada, que había calificado de traición. Su protector lo presentó a Monteverde: "Aquí está don Simón "Bolívar, por quien he ofrecido mi garantía. Si a él le toca alguna "pena, yo la sufro". Monteverde contestó: "Está bien". Y volviéndose a su secretario: "Se concede pasaporte al señor (mirando a Bolívar), "en recompensa del servicio que ha prestado al Rey con la prisión de "Miranda" (26 de agosto. Era la marca de fuego puesta por la mano brutal del vencedor. Según uno de sus biógrafos, Bolívar repuso que "había preso a Miranda para castigar a un traidor y no por servir al "Rey", palabras que no tienen sentido, pues si Miranda hubiese sido traidor, habría merecido favores y no martirios de parte de los verdugos a quienes él contribuyó a entregarlo. Sea que las pronunciase o no en aquella ocasión, la única interpretación que puede dársele, es la que el mismo Bolívar ha dado, al sostener hasta el fin de sus días —confidencialmente— que su ánimo había sido fusilar a Miranda en la mañana siguiente, y no el entregarlo a sus enemigos, y que sin la oposición de Casas, lo habría ejecutado. La defensa es tan siniestra como tremenda la acusación. Los más grandes admiradores de Bolívar —incluso sus panegiristas— jamás han pretendido excusar el hecho, que ha quedado como una sombra sobre la frente del Libertador, que todas las luces de gloria no han podido disipar.

Así nació y sucumbió Venezuela, acabó Miranda y apareció Bolívar.

CAPITULO XXXVII

REVOLUCION DE NUEVA GRANADA Y QUITO

AÑOS 1809-1813

Marcha regular de la revolución sudamericana. — Centros regionales de insurrección. — Las dos hegemonías emancipadoras de la América del Sud. — Primera revolución de Quito. — Sus enlaces con la revolución de Nueva Granada. — Revoluciones de Cartagena, Casanare, Pamplona y del Socorro. — Carácter complicado de la revolución neo-granadina. — Revolución de Santa Fe de Bogotá. — Anarquía política. — Federalistas y unionistas. — Constitución republicano-monárquica de Cundinamarca. — Reaparición de Nariño. — Revolución interna de Santa Fe. — Nariño dictador de Cundinamarca. — Acta de federación de las provincias de Nueva Granada. — Cartagena y Santa Marta declaran su independencia de la metrópoli. — El federalismo y unitarismo conspiran contra la organización nacional. — El Congreso federal se traslada a Mariquita. — Sombra de gobierno parlamentario. — Geografía de la reacción realista en Nueva Granada. — Guerra entre Cartagena y Santa Marta. — La reacción en el istmo de Panamá. — La reacción al sud de Nueva Granada. — Primer triunfo de la insurrección en Palacé. — Derrota de Tacón. — La guerra de Popayán contra Pasto y Patía. — Nueva revolución de Quito. — La guerra en Quito. — Quito declara su independencia. — Muerte de Ruiz de Castilla. — Campaña de Montes contra Quito. — Caída de la revolución quiteña. — Revolución interna de Nueva Granada. — Segunda guerra civil. — Situación política y militar de Nueva Granada a fines de 1812. — Los realistas de Quito invaden a Nueva Granada por el Sud. — Nariño es nombrado general de la Unión. — Campaña de Nariño sobre Pasto. — Derrota del ejército de la Unión. — Nariño prisionero. — Reaparición de Bolívar. — Su campaña en el Alto Magdalena. — Segunda guerra de Cartagena y Santa Marta. — Bolívar concibe el proyecto de reconquistar a Venezuela. — Atraviesa los Andes. — Primera campaña de los valles de Cúcuta. — Memoria política y militar de Bolívar. — El presidente Camilo Torres apoya el pensamiento de Bolívar. — Nueva Granada resuelve la reconquista de Venezuela.

I

Lo más notable en los movimientos concéntricos y excéntricos de la revolución hispanoamericana, es la regularidad de su marcha convergente y la simetría de sus líneas generadoras. Podría ser una mera coincidencia, que en 1809 se hiciesen sentir por la primera vez dos

estremecimientos orgánicos y simultáneos en las extremidades del continente meridional —La Paz y Quito— que parecerían indicar desde su origen una solidaridad de la masa viva. Podría ser otra coincidencia que en 1810 naciesen dos revoluciones gemelas en dos hemisferios —Buenos Aires y Caracas— con idénticas formas, iguales propósitos, análogos objetivos y hasta con la misma doctrina política, como hijas de una madre común. Pero cuando se observa que estos movimientos homólogos son espontáneos, que reconocen una misma causa, que tienden desde un principio a formar sistema y siguen por el espacio de quince años una dirección general en sus proyecciones iniciales, no es posible desconocer la existencia de una ley que la gobierna, y que la revolución sudamericana, fué verdaderamente una revolución orgánica que tuvo su razón de ser. Y lo más notable aun en esta revolución uniforme, es que, al insurreccionarse aislada y simultáneamente todas las colonias hispanoamericanas como movidas por un mismo resorte interno, se diseñan desde luego dos evoluciones concéntricas, que tienen sus núcleos regionales y un centro común que responden a un plan general de insurrección, determinando los dos teatros de la guerra continental, en que se mueven táctica y estratégicamente dos grandes masas que parcialmente se condensan y que recíprocamente se atraen.

Vese así claramente, que las dos revoluciones simultáneas y gemelas que hemos señalado, se convierte cada una de ellas en centro de un sistema revolucionario, que en el orden internacional y nacional representan dos hegemonías emancipadoras, distintas en sus medios de acción, pero concurrentes en sus fines. Conocemos ya cómo se formó en el Sud el gran grupo internacional de las Provincias Unidas del Río de la Plata, Chile y Alto Perú, bajo la hegemonía argentina primero, y de la chileno-argentina después, con San Martín a su frente, y cómo su acción se extendió al Perú, penetrando en la región del Norte. Va a verse ahora cómo se formó el grupo nacional del Norte, que comprende a Venezuela, Nueva Granada y Quito, bajo la hegemonía colombiana acaudillada por Bolívar, y cómo se extendió a su vez hasta el Perú, operándose en un centro la conjunción de las dos grandes masas revolucionarias, animadas de una misma vitalidad. Entonces se verá, que los movimientos de los dos extremos en su afocamiento, responden a un sistema general de insurrección y son el producto de las idénticas causas que los engendran. Las revoluciones del Norte siguen la misma ley que las del Sud en sus enlaces recíprocos y en sus agrupaciones respectivas.

La revolución de Quito en 1809 tuvo una sorda repercusión en Nueva Granada, conmovida ya profundamente por los sucesos de que era teatro la metrópoli. El virrey Antonio Amar, hombre sin cualidades de mando, que la gobernaba desde 1806 al tiempo de la expedición de Miranda, alarmado por tan ruidosa novedad, reunió una asamblea de corporaciones y notables para aconsejarse (9 de septiembre de 1809). Los americanos que la integraron, no sólo apoyaban la creación de la junta quiteña, sino que también pidieron un gobierno análogo en la capital de San Fe de Bogotá, que rigiese todo el virreinato. Los españoles, en contrario, opinaron por la disolución del gobierno revolucionario. Amar se decidió por este partido. En consecuencia, despachó una expedición de 300 hombres de línea, con órdenes de disolver la junta a viva fuerza. Al mismo tiempo, el virrey del Perú desprendía desde Lima una columna de 800 hombres con el mismo encargo.

El nuevo gobierno de Quito, que había decretado la formación de tres batallones para sostener su autoridad, destacó hacia el Norte dos

compañías con tres cañones, para hacer frente a las tropas del virrey Amar, las que fueron completamente derrotadas por los habitantes armados de la provincia de Pasto, que desde entonces se pronunciaron decididamente por la causa del Rey (16 de octubre de 1809). Este contraste amilanó a los revolucionarios. Aislados, atacados por dos fuerzas que no podían contrarrestar, pactaron con el depuesto capitán general Ruiz de Castilla devolverle el mando bajo la condición de una amnistía, la que se publicó solemnemente por bando. Reunidas en Quito las tropas expedicionarias de Nueva Granada y el Perú, empezaron las persecuciones contra los promotores de la revolución. Sometidos a juicio, fueron condenados a muerte unos y a presidio otros. Indignado el pueblo por esta violación de las capitulaciones, un pequeño grupo de hombres armados de cuchillos asaltó los cuarteles, y consiguió por un momento posesionarse de uno de ellos. Dominado este tumulto por la fuerza pública, la soldadesca —y especialmente la de Lima— asesinó en la cárcel a casi todos los presos políticos, en número de veinticinco, y se lanzó a las calles matando bárbaramente como ochenta personas, entre ellas tres niños y tres mujeres. El vecindario se armó de palos y piedras para defender sus vidas. La carnicería se habría prolongado, sin la interposición del obispo que consiguió apaciguar los ánimos de uno y otro lado (2 de agosto de 1810).

La noticia de los asesinatos de Quito, se difundió en todos los pueblos del virreinato, en momentos en que estallaba la revolución de Venezuela, ya relatada, y prendía la primera chispa de la insurrección en Nueva Granada. Aterrado Ruiz de Castilla, convocó una junta de autoridades civiles y eclesiásticas y de notables de la ciudad. En ella se acordó, bajo la denominación de "Tratados", ajustados con intervención de la Real Audiencia, un indulto general, y el sobreseimiento en el proceso que se seguía a los revolucionarios sobrevivientes. Las tropas de Lima, que se habían acarreado el odio general, fueron despedidas y el pueblo volvió a entrar en sosiego (4 de agosto de 1810).

Al mismo tiempo que Quito se pacificaba, la Nueva Granada se conmovía de un extremo a otro. El virrey Amar había hecho reconocer y jurar el Consejo de regencia, a tiempo que arribaban a Cartagena, en calidad de comisarios regios, don Antonio Villavicencio y don Carlos Montufar, ambos hijos de Quito, y ligados por lazos de parentesco y afinidades políticas con los revolucionarios. Hallaron éstos la ciudad cartaginesa en gran efervescencia, a consecuencia de la revolución de Caracas. El pueblo, encabezado por el cabildo, pedía a gritos la instalación de una junta provincial. Resolvió al fin, con acuerdo del comisario regio Villavicencio —que era el encargado de arreglar la cuestión de Nueva Granada—, que de conformidad a una ley de Indias, violentamente interpretada, el gobernador de la provincia ejerciese la autoridad, conjuntamente con el cabildo, quien nombró por su parte dos diputados al efecto. La municipalidad quedó preponderante en el Gobierno. No aviniéndose el gobernador con este nuevo orden de cosas, pretendió reaccionar; pero depuesto por el cabildo apoyado por el pueblo, fué deportado a La Habana (11 de junio de 1810). Así quedó consumada en Nueva Granada la primera revolución que, como se verá después, entrañaba un principio de prematura desorganización.

Un levantamiento parcial en los llanos de Casanare, respondió al movimiento de Cartagena. Dos jóvenes ardorosos, seguidos por algunos parciales, dieron el grito de insurrección al este de la cordillera oriental, y se apoderaron a viva fuerza de varios puntos. Atacados por tropas enviadas por el virrey, fueron aprisionados y condenados sumaria-

mente a muerte. Sus cabezas se condujeron a la capital para ser fijadas en escarpias en los lugares públicos. La agitación popular fué tal, que los mandatarios, intimidados, mandaron enterrar furtivamente las cabezas. Casi simultáneamente. el corregidor de Pamplona fué depuesto por el cabildo, y se instaló una junta de Gobierno (4 de julio de 1810). Pocos días después estallaba una verdadera revolución en la ciudad del Socorro, cuna de la formidable insurrección de los comuneros en 1781 (véase cap. I, § VIII).

Para mantener el orden alterado por el levantamiento de Casanare y las agitaciones de Pamplona, habíanse acantonado dos compañías de línea y de milicia en el Socorro, las que, en un momento de falsa alarma, hicieron fuego sobre el pueblo, encabezado por la municipalidad. Reunidos como ocho mil ciudadanos, sitiaron a la tropa en su cuartel, y la rindieron después de un combate. El gobierno se depositó en el cabildo, adjuntándole ocho diputados elegidos por el pueblo, los que se constituyeron en junta. Su manifiesto de paz o guerra, fué formulado en una enérgica solicitud a la audiencia, en que a la vez de protestar los revolucionarios sostener la nueva situación a todo trance, y declarar que al efecto se aunaban todos sus habitantes, pedían, que para evitar mayores males, se autorizara la formación de juntas de gobierno, así en la capital como en las demás provincias (15 de junio de 1810). Cinco días después, estallaba la revolución de Santa Fe de Bogotá, que sucesivamente se extendió por todas las provincias.

II

La revolución de la Nueva Granada es una de las más difíciles de caracterizar, por la complicación de sus evoluciones políticas en sus perturbaciones anárquicas, como consecuencia del orden administrativo de la colonia, de su estado social, de su constitución geográfica y de la índole de sus habitantes. Vaciada en el mismo molde municipal y popular de las que la precedieron en Sud América, con las mismas formas legales y los mismos objetivos inmediatos, mostró desde luego su carácter incoherente y civil, diseñándose muy tempranamente en ella dos tendencias opuestas y concurrentes: la autonomía elemental de las provincias y la centralización gubernamental, que envolvían los gérmenes de la unidad y de la federación. Estos dos principios existían latentes en el estado embrionario de la sociabilidad política, en los antecedentes históricos y en las leyes municipales, y puestos en actividad por la revolución, tenían necesariamente que intervenir como hechos preexistentes y elementos de organización y de desorganización a la vez. Dentro de este círculo giraron todos sus movimientos. Estas mismas tendencias habíanse manifestado en el Río de la Plata con los mismos caracteres y por las mismas causas; en Chile, con menos intensidad, y señaladamente en Venezuela; pero confundidas en el movimiento general o tomadas en cuenta en la organización constitucional, no paralizaron la marcha revolucionaria, si bien la enervaron. En Nueva Granada, asumieron el carácter de fenómenos permanentes y fuerzas antagónicas, que inmovilizaron la revolución dentro de sus propios elementos, gastando en un roce estéril toda la energía que encerraba en sí. De aquí su debilidad militar y su fracaso en el primer ensayo constitucional.

Lo que propiamente se llamaba el nuevo reino de Granada al tiempo de estallar la revolución de 1810 —sin incluir la presidencia de Quito—, contaba con una población de 1.600.000 habitantes. Estaba

dividido en catorce o quince provincias, enclavadas en las tres cadenas de los Andes ecuatoriales, entre dos mares, con marcados rasgos étnicos y geográficos. Cuatro de ellas eran litorales, en la prolongación de la Costa Firme, sobre el golfo de Méjico: Cartagena, Santa Marta, Río Hacha, Panamá y Veraguas. En la parte superior del gran valle de la Magdalena, estaba la extensa provincia central de Santa Fe. En su promedio se encontraban los corregimientos de Tunja, Socorro y Pamplona, sobre las vertientes occidentales de la cordillera del Este, con los llanos de Casanare y los valles de Cúcuta al Oriente. Mariquita y Neiva hallábanse en las vertientes orientales de la cordillera del medio, sobre el río Magdalena, y aunque se consideraban como subdivisiones administrativas de Santa Fe, tenían la importancia de verdaderas provincias. En el Alto Cauca, al norte del nudo andino que determina los dos grandes valles de Nueva Granada —el Magdalena y el Cauca—, estaba enclavado Popayán, comprendiendo los distritos de Pasto y Patía, limítrofes con Quito y en el Bajo Cauca, la de Antioquía, en contacto con las provincias del istmo. Sobre el litoral marítimo del Pacífico, paralelamente a los territorios de Popayán y Antioquía, se desarrollaba la región del Chocó, dividida en dos provincias: Citará y Novitas. Las provincias de Quito eran cinco: la capital del mismo nombre en la montaña; Cuenca, Loja y Jaén en su vertiente occidental limítrofes con el Perú, y Guayaquil sobre el mar del Sud. Eran, pues —sin tomar por ahora en cuenta a Quito—, tres sistemas geográficos marcados, ocupados por razas diversas y con diversas costumbres, ligados por un plan de centralización política y subdivididos en administraciones municipales autonómicas, que si bien funcionaban con cierta regularidad bajo la dirección centralista de la metrópoli, encerraban en sí los gérmenes de la federación y de la disgregación, a la par de los antecedentes del unitarismo gubernativo.

Santa Fe de Bogotá, capital del virreinato, y la más importante de las provincias, donde se había afocado la raza criolla en toda su pureza y con mayor energía, representaba en Nueva Granada el mismo papel complejo que Buenos Aires en el Río de la Plata. Como metrópoli colonial continuaba la tradición centralista histórica, y tendía a la unidad gubernamental. Como provincia autonómica, centro de un particularismo coherente, podía ser, o el núcleo de una nación unitaria, o una unidad típica en un régimen federativo. Menos feliz o con menos poder de atracción que Buenos Aires, no fué ni lo uno ni lo otro, aunque repitiendo sus mismas peripecias; y sí sólo el punto donde se chocaron las dos tendencias, y el campo en que se trabó la discusión y la lucha, que dió por resultado final el anonadamiento de ambas. Pero lo singular en este movimiento complejo, es que, son los pensadores, divididos por opiniones abstractas, los que le imprimen carácter y lo impulsan; son los congresos los que llevan la palabra, y los que juntamente con las municipalidades autonómicas, dirigen los ejércitos, que aparecen en el segundo plano, siendo sus generales hombres civiles, que se arman de la espada para sostener sus ideas.

Era la Nueva Granada al tiempo de estallar la revolución, "una "civilización mestiza, con elementos de semibarbarie, según la ha de- "finido un escritor neo-granadino, en que todas las razas del globo se "habían dado cita para mezclar su sangre, sus tradiciones, sus fuer- "zas y caracteres, y concurrían simultáneamente a la obra de la civi- "lización". Pero la raza blanca o criolla, factor principal de la revolución, como instinto, como fuerza y como idea encarnada, prevalecía sobre las razas mixtas. Para 313.000 indígenas, 140.000 pardos y

70.000 negros esclavos, había 877.000 blancos, que no sólo los superaban por su número y su inteligencia, sino que además estaban condensados en los centros de la civilización, donde residía la potencia gubernamental a que se subordinaba la fuerza bruta. De aquí el carácter civil de la revolución, pero desgraciadamente, de aquí también su dispersión de fuerzas y su debilidad orgánica en la lucha por la independencia, que requiere unidad de ideas y fuerzas compactas. Si a todo esto se agrega la disidencia profunda de los directores de la revolución en principios fundamentales de gobierno y las aspiraciones excéntricas o concéntricas de las provincias llamadas a una nueva vida autonómica, las rivalidades del litoral contra la capital y la de las localidades según su situación geográfica, que determinaban otras tantas acciones y reacciones y por último, el predominio y el aislamiento de la capital por consecuencia de estas complicadas emergencias, se tendrá en compendio la síntesis de la revolución neo-granadina, que explica la desorganización de su primera república y da la clave de los sucesos que vamos a narrar.

III

Todo estaba preparado en Bogotá para una revolución. Era una mina cargada. Los patriotas, bien dirigidos y apoyados por la opinón criolla, habían hecho varias tentativas para realizarla, pero sin resultados hasta entonces. La noticia de la revolución de Venezuela, a que se siguieron los movimientos de Cartagena, Casanare, Pamplona y el Socorro, y sobre todo, el arribo de los comisarios regios, Villavicencio y Montufar, cuyas buenas disposiciones en favor de los americanos despertaron nuevas esperanzas, los decidieron a dar el grito de insurrección en el mismo día de la llegada de éstos a la capital. La agitación era tan grande, que un incidente imprevisto la precipitó antes de la hora prefijada. El 20 de julio (1810) por la mañana, un español profirió algunas palabras en menosprecio de los americanos. Esta fué la chispa que produjo el incendio. El pueblo se levantó en masa, se agolpó a la plaza, pidió un cabildo abierto y una junta de gobierno, apoyado en su exigencia por la municipalidad. Como el virrey se negase a la petición intimada por dos diputaciones de vecinos, el pueblo mandó tocar a rebato en todas las iglesias, y seis a siete mil hombres armados se reunieron al pie de las casas consistoriales para sostener la actitud del cabildo. La noche se acercaba; la fermentación crecía; el virrey contaba con 1000 hombres de tropa, que permanecían fieles, y se temía de un momento a otro un conflicto. El virrey, intimidado, cedió al fin y autorizó la reunión de un cabildo extraordinario.

La sesión del cabildo popular se abrió a las seis de la tarde en la sala del ayuntamiento, bajo la presidencia de un oidor. Siguióse un debate borrascoso, en que se distinguió por su varonil elocuencia el doctor Camilo Torres, hombre de gran carácter y poderosa inteligencia, destinado a representar un notable papel en la nueva república. Los patriotas exigían la formación inmediata de una junta de gobierno, nombrada por ellos. Los españoles resistían, y procuraban ganar tiempo. Uno de los oradores populares de la asamblea, declaró traidor al que se moviera de su puesto antes de instalarse la junta. Así se decidió. Comunicado este acuerdo al pueblo por un regidor, que salió a los balcones a proclamarlo, fué saludado con grandes aclamaciones. El virrey, que por su prudencia se había captado la benevolencia general, fué nombrado presidente nominal de la junta, que se instaló a las 8 de la mañana del día 21 de julio de 1810.

En el acta en que se formuló el programa de la revolución se declaraba que la junta investiría el carácter de gobierno general, para velar por la seguridad de la Nueva Granada y formar la constitución, mientras se pedían diputados a las provincias, sobre la base de la libertad e independencia respectivas de ellas ligadas por un vínculo federativo, cuya representación debía residir en la capital del virreinato, con mandato de no abdicar los derechos imprescindibles de la soberanía del pueblo en otra persona que en la del rey Fernando VII, siempre que éste fuese a reinar entre ellos, reconociéndose empero sujeto a la constitución que se diese, ínterin existiera aquélla en la Península. Con propósitos radicales en el fondo, era en la forma una transacción con el antiguo régimen, un acomodamiento provisional con el gobierno de la metrópoli y una concesión al espíritu federativo de los provincias, manteniendo de hecho la unidad del reino.

La junta empuñó con mano incierta las riendas del gobierno. Mal compuesta, colocada en una situación equívoca bajo la presidencia del virrey y el reconocimiento de sujeción a la regencia española, y dominada por la multitud movida por demagogos exaltados, careció en los primeros días de unidad de acción y pensamiento, y fué el instrumento pasivo de las exigencias de lo que se llamaba pueblo soberano que continuaba gobernando a gritos desde la plaza pública. Al fin, el virrey fué depuesto, como debió serlo desde el primer momento; se anuló el juramento de obediencia prestado a la regencia española, y dcaróse que la junta continuaría mandando a nombre del Rey durante su cautiverio, manteniendo el vínculo de unión con la nación española, aunque sin depender de los gobiernos y autoridades de la Península. Los días después de este acuerdo arribaban a Santa Fe los comisarios regios Villavicencio y Montufar, que sancionaron tácitamente lo hecho. Montufar, cuya comisión era especial para Quito, continuó su viaje, y luego lo veremos reaparecer representando el papel de revolucionario activo.

IV

La anarquía y la reacción no se hicieron esperar. Los antagonismos comprimidos por el centralismo colonial; las autonomías locales exageradas por la revolución; las disidencias profundas, teóricas y prácticas de los pensadores llamados a dar forma y dirección al movimiento; los intereses encontrados de americanos y españoles; los instintos de las masas que se agrupaban según su distribución geográfica bajo las banderas opuestas, hicieron su aparición en la escena, y determinaron las complicaciones políticas y las luchas civiles de que la Nueva Granada fué teatro, gastando estérilmente sus fuerzas, sin llegar por entonces a ningún resultado.

La junta de Santa Fe, consecuente con su programa, dirigió a las provincias una circular, llena de prudencia y moderación, invitándolas a reunirse en congreso. Sin pretender la supremacía que de hecho y por necesidad estaba depositada en sus manos, se daba el simple carácter de provisional al sólo efecto de mantener la unidad política y administrativa, reconociendo que debía ser subrogada por la autoridad que nombrasen los pueblos de común acuerdo. Dejaba a las provincias la libertad de dictar la regla para la elección de sus diputados. Protestaba renunciar a toda coacción para promover la unión, y terminaba: "La capital se anticipa a precaver la desunión y la guerra "civil. Si alguna de las provincias intentase sustraerse a la liga ge- "neral, tranquilos en la santidad de nuestros principios y firmes en

"nuestra resolución, la abandonaremos a su suerte, y las consecuencias "de la desunión serán imputables a quien la promovió". Desgraciadamente, este plan de organización rudimental, quedaría tan sólo consignado en el papel: la capital concurriría en definitiva a la desunión tanto como las mismas provincias.

Casi todas las provincias del reino siguieron el ejemplo de Bogotá, instituyendo juntas de gobierno, y uniformaron en este sentido su política revolucionaria con ella. No así en el orden político. La mayor parte de ellas se manifestó dispuesta a enviar sus diputados a Santa Fe, al reconocer dependencia; pero otras, pretendieron erigirse en entidades supremas o republiquetas aisladas, y se resistieron a reunirse en congreso unionista. Cartagena, desligada del sistema geográfico del interior del país, que por su importancia comercial y su poder militar aspiraba a figurar como cabeza, fué la primera en dar la señal de la disgregación, rompiendo la tradición histórica. La junta cartaginesa, declarándose soberana e independiente, impugnó la convocatoria bogotana en un manifiesto, pronunciándose contra la institución de una junta central que calificó de "gobierno monstruoso", a la vez que proclamaba la excelencia del sistema federal. En consecuencia, invitaba por sí a las provincias a reunirse en congreso con arreglo a esta base fundamental en Medellín, pueblo central del valle del Magdalena, nombrando un diputado por cada cincuenta mil almas, al que libraba la decisión del reconocimiento o desconocimiento de la regencia de España, que por su parte continuaría reconociendo como lo había jurado (19 de septiembre de 1810). Sólo Antioquía respondió a la invitación de Cartagena; pero bastó esta disidencia para paralizar la reunión del congreso neo-granadino promovido por Bogotá, y retardar la formación de un gobierno general, que era la necesidad suprema del momento.

Varias tentativas patrióticas se hicieron para organizar al menos un núcleo de congreso, pero todas abortaron. En la primera de ellas, los diputados de sólo cinco provincias, reunidos en Bogotá, pretendieron reasumir el poder supremo en todas las ramas, dirigir la fuerza armada y centralizar la autoridad. La junta de Santa Fe le negó obediencia, y esta sombra de representación nacional desapareció. Así se formó un partido federal y separatista en el mismo centro unionista (fines de 1810). Los directores de la revolución, que habían establecido una base de operaciones en Bogotá, observando que todas las provincias concentraban su administración interior, y que la opinión estaba pronunciada por el sistema federativo, se decidieron a organizar la provincia de Santa Fe, que abrazaba la jurisdicción de la capital, bajo la forma de estado federal y crear la unidad que debía servir de tipo al conjunto. Reunida al efecto una asamblea popular con la denominación de "Colegio constituyente", en que figuraban los hombres más distinguidos de la Nueva Granada, y tomando por modelo la constitución de los Estados Unidos, crearon una república monárquica, bajo la denominación de "Estado de Cundinamarca", que era la que la provincia había tenido antiguamente. Según su constitución, se reconocía por rey a Fernando VII, quien sería admitido a ejercer el poder, toda vez que se trasladara al país. El poder legislativo se confiaba a una cámara popular y a un senado conservador. Durante el cautiverio del Rey, el poder ejecutivo sería desempeñado por un presidente y dos consejeros. Fué elegido para desempeñar el puesto de presidente de Cundinamarca, el doctor Jorge Tadeo Lozano, un sabio, de ideas adelantadas en política, aunque sin el temple de carácter que requerían las circunstancias (abril de 1811).

El presidente Lozano, animado de propósitos conciliadores, propuso a las provincias un nuevo plan de organización nacional, sobre la base de la formación de cuatro grandes departamentos que se agruparían por zonas geográficas, teniendo cada uno de ellos un río navegable, de manera que en igualdad de condiciones, tuvieran todos y cada uno los suficientes medios y recursos para bastarse a sí mismos en su régimen interior (mayo de 1811). Este pensamiento, teóricamente bueno, fué un nuevo obstáculo para la instalación del proyectado congreso. Los diputados de ocho provincias —incluso las de Cartagena y Antioquía, antes disidentes—, al reunirse en Bogotá, se encontraron con la doble novedad de la organización parcial de Cundinamarca y el nuevo proyecto. La proposición de Lozano, no tuvo empero ulterioridad, y fué desechada por las provincias, declarando que "no tenían autoridad pa-"ra hacer una variación tan sustancial en el sistema adoptado, que "pertenecía a los pueblos, y que sólo el congreso general podía deci-"dir la cuestión". Coincidió con este plan, otro análogo en más vasta escala, que encerraba el bosquejo de la futura república de Colombia. El famoso tribuno de la revolución de Caracas, Cortés Madariaga, había sido enviado por el gobierno de Venezuela cerca del de Nueva Granada, con el objeto de celebrar una alianza ofensiva y defensiva. En vez de esto, ajustóse un tratado de confederación, en que ambos estados se garantían mutuamente su integridad territorial y su seguridad, formando Cundinamarca y Venezuela dos grandes departamentos de ella, que admitirían a los demás en calidad de co-Estados con igualdad de derechos y representación, fijándose la capital de común acuerdo en un punto céntrico. Este proyecto tampoco tuvo efecto. Venezuela se constituyó federalmente, según se ha visto, como república soberana e independiente, y Nueva Granada siguió como antes.

V

Pensóse entonces seriamente en llevar adelante el propósito de reunir el Congreso nacional, que todos los pueblos anhelaban, fatigados por la anarquía y por el absolutismo sin ley ni regla de sus juntas locales. Lozano, siempre conciliador, sin insistir en su plan departamental, se puso decididamente al frente de este movimiento patriótico, y el congreso abrió sus sesiones preparatorias, protegido por su autoridad. Fué precisamente éste el momento en que la anarquía hizo crisis. Su agente principal fué Antonio Nariño, el primer propagador de los derechos del hombre en Sud América y uno de los precursores de su emancipación a la par de Miranda, a consecuencia de lo cual había sufrido largas prisiones y destierros. Restituído a la patria, considerábase como el patriarca de la revolución, y redactaba a la sazón un periódico en Bogotá, con la pasión de tribuno y el talento de escritor que siempre lo distinguió, y que el pueblo leía con avidez. Hombre de un fogoso patriotismo nativo, aunque moderado en la acción; poseído de ambición flotante, manso en cuanto a los medios, pero sin escrúpulos legales para alcanzar sus fines, era en teoría un sectario intransigente en materia de organización del gobierno, que sacrificaba lo relativo a la absoluto. Agitador por temperamento, convirtió sus ideas abstractas y de aplicación en elementos de disociación política y guerra civil. Adversario del sistema federal, pensaba seriamente, aunque sin tomar en cuenta la opinión de los pueblos, que lo único que podía dar consistencia y vigor a la revolución, era el centralismo gubernativo. Por una contradicción, que estaba en su naturaleza y en la in-

fluencia de su teatro de acción, al mismo tiempo que se presentaba como el apóstol de la unión nacional, se constituía en campeón del localismo de la provincia de Santa Fe. La capital era el núcleo en torno del cual pretendía organizar la república, según un plan de agregación o de absorción y supremacía metropolitana, que repugnaba así al patriotismo como al federalismo.

Los escritos de Nariño en oposición a la política constitucional del Congreso, las rivalidades que despertaban entre Santa Fe y las demás provincias, y las noticias alarmantes que les servían de corolario pintando a la Nueva Granada al borde de un abismo por falta de un vigoroso poder central, pusieron en conmoción la ciudad de Bogotá. La plebe, entre la cual era muy popular Nariño, movida por sus parciales, pidió tumultuariamente medidas prontas y enérgicas para salvar la patria en peligro. Bajo la presión de la multitud, reuniéronse los miembros de los tres poderes, y se pronunciaron violentamente contra la administración del presidente Lozano a quien obligaron a renunciar. Nariño fué elegido en su lugar, pero aceptó bajo condición expresa de que se suspendiesen los artículos de la constitución que le impedían obrar con la fuerza y energía necesarias. Así se hizo, y Nariño quedó constituído en dictador de Cundinamarca (19 de septiembre de 1811).

El Congreso nacional continuó sus sesiones preparatorias, y al constituirse en convención con los diputados de siete provincias, dió comienzo a su tarea constituyente. Después de maduras y tranquilas discusiones, resolvió adoptar el sistema federativo, bajo la denominación de "Provincias Unidas de la Nueva Granada", tomando por tipo el acta de confederación de los Estados Unidos en 1776. La forma que se dió a esta deliberación, fué la de un pacto constitutivo de las provincias representadas sujeto a su ratificación, invitando a las demás a adherirse a él, que fué formulado por la pluma magistral de Camilo Torres. Los diputados de Santa Fe y de Chocó, obedeciendo a las sugestiones de Nariño le negaron su aprobación, y declararon que sólo el sistema unitario podía salvar la revolución. Suscribiéronlo solamente los diputados de Antioquía, Cartagena, Neiva, Pamplona y Tunja (27 de noviembre de 1811).

El federalismo triunfaba en la discusión, y era un hecho que estaba en los instintos; pero era otro hecho la anarquía, que conspiraba a la vez contra el federalismo y el unitarismo obstando a toda organización nacional compacta. Al mismo tiempo que se celebraba el pacto federativo, la provincia de Santa Fe declaraba que sólo entraría en la federación reservándose las rentas que debían ser nacionales, y cuando formaran parte integrante de ella los corregimientos de Tunja, Pamplona, Socorro, Mariquita y Neiva, que eran precisamente los que con el carácter de provincias habían suscrito el acta de unión. Cartagena, que hasta entonces reconocía el consejo de regencia de España, y después de promover la reunión de un congreso disidente había concurrido al congreso, declaró su independencia absoluta de la España, y dióse una constitución republicana como estado soberano (11 de noviembre de 1811). Casanare, Tunja y Pamplona, trataron de unirse a la confederación venezolana. El congreso, coartado en Bogotá, y luchando con las resistencias que le oponía Nariño, se vió forzado a trasladar el sitio de sus deliberaciones al pequeño pueblo de Ibagué, en la provincia de Mariquita. Allí, constituyó una sombra de gobierno parlamentario, a la manera del de los Estados Unidos en la primera época de la guerra por su independencia, pero sin autoridad real ni moral, y sin un Washington que diese cohesión a sus elementos dispersos.

VI

La reacción realista en Nueva Granada siguió el mismo movimiento que en Venezuela: desalojada del centro, se afocó en los extremos y en la parte occidental del país, para converger simultáneamente sobre el centro. Al sud de Santa Fe, se organizó militarmente en el valle del alto Cauca, en Popayán, con los distritos de Pasto y Patía a su retaguardia y la costa de Chocó sobre su flanco por punto de apoyo, y Quito por base de operaciones, con Guayaquil como puerto en el Pacífico. Al Norte, sobre el litoral marítimo del golfo de Méjico, operóse el mismo movimiento de Costa Firme en Venezuela, con las Antillas españolas por base. Mientras la plaza fuerte de Cartagena en Nueva Granada, como Puerto-Cabello en Venezuela, se pronunciaba por la revolución, Santa Marta reaccionó decididamente, y se convirtió como Coro en cuartel general de los realistas, en comunicación con Maracaibo al este de la cordillera oriental. Las provincias del istmo de Panamá, apoyadas en la plaza fuerte de Portobelo, dominaban el golfo de Darien y el bajo Cauca, en comunicación con las Antillas y la costa del Chocó. De este modo, la reacción realista, dueña de las costas del Atlántico y del Pacífico, envolvía la revolución neo-granadina, por el Sud, el Norte y el Occidente, y Cartagena quedaba amagada por sus dos flancos sobre el Magdalena y por su frente marítimo.

Santa Marta, situada como Cartagena en las bocas del Magdalena, que al principio había formado su junta de gobierno como las demás provincias, hizo su contrarrevolución apoyada por los españoles europeos, y especialmente por los catalanes, preponderantes allí (diciembre de 1810). Río Hacha siguió su ejemplo. Para sostener su actitud, levantó un cuerpo de tropas de voluntarios españoles, y se fortificó en varios puntos sobre la margen derecha del Magdalena, interceptando el comercio de Cartagena con las provincias del interior, y extendió su línea militar desde la orilla del mar hasta Ocaña en los límites de Pamplona, en las vertientes de la cordillera oriental. Todos los realistas del virreinato, así americanos como europeos, acudieron a Santa Marta como punto de reunión, la que reforzada desde Cuba con un batallón español de línea (el Albuera) y tres buques de guerra, organizó un cuerpo de ejército de 1500 hombres decididos, enrolando bajo su bandera las milicias del país (año de 1811). Cartagena dirigió una expedición fluvial con tropas de desembarco, a fin de apoderarse de la villa de Tenerife, situada en el punto medio de la línea enemiga. Fué completamente batida por los realistas, que echaron a pique gran parte de su escuadrilla sutil, apresando el resto (marzo de 1812).

La convención constituyente de Cartagena, para hacer frente a los peligros de la situación, nombró dictador al Dr. Manuel Rodríguez Torices, joven de 24 años, inteligente, activo y resuelto, pero inexperto y desprovisto de prudencia. Los de Santa Marta por su parte, alentados por la victoria, tomaron la ofensiva y atravesaron el Magdalena, dominando las sabanas centrales del valle; Cartagena quedó aislada. El dictador Torices, confió el mando de las tropas de la república a un aventurero francés llamado Pedro Labatut, hombre de empresa, pero duro y codicioso. Labatut, con una pequeña flotilla de lanchas cañoneras y una columna ligera, atacó sucesivamente las posiciones realistas tomándolas por asalto con toda su artillería, y se posesionó de la navegación del bajo Magdalena (noviembre de 1812). Después de destruir las fuerzas sutiles del enemigo, salió a la mar, y ocupó sin resis-

tencia la capital de Santa Marta, evacuada por los defensores, que se refugiaron en Portobelo (enero de 1813).

Por la parte del istmo, la reacción se había establecido sólidamente en las provincias de Veraguas y Panamá, fieles a la causa del Rey, y sostenidas por Méjico y La Habana. Su situación se vigorizó con la llegada de un nuevo virrey de Nueva Granada, nombrado por la regencia de Cádiz, que fué don José Domingo Pérez, quien le trajo algunos elementos de guerra, con que auxilió a los de Santa Marta, y estableció el asiento de su gobierno en Portobelo. Las provincias neo-granadinas insurreccionadas, desconocieron su autoridad. Esto sucedía, al mismo tiempo que la revolución venezolana sucumbía, y la reacción cerraba el círculo en contorno del virreinato (principios de 1813).

VII

Por la parte del Sud la guerra se había encendido también entre patriotas y realistas, con los elementos del mismo país. Al tiempo de estallar la revolución, era gobernador de Popayán el coronel Miguel Tacón, que reunía a un carácter enérgico, bastante inteligencia y larga experiencia en la guerra. Sostenido por una parte de la opinión de la provincia y contando con la decisión de los habitantes semibárbaros de Pasto y Patía, se opuso decididamente al establecimiento de una junta patriótica, que los cabildos promovieron de acuerdo con la revolución de Santa Fe. El regidor Joaquín Caicedo, se puso al frente de los cabildos, formó una confederación de los pueblos del valle del alto Cauca, y reunió los diputados en el pueblo de Cali, donde se estableció la junta revolucionaria de gobierno. El gobernador mandó disolverla con tropa armada, declarándola rebelde al Rey. Los confederados del valle levantaron tropas para resistirse y pidieron auxilios a Santa Fe, de donde salieron 300 hombres al mando del coronel Antonio Baraya, con lo que se formó un ejército de 1100 hombres, compuesto en su mayor parte de indígenas armados de lanzas. Tacón formó otro ejército de 1500 hombres, y se situó sobre el puente del río Palacé, entre Popayán y Cali. Baraya lo atacó en sus posiciones con las tropas confederadas, y después de una obstinada pelea, lo obligó a retirarse en desorden sobre el Cauca, dejando en el campo setenta muertos y treinta prisioneros (28 de marzo de 1811). Esta fué la primera victoria de la insurrección neo-granadina. El jefe realista se replegó a Pasto con 700 hombres bien armados, donde se hizo fuerte en las gargantas que comunican a Quito con la Nueva Granada. Por este tiempo, había reventado de nuevo la revolución en Quito, de la que nos ocuparemos después, continuando por ahora con las operaciones de la guerra del Sud.

Dueño Tacón de las provincias de Pasto y Patía, cuyas poblaciones sublevó en masa, abrió hostilidades sobre Quito al frente de una columna de 600 hombres. El nuevo gobierno de Quito salió a su encuentro con 800 reclutas, al mando de don Pedro Montufar, quien, después de un ligero combate, se estableció en un punto fuerte, y abrió comunicaciones con Popayán para obrar en combinación con sus fuerzas. Tacón, colocado entre dos fuegos, intentó cubrir su retaguardia amagada. Las tropas patriotas de Popayán, al mando de Baraya y el regidor Caicedo, avanzaron resueltamente y dominaron a Patía. Tacón, desamparado por los suyos, emprendió con sus restos su retirada hacia la costa del Chocó, y se posesionó del distrito de Barbacoas y de la isla de Chumaco, donde, auxiliado desde Guayaquil, organizó una división

de 200 hombres, protegida por una escuadrilla de dos goletas y una lancha con algunas embarcaciones menores. Los patriotas de Popayán desprendieron una pequeña columna al mando del capitán Jorge Ignacio Rodríguez, quien atacó decididamente a los realistas, dirigiendo personalmente una flotilla de canoas, sostenida por su tropa emboscada en los manglares de la playa. Tacón fué derrotado en las aguas y en la tierra, con pérdida del bergantín y de la cañonera, y avergonzado de ser batido con canoas por fuerzas menores, se retiró al Perú, donde figuró en la guerra con distinción, aunque señalándose por su crueldad con los independientes.

Mientras tanto, la división de quiteños, mandada por Pedro Montufar, atravesó el río Guáitara, atacó a los pastusos en las márgenes del río Blanco y los dispersó completamente, entrando triunfante en su capital, que encontró casi totalmente abandonada por sus habitantes. Caicedo, al frente de una columna de 600 hombres de Cauca, ocupó a su vez la ciudad de Pasto. Las tropas quiteñas se retiraron a su territorio. De este modo se abrieron las comunicaciones interceptadas entre Quito y Nueva Granada, y toda la provincia de Popayán quedó sometida a la ley de la revolución.

Aprovechándose los patianos de la dispersión de las tropas patriotas, volvieron a insurreccionarse desde Popayán hasta el río Juanambú, cometiendo horribles asesinatos, estimulados por frailes fanáticos, que predicaban el incendio de las habitaciones y el degüello de los revolucionarios herejes. Al frente de un ejército de 1500 hombres atacaron a Popayán, y aunque fueron rechazados en el primer asalto, consiguieron sitiar la ciudad, cortando la retirada a sus defensores. Hallábase por acaso allí un joven norteamericano llamado Alejandro Macaulay, quien al observar los movimientos de los sitiadores, y que sólo estaban armados de lanzas, propuso una salida nocturna con 400 fusileros, a cuyo frente se puso él mismo. Los patianos fueron sorprendidos y derrotados viéndose obligados a emprender la retirada en desorden (abril 27 de 1811). La junta de Popayán desprendió en su persecución una columna de 600 hombres, y para vengar los asesinatos cometidos por los patianos, hizo fusilar a un cura que cayó prisionero, hecho que provocó nuevas y sangrientas represalias.

Los patianos derrotados, se rehicieron, y marcharon aceleradamente sobre Pasto en número de 200 hombres, con un obús sin cureña. Pusieron sitio a la ciudad, defendida por 436 fusileros de la expedición de Caicedo que la había ocupado, según antes se dijo. Reforzados por los pastusos, dieron el asalto, y cada casa se convirtió en una fortaleza contra los sitiados, que se vieron obligados a capitular, quedando prisioneros. La columna de Popayán, salida en persecución de los patianos, al mando de Macaulay, marchó en auxilio de Caicedo pero llegó cuando éste se había rendido. Empero, consiguió rescatar a los capitulados por medio de un convenio. Sabedor Macaulay de que una expedición de Quito marchaba sobre Pasto, determinó atravesar el Guáitara para incorporarse a ella, y al efecto, emprendió una marcha nocturna. Sentido por los pastusos, fué atacado en Catambuco (12 de agosto de 1811), triunfando en el campo los de Popayán, pero quedaron impotentes para tomar la ofensiva. Al día siguiente, celebróse un convenio verbal entre los beligerantes, en virtud del cual quedaba restablecida de hecho la paz. Aprovechándose de la tregua, los pastusos sorprendieron traidoramente el campo de Macaulay, mataron como 200 hombres y tomaron como 400 prisioneros, entre ellos Caicedo y Macaulay. La expedición de Quito, después de obtener algunos triunfos efímeros,

regresó a la capital, a la sazón amagada al Sud por las tropas realistas del Perú y Guayaquil. Así volvió a quedar aislada la revolución de Quito y organizada y triunfante la Vendée neo-granadina de Pasto y Patía. Volvamos ahora a Quito, de nuevo revolucionado.

VIII

Dijimos antes que el comisario regio Carlos Montufar había continuado su viaje al Sud en desempeño de su misión, después de sancionar con su colega Villavicencio la revolución de Bogotá. Montufar fué recibido con gran entusiasmo por el pueblo quiteño, y se hizo el árbitro de la situación. Bajo sus auspicios formóse pacíficamente una junta de gobierno, con Ruiz de Castilla por presidente, y de la que él formó parte como vocal nato, debiendo integrarla un diputado por cada cabildo (19 de septiembre de 1810). Esta transacción fué aprobada por un cabildo abierto, y acordóse al mismo tiempo continuar reconociendo al consejo de regencia, mientras funcionara en un punto de la metrópoli libre de enemigos. Sólo en la jurisdicción de la capital fué jurado el nuevo gobierno. Las provincias meridionales de Cuenca, Loja y Guayaquil, dominadas por el virrey del Perú, desconocieron su autoridad. La junta formó un ejército de 2000 hombres para someterlo a la obediencia, y confió su mando a Montufar, que estableció su cuartel general en Ambato, cubriendo los desfiladeros de la gran cordillera del Chimborazo y del Pichincha. La primera sangre que corrió en esta guerra en perspectiva manchó la bandera revolucionaria. Uno de los oidores y el administrador del correo de Quito, acérrimos realistas, comprometidos en las matanzas y procesos que habían exaltado al pueblo, intentaron fugar por el Amazonas. Traídos a la capital, la plebe de los suburbios, compuesta en casi su totalidad de indígenas, se amotinó, los mató a palos y arrastró sus cadáveres hasta el pretil de la casa de gobierno, pretendiendo hacer lo mismo con el presidente Ruiz de Castilla. La reacción mientras tanto se organizaba militarmente en el Sud y el Oeste.

Poco después de instalada la junta de Quito, llegaba a Guayaquil el jefe de escuadra Joaquín Molina, nombrado presidente y capitán general en reemplazo de Ruiz de Castilla. Auxiliado por el virrey Abascal, reunió un ejército no menos fuerte que el de la junta, y cubrió con él las provincias amenazadas. Montufar, para ganar tiempo a fin de dar alguna consistencia a sus tropas colecticias, abrió negociaciones con el enemigo, quien por su parte, poco confiado en las suyas, aceptó la abertura pacífica, que no dió ningún resultado. Rotas de nuevo las hostilidades, la campaña se redujo a pequeños encuentros y avances y retrocesos alternativos, quedando los beligerantes en las mismas posiciones. Por este tiempo se abrían las comunicaciones entre Quito y Nueva Granada, con la fuga de Tacón y la derrota de los patianos y pastusos.

La junta de Quito, que sucesivamente había reconocido a la regencia y a las cortes españolas reunidas en Cádiz, y depuesto a su presidente nominal Ruiz de Castilla, convocó un congreso y proclamó su independencia absoluta de la España (11 de diciembre de 1811). El populacho, cada vez más embravecido, extrajo al ex presidente Ruiz de un convento en que se hallaba retirado, y como pretendiera resistirse, fué herido mortalmente a puñaladas. La discordia se introdujo en las filas de los revolucionarios. Mientras tanto, los realistas avanzaban de nuevo por el Oeste. Nombrado presidente de Quito el mariscal To-

ribio Montes, soldado de ímpetu y general entendido, abrió de nuevo la campaña al frente de 2000 hombres, y batió al ejército quiteño en Mocha, pasando a cuchillo a todos los vencidos para infundir espanto (2 de septiembre de 1812).

El general quiteño Carlos Montufar, con un nuevo ejército, se fortificó en las posiciones inaccesibles de Jalupana, profunda quebrada de costados perpendiculares y cruzada por torrentes, que cubría el camino preciso de la capital, y fué coronada con artillería. Montes, por medio de una hábil y atrevida marcha de flanco, guiado por un práctico del país, tomó la ruta del pie de la cordillera occidental, de manera de envolver la izquierda patriota, evitando las fortificaciones. A la altura del nudo andino de Chisinche, que limita la meseta de Quito por el Sud, trepó la montaña, y con los gigantescos picos del Chimborazo y del Cotopaxi a la vista, marchó durante nueve días por entre páramos y precipicios. Orilló el cráter del volcán de Ninahuilca, contorneó el cerro nevado de Corazón, y amagando la retaguardia del enemigo, lo obligó a replegarse sobre la capital, ocupando él los altos de Belén al pie del Pichincha.

Reconcentrados los independientes en la capital en número de seis mil hombres, se fortificaron con mucha artillería, ocupando todas las alturas del circuito. Montes intimó rendición. Los de la plaza, contestaron que se defenderían hasta el último trance, y en señal de desafío hicieron ejecutar a un ciudadano notable de Quito, Pedro Calixto, juntamente con su hijo llamado Nicolás, prisioneros hechos fuera de combate. Los realistas atacaron la ciudad por tres puntos, y se apoderarón de ella después de un reñido combate de tres horas (3 de noviembre de 1812). El general español se mostró clemente con los habitantes de la vencida ciudad.

Montufar, con las últimas reliquias del ejército quiteño, se retiró al Norte. Alcanzado por una división mandada por el coronel Juan Sámano, destinado a siniestra celebridad, fué batido y dispersado en dos acciones sucesivas con pérdida de toda su artillería y armamento, dejando en el campo 100 muertos. Sámano continuó su persecución y con arreglo a sus instrucciones pasó por las armas a los jefes que cayeron en sus manos. Al llegar a Pasto, recibió órdenes de Montes para quintar a los oficiales y diezmar a los soldados prisioneros de Popayán que allí se encontraban. Caicedo y Macaulay fueron fusilados junto con ellos. Así terminó a fines de 1812 la nueva revolución de Quito, domada por segunda vez, y cerróse el círculo de la reacción de la Nueva Granada por el Norte, al mismo tiempo que la revolución de Venezuela sucumbía (principios de 1813).

IX

La revolución externa e interna de la Nueva Granada, giraba en círculos concéntricos. A la par que el uno se estrechaba, el otro se dilataba, hasta casi confundirse. El antagonismo entre el federalismo y el centralismo, de Cundinamarca con las provincias, y de Nariño con el congreso nacional, había convertido el país en un caos político. Después de la retirada del congreso a Ibagué (véase § V. de este cap.) Nariño, desarrollando su plan de absorción, agregó a lo que llamaba la "provincia legal" de Santa Fe, el corregimiento del Socorro, y los cantones de Tunja y Neiva, que ocupó militarmente, con amenaza de apoderarse de Pamplona. La provincia de Mariquita había sido absorbida ya por Cundinamarca. El congreso reclamó contra estos actos violentos,

y aunque en un principio fué desatendido, como las resistencias locales arreciaban, Nariño, mejor aconsejado, se prestó a entrar en arreglos. Contribuyó a esto la noticia de la caída de la revolución de Venezuela, que amenazaba a la Nueva Granada con una invasión por el Oriente. En el curso de ls negociaciones que se entablaron, las tropas cundinamarcanas que ocupaban Tunja, al mando del brigadier Baraya — el vencedor de Palacé —, se pronunciaron por la reunión del congreso. Nariño se puso inmediatamente en campaña al frente de 800 hombres y ocupó sin oposición la capital de Tunja; pero al mismo tiempo, separóse de Cundinamarca la provincia del Socorro, sostenida por la columna de Baraya, que batió a las tropas centralistas que la ocupaban en dos encuentros sucesivos. Estos contrastes obligaron a Nariño a firmar un tratado con el gobierno de Tunja, en que se convino en la inmediata reunión del congreso, librar a su decisión la cuestión de las agregaciones territoriales de Cundinamarca, y poner sus armas y recursos a disposición del gobierno nacional contra los españoles. Nariño renunció en seguida la presidencia de Cundinamarca, y declaró, que aunque persistía en sus opiniones, no quería ser un obstáculo a la organización nacional.

Cuando todo parecía aquietado, alborotóse de nuevo la movible opinión santafecina, con motivo de esparcirse el rumor de que el gobierno general intentaba dominar militarmente a Cundinamarca. Nariño, que había ejercido su autoridad con gran moderación, y conservaba siempre su popularidad, fué aclamado de nuevo dictador con facultades absolutas (septiembre 11). Poco después, el congreso se instalaba en Leiva, punto intermedio entre Santa Fe y Tunja, con asistencia de once diputados en representación de siete provincias. Camilo Torres, antagonista de Nariño en ideas, y enemigo suyo, fué nombrado presidente y encargado del poder ejecutivo. El primer acto del nuevo gobierno general, fué intimar a Nariño que se arreglase al sistema representativo, y ordenarle que entregase quinientos fusiles para la defensa de las provincias del Norte, previniéndole a la vez, que la villa de Leiva, adscripta a Cundinamarca, había sido declarada territorio federal por el congreso.

Nariño sometió la cuestión a una asamblea extraordinaria de corporaciones y notables padres de familia, de mil quinientas personas, la que resolvió confirmarlo en el poder, que no se obedeciesen las órdenes del congreso y que Cundinamarca no entrase en la confederación. El congreso contestó con una nueva intimación, emplazándolo para dentro del séptimo día, caso de no obedecer. Nariño replicó, haciendo responsable de las consecuencias al congreso. Este lo declaró a su vez "usurpador y tirano de Cundinamarca". En consecuencia, el presidente de la Unión fué autorizado para suprimir el gobierno dictatorial de Santa Fe, y restituir a la provincia su libertad. La guerra civil quedo declarada por una y otra parte. El congreso, que funcionaba en territorio enemigo, se trasladó a Tunja. Nariño, sin perder tiempo, se puso al frente de una columna de 1500 hombres y marchó sobre Tunja. Derrotado completamente por las fuerzas federales, con la pérdida de diez piezas de artillería, replegóse a Bogotá, donde se fortificó. El ejército de la Unión, mandado por Baraya, puso sitio a la ciudad, y se apoderó de algunas posiciones importantes de ella. Nariño ofreció capitular, con la condición de renunciar al mando, reconocer el congreso y poner a su disposición las armas, bajo la garantía de una amnistía general. Baraya desoyó estas moderadas proposiciones, exigió que se rindiera a discreción, entregándose a la clemencia del congreso, y dióle para

decidirse el plazo de 24 horas. Ante tan duras condiciones, la opinión de Bogotá reaccionó, y entusiasmada por la actitud serena y resuelta del dictador, se apercibió a una defensa desesperada, a pesar de que sus fuerzas no alcanzaban a la mitad de las sitiadoras.

Baraya, que en el curso de esta campaña mostró ser una nulidad militar, llevó un ataque desordenado a la plaza al frente de tres mil hombres, que fué rechazado, desbandándose el ejército de la Unión, que dejó en poder del vencedor mil prisioneros, trescientos fusiles y veintisiete cañones. Nariño no abusó de su triunfo. Limitóse a ajustar un convenio, en que salvando la autonomía de Cundinamarca bajo su presidencia, estipuló la paz recíproca, sin pactar nada respecto de organización nacional, que era el punto capital (30 de marzo de 1813). Coincidió esto con la llegada del mariscal de campo Francisco Montalvo, natural de La Habana, nombrado virrey en reemplazo de Pérez, que fué desconocido por los pueblos de Nueva Granada como su antecesor. El patriotismo enervado por la guerra civil se reanimó. Cundinamarca, que hasta entonces se regía por su constitución republicano-monárquica, anulada de hecho, declaró su independencia absoluta de la España (16 de julio de 1813), imitando el ejemplo dado antes por Cartagena. Antioquía hizo lo mismo. El país enarboló un nuevo pabellón nacional y acuñó su primera moneda en señal de soberanía.

X

En los tratados ajustados entre Cundinamarca y el congreso, Nariño había prometido reforzar las expediciones que debían marchar en auxilio de las provincias del Sud y del Norte, amenazadas por los realistas triunfantes en Quito y Venezuela, que ocupaban las fronteras. El estado de la Nueva Granada no podía ser más deplorable. La revolución, tan espontánea y llena de ideas y de bríos, se había mostrado orgánicamente débil, dando por único resultado negativo, una absoluta impotencia militar y una desorganización política. No tenía ejército ni gobierno; no se había preparado a la defensa, y ni de armas siquiera se había provisto. Todas sus fuerzas militares se reducían a 300 hombres en Popayán, 500 en Tunja, 300 en Pamplona, 1000 en Cartagena y otros tantos en Santa Fe, y estas mismas, dispersas, desorganizadas y en guerra entre sí algunas de ellas. Tampoco había aparecido un hombre capaz de dar dirección a los acontecimientos o impulsar la acción revolucionaria. Lozano, la primera figura que apareció en su escena, con ideas conciliatorias, desapareció por su debilidad de carácter. Torices era un atolondrado de talento. Baraya como soldado, ya se ha visto que era una nulidad. Camilo Torres, noble carácter y clara inteligencia, era un hombre aferrado a sus ideas teóricas de federalismo, que anteponía a todos los principios. Nariño, el único que por sus cualidades y su influencia pudo haberse hecho el árbitro de la situación, contemporizando con la opinión declarada de los pueblos, era la antítesis de Torres en punto a centralismo, y el papel contradictorio que representó, muestra que tampoco era el hombre que reclamaban las circunstancias; empero, era el único hombre, y lo probó como va a verse.

Montes, después de dominar a Quito, dispuso que el general Sámano, a la cabeza de una expedición de 2000 hombres organizada en Pasto, invadiese la Nueva Granada. Popayán fué ocupado por los realistas del Sud, y dominado todo el valle del alto Cauca, amenazando ocupar la provincia de Antioquía (agosto 1813). Nariño, que hasta entonces se había mantenido en una inacción egoísta, después de su

victoria, movido por un impulso de enérgico patriotismo, se ofreció a marchar en persona contra la invasión del Sud con las tropas de Santa Fe, si el gobierno ponía a sus órdenes las de la Unión. El congreso aceptó su oferta y le proporcionó todos los auxilios necesarios al efecto. Nariño, sin innovar nada en el orden de la política nacional, abdicó la dictadura, y delegó el mando constitucional en su tío Manuel Bernardo Alvarez. Nombrado teniente general de la Unión, se puso en campaña en dirección al Sud. Las primeras operaciones fueron felices. Reconquistó el valle de Cauca, su vanguardia batió la columna principal del enemigo mandada por el mismo Sámano, y el 31 de diciembre de 1813 entró en Popayán. Sámano reconcentró todas sus fuerzas, y se estableció en la hacienda de Calibio, a inmediaciones del Bajo Palacé. El general de la Unión, al frente de 1800 hombres lo atacó en su posición por tres puntos. Empeñada la acción, y prolongándose por el espacio de tres horas, Nariño mandó a su infantería cargar a la bayoneta, y la victoria se decidió por los independientes. Los realistas dejaron en poder de sus contrarios, ochenta prisioneros y ocho piezas de artillería (13 de enero de 1814). Sámano se retiró a Pasto en fuga. Si Nariño hubiese sido un general experimentado con la inspiración de la guerra, y sabido aprovechar su victoria, habría podido dominar fácilmente a Pasto, y probablemente llegar triunfante hasta Quito. Desgraciadamente, se detuvo en Popayán más de dos meses. Este tiempo lo aprovecharon los enemigos para rehacerse.

El general Melchor Aymerich reemplazó a Sámano en el mando, quien reorganizó activamente el ejército, preparándose a contener el avance de los independientes. Cuando Nariño reabrió su campaña al frente de 1400 hombres, tuvo que abrirse paso por entre las guerrillas de Patía, que hostigaban día y noche sus flancos, y cortaron sus comunicaciones de retaguardia. Al llegar a Juanambú, encontró la margen opuesta fortificada en sus principales vados. Este río, que es la formidable barrera que defiende a Pasto por el Norte, es un torrente impetuoso que se precipita de la cordillera oriental en rumbo al Occidente, y corre entre inaccesibles rocas escarpadas, arrastrando peñascos enormes. Raras veces da vado y, por lo general, sólo puede ser atravesado en puentes de taravitas. A estas dificultades de la naturaleza, agregó el general que las defendía, las del arte. Cerró con trincheras los principales vados y estableció en ellos fuertes baterías, distribuyendo convenientemente sus tropas para cubrir toda la línea. Nariño consiguió plantar una taravita dieciséis kilómetros más abajo del campo atrincherado, en un punto en que el camino era tan acantilado, que sólo 45 hombres pudieron treparlo durante la noche, haciendo escalas con los porta-fusiles. Descubiertos con las primeras luces del alba, se lanzaron sobre una batería y tomaron un cañón; pero atacados por fuerzas superiores, perecieron casi todos ellos. Al fin consiguió forzar uno de los vados, bajo la protección de una batería, asaltando la trinchera enemiga artillada, y establecerse con una división en la margen meridional del río. Aymerich acudió con sus reservas al punto atacado y se trabó la pelea. Los independientes fueron rechazados y repasaron el Juanambú, con 50 heridos, dejando en el campo como 100 muertos y algunos prisioneros. A pesar de esta ventaja, Aymerich resolvió levantar su campo y se replegó hacia Pasto.

El ejército independiente atravesó libremente el Juanambú por medio de taravitas, después de veinte días de demora, y adelantó sus marchas en busca del enemigo. Aymerich, al frente de 1600 hombres, de los cuales 800 fusileros, lo esperaba en una fuerte posición llamada

el cerro de las Cebollas o de Chacapamba. Al avistarse ambos ejércitos, los soldados realistas gritaron: "Este no es Calibio". El primer ataque sobre la posición, fué rechazado. El espíritu de los invasores desmayó, y muchos opinaban por la retirada. Sabiéndolo Nariño, reunió a sus oficiales en junta de guerra, y los persuadió que el más seguro modo de perderse y de perder el honor era retirarse. El ataque inmediato quedó decidido. Los independientes se movieron en tres columnas, y protegidos por los fuegos de su artillería que batía la falda del cerro, treparon un tercio de la áspera cuesta. A esta altura, los realistas que estaban cubiertos por un espeso bosque, rompieron un vivo fuego, que los asaltantes recibieron al descubierto. El combate se prolongó por espacio de cuatro horas. Los independientes empezaban a cejar. Dos compañías del Cauca habían vuelto la espalda y huían en desorden. Nariño las contuvo; les enrostró su cobardía, y espada en mano las condujo de nuevo al fuego. Reanimados los patriotas con esta valerosa acción de su general, cargaron con ímpetu y arrebataron la posición (8 de mayo de 1814). Esta victoria fué caramente comprada. Los indepedientes tuvieron más de 100 muertos, mientras que los realistas, que combatían emboscados, sólo perdieron 12 hombres.

Considerándose Aymerich perdido, emprendió su retirada hacia Quito. Los pastusos, resueltos a defender sus hogares, se negaron a seguirle, estimulados por sus mujeres, que cuchillo en mano ofrecían sus vestidos femeninos a los cobardes que las abandonasen. Nariño, que pensaba entrar sin resistencia en la ciudad de Pasto, se adelantó con la vanguardia, pero recibido en los arrabales a vivo fuego, fué rechazado y deshecho. Los dispersos llevaron al campamento la noticia de que todo estaba perdido y el general prisionero. Las tropas neogranadinas, poseídas de pánico, clavaron sus cañones y se pusieron en precipitada retirada. De los 1400 soldados que invadieron a Pasto, sólo llegaron 900 a Popayán. Nariño, al regresar fugitivo a su campamento con sólo trece hombres, se encontró sin ejército. Abandonado por sus últimos compañeros, vagó solo por algunos días en la montaña, alimentándose con frutas silvestres. Desesperado y hambriento, resolvió presentarse a sus enemigos, con el intento de ver si podía negociar un armisticio. Entregado a Aymerich, fué remitido engrillado por segunda vez a España.

XI

Mientras estos graves sucesos ocurrían en el Sud, por la parte del Norte y del Occidente se desarrollaban otros que cambiarían la faz de la revolución, salvando por el momento a la Nueva Granada de una pérdida segura.

Queda explicado (§ VI, de este cap.) cómo terminara a fines de 1813 la primera guerra entre Cartagena y Santa Marta, después de la catástrofe de Venezuela. Fué en este momento cuando reapareció Bolívar en la escena revolucionaria, y se diseñaron los primeros perfiles de su gran figura. Emigrado de la patria, después de permanecer algún tiempo en Curaçao, ofreció sus servicios al gobierno de Cartagena: Fué nombrado comandante de armas del distrito de Barrancas sobre el alto Magdalena, y resolvió por sí abrir una campaña contra los samarios que aun ocupaban la banda oriental del río obstruyendo su navegación. Aquí empezó a revelarse el genio emprendedor del futuro libertador sudamericano. A la cabeza de una pequeña columna de milicianos, atacó la villa fortificada de Tenerife y obligó a su guarnición a evacuarla, apoderándose de su artillería y de la flotilla que

la sostenía. En seguida reconquistó el importante pueblo de Mompox, en la margen occidental, situado en el punto en que el Cauca se derrama en el Magdalena. Labatut, que como superior de las armas de Cartagena, operaba al mismo tiempo en las bocas del Magdalena contra Santa Marta, según antes se relató, encelado contra este intruso que se permitía triunfar sin órdenes, pidió que fuese sometido a juicio; pero sostenido por el dictador Torices y reforzado con alguna tropa reglada y quince embarcaciones armadas en guerra, abrió una nueva campaña, remontando el río con una columna de 500 hombres. Sucesivamente se posesionó de Banco, batió a su guarnición en Chiriguaná, avanzó hasta Tamalaneque y Puerto-Real, y entró triunfante en Ocaña, en medio de las aclamaciones de la población (enero de 1813).

Santa Marta fué tratada por los cartageneros como país conquistado. Exasperados los samarios por la dominación de Cartagena, expulsaron a Labatut que los tiranizaba cruelmente, y en combinación con Río-Hacha, auxiliados desde Maracaibo y Portobelo, alzaron de nuevo el pendón del Rey (marzo de 1813). Cartagena volvió a quedar flanqueada por el Este y por el Oeste. Eran dos cuñas metidas en la confederación neo-granadina, que neutralizaban las fuerzas de uno de sus más poderosos Estados. El dictador Torices lo comprendió así y preparó una expedición marítima, a cuyo frente se puso personalmente, confiando el mando de las tropas de desembarco al coronel francés Luis Fernando Chatillón. La expedición cartagenera fué rechazada y vencida, dejando 400 muertos en el campo de batalla, entre ellos Chatillón, con pérdida de su artillería (11 de mayo de 1813). Torices con su escuadrilla, se retiró desalentado, y desde entonces se limitó a cubrir la línea del Magdalena a la defensiva. Santa Marta quedó triunfante.

Antes de que este suceso se produjese, los realistas dueños de Venezuela, que tan eficazmente cooperaron a la restauración de Santa Marta, habían proyectado reconquistar el virreinato de Santa Fe. Con este objeto, aglomeróse un ejército de 2600 hombres en la provincia de Barinas, al mando del capitán de fragata Antonio Tizcar, con una división como de 1000 hombres a cargo del coronel Ramón Correa en los valles de Cúcuta; amenazando a Pamplona, y 700 en el Guardalito sobre el Arauca con el mismo objetivo sobre el otro flanco, a la vez que el del Socorro y Tunja. Estas fuerzas habrían podido reconquistar fácilmente el virreinato de Santa Fe, en el estado de desorganización en que se encontró durante el año 1812; pero permanecieron en la inacción y en esta actitud se mantenían cuando entró Bolívar en Ocaña. El futuro libertador había llegado al punto en que debía decidirse su destino en los comienzos y el final de su gloriosa carrera, y Santa Marta, como una nube negra en el horizonte, marcaba el sitio de su melancólica muerte.

Hallábase en la provincia limítrofe de Pamplona el coronel de la Unión Manuel del Castillo Rada, que a la sazón organizaba allí un cuerpo de tropas para oponerse a la invasión con que el coronel realista Correa amenazaba a la Nueva Granada desde los valles de Cúcuta. Este jefe solicitó el auxilio de Bolívar a fin de cooperar a su empresa, y el gobierno de Cartagena le otorgó el permiso, poco antes de la derrota de su expedición contra Santa Marta.

XII

Bolívar concibió entonces el atrevido plan de reconquistar a Venezuela, y comunicó su idea al dictador Torices y al presidente de la Unión, Camilo Torres. "La suerte de Nueva Granada, les decía, está "íntimamente ligada con la de Venezuela. Si Venezuela continúa en "cadenas, Nueva Granada las llevará también. La esclavitud es una "gangrena, que empieza por una parte, y si no se corta, se comunica "al todo y perece el cuerpo entero". Simultáneamente, comisionó a su compañero y amigo el coronel José Félix Rivas, a fin de persuadir a Torres de la necesidad de su empresa, y para esforzar sus razones, puso desde luego en ejecución una parte de su plan. Con 400 hombres abrió la campaña, llevando los fusiles necesarios para armar un batallón que organizaba Castillo en Pamplona. Sin esperar este refuerzo, atravesó con celeridad el primer ramal de la cordillera oriental frente a Ocaña por un camino fragoso; sorprendió la primera gran guardia enemiga de 100 hombres en un desfiladero, que bien defendido habría detenido su avance; obligó a retirarse a un destacamento de 200 hombres que servía de reserva a la gran guardia, y desparramando la voz de que iba al frente de un poderoso ejército, cayó sobre el coronel Correa, a tiempo que le llegaban dos compañías de infantería del batallón de Pamplona. Bolívar, aunque con fuerzas inferiores, atravesó el caudaloso río Zulia, en una sola canoa, y resolvió atacar al enemigo. El jefe español se encontraba con 800 hombres en San José de Cúcuta. En este punto se trabó el combate. Después de cuatro horas de fuego sostenido, una impetuosa carga a la bayoneta ordenada por Bolívar, decidió la victoria a su favor, quedando en su poder toda la artillería española (28 de febrero de 1813). Los independientes quedaron dueños de los valles de Cúcuta, amenazando las provincias de Barinas y Maracaibo. Poco después llegó Castillo con el contingente de Pamplona, y la columna invasora contó con más de 1000 hombres y 1200 fusiles de repuesto.

El pensamiento de Bolívar de reconquistar a Venezuela era considerado por todos como una locura, como lo había sido el de San Martín de reconquistar a Chile cuando por la primera vez fué enunciado. Venezuela estaba defendida por un ejército de seis mil hombres, ensoberbecidos con sus recientes triunfos. La unión neo-granadina apenas podía disponer de mil hombres para acometer la empresa. Felizmente, Bolívar encontró su Pueyrredón en Nueva Granada, como el libertador del Sud lo encontrara en el Plata, según va a verse. Bolívar había publicado una memoria que produjo profunda sensación en Nueva Granada. En ella expuso por la primera vez el futuro libertador sus ideas políticas y militares, respecto de la organización que debía darse al gobierno republicano para impulsar la revolución y del modo de conducir la guerra de la independencia americana, a la vez que desarrollaba el gran plan de campaña que desde entonces lo ocupaba. Explicando las causas de la caída de la república venezolana, condenaba el republicanismo teórico que la había precipitado. "Los códigos que "consultaban nuestros gobernantes, no eran los que podían enseñar- "les la ciencia práctica del gobierno, sino los que han formado ciertos "visionarios, que imaginándose repúblicas aéreas, han procurado al- "canzar la perfección política presuponiendo la perfectibilidad humana. "Tuvimos filósofos por jefes, filantropía por legislación, dialéctica por "táctica y sofistas por soldados. Con semejante subversión de princi-

"pios y de cosas, el orden social se conmovió, y el Estado corrió a pa-"sos agigantados a una disolución universal". Pronunciábase absolutamente como San Martín en el Plata, contra el sistema federal de gobierno. "Bien que sea el más perfecto y el más capaz de proporcionar "la felicidad humana en sociedad, es el más opuesto a los intereses de "nuestros nacientes Estados. No es posible regirse por un gobierno "tan complicado en medio de facciones intestinas y de una guerra ex-"terior. Es preciso que el gobierno se identifique al carácter de las "circunstancias, de los tiempos y de los hombres que lo rodean. Si los "tiempos son prósperos y serenos, el gobierno debe ser dulce y pro-"tector; si son calamitosos y turbulentos, debe mostrarse terrible y ar-"marse de una firmeza igual a los peligros, sin atender las leyes ni "constituciones, ínterin no se restablece la felicidad y la paz. Mien-"tras no centralicemos nuestros gobiernos americanos, los enemigos "obtendrán las más completas ventajas, seremos envueltos en disen-"siones civiles, y conquistados vilipendiosamente por un puñado de ban-"didos". Atacaba de frente la propensión revolucionaria de levantar inconsistentes ejércitos populares en vez de ejércitos reglados que diesen nervio a la lucha. "De aquí la oposición, agregaba, a levantar tropas "veteranas, disciplinadas y capaces de presentarse en el campo de bata-"lla a defender la libertad con suceso y gloria. El establecimiento de "innumerables cuerpos de milicias indisciplinadas, además de agotar "las cajas del erario y destruir la agricultura, alejando a los paisanos "de sus hogares, hicieron odioso el gobierno que los obligaba a tomar "armas y abandonar sus familias. Es una verdad militar que sólo ejér-"citos aguerridos son capaces de sobreponerse a los infaustos sucesos "de una campaña". Y nuevo Scipión, terminaba con un *delenda Cartha-"go:* "La seguridad de Nueva Granada está en la reconquista de Vene-"zuela. A primera vista parecerá este proyecto imposible. Una medi-"tación profunda hace conocer su necesidad. Es un principio del arte "de la guerra, que toda guerra defensiva es perjudicial y ruinosa, pues "debilita las fuerzas sin esperanzas de indemnización. Las hostilida-"des en territorio enemigo siempre son provechosas, por el bien que "resulta en mal del contrario. No debemos por ningún motivo emplear "la defensiva. La naturaleza nos proporciona la ventaja de aproximar-"nos a Maracaibo por Santa Marta y a Barinas por Cúcuta". Allí estuvo, movido por su idea, a los ochenta días de escrita esta memoria en Cartagena antes de abrir su campaña del Alto Magdalena.

El presidente Camilo Torres había leído con profunda atención la memoria de Bolívar. Espíritu abierto a las grandes cosas, y no obstante que en ella se impugnasen sus ideas radicales sobre el federalismo, comprendió que era la obra de un hombre de pensamiento y de acción capaz de llevar a cabo grandes empresas. Vistas tan nuevas y reflexiones de tan largo alcance, expuestas en lenguaje tan viril como brillante, que hablaba al instinto, a la razón y al corazón, conquistaron el presidente de la Unión al atrevido plan de Bolívar. Cuando Rivas llegó a Tunja, ya el presidente estaba persuadido. Las recientes ventajas alcanzadas en la invasión parcial de Cúcuta, lo acabaron de decidir. La reconquista de Venezuela quedó resuelta.

CAPITULO XXXVIII

RECONQUISTA DE VENEZUELA. — GUERRA A MUERTE. — PRIMERAS GRANDES CAMPAÑAS DE BOLIVAR

AÑO 1813

Retrospecto venezolano. — Terrorismo de Monteverde. — El golfo Triste y el islote de Chacachacare. — Insurrección de Cumaná. — Aparición de Santiago Mariño, Piar y Bermúdez. — Atrocidades de Cerveris. — Combates de Maturín. — Derrota de Monteverde. — Aparición de Arismendi. — Sublevación de la isla Margarita. — Sitio y toma de Cumaná. — La guerra a muerte ley del vencedor. — Reconquista del oriente de Venezuela por los independientes. — Invasión de Bolívar por el Occidente. — Antecedentes sobre la guerra a muerte. — Nueva Granada decide la reconquista de Venezuela. — Combate de la Grita. — Desavenencias de Bolívar y Castillo. — Distribución del ejército realista de Venezuela. — Bolívar reconquista las provincias de Mérida y Trujillo. — Combate de Carache. — Bolívar declara la guerra a muerte. — Juicio sobre ella. — Continúa la campaña de Venezuela bajo su responsabilidad. — Atrevida marcha estratégica de Bolívar. — Batalla decisiva de Niquitao. — Disolución del ejército de Tizcar. — Ocupación de Barinas. — Batallas de los Horcones y de Taguanes. — Fuga de Monteverde. — Resultados de la campaña. — Juicio universal sobre ella. — Entrada triunfal de Bolívar en Caracas. — Dictadura de Bolívar. — Los dos dictadores de Venezuela. — Primer sitio de Puerto-Cabello. — Batallas de Bárbula y de las Trincheras. — El corazón de Girardot. — Bolívar declarado LIBERTADOR. — La orden de los libertadores. — Sublevación realista de los Llanos. — Aparición de Boves y Morales. — El realista Yáñez. — Ocupación de los llanos por los realistas. — Aparición de Campo Elías. — Batalla del Mosquitero. — Combates de Bobare, Yaritagua y Barquisimeto. — Ataques de Vigirima. — Batalla de Araure. — Asedio de Puerto-Cabello. — Reacción de Boves y Yáñez. — Sublevación en masa del país contra la república. — Efectos de la guerra a muerte.

I

Habíamos dejado pendiente la crónica de la revolución venezolana, en el momento de la primera restauración realista por Monteverde, después de la capitulación de Miranda en San Mateo. (V. cap. XXXVI). Llegamos ahora al punto en que la insurrección independiente vuelve

a aparecer por el oriente de Venezuela y Bolívar va a emprender su reconquista por el Occidente. Para ligar estos sucesos con los anteriores y dar su significación a los personajes que sucesivamente irán apareciendo en la escena histórica, se hace necesario volver a tomar el hilo de la narración en el punto en que la dejamos.

Arbitro absoluto Monteverde de Venezuela después de la capitulación de San Mateo, y nombrado posteriormente capitán general con el título de "pacificador", dió comienzo a su obra de pacificación "con "actos que hacen erizar los cabellos —según las palabras de un histo-"riador imparcial—, y de que hasta los más calurosos partidarios de la "España apartan los ojos estremecidos de horror". Queda ya relatado cómo violó la capitulación y cómo inició su sistema de terrorismo brutal, con prisiones en masa, confiscaciones, vejámenes y rapiñas, a punto de faltar cárceles para contener los presos y morir algunos de ellos de hambre y de sofocación en inmundas crugías. El fiscal de la Audiencia Real de Caracas, decía con este motivo: "En el país de "los cafres no pueden ser tratados los hombres con más desprecio y "vilipendio". En las provincias el terrorismo asumió formas más bárbaras, hasta degenerar en un bandolerismo desenfrenado. Al principio, las persecuciones se redujeron como en la capital, a prisión, saqueo, secuestro, azotes y algunos asesinatos aislados. Nombrado procónsul en la provincia de Cumaná el coronel Francisco Cerveris, uno de los seides de Monteverde, hizo gemir bajo su férula a los habitantes, con un lujo de insolencia que lo hacía más odioso. No satisfecho con esto, propuso a su jefe un plan de gobierno militar con suspensión de la constitución y disolución de los tribunales para pasar por las armas a todos los rebeldes, protestando que por su parte lo ponía en práctica. Tan inhumano fué, que reemplazado en el gobierno por Antoñanzas, el perpetrador de la matanza de San-Juan-delos-Morros, fué considerado éste como un alivio al compararlo con su antecesor. La Real Audiencia de Venezuela, escandalizada por estos excesos, reclamó en vano, y abrió causa criminal a Cerveris, elevando su queja al gobierno de España con condenación de estos procedimientos inicuos, que calificó de "imprudentes e injustos". Y esto no era sino el preludio de la guerra atroz que iba a abrirse por una y otra parte, provocada por la de los realistas, con asesinatos, incendios, mutilaciones y tormentos espantosos, de que ni las tribus salvajes presentan ejemplo.

Esto sucedía cuando los desgraciados habitantes de Venezuela, quebrados por la derrota, herida su imaginación por las calamidades públicas y los trastornos de la naturaleza, estaban dispuestos a recibir de nuevo la dominación colonial como un descanso. Una política mansa, los habría mantenido en paz, deteniendo por algún tiempo al menos el curso de la revolución. El terrorismo de la reacción, hizo huir de las almas los pavores supersticiosos que las amedrentaban, y convirtió en fuerza real lo que era una debilidad moral. Las poblaciones se escondieron en los bosques y en las montañas, huyendo de sus verdugos. Los patriotas comprometidos y perseguidos, emigraron. La miseria, la desesperación, el odio a la tiranía y el sentimiento de la venganza, encendieron la rabia hasta en los indiferentes y los tímidos. Todos comprendieron por el exceso del dolor, que eran preferibles los sacrificios por la independencia al sufrimiento de todos los instantes bajo los golpes de un despotismo, sin caridad siquiera, que ni el descanso les proporcionaba. La insurrección latente estalló en los corazones, provocada por el desenfreno de la reacción. Un puñado de proscriptos dió la primera señal desde un peñasco de las Antillas, y todo el oriente del país volvió a reunirse bajo la bandera revolucionaria.

II

Es famoso en la historia del Nuevo Mundo, el golfo conocido con la denominación de "Triste", descubierto por Colón en su tercer viaje, cuando tocó sin saberlo el continente prometido que buscaba. En su canal de entrada, situado entre la extremidad oriental de la Península de Paria y la isla de la Trinidad, se levanta un islote que lleva el nombre de Chacachacare. Allí se refugiaron los proscriptos de Cumaná, huyendo de las persecuciones de Cerveris. Reunidos en número de cuarenta y cinco hombres, resolvieron renovar la guerra, invadiendo la costa de Cumaná y levantar de nuevo el país contra la restauración española. Púsose a su cabeza, un joven gallardo, natural de Margarita, llamado Santiago Mariño, acaudalado propietario, inclinado a la ostentación, poseído de una ambición inquieta que lo extraviaría en su camino. Formaban su estado mayor: el mulato Manuel Piar, nativo de Curaçao, hermoso de presencia, de temple heroico y de pasiones ardientes, destinado a una gloriosa y trágica carrera; los dos hermanos José Francisco y Bernardo Bermúdez, valerosos ambos pero tan violento y brutal el uno, como el otro juicioso y reposado; y el ingeniero venezolano José Francisco Azcue.

Los proscriptos, sin más armas que seis fusiles y pistolas de bolsillo, con unas pocas municiones adquiridas en la Trinidad, tomaron tierra en la punta de Paria, y sorprendieron un destacamento que vigilaba la costa, apoderándose de veintitrés fusiles. Sin dar tiempo para volver de su asombro a los realistas que ocupaban la Península, se dirigieron resueltamente sobre la inmediata villa fortificada de Güiria. La guarnición, compuesta de 300 hombres naturales del país, se pasó en masa a los expedicionarios, quienes dueños de nueve cañones y cantidad de fusiles, pudieron organizar una columna de 200 hombres bien armados (13 a 16 de marzo de 1813). Bernardo Bermúdez se internó con una partida de 75 hombres y ocupó el pueblo de Maturín, punto importante por su inmediación al Orinoco y su comunicación con los llanos, sobre el río navegable del Guarapiche, donde existía un considerable depósito de pertrechos de guerra. José Francisco Bermúdez se fortificó en Irapa en el fondo de la península sobre el golfo, donde Mariño estableció su cuartel general esperando ser allí atacado.

El golfo estaba dominado por una escuadrilla realista, y Cerveris disponía de 400 hombres, pero tan cruel como cobarde, permaneció a la distancia en observación, en un punto medio entre Cumaná, Barcelona y Maturín. Reforzado con 300 hombres mandados por el vizcaíno Antonio Zuazola, en vez de abrir hostilidades contra los invasores de la península en combinación con su escuadrilla, le ordenó que se dirigiese sobre Maturín. Zuazola, monstruo destinado a adquirir siniestra celebridad, desde su salida de Cumaná empezó a señalar su camino, incendiando las habitaciones y las cosechas, y matando y mutilando bárbaramente a los pacíficos habitantes de la comarca. Los expedicionarios de Maturín habían desprendido algunas partidas vo-
lante para proporcionarse elementos de movilidad en los llanos y su-
lantes para proporcionarse elementos de movilidad en los llanos y su-
Aragua después, resolvieron esperar a Zuazola, y fueron fácilmente derrotadas. Todos los vencidos fueron pasados a cuchillo. El vencedor remitió a Cumaná como trofeos de su victoria varios cajones llenos de orejas cortadas a los vivos y a los muertos, que los realistas de la ciudad clavaron en sus puertas, y se asegura que adornaron con ellas

sus sombreros a manera de escarapelas. En seguida Zuazola, y su segundo José Tomás Boves, el compañero de Antoñanzas en las matanzas de Barinas, publicaron bandos ofreciendo garantías a los que habían huído espantados a los bosques. Los que se presentaron — hombres, mujeres, ancianos y niños —, fueron todos, o asesinados fríamente o mutilados o atormentados bárbaramente. Algunos fueron desollados vivos. A unos les cortaron las orejas y la nariz o les desollaron la planta de los pies o los desjarretaron como bestias de carnicería; otros fueron degollados, o cosidos de dos en dos con tiras de cuero fresco, espalda con espalda, y arrojados en seguida a una laguna putrefacta por la descomposición de los cadáveres. Sucedió que un niño de doce años se presentó ofreciendo su vida para salvar la vida de su padre, único sostén de una numerosa familia pobre. Zuazola hizo degollar a los dos, y al hijo primero que al padre.

Reunido el gobernador de Barcelona, coronel Lorenzo Fernández de la Hoz a la fuerza del bárbaro Zuazola, atacó a los patriotas en Maturín al frente de una columna de 1500 hombres. Piar mandaba la plaza, en ausencia de Bernardo Bermúdez, asistido por el ingeniero Azcue. Sólo contaba con 500 hombres para la defensa. Después de 24 horas de resistencia, hubo de emprender la retirada. Pero antes de ceder el terreno, llevó un ataque de caballería a la brusca, consiguiendo desordenar completamente el enemigo (marzo 20). Rehecho y reforzado Fernández de la Hoz, atacó de nuevo a Piar con 1600 hombres, y fué otra vez batido completamente, replegándose en derrota sobre sus reservas (abril de 1813). Los patriotas, preponderantes, aunque todavía con cortas fuerzas, amenazaban a Cumaná y Barcelona y la Guayana. La expedición de Mariño, que al principio se consideró una calaverada por los realistas, alarmó seriamente a Monteverde, que por este tiempo se ocupaba en preparar la invasión a Nueva Granada. Sus aduladores le habían hecho creer que era un gran guerrero, y lleno de vanidad reunió un ejército de 2000 hombres, y se puso en marcha sobre Maturín, intimando rendición en término de seis horas, pasadas las cuales "entregaría la población al furor de sus soldados". Piar, al frente de 150 infantes, 300 hombres de caballería y dos piezas de artillería, contestó que se defendería hasta la muerte en honor de la libertad. Emprendido el ataque de la posición, las tropas de Monteverde se desordenaron bajo los fuegos certeros de la infantería y artillería de plaza. Una carga de caballería por el flanco llevada por Piar en persona, completó la derrota. Monteverde "escapó de milagro", según propia confesión oficial, dejando en el campo más de 400 muertos, su artillería, armamento, municiones, bagajes y hasta la caja militar (mayo 25). La defensa del territorio invadido quedó confiada al mariscal Cajigal, que limitó sus operaciones a la más estricta defensiva en Barcelona. Los proscriptos triunfantes, tomaron la ofensiva y convergieron sobre Cumaná.

III

La isla de Margarita, frente a la extremidad de la península de Arayo, que ocupa al Norte casi la misma posición que la Trinidad frente a la de Paria al Sud, efectuó su levantamiento por este mismo tiempo, exasperada por la tiranía de los mandones españoles y estimulado su patriotismo por los sucesos de Cumaná. Esta isla, hasta entonces oscura, con una escasa población en una superficie de 300 kilómetros cuadrados, estaba destinada a representar un gran papel en la

historia de la lucha por la independencia. Separada del continente por un brazo de mar como de cincuenta kilómetros, a la altura del golfo de Cariaco — que es al Norte la repetición del golfo Triste al Sud —, y dentro del cual está Cumaná, su dominio era de la mayor importancia para los expedicionarios de tierra firme, así por su posición como punto de ataque y de retirada en comunicación con el exterior, cuanto por la índole de sus habitantes, que avezados a los trabajos de la mar, podían cooperar a la insurrección con elementos navales, combinando operaciones a lo largo de las costas. Esta isla está dividida en dos partes por una montaña, que la corta en dos valles, uno al sud y otro al Norte, que sólo comunican por un estrecho desfiladero fácil de defender. El principal puerto de la parte meridional, está defendido por el castillo de Pampatar, y en el centro, su capital, la Asunción, dominada por la fortaleza de Santa Rosa. La parte Norte, lleva el nombre de Juan Griego, con un buen puerto sobre el mar Caribe, tenía una casa fuerte para su defensa. —Esta descripción, necesaria para la inteligencia de los memorables sucesos de que fué teatro la Margarita, hará comprender la importancia de su posesión, así para los independientes como para los realistas.

Mandaba por entonces en Margarita, en calidad de gobernador, el coronel Pascual Martínez, un tiranuelo de la ralea de Cerveris, que había implantado allí el mismo sistema terrorista de prisiones, azotes, secuestros, destierros, y muerte sin forma alguna de juicio y con lujo de vilipendios. La Audiencia había reprobado sus tropelías, y mandado poner en libertad a los perseguidos por él. Enfurecido, declaró que fusilaría a los reos absueltos por la Audiencia que se atrevieran a pisar su territorio. Entre sus víctimas contábase un hombre de sangre mezclada, pescador en su origen y a la sazón uno de los principales propietarios de la isla, considerado por los isleños como su caudillo natural. Era el tipo grosero pero enérgico del héroe popular, de valor estoico y ferocidad nativa, con rasgos de generosidad, en quien las vehementes pasiones de su indómito carácter, se combinaban con una astucia fría y una ambición aventurera. Llamábase Juan Baustista Arismendi. Perseguido al tiempo de la restauración, habíase ocultado. El gobernador hizo prender a su mujer y a sus hijos, y amenazó fusilarlos si no declaraban su paradero. Arismendi se presentó. Sus bienes fueron secuestrados, su familia quedó en la miseria, y él fué enviado preso a la Guayra. Arismendi juró vengarse. Amnistiado, y de regreso a la tierra natal, fué nuevamente encerrado en un calabozo. Los margariteños se sublevaron en masa. Martínez tuvo que encerrarse con la guarnición en el castillo de Pampatar, donde fué sitiado y rendido. Nombrado Arismendi gobernador de la isla, cumplió su terrible juramento: el gobernador Martínez y veintinueve españoles que cayeron con él prisioneros, fueron pasados por las armas. La guerra a muerte por una y otra parte, empezaba a ser la ley del vencedor.

Inmediatamente se puso en comunicación Arismendi con los expedicionarios de tierra firme y les ofreció todos los recursos de la isla para cooperar a su empresa. Mariño que había tomado la ofensiva resueltamente, y sitiaba a la sazón la plaza de Cumaná, le pidió una escuadrilla para dominar el golfo de Cariaco y bloquear el puerto. Arismendi, con gran actividad, y con la influencia que tenía entre la gente de mar, consiguió armar en breve tiempo tres goletas y once embarcaciones menores, que al mando del italiano José Bianchi envió a Cumaná, juntamente con un cargamento de armas y municiones que

puso a disposición del jefe de la insurrección de Oriente. La plaza de Cumaná, quedó de este modo sitiada por tierra y bloqueada por mar.

IV

Después de la derrota de Monteverde en Maturín, los expedicionarios, con el prestigio de la victoria, considerablemente engrosados y bien armados, convergieron según queda dicho sobre Cumaná. Los realistas a órdenes del gobernador Antoñanzas, desmoralizados y sucesivamente quebrados en diez pequeños combates, se encerraron en número de ochocientos hombres en la capital de la provincia, bien fortificada y artillada con 40 cañones. Mariño estableció el asedio y lo estrechó progresivamente formando una línea de circunvalación como de quince kilómetros. Empero, el sitio se habría prolongado indefinidamente, desde que los sitiados tenían libres sus comunicaciones por la parte de la marina. El oportuno y eficaz auxilio naval de los margariteños, hizo escasear los víveres en la plaza, y los sitiados desmayaron. Intimada la rendición a Antoñanzas, contestó con una baladronada; pero amilanado, no pensó ya sino en la fuga. Al efecto hizo embarcar a bordo de la escuadrilla que tenía en el golfo, cuanto pudo, con el pretexto de ir en busca de auxilios, pero en realidad para salvarse aprovechando de algún descuido de la flotilla bloqueadora (31 de julio). Dejó encomendado el mando del punto a su segundo, quien considerándose perdido, hizo otro tanto en las embarcaciones que aun había en el puerto, mientras negociaba una capitulación con los sitiadores a la vez que clavaba la artillería, y se reunió a Antoñanzas, que no había podido burlar la vigilancia de Bianchi. En tal situación, resolvieron a todo trance aprovechar una ventolina y salir a la mar con ocho velas. Atacados a la salida por la flotilla margariteña, fueron apresados cinco de los buques españoles, salvando sólo tres, y uno de ellos con Antoñanzas herido en el combate, de cuyas resultas murió poco después en Curaçao.

Dueños los expedicionarios de Cumaná, marcharon sobre Cerveris, quien se replegó intimidado; pero antes de hacerlo, mandó fusilar al comandante Bernardo Bermúdez, que había caído prisionero en su poder, el que habiendo salvado moribundo de la ejecución, fué ultimado por su orden en el hospital. Piar, con una fuerte columna, se apoderó de Barcelona. Cajigal, que la defendía, noticioso de que Bolívar invadía por el Occidente se retiró por tierra a la Guayana (agosto de 1813). Al pasar el Orinoco, Boves, y un canario llamado Francisco Tomás Morales destinado a la celebridad, que lo acompañaban, pidieron quedarse en los llanos para hostilizar a los rebeldes. Dióles el general español cien hombres y algunos recursos. Este fué después el núcleo de un ejército formidable que debía hacer desaparecer por segunda vez la república de Venezuela.

José Francisco Bermúdez, al frente de otra columna, ocupó Cariaco, Carúpano y Río Caribe sobre la costa de Paria. Poseído de la furia de la venganza por la muerte de su hermano, pasó a cuchillo cuantos realistas cayeran en sus manos, como lo había jurado, adquiriendo desde entonces la fama de cruel y sanguinario a la par de valiente. Antes, al tiempo de ocupar la plaza de Cumaná, los vencedores, estimulados por él, habían hecho pasar por las armas veinticinco prisioneros de los más señalados, en represalia de los sufrimientos que habían hecho experimentar a los patriotas. La guerra a muerte tomaba así el carácter de una guerra de exterminio sin misericordia.

De este modo fué reconquistado por los independientes, en menos de ocho meses, todo el oriente de Venezuela, Mariño fué reconocido como jefe supremo y dictador de las provincias orientales de Cumaná, Barcelona y Margarita, y Piar por su segundo. Al mismo tiempo (agosto de 1813), Bolívar entraba triunfante en Caracas y era aclamado dictador en el Occidente, después de libertar las provincias centrales de Mérida, Trujillo, Barinas y Caracas, en una de las campañas más extraordinarias de la época, que puede hasta cierto punto parangonarse bajo algunos aspectos con la primera campaña de Bonaparte en Italia.

V

Al finalizar el anterior capítulo (véase cap. XXXVII, § XII), dejamos a Bolívar en los valles de Cúcuta, al frente de 1000 hombres, triunfante de la división realista del coronel Correa que los ocupaba, y reunido a las fuerzas de Pamplona mandadas por Castillo. En esta posición, tomaba por la espalda a Santa Marta, por el flanco a Maracaibo y Coro, y amenazaba de frente las provincias de Mérida y Trujillo, manteniendo en jaque a la de Barinas (marzo de 1813). Ocupábase en gestionar ante el gobierno de Nueva Granada la autorización correspondiente para invadir y llevar adelante la empresa de libertar a su patria, cuando se le presentó un joven venezolano, abogado y coronel, que había sido miembro del congreso de Caracas. Era un hombre instruído y de talento, pero de una exaltación patriótica que rayaba en el frenesí. Enfurecido por los excesos de Monteverde y sus seides, había publicado en Cartagena un plan de exterminio de la raza española, que firmaron con él algunos proscriptos y varios aventureros extranjeros. Consistía en la organización de un cuerpo juramentado de exterminadores "con el principal fin de destruir en Venezuela "la raza maldita de los españoles europeos y los isleños canarios, de "manera que no quedase uno solo vivo", y adjudicarse la mitad de sus bienes, ofreciendo grados y premios a "los que presentasen de veinte "cabezas de españoles para arriba". Bolívar y Castillo prestaron su aprobación a este plan, con la única salvedad de "matar por el momento "a los que se tomasen con las armas en la mano", y someter a la aprobación del gobierno de la Unión lo relativo a la distribución de caudales y cabezas cortadas. Briceño, con esta credencial de sangre, abrió de su cuenta campaña sobre los llanos de Casanare, con una gavilla de ciento cuarenta juramentados. Pocos días después, Bolívar y Castillo recibían una carta, cuyas primeras líneas estaban escritas con sangre, y las cabezas de dos españoles como primeros trofeos de la guerra a muerte por ellos sancionada. Ambos rechazaron con indignación el horrible presente, sobre todo Castillo, que repudió enérgicamente toda solidaridad con el hecho. Derrotado Briceño por fuerzas superiores y tomado prisionero, fué juzgado por un consejo de guerra y fusilado en Barinas conforme a la ley de la guerra. Este antecedente de la guerra a muerte que iba a abrirse, tiene su importancia histórica, porque precisamente la ejecución de Briceño fué una de las causales que dió Bolívar para declararla después, cuando aun no había tenido lugar.

En el intervalo de este sangriento episodio, se habían formalizado los convenios para la reconquista de Venezuela entre el gobierno de la Unión y Bolívar. La república de Venezuela sería restaurada bajo los auspicios de la Nueva Granada en su primitiva forma federal, y sus antiguas autoridades repuestas. El ejército neo-granadino, conservaría

simplemente el carácter de libertador, sin inmiscuirse en el orden interno. La República de Venezuela restablecida, pagaría los gastos de la expedición. Tales fueron las condiciones que suscribió Bolívar, y que juró cumplir fielmente.

Resuelta la invasión, Bolívar ordenó a Castillo avanzar con 800 hombres sobre Correa, fortificado con otros tantos en la angostura de La Grita. El jefe patriota atacó resueltamente la posición enemiga, flanqueándola, y después de un reñido combate, obligó a sus sostenedores a retirarse en derrota hacia Trujillo, con abandono de su artillería desmontada, y a recostarse a Maracaibo. Envanecido Castillo con su victoria y celoso de su jefe, pretendió cruzar los planes de éste, representando al gobierno federal que la expedición tendría un mal éxito del modo que la llevaba. Retiróse luego con parte de sus tropas, y presentó su renuncia en la creencia tal vez de que sería preferido como neo-granadino. El presidente Camilo Torres no trepidó. Optó por Bolívar, y con el grado de brigadier, le confirmó facultad para libertar las provincias venezolanas de Mérida y Trujillo, con prevención de no pasar más adelante y esperar las instrucciones que le llevaría una comisión del congreso, la que representaría el papel de los convencionales militares en los ejércitos de la revolución francesa.

Las fuerzas con que contaba Bolívar para acometer su ardua empresa, muy disminuídas por la separación de Castillo, constaban de dos batallones en cuadro (como 100 hombres cada uno), otro casi completo y un piquete de artilleros, sumando un efectivo total que apenas alcanzaba a 600 soldados. Todo su material se reducía a 5 obuses y 4 piezas de campaña, 1400 fusiles de repuesto y 140.000 cartuchos. Las fuerzas que tenía que vencer alcanzaban a cerca de seis mil hombres, distribuídos de tal manera que cualquiera de las divisiones enemigas podía batirlo con doble número. Sobre el litoral y en el valle de las vertientes occidentales de la cordillera en que operaba, aun le hacía frente Correa con los restos de su división, cubriendo a Maracaibo, donde mandaba Miyares, que contaba con una fuerte guarnición, sostenido por los partidarios armados de la comarca y en comunicaciones con Santa Marta. Otra división de 400 hombres ocupaba Trujillo. Coro estaba defendido por un cuerpo de tropas regladas de 400 hombres al mando del inteligente general Ceballos. Una columna de 900 hombres situada en Barquisimeto, cubría a Coro y protegía a Valencia en el fondo del valle. En las vertientes orientales de la sierra y en los llanos centrales, estaba Tizcar, con un cuerpo de ejército como de 1300 hombres dominando la provincia de Barinas, sostenido por una columna de observación de 900 hombres al mando del canario José Yáñez en los llanos de Casanare. En San Carlos, protegía a Tizcar, y cubría a la vez a Valencia y Caracas —que contaban con fuertes guarniciones— otra columna de 1200 hombres. A retaguardia de todo, estaba Monteverde con la reserva que no bajaba de 700 hombres, con el apoyo de la plaza fuerte de Puerto-Cabello. Empero, tres meses después, el centro de Venezuela estaba reconquistado, como ya lo estaba el Oriente, y Bolívar entraba triunfante en Caracas.

VI

La primera marcha invasora de Bolívar por las vertientes occidentales de la cordillera oriental, que cruza el territorio de Venezuela, fué una serie de relámpagos, que terminó con un rayo. Apoderóse sin resistencia de Mérida, que le ofreció el contingente de un batallón

de 500 plazas y un escuadrón de caballería (30 de mayo). Adelantó la vanguardia, fuerte de 500 hombres, a órdenes del comandante Atanasio Girardot, gallardo oficial neo-granadino que se había distinguido en las primeras campañas de la revolución, y ocupó Trujillo. Desprendió con un grueso destacamento al comandante Luciano D'Eluyar, otro valeroso oficial granadino de la escuela de Girardot, y obligó a Correa, que se había atrincherado en Ponemesa, a refugiarse en Maracaibo. Una gruesa división enemiga de 400 infantes y 50 jinetes, que defendía Trujillo al mando del marino español Manuel Cañas, se replegó a Carache, pueblo decidido por la causa del Rey. Girardot con su vanguardia la atacó y la dispersó en una hora de combate, tomándole 70 prisioneros y un cañón (19 de junio). Los prisioneros españoles fueron pasados por las armas, y el pueblo de Carache declarado "infame" en una proclama del general en jefe. En cincuenta días, las provincias de Mérida y Trujillo fueron barridas de enemigos, cuyo número representaba el doble de los primitivos invasores. Desde este momento, el general expedicionario asumió una actitud independiente como representante de la soberanía de la república de Venezuela y se invistió de hecho del carácter de dictador. En contravención de las órdenes expresas del gobierno de que dependía y contrariando la política bélica de la república cuyas armas comandaba, fulminó por sí una ley de exterminio que comprendía a los beligerantes y a la población en masa del país invadido, a que dió el carácter de ley fundamental, como él mismo la calificó.

La aprobación dada por Bolívar, aunque condicionalmente, al plan de exterminio de Briceño, y las proclamas con que abriera su campaña, indicaban que iba poseído por el delirio de la venganza a consecuencia de las atrocidades cometidas por Monteverde y sus seides. Al ocupar a Mérida había dicho: "Las víctimas serán vengadas; los verdugos "serán exterminados. Nuestros opresores nos fuerzan a una guerra "mortal. Ellos desaparecerán de la América. Nuestra tierra será pur-"gada de los monstruos que la infestan. Nuestro odio será implacable "y la guerra será a muerte". En Trujillo, la declaró solemnemente por medio de un tremendo decreto-proclama, con el acuerdo de una junta que le prestó su aprobación unánime. El documento en que se promulgó es célebre en los anales sangrientos de la humanidad. "La justicia, "dice en su proclama, exige la vindicta y la necesidad nos obliga a to-"marla". Y disponía en consecuencia: "Todo español que no conspire "contra la tiranía en favor de la justa causa, por los medios más acti-"vos y eficaces, será tenido por enemigo, castigado como traidor a la "patria, y en consecuencia será irremisiblemente pasado por las armas". La sentencia de muerte terminaba con estas amenazadoras palabras, que han tenido la sanción de la sangre: "Españoles y canarios: con-"tad con la muerte, aun siendo indiferentes, si no obráis activamente "en favor de la libertad de Venezuela. Americanos: contad con la "vida, aun cuando seáis culpables". Desde entonces fechó sus bandos dictatoriales abriendo una nueva era en los anales americanos: "Año "III de la independencia y primero de la guerra a muerte".

La guerra a muerte declarada por Bolívar en Trujillo y ejecutada al pie de la letra como el terrorismo de la revolución francesa, ha sido contradictoriamente juzgada, bajo diversos aspectos. Preconizada como acto de fortaleza, explicada por la necesidad como cálculo de fría prudencia, justificada como medio de hostilidad, excusada por las perturbaciones morales de la época, nadie, con excepción de los españoles, la ha condenado en absoluto como acto de ferocidad personal, que no

estaba en la naturaleza elevada y magnánima aunque soberbia del dictador. En medio de tan contradictorios juicios, inconsistentes unos y sofísticos otros, sólo dos hombres la han condenado francamente. Uno de ellos, es el mismo Bolívar. En sus últimos años, aleccionado por la experiencia, y después de haber defendido apasionadamente la guerra a muerte ante sus contemporáneos, confesó: que fué un *delirio*, y un delirio estéril, pues que sin la guerra a muerte habría triunfado también; pudiendo agregar que hubiera triunfado mejor. Es que la guerra a muerte estaba en el corazón de los combatientes enconados por la lucha, y el dictador, impregnado de las pasiones de su tiempo y de su medio, y con sus instintos de criollo americano, no fué sino su vehículo; pero al recibir la impresión de su alma fuerte y tomar forma definida bajo su pluma impetuosa, se magnificó trágicamente, y él la exageró como todo lo que caía en su cerebro, en que la imaginación predominaba. El otro que la ha condenado, y sin remisión, es un escritor venezolano, admirador de su genio, que apoyándose en la misma confesión, la estigmatiza ante la moral y la justicia, ante la conveniencia y la necesidad; sienta al Libertador en el banco de los acusados en nombre de su propia posteridad, y calificándola de "crimen" condensa su severo fallo en esta conclusión: "La guerra a muerte, o llámese el "*Terror* de los años 13 y 14, lejos de ser un medio de victoria, fué un "obstáculo para conseguirla. Creó a la república millares de enemigos "en lo interior y le arrebató las simpatías exteriores. Fué la rabia "de una tempestad. Es una mancha de lodo y sangre en nuestra his-"toria".

VII

La guerra a muerte no fué inventada por Bolívar. Desde los primeros días de la revolución, las provincias del Río de la Plata proclamaron la doctrina terrorista, de que eran reos de rebelión, sin remisión, los que encabezaron resistencias contra sus armas, y en nombre de ella, perecieron en un patíbulo el ex virrey Liniers y sus compañeros civiles y militares, del mismo modo que los generales y funcionarios españoles del Alto Perú que cayeron prisioneros. Chile siguió el ejemplo, proclamando la misma doctrina revolucionaria, y la ejecutó en el coronel Figueroa. (Véase cap. VII, § VII). Los españoles a su vez, hicieron la guerra a muerte en Méjico, en el Alto y Bajo Perú, tratando como a rebeldes, según sus leyes, a los que levantaron armas contra el Rey. Montes la practicó en Quito, aunque no sistemáticamente como se ha visto. La Nueva Granada fué una excepción, al reprobar los excesos de sus jefes en las primeras campañas de su revolución, como reprobó el plan de exterminio de Briceño, ordenando a Bolívar ajustarse a las instrucciones que le prescribían la observancia de las leyes regulares de guerra.

En Venezuela, la lucha no tomó un carácter feroz hasta tanto que los elementos indígenas no entraron a intervenir en ella, asumiendo el carácter de contienda intestina. Y debe decirse, en honor de la verdad histórica, que la iniciativa de la guerra a muerte en nombre de la doctrina revolucionaria proclamada en el Plata, en Chile y el Alto Perú, corresponde a los patriotas en Venezuela y no a los realistas. Los jefes españoles Miyares, Ceballos y Cajigal, que encabezaron la reacción, hicieron la guerra con humanidad, reprimiendo o condenando los excesos de sus subordinados, y el comisionado de la regencia Cortabarría ejerció su alta representación con prudencia. Verdad es que la regencia, en el hecho de declarar rebeldes a los insurrectos de Vene-

zuela, los condenaba de derecho a muerte como tales, con arreglo a las leyes de Indias, pero ni las aplicó ni las invocó siquiera. Fueron, por otra parte, los patriotas de Venezuela los primeros que declararon rebelde a la provincia de Coro por no reconocer la supremacía de la junta revolucionaria de la capital, como fueron ellos los primeros en dar el ejemplo de ejecuciones sangrientas y exposición de cabezas cortadas, según se dijo y comprobó antes (véase cap. XXXV, § V). Hasta que apareció Monteverde en la escena, después del terremoto, y puso a saco el pueblo de Carora (marzo de 1812), las tropas españolas no habían cometido ningún exceso. Las horribles matanzas de San Juan-de-los-Morros, Calabozo y villa del Cura, fueron la obra personal de Antoñanzas y Boves acaudillando a los llaneros venezolanos, y no se erigieron en sistema. Después de la capitulación de San Mateo, el terrorismo del mismo Monteverde en Caracas, no fué sangriento, limitándose a vejámenes oprobiosos, a prisiones crueles y secuestros, y alguno que otro asesinato aislado. Las violencias de Cerveris y las atrocidades de Zuazola, fueron resistidas por el gobernador español Emeterio Urueña, que amparó a los perseguidos en Guayana y Cumaná, condenados por el tribunal de la real Audiencia en nombre de la ley común, y protestaron enérgicamente contra ellas con su voz autorizada los realistas más señalados, como Urquiniona, Montenegro, Costa Gali y los generales Miyares y Cajigal, haciendo escuchar las quejas de Miranda desde el fondo de su calabozo. Además, esas atrocidades fueron vengadas por Arismendi en Margarita, por Mariño en Cumaná y por Bermúdez en Paria, y la cuenta corriente de sangre estaba saldada en el oriente de Venezuela.

Cuando Bolívar, después de invadir a Venezuela por el Occidente, declaró en Trujillo la guerra a muerte a los españoles, por razón de raza y no como beligerantes, comprendiendo hasta a los indiferentes, no había corrido más sangre que la de los combates, y ningún exceso bélico había sido cometido por los realistas durante esa campaña en el teatro de sus operaciones. Faltaba, pues, la razón de hecho, aun para decretar la represalia. La primera transgresión a las leyes de la guerra y de la humanidad, fué cometida por los patriotas acaudillados por Briceño, que iniciaron la invasión cortando las cabezas de dos españoles inermes en ejecución del plan de exterminio de raza que había merecido antes la aprobación, aunque condicional, de Bolívar. La razón de la represalia estaba más bien de parte de los españoles. Cuando Briceño fué hecho prisionero y ejecutado previo un consejo de guerra, los realistas usaron de un derecho. Briceño se había colocado hasta fuera del derecho de gentes como los bandidos y los piratas. Sin embargo, esta ejecución fué la única causal que pudo aducir Bolívar para justificar su declaración, lo que importaba hacerse solidario del injustificable crimen de la víctima, al dar a su plan de exterminio la fuerza de una ley. ¡Y es de notarse por lo que respecta a la verdad histórica, que cuando Bolívar invocaba como única causal la muerte de Briceño, éste vivía aún, y su ejecución tuvo lugar en el mismo día en que firmaba su decreto-proclama! Así, la declaración a muerte careció hasta de causal, y fué más bien una provocación a ella, como en realidad lo fué. Y no sólo fué una medida de guerra injustificada, aun como retaliación, sin razón de ser ni necesidad, sin lógica y sin filosofía política, como producto de un delirio según propia confesión, sino también la causa de las derrotas que le hicieron experimentar sus mismos compatriotas acaudillados por los jefes españoles armados con la misma arma de dos filos por él forjada, como lo enseña la historia

quedando así probada por el experimento su esterilidad, hasta como medio de victoria que pudiese darle la sanción del éxito.

En Carache, empezó a ejecutarse el decreto de guerra sin cuartel, con el fusilamiento de los prisioneros, según se explicó antes (§ VI de este capítulo).

VIII

En Trujillo terminaba la misión militar encomendada a Bolívar por el congreso de Nueva Granada; pero el general expedicionario, que al asumir el papel de dictador independiente, se había puesto en contradicción con sus instrucciones, no trepidó en desobedecer la orden de detenerse en su invasión que le fué a la sazón comunicada. No podía renunciar al propósito preconcebido de redimir el territorio esclavizado de Venezuela, y de ceñirse la corona cívica de libertador de su patria; ni debía permanecer en la inacción sin peligro de perder todas las ventajas adquiridas. Decidióse por lo tanto a continuar la campaña bajo su responsabilidad. Las razones que para ello dió al gobierno de la Unión, fueron bien fundadas, y se imponían hasta a la misma prudencia, revelando su gran penetración política a la par que su audacia como guerrero para acometer empresas heroicas. Sus victorias, eran el resultado de la celeridad de sus movimientos y del ímpetu de sus ataques, que habían desconcertado al enemigo magnificando sus fuerzas. Detenerse, era perderse, y abrir las fronteras desguarnecidas de la Nueva Granada a la invasión realista por él contenida, y al avanzar, las defendía mejor. "Si cometiese la debili- "dad, decía, de suspender mis marchas, sería perdido indefectiblemen- "te junto con las tropas de la Unión. Los enemigos reconocerían el "corto número de los soldados invasores, reunirían sus tropas disper- "sas y darían un golpe seguro. Así, mi resolución es obrar con la "última celeridad y vigor; volar a Barinas, destrozar allí las fuerzas "del enemigo, y de este modo libertar a Nueva Granada de los enemi- "gos que podían subyugarla". Como lo dijo, lo hizo. Pero otro móvil igualmente poderoso, lo impulsaba a ir adelante. Desde Cúcuta, resonaba en sus oídos como un toque de clarín, el grito de los proscriptos, que acaudillados por Mariño, Piar y Bermúdez, reconquistaban el oriente de Venezuela. "No me parece imposible, decía entonces, llegar "hasta Caracas y libertar aquella capital, si ya no lo está por los pa- "triotas de Oriente". Y una vez lanzado a la empresa, escribía poco después al presidente neo-granadino, impulsado por la noble emulación: "Temo que nuestros ilustres compañeros de armas de Cumaná "y Barcelona, liberten nuestra capital antes que nosotros lleguemos a "dividir con ellos esta gloria; pero nosotros volaremos, y espero que "ningún libertador pise las ruinas de Caracas primero que yo".

Tizcar, que como queda dicho ocupaba Barinas con un cuerpo de ejército de 1300 hombres, ni sostuvo a Correa para defender a Mérida, ni apoyó a Cañas en Trujillo como pudo haberlo hecho, ni se atrevió a atacar a Bolívar, que le presentaba el flanco. Decidióse al fin a operar por la retaguardia de los invasores, pero en vez de marchar en masa, cometió el error de dividir sus fuerzas. Destinó al coronel José Martí al frente de una columna de 700 hombres de las tres armas con el propósito de cortar las comunicaciones de los republicanos con la Nueva Granada, y atravesar al efecto la cordillera interpuesta entre ambos contendientes. Bolívar, que lo supo y tenía la resolución hecha de invadir a Barinas, previno el movimiento de Tizcar, y tomó la ofen-

siva por una atrevida marcha estratégica, que fué la operación, si no la más combinada, la más feliz de su campaña. Sin perder momento, se puso al frente de la vanguardia considerablemente engrosada, cruzó la cordillera frente a Trujillo y sorprendió un destacamento de 50 hombres, que cubría el paso de Boconó. Su objeto era cortar a Tizcar sus comunicaciones con Caracas y alejarlo de sus reservas echándolo al interior de los llanos. Al emprender su marcha, ordenó a su mayor general Rafael Urdaneta (que sería uno de sus primeros generales), que le siguiera por otro camino más al Sud, con la retaguardia a cargo del comandante José Félix Rivas, a quien ya conocemos, y que sería el héroe de esta campaña. El punto de reunión era la llanura de Guanare en las nacientes del río Portuguesa. Al cruzar la cordillera Rivas y Urdaneta al frente de 400 a 500 hombres, en su mayor parte reclutas de Mérida, encontraron a su frente la fuerte columna de Martí, situada en las mesetas de Naquitao al pie de la sierra oriental, interpuesta entre ellos y su vanguardia, la que a su vez quedaba entre los dos cuerpos de ejército de Tizcar. Si Martí contramarchaba, noticioso de la marcha de Bolívar, éste estaba perdido, tomado entre dos fuegos por fuerzas superiores. De la decisión de este momento pendía el éxito de la campaña. Rivas con gran resolución, de acuerdo con Urdaneta, se decidió por el ataque, y marchó en busca del enemigo a pesar de la superioridad de sus fuerzas. Los realistas estaban posesionados de una alta meseta, con hondos barrancos a su pie. Atacados a las 9 de la mañana (1º de julio) fueron desalojados de esta posición que parecía inexpugnable y se replegaron a otra más fuerte aun. Atacados de nuevo por la espalda al día siguiente (julio 2), quedaron deshechos después de cinco horas de combate. Cuatrocientos prisioneros, y un cañón, fueron los trofeos de esta jornada decisiva. Los prisioneros fueron fusilados sobre el campo, conforme al decreto de guerra a muerte.

El 1º de julio, el mismo día en que triunfaba Rivas en Naquitao, Bolívar estaba en Guanare. Sabedor allí que Tizcar se hallaba tan sólo al frente de 500 hombres, determinó marchar sobre él, antes que pudiera reunírsele la columna de Yáñez. El general español amedrentado, abandonó la posición que ocupaba en los llanos, y se replegó en fuga a las Nutrias en la margen izquierda del Apure. Perseguido activamente por la vanguardia al mando de Girardot, quien se interpuso entre él y Yáñez, obligó a éste a retirarse, y determinó la sublevación de la columna de Tizcar, que se puso en fuga con sus restos hacia la Guayana (julio 13). Mientras tanto, Bolívar ocupaba la capital de Barinas y se apoderaba de 13 piezas de artillería y un considerable depósito de armas y municiones (julio 6). De este modo, en menos de cuarenta y cinco días, estaban reconquistadas las provincias de Barinas, Mérida y Trujillo, vencidas cinco divisiones que sumaban cerca de tres mil hombres, y tomados 600 prisioneros —tantos como fueron los invasores—, con 18 piezas de artillería.

IX

Dueño el general republicano de la provincia de Barinas, rica en recursos naturales y elementos de guerra, remontó sus fuerzas, disciplinó nuevos batallones y formó con los naturales de la comarca numerosos escuadrones de buena caballería, completando así la organización de su ejército, que dividió en tres cuerpos de operaciones, vanguardia, centro y retaguardia, con la actividad que le era característica, formó un nuevo plan de campaña y lo puso inmediatamente en

ejecución. Dispuso que Urdaneta con el centro, se situase en Araure, al pie oriental de la cordillera, en observación de la división española que en San Carlos cubría a Valencia y Caracas, ordenando a la retaguardia destacada en Girardot, se reconcentrara en el mismo punto. Adelantó sus partidas hasta los llanos de Calabozo, buscando ponerse en comunicación con los patriotas de Barcelona y Cumaná en el Oriente. Rivas, con la división de vanguardia, repasó la cordillera, cubierto por el movimiento de avance del centro. El plan no podía ser más vicioso. Comprometía el núcleo de su ejército en una posición avanzada, hacía depender su seguridad del refuerzo contingente que podría prestarle la retaguardia comprometida en el interior de los llanos. Dividía sus fuerzas con la cordillera por medio, acercando a las masas enemigas una división débil a la que no podía proteger, y se exponía a ser batido en detalle en todas partes. Si los enemigos hubiesen reconcentrado las dos gruesas divisiones que tenían al oriente y al occidente de la cordillera y que podían obrar en combinación, cayendo con cuádruples fuerzas sobre Rivas aislado y sin protección, otro habría sido el resultado. Pero cálculo atrevido, en que la imprudencia es prudencia contando con los errores del enemigo, o favores de la fortuna, el plan, tan vicioso como era, surtió todos sus efectos y fué coronado por el éxito más brillante.

El objeto del movimiento aventurado de Rivas, era destruir la columna situada en Barquisimeto, al mando del coronel español Francisco Oberto, considerablemente aumentada con los restos de la división de Cañas batida en Carache, y que a la sazón constaba de 800 infantes y 200 hombres de caballería. El jefe español, confiando en la superioridad numérica y la calidad de sus tropas, salió al encuentro de Rivas en el punto llamado de los Horcones. Rivas, cuya fuerza no alcanzaba a 600 hombres de infantería y caballería, no trepidó en tomar la ofensiva. Rechazado en los dos primeros ataques, volvió por tercera vez a la carga hasta triunfar completamente (22 de julio). Cuatro piezas de artillería, cien muertos, el parque y los bagajes del enemigo, fueron los trofeos de esta victoria, complemento de la de Naquitao, que aseguró el éxito de la campaña. Los prisioneros españoles tomados en el campo, fueron fusilados conforme al decreto de guerra a muerte de Trujillo.

Bolívar no se durmió sobre sus verdes laureles; mostróse hábil y activo para recoger los frutos de su nueva victoria. Repitió sus órdenes a Girardot para que a marchas forzadas se le incorporase con la retaguardia, que acudió a tiempo. Llamó a sí la división triunfante de Rivas, que repasó por tercera vez la cordillera en el espacio de treinta días. Reunió su nueva caballería llanera, y al frente de 1500 hombres más o menos, marchó sin pérdida de momento sobre la división realista situada en San Carlos. Era ésta la última esperanza de los españoles. Constaba de 700 infantes y poco más de 300 hombres de caballería, al mando del coronel Julián Izquierdo. El jefe español, tan valiente como poco cauto, cometió la imprudencia de presentar batalla en la llanura descubierta de Taguanes frente a San Carlos, siendo inferior en caballería. Atacados de frente los realistas por la infantería republicana, a la vez que la caballería llanera amenazaba cortarles la retirada hacia Valencia, pusiéronse en retirada, marchando y combatiendo en orden cerrado por el espacio de seis horas. Ya estaban próximos a alcanzar el pie de la inmediata serranía, que era la salvación, cuando cortada otra vez su retirada por la caballería y atacados de nuevo por la infantería republicana, sus escuadrones se desbandaron

y sus batallones se desordenaron, cayendo mortalmente herido el coronel Izquierdo. Fué una victoria completa. Los que no se dispersaron o fueron muertos, quedaron prisioneros. Los historiadores españoles, confesaron una pérdida de 700 infantes. Bolívar dice, con tanta energía como concisión: "Todos sus batallones perecieron o se rindieron. "No se salvó un infante. un fusil". Fué la batalla final de la campaña del occidente de Venezuela y de la primera gran campaña del libertador sudamericano.

X

Monteverde, confiando en que el ejército de Tizcar daría cuenta de la invasión del Occidente, al saber la ocupación de Barinas, se trasladó a Valencia, con el objeto, según decía, de dar dirección a las operaciones. Dejó sacrificar, sin darle instrucciones, a la columna de Oberto en Barquisimeto, y dió órdenes y contraórdenes a la de Izquierdo en San Carlos para retroceder o avanzar, debilitándola en vez de auxiliarla oportunamente como pudo, sin acertar siquiera a reunir ambas, o reconcentrarlas a su reserva o reforzar una de ellas, lo que le habría dado el triunfo. Aquí, como en Maturín, mostró que no tenía cabeza militar, y que sólo la fortuna ciega le había favorecido en su empresa de la restauración de Venezuela, que parecía anunciar, si no un genio, por lo menos un hombre de corazón o cabeza. Las derrotas sucesivas de los Horcones y de Taguanes, lo anonadaron moral y militarmente. Contaba aún con un cuerpo de tropas como de 700 a 800 hombres. Había empezado a fortificarse en Valencia con el propósito de defenderse cuando supo el avance de Bolívar sobre San Carlos. Tardíamente salió en apoyo de Izquierdo con algunas compañías de infantería y caballería; pero en el camino recibió la noticia de su derrota, retrocedió en fuga, abandonó cobardemente a Valencia y encerróse en Puerto-Cabello. Bolívar ocupó Valencia sin resistencia. apoderándose allí de treinta piezas de artillería de grueso calibre y un gran parque de armas y municiones.

La ciudad de Caracas contaba todavía con una guarnición como de 1500 urbanos y voluntarios: pero aterrada por los desastres y el anuncio de la marcha del vencedor sobre la capital, se disolvió en su mayor parte, y el jefe de la plaza que lo era el general Manuel Fierro, se resolvió a capitular de acuerdo con una junta de guerra que reunió al efecto, en que sólo un oficial subalterno votó por la resistencia. Bolívar acordó generosamente una capitulación honrosa. prometiendo olvido del pasado y garantías a las personas y propiedades, bajo la condición de que le entregaran todos los pueblos comprendidos en la provincia de Caracas ocupados por los españoles. Fierro, temeroso de que Bolívar observase la misma conducta que Monteverde después de la capitulación de San Mateo, se anticipó a evacuar la plaza embarcándose en la Guayra con lo que pudo. Monteverde, por su parte, se negó a ratificar la capitulación de Caracas, y con razón, pues ella le imponía la obligación de evacuar a Puerto-Cabello, y dejó así entregados a merced del vencedor a más de quinientos españoles comprendidos en la ley de guerra a muerte que no pudieron huir con Fierro.

La reconquista de la República de Venezuela quedó así operada. La revolución y la reacción volvían a ocupar las mismas posiciones de 1810 y 1812: todo el centro y el Oriente, por los independientes, desde la cordillera al Orinoco; y en los dos extremos, el litoral de Occidente y la Guayana por los realistas. Una nube que amenazaba otra reacción,

aparecía en los llanos del Oeste, pero aun no se había condensado. Sólo quedaba Puerto-Cabello por las armas del Rey en la provincia de Caracas. Si Bolívar, después de ocupar a Valencia hubiese marchado con su acostumbrada actividad y resolución sobre esta plaza, la habría tomado fácilmente, pues nada había previsto para su defensa, y hasta sus fortificaciones estaban desmanteladas. Pero en vez de esto, el Libertador, atraído por la vanagloria, se dirigió con todo su ejército a Caracas en busca de las embriagantes ovaciones que le esperaban, y dejó tiempo a Monteverde (veinte días) para hacerse inexpugnable, cometiendo el mismo error de San Martín después de Chacabuco, al dar respiro a los enemigos vencidos para fortificarse en Talcahuano.

De todos modos, la campaña reconquistadora estaba gloriosamente terminada. En ella mostró Bolívar por la primera vez que, si no era un general metódico ni tenía una educación militar, poseía en alto grado, a la par de las dotes del caudillo revolucionario, el genio de la guerra y la inspiración ardiente en medio de la acción, elevándose de un golpe, en su escala, al rango de los célebres capitanes antiguos y modernos. La rapidez para concebir y la audacia para ejecutar sin trepidación; la fortaleza para sobreponerse a los contrastes y el ímpetu heroico para ir siempre adelante; el prestigio para dominar moralmente al enemigo e infundir confianza a los suyos; la intuición para prevenir las maniobras, aun cometiendo errores que el éxito coronaba, y la presencia de espíritu para utilizar sobre la marcha los frutos de sus victorias, tales fueron las grandes cualidades morales y militares que reveló como hombre de acción y de pensamiento en esta memorable campaña. Sus resultados fueron: seis grandes combates, que valen batallas, ganados en un trayecto de 1200 kilómetros sin un solo revés, al través de dos cordilleras; cinco gruesos cuerpos de ejército que sumaban 4500 hombres, dispersados, muertos y prisioneros o rendidos con sus armas y banderas; la captura de 50 piezas de artillería y tres grandes depósitos de guerra; la reconquista de todo el occidente de Venezuela de cordillera a mar, ligando sus operaciones con las del ejército del Oriente ya rescatado, y la restauración de la república independiente de Venezuela. Y todo esto, con 600 hombres y en noventa días. Nunca con menos se hizo más en tan vasto espacio y en tan breve tiempo. Con razón un historiador europeo, al condensar el juicio universal a su respecto, ha dicho: "Esta rápida campaña, que los entendidos colocan al lado de las más atrevidas empresas militares de que "la Europa era entonces teatro, ha sido el germen de la grandeza futura de Bolívar, y le ha merecido el primero, y quizás el más hermoso y el más puro florón de su corona triunfal, cuya gloria no "puede ser marchitada ni aun por el acto de triste memoria en que proclamó la guerra a muerte".

XI

Bolívar entró en triunfo en su ciudad natal (6 de agosto), de la que había salido un año antes, proscripto, oscuro y con un tizne en la frente. El pueblo lo aclamó con entusiasmo como su libertador, las campanas se echaron a vuelo, las salvas de artillería resonaban en Caracas y en las fortalezas de la Guayra, el camino que recorría estaba sembrado de flores y las bendiciones llovían sobre su cabeza. Un grupo de bellas jóvenes vestidas de blanco adornadas con los colores nacionales tomó las riendas de su caballo y le coronó de laureles, mientras las músicas militares sonaban la marcha triunfal de la independencia

y la libertad. El triunfador merecía esta ovación a doble título; había vencido y no manchó su victoria con ninguna venganza. A pesar de la sentencia de muerte que pesaba sobre la cabeza de los españoles, y que sólo había ejecutado hasta entonces en los prisioneros tomados con las armas en la mano en el campo de batalla, no usó de su tremenda facultad, y se limitó a mantenerlos presos, secuestrando sus bienes. Las prisiones de los cautivos patriotas se abrieron. Los vencidos quedaron amparados por el contento general, según el testimonio de uno de los más acerbos enemigos del triunfador.

Dos días después anunciaba al pueblo el establecimiento de la república de Venezuela, bajo los auspicios auxiliadores de la Nueva Granada, que había ido, según sus palabras, "no a dictar leyes, sino a "restablecer su independencia y su libertad, dejándolo dueño de sus "destinos". Empero, guardóse bien de restaurar (con arreglo a las instrucciones neo-granadinas que había jurado) la antigua república federal de Venezuela, a la que era radicalmente opuesto por principios y por el instinto de la seguridad común. "Recórrase la presente "campaña —decía sobre este tópico, en una proclama posterior—, y se "hallará que un sistema muy opuesto ha restablecido la libertad. Malograríamos todos los esfuerzos y sacrificios hechos si volviéramos a "las embarazosas y complicadas formas de administración que nos "perdió". En consecuencia, se proclamó dictador y se dió a sí mismo el título de *Libertador*. "La urgente necesidad de acudir a los enemigos, "decía a sus conciudadanos, me obliga a tomar en el momento delibe-"raciones sobre las reformas que eran necesarias en la constitución. "Una asamblea de hombres virtuosos y sabios debe convocarse y san-"cionar la naturaleza del gobierno en las circunstancias extraordinarias "que rodean a la república. El Libertador de Venezuela renuncia para "siempre y protesta formalmente, no aceptar autoridad alguna que no "sea la que conduzca nuestros soldados a los peligros para salvación "de la patria". Esta fórmula, que descubría la ambición de mando que desde entonces empezó a devorarlo, y que repetiría toda vez en que lo reclamase en el hecho como una propiedad suya, era, empero, la única que respondía a las necesidades de la situación. La república federal bajo su antigua forma, era la anarquía y la derrota segura, y Bolívar obró con previsión y patriotismo al asumir la dictadura política y militar como lo único que podía salvar, ¡quizá! a Venezuela. Asímismo se perdió por segunda vez.

Venezuela tuvo así dos dictadores a la vez: uno en Oriente, otro en Occidente. Tan ambicioso el uno como el otro, ambos aspiraban al mando general. Mariño, que como se dijo antes se había hecho proclamar jefe supremo de las provincias orientales de Cumaná, Barcelona y Margarita, envió comisionados a Bolívar, para tratar de igual a igual respecto del sistema de gobierno que convendría adoptar para la república, lo que importaba la exigencia del reconocimiento previo de la autoridad independiente de que estaba en posesión. Bolívar, que temía que esta división rompiese la unidad de las provincias y debilitase el nervio de la guerra —además de la supremacía a que se consideraba con derecho—, retardó por algún tiempo hacer tal reconocimiento. El patriotismo y la recíproca seguridad aconsejaban centralizar el mando, o por lo menos combinar los esfuerzos contra el enemigo común. La autoridad de hecho del uno era tan legítima como la del otro a título del territorio por ellos ocupado, como igualmente ilegal del punto de vista de las formas; pero la de Bolívar se imponía como necesaria, porque era el alma de la revolución, representaba el sentimiento nacional y la alianza con Nueva Granada cuyas armas mandaba, mientras

la de Mariño, sin plan político y sin ideales, sólo tenía por objetivo inmediato el mantenimiento de una informe confederación militar de dos satrapías independientes, que entrañaban la disolución. Pero mientras su carácter de dictador de Oriente no fué expresamente reconocido por Bolívar, Mariño se mantuvo en inacción con un poderoso ejército, absteniéndose de concurrir a la guerra de Occidente, y hasta de hacer sentir su acción militar en los llanos intermedios donde a la sazón empezaban a reaccionar los realistas, sin abrir siquiera hostilidades sobre la Guayana, donde el enemigo se resistía.

Bolívar, aunque tardíamente, había establecido el sitio de Puerto-Cabello; pero los veinte días perdidos con su vana entrada triunfal en Caracas, nunca los pudo recuperar; y no sería ésta la última vez en que llamado por la vanagloria, sacrificase a ella la verdadera gloria de una campaña, que es el triunfo definitivo. El 25 de agosto se presentó delante de la plaza y se apoderó bajo el fuego de las defensas exteriores, reduciendo a los sitiados al castillo y sus aproches, merced al valor de las tropas granadinas, que constituían el nervio del Ejército Unido, según el mismo general en jefe. En seguida, con las piezas de artillería tomadas en Valencia, estableció contra-baterías, y apagó los fuegos de la escuadrilla del enemigo que hostilizaba uno de sus flancos, dominando el río adyacente con tres bergantines. El general sitiador, intentó apoderarse de la plaza por medio de un golpe de mano nocturno. Al efecto hizo avanzar dos divisiones ligeras (31 de agosto) y atacó los fuertes destacados, obligando al enemigo a replegarse a las estacadas que protegían los aproches de sus murallas. El ataque fué rechazado. El único resultado de esta tentativa, fué tomar prisionero al bárbaro Zuazola, que mandaba uno de los fuertes. Bolívar propuso canjearlo por uno de sus jefes prisioneros, pero Monteverde se negó. Zuazola fué suspendido en una horca delante de los muros de Puerto-Cabello.

Mientras tanto, la reacción volvía a levantar la cabeza por todas partes: en los alrededores de Caracas, en las costas de sotavento, en la cordillera, en los valles, en los llanos altos y bajos del centro y en Barinas. El dictador fulminó entonces su último rayo de guerra a muerte, que debía ser seguido por una de las hecatombes más sangrientas que recuerde la historia. Decretó, en su forma habitual de proclama (6 de septiembre), que incurrirían en la pena de muerte todos los americanos antes exceptuados, y que los declarados traidores a la patria, serían juzgados y condenados por simples sospechas vehementes. De este modo corregía y agravaba el error de lógica de la proclama-decreto de Trujillo, igualando ante la traición a españoles y americanos; pero lógicamente produjo efectos desastrosos, y contribuyó, aunque indirectamente, a su final derrota en la nueva campaña que emprendía, no obstante los grandes triunfos que alcanzó. ¡Lógica del destino!

Por este tiempo (16 de septiembre), arribó a Puerto-Cabello una expedición salida de la España, compuesta de la fragata *Venganza* de 40 cañones, una goleta de guerra y seis transportes, conduciendo un regimiento de 1200 plazas, denominado de Granada, mandado por el coronel José Miguel Salomón. El general republicano con sus tropas enfermas y debilitadas por la insalubridad del clima de Puerto-Cabello, vióse obligado a levantar el sitio, y se retiró a Valencia, con el objeto de reponerse, y de atender a las provincias del interior convulsionadas a su espalda, a la vez que observar los movimientos del enemigo por su frente, y por el flanco occidental que había descuidado, como Mariño había descuidado el suyo por el Oriente así como su frente de los llanos de Apure.

XII

Envalentonado Monteverde con la retirada de los republicanos y con el refuerzo recibido, se puso en campaña al frente de 1600 hombres, dejando guarnecida la plaza con los voluntarios españoles. Con esta fuerza bien dirigida, con el concurso simultáneo de la sublevación de los llanos y de las guarniciones de Maracaibo y Coro, el general español habría podido domar por segunda vez la revolución de Venezuela; pero cometió el error de no concertar ningún plan, y el más grave de dividir sus fuerzas (septiembre 25).

Puerto-Cabello se halla dividido de la planicie en que se asienta la ciudad de Valencia, por uno de los últimos ramales de la cordillera oriental que la envuelven por el Oeste, el cual sólo tiene dos caminos de acceso: el uno llamado de Aguacaliente y de las Trincheras, y el otro el del valle de San Esteban, dominado a su entrada por las alturas de Bárbula. Monteverde ocupó las Trincheras y se fortificó en esta posición, adelantando una vanguardia de 500 hombres sobre las alturas de Bárbula, a distancia de diez kilómetros sobre su flanco derecho. Bolívar permaneció indeciso por el espacio de cuatro días ante este despliegue inexplicable de fuerzas, a la espera del desarrollo del plan del enemigo; pero convencido al fin de que no tenía ninguno, resolvió tomar la ofensiva aprovechando la ventaja que la incapacidad de Monteverde le brindaba. Lanzó sobre Bárbula las probadas tropas granadinas al mando de Girardot y D'Eluyar, sostenidas por una columna a órdenes de Urdaneta, que treparon valientemente las fuertes posiciones del enemigo, desalojándolo de ellas. Al coronar los neo-granadinos triunfantes la altura de Bárbula, una bala de fusil hirió en la cabeza al valeroso Girardot, derribándolo sin vida (30 de septiembre). Las tropas granadinas pidieron en premio de su victoria, que se les concediera el honor de llevar solas el ataque sobre las Trincheras para vengar la muerte de su jefe, y Bolívar lo concedió; pero hízolas apoyar por una columna de 1000 venezolanos, exaltando así el sentimiento de noble emulación de los ejércitos unidos. Monteverde fué forzado en sus atrincheramientos, con pérdidas considerables, y herido él mismo en la pelea (3 de octubre) volvió a encerrarse en Puerto-Cabello. El coronel Salomón tomó interinamente el mando de la plaza. El sitio de los republicanos volvió a restablecerse bajo la dirección inmediata de D'Eluyar con las tropas granadinas.

Bolívar, siempre ávido de emociones teatrales, voló de nuevo a la capital en busca de nuevas ovaciones y honores para los muertos y los vivos. Excesivo en todo, después de comparar la reconquista de Venezuela a las cruzadas de la cristiandad, decretó en forma de ley, honores a la memoria de Girardot, cual no se habían tributado jamás a un general vencedor muerto en el campo de batalla. Hizo su elogio fúnebre en una proclama en que lo comparó a Leónidas por sus hazañas, declarando que a él debía muy principalmente la república de Venezuela su restablecimiento y la Nueva Granada sus más importantes victorias. Los ciudadanos llevarían luto por su pérdida durante un mes consecutivo; su corazón sería llevado en triunfo a Caracas, y depositado en un mausoleo erigido en la Catedral; sus huesos se transportarían a Antioquía, su patria; su batallón llevaría por siempre su nombre, el cual se inscribiría en todos los registros públicos de las municipalidades de Venezuela, "como el primer bienhechor de la Patria"; y por último, acordaba el goce de sus sueldos a toda su posteridad con las gracias y preeminencias de la gratitud pública empeñada. Después de

esto, ya no quedaba más que un honor posible a los sobrevivientes, y es el que se reservaba él al dirigirse a la capital. "Yo no me aparto de "vosotros, dijo en tal ocasión a su ejército, sino para ir a conducir en "triunfo el gran corazón del inmortal Girardot". Este viaje fúnebre en momentos en que la reacción realista triunfaba en los llanos — del modo que luego se explicará —, y una invasión lo amenazaba por el Occidente, ha sido severamente criticado por sus contemporáneos en Europa y América y hasta por sus mismos ministros como acto de vanidad pueril y de ostentación teatral. El único historiador nacional que lo excusa, tiene que asignarle otros motivos más serios que los dados por él mismo. El secreto del viaje fúnebre iba encerrado en la urna del corazón de Girardot.

En el mismo día en que se tributaron honores póstumos a Girardot (octubre 14), el gobernador político de Caracas nombrado por el dictador, convocó presurosamente a la Municipalidad, con asistencia tan sólo de los corregidores de la ciudad, el prior del consulado y el administrador general de rentas, hasta completar con dificultad el número de veinte empleados. Constituídos por sí y entre sí en asamblea soberana, decretaron sobre tablas en nombre del pueblo, a propuesta del gobernador, que se invistiese a Bolívar del carácter de capitán general de los ejércitos de Venezuela, y le confirieron por aclamación y a perpetuidad el "sobrenombre" (palabra del acta) de "Libertador", que él mismo se había anticipado a darse en documentos públicos, y nunca dado por ninguna asamblea soberana a ningún hombre del mundo. Al mismo tiempo mandaron fijar en las portadas de todas las municipalidades una inscripción: BOLIVAR, LIBERTADOR DE VENEZUELA. He aquí el origen del glorioso título con que Bolívar ha pasado a la historia. La posteridad lo ha confirmado, olvidando los pobres medios porque fué alcanzado y la pequeñez moral del que lo aceptó en nombre de la soberanía popular, de quienes no podían hacer otra cosa que lo que él les permitiese, cuando había negado al pueblo, al proclamarse justificadamente dictador, la capacidad de instituir un gobierno propio. Era el primer síntoma del delirio de las vanas grandezas personales.

Bolívar aceptó el título como sometiéndose a la voluntad del pueblo, manifestando que era para él "más glorioso que el cetro de todos los "imperios de la tierra". Al mismo tiempo declaró con modesta justicia, que el congreso de Nueva Granada y sus compañeros de armas eran los verdaderos libertadores, que merecían más que él la recompensa de la gratitud pública. Para pagar esta deuda instituyó la "Orden militar de los Libertadores". Invocando la voluntad de los pueblos, decretó una estrella de siete radios, símbolo de las siete provincias de la república, condecoración que usarían los que hubiesen merecido el renombre de tales por una serie no interrumpida de victorias, los que serían denominados así y considerados como bienhechores de la patria, con derecho incontestable a ser preferidos a personas de igual mérito en los empleos. Esta fué la primera orden de su género instituída en Sud América, menos aristocrática que la Cincinatus criada antes por Washington, y más democrática que la "Legión de Mérito" y la "Orden del Sol", instituídas por O'Higgins y San Martín en Chile y Perú, no establecía desigualdades artificiales, y después de servir de noble estímulo, debía extinguirse con la vida de los libertadores sin transmitirse a título de herencia de la gloria.

XIII

Mientras el Libertador malgastaba su tiempo en teatrales ceremonias fúnebres, haciéndose acordar o aceptando en vida honoros póstumos, la reacción se aprovechaba para sublevar las poblaciones de las campañas en pro del Rey, haciendo a su vez la guerra a muerte.

Van a reaparecer ahora aquellos cien hombres desprendidos en el Orinoco de la columna dispersa de Cajigal, que según lo anunciamos, debía ser el núcleo de un ejército formidable que haría desaparecer por segunda vez la república de Venezuela (§ IX de este cap.). Como se recordará, estos cien hombres eran mandados por dos oficiales oscuros llamados José Tomás Boves, peninsular, y Francisco Tomás Morales, canario, destinados ambos a adquirir una gran celebridad. El verdadero nombre de Boves era José Tomás Rodríguez, natural de Gijón, en Asturias. Piloto en su mocedad, había sido condenado a ocho años de presidio en Puerto-Cabello por actos de piratería. Indultado, cambió su nombre por el de Boves en gratitud a uno de sus benefactores, y se dedicó al comercio de mercerías. Al estallar la revolución, hallábase en la ciudad de Calabozo, y se alistó bajo sus banderas; pero perseguido en su persona y en sus bienes como desafecto a ella, se hallaba en la cárcel del pueblo de Calabozo cuando Antoñanzas invadió por la primera vez los llanos bajos de Caracas y fué uno de los verdugos de la matanza de San Juan-de-los-Morros. Desde entonces abrazó con ardor la causa del Rey, y como queda dicho, hizo la campaña del Oriente con los realistas, hasta que después de la pérdida de Barcelona, se retiró con ánimo de mantener en los llanos la guerra de partidarios. Francisco Tomás Morales, su compañero y segundo, ordenanza de milicias en su origen y pulpero después, había hecho sus primeras armas al frente de una partida independiente en Barcelona después de la capitulación de San Mateo, siendo entonces nombrado subteniente de artillería por Monteverde. Eran dos hombres del mismo temple, pero de diverso temperamento. Los dos eran tan valientes como feroces, y sin más luces que las naturales, tenían el instinto de la guerra y la astucia del salvaje, con una actividad infatigable y una terrible voluntad de hierro, que se imponía en el mando asimilándose a la naturaleza semibárbara de las tropas que acaudillaban, sin retroceder ante ningún medio de hostilidad, por horroroso que fuera. Pero Boves, en medio de su ignorancia y su brutalidad, poseía cierta elevación moral; mataba y destruía sin complacencia hombres y cosas, como quien suprime obstáculos, pero era generoso a su manera, y buscaba el triunfo de su causa más que el provecho personal, abandonando el botín a sus soldados. Morales, por el contrario, rapaz y de una fría crueldad, sin retroceder ante ningún peligro, y con cabeza para combinar empresas atrevidas, se gozaba en presenciar la agonía de las víctimas que hacía sacrificar, y se aprovechaba de los despojos de la guerra para enriquecerse. Estos dos hombres, que descubrieron el talón vulnerable de la revolución, son los que le dieron el conocimiento de las fuerzas populares que más tarde supo ella asimilarse y poner en actividad para triunfar.

Hasta entonces el movimiento revolucionario de Venezuela estaba circunscripto a las ciudades. El mismo Bolívar, con todas sus grandes cualidades de caudillo revolucionario, no había sospechado que existiese otra fuerza que pudiera contrarrestarlas. Boves y Morales, por instinto de la masa popular a que pertenecían, descubrieron esa

gran fuerza latente, y la utilizaron en favor de la causa del Rey. Usando de la tremenda arma esgrimida por Bolívar como medio de guerra, proclamaron a su vez la guerra a muerte, exaltando las propensiones feroces de las multitudes de los llanos, y les ofrecieron la matanza y el saqueo. A su voz se levantaron todos los llaneros del centro de Caracas. Los que no obedecieron el primer llamado fueron compelidos por el temor de la muerte. Su sistema de alistamiento era tan elemental como su organización militar. En cada localidad publicaban un bando llamando a enrolarse bajo su bandera a todos los hombres aptos para tomar las armas bajo pena de la vida, y la amenaza se cumplía sin remisión. Con los hombres así reunidos en cada localidad, cualquiera que fuera su número, formaban escuadrones con la denominación del distrito. Cada hombre acudía con la lanza, y los caballos, que abundaban en el llano, se tomaban donde se encontraban. La táctica no era mucho más complicada: consistía en marchar sobre el enemigo y acometer sin mirar para atrás. Boves, con lanza en mano a la par de ellos, los conducía a la pelea, enseñándoles el secreto de vencer, que era el desprecio de la muerte. Así consiguió formar un ejército de 2500 hombres de intrépida caballería, cual hasta entonces no se había visto en América, que dominó los llanos de Caracas.

Otro hombre, del temple de Boves y Morales era el comandante realista José Yáñez, de quien hemos hecho mención antes, canario también, no menos atrevido y sagaz, pero más metódico en sus empresas militares. Replegado a San Fernando del Apure después de la disolución del cuerpo de ejército de Tizcar (véase § VIII de este cap.), había organizado allí, auxiliado desde la Guayana, una división compuesta de un batallón de 500 plazas a que dió el nombre de "Numancia", y dos regimientos de caballería llanera de cuatro escuadrones de 125 cada uno; en todo, como 1.500 hombres. Con esta fuerza, invadió la provincia de Barinas, sin esperar a que las llanuras a la sazón inundadas, se secaran (septiembre), y apoderóse de ella, abriendo comunicaciones con Maracaibo y Coro. De este modo Yáñez y Boves se dividieron el dominio de los llanos: el primero en los del Apure y llanos altos de Barinas, y el segundo en los llanos bajos de Calabozo y demás de la provincia de Caracas.

Boves abrió su campaña derrotando una división de 1000 hombres de las tres armas, salida a su encuentro al mando del comandante Tomás Montilla. Lo sorprendió cerca de Calabozo, en el hato de Santa Catalina (septiembre 20) y pasó a cuchillo a los prisioneros, en retaliación de la guerra a muerte; apoderóse de los depósitos de guerra allí existentes, e incorporando a sus filas la caballería republicana que se le pasó en masa, avanzó hasta la villa del Cura, que entregó al saqueo.

En este momento hizo su aparición en la escena de la guerra, un hombre singular del temple férreo de Boves, que con no menos valentía y ferocidad puso a raya su terrible ímpetu. Nada se sabía de él sino que era español. Había pasado muy joven a América, donde casó. Al abrir Bolívar su campaña libertadora, encabezó el pronunciamiento de Mérida, levantó un batallón, abandonando esposa e hijos se embanderó en la causa de la independencia, y le entregó, con su vida y alma, su fortuna adquirida por el trabajo. Asistió a todas las batallas de la campaña libertadora desde la de Carache hasta la de las Trincheras, donde fué ascendido a teniente coronel sobre el campo, señalándose siempre por su valor indomable y por su crueldad con los prisioneros, a quienes no daba cuartel. Se ignora la causa de su pasión

dominante, que era un odio mortal a sus paisanos de quienes decía: "Después que matara a todos los españoles, me degollaría yo mismo, y así no quedaría ninguno". Llamábase Vicente Campo Elías. Este fué el hombre del momento.

Destacado Campo Elías del ejército de Valencia con una división de 1000 fusileros, reunió bajo su bandera 1500 hombres más de caballería, y marchó en busca de Boves, que a la entrada de los llanos le esperaba con 2500 jinetes y 500 infantes mandados por Morales, en el punto denominado el "Mosquitero" que sería famoso. La batalla se empeñó en el mismo día en que Bolívar se hacía dar el título de Libertador en Caracas. Boves, con su audacia acostumbrada, envolvió con una impetuosa carga de caballería toda el ala izquierda de los republicanos y se empeñó sin orden en la persecución. Campo Elías, sin desconcertarse, cargó en masa sobre el grueso del enemigo, con tal ímpetu, que en quince minutos lo dispersó completamente. La infantería rendida, fué degollada casi en su totalidad sin misericordia, escapando Morales gravemente herido. La caballería llanera fué lanceada en su mayor parte. Boves y Morales derrotados se retiraron con 20 hombres a la margen izquierda del Apure. Los llanos inundados en esta estación del año, no permitieron que fuesen perseguidos. Pronto los veremos reaparecer al frente de un nuevo ejército más formidable. Mientras tanto, en el pueblo de Calabozo rescatado, sus vecinos indefensos, americanos todos ellos, fueron fusilados como traidores, por haber auxiliado a Boves. Esta conducta sanguinaria de Campo Elías, ajustada al segundo decreto de guerra a muerte de Bolívar, acabó por decidir a los llaneros. Al ver que no se les daba cuartel, con armas o sin ellas, abandonaron sus hogares y buscaron en Boves un vengador. Este fué uno de los frutos de la guerra a muerte.

XIV

La victoria del Mosquitero, fué pagada con tres derrotas que se sucedieron casi simultáneamente. El general Ceballos desde Coro, al anuncio de la llegada del refuerzo del regimiento Granada y de la sublevación de los llanos, se puso en campaña al frente de todas las fuerzas disponibles de su provincia, que no pasaban de 350 hombres, y llamando a sí todos los partidarios de la comarca, combinó un plan de invasión con la guarnición de Puerto-Cabello, que constaba de 1700 hombres, a la que debía concurrir Yáñez con su columna situada en Barinas (septiembre 24). Una división republicana avanzada en Bobare al occidente de Barquisimeto, fué batida por él, dejando en su poder un cañón y varios muertos y prisioneros (17 de octubre). Ocho días después (25 de octubre), los dispersos de Bobare, reforzados por 300 hombres de caballería, eran nuevamente deshechos en Yaritagua, al oriente de Barquisimeto, dejando 126 muertos en el campo. Ceballos estableció su cuartel en Barquisimeto. Los restos de los independientes derrotados, se replegaron a Valencia.

El general Urdaneta, que al frente de 80 hombres había avanzado hacia el Occidente para abrir operaciones sobre Coro, vióse obligado a detener sus marchas y dió parte a Bolívar de su apurada situación. El Libertador se puso inmediatamente en campaña, y reforzando la columna de Urdaneta, marchó en busca de Ceballos a la cabeza de 1300 hombres. Ceballos tenía 500 hombres de infantería y 300 de caballería con un pedrero. Bolívar atacó con 200 jinetes por uno de los flancos la posición que ocupaban los realistas en Barquisimeto que se

halla situada en una alta meseta, y dispersando la caballería realista consiguió apoderarse con la infantería de una parte de la ciudad, donde hizo repicar las campanas en señal de triunfo. La infantería realista, que había cejado en un principio, pero que se mantuvo hecha dirigida por Ceballos, cargó a los independientes por la espalda, y los puso en completa derrota, matándoles 350 hombres y les tomó 400 prisioneros, con 2 piezas de artillería, 3 banderas y 700 fusiles. El general vencedor, atravesó entonces la cordillera, penetró a los valles de Caracas y efectuó en Araure su reunión con la columna de Yáñez, fuerte de 1500 hombres, formando así un respetable ejército, regularmente disciplinado. Al mismo tiempo, invitó al coronel Salomón a reunírsele con la guarnición de Puerto-Cabello para operar de concierto y dar un golpe mortal a los independientes con una masa compacta de 3500 hombres de las tres armas. Salomón, que como se ha visto disponía de una fuerza de 1700 hombres, en vez de seguir este acertado consejo, se puso en campaña por su cuenta al frente de 800 infantes del Granada y 200 jinetes del país, con 4 piezas de artillería ligera y de montaña, y situóse en las alturas de Vigirima, al oriente de Valencia, amagando a Caracas por el Oeste. Allí se fortificó (noviembre 16).

Bolívar, que se hallaba a la sazón en Valencia con sólo las tropas granadinas en observación del camino de Puerto-Cabello, hizo acudir la guarnición de Caracas al mando de Rivas, quien le trajo el contingente de un nuevo batallón de 500 plazas formado en su mayor parte con jóvenes estudiantes de la Universidad, y 200 jinetes reclutados en los alrededores. Atacadas las fuertes posiciones enemigas, llevando la cabeza las tropas granadinas, y no bien sostenidas éstas por la reserva que era bisoña, los republicanos fueron rechazados. Al día siguiente se renovó el ataque, y los realistas fueron desalojados por los granadinos, abandonando 4 piezas de artillería (25 de octubre). Salomón, humillado, volvió a encerrarse en Puerto-Cabello. El libertador rescató el tiempo perdido y, aprovechando esta victoria, llamó 1500 hombres de la fuerte columna de Campo Elías y dejó a Calabozo defendido con 1000 hombres. Ocho días después (1º de diciembre) se hallaba en San Carlos al frente de un ejército de 3000 hombres, y abría nueva campaña contra Ceballos, que por su parte contaba con 3500 hombres y 10 piezas de artillería. Los dos ejércitos se encontraron frente a frente en la llanura de Araure, al pie de la cordillera oriental, entre las nacientes de los ríos Cojedes y Turen.

El prudente general español se había posesionado de la villa de Araure, situada en un suave plano inclinado, apoyando su espalda en la montaña a fin de asegurar su retirada, cubiertas sus alas por espesos bosques. Un batallón independiente de 500 plazas, que se adelantó imprudentemente a reconocer la posición, recibido por los fuegos de la infantería y de la artillería y flanqueado por una columna de 1000 caballos del enemigo, fué exterminado, salvándose únicamente el comandante con seis oficiales. Bolívar, a pesar de este contraste, avanzó denodadamente, y formó su línea sobre el campo marcado por los cadáveres de su vanguardia. Roto el fuego, y después de cambiar algunas descargas, mandó cargar a la bayoneta. Era su maniobra favorita. No era un general táctico: daba el impulso a las masas y encomendaba la victoria al valor de los soldados. La numerosa caballería de Yáñez, prolongando sus alas, pretendió envolver el centro atacante; pero cargada a su vez de flanco por la caballería republicana, se dispersó y fué acuchillada, abandonando a su infantería. La línea de Ceballos fué rota en una última carga, y se puso en derrota dejando en el campo

su artillería, 500 muertos, 300 prisioneros y 1000 fusiles. Todos los prisioneros españoles fueron pasados por las armas (5 de octubre). Como 800 hombres de infantería de los derrotados se replegaron hacia el Oriente. Yáñez huyó hacia el Apure con 200 hombres. Ceballos se refugio en la Guayana. Esta fué la primera batalla ganada en persona por Bolívar. La musa de la revolución le saludó entonando el "Himno del Libertador".

Gloria al héroe Bolívar!
Gloria al Libertador!
De Ceballos espanto,
De Araure vencedor!

Bolívar, que tenía rasgos a lo César y procuraba imitar a Napoleón en ciertos golpes y proclamas de efecto, tuvo también su inspiración. Después de la derrota de Barquisimeto, había formado un batallón con los fugitivos del campo de batalla, y en castigo de su cobardía lo denominó "Batallón sin nombre", imponiéndole que no tendría bandera mientras no la conquistase con su valor. Este cuerpo tuvo los honores de la jornada. Entre las banderas cogidas estaba la del batallón Numancia, formado por Yáñez en el Apure. Bolívar se la dió al "batallón sin nombre", diciéndole: "Vuestro valor ha ganado en el "campo de batalla un nombre para vuestro cuerpo. En medio del fue-"go os vi triunfar, y lo proclamé *Vencedor de Araure*. Habéis quitado "al enemigo banderas que un momento fueron victoriosas. ¡Llevad, sol-"dados, esta bandera de la República!".

Después de Araure, Bolívar se dirigió a Puerto-Cabello, cuyo bloqueo terrestre había sido mantenido por D'Eluyar con las tropas granadinas. La ocasión era propicia para estrechar el sitio. La fragata *Venganza*, y los buques de guerra que condujeron el regimiento de Granada, habíanse retirado a La Habana. El coronel Salomón, que después del contraste de Vigirima, habíase puesto de nuevo en campaña con 1300 hombres, buscando la incorporación concertada con Ceballos y Yáñez, supo en el camino la derrota de Araure, y hostilizado por las fuerzas independientes, vióse obligado a refugiarse en Coro, con pérdida de dos cañones y más de la mitad de su gente. La plaza sólo contaba con una guarnición de 600 hombres. El puerto estaba bloqueado por la escuadrilla margariteña que Mariño había enviado al mando de Piar, cediendo a las instancias de Bolívar, pendiente el arreglo de la división del mando supremo entre ambos dictadores. La escasez de víveres empezaba a afligir a los sitiados. Monteverde, desacreditado por su derrotas y desaciertos, había sido depuesto ignominiosamente del mando, y despedido a Curaçao (diciembre 28). Ceballos, que debía sucederle en el gobierno, estaba derrotado y no podía auxiliar la plaza sitiada. Cajigal, nombrado por el gobierno de España capitán general de Venezuela, viejo y enfermo, aun permanecía en la Guayana, donde nada había hecho. Empero, la plaza sitiada continuó resistiendo, y los independientes no pudieron enseñorearse de Puerto-Cabello.

Mientras tanto, la doble dictadura daba sus frutos. Las victorias del Occidente, eran estériles sin el concurso del poderoso ejército de Oriente que permanecía inactivo. Mariño se negaba a combinar operaciones con Bolívar, hasta tanto no fuese reconocido en el mando supremo de que estaba en posesión. El libertador le rogaba modestamente, que hiciese marchar sus tropas sobre la parte de los Llanos-Bajos donde a la sazón se rehacían Boves y Yáñez. Lejos de prestarse a esta operación, que la común seguridad indicaba, hubo un momento en que

mandó retirar su escuadrilla, y sin las instancias de Bolívar no pudiendo atender a la vez al sitio de Puerto-Cabello, a la guerra de Occidente y a la de los llanos, Boves y Yáñez reaccionaron vigorosamente. Boves, sobre todo, con una actividad prodigiosa y una energía incontrastable, que no retrocedía ante ningún medio por terrible que fuese, se hallaba en actitud de abrir una nueva campaña antes de transcurrir dos meses de la derrota que le infligiera Campo Elías. Dictó un bando (1º de noviembre) llamando a las armas a todos los hombres en estado de llevarlas; ordenó perseguir y matar sin tregua a los traidores o sea a los patriotas; dispuso que los bienes se distribuyesen entre sus tropas y finalmente dió libertad a todos los esclavos que se alistasen bajo la bandera del Rey. Los llaneros, embravecidos por la matanza de Calabozo y atraídos por el cebo del botín, acudieron en masa con decisión. Auxiliado desde la Guayana con 100 veteranos de infantería, un cañón, 300 fusiles y 100.000 cartuchos, a mediados de diciembre contaba un atropamiento de 3000 hombres de caballería, armados de lanzas con moharras hechas de las rejas de las ventanas. Con esta turba invadió los Llanos-Bajos, derrotó en San Marcos una división de 1000 hombres que la guardaba (14 de diciembre) pasándola a cuchillo, ocupó Calabozo, donde continuó la matanza sin perdonar a nadie, y distribuyó los bienes de los vencidos como lo había ofrecido. En seguida dominó todo el país llano desde la cordillera que se extiende por la costa de barlovento de Venezuela hasta el golfo de Paria. Más adelante, necesitaba infantería para proseguir la guerra con ventaja; y el indomable caudillo realista reorganizado en el Apure auxiliado como Boves desde Guayana, invadía a Barinas con 2000 hombres de infantería y caballería y ocupaba la capital de la provincia. Cajigal, ya posesionado del mando de capitán general, y Ceballos, formaban en las costas de sotavento un nuevo ejército.

Los llanos y el Occidente estaban perdidos para la revolución. Bolívar quedaba reducido al litoral de Caracas y los valles inmediatos, con la atención del sitio de Puerto-Cabello y bloqueado por las guerrillas realistas, con su reserva debilitada en Valencia. Una columna de 1600 hombres al mando de Urdaneta que marchaba a apoderarse de Coro después de Araure se detuvo en Barquisimeto y acudió con un destacamento a asegurar su retaguardia amenazada. Mariño, en la inacción, permanecía con 3500 hombres reconcentrado en las costas de Barcelona y Cumaná y sus valles adyacentes. Todo el resto del terirtorio estaba ocupado por la reacción relista, y todos sus habitantes sublevados en masa contra la república. Los patriotas tenían que refugiarse en las ciudades para salvarse de la persecución de las poblaciones en las campañas. Los ejércitos independientes andaban a ciegas; no podían encontrar ni un guía del país que los condujese, ni siquiera un vecino que les diera noticia de los movimientos del enemigo. Para comunicarse las divisiones entre sí, tenían que escoltar sus correos con fuertes destacamentos de compañías, y a veces no llegaban vivos sino cuatro de ellos. Tal era el estado de la guerra y de la opinión en Venezuela al terminar el año XIII. El mismo fenómeno que al tiempo del terremoto en 1812 se producía: las masas populares desertaron de las banderas de la independencia, movidas por el terror, animadas por la venganza y desesperadas por la espantosa miseria del país. Los historiadores colombianos atribuyeron esta insurrección popular al decreto de guerra a muerte de Bolívar y a los excesos que autorizó. Por causas opuestas y por los mismos efectos, Bolívar caería esta vez como antes había caído Miranda. ¡Siempre la lógica del destino!

CAPITULO XXXIX

SEGUNDA CAIDA DE VENEZUELA

AÑO 1814

Síntesis cronológica. — Llamado de Bolívar a la opinión. — Papel duplo de Bolívar. — Es investido de la dictadura. — Acuerdo entre Bolívar y Mariño. — Crítica situación militar de los independientes. — Combate de Ospino. — Muerte de Yáñez. — Derrota de Campo Elías en La Puerta. — Matanza de ochocientos prisioneros. — Defensa de Victoria por Rivas y Campo Elías. — Combate de Charayave. — Atrocidades de Rosete. — Bolívar se pone en campaña. — Se atrinchera en San Mateo. — Invasión de Boves. — Defensa de las líneas de San Mateo. — Muerte de Campo Elías. — Muerte heroica de Ricaurte. — Combate de Ocumare. — Reunión de Ceballos y Calzada. — Sitio de Valencia. — Avance del ejército de Oriente. — Mariño bate a Boves en Boca Chica. — Reunión de los ejércitos de Oriente y de Occidente. — Batalla del Arado. — Cajigal toma el mando del ejército realista. — Primera batalla de Carabobo. — Errores militares de Bolívar. — Nueva invasión de Boves. — Bolívar y Mariño son derrotados en La Puerta. — Capitulación de Valencia. — Se levanta el sitio de Puerto-Cabello. — Retirada de Bolívar al Oriente. — Derrota de Aragua. — Deserción de Bolívar y Mariño. — El tesoro de Bolívar. — Bolívar y Mariño destituídos. — Reacción de los republicanos en el Oriente. — Triunfo de los republicanos en Maturín. — Derrota de Piar en Cumaná. — Rivas y Bermúdez. — Derrota de los republicanos en Urica. — Muerte de Boves. — Morales general en jefe de los realistas. — Toma de Maturín. — Muerte de Rivas. — La paz del sepulcro. — Guerrillas independientes. — Retirada de Urdaneta a Nueva Granada. — Ocupación de Casanare. — Aparición de José Antonio Páez. — La insurrección de Margarita.

I

El año XII había sido en Venezuela año de lucha sin tregua y de grandes cataclismos naturales, políticos y sociales. El año XIII fué de triunfos y de reveses, de guerra sin misericordia y de reacción violenta. Iniciado con el restablecimiento de la república, termina con la decadencia política y militar de su revolución, y se repiten en él los mismos fenómenos en el orden social determinantes de los acontecimientos. El año XIV será de evoluciones dentro del mismo círculo de acción, de peripecias y de matanzas inauditas, que terminará por dos

catástrofes con la repetición de las escenas de 1812, señalando su segunda caída trágica.

Bolívar, en medio de los peligros que le rodeaban al terminar el año XIII, con su autoridad dictatorial no bien cimentada, sintió la necesidad de llamar en su auxilio la opinión para agregarse fuerzas morales, porque no hay poder por grande que sea, que pueda prescindir del concurso de las voluntades sin caer en el vacío. La dictadura era una necesidad de los tiempos, y él la había justificado con sus triunfos en pro de la independencia nacional, aunque haciéndola servir a su engrandecimiento personal y a su anhelo de vanagloria; pero no era reconocida en toda la extensión del territorio dominado por las armas libertadoras, y tenía que compartirla con un rival poderoso, sin más títulos que los de la fuerza uno y otro. De aquí la necesidad de darle una base legal, al menos en su forma. Todo se reducía a una simple evolución dentro de los elementos de fuerza que constituían la dictadura de hecho, para revestirla como tal siquiera fuese del ropaje del derecho consentido. Bolívar, que había considerado funesta la restauración de la primitiva república federal, y prematura e impracticable la convocatoria de un congreso, imaginó que podía hacer un llamamiento a la opinión, convocando una especie de asamblea política que legitimase su dictadura. Este momento señala en la vida del libertador una nueva fase, que con modificaciones aparentes y cambiantes de colorido, se ha de repetir periódicamente en el curso de su gran carrera bajo faz dupla, con luces de reflejo y luces propias. Jamás ningún hombre público presentó mayores contradicciones entre la palabra y la acción. Poseído de una insaciable ambición en que se mezclaba lo sublime y lo impuro, como en los torrentes que arrastran el lodo del fondo en sus ondas impetuosas, buscaba con avidez la realidad del poder supremo sin control que repudiaba en teoría, y renunciaba teatralmente el mando absoluto de que estaba en posesión, y que tenía que ejercer por necesidad y por deber, protestando no aceptarlo jamás, para recibirlo después sin condiciones como lo buscaba. Es una escena de su gran comedia política, en que contradiciéndose a sí mismo, expondrá con sinceridad moral una doctrina, que prácticamente no podrá serle aplicada. De esta duplicidad proviene, que él sea el inventor en Sud América de las repetidas renuncias de los que identificados con el poder, hacen falsa ostentación de desinterés, señalando los peligros de la perpetuidad de los gobernantes en una democracia, sin la sinceridad de Washington ni el ánimo deliberado de San Martín. Hay que tenérselo, empero, en cuenta. En medio de su grandeza, de su influencia preponderante, con un temperamento más que autoritario, monocrático, amando con toda su alma y sensualmente el poder como lo amaba y creyendo irreemplazable su persona, desde este día, en que hizo un llamamiento, aunque de mera forma a la opinión, siempre invocó la alta autoridad de los congresos representantes de la opinión, cedió algunas veces ante sus deliberaciones libres, y aun para hacer prevalecer sus excéntricas teorías constitucionales o satisfacer su anhelo de vanagloria, buscó en todo tiempo su sanción y compartió con ellos su responsabilidad, hasta que al fin se inclinó ante el voto del último congreso que puso el sello del destino a su última renuncia impuesta forzosamente por la opinión a que apelara en 1814.

Para evitar la complicación de un congreso nacional —cuya elección y reunión era por otra parte imposible —, y siguiendo la tradición municipal de los cabildos abiertos, a que la revolución diera representación popular y privilegios parlamentarios, y aun facultades constitu-

yentes, convocó una asamblea de notables, compuesta de las corporaciones civiles y de los padres de familia de la capital, a la que atribuyó, por una ficción convencional, la soberanía del pueblo y el poder de dictar la ley suprema. Dióle cuenta de su administración dictatorial, que sometió a su fallo; abdicó en sus manos la potestad de que se había investido, y protestando no poder ni querer continuar en ella, cuando su espada era el único punto de apoyo de la república vacilante, la volvió a recibir incondicionalmente de las manos en que por ficción la entregaba, después de representar su doble papel. Era la renovación de la escena al recibir el título de libertador, que se repetiría constantemente con cambio de palabras y sin variación de asunto, en circunstancias y condiciones análogas.

La peroración de Bolívar, en esta ocasión — elocuente, difusa, declamatoria, personal, patriótica y espontánea como todas las suyas —, es el único acuerdo que de la asamblea de Caracas en 1813 haya quedado, y sólo merece recordarse como manifestación compleja de la naturaleza de un grande hombre de acción y pensamiento de un momento solemne. Pronunció tres discursos: uno para abdicar la dictadura, haciendo el elogio de sus acciones; otro para excusarse de continuarla, al hacer su biografía; uno final, para consagrar su apoteosis en vida, confirmado por la asamblea, y aceptar incondicionalmente el poder dictatorial. Jamás héroe alguno fué más héroe de sus discursos que Bolívar. El dijo en tal ocasión: "Yo no os he dado la libertad. Yo no soy el so-"berano. Vuestros representantes deben hacer vuestras leyes. Anhelo "por el momento de transmitir este poder a los representantes del pue-"blo, y espero me eximiréis de un destino que alguno de vosotros podrá "llenar dignamente". Pero agregaba inmediatamente, al dar cuenta de sus actos: "Para salvaros de la anarquía y destruir los enemigos admi-"tí y conservé el poder soberano. Os he dado leyes, os he organizado "una administración; os he dado un gobierno. Vuestro honor se ha "repuesto; vuestras cadenas han sido despedazadas; he exterminado "vuestros enemigos, y os he administrado con justicia". Ante el voto de la asamblea de continuar ejerciendo la dictadura como una necesidad pública, después de "oír con rubor", según sus palabras, pronunciar su elogio, trazó él mismo el cuadro de su vida pública desde la proscripción hasta la reconquista, y al mezclar incidentalmente al propio encomio de sus acciones el de sus compañeros de trabajos, replicó con palabras elocuentes, bellas máximas y protestas ficticias subentendidas, en que reconociendo contradictoriamente la necesidad de la dictadura, insistió en abdicarla: "Yo no he venido a oprimiros con mis armas "vencedoras: he venido a traeros el imperio de las leyes. No es el des-"potismo militar el que puede hacer la felicidad de un pueblo, ni el "mando que obtengo puede jamás convenir sino temporariamente a "la república. Un soldado feliz no adquiere ningún derecho para man-"dar a su patria; no es el árbitro de las leyes ni del gobierno; sus glo-"rias deben confundirse con las del país. Yo os suplico me eximáis de "una carga superior a mis fuerzas. Elegid vuestros representantes, "vuestros magistrados, un gobierno justo; y contad con las armas que "han salvado la república". La asamblea lo proclamó unánimemente dictador, y le votó por aclamación una estatua en vida que perpetuase la memoria de su desinterés en los triunfos. El se sometió ante la insistencia, reconociendo la necesidad imperiosa de la dictadura, y declaró que no pretendía con supercherías, afectar una perfecta moderación para arrancar sufragios. "Los oradores han hablado por el pueblo. ¡Ciu-"dadanos! en vano os esforzáis porque continúe ilimitadamente en ejer-

"cicio de la autoridad que poseo. Las asambleas populares no pueden re- "unirse en toda Venezuela sin peligro, lo conozco, y me someto a mi "pesar a recibir la ley que las circunstancias me dictan. Confieso que "ansío impacientemente por el momento de renunciar a la autoridad. "Entonces espero que me eximiréis de todo, excepto de combatir por "vosotros. Os suplico no creáis que mi moderación es para alucinaros, "y para llegar por este medio a la tiranía, no soy un Pisistrato".

Fuerte moralmente Bolívar con el voto de confianza de sus conciudadanos, que a pesar de sus formas artificiales era dictado por un sincero entusiasmo, él comprendía que la lucha era desesperada sin la concentración de todas las fuerzas independientes, y que esto no era posible sin un acuerdo franco y patriótico con Mariño. En uno de sus discursos a la asamblea había asignado al "libertador de Oriente como digno de regir los destinos de la república" para propiciarse su buena voluntad. Dando un paso más en este sentido, resolvióse al fin a reconocer como hecho que se imponía la doble dictadura, y se dirigió a su émulo al reclamar su cooperación en términos tan dignos y moderados como firmes: "Repetidas veces he implorado los auxilios de V. E., "para que marchando a cubrir con sus tropas a Calabozo, se impidiera "el que los enemigos la ocuparan; y para que destinándolas contra Bo- "ves cooperasen con las de Caracas a su destrucción. Suplícole me rele- "ve las causas que han influído para unas determinaciones tan contrarias, "en tanto que, a nombre de la libertad comprometida de la república, "le pido instantáneamente todos sus socorros para sostenerla". Reconocido Mariño, como jefe supremo del Oriente, firmóse entre ambos dictadores un tratado (mediados de enero), uniendo sus armas y esfuerzos contra el enemigo común. Ya era tarde. La lucha se prolongaría, pero la república de Venezuela estaba por segunda vez irremisiblemente perdida.

II

Como se explicó antes, los llanos estaban perdidos: Yáñez ocupaba a Barinas y Boves a Calabozo. El Occidente reaccionaba, y el ejército triunfante en Araure tenía que retroceder para cubrir su retaguardia amenazada, al mismo tiempo que Cajigal y Ceballos en el litoral de sotavento reaccionaban, formando un nuevo ejército para tomar de nuevo la ofensiva. Evacuada la provincia de Barinas por las fuerzas republicanas que la defendían, Urdaneta, que había suspendido su marcha hacia Coro, retrocedió para ampararla; pero ya era tarde. Yáñez, triunfante, avanzaba con 1000 hombres por la falda oriental de la cordillera, con su fuerza dividida en dos columnas de maniobra. Urdaneta, trasmontó la cordillera hacia el Oriente, y reunió como 700 hombres en Ospino, al oeste del campo de batalla de Araure. Puestos ambos cuerpos de ejército uno frente de otro, empeñóse la pelea con orden por una y otra parte. La caballería llanera, mandada por Yáñez en persona, cargó sobre la infantería patriota, y su jefe cayó muerto herido por dos balazos. La victoria quedó por los independientes. El cadáver de Yáñez, fué dividido en trozos y sus miembros repartidos en varias localidades teatro de sus hazañas y de sus crueldades (febrero 2). Sucedióle en el mando su segundo Sebastián de la Calzada, que de soldado raso habíase elevado al rango de coronel, y que no menos bárbaro que su muerto jefe, vengó su muerte y los ultrajes a su cadáver incendiando el pueblo de Ospino, que abandonó después del combate.

Boves, mientras tanto, avanzaba hacia el corazón de Venezuela, al frente de un ejército de llaneros, que los historiadores hacen subir exageradamente al número de 8000 hombres. Bolívar había dispuesto que saliese a su encuentro Campo Elías, con una columna de 1500 hombres, que se situó en la villa del Cura a la entrada del Llano-Bajo, donde tenían los republicanos un gran parque, destinado a armar un cuerpo de ejército del Oriente, que al mando de Mariño debía acudir a aquel punto, según lo convenido entre los dos dictadores. El auxilio de Oriente no acudió, y el vencedor del Mosquitero quedó solo para hacer frente a la tremenda invasión. Boves desprendió una columna de 1200 hombres al mando del español Francisco Rosete, otro monstruo de la raza de Zuazola y Antoñanzas, que excedería a éstos en atrocidades. Esta columna destacada, penetró por los valles del Tuy, y ocupó Ocumare, a 88 kilómetros al oeste de Caracas (11 de febrero). A pesar de no haber encontrado sino una débil resistencia, pasó a cuchillo hombres, mujeres y niños, degollando hasta los que se refugiaron en el templo, hecho inaudito hasta entonces en el transcurso de la guerra a muerte. La ciudad de Caracas, temerosa de ser atacada, se fortificó, preparándose a una defensa a todo trance.

Al anuncio de la invasión de Boves, que avanzaba degollando cuantas partidas caían en su poder, Campo Elías se adelantó como 12 kilómetros a su frente, hasta el lugar llamado La Puerta, por ser sitio donde se reúnen los caminos que de los llanos conducen a varios puntos del Alto y Bajo llano. Varios ángulos salientes de la cordillera oriental se avanzan por el Norte, y hacia el Sud se desenvuelve una vasta llanura, marcándose con caracteres definidos los lindes de las dos zonas limítrofes. En este sitio se trabó la batalla (febrero 3). La formidable caballería de Boves, con su gran masa, aplastó la división de Campo Elías en dos horas de combate, haciendo pedazos su infantería que pasó a cuchillo. Boves fué gravemente herido en la pelea. Su segundo, Morales, con 1000 jinetes y 300 cazadores de infantería montada, penetró en los valles de Aragua, y avanzó sobre Victoria, punto intermedio al oeste de Caracas y Valencia. Campo Elías, con sus destrozados restos, se replegó y atrincheró en la Cabrera, la angostura cercana a Valencia, tristemente famosa por la desgraciada defensa que en ella hiciera Miranda en 1812.

Rivas, el vencedor de Naquitao y Horcones, que mandaba en la capital, acudió con 1000 hombres y 5 piezas de artillería en defensa de Victoria, donde fué sitiado. Atacado allí por Morales y reducido al recinto de la ciudad, se defendió tenazmente, quedando la mitad de su tropa fuera de combate (10 de febrero). Iba ya a sucumbir, cuando se levantó en el horizonte una nube de polvo que hizo renacer la esperanza en los sitiados. Era el impertérrito vencedor de Mosquitero y el vencido en La Puerta, que al frente de 220 hombres acudía desde la Cabrera de Valencia en auxilio de la plaza. Protegido en su entrada a las trincheras por una vigorosa salida que hizo Rivas atacando por la espalda al enemigo que saliera a contener a Campo Elías, ambas fuerzas reunidas rechazaron un nuevo asalto que llevó Morales, aunque a costa de grandes pérdidas. El jefe realista vióse obligado a levantar el sitio, y perseguido en su retirada hacia el Cura, perdió toda su artillería.

Triunfante Rivas de Morales, marchó a los valles del Tuy en persecución del feroz Rosete al frente de 800 hombres, y lo asaltó en el pueblo de Charayave, deshaciéndolo completamente. No dió cuartel a los prisioneros. Desde Charayave, avanzó hasta el pueblo de la sabana de Ocumare, donde encontró desparramados en sus calles como trescientos cadaveres insepultos de niños, mujeres y hombres sacrifica-

dos bárbaramente por el feroz Rosete. Sobre ellos juró Rivas venganza y exterminió de la raza española. El famoso caudillo margariteño Juan Bautista Arismendi, que mandaba en Caracas en ausencia de Rivas, hizo el mismo juramento. Estos juramentos eran precursores de una de las hecatombes más sangrientas que recuerda la historia.

III

Bolívar, que después de ser proclamado dictador habíase puesto en campaña, recibió en Puerto-Cabello la infausta noticia de la derrota de Campo Elías en La Puerta. Una vez más se ponía a prueba la fortaleza de su alma en los contrastes. Trasladóse inmediatamente a Valencia, donde estableció su cuartel general, reconcentrando todos sus destacamentos dispersos, sin levantar el sitio de Puerto-Cabello, a cargo de D'Eluyar con las tropas granadinas, y llamó a sí el grueso de la división de Urdaneta, quien quedó en Barquisimeto con sólo 700 hombres haciendo frente a la invasión del Occidente. En tan críticas circunstancias recibió una consulta del comandante de la Guayra. "Qué hago en estos momentos de peligro con la multitud de españoles que "existen en las prisiones de esta plaza: ellos son numerosos y la guar- "nición muy poca". Bolívar tomó la pluma y contestó en el acto: "Or- "deno que inmediatamente se pasen por las armas todos los españoles "presos en las bóvedas (de la Guayra) y en el hospital, sin excepción "alguna". (febrero 8). Arismendi fué encargado de la tremenda ejecución. En las instrucciones que le dió el dictador, preveníale, empero: "con excepción de los españoles que tengan la carta de naturalización". El feroz margariteño exclamó al leerla: "Este secretario del Liberta- "dor es un burro: ha escrito con *excepción*, en vez de poner con *inclusión!*".

Existían en aquella época como 1000 españoles presos — no prisioneros de guerra —, de los avecindados en la capital, que al tiempo de su ocupación por los independientes fueron encerrados en las cárceles de la Guayra, y sobre quienes pesaba la sentencia de muerte de Trujillo, por razón de su origen, aun siendo indiferentes. Bolívar propuso en varias ocasiones su canje por un pequeño número de prisioneros y presos patriotas que se hallaban en Puerto-Cabello; pero Monteverde se había negado constantemente a ello. En la cabeza de estos desgraciados iba a cumplirse el terrible decreto de guerra a muerte del dictador. Arismendi, con un lujo de crueldad que espanta, lo cumplió como fiel ejecutor y como verdugo. Mandó formar con los condenados una gran pira, en que debían consumirse sus cadáveres, y a que ellos pusieron fuego con sus propias manos. En seguida empezó la matanza: en Caracas y en la Guayra simultáneamente. Las víctimas eran extraídas en grupos de los calabozos, como reses destinadas al matadero. Al toque de degüello de una corneta, los soldados caían sobre ellos, y a bayoneta, hacha, sable, lanza, machete o puñal, eran sacrificados y, muertos o moribundos, arrojados a la hoguera. Poca pólvora se gastó en la ejecución. Durante ocho días consecutivos se mató así sin misericordia en Caracas y en la Guayra. Así perecieron ochocientos sesenta y seis españoles y canarios, entre ellos, según los mismos historiadores colombianos, "muchos hombres buenos", que habían amparado a los republicanos defendiéndolos contra la crueldad de sus compatriotas. Esta hecatombre, una de las más sangrientas que recuerda la historia, ordenada en virtud de una bárbara ley de exterminio, puede ser explicada por la seguridad, y la disculparía la necesidad de vencer a todo trance, pero la conciencia la condena como derecho y como hecho.

y con razón se ha dicho, que es una "mancha de lodo y sangre en la "historia de Venezuela". Como represalia, fué el resultado de las matanzas que autorizó el decreto de guerra a muerte de Bolívar al abrir su campaña reconquistadora, que dos cabezas de españoles pacíficos degollados por sus guerrillas iniciaron. La necesidad fué creada por la absurda teoría en que se fundaba la guerra a muerte, que como todo absurdo tenía necesariamente que producir un hecho brutalmente lógico. Como medio de terror y como medio de victoria que pudiera justificarla, no tuvo ni la sanción del éxito: fué causa de derrota, la ensangrentó inútilmente sin impedirla, y la hizo más trágica y dolorosa. Empero, manifestación de un alma fuerte, no fué acto de ferocidad emanado de la naturaleza generosa de su ordenador, y esto le absuelve ante la moral de la historia. Y debe repetirse lo que en su descargo ha dicho un historiador imparcial: "Poco tiempo antes, igua-"les monstruosidades habíanse cometido en medio de la misma Europa, "con su refinada civilización, entre los pueblos del Mediodía, en Espa-"ña y el reino de Nápoles. Los españoles habían engendrado en el "seno de su oscurantismo, esta fuerza que se desencadenaba contra "ellos. Según el código natural de todos los pueblos groseros, los crio-"los les aplicaban la ley que ellos les enseñaron como maestros, bus-"cando su salvación en el mal, ya que no la encontraban en el bien. Al "menos, Bolívar sintió la necesidad de justificar ante el mundo este "terrible acto de represalias, mientras los españoles ni siquiera pen-"saron en disculpar sus atrocidades".

Bolívar sólo contaba a la sazón con 1500 infantes y 600 jinetes para hacer frente a la irrupción de Boves con sus semibárbaras masas de llaneros, indisciplinadas, pero resueltas a todo y cuatro veces más numerosas. En campo abierto no podía contrarrestarlas. Encerrarse en Caracas o permanecer concentrado en Valencia, era entregar todo el país al enemigo. Su resolución fué la más prudente y la más valerosa. Asegurada la capital de un golpe de mano, fortificó a Valencia, formando una flotilla en su lago; atrincheró el estrecho de Cabrera, y ocupó Victoria (20 de marzo). De este modo cubría todas las posiciones que constituían sus puntos de apoyo en el terreno montañoso de la cordillera del litoral; cerraba el camino que traía Boves ya restablecido de su herida, y mantenía abiertas sus comunicaciones por el flanco izquierdo a la espera del ejército de Oriente que venía en su auxilio, mandado por Mariño en persona. La posición era estratégica.

La ciudad de Victoria se halla situada en el ameno valle de Aragua, río que derrama sus aguas en el lago de Valencia por el Oriente y en el mar por el Occidente, envolviendo los valles del Tuy inmediatos a Caracas. A este punto convergen los caminos de la costa y de los llanos bajos. Desde las altas colinas en que está asentada la ciudad, se descubre un vasto y pintoresco panorama de campiñas cultivadas, dominado al Norte por una eminencia llamada del Calvario, a cuyo pie hacia el Oeste, se desenvuelve una llanura en que se encuentra el inmediato pueblo de San Mateo. Aquí estableció el Libertador su cuartel general. En el vértice de las alturas que rodean esta posición, encontrábase una casa de propiedad de Bolívar, y hacia el Oriente se extendía la hacienda llamada del Ingenio, uno de sus más ricos feudos patrimoniales. Iba a combatir *pro aris et focis*. Hizo construir trincheras defendidas por fuertes estacadas, para cortar el camino principal de Victoria, que atraviesa el pueblo de San Mateo y se desenvuelve al pie de la casa del Ingenio y del Calvario, y situó el parque en el Ingenio. Por la primera vez iban a encontrarse Bolívar y Boves frente a frente.

IV

El 25 de febrero aparecieron sobre las alturas fronterizas de San Mateo las muchedumbres de Boves, compuestas de 5000 jinetes, precedidos por 2000 fusileros. Las avanzadas cambiaron los primeros tiros río Aragua por medio, replegándose unos y otros a sus reservas al anochecer. Al día siguiente cargó Boves sobre los atrincheramientos con grande algazara. Morales atacó la derecha de las líneas, donde estaba situada la casa de Bolívar, y fué completamente rechazado. En la trinchera del centro, donde mandaba Bolívar en persona, el ataque dirigido por Boves fué tan impetuoso como tenaz la resistencia. Los fuegos de la infantería republicana hicieron estragos en las filas contrarias. Los enemigos cargaron entonces sobre el Calvario, para flanquear la derecha de la línea apoderándose de unas casas fronterizas desde las cuales abrieron un fuego mortífero. El Libertador hizo reforzar la posición con tropas de reserva al mando del coronel Manuel Villapol y Campo Elías, ambos españoles de nacimiento, antiguo general el uno de los patriotas en la Guayana en 1812, y el segundo, vencedor del Mosquitero y salvador de Victoria. Los dos cayeron mortalmente heridos. El joven capitán Rafael Villapol, hijo de Venezuela, reemplaza a su padre, restablece el combate, arroja al enemigo de sus posiciones, y gravemente herido se replegó al anochecer al Calvario, manteniendo la posición, al mismo tiempo que Boves, gravemente herido también, era conducido en brazos de sus soldados. Dos horas y media había durado el combate. El campo estaba cubierto de cadáveres de una y otra parte. Bolívar extendió y perfeccionó sus defensas, esperando un nuevo ataque. Morales tomó el mando del ejército llanero en reemplazo de Boves herido.

Los realistas habían agotado sus municiones de infantería. Durante quince días permanecieron en inacción. El 11 de marzo repitieron el asalto, y fueron otra vez rechazados. Boves, algún tanto restablecido de su herida, se puso de nuevo al frente de su ejército que lo recibió con grandes aclamaciones (17 de marzo) El 20, Boves atacó por tercera vez las líneas. Los fuegos de la infantería y de la artillería republicana hicieron estragos en sus filas, obligándolo a desistir de su intento por el momento. Empeñado en arrebatar la posición, costase lo que costase, combinó un nuevo plan de ataque. Una fuerte columna de fusileros tomaría por la espalda los cerros en que se apoyaba la izquierda de las líneas, y descendiendo aceleradamente de las alturas se apoderaría del Ingenio, donde estaba establecido el parque de Bolívar. Al mismo tiempo, él atacaría por el frente de la llanura de San Mateo con el grueso de sus fuerzas.

Al rayar el día 25 de marzo, rompióse simultáneamente el fuego en toda la línea. El ataque del centro es vigorosamente resistido por Bolívar en persona En lo más recio del combate aparece la columna flanqueadora de Boves sobre las alturas que dominan el Ingenio, que custodian tan sólo cincuenta hombres al mando del capitán Antonio Ricaurte, joven de veinte años de edad, natural de la villa de Leiva en Nueva Granada. Perdido el parque, estaba perdida la batalla. La expectativa fué angustiosa. La columna flanqueadora avanza a paso de carga; llega a la casa del Ingenio, situada en lo alto del cerro, y dando alaridos de triunfo su cabeza penetra por sus puertas sin resistencia. En aquel instante una estruendosa explosión hizo estremecer el campo

y los corazones. El parque se había incendiado: la casa había desaparecido y gran parte de la columna al parecer triunfante volaba por los aires. Ricaurte había hecho volar el depósito de municiones. Sin medios ni esperanza de sostener la posición, y comprendiendo que de él dependía la salvación del ejército republicano, ordenó a su tropa evacuar el punto, y se pusiera en salvo. El quedó solo con una mecha en la mano. Al penetrar el enemigo en el recinto del parque, pone fuego al almacén de pólvora y vuela su alma inmortal junto con los miembros despedazados de los asaltantes. Despavoridos los restos del enemigo salvados de la explosión se ponen en precipitada fuga. La victoria estaba ganada por un hombre solo. Bolívar, al ver aparecer la columna flanqueadora por la espalda y desfilar la pequeña guarnición del Ingenio en retirada, lo dió todo por perdido si el parque se perdía: mandó desensillar su caballo y proclamó a sus soldados diciéndoles, que "sería el primero en morir entre sus filas". Para honrar aquel sublime sacrificio sólo tuvo después una frase retórica sin poder olvidarse de sí mismo: "¿Qué hay de semejante en la historia a la muerte de Ricaute? "¡Este suicidio para salvar a la patria, a la independencia y a mí, es "digno de cantarse por un ilustre genio como Alfieri!". Los sitiadores se retiraron con una pérdida de 800 hombres entre muertos y heridos en la jornada. Los sitiados quedaron triunfantes dentro de sus líneas con una pérdida menor que la del enemigo en los diversos asaltos que repelieron; pero por la retaguardia y el Occidente, amenazaba otra tempestad.

A la vez que atacaba las líneas de San Mateo, Boves había desprendido por el flanco derecho y retaguardia de los sitiados una fuerte columna al mando del feroz Rosete con el objeto de apoderarse por segunda vez de los valles del Tuy (véase § II) y amagar la capital. Rivas, que mandaba en la plaza, estaba postrado en cama. Arismendi, su segundo, salió al frente de una columna de 800 hombres, compuesta de la flor de la juventud de la ciudad, y fué batido en la sabana de Ocumare, y todos sus soldados lanceados y degollados (11 de marzo). Bolívar, que tuvo anticipadamente noticias del movimiento de Rosete, había desprendido 300 hombres escogidos en auxilio de Caracas al mando del comandante Mariano Montilla, nuevo personaje que veremos más tarde figurar en primera línea. Este oportuno auxilio salvó la capital. Sobre esta base, el animoso Rivas forma una nueva división de 900 hombres, se pone a su frente tendido en una camilla, ataca a Rosete en Ocumare y lo hace pedazos (20 de marzo). La población de Caracas salvada, lo recibió en triunfo.

Los peligros se multiplicaban. Cajigal, situado en Coro, y en posesión del cargo de capitán general, había formado una división de 1000 hombres compuesta de las reliquias del batallón Granada y de las tropas regulares corianas, las que al mando del general Ceballos debían ponerse en campaña y obrar en combinación con el ejército del Apure mandado por Calzada después de la muerte de Yáñez. Todo el occidente de la cordillera estaba, con los llanos, pronunciado por los realistas, que dominaban con sus guerrillas ambas zonas de la cordillera oriental. Urdaneta, que al frente de 700 hombres había quedado en Barquisimeto al tiempo de reconcentrarse Bolívar en San Mateo, fué batido y dispersado por Ceballos (9 de marzo). El jefe patriota, se replegó con sus restos a San Carlos, donde fué sitiado por Calzada, viéndose obligado después de algunos recios combates a la defensiva, a evacuar la villa y retirarse a Valencia. Desde este punto avisó al Libertador, que el

Occidente estaba perdido, y que esperaba ser atacado de un momento a otro por las fuerzas reunidas de Coro y del Apure. Bolívar le contestó que defendiese la ciudad hasta morir, pues allí estaban depositados todos los elementos de guerra de la república, ordenándole a la vez que reforzase con 200 hombres a D'Eluyar en la línea de Puerto-Cabello, a fin de impedir que los sitiados auxiliasen a Boves con armas y municiones. Urdaneta quedó con sólo 280 fusileros para defender a Valencia.

Reunidos en San Carlos, Ceballos y Calzada, en número de 3000 hombres se presentaron delante de Valencia (29 de marzo) y le intimaron a rendirse a discreción. Urdaneta contestó que se defendería hasta la muerte, y se preparó a una vigorosa defensa. Al día siguiente la ciudad fué embestida. Felizmente los realistas no tenían artillería, y los republicanos pudieron resistir los diversos ataques que les llevó el enemigo durante cuatro días; pero al fin se vieron reducidos al recinto de las últimas trincheras centrales, con el agua cortada y expuestos a perecer de sed. Urdaneta en junta de oficiales, acordó, que en caso de ser forzada la plaza, la guarnición se replegaría al cuartel de artillería incendiarían las municiones y volarían todos, cumpliendo la orden del Libertador. ¡El ejemplo de Ricaurte inflamaba las almas!

V

Rechazado Boves en sus repetidos ataques y quebrado el nervio de sus tropas limitóse a mantener el sitio de las líneas de San Mateo. Los llaneros, fatigados y defraudados en sus esperanzas de botín, empezaron a desertarse. Empero, la situación de Bolívar era desesperada. Hacía un mes que duraba el sitio. Su ejército estaba en esqueleto. Oprimido a su frente por fuerzas superiores, su flanco y retaguardia por el Norte estaban amenazados, y Valencia era la última esperanza en Occidente. Sólo podía salvarlo el auxilio del ejército de Oriente. Este avanzaba a marchas forzadas, en cuatro columnas de maniobra que sumaban 3500 hombres, barriendo de enemigos los llanos a espalda de Boves. Este hizo entonces un último y desesperado esfuerzo contra las líneas, pero fué rechazado una vez más y hubo de emprender su retirada (30 de marzo), con el intento de atacar a Mariño antes de que penetrase en las tierras altas, cerrándole al efecto la entrada de La Puerta. El general de Oriente maniobró de manera de penetrar en los valles de Aragua, y situarse entre La Puerta y la villa del Cura, donde tomó fuertes posiciones en el punto denominado de Boca Chica. Buscado allí por el enemigo, empeñóse la batalla (31 de marzo). La fuerza de ambos ejércitos estaba equilibrada, preponderando en ellos el arma de caballería. Después de una reñida pelea a la defensiva, los independientes quedaron dueños del campo, con sólo la pérdida de 200 hombres entre muertos y heridos. Boves, rechazado en su ataque, y agotadas sus municiones, se retiró en orden sin ser perseguido, dejando 500 cadáveres en el campo. La jornada no fué decisiva. Mariño se concentró en Victoria. Bolívar, en el mismo día de la batalla, se puso en movimiento con su mutilado ejército en persecución de Boves, que emprendió la marcha hacia el Norte con el objeto de incorporarse a Ceballos. Reunidos en Valencia los cuerpos de ejército del Apure, los llanos bajos y de Coro, alcanzaban a 6000 hombres. La plaza continuaba resistiendo heroicamente. La escasez de municiones y el temor de ser atacados por los ejércitos de Mariño y Bolívar reunidos, les aconsejó

levantar el sitio (3 de abril). Boves volvió a los llanos, a reunir sus dispersos y levantar nuevas tropas, siendo seguido muy luego por todos sus llaneros. Ceballos se replegó a San Carlos en busca de una nueva base de operaciones en los llanos y a la espera de los refuerzos que le traía Boves. El mismo día en que se levantaba el sitio llegó Bolívar a Valencia. El gran depósito de guerra de la república estaba salvado. Las tropas granadinas de D'Eluyar habían mantenido impertérritas el cerco de Puerto-Cabello, sitiadas y sitiadoras a la vez. Una nueva campaña iba a abrirse.

La reunión de los ejércitos de Oriente y Occidente, no produjo los resultados que eran de esperarse, sea por falta de concierto o por falta de plan. En vez de formar una sola masa y aplastar con ella al enemigo en retirada, Mariño, de acuerdo con Bolívar, se desprendió con un cuerpo de ejército de 2000 infantes y 800 jinetes, compuesto de orientales y occidentales, con el objeto de atacar a Ceballos situado en San Carlos. El general de Oriente, que no tenía experiencia de la guerra ni cabeza militar, comprometió imprudentemente una desordenada batalla paralela en la llanura del Arado que se extiende frente a San Carlos, donde Ceballos lo esperó con 2500 hombres. La línea independiente fué rota casi sin pelear, y la mayor parte de sus cuerpos se dispersaron o huyeron, con el general en jefe a la cabeza (abril 17). Afortunadamente estaba allí Urdaneta, quien con 600 infantes de Occidente, se mantuvo firme en el campo: reunióse a una división de Oriente mandada por Bermúdez, restableció la línea de bata'la al anochecer, y emprendió la retirada hacia Valencia, salvando toda la infantería, sin dejar ningún trofeo al enemigo. Ceballos, general de la antigua escuela española, apático y lento en sus movimientos, no supo sacar partido de su ventaja, y se mantuvo inmóvil en sus posiciones. La pérdida de los patriotas en este encuentro fué pequeña.

Cajigal, que como queda dicho, habíase posesionado del cargo de capitán general, se puso en campaña desde Coro, al frente de una fuerte división, con la que se reunió a Ceballos en San Carlos, asumiendo el mando en jefe, después de hacer retroceder a los destacamentos republicanos que se habían adelantado hasta Carora. Reconcentrados los ejércitos beligerantes, el uno en San Carlos y el otro en Valencia, ambos evolucionaron durante algunos días, avanzando o retrocediendo, hasta que Cajigal se situó en posiciones ventajosas, en actitud de provocar una nueva batalla defensiva. Bolívar, reforzado con una columna de 800 hombres, que desde Caracas le llevó el infatigable Rivas, tomó decididamente la ofensiva al frente de 3000 hombres. La fuerza del enemigo era superior a la de los independientes. La batalla se empeñó en la llanura de Carabobo, sitio que debía ser dos veces famoso. Después de algunas peripecias, y alternativos conatos de orden oblicuo por una y otra parte, la victoria se decidió por las armas del Libertador. La tempestad de Occidente estaba disipada por el momento. El enemigo dejó en el campo 300 cadáveres, su artillería, 500 fusiles y sus banderas (mayo 26). Los republicanos no tuvieron sino 12 muertos y 40 heridos.

Carabobo no fué, empero, una jornada decisiva, como tal vez pudo serlo. La república de Venezuela estaba destinada a sucumbir por segunda vez. La catástrofe estaba cercana. Bolívar había vencido las tropas regulares de Cajigal y Ceballos, pero no había vencido la insurrección popular alimentada por los nativos que acaudillaba el indomable Boves, ni el espíritu de resistencia pasiva que ansiaba por el

descanso, en medio de la espantosa miseria que afligía al país. El Libertador, tan determinado a veces, como Ceballos era tardío en sus resoluciones, y que como general no tenía cabeza estratégica, en vez de condensar sus masas y marchar atrevidamente a sofocar la reacción de los llanos con probabilidades de éxito aprovechando el prestigio de su victoria, desprendió a Mariño con un cuerpo de ejército de 2300 hombres de las tres armas para hacer frente a Boves, que avanzaba a la cabeza de un numeroso ejército de cuatro mil a cinco mil jinetes y 2000 a 3000 infantes, bien pertrechado y municionado con los recursos obtenidos en la Guayana. Desparramó el resto de sus fuerzas, haciendo que dos divisiones, una de 700 infantes al mando de Urdaneta se dirigiese hacia el Occidente, y otra de 400 infantes y 700 jinetes marchase en persecución de Cajigal y de Ceballos, alejándolas así del teatro de las operaciones donde estaba el verdadero peligro. Esta operación, según los historiadores, fué criticada en su tiempo, hasta por los oficiales del ejército, que con tan errada dirección presintieron la derrota. Afortunadamente, o desgraciadamente, una de estas divisiones — la más numerosa, de 1110 hombres —, se incorporó a Mariño, quien tan imprudentemente y poco experto como siempre, al verse al frente de 3400 hombres, resolvió esperar a Boves en La Puerta, ignorando la fuerza que traía, pues la opinión del país estaba uniformada de tal modo que los republicanos no podían contar con un solo habitante que les sirviese de espía o les diese noticias de los movimientos del enemigo. Bolívar se incorporó a Mariño en La Puerta cuando ya no era tiempo de retroceder. Boves cayó sobre ellos como un torrente, y en poco tiempo y con sólo dos cargas, anonadó de un golpe todo el ejército republicano, pasando a cuchillo hasta a los que rendían las armas sin pelear (junio 14). Pocos se escaparon del terrible desastre. Dos mil seiscientos cadáveres de republicanos quedaron tendidos en el campo, según Boves, y según otros, no menos de 1200. Los oficiales patriotas prisioneros fueron ahorcados y mutilados.

Bolívar huyó a Caracas. En vez de reunir sus últimas fuerzas organizadas, que dispersas se perdían irremediablemente, o replegarse con tiempo hacia el Oriente, ordenó al jefe de la plaza de Valencia que se sostuviese hasta el último extremo, y a D'Eluyar que mantuviese el sitio de Puerto Cabello a todo trance. La estrechura de la Cabrera en la zona fortificada, que defendía el camino de Valencia, fué forzada, y todos sus defensores en número de 250 hombres pasados a cuchillo. Valencia, después de una valerosa resistencia, vióse obligada a capitular, y a pesar de la capitulación solemnemente jurada por Boves, toda su guarnición y parte de su población, en número de 450 individuos, fué bárbaramente degollada o lanceada. D'Eluyar, encerrado en su posición y cerrada su retirada por tierra, vióse obligado a clavar su artillería, y afortunadamente pudo salvarse con su tropa en la escuadrilla que bloqueaba a Puerto-Cabello. Urdaneta quedó interceptado al Occidente con su columna destacada. Antes de sucederse estos desastres, que estaban al alcance de la más vulgar previsión, Bolívar, que había manifestado su resolución de hacer pie firme en Caracas, renunció a este propósito, y con el resto de sus rotas tropas emprendió la retirada hacia el Oriente, llevando toda la plata y las alhajas preciosas de las iglesias, con objeto de emplearlas en la prosecución de la lucha por la independencia. Una numerosa emigración que embarazaba su marcha, le siguió.

VI

Bolívar hizo pie firme en las nacientes del río Aragua, que de la cordillera del litoral de Cumaná se derrama en el llano meridional de Venezuela. Sobre su margen y en el pueblo del mismo nombre a 73 kilómetros de Barcelona, se fortificó con 2000 hombres, formando con los jóvenes caraqueños que le seguían un batallón de 800 plazas. Mariño lo auxiló desde Cumaná con dinero, armas y pertrechos, y lo reforzó con una división de 1000 hombres al mando de Bermúdez. Dividió su ejército en tres cuerpos, situándolos de manera que pudiesen auxiliarse recíprocamente.

El 17 de agosto presentóse Morales en Aragua al frente de un ejército de cerca de 8000 hombres, compuesto casi en su totalidad de negros, indios, zambos y mulatos, sedientos de sangre y de botín. Al día siguiente ordenó el ataque, que llevó a la vez de frente y por uno de los flancos, forzando el vado, cuyo camino cruza el pueblo. Replegado el centro independiente a las calles atrincheradas, sus alas siguieron el mismo movimiento. Los republicanos pelearon con desesperación, como hombres que no esperaban recibir cuartel. A las dos horas de combate, en que sucumbieron batallones enteros, entre ellos el de la juventud de Caracas. Bolívar, considerando inútil la resistencia, se retiró por el camino de Barcelona con parte de sus fuerzas. Bermúdez quedó solo en el campo sosteniendo tenazmente por dos horas más la pelea, hasta que obligado a retirarse lo efectuó por el camino de Maturín con los restos de su caballería. La carnicería que se siguió fué espantosa, y sin ejemplo en la guerra a muerte de Venezuela. No se dió a nadie cuartel. Todos los rendidos fueron pasados a cuchillo. Más de tres mil personas fueron bárbaramente degolladas hasta en la misma iglesia, donde se había refugiado la población aterrada. La pérdida de los realistas fué, según propia confesión, de 1840 hombres, entre ellos más de 1000 muertos.

Reunidos en Cumaná, Bolívar, Mariño, Rivas, Piar y D'Eluyar, resolvióse (25 de agosto) concentrar la resistencia en Güiría, posición fácil de defender y con comunicaciones francas con el exterior, teniendo los independientes el dominio de las aguas, merced a su escuadrilla, mandada siempre por Bianchi, desde el tiempo de la rendición de Barcelona. En sus buques había hecho embarcar Bolívar el tesoro de las iglesias de Caracas. Bianchi, al verse en posesión de tanta riqueza, resolvió apropiársela, y se iba a hacer ya a la vela, cuando Bolívar y Mariño, sabedores de su desvergonzada resolución, se trasladaron a su bordo, y a fin de rescatarla, siguieron viaje con él hasta la Margarita, abandonando sus soldados en pos de la plata. El comodoro aventurero se prestó a devolverle dos tercios de la plata labrada y de las alhajas, apropiándose el resto en pago de lo que según él le debían por la parte de las presas que como corsario había hecho. Además, les cedió generosamente dos buques de la flotilla, para que continuasen la guerra por su cuenta. Los dos dictadores, que tan singular papel representaban, se dirigieron a Costa-Firme, con el resto de su malhadado tesoro. Al desembarcar en Carúpano, la población se amotinó contra ellos (3 de septiembre). Estaban proscriptos. Rivas y Piar se habían apoderado del mando en jefe, declarándolos desertores cobardes que habían abandonado a sus compañeros en el peligro. Rivas trató con alguna consideración a su antiguo jefe Bolívar, y lo dejó en libertad, aunque degradado, arrestando a Mariño, a tiempo que llegaba Piar con la intención

de hacer con Bolívar lo que éste había querido hacer con Miranda en 1812! Felizmente Bianchi, por una caprichosa generosidad de corsario, se presentó en el puerto y con amenazas logró rescatar las personas de los que tan desvergonzadamente había despojado. Bolívar entregó a Rivas la parte del tesoro de que era depositario, y se retiró humillado a Curaçao. Al reembarcarse, dió un manifiesto, en el que las consideraciones político-filosóficas se combinaban con las preocupaciones personales. Declarábase instrumento de la fatalidad y de la Providencia para el bien y el mal, desdeñaba responder a las acusaciones que se le hacían, y al apelar al juicio del congreso de Nueva Granada, fiaba al porvenir su defensa. "Entonces sabréis — terminaba diciendo — si "he sido indigno de vuestra confianza, o si merezco el nombre de "Libertador. Yo os juro que este augusto título, que vuestra gratitud "me tributó cuando os vine a arrancar las cadenas, no será vano. Yo "os juro, que Libertador o muerto, mereceré siempre el honor que me "habéis hecho, sin que haya potestad humana sobre la tierra que de- "tenga el curso que me he propuesto seguir". Bolívar tenía la conciencia de su destino.

Rivas, hombre de acción impulsiva, ambicioso, enérgico y cruel, que había ensangrentado sus laureles exagerando la guerra a muerte, se apoderó del mando en jefe, dominando hasta cierto punto a Piar y Bermúdez; pero los tres juntos no podían reemplazar la acción reguladora de Bolívar. Su decisión fué heroica, pero tenían que sucumbir. Cumaná se pronunció por los realistas (26 de agosto). Morales, después de la batalla de Aragua, dirigióse con 6500 hombres sobre Maturín, donde se había atrincherado Bermúdez con 18 piezas de artillería, 1500 hombres de caballería y 250 de infantería. Intimada rendición a la plaza, los republicanos contestan que prefieren la muerte a la esclavitud y el fuego se rompe por una y otra parte (7 de septiembre). Los sitiados, tomando consejo de la desesperación y fiados en el ímpetu de su caballería, resuelven adoptar la ofensiva, y hacer una vigorosa salida. Contra todas las probabilidades, la victoria corona las armas republicanas. Morales fué hecho pedazos, y huyó dejando en el campo como 2000 muertos y otros tantos fusiles. Boves acudió con 2000 hombres en auxilio de Morales.

El plan de Rivas era concentrarse en Maturín y obrar en masa sobre los realistas. Al efecto, se trasladó allí con una columna de 400 hombres, y en poco tiempo él y Bermúdez consiguieron formar un ejército de 2200 infantes y 2500 de caballería bien armados y municionados. Dispuso que Piar, que con 800 hombres maniobraba sobre la costa, se concentrase también; pero éste, obrando por su cuenta, abrió operaciones aisladas, se dirigió sobre Cumaná, batió su guarnición, y reuniendo hasta 2000 hombres, resolvió sostenerse allí (septiembre 29). Atacado por Boves en la inmediata sabana del Salado, fué deshecho después en un reñido combate, y todos sus soldados degollados. Boves entró en Cumaná a sangre y fuego, saqueó la población matando a cuantos hombres se encontraban en las calles, en las casas y en las iglesias. Se asegura que las víctimas sacrificadas en esta ocasión pasaron de mil. Cumaná quedó desierta. Boves, con su ejército considerablemente aumentado, se reunió a Morales que había reorganizado el suyo, y después de algunos combates parciales provocados por los independientes, marcharon sobre Maturín al frente de 7000 hombres. Los republicanos salieron a su encuentro con fuerzas muy inferiores mandadas por Rivas y Bermúdez. Los dos ejércitos se encontraron en Urica, al oeste de Maturín (5 de diciembre). Boves, formado en dos líneas,

esperó el ataque. Los republicanos, tomando la iniciativa, y con una impetuosa carga de caballería, rompieron el ala derecha realista. En esta carga, fué muerto Boves de una lanzada. Morales, con su ala izquierda triunfante y la reserva, restableció el combate, y el último ejército de la república quedó anonadado. A nadie se dió cuartel.

Morales fué aclamado general en jefe del "Ejército de Barlovento", nombre con que lo había bautizado su muerto caudillo. Sin pérdida de tiempo marchó sobre la plaza de Maturín, bien fortificada y artillada, pero defendida tan sólo por 600 soldados mal armados. La defensa fué valerosa, haciendo experimentar a los realistas pérdidas considerables; pero este último baluarte de la república, cayó también (11 de diciembre). El implacable vencedor, pasó a cuchillo hombres, mujeres y niños. Bermúdez pudo escapar con 200 hombres. José Félix Rivas, errante por los campos, cayó en poder de sus enemigos y fué muerto en el acto. Su cabeza, cubierta con el gorro frigio que Rivas usaba como símbolo de libertad, se colocó en una jaula de hierro en el camino de la Guayra a Caracas, votada a los manes de la sangrienta hecatombe ejecutada en aquel sitio. ¡Según memorias contemporáneas, pasaron de tres mil las víctimas sacrificadas por el feroz Morales en holocausto de su triunfo! La paz del sepulcro reinó en Venezuela.

Tres caudillos populares mantuvieron encendido el fuego de la insurrección en las nacientes y márgenes del Orinoco y sus afluentes. Llamábanse los principales: Pedro Zaraza, José Tadeo Monagas y Manuel Cedeño, nombres que repercutirán más tarde como guerrilleros famosos. En el Occidente, todo quedó pacificado después de la derrota de La Puerta. La columna de Urdaneta, destacada imprudentemente después de Carabobo, quedó interceptada al ocupar Boves a Valencia. Aunque engrosada hasta el número de 1000 hombres, vióse obligada a refugiarse en la frontera de Nueva Granada, activamente perseguida por el cuerpo de ejército de Calzada. Urdaneta desprendió una división de 200 infantes y un cuadro de oficiales de caballería para defender la provincia de Casanare, perteneciente a la Nueva Granada. Este fué el núcleo del famoso ejército republicano del Apure, que debía cambiar los destinos de la revolución de Venezuela, asimilándose las fuerzas populares hasta entonces al servicio de la reacción. Entre los que componían el cuadro de la caballería, contábase un oficial oscuro llamado José Antonio Páez. Era el Aquiles venezolano, destinado a eclipsar las hazañas fabulosas de los héroes de Homero, que hacía su aparición. En Venezuela, sólo quedó tremolando el pabellón republicano en la isla de Margarita. Allí se refugió Arismendi y Bermúdez con los restos de Maturín.

CAPITULO XL

DISOLUCION DE NUEVA GRANADA. — EXPEDICION DE MORILLO. — TERRORISMO COLONIAL

AÑOS 1815-1817

Restablecimiento de la monarquía absoluta en España. — Regreso de Bolívar a Nueva Granada. — Es aprobada su conducta por el congreso de Tunja. — Retirada de Urdaneta. — Bolívar general en jefe de las tropas de la Unión. — Sometimiento de Nueva Granada. — Expedición de Bolívar al Bajo Magdalena. — Su inacción en Mompox. — Rompe hostilidades con Cartagena. — Funestas consecuencias de la guerra intestina promovida por Bolívar. — Resistencia de Cartagena. — Bolívar entrega los restos de su ejército y se retira a Jamaica. — Publica un manifiesto intempestivo justificándose. — La raza de los silenciosos. — Memoria de Bolívar sobre la organización de la América meridional. — Expedición de Morillo sobre Costa-Firme. — Retrato de Morillo. — Instrucciones de Morillo. — Las tropas indígenas y españolas de los realistas. — Sometimiento de Margarita. — Primeros actos de la administración de Morillo. — Establece el despotismo militar en Venezuela. — Expedición de Morillo contra Cartagena. — La opinión de los llaneros reacciona en Venezuela en favor de la independencia. — Morillo marcha sobre Cartagena. — Descripción de Cartagena. — Memorable sitio de Cartagena. — Campaña de Calzada contra Nueva Granada. — Desorganización política y militar de Nueva Granada. — Ultimos días de la primera república granadina. — Invasión de Sámano por el Sud. — Heroicos combates de las últimas tropas granadinas en el Sud. — Plan de pacificación de Morillo. — Pacificación de Bogotá por los realistas. — Sistema terrorista que establece Morillo. — Martirologio revolucionario. — Sueños de Morillo. — Nueva insurrección de Venezuela. — Morillo retorna a Venezuela. — Sámano le sucede en el mando de Bogotá imitando su crueldad. — El suplicio de La Pola. — Sámano virrey de Nueva Granada.

I

La segunda caída de la república de Venezuela coincidió con la del régimen constitucional en la metrópoli. El rey absoluto de España e Indias, después de someter a su autoridad sin ley ni regla a sus vasallos de la Península, ocupóse en someter por la fuerza de las armas sus colonos de ultramar insurreccionados. Con excepción de Nueva Granada y Venezuela, hasta entonces ninguna de las colonias hispano-

americanas había declarado su independencia ni proclamado la forma republicana, que por una ficción se gobernaban en nombre del rey ausente y cautivo, sin perjuicio de hacer la guerra a los que sostenían su bandera. Natural era que esos dos Estados rebeldes llamaran preferentemente la atención del monarca absoluto y de sus ministros. Cuadraba la circunstancia, de que en el año anterior (1813), habíase hecho una variación sustancial en el régimen administrativo de Costa-Firme. Venezuela y Nueva Granada habían sido reunidas en un solo gobierno nominal, y el mando político y militar recayó en el mariscal de campo Francisco Montalvo, con la representación de un virrey. Fué entonces nombrado el bueno aunque poco activo Cajigal, capitán interino de Venezuela, según antes se dijo, y puesta a sus órdenes la provincia de Maracaibo, pasó el general Miyares a ocupar la capitanía general de Guatemala. Las tropas peninsulares habían hecho un triste papel en la guerra de Venezuela. Las dos restauraciones fueron operadas por los naturales del país, acaudillados por Monteverde, Boves y Morales, quienes miraban con desprecio a los generales españoles que reprobaban sus excesos, y de hecho habíanse sustraído a la obediencia de las autoridades legales de la colonia. De aquí que Montalvo mirase de mal ojo la preponderancia de los nativos, que consideraba un peligro y un deshonor, aun cuando estuviesen alistados bajo el pendón real, y por esto había representado a su gobierno la conveniencia y la necesidad de enviar refuerzos de la Península para pacificar ambos reinos. Mientras tanto, las tropas regulares realistas, en posesión de Puerto-Cabello, Coro, Maracaibo y Santa Marta sobre la Costa-Firme de Sotavento, a órdenes de Cajigal y Ceballos, dominaban el occidente de Venezuela, y en combinación con las fuerzas irregulares de Apure y Barinas al mando de Calzada, amenazaban invadir la Nueva Granada después de expulsar la columna de Urdaneta del territorio. En Nueva Granada iba a renovarse o continuarse la guerra, y allí acudió Bolívar con el objeto de tomar parte en ella o buscar nuevos auxilios para reconquistar otra vez a Venezuela.

El congreso de Nueva Granada reunido en Tunja, a quien se presentó para darle cuenta de su gloriosa y desgraciada campaña, aprobó su conducta como era de justicia. El presidente de la Unión, Camilo Torres, le dió las gracias por sus servicios, manifestándole, que aunque se hubiese perdido Venezuela, ella existía en Bolívar, y existiría mientras él viviese. Confiósele inmediatamente el mando en jefe de un cuerpo de tropas, de que formaba parte la columna venezolana que Urdaneta había salvado en su retirada, y se le ordenó que al frente de 1800 hombres marchase a someter a Cundinamarca, que aún mantenía alzado el pendón de la resistencia contra el gobierno federal. Como se recordará, Nariño, al emprender su campaña del Sud, que tan desgraciado fin tuvo en Pasto, había delegado la dictadura en su tío Manuel Bernardo Alvarez, quien tan centralista y localista como su sobrino, resultó ser más obstinado que él en su sistema de aislamiento. (Véase cap. XXXVII, § X). En presencia de los peligros de la república, atacada al Sud por la reacción de Quito triunfante, al Oriente por los ejércitos realistas dueños de Venezuela, y con la amenaza de una nueva expedición española, el congreso había dado una nueva organización al gobierno de la Unión, constituyendo bajo el régimen federal una junta suprema, que fué reconocida por todas las provincias, con excepción de Cartagena, que ofreció dificultades, y Cundinamarca, que resistió abiertamente a someterse a ninguna autoridad que no fuese unitaria. Santa Fe de Bogotá era el centro de los recursos, y allí estaban

americanas había declarado su independencia ni proclamado la forma republicana, que por una ficción se gobernaban en nombre del rey ausente y cautivo, sin perjuicio de hacer la guerra a los que sostenían su bandera. Natural era que esos dos Estados rebeldes llamaran preferentemente la atención del monarca absoluto y de sus ministros. Cuadraba la circunstancia, de que en el año anterior (1813), habíase hecho una variación sustancial en el régimen administrativo de Costa-Firme. Venezuela y Nueva Granada habían sido reunidas en un solo gobierno nominal, y el mando político y militar recayó en el mariscal de campo Francisco Montalvo, con la representación de un virrey. Fué entonces nombrado el bueno aunque poco activo Cajigal, capitán interino de Venezuela, según antes se dijo, y puesta a sus órdenes la provincia de Maracaibo, pasó el general Miyares a ocupar la capitanía general de Guatemala. Las tropas peninsulares habían hecho un triste papel en la guerra de Venezuela. Las dos restauraciones fueron operadas por los naturales del país, acaudillados por Monteverde, Boves y Morales, quienes miraban con desprecio a los generales españoles que reprobaban sus excesos, y de hecho habíanse sustraído a la obediencia de las autoridades legales de la colonia. De aquí que Montalvo mirase de mal ojo la preponderancia de los nativos, que consideraba un peligro y un deshonor, aun cuando estuviesen alistados bajo el pendón real, y por esto había representado a su gobierno la conveniencia y la necesidad de enviar refuerzos de la Península para pacificar ambos reinos. Mientras tanto, las tropas regulares realistas, en posesión de Puerto-Cabello, Coro, Maracaibo y Santa Marta sobre la Costa-Firme de Sotavento, a órdenes de Cajigal y Ceballos, dominaban el occidente de Venezuela, y en combinación con las fuerzas irregulares de Apure y Barinas al mando de Calzada, amenazaban invadir la Nueva Granada después de expulsar la columna de Urdaneta del territorio. En Nueva Granada iba a renovarse o continuarse la guerra, y allí acudió Bolívar con el objeto de tomar parte en ella o buscar nuevos auxilios para reconquistar otra vez a Venezuela.

El congreso de Nueva Granada reunido en Tunja, a quien se presentó para darle cuenta de su gloriosa y desgraciada campaña, aprobó su conducta como era de justicia. El presidente de la Unión, Camilo Torres, le dió las gracias por sus servicios, manifestándole, que aunque se hubiese perdido Venezuela, ella existía en Bolívar, y existiría mientras él viviese. Confiósele inmediatamente el mando en jefe de un cuerpo de tropas, de que formaba parte la columna venezolana que Urdaneta había salvado en su retirada, y se le ordenó que al frente de 1800 hombres marchase a someter a Cundinamarca, que aún mantenía alzado el pendón de la resistencia contra el gobierno federal. Como se recordará, Nariño, al emprender su campaña del Sud, que tan desgraciado fin tuvo en Pasto, había delegado la dictadura en su tío Manuel Bernardo Alvarez, quien tan centralista y localista como su sobrino resultó ser más obstinado que él en su sistema de aislamiento. (Véase cap. XXXVII, § X). En presencia de los peligros de la república, atacada al Sud por la reacción de Quito triunfante, al Oriente por los ejércitos realistas dueños de Venezuela, y con la amenaza de una nueva expedición española, el congreso había dado una nueva organización al gobierno de la Unión, constituyendo bajo el régimen federal una junta suprema, que fué reconocida por todas las provincias, con excepción de Cartagena, que ofreció dificultades, y Cundinamarca, que resistió abiertamente a someterse a ninguna autoridad que no fuese unitaria. Santa Fe de Bogotá era el centro de los recursos, y allí estaba

PLANO TOPOGRAFICO DE LA ACCION DE CANCHA RAYADA

EL 19 DE MARZO DE 1818

pr Alberto d'Albe Ingeniero del Ejercito de los Andes coordinado y correjido sobre el terreno con el del Ingeniero del Ejercito español, tomado en Maipu, un croquis del General Las Heras y los documentos historicos por el General Bartolomé Mitre



los grandes depósitos de pertrechos de guerra de la república. Bolívar fué, pues, encargado de hacer entrar por la fuerza a Cundinamarca en la confederación.

La campaña contra Santa Fe fué activamente conducida por Bolívar. Todos los pueblos de Cundinamarca se pronunciaron por el congreso, así que el Libertador pisó su territorio. El dictador Alvarez quedó reducido a la capital de Santa Fe, donde se fortificó, resuelto a resistir a todo trance. Intimado el sometimiento a nombre de las leyes supremas de la república, y desoído este llamamiento a la unión, Bolívar puso sitio a la ciudad, y después de algunos combates vigorosamente llevados, redujo a los sitiados al recinto de la plaza mayor, cortándoles el agua. El dictador Alvarez capituló. Cundinamarca se uniformó con las demás provincias (12 de diciembre de 1814). Bolívar fué nombrado capitán general de la confederación, título no dispensado hasta entonces a ningún otro. El congreso se trasladó a la ciudad de Santa Fe. La república tuvo por la primera vez una capital, y su gobierno adquirió más vigor y respetabilidad. El congreso, que había autorizado a Bolívar a conservar el título de Libertador, le acordó el de "Ilustre Pacificador". El héroe no podía perder la ocasión de hacer un discurso para hablar de sí con jactancia y con entusiasmo de sus ideales, manifestando sus planes como libertador: "Por dos veces el des-"plome de la república de Venezuela, mi patria, me ha obligado a bus-"car un asilo en la Nueva Granada, que por dos veces he contribuído a "salvar. Pagué con mis servicios su hospitalidad. La guerra civil ha "terminado. Este ejército pasará con una mano bienhechora rompien-"do cuantos hierros opriman con su peso y oprobio a todos los america-"nos que haya en el norte y sud de la América meridional".

II

El nuevo plan de Bolívar consistía en abrir operaciones por la línea del Bajo Magdalena, atacar a Santa Marta, y posesionado de Coro, abriendo otra campaña por el occidente de Venezuela para operar por segunda vez su reconquista. El gobierno de la Unión puso al efecto a sus órdenes tres batallones de infantería y un escuadrón de caballería que sumaban 2000 hombres. Este ejército debía ser provisto de armas y municiones en Cartagena, donde existía el gran parque de la república. Dominaba en esta provincia confederada el coronel Castillo, quien movido por sus antiguos resentimientos con el Libertador, y por los emigrados venezolanos que allí se habían refugiado (entre ellos Mariño y Mariano Montilla, quien desde esta época se declaró enemigo de Bolívar), se puso en pugna con el general expedicionario, negándole los auxilios que reclamaba. Bolívar estableció su cuartel general en el pintoresco pueblo de Mompox, sobre la margen occidental del Alto Magdalena (principios de febrero). Allí permaneció en la inacción disipando su tiempo en festines, en organizar una guardia de honor de las tres armas para custodia de su persona y en oscuras conspiraciones para cambiar la situación política de la provincia de Cartagena, movido a su vez por su enemistad con Castillo. La desmoralización se introdujo en sus filas, la deserción y las enfermedades redujeron sus tropas a la mitad, su caja militar se agotó y últimamente optó por el peor de los partidos.

Bolívar, en vez de extender su línea sobre el Magdalena, se decidió a abrir hostilidades sobre Cartagena, provocando la guerra civil. Fué un delito y una falta. El enemigo, que amagaba su flanco y su retaguar-

día, ocupó inmediatamente a Mompox, llave del gran valle. La comunicación fluvial entre el Alto y el Bajo Magdalena quedó interceptada. Este movimiento ofensivo obligó a Bolívar a abandonar la defensa del Bajo Magdalena. Al llegar a Cartagena, estaba perdido. La población en masa habíase sublevado contra él y preparado a la defensa, infeccionando hasta los pozos de las cercanías en que podía proveerse de agua. Cartagena era la primera plaza de América y estaba artillada con ochenta piezas de grueso calibre. No obstante le puso sitio, y pretendió rendir a a viva fuerza, con sólo una pieza de artillería. ¡Había perdido la cabeza! Después de algunas negociaciones malogradas y criminales combates en presencia del enemigo común, las enfermedades acabaron de diezmar sus tropas y hacer insostenible su posición. En estos momentos precisamente una fuerte expedición española conducida por una poderosa escuadra, desembarcaba a barlovento de Costa-Firme y amenazaba a Nueva Granada por la espalda en toda su frontera oriental. El Libertador, afectando hacer un gran sacrificio en obsequio de la paz interna por él comprometida, firmó un convenio con su competidor Castillo, poniendo a su disposición las reliquias de su destruído ejército anarquizado, y despidióse de sus compañeros de armas en una proclama sentimental, en que deploraba no participar de los imaginarios triunfos que les esperaban (mayo 8). Al alejarse, lanzó su último dardo, que se volvió contra él: "Cartagena prefiere su propia destrucción al deber de obedecer al "gobierno federal". El también había preferido su destrucción al cumplimiento de su deber, e inoculado un nuevo germen de disolución a la república granadina.

Bolívar tenía el talento de la palabra escrita y hablada, pero no pertenecía como San Martín a la raza de los grandes silenciosos, que sólo hablan para acompañar la verdad o reforzar la acción con la palabra, y que como se ha dicho son la sal de la tierra. Un grande hombre de acción y de palabra poderosa, desterrado a la sazón (1815) como él en una isla, decía: "Nadie debe hablar ni quejarse, cuando no tenga "en vista un resultado que conduzca a algo que pueda hacerse. Cuando "nada se puede hacer, se calla". Emigrado en la Jamaica, escribió allí una exposición llena de recriminaciones, en que sin justificarse de los graves cargos que sobre él pesaban, hizo su propio proceso. Mejor inspirado, publicó poco después bajo el seudónimo de "Un americano meridional", una bien elaborada memoria sobre la revolución hispano-americana, y sobre la organización futura de las nuevas repúblicas en germen, que es la refutación del quimérico plan de monocracia continental que pretendió ensayar más tarde. "La América computa, decía, "la creación de diecisiete naciones. No puedo persuadirme que el Nue-"vo Mundo sea por el momento regido por una gran república, y como "es imposible, no me atrevo a desearlo, y menos deseo monarquía uni-"versal de la América, porque este proyecto, sin ser útil, es también "imposible. Para que un solo gobierno dé vida, anime, ponga en acción "todos los resortes de la prosperidad pública, corrija, ilustre y perfec-"cione al Nuevo Mundo, sería necesario que tuviese las facultades de "un Dios, y cuando menos las luces y virtudes de todos los hombres. "Sería un coloso deforme que su propio peso desplomaría a la menor "convulsión". La única excepción que hacía en esta distribución de autonomías democráticas, era una idea que había enunciado antes y que lo ocupaba desde entonces: "La Nueva Granada se unirá con Vene-"zuela si llegan a convenirse en formar una república central. Esta nación, se llamará Colombia". Visión del destino.

III

La gran expedición española de que antes se hizo mención, avistó la costa de Cumaná en los primeros días de abril precisamente en los días en que Bolívar declaraba de hecho la guerra a Cartagena. Componíanla, una escuadra de veinticinco buques, de los cuales un navío y tres fragatas, que convoyaban sesénta transportes con 10.000 hombres de desembarco, y un tren de artillería de batir como para atacar una plaza de segundo orden. Era el más grande esfuerzo que hasta entonces hubiese hecho la metrópoli para dominar la insurrección sudamericana, y sería el último. El ejército expedicionario constaba de seis regimientos y un batallón de infantería, dos regimientos de caballería, un escudarón de artillería volante, y algunas compañías de artilleros a pie, zapadores y obreros, pertenecientes a los mejores cuerpos que habían hecho la guerra de la Península contra las armas de Napoleón, y formádose en la escuela de Wellington. A su frente estaba el mariscal de campo Pablo Morillo, el mejor general que tenía entonces la España. Desde la clase de sargento de marina habíase elevado por su valor hasta el puesto que ocupaba, desenvolviendo su energía nativa en la sangrienta escuela de las guerrillas españolas, y completado su educación práctica en los grandes ejércitos anglo-hispanos. No era ciertamente un genio militar, muy lejos de eso, ni tenía cultura; pero estaba dotado de un talento natural, era un buen peleador, popular entre los soldados, firme en el mando y tenaz en sus empresas. En lo moral era un hombre imperioso y frío, cruel por sistema más que por inclinación, con arranques espontáneos de franqueza y aun de generosidad intermitente, pero desconfiado y sujeto a accesos de ira que lo ponían fuera de sí. No conocía el país ni tenía más plan que el que le trazaban sus instrucciones, las que revelaban tanta ignorancia respecto del estado de la América meridional, como desprecio encubierto por la canalla sudamericana, sentimiento de que él participaba.

Esta expedición había sido destinada en un principio al Río de la Plata, como se ha apuntado antes en esta historia, pero la noticia de la pérdida de Montevideo en 1814, que la privaba de un punto de apoyo indispensable en las costas, hizo variar su destino, encaminándola a Costa-Firme. La razón fundamental que aconsejó esta variación, fué pacificar la parte Norte del continente meridional, considerando el istmo de Panamá como llave de ambas Américas, y punto de más fácil comunicación entre los dos océanos, para combinar operaciones en las colonias y obrar con más eficacia sobre la parte Sud insurreccionada. Al efecto, se dirigió simultáneamente otra expedición de 2500 hombres al mando del general Miyares, que por este mismo tiempo desembarcó en Veracruz, y cuyo objeto era dominar todo el istmo hasta darse la mano con la de Costa-Firme. La parte de este vasto plan encomendada a Morillo, era dominar toda la Costa-Firme desde Guayana hasta el Darien, someter ante todo la isla de Margarita, apoderarse de la plaza de Cartagena, subyugar la Nueva Granada después de consolidar el orden en Venezuela, abriendo comunicaciones con Quito para obrar sobre el Perú. Tan fácil se consideraba la realización de este plan, que, dándolo todo por hecho, se prevenía al general enviar al Perú y a Méjico todas las tropas que resultasen sobrantes en el teatro de sus operaciones en el curso del año de 1815. Tan vasto como era este plan, que importaba la pacificación de toda la América meridional desde Méjico hasta el cabo de Hornos, él se realizó en todos sus pun-

tos en el término señalado, quedando subyugadas de nuevo todas las colonias insurreccionadas, con excepción de las provincias del Río de la Plata adonde se destinara en un principio la expedición.

En otro sentido, las instrucciones estaban concebidas en un espíritu benévolo hacia los americanos, aunque llenas de desconfianzas y revelando en el fondo un gran menosprecio hacia los criollos, fueran realistas o independientes. Las atrocidades cometidas bajo el pendón del Rey, eran condenadas sin recriminación, y se inspiraban en los informes de Cajigal más que en los bárbaros ejemplos de Boves y Morales. "La conducta que se ha de seguir, decíase en ellas, con los caudi-"llos que tengan fuerza y opinión, no puede detallarse, y el general "en jefe podrá aprovechar las circunstancias negociando el partido más "ventajoso y decente a las armas del Rey; debiendo desaparecer toda "idea que no contribuya a asegurar la felicidad de los vasallos de S. "M. en aquellas regiones". Y agregaba en otro artículo: "En un país "donde desgraciadamente está el asesinato y el pillaje organizado, con-"viene sacar las tropas y jefes que hayan hecho allí la guerra, y aque-"llos que, como algunos de nuestras partidas, han aprovechado los nom-"bres del Rey y patria para sus fines particulares cometiendo horro-"res. Debe separar os, etc." Pero estas prevenciones teóricas, que no eran sino una máscara, como luego se vió, quedaban anuladas por el hecho de facultarlo ampliamente para alterar en todo o en parte sus instrucciones, y suprimir hasta los tribunales de justicia. De este modo quedaba todo librado a merced del pacificador.

El primer hombre del Nuevo Mundo con quien habló Morillo, fué Morales. Después de la destrucción de Maturín, había quedado dueño de todo el oriente de Venezuela y dominaba con 5000 hombres el interior del país y toda la costa de Cumaná. Para asegurar este dominio había formado una escuadrilla de 22 buquecillos, armados en guerra, con que se proponía atacar la isla de Margarita, cuando la expedición llegó a Costa-Firme. Al efecto, en tres de sus bergantines, tenía embarcada una división de infantería con la que fué en persona a ponerse a órdenes del general expedicionario. Uno de los jefes que formaba parte de la expedición, y que sería más tarde el historiador de las armas españolas en la guerra sudamericana, ha pintado al natural el extraño aspecto de las tropas indígenas que habían hecho triunfar la causa del Rey, consignando sus impresiones con previsiones de largo alcance. "Cuando los soldados europeos vieron entre los buques "de la expedición los pequeños barcos que conducían como 800 hombres "de Morales, naturales todos de Costa-Firme, muy morenos y sin otro "vestuario los más que un sombrero redondo de paja y una canana "pendiente de un taparrabo, no hay términos con que pintar la sor-"presa que recibieron a la vista de un espectáculo tan nuevo para "ellos. Eran aquéllos los vencedores, y nuestros europeos, llevados de "la apariencia incidieron en el grave error de concebir por los ven-"cidos la idea más despreciable, lo que no ha dejado de ser por des-"gracia harto general en otros puntos de América, y sin duda funesta "en todo. Venezuela y Caracas se perdieron después que llegaron allí "tropas europeas de la mejor calidad y bien mandadas".

IV

De conformidad con sus instrucciones, Morillo se dirigió a Margarita con todo su ejército, reforzado por tres mil hombres de las tropas de Morales embarcados en la escuadrilla venezolana. La posesión de esta

isla era de la mayor importancia para la pacificación de Costa-Firme. Era el talón vulnerable de Venezuela. Asilo de los corsarios que hostilizaban el comercio español en el mar de las Antillas, en comunicación libre con el exterior, a inmediación de la costa de Paria y con una población insurreccionada apta para la guerra marítima y terrestre, la isla de Margarita era un peligro para los realistas y una esperanza para los independientes. Por uno de los buques del convoy apresado por los margariteños, los patriotas de la isla tenían conocimiento de la importancia de la expedición. Bermúdez, que con los restos escapados en Maturín se hallaba aún allí, fué de opinión de resistir a todo trance; pero no siendo apoyado en su resolución, se dirigió a Cartagena. Arismendi hizo su sumisión, y fué benévolamente tratado por el general español, quien le recibió a su mesa, pareciendo olvidar que había sido el verdugo de ochocientos españoles cruelmente ejecutados por él. El vencedor tomó pacífica posesión de la isla (9 de abril de 1815), y expidió una proclama ofreciendo amnistía a los insurgentes que se presentaran, promesa que fué cumplida, con excepcion de quince que se presentaron a Morales, que fueron asesinados. La rendición de Margarita fué señalada por el incendio del navío *San Pedro*, el buque de más poder de la escuadra, en que se perdió la caja militar y considerables equipos y pertrechos de guerra. Era el primer triunfo y el primer contraste de la expedición.

Precedido por la fama de su generosa conducta en Margarita, llegó el pacificador a Caracas, donde fué recibido por una opinión que ansiaba por el descanso después de tantas y tan dolorosas agitaciones (11 de mayo de 1815). Su conducta posterior burló estas esperanzas. Su primer acto, fué la imposición de un empréstito forzoso, bajo el pretexto de la pérdida de los caudales de la expedición en el navío *San Pedro*. Restableció el sistema del secuestro de las propiedades, que se hizo extensivo no sólo a los que habían tomado parte en la revolución, sino también a los ausentes y a los sospechosos, medida que se ejecutó con todo rigor, y dió por resultado la ruina de los últimos restos de la fortuna particular de los venezolanos. Cajigal y Ceballos, hombres moderados que podían templar el rigor de estas medidas, fueron al fin alejados. Para mandar en Venezuela, nombróse al Brigadier Salvador Moxó, hombre cruel y rapaz, que restablecería el régimen del terror de Monteverde, y aunque con menos crueldad, la guerra de exterminio de Boves y Morales. Suprimióse la audiencia y todos los tribunales civiles, estableciéndose consejos y comisiones de guerra para juzgar los delitos políticos y administrar todo lo concerniente al país conquistado. Venezuela quedó sometida al más crudo despotismo militar.

Morillo contaba a la sazón con un ejército de más de 16.000 hombres, incluyendo las tropas indígenas, y ocupóse en dar a sus fuerzas una distribución conveniente. Remitió a Puerto Rico un batallón de cazadores. Despachó en auxilio del Perú por el istmo de Panamá, la 1ª división del ejército expedicionario, fuerte de 1700 hombres, compuesta del regimiento de infantería "Extremadura", dos escuadrones de caballería y dos compañías de artilleros y zapadores, de la que formaban parte el coronel Mariano Ricafort y los comandantes Baldomero Espartero, Vicente Sardina y Andrés García Camba, que se harían famosos en la guerra del Pacífico. El resto lo dividió en tres cuerpos de ejército. Destinó tres mil hombres a la ocupación de Venezuela, estableciendo guarniciones de 800 y 1000 en Margarita, Cumaná, Barcelona, Caracas y Calabozo. Reorganizó y reforzó la división de Cal-

zada en Barinas con contingentes europeos, a fin de concurrir por tierra a las operaciones que preparaba contra Nueva Granada. Con el resto de su ejército disponible, que alcanzaba a 5000 europeos y 3500 naturales de las fuerzas de Morales mandadas por éste, dirigióse por mar con cincuenta y seis velas a la costa de Sotavento, para emprender la restauración de Nueva Granada, empezando por el dominio de la plaza fuerte de Cartagena (12 de julio de 1815). La traslación de las tropas nativas que habían operado la restauración realista en Venezuela, respondía a la política prescripta al general en sus instrucciones. Esta medida y el desprecio con que fueron tratados por los europeos, introdujeron el descontento en sus filas. Más de mil llaneros desertaron al tiempo de embarcarse, y despertado en ellos el instinto nativo, se decidieron por la causa de la independencia, de que habían sido azote y de que serían los más esforzados campeones.

V

Morillo desembarco en Santa Marta con la resolución de apoderarse de Cartagena, para cerrar así la única puerta de comunicación de Nueva Granada con el exterior. La plaza se había preparado a la defensa, aunque sumamente debilitada por la reciente guerra intestina. Carecía de armas, de numerario, de tropas suficientes para cubrir su vasto recinto, de los víveres necesarios para sostener un sitio, no podía contar con el apoyo del gobierno de la Unión, y ni siquiera con la esperanza de un ejército de socorro. Estaba aislada por mar y por tierra. Sin embargo, decidióse por la resistencia a todo trance. Mandó talar todos los alrededores tres leguas a la redonda, dispuso que los habitantes de la campaña se refugiaran en los bosques, ordenó la reconcentración de las tropas regladas que se hallaban fuera de murallas, organizó una escuadrilla para defensa de la bahía, montó sesenta cañones a más de ochenta y cuatro que tenía en batería, y se proclamó la ley marcial. Ordenóse un alistamiento general de todos los hombres en estado de llevar armas desde la edad de dieciséis a cincuenta años, reuniéndose 3600 soldados, de los cuales 1300 de línea, correspondiendo el pico de 300 a los restos del ejército que Bolívar había sacado de Santa Fe. Castillo era el jefe de las armas y Mariano Montilla fué nombrado mayor general. En esta actitud esperó el ataque que le iba.

Cartagena era entonces la primera plaza fuerte de América. Tomada en 1697 por los franceses mandados por el almirante de Pointis, había rechazado triunfalmente el ataque de una poderosa escuadra inglesa con 9000 hombres de desembarco a órdenes del almirante Vernon. La España había concentrado allí todo su poder defensivo, combinando las obras de arte con los obstáculos naturales. Cartagena era una especie de Venecia militar. Edificada sobre un promontorio de arena batido por el mar, rodeada de canales y dividida de la tierra firme por pantanos, es una península que puede considerarse como una isla. La ciudad está dividida en dos partes: la que propiamente se llama Cartagena, sobre la orilla del mar, que baten las aguas del golfo de Méjico por el Noroeste, y el arrabal de Getzemaní al Oeste. Ambos barrios se comunican por un puente fortificado, tendido sobre un ancho foso o canal, cuyas dos bocas estaban cerradas por fuertes estacadas. Getzemaní comunica a su vez por otro puente como el anterior, que lo liga con las posiciones dominantes de la tierra firme. Toda la ciudad estaba circundada por altas y fuertes murallas bastionadas. Al oriente de Getzemaní, sobre la tierra firme y como a 700 metros

de distancia, hallábase situada una elevada colina coronada por un fuerte castillo llamado de San Lázaro que dominaba con sus fuegos los dos barrios, el cual a su vez estaba dominado al Norte por el cerro fortificado de La Popa, que descubre todo el horizonte y defendía todos los aproches por la parte del campo. La isla o península de Cartagena, inabordable por la parte del mar y muy difícil de atacar por tierra, sólo era accesible por su bahía que se desarrollaba de norte a sud en una extensión de 1300 kilómetros, dentro de la cual las islas y costas que la circundan dibujan varias ensenadas, que comunican entre sí por bocas estrechas o canales. Hacia el Sud y a lo largo de la costa exterior del golfo, se prolonga una gran isla que se llama Tierra Bomba, a que sigue otra isla fronteriza denominada de Barú, separada de la tierra firme por un canal —*o caño* como dicen en el país—, que lleva el nombre de Pasacaballos. Estas islas y el contorno de la costa interior, forman la gran bahía de Cartagena. La bahía sólo tiene dos entradas marítimas: la llamada Boca Grande, que da acceso a la parte norte de ella, por donde penetró el almirante Vernon en 1741, y que desde entonces mandó cerrar el gobierno español, y la Boca Chica al Sud, defendida por dos castillos y algunas baterías de costa. En su interior, se subdivide en cuatro ensenadas: las dos que corresponden a las bocas grandes y chica, y dos que yacen al pie de las fortificaciones del Sud, cuyas estrechas gargantas estaban defendidas por fuertes que cruzaban sus fuegos combinados con los de las cortinas y bastiones de la plaza. Al Norte se halla la ciénaga o laguna marítima de Tescas, que comunica con la plaza por canales de bajo fondo. Una escuadrilla, compuesta de una corbeta, siete goletas y algunas balandras pertenecientes en su mayor parte a corsarios y tripuladas por ellos, dominaba las aguas de la bahía y defendía sus dos entradas, manteniendo la comunicación entre los castillos de Boca Chica y la plaza. La boca interior del canal o caño de Pasacaballos, así como la laguna de Tescas, estaban defendidas por una flotilla sutil de bongos armados en guerra, tripulados por los cartageneros, que son excelentes marinos formados en la escuela de la pesca. Tal era el antemural de la Nueva Granada que iba a atacar el ejército español.

El general español dispuso que Morales con sus 3500 venezolanos marchase por tierra, atravesase el Magdalena y estableciera el bloqueo terrestre, mientras él con el resto de su ejército, reforzado por las milicias de Santa Marta, se dirigía por mar a fin de bloquear el puerto y estrechar el sitio, como lo verificó (18 de agosto). La división de Morales ocupó el circuito interior de la bahía hacia el Norte, ocupando la isla Barú, y por varias veces intentó forzar una batería en Pasacaballos; pero la flotilla de bongos que defendía la boca del canal, se lo impidió, y le hizo desistir de su empeño. El grueso de las fuerzas se limitó a mantener el asedio. El plan de Morillo era rendir por hambre la ciudad. Una comunicación (de 7 de septiembre) interceptada a los sitiados, le había hecho saber positivamente que la plaza no contaba con víveres, ni aun para cuarenta días, incluyendo los caballos, mulas, burros y perros, y que las tropas de pelea para la defensa no pasaban de mil.

VI

Los cartageneros no desmayaban a pesar de todo. Descontentos con Castillo que conducía con debilidad la resistencia, lo depusieron, nombrando al general venezolano Bermúdez jefe de las armas, que no

se mostró más capaz que su antecesor. A los sesenta días de sitio, la peste empezó a diezmar la población, y los víveres escasearon a tal punto que hubo que apelar a los ratones para alimentarse. A pesar de esto, nadie hablaba de rendirse. Morillo, que en sus "Memorias" hace alarde de generosidad por no haber bombardeado la ciudad, mientras esperaba reducirla por hambre, ensayó al fin este medio de hostilidad (25 de octubre), que no le dió más resultado que matar algunos niños y mujeres. Al mismo tiempo la disentería y las fiebres diezmaban el ejército sitiador, y más de tres mil seiscientos enfermos llenaban sus hospitales. Las copiosas lluvias de la estación hacían muy penosa la estancia de las tropas en el campo sitiador, y las tempestades del golfo muy contingente el bloqueo por la escuadra española, a lo largo de una extensa costa, sin puerto de refugio, pues la bahía le estaba cerrada. En tal situación Morillo proyectó apoderarse de la laguna Tescas, a fin de introducir artillería por la parte del Norte y batir con más eficacia la plaza desde tierra; pero la flotilla de bongos que la defendía había cerrado con una estacada la boca que comunica con el mar, y rechazó vigorosamente dos ataques sucesivos que le llevaron los realistas. En los primeros días de noviembre, sitiados y sitiadores mantenían con tesón sus respectivas posiciones.

El general español, sabedor de que la guarnición de la plaza había disminuído considerablemente, determinó estrechar el asedio. Al efecto, ordenó un ataque simultáneo sobre La Popa y sobre Tierra Bomba. El ataque sobre La Popa, llevado por 800 hombres, fué rechazado por el comandante venezolano Carlos Soublette al frente de 1300 soldados, marcando con este hecho su aparición en la historia (11 de noviembre de 1815). El ataque sobre Tierra Bomba, llevado por Morales con una división de bongos y barcas armados en guerra, fué rechazado en los primeros dos días por la flotilla de la plaza, pero en el tercero, vióse ésta obligada a replegarse a la ensenada interior al amparo de los fuegos de las murallas (13 de noviembre). Los enemigos, que habían establecido una batería sobre la costa interior de tierra firme, construyeron otras en Tierra Bomba, que cruzando sus fuegos, dominaban la gran bahía. Con la pérdida del punto de Tierra Bomba, quedaron aislados los castillos que defendían Boca Chica, y la plaza se halló privada del recurso de la pesca que se hacía por esta parte, que como antes se explicó, es la prolongación de la península en que está asentada Cartagena y separa las aguas de la bahía de las del golfo. Morales pretendió entonces apoderarse de uno de los castillos de Boca Chica, defendidos por poco más de 200 hombres, al mando del coronel francés Ducoudray-Holstein, pero fué rechazado con pérdida considerable. Los españoles quedaron así dominando con sus fuerzas sutiles la gran bahía, pero sin poder penetrar en ella su escuadra.

La resistencia había tocado los últimos límites. Se habían comido los cueros que existían en la plaza. El hambre y la peste reinaban en la ciudad. Los centinelas al tiempo de ser relevados, se encontraban muertos en sus puestos. Empero, nadie hablaba de rendirse. Como último recurso, resolvióse hacer salir dos mil bocas inútiles, inválidos, niños y mujeres. Los padres y los maridos se despidieron de sus hijos y sus esposas, que entregaban a la piedad del enemigo, permaneciendo en sus puestos de combate. Fué aquélla una emigración de espectros ambulantes, de la que sólo una tercera parte —el resto murió en el camino— tuvo fuerzas para alcanzar hasta los puestos avanzados de los sitiadores. Los españoles trataron con generosidad a los expulsos. El general español dijo, y con razón, que conforme a las leyes de la gue-

rra podía hacerlos retornar inmediatamente a la plaza, pero que movido por sentimientos de humanidad, no lo hacía. Hasta entonces Morillo no había hecho derramar sangre sino en los combates, y podía creerse en la sinceridad de su palabra, empero su proceder obedecía a un cálculo. Dirigióse a las autoridades de Cartagena, diciéndoles con tal motivo: "He preferido escuchar el grito de la humanidad, y he querido acordar una tregua a esos desgraciados habitantes, como término a los males que los afligen. La defensa toca a su fin, y ni aun entre los bárbaros se sacrifica inútilmente a una población entera. Elija el gobierno de Cartagena: o recibir de nuevo las familias que la necesidad ha hecho salir de la plaza, o rendirse en el término de tres días, con la seguridad de que la clemencia del Rey no tiene límites".

Una vela que apareció en el horizonte, y que se creía portadora de víveres, alimentó por algunas horas la esperanza de los sitiados. La vela desapareció en el horizonte y con ella la última esperanza. El 4 de diciembre, día de la intimación de Morillo, murieron trescientas personas de hambre en las calles. Pero todavía los sitiados no hablaban de rendirse. Era empero humanamente imposible prolongar la resistencia. Pero nadie habló de entregarse. Resolvióse la evacuación de la plaza a todo evento, antes de rendirse o capitular. En la noche del 5 de diciembre, se clavaron los cañones de La Popa, y del castillo de San Lázaro. Al amanecer del siguiente día estaban embarcados a bordo de la escuadrilla compuesta de trece buques, como dos mil emigrados, últimos restos de la heroica población de Cartagena. Los enemigos, observando sus movimientos, habían establecido cuatro baterías que cruzaban sus fuegos sobre la bahía y una línea de veintidós lanchas cañoneras que cerraban el paso. La escuadrilla rompió la línea bajo el fuego de las baterías, con alguna pérdida; tomó a su paso la guarnición de Boca Chica, después de clavar los cañones de los castillos, y en la noche del 7, cuando iba a cumplirse el plazo dado por Morillo, el convoy se hizo a la mar, y atravesó por en medio de la escuadra española bajo un recio temporal que lo dispersó.

Así terminó el sitio de Cartagena en 1815, uno de los hechos más memorables de la lucha por la independencia americana. Morillo, en vez de una ciudad, ocupó un hospital de moribundos y un cementerio con montones de cadáveres hacinados en sus calles (6 de diciembre). La atmósfera estaba corrompida. El sitio había durado ciento ocho días. Se calculaba en seis mil almas el número de muertos en la plaza por el hambre y las enfermedades, sin contar los muertos en los combates. El ejército sitiador perdió cerca de tres mil quinientos hombres. El triunfo de los realistas fué coronado por un acto de barbarie. Morales ocupó los castillos de Boca Chica. Dió una proclama ofreciendo amnistía a los que se presentasen. Confiados en esta promesa, presentáronse en número de cuatrocientos, los ancianos, las mujeres, los niños y algunos pescadores que habían quedado ocultos en los bosques de Tierra Bomba. El bárbaro Morales los hizo degollar a todos en la ribera del mar. Morillo fué relativamente más humano. Limitóse a hacer condenar a muerte y suspender de la horca al general Castillo, que había quedado oculto, y seis ciudadanos notables que confiaron en su decantada clemencia, entre los que se contaba el célebre José María Toledo, principal promotor de la revolución de Cartagena en 1810, y que al tiempo de establecer el sitio había incendiado él mismo sus propiedades en los alrededores para que no sirviesen al enemigo. Al mismo tiempo se restableció el tribunal de la inquisición en Cartagena.

VII

Mientras Morillo sitiaba Cartagena, la división de Calzada situada en Barinas, que debía obrar en combinación con su ejército para subyugar la Nueva Granada, había iniciado sus operaciones. Como los llanos de Casanare estuviesen a la sazón dominados por la caballería republicana, Calzada se dirigió allí a fin de despejar su flanco y asegurar su retaguardia; pero fué batido en un primer encuentro de vanguardia (31 de octubre). Desistiendo de esta empresa, dirigióse a Cúcuta y atravesó la cordillera, penetrando en el territorio de Nueva Granada con 1800 fusileros aguerridos y 500 jinetes. Las tropas de la Unión que intentaron contener la marcha de Calzada, batidas en varios encuentros fueron completamente deshechas en Balaga sobre el río Chitagá (25 de noviembre). Calzada ocupó Pamplona, donde encontró tendidos en sus calles los cadáveres de algunos españoles europeos que los patriotas mataron bárbaramente al tiempo de evacuarla.

Una división de 500 hombres que al mando del coronel Francisco de Paula Santander se hallaba en Ocaña y marchaba en auxilio de Cartagena, quedó cortada por la invasión de Calzada, y emprendió su retirada, reuniéndose con los derrotados en Chitagá al norte de Pamplona. De este modo, el jefe realista penetró en el corazón de la Nueva Granada, interceptó las comunicaciones entre Santa Fe y Cartagena y se dió la mano con el ejército de Morillo, recibiendo auxilios de Maracaibo.

En tan angustiosa situación, el congreso granadino dió nueva organización al poder ejecutivo de la Unión a fin de hacer frente a los peligros que amenazaban a la república. Camilo Torres fué encargado de la presidencia con facultades extraordinarias, hasta para capitular con los españoles, adjuntándole como vicepresidente a Torices, el que como dictador de Cartagena había dado pruebas de energía. El nuevo presidente declaró que la república se encontraba expirante y que él no se hallaba con fuerzas para salvarla; pero aceptó al fin el sacrificio. Formóse entonces un ejército de 2500 hombres bisoños, para hacer frente a Calzada y éste se vió obligado a replegarse hacia Ocaña, sufriendo un contraste en su retaguardia (8 de febrero de 1816). Reforzado Calzada con 300 cazadores, reaccionó vigorosamente y atacó a los republicanos en la posición atrincherada del Páramo de Cacharí, a tres jornadas al sud de Ocaña, y después de dos días de combate los derrotó completamente, haciéndoles 300 muertos y tomando 300 prisioneros (22 de febrero). Calzada ocupó sin oposición todas las provincias de Pamplona, Socorro y Antioquía. La capital estaba indefensa. La noticia de la derrota del último ejército de la Unión llegó a Bogotá justamente con la de la pérdida de Cartagena. Camilo Torres, a quien se hacía responsable de estos contrastes, sin esperanzas de poder salvar la república, renunció la presidencia. Fué nombrado para sucederle el doctor en medicina y leyes José Fernández Madrid, hombre de ciencia, poeta de algún mérito y publicista radical que se había señalado en los congresos por la exageración teórica de sus medidas revolucionarias. Puesto a la prueba en la práctica, declaró, como su predecesor, que no era el hombre que el congreso buscaba para salvar la república, pero que aceptaba por la fuerza la tarea que se le imponía, sin responder de sus resultados. Llamó a los que voluntariamente quisiesen seguirle, y sólo seis hombres se presentaron.

Una reacción se había operado en la Nueva Granada. Los unionis-

tas de Cundinamarca, sometidos por la fuerza de las armas, habíanse convertido por despecho en realistas. El resto del país, fatigado de la guerra, aspiraba como en Venezuela al descanso y suspiraba por el antiguo régimen. Las fuerzas morales y militares de la nación estaban agotadas, y la república granadina estaba en plena disolución. En tal situación, Fernández Madrid, autorizado por el congreso, abrió negociaciones con Morillo. El congreso se disolvió poco después. El presidente se replegó al Sud con los restos de las tropas de la Unión, las que defendían el valle de Cauca en Popayán, fueron al fin completamente destruídas hasta el último hombre por los realistas que avanzaban desde Quito a órdenes del general Sámano.

Un sacrificio heroico, que salvó el honor de las armas republicanas, señaló la derrota final de Nueva Granada. La división de Popayán, en número de 700 veteranos probados aclamó por su jefe al comandante Liborio Mejía, y en una junta de guerra intimaron al presidente que moriría el que hablase de capitular, a lo que Fernández Madrid respondió presentando su pecho, que tal era también su dictamen. Reanimados los últimos soldados de la Unión por la energía de Mejía, resolvieron atacar la división de Quito, fuerte de 1000 hombres de buenas tropas, que se había fortificado en la cuchilla del Tambo, a 31 kilómetros al sud de Popayán. En el primer empuje, la caballería realista fué derrotada, y Sámano vióse obligado a encerrarse en sus trincheras. Los republicanos se empeñaron en arrebatar por asalto la posición, pero rechazados con pérdida de su artillería, dejaron en el campo 250 cadáveres y en poder del enemigo 300 prisioneros, escapando Mejía con sólo 40 heridos (21 de junio de 1816). Reunidas las últimas reliquias de la división del Sud con los restos del ejército de la capital que Fernández Madrid había sacado de Bogotá, que en su totalidad alcanzaban a 160 hombres, se atrincheraron sin esperanzas de triunfar en el puente del río de la Plata, al norte de Popayán, ocupando su cabeza, bajo las órdenes del coronel Pedro Monsalve. Atacados por una columna de 400 hombres, pelearon desde las 12 del día hasta el anochecer. Rotos por el frente y tomados por la espalda, todos fueron muertos y prisioneros (10 de julio). Mejía fué de los últimos en abandonar el campo de batalla, y quedó prisionero. Así cayó la última bandera granadina con sus últimos soldados.

VIII

Rendido el antemural de Nueva Granada y ocupadas sus provincias centrales por Calzada, Morillo se movió de Cartagena, dejando la plaza guarnecida por 2600 hombres a órdenes del virrey Montalvo. El resto de su disminuído ejército lo dividió en cuatro columnas ligeras, para tomar posesión del país. La principal de ellas, al mando del general Miguel de La Torre, ascendió el valle del Magdalena, y reunida con la de Calzada en Leyva, ocupó la capital de Santa Fe de Bogotá al frente de 4000 hombres, sin necesidad de disparar un tiro. Con la reserva, situóse el general en jefe en Ocaña. Allí le alcanzó la noticia de que Venezuela se conmovía de nuevo, que la isla de Margarita se había insurreccionado por tercera vez, que las guerrillas que después de la catástrofe de Maturín se habían extendido por los llanos del Oriente hostilizaban la Guayana, y que los emigrados encabezados por Bolívar preparaban una expedición para hacer revivir la llama revolucionaria. Estas novedades alarmaron seriamente a Morillo en medio de sus triunfos. Dispuso, en consecuencia, que Morales se dirigiera a

Venezuela con una división a fin de asegurar su base de operaciones, mientras él terminaba la pacificación de Nueva Granada.

Por la primera vez se dió cuenta Morillo de la magnitud y de las dificultades de su empresa, y con rara penetración previó su desenlace fatal. Daba la debida importancia al sostenimiento de Nueva Granada, cuya resistencia estimaba en menos, y pensó que Venezuela constituía el nervio militar de la revolución colombiana, pero que sus fuerzas eran insuficientes para dominar ni aun a los llaneros. Así decía, desde Ocaña, dirigiéndose a su gobierno: "Cuando se apareció la expedición "de mi mando todo plegó, y aparentemente todos reconocieron la cle-"mencia del Rey, menos los llaneros. Sin duda, la suerte del virreinato "de Santa Fe decide de la de Venezuela, pero reforzando la expedición. "Las provincias de Venezuela están en un estado de insurrección total. "La fuerza es poca y sólo lograré por algún tiempo contrarrestar a los "rebeldes". Así, antes de cumplirse un año de haber abierto su campaña con 16.000 hombres, sin dar una sola batalla y alcanzando siempre triunfos, se encontraba impotente ante las solas guerrillas de los llaneros de Venezuela. Como hombre de acción, que no veía más allá del horizonte del campo de batalla, todo lo atribuía a la energía de los venezolanos. "En el virreinato de Santa Fe, agregaba, han escrito mucho "y los doctores han querido arreglarlo todo a su modo. En Caracas, al "instante desenvainaron las espadas". Según él no había más medio que establecer un gobierno militar "despótico, tirano y destructor", y domar la rebelión, "por las mismas medidas que al principio de la conquista". Y reiterando su renuncia por lo quebrantado de su salud declara finalmente a su gobierno: "No hay remedio; es preciso que la "Corte se desengañe, pues no cortando la cabeza a los que han sido "revolucionarios, siempre darán que hacer; así, que no debe haber cle-"mencia con estos pícaros". Con un alcance, que hace honor a su inteligencia militar, preveía, que de la posesión de la Guayana, pendía la suerte de la expedición, pues una vez perdido este territorio por los realistas, Venezuela y Nueva Granada quedaban en peligro. Era un vencido en medio de sus triunfos, y esto explicará la política de terrorismo sangriento que empezó a inaugurar desde entonces.

En Ocaña, publicó Morillo un indulto que comprendía a los oficiales de capitán abajo que depusieran las armas, a la vez que hacía ejecutar cruelmente a los jefes que caían en sus manos, colgando sus cadáveres de horcas o clavando en los caminos sus miembros despedazados y expuestas en jaulas sus cabezas. El general de La Torre, expidió un indulto análogo, para "todos los empleados civiles que depusiesen las armas y volviesen a sus pueblos". Morillo lo reprochó duramente, y ordenóle que aprehendiese y asegurase en estrechas prisiones a todos los que hubiesen figurado en la revolución, especialmente a los que llamaba "cabecillas". En vano de La Torre representó que la palabra del Rey estaba empeñada. El pacificador se mostró inflexible, y las cárceles de Santa Fe se llenaron de presos (22 de mayo de 1816). Morillo, sin recibir los obsequios que el pueblo le había preparado, entró de noche en la ciudad, sombrío como una amenaza (26 de mayo). Reprendió severamente a La Torre y Calzada por haber aceptado agasajos de los rebeldes, y en castigo, destinó al primero a los llanos del Orinoco y al segundo a los valles de Cúcuta. Anuló públicamente el indulto de La Torre, y dió otro calcado sobre el de Ocaña, pero tan lleno de multiplicadas excepciones que más parecía una burla que un acto de hipócrita benignidad, pues no alcanzaba a ninguno de los presos, y comprendía entre los delitos que llevaban aparejada pena

capital, hasta los escritos y conversaciones. Las mujeres de Bogotá se le presentaron en el día del cumpleaños del Rey (30 de mayo) implorando clemencia en favor de sus padres, sus hijos y sus esposos. El las recibió groseramente y las despidió con palabras duras y gritos destemplados. Las cárceles ordinarias no bastaron para contener los presos, y habilitáronse los claustros de los conventos para encerrarlos. El terrible pacificador se encerró en un silencio tétrico, y ocupóse en compulsar los archivos del gobierno revolucionario, buscando en ellos nuevos culpables que perseguir. El terrorismo colonial se inauguraba.

IX

Establecióse un tribunal de sangre con la denominación de "Consejo permanente de guerra", compuesto de oficiales españoles del ejército expedicionario y presidido por el gobernador militar de la plaza. Las sentencias debían ser confirmadas por el general asistido de su asesor, que era un granadino, cuchillo de sus hermanos. Ante él comparecían los reos señalados por el índice del pacificador, para ser juzgados con arreglo al texto de las ordenanzas militares, a las leyes de Partida y a las recopiladas de Indias y de Castilla, aplicando a dos millones de almas las penas de asonadas y tumultos en las plazas de guerra. Un fiscal formaba el sumario, y con la confesión del reo careado con los testigos que deponían contra él, quedaba cerrado el proceso. Sin permitirle adelantar la prueba, se pronunciaba la sentencia en el término de 24 horas, previo el nombramiento de un defensor, de oficio, que según la amarga expresión de un historiador, no era muchas veces otra cosa que un verdadero acusador. Sucedió alguna vez, que antes de pronunciarse la sentencia por el tribunal, Morillo anunció públicamente por medio de proclamas que los reos cuyos procesos estaban pendientes, morirían. Desde entonces todos tuvieron una sentencia de muerte pendiente sobre sus cabezas.

La primera víctima que subió al patíbulo, fué el comisionado de la regencia Antonio Villavicencio, fusilado por la espalda como traidor por haber simpatizado con la revolución (8 de junio de 1816). Siguióle muy luego su colega Carlos Montufar, el general de los revolucionarios de Quito. José Tadeo Lozano, el primer presidente de Cundinamarca, Camilo Torres, el ilustre presidente de la república granadina, y Manuel Rodríguez Torices, el dictador de Cartagena, fueron fusilados por la espalda, sus cadáveres suspendidos de la horca y sus miembros colgados en escarpinas. El primer general de la Unión, Antonio Baraya, y el heroico Liborio Mejía, el último sostenedor de la bandera republicana de Nueva Granada en el puente de La Plata, fueron ejecutados del mismo modo y sus cabezas expuestas en jaulas. El famoso geómetra, físico, astrónomo y naturalista Francisco José Caldas, hijo de Popayán, gloria de la América y honor del mundo sabio, que cual otro Pascal descubrió un nuevo sistema para medir las alturas; el predecesor y el colaborador de Humboldt y Bonpland en sus exploraciones en lo desconocido, también fué sacrificado el 29 de octubre de 1816, por haber servido como ingeniero en los ejércitos republicanos. El implacable pacificador contestó brutalmente a los que pidieron su vida, al menos mientras concluyese los trabajos de su última expedición botánica: "¡La España no necesita sabios!". La víctima subió al cadalso con serenidad y fortaleza, para enseñar a morir como había vivido, y ésta fué su última lección como filósofo animado por el espíritu de la sabiduría que lo ha inmortalizado en su martirio.

Para hacer más dolorosa la muerte y para difundir el terror en todos los ángulos del virreinato, los condenados eran trasladados a pie a largas distancias, al lugar de su nacimiento o a los lugares donde habían figurado, prolongando su agonía. Así desfilaron por los cadalsos ciento veinticinco víctimas, la flor de la sociedad granadina, de los que la quinta parte pertenecía al gremio de doctores. A pesar del desprecio que el pacificador afectaba por los sabios y los doctores, era lo que más temía, porque veía en ellos la luz que pretendía apagar con sangre. Así decía en una carta dirigida al rey Fernando VII: "He ex-"purgado el virreinato de Nueva Granada de doctores, que siempre son "los promotores de rebeliones". Para reemplazarlos, pedía" teólogos y abogados de España", porque según sus propias palabras "la obra de "subyugación y pacificación debía consumarse por las mismas medi-"das que al principio de la conquista. ¡Derecho de conquista, ley de exterminio, extinción de las luces, terrorismo colonial con inquisición y tribunales militares de sangre, tal era el plan político del pacificador, en representación del absolutismo español, encarnado en el más bestial de sus reyes, "corazón de tigre y cabeza de mulo", retratado así y renegado por su propia madre!

Pero no bastaba al pacificador rodear la muerte de las víctimas de ultrajes y tormentos: era necesario destruir sus herencias y afrentar su posteridad despojándola hasta de los derechos civiles y sociales. Al efecto instituyó una junta de secuestros, embargó los bienes de todos los presos, confiscó los de los muertos y redujo a la miseria a todas las familias del país. A las viudas y huérfanos que reclamaban les contestaba: "Los traidores al Rey deben perder sus vidas y sus bienes". Las familias así despojadas y enlutadas, eran confinadas a los lugares más remotos, por impías, perversas y licenciosas, poniéndolas bajo la vigilancia de los curas y alcaldes, sujetas a una disciplina de esclavos con prohibición de variar de domicilio o recibir visitas y prescribiéndoles hasta el traje que debían usar. Todos los habitantes fueron constituídos en prisión bajo pena de la vida. Uno de los seides de Morillo que más se señaló por su crueldad, el coronel Francisco Warleta, publicó un bando, en que calificando la ausencia como acto de rebeldía, disponía por un *artículo único:* "Toda persona sin excepción de sexo ni "calidad que pasado el término de cuatro días no se reuniese a su res-"pectiva población, será fusilada en cualquier parte del campo o mon-"taña donde se halle por los destacamentos y tropas que haré circular". Todos los hombres fueron reducidos a la condición de presidiarios. Bajo el pretexto de abrir nuevos caminos públicos, de utilidad dudosa o evidentemente ruinosos para la prosperidad general, los naturales del país eran forzados a trabajar en ellos a ración y sin jornal, y alejados por meses de sus hogares en lugares desiertos y malsanos. Era el sistema de la primitiva conquista, armada no sólo de látigos sino también de escorpiones, según la expresión bíblica.

El mando absoluto había enorgullecido a Morillo y la sangre lo embriagó. El, que poco antes se consideraba sin fuerzas suficientes aun para sujetar a Venezuela, soñaba marchar con su ejército hasta el Perú, destruir la República Argentina y regresar triunfante a Méjico para coronar su obra de pacificación del mismo modo que Cortés y Pizarro habían operado la conquista de América. El incremento que tomaba la insurrección popular de Venezuela en las campañas, disipó estos sueños, y vióse obligado a volver a su punto de partida para comenzar la obra de la pacificación. Dejó en Bogotá una guarnición de 3800 hombres de tropas venezolanas, que quería mantener alejadas de

su tierra, y de pastusos adictos a la causa del Rey, y con 4000 hombres de sus mejores tropas europeas atravesó la cordillera para sofocar la nueva insurrección, que según sus claras previsiones anteriores, ponía en peligro todas sus conquistas (16 de noviembre de 1816). Al despedirse de Nueva Granada —que ya no volvería a pisar—, hizo alarde en una proclama de los beneficios que le había dispensado, entre ellos el de la sangre de sus hijos derramada en los cadalsos, y llevó consigo los últimos reos destinados a la muerte y los hizo juzgar y fusilar en su frontera! Al atravesar la cordillera y pisar los llanos de Barinas, pudo convencerse por segunda vez que era impotente aun para hacer la guerra regular: según confesión propia, no habría podido efectuar su marcha sin los auxilios de los escuadrones de llaneros que le acompañaban, que lo salvaron de morir de hambre o ahogarse en los ríos del tránsito.

X

El general Sámano sucedió a Morillo en el mando militar de Bogotá, permaneciendo el virrey Montalvo en Cartagena, anulada de hecho su autoridad. Era Sámano un soldado ignorante, de valor dudoso, terco e imbuído de la superioridad de raza de los españoles sobre los americanos, que revestido del sayal de los capuchinos que gobernaban su conciencia, ostentaba una fanática devoción y consideraba acto meritorio para con Dios matar insurgentes o rebeldes. Su primer acto, fué mandar levantar la horca permanente en la plaza mayor frente a las ventanas de su palacio, y plantar "ad terrorem" cuatro banquillos en el paseo de la Alameda. Las cárceles volvieron a llenarse y las ejecuciones periódicas continuaron como en tiempo de Morillo. Una de sus primeras víctimas fué una mujer. Llamábase Policarpa Salavarrieta, conocida en Bogotá con el nombre de Pola con que ha pasado a la historia inmortalizada por su martirio. Era una joven bella, de veinticinco años de edad, de ojos azules y cabellos rubios, dotada de imaginación poética y corazón sensible, en quien las blandas virtudes de su sexo se hermanaban con la fortaleza de un alma varonil. Su primera pasión al estallar la revolución, fué la patria: su segunda pasión, fué un joven, Alejo Savaraín, oficial de los ejércitos republicanos, con quien debía desposarse, que había sido destinado a servir como soldado en las tropas realistas. Ella comunicó a su amante su pasión por la patria. Lo comprometió en una conspiración de cuartel que por este tiempo se tramaba en Santa Fe, y descubierta ésta, lo indujo a desertar las banderas del Rey junto con otros compañeros, llevando comunicaciones para los guerrilleros que se mantenían en armas en los llanos de Casanare, y eran la última esperanza de la revolución granadina. Sorprendido Savaraín en su fuga y vendida la Pola por los papeles de que era portador, entre los que se encontraban los estados de fuerza de la guarnición de Santa Fe, la joven fué reducida a prisión y sometida a un consejo de guerra. Condenada a muerte oyó su sentencia con serenidad. Puesta en capilla, un fraile enviado por Sámano le ofreció el perdón si confesaba quiénes le habían proporcionado los estados de fuerza. Se confesó cristianamente y no comprometió a nadie en sus declaraciones. Marchó al suplicio con paso firme, encadenada con su amante. En el camino exclamó: "Tengo sed". Un soldado de la escolta del suplicio le alcanzó un vaso de agua. Ella lo rechazó, diciendo: "Ni agua quiero de los verdugos de mi patria". Sus compañeros desfallecían, y ella los exhortó a morir como hombres, gritando en alta voz que su sangre sería vengada. Fué fusilada por la espalda al lado de su

amante, con quien se unió por siempre en la muerte (11 de noviembre de 1817). En ese día todos lloraron en Bogotá. Los granadinos consagraron a su memoria una canción fúnebre que se convirtió en himno de guerra repetido por toda la América, y sus contemporáneos formaron de su nombre un anagrama simbólico: *Policarpa Salavarrieta: YA*CE POR SALVAR LA PATRIA, que es un epitafio histórico.

Morillo encontró que Sámano era un digno continuador de su política sangrienta, y le hizo nombrar virrey en sustitución de Montalvo, que menos cruel, había manifestado tendencias a endulzar el terrorismo colonial implantado por el pacificador.

CAPITULO XLI

LA TERCERA GUERRA DE VENEZUELA

AÑOS 1815-1817

Carácter de la revolución venezolana. — Paralelo de la revolución, argentina y venezolana. — La revolución sudamericana. — Segunda insurrección de Margarita. — La insurrección de Casanare. — Aparición de Páez. — Su retrato. — Combate de Mata-de-la-miel. — Formación del ejército del Apure. — Condensación de las guerrillas independientes al oriente de Venezuela. — Odisea de Bolívar en las Antillas. — Alejandro Petión. — Luis Brión. — Expedición de los Cayos de San Luis. — Bolívar es nombrado jefe supremo de Venezuela. — Desembarca con la expedición en Carúpano. — Se reembarca y dirígese a Ocumare. — Su fuga de Ocumare abandonando la expedición. — Los expedicionarios abandonados nombran por Jefe a Mac Gregor. — Su célebre marcha al través de Venezuela — Bolívar en Bonaire. — Su segunda deposición y proscripción. — Su genio superior. — Los ejércitos de la insurrección venezolana. — Batalla de Quebrada-Honda. — Mac Gregor ocupa Barcelona. — Batalla del Playón de Juncal. — Páez sitia a San Fernando. — Sitio de Cumaná por Mariño. — Los realistas evacuan Margarita. — Piar conquista la Guayana. — El Orinoco base natural de operaciones. — Pone sitio a Angostura. — Triste papel de Bolívar en esta campaña. — Planes al aire de Bolívar. Derrota de Clarines. — Caída de Barcelona. — Bolívar toma el Orinoco como base de operaciones. — Nueva faz de la guerra — Famosa acción de las Mucuritas. — Morillo marcha contra Margarita. — La Torre marcha en socorro de la Guayana. — Batalla de San Félix. — El "congresillo de Cariaco" — Reveses de Mariño en Paria. — Aparición de Sucre. — El capitán Antonio Díaz. — Brión penetra con la flotilla independiente en el Orinoco. — La Torre evacua la Guayana. — Conjuración de Piar. — Juicio y muerte de Piar. — Destierro de Mariño. — Bolívar afirma su autoridad.

I

En ninguna de las colonias hispanoamericanas insurreccionadas, la guerra por su emancipación fué más porfiada, más heroica ni más trágica que en Venezuela. La primera en dar la señal de la revolución, en declarar su independencia y proclamar la república, cayó dos veces, luchando con sus propios elementos y contra los más numerosos ejércitos de la metrópoli, y resurgió por la tercera vez guerreando sin tregua, hasta alcanzar el triunfo final. Venezuela representa en el

hemisferio Norte el mismo papel que las provincias del Río de la Plata en el Sud, con la diferencia de la noble caída que puso a prueba su fortaleza. Ella fué el núcleo que condensó los elementos revolucionarios del Norte y les dió su nervio militar, a la vez que su base política, creando una nueva fuerza expansiva que se haría sentir en toda la América del Sud por el vehículo de sus soldados. Libertó a Nueva Granada esclavizada, como las Provincias del Plata a Chile, sin lo cual ni en el Sud ni en el Norte la condensación de sus respectivas fuerzas era posible. Así como las armas argentinas dieron la señal de la guerra ofensiva atravesando los Andes meridionales, Venezuela la inició al trasmontar los Andes ecuatoriales, cruzando los ejércitos colombianos de mar a mar como los argentinos para converger al punto estratégico de la campaña libertadora del continente. Las Provincias del Plata formaron la liga guerrera de la República Argentina, Chile y el Perú. Venezuela creó a Colombia, reuniéndose en cuerpo de nación con Nueva Granada y Quito. Los argentinos dieron a la América el genio de San Martín. Venezuela le dió el genio de Bolívar. Los dos pueblos y los dos libertadores, núcleo, nervio y pensamiento de la condensación de sus elementos revolucionarios en los dos hemisferios, siguen opuestos caminos en dirección constante, se atraen y concurren a la batalla final, efectuando su conjunción en el centro del continente. Tal es la grande evolución que va a iniciarse.

Después de la derrota de Urica y de la catástrofe de Maturín, los últimos restos del ejército republicano del Oriente se habían esparcido en guerrillas en las márgenes y nacientes del Orinoco y llanos de Barcelona, mientras la insurrección se mantenía indómita en los llanos de Casanare (véase capítulo XXXIX, § VI).

La Margarita fué la primera en dar señal de la nueva insurrección general así que Morillo emprendió su campaña contra Nueva Granada. Nombrado gobernador de la isla el teniente coronel Joaquín Urraistieta, quiso dar un golpe de autoridad ordenando la prisión de Arismendi. Los isleños se levantaron como un hombre en número de 1500 hombres. Despechado el gobernador mandó que no se diera cuartel a los insurrectos y se permitiese el saqueo libre a la tropa, incendiando el pueblo de San Juan y la Villa del Norte, de conformidad a las indicaciones de Morillo y a las instrucciones de Moxó que le prevenía "fusilar irremisiblemente sin forma de proceso ni consideración hu-"mana alguna, a los que auxiliasen o siguiesen a los insurgentes con "armas o sin ellas". Los insurgentes aceptaron el duelo a muerte. Arismendi tomó posesión de la parte septentrional de la isla, asaltó la casa fuerte de la Villa del Norte y pasó a cuchillo la guarnición de 200 hombres que la defendía. Tomó en seguida la ofensiva; atacó los castillos de Pampatar y Porlamar, y aunque rechazado, puso sitio al gobernador en la Asunción, capital de Margarita, encerrándolo en el castillo de Santa Rosa (noviembre de 1815). El ejército de la isla se elevó al número de cuatro mil trescientos infantes y doscientos de caballería, mal armados, pero decididos a mantener alzada la bandera de la independencia, que no se abatiría jamás en su estrecho territorio.

En los llanos de Casanare, la insurrección tomó cuerpo y consistencia, acaudillada por el famoso José Antonio Páez, cuya aparición hemos señalado, como la del Aquiles de la revolución venezolana. (V. cap. XXXIX, § VI). Era Páez natural de Barinas, contaba a la sazón veintiséis años de edad, y había hecho la campaña de la reconquista de Venezuela, señalándose por su valor como soldado de segunda fila. Trasladado a los llanos de Casanare después de la derrota de La Puerta

y la retirada de Urdaneta, se reveló el gran caudillo, y pronto ocupó el primer puesto, que sus mismos enemigos reconocieron a su costa ser el que correspondía. Era un criollo genuino, de raza caucasiana con mezcla de sangre nativa. De fuerza hercúlea, domador de potros y nadador infatigable, diestro en el manejo de la lanza, la espada y el puñal, era el primero en los combates y se imponía a todos por su energía personal y por su elevación moral. Cuando alguno de sus soldados cometía alguna falta o manifestaba disgusto por sus providencias, lo desafiaba a duelo singular, dejándole la elección de las armas, y aceptase o no, lo vencía física o moralmente. Sujeto a ataques epilépticos cuando se exaltaba su sistema nervioso, era un poseído en la pelea, y después de atravesar con su lanza hasta cuarenta enemigos, caía postrado en tierra como muerto. Audaz en sus empresas, y reflexivo en sus combinaciones originales, poseía a la par del ardor del guerrero el golpe de vista del general de caballería, y tan temerario en la acción como astuto en su preparación, siempre fué vencedor por sus propias inspiraciones. Era el ídolo de sus soldados, que le llamaban "el tío" o "el compadre" y se familiarizaba con ellos algunas veces, empinando la *tapara* o calabaza — el ánfora primitiva de los llaneros—, colmada de agua o de aguardiente, o mezclándose a sus danzas populares, en que representaba el papel de un borracho, en medio de frenéticos aplausos. De cinco pies y nueve pulgadas inglesas de altura, ágil y musculoso aunque algo grueso, su rostro de contornos redondeados, sombreado por cabellos negros y crespos con un espeso bigote (sin patillas ni sotabarba) que lo acentuaba, era simpático y varonil. De temperamento sanguíneo, tenía un nativo instinto moral que gobernaba sus acciones. Hijo de la naturaleza, criado en medio de los feroces llaneros que dominaba con su fuerza física y su voluntad superior, su índole era generosa, su carácter caballeresco y humano, y su inteligencia muy superior a su instrucción, pues entonces no sabía leer ni escribir. Era, en suma, una pobre cabeza política, con iluminaciones heroicas, manso en la paz, terrible en el combate, que se dejaba gobernar en el triunfo y dominaba a todos en el peligro. Su traje era una blusa de paño azul, polainas de llanero, la manta echada a la espalda sujeta con un broche de plata sobre el pecho, un chambergo a lo mosquetero con el ala de adelante doblada con una cucarda venezolana prendida por una presilla de oro, al cinto una espada toledana y una larga lanza que nunca dejaba de la mano en campaña, y que era su estandarte al frente de su tienda de campaña, que era un toldo de cueros.

II

El primer combate que mandó Páez en jefe, siendo aún simple capitán, lo elevó de un golpe al rango de primer general de caballería de la América y le dió el dominio de los llanos del Apure.

Hallábase la división de Casanare acampada en el pueblo de Guadalito sobre la margen izquierda del Arauca, cuando se anunció la marcha del gobernador español de Barinas, el coronel Francisco López, a la cabeza de 1100 jinetes y 300 infantes con un cañón. El jefe republicano como intimidado, reunió una junta de guerra, y propuso la retirada. Como todos guardaran silencio, Páez manifestó que había ofrecido defender al pueblo del Guadalito, y que sin desobedecer las órdenes que se le diesen, suplicaba se le permitiese quedarse con un escuadrón para hacer frente al enemigo. Apoyado por todos los oficiales, el jefe, airado, le dijo. "Pues que los mande el comandante Páez,

"y síganme los que quieran a Casanare". Y se retiró al sud del Arauca con el estado mayor, una compañía de infantería y otra de dragones, dejando a Páez en Guadalito, con sólo 500 hombres de caballería.

Páez salió en busca del enemigo, decidido a batirlo donde lo encontrase. A los 20 kilómetros, en el punto llamado Mata-de-la-miel, sobre las nacientes del Apure, avistó la división española, con la caballería apoyada sus alas en dos pequeños bosques y en éstos oculta su infantería (16 de febrero de 1816) En el reconocimiento que practicó Páez en persona, le mataron el caballo de un balazo. Iba ya a anochecer, y algunos le indicaron que sería prudente suspender el ataque. El contestó que la oscuridad sería tan grande para unos como para otros, y con voz de mando dirigió a su tropa la proclama más original, que, como él mismo lo decía, jamás ocurrió a general alguno: "Compañeros: "me han matado mi caballo. Si no están resueltos a vengar ahora mismo su muerte, yo la vengaré solo y me lanzaré á perecer entre las "filas enemigas". Sabían que era hombre de cumplir. Todos contestaron con entusiasmo, que irían con él adonde los llevase.

Formados los republicanos en dos líneas escalonadas, atacaron la posición española. Recibidos con fuego de cañón y fusilería, cargó a fondo la primera línea, y arrolló las dos terceras partes de la caballería enemiga, poniéndola en fuga. En la carga de la segunda línea, fué herido el caballo de Páez; el animal espantado reventó las cinchas con sus corcovos y arrojó al suelo al jinete con la silla entre la piernas. Al levantarse, vió que su segunda línea había sido rechazada. Montó en el primer caballo que encontró, contuvo a los fugitivos, los hizo volver las caras, y reanimados con su presencia y su ejemplo, los llevó a revienta-cincha, hasta llevarse por de ante los últimos 400 hombres de caballería enemiga que permanecían formados. Mientras los republicanos perseguían a los dispersos, la infantería española emprendió su retirada internándose en los bosques del Apure. Más de 400 muertos y 200 prisioneros fueron los trofeos de esta brillante jornada. El vencedor trató con generosidad a los vencidos, y todos ellos se alistaron voluntariamente bajo la bandera republicana. Esta victoria señaló al héroe.

Desde entonces, los llaneros que habían seguido a Antoñanzas, Boves y Morales, quedaron ganados para la causa de la independencia. Páez, su vínculo de unión, aclamado poco después jefe de los llanos, formó el famoso ejército del Oriente o del Apure, que es la denominación con que ha pasado a la historia. Al recibirse del mando, arengó a sus tropas, les aseguró que procuraría corresponder a la confianza que en él depositaban, y que fiasen ante todo en la Divina Providencia, pero que mientras tanto, él iba a llevarlos aquel mismo día al encuentro del enemigo (septiembre de 1816). Invadió la provincia de Barinas.

Al mismo tiempo que el ejército del Apure se formaba, las guerrillas de Monagas, Saraza y Cedeño se condensaban en el alto Orinoco y los llanos bajos del Oriente, formando divisiones hasta de 1500 hombres reunidos. Alarmado el gobernador de la Guayana, destacó una fuerte columna contra Cedeño, la que fué completamente derrotada (8 de marzo de 1816). Una segunda expedición de 1500 hombres, embarcada en una escuadrilla que remontó el Orinoco, no tuvo mejor suerte, viéndose obligada al fin a reconcentrarse con sus restos en la ciudad de Angostura, capital de la Guayana.

Tales fueron las alarmantes noticias que obligaron a Morillo a abandonar el teatro de la Nueva Granada y a trasladarse a Venezuela con el grueso del ejército.

III

La insurrección que había resurgido en el Orinoco, el Apure y los llanos bajos, se extendió por las costas de Barlovento, promovida por los emigrados del oriente de Venezuela, sobre la base de la isla de Margarita que le daba un sólido punto de apoyo. La tercera y última guerra a muerte de Venezuela iba a comenzar. Aquí comienza también la nueva odisea de Bolívar.

Después de su retirada de Cartagena, Bolívar habíase aislado en la Jamaica, donde se ocupó en escribir el manifiesto y la memoria de que hemos dado cuenta, buscando nuevos medios para volver a trabajar por la independencia de su patria. Esta sombra que vagaba por los contornos de Venezuela, perturbaba la tranquilidad de sus dominadores. Se dijo en aquella época, que el capitán general Moxó, por medio de un español que se trasladara a Kingston, con el designio de asesinarlo, compró a un esclavo que acompañaba al Libertador en su destierro. El asesino penetró una noche en su habitación, que estaba a oscuras; se dirigió a su hamaca, y dió dos puñaladas a un hombre que allí dormía, dejándole muerto. Era un pobre emigrado llamado Amestoy, que sabedor de que Bolívar no dormía aquella noche en su posada, había ocupado su lugar. El esclavo confesó su intención y su delito, y fué ahorcado; pero no se adelantó nada respecto de sus cómplices.

De la Jamaica, trasladóse Bolívar a la isla de Santo Domingo, recibiendo en el tránsito la noticia de la caída de Cartagena, de donde tardíamente había sido llamado para tomar el mando de la plaza. Gobernaba en Haití, como presidente de la república de los negros americanos, el famoso mulato Alejandro Petión, que ha sido comparado con Washington, hombre de un talento notable, fundador de la independencia y legislador de su tierra natal. Ardiente partidario de la emancipación hispanoamericana, simpatizó con Bolívar, y le suministro el armamento necesario para emprender una expedición, haciéndole abrir un crédito para los gastos por medio de la casa del acaudalado comerciante inglés Roberto Southerland. Allí se encontró también con un holandés, rico armador de Curacao, llamado Luis Brion, quien apasionado por la persona y los proyectos del Libertador, puso a sus órdenes una escuadrilla de siete goletas armadas en guerra con 3500 fusiles, ofreciéndole generosamente su vida y toda su fortuna para el logro de su empresa.

En el puerto de los Cayos de San Luis, que ha dado su nombre a esta famosa expedición, empezaron a hacerse sus primeros aprestos a principios de 1816. Habíanse reunido allí los salvados de Cartagena y porción de jefes y oficiales granadinos y venezolanos, entre ellos Piar, Mariño, Bermúdez, Mariano Montilla, Carlos Soublette, el coronel inglés Gregorio Mac Gregor que había servido con Miranda, Ducaudray-Holstein y el granadino Francisco Antonio Zea, notable hombre civil que tenía el merecido renombre de sabio. Reinaba una gran anarquía entre los emigrados: muchos no querían recònocer la autoridad de Bolívar. Fué necesario que Petión interpusiese su influencia y que Brión declarase que sólo al Libertador confiaría sus elementos de guerra, para que fuese aceptado como jefe de las fuerzas expedicionarias, hasta tanto que pisando territorio venezolano se designase el que debía gobernarlos. Montilla, que habia provocado a un duelo a Bolívar, y Bermúdez que encabezaba la oposición, fueron excluídos de la expedición.

El 30 de marzo de 1816 zarpó la escuadrilla, mandada por Brión

con el título de almirante de Venezuela, llevando a su bordo como 300 hombres que el Libertador compararía luego con los 300 de Leónidas, como comparara con las cruzadas de Jerusalén su reconquista de Venezuela. Al llegar a la Margarita, en los primeros días de mayo (1816), la escuadrilla se encontró con dos buques de guerra españoles, el bergantín *Intrépido* y la goleta *Rita*, que fueron tomados por Brión al abordaje, después de una resistencia vigorosa en que perdieron las tres cuartas partes de su tripulación. El comandante de la *Rita* murió en el combate, y el del *Intrépido*, Rafael Iglesias, se disparó dos pistoletazos cuando vió que la resistencia era inútil, para no caer vivo en manos de los independientes. La expedición desembarcó en el puerto de Juan Griego. Los españoles se reconcentraron en Pampatar y Porlamar, donde se resistieron a las tentativas que hizo Bolívar para rendirlos. De acuerdo el jefe expedicionario con Arismendi, reuniéronse los jefes y oficiales republicanos y los habitantes de la isla en la iglesia de la Villa Norte con el objeto de nombrar, según lo convenido, el jefe supremo de la república que iba a restaurarse. No podía faltar en tal ocasión una renuncia anticipada del único designado para ocupar este puesto, contando como contaba con el voto de sus compañeros, y habiéndose propiciado el poderoso apoyo de Arismendi para asegurar la unanimidad. Declaró que "no aceptaría el mando porque el ejercicio "de un poder absoluto en medio de rivalidades, era peligroso para la "independencia en aquellas circunstancias, y que estaba dispuesto á "obedecer al que se nombrara" Era lo mismo que pedir el poder que reclamaba, y de que fué revestido con el título de "Jefe Supremo", sin limitación alguna, y sin más condición que hacer cuanto creyese conveniente para la salvación de la patria (7 de mayo). Mariño fué nombrado segundo jefe. En posesión del mando, dirigió una proclama a los venezolanos (8 de mayo) anunciando que "el congreso nacional sería "nuevamente instalado, autorizando a los pueblos libres a nombrar sus "diputados sin otra convocación, confiándoles las mismas facultades so-"beranas que en la primera época de la república".

La expedición, reforzada con cuatro buques margariteños tomó tierra en el puerto de Carúpano en la costa de Paria. Se apoderó de dos buques de guerra enemigos y del fuerte artillado que abandonaron los españoles, estableciendo allí Bolívar su cuartel general (1º de julio de 1816).

IV

La fama había abultado el número de los expedicionarios; decíase que formaban un ejército de tres mil hombres que el presidente Petión había puesto a disposición de Bolívar. En vez de aprovecharse del estupor que causó su atrevido desembarco, y ponerse en campaña para reunirse a las guerrillas del Oriente, que sólo necesitaban un jefe para sostener con sistema y unidad la guerra de partidarios, limitóse a desprender a Piar hacia Maturín, y a Mariño para que tomase posesión de Güiría en el promedio de la Península. El permaneció en Carúpano, dando pomposos boletines, expidiendo decretos en que declaraba la libertad de los esclavos en cumplimiento de su promesa a Petión, y llamó a los habitantes del país a las armas, sin que nadie se le reuniese. En seguida convocó una asamblea popular de los habitantes del lugar, haciendo declarar por medio de ella y de la municipalidad, que "el go-"bierno de la república era *uno y central*". De este modo quedó abolido el sistema federativo en Venezuela. En esto perdió lastimosamente

un mes de tiempo precioso. A los veinte días sus avanzadas eran sorprendidas, estaba sitiado por tierra por una división de 1300 hombres, y la escuadrilla española reforzada amenazaba cortarle su retirada por agua. Pidió auxilio a Mariño, que había aprovechado mejor su tiempo, quien le envió un grueso refuerzo con lo que pudo reunir 600 hombres. Propuso a Brión saliese a batir la fuerza marítima del enemigo; pero los corsarios se negaron a arriesgar sus buques en un combate desigual y sin objeto. Desde entonces se vió que Bolívar no tenía plan ni resolución hecha. Entretanto las guerrillas de Cedeño, Monagas y Saraza lo proclamaban general en jefe, reclamando su presencia. Piar reunía una poderosa división en Maturín y Mariño con otra no menos fuerte se atrincheraba en Güiria. Sólo el Libertador permanecía en la inacción y en la impotencia.

Bolívar, perdido en Carúpano, reembarcóse en su escuadrilla. En vez de adoptar el plan de campaña que aconsejaba Piar, que era tomar por base de operaciones el Orinoco, ocupando la Guayana, se dirigió al Norte y desembarcó con su pequeña división en el puerto de Ocumare, entre Caracas y Puerto Cabello (5 de julio de 1816). Esta extraña resolución, que da una muestra de la inexperiencia estratégica del general, sólo tiene una explicación, y era su preocupación constante de ocupar a Caracas, su ciudad natal, que le haría perder tres campañas más, y que por entonces era su único objetivo militar. Aun ocupada Caracas, era la derrota segura, en un país agotado, no dispuesto a la insurrección, y ocupado por cinco mil enemigos, de manera que esto no le daba en el mejor caso sino la misma situación que había tenido después de la derrota de La Puerta. Su conducta poco valerosa en esta ocasión, hizo más deplorable este grave error, con daño de su fama y de su causa.

En Ocumare como en Carúpano, malgastó su tiempo en vanas proclamas, llamando al pueblo de Caracas a las armas y anunciar que marchaba a la cabeza de un poderoso ejército de las tres armas para darle libertad, repitiendo lo que ya había dicho, aleccionado por la experiencia, que "había cesado la guerra a muerte". Los jefes que le acompañaban eran de opinión de avanzar rápidamente hasta Valencia, y dominar los valles de Aragua, a fin de atraer a sí las guerrillas patriotas de los llanos y formar un ejército. Bolívar, sin decidirse por la ofensiva franca que era la única salvación posible, ni por la defensiva inerte, que era la conservación estéril, adoptó un singular plan expectante, que era la perdición. Desprendió a Soublette con el grueso de su fuerza con orden de atravesar la cordillera de la costa, ocupar el desfiladero de la Cabrera, y fortificarse en este punto. Con otro destacamento, se extendió por la costa, hacia el Sud para reclutar soldados. El permaneció mientras tanto en el puerto, con una corta guarnición haciendo desembarcar el parque y una imprenta, regalo de Petión, que consideraba su arma más poderosa. El almirante Brión se hizo a la mar con parte de los corsarios, con el objeto de emprender un crucero, dejando a disposición de Bolívar un bergantín armado en guerra y dos goletas mercantes.

El mismo día que Bolívar desembarcaba en Ocumare, llegaba Morales a Valencia con la división que en auxilio de Venezuela había desprendido Morillo después de la rendición de Cartagena. Atacado Soublette por las fuerzas superiores que mandaba Morales, al pie de la cuesta de Ocumare, los republicanos se replegaron a una posición más fuerte, a fin de mantener francas sus comunicaciones con el puerto (10

de julio). Aquí se reunió Bolívar a Soublette con 150 hombres recientemente reclutados. Atacado nuevamente por Morales, que trepó con singular arrojo las alturas, fué hecho pedazos después de tres horas de fuego, dejando en el campo 300 fusiles y como 200 hombres muertos, heridos y prisioneros (13 de julio). El general dispuso que Soublette sostuviese la retirada en los desfiladeros de la montaña con un grupo que había permanecido hecho, y que Mac Gregor con el resto de la fuerza se dirigiese a Choroní, al sud de Ocumare, mientras él personalmente hacía reembarcar el parque en Ocumare.

V

La noche del 14 de julio (1816) sorprendió al Libertador en la ocupación de hacer reembarcar su armamento y municiones. En vez de hacerlo en el bergantín de guerra, que era de la república, lo verificó en las dos goletas mercantes. Aun quedaban 1000 fusiles y la imprenta por reembarcar. En tal circunstancia, llegó un ayudante de campo de Bolívar, quien le informó que la vanguardia de Soublette, sorprendida, se replegaba apresuradamente a Choroní y el enemigo entraba en Ocumare. El pavor se difundió en el puerto. Unos se arrojaron al agua para ganar las embarcaciones, otros se dispersaron en los campos. Bolívar fué uno de los primeros en embarcarse, sin averiguar la verdad de la noticia, ni dictar disposición alguna, abandonando en la playa, no sólo las armas y la imprenta, sino hasta sus heridos y demás que le acompañaban. Poco después llegaba un emisario de Soublette participando que se sostenía firme en sus posiciones; pero ya el bergantín había picado amarras y héchose a la vela, seguido de las dos goletas.

Toda la noche permanecieron las embarcaciones frente al puerto. Al día siguiente (16 de julio), observando que las goletas se dirigían a Bonaire, pequeña isla holandesa inmediata a Curaçao, resolvió Bolívar seguir sus aguas en vez de buscar la incorporación con sus compañeros. Por segunda vez representaba el Libertador el triste papel de ir en seguimiento de un tesoro, abandonando sus soldados en el peligro y con ellos el honor. Al arribar a Bonaire, los capitanes de los buques pretendieron despojarlo de las armas, como anteriormente Bianchi de su tesoro. Afortunadamente, llegó allí Brión con su escuadrilla, de regreso de su crucero, y juntos se dirigieron a Choroní. Allí supo que la división abandonada a su suerte, se había internado, buscando su salvación en los valles de Aragua. De regreso nuevamente a Bonaire, se encontró con Bermúdez, excluído de la expedición, y ambos jefes, aunque en desacuerdo, resolvieron dirigirse a Güiría en busca de Mariño que se sostenía en la península de Paria.

Reunidos Soublette y Mac Gregor en Choroní, infundieron aliento a sus soldados. Nombrado el intrépido Mac Gregor jefe de los restos de la expedición, permaneció dos días en descanso a la espera de su general (15 y 16 de julio). Entonces decidieron los jefes en junta de guerra lanzarse al interior del país, para buscar su salvación en los llanos. El 17 se puso en marcha la abandonada columna en número de 600 infantes y 30 dragones. Al atravesar la cordillera del litoral, derrotó un destacamento realista que intentó cerrarle el paso, entró en Victoria dispersando su guarnición, derrotó más adelante otro destacamento mandado por el bárbaro Rosete, y atravesó el río Guarico a la salida de los llanos, donde la alcanzó un escuadrón de las gue-

rrillas de Saraza que venía en su busca (1º de agosto de 1816). Reunidas ambas fuerzas, se encontraron con una división realista de 1200 hombres en la Quebrada Honda (2 de agosto). Trabada la pelea, la victoria quedó por los republicanos. Al día siguiente (3 de agosto) los abandonados en Ocumare se incorporaban a las divisiones de Saraza y Monagas y eran dueños de los llanos de Barcelona, mientras Cedeño se sostenía en el alto de Orinoco. Esta fué la base del ejército que se llamó después "Ejército del Centro", que unido al del Apure decidió de los destinos de Venezuela. Mac Gregor fué reconocido general en jefe del ejército del centro.

¿Qué era del Libertador? Reunido con sus armas, como en la anterior campaña con su tesoro, arribó a Güiría en compañía de Bermúdez (16 de agosto). La población se amotinó contra él, la tropa de Mariño se negó a ponerse bajo sus órdenes, la isla de Margarita desconoció su autoridad, y apostrofado públicamente por Bermúdez de cobarde desertor, que había abandonado a sus soldados en peligro, quien llegó hasta desenvainar la espada contra él, vióse obligado a reembarcarse en medio de amenazas y rechiflas. Bolívar regresó a Haití, como antes se retirara degradado de Carúpano, desprestigiado hasta ante su admirador el almirante Brión, y fué fríamente recibido por el presidente Petión. Los pueblos lo renegaban y dudaban de él. Empero, éste era el hombre, no sólo de la revolución colombiana, sino también de la emancipación sudamericana. A pesar de sus errores y de sus derrotas, de su inexperiencia militar como estratégico y como táctico, de su pueril vanidad teatral, y de su ambición personal, era el único que poseía las cualidades del hombre superior para levantarse sobre el nivel ordinario domando la fortuna rebelde, dar unidad militar y política a Venezuela, dominar a sus groseros caudillos cautivando hasta sus émulos, condensar los elementos revolucionarios del norte del continente, organizar un gobierno, fundar una nación guerrera que sería una fuerza americana eficiente y hacerla concurrir compacta al sud del Ecuador, completando la gran campaña continental concebida e iniciada por San Martín en el hemisferio opuesto. Su preponderancia no es la obra del acaso. Su grandeza es real. Era con todas sus deficiencias y flaquezas, el genio de la revolución del Norte, animado por el fuego sagrado de la libertad y el patriotismo, con grandes ideales americanos que se dilatarían. Aleccionado en la severa escuela de la adversidad, reaparecerá necesariamente en la escena, llamado por los mismos que en estos días tan tristes para él, lo ultrajaban y lo proscribían. Y como él lo había dicho y de él se ha dicho, merecería el título de LIBERTADOR, porque "sus servicios fueron los más grandes que "un ciudadano pueda prestar a sus conciudadanos, y ante los ojos de "un juez imparcial, sus proporciones son mayores si se examina el "país en que figuraba y los recursos de que podía disponer". La historia le debe esta justicia, al pasar la esponja por esta ingloriosa página de su vida.

VI

Mariño fué nombrado general del ejército y Bermúdez, segundo jefe; pero su autoridad no se extendía más allá de la península de Paria. La revolución tenía además otros tres ejércitos en campaña; el del Apure, formado por Páez, y el del Centro, formado por la división de Mac Gregor, unida a las guerrillas de Saraza y Monagas; y el de Maturín, con Piar, que obraba de acuerdo con Cedeño sobre

el Orinoco. Además, el ejército de Arismendi en Margarita. El ejército del centro, después del combate de Quebrada Honda, había alcanzado grandes ventajas. Una fuerte división a mando del comandante español López, que ocupaba la villa de Aragua, salió al encuentro del ejército de Mac Gregor, que se había puesto en marcha sobre Barcelona, después de ocupar los llanos (6 de septiembre). La batalla fué reñida. Las cargas de la caballería llanera de Saraza y Monagas y una impetuosa carga a la bayoneta por Mac Gregor en persona, la decidieron. López dejó en el campo un cañón, 500 muertos, 300 prisioneros y 300 fusiles y carabinas. Los independientes se posesionaron de Aragua y ocuparon Barcelona, evacuada por los realistas después de saquearla y degollar una parte de su población (septiembre 12). Morales, que después de los sucesos de Ocumare habíase trasladado al Oriente, ocupó casi simultáneamente la posición de Aragua, con 3000 hombres de infantería y caballería. Mac Gregor se puso de acuerdo con Arismendi, Mariño y Piar, solicitando su auxilio para resistir el ataque. Piar, que había acudido con sus tropas al sitio de Cumaná, se trasladó inmediatamente a Barcelona y tomó el mando en jefe. Bajo su dirección se montaron cuatro piezas, se organizaron nuevos batallones, se completó el armamento de caballería, y se marchó en busca del enemigo. Los dos ejércitos se encontraron en el Playón del Juncal a inmediaciones de Barcelona. Al cabo de dos horas, la victoria se declaró por los independientes con una formidable carga a la bayoneta conducida por Mac Gregor, y sostenida por el fuego de artillería, arma de que carecían los realistas (27 de septiembre). Morales dejó en el campo 300 muertos, 400 prisioneros y 500 fusiles. Después de esta victoria, Mac Gregor se retiró a Margarita, enfermo y fatigado, en desacuerdo con Piar, que era de un carácter dominador y violento en el mando.

Páez, a quien dejamos antes en marcha sobre el enemigo, completaba la conquista de los llanos de Oriente entre el Orinoco y el Apure. El coronel Francisco López, gobernador de Barinas, vencido en Mata-de-la-miel, salió de nuevo a su encuentro con una columna de 1700 jinetes y 400 infantes, y pretendió sostener la línea del Arauca. El general republicano por medio de atrevidos y bien combinados golpes de mano y algunos combates parciales, le arrebató todas sus caballadas, obligándole a replegarse a la línea del Apure (octubre de 1816). Entonces Páez meditó apoderarse de San Fernando, llave de los llanos en la conjunción del Apure y el Portuguesa, con comunicación fluvial con el Orinoco. Los realistas habían retirado todas las embarcaciones, y dominaban el río con cuatro flecheras y siete lanchas armadas en guerra, sostenidas por 400 hombres. Una partida de ocho hombres mandada por un oficial llamado Peña, a quien Páez como castigo de una falta le impuso ir a hacerse matar por el enemigo, atravesó el río en una canoa a las doce del día e introdujo el desorden en el campamento realista, muriendo el jefe español en los encuentros que se siguieron (6 y 7 de noviembre). Dueños los republicanos de siete lanchas, salvaron el obstáculo y pusieron sitio a San Fernando (diciembre de 1816). En tales circunstancias, supo Páez la marcha de La Torre y Morillo desde Nueva Granada en dirección a los llanos regados por el Arauca y el Apure.

Mientras el ejército del centro triunfaba en Barcelona y el de los altos llanos de Oriente en el Apure, el ejército de la costa mandado por Mariño y Bermúdez, ponía sitio a Cumaná, en combinación con las fuerzas marítimas de Margarita (septiembre). La guarnición espa-

ñola estrechada, se disponía a evacuar la plaza. Las fuerzas realistas, que en número de 1000 hombres se mantenían en Margarita, acudieron en su auxilio, evacuando la isla, y obligaron a Mariño a desistir del sitio (noviembre de 1816).

Tal era el estado de la guerra al finalizar el año de 1816, tres meses después de la deposición de Bolívar en Carúpano. A pesar de las ventajas alcanzadas, los independientes comprendían que sin una dirección que diese cohesión a sus elementos dispersos, todo era efímero. Así, el ejército del centro donde predominaban los partidarios del Libertador, fué el primero en reclamar su regreso, decididamente apoyado por Arismendi. Bolívar fué llamado otra vez a ponerse a la cabeza de los independientes. Ayudado por Brión y eficazmente auxiliado por Petión, organizó una tercera expedición (21 de diciembre de 1816) y tocando en Margarita de paso, arribó a Barcelona, a tiempo que llegaba allí Arismendi con su columna de auxilio.

VII

Al desembarcar Bolívar en Barcelona, la guerra había cambiado de aspecto. El ejército del centro ya no existía. Piar había tenido la grande inspiración de la campaña, que decidiría por acción directa de la suerte de Venezuela y Nueva Granada, y por acción refleja de la del resto de la América del Sud. El general negro había comprendido que las hostilidades a lo largo de la costa y las correrías de los llaneros en el interior, no tenían consistencia ni prometían resultados sin una sólida base de operaciones. Desde un principio había señalado el Orinoco como la línea que al efecto debía ocuparse, y la Guayana como base; pero el Libertador, sin plan de campaña fijo, no tenía más objetivo que la ciudad de Caracas, y revoloteaba alrededor de ella por el Sud y por el Norte, como una mariposa en torno de la luz, a riesgo de chamuscarse las alas, como sucedió. Piar, con más alcance estratégico que Bolívar, así que se vió dueño de un ejército regularmente organizado después del triunfo del Playón del Juncal, perseverando siempre en su idea, meditó trasladar la guerra al Orinoco y posesionarse de la Guayana, ocupada por los españoles desde la primera guerra de Venezuela.

El Orinoco y la Guayana era la base natural de operaciones de la revolución venezolana, o más bien dicho la única. Todos lo veían, menos Bolívar, ofuscado por la atracción fantasmagórica de Caracas. La había visto Cedeño con su grosero instinto de guerrillero, al sostenerse en el Alto Orinoco, derrotando las fuertes columnas realistas que intentaron desalojarlo de sus inexpugnables posiciones. La había visto claramente Morillo desde Nueva Granada al diseminarse las guerrillas en los llanos de Oriente. "Perdida la provincia de Guayana, "decía, Caracas y Santa Fe de Bogotá están en peligro porque los "ríos del Orinoco, Apùre y Meta, son mucho más navegables de lo que "yo pensaba, y si los rebeldes nos cortan la comunicación con Marga-"rita, interceptando la remisión de ganados, obligarán a su guarni-"ción a rendirse sin batirse. Si Bolívar o algún otro jefe de estima-"ción entre ellos, tomase el mando de las guerrillas, podrán obrar vi-"gorosamente. Si la Guayana es tomada, las dificultades para retomar-"la serán mayores, y quedarán muy pocas esperanzas para las tropas "del Rey". Esto es lo que había visto y vió claro Piar, y esto lo que hizo al salvar por inspiración la revolución venezolana, y hacer aban-

donar a Bolívar sus vueltas y revueltas estériles alrededor del fantasma de Caracas. Basta echar una ojeada sobre el mapa de Venezuela, comparándolo con la historia, seguir a lo largo de los ríos de Oriente las operaciones de los ejércitos republicanos durante la guerra de la independencia, para que la demostración se imponga a los ojos. El Orinoco al Norte, al fondo de Venezuela, es una base de operaciones inexpugnable, y es a la vez que una línea de operaciones y de defensa, una vía fluvial en comunicación con el exterior por el mar, que penetra en el interior del país. Situado por consecuencia un ejército en la Guayana, con su frente, su espalda, sus flancos y sus comunicaciones aseguradas, la defensa de la isla de Margarita se liga con sus operaciones por mar, el ejército del Apure avanzado es su vanguardia, los llanos del centro quedan dominados por él, y el enemigo es vulnerable por todo su frente y sus dos flancos, amagando a la vez la Nueva Granada por su frontera, por lo que, razón tenía Morillo al decir, que perdida la Guayana, estaban en peligro de perderse Caracas y Bogotá, y una vez perdida, no había esperanza para las armas españolas.

Guiado por estas luces, Piar se puso en marcha desde Barcelona a la cabeza de 1500 hombres de las tres armas, dejando en la ciudad una corta guarnición y encomendó a las guerrillas de Monagas y Saraza la defensa de su campaña (8 de octubre de 1816). En el alto Orinoco al Norte, se reunió con la división de Cedeño, quien se sometió a su autoridad, y acordaron conquistar la provincia de Guayana. Los realistas dominaban las aguas con una fuerte escuadrilla y estaban fortificados en Angostura, capital de la provincia y en la Guayana Vieja. Tenían ocupado el Cauca, río caudaloso que se derrama en el Orinoco por su margen derecha y era por el Sud la línea de defensa del enemigo, dominada por tres flecheras y dos lanchas cañoneras, sostenidas por 500 infantes y 300 jinetes. El general republicano mandó construir ligeras embarcaciones de madera de ceiba cortada en los bosques; con una de ellas se apoderó de dos lanchas del enemigo, y efectuó el pasaje a viva fuerza. La artillería abrió sus fuegos para proteger la atrevida operación; dos compañías de infantería tomaron tierra en la margen opuesta, al mismo tiempo que un grueso destacamento desembarcado fuera de la vista del enemigo lo tomaba por el flanco, y Cedeño con sus escuadrones se lanzaba a nado acuchillando a caballo a las tripulaciones de las cañoneras y cargaba sobre su campamento, que puso en dispersión (31 de diciembre 1816).

Piar avanzó sobre Angostura. La plaza estaba defendida además de su guarnición y sus fortificaciones, por dos buques mayores de guerra, por tres goletas y cuatro cañoneras que combinaban sus fuegos con ella. Los republicanos fueron rechazados en el asalto que intentaron para tomarla. Este descalabro no desanimó a Piar, y le sugirió una idea salvadora, que sería decisiva en las futuras campañas por las consecuencias que tuvo. Resolvió apoderarse de las misiones de Coroní, país rico en hombres y en recursos, y establecerse en ellas, para amagar Angostura por la espalda, privándola de sus subsistencias, a la vez que abría nuevas comunicaciones con el Oriente por el bajo Orinoco. Los españoles, que conocían la importancia de esta posición, habían guarnecido y fortificado la línea del río Coroní, sobre su margen derecha; pero estas dificultades fueron superadas. Los republicanos ocuparon las cuarenta y siete misiones que regían los frailes catalanes de la orden de capuchinos, de los cuales veintidós fueron degollados por el oficial a quien se confió su custodia, hecho bárbaro no re-

primido por el general, que sin embargo consolidó su popularidad, porque las víctimas eran muy odiadas por los neófitos indígenas. Piar estableció una administración regular en las misiones, que fué más tarde muy útil para la provisión de los ejércitos independientes en granos y ganados (febrero de 1817). En seguida, dió cuenta a Bolívar de las ventajas alcanzadas y de la posición que ocupaba. Estos hechos levantaron la fama de Piar sobre la de todos los generales venezolanos, eclipsando la del mismo Bolívar que tan triste papel había representado en el curso de la campaña.

VIII

Todos habían hecho algo, menos Bolívar. Arismendi había insurreccionado la Margarita. Mariño había dominado la península de Paria, formado un ejército y puesto sitio a Cumaná. Páez había organizado el ejército del Apure y asegurado el dominio de los llanos altos. Cedeño se había sostenido en el alto Orinoco, y Monagas y Saraza mantenido el fuego de la insurrección en el centro del país. Mac Gregor y Soublette habían salvado la columna por él abandonada en Ocumare, y atravesando el territorio de Venezuela, conquistando Barcelona y el dominio de los llanos bajos. Piar había formado un ejército en Maturín, salvado a Barcelona y conquistado la Guayana, dando al ejército su base natural de operaciones. En ninguna de estas empresas tuvo participación directa ni indirecta Bolívar. Su mando en jefe, su dirección como general había sido no sólo nula, sino funesta, cuando no vergonzosa. Al asumir por segunda vez el mando, era moralmente otro hombre, más grave, más reflexivo y más dueño de sí mismo; pero militarmente no había aprendido todavía lo bastante como general estratégico. Sin ideas maduradas ni propósito determinado, y pensando que la audacia, que fía el éxito al destino, era una inspiración, improvisaba planes al aire y acometía empresas sin proporcionar los medios a las resistencias, y le aconteció lo que al que se empeña en romper un muro de piedra con la cabeza: se rompió él mismo la cabeza.

Apenas desembarcado en Barcelona, anunció en una proclama que iba a invadir la provincia de Caracas para darle libertad (8 de enero de 1817). Con este propósito temerario, formó una columna de 600 hombres sobre la base de los auxiliares margariteños conducidos por Arismendi, y veinticuatro horas después se puso en campaña. Una división avanzada se había establecido y fortificado sobre la línea del río Unare al sud de Barcelona, en observación de la plaza en el punto denominado "Clarines", rodeado de bosques. Bolívar, sin practicar un reconocimiento, atacó de frente las trincheras. Empeñado el fuego, cuarenta jinetes cayeron de improviso por retaguardia de los asaltantes y los desbarataron totalmente. Todos perecieron.

Estaba otra vez perdido el Libertador, y más perdido que en Carúpano. En tal situación, lo único que se le ocurrió, fué dirigirse a Piar y Cedeño, indicándoles que abandonasen la empresa de la Guayana —que era su salvación—, por cuanto no había llegado la oportunidad de tomarla, y ser por otra parte imposible dominar la navegación del Orinoco; y concluía, que Cumaná era la base natural de las operaciones. La consecuencia de esta maniobra —imposible por otra parte— era descubrir su flanco izquierdo. Escribió a Páez aconsejándole vagamente que se uniese a Saraza, lo que si algo significaba era perder el dominio de los llanos bajos o altos, según el punto donde operasen

su reconcentración. A Monagas, le prevenía que se reuniese a Saraza y Páez, y cubriese a Barcelona por ser el punto que más importaba sostener "donde estaba resuelto —son sus palabras— a sepultarse entre "sus cenizas y escombros". Todo esto no tenía sentido militar, y si alguno tenía, sólo puede explicarse por su pueril preocupación de ocupar Caracas, que era una operación fantástica, dado el caso fuese posible la soñada concentración de las fuerzas del norte de la Guayana, de las nacientes del Apure y de los llanos bajos en torno de Barcelona sitiada, cuando el enemigo condensaba sobre la plaza el grueso de sus tropas y Morillo ocupaba con 4000 hombres la línea de Unare interceptando el camino de Caracas, y La Torre en combinación con Calzada ocupaba los llanos altos.

Encerrado Bolívar en Barcelona con 600 hombres bisoños y con amenaza de ser atacado por fuerzas superiores, a la vez que la marina española preponderante en la costa de Barlovento bloqueaba el puerto, se fortificó en el convento de franciscanos de la ciudad, que era una verdadera ciudadela. Aconsejado por la inminencia del peligro, propuso a Mariño reunir sus dos fuerzas para batir al enemigo, asegurándole que él se sostendría a la espera a todo trance en el convento. Mariño no trepidó. En el acto se puso en marcha en auxilio del Libertador con toda su fuerza disponible, que alcanzaba a 1200 hombres, dejando guarnecida la costa de Cumaná. Reunidos los dos rivales, se reconciliaron, y Mariño reconoció a Bolívar como jefe supremo. Las dos divisiones se pusieron en campaña, sumando un total como de 2000 hombres, pero aun así reunidos, apenas si podían hacer frente al enemigo. Las operaciones giraban en el círculo vicioso, por no decir en el vacío, por falta de una cabeza o de un plan, y sobre todo, por falta de una base. Bolívar improvisó entonces un nuevo plan, que no valía más que los anteriores. Resolvió trasladar el teatro de la guerra al interior, concentrando en los llanos bajos todas las partidas dispersas en las provincias, y les señaló Aragua —el sitio de su anterior derrota en 1812— como punto de reunión. Barcelona se sostendría con una guarnición como de 700 hombres.

Mientras tanto, el Libertador se dirigía a la Guayana a fin de persuadir a Piar de concurrir al plan, y marchar sobre Caracas con todas las fuerzas independientes reunidas en los llanos bajos. Era un plan expectante, que dependía de dos contingencias: que el enemigo, que estaba encima con fuerzas superiores, diese tiempo, y que Piar concurriese con su ejército desde el último extremo del territorio. En el mejor caso, era perder las comunicaciones de la costa, y con enemigos por los cuatro vientos, como nave batida por las olas y las velas aferradas, emprender una campaña sin rumbo fijo, cuyo objetivo lejano —Caracas— prometía menos por el momento que la permanencia en el Oriente, y era en definitiva una derrota segura. Esto por lo que respecta a las probabilidades remotas. En el hecho, sucedió lo que necesariamente tenía que suceder, y estaba al alcance de la más vulgar previsión. Barcelona atacada, fué rendida a viva fuerza (7 de abril de 1817). La guarnición en número de 700 hombres, fué degollada desde el primero hasta el último soldado, y a más, 300 enfermos, ancianos y mujeres, perdiendo 20 piezas de artillería y 1000 fusiles. Mariño, sin fuerzas para contrarrestar al enemigo en campo abierto, no pudo amparar la plaza, y desistió de internarse en los llanos, retrogradando a la península de Paria, donde había establecido su dominio. La anarquía se introdujo en el ejército. Mariño volvió a declararse independiente. Ber-

múdez, Saraza, Monagas y Arismendi, con sus respectivas divisiones, que reunidas alcanzaban a 500 hombres, resolvieron esperar en los llanos de Barcelona las órdenes de Bolívar.

El libertador llegó a Guayana con sólo quince oficiales, y se encontró con Piar a inmediaciones de Angostura. El general negro era dueño de todo el país y tenía sitiadas sus dos plazas fuertes con esperanzas de rendirlas. Su comportamiento fué noble y patriótico. A pesar del escozor que debió sentir al verse arrebatar los laureles de una campaña que él solo había llevado a cabo contrariando al mismo Bolívar, que no alcanzaba a comprender su trascendencia, se puso a sus órdenes. Informóle de la situación preponderante del ejército de Páez en el Apure, y le demostró que la Guayana era la verdadera y única base de operaciones. Dominada la navegación del Orinoco —lo que no era difícil con la escuadrilla de Brión unida a la de Margarita—, quedaban expeditas las comunicaciones con las Antillas para recibir auxilios del exterior, y por medio de sus ríos tributarios que penetraban en el corazón del país, se ligaban todas las operaciones fluviales y terrestres, con una barrera por delante y una comarca poblada y bien establecida a la espalda, lo que daba una completa seguridad para organizar a la defensiva un ejército sin renunciar a la ofensiva en los altos llanos, apoyando el flanco derecho avanzado en la península de Paria con el dominio de su golfo y el izquierdo en el Apure con una puerta abierta en los Andes sobre las fronteras de Nueva Granada para invadirla por Casanare. Era, pues, la base ideal de la guerra. La venda que hasta entonces había cubierto los ojos de Bolívar, cayó. Por la primera vez, vió claro en el teatro de la guerra. Inmediatamente desistió de sus inconsistentes planes anteriores, y acordó con Piar tomar por base de operaciones la Guayana. En consecuencia, reconcentró en Angostura las divisiones de Bermúdez, Arismendi y Saraza, y dejó a Monagas en los llanos de Barcelona, para que cubriese su frente, hostilizando al enemigo con incursiones frecuentes de guerrilla (abril de 1817). La revolución venezolana estaba militarmente salvada, gracias a Piar.

IX

La guerra cambiaba de faz, y se metodizaba por una y otra parte. La base de operaciones de los realistas era al Occidente, dueños de la costa de Sotavento desde Coro hasta las de Barlovento en Cumaná con el ejército de Caracas fuerte de cerca de 5000 hombres avanzando sobre los llanos bajos de Barcelona. La zona de operaciones del ejército de Morillo, era los llanos altos, con las fronteras de Nueva Granada por base y su flanco izquierdo cubierto por el ejército de Caracas. Este era el teatro elegido por el general en jefe español para abrir la nueva campaña. Al efecto, las divisiones de La Torre y Calzada, fuertes de 4000 hombres de tropas selectas, con 1500 de caballería llanera, se habían reconcentrado en Guadalito, sobre el Apure, obligando a Páez a levantar el sitio de San Fernando (enero de 1817). El general republicano del Apure, concibió el proyecto de atraer al invasor a su terreno, y derrotarlo sin combatir con su caballería irregular. Con tal objeto, desprendió una pequeña columna volante, con orden de hacerse perseguir hasta el punto por él elegido para librar la acción que meditaba. La Torre, que suponía a Páez muy débil, y le daba cuando más 300 hombres, cayó en el lazo. Púsose en marcha con todo su ejército, y el 28 de enero al penetrar en una sabana extendida, llamada de las

Mucuritas, se encontró con la división de Páez, fuerte de 1100 hombres armados tan sólo de lanzas, de palos de albarico, cortados en los bosques de los llanos. El general español formó su infantería en columna cerrada, cubriendo las alas y la retaguardia con su caballería. Paez, dividió su fuerza en dos columnas ligeras de ataque y una más gruesa de reserva, con el propósito de separar a la caballería enemiga de la infantería y cargó por los flancos, esquivando los fuegos de los batallones. La maniobra surtió el efecto calculado. Los escuadrones realistas, fiados en la superioridad numérica, se comprometieron desordenadamente en la persecución de los que al parecer huían. Repentinamente, los fugitivos volvieron caras, según sus instrucciones, y apoyados por su reserva, dispersaron toda la caballería enemiga. Páez, que tenía cincuenta hombres apostados en torno de la sabana, mandó dar fuego a las altas pajas secas que la cubrían. El fuego cundió rápidamente en toda la llanura. En medio del humo del incendio, la caballería llanera llevó catorce cargas sucesivas sobre la infantería española, que formó cuadro para resistir. El círculo de fuego se estrechaba por momentos. La columna iba a perecer quemada. Por fortuna, encontró un gran pantano, donde se refugió con el fango hasta la cintura, y así pudo salvarse. Este famoso hecho de armas, que afirmó el crédito de Páez y el predominio militar de los llaneros en su terreno, lo hizo dueño de la zona entre el Arauca y el Apure, y lo puso en aptitud de invadir la provincia de Barinas amenazando la de Caracas. Páez completó su gloriosa campaña poniéndose voluntariamente a órdenes de Bolívar, con la sola condición de mantener con su ejército el territorio por él conquistado.

Morillo, que comprendía, como se ha visto, la importancia de la posesión de la Guayana, desprendió a La Torre con una fuerte división en su auxilio. En vez de apoyar este avance y dominar los llanos altos, mientras el ejército de Caracas dominaba los llanos bajos hasta Cumaná, el general en jefe español resolvió dirigirse con 3000 hombres a la Margarita, volviendo a su punto de partida al tiempo de arribar con su expedición a las costas americanas. Desde este día, vese que ya Morillo no domina el teatro de la guerra, y en presencia de las primeras dificultades serias que lo rodean, se muestra lo que era, un general vulgar, que ha perdido las más elementales nociones militares.

La Torre se embarcó en San Fernando, descendió el Apure, penetró en el Orinoco dominado por la escuadrilla sutil de los españoles, y llegó sin obstáculos a Angostura. Piar, después de levantar el sitio de esta ciudad, habíase concentrado en las misiones de Coroní. La Torre se puso en campaña con el intento de quitárselas. Su plan era atraer a Piar a la margen izquierda del caudaloso Coroní, con falsas maniobras, hacerle inutilizar sus caballos, contramarchar rápidamente a la Angostura, embarcar allí sus fuerzas e introducirse por la Guayana vieja en las misiones desguarnecidas, ocupándolas. El general negro penetró el intento del enemigo, y se propuso burlarlo. Se trasladó a la margen izquierda del río, dejando sus caballadas de refresco listas en la margen derecha y se adelantó hasta cerca de Angostura. En la noche, hizo encender grandes fogatas que dejó ardiendo, y se replegó rápidamente a sus antiguas posiciones. La Torre, engañado, se lanzó a su empresa según la había concebido, con 1600 infantes y 200 jinetes bien armados y disciplinados. Piar lo esperó con 500 fusileros, 500 flecheros indígenas, 400 hombres de caballería y 800 indios de las misiones armados de picas, que colocó en segunda fila. Los dos ejér-

citos se encontraron en San Félix el 11 de abril de 1817. Los españoles formados en tres columnas con las alas cubiertas por su caballería, avanzaron a paso de ataque y armas a discreción. Piar los recibió con una descarga de fusilería y una nube de flechas, y cerrando sus alas, en semicírculo, envolvió su ala izquierda, inutilizando los fuegos de la infantería enemiga que cargó cuerpo a cuerpo a pica y bayoneta. Fué un combate homérico al arma blanca. Los españoles fueron todos pasados a cuchillo. Sólo escaparon diecisiete hombres, entre ellos La Torre. El vencedor hizo matar 300 prisioneros tomados, perdonando a los criollos, que engrosaron sus filas. Cuando Bolívar regresó de los llanos con los últimos 500 hombres que le habían permanecido fieles, y que por el acuerdo anterior con Piar, se salvaron de ser destruídos por Morillo en su marcha sobre Margarita, encontróse dueño de la Guayana y al frente de una fuerza respetable. Este fué el núcleo del ejército que mantuvo la tercera guerra de Venezuela, y le dió el triunfo final, ¡gracias siempre a Piar!

X

La autoridad de Bolívar empezó a afirmarse. Piar y Bermúdez, sus antiguos enemigos, se le habían plegado. Las guerrillas de Saraza, Monagas y Cedeño estaban a sus órdenes. Páez le prestaba obediencia. Sólo Mariño pretendía disputarle el mando supremo, comprometiendo la causa de la revolución en presencia del enemigo. Contaba con un ejército de 2000 hombres y era dueño de la península de Paria, desde las bocas de Drago hasta Carúpano, y dominaba el golfo Triste con una pequeña escuadrilla. Poseído de una ambición insana y mal aconsejado por el famoso tribuno Cortés Madariaga, demócrata exagerado, que pretendía dirigir la revolución con fórmulas legales y reminiscencias de Grecia y Roma, convocó un simulacro de congreso, conocido en la historia con la denominación de "Congresillo de Cariaco", por su insignificancia y por el lugar en que se reuniera, el cual asumió la representación soberana de la nación y declaró reinstalada la república federal de Venezuela (8 de mayo de 1817). Componíanlo unos cuantos empleados, figurando entre los más caracterizados, el intendente del ejército, Francisco Antonio Zea, y el almirante Luis Brión. Eligieron una junta que desempeñase el poder ejecutivo, de la que formaba parte Bolívar, y Mariño fué nombrado "generalísimo". El objeto era anular la autoridad suprema de que estaba investido el Libertador. Morillo dió cuenta de esta farsa parlamentaria. En marcha a su expedición contra Margarita, atacó y tomó los puertos de Cariaco, Carúpano y Güiria, y echó a pique la escuadrilla patriota del golfo Triste, apoderándose de nuevo de toda la península de Paria. Las fuerzas de Mariño fueron en gran parte destruídas, y sus prisioneros fusilados. Las divisiones que escaparon a la derrota, negaron obediencia al nuevo generalísimo, y resolvieron incorporarse al Libertador en Guayana, encabezadas por Urdaneta y por el coronel Antonio José Sucre, nombre que llenará la más gloriosa de las páginas de la emancipación sudamericana. Mariño se retiró a Maturín con el esqueleto de su ejército.

Empero, mientras los independientes no tuviesen el dominio absoluto de la navegación del Orinoco, la posesión de la Guayana era efímera. Bolívar intentó con tal objeto organizar una escuadrilla de flecheras; pero las fuerzas sutiles de los españoles eran muy superiores, y todos sus trabajos fueron vanos. Afortunadamente acudió en su auxi-

lio Brión, que en Haití lo había puesto a flote y lo salvara en sus trances más apurados. El almirante puso a sus órdenes una flotilla, compuesta de cinco bergantines y algunas goletas, reforzada con cinco flecheras margariteñas al mando del capitán Antonio Díaz, mulato como Piar, hombre feroz y de un valor probado. Una parte de la escuadrilla española sostenía las dos plazas fuertes de la Guayana a la sazón sitiadas — Angostura y la Guayana Vieja —, y la otra cerraba las bocas del Orinoco, al amparo de las fortalezas que las defendían. Brión hizo explorar las bocas del gran río con las cinco flecheras de Díaz. Sorprendidas en uno de sus canales por dieciséis flecheras realistas, éstas se apoderaron de dos de las embarcaciones republicanas. Díaz, con las tres flecheras restantes, empeñó un sangriento combate al abordaje, recuperó sus dos embarcaciones perdidas, tomó otras dos del enemigo, echando a pique cinco de ellas, y obligó a los realistas a retirarse espantados ante tanto arrojo. Franqueado el paso, Brión forzó las fortificaciones a velas desplegadas, y remontó el Orinoco. Bolívar hizo construir una batería de costa, para proteger sus operaciones.

El general La Torre, al saber el avance de la flotilla de Brión, hallándose muy escaso de víveres, desesperó de sostenerse en Angostura, y se trasladó a la Guayana Vieja con 800 hombres útiles y los enfermos. Su situación no mejoró. Vióse al fin obligado a evacuar también la Guayana Vieja, después de comer hasta los últimos cueros, embarcándose en su escuadrilla con los restos de su ejército, compuesto de 600 hombres y descender el río haciéndose a la mar con treinta y dos velas. Los independientes quedaron de este modo dueños de todo el territorio de la Guayana y de la navegación del Orinoco. Poco después, el héroe de la conquista de la Guayana, moría en un patíbulo en el teatro de sus glorias.

Piar, que en el fondo de su alma altiva guardaba rencor contra Bolívar por haberlo suplantado en la empresa de la Guayana, no obstante someterse a él, fué uno de los que más simpatizaron con las tendencias del congresillo de Cariaco, y conspiró, de acuerdo con Mariño, en el sentido de formar una junta de guerra que limitase la autoridad absoluta de Bolívar, con el objeto de apoderarse del mando en jefe, consiguiendo ganar a sus ideas a Arismendi, que era un ambicioso sin cabeza. El Libertador sofocó prudentemente esta tentativa de sedición, limitándose a consejos y amonestaciones privadas, que restablecieron la quietud. Piar, alarmado, solicitó una licencia para ausentarse, dando por pretexto sus enfermedades. Retirado de la villa de Upata, continuó sus trabajos disolventes. Bolívar le escribió amistosamente, llamándolo a la concordia. Piar no confió en estas seducciones, porque conocía el odio que Bolívar le profesaba, y fugó a Maturín, donde se puso de acuerdo con Mariño para asumir una actitud independiente. La situación era peligrosa para el Libertador. Las tropas de la Guayana eran adictas a Piar en su mayor parte, y compuestas de hombres de color; era de temerse una sublevación de raza, proyecto que se atribuía al general negro. Bolívar ordenó al general Cedeño, el compañero de Piar en la conquista de la Guayana, que lo prendiese. El hecho solo de mandar prender a un general que se decía rebelado, prueba que, si el peligro era real, no era inminente. Piar, abandonado por sus compañeros, y seducido por las falaces promesas de Cedeño, según parece, no hizo resistencia, y fué arrestado. Conducido a la Angostura, fué procesado. Un consejo de guerra presidido por Brión, que de antemano tenía formulada la sentencia, lo condenó unánimemente a muerte

(15 de octubre de 1817) y a ser degradado por los crímenes de inobediencia, sedición, conspiración y deserción. Bolívar confirmó el fallo, dispensando la degradación, que era un lujo de crueldad, que deshonraba a los jueces y al sacrificador. Piar fué fusilado en la plaza mayor de Angostura, en presencia de todo el ejército formado (16 de octubre de 1817). El vencedor de San Félix murió con intrepidez como había vivido. Pidió por única gracia mandar su propia ejecución. No se le concedió. Al marchar al suplicio exclamó: "¡Conque no se me permite "mandar mi ejecución!". Desde este momento se encerró en un sombrío silencio. Oyó leer su sentencia con desprecio, con una mano en el bolsillo, golpeando el suelo con el pie derecho, y mirando a su alrededor. Por dos veces se arrancó el pañuelo con que le vendaron los ojos. Se descubrió el pecho y recibió la descarga que puso fin a su gloriosa vida, con la serenidad que había mostrado en los combates. Su muerte afirmó la autoridad vacilante de Bolívar. Si no fué un acto justo, fué quizás un acto necesario, que sofocó la guerra civil en germen, que traía aparejada la disolución del ejército.

Quedaba todavía Mariño en armas. Este se mantenía disidente a la cabeza de 400 hombres, en Cumaná. Bolívar comisionó a Bermúdez, el antiguo amigo de Mariño, para que le prendiese al frente de su cuerpo de tropas, como había encargado a Cedeño el arresto de Piar. Mariño, abandonado por los suyos, fué desterrado por empeños de Bermúdez. Bolívar quedó imperante y sin émulos. Su autoridad no estaba todavía bien consolidada, como luego se verá.

CAPITULO XLII

LA TERCERA GUERRA DE VENEZUELA (Continuación)
REORGANIZACION VENEZOLANA

AÑOS 1817-1819

Expedición de Morillo contra Margarita. — Resistencia de los margariteños. — Famosa acción del "Cerro de Matasiete". — Valerosa defensa de "Juan Griego". — Morillo desiste de la empresa de subyugar a Margarita. — Nueva política del pacificador. — Nuevo aspecto de la guerra. — Armas en balanza. — Los ejércitos beligerantes. — Bolívar apela a la opinión pública. — Bolívar y Pueyrredón, venezolanos y argentinos. — Principio de reforma política. — Bolívar abre la campaña. — Derrota de Saraza en la Hogaza. — Reunión del ejército de Angostura y del Apure. — Extraordinario pasaje del Apure por Páez. — Morillo sorprendido en Calabozo. — Célebre retirada de Morillo. — Acción del Sombrero. — Invasión de Bolívar a los valles de Aragua. — Contrastes que sufre. — Se retira a los llanos. — Batalla de la La Puerta o Semen. — Toma de San Fernando por Páez. — Bolívar al frente de un nuevo ejército. — Retirada de los realistas vencedores. — Acción de Ortiz. — Nuevo plan de Bolívar para invadir a Caracas por el Occidente. — Derrota de Páez en Cojedes. — Aventura de Bolívar. — Sorpresa del Rincón de los Toros. — Derrota de Cedeño en el Cerro de los Patos. — Derrota de Morales por Páez en el Guayabal. — Descrédito de Bolívar. — Crítica militar de la campaña. — Bolívar convoca un congreso constituyente. — Su plan constitucional. — Es nombrado presidente de la república. — Se pone en campaña.

I

Dejamos a Morillo en marcha al frente de 3000 hombres con el objetivo de subyugar la isla de Margarita. (Véase cap. XLI, § IX). El gobierno español daba la mayor importancia a la posesión de esta isla, y como se ha visto, fué la primera operación que en sus instrucciones encargó al general expedicionario. La sumisión de Arismendi le había dado su dominio pacífico, pero la tercera insurrección de los isleños, a que se siguió la expedición de los Cayos y la invasión de la Guayana, le hicieron volver a su punto de partida, por considerar, según él mismo lo decía, que "en Margarita estaba la raíz del mal". El gobierno español por su parte, perseverante siempre en su idea, des-

pachó por este tiempo desde la Península una expedición de 2800 hombres al mando del general José Canterac —el mismo a quien hemos visto figurar en el Perú —, destinada a diferentes puntos de América, con el encargo de apoderarse de paso de la isla rebelde. Canterac se encontró con Morillo en el puerto de Barcelona a tiempo que Bolívar tomaba el Orinoco por base de operaciones. En vez de aprovechar este oportuno auxilio para dar el impulso continental que debía decidir la cuestión, persistió en su resolución, aconsejado por despecho más que por cálculo. Empero, antes de lanzarse a su empresa, se posesionó de la península de Paria, expulsando de ella el ejército de Mariño que hasta entonces la dominaba, en cuya ocasión barrió con sus armas el congresillo de Cariaco, según antes se explicó, con lo que prestó un doble servicio a la causa de la independencia, suprimiendo los obstáculos para la unidad del mando en persona del Libertador Bolívar.

La estéril isla de Margarita, que hasta de agua potable carecía, estaba arruinada y despoblada, y sus habitantes en esta época apenas alcanzaban a trece mil. La expedición destinada a subyugarla, se componía de tres corbetas de guerra, cinco bergantines, cinco goletas, un falucho, cuatro flecheras y dos cañoneras, con tres mil hombres de desembarco de las mejores tropas españolas. Los margariteños sólo podían oponer a la invasión 1500 hombres mal armados de los cuales 100 eran de caballería y unos pocos artilleros. Brión, que hasta entonces protegía la isla con su flotilla, habíase retirado de sus aguas con el intento de penetrar en el Orinoco, de manera que la marina de la isla se reducía a tres grandes flecheras y una balandra. Mandaba los insurrectos isleños, en ausencia de Arismendi, el general Francisco Esteban Gómez, teniendo por jefe de estado mayor al coronel Joaquín Maneiro. Morillo efectuó su desembarco bajo fuego (17 de julio de 1817). El coronel Maneiro con 450 hombres, favorecido por el terreno, opuso una vigorosa resistencia, causando gran daño a la división de Canterac, quien aseguraba que con sólo presentarse, sus tropas vencerían a los insurgentes. El pacificador dirigió una proclama a los margariteños, ofreciéndoles perdón si deponían las armas, y que de lo contrario "no quedarían cenizas, ni aun la memoria de los rebeldes empeñados en su exterminio" (julio 17). El general Gómez rechazó el perdón, y apercibido a la resistencia fortificó los puntos más ventajosos de la isla, formando en las alturas grandes montones de piedra a falta de municiones.

Porlamar fué el primer punto atacado por todo el ejército expedicionario reunido en combinación con su escuadra. Los independientes imposibilitados de sostener el castillo, lo evacuaron combatiendo, después de clavar su artillería y ponerle fuego (22 de julio de 1817). En seguida se apoderó Morillo del castillo de Pampatar (24 de julio). Los insurrectos se concentraron en la Asunción. Los españoles ocuparon el cerro de Matasiete, que domina la ciudad y sus cercanías, y maniobraron en el sentido de interponerse entre ella y la Villa del Norte. En este punto se trabó la acción que ha hecho famoso el nombre de Matasiete en los fastos venezolanos (31 de julio). Los independientes no alcanzaban a 500 hombres, mientras que los españoles eran 2000 infantes y 600 de caballería; pero favorecidos por los bosques y lo escabroso del terreno que habían fortificado con reductos, fosos y parapetos, pelearon con obstinación por el espacio de más de siete horas, desde las 8 1/2 de la mañana hasta las cuatro de la tarde, quebrando al enemigo y causándole grandes pérdidas. Morillo durmió sobre el campo de ba-

talla, pero al día siguiente vióse obligado a emprender su retirada a Pampatar.

Rechazado Morillo por el frente, propúsose atacar las posiciones enemigas por el Norte, y se posesionó del pueblo de San Juan con el grueso de sus fuerzas, ocupando una garganta que interceptaba las comunicaciones entre la Asunción y el puerto de Juan Griego, donde los margariteños abrigaban su flotilla. Este punto estaba defendido tan sólo por 200 hombres, y fué tomado después de una heroica resistencia, volando en medio del combate el parque de los independientes por la explosión de una mina que tenían preparada para el último extremo (8 de agosto). Los dispersos se refugiaron en una laguna, y resistiendo rendirse, fueron todos pasados a cuchillo. El mismo Morillo presidió la matanza, atravesando diez y ocho hombres con su espada. Este sitio fué bautizado con el nombre de "Laguna de los Mártires Margariteños, que conserva. El pueblo de San Juan tuvo la misma suerte que Juan Griego. El general Gómez se reconcentró con sus restos a la Villa del Norte, sosteniéndose en la Asunción. Al fin hubieran sucumbido los margariteños, pero las noticias alarmantes que recibió Morillo, del estado de la guerra en el continente, lo obligaron a desistir de su empresa, al cabo de un mes de campaña, y se retiró humillado, con mil hombres de pérdida y setecientos enfermos. La isla que el general español había dicho en su proclama de que "no quedarían cenizas ni memoria de sus rebeldes", quedó triunfante, y el pabellón independiente quedó por siempre enarbolado en ella.

II

Morillo, de regreso al continente con los restos de su expedición (20 de agosto de 1817), se dirigió a Caracas, después de afirmar su dominio militar en la península de Paria. Desde entonces inició un nuevo plan político. Publicó un indulto general y una amnistía; abolió el tribunal de secuestros y los consejos de guerra permanentes; restableció las leyes de la monarquía española suspendidas; entregó a la audiencia y a los tribunales civiles la administración de la justicia; y en sus formas al menos, desapareció el despotismo militar que él mismo había fundado. En seguida se contrajo a la guerra continental que había descuidado por su mal aconsejada expedición contra Margarita.

El aspecto de la guerra había cambiado con la ocupación de la Guayana, los progresos de Páez en los llanos altos, y la consolidación de la autoridad de Bolívar. El general republicano del Apure había invadido la provincia de Barinas y ocupado su capital, derrotado en San Carlos una gruesa división que la defendía y fusilado los prisioneros europeos en retaliación, entregando a saco el pueblo. Los llanos estaban inundados y no era posible abrir campaña por esta parte. Bolívar, sólidamente establecido en la línea del Orinoco, había engrosado la división de Saraza con infantería, haciéndola avanzar hasta el linde de los llanos de Caracas, para apoyar el flanco derecho de Páez. Monagas ocupaba parte de la provincia de Barcelona. Bermúdez, situado con otra división en Maturín, dominaba el interior de la provincia de Cumaná. El Libertador, protegido por la barrera del Orinoco, y cubierto todo su frente, organizaba un ejército de reserva a retaguardia. Las armas estaban balanceadas, pero las cabezas de los generales que las dirigían oscilaban. Morillo, sin plan de campaña preconcebido, esperaba ser atacado sin atinar por dónde, aunque con la decisión de tomar

la ofensiva, y lo mismo sucedía a Bolívar. Las operaciones de los beligerantes comentadas por sus propios documentos, pondrán en evidencia este equilibrio dinámico y esta incertidumbre moral.

El ejército realista que operaba en Venezuela, aparte de las fuerzas que ocupaban la Nueva Granada, e incluyendo las fuerzas conducidas por Canterac que siguió su marcha al Perú con algunos cuadros, constaba de nueve batallones y doce escuadrones con su correspondiente artillería, organizado en cuatro divisiones de maniobra. Una división de tres batallones y un escuadrón, guarnecía a Caracas y sus alrededores. El general La Torre, con dos regimientos de infantería y dos escuadrones peninsulares, ocupaba la posición del Sombrero sobre el río Guarico, en defensa de los llanos bajos de Caracas. El general Juan Aldama con dos batallones y tres escuadrones, cubría la línea del bajo Apure, sosteniendo a San Fernando por su derecha. Calzada con una división de caballería compuesta de un batallón y varios escuadrones organizados a la usanza del país, disputaba la provincia de Barinas no ocupada por Páez, a retaguardia de San Fernando. Ochocientos hombres defendían la península de Paria y las plazas de Cumaná y Barcelona. El resto de las fuerzas estaba distribuído en las fortalezas de la costa de Sotavento, desde Puerto Cabello hasta Coro y Maracaibo.

En el orden político, también el aspecto de las cosas había variado un tanto del lado de los republicanos. Bolívar, dueño del poder, sintió la necesidad de regularizar su autoridad y de agregarle las fuerzas morales de la opinión como lo había sentido antes en Caracas en medio de los triunfos de la reconquista. Era hasta entonces la única gran figura que llenaba la América. San Martín recién aparecía en el escenario. En vísperas del paso de los Andes por el vencedor de Chacabuco, el Director de las Provincias Unidas del Río de la Plata, se dirigía a él como al representante de la revolución del Norte, y a los venezolanos como a sus decididos sostenedores. "La América y el mundo, decía "el Director al Libertador, saben ya que bajo su influjo, renace de sus "propias ruinas, siempre ilustre y gloriosa, y que sus opresores unci- "dos al carro del triunfo de su libertador expían los crímenes con que "han manchado el suelo colombiano". Y dirigiéndose el Director argentino a los venezolanos, les decía: "Llegará el día, en que coronadas "de laureles, vayan a unirse nuestras armas triunfantes, llevando des- "de los extremos del continente austral al centro oscuro donde mora, "como en sus últimas trincheras, el despotismo agonizante, la paz, la "fraternidad, la libertad, objeto de tantos anhelos y de tantos traba- "jos". Bolívar contestaba: "V. E. hace a mi patria el honor de contem- "plarla como un monumento solitario, que recordará a la América el "precio de la libertad. Venezuela, consagrada toda a la santa causa "de la independencia, ha considerado sus sacrificios como triunfos. La "sangre, el incendio de sus poblaciones, la ruina absoluta de todas las "creaciones del hombre, y aun de la naturaleza, todo lo ha ofrecido en "aras de la patria. No he sido más que un instrumento puesto en ac- "ción por el gran movimiento de mis conciudadanos. El pueblo argen- "tino es la gloria del hemisferio de Colón y el baluarte de la indepen- "dencia americana. Yo espero que el Río de la Plata con su poderoso "influjo cooperará eficazmente a la perfección del edificio político a "que hemos dado principio desde el primer día de nuestra regenera- "ción". Y dirigiéndose a su vez al pueblo argentino, le decía: "Vues- "tros hermanos de Venezuela han seguido con vosotros la gloriosa ca- "rrera que desde 1810 ha hecho recobrar a la América la existencia

"política. En todo hemos sido iguales. Sólo la fatalidad anexa a Vene-"zuela la ha hecho sucumbir. Ocho años de combates, de sacrificios y "de ruinas, han dado a nuestra patria el derecho de igualarse a la "vuestra, aunque infinitamente más espléndida y dichosa. ¡Habitantes "del Plata! La república de Venezuela, aunque cubierta de luto, os "ofrece su hermandad, y cuando cubierta de laureles haya extinguido "los últimos tiranos que profanan su suelo, entonces os convidará a "una sociedad, para que nuestra divisa sea UNIDAD en la América "meridional". Tenía que responder a esta espectabilidad y aceptar ante el mundo la responsabilidad que le correspondía revistiéndose de formas regulares.

Como acto preparatorio de la convocación de un congreso y como medio de suplir su ausencia, organizó, a la vez que una alta corte con la plenitud del poder judicial, un consejo de Estado con carácter consultivo y legislativo. Manifestó en el acto de su instalación (30 de octubre de 1817) que la dictadura había sido una necesidad de las circunstancias, como la única posible en tiempos calamitosos; que la república había existido sin leyes ni tribunales, regida por el solo arbitrio de los mandatarios, sin más guías que sus banderas, ni más principio que la independencia; pero que el tercer período de Venezuela, presentaba un momento favorable para poner al abrigo de las tempestades el arca santa de la constitución, y presentarse ante el mundo con un centro fijo de autoridad, que diera garantías a los extraños y confianza a la nación. "El gobierno que, en medio de tantos escollos no contaba antes "con ningún apoyo, se hallará en lo futuro protegido, no sólo por una "fuerza efectiva, sino sostenido por la primera de todas las fuerzas: la "opinión pública".

La guerra y la política marchaban de frente en líneas paralelas por una y otra parte.

III

Hechos estos arreglos políticos y administrativos, Bolívar remontó el Orinoco, y tomó tierra sobre su margen izquierda a 156 kilómetros de Angostura. Era su plan, reunirse a la división de Saraza, situada en los lindes de los llanos altos de Caracas, y atacar a Morillo donde lo encontrase, si no conseguía traerlo a su terreno. Movido más por su inspiración que por el cálculo, soñaba con marchar en triunfo hasta Caracas, que era siempre su objetivo. "Las tropas de Saraza, "decía, pueden alcanzar a 2500 hombres, y 1500 que yo llevo de tropas "escogidas y disciplinados, el suceso es infalible contra Morillo, si lo-"gramos la fortuna de alcanzarlo. Así, he determinado marchar en su "busca yo mismo para destruirlo. Todo nos promete una completa vic-"toria. En el caso de que los enemigos sean superiores en número, me "retiraré". Al mismo tiempo Páez debía llamar la atención del enemigo por la parte de Barinas y converger al punto estratégico, que era siempre Caracas. A Brión le escribía: "Yo marcho a reunirme a Sara-"za, y espero participar bien pronto la destrucción del pequeño y mise-"rable cuerpo, único que puede presentar el enemigo después de haber "agotado sus esfuerzos y recursos". A Saraza le decía, refiriéndose a la división enemiga situada en el Sombrero: "La Torre viene bus-"cando ver repetir la escena de San Félix. Sin embargo, de que yo "creo que su división es suficiente para destruir ese miserable cuerpo, "será muy conveniente evite comprometer una batalla antes de re-

unirnos". Las divisiones de Bermúdez en Cumaná y Monagas en Barcelona, debían mientras tanto cubrir el flanco derecho en observación del enemigo sobre la costa hostilizada y servir de punto de apoyo en caso de un contraste.

El plan no era mal concebido como irrupción sobre el centro de la línea realista, pero a condición de que los enemigos permaneciesen inactivos y sus divisiones diseminadas como se hallaban. Además, reposaba sobre un supuesto falso, cual era la debilidad numérica del ejército español, que una vez reconcentrado era invencible por la calidad de sus tropas. Por lo demás, tan ignorante se hallaba un general como otro de sus respectivas posiciones como de sus planes. Por lo que respecta a Morillo, no tenía plan ninguno, sino el impedir la reunión de la caballería de Páez con el ejército de operaciones de Bolívar. En consecuencia, se situó en Calabozo como punto central del teatro de la guerra, defendiendo el llano y cubriendo los valles de Caracas, con la división de La Torre avanzaba sobre el Sombrero, según antes se explicó. La Torre se hallaba ignorante de la posición y fuerzas de Saraza, como éste de las del enemigo; pero noticioso del movimiento de Bolívar, se propuso batir separadamente los dos cuerpos de ejército antes de que operasen su reunión. Con 1100 infantes y 300 jinetes, se puso en marcha sobre Saraza, que era un guerrillero valiente, pero incapaz de combinar una operación ni dirigir un combate regular. Sorprendió la vanguardia independiente, se encontró con el grueso de la columna fuerte de más de 2000 hombres en el sitio llamado de La Hogaza, sobre la margen izquierda del río Manapire, afluente del Orinoco, y la batió ignominiosamente, degollando toda su infantería y dispersando toda su caballería (2 de diciembre de 1817). Los republicanos dejaron en el campo tres cañones, 1200 muertos, sus banderas y una imprenta. La pérdida de los realistas no alcanzó a 200 entre muertos y heridos, contándose entre éstos el general La Torre.

El plan de Bolívar había fracasado, y se vió obligado a repasar el Orinoco. En Angostura reforzó su columna, dispuso que Monagas se le incorporara, y embarcándose de nuevo, resolvió unir sus fuerzas con las de Páez, quien prudentemente se había retirado de San Fernando ante el avance de Morillo en Calabozo y el amago simultáneo de la división de La Torre. Este era el plan indicado que el Libertador ejecutó en un principio con audacia y felicidad, pero cuyos resultados no correspondieron a sus esperanzas ni a las ventajas que alcanzó, por los grandes errores tácticos que cometiera, como se verá luego. Reunido Bolívar con Páez, encontróse al frente de 2000 infantes y 2000 soldados de caballería, y se puso en marcha sobre San Fernando. Tenía que atravesar el Apure, y Páez le había ofrecido embarcaciones para efectuar el pasaje. Llegados a la línea del río, Bolívar observó que todas las canoas estaban en la ribera opuesta, bajo la protección de una cañonera y tres flecheras artilladas. Estaba vestido con un dormán verde ceñido, con tres órdenes de botones y alamares rojos, polainas de llanero y un casco de dragón en la cabeza, que un comerciante de Trinidad le enviara como modelo. En la mano llevaba una lanza corta con banderola negra y en ella, debajo de una calavera y dos canillas cruzadas el lema: *Libertad ó muerte*—¿Dónde tiene V esas embarcaciones?, preguntó a Páez. —Ahí están, contestó éste señalando las embarcaciones enemigas. —¿Y cómo las tomaremos? —Con caballería. —¿Y dónde está aquí esa caballería de agua? Páez por toda respuesta se volvió a su guardia de honor, y separando cincuenta hombres manda-

dos por el coronel Francisco Aramendi, se puso a su cabeza, gritándoles: "¡Al agua, muchachos! ¡Sigan a su tío!". Picando espuelas a su caballo se lanzó al agua seguido de sus soldados, nadando contra la corriente con lanza en mano, a la vez que daban gritos para ahuyentar los caimanes que los rodeaban. La escuadrilla rompió el fuego, pero al ser abordada, su tripulación se echó al agua llena de espanto. Páez condujo en triunfo catorce embarcaciones tomadas de este modo. El Libertador, asombrado, exclamó: "¡De no haberlo visto, no lo creería!".

Bolívar se detuvo poco en San Fernando, donde continuaban sosteniéndose los realistas, y se limitó a establecer el bloqueo. Su objeto era marchar rápidamente sobre Morillo sin pérdida de tiempo. El general español estaba a oscuras de los movimientos independientes, y al recibir aviso de su aparición en los llanos, reunió apresuradamente en Calabozo 1600 infantes y 300 jinetes, con las tres piezas tomadas a Saraza en La Hogaza (10 de febrero de 1818). Disponíase a marchar en auxilio de San Fernando, cuando a las ocho de la mañana del 12 de febrero, se le presentó el ejército republicano y desplegó en batalla en orden de columnas formando un semicírculo en la llanura. Fué una sorpresa. A los primeros tiros de las avanzadas, Morillo montó a caballo, y formando su ejército en tres columnas sobre la villa, se adelantó a sostener sus escuadrones de vanguardia que huían acuchillados por la espalda, siendo envuelto él en su fuga. Una compañía de cazadores españoles del regimiento de Navarra, sostuvo valerosamente la retirada, pereciendo entera. Los republicanos no dieron cuartel. Morillo se encerró en Calabozo, fortificado con cuatro reductos angulares y una casa fuerte. Bolívar le intimó rendición, diciéndole que perdonaría hasta a Fernando VII, si se hallara en la plaza. En seguida se replegó quince leguas a retaguardia para dar descanso a sus tropas. Aquí terminan los sucesos felices de esta campaña, tan brillantemente iniciada, y empiezan los desaciertos.

El general españor, en la difícil situación en que se encontraba, sin caballería y sin víveres, resolvió emprender la retirada fiado en la solidez de sus batallones. Enterró su artillería, hizo pedazos 800 fusiles, trofeos también de La Hogaza, y en la noche del 14 de febrero se puso en marcha, con sus heridos, enfermos y bagajes en dirección a Sombrero sobre la margen del Guárico. Para llegar a este punto tenía que atravesar ciento cuatro kilómetros de un campo quemado cubierto de cenizas y sin agua. Morillo marchaba a pie a la cabeza de las columnas. Bolívar se puso con su caballería en seguimiento del enemigo con ocho horas de retardo, ordenando a su infantería que le siguiera. El día 15 a las doce, dió alcance a la columna realista, que se había detenido a beber en el arroyo de Oriosa, que cruza el camino que llevaba. La caballería patriota dió varias cargas, que fueron rechazadas, y procuró entretener al enemigo a la espera de la infantería, que llegó al anochecer. Los españoles, se formaron entonces en tres columnas cerradas y continuaron su marcha en actitud imponente. Al día siguiente llegaba Morillo al Sombrero. Allí empezaba el país montuoso. La caballería republicana estaba inutilizada por las rápidas marchas, y neutralizada por la naturaleza del terreno. El ejército español, se estableció en la margen derecha del Guárico, cuyas barrancas escarpadas cubiertas de bosques hacían inexpugnable su posición. La pérdida de los españoles en esta célebre retirada de treinta horas, fué de cien rezagados, que fueron muertos por los patriotas.

En el Guárico cambió la escena. Las tropas republicanas sedientas,

se precipitaron al río y fueron fusiladas por los realistas. Bolívar atacó la posición por el frente, y fué rechazado con pérdida de cien hombres. Intentó llevar el ataque por un flanco, y fué igualmente rechazado (16 de febrero). Morillo continuó en la noche su retirada hacia los valles de Aragua, desde donde dictó sus disposiciones para reconcentrar su ejército diseminado. La campaña estaba terminada sin ningún resultado decisivo, y se abría una nueva en condiciones más desventajosas para los republicanos.

IV

Después de ocupar momentáneamente la posición del Sombrero abandonada, Bolívar retrogradó a Calabozo. Empeñado siempre en su idea de marchar sobre Caracas, tuvo allí una conferencia borrascosa con Páez. El general llanero sostenía que no debían abrirse operaciones ofensivas sin asegurar la base de operaciones, y que dejar a retaguardia una plaza fortificada como la de San Fernando, con acceso fluvial sobre la Guayana, era perder los llanos que ocupaban. Por último, que la caballería no podría operar con ventaja en los valles, hallándose por otra parte mal de elementos de movilidad. Que lo primero era tomar San Fernando. Bolívar, aunque no convencido, condescendió con el plan de su teniente, dejándole marchar con su división; pero él, encaprichado siempre en su idea, convertida en manía, permaneció en Calabozo con tres batallones bisoños que sumaban 1000 hombres y 1200 de caballería. Con esta fuerza invadió los valles de Aragua. La población lo recibió con entusiasmo, y levantó allí un nuevo batallón con 500 plazas. Estableció una reserva en Victoria a órdenes de Urdaneta, hizo adelantar toda la caballería con 200 infantes hasta la Cabrera, con orden de fortificarse allí, y con el grueso de sus uerzas se propuso batir a La Torre, que aun no se había incorporado Morillo con su cuerpo de ejército (marzo 12). Morillo, reconcentrado n Valencia, llamando a sí el cuerpo de La Torre y la división que peraba en Barinas, tomó la ofensiva. Sorprendió en la Cabrera a araza, cuyo flanco izquierdo había quedado descubierto; batió en Maacay la división de Monagas, que ocupaba el camino de Caracas, y vanzó sobre Victoria (14 de marzo). Bolívar estaba perdido. Vióse bligado a emprender su retirada a los llanos que el enemigo amenaaba cortarle (marzo 15).

El ejército republicano hizo alto en La Puerta, lugar dos veces nesto para sus armas, y que debía serlo por tercera vez (marzo 16). l Libertador, en vez de continuar la retirada, que era su única salución, se decidió a dar una batalla. Contaba sólo con 2000 hombres, ellos 1000 de infantería. El terreno que eligió fué una extensa llaıra rodeada de bosques y cubierta de paja, y limitada al Sud y al orte por montes elevados, que forman una garganta que da salida los llanos altos, razón por que se llama La Puerta, según antes se exicó. Tenía al frente una cañada barrancosa por la que corre el río men, que dió su nombre a la jornada. Morales, que se había avando con la vanguardia realista, inició el ataque a las seis de la añana del 16 de marzo, y aunque combatió valientemente, fué descho, con pérdida de 600 hombres. Morillo, al ruido de la fusilería, udió presurosamente con dos batallones, y desplegando en la llanura ntuvo con sus fuegos a la caballería republicana triunfante. Apoyado cesivamente por su reserva, cargó al frente de un escuadrón de arti-

llería volante, y aunque malamente herido de un balazo hizo flamea una bandera tomada en la pelea y exhortó a sus tropas a completa la victoria. El ejército republicano desapareció como el humo del com bate, dejando en el campo más de 400 muertos y 600 heridos. Bolíva perdió en esta batalla hasta sus papeles, y parece que había perdid hasta la cabeza. Furioso y desesperado, había prodigado su person en lo más recio del combate, como si buscase la muerte, comprendiend tal vez la inmensa responsabilidad que sobre él pesaba por las inmensa faltas cometidas persiguiendo una empresa insensata, sin poner si quiera los medios para evitar una catástrofe.

Afortunadamente Páez se había posesionado de la plaza de Sa Fernando, tenazmente defendida (6 de marzo), y apoderádose de 2 piezas de artillería, dieciocho buques de guerra y 63 flecheras con 40 prisioneros, matando o dispersando al resto de la guarnición, que a principio del sitio constaba de 650 hombres. El general llanero, unid con la división de Cedeño, que había permanecido en el Alto Orinoc acudió en auxilio del Libertador y se reunió con él a inmediaciones d Calabozo. La campaña estaba restablecida. La Torre, que había toma do el mando del ejército vencedor de Semen, al llegar a Calabozo s encontró con otro ejército tan fuerte como el suyo, con una caballerí que dominaba el llano y que no podía contrarrestar. A la vez vióse obligado a replegarse a las montañas de Ortiz sobre el río Poga, cu briendo la entrada de los valles Bolívar y Páez, con 2000 jinetes y 80 infantes, marcharon en su busca. El jefe español, después de distri buir convenientemente sus fuerzas, habíase situado en unas altura con 950 infantes y un escuadrón de caballería. Bolívar se empeñó e forzar la posición por el frente (26 de marzo). Al cabo de cuatro hora de fuego, consiguió ocupar una de las alturas; pero los españoles s replegaron en orden a otra más fuerte. Páez hizo echar pie a tierr a 200 hombres de caballería para reforzar la infantería; pero fué re chazado con grandes pérdidas. La Torre se retiró prudentemente a l villa del Cura. Dueño del terreno, Bolívar se encontró derrotado. U simple movimiento de flanco ocupando con la caballería la espalda d la débil división realista, le habría dado probablemente el triunfo; pe ro estaba escrito, que esta campaña, bien concebida y felizmente ini ciada, debía terminar desastrosamente por una serie no interrumpid de errores.

V

Rechazado Bolívar por el Oriente y por los valles y montañas de Sud, no desistía de su empeño de penetrar en Caracas, y se propus efectuarlo por el Occidente, siguiendo el itinerario de la reconquist por la prolongación de la cordillera Oriental que divide a Venezuel en dos zonas con las costas de Sotavento a un lado y las de Barlovent al otro. En consecuencia, después del rechazo de Ortiz, se replegó Calabozo, y dispuso que Páez abriese operaciones ofensivas por part de San Carlos. En previsión de este movimiento, La Torre se habí concentrado en San Carlos y sus alrededores con cerca de 4000 hom bres, interponiéndose entre las columnas de Bolívar y Páez con su reservas en Valencia. El general llanero, contagiado por la manía d las batallas, sin contar con más de dos batallones que apenas alcanza ban a 350 plazas y cinco escuadrones, esperó en Cojedes el ataque qu le traía el enemigo con fuerzas superiores y mejor disciplinadas. Con cibió un racional plan de combate, pero como él mismo lo ha dich

refiriéndose a este momento, no hay hombre cuerdo a caballo. Arrebatado por la sangre, cargó impetuosamente a la cabeza de uno de sus escuadrones, arrolló un ala del enemigo, pasó a retaguardia de la línea rompiendo un batallón que se hallaba en reserva; pero al volver sobre sus pasos, su ejército había desaparecido. La infantería republicana, que peleó valientemente rompiendo el fuego a tiro de pistola, fué deshecha y degollada, y la caballería que la acompañaba huyó cobardemente (2 de mayo de 1818). Páez quedó dueño del campo y derrotado, y se retiró a San Fernando del Apure con los restos que pudo reunir, que no alcanzaban a la mitad de las fuerzas con que había abierto su campaña.

Bolívar, mientras tanto, sin darse cuenta de las maniobras de La Torre o ignorándolas, y a fin de combinar sus operaciones con las de Páez, trasladóse al occidente de Calabozo a un lugar llamado Rincón de los Toros, entre los ríos Tiznado y Chiguas, afluentes del Portuguesa. En este punto estableció su campamento con 600 infantes y 700 jinetes, destacando la división de Cedeño para cubrir su retaguardia en los llanos que abandonaba. Allí se encontró rodeado de partidas enemigas que eran dueñas de toda la campaña. Una columna destacada por Morillo a órdenes del comandante Rafael López, tenía por especial encargo impedir su reunión con Páez, y atacarlo donde lo encontrase. Al acercarse al Rincón de los Toros, cogió un prisionero que le informó del lugar donde se encontraba Bolívar a larga distancia de su campamento, dándole el santo y seña. El capitán español Javier Renovales se ofreció a penetrar con treinta hombres en el campo republicano y matar a Bolívar, mientras López atacaba la descuidada división. La noche era de luna. La partida realista llegó a las cuatro de la mañana hasta la inmediación de la mata o bosque donde se hallaba el Libertador con su estado mayor, que dormía en hamacas colgadas de los árboles. Renovales se encontró con una patrulla mandada por el coronel Santander, jefe de estado mayor, a tiempo que la luna se ocultaba en el horizonte, y rindiendo santo y seña, siguió adelante. Al llegar a la mata, la partida hizo fuego sobre las hamacas. El Libertador que estaba despierto, se incorporó, y las balas pasaron por encima de su cabeza. Corrió a tomar su caballo, que huyó espantado por los tiros. En la oscuridad no acertó a dirigirse a su campamento, y se internó en un espeso bosque, donde vagó toda la noche solo y a pie, despojándose de su gorra y dormán para no ser reconocido (abril 17). Al día siguiente fué encontrado por los dispersos de su división, que había sido sorprendida y destrozada. Pidió un caballo, y todos se lo negaron, hasta que un soldado le dió el suyo, quedando a pie, sin dar su nombre, y sólo un año después pudo descubrir por casualidad quién había sido el que lo auxilió en tan duro trance. Procuró reunirse con Páez, y erró durante tres días por las márgenes del Portuguesa, con una escolta de cuarenta hombres. Al fin se dirigió a San Fernando, a donde llegó enfermo y triste, pero no desalentado. Allí se encontró con Páez derrotado, y dictó medidas para levantar nuevos cuerpos.

No habían terminado aún los desastres de esta campaña, por consecuencia de los errores del general. Incurriendo en la misma falta que cuando dió a Saraza el mando de una fuerte división avanzada que era incapaz de manejar, confió a Cedeño, tan incapaz como el derrotado en La Hogaza, una columna de 1000 jinetes y 300 infantes, con encargo de dominar los llanos de Calabozo. Morillo, que después de las ventajas alcanzadas, había dispuesto que Calzada con su división manio-

brase sobre el Apure, dispuso al mismo tiempo que Morales con una gruesa columna ocupase los mismos llanos. Cedeño esperó al enemigo en el cerro de los Patos, a 10 kilómetros de Calabozo, y fué batido tan ignominiosamente como Saraza en La Hogaza, con pérdida de toda su infantería y dispersión de toda su caballería (20 de mayo). Apenas 200 hombres se salvaron. Morales, ensoberbecido con su victoria, avanzó hasta el Guayabal, a 15 kilómetros de San Fernando. Páez atraveso el Apure al frente de su guardia de honor, y le sorprendió y derrotó completamente, obligándole a replegarse a Calabozo (28 de mayo de 1818). Era la estación de las lluvias y los ríos salidos de madre habían inundado los llanos, convirtiéndolos en un inmenso lago. Los beligerantes se pusieron en cuarteles de invierno.

La campaña estaba terminada. El ejército con que se abriera no existía. Toda la infantería había desaparecido; el armamento estaba destruído y las municiones agotadas. De todas las conquistas del año anterior, los independientes sólo ocupaban la plaza de San Fernando. El Libertador había perdido, juntamente con su ejército, su crédito como general y su autoridad moral como gobernante. Sólo quedaba en pie el núcleo del ejército del Apure y la base de operaciones de la Guayana conquistada por Piar.

La situación del ejército realista no era mucho mejor a pesar de sus triunfos. Morillo contaba con doce mil hombres diseminados en Venezuela y Nueva Granada; pero sus fuerzas vivas estaban gastadas. El mismo lo reconocía. "Estamos entregados a la más espantosa mi-"seria, sin dinero, sin armamento, sin víveres y sin esperanza de poder "variar la suerte. Doce batallas campales consecutivas en que han que-"dado muertos en el campo de batalla las mejores tropas y jefes ene-"migos, no han sido bastantes para exterminar su orgullo ni el tesón "con que nos hacen la guerra".

La escuadra española estaba desmantelada en Puerto Cabello, y los corsarios argentinos y venezolanos dominaban el mar de las Antillas, con los puertos de Margarita por centro de operaciones. Bolívar había contribuído a este resultado, quebrando el nervio de la más poderosa expedición que la metrópoli hubiera hecho para sojuzgar a sus colonias rebeladas; pero la responsabilidad que sobre el Libertador pesaba por sus errores, era inmensa. Todos atribuían, y con razón, el desgraciado éxito de las operaciones a la mala dirección de la guerra. El tiempo, que ha agrandado su gloria, ha confirmado este juicio de sus contemporáneos.

Un juicioso historiador colombiano, admirador del genio de Bolívar, ha hecho la crítica de esta campaña con tanta justicia como severidad. Prescindiendo de la derrota de Saraza en La Hogaza, de que es responsable por imprudencia, pero que fué reparada por su rapidez en reunirse con el ejército del Apure y la feliz sorpresa a Morillo en Calabozo, hechos que le hacen gran honor, todos los desastres que se siguieron son consecuencia de sus errores. Después de haber experimentado en la marcha hacia el Sombrero y en el paso del Guárico la superioridad de la infantería española, cuando 1400 hombres en retirada no pudieron ser destruídos ni aun conmovidos por todo el ejército independiente en las llanuras con una caballería muy superior, no debió empeñarse en perseguir a Morillo, en las montañas, donde aquella superioridad —aparte de la numérica— era mayor, y su arma principal se inutilizaba. La situación falsa en que se colocó en los valles de Aragua, donde podía ser cortado y destruído enteramente por fuerzas muy

superiores y de mejor calidad, agravada por el avance de su vanguardia sobre Valencia y camino de Caracas con su flanco y retaguardia descubiertos, son errores que no tienen explicación militar. La batalla de Semen o La Puerta, innecesariamente comprometida, cuando pudo retirarse a los llanos haciendo la guerra de posiciones a que se prestaba el terreno, es el hecho que ha merecido la más justa crítica de los militares. La batalla de Ortiz, consecuencia de otro error estratégico, fué mal empeñada y peor dirigida, cuando un simple movimiento de flanco le hubiese dado la victoria o salvádole de una derrota. Su plan de campaña de invadir Caracas por el Occidente, lanzando a Páez en aventuras sin darse cuenta de los movimientos del enemigo, que interceptaron sus columnas de maniobra, acusan una ciega obstinación sin objetivo claro. La sorpresa del Rincón de los Toros, manifiesta tanto olvido como desprecio de las precauciones más ordinarias en campaña al frente del enemigo. La pérdida de la división de Cedeño, comprometida sin objeto, cuando pudo y debió hacerla retirar en tiempo, repasando el Apure, fué el último grande error de la campaña, que acabó con los restos del ejército republicano.

VI

La suerte de las armas republicanas no había sido más feliz en el Oriente, y la autoridad del Libertador, anulada en el Apure, era allí desconocida. Los partidarios de Mariño, le habían vuelto a llamar, y éste, apoyado por el gobernador Gómez de Margarita, se puso de nuevo al frente de las tropas de Cumaná, asumiendo su antigua actitud disidente. Bermúdez, que con 800 hombres permaneció fiel, había sido completamente derrotado, con pérdida de su artillería, repasando deshecho el Orinoco. Monagas, que ocupaba con los restos de su división los llanos de Barcelona, estaba reducido a la impotencia. La opinión general era contraria al Libertador.

Tal es la situación política y militar con que se encontró Bolívar al regreso a Angostura, dejando a Páez el mando del ejército del Apure, donde apenas era él obedecido. Empero, con su inquebrantable constancia, con su genio creador en la desgracia, se contrajo a formar un nuevo ejército y nuevo estado, revelando cualidades de flexibilidad y método que no se le conocían. Creó nuevos batallones reclutados en las misiones de Coroní, reorganizó las divisiones de Saraza y Monagas, y encargó a Bermúdez levantar nuevas tropas en la Guayana. El oportuno auxilio de cinco mil fusiles y abundantes pertrechos de guerra conducidos por Brión desde las Antillas, le proporcionó el material de guerra de que carecía. En medio de estos trabajos, como la espada de acero de buen temple, que se dobla sin quebrarse, se amoldó a las circunstancias con una moderación y una prudencia que no estaban en su naturaleza soberbia. Se reconcilió con Mariño, y confirmó su autoridad, nombrándole comandante del ejército de Cumaná. El ejército del Apure, movido por el coronel inglés Wilson que mandaba un contingente de voluntarios de su nación enganchados en Europa, se había sustraído a su comando, y proclamado a Páez general en jefe con el apoyo decidido de los llaneros que adoraban a su jefe y que lo consideraban superior a Bolívar. El, sin darse por entendido de esta sublevación, le envió los auxilios necesarios para sostener la guerra. La más acertada de sus medidas, y que debía influir sobre su destino futuro, fué enviar al general Francisco de Paula Santander con 1200 fusiles

y un cuadro de oficiales, con el encargo de formar un cuerpo de ejército en la provincia de Casanare, reconcentrando todas las partidas dispersas y amagar la frontera de Nueva Granada. Santander era granadino y era el hombre de la empresa. Hombre de letras por vocación y soldado por elección, había hecho todas las campañas de la revolución, conservando su carácter mixto. Dotado de una inteligencia vivaz y bien cultivada, con principios democráticos que formaban su conciencia política, con un patriotismo de buena ley, aunque no exento de una ambición legítima, era un hombre de acción y de pensamiento llamado a figurar en la guerra y en la paz. El Libertador hizo preceder su marcha de una proclama profética dirigida a los granadinos: "El día de la América ha llegado. Ningún poder humano puede retardar el curso "de la naturaleza guiado por la mano de la Providencia. El sol no com- "pletará el curso de su período, sin ver en todo vuestro territorio al- "tares a la libertad". La profecía se cumpliría. En su tránsito por el Apure, Santander fué detenido por Páez, que se mantenía en un estado de disidencia pasiva. Bolívar allanó prudentemente esta dificultad. En seguida remontó el Orinoco con una escuadrilla de veinte embarcaciones, con algunos batallones para reforzar el ejército del Apure. Tuvo allí una entrevista amistosa con Páez, lo sometió sin violencia a su autoridad suprema, y confiándole el mando en jefe regresó a Angostura con el objeto de consolidar las bases vacilantes de su gobierno político.

Los hombres pensadores que acompañaban al Libertador en sus trabajos y aun militares de alta graduación que le eran más adictos, le manifestaron con energía, que el país estaba descontento de ser gobernado por un solo hombre con facultades absolutas, sin freno alguno y sin rumbos políticos, y que era necesario que se estableciera por lo menos una forma de representación popular, que diese más solidez a su propio poder y más respetabilidad a la república en el interior y el exterior. Bolívar, dándose cuenta de su situación, se dejó persuadir, sin manifestar displicencia. Reorganizó el consejo de Estado que había caído en desuso, y lo incitó a que se ocupara de la convocación de un congreso constituyente, iniciando la reorganización de la república colombiana. Dictóse en consecuencia un reglamento electoral, apuntando en él la idea de que Venezuela debía formar una sola república con Nueva Granada, y que desde luego debía ser llamada la provincia de Casanare a tener representación como parte integrante de la nación. El Libertador, al anunciar a los pueblos la próxima convocatoria, declaró que los ponía en posesión de sus derechos, "sin más condición que "la de elegir para magistrados a los ciudadanos más virtuosos, olvi- "dando, si podían, en las elecciones, a los que les habían dado liber- tad". Y como no podía faltar la renuncia anticipada de fórmula, terminaba con estas palabras: "Por mi parte, yo renuncio para siempre "la autoridad que me habéis conferido, y no admitiré jamás ninguna "que no sea la de simple militar, mientras dure la guerra de Vene- "zuela". Pero agregaba contradiciéndose: "El primer día de la paz "será último de mi mando" (22 de octubre de 1818).

El escenario se magnificaba. Las corrientes magnéticas de la revolución sudamericana se tocaban. El mundo empezaba a intervenir indirectamente en el gran movimiento que se operaba en las colonias hispanoamericanas insurreccionadas. La figura de Bolívar se agrandaba. La revolución estaba triunfante en el sud del continente y se preparaba a dar el golpe de muerte al poder colonial en su centro. San Martín

había triunfado en Maipu y se preparaba a libertar al Perú. El Director de Chile se dirigía al Libertador, como antes el de las Provincias del Río de la Plata, reconociendo la solidaridad de la causa continental en pro de la emancipación del Nuevo Mundo. En vez de proclamas, se cambiaban ahora boletines de victoria. O'Higgins se dirigía al pueblo de Venezuela, felicitándolo por los triunfos que hacían inmortales sus armas bajo las inspiraciones de su jefe supremo, y le invitaba a la alianza: "La causa que defiende Chile es la misma en que se hallan comprometidas Buenos Aires, Nueva Granada, Méjico y Venezuela; es la de todo el continente americano. Separados estos países unos de otros, harían más difícil y retardarían el fin de la contienda de que depende la felicidad o la humillación de veinte millones de habitantes. Las armas de Chile y Buenos Aires pronto darán libertad al Perú, y la escuadra de este Estado, puede franquear las comunicaciones con la Nueva Granada y Venezuela, y ayudar a las protestas de esos países". El Campo de acción de Bolívar se ensanchaba y sus horizontes se dilataban. La España desesperanzada de someter por las armas a sus colonias rebeladas, solicitaba la mediación de las altas potencias de Europa a título de reconciliación. El Libertador, apoyándose en la autoridad del consejo de Estado y de una asamblea de notables, declaró en un manifiesto solemne a la faz del mundo: "que la república de Venezuela por derecho divino y humano, estaba emancipada de la nación española; que no había solicitado ni solicitaría mediación de las altas potencias europeas para reconciliarse con su antigua metrópoli; que no trataría jamás con la España sino de igual a igual en la paz y en la guerra, y por último, que para mantener sus derechos soberanos, el pueblo venezolano estaba resuelto a sepultarse entero bajo sus ruinas, si la España, la Europa, y el mundo entero se empeñasen en conservarlo bajo el poder español". Bajo estos auspicios se abrió el congreso convocado por el Libertador.

VII

El 15 de febrero de 1819 se instaló solemnemente en Angostura el segundo congreso venezolano. El dictador abdicó en sus manos el poder absoluto de que estaba investido, diciéndoles modestamente: "En medio de un piélago de angustias no he sido más que un juguete del huracán revolucionario que me arrebataba como débil paja. No he podido hacer bien ni mal. Fuerzas irresistibles han dirigido la marcha de nuestros sucesos: atribuírmelas no sería justo, y sería darme una importancia que no merezco. Apenas se me puede suponer simple instrumento de los grandes móviles que han obrado sobre Venezuela. Yo deposito en vuestras manos el poder supremo. En vuestras manos está la balanza de vuestros destinos".

En un elocuente y meditado discurso, de su punto de vista el más lógico que haya brotado de su cabeza, expuso Bolívar por la primera vez su plan de organización constitucional, renovando la idea de la unión de las repúblicas de Venezuela y Colombia en una sola nación, germen de la república colombiana. Proclamó la excelencia del gobierno democrático, que establecía la igualdad, y se pronunció abiertamente contra la federación a que atribuía una debilidad orgánica; pero observó, que ninguna democracia había tenido estabilidad, mientras que las monarquías y las aristocracias, y aun las tiranías contaban siglos de existencia, de lo que deducía que era necesario buscar la solución del

problema, combinando lo bueno de las repúblicas con lo estable de las monarquías. Como modelo, presentó la constitución de la Inglaterra, en cuanto tenía de republicana y de conservadora, proponiendo que se instituyese un senado hereditario como la cámara de los pares de la Gran Bretaña, y que sus descendientes fuesen educados especialmente en un colegio nacional como legisladores perpetuos por razón de legado. "Y que esto sería la base eterna y la traba del edificio consti-"tucional, y el alma de la república, que pararía los rayos del gobier-"no y rechazaría como cuerpo neutro las olas populares; el iris que "calmaría las tempestades y mantendría la armonía entre los miem-"bros y la cabeza de este cuerpo político". En cuanto al poder ejecutivo, ya la idea de la presidencia vitalicia estaba en su cabeza, inoculada desde muy temprano por su maestro Simón Rodríguez y afirmada por el ejemplo del gobierno de Petión en Haití; pero no se atrevió a proponerla, porque sintió que no tendría apoyo, y se limitó a aconsejar, que se le revistiese de todos los atributos de la Gran Bretaña, menos la corona, reuniendo en el mandatario electivo todas las facultades del monarca y del gabinete. Según su teoría, "el poder ejecutivo "en una república, debía ser el más fuerte, porque todo conspira contra "él, en tanto que en las monarquías debía serlo el legislativo porque "todo conspira en favor del monarca". "Un magistrado republicano, de-"cía, es un individuo aislado en medio de una sociedad. Es un atleta "lanzado contra una multitud de atletas". No obstante proclamar la igualdad y repudiar las distinciones nobiliarias, los fueros y los privilegios, proponía la creación de una nueva nobleza indígena por razón de los servicios de los causantes, y designaba como senadores y próceres perpetuos a los libertadores, y a sus descendientes herederos legítimos de la gloria: "Es un oficio, decía, para el cual se deben prepa-"rar los candidatos, y un oficio que exige mucho saber. Todo no se "debe dejar al acaso y a la ventura en las elecciones. El pueblo se en-"gaña más fácilmente que la naturaleza perfeccionada por el arte. Los li-"bertadores de Venezuela son acreedores a ocupar un alto rango en la "república que les debe existencia. Es del interés público, es de la "gratitud de Venezuela, es del honor nacional, conservar con gloria "hasta la última posteridad, una raza de hombres virtuosos, prudentes "y esforzados, que han fundado la república a costa de heroicos sacri-"ficios. Si el pueblo de Venezuela no aplaude la elevación de sus bien-"hechores, es indigno de ser libre y no lo será jamás". En su anterior proclama de convocatoria, había encargado a los pueblos que en las elecciones "se olvidasen de sus libertadores si podían".

No podía faltar la tradicional renuncia de aparato, cuando él era el único candidato posible para el mando supremo, y lo había disputado y estaba resuelto a disputarlo a todos, en lo que hacía bien, aun cuando entrase por mucho en ello la ambición personal. "En este momento, "el jefe supremo de la república no es más que un simple ciudadano, "y tal quiere quedar hasta la muerte. Serviré, sin embargo, en la ca-"rrera de las armas, mientras haya enemigos en Venezuela. La con-"tinuación de la autoridad en un mismo individuo, frecuentemente ha "sido el término de los gobiernos democráticos. Nuestros ciudadanos "deben temer con sobrada justicia, que el mismo magistrado que los "ha mandado mucho tiempo, los mande perpetuamente. Meditad vues-"tra elección". El mando perpetuo, fué sin embargo la gran pasión de su vida, y al iniciar la creación de un senado hereditario preparaba la institución de la presidencia vitalicia, que estaba ya en su cabeza

y que se apoderaría de su alma hasta la muerte. El congreso no tenía que meditar. Lo nombró presidente de la república (febrero 10). El congreso mandó publicar el nombramiento como un hecho consumado (febrero 17). El se sometió como violentado. Se ha disculpado su falta de seriedad comprometida con palabras de carácter irrevocable y argumentos contrarios a su propia conciencia, diciendo que tenía por objeto realzar la autoridad moral del congreso, dejándose forzar la mano para recibir el poder de sus manos como un depósito y una carga pública. La explicación es plausible, y debe equitativamente tenerse en cuenta, porque desde este día, gobernó siempre acompañándose con los congresos y respetó su libertad y sus opiniones, y aun en medio del gran poder, que le constituyó una dictadura de hecho, apeló a su voto en las grandes crisis. Cuando se divorció de los congresos, cayó en el vacío.

El congreso, al ocuparse del plan presentado por Bolívar, aceptó por transacción un senado vitalicio en vez de hereditario, adoptó la forma del gobierno unitario, fijó la duración del presidente en cuatro años, reelegible por otros cuatro solamente, y arregló los demás poderes públicos vaciándolos en el molde consagrado del sistema republicano-representativo. Pero como esta constitución debía ser sometida al voto del pueblo, y esto no era posible, nunca estuvo en vigencia, y sólo quedó planteada su armazón. Por un decreto legislativo se declaró, que el presidente en campaña ejercería una autoridad ilimitada en las provincias que fuesen teatro de la guerra, y que el vicepresidente en ejercicio del mando político no tendría acción en ellas ni sobre los ejércitos que las ocupasen, donde imperaría únicamente la autoridad del jefe supremo de las armas. Era en el hecho una dictadura militar, con carta blanca para conquistar y ocupar provincias sustraídas a la potestad civil. Más adelante se verán las consecuencias de esta disposición. Mientras tanto, Bolívar delegó el mando político en el vice Francisco Antonio Zea, que como granadino representaba el vínculo de las dos repúblicas colombianas. El Libertador se puso en campaña, seguido de un batallón de 500 voluntarios ingleses al mando del coronel Elsom, enganchados en Inglaterra (27 de febrero de 1818).

VIII

Por varias veces hemos hecho mención de la presencia de jefes y soldados europeos, especialmente ingleses, en el ejército republicano, y ésta es la ocasión de explicarla, en el momento en que este elemento entra colectivamente a representar un papel histórico en la guerra de la independencia colombiana. Venezuela, no obstante la virilidad de sus hijos y los heroicos esfuerzos con que mantuvo sola la lucha por el espacio de ocho años contra los más numerosos y aguerridos ejércitos españoles, fué la única república sudamericana que apeló al recurso de voluntarios reclutados en el exterior para aumentar sus fuerzas, y tuvo a su servicio cuerpos enteros de soldados de otras nacionalidades, mandados por jefes y oficiales extranjeros con su denominación de origen. Bolívar, que como todo libertador internacional, tenía algo de cosmopolita, no participaba de las preocupaciones de sus compatriotas contra los extranjeros y procuró siempre atraerse su concurso, no sólo como fuerza material sino como elemento regenerador en la milicia. Sin educación militar él mismo, con más instinto guerrero que ciencia estratégica, con más ímpetu que táctica, era hasta entonces un monto-

nero de genio, una especie de Sertorio, como le placía ser apellidado, pero que comprendía que la guerra, para dar resultados, tenía que hacerse con método y disciplina, y que necesitaba formar una nueva escuela. Así decía al emprender su expedición de los Cayos, asimilándose algunos elementos extraños: "La guerra no se hace con correr y montar "a caballo, que es lo único que nos suministran los llanos". Y al inaugurar el congreso de Angostura señalaba la concurrencia extranjera como el principal factor de la consistencia bélica del ejército venezolano.

Bolívar veía, que por ese mismo tiempo San Martín en el hemisferio opuesto del continente, al frente de un pequeño ejército bien organizado y bien dirigido, alcanzaba triunfos decisivos sobre las mejores tropas españolas, cual nunca había presenciado la América insurreccionada, y que sus armas libertadoras se extendían por todo el continente del Sud. Comprendía que necesitaba un núcleo más compacto que el de los llaneros, y una infantería mejor disciplinada para hacer la guerra con eficacia. Aleccionado por sus últimos descalabros, debidos tanto a su imprudencia cuanto a la poca consistencia de sus tropas de pelea en combates regulares, estaba penetrado de que sin un ejército sólido y regularmente organizado en la escuela de la táctica y la disciplina europea, todas las ventajas que obtuviese serían efímeras, y el triunfo definitivo, si no imposible, sería por lo menos desastroso, triunfando sobre ruinas. En esta escuela, el gran guerrero llegaría a ser un gran capitán, con menos ciencia y precisión matemática que San Martín, pero con más atrevimiento y más laureles. Tomaría como el general de los Andes la ofensiva; atravesaría como él la cordillera, libertando pueblos; se hará libertador no sólo de Venezuela sino también libertador americano, y más táctico que hasta entonces y con ejércitos más consistentes, ganará batallas decisivas, sin experimentar los repetidos reveses que habían neutralizado sus constantes esfuerzos y esterilizado sus mismas victorias hasta entonces.

Desde 1815 se habían iniciado trabajos para enrolar un cuerpo auxiliar de irlandeses, pero sólo en 1817 empezó a metodizarse en Inglaterra el alistamiento de voluntarios contratados, bajo la dirección del agente venezolano en Londres, Luis López Méndez, de quien decía Bolívar que sin los oportunos y eficaces auxilios de todo género que le prestó, nada hubiera podido hacer en la célebre campaña de 1819 que por este tiempo preparaba y que le dió la preponderancia militar. Los soldados debían recibir 80 dollars como precio de enganche, gozar de un sueldo de 2 chelines diarios, raciones como en el ejército inglés, y al finalizar, un premio de 500 dollars y un terreno en propiedad. Varios oficiales ingleses y alemanes celebraron contratos con López Méndez en 1817 para conducir a Venezuela cuerpos de tropas organizadas, de artillería, lanceros, húsares y rifleros. La primera expedición que salió de Inglaterra, fué el cuadro de un regimiento de "Husares y lanceros (120 hombres) venezolanos", organizado por un coronel, Hippisley, que resultó ser más una comparsa de teatro con brillante uniforme, pero que sin embargo sirvió de plantel a un cuerpo de caballería regular. El coronel Wilson —el mismo que hemos visto figurar en el Apure conspirando contra Bolívar— y el coronel Skeenen, organizaron el plantel de otro cuerpo de caballería. Una expedición de 300 hombres de la misma arma a cargo del mismo coronel Skeenen, naufragó en las costas de Francia. Campbell formó la base de un batallón de rifleros, famoso después en las guerras de la independencia de Colombia.

Un oficial subalterno, con el título de coronel, llamado Gilmour, creó la base de una brigada de artillería de noventa plazas.

El alistamiento en favor de la independencia venezolana, se convirtió en una pasión, a pesar de las severas medidas del gobierno inglés que lo prohibía *(Enlistament bill)*. La corriente de voluntarios se aumentó considerablemente en 1818 y 1819. El general English, que había hecho la guerra de la península española con Wellington, contrató el envío de una división de 1200 ingleses, que por este tiempo arribaron a Margarita, de la que salió el famoso batallón "Carabobo", que tan gran papel representó en las batallas. El coronel Elsom, el mismo que acompañara a Bolívar al ir a tomar el mando del ejército del Apure, condujo a más de los 500 hombres que formaron el famoso batallón que sucesivamente se denominó "Legión Británica" y "Batallón Albión" 300 alemanes contratados en Bruselas al mando del coronel Uzlar. El general Mac Gregor, a quien ya conocemos, llevó a las costas venezolanas una legión extranjera de 800 hombres, que tomó parte activa en las operaciones subsiguientes. Además de otros contingentes extranjeros de menos importancia, formóse una legión irlandesa por el general Devereux, el iniciador de la idea de reclutar tropas extranjeras en Europa. De ella formaba parte un hijo del gran tribuno de Irlanda, O'Connell, quien al ofrecerlo al Libertador le escribía protestando de su "adhesión a la santa causa de la libertad y de la independencia de Colombia, que tan gloriosamente sostenía", hacía votos por que viese a los enemigos de su patria confundidos y exterminados, y fuese al fin de su carrera tan venerado y amado como el gran "prototipo Washington".

Al tiempo de instalarse el congreso de Angostura y recibirse la noticia de que la expedición del general English y otros cuerpos extranjeros contratados habían arribado a Margarita, Bolívar dispuso que Urdaneta se trasladase a la isla para darles organización. Urdaneta encontró allí 1200 ingleses y 300 alemanes. Esta fuerza debía operar por las costas de Cumaná y Caracas, mientras el Libertador abría su campaña por los llanos altos de Venezuela. El coronel Mariano Montilla, hasta entonces enemigo declarado de Bolívar, se reconcilió con él, y tomó el puesto de jefe de estado mayor de las tropas extranjeras, que amenazaban sublevarse contra sus jefes. Montilla restableció la armonía y estableció el orden en este agrupamiento todavía informe. Había servido como guardia de corps en España y viajado mucho en Europa; hablaba varios idiomas extranjeros y conocía las costumbres de los nuevos auxiliares; era enérgico y activo y poseía buenos conocimientos militares. Era el último enemigo del Libertador que reconocía su autoridad suprema, y que cooperando eficazmente a sus empresas, le fué fiel hasta el fin.

Al mismo tiempo que la noticia del arribo de la expedición de English, llegó a Angostura el batallón inglés de 500 plazas mandado por el coronel Elsom, con que el Libertador remontó el Orinoco para unirse al ejército del Apure y abrir la campaña de los llanos altos de Venezuela.

IX

Morillo había abierto ya su campaña. El 30 de enero (1819) pasó revista a siete batallones y dieciséis escuadrones, perfectamente disciplinados y pertrechados, que alcanzaban en su totalidad a 6500 hom-

bres. Páez, que había abandonado la línea del Apure a su aproximación, incendiando a San Fernando, se trasladó al sud del Arauca, con 4000 hombres, 2000 llaneros de caballería y cuatro batallones con un escuadrón de dragones ingleses, con abundante reserva de caballos de repuesto. El ejército español avanzó hasta el Arauca, llevando a la rastra de la cola de sus caballos algunas canoas, que surcaban el llano como trineos. Páez defendió el paso del río en dos puntos, que los españoles al fin tomaron con intrepidez bajo el fuego (4 de febrero de 1819). El general llanero ensayó un nuevo sistema de guerra. Comprendiendo que su infantería bisoña y menos numerosa no podía competir con la del enemigo, la puso en seguridad a su retaguardia. El se quedó con 1500 hombres bien montados. Morillo ignoraba la situación de los republicanos. Sólo algunas partidas sueltas se presentaban por sus flancos o su retaguardia, cambiaban algunos tiros y se perdían en el vasto horizonte de las sabanas. Desprendió a Morales con una vanguardia de 3000 hombres, con el objeto de explorar el campo y recoger ganados. Hallábase ocupado uno de sus escuadrones en esta faena, cuando se presentó Páez con 1200 jinetes escogidos, la acuchilló hasta su campamento y cargó sobre la reserva, trabándose un recio combate. A la aparición de la reserva, la columna llanera se retiró al galope (14 de febrero). En la noche tomó la retaguardia de los invasores, y obligó a Morillo a retrogradar al día siguiente, haciéndolo vagar sin rumbo por la inmensa llanura, en persecución de un fantasma, que le retiraba los ganados, mataba a las partidas que se apartaban del grueso del ejército y hostigaba constantemente sus flancos de día y de noche, obligándole a marchar reconcentrado. Las enfermedades empezaron a hacerse sentir en las tropas españolas, por efecto de los pantanos y lo ardiente del clima. Al cabo de nueve días de campaña, el general español comprendió que tenía que habérselas con un adversario más hábil que él, que se proponía agotarlo en vanas marchas y contramarchas, desistió de su empresa, y se replegó a la línea del Apure sobre la base de San Fernando fortificado, con el grueso de sus fuerzas, situando algunas divisiones en Barinas, Calabozo y Sombrero.

Tal era el estado de la campaña cuando Bolívar se reunió a Páez al sud del Apure. El ejército republicano se componía entonces de 3500 hombres disponibles de infantería y caballería. El general en jefe, siempre inclinado a la ofensiva, considerando el ejército español muy debilitado en su primera línea resolvió buscar una batalla. Su primera descubierta sufrió un serio contraste. La segunda tentativa sobre un punto avanzado de 400 hombres infantes y un escuadrón de carabineros al mando del coronel español José Pereyra, tuvo un éxito desgraciado. Pretendió sorprenderlo en persona con 800 infantes y 200 jinetes en un punto llamado Gamarra, y a pesar de su superioridad fué rechazado, con pérdida considerable de muertos y prisioneros, y algunos dispersos (27 de marzo). Estos descalabros hicieron desistir a Bolívar de su plan ofensivo, y repasó prudentemente el Arauca. Con la presencia de Bolívar al frente del ejército volvían otra vez los contrastes.

Morillo avanzó en masa hasta las inmediaciones del Arauca. Páez quiso mostrarle, que si era el primer general de caballería irregular de la América, era también uno de los primeros héroes modernos. A la cabeza de ciento cincuenta jinetes escogidos atravesó el río a nado, y avanzó a galope sobre el campo enemigo. Atacado por una columna de caballería de 800 hombres, sostenida por el fuego de dos cañones volantes, se puso en retirada, amagando cargas, hasta traer a sus con-

trarios a la inmediación del río donde se hallaba un batallón de cazadores emboscado sobre la margen derecha. Páez, aprovechando la sorpresa, hizo volver caras en pelotones de veinte hombres y cargó por todos los costados, obligando a los carabineros a echar pie a tierra para defenderse y echó el resto de los escuadrones intimidados sobre su infantería. La noche se acercaba, y Morillo, creyendo ser atacado por todo el ejército independiente, se reconcentró en un bosque inmediato. Páez repasó el río con dos muertos y algunos heridos, dejando el campo cubierto de cadáveres enemigos. Este combate fabuloso se llamó de "Las Queseras del Medio", por el lugar en que se dió (3 de abril de 1819).

Después de estos combates, sin más resultado que hacerse respetar ambos ejércitos, Morillo se limitó a algunas correrías por la margen Norte del Arauca, y a los pocos días se replegó al Apure. Bolívar quería invadir la provincia de Barinas. Páez le aconsejaba seguir el sistema de guerra que tan buenos resultados había dado, diciendo con calma y estilo sanchesco: "Paciencia, mi general, que tras un cerro está "un llano. El que sabe esperar lo que desea, no toma el camino de per- "der la paciencia". El Libertador le replicaba: "¡Paciencia, si no me "deserto es porque no sé para dónde ir!". Las lluvias de la estación pusieron fin a esta campaña, los llanos volvieron a anegarse convirtiéndose en un mar, y ambos ejércitos entraron en cuarteles de invierno.

En este momento tuvo Bolívar la gran inspiración de la campaña, que debía asegurarle la inmortalidad y decidir de los destinos de la América, produciendo en el norte del continente la catástrofe de las armas españolas que ya se había operado en el Sud con el paso de los Andes por San Martín, y la reconquista de Chile en Chacabuco y Maipu con el dominio del mar Pacífico, que preparaba la conquista del Perú. Un oficial, que se retiraba disgustado de la provincia de Casanare, se la sugirió. Informado de que Santander tenía 1200 infantes disciplinados y 600 hombres de caballería bien montados, y que con esta fuerza acababa de rechazar una invasión que desde Nueva Granada le había llevado el coronel José María Barreiro, con un ejército de más de 2300 hombres (abril de 1815), empezó a ver más claro en el teatro de la guerra. Al mismo tiempo Santander lo llamaba a reunir sus fuerzas con las de Casanare, y emprender la reconquista de Nueva Granada. Bolívar por intuición comprendió que el triunfo de Venezuela estaba en Nueva Granada, como antes había comprendido que la salvación de Nueva Granada estaba en Venezuela, atravesando las montañas como lo había hecho San Martín. Convocó una junta de guerra, le comunicó su atrevido proyecto, que fué acogido con entusiasmo por sus jefes. Quedó acordado, que el Libertador invadiría la Nueva Granada, mientras Páez al frente del resto del ejército del Apure mantenía la campaña de los llanos, llamando la atención por Barinas así al ejército de Morillo como al que defendía Nueva Granada. Al mismo tiempo Brión, con la escuadrilla republicana, tomando a su bordo las tropas auxiliares extranjeras que se hallaban en Margarita a órdenes de Urdaneta y Montilla, debía hostilizar las costas de Caracas, ocupando a los realistas por la espalda. Jamás Bolívar, después de su famosa reconquista de Venezuela tan desastrosamente terminada, había concebido un plan de campaña más grandioso, más bien combinado, aun fallando en algunos de sus cálculos, ni de más trascendentales

consecuencias. Aquí se revela la penetración y el alcance del genio. Los destinos de la América iban a cambiar en el Norte, al atravesar Bolívar los Andes ecuatoriales, como cuando San Martín atravesó en el Sud los Andes meridionales. Las dos grandes masas batalladoras y redentoras de las colonias hispanoamericanas se acercaban, y los dos grandes libertadores del sud y del norte del continente iban a operar su conjunción.

CAPITULO XLIII

BOYACA. — COLOMBIA. — CARABOBO

AÑOS 1819-1822

Bolívar emprende la reconquista de Nueva Granada. — Paso de los Andes ecuatoriales. — Maniobras estratégicas de Bolívar. — Acción del Pantano de Vargas. — Batalla de Boyacá. — Reconquista de Nueva Granada. — Renovación de la guerra a muerte. — Creación de la república de Colombia. — Expedición de los voluntarios británicos sobre las costas de Venezuela. — Actitud de Morillo. — Sublevación de la expedición de Cádiz. — Influencia de la revolución liberal de España en la guerra sudamericana. — Armisticio de Trujillo y regularización de la guerra. — Ruptura del armisticio de Trujillo. — Pronunciamiento de Maracaibo. — Preponderancia política y militar de los independientes. — Bolívar abre nueva campaña. — Segunda y última batalla de Carabobo. — El congreso de Cúcuta y su espíritu republicano. — Renuncia de Bolívar. — El congreso de Cúcuta dicta la constitución de Colombia. — Análisis de esta constitución. — Actitud de Bolívar en presencia del congreso. — Rendición de Cartagena. — La independencia de Colombia asegurada. — Los realistas reaccionan. — Morales se apodera de Maracaibo, Santa Marta y Coro. — Capitulación de Morales. — Toma de Puerto Cabello. — Triunfo final del norte de la América meridional.

I

La inundación de los llanos, que facilitaba la ejecución del plan de Bolívar para invadir la Nueva Granada, por cuanto detenía a Morillo en sus acantonamientos, dificultaba su marcha para reunirse con Santander en Casanare. Tenía que atravesar una vasta extensión cubierta casi totalmente de agua, vadear siete caudalosos ríos a nado conduciendo su material de guerra, y le quedaría aún la mayor dificultad a vencer, que era el paso de la cordillera nevada en pleno invierno. Todo fué superado con constancia sufriendo las más grandes penalidades. El Libertador se reunió con Santander al pie de los Andes en las nacientes del río Casanare que se derrama en el Meta (11 de junio de 1819). Llevaba cuatro batallones de infantería: Rifles, Bravos de Páez, Barcelona y Albión, este último compuesto totalmente de ingleses. La caballería componíase de dos escuadrones de lanceros y uno de carabineros de los altos llanos de Caracas, con un regimiento nombrado "Guías

del Apure", en que figuraban los contingentes británicos de esa arma. El total del ejército expedicionario ascendió a 2500 hombres, regularmente armados, pero casi desnudos. Santander tomó la vanguardia con la división de Casanare y penetró en los desfiladeros de la montaña por el camino de Morcote con dirección al páramo de Pisba, que conduce al centro de la provincia de Tunja, al occidente de los Andes (25 de junio). Este punto se hallaba defendido por un ejército disciplinado de 2000 infantes y 400 jinetes al mando del coronel José María Barreiro, con sus avanzadas sobre la cordillera. En Bogotá se hallaba una reserva respetable, que aunque debilitada por la marcha del batallón Numancia en 1818 en auxilio del Perú amenazado por San Martín después de la batalla de Maipu, contaba todavía con más de 1000 veteranos, además de las tropas que guarnecían Cartagena y el valle de Cauca, sin contar el ejército realista que ocupaba Quito. Bolívar, a pesar de su inferioridad numérica, confiaba en el efecto que produciría la sorpresa y en el apoyo que esperaba encontrar en el país que iba a conquistar.

Al trasladarse el ejército invasor del llano a la montaña, el paisaje cambiaba. Los nevados picos de la cadena oriental de los Andes se divisaban a la distancia. Al inmenso y tranquilo lago sin horizontes de la planicie, se sucedían grandes masas de agua que descendían bramando de las alturas. Los caminos eran precipicios. Una selva tropical de árboles gigantescos, que retiene las nubes en sus cimas, y de que se desprende una lluvia incesante, sombrea los estrechos desfiladeros. A las cuatro jornadas, todos los caballos se habían inutilizado. Un escuadrón de llaneros desertó en masa al verse a pie. Los torrentes eran atravesados por angostos y vacilantes puentes formados con troncos de árboles, o por medio de las aéreas taravitas: cuando daban vado, eran tan impetuosos, que la infantería tenía que formarse en dos filas, abrazados los hombres del cuello para vencer el ímpetu de la corriente, que arrastraba para siempre al que perdía su equilibrio. Bolívar pasaba y repasaba con frecuencia a caballo estos torrentes, trasportando a la grupa de una orilla a otra a los enfermos, a los más débiles o a las mujeres que acompañaban a sus soldados. Este era relativamente el jardín selvático de la montaña, en que la temperatura húmeda y caliente hace soportable el tránsito con el auxilio de la leña. A medida que se asciende, el aspecto de la naturaleza varía y las condiciones de la vida se alteran. Inmensas rocas caóticas superpuestas y montones de nieve, forman el límite monótono del desierto escenario; las nubes que coronan las selvas de la falda, vense a los pies en las profundidades de los abismos; un viento glacial y silencioso cargado de agujas heladas, sopla en esta región; no se oye más ruido que el de los torrentes lejanos y el grito del cóndor; la vegetación desaparece, y sólo crecen allí los líquenes, y una planta, que por su tronco con hojas velludas a manera de gasa fúnebre y coronada de flores amarillentas, ha sido comparada a una antorcha sepulcral. Para hacer más lúgubre el camino, todo su trayecto estaba señalado por cruces de los viajeros muertos a lo largo de él. Este es el páramo.

Al entrar el ejército expedicionario en la región glacial del páramo, los víveres se habían agotado; el ganado en pie, único recurso con que se contaba, no pudo acompañar a los soldados en sus fatigas. Al tocar la cumbre, se encontraba el desfiladero de Paya, que bien defendido, podía detener la marcha de un ejército con sólo un batallón. Es-

taba defendido por un destacamento de 300 hombres, que la vanguardia al mando de Santander desalojó fácilmente. El ejército empezaba a murmurar. Bolívar, para dominar moralmente este desaliento, convocó una junta de jefes, y después de manifestarles los obstáculos mayores que aun quedaban por vencer, les consultó sobre si debía perseverarse o no en la empresa. Todos fueron de opinión de seguir adelante. Esto infundió nuevo aliento a las tropas.

Al trasmontar la gran cordillera, más de cien hombres habían muerto de frío, de ellos cincuenta ingleses. Ninguna cabalgadura había podido resistir a la fatiga. Fué necesario abandonar las armas de repuesto, y parte de las que los soldados llevaban en las manos. Al descender las pendientes occidentales de la cordillera, el ejército de Bolívar era un esqueleto. En tan deplorable estado ocupó el ameno valle de Sagomoso en el corazón de la provincia de Tunja (6 de julio de 1819). Desde este punto, el Libertador envió auxilios a los cuerpos retrasados, reunió caballos, desprendió partidas al interior, se puso en comunicación con algunas guerrillas que existían en el país. El enemigo sorprendido, que ignoraba el número de los invasores, se mantuvo a la defensiva en fuertes posiciones. Reconcentrado el ejército independiente, después de algunos reconocimientos recíprocos y combates de vanguardia, Bolívar por una hábil marcha de flanco, tomó la retaguardia del enemigo y ocupando un país abundante en recursos, remontó sus fuerzas. Con poca diferencia, los movimientos estratégicos de San Martín al pasar los Andes meridionales, se repetían. Barreiro, abandonó las posiciones que había ocupado por el frente, y se atrincheró en un punto llamado los Molinos de Bonza, cubriendo el camino de la capital de Bogotá amenazado. Bolívar ocupó a su frente una posición inexpugnable. Ambos ejércitos permanecieron así a la defensiva, observándose.

Era urgente para los invasores tomar la ofensiva, antes que la fuerte guarnición de Bogotá con que contaba el virrey Sámano se pudiese unir con la división de Barreiro, y que Morillo acudiese en auxilio del país invadido. Bolívar, por una nueva y atrevida marcha de flanco, atravesó el río Sagomoso, se puso sobre su retaguardia buscando una batalla, y obligó a los realistas a abandonar sus atrincheramientos, y a situarse en el "Pantano de Vargas". La acción que se empeñó fué reñida, aunque indecisa (25 de julio). Al principio llevaron la ventaja los españoles, que tomaron la iniciativa, pero restablecido el combate, Bolívar se replegó a la posición que antes ocupara, imponiendo con su actitud al enemigo. En seguida hizo un movimiento general, trasladándose a la margen derecha del Sagomoso, y amagando un ataque, obligó a Barreiro a replegarse, a fin de cubrir el camino de Tunja y Socorro, que parecía ser el objetivo (3 de agosto). Para hacer creer al enemigo que volvía a su antigua posición, ejecutó una ostensible marcha retrógrada a la luz del día; pero en la noche, efectuó una contramarcha y ocupó la ciudad de Tunja, donde se apoderó de 600 fusiles y de los depósitos de guerra, sorprendiendo a su débil guarnición (5 de agosto) . De este modo quedó interpuesto entre el ejército realista en campaña y Bogotá, cortando las dos fuerzas que defendían el valle del Alto Magdalena. Barreiro, comprendiendo la importancia decisiva de este movimiento, se apresuró a restablecer sus comunicaciones perdidas, y se puso resueltamente en marcha hacia Bogotá. Ya era tarde. No tenía sino dos caminos precisos a seguir, que el ejército republicano dominaba desde las alturas de Tunja. Bolívar,

observando que tomaba el más directo que conducía a Boyacá, pequeño río que corre hacia el Oriente, ocupó sobre su margen derecha el puente por donde necesariamente tenía que atravesarlo el enemigo.

II

Simultáneamente aparecieron las cabezas de columnas de los dos ejércitos beligerantes sobre el puente de Boyacá. El ejército realista constaba de 2500 hombres, de ellos 400 de caballería, con 3 piezas de artillería. El ejército republicano se componía de 2000 hombres de infantería y caballería. La batalla se inició sobre el mismo puente por un combate de vanguardia, en que las guerrillas españolas fueron arrolladas. Contenido Barreiro en su marcha, formó su infantería en columnas sobre una altura con la caballería a los costados y su reserva, desplegando por la derecha un batallón de cazadores para tomar con fuegos convergentes diagonales y de flanco a los republicanos que avanzaban en columna de ataque. Un batallón realista desplegado en cazadores por su izquierda a lo largo de una cañada, fué desalojado, y dejó descubierto el flanco. El centro y la derecha republicana cargaron por esta parte y envolvieron la posición enemiga, al mismo tiempo que la caballería y la izquierda atacaban de frente. La caballería realista huyó; la infantería en retirada, procuró en vano rehacerse en otra posición más a retaguardia; atacada de nuevo allí, rindió sus armas. La vanguardia al mando de Santander completó la derrota.

Fué una victoria completa. Dado el primer impulso por el general que tan hábilmente la preparó, el valor de las tropas y la inspiración de los jefes divisionarios José Antonio Anzuátegui, Santander y el coronel Juan José Rondón, hicieron lo demás. Anzuátegui y Rondón, fueron los héroes de la batalla: el primero, dando la carga decisiva al frente de la infantería de la derecha y del centro, que envolvió al enemigo, y Rondón al dar la carga final con la caballería llanera. Los voluntarios ingleses se probaron por primera vez, acreditando la solidez británica que nunca desmintieron. Trofeos de esta gran jornada, fueron: 1600 prisioneros, entre ellos el general en jefe enemigo, Barreiro, que tiró al suelo su espada por no rendirla, con 37 oficiales más; 100 muertos, la artillería y todo el armamento. Todo el ejército realista en campaña de la Nueva Granada, quedó completamente destruído. Boyacá es, después de Maipu, en el orden cronológico, la gran batalla sudamericana. Estas batallas cambiaron los destinos de la guerra. Boyacá determinó la preponderancia de las armas independientes al norte del continente, como la de Maipu la había establecido en el Sud, tomando San Martín y Bolívar la ofensiva al atravesar los Andes, para converger ambos hacia el punto estratégico de la campaña continental iniciada por San Martín. La Nueva Granada quedó por siempre conquistada para las armas republicanas, el poder de Morillo en Venezuela empezó a quebrarse, los realistas quedaron aislados en tres puntos del continente, —Venezuela, Quito y el Perú— la república de Colombia se formó y las dos revoluciones del sud y del norte de la América, empezaron a condensarse y sus masas batalladoras a operar su conjunción a la par de los dos grandes libertadores que las acaudillaban.

La derrota de Boyacá difundió el pánico en Bogotá. El virrey Sámano, aturdido, fugó con 200 hombres hacia Cartagena, abandonando los archivos y cerca de un millón de pesos depositados en las cajas reales. El resto de la guarnición, en número de 800 hombres, se retiró

hacia el Norte con el coronel Sebastián de la Calzada. El Libertador, con una débil escolta, ocupó triunfante la capital en medio de bendiciones y aclamaciones populares (10 de agosto). La victoria esta vez no fué manchada con sangre derramada en holocausto de las furias de la guerra a muerte. No era ya el hombre de 1813 y 1814. Limitóse a hacer fusilar uno de los prisioneros que había encabezado la subievación de Puerto Cabello en 1812. Con una asombrosa actividad dominó todo el país, que respondió con entusiasmo a su llamado. Las nueve provincias de la Nueva Granada, Socorro, Pamplona, Tunja, Antioquía, Neiva, Margarita y Chocó hasta Popayán, pobladas por un millón de almas, quedaron libres. Levantó nuevos batallones, formó un nuevo ejército para hacer frente a Morillo por el Occidente y dar impulso a la guerra por la parte del Sud.

Donde triunfaba Bolívar, no podían faltar honores excesivos que desvirtuaban con pueriles ostentaciones su grandeza real, tanto más grande cuanto la actitud del triunfador es más modesta y se muestra más austera. Cuando Washington atravesó el Delaware y triunfó en Trenton, cambiando los destinos de la guerra norteamericana, nadie se había atrevido a ofrecer al héroe ni siquiera una corona de encina del bosque por no ofender la seriedad de su carácter, y el congreso se limitó a investirlo con la dictadura militar por seis meses, en señal de merecida confianza por haber salvado la república. Cuando San Martín libertó a Chile y el Perú, se sustrajo a las vanas pompas del triunfo, y respetando su modestia, los pueblos se limitaron a simples votos de gratitud, que eran tan merecidos como los de Bolívar. La municipalidad de Bogotá, sabiendo que halagaba su avidez de honores pomposos, decretó, a mas de una cruz de honor, que era de regla, una solemne entrada triunfal en la ciudad y una corona de laurel; un cuadro emblemático de la Libertad sostenido por el brazo de Bolívar, que se colocaría en la sala capitular; una columna conmemorativa con su nombre en la parte superior, y la celebración perpetua de la gran batalla en cada aniversario por todos los años venideros. El Libertador recibió aquel día por segunda vez la corona de laurel con que su efigie ha pasado inmortalizada a la posteridad, y aunque se excusó modestamente de ceñirla esta vez, ella sienta bien en una cabeza atormentada, llena de viento y de grandes ideales. Una corona de laurel en la serena cabeza de Washington, haría caricatura.

Pero ideas más grandes que el viento de la vanagloria ocupaban la cabeza laureada del Libertador. Usando de las amplias facultades que le había conferido el congreso en los países adonde llevara las armas libertadoras de Venezuela, echó los primeros fundamentos de la república de Colombia, que era el gran sueño de su vida. Nombró a Santander vicepresidente de la Nueva Granada, delegando en él sus facultades, bajo su dirección suprema. Al anunciar a los granadinos esta nueva organización, les dijo: "La reunión de la Nueva Granada "y Venezuela en una misma república, es el ardiente voto de todos "los ciudadanos sensatos. Pero este acto tan grande y sublime, debe "ser libre. Espero la soberana determinación del congreso para convo-"car una asamblea nacional que decida la incorporación de Nueva Gra-"nada". Santander convirtió en hecho esta proclama por parte de la Nueva Granada, imponiéndolo a sus conciudadanos.

Una hecatombe, que reabrió por parte de los independientes el período de la guerra a muerte, marcó esta época gloriosa con una mancha de sangre. El vicepresidente Santander, en ausencia de Bolívar, hizo

fusilar, con gran aparato militar, a los treinta y ocho oficiales prisioneros en Boyacá, con el coronel Barreiro a la cabeza, agregando al número de las víctimas un paisano que no había tomado armas, por haber protestado contra el bárbaro sacrificio en presencia de los banquillos ensangrentados (11 de octubre). Este acto de inútil crueldad que contrariaba la nueva política militar del Libertador, ejecutado por un hombre culto como Santander, fué justificado públicamente por su autor en nombre de la venganza, recordando los fusilamientos hechos por los españoles y por el mismo Barreiro en el curso de la campaña, a la vez que alegaba el ridículo pretexto de falta de fuerzas para custodiar los prisioneros, resumiendo su teoría de diente por diente, con estas feroces palabras: "Si ellos nos degüellan cuando caemos en sus "garras ¿por qué no los podremos degollar nosotros, si caen en nues- "tras manos?". Otros han procurado explicar el hecho más humanamente que él, alegando que su alma estaba exasperada, a causa de que la madre de Santander había tenido que sepultarse en un subterráneo para librarse de las persecuciones de Sámano, y que murió al volver a abrazar a su hijo, a consecuencia de las enfermedades contraídas en esta sombría reclusión.

III

Al regresar triunfante el Libertador a Angostura, encontróse con una nueva situación de que ya tenía noticia anticipada (diciembre 11 de 1819). El vicepresidente Zea había sido depuesto por una revolución, sustituyéndole Arismendi en el mando. Mariño era el general en jefe del ejército del Oriente. Bolívar había sido calificado de desertor por haber emprendido la reconquista de Nueva Granada sin autorización del congreso, esparciéndose luego la voz de haber sufrido una derrota con pérdida de todo su ejército. La noticia de Boyacá cayó como un rayo en Angostura. La imponente aparición de Bolívar, anonadó a los revolucionarios, y avergonzó a los cobardes. Su longanimidad dominó moralmente a todos, sintiéndose fuerte por la victoria, por la adhesión de sus soldados y por la opinión de los pueblos, borró generosamente el pasado, perdonó el silencio a sus enemigos impotentes y a los amigos débiles que dudaron de su genio y fortuna. Reasumió el mando, se presentó ante el congreso, y le impuso con un *fiat*, como hecho consumado, la reunión de Venezuela con Nueva Granada. "¡Legisladores! "dijo: La unánime determinación de vivir libres y de no vivir esclavos, "ha dado á la Nueva Granada un derecho a nuestra admiración, y su "anhelo por la reunión de sus provincias a las provincias de Venezuela, "es unánime. Los granadinos están convencidos de la inmensa ventaja "que resulta a uno y otro pueblo de la creación de esta nueva repú- "blica compuesta de estas dos naciones. La reunión de Nueva Granada "y Venezuela es el objeto único que me he propuesto desde mis pri- "meras armas: es el voto de los ciudadanos de ambos países, y es la "garantía de la libertad de la América del Sud. El tiempo de dar una "base fija a nuestra república ha llegado. A vuestra sabiduría corres- "ponde decretar este gran acto social y establecer los principios del "pacto sobre los cuales va a fundarse esta gran república. ¡Proclamad- "la a la faz del mundo!".

El congreso venezolano, con la asistencia de cinco diputados granadinos por la provincia de Casanare, decretó la REPÚBLICA DE COLOMBIA, reuniendo en una sola nación la antigua capitanía de

Venezuela y el virreinato de Nueva Granada, que comprendía el territorio de Quito, en una extensión de 115.000 leguas cuadradas, desde las bocas del Orinoco en el Atlántico y el golfo de Méjico, hasta el golfo de Tumbes y el istmo de Panamá en el Pacífico. La nueva república, constituída en unidad de régimen, se dividiría en tres grandes departamentos —Venezuela, Quito y Cundinamarca (Nueva Granada)—, gobernado cada uno de ellos por un vicepresidente. Una nueva ciudad que llevaría el nombre de Bolívar, sería la capital de la república. La bandera, sería la tricolor enarbolada por Miranda en 1806. Un congreso nacional constituyente se reuniría en San José de Cúcuta en la frontera de los dos estados. Bolívar fué nombrado presidente interino de Colombia, Santander, vicepresidente de Cundinamarca y Roscio de Venezuela. La república colombiana así constituída, con el nombre del descubridor de América, sería proclamada y jurada en los pueblos y en los ejércitos, celebrándose su nacimiento el día del Salvador del mundo, y conmemorado cada uno de sus aniversarios como en las olimpíadas griegas, con premios a la virtud y a las luces. Así se evocaban los grandes recuerdos de la historia bajo la advocación del cristianismo y las tradiciones del mundo antiguo, sintetizando la unidad simbólica del cosmopolitismo de la nueva creación (17 de diciembre de 1819).

Arreglado este gran asunto político, la guerra llamó la atención del Libertador. Los españoles, dueños de todo el occidente de Venezuela, ocupaban todas las plazas fuertes de las costas de Barlovento y Sotavento desde Cumaná hasta Cartagena y de Panamá. Morillo contaba con doce mil hombres, para sostener la guerra, y parte de la provincia de Popayán y la de Pasto al Sud, estaban en poder de los realistas apoyados a su espalda por los ejércitos de Quito y el Perú. El virrey Sámano se sostenía con dos mil hombres en Cartagena y dominaba el bajo Magdalena; una expedición de veinte mil hombres, destinada al Río de la Plata, y de que se ha dado ya noticia, debía reforzar también el ejército de Morillo en Costa-Firme. Así, los ejércitos con que tenía que combatir Colombia por el Sud y por el Norte, alcanzaban a cerca de veinte mil hombres, sin contar los del Alto y Bajo Perú, que San Martín mantenía en jaque después de Maipu. Las tropas que podía oponer Colombia, no alcanzaban a la mitad de los realistas; su infantería era muy inferior a la española en número y calidad, y las fuerzas físicas del país estaban casi agotadas.

El contingente de los enrolamientos extranjeros no había producido el efecto que se esperaba, que era remontar la infantería republicana, y darle nuevo temple para reconcentrarla en una masa. La expedición de 1500 ingleses y alemanes de que se hiciera cargo Urdaneta y Montilla, al tiempo de abrir Bolívar su campaña de Boyacá, había sido desgraciada en sus empresas. Según el plan convenido, esta división debía operar con la escuadrilla de Brión sobre las costas de Caracas en unión con 500 margariteños, al mismo tiempo que Bolívar atravesara los Andes, y el ejército del Apure llamase la atención por Barinas, sosteniendo las divisiones de Bermúdez y Monagas la línea de operaciones en el Oriente. No habiendo podido realizar en su oportunidad esta operación, Urdaneta se dirigió a Barcelona y apoderóse de esta plaza a viva fuerza (17 de julio de 1819). Atacado por fuerzas superiores, antes de ponerse en comunicación con las divisiones republicanas que ocupaban los llanos, se retiró embarcado a la costa de Paria, donde reforzada la expedición, intentó apoderarse de la plaza de Cumaná, siendo al fin rechazado (5 de agosto). Los restos, muy disminuídos y desmora-

lizados, se reconcentraron en Maturín. La primera expedición de Mac Gregor, no había sido más feliz. Después de apoderarse de Portobelo (10 de abril de 1819), fué derrotado con grandes pérdidas a los pocos días de ocuparlo (29 de abril). Con una segunda expedición preparada en Haití, tomó posesión de Río Hacha, rindiendo su guarnición (5 de octubre), pero la conducta licenciosa de sus tropas, sublevó contra ellos los moradores de la ciudad y lo obligó a reembarcarse. Desde este día Mac Gregor desapareció de la escena de la revolución venezolana, en que con tanto brillo había figurado. Felizmente, por este mismo tiempo arribó a Margarita la primera división de la legión irlandesa contratada con D'Evereux, fuerte de 1200 hombres, a la vez que se anunciaba la llegada de otros cuerpos extranjeros a Angostura. Bolívar puso a órdenes de Montilla a los irlandeses, con instrucciones de hostilizar con la escuadra de Brión las costas de Sotavento hasta Santa Marta, amagando Cartagena, a fin de ligar sus operaciones con las que él preparaba desde Nueva Granada en el bajo Magdalena, a la vez que el ejército del Apure reforzado y las divisiones del Este convergían a Caracas para atacarla por el Sud. Para ejecutar este plan, Bolívar se puso de nuevo en campaña a los trece días de su regreso a Angostura (24 de diciembre de 1819).

El ejército del Apure, durante la campaña de Nueva Granada, había concurrido indirectamente a su éxito. Páez, dejando a retaguardia su infantería, invadió la provincia de Barinas, y procuró llamar la atención del enemigo por la parte de Cúcuta. Obligado a replegarse en su primera entrada, no obstante algunas ventajas que alcanzó, hizo atacar con el margariteño Antonio Díaz la escuadrilla sutil que tenían los realistas en el Apure, compuesta de diez flecheras tripuladas por un batallón, la que fué rendida en combate, ocupando los independientes la plaza de San Fernando con el dominio de toda la navegación del río, desde el Orinoco hasta el corazón de los llanos (30 de septiembre). Morillo, sorprendido por la invasión de la Nueva Granada, permaneció en inacción en Calabozo. Limitóse a desprender a La Torre con una columna de 1000 hombres sobre el valle de Cúcuta, la que fué obligada a retirarse por la división de Soublette situada en Pamplona, que se transportó al oriente de la cordillera. Unidos Páez y Soublette en los llanos, amenazaban a Caracas. Para dar consistencia a esta actitud, Bolívar reforzó el ejército del Apure con dos batallones —uno de ellos inglés—, elevando su fuerza hasta el número de 3000 hombres de las tres armas. A la vez dirigió una fuerte división venezolana en auxilio de Nueva Granada a cargo del coronel Manuel Valdez con el objeto de dar impulso a la guerra del Sud por la parte de Quito.

El general en jefe español, paralizado y sin inspiraciones, se limitó a una estricta defensiva, cuidando sólo de conservar su base de operaciones al occidente de Venezuela, amenazada simultáneamente por el Sud y por las costas marítimas a fines de 1819, al tiempo de ponerse el Libertador en campaña.

IV

La contienda entre independientes y realistas, que debía decidirse por el choque de los elementos militares con que por este tiempo contaban los beligerantes en Venezuela, Nueva Granada, Quito y el Perú habría presentado otras fases y tal vez retardado el triunfo de la emancipación sudamericana, de haberse realizado la poderosa expedi

ción de veinte mil hombres que preparaba la España, para reabrir la lucha en el Río de la Plata y llevar a cabo la pacificación de Tierra-Firme reforzando a Morillo (véase cap XXIII, § I. III). El resultado pudo ser definitivamente el mismo; pero con más grandes sacrificios estériles por una y otra parte. Felizmente para la América, y también para la España, la contienda se terminó en palenque cerrado con las mismas fuerzas que por este tiempo estaban en acción. Un acontecimiento extraordinario, que fué más decisivo que la conquista de Nueva Granada por Bolívar y la expedición del Perú por San Martín, vino a intervenir poderosamente en los destinos de ambos mundos. Nos referimos a la sublevación de la expedición de Cádiz en 1820, y al alzamiento del liberalismo español en España, que al proclamar la constitución de 1812, modificó la monarquía absoluta, obligándola a seguir una nueva política respecto de las colonias insurreccionadas, y la desarmó militarmente ante ellas (véase cap. XXIX, § I).

Ya hemos historiado los antecedentes y preparativos de la gran expedición de Cádiz, así como su disolución, y las consecuencias del alzamiento liberal de España en 1820, que inauguró la nueva política colonial con la famosa proclama-manifiesto de Fernando VII, declarando a los rebeldes sudamericanos simples disidentes y convidándolos a la paz y a la conciliación "como iguales" (Véase cap. XXIX, § IV). Esta variación se hizo sentir simultáneamente en el sud y en el norte del continente. Al mismo tiempo que San Martín invadía el Perú y denunciaba el armisticio de Miraflores, Bolívar firmaba un armisticio con Morillo para tratar la paz, y regularizar la guerra. Reabiertas las negociaciones pacíficas en Punchauca, Bolívar las rompió por su parte en Venezuela, renovando las hostilidades como lo verificó poco después San Martín, combinando ambos desde entonces sus operaciones militares (véase cap. XXIX, § V). Como se ha visto, este soplo de paz que atravesaba los mares, debía dar nuevo pábulo a la guerra. La revolución liberal, al reaccionar contra la política guerrera del rey absoluto, desarmó a la España respecto de sus colonias rebeladas, y su separación fué un hecho a que ella concurrió indirectamente. En presencia de esta situación, y sin esperanzas de nuevos auxilios de la metrópoli, Morillo, después de firmar el armisticio de Trujillo con Bolívar (25 de noviembre de 1820), tuvo la conciencia anticipada de su derrota una vez abandonado a sus propias fuerzas, y aprovechó la ocasión para renunciar su espinoso cargo, y desaparecer por siempre de la escena americana, dejando la guerra en el estado en que se hallaba después de la reconquista de Nueva Granada (diciembre de 1820).

El armisticio fué mal observado, sobre todo por parte de los independientes. Vigente aún, y hallándose los comisionados colombianos en Madrid para tratar de la paz con el gobierno español, la provincia de Maracaibo se pronunció por los independientes y declaró su voluntad de unirse a Colombia (28 de enero de 1821). El general La Torre declaró que consideraría tal ocupación como un acto hostil, violatorio del compromiso celebrado entre los beligerantes. Bolívar le daba la razón, desaprobando el acto, pero sostuvo que estaba en su derecho y lo mantuvo como hecho consumado. El armisticio fué en consecuencia denunciado antes de fenecer y las hostilidades se reabrieron (28 de abril de 1821), precisamente en el mismo día en que San Martín se movía de Huaura y abría nuevamente su doble campaña militar y diplomática sobre Lima, bajo la bandera blanca del armisticio de Punchauca (véase cap. XIX, § V).

La opinión revolucionaria y las armas independientes habían he cho grandes progresos, antes y después del armisticio. La guerra habí cambiado de faz. Montilla, con la expedición embarcada en la escua drilla de Brión, se había apoderado del Río Hacha y Santa Marta, sitiaba a la sazón a Cartagena por mar y tierra, con un ejército d 3000 hombres y amenazaba el bajo Magdalena. Bolívar, dueño de la provincias de Barinas, Mérida y Trujillo, tenía en campaña al frent del enemigo dos ejércitos en el Occidente, uno de 5000 hombres en Ba rinas, y el del Apure a órdenes de Páez, compuesto de 4000 hombre de caballería a su retaguardia. Bermúdez, con otro ejército de más d 2000 hombres, amenazaba por el Oriente la provincia de Caracas. E ejército de Nueva Granada, apoyaba a Montilla en el valle del Magda lena y mantenía la guerra por la parte del Sud. La Torre, reducido la defensiva adoptada por Morillo, contaba todavía con 9000 hombre en campaña, además de las guarniciones de las plazas fuertes de la costas de Barlovento y Sotavento, y se sostenía en Cumaná, Barcelona Guayra, Puerto Cabello y Cartagena que resistía. Perdido Maracaibo sus comunicaciones quedaban cortadas, y los independientes podía combinar libremente las operaciones de los ejércitos de Nueva Granad y Quito. Por la parte del Sud, el ejército español que defendía el Perú se encontraba completamente aislado, después de la invasión por Sa Martín y el pronunciamiento de la provincia de Guayaquil.

V

Bolívar abrió su nueva campaña haciendo invadir la provinci de Caracas por una división del ejército de Oriente al mando de Be múdez, la que después de ocupar la capital, y algunos triunfos y derr tas sucesivos, vióse obligada a evacuar el territorio conquistado, co tribuyendo empero a distraer e inutilizar una parte considerable d ejército de La Torre. El Libertador, situado en San Carlos, llamó a la división de Urdaneta y parte del ejército del Apure, y al frente d 6000 hombres de infantería y caballería, se puso en marcha sobre enemigo. El general en jefe español se reconcentró a vanguardia Valencia con un ejército de cinco batallones, alguna artillería y u numerosa caballería mandada por Morales, que alcanzaban a poco m de 5000 hombres. Esta inferioridad numérica se aumentó, por ten destacada La Torre una división de dos batallones y un escuadrón s bre su derecha en Barquisimeto, que amagada por otra de Bolívar, fu reforzada con otros dos batallones y un escuadrón, privándose así d concurso de cuatro batallones y de dos escuadrones de sus mejores tropa

Los dos ejércitos beligerantes maniobraban con los últimos ram les de la cordillera de por medio: el ejército realista, cubriendo l costas de Sotavento, que constituían su base de operaciones, y la ci dad de Valencia, llave de todo el valle que conduce a la capital y a l costas de Barlovento y Sotavento; el ejército independiente, procura do forzar el paso de la montaña. La Torre, en vez de disputar el pa de la cordillera, se limitó a cubrir sus gargantas con destacament formando su línea en la extensa sabana de Carabobo, funesta a l armas realistas, y se atribuye a esta circunstancia la resolución d general español con el objeto de vengar en el mismo campo sus ant riores derrotas. Fué un error, que agregado a la división de sus fue zas presagiaba una nueva derrota.

Bolívar, marchando en masa sorprendió el principal desfilade

que daba acceso al llano, y desde allí dominaba con la vista el campo de batalla; pero para descender a él tenía que marchar en desfilada por otra estrecha garganta boscosa de la parte alta de la sabana, dominada por la artillería enemiga, a cuyo pie lo esperaban los batallones españoles formados en columna con sus escuadrones sobre los flancos y retaguardia prontos a cargar en su apoyo. En estas condiciones el ataque no ofrecía probabilidades de buen éxito. Bolívar trepidó; pero sus generales eran de opinión de seguir adelante. Cuéntase por un contemporáneo, que un guía que escuchaba la discusión, manifestó que conocía un camino por el cual podía tomarse al enemigo por el flanco. Bolívar lo interrogó minuciosamente, y convencido de la posibilidad de la empresa, dispuso que Páez, con 1500 jinetes, el batallón Apure y la Legión Británica, atacase al enemigo por su punto más débil, que era su derecha —izquierda republicana—, mientras él permanecía en observación sobre la altura con el grueso del ejército. Un abra del bosque por esa parte, permitía esta operación arriesgada; pero a su pie había que atravesar en desfilada un riachuelo de la sabana dominado por una colina que ocupaban los realistas.

El batallón Apure llevaba la vanguardia conducida por Páez en persona. La Torre, que comprendió la importancia del movimiento, se puso al frente del segundo batallón Burgos —gemelo del primero rendido en Maipu—, y seguido por dos batallones más, sostenido por fuegos de artillería, rechazó y dispersó al Apure a tiempo de salvar el obstáculo. Acude en su auxilio la Legión Británica, mandada por el coronel John Farrier; despliega con sangre fría en batalla; clava la bandera en el suelo; la primera fila hinca rodilla en tierra, y al grito de "¡Viva América libre!" rompe un mortífero fuego que restablece el combate. La infantería patriota se rehace, su caballería amaga el flanco derecho de la posición española; Farrier, agotados sus cartuchos, carga a la bayoneta con su intrépida legión: el enemigo pierde la altura que ocupaba, procura rehacerse más a retaguardia, pero la caballería realista derrotada, introduce el desorden en sus filas, y sus batallones deshechos se ponen en retirada, rindiéndose bajo la lanza de los escuadrones llaneros dirigidos por Páez. Un batallón, el Valencey, sostuvo valerosamente la retirada, y salvó el honor de las armas españolas en este día, rechazando las repetidas cargas en una marcha de más de 30 kilómetros, hasta reunirse con los restos de su derrotado ejército, que se encerraron en Puerto Cabello (24 de junio de 1821).

Esta batalla, complemento de la de Boyacá, que ha sido llamada el Waterloo colombiano, aseguró para siempre la independencia de Venezuela y Nueva Granada, como Maipu y la expedición del Perú la habían asegurado ya al sud del continente, concurriendo las tres a preparar el triunfo definitivo de la emancipación sudamericana.

VI

Bolívar entró por segunda vez triunfante en Caracas, y dominó casi todo el territorio de Venezuela. Los realistas sólo ocupaban Cumaná, Puerto Cabello y Cartagena. Era sin disputa dueño del poder y nadie podía negarle la gloria de Libertador de su patria. Su mando político y militar, era una necesidad pública y un deber para él. Precisamente fué éste el momento para hacer una de sus acostumbradas renuncias, con carácter de indeclinable, que sería una farsa indigna de su grandeza, si no tuviese su explicación. Dirigióse al congreso

nacional que se había instalado en Cúcuta en vísperas de la batalla d Carabobo (6 de mayo) y manifestó, que habiendo sido nombrado po el congreso de Venezuela, no se consideraba presidente de Colombia, que sin los talentos que el puesto requería, porque su oficio era de sol dado, si el congreso persistía en que continuara en la presidencia, "co "mo él temía, renunciaba desde ese momento para siempre hasta e "glorioso título de ciudadano y abandonaba de hecho las riberas d "su patria". Esta nueva renuncia era una imposición o era dictada po el orgullo. Era lo uno y lo otro.

El congreso de Cúcuta, compuesto de hombres civiles, en que pre dominaba el elemento legista, era radicalmente repupblicano, y repugnab tanto los abusos del gobierno militar implantado de hecho como las an tidemocráticas teorías constitucionales del Libertador. A oídos de ést llegaron las murmuraciones y sintió las resistencias cívicas que encon traban sus ideas de organización. Su renuncia era, pues, una protes ta contra las acusaciones que le hacían y un medio indirecto de obra sobre las opiniones dominantes en el congreso. Esto hace honor a Bo lívar en medio de su poderío, porque prueba que las elecciones fuero libres, y que no pretendió ejercer presión sobre los diputados; per hace más honor aún al congreso, que firme en sus creencias y resis tiendo al imperio de la fuerza triunfante y al prestigio de la glori sostuvo con firmeza los verdaderos principios de la revolución sudame ricana, impidiendo que el Libertador hiciese sancionar la constitució republicano-monárquica, con senado hereditario como la propuso e Angostura, y con presidencia vitalicia, como la impuso más tarde Bolivia y el Perú, haciendo imposible así este bastardo sistema const tucional en Colombia. Esto prueba, como la resistencia de la Repúblic Argentina a los planes de monarquía, y la del Perú al plan de monarqu zación ideado por San Martín, que la revolución sudamericana era ge nuinamente republicana, y que sus libertadores no podían luchar con tra esta irresistible corriente.

Firme en sus convicciones republicanas, el congreso de Cúcuta, n se dió por entendido ni de la protesta indirecta de Bolívar, ni de la resistencias armadas del pretorianismo. Tranquilamente, discutió votó la Constitución de Colombia. No sólo no consagró en ella el bel ideal de Bolívar, que era la presidencia vitalicia, con un senado her ditario, sino que borró de la ley fundamental de la unión de Venezue y Nueva Granada, el senado vitalicio que el congreso de Angostura h bía aceptado por transacción. Consignó en ella que el gobierno ser por siempre popular y representativo, y que el presidente duraría só cuatro años, y no sería reelegible. Que el general en jefe de los ejérc tos de la república, no ejercería en campaña las facultades del pod ejecutivo, lo que importa abrir la dictadura militar. Por último, que constitución no podría ser reformada, sino pasados diez años. En único que coincidió con las ideas prácticas del Libertador, fué en pr clamar el sistema unitario y en instituir que la república se dividie en seis o más departamentos administrativos, lo que fué un doble erro porque rompía la tradición histórica y violaba la ley orgánica, si bie montaba una poderosa máquina de guerra, violentando la espontaneida de los pueblos. Bogotá fué declarada capital de la república, violand una ley geográfica, que introdujo un principio de disolución en Constitución de Colombia. En seguida, nombró a Bolívar "como él temía", presidente de la república de Colombia, y a Santander vic presidente.

Bolívar, que había declarado solemnemente que renunciaría hasta el título de ciudadano y se ausentaría para siempre de su patria, si era nombrado presidente, reiteró su renuncia, vaciada en el molde artificial de las anteriores. Después de repetir que estaba profundamente penetrado de su incapacidad para el gobierno, que no era sino un soldado, y que el bufete era para él un suplicio, que le alejaba del ejercicio del mando, concluía diciendo: "Si el congreso general persiste, después de esta franca declaración, en encargarme del poder ejecutivo, yo cederé sólo por obediencia". Era borrar con el codo lo escrito con la mano y lo que todo el mundo sabía que haría al fin, porque ninguna otra cosa era posible. Al tomar posesión del cargo, obedeciendo al mandato del congreso, pronunció las palabras más elocuentes de su vida, tan llenas de verdad como faltas de sinceridad. "El clamor de mi conciencia y de mi honor me piden a grandes gritos que no sea más que ciudadano. Siento la necesidad de dejar el primer puesto de la república, al que el pueblo señale como jefe supremo de su corazón. Yo soy el hijo de la guerra: el hombre que los combates han elevado a la magistratura; la fortuna me ha sostenido en este rango y la victoria lo ha confirmado. No son éstos los títulos consagrados por la voluntad nacional. La espada que ha gobernado a Colombia, no es la balanza de Astrea. Un hombre como yo, es un ciudadano peligroso en un gobierno popular. Quiero ser ciudadano, para ser libre, y para que todos lo sean". Hermosas palabras, que convertidas en actos en su oportunidad, habrían hecho la grandeza política del Libertador, como hicieron con menos prosopopeya la de Washington, y que llevadas por el viento del olvido no aprovecharon ni siquiera como lección a su mismo autor.

El dictador de Colombia, reducido —al menos teóricamente— a la condición de presidente constitucional de la república, y limitado en sus facultades como generalísimo de sus ejércitos, mostró en esta ocasión, como en el resto de su grandiosa y corta dictadura, que si abrigaba grandes ambiciones, no era un déspota ni quería ser tirano. Tuvo la moderación que cabía en su naturaleza autoritaria, adherida al poder personal. Juró y promulgó modestamente la constitución de Colombia, recomendó a los pueblos su fiel observancia, y asumió el papel de guerrero que le correspondía, renunciando al ejercicio del mando supremo, que delegó en el vicepresidente de la República.

Bolívar, a pesar de la moderación que ostentaba como soldado de la ley, no podía renunciar a la dictadura militar que ejercía de hecho, y que las necesidades de la época justificaban. Recabó y obtuvo del congreso una ley, por la cual se le constituía en árbitro absoluto del departamento de la guerra, dejando a su discreción organizar como lo entendiese mejor, las provincias que sucesivamente fuesen libertadas —"las provincias de operaciones", como él las llamaba—, promulgando o suspendiendo en ellas el imperio de la constitución, que sólo regiría el territorio no ocupado por las armas libertadoras (9 de octubre de 1821).

En el mismo día en que Bolívar se recibía de la presidencia de Colombia, Montilla entraba triunfante en Cartagena después de catorce meses de sitio, y le enviaba las llaves de las puertas de Nueva Granada (1º de octubre de 1821). Las provincias del Istmo, Panamá y Veraguas, proclamaron casi inmediatamente su independencia, declarando su voluntad de unirse a Colombia, y las fortalezas de Chagres y Portobelo quedaron por los independientes (28 de noviembre de 1821).

En Venezuela, los españoles sólo ocupaban las plazas fuertes de Cumaná y Puerto Cabello sobre la costa de Barlovento con 500 hombres. Para cuadrar el territorio de la república de Colombia, sólo quedaba Quito por someter. Hacia allí convergían las armas libertadoras de Bolívar triunfantes en el Norte, y las de San Martín dueño de la mitad del Perú, con un pie en Guayaquil. La guerra del Sud llamaba al Libertador.

Para completar el cuadro de la heroica lucha sostenida por Venezuela y Nueva Granada en pro de su independencia, (aunque sea anticipando el orden cronológico) relataremos rápidamente los últimos sucesos que le pusieron término glorioso, y fueron la consecuencia del triunfo de Carabobo.

Al trasladarse Bolívar al nuevo teatro de la guerra, dividió a Venezuela en tres departamentos militares, cuyo mando confió a Mariño, Páez y Bermúdez, bajo la dirección superior de Soublette (1º de agosto de 1822). Poco después, la ciudad de Cumaná se rindió a Bermúdez (16 de octubre). Los españoles quedaron reducidos al estrecho recinto de Puerto Cabello, con una guarnición de 4000 hombres. Morales, que sucedió por este tiempo en el mando a La Torre, desplegó una actividad y una energía asombrosas, cambiando momentáneamente el aspecto de la guerra. Con una expedición de 1200 hombres, se trasladó por mar a la península de Guajira, se apoderó de Maracaibo (7 de septiembre), derrotó una división de 1000 hombres que Montilla desprendió para hacerle frente (12 de noviembre), sublevó la provincia de Santa Marta y aseguró la provincia de Coro (3 de diciembre). Los republicanos reaccionaron prontamente con no menos energía y actividad. Santa Marta fué recuperada por Montilla, y Coro por Soublette (enero de 1823). El coronel José Padilla, que al frente de la escuadrilla independiente había contribuído eficazmente a la rendición de Cartagena, forzó la entrada del lago de Maracaibo bajo el fuego de las fortalezas enemigas, y derrotó la escuadra española que lo dominaba (24 de julio). Morales capituló (3 de agosto. La plaza de Puerto Cabello fué tomada por asalto por Páez (7 a 8 de noviembre de 1823). La guerra del norte de la América meridional estaba terminada.

CAPITULO XLIV

LA GUERRA DE QUITO — BOMBONA Y PICHINCHA

AÑOS 1821-1822

Movimientos convergentes de la revolución sudamericana. — Estado de la guerra del Sud en 1821. — Combate de Pitayó. — Derrota de Jenay. — Campaña sobre Patía. — Abandono de Popayán. — Carácter de la guerra de Pasto. — Marcha de Sucre a Guayaquil. — Retrato de Sucre por Bolívar y San Martín. — Situación de Guayaquil. — Conducta prudente de Sucre. — Reacción realista en Guayaquil. — Sucre general en jefe en Guayaquil. — Combate de Yahuachi. — Sucre pasa la cordillera. — Desastre de Huachi. — Sucre se repliega a Guayaquil. — Decisión de los guayaquileños. — Expedición de Murgeón. — Planes de campaña de Bolívar. — Abre la campaña de Pasto y atraviesa el Juanambú. — Batalla de Bomboná. — Victoria estéril. — Retirada de Bolívar. — Sus incertidumbres. — Reunión de las fuerzas de la insurrección sudamericana. — San Martín envía una división auxiliar peruano-argentina a tomar parte en la guerra de Quito. — Sucre toma la ofensiva. — Combate de Río Bamba. — Hábiles maniobras estratégicas de Sucre. — Batalla de Pichincha. — Sometimiento de Pasto. — Deificación del pretorianismo. — Quito incorporado a Colombia. — Proclamación de la alianza continental por los dos libertadores sudamericanos. — Convergencia de las armas de la insurrección sudamericana hacia el Perú. — La gran combinación militar sudamericana ejecutada.

I

Hemos llegado al gran momento en que, después de historiar los movimientos convergentes de la revolución de la América meridional al Sud y al Norte, y explicar la ley que determinaba su unidad, sus armas triunfantes en ambos extremos van a concurrir a un centro común, y operar allí su conjunción los dos libertadores que la dirigían. Quito es el nudo de esta doble campaña continental, que se apretará en Guayaquil y se desatará en el Perú.

La guerra del sud de Colombia, emprendida después de la reconquista de Nueva Granada, con Quito por objetivo, no había sido tan feliz como la del Norte. Los derrotados de Boyacá, eficazmente ayudados desde Quito por el capitán general Aymerich, hiciéronse fuertes en las provincias de Pasto y Patía, y disputaron tenazmente el dominio

de Popayán y del Alto Cauca, haciendo experimentar a los independientes serios reveses. Nombrado el general Manuel Valdez jefe de la división de operaciones del Sud, abrió segunda campaña con tres batallones —entre ellos el Albión— y alguna caballería. Atacado por 1100 infantes del ejército de Calzada en el pueblo de Pitayó, al noroeste de Popayán, su vanguardia fué arrollada en un principio. El batallón Albión restableció el combate como en Carabobo, y decidió la victoria por una impetuosa carga a la bayoneta. Los realistas se replegaron a Patía, con una pérdida de 300 hombres entre muertos y heridos (6 de junio de 1820). Reforzado Valdez, ocupó a Popayán con un cuerpo de ejército de 2300 hombres, que en poco tiempo quedó reducido a menos de mil por las enfermedades y la deserción. Con esta fuerza insuficiente para la empresa, reabrió campaña sobre Pasto, en obediencia a órdenes terminantes de Bolívar (enero de 1821). Los habitantes de Patía sublevados, al poner en práctica su acostumbrada táctica, le abrieron paso y le cerraron los caminos de retaguardia, cortando sus comunicaciones con Popayán. Al atravesar la barrera del Juanambú, encontróse rodeado de enemigos por todos lados. Desesperado, emprendió una marcha ofensiva sobre la ciudad de Pasto. El coronel Basilio García, que había sucedido a Calzada en el mando de los realistas, lo esperó con 850 hombres en la quebrada de Jenay, cerrándole el camino, y lo derrotó completamente, matándole 200 hombres y tomóle 100 prisioneros. Casi todo el batallón Albión murió peleando en esta acción (2 de febrero de 1821). El armisticio de Trujillo salvó los restos de Valdez de una pérdida total.

Reabiertas las hostilidades al romperse el armisticio, el general Pedro León Torres, que reemplazara a Valdez, fué atacado en Popayán por el activo coronel Basilio García, obligándolo a encerrarse en sus trincheras (15 de julio de 1821). A su vez, Torres, al frente de 1800 hombres, en su mayor parte de infantería, tomó la ofensiva con el intento de avanzar hasta Pasto. Las hostilidades y la deserción de sus tropas, lo derrotaron sin combatir, y vióse obligado a emprender desde Patía una retirada desastrosa sufriendo considerables pérdidas (agosto 29). Popayán fué abandonado por los independientes, que dominaron los patianos.

La guerra del sud de Colombia se habría prolongado indefinidamente, sostenida por las poblaciones de Patía y de Pasto fanatizadas por la causa del Rey, contando con el apoyo de Quito, sostenido a su vez por el virreinato del Perú, si la expedición de San Martín y el dominio del Pacífico no hubiesen aislado este foco de resistencia y permitido atacarlo en su base. Así lo reconoce el más imparcial y más patriota de los historiadores colombianos. Era la Vendée colombiana como se ha dicho. Situada entre los ríos Guáitara y Juanambú, que se deslizan en cauces profundos por entre rocas escarpadas, estas posiciones eran suficientes para impedir el paso de ejércitos numerosos aun defendidas por fuerzas muy superiores. Entre ambos ríos se levanta majestuoso el volcán de Pasto, cono inmenso surcado por barrancos profundos, que son otras tantas posiciones militares inexpugnables que dominan los desfiladeros del Juanambú, barrera formidable donde habían sucumbido durante diez años todos los ejércitos invasores, cuyo solo nombre infundía pavor a los soldados republicanos. Contra estos obstáculos naturales y la fuerza moral de sus semisalvajes habitantes, se habían estrellado los esfuerzos de los vencedores de Carabobo, y aun triunfando de ellos, habrían quedado en impotencia par

adelantar sus operaciones como la experiencia lo mostró poco después. La expedición de San Martín al Perú y la revolución de Guayaquil que fué su primera consecuencia, cortando las comunicaciones terrestres y marítimas entre el Perú y Quito, y aislando a Quito, hizo posible el triunfo de las armas de Colombia por esa parte, y aun así fué necesario la concurrencia directa de las tropas peruano-argentinas para asegurarlo, como luego se verá.

II

Convencido Bolívar de que la guerra del Sud no daba resultados, llevada por los valles de Patía y de Pasto, resolvió atacar a Quito por el Sud y por el Norte a la vez, buscando el camino del Pacífico adonde lo llamaba su destino. Quito no había sido incluído en el armisticio de Trujillo, y podría abrir hostilidades sobre su territorio, ganando posiciones. La revolución de Guayaquil le proporcionó la base que necesitaba. Faltábale sólo un general capaz de ejecutar esta operación combinada. Por un momento pensó trasladarse él mismo a Guayaquil; pero luego se fijó en un oficial que hasta entonces no se había señalado por grandes acciones, pero que por sus cualidades estaba destinado a ser uno de los más grandes generales de la independencia sudamericana, ligando la acción militar de sus dos libertadores. Llamábase Antonio José de Sucre. Hemos señalado ya su modesta aparición. Natural de Cumaná, había recibido una educación científica, y hecho con distinción desde muy joven todas las campañas de la revolución con Miranda, Piar y Bolívar. Ocupaba por este tiempo el puesto de ministro de guerra de Colombia.

Sucre era el general predestinado a ganar la primera y la última batalla de las armas sudamericanas coaligadas, y por una singular coincidencia, los dos libertadores que las organizaron y las condujeron por caminos opuestos al través del continente a su punto de junción, han hecho a la vez su retrato. Bolívar, hacía de él este juicio. "Sucre "es la cabeza mejor organizada de toda Colombia: es metódico y capaz "de las más elevadas concepciones; es el mejor general de la república "y el primer hombre de Estado. Sus principios son excelentes y fijos "y su moralidad ejemplar. Tiene el alma grande y fuerte. Sabe per- "suadir y conducir a los hombres; los sabe juzgar, y si en política no "es un defecto juzgarlos peores de lo que son en realidad, tiene el de "manifestar demasiado el juicio desfavorable que hace de ellos. Es el "valiente de los valientes, el leal de los leales, el amigo de las leyes "y no del despotismo, el partidario del orden, el enemigo de la anar- "quía; y finalmente, un verdadero liberal". San Martín, que no le conoció personalmente, recordándole en su ostracismo, decía de él: "Bravo "y activo en alto grado, reunía a estas cualidades una prudencia con- "sumada, y era un excelente administrador. Las tropas bajo su mando "observaban una disciplina severa, lo que contribuía a hacerlo amar "de los pueblos. No sólo poseía mucha instrucción, sino también co- "nocimientos militares más extensos que los del general Bolívar. Si a esto se agrega una gran moderación, puede asegurarse que fué uno de los hombres más beneméritos que introdujo la república de Colombia".

La misión confiada a Sucre era política y militar, y cuadraba a su carácter. Como Guayaquil al hacer su revolución se hubiese puesto bajo la protección de San Martín y de Bolívar, y Quito había sido de-

clarado parte integrante de Colombia, llevaba encargo de negociar su incorporación a la república a la vez de prestarle el auxilio de sus armas. El general colombiano con una columna de mil hombres reunida en Popayán, parte de los derrotados ejércitos del Sud, embarcóse en el puerto de Buenaventura —costa del Chocó— y se dirigió a Guayaquil (mayo de 1821). A su arribo, encontró que esta provincia se había declarado independiente y constituído en consecuencia un gobierno supremo; pero que existían dos partidos que se dividían la opinión: el uno —que era la mayoría— estaba por su incorporación al Perú; el otro por la unión con Colombia. Las armas de esta inconsistente república habían sufrido un revés en su primer ensayo en Ambato (20 de noviembre de 1820), y no podía mantenerse ni aun a la defensiva sin el auxilio militar del Perú o de Colombia. Esta situación encerraba a la vez que la unión de las armas de los dos libertadores, el primer fermento de su futura división. Sucre procedió prudentemente al no insistir sobre la inmediata incorporación, y asumió el papel de simple auxiliar, aparentando no mezclarse en la cuestión política, pues comprendía que la situación de Guayaquil independiente era imposible entre dos colosos, y que el mando de las armas le daría al fin la preponderancia. Una reacción realista que estalló por este tiempo, vino a servir a sus designios. El 17 de julio (1821) sublevóse la flotilla de la ría y un batallón guayaquileño proclamó al Rey, de acuerdo con una expedición de 1200 hombres que en esos mismos momentos preparaba Aymerich. Sucre acudió con sus tropas, sofocó el movimiento y quedó de hecho dueño de la situación militar como general en jefe de todas las fuerzas.

El general Sucre, al frente de las fuerzas de Guayaquil y Colombia, resolvió salir al encuentro de la invasión que traía Aymerich en dos fuertes columnas, la una, mandada por éste, salida de Quito, y la otra, fuerte de 1000 hombres, procedente de la provincia meridional de Cuenca, a órdenes de su segundo, el coronel Francisco González, quien por una marcha de flanco faldeando las vertientes occidentales de las montañas, debía reunírsele en las nacientes del Babahoyos, al pie del Chimborazo. Hallábase Sucre precisamente a inmediaciones de este punto, que era la posición estratégica, y descendiendo rápidamente el río por su margen izquierda, salió al encuentro de González al que batió en Yahuachi a la bajada de la cordillera, causándole una pérdida de 150 muertos y 500 prisioneros (19 de agosto de 1821). En seguida se volvió sobre Aymerich, quien esquivó el combate, perdiendo como 300 hombres en una retirada de 400 kilómetros hacia la capital. Situado de nuevo en Babahoyos, el general independiente destacó por sus flancos dos divisiones de 300 hombres cada una, con el objeto de atacar a Quito por el Norte y sublevar la provincia de Cuenca por el Sud. Con el grueso de sus fuerzas, que alcanzaba a 1300 hombres trepó la cordillera del Chimborazo y se situó en Huachi, sobre la meseta andina de Ambato, donde poco antes habían sido derrotadas las primeras tropas guayaquileñas. Aymerich, que buscaba la revancha de Yahuachi, hizo salir a su encuentro al coronel González con fuerzas superiores. En un reñido combate de tres horas, los independientes fueron hechos pedazos, con pérdida de 300 muertos y heridos, 40 oficiales y 600 soldados prisioneros. Casi simultáneamente, las fuerzas de Colombia que hostilizaban a Quito por el extremo opuesto, retrocedían vencidas de Patía y abandonaban Popayán (12 de septiembre de 1821). La campaña del Sud parecía perdida.

La derrota de Huachi o Ambato, fué publicada en Guayaquil a son de cajas de guerra, llamando a sus hijos a las armas. Todos acudieron a ocupar sus puestos y formóse una reserva de 700 hombres. Sucre, que saliera de la derrota levemente herido, con algunos oficiales y 100 soldados, reunió en Babahoyos sus dispersos, y oportunamente reforzado por un batallón colombiano de 500 plazas, hizo pie firme en esta posición. Su plan era defender los ríos y los pasos difíciles de las montañas, aunque sin esperanzas de disputar el terreno, si no era socorrido por el Perú y Colombia; resuelto en último caso a encerrarse en Guayaquil y perecer allí. Aymerich no supo aprovecharse de su victoria: detuvo sus marchas en Río Bamba, al pie de las vertientes de la cordillera del Chimborazo, sobre el flanco Sud de Sucre. Desde este punto dispuso que el coronel Carlos Tolrá invadiese a Guayaquil con 100 infantes y 300 jinetes; pero éste, considerando escasas sus fuerzas para la empresa, e intimidado por la fuerte posición que ocupaba Sucre, dentro de una red de ríos rodeada de esteros y pantanos, entró en negociaciones provocadas por el astuto general colombiano. Firmóse en consecuencia un armisticio por noventa días (noviembre 20 de 1821). La estación de las lluvias, que convierte la parte llana de la provincia de Guayaquil en un lago, cortando las comunicaciones terrestres, paralizó de hecho las operaciones.

Los realistas, que contaban con un ejército de 3000 veteranos distribuídos entre Cuenca, Quito y Pasto, recibieron por este tiempo un auxilio, que mejoró su situación. Después de la batalla de Carabobo, arribó a Puerto Cabello el general Juan de la Cruz Murgeón — el compañero de San Martín en Arjonilla —, nombrado virrey de Santa Fe por muerte de Sámano, título que debía adoptar así que hubiese reconquistado las dos terceras partes de la Nueva Granada. Con las cortas fuerzas que conducía y auxiliado por La Torre con algunas compañías, siguió al istmo y desembarcó en Chagres (agosto de 1821). Con una división de 800 hombres de las tres armas, embarcóse en Panamá, tomó tierra en Atacames a inmediación de la embocadura del río Esmeraldas, y después de una marcha prodigiosa al través de un bosque desierto de cien kilómetros, montando la cordillera, arribó a Quito con la expedición y tomó el mando superior con el título de capitán general (24 de diciembre de 1821).

III

Los planes militares de Bolívar después de Boyacá, tomaron un determinado rumbo americano; pero, con la aguja imantada, oscilaban en el Ecuador. Asegurada la reconquista de Nueva Granada y en esperas de realizarse la expedición libertadora del Perú, escribió a O'Higgins, que "el ejército de Colombia marchaba contra Quito, con órdenes de cooperar activamente a las operaciones del ejército chileno-argentino sobre Lima". Reabierta la expedición, Sucre, en nombre de Bolívar, renovaba este mismo anuncio. San Martín, al aceptar la solidaridad de causa, contestaba inculcando sobre la necesidad y conveniencia de aunar los comunes esfuerzos y combinar medidas para dar impulso y unidad a la guerra americana. Las atenciones de la guerra al llamar al Libertador al Norte, le hicieron abandonar este plan, que no fué sino una ocurrencia pasajera, dando poca importancia a la resistencia de los realistas por la parte del Sud. Muy luego varió de idea, y resolvió reconcentrar sus fuerzas en Río Hacha y Santa Marta

para acelerar la rendición de Cartagena, dominar en seguida el istmo de Panamá, y acudir a Guayaquil para emprender por el Pacífico la campaña contra Quito. Rendida Cartagena, dirigióse a San Martín proponiéndole conducir 4000 hombres por el istmo, para aniquilar de un golpe el poder español en el Perú, aun antes de emprender la campaña de Quito, por cuanto, según él, nada importaba que los realistas poseyeran unas pocas provincias en la cima de los Andes del Ecuador si eran vencidos en su centro. Al efecto, dirigióse al Protector y a la Junta de Guayaquil pidiéndoles transportes y víveres para las tropas colombianas que desde Maracaibo debían dirigirse a Guayaquil o al Callao, según mejor conviniese (21 de octubre de 1821). Luego pensó embarcarse con un ejército en la costa de Chocó, por el puerto de Buenaventura y dirigirse a Guayaquil, dejando pendiente la guerra de Pasto. La derrota de Sucre en Huachi y el posterior arribo de la expedición de Murgeón, lo decidieron al fin a emprender su campaña por el Sud de Colombia. El gran rumbo estaba fijado.

Bajo la denominación de "Guardia Colombiana", imitación de la "Guardia" de Napoleón, Bolívar había organizado un verdadero ejército de las tres armas, que constituía el núcleo de sus ejércitos. Sobre esta base formó el que debía operar sobre Quito, y reunióse en la arruinada ciudad de Popayán con los restos de la división de Torres, alcanzando a un total como de 3000 hombres. En su proclama al abrir la campaña, indicó cuál era su objetivo: "¡Quiteños! La Guardia Colombiana dirige sus pasos hacia el antiguo templo del padre de la luz. "Confiadle vuestra esperanza. Bien pronto veréis las banderas del iris "sostenidas por el ángel de la victoria" (17 de enero de 1822). En su marcha hasta el Juanambú, al través de un país enemigo, perdió como 1000 hombres, que dejó en los hospitales (24 de marzo de 1822). Con poco más de 2000 hombres que le quedaban atravesó a inmediaciones de su confluencia con el Guáitara, el río que hasta entonces había sido la tumba de los ejércitos independientes en su encarnizada lucha contra la Vendée colombiana. Su plan, más de instinto que de cálculo, era esquivar la campaña en el territorio de Pasto, cuyas inexpugnables posiciones por la parte del Norte y su resistencia popular temía y con razón inutilizaran su ejército, como el hecho lo demostró. En consecuencia, evitando atacar de frente las fortificaciones de los pastusos, que ocupaban todos los desfiladeros, se inclinó sobre su derecha, con ánimo de atravesar el Guáitara y penetrar en el territorio de Quito. Era rodear la dificultad sin vencerla.

El Guáitara es un río torrentoso que corre de Sud a Norte entre empinadas rocas tajadas a pique, más escarpadas aún que las del Juanambú, y que sólo es vadeable por dos puentes supendidos sobre un abismo. Al acercarse a su margen derecha, convencióse que no podía vencer esta barrera natural, y buscó el primero de sus puentes, que encontró cortado por el enemigo y defendida su cabeza meridional. Inclinóse entonces sobre su izquierda en busca del otro puente, con el propósito de tomar a Pasto por el Sud, en caso de no poder pasar el río. En su marcha, encontróse con el ejército realista, fuerte como de 2000 hombres — en su mayor parte voluntarios del país, fortificado al pie del volcán de Pasto, a las órdenes del coronel Basilio García. La posición de los pastusos era formidable. Apoyaba su derecha en la falda del volcán y su izquierda sobre el Guáitara; el centro era una eminencia cubierta por un espeso bosque con un barranco a su pie, defendido por una trinchera con grandes árboles abatidos. Entre ambas la

neas se interponía una profunda cañada que sólo podía atravesarse por un puente dominado por los fuegos cruzados de los realistas. El plan de campaña de Bolívar, tan vago como era, estaba frustrado, y se estrellaba al fin contra el obstáculo que había querido evitar. Según él mismo lo dijo en aquel momento: no podía permanecer allí, ni podía retroceder, y tenía que vencer a todo trance. Decidió atacar. Eran las dos de la tarde (7 de abril de 1822).

El ejército independiente estaba formado sobre el borde de la cañada, en la llanura de Bomboná que ha dado su nombre a la batalla que se siguió, y que los españoles llamaron de Cariaco. El ataque principal sobre el flanco cubierto por el Guáitara, que se consideraba el más accesible, fué rechazado, y la columna que lo llevara, convergió entonces hacia el centro, donde se estrelló contra las abatidas de árboles, quedando sus batallones en esqueleto. El ataque sobre la derecha enemiga por la falda del volcán, que era accesoria y se consideraba casi imposible, fué más feliz, consiguiendo un batallón que lo llevó, escalar la montaña, dispersar la infantería que la defendía, y establecerse sobre el flanco del enemigo, hasta dominarlo con sus fuegos. Faltaba media hora para ponerse el sol. Bolívar, que desde el llano presenciaba este combate al frente de la reserva, y se daba confusa cuenta de él, desprendió un batallón sobre las trincheras del frente con el objeto de impedir que el centro enemigo cargase sobre los asaltantes del volcán, lo que dió por resultado un tercer rechazo con pérdida de ochenta hombres en veinte minutos de fuego. En este estado de la batalla sobrevino la noche. Los republicanos, dueños de las altas faldas de las montañas, se encontraron vencedores y paralizados al borde de hondos precipicios alumbrados por la luz de la luna. El enemigo, una vez vencedor en su izquierda y dos veces en su centro, que había sufrido muchas menos pérdidas que los republicanos, como que combatía parapetado, al ver dominado el flanco derecho de su posición, emprendió desordenadamente la retirada con abandono de su artillería. Nadie sabía quién era el vencido o el vencedor, y la verdad era que ambos ejércitos estaban derrotados. Tal fué la famosa batalla de Bomboná. El campo de batalla quedó por los independientes, a costa de la tercera parte de su ejército. Fué una victoria a lo Pirro, y en peores condiciones que Napoleón después de la sangrienta victoria de Tilsit, se encontró en impotencia hasta para conservar el campo de batalla. Así exclama un historiador colombiano: "Estéril triunfo que había costado tan caro". La pérdida de los republicanos pasó de 600 entre muertos y heridos; la de los realistas no llegó a 250.

La batalla estaba ganada, y ella destempló el nervio de la resistencia pastusa; pero la campaña estaba por el momento perdida. Ambos contendores quedaron impotentes para ofenderse; pero los pastusos estaban en su terreno y los republicanos no tenían mas prospecto que consumirse estérilmente en la inacción. El Coronel García, conociendo la ventaja negativa, intimó a los republicanos repasaran el Juanambú. El Libertador, convencido de que forzosamente tendría que hacerlo, abrió una negociación con el objeto de ajustar un armisticio, a lo que se negó el jefe español. A los ocho días, la situación del ejército independiente era insostenible. Bolívar vióse obligado a emprender su retirada con poco más de la mitad del ejército con que había invadido (1300 hombres), abandonando a la generosidad del enemigo 300 heridos y enfermos que no podía conducir por falta de cabalgaduras (16 de abril de 1822). En su marcha retrógrada, que efectuó en masa bajo el fuego

de las guerrillas de todo el país sublevado, experimentó la pérdida de varios destacamentos, 500 fusileros y su correspondencia oficial. En Patía hizo alto. Abiertas sus comunicaciones con Popayán, pidió refuerzos para formar un nuevo ejército, que le fueron inmediatamente enviados, consiguiendo reunir hasta 2000 hombres de las tres armas, pero sin elementos de movilidad y experimentando nuevas pérdidas por la insalubridad del clima.

La campaña combinada al sud de Colombia, operando simultáneamente por Pasto y por Guayaquil, estaba malograda. Sucre, vencedor en un principio, había sido derrotado, y estaba reducido a una precaria defensiva, sin que pudiera recibir refuerzos de Colombia, y sin más esperanza que los auxilios que pudiera prestarle San Martín desde el Perú. Bolívar, había abierto sus operaciones para reparar el contraste de Sucre, perseverando en la combinación, pero vencedor y vencido a la vez en Bomboná, habíase visto obligado a retrogradar a Patía. Podía reabrir una campaña sobre Pasto con fuerzas iguales a las que podía presentarles el enemigo; pero era seguro que se consumirían en este roce, en que el clima, la opinión y las armas estaban contra él. Aun triunfando, era difícil, si no imposible, que pudiese llegar hasta Quito, donde le esperaba otro ejército igual al suyo. Sucre, mientras tanto, encerrado en Guayaquil, no podía avanzar para darle la mano, removiendo el obstáculo intermedio, pues para ello necesitaba de un ejército que no tenía. O renunciar a someter a Pasto, trasladando la base de operaciones al Pacífico, o perseverar en la empresa, con medios suficientes para dominar a Quito, tal era la alternativa que se imponía.

En esta situación incierta permaneció el Libertador los meses de abril y mayo (1822), sin ningún propósito deliberado. Hubo momentos en que desesperado, volvió a su antigua idea de renunciar definitivamente a la campaña de Pasto, y emprender la de Quito por la costa del Pacífico. Un gran suceso que iniciaba la reunión de las armas de la insurrección sudamericana, vino a fijar sus irresoluciones. Sucre había vencido por el lado del Pacífico y entrando triunfante en Quito, con el auxilio de las tropas peruano-argentinas enviadas por San Martín. El momento señalado al ligar históricamente las dos revoluciones del Sud y del Norte, había llegado (véase capítulo XXXV, § VIII). El plan de campaña continental de San Martín está matemáticamente ejecutado, y se combina con otro análogo que lo completa. El sueño de los dos libertadores de América está realizado. Este es el nudo de la revolución sudamericana, cuya síntesis hemos dado, determinando su ley y explicando sus atracciones recíprocas (véase capítulo I, § I).

IV

Antes de su triunfo de Yahuachi y de su derrota de Huachi, Sucre había comprendido que con las escasas fuerzas colombianas de que disponía, aun unidas a las de Guayaquil, le sería difícil, si no imposible, abrir campaña formal contra Quito, y que, aun la defensiva se hacía dudosa, si no era eficazmente auxiliado por San Martín, desde el Perú, combinando sus operaciones. Al tiempo de abrir su primera campaña (13 de mayo de 1821) escribió Sucre a San Martín: "Un "cuerpo dependiente del ejército del Perú que se levante en Piura, pue- "de cooperar muy eficazmente a la campaña sobre Quito, invadiendo

"por Cuenca y Loja, y penetrar hasta reunirse con la división de Co-"lombia que marche de Guayaquil. Quito será libre en esta campaña, "y me lisonjeo tengan en ella una parte gloriosa los libertadores del "Perú. Los colombianos verán, con una satisfacción orgullosa, marchar "entre las filas a los libertadores del Sud, y estar a las órdenes de "V. E.". Después de su derrota en Huachi, en que perdió la mitad de su ejército, hubo de darlo todo por perdido, si prontamente no fuese sostenido con fuerzas del Perú. "La desgracia que sufrieron nuestras "armas en Ambato (escribía el 26 de septiembre al ministro de la Gue-"rra del Perú) ha vuelto a amenazar a Guayaquil de un peligro cierto, "y estamos cerca de una invasión que hace vacilar la suerte del país. "Se asegura que el enemigo hace ya sus aprestos para expedicionar so-"bre Guayaquil; pero con los elementos que actualmente están a su "disposición, no me atrevo a garantizar el resultado. Intereso, pues, "a V. S. por la remisión de socorros".

La oportuna llegada de un batallón colombiano de 500 plazas después del combate de Huachi, y la decisión de la provincia de Guayaquil que permitió ajustar el armisticio de que antes se dió noticia (§ II), unido todo a la inundación del país que paralizó de hecho las operaciones, permitieron a Sucre mantenerse a la defensiva (noviembre de 1821). Esperaba entonces que el Libertador se trasladara a las costas del Pacífico con 4000 hombres, para abrir campaña sobre Quito o el Perú, según conviniese, en combinación con San Martín, pero abandonado este proyecto y decidida la campaña de Popayán sobre Pasto, la situación de Guayaquil era precaria, tanto más cuanto que, ni Aymerich ni el capitán general Murgeón habían ratificado el armisticio ajustado con el coronel Toirá. No esperando inmediatos auxilios de Colombia, Sucre previó que a la reapertura de las hostilidades, su posicion se haría muy difícil y que no le quedaría más esperanza que encerrarse en Guayaquil, y sucumbir allí, según confesión propia. Concibió entonces el proyecto de no permanecer en inacción durante el invierno, y dirigióse por un camino de la costa que las inundaciones dejaban libre, a fin de ocupar las provincias de Cuenca y Loja, colindantes por el Sud con el Perú, buscando una base más sólida de operaciones. A la vez instaba por los auxilios solicitados a San Martín "El "enemigo — escribía al Protector desde Babahoyo —, ha concentrado "sus fuerzas en Río Bamba, y según avisos iba a moverse con un cuer-"po de 2000 hombres. Este punto (Babahoyo) no es susceptible de "defensa. Aunque restablecida en cierto modo la moral, no se han au-"mentado los cuerpos, sino tan miserablemente, que una población de "setenta mil habitantes apenas ha dado 200 reclutas, y la ley mar-"cial publicada por el gobierno de la provincia ha dado por todo efec-"to la formación de algunas milicias, que no prestan otra esperanza "que la de ver hombres que al aspecto del enemigo desertarían como "siempre. Resuelto, sin embargo, como siempre a estorbar a todo tran-"ce que ocupe el enemigo a Guayaquil, por la tendencia que su posi-"ción daría a los estados fronterizos, he pensado defender algunos pa-"sos que entretendrán el tiempo mientras vienen socorros del Perú o "de Colombia, y en último caso encerrarme en la capital para perecer "con ella, pues no confío en su existencia bajo los medios fríos que se "ponen para salvarla. Las tropas de Colombia no parecen, y acercán-"dose ya el enemigo, he creído un deber reiterar mis reclamos por al-"gún batallón que ponga a cubierto la provincia, mientras llegadas las

"fuerzas que vienen de Cauca estemos en actitud de retornar a la ofen-"siva. Suplicó una contestación que nos saque de la ansiedad en que "nos hallamos de recibir algún auxilio de tropas del Perú para delibe-"rar mis operaciones conforme a esta esperanza, o en la negativa acep-"tar el mejor partido que nos ofrecen las circunstancias".

Pasaron más de dos meses (noviembre y diciembre de 1821) sin que apareciesen los esperados refuerzos de Colombia. El Libertador, ocupado en preparar la campaña contra Pasto, apenas había podido formar en Popayán un ejército de 2000 hombres, de manera que sólo pudo enviar a Sucre algunos reclutas, con órdenes terminantes de que realizara su invasión por Cuenca, a fin de dividir la atención de las fuerzas españolas de Quito. Tal operación era imposible sin la cooperación militar del Perú; y de realizarse sin ella, habría quedado comprometida la débil división colombiana del Pacífico, después de la retirada de Bomboná. Sucre no contaba a la sazón sino con 1300 hombres, incluso el contingente de Guayaquil, fuerza insuficiente aun para tomar una ofensiva parcial. Fué en tales circunstancias cuando San Martín decidió tomar parte en la guerra de Quito.

Sobre la frontera de Quito, hallábase organizando una división de las tres armas el general Arenales, que ocupaba el puesto de presidente del departamento de Trujillo. El Protector dispuso que marchase en auxilio de Guayaquil. Arenales declinó el mando de la expedición, dando por causal sus enfermedades. Sucre, pensando que fuera por repugnancia de sujetarse a su mando, le ofreció modestamente ponerse bajo sus órdenes con la división colombiana, porque "le gustaba más "obedecer que mandar y le sería siempre lisonjero servir bajo tan "acreditado general". Arenales persistió en su renuncia, y fué nombrado para reemplazarle el coronel Andrés Santa Cruz, el dos veces prisionero en Tarija y en Pasco. Celebróse en consecuencia un convenio, por el cual los sueldos y las bajas de la división, bajo la bandera peruana durante la campaña, quedaban a cargo de Colombia (enero de 1822). La división auxiliar componíase de dos batallones y de tres escuadrones, de nacionalidad peruana y argentina, que sumaban un total de 1300 a 1500 hombres. El batallón número 4 del Perú, habíase formado sobre la base de la compañía de Granaderos del número 8 de los Andes, glorioso resto de los libertos de Cuyo, diezmados en Chacabuco y Maipu, lo mandaba el coronel argentino Félix Olazábal. El número 4 estaba compuesto de peruanos a las órdenes del comandante Francisco Villa. Dos escuadrones de cazadores a caballo del Perú iban a cargo del comandante Antonio Sánchez, argentino también. Por último, un escuadrón de Granaderos de los Andes, de 9 plazas, argentinos todos, con su comandante Juan Lavalle a la cabeza.

V

La división peruano-argentina, siguiendo el plan de campaña trazado por Sucre, que cambiaba su base de operaciones apoyándose en el Perú, pasó la frontera, y reunida a la colombiana se apoderó sin resistencia de las provincias de Loja y Cuenca (9 de febrero de 1822). Este hecho iniciaba el afocamiento de la revolución sudamericana y la gran reunión de las armas de la insurrección continental bajo las inspiraciones de sus dos grandes caudillos. Por la primera vez se veían reunidos en un mismo campo los llaneros de Colombia y los gauchos de las pampas argentinas, los soldados independientes del Perú y de Chile con

los de Venezuela, Nueva Granada, Quito y Panamá. Las dos divisiones así compuestas, formaban un total de 2000 hombres. Sucre se detuvo en Cuenca durante los meses de febrero y marzo, dando tiempo al desarrollo de las operaciones que a la sazón abría Bolívar por Pasto, y a la espera de un batallón que le venía desde Panamá, el que muy disminuído alcanzó a incorporársele antes de la terminación de la campaña, a órdenes del coronel José María Córdoba, que sería uno de los más valerosos generales de Colombia. Al fin, decidióse a tomar resueltamente la ofensiva, y se puso en marcha en busca del enemigo (marzo de 1822). Un singular incidente, que por mucho tiempo ha sido un misterio, hubo de poner término a la campaña al iniciarse, y dar a los realistas el triunfo sin combatir.

La división auxiliar había tomado el puesto de honor ocupando la vanguardia, y uno de sus batallones hallábase avanzado sobre el enemigo. En tales circunstancias, el coronel Santa Cruz recibió una nota del gobierno delegado del Perú, en que le prevenía ponerse inmediatamente en retirada con su fuerza en cualquier punto que se hallase, y concentrarse en Piura, dando por causal que los españoles de la sierra amenazaban a Lima. La verdadera causa era la cuestión de Guayaquil que hemos apuntado antes y sobre la que volveremos después. La orden era terminante, y así Santa Cruz lo comunicó por escrito a Sucre. El general colombiano se negó de oficio a autorizar la retirada, por cuanto hallándose la división a sus órdenes, no tenía comunicación directa del Protector, y porque el servicio que ella prestaba era en retribución del batallón colombiano Numancia que el Perú retenía a su servicio. En una conferencia privada manifestó a Santa Cruz que estaba resuelto a hacer uso de la fuerza para impedirlo, porque de permitirlo, la empresa contra Quito era perdida, y el honor de las armas colombianas se amenguaba dejando comprometido al Libertador en su campaña combinada.

La retirada de la división auxiliar importaba, en efecto, la pérdida de la campaña. Ella representaba por lo menos la mitad de la fuerza del ejército independiente. Sucre con sólo mil hombres habría tenido que retrogradar, y hasta su salvación era dudosa. El resultado habría sido probablemente la pérdida de Guayaquil, pues en estos mismos días (principios de abril), Bolívar emprendía su retirada de Pasto después de su desastrosa victoria de Bomboná. Habría sido no sólo una mengua para las armas de Colombia, sino también un oprobio para la causa de la independencia americana. Afortunadamente, la orden, aunque terminante, no autorizaba el empleo de la fuerza para cumplirla. Santa Cruz reunió una junta de guerra para aconsejarse en este conflicto, y todos sus jefes opinaron unánimemente que debía continuarse la campaña a la espera de órdenes más precisas. Todo quedó amistosamente arreglado entre Sucre y Santa Cruz, y cuando pocos días después llegó la contraorden de San Martín revocando la mal aconsejada resolución del gobierno peruano, ya la campaña estaba abierta y la bandera auxiliar comprometida en el fuego (11 de marzo de 1822).

VI

La situación de los realistas en Quito, si no desesperada, era dificilísima. Aislados en medio de las montañas, sólo contaban con 2000 hombres, aunque de buenas tropas, para defender la capital, que si bien podían disputar con ventaja los pasos de la cordillera occidental,

eran impotentes para tomar la ofensiva. Pasto se sostenía siempre indomable, pero su nervio había sido quebrado en Bomboná, y Bolívar, reforzado con nuevos contingentes de Nueva Granada, se disponía a atravesar otra vez el Juanambú. El capitán general Murgeón había muerto de pesadumbre contemplando el triste estado de su causa. Aymerich había vuelto a reasumir el mando. La primitiva combinación de la campaña se rehacía en mejores condiciones, y Bolívar por Pasto y Sucre reforzado por el Pacífico, convergían sobre Quito. Para contrarrestar esta combinación, Aymerich echó a vanguardia 1500 hombres de su ejército sobre las vertientes occidentales de la cordillera, al mando del coronel Nicolás López, pero con orden de ceder el terreno, no comprometer batalla y replegarse hacia la capital al amparo de las fuertes posiciones naturales y fortificadas que la rodean. En ejecución de este plan expectante, el grueso del ejército español se había situado en Río Zamba. Al moverse Sucre de Cuenca y dar dirección a sus divisiones diseminadas en su círculo estratégico, intentó el enemigo impedir su concentración; pero verificada ésta metódicamente y con prudencia, limitóse a permanecer en observación en las alturas.

Sucre contaba con 2500 hombres al abrir su campaña, incluyendo el batallón colombiano que conduciría el coronel Córdoba. Desde Cuenca, siguió faldeando la cordillera occidental, y descendió al valle de Río Bamba, al pie del Chimborazo. Las comunicaciones con Guayaquil quedaron desde entonces abiertas, y su retaguardia y flancos asegurados. Los independientes provocaban con empeño una batalla; pero el enemigo iba cediendo el terreno y se mantenía a la estricta ofensiva en posiciones inexpugnables. Observando Sucre que había descuidado cubrir sobre su izquierda una quebrada, único paso accesible, que defendido por 200 hombres podía contener la marcha de un ejército, penetró por allí, mientras llamaba la atención por el frente, y amagando su retaguardia desplegó su línea de batalla en el valle opuesto (21 de abril de 1822). Esta fué la ocasión de uno de los más brillantes combates de caballería de la guerra de la independencia americana.

Los realistas excusaron el combate a que eran provocados, y se pusieron en retirada, ocupando otra posición más a retaguardia de la villa de Río Bamba, con su caballería al frente. Sucre dispuso que un escuadrón de Dragones de Colombia y los Granaderos de los Andes practicasen un reconocimiento del terreno. El escuadrón argentino atravesó la villa, y formó detrás de un mamelón de sus arrabales del Norte, a cuyo pie se extendía una llanura. La caballería enemiga, que constaba de cuatro escuadrones con 420 hombres, iniciaba en ese momento un avance en columnas paralelas. En esta formación, se introdujo en un ancho callejón, que le obligó a disminuir su frente, estrechando los intervalos. Lavalle, con su golpe de vista, se aprovechó de esta falsa maniobra y cargó a fondo sable en mano con sus 9 Granaderos, poniendo en completa derrota a los realistas y los acuchilló hasta el pie de las posiciones que ocupaban sus masas de infantería. Antes que los vencidos pudiesen reaccionar, emprendió su retirada al trote, para recibir la nueva carga que le venía lo más distante posible de la infantería. En ese momento llegaban 30 dragones de Colombia que siguieron su movimiento retrógrado. La caballería realista rehecha, volvió al ataque a gran galope. Los granaderos argentinos, sostenidos por los 30 dragones colombianos formados en escalón sobre su izquierda, volvieron caras y envolviendo a los escuadrones realistas los acuchillaron por segunda vez por la espalda, hasta el fondo de la llanura. Cincuenta

y dos muertos y cuarenta heridos del enemigo (con la pérdida tan sólo de un granadero argentino, y un dragón colombiano muertos y veinte heridos), fueron los despojos de este famoso combate, que anuló toda la caballería española por todo el resto de la campaña.

VII

Después del combate de Río Bamba, el ejército español continuó su retirada y se hizo fuerte en las inaccesibles posiciones de Jalupana, donde en 1813 habíanse atrincherado los revolucionarios de Quito y que fueron flanqueadas por Montes en su famosa marcha antes relatada (véase cap. XXXVIII, § VIII). Sucre convocó una junta de guerra, y todos fueron de opinión de imitar la hábil maniobra del general español en aquella época, pero dentro de líneas más precisas y con objetivos más claros, a fin de rodear las posiciones inatacables por el frente, envolver uno de sus flancos y tomar la retaguardia del enemigo; y en último caso estrecharlo sobre la ciudad, obligándolo a una batalla decisiva.

El 13 de mayo (1822), inició su movimiento estratégico el ejército independiente, por un camino que ascendiendo del volcán del Cotopaxi conducía a retaguardia del enemigo y rodeaba su flanco izquierdo por el Este. Después de una marcha de cuatro días al través de las heladas cimas de la montaña, descendió al valle de Chillo, a veinte kilómetros de Quito (17 de mayo). Los realistas apercibidos, se habían replegado con anticipación sobre la ciudad, y la cubrían por el Sud, situados en posiciones impenetrables, esquivando el combate a que eran provocados fuera de ellas (22 y 23 de mayo). El general republicano se propuso entonces maniobrar por el flanco derecho del enemigo y trasladarse al norte de la ciudad a fin de cortar sus comunicaciones con Pasto, de donde Aymerich esperaba una columna de refuerzo, que estaba en camino, según comunicaciones que se interceptaron. Para ejecutar esta operación era necesario seguir un camino escabroso por la falda del volcán de Pichincha, coronado por cuatro picos nevados, en que las columnas tenían que marchar en desfilada. A las ocho de la noche del 23 de mayo, bajo una lluvia, emprendió su marcha por aquella estrecha ruta el ejército independiente. A las ocho de la mañana del día siguiente, la vanguardia coronaba las alturas del volcán que domina a Quito, y a cuyo pie se desenvuelve una áspera cuesta cubierta de bosques y matorrales.

Antes que todo el ejército independiente hubiese operado su reunión, los españoles trepaban la cuesta cubiertos por el bosque, y atacaban al batallón número 2 del Perú, que llevaba la cabeza y debía ocupar la derecha de la línea. Eran las nueve y media de la mañana. El coronel Olazábal que lo mandaba, contuvo el ímpetu del ataque por el espacio de media hora, hasta agotar sus municiones. El batallón número 4 del Perú, que lo relevó en el fuego, recluta y sin el nervio de los soldados del número 8 de los Andes, se sobrecogió al encontrarse frente de todo el ejército enemigo, y cejó en el primer momento; pero luego reaccionó con brío. El terreno era estrecho para los despliegues, lo que favorecía a los independientes, que retardados en su marcha tenían que entrar en pelea a medida que coronaban la cima de la montaña. Sucesivamente fueron entrando en línea los batallones colombianos, relevándose en el fuego hasta agotar sus municiones, pues el parque había quedado a gran distancia a retaguardia. El enemigo ganaba te-

rreno. Una carga a la bayoneta del batallón colombiano Paya equilibró el combate. Los realistas procuraron entonces flanquear la izquierda independiente a favor de la espesura del bosque, y ya alcanzaban la cima, cuando aparecieron tres compañías del famoso batallón inglés "Albión", y tomaron por el flanco a los flanqueadores, derrotándolos. El coronel Córdoba con el centro, sostenido por las compañías del "Albión", completó la victoria, echando cuesta abajo el resto del ejército enemigo, que se refugió en la ciudad al abrigo de sus fuertes. Eran las doce del día 24 de mayo de 1822.

La caballería española había presenciado el combate, formada en los suburbios de Quito, y era la reserva con que contaba Aymerich para retirarse a Pasto. La caballería independiente, que no tomó parte en la batalla, por no permitirlo el terreno, fué lanzada en su persecución, obligándola a ponerse en fuga y dispersarse más tarde. El general Sucre intimó rendición a la ciudad. Aymerich capituló, entregando las fortalezas, las tropas y el armamento (25 de mayo de 1822), los realistas perdieron: 1100 prisioneros de tropa y 160 jefes y oficiales capitulados; 400 muertos, además de 190 heridos; 14 piezas de artillería; 1700 fusiles y sus banderas. Los independientes tuvieron 200 muertos de los cuales cerca de la mitad correspondían a los batallones peruano-argentinos, y 140 heridos de las dos divisiones aliadas.

Esta victoria, obtenida por el común esfuerzo de las armas de la insurrección del sud y del norte de la América meridional, reunidas por la primera vez, puso el sello a la alianza continental.

VIII

Las batallas de Bomboná y Pichincha pusieron término a la guerra del norte de la América meridional, y cuadraron el territorio de Colombia, según el plan geográfico de su constitución. Bolívar, que después de Bomboná se había replegado a Patía y reorganizado un nuevo ejército de 2000 hombres, según queda relatado, propuso una capitulación a la provincia de Pasto, precisamente en el mismo día en que Sucre trepaba el volcán de Pichincha para dar la batalla que debía poner término a la campaña y dar fuerza a la intimación del Libertador paralizado en sus operaciones. La noticia de la derrota del ejército de Quito decidió al coronel Basilio García a capitular. Pero los indomables pastusos fanatizados, que aun contaban con 2000 hombres armados, se resistían a abatir su bandera, y querían continuar, aunque fuese solos, su resistencia. "Guerra a los rebeldes y a los herejes", era su grito. Fué necesario que García llamase en su auxilio al obispo de Popayán, Jiménez de Padilla, que hasta entonces había inflamado a los realistas del valle de Cauca y a los pastusos con sus predicaciones, combatiendo a su cabeza con la cruz y con la espada, y los persuadiese de que debían deponer las armas. Merced a esta poderosa influencia espiritual, firmóse una capitulación en que se concedió sin restricciones a los pastusos todo lo que pidieron (8 de junio de 1822). Se reconoció a los capitulados el derecho de no tomar partido contra su voluntad en favor de Colombia, ni ser destinados en ningún tiempo a los cuerpos vivos del ejército de la república, manteniendo su organización de milicias urbanas en sus respectivos distritos, sin que jamás pudieran ser obligados a salir fuera de su territorio. Otra de las condiciones estipuladas fué, que "no hubiese la más mínima altera-"ción en cuanto a la sagrada religión C. A. R. y a lo inveterado de sus

"costumbres", que fué concedida por el Libertador, declarando: "que "la república de Colombia se gloriaba de estar bajo la protección de la "religión de Jesucristo y no cometería jamás el impío absurdo de al- "terarla". El Libertador entró triunfante en Pasto, y tuvo así la gloria de someter pacíficamente a la indomable provincia realista, que por el espacio de diez años había resistido a todos los ejércitos de Colombia, había hecho frente durante los últimos ocho meses de la campaña a no menos de nueve mil soldados aniquilando más de la mitad de ellos, y obligado al mismo Bolívar a retroceder quebrado ante sus armas, salvando al fin su autonomía bélica. Bolívar, embriagado por la gloria, se dirigía a los colombianos: "Desde las riberas del Orinoco has- "ta los Andes del Perú, el ejército libertador marchando de triunfo "en triunfo ha cubierto con sus armas protectoras toda la extensión "de Colombia. Participad del océano de gozo que inunda mi corazón, "y elevad en los vuestros altares al ejército libertador, que ha dado "gloria, paz y libertad" (8 de junio).

La deificación de los ejércitos de Colombia, levantados a los altares por su libertador, inauguraba el pretorianismo sudamericano, que debía pesar sobre la América independizada y acabar con el Libertador. Los soldados de Colombia, ensoberbecidos con sus triunfos, identificándose con la fortuna y el espíritu de su gran caudillo, empezaron a tratar a los pueblos libertados como pueblos conquistados. Los vencedores de Pichincha, enarbolaron en Quito las banderas de Colombia, declarándolo incorporado de hecho a la gran república en presencia de las tropas auxiliares que habían concurrido a su libertad. La Municipalidad de Quito protestó contra este avance, que contrariaba los votos de la mayoría de los ciudadanos y ajaba la dignidad popular que representaba. Los municipales fueron desterrados militarmente en castigo de esta resistencia de mera forma. Sucre, no obstante trabajar en el mismo sentido, pero con habilidad y moderación, reparó esta inútil violencia, y desarmó la oposición, perfeccionando el acto con formas más regulares (29 de mayo). Cuando Bolívar llegó a Quito, todo estaba sometido a las bayonetas colombianas. Los libertados recibieron al Libertador con entusiasmo, votándole la entrada triunfal que venía buscando, y una nueva y merecida corona de oro imitando laureles, como la de Caracas y Bogotá (16 de junio de 1822).

Los dos libertadores del Norte y del Sud, proclamaron entonces a la faz del mundo, la gran alianza de las armas triunfantes de la insurrección sudamericana, sellada en Pichincha. Bolívar decía desde Quito a San Martín: "Los beneméritos libertadores del Perú han veni- "do con sus armas vencedoras a prestar su poderoso auxilio en la cam- "paña que ha libertado tres provincias del sud de Colombia. No es nues- "tro tributo de gratitud el de un simple homenaje, sino el deseo más "vivo de prestar los mismos y aun más fuertes auxilios, si es que ya "las armas libertadoras del sud de América no han terminado gloriosa- "mente la campaña que iba a abrirse. El ejército de Colombia está "pronto a marchar donde quiera que sus hermanos lo llamen". San Martín contestaba, que "los triunfos de Bomboná y Pichincha habían "puesto el sello de la unión de Colombia y del Perú, asegurando la "libertad de ambos estados, y que consideraba bajo un doble aspecto "estos sucesos, consumada con heroísmo la obra del Libertador, siendo "el Perú el único campo de batalla que quedaba en América".

Toda la América meridional estaba independizada y barrida de enemigos desde Méjico hasta el cabo de Hornos: sólo quedaba Puerto

Cabello en Colombia y una parte del Perú por libertar. Hacia el Perú convergían los ejércitos triunfantes de la insurrección sudamericana, y sus dos grandes libertadores iban a encontrarse bajo la línea divisoria de sus campañas continentales y punto de reunión de sus armas aliadas. El plan de campaña continental de San Martín estaba ejecutado en el Sud y el de Bolívar en el Norte. La historia no presenta ejemplo de una combinación militar más vasta, que se desenvuelve con método al través de un mundo, se prosigue con perseverancia por el espacio de doce años, y da por resultado la concentración de las fuerzas revolucionarias en el punto estratégico de la victoria final, obedeciendo a la ley que las gobierna y a la inspiración sistemática de los generales que las dirigen.

CAPITULO XLV

GUAYAQUIL

AÑO 1822

Armonías de la revolución sudamericana. — Diverso carácter de las revoluciones del sud y del norte de la América meridional. — Dos hegemonías y dos libertadores. — Conflictos y antagonismos. — La cuestión de Guayaquil. — Derrota de los guayaquileños. — Luzuriaga jefe de las armas de Guayaquil. — Negociaciones de Guido con Guayaquil. — Intervención colombiana en Guayaquil. — Nudos de la cuestión de Guayaquil. — Acuerdos secretos entre San Martín y la junta de Guayaquil. — Actitud resuelta de Bolívar en la cuestión de Guayaquil. — Examen histórico, legal de la cuestión de límites de Guayaquil. — Desinteligencia de San Martín y Bolívar con este motivo. — Intervención de San Martín en Guayaquil. — Examen de esta actitud. — Prospecto siniestro.

I

Hasta aquí hemos seguido paralelamente la marcha de los acontecimientos y el desarrollo de los principios constitutivos de la emancipación sudamericana, en sus formas elementales, en sus evoluciones orgánicas y en sus fenómenos alternativos, dentro del círculo de atracción de sus armonías. Lo irreductible de la embrionaria masa animada, el sincronismo de sus vibraciones, sus gravitaciones mutuas, manifiestan una ley superior que se concreta en una insurrección articulada. Los enlaces étnicos, geográficos y sociológicos de los pueblos puestos en conmoción, la convergencia de sus marchas estratégicas, la dirección constante de las fuerzas vivas y su condensación en las puntos donde deben producir su efecto, dan su unidad al movimiento revolucionario. La genialidad democrática del conjunto de elementos, fuerzas y voluntades que se combinan; el equilibrio inalterable de los instintos populares; la adaptación de órganos apropiados para una vida nueva; la impotencia de las invenciones artificiales y de las influencias fuera del círculo vital para reaccionar contra las tendencias espontáneas; la ley del destino que se impone a despecho de todo y la lógica de los hechos coherentes que prevalece en la organización republicana, revelan un determinismo político, que está en el medio ambiente, en los hombres,

en las cosas y responde a una necesidad vital de la revolución misma. Hasta aquí las armonías.

A medida que la lucha de la independencia se simplificaba por la concurrencia de los comunes esfuerzos, el movimiento revolucionario se hacía más complicado en su conjunto. Los antagonismos y sus conflictos aparecen simultáneamente con las armonías de la emancipación, por el efecto de las acciones y reacciones de sus elementos ingénitos en actividad y en conjunción. Hasta aquí, la atraccion física de las masas es la que por su gravedad determina su dirección y sus agrupaciones coherentes. En adelante, empiezan a diseñarse los particularismos que derivan de su propia naturaleza; a intervenir los intereses y las pasiones de los hombres puestos en contacto; a despertarse las incompatibilidades, emulaciones y rivalidades nacionales y personales; y hasta el temperamento de los caudillos que presiden en sus partes al complicado movimiento colectivo, será un nuevo factor, que acelerará la crisis, y produciendo un choque, provocará colisiones y repulsiones. Empero, las líneas fundamentales del plan general de la revolución sudamericana, no se alterarán por estos desvíos accidentales; los instintos, convertidos en ciencia y conciencia prevalecerán y encontrarán su equilibrio y la organización definitiva en sus partes y en su conjunto obedecerá a la misma ley que puso en movimiento las fuerzas, las condensó, y les hizo producir la mayor suma de trabajo útil en la lucha por la emancipación. Ni la confusión que acompaña a la concentración de las dos hegemonías continentales, ni la acción oficial de los gobiernos, ni la influencia misteriosa de las sociedades secretas, ni las conjuraciones de los poderes absolutos del mundo entero contra los principios de la democracia, ni la espada misma de los libertadores, echadas por una parte en el platillo de la monarquía y por la otra en el de la monocracia, podrán alterar el equilibrio estable del americanismo republicano y de las autonomías soberanas. San Martín y Bolívar, dos genios, dos fuerzas, los dos libertadores del sud y del norte de la América meridional, desaparecían de la escena después del triunfo de sus armas, uno después de otro, quedando triunfante la república, sin dejar rastros el uno de sus planes monarquistas, ni el otro de sus ambiciones y sueños de absorción continental, y se ordenarán por último los elementos orgánicos que la revolución entrañaba, según su naturaleza en la proyección de sus destinos finales.

Lo que más contribuía a hacer inminente el conflicto entre la revolución del Sud y del Norte — aparte del carácter de sus caudillos — era la diversa organización de sus fuerzas políticas y el impulso a que respondían. De dos masas que se refunden, la acción inicial de la una tiene que preponderar sobre la otra, aunque al fin el equilibrio estático se establezca. Tal sucedió en la condensación de las fuerzas batalladoras y redentoras de América meridional, y en la conjunción de sus dos grandes caudillos en el momento de completar su evolución simultánea. Eran dos revoluciones, que representaban dos hegemonías armadas, que en sus tendencias seguían sistema diverso por sus medios, aunque no por sus fines. La una — la del Sud, acaudillada por San Martín —, representaba la emancipación de las diversas secciones americanas por un principio de solidaridad, entregándoles sus propios destinos una vez libertadas. La otra — la del Norte, representada por Bolívar —, obedeciendo a la misma tendencia, respondía a un plan de absorción nacional, de grado o por fuerza, que dada su impulsión pretendería convertirse en regla dominadora del continente emancipado

por la acción de sus armas. Bolívar, libertador de Nueva Granada, le había impuesto, a título de vencedor, su incorporación a Venezuela. Libertador de Quito, pretendía imponerle su incorporación a Colombia, como más tarde impondría al Alto y Bajo Perú su constitución monocrática y sus presidentes vitalicios, contrariando los particularismos y falseando las leyes fundamentales de la democracia. De aquí la inminencia del conflicto de las fuerzas y el antagonismo de los principios constitutivos.

Guayaquil era el punto donde debía necesariamente manifestarse este antagonismo y producir este conflicto por el encuentro de los dos caudillos del Sud y del Norte. Alrededor de Guayaquil giraban todos los movimientos concéntricos de los grandes libertadores al efectuar su conjunción, y Guayaquil decidiría de sus destinos.

II

Dijimos antes, que la provincia de Guayaquil, al efectuar su revolución y declarar su independencia, poniéndose a la vez bajo la protección de las tropas de San Martín y de Bolívar, a manera de Estado mediatizado, se convertiría en una manzana de discordia entre los dos libertadores (véase cap. XXVII, § II). Uno y otro aceptaron el indefinido protectorado: el primero con el pensamiento de incorporarla al Perú, y poner un pie en el Norte; con la resolución el segundo de anexarla a Colombia y penetrar en el Sud. San Martín envió cerca del nuevo gobierno revolucionario a sus edecanes Guido y Luzuriaga, con la misión ostensible de saludarlo; pero su verdadero objeto era negociar una alianza que lo colocase bajo su dependencia militar (noviembre de 1820). A su arribo a Guayaquil, los comisionados encontraron la situación cambiada. Las armas guayaquileñas habían experimentado un serio revés en su primer ensayo. La primitiva junta de gobierno había caído y sido sustituída por otra que representaba por el momento la política de la independencia de la provincia insurreccionada, aunque inclinándose del lado del Perú.

El gobierno de Guayaquil, al responder al llamado de sus partidarios del interior, y aprovechando la circunstancia de hallarse fraccionado el ejército realista por las atenciones de la guerra de Pasto, se propuso extender la insurrección en todo el territorio y apoderarse de la capital del reino. Al efecto, puso en campaña un cuerpo de ejército de 1500 hombres, cuyo mando confió al oficial venezolano Luis Urdaneta, uno de los protectores de su movimiento. Urdaneta se apoderó fácilmente de la provincia de Cuenca y marchó sobre Quito. Una columna como de 600 hombres de tropas regulares a órdenes del coronel Francisco González, salió a su encuentro, y a pesar de la notable inferioridad numérica, lo derrotó completamente en la llanura de Huachi (o Ambato) causándole una pérdida de 500 hombres entre muertos y heridos y prisioneros (20 de noviembre de 1820). Un animoso oficial argentino (de Tucumán), llamado José García, se puso al frente de las reliquias del ejército guayaquileño reforzado con algunos reclutas, y salió en busca del enemigo para vengar la derrota de Ambato. Fué igualmente derrotado en Tanizahua, al pie del Chimborazo, con la pérdida de casi toda su división (3 de enero de 1821). García cayó prisionero, fué pasado por las armas en el campo de batalla, y su cabeza remitida a Quito como trofeo colgóse para escarmiento en una jaula de hierro en el puente de Machángana, a la entrada de la ciudad.

A pesar de la consternación producida por el desastre de Ambato, los comisionados fueron recibidos con entusiasmo por el pueblo y el Gobierno, como precursores de un eficaz auxilio. Luzuriaga fué nombrado comandante en jefe de los restos del ejército guayaquileño, que reorganizó con inteligencia y actividad, situándose en Babahoyo para hacer frente al enemigo triunfante, cuyo avance contuvo. Guido, por su parte, abrió con el Gobierno las negociaciones que estaba especialmente encargado de conducir de acuerdo con su colega (diciembre de 1820). Las instrucciones le prevenían ajustar una convención militar, por la cual todas las tropas de la provincia quedaran exclusivamente a órdenes de San Martín, con facultad de removerlas según las necesidades de la guerra. Su objeto inmediato, a la vez de establecer un principio de dependencia, era dominar mejor desde la frontera de Quito el territorio limítrofe de Trujillo, que aun no se había pronunciado, y que por este tiempo estaba ocupado por una división realista de 1500 hombres, que amagaba por la espalda la posición que él ocupaba en Huaura. También tenía encargo de negociar un empréstito en dinero. La junta, llena de vacilaciones y desconfianzas y coartada por la insubordinación de sus tropas, únicamente se prestaba a recibir un cuerpo de 200 veteranos para formar sobre esa base un nuevo ejército, con la promesa de enviar más adelante al Perú un contingente de 400 reclutas del país. Guido hubo de aceptar este convenio; pero bien aconsejado por Luzuriaga, a quien consultó, negóse a firmarlo, y acordó que se le comunicase en forma de propuesta *ad referendum*. Habiendo sobrevenido la estación de las inundaciones que paralizaban las operaciones militares, y a cubierto la provincia de una invasión de parte de Quito después de la derrota de García en Tanizahua, Luzuriaga renunció el mando de las armas (enero de 1821) de conformidad con nuevas instrucciones de San Martín y se retiró juntamente con Guido.

San Martín no se hallaba en aptitud de socorrer a Guayaquil, ni de ejercer presión sobre su gobierno; sus fuerzas eran apenas suficientes para mantener en jaque al enemigo en Lima y atender a la campaña de la sierra. Por otra parte, habiendo proclamado Trujillo la independencia, y dominado ya todo el norte del Perú hasta la frontera de Quito, la concurrencia de fuerzas auxiliares no le era tan necesaria, por lo que adoptó desde entonces una política prescindente respecto del nuevo estado que se había puesto bajo su protección. Fué entonces cuando Bolívar envió a Sucre al frente de una división a Guayaquil, con el doble objeto de preparar su anexión y de concurrir por el Pacífico a la campaña combinada del sud de Colombia (11 de mayo de 1821). La presencia de las tropas del Libertador, que asumieron una actitud provocativa, trajo algunos disturbios, promovidos por los partidarios de la anexión a Colombia, que aunque en minoría, contaban ser apoyados por las bayonetas auxiliares. Sucre, sin dejar de trabajar en el mismo sentido por medios cautelosos, aplazó prudentemente la cuestión, según se explicó antes, y consiguió al fin apoderarse del mando de las armas de la provincia, que le aseguraba el dominio de hecho. (Véase cap. XLIV, párrafo II).

El triunfo de Sucre en Huachiri y su derrota posterior de Huachi, a que siguió la retirada de Bolívar de Pasto después de Bomboná, hizo perder a los colombianos en Guayaquil su preponderancia militar y política. Los guayaquileños y hasta el mismo Sucre, volvieron sus ojos hacia el Protector del Perú, que dueño ya de Lima al frente de un fuerte ejército y con el dominio de las aguas, era el único que podía

prestarles un pronto y eficaz auxilio en la peligrosa situación que atravesaban. Fué entonces cuando San Martín decidió tomar parte en la guerra de Quito, que ha sido ya relatada, y terminó con la victoria de Pichincha. (Véase cap. XLIV, § IV).

Pendientes los arreglos sobre el auxilio que el Perú prestaría para poner término a la guerra de Quito, sobrevino un incidente que hubo de interrumpirlos. El distrito de Puerto Viejo, encabezado por su cabildo, proclamó su incorporación a Colombia (16 de diciembre de 1821). El Gobierno consideró este acto como una rebelión, y trató de emplear las armas para reprimirlo. La oficialidad colombiana apoyó ruidosamente la actitud de los anexionistas, promovió asonadas, fomentó la deserción de las tropas del país y aun intentó apoderarse por sorpresa del parque y cuarteles de la ciudad (21-24 de diciembre). La junta, sostenida por el pueblo, estaba resuelta a mantener su autoridad. La guerra civil podía encenderse o producirse con escándalo al frente del enemigo. Felizmente Sucre, que ostensiblemente no había tomado participación en estos manejos, asumió al fin el papel de mediador entre los disidentes y el Gobierno, moderando el ardor de sus subordinados, y todo volvió a entrar aparentemente en orden. El general colombiano, temiendo que estos incidentes pudieran interrumpir o retardar los auxilios de que necesitaba para abrir su campaña, se apresuró a dar explicaciones sobre ellos al gobierno del Perú: "La situación local de "esta provincia —escribía al ministro Monteagudo—, y la relación de "sus intereses con el Perú, me determinan á hacer esta manifestación "para que el Protector no sea avisado siniestramente de los hechos; "que creo S. E. aceptará como mi deseo de enterarlo en todo cuanto "pueda concurrir al bien común de los americanos. Sin mezclarme en "la cuestión (interna) yo pensé, que la unidad de la provincia era ne- "cesaria, no sólo en las circunstancias en que debemos presentarnos en "masa al enemigo, sino para evitar un ejemplo de disolución social en "las provincias limítrofes que darían que hacer á sus gobiernos con "pretensiones semejantes". Todo esto no pasaba de un remiendo en falso.

Como antes se apuntó, la cuestión de Guayaquil tenía tres nudos, que convenía desatar sin romper: La independencia que había proclamado la provincia; su incorporación al Perú o su anexión a Colombia. San Martín resolvió prudentemente aplazarla, proponiendo su solución por la vía diplomática, en el sentido de garantir el voto libre de Guayaquil, que en el estado de la opinión esperaba diese por resultado la incorporación al Perú. La junta, presidida por Olmedo, era partidaria de esta combinación, manteniendo mientras tanto su independencia. El Protector, al acreditar como ministro cerca del gobierno de Guayaquil al general Francisco Salazar (30 de noviembre de 1821) le dió en consecuencia instrucciones expectantes, que como todas las posiciones expectantes en presencia de un contendor resuelto, debía dar por resultado una derrota segura desde que no se prevenía la apelación a la fuerza. Las instrucciones, prevenían a Salazar, proceder con doble cuidado en no intervenir sobre la forma definitiva de gobierno que quisiese adoptar la provincia, ni sobre la independencia o su incorporación al Perú o a Colombia, librando este punto a la espontaneidad de la mayoría del pueblo, cuya voluntad debía observar con sagacidad y precaución. En el fondo de todo esto, estaba el pensamiento secreto de la incorporación de Guayaquil al Perú, y el auxilio prestado a Sucre respondía a él a la vez que a la terminación de la

guerra de Quito. Puesto de acuerdo Salazar con la junta, arreglóse todo en el sentido del plan teórico del Protector.

Después de los abortados pronunciamientos relatados, la junta resentida, y apoyada por el sentimiento público cada vez más divorciado de la causa de los colombianos, se dirigió en queja al representante diplomático del Protector, manifestándole que estaban oprimidos por la violencia de los soldados del Libertador, a quienes temían más que a los del Rey. Para dar una base de fuerza a la opinión, fué nombrado comandante en jefe de las fuerzas guayaquileñas el general La Mar, que también respondía al plan de incorporación al Perú. En un principio, se pensó en confiar el mando de la división auxiliar peruano-argentina al mismo general La Mar, para contrapesar la influencia de Sucre, pero ya el coronel Santa Cruz se había puesto en campaña con ella, y San Martín, bien aconsejado por el presidente Olmedo, desistió de esta combinación.

III

La actitud de Bolívar en la cuestión de Guayaquil, era más resuelta, y respondía a un plan político y militar más deliberado, teniendo de su parte la fuerza y el derecho, aun cuando no le acompañase la mayoría del pueblo que pretendía anexar a Colombia a toda costa. Era para él cuestión de poder nacional y de preponderancia americana, y como tal la encaró sin vacilaciones, de hito en hito. Así, al mismo tiempo que enviaba a Sucre sus fuerzas para concurrir por el Pacífico a la campaña combinada sobre Quito, acreditaba cerca del gobierno del Perú en calidad de enviado diplomático a don Joaquín Mosquera, con el objeto de ajustar una liga americana y arreglar la cuestión de límites entre los dos estados colindantes (Véase cap. XXXV, § VI). En cuanto a lo primero, no fué difícil un acuerdo, aunque por el momento de mera forma, pues no tuvo inmediata ulterioridad. La negociación en lo relativo a límites presentó mayores dificultades. Colombia pretendía tener derecho sobre las provincias limítrofes de Jaén, Maynas y Quijos, que por su parte el Perú consideraba como suyas. No era posible resolver este punto litigioso, sin tocar la delicada cuestión de Guayaquil. El plenipotenciario Mosquera sostenía que esta provincia debía formar parte integrante de Colombia. El ministro Monteagudo, como representante de Perú, argüía, que habiendo reconocido su independencia, sería una contradicción consentir en tal estipulación, y propuso que se le dejara la libertad de agregarse a una u otra república, según fuese su voluntad. Las instrucciones de ambos negociadores eran terminantes, y los prevenían no ceder en este punto, así es que todo arreglo sobre estas bases opuestas se hizo imposible. Empero, para no embarazar los tratados pendientes con cuestiones secundarias, se acordó dejar indeciso el punto, reservándolo para un convenio particular por medios conciliadores y pacíficos, con el compromiso moral por parte del Perú de que los habitantes de las provincias de Quito y Maynas, situadas sobre la izquierda del Marañón, no fueran convocados para las elecciones de representantes al Congreso peruano que iba a reunirse, el cual determinaría los límites definitivos.

Estos tratados, según la pintoresca expresión del presidente de la junta de Guayaquil, Olmedo, no eran "sino cenizas engañadoras, que "tapaban el fuego, y que el menor viento esparciría, dejando el fuego "a descubierto". La actitud de la junta de Guayaquil respecto de la

cuestión pendiente, fué el viento que hizo volar la ceniza y hubo de soplar un incendio.

La constitución colombiana había declarado que el territorio de la república sería el mismo que comprendían el virreinato de Nueva Granada y la capitanía de Venezuela, y por lo tanto se consideraba comprendida en él la presidencia de Quito, como dependencia de Nueva Granada, incluso Guayaquil que era una de sus provincias. El Libertador Bolívar no podía renunciar a este plan geográfico, que cuadraba su imperio republicano de mar á mar, y constituía a Colombia en la primera potencia sudamericana de la época, triunfante ya en su guerra con la España al norte de la América meridional. Así, al emprender la campaña de Quito se dirigió al presidente de Guayaquil, intimándole con amenazas olímpicas su incorporación a Colombia. "El "gobierno de Guayaquil sabe (le escribía desde su cuartel general), "que no puede ser un estado independiente y soberano; sabe que Co- "lombia no puede ni debe ceder sus legítimos derechos; sabe, en fin, "que no hay un poder humano que pueda hacer perder á Colombia un "palmo de la integridad de su territorio. Tiempo es ya de obrar de un "modo justo, racional, y conveniente a los intereses de esa provincia, "demasiado expuesta á variaciones, pero oportunamente auxiliada y "protegida por las armas de Colombia". Era cortar el nudo con la espada vencedora de Colombia, y un reto dirigido indirectamente a las pretensiones territoriales del Perú.

Ante esta actitud imperativa, que no retrocedía ante nada ni ante nadie, San Martín oponía un plan meramente expectante y negativo, en sus reservas diplomáticas, en sus relaciones con la junta de Guayaquil y con Bolívar, en su combinación alternativa de que Guayaquil perteneciese a uno u otro Estado o permaneciese independiente si tal era su libre voluntad, y debilitada más su acción al prestar sin condiciones su concurso para la terminación de la guerra de Quito, introduciendo en sus propias tropas auxiliares un elemento de desconfianza. En el choque de estas dos políticas, debía triunfar la que estuviese animada de mayor impulsión inicial, y estando además la razón y la fuerza de parte de Bolívar, no era dudoso cuál sería el resultado.

IV

La cuestión de Guayaquil entre el Libertador de Colombia y el Protector del Perú, representantes de las dos hegemonías continentales de la época, merece una atención especial, por ser la primera cuestión de límites que surgiera entre las repúblicas sudamericanas al declararse independientes; tiene, además, una doble significación histórica y política, así por sus consecuencias inmediatas, cuanto porque ella envuelve el gran principio que al fin ha prevalecido y se ha incorporado al nuevo derecho público americano, como ley racional consentida de una nueva vida internacional.

Las nuevas repúblicas hispanoamericanas, al reasumir su soberanía territorial, adoptaron las demarcaciones coloniales en el orden político y administrativo, que respondían a la vez a sistemas geográficos y particularismos étnicos, derivando sus títulos de posesión y dominio de los del soberano español de que se emancipaba de hecho y al que se sustituían de derecho. Es lo que se ha llamado *uti possidetis* anterior a la revolución. A este principio respondió al sud del continente, la propaganda de la hegemonía argentina al libertar a Chile, y la hegemonía chileno-argentina al libertad el Perú, que repudiando las

conquistas y las anexiones trazaban el mapa político de la América del Sud, con sus fronteras definidas por un plano histórico de hecho y de derecho, sin violentar los particularismos y entregaba a la espontaneidad de los pueblos sus propios destinos. La hegemonía colombiana representaba por el contrario las anexiones y las absorciones, con tendencias a refundir los particularismos en una nueva asociación que respondía a un plan de organización artificial, derivado de la victoria de las armas y basado en la fuerza. Empero, Bolívar, que representaba esta hegemonía absorbente, representaba esta vez por acaso el principio superior, según el cual se constituirían definitivamente las nuevas nacionalidades al trazar los límites de su soberanía territorial.

El antiguo virreinato de Nueva Granada había sido declarado constitucionalmente parte integrante de la república de Colombia, en unión con la capitanía general de Venezuela, comprendiendo la presidencia de Quito como dependencia de Nueva Granada. Esta declaración había sido aceptada por todo el mundo americano, con aplauso y sin protesta. Si la provincia de Guayaquil formaba parte de la circunscripción política de Quito, correspondía a Colombia. Si por el contrario pertenecía al virreinato del Perú, era peruana. Tal era la cuestión de hecho y de derecho. La fuerza la resolvió de hecho; pero los documentos histórico-legales dan a Colombia la razón de derecho, que al fin ha prevalecido teórica y prácticamente como regla internacional entre las repúblicas hispanoamericanas.

La provincia de Guayaquil, fué en varias épocas dependencia del virreinato del Perú; pero creado el virreinato de Nueva Granada quedó definitivamente como parte integrante del reino de Quito. Empero, por su posición geográfica y por motivos accidentales, estuvo algunas veces sujeta en parte o en el todo al virrey del Perú, y lo estaba de hecho en lo político y militar al tiempo de invadir San Martín el territorio peruano. En 1803, habíase dispuesto por razones de conveniencia militar que la plaza y puerto de Guayaquil dependiesen del virreinato del Perú y no del de Nueva Granada. Reclamada esta disposición por el presidente de la audiencia de Quito, declaróse en 1807 que la autoridad conferida sólo se extendía a lo militar sin intervención alguna en el gobierno político ni económico, reprobando los procederes del virrey del Perú que había pretendido lo contrario. Con motivo de las revoluciones de Quito y Nueva Granada en 1809 y 1810, el virrey Abascal agregó de hecho la provincia de Guayaquil a su gobierno, como lo hizo con las del Alto Perú que pertenecían al Río de la Plata, con el objeto de proveer a su defensa. En 1815, restaurada la autoridad real en Nueva Granada, los vecinos de Guayaquil solicitaron que las cosas volvieran a su antiguo estado, y así lo acordó el Rey en 1819, desaprobando nuevamente la intromisión del virrey del Perú en su orden interno. Desde entonces, la provincia de Guayaquil quedó como parte de la audiencia de Quito, y ésta como dependencia del virreinato de Nueva Granada. Tales eran los títulos legales que invocaba Colombia.

La declaratoria de la independencia de Guayaquil, reconocida por el Protector del Perú, y desconocida por el Libertador de Colombia, a la par de las pretensiones encontradas de ambos sobre su posesión, complicaba la cuestión. Agréguese que el mismo Protector no creía posible ni conveniente que Guayaquil se mantuviese en estado independiente, ni tampoco los mismos guayaquileños, y se tendrá idea de lo intrincado del problema a resolver. Para San Martín, era una cuestión

de decoro y de interés puramente peruano. Para Bolívar era una cuestión de poder, de vida nacional y de influencia americana. Quito, parte integrante de Colombia, sin el puerto de Guayaquil, era un territorio atrofiado, y el Libertador tenía razón aun bajo el punto de vista geográfico, en sostener la necesidad de su posesión como condición de existencia para su gran república. De aquí que el plan político del Protector del Perú fuese meramente expectante y reservado, y el del Libertador de Colombia, deliberado y franco.

V

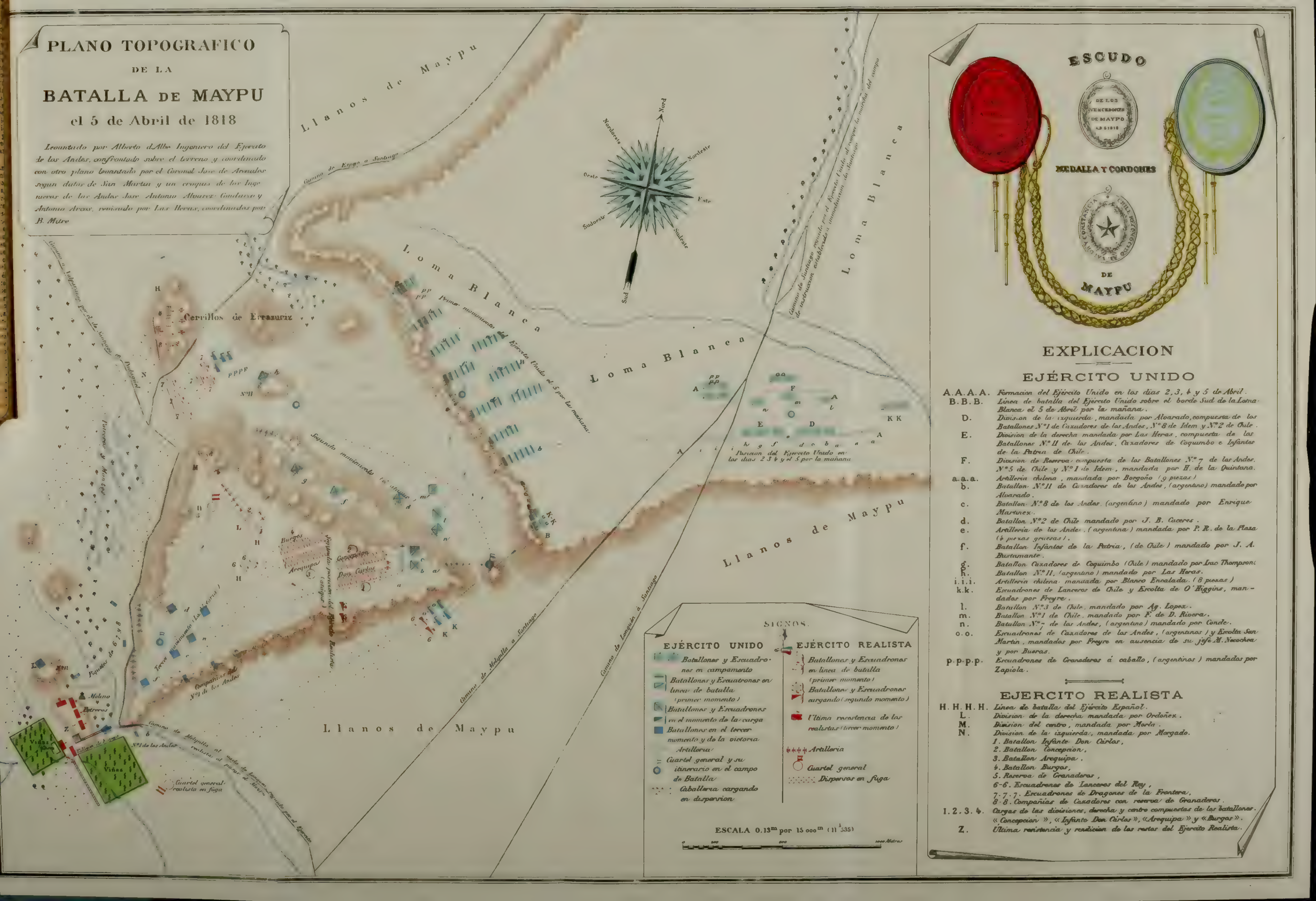
Seguro Sucre del auxilio de San Martín en la campaña de Quito, y estimulado por la arrogante intimación del Libertador, dirigióse al ministro de la Guerra del Perú, revelando francamente las exigencias de Colombia con pretexto de adicionar su anterior explicación, redactada en términos tan equívocos: "Pienso que es del interés de los go-"biernos limítrofes impedir las disensiones de la provincia de Guaya-"quil, que siendo el complemento natural del territorio de Colombia, "pone al gobierno en el caso de no permitir jamás se corte de nuestro "seno una parte por pretensiones infundadas. Tal consentimiento sería "un ejemplo de disolución social para la República, y para los países "limítrofes, en que este ejemplo fatal iba cundiendo el año anterior, "si el gobierno de ese Estado no hubiese tenido la sabia energía de "cortarlo. Persuadido de los nobles sentimientos del gobierno del Perú, "nos prometemos que empleará su poderoso influjo para ayudarnos á "conciliar los partidos que agitan á Guayaquil, concentrar las opinio-"nes y restablecer el orden, que desea la parte sana de la provincia, "para evitar todo ejemplo de disolución que turbase nuestra tran-"quilidad".

Como la intimación de Bolívar llegase acompañada del anuncio de que sería inmediatamente seguida por su ejército, el gobierno de Guayaquil intimidado, se dirigió al Protector del Perú, manifestándole su apurada situación. San Martín, ofendido por la actitud arrogante de Bolívar, en circunstancias en que con sus armas auxiliares concurría a asegurar la libertad del territorio de que se trataba de disponer a la baqueta y sin acuerdo suyo, cuando se hallaba bajo su protección declarada, resolvió intervenir directamente en la cuestión. Fué entonces cuando ordenó al coronel Santa Cruz, que en cualquier punto que se hallase con la división auxiliar retrocediera inmediatamente a la frontera peruana (véase cap. XLIV, § V) y se pusiese a órdenes del general La Mar, comandante en jefe de las armas de Guayaquil (2 de marzo de 1822). Felizmente, según en su lugar se explicó (cap. cit.), esta orden quedó sin efecto, y las fuerzas auxiliares continuaron la campaña de Quito unidas a las de Colombia.

No obstante la contraorden para la retirada de la división auxiliar, San Martín persistió en su plan de intervención alternativa, a efecto de garantir la libertad del voto de Guayaquil. Dirigióse en este sentido a la junta, incitándola a expresar terminantemente si insistía o no en mantener su independencia; en el primer caso, le ofrecía sostener su voluntad con sus fuerzas; pero que si quería ceder a las intimaciones de Bolívar y unirse a Colombia, esto en nada alteraría la liberalidad y circunspección de su política. A La Mar se le previno procediese de conformidad con esta resolución: "Por las comunicaciones del Liber-"tador de Colombia, no queda duda del plan abierto de hostilidad adop-

"tado contra Guayaquil y del compromiso que queda al gobierno del "Perú con el de aquella república. Aunque es muy notable que en tan "difíciles circunstancias el gobierno de Guayaquil espera en una acti- "tud pasiva el desenlace de las operaciones del Libertador, sin embar- "go, se previene, que siempre que el gobierno de acuerdo con la mayo- "ría de los habitantes de esa provincia, solicitasen sinceramente la "protección de las armas del Perú, por ser su voluntad conservar su "independencia de Colombia, en tal caso, completadas las fuerzas que "están puestas á sus órdenes (la división auxiliar) las emplee en apoyo "de la espontánea voluntad del pueblo. Si por el contrario el gobierno "de Guayaquil y la generalidad de los habitantes de la provincia pro- "nunciasen su opinión á favor de las miras de Colombia, sin demora "vendrá al departamento de Trujillo á tomar el mando general de la "costa Norte, reunir la división del coronel Santa Cruz en Piura, au- "mentar hasta donde alcancen los recursos del territorio, y obrar según "lo exija la seguridad del departamento". Al Libertador Bolívar se dirigió directamente el Protector, manifestándole, que "por comuni- "caciones del gobierno de Guayaquil tenía el sentimiento de ver la inti- "mación hecha á esa provincia para que se agregara á Colombia, y "pedíale la dejase consultar su propio interés, para agregarse libre- "mente á la sección que le conviniera, porque tampoco podía quedar "aislada con perjuicio de ambos estados colindantes".

La actitud de Bolívar era soberbia y provocativa; la de San Martín, si bien más correcta, era imprudente y sin sentido político ni militar, salvo en un punto: que Guayaquil no podía quedar aislado. Bolívar no podía ceder, a menos de mutilar la república de Colombia, que era su creación. Por lo tanto, la intervención directa de San Martín, provocaba un conflicto que podía traer una ruptura, y esto para sostener una independencia vacilante, que era un estorbo para el desarrollo de los planes de ambos libertadores. ¿Estaba resuelto el Protector a llegar a una extremidad? No es probable. Bolívar triunfante en el Norte y sin enemigos que combatir en su territorio, tenía de su parte la plena disposición de sus fuerzas, además de la razón, como se ha demostrado. San Martín tenía a su frente un enemigo poderoso que combatir, y en el mejor de los casos —independencia de Guayaquil o su anexión al Perú—, complicaba su situación incierta, privándose del concurso de las armas triunfantes del norte de la América, que él mismo consideraba necesario para terminar prontamente la guerra de la independencia continental. No estando resuelto a la guerra, sólo de un modo podía neutralizar las exigencias de Bolívar, y era paralizar la guerra de Quito, retirando —como lo pensó— el concurso prestado a Sucre; pero esto era hacerse la guerra a sí mismo, dando la ventaja a los realistas, como luego lo comprendió. Pasado ese momento, persistir en la intervención alternativa, era prepararse una derrota segura, ya fuese porque las armas de Colombia triunfantes en la guerra de Quito podían dominar a Guayaquil mejor que él, ya porque de este modo convertía a un aliado natural en antagonista, si no en enemigo declarado. Preferible era entonces ceder y no provocar conflictos perjudiciales a la causa general de la emancipación sudamericana. Colombia, tal cual estaba geográficamente constituída, necesitaba del puerto de Guayaquil; el Perú, dueño de un vasto litoral, no lo necesitaba absolutamente. Y como Colombia era una fuerza y una máquina de guerra americana, bien montada, mejor estaba Guayaquil en manos de Colombia si su anexión le daba más nervio y la complementaba para con-


PLANO TOPOGRAFICO
DE LA
BATALLA DE MAYPU
el 5 de Abril de 1818
Levantado por Alberto d'Albe Ingeniero del Ejercito de los Andes, confrontado sobre el terreno y coordinado con otro plano levantado por el Coronel Jose de Arenales segun datos de San Martin y un croquis de los Ingenieros de los Andes Jose Antonio Alvarez Condarco y Antonio Arcos, revisado por Las Heras, coordinados por B. Mitre
Llanos de Maypu
Loma Blanca
Cerrillos de Errazuriz
Nord
Nordeste
Este
Sudeste
Sud
Sudoeste
Oeste
Nordoeste
Camino de Lonquen á Santiago
Camino de Melipilla á Santiago
Segundo movimiento (ó ataque)
Primer movimiento del Ejercito Unido el 5 por la mañana
Posicion del Ejercito Unido en los dias 2 3 4 y el 5 por la mañana
Tercer movimiento (la victoria)
Burgos
Arequipa
Concepcion
Don Carlos
Molino
Viñas
Guartel general realista en fuga
ESCUDO
DE LOS VENCEDORES DE MAYPO
MEDALLA Y CORDONES
CHILE RECONOCIDO AL VALOR Y CONSTANCIA
DE MAYPU
SIGNOS.
EJÉRCITO UNIDO
Batallones y Escuadrones en campamento
Batallones y Escuatrones en linea de batalla (primer momento)
Batallones y Escuadrones en el momento de la carga
Batallones en el tercer momento y de la victoria
Artilleria
Cuartel general y su itinerario en el campo de Batalla
Caballeria cargando en dispersion
EJÉRCITO REALISTA
Batallones y Escuadrones en linea de batalla (primer momento)
Batallones y Escuadrones cargando (segundo momento)
Ultima resistencia de los realistas (tercer momento)
Artilleria
Cuartel general
Dispersos en fuga
ESCALA 0.13m por 15 000m (1/11 535)
0 200 600 1000 Metros
EXPLICACION
EJÉRCITO UNIDO
A.A.A.A. Formacion del Ejército Unido en los dias 2, 3, 4 y 5 de Abril.
B.B.B. Linea de batalla del Ejército Unido sobre el borde Sud de la Loma Blanca el 5 de Abril por la mañana.
D. Division de la izquierda, mandada por Alvarado, compuesta de los Batallones N.° 1 de Cazadores de los Andes, N.° 8 de Idem y N.° 2 de Chile.
E. Division de la derecha mandada por Las Heras, compuesta de los Batallones N.° 11 de los Andes, Cazadores de Coquimbo e Infantes de la Patria de Chile.
F. Division de Reserva compuesta de los Batallones N.° 7 de las Andes. N.° 5 de Chile y N.° 1 de Idem, mandada por H. de la Quintana.
a.a.a. Artilleria chilena, mandada por Borgoño (9 piezas)
b. Batallon N.° 11 de Cazadores de los Andes, (argentino) mandado por Alvarado.
c. Batallon N.° 8 de los Andes (argentino) mandado por Enrique Martinez.
d. Batallon N.° 2 de Chile mandado por J. B. Caceres.
e. Artilleria de los Andes, (argentina) mandada por P. R. de la Plaza (4 piezas gruesas).
f. Batallon Infantes de la Patria, (de Chile) mandado por J. A. Bustamante.
g. Batallon Cazadores de Coquimbo (Chile) mandado por Isao Thompson.
h. Batallon N.° 11, (argentino) mandado por Las Heras.
i.i.i. Artilleria chilena mandada por Blanco Encalada. (8 piezas)
k.k. Escuadrones de Lanceros de Chile y Escolta de O'Higgins, mandados por Freyre.
l. Batallon N.° 3 de Chile, mandado por Ag. Lopez.
m. Batallon N.° 1 de Chile, mandado por F. de D. Rivera.
n. Batallon N.° 7 de las Andes, (argentino) mandado por Conde.
o.o. Escuadrones de Cazadores de las Andes, (argentinos) y Escolta San Martin, mandadas por Freyre en ausencia de su jefe M. Necochea y por Bueras.
p.p.p.p. Escuadrones de Granaderos á caballo, (argentinos) mandadas por Zapiola.
EJERCITO REALISTA
H.H.H.H. Linea de batalla del Ejército Español.
L. Division de la derecha mandada por Ordoñez.
M. Division del centro, mandada por Morla.
N. Division de la izquierda, mandada por Morgado.
1. Batallon Infante Don Cárlos,
2. Batallon Concepcion,
3. Batallon Arequipa.
4. Batallon Burgos,
5. Reserva de Granaderos,
6-6. Escuadrones de Lanceros del Rey,
7-7-7. Escuadrones de Dragones de la Frontera,
8-8. Compañias de Cazadores con reserva de Granaderos.
1.2.3.4. Cargas de las divisiones, derecha y centro compuestas de los batallones «Concepcion», «Infante Don Cárlos», «Arequipa» y «Burgos».
Z. Última resistencia y rendicion de los restos del Ejercito Realista.

currir más eficientemente a la redención definitiva de la América del Sud en el Perú.

El plan alternativo de San Martín, para garantir el voto libre de Guayaquil en oposición a la política interventora o invasora de Bolívar, no podía darle sino tres resultados: o el mantenimiento de la independencia de una provincia débil, que no podía ser nación, y que era un estorbo entre las armas redentoras del sud y del norte de América; o la agregación al Perú de una provincia aislada, que provocaría un conflicto; o la anexión de Colombia, que era una derrota fácil de prever, después de Pichincha. Antes de Pichincha, pudo tal vez proponer como transacción, hacer de Quito una nueva república independiente, que era el verdadero voto de sus habitantes, como los hechos lo han demostrado; pero para esto habría sido necesario que hubiese calculado mejor sus medidas antes de unir sin condición alguna sus armas con las de Colombia, pretendiendo retirarlas cuando ya estaban comprometidas en la campaña que iba a dar preponderancia a Bolívar. Era muy difícil que el fundador de Colombia, que en su constitución había incluído a Quito en su plan geográfico, pasase por este avenimiento; pero al menos era un pensamiento digno del libertador del Sud, concordante con su política americana, de redimir a los pueblos y entregar a su posteridad sus propios destinos sin violentarlos y respetando los particularismos autonómicos; y bien que esto no fuese más que un plan uchrónico de muy dudoso éxito, era más racional que el plan alternativo de San Martín, que de todos modos, era una dificultad, un conflicto o una derrota. Bien examinado todo, lo más acertado para el éxito, y lo más conveniente para la causa de la independencia americana, era no insistir sobre la independencia de Guayaquil, renunciar a la pretensión de agregarlo al Perú, y dejar de buena voluntad que se incorporase a la república de Colombia a que correspondía, como parte integrante de Quito, sobre cuya anexión en general, no hacía cuestión.

Bajo estos siniestros auspicios, que nada lisonjero prometían, iba a abrirse la proyectada conferencia entre Bolívar y San Martín, "para fijar establemente la suerte de la América del Sud" —según las palabras del segundo—, precisamente en el punto que era causa de una disidencia profunda entre los dos libertadores del Sud y del Norte, que al unir sus banderas y darse un abrazo de hierro, separarían sus almas hasta entonces unidas en un gran propósito.

CAPITULO XLVI

LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL

AÑO 1822

El encuentro de los grandes hombres en la historia. — Los grandes americanos. — Grandeza de Bolívar y San Martín. — Los paralelos históricos. — Grandeza intrínseca y relativa. — El culto de los héroes. — Acción dual y necesaria. — Prestigios de la entrevista de Guayaquil. — Los misterios de la entrevista. — Planes, ilusiones y esperanzas de San Martín al buscar la entrevista. — Declaraciones públicas de San Martín sobre los objetos de la entrevista comprobados por los hechos y los documentos. — Correspondencia entre San Martín y Bolívar antes de la entrevista. — Seguridades dadas por San Martín de que en la conferencia de Guayaquil quedaría fijada la suerte de América de acuerdo con Bolívar. — Bolívar en Quito. — Empieza a diseñarse su política absorbente. — Su entrada triunfal en Guayaquil. — Incorpora violentamente Guayaquil a Colombia. — Carta que dirige en seguida a San Martín. — Llegada de San Martín a Guayaquil. — Recepción de San Martín por Bolívar en Guayaquil. — Entrevista de los dos libertadores. — Lo que pasó y lo que no pasó en la entrevista. — Revelaciones anunciadas por San Martín. — Carta de San Martín a Bolívar que aclara el misterio de la entrevista. — Lo que se sabe y lo que no se sabe de la entrevista. — Actitud de San Martín después de la entrevista. — Famosa carta de San Martín a Bolívar. — Testamento político.

I

El encuentro de los grandes hombres que ejercen influencia decisiva en los destinos humanos, es tan raro como el punto de intersecció de los cometas en las órbitas excéntricas que recorren. Sólo una ve se ha producido este fenómeno en el cielo, y en la tierra rarísima veces. La masa de un cometa penetró una vez la de otro, y al dividir lo convirtió en una lluvia de estrellas que sigue girando en su círcu de atracción, mientras el primero continuó su marcha parabólica e los espacios. Tal sucedió con San Martín y Bolívar, los dos únicos gra des hombres sudamericanos, por la extensión de su teatro de acció por su obra, por sus cualidades intrínsecas, por su influencia en s tiempo y en su posteridad. Son los únicos hijos del Nuevo Mundo, q después de Washington hayan entrado a figurar en el catálogo de l héroes universales, cuya gloria se agranda a medida que pasa el tie

po y la obra en que fueron artífices se completa. Washington dió al mundo la nueva medida del gobierno humano según la vara de la justicia, y legó el modelo del carácter más bien equilibrado en la grandeza que los hombres hayan admirado y bendecido. Bolívar y San Martín, fueron los libertadores de un nuevo mundo republicano, que restableció el dinamismo del mundo político, por efecto de la revolución que hicieron triunfar con sus armas. Su acción fué dual, como la de los miembros de un mismo cuerpo, y hasta su choque y antagonismo final responde a su acción dupla, que se completa la una por la otra, aunque la más poderosa prevalezca incorporándose en una sola las respectivas fuerzas iniciales, sin que por esto se extinga la absorbida.

Los paralelos de los hombres ilustres a lo Plutarco, en que se buscan los contrastes externos y las similitudes aparentes para producir una antítesis literaria, sin penetrar en la esencia de las cosas mismas, son juguetes históricos, que entretienen la curiosidad, pero que nada enseñan. Se ha abusado por demás de este artificio respecto de San Martín y Bolívar, hasta hacerse una vulgaridad. Su paralelismo está en su obra, y su respectiva grandeza no puede medirse por el compás del geómetra ni por las etapas del caballo de Alejandro al través del continente que recorrieron en direcciones opuestas y convergentes.

Se ha dicho con más retórica que propiedad, que para determinar la grandeza relativa de los dos héroes americanos, sería necesario medir antes el Amazonas y los Andes. El Amazonas y los Andes están medidos, y las estaturas históricas de San Martín y Bolívar también, así en la vida como acostados en la tumbas. Los dos son intrínsecamente grandes en su escala, más por su obra común que por sí mismos, más como libertadores, que como hombres de pensamiento. Su doble influencia se prolonga en los hechos de que fueron autores o meros agentes, y vive y obra en su posteridad. Esta influencia póstuma es la que no ha sido medida aún, y la que determinará en definitiva la verdadera amplitud de sus proyecciones. La historia planta los jalones del pasado, los presentes se guían por ellos, y el futuro decidirá cuál de los dos tuvo más larga visual o acertó con mejor instinto. Hasta ahora, el tiempo que aquilata las acciones por sus resultados duraderos, dando a Bolívar más gloria y la corona del triunfo final, ha dado a San Martín la de primer capitán del Nuevo Mundo, y la obra de la hegemonía por él representada vive en las autonomías que fundó, aunque no como lo imaginara; mientras el gran imperio republicano de Bolívar y la unificación monocrática de la América que persiguió, se deshizo en vida y se ha disipado como un sueño, uniéndose, empero, las figuras de los dos libertadores en el espacio recorrido, y marcando en los lindes del porvenir la marcha triunfal de las repúblicas sudamericanas hacia los grandes destinos que les están reservados. Si la conciencia sudamericana adoptase el culto de los héroes, preconizado por una moderna escuela histórica, resurrección de los semidioses de la antigüedad, adoptaría por símbolo los nombres de San Martín y de Bolívar, con todas sus deficiencias como hombres, con todos sus errores como políticos, porque ellos son los héroes de su independencia y los fundadores de su emancipación; fueron sus LIBERTADORES y constituyen su binomio virtual.

En todos los acontecimientos en que intervienen hombres y cosas, puede concebirse y aun demostrarse, qué hombres pudieron reemplazar a otros, y cómo, con ellos o sin ellos se hubiesen producido los hechos

lógicos de que fueron autores o meros actores, sin que por esto se desconozca la acción eficiente de las individualidades conscientes con potencia propia.

Son sin duda las revoluciones las que engendran a los hombres, cuando ellas son el resultado de una evolución que tiene su origen en causas complejas; pero son los hombres los que las impulsan y las caracterizan, y a veces son factores indispensables en el enlace y la dirección de los acontecimientos. Sin Colón, se habría descubierto más tarde la América, pero fué él quien conscientemente la descubrió. La revolución de Inglaterra habría estallado después de la resistencia cívica de Hampden; pero sin Cromwell no habría triunfado militarmente, inoculándose el principio disciplinario y religioso, que fué su fuerza y su debilidad. La emancipación de los Estados Unidos de la América del Norte, habría hecho surgir de todos modos una gran república; pero sin Washington no tendría en el ejercicio del poder el carácter de grandeza moral que ha impreso sello típico a su democracia. La revolución francesa habría estallado, porque estaba en el orden y en el desorden de las cosas, y sin los hombres que alternativamente la dirigieron, se habría desarrollado, y tal vez mejor, porque ninguno supo fijarla.

Se concibe fácilmente, con arreglo a este criterio, que la insurrección sudamericana se produjera como hecho espontáneo, resultado de antecedentes históricos y efecto inmediato de las circunstancias, si San Martín y Bolívar no hubiesen existido; pero tal como se produjo y se desenvolvió, no se alcanza cómo con menos recursos pudo hacerse más, ni organizarse mejor militarmente, ni triunfar en menos tiempo y con el menor desperdicio de fuerzas en la lucha por la independencia continental. Por eso son grandes intrínsecamente y por sí mismos Bolívar y San Martín, aparte de las cosas en cuyo medio obraron y de las fuerzas preexistentes a que dieron organización, impulso y dirección conveniente.

Si se compara la ecuación personal de los dos libertadores, vese que San Martín es un genio correcto, con más cálculo que inspiración y Bolívar un genio desequilibrado, con más instinto y más imaginación que previsión y método. Sin embargo, no se puede concebir la acción concurrente del uno sin la recíproca del otro, y los dos, sin ser providenciales, pueden considerarse necesarios tal como la insurrección se desenvolvió hasta alcanzar un máximum de efecto. Mientras siguen la corriente de la evolución colectiva, son meros agentes. Cuando se apoderan de las fuerzas vivas, las condensan, las distribuyen, les imprimen impulso y dirección, respondiendo a un plan general que está en ellos más que en la masa; entonces son verdaderos factores, y llegan en cierto modo a ser creadores. Es la idea de San Martín la que triunfa, y es la acción eficiente de Bolívar la que la convierte en hecho victorioso.

Hemos dicho ya, que sin exagerar la figura histórica de San Martín ni dar a su genio concreto un carácter místico, pocas veces la intervención de un hombre de acción deliberada con una idea en la cabeza fué más decisiva que la suya, así en la dirección de los acontecimientos como en el desarrollo lógico de sus consecuencias (véase cap. II, § I). Si alguno pudo tal vez entrever el camino de la victoria, fué él quien lo descubrió y lo impuso como itinerario contra la corriente de la opinión. Sólo él entre sus contemporáneos era capaz de crear con los pobrísimos elementos de que dispuso, coordinándolos, un ejército com

acto, animado de una pasión americana, traspasar los Andes y vencer iatemáticamente como venció en Chacabuco y en Maipu. Sin él, no e habría dominado el mar Pacífico según las previsiones de su genio, i se hubiese realizado la expedición al Perú. Elimínense estos hechos, e que fué autor, y la dilatación de la insurrección sudamericana es nposible: queda aislada en los extremos.

Por lo que respecta a Bolívar, puede decirse otro tanto; pero sin l concurso de San Martín que ejecutó la mitad de la tarea, no habría egado jamás al Pacífico y quizá quedado aislado en Venezuela, porque ominado el Perú por los realistas y dueños del mar, de Quito y Nuea Granada, hubieran opuesto otra resistencia que la que encontró en oyacá y Pichincha. A su vez, si Bolívar no triunfa en el Norte, y no ene a darle la mano, la expedición del Perú, si no fracasa, se conerte en una guerra crónica y el plan de insurrección y de campaña ontinental, que era condición necesaria de triunfo, no se realiza. Ni uno ni el otro con las fuerzas de que disponía, aun triunfando aisladamente, podía llevar a buen término la obra de la emancipacion del ontinente. Así, sin la acción concurrente de ambos, el éxito militar la independencia sudamericana era imposible, tal como se alcanzó or el efecto de la convergencia de sus ejércitos y la concentración de s fuerzas en el último punto de resistencia del enemigo.

Todos estos rayos convergentes de la historia que se afocan en el unto céntrico en que los dos libertadores operaron su conjunción, son s que dan sus prestigios a la conferencia de San Martín y Bolívar Guayaquil. El escenario, es el arco iluminado del ecuador del Nuevo undo, con su horizonte marítimo y sus gigantescas cadenas de montanas en perspectiva, sus palmeras siempre verdes y sus volcanes enndidos. Los protagonistas son los árbitros de un nuevo mundo político. mundo pone el oído y no oye nada. Uno de los protagonistas desapace silenciosamente de la escena, cubriendo su retirada con palabras cías de sentido. El otro ocupa silenciosamente su lugar. El misterio ra veinte años, sin que uno ni otro de los interlocutores revelase lo e había pasado en la conferencia. Al fin, una parte del velo se desrre, y vese combinando las palabras escritas o habladas con los hechos ntemporáneos, y los antecedentes con sus consecuencias, que el sterio consistía únicamente en el fracaso de la entrevista misma, y e lo que en ella se trató, así como lo sucedido o dicho, es lo que aba ya anunciado, lo que todos sabían poco más o menos o podían ducir, lo que necesariamente tenía que ser, y que se sabe hoy todaa más que los mismos protagonistas, porque se ha podido penetrar sta el fondo de sus almas y leer en ellas lo que no estaba escrito ningún papel.

A pesar de todo esto, la curiosidad se ha empeñado y se empeña descubrir algo más fuera del círculo de acción de los actores, como que divisan con un poderoso telescopio las montañas de la luna, y scan sus habitantes, que la razón le dice no existen, o en un cuadro e pone de relieve sus grandes figuras en plena luz se quiere penetr en el claroscuro del fondo que las realza. Lo único misterioso en e acto, que la imaginación se ha empeñado en rodear de accidentes ntásticos —después de los documentos publicados y de las versiones autorizadas que se han hecho—, son los móviles secretos que impulsaron al uno a ser intransigente e impusieron al otro su abdicación, que no están consignados en ningún documento, como que tuvieron origen en la propia conciencia en que los guardaron. El tiempo, que

ha hecho caer las máscaras con que se cubrieron ambos en su primer y última entrevista, ha puesto sus almas de manifiesto, y podemo hoy leer en ellas mejor que ellos mismos.

II

Si el Protector del Perú mejor aconsejado, hubiera obrado co más previsión y con arreglo a un plan fijo, habría puesto condicione a su prestación de auxilios en la guerra de Quito o por lo menos arr glado previamente bases de discusión en su proyectada conferenci con Bolívar. En vez de esto, antes de celebrar un pacto formal, un de hecho sus armas con las de Colombia, perdiendo la preponderanci adquirida en Guayaquil. En seguida, celebró un tratado de liga am ricana de paz y guerra, que dejaba pendiente la cuestión de límite y especialmente la de Guayaquil, en que las posiciones antagónica del Perú y Colombia se definieron como una amenaza en suspenso. Po último, toma como un hecho la oferta de Bolívar de concurrir a la te minación de la guerra del Perú con las fuerzas colombianas, y proce con más sentimentalismo que sentido práctico, cuando terminada en P chincha la campaña de Quito, y reducida la guerra de la independenci al territorio del Perú, piensa que ese auxilio le vendrá en las mism condiciones en que él había prestado el suyo. (Véase cap. XXV, § V y cap. XLIV, § IV).

Antes de Pichincha, Bolívar triunfante en el Norte, era el m fuerte; después de Pichincha, era el árbitro, y podía dictar sus co diciones de auxilio al Sud. San Martín se hacía ilusión al pensar q era todavía uno de los árbitros de la América del Sud, y al contar q Bolívar compartiría con él su poderío político y militar, y que amb arreglarían en una conferencia los destinos de las nuevas nacion por ellos emancipadas, una vez terminada por el común acuerdo guerra del Perú, como había terminado la de Quito. Sin más plan con bagaje tan liviano, se lanzó a la aventura de su entrevista con Libertador, que debía decidir de su destino, paralizando su carrera. alguna vez un propósito internacional, librado a eventualidades fut ras, fué claramente formulado, ha sido ésta; y si alguna vez se co prometieron declaraciones más avanzadas de orden trascendental sob bases más vagas, fué también en ésta.

Aprovechando la abertura de Bolívar al tiempo de abrir éste campaña de Pasto, y decidido ya a concurrir por su parte a la Quito uniendo sus armas con las de Colombia en Guayaquil, buscó p si una conferencia con el Libertador con el designio declarado de fij la suerte del continente independizado, en el orden político y milita Así lo anunció públicamente, al determinar con precisión los objet de la entrevista. "La causa del continente americano, me lleva a re "lizar un designio que halaga mis más caras esperanzas. Voy a e "contrar en Guayaquil al Libertador de Colombia. Los intereses gen "rales del Perú y de Colombia, la enérgica terminación de la guer "que sostenemos, y la estabilidad del destino a que con rapidez "acerca la América, hacen nuestra entrevista necesaria, ya que "orden de los acontecimientos nos ha constituído en alto grado resp "sables *(árbitros)* del éxito de esta sublime empresa". No se podía i dicar más claramente que el objeto era: el arreglo de la cuestión Guayaquil, el acuerdo de las operaciones militares para decidir de golpe la guerra de Quito y la del Perú, y la fijación de la forma

gobierno que debían adoptar las nuevas naciones, una vez resuelta la cuestión de su emancipación.

Al avanzar San Martín tan categóricas declaraciones sobre los objetos de la conferencia, aun no había unido de hecho sus armas con las de Colombia en el Ecuador. (Véase capítulo XXXV, § II). Después de despachada la mal combinada expedición de Ica, San Martín, según se explicó antes, embarcóse en el Callao a fin de celebrar la proyectada conferencia con Bolívar (8 de febrero de 1822). Sabedor a medio camino de que el Libertador, en vez de trasladarse con su ejército a Guayaquil, como había pensado, continuaría la campaña del sud de Colombia por Pasto, regresó a Lima (3 de marzo). En esta situación indecisa le encontró la derrota de Ica, que trastornaba todos sus planes y amenguaba su influencia continental. Fué entonces cuando, al consolidar su base de poder, reorganizó un respetable ejército para responder a la expectativa que él mismo había creado y de que todos estaban pendientes. Y fué entonces también, cuando cambiando de política, convocó el Congreso peruano para entregar al pueblo sus propios destinos, pendiente el plan monarquista imaginado por él, al parecer abandonado, y reveló por la primera vez públicamente su propósito de retirarse de la vida pública, así que desapareciesen los peligros de la situación. (Véase cap. XXXVI, § VI). Terminada felizmente la guerra de Quito con el eficaz concurso de sus armas que estableció la alianza americana de hecho, reanudó su postergada conferencia con Bolívar, con los mismos propósitos ya declarados y poseído de las mismas ilusiones (14 de julio de 1822).

Al terminar la guerra de Quito, el Libertador se dirigía al Protector, y al agradecerle el auxilio prestado por "los libertadores del sud de América" (según sus propias palabras) le significa que las tres provincias de Quito libertadas, eran colombianas, renovando con este motivo su anterior oferta en términos generales: "El ejército de Colombia está pronto a marchar a donde quiera que sus hermanos lo llamen, y muy particularmente a la patria de nuestros vecinos del Sud, a quienes por tantos títulos debemos preferir como los primeros amigos y hermanos de armas". El Protector le contestaba: "Los triunfos de Bomboná y Pichincha han puesto el sello de la unión de Colombia y del Perú. El Perú es el único campo de batalla que queda en América, y en él deben reunirse los que quieran obtener los honores del último triunfo contra los que ya han sido vencidos en todo el continente. Acepto su generosa oferta. El Perú recibirá con entusiasmo y gratitud todas las tropas de que V. E. pueda disponer, a fin de acelerar la campaña y no dejar el mayor influjo a las vicisitudes de la fortuna. Espero que Colombia tendrá la satisfacción de que sus armas contribuyan poderosamente a poner término a la guerra del Perú, así como las de éste han contribuído a plantar el pabellón de la República en el sud de este vasto continente. Es preciso combinar en grande los intereses que nos han confiado los pueblos, para que una sólida y estable prosperidad les haga conocer el beneficio de su independencia. Marcharé a saludar a V. E. a Quito. Mi alma se llena de gozo cuando contemplo aquel momento. Nos veremos, y presiento que la América no olvidará el día que nos abracemos". ¡Y no lo ha olvidado!, pero por causas muy diferentes de las que se imaginaba el libertador del Sud al ir al encuentro del libertador del Norte, en la creencia de que éste lo reconocería a la par suya en calidad de árbitro "para combinar en grande los intereses de los pueblos america-

"nos", según sus palabras. Y el gobierno del Perú, al confirmar oficialmente estas esperanzas, manifestaba al de Guayaquil y al enviado peruano cerca de él: "En la conferencia quedarán transadas cualesquiera "diferencias que pudiesen ocurrir sobre el destino de Guayaquil, y "arreglados todos los obstáculos para la terminación de la guerra de "la independencia".

Con estas esperanzas y seguridades halagadoras, y bajo los siniestros auspicios antes señalados (véase cap. XLV, § V), iba a celebrarse entre los dos libertadores la entrevista que "la América no olvidaría".

III

Al llegar Bolívar a Quito (16 de junio de 1822) después de Pichincha, encontró, como antes se dijo, resuelto el problema de la integración de su imperio republicano. Las provincias de Quito, Cuenca y Loja estaban incorporadas de grado o por fuerza a Coombia. Faltábale sólo la anexión de Guayaquil, que era una consecuencia, para cuadrar su territorio de mar a mar y poner su poderosa mano sobre el Perú "único campo de batalla que quedaba en América", según la expresión gráfica de San Martín. El venía buscando los honores del triunfador que consideraba atributos de su gloria, como el incienso en los altares de los dioses. Naturaleza tropical, con imaginación poética, ensorberbecida por el éxito y viciada por la lisonja, estas vanas ostentaciones eran una necesidad de su temperamento y de sus ambiciones en la vida. El pueblo libertado le tributó los honores, merecidos aunque exagerados, que nunca faltaban donde él triunfaba, sabedores todos que así satisfacían sus propensiones. Como en Bogotá, después de Boyacá, tuvo entrada triunfal, coronas, monumentos, himnos y loores que perpetuasen su victoria. Era el hombre más poderoso de la América del Sud, y el verdadero árbitro de sus destinos, y esto, a la par de los honores, exaltaba su imaginación ardiente. Según sus palabras a propósito de la cuestión de Guayaquil, "en América no había poder "humano que pudiera oponerse a Colombia". San Martín no podía ser un obstáculo a sus designios, y lo quebraría si se atravesaba en su camino.

El delirio de las grandezas, que estaba en germen en su cabeza empezaba a fermentar activamente en su alma inquieta. Su plan de política absorbente, impura liga de su ambición personal con sus grandes designios de emancipación continental, empezó a diseñarse. Antes que los sueños de unificación americana bajo su hegemonía, antes que las presidencias vitalicias y la monocracia en su persona como coronamiento de la obra revolucionaria hiciesen su aparición, ya los perfiles de su insaciable ambición, que era su fuerza y que sería su debilidad se proyectaban sobre las líneas de las fronteras de los nuevos Estados, cerrándose en su glorioso punto de partida.

En Quito, vió por la primera vez las tropas de San Martín y pudo compararlas con las suyas. Su porte y su correcta disciplina llamaron su atención, especialmente los Granaderos a Caballo argentinos, que rivalizaban con los llaneros de Venezuela y a los que confirió en recuerdo de su reciente hazaña el título de "Granaderos de Río Bamba". Tan valientes como fueran sus soldados, probados en veinte batallas ganadas o perdidas, pero siempre bien peleadas, eran una montonera al lado de los del libertador del Sud. Sea emulación de gloria, sea que considerase como un obstáculo a sus aspiraciones de engrandecimient

la influencia moral de la República Argentina, alma de la hegemonía del sud de la América, desde entonces empezó a manifestarse su prevención contra los argentinos, que al fin haría su estallido.

Uno de los obsequios que el pueblo de Quito ofreció a sus libertadores, fué un espléndido banquete a que asistieron los jefes colombianos, peruanos, argentinos y chilenos de las divisiones vencedoras en Pichincha, que representaban la alianza de las armas americanas del Sud y del Norte. El Libertador, como de costumbre, pronunció varios brindis o elocuentes o verbosos. En uno de ellos, embriagado por sus palabras, llegó a decir: "No tardará mucho el día en que pasearé el "pabellón triunfante de Colombia hasta el suelo argentino". Cinco jefes argentinos se hallaban presentes: el comandante de Granaderos a Caballo de los Andes, Juan Lavalle, pidió la palabra para aclarar un error, se puso de pie, y dijo con reconcentrada arrogancia: "La Repú-"blica Argentina se halla independiente y libre de la dominación es-"pañola, y lo ha estado desde el día en que declaró su emancipación, el "25 de mayo de 1810. En todas las tentativas para reconquistar su te-"rritorio, los españoles han sido derrotados. Nuestro himno nacional "consagra sus triunfos". Y brindó por la independencia de América y de la República Argentina. No hubo más brindis.

En Guayaquil entró Bolívar bajo arcos de triunfo, con las leyendas: "A Simón Bolívar —Libertador de Colombia—. Al rayo de la guerra, al iris de la paz". Al hacerse las salvas de honor, las cañoneras de la ría, arriaron el pabellón celeste y blanco de Guayaquil y enarbolaron el de Colombia. "¿Por qué tan pronto?", exclamó en alta voz algo sorprendido, pensando que era la señal de la incorporación de la provincia disputada. Al arriar el pabellón de Colombia, después de terminadas las salvas, y ascender de nuevo el del estado mediatizado, resonó un grito unánime: "¡Viva Guayaquil independiente!". Miró de soslayo, se caló el elástico que tenía en la mano, y siguió su marcha triunfal. Este incidente fué muy comentado en el público, y especialmente en la legación peruana, como indicante de las intenciones del Libertador.

No eran un secreto para nadie las intenciones de Bolívar. Para convertirlas en hecho se hizo acompañar de un cuerpo de ejército de 1500 hombres, que ocuparon militarmente la ciudad en actitud amenazante. Su actitud era agresiva. Dos incidentes análogos al de Quito vinieron a poner otra vez de relieve su orgullo, su rivalidad con los peruanos y su prevención contra los argentinos. En un banquete con motivo de un aniversario de uno de sus triunfos, uno de sus jefes brindó porque el omnipotente lo conservase por siempre. Se levantó y dijo: "Sí, señores: hoy hace treinta y nueve años que he nacido tres veces, para el mundo, mi gloria y la república". En otro banquete, tocóle tener a su frente al coronel argentino Manuel Rojas, secretario de la legación peruana. Rojas le miraba de hito en hito, como si quisiese penetrarlo. Encontrándose por acaso sus miradas, el Libertaodr bajó los ojos. Repitiéndose el hecho por segunda vez, le preguntó con ceño: —¿Quién es usted? —Manuel Rojas, contestó apaciblemente el interpelado. —¿Qué graduación tiene usted? —Coronel, replicó Rojas, inclinando el hombro izquierdo y mostrando la pala de su charretera. —¿De qué país es usted? —Tengo el honor de ser de Buenos Aires, dijo poniendo la mano sobre las medallas argentinas que llevaba al pecho. —Bien se conoce por el aire altanero que representa. —Es un aire propio de hombres libres, repuso por último el argentino, incli-

nándose. Aquí terminó este singular diálogo. Ambos interlocutores bajaron la cabeza. Todos permanecieron en silencio. Un frío glacial circuló por toda la concurrencia. Dos días después (13 de julio), el mismo día que San Martín le dirigía su carta, lisonjeándose de que ambos "cambiarían de acuerdo y en grande los intereses de los pue-"blos", el pabellón independiente de Guayaquil era arriado y se enarbolaba el iris colombiano con esta inscripción: "La América del Sud, libre por la República de Colombia".

No habían pasado veinticuatro horas de la entrada triunfal del Libertador en Guayaquil, cuando los partidarios de su anexión a Colombia sostenidos por sus bayonetas, dirigieron una representación al síndico procurador de la municipalidad pidiendo que se hiciese efectiva inmediatamente. La municipalidad se negó por unanimidad, porque los representantes del pueblo estaban convocados para resolver esta cuestión. Esta resistencia irritó a Bolívar. Repetida la petición sin mejor resultado, elevóse otra enderezada directamente al Libertador (julio 12). Bolívar, tomando pie de esta tramoya, declaró a Guayaquil en estado de anarquía, y al asumir el mando político y militar, significó a la junta por medio de su secretario que la provincia quedaba bajo la protección de Colombia (julio 13), intimando por medio de un edecán su voluntad a la asamblea popular. Al mismo tiempo expidió una proclama en que decía a los guayaquileños: "Os veis reducidos a "la situación más falsa, más ambigua, más absurda para la política "como para la guerra. Vuestra situación era un fenómeno que estaba "amenazando la anarquía. Yo he venido a traeros el arca de la salva-"ción". Empero, tributando en la forma un homenaje al principio que sostenía San Martín, les aseguraba que su reasunción del mando absoluto en nada coartaba la libertad del voto que pronunciase su representación; pero decretaba imperativamente de antemano, que la anexión era un hecho fuera de cuestión: "Sois colombianos: vuestros "votos han sido por Colombia: habéis pertenecido por tiempo inme-"morial al territorio que tiene la dicha de llevar el nombre del padre "del Nuevo Mundo; mas yo quiero consultaros, para que no se diga "que hay un colombiano que no ama sus sanas leyes". La junta se dió por notificada y declaró que "cesaba desde luego en el ejercicio de "sus funciones gubernativas". Así quedó consumada de hecho la incorporación de Guayaquil a Colombia. Bolívar hacía lo que podía, y puede decirse lo que debía, para resolver la cuestión y prevenir un conflicto inminente; pero lo hacía mal, sin franqueza en las palabras y con violencia en los actos.

San Martín por su parte se preparaba a ejecutar una maniobra análoga, consecuente con su política y sus declaraciones comprometidas de sostener el voto libre del estado mediatizado. Al efecto, se había hecho preceder por la escuadra peruana, que a la sazón se encontraba en Guayaquil bajo las órdenes de su almirante Blanco Encalada, con el pretexto de recibir la división auxiliar peruano-argentina que desde Quito debía embarcarse en dicho puerto. Ocupada así la ciudad por agua y por tierra, el Protector contaba ser dueño del terreno, para garantir el voto libre de los guayaquileños, y tal vez para inclinarlo a favor del Perú. Pensaba que a su llegada, aun se hallaría el Libertador en Quito, hasta donde era su intención dirigirse, como lo había anunciado, a fin de buscar allí el acuerdo en actitud ventajosa; pero Bolívar "le ganó de mano", según él mismo lo declaró después. Los miembros de la disuelta junta de Guayaquil se refugiaron a bordo de la

escuadra peruana, a pesar de las instancias del Libertador, poniéndose como vencidos bajo la protección del vencido.

IV

Consumada de hecho la incorporación de Guayaquil, Bolívar, al contestar la carta de San Martín, que le anunciaba su visita, lo invitaba a verle en "el suelo de Colombia", o a esperarle en cualquier otro punto, envolviendo en palabras lisonjeras el punto capital, que era 'arreglar de común acuerdo la suerte de la América". Decíale: "Con 'suma satisfacción, dignísimo amigo, doy a usted por la primera vez el "título que mucho tiempo ha mi corazón le ha consagrado. Amigo le "llamo, y este nombre será el que debe quedarnos por la vida, porque 'la amistad es el único título que corresponde a hermanos de armas, de "empresa y de opinión. Tan sensible me será que no venga a esta ciu-"dad, como si fuéramos vencidos en muchas batallas; pero no, no de-'jará burlada la ansia que tengo de estrechar en el suelo de Colombia 'al primer amigo de mi corazón y de mi patria. ¿Cómo es posible que 'venga usted de tan lejos para dejarnos sin la posesión positiva en 'Guayaquil del hombre singular que todos anhelan conocer y si es po-'sible tocar? No es posible. Yo espero a usted y también iré a encon-'trarle donde quiera esperarme; pero sin desistir de que nos honre en "esta ciudad. Pocas horas, como usted dice, bastan para tratar entre "militares; pero no serían bastantes esas mismas para satisfacer la 'pasión de la amistad que va a empezar a disfrutar de la dicha de 'conocer el objeto caro que le amaba sólo por la opinión, sólo por la "fama".

Al firmar Bolívar esta carta el 25 de julio de 1822 a las 7 de la mañana, anuncióse que se avistaba en el horizonte una vela a la altura de un islote elevado a la boca del golfo llamado "El muerto". Poco después la goleta "Macedonia", conduciendo al Protector, echaba anclas frente a la isla de Puná, y la insignia que flotaba en su mástil señalaba la presencia del gran personaje que traía a su bordo. Anunciada la visita, el Libertador mandó saludarle por medio de dos edecanes, ofreciéndole la hospitalidad. Al día siguiente desembarcó San Martín. El pueblo, al divisar la falúa que lo conducía, lo aclamó con entusiasmo a lo largo del malecón de la ribera. Un batallón tendido en carrera le hizo los honores. Al llegar a la suntuosa casa que se le tenía preparada, el Libertador le esperaba de gran uniforme, rodeado de su estado mayor, al pie de la escalera, y salió a su encuentro. Los dos grandes hombres de la América del Sud se abrazaron por la primera y por la última vez. "Al fin se cumplieron mis deseos de conocer y es-"trechar la mano del renombrado general San Martín", exclamó Bolívar. San Martín contestó que los suyos estaban cumplidos al encontrar al Libertador del Norte. Ambos subieron del brazo las escaleras, saludados por grandes aclamaciones populares.

En el salón de honor, el Libertador presentó sus generales al Protector. En seguida empezaron a desfilar las corporaciones que iban a saludar al ilustre huésped, presente el que hacía los honores. Una diputación de matronas y señoritas se presentó a darle la bienvenida en una arenga, que él contestó agradeciendo. En seguida una joven de dieciocho años, que era la más radiante belleza del Guayas, se adelantó del grupo, y ciñó la frente del Libertador del Sud, con una corona de laurel de oro esmaltado. San Martín, poco acostumbrado a estas mani-

festaciones teatrales y enemigo de ellas por temperamento, a la inversa de Bolívar, se ruborizó, y quitándose con amabilidad la corona de la cabeza, dijo: que no merecía aquella demostración, a que otros eran más acreedores que él; pero que conservaría el presente por el sentimiento patriótico que lo inspiraba y por las manos que le ofrecían, como recuerdo de uno de sus días más felices. Luego que se hubo retirado la concurrencia, los dos grandes representantes de la revolución de la América del Sud quedaron solos. Los dos permanecían de pie. Paseáronse algunos instantes por el salón, cambiando palabras que no llegaban a oídos de los edecanes que ocupaban la antesala. Bolívar parecía inquieto; San Martín, estaba sereno y reconcentrado. Cerraron la puerta, y hablaron sin testigos, por el espacio de más de hora y media. Abrióse luego la puerta; Bolívar se retiró impenetrable y grave como una esfinge, y San Martín le acompañó hasta el pie de la escalera con la misma expresión, despidiéndose ambos amistosamente. Más tarde, el Protector pagó al Libertador su visita, que fué de mero aparato y sólo duró media hora.

Al día siguiente (27 de julio), San Martín ordenó que se embarcase su equipaje a bordo de su goleta, anunciando que en esa misma noche pensaba hacerse a la vela, después de un gran baile a que estaba invitado. Señal que no esperaba ya nada de la entrevista. A la una del día se dirigió a la casa del Libertador, y encerrados ambos sin testigos como la víspera, permanecieron cuatro horas en conferencia secreta. Todo indica que éste fué el momento psicológico de la entrevista. A las 5 de la tarde, sentábanse uno al lado del otro a la mesa de un espléndido banquete. Al llegar el momento de los brindis, Bolívar se puso de pie, invitando a la concurrencia a imitar su ejemplo, y dijo: "Por los dos hombres más grandes de la América del Sud: el gene-"ral San Martín y Yo". San Martín a su turno contestó modestamente, pero con palabras conceptuosas que parecían responder a una preocupación secreta: "Por la pronta conclusión de la guerra; *por la organización de las diferentes REPUBLICAS del continente*, y por la salud del Libertador de Colombia". Del banquete, pasaron al baile. Bolívar se entregó con juvenil ardor a los placeres del vals, que era una de sus pasiones. El baile fué asumiendo la apariencia de una reunión de campamento llanero, por la poca compostura de la oficialidad del Libertador, que a veces corregía él con palabras crudas y ademanes bruscos, que imprimían a la escena un carácter algo grotesco. San Martín permanecía frío espectador, sin tomar parte en la animación general, observando todo con circunspección; pero parecía estar ocupado por pensamientos más serios. A la una de la mañana, llamó a su edecán el coronel Rufino Guido, y le dijo: "Vamos: no puedo soportar este bullicio". Sin que nadie lo advirtiese, un ayudante de servicio le hizo salir por una puerta excusada —según lo convenido con Bolívar, de quien se había despedido para siempre—, y lo condujo hasta el embarcadero. Una hora después la goleta "Macedonia" se hacía a la vela, conduciendo al Protector. Al día siguiente levantóse muy temprano. Parecía preocupado, y permanecía silencioso. Después del almuerzo, paseándose por la cubierta del buque, exclamó: "¡El Libertador nos ha ganado de mano!". Y al llegar de regreso al Callao encargaba al general Cruz escribiese a O'Higgins: "¡El Libertador no es el hombre que pensábamos!". Palabras de vencido y de desengañado, que compendiaban los resultados de la entrevista.

V

¿Qué había pasado en las conferencias secretas? Lo que estaba en el orden de los hechos, en la atmósfera política, en las almas de los dos interlocutores. Antes de la entrevista ¿quién no sabía de lo único de que podía ocuparse San Martín y Bolívar? Después de la entrevista, ¿quién no sabe cuál fué el resultado de las conferencias? En el orden físico como en el orden político, son los mismos elementos los que constituyen la esencia de los fenómenos y forman la trama de los acontecimientos necesarios. Si conociendo la historia de la emancipación hispanoamericana, sólo se supiese que San Martín y Bolívar habían celebrado una conferencia en 1822, podría determinarse a priori cuáles fueron los puntos que en ella se trataron; y con más certidumbre pueden determinarse a posteriori, conociéndose los documentos correlativos que la precedieron y la siguieron, y los hechos que la explican.

Dos grandes cuestiones dominaban la época: la terminación de la guerra de la independencia, circunscripta al territorio del Perú y la organización política de las nuevas naciones independizadas. Las cuestiones de alianza militar para alcanzar lo primero y de límites para definir las soberanías territoriales, estaban comprendidas, pero eran accesorias. No había en el mundo de la política sudamericana otros problemas que resolver, "para fijar la estabilidad del destino de la América", según las palabras de San Martín al buscar la entrevista. Por consecuencia, San Martín y Bolívar, las dos grandes influencias de la época que únicamente podían resolverlos como árbitros, debieron necesariamente ocuparse de ellos. El tiempo, que ha descorrido el velo del misterio, con exhibición del documento fundamental que esparce plena luz sobre la conferencia, ha venido, como un protocolo, a revelar, que lo que se trató en ella, fué lo mismo que estaba públicamente anunciado, salvo la guerra de Quito ya terminada, la cuestión de Guayaquil eliminada de hecho, y la desaparición de una gran figura de la escena sudamericana, que fué su consecuencia. La famosa conferencia de Tilsit, que sólo se conoce por inducción y por sus resultados, ha sido rehecha en todas sus partes como si el mundo entero hubiese sido testigo en ella. La de Guayaquil es más fácil de rehacer en sus partes integrantes, sin necesidad de apelar a conjeturas, con sólo ordenar los puntos y los incidentes fuera de cuestión que son del dominio de la historia documentada, sin agregar una palabra ni un gesto que no pueda ser comprobado.

La conferencia se verificó bajo malos auspicios para establecer igualdad en la participación de la influencia continental: el Libertador del Norte, dueño de su terreno, que pisaba con firmeza, tenía de su lado el sol y el viento; el del Sud, se presentaba en una posición falsa, sin un plan fijo, sin base sólida de poder propio, que al pisar la playa guayaquileña había sido ganado de mano, según su expresión, en la cuestión que se proponía tratar de igual a igual. Así, los dos grandes protagonistas del drama revolucionario se presentaron enmascarados en esta escena, que sólo tiene de dramático lo que pasó en el alma de cada uno de ellos. La impresión que a primera vista produjo Bolívar en San Martín, fué de repulsión, al observar su mirar gacho, su actitud desconfiada y su orgullo mal reprimido. Tal vez leyó su propio destino en la mirada encapotada de su émulo, al encontrarse con otro hombre distinto del que se imaginaba a la distancia, y al chocar con una

ambición con que no había contado. Sin embargo, lo penetró al través de su máscara. Bolívar, más lleno de sí mismo, miró a San Martín de abajo arriba, y sólo vió la cabeza impasible que tenía delante de sus ojos, sin sospechar las ideas que su cráneo encerraba, ni los sentimientos de su corazón. Vió simplemente en él un hombre sin doblez, un buen capitán que debía sus victorias más a la fortuna que a su genio. Así se midieron mentalmente estos dos hombres en su primer encuentro.

Bolívar tenía en su cabeza un plan de consolidación americana, que aunque confuso todavía, respondía a un propósito firme de dominación que se sentía llamado a ejecutar solo. San Martín, que no tenía el resorte de la ambición personal, y si la tuvo por acaso al provocar la conferencia adjudicándose el papel de árbitro, se destempló al chocar con aquella voluntad férrea encarnada en un hombre, que lo consideraba como un obstáculo a la expansión de su genio atrevido, pudo estimar su temple al encontrarse con un antagonista en vez de un aliado. "Puede decirse —son palabras de San Martín—, que sus "hechos militares le han merecido con razón ser considerado como el "hombre más extraordinario que haya producido la América del Sud. "Lo que lo caracteriza sobre todo, y le imprime en cierto modo su sello "especial, es una constancia a toda prueba a que las dificultades dan "mayor tensión, sin dejarse jamás abatir por ellas, por grandes que "sean los peligros a que su alma ardiente le arrastra". El círculo en que podía moverse la voluntad de San Martín, era muy limitado: iba de buena fe y sin ambición a buscar los medios de poner pronto término a la guerra de la independencia, circunscripta a un solo punto, y a tratar como "responsable del éxito de la empresa y del destino de la "América", según sus propias palabras, las grandes cuestiones americanas de la organización futura, resolviendo de paso las del presente. Y no tuvo ni cuestiones que tratar, ni encontró siquiera hombre con quien discutir. Bolívar se encerró en un círculo de imposibilidades ficticias, oponiéndole una fría resistencia que no se dejaba penetrar, a pesar de haberle insinuado antes, que "entre militares, pocas horas "bastaban para tratar".

La única cuestión de actualidad, la que afecta "los intereses generales del Perú y de Colombia", que era la de Guayaquil, y que según las seguridades oficiales dadas por San Martín "quedaría transada en la conferencia", ni se tocó siquiera; estaba resuelta de hecho, y Bolívar al ofrecerle su hospitalidad, le había notificado que Guayaquil estaba "en el suelo de Colombia", y él la había aceptado bajo el pabellón colombiano. La gran cuestión de actualidad, que era la pronta terminación de la guerra de la independencia, por el común acuerdo y la alianza de las armas del Perú y de Colombia, fué esquivada en parte por el Libertador, y en parte resuelta por él en términos equívocos que importaban no alterar la situación militar, dándose San Martín ostensiblemente por satisfecho a más no poder con este resultado parcial que nada resolvía. La cuestión menor de las bajas de la división auxiliar que había concurrido a Pichincha, que según lo convenido debía reemplazar Colombia, no se tocó, porque Bolívar la había detenido en Quito, adelantándose con sus batallones para dar el golpe de Estado de Guayaquil, temeroso de que su presencia pudiese alentar a los guayaquileños a pronunciarse en sentido contrario a sus planes de anexión.

La otra cuestión fundamental de orden trascendental, la que se refería a la organización futura de los nuevos Estados, no podía de-

jar de ser tratada, y lo fué, aunque incidentalmente, según testimonio del mismo San Martín. Los documentos hablarán en cuanto al modo como fué considerada y medio resuelta la relativa a la alianza, en el orden de los hechos; en cuanto a ésta, que se relaciona con las conciencias, a falta de ellos, la ilustrarán los antecedente conocidos con que se liga, y las confidencias que esparcen una media luz sobre este punto, el único oscuro de la conferencia, aunque el más claro de la historia. Puede hasta fijarse la hora en que estas dos grandes cuestiones se trataron, y el momento preciso en que San Martín renunció, hasta en teoría, al proyecto quimérico del establecimiento de una monarquía americana. Cuando después de la recepción oficial los dos libertadores quedaron solos a puerta cerrada por el espacio de hora y media, era natural que no entrasen todavía en materia y se ocupasen de la situación general. Así lo confirma un dato de mera referencia. Durante esta primera conferencia preliminar, el Libertador abrió la puerta y llamó a su ayudante de campo y secretario el general T. C. Mosquera, y le ordenó trajese las últimas cartas del vicepresidente Santander, que instruían del estado en que se hallaba Colombia, lo que indica que se ocupaban de darse cuenta de la situación de todas y cada una de las partes de la América del Sud. En la visita de etiqueta que el Protector hizo al Libertador, que sólo duró media hora, no era la ocasión ni hubo tiempo para tratar tan graves cuestiones. Por consecuencia, fué el 27 de julio, de 1 a 5 de la tarde, que hemos señalado, cuando tuvo lugar la formal y definitiva entrevista (véase § IV de este cap.). A esas horas los dados del destino estaban tirados.

VI

Salvo el orden en que se trataron los diversos puntos conexos con la inmediata terminación de la guerra de la independencia sudamericana, todos los tópicos son conocidos, y hasta los gestos que acentuaron la interesante discusión. San Martín manifestó que no abrigaba temor alguno respecto de la suerte futura del Perú en el orden militar. Sin embargo, agregó, que aun cuando estuviese íntimamente convencido, que cualesquiera que fuesen las vicisitudes de la guerra, la independencia de la América era irrevocable, su prolongación causaría la ruina de las poblaciones, y era un deber sagrado de los hombres a quienes estaban confiados sus destinos, evitar tan grandes males. Bolívar ofreció el auxilio de tres batallones colombianos, pagando estrictamente la deuda de Pichincha; pero reservóse darles instrucciones secretas que anularan la cooperación que debían prestar, como se vió luego, complicando la oferta con la devolución del batallón Numancia, que debía agregarse a la columna colombiana. De este modo Bolívar ponía un pie en el Perú, sin dar los medios eficientes para terminar prontamente la guerra, dejaba más o menos librado el Perú a sus propios recursos, y en el estado crónico de la lucha o dado un suceso desgraciado, él era el árbitro, seguro de que el triunfo definitivo era cuestión de tiempo. Si Bolívar, en vez de 1400 hombres prestados a medias, hubiese puesto a disposición del Protector tres o cuatro mil colombianos y decidido a entrar con su ejército en el Perú, contando, como contaba con la cooperación eficaz del General de los Andes, la guerra de la independencia habría terminado en tres meses. No quiso hacerlo, y la lucha se prolongó por tres años más. Para persuadirlo de esto, San Martín desenvolvió entonces el plan de campaña por puertos intermedios que

tenía meditado, que para producir todas sus ventajas debía ser acompañado por una poderosa invasión a la sierra; y que esto no era posible sin el auxilio del ejército colombiano; pues los tres batallones colombianos ofrecidos (además del batallón Numancia) serían apenas suficientes para mantener el orden en Lima y guarnecer los castillos del Callao.

Parece que Bolívar dió poca importancia a las últimas fuerzas que resistían en el Perú, sea por cálculo o por estar mal informado. San Martín se encargó de poner ante sus ojos los estados de fuerza, diciéndole, que "no se hiciese ilusión, sobre las fuerzas realistas en el Alto "y Bajo Perú, que ascendían al doble de las patriotas; que se trataba "de poner término a la lucha que juntos habían emprendido y en que "estaban empeñados, y que el honor del triunfo final correspondería al "Libertador de Colombia, a su ejército y a la república que presidía".

El momento psicológico de la conferencia había llegado. Bolívar estrechado en sus defensas artificiales, pero resuelto a mantenerse en ellas, contestó, que el congreso de Colombia no lo autorizaría para ausentarse del territorio de la república. Esto decía el que había reconquistado a Nueva Granada sin autorización del congreso y le había impuesto la república colombiana, y que al sancionarse la constitución. se había reservado fuera de ella el absoluto poder militar en los pueblos que fuese sucesivamente libertando, como lo acababa de hacer con Quito y Guayaquil. San Martín, sin darse por entendido que era una evasiva, le repuso que estaba persadido que la menor insinuación suya al congreso sería acogida con unánime aprobación. El Libertador estaba sordo, y no quería oír. San Martín tuvo la gran inspiración del momento. "Bien, general, le dijo, yo combatiré bajo sus órdenes. Puede venir con seguridad al Perú, contando con mi cooperación. Yo seré su "segundo". Bolívar, sorprendido, levantó la vista y miró por la primera vez de frente a su abnegado interlocutor, dudando de la sinceridad de un ofrecimiento de que él no era capaz. Pareció vacilar un momento; pero volvió a encerrarse en su círculo de imposibilidades constitucionales, agregando, que aun estando resuelto a emprender formalmente la campaña del Perú, su delicadeza no le permitiría jamás el mandarlo. Era significarle, que de ir él, con su ejército, iría mandando solo, como árbitro militar y político de la suerte de los pueblos, y que no aceptaba su cooperación. Si antes lo había considerado un obstáculo, ahora era más necesario suprimirlo, cuando se presentaba moralmente tan grande, que lo vencía con su abnegación. Fué sin duda entonces cuando formó de él el concepto de que era "un buen hombre", pero peligroso aun como contraste de su ambición. San Martín comprendió que el Libertador no quería hacer causa común con él; desde ese momento, probablemente, decidió eliminarse poniendo los medios para que el Perú resolviese por sí solo, con los últimos restos de las tropas argentinas y chilenas, la lucha americana, y en todo caso, dejar la puerta abierta para que el Libertador avanzase con su poderoso ejército triunfante, y diese el golpe mortal a la dominación española en la América del Sud. No volvió a insistir sobre el punto en cuestión, sabiendo ya a qué atenerse.

VII

¿Se trató en la conferencia la cuestión capital de la organización futura de los nuevos Estados sudamericanos? Es indudable. Todos los historiadores que han recibido más o menos directamente las va-

gas confidencias de los dos grandes protagonistas de la escena, coinciden en este punto, sin exceptuar uno solo, y aunque variando en las versiones, todos están contestes, en que San Martín abogó por la monarquía y Bolívar por la república. No podía ser de otro modo, después de la solemne declaración de San Martín de que iba a tratarse en la entrevista por él buscada, "de la estabilidad del destino a que "con rapidez se acercaba la América, y de que él y el Libertador eran "en alto grado responsables". Y necesariamente tenía que tratarla, dada la situación en que él se encontraba, con una negociación sobre monarquización del Perú pendiente en Europa, que aunque al parecer abandonada después de la convocatoria posterior del congreso peruano para entregar sus destinos al país libertado, podía todavía considerar como un proyecto presentable, si Bolívar le prestaba su aprobación, o no le ponía obstáculo.

Sucede a este respecto lo mismo que en los demás tópicos de la conferencia. Conocidas las opiniones sobre forma de gobierno que profesaban ambos libertadores, públicamente declaradas en varias ocasiones, puede ponerse en boca de los interlocutores los argumentos que hicieron valer en favor de ellos, y hasta las palabras de que se sirvieron. San Martín diría, como había dicho siempre, que aunque republicano por convicción, y considerando la república como el gobierno más perfecto, posponía sus principios al bien público, al optar por lo que creía posible y mejor para asegurar la paz de los nuevos Estados evitando la anarquía, porque no consideraba a los pueblos de la América del Sud preparados para la democracia; y que respecto al Perú, pensaba que era la forma de gobierno más adaptable a su estado social; siendo por otra parte éste un medio de alcanzar una solución, que conciliaba la política del nuevo y del viejo mundo, y aun de arribar a un arreglo con la España sobre la base del reconocimiento de la independencia. En este plan quimérico y absurdo, pero patriótico a su manera, no entraba por nada la ambición personal; él no aspiraba ni siquiera a ser presidente de república. Bolívar era republicano, a su manera también. Como presidente de una gran república, que componía un verdadero imperio era más que un rey, y soñaba ya con la monocracia americana, y con la presidencia vitalicia que le había inoculado su maestro Simón Rodríguez, y que sostuvo en sus escritos varias veces desde sus primeros hasta sus últimos días de vida pública, como la única institución capaz de dar estabilidad a los nuevos Estados, combinando la constitución monárquica de la Inglaterra con la democracia embrionaria de la América del Sud, por la eliminación de sus dos principios fundamentales: ni democracia, ni rey. Precisamente por este mismo tiempo se inauguraba el nuevo e inconsistente imperio mejicano, y Bolívar, tal vez por una asociación de ideas, que se ligaba a la reciente conferencia, después de emitir sobre San Martín en la intimidad, el juicio que había formado de él, considerándolo como un hombre bueno, agregaba: "Itúrbi-"de se hizo emperador por la gracia de Pio, primer sargento; sin duda "será muy buen Emperador. Su imperio será muy grande y muy dichoso, "porque los derechos son legítimos según Voltaire, por aquello que dice: *El primero que fué rey fué un soldado feliz*, aludiendo sin duda al buen "Nemrod. Mucho temo que las cuatro planchas cubiertas de carmesí, que "llaman trono, cuesten más sangre que lágrimas, y den más inquietudes "que reposo. Están creyendo algunos que es muy fácil ponerse una corona, "y que todos lo adoren; y yo creo que el tiempo de las monarquías fué, y "que hasta que la corrupción de los hombres no llegue a ahogar el amor

"a la libertad, los tronos no volverán a ser moda en la opinión". En este manto de republicano, se envolvía una ambición cesárea, incompatible con la verdadera democracia, como sus reaccionarias teorías confesadas lo manifiestan y el tiempo lo demostró. Era, pues, natural, que por principios y por instinto y hasta por interés propio, rechazase el plan monarquista de San Martín, y éste era otro motivo para eliminarlo. Era una idea muerta.

La tradición ha conservado algunas frases a propósito de monarquía, pronunciadas por los interlocutores, que uno de ellos ha confirmado. San Martín, en uno de los rarísimos momentos de expansión, comunicó en 1832 al enviado de Chile en París don José J. Pérez, que Bolívar no creía posible la monarquía, sino a condición de que los reyes fuesen americanos. San Martín le contestó, según él, que no podían tomarse a lo serio monarcas "que habían fumado juntos el mismo cigarro, y para sus súbditos serían naranjos", aludiendo a la monja que no podía reverenciar un Cristo tallado en el tronco de un naranjo que había visto crecer en el huerto de su convento. Algunas otras confidencias parece que se hicieron los dos libertadores. San Martín asegura que Bolívar le dijo, que "depositaba su mayor confianza en los oficiales colombianos más bien como esclavos que como compañeros, tolerando la mayor licencia en la tropa, en que era muy popular. Al despedirse para siempre del Libertador, al parecer amigablemente, ofrecióle enviarle desde el Perú un caballo de paso para las marchas de sus futuras campañas. En seguida sentóse a la mesa del banquete, y vencido sino convencido, alzó la copa y brindó. "*Por la organización* de las diferentes REPUBLICAS *del continente*". Hasta entonces, el Libertador del Sud, había fundado repúblicas de hecho, pero no había confesado una fe política, inclinándose en teoría a la monarquía, aunque sin pretender imponer sus opiniones. Por la primera vez reconocía que los nuevos Estados sudamericanos eran REPUBLICAS, y debían *organizarse* como tales.

¿Hubo algo más? Tal vez. Así lo indica la reserva que uno y otro guardaron por el espacio de largos años, sin comunicar sus impresiones a sus más íntimos confidentes. San Martín, como vencido, quedó mortificado, y era un asunto de que no le era grato hablar, habiéndose impuesto por otra parte el silencio como un deber de patriotismo para no dar armas al enemigo, según lo dijo él mismo al Libertador después de la conferencia. Bolívar, por su parte, no debió quedar satisfecho de sí mismo: el Protector lo había vencido moralmente con su abnegación, y su silencio mismo constituye el mayor elogio que podía hacer a su elevación de sentimientos. Parece empero, que Bolívar hubiera ido más allá, en algunos de esos momentos de indiscreción que le eran tan habituales, y que si no se entendieron, fué porque los planes que podían acercarlos, le repugnaban. Así lo indicarían varias confidencias de San Martín llenas de reticencias, cuando desde su ostracismo observaba a Bolívar poseído del delirio de la monocracia. "Es "preciso creer, escribía tres años después (1827), que todos los hom- "bres que no han empuñado el clarín para desacreditar al ex general "San Martín, han sido perseguidos por el general Bolívar. La emula- "ción no puede entrar en parte. Los sucesos que yo he obtenido en la "guerra de la independencia, son bien subalternos en comparación de "los que ha prestado él a la causa general de la América. Usted tendrá "presente que a mi regreso de Guayaquil le manifesté la opinión que "me había formado del general Bolívar, es decir, una ligereza extre-

"ma, inconsecuencia en sus principios, y una vanidad pueril, pero nun- "ca me ha merecido la de un impostor".

Un año después (1827), cuando la fortuna de Bolívar declinaba, y el Perú y hasta su misma patria repudiaban al Libertador, volvía a insistir sobre el mismo tópico: "No me ha tomado de sorpresa la con- "ducta que el general Bolívar ha observado en el Perú. Tenga presente "el juicio que le dije había formado de él a mi regreso de Guayaquil. "Desgraciadamente para la América no he tenido que rectificarlo. Es- "toy convencido que la pasión del mando es en lo general la que más "domina al hombre, y hay muy pocos capaces de dominarla. No me "queda duda de las sanas intenciones de este general en atacar mi "opinión; pero yo sería un mal caballero si abusase de la situación en "que se halla (que estoy seguro empeorará aun más por su carácter), "para publicar secretos que sólo verán la luz después que deje de "existir".

Es posible que San Martín se llevase a la tumba alguno de los secretos de la entrevista, respecto de los planes ambiciosos de Bolívar, entonces en germen, que hoy no son un misterio para nadie, pues él mismo se ha encargado de revelarlos al mundo con sus hechos y sus escritos. Todo induce, empero, a pensar, que las revelaciones anunciadas, se limitaban a la famosa carta que dirigió al Libertador después de la conferencia, que puede considerarse como el protocolo consentido de ella, y que entonces no era conocida ni sospechada siquiera. Si algún rasgo de detalle se ha perdido, la historia no necesita de él, porque posee los suficientes documentos para juzgar a ambos en el momento de prueba en que sus caracteres se contrastaron por la piedra de toque del mando supremo en el apogeo de su grandeza.

VIII

Un historiador colombiano, ministro y confidente del Libertador, ha dicho: "Afirmóse en su tiempo, que ni el Protector había quedado "contento de Bolívar, ni éste de aquél". San Martín por su parte se encargó de afirmar esto mismo, dando por motivo, que "los resultados "de la entrevista no habían correspondido a lo que se prometía para "la pronta terminación de la guerra. Era un vencido. Si desde entonces meditó separarse de la escena, para no ser un obstáculo a la terminación de la guerra, o si la situación que a su regreso encontró en Lima lo determinó a ello, es un punto accesorio que no puede con precisión determinarse; pero de todos modos ésta fué una de las principales causas que obró en él para su resolución definitiva, además de otras que fatalmente la imponían.

La primera palabra de San Martín de regreso al Perú, fué para abrir sus puertas a las armas auxiliares de Colombia, proclamando la alianza sudamericana, y de alto encomio para su feliz rival: "Tuve la "satisfacción de abrazar al héroe del Sud de América. Fué uno de los "días más felices de mi vida. El Libertador de Colombia auxilia al "Perú con tres de sus bravos batallones. Tributemos todos un recono- "cimiento eterno al inmortal Bolívar". San Martín sabía bien que este auxilio era insuficiente, que su concurrencia no sería eficaz desde que no era dado con el propósito serio de poner de un golpe término a la guerra, y que su persona era el único obstáculo para que Bolívar se decidiese a acudir con todo su ejército al Perú. Fué entonces cuando, hecha la resolución de eliminarse, dirigió al Libertador la famosa car-

la, que puede considerarse como su testamento político, y que la historia debe registrar íntegra en sus páginas.

"Le escribiré, no sólo con la franqueza de mi carácter, sino también con la que exigen los altos intereses de la América.

"Los resultados de nuestra entrevista no han sido los que me prometía para la pronta terminación de la guerra. Desgraciadamente, yo estoy íntimamente convencido, o que no ha creído sincero mi ofrecimiento de servir bajo sus órdenes con las fuerzas de mi mando, o que mi persona le es embarazosa. Las razones que me expuso, de que su delicadeza no le permitiría jamas el mandarme, y que, aun en el caso de decidirse, estaba seguro que el congreso de Colombia no autorizaría su separación del territorio de la república, no me han parecido bien plausibles. La primera se refuta por sí misma. En cuanto a la segunda, estoy persuadido, que si manifestase su deseo, sería acogido con unánime aprobación, desde que se trata de finalizar en esta campaña, con su cooperación y la de su ejército, la lucha que hemos emprendido y en que estamos empeñados, y que el honor de ponerle término refluirá sobre usted y sobre la república que preside.

"No se haga ilusión, general. Las noticias que tiene de las fuerzas realistas son equivocadas. Ellas montan en el Alto y Bajo Perú a más de 19.000 veteranos, que pueden reunirse en el espacio de dos meses. El ejército patriota, diezmado por las enfermedades no puede poner en línea sino 8500 hombres, en gran parte reclutas. La división del general Santa Cruz (que concurrió á Pichincha), cuyas bajas no han sido reemplazadas á pesar de sus reclamaciones, ha debido experimentar una pérdida considerable en su dilatada y penosa marcha por tierra, y no podrá ser de utilidad en esta campaña. Los 1400 colombianos que envía, serán necesarios para mantener la guarnición del Callao y el orden en Lima. Por consiguiente, sin el apoyo del ejército de su mando, la operación que se prepara por puertos intermedios, no podrá alcanzar las ventajas que debieran esperarse, si fuerzas imponentes no llamasen la atención del enemigo por otra parte, y así, la lucha se prolongará por un tiempo indefinido. Digo indefinido, porque estoy íntimamente convencido, que sean cuales sean las vicisitudes de la presente, la independencia de la América es irrevocable; pero la prolongación de la guerra causará la ruina de sus pueblos, y es un deber sagrado para los hombres á quienes están confiados sus destinos, evitarles tamaños males.

"En fin, general, mi partido está irrevocablemente tomado. He convocado el primer congreso del Perú, y al día siguiente de su instalación me embarcaré para Chile, convencido de que mi presencia es el solo obstáculo que le impide venir al Perú con el ejército de su mando. Para mí hubiera sido el colmo de la felicidad terminar la guerra de la independencia bajo las órdenes de un general á quien la América debe su libertad. ¡El destino lo dispone de otro modo, y es preciso conformarse!

"No dudo que después de mi salida del Perú, el gobierno que se establezca reclamará su activa cooperación, y pienso que no podrá negarse á tan justa demanda.

"Le he hablado con franqueza, general; pero los sentimientos que esprime esta carta quedarán sepultados en el más profundo silencio; si llegasen á traslucirse, los enemigos de nuestra libertad podrían prevalerse para perjudicarla, y los intrigantes y ambiciosos para soplar la discordia". (*).

Con el portador de la carta, le remitía una escopeta y un par de pistolas, juntamente con el caballo de paso que le había ofrecido para sus futuras campañas, acompañando el presente con estas palabras: "Admita, general, este recuerdo del primero de sus admiradores, con "la expresión de mi sincero deseo de que tenga usted la gloria de ter- "minar la guerra de la independencia de la América del Sud".

Esta carta, escrita con aquel estilo del General de los Andes, que era todo nervios, en que cada palabra parecía una pulsación de su poderosa voluntad, es el toque de retirada del hombre de acción — el documento más sincero que haya brotado de su pluma y de su alma —, es el protocolo motivado de la conferencia de Guayaquil, que explica una de las principales causas de su alejamiento de la vida pública, y puede considerarse como un testamento político. Es un triunfador vencido y consciente, que al tiempo de completar su obra, se resigna a entregar a un rival más afortunado, glorificándolo, el honor de coronarla: "Para mí hubiera sido el colmo de la felicidad terminar la gue- "rra de la independencia (aun bajo órdenes de Bolívar). ¡El destino lo "dispone de otro modo, y es preciso conformarse!".

La historia no registra en sus páginas un acto de abnegación impuesto por el destino, ejecutado con más buen sentido, más conciencia y mayor modestia.

(*) **Nota referente a la carta de San Martín a Bolívar, después de la entrevista de Guayaquil.**

Carta de San Martín al Libertador Bolívar, de 29 de agosto de 1822, en Lima. Véase su texto íntegro a continuación de esta nota. —Esta carta, que esparció la primera luz sobre la hasta entonces misteriosa conferencia de Guayaquil fué publicada en 1844 en el t. II, pág. 138 y sig. de la obra "Voyages autour du monde et voyages célèbres. — Voyages dans les deux Amériques" por el capitán G. Lafond de Lurcy. El autor había servido en la marina del Perú durante la guerra de la independencia, y se hallaba en Guayaquil al tiempo de la entrevista; pero no tuvo entonces relaciones directas con el Protector. En 1839, hallándose en Europa, solicitó por escrito de San Martín, le proporcionase documentos para escribir sobre la guerra de la independencia del Perú y refutar los juicios de algunos escritores que consideraba calumniosos. Entre los papeles de San Martín, hemos encontrado ocho cartas del capitán Lafond dirigidas a él con dos borradores de billetes de contestación, que manifiestan aprecio por el autor, como lo muestra el hecho singular de haberse prestado por la primera vez a suministrar datos sobre su vida pública. La primera carta de Lafond es de 5 de septiembre de 1839, y dice en ella: "Depuis quelque temps je m'occupe de mettre en "ordre divers documents que j'ai pu recueillir sur la guerre de l'Indé- "pendance du Pérou, pendant mon séjour en Amérique. Je cherche à "la corroborer avec l'ouvrage anglais de Miers et de Stevenson; mais "leur partialité pour Lord Cochrane et contre vous est excessive. Je "ne vous dissimulerai pas, mon Général, que je recherche la vérité et "la vérité toute entière, et comme vous êtes le seul homme au monde, "vous le généralissime de cette expédition, qui puissiez me fournir les "documents qui me manquent, pour les trouver, je m'adresse à vous "avec confiance persuadé que vous serez assez bon et assez jaloux de "votre gloire pour me mettre á même de réfuter des allegations que je "crois mensongères. Je me suis présenté plusieurs fois, mon Général

"pour vous voir, mais n'ayant pas eu l'honneur de vous rencontrer, je "n'ai pas cru devoir vous laisser mon nom, pour vous sans intêret, "puisque vous ne pouviez vous le rappeler. Très jeune officier de marine "au service du Pérou, après la prise du Callao, j'ai eu trop peu de "rapports avec le Protecteur de la République, pour qu'il se ressouvienne "de moi". Parece que el general tardó algún tiempo en acceder a la solicitud de Lafond, y que al fin se limitó a enviarle algunos documentos impresos y manuscritos, entre éstos la famosa carta citada, que fué devuelta en 2 de abril de 1840 con estas palabras: "Je vous renvoi les deux "documents ci-joints dont j'ai pris copie: ce sont des lettres de Noblesse "pour vos enfants, qu'ils doivent garder précieusement. Je garde les "imprimés". En la postdata de ésta le dice: "Pourriez vous me donner "une notice et votre opinion sur Bolívar*, Sucre*, Santa-Cruz*, Lavalle*, "O'Higgins*, Canterac*, La Serna*, Espartero, Maroto, Lamar". Los siete primeros nombres están marcados con un rasgo de mano de San Martín, como indicando haber accedido al pedido; pero Lafond sólo ha publicado en su obra los juicios relativos a Bolívar y Sucre, a los que nos hemos referido varias veces en el curso de nuestra historia. El 24 de julio de 1843 en vísperas de publicar su obra, Lafond le vuelve a escribir: "Mon second volume est termine, il va seulement jusqu'á votre "abdication. Il me reste le Chilli et la guerre du Pérou a faire. Le dessin "de votre entrevue avec le général Bolívar n'est pas encore terminé. "Je vous l'enverrai plus tard". En esta misma carta se encuentra un dato curioso sobre un proyecto de San Martín que la historia no menciona. "Pour commencer le 3e. volume j'ai été obligé de faire *una pe-* "*queña mentira*. J'ai dit après mon voyage au nord de Lima á bord "de la goélette Estrella, j'avais éte chargé *par vous* de faire un voyage de "reconnaissance aux iles Marquises et á celles de la Société pour choisir "un lieu de déportation. J'ai voulu ainsi faire connaitre la pensée que "vous aviez eu toujours. Seulement l' année du voyage est changée". A esto contestó San Martín, según consta en un borrador de su puño y letra adjunto a la carta: "Efectivamente, el Perú tenía un gran interés "en la ocupación de las Islas Marquesas y de Otaití; pero jamás fué "mi objeto destinarlas únicamente para un lugar de deportación para "los españoles. Los aprestos para esta expedición se hallaban casi con- "cluídos a mi separación del Perú. Después, ignoro cuáles fueron sus "resultados". Todo esto muestra que el capitán Lafond estuvo en comunicación directa con San Martín, quien le dispensó su confianza; que el general le suministró no sólo los documentos inéditos que se publicaron entonces por la primera vez, sino también sus juicios sobre Bolívar y Sucre insertos en su obra, y que por lo tanto, estas revelaciones en vida de San Martín, dan autoridad al texto de que se trata, y esto es lo que hemos querido probar en esta extensa nota histórica-bibliográfica.

CARTA DE SAN MARTIN A BOLIVAR, PUBLICADA POR LAFOND EN 1844.

Excmo. Señor Libertador de Colombia, Simón Bolívar.

Lima, 29 de agosto de 1822.

Querido General: — Dije á usted en mi última, de 23 del corriente, que habiendo reasumido el mando supremo de esta república, con el fin de separar de él al débil é inepto Torre-Tagle, las atenciones que me

rodeaban en aquel momento no me permitían escribirle con la extensión que deseaba; ahora al verificarlo, no sólo lo haré con la franqueza de mi carácter. sino con la que exigen los grandes intereses de la América.

Los resultados de nuestra entrevista no han sido los que me prometía para la pronta terminación de la guerra. Desgraciadamente, yo estoy íntimamente convencido, ó que no ha creído sincero mi ofrecimiento de servir bajo sus órdenes con las fuerzas de mi mando, ó que mi persona le es embarazosa. Las razones que usted me expuso, de que su delicadeza no le permitiría jamás mandarme, y que, aun en el caso de que esta dificultad pudiese ser vencida, estaba seguro que el congreso de Colombia no consentiría su separación de la república, permítame general le diga, no me han parecido plausibles. La primera se refuta por sí misma. En cuanto á la segunda, estoy muy persuadido, que la menor manifestación suya al congreso sería acogida con unánime aprobación cuando se trata de finalizar la lucha en que estamos empeñados, con la cooperación de usted y la del ejército de su mando; y que el alto honor de ponerle término refluirá tanto sobre usted como sobre la república que preside.

No se haga V. ilusión, general. Las noticias que tiene de las fuerzas realistas son equivocadas; ellas montan en el Alto y Bajo Perú á más de 19.000 veteranos, que pueden reunirse en el espacio de dos meses. El ejercito patriota diezmado por las enfermedades, no podrá poner en línea de batalla sino 8.500 hombres, y de éstos, una gran parte reclutas. La división del general Santa Cruz (cuyas bajas según me escribe este general, no han sido reemplazadas á pesar de sus reclamaciones) en su dilatada marcha por tierra, debe experimentar una pérdida considerable, y nada podrá emprender en la presente campaña. La división de 1.400 colombianos que V. envía será necesaria para mantener la guarnición del Callao, y el orden de Lima. Por consiguiente, sin el apoyo del ejército de su mando, la operación que se prepara por puertos intermedios no podrá conseguir las ventajas que debían esperarse, si fuerzas poderosas no llamaran la atención del enemigo por otra parte, y así la lucha se prolongará por un tiempo indefinido. Digo indefinido, porque estoy íntimamente convencido, que sean cuales fueren las vicisitudes de la presente guerra, la independencia de la América es irrevocable; pero también lo estoy, de que su prolongación causará la ruina de sus pueblos, y es un deber sagrado para los hombres á quienes están confiados sus destinos, evitar la continuación de tamaños males.

En fin, general; mi partido está irrevocablemente tomado. Para el 20 del mes entrante he convocado el primer congreso del Perú, y al día siguiente de su instalación me embarcaré para Chile, convencido de que mi presencia es el sólo obstáculo que le impide á usted venir al Perú con el ejército de su mando. Para mí hubiese sido el colmo de la felicidad, terminar la guerra de la independencia bajo las órdenes de un general á quien la América debe su libertad. El destino lo dispone de otro modo, y es preciso conformarse.

No dudando que después de mi salida del Perú, el gobierno que se establezca reclamará la activa cooperación de Colombia, y que usted no podrá negarse á tan justa exigencia, remitiré á usted una nota de todos los jefes cuya conducta militar y privada pueda ser á usted de alguna utilidad su conocimiento.

El general Arenales quedará encargado del mando de las fuerzas argentinas. Su honradez, coraje y conocimientos, estoy seguro lo harán acreedor a que usted le dispense toda consideración.

Nada diré á usted sobre la reunión de Guayaquil á la república de

Colombia. Permítame, general, que le diga, que creí que no era á nosotros á quienes correspondía decidir este importante asunto. Concluída la guerra, los gobiernos respectivos lo hubieran transado, si los inconvenientes que en el día pueden resultar á los intereses de los nuevos estados de Sud-América.

He hablado á usted, general, con franqueza, pero los sentimientos que exprime esta carta, quedarán sepultados en el más profundo silencio; si llegasen á traslucirse, los enemigos de nuestra libertad podrían prevalecerse para perjudicarla, y los intrigantes y ambiciosos para soplar la discordia.

Con el comandante Delgado, dador de ésta, remito á usted una escopeta y un par de pistolas, juntamente con un caballo de paso que le ofrecí en Guayaquil. Admita usted, general, esta memoria del primero de sus admiradores.

Con estos sentimientos, y con los de desearle únicamente sea usted quien tenga la gloria de terminar la guerra de la independencia de la América del Sud, se repite su afectísimo servidor.

JOSE DE SAN MARTIN

CAPITULO XLVII

LA ABDICACION DE SAN MARTIN

AÑO 1822

Pliego cerrado de San Martín al marchar a la conferencia de Guayaquil. — Sublevación en Lima contra Monteagudo. — Deposición violenta de Monteagudo. — Actitud del general Alvarado y del ejército durante la revolución. — Carácter del movimiento de Lima. — Destierro de Monteagudo. — Situación que encuentra San Martín a su regreso de la conferencia. — Su resolución de alejarse de la vida pública. — La consigna del silencio. — Trabajos militares que emprende. — Su último plan de campaña. — Instalación del primer Congreso constituyente del Perú. — San Martín resigna el mando. — Honores que le votó el Congreso. — Proclama de despedida a los peruanos. — Se aleja para siempre del Perú. — Su ostracismo en Chile. — Caída de O'Higgins. — San Martín chacarero en Mendoza. — Juicio sobre la retirada de San Martín del Perú.

I

Mientras San Martín conferenciaba con Bolívar en Guayaquil, tenía lugar un suceso extraordinario que debía afirmarlo en la resolución hecha de separarse por siempre de la vida pública. El pueblo de Lima se había sublevado en presencia del ejército inerte, contra el gobierno protectoral, y aunque sin afectar su persona, puso a descubierto las bases minadas de su poder político y militar. Al tiempo de marchar a la conferencia, el Consejo de Estado, a indicación suya, le había dirigido una consulta reservada, previendo el caso de acefalía del gobierno, por muerte o impedimento del delegado supremo Torre-Tagle. San Martín dejó en consecuencia un pliego cerrado, en que nombraba para ejercer el mando en tal caso a Alvarado, general en jefe del ejército unido, confiándole la conservación del orden durante su ausencia. Hasta este punto de apoyo había fallado.

El 25 de julio — el mismo día en que San Martín era aclamado en Guayaquil —, reuníanse en Lima unos cincuenta vecinos, movidos secretamente por Riva Agüero, quien mal avenido con la situación, se había constituído en representante del sentimiento indígena. Allí se acordó la caída del ministro Monteagudo, blanco de todos los odios, como el hombre civil más espectable de la actualidad. El delegado supremo Torre-Tagle, era generalmente despreciado, y se le consideraba

como un pobre instrumento de voluntades ajenas. Monteagudo era el cabro emisario en cuya cabeza se amontonaban todos los pecados de la época. Su tirantez en el mando, que a veces rayaba en insolencia, sus tendencias monárquicas en pugna con la opinión, sus gustos sibaríticos, que herían el sentimiento público; sus crueles persecuciones a los españoles, que recrudecieron durante la ausencia de San Martín, afectando las principales familias vinculadas con los perseguidos, y hasta sus mismas reformas adelantadas que chocaban con las preocupaciones o excedían la medida en la represión de los vicios sociales inveterados, al autorizar hasta la delación de los criados para reprimir el juego en el seno de las familias, habían creado en torno suyo una atmósfera de impopularidad y malquerencia, que no era sino el síntoma de las resistencias latentes que la generalidad de los peruanos abrigaba contra el gobierno protectoral. No se atrevían a atacar de frente al Protector, y buscaban una víctima inmolatoria en quien herirlo. La encontraron en Monteagudo. En consecuencia, elevaron una petición al delegado, solicitando su remoción, en que exponían que "el vecindario estaba en "fermentación, hasta temerse una espantosa revolución, por las tirá- "nicas y arbitrarias providencias, que amenazaban al Perú con un "despotismo que pretendía disponer a su antojo de la suerte del país". Al mismo tiempo dirigieron una nota a la municipalidad de la ciudad, solicitando su apoyo "en vista de la opresión y despotismo que sufría, "no sólo la ciudad, sino todo el Estado por el influjo del odiado minis- "tro". Uno de los notables fué comisionado para significar al jefe del gobierno en nombre del pueblo, su resolución de convocar un cabildo abierto si al terminar el día no se cumplían sus votos. La municipalidad, presidida por Riva Agüero en su calidad de presidente del departamento de la capital, apoyó decididamente la exigencia, pidiendo la inmediata prisión del ministro. El gobierno contestó por medio de dos consejeros de Estado, que al día siguiente se tomarían en consideración las peticiones.

Eran las diez y media de la noche. El pueblo se agolpaba a las puertas de la municipalidad y alrededor del palacio de gobierno, pidiendo a grandes gritos la deposición del ministro. Monteagudo renunció. La municipalidad exigió su prisión, a fin de que respondiese al juicio de residencia a que debía ser sometido, y así se proveyó.

Al día siguiente la agitación acrecía, y tomaba las proporciones de una revolución. En ese mismo día, aparecía un periódico con el título significativo de "El Republicano", que se constituía en órgano del movimiento, enarbolando como bandera este epígrafe de Rousseau: "No hay negación tan completa como la que conserva las apariencias "de la libertad, porque así está la misma voluntad cautiva". Las exigencias populares se renovaron. El Gobierno para satisfacerlas, declaró públicamente que el ex ministro permanecía en su casa, bajo segura custodia responsable de su persona.

Mientras tanto el ejército (en el cual los revolucionarios tenían algunos sostenes, propalando que contaban con su neutralidad), permanecía con las armas en descanso. El hermano del general en jefe, don Felipe Antonio Alvarado, era uno de los corifeos más caracterizados de la municipalidad, y sus relaciones íntimas con sus directores eran notorias. En el día anterior, la municipalidad había dirigido un oficio al general, previniéndole que sólo se trataba del ejercicio legal y pacífico de los derechos de los ciudadanos, en que las armas no tenían para qué intervenir. Alvarado, después de dejar pasar veinticua-

tro horas, contestó: "Cuando recibí anoche el pliego que se me dirigió "á nombre del pueblo, me persuadí que sus reclamaciones no llegarán "á hacerse reuniones tumultuosas, que á más de trastornar el orden, "desmoralizan el ejército, único apoyo de la seguridad del país. Llevar "tales movimientos al grado que hoy hemos visto, es precipitarse á la "ruina, dividiendo la opinión y formando facciones cuyo resultado será "la disolución de la fuerza armada y los horrores de la anarquía. Si el "ejército, cuyo instituto es proteger al país y crearle su independencia "y libertad, fuese en esta crisis un mero espectador de los desórdenes, "se haría responsable de la pérdida de esta capital, pero los jefes "del ejército y yo que comprendemos bien las consecuencias de estas "asonadas, estamos dispuestos á sostenerla á toda costa, tomando las "providencias necesarias á la pública tranquilidad". A pesar de esta al parecer categórica intimación, que le imponía por lo menos el deber de garantizar el orden público y salvar el decoro del gobierno de que se hacía responsable, permaneció al frente del ejército, frío espectador del desorden, actitud que según él mismo "desmoralizaba la fuerza "armada amenazando su disolución, y precipitaba al país a la anar-"quía y a la ruina". Era a la inversa del payo del centinela, una consigna bien aprendida y mal observada.

II

La agitación fué acreciendo en los días subsiguientes. Según la expresión de los mismos agitadores, "los ciudadanos parecían más bien "leones de Arabia, que pacíficos peruanos". El gobierno había desaparecido de hecho, la municipalidad era un órgano automático y la revolución anónima dominaba en las calles. Era un movimiento complejo y confuso, sin objetivo claro y plan fijo, pero que tenía su razón de ser. El sentimiento nacional contra los extraños que ejercían el poder, el sentimiento republicano contra los planes monarquistas del gobierno, la resistencia sorda contra el poder protectoral, la oposición electoral que procuraba tener representación en el próximo congreso. eran otras tantas causas concurrentes que obraban para darle impulso y significación.

Las hojas sueltas que se publicaban a manera de boletines, traducían embozadamente estos diversos sentimientos y tendencias. "Este gran paso del pueblo anuncia — decía su órgano de prensa — el pri-"mero majestuoso de su libertad, que puede asegurarse empieza á go-"zarla, porque con tal ministro al frente (Monteagudo), aunque se "habían roto las cadenas de la España, pero se habían roto de un modo "que se nos habían quebrado las manos". En otra hoja suelta de la misma procedencia se decía: "Un misántropo orgulloso consideraba "esta capital (Lima) como una propiedad de conquista. Tiemblen los "tiranos y desengáñense de intentar arrojar á sus detestables cadenas "á unos hombres que no ignoran, que la ambición de los opresores es "reinar sin trabas, franquear los límites de toda ficción legítima y "erigir en ley los caprichos del poder arbitrario. La gloriosa carrera "que habéis comenzado, será marcada por las generaciones futuras "como la época más importante del ser político y existencia de la patria. "Desde ella señalarán el principio de su libertad, y os bendecirán como "fundadores de sus privilegios. Es indispensable caminar con firmeza "y no desmayar un punto en aniquilar todo lo que se resienta del omi-"noso nombre de opresión. Un momento de resolución y energía evi-

"tará grandes desastres. Un descuido en sofocar la oposición más pe-"queña hará derribar la obra comenzada, y se expondrá á que Mario "vuelva sobre Roma respirando venganza, acordándose de las lagunas "de Manturno. Es [illegible] y [illegible]dez en la cueva "de Caco". Estos tiros, apuntados al ministro Monteagudo, herían de rebote al Protector.

El 29 volvió a reunirse la municipalidad, y exigió del gobierno que "para hacer cesar la exaltación de los vecinos que podía inducirlos "a abrazar medios violentos" era necesario el destierro del depuesto ministro. Así se hizo. El general Alvarado, en nombre de la fuerza armada, dió una sanción a la revolución en términos tan contradictorios como equívocos: "Las reuniones tumultuosas, compuestas en mu-"cha parte de gente sin responsabilidad, me hicieron justamente rece-"lar que su continuación produjese la anarquía en el pueblo y la "desmoralización en el ejército. Sin contrariar las resoluciones del pue-"blo, me resolví á contener con la fuerza de las armas cualquier desor-"den que atacara violenta y perpetuamente los principios fundamen-"tales de la actual administración. El ejército destinado á la protección "de los derechos de los ciudadanos, tiene también por objeto hacer "respetar las autoridades establecidas, mientras que una legítima y "suficiente representación no crea deber hacer innovaciones". La conclusión a que arriba el general en jefe es sorprendente. "Enterada la "municipalidad de estos mis sentimientos, debía excusar la insinuación "sobre mi asenso á que el ministro depuesto salga del territorio del "Estado. Combatir el enemigo común y cimentar la libertad de los "pueblos, he aquí el único blanco a que deben tender sus operaciones "públicas y privadas. Trate, pues, la municipalidad de considerarme "muy ajeno de intervenir en estas materias. Conozco los deberes de "los ciudadanos y me abstendré de disputar con la espada unos pro-"cedimientos que nazcan de la razón y la justicia. Puede por consi-"guiente la municipalidad hacer cuantas reclamaciones tenga á bien "por el orden legal, segura de que las armas no serán nunca una ba-"rrera que se oponga á sus justos clamores".

Tal era la situación que encontró San Martín a su regreso de la conferencia de Guayaquil (agosto 20). El pueblo lo recibió con demostraciones de simpatía, aclamándolo con entusiasmo. Riva Agüero y los principales revolucionarios se le presentaron ofreciéndole votos de adhesión. El no se alucinó respecto de su popularidad ni se dejó arrastrar por el despecho al ver su autoridad moral ajada. Vió claramente que la opinión indígena no le era propicia y estaba fatigada de su dominación; que el ejército estaba desligado de él; que había cometido el error de confiar el gobierno a manos ineptas y débiles; que su ministro Monteagudo era un instrumento quebrado por la tensión que había dado a los resortes de presión; que él no era ya un hombre necesario y podía ser un obstáculo al pronto triunfo de la independencia, definitivamente asegurado; que en tales circunstancias prestaba un servicio a la causa de la América eliminándose como hombre público; y se eliminó conscientemente. Podía aún mantenerse en el poder. Tenía a sus órdenes un ejército acostumbrado a obedecerle, que le era fácil volver a dominar; contaba en el país con un partido poderoso, y con estos elementos de fuerza y de opinión no le era difícil imponerse. Pero para esto, tenía que retemplar con mano de hierro los resortes de su autoridad adoptando una política de represión, que le repugnaba; de todos modos, al fin chocaría con el congreso que había convocado, cuyo

espíritu era oposicionista y podía producir un escándalo. Prefirió entregar a los hijos del Perú sus propios destinos políticos, para que se gobernasen por sí mismos, después de proveer a su defensa. Fué entonces, cuando escribió a Bolívar: "Mi partido está irrevocablemente "tomado: he convocado el congreso del Perú, y al día siguiente de su "instalación me embarcaré para Chile".

Fiel a la consigna del silencio que se había impuesto, para no divulgar las verdaderas causas de su retirada, escribió al mismo tiempo a su amigo O'Higgins, cubriéndola con su cansancio y el mal estado de su salud: "Me reconvendrá usted por no concluir la obra empezada. "Tiene V. mucha razón; pero más la tengo yo. Estoy cansado de que "me llamen tirano, que quiero ser rey, emperador y hasta demonio. Por "otra parte mi salud está muy deteriorada: la temperatura de este "país me lleva a la tumba. En fin, mi juventud fué sacrificada al servi-"cio de los españoles y mi edad media al de mi patria. Creo que tengo "el derecho de disponer de mi vejez. Será la última carta que le escriba".

Veinticuatro años más tarde, después de publicada su carta a Bolívar en que daba el verdadero motivo de su retirada, explicando la lucha porque pasó su espíritu en aquel momento, decía: "Este costoso "sacrificio, y el no pequeño de tener que guardar un silencio absoluto "(tan necesario en aque las circunstancias), me obligaron á dar este "paso que comprometía mi honor y mi reputación, con esfuerzos que "no está al alcance de todos poder calcular". El sacrificio quedó así fríamente consumado, en nombre del deber y de la necesidad, en el silencio de la propia conciencia.

III

El Protector al decidirse a entregar al Perú sus propios destinos, se impuso el deber de proveer a su seguridad, poniendo en sus manos la espada con que iba a libertarse por sí solo, si esto era posible; y por si acaso se quebrara en sus manos — como sucedió — dejaba abiertas las puertas por donde debía penetrar la reserva de Bolívar, que contaba con los medios para triunfar definitivamente. Con este objeto, reasumió el mando y se ocupó con actividad de remontar su ejército, trazando el plan de campaña que hacía tiempo tenía en su cabeza y que había pensado ejecutar personalmente, solo o con la concurrencia de las fuerzas colombianas.

A fines de agosto, las fuerzas peruanas, chilenas, argentinas y colombianas reunidas en el Perú, ascendían a más de 11.000 hombres según su cómputo. No era una situación militarmente perdida la que entregaba. Además, una expedición de 1000 hombres enviada por el gobierno de Chile, debía reforzar en Arica el ejército destinado a operar en puertos intermedios. Con estas fuerzas bien dirigidas, podían emprenderse operaciones decisivas con algunas probabilidades de triunfo, y San Martín confiaba en sus buenos resultados. "El éxito de la "campaña que se va á emprender no deja la menor duda de su éxito", escribía a O'Higgins al anunciarle su resolución de retirarse. Podrá echársele en cara, que con esta confianza, no emprendiese él mismo la campaña. La única explicación racional de este alejamiento, es que comprendía que su presencia era el "único obstáculo" que se oponía a que Bolívar concurriese con todas sus fuerzas, y pensó que su ausencia aceleraba o facilitaba el auxilio de la poderosa reserva colombiana,

que a todo evento aseguraba el triunfo final. Sabía, como lo había dicho, que sus elementos no eran suficientes para fijar la victoria, aunque bastantes para probar fortuna con probabilidades de éxito. En tal situación, y en este sentido combinaba todo, prescindiendo de su persona. Sin duda que habría sido más heroico para San Martín ponerse al frente de su ejército y realizar por sí mismo el plan combinado en que tanto confiaba. Vencedor, tenía tiempo de retirarse legando la victoria, y vencido cumpliría su último deber como general, corriendo la suerte de sus últimos soldados. Empero, había también su heroísmo moral, al renunciar al poder y a la gloria, exponiéndose a ser tachado de pusilánime. Por eso ha dicho él mismo con plena conciencia de lo que hacía, que "sacrificaba su honor y su reputación por servir a la "América".

El plan de San Martín, si no muy seguro, y tal vez ilusorio en algunas de sus partes, era racional, y prometía ventajas positivas sin comprometer mucho, con sólo conducir las operaciones con precisión y actividad. Consistía en lanzar un ejército de 4300 hombres por intermedios, dándole por nervio los veteranos de los Andes y de Chile, para obrar sobre la sierra del Sud y el alto Perú en combinación con la columna del guerrillero Lanza que simultáneamente obraría en el Alto Perú, llamando a sí una parte de las fuerzas del ejército español diseminadas desde Jauja a Huancayo, Cuzco, Arequipa y Puno hasta la frontera norte argentina. Al mismo tiempo, desprender otro ejército de igual fuerza sobre la sierra del centro, que penetraría por Pisco, para cortar la línea del enemigo, a la vez que impedir que el grueso de sus fuerzas cargase sobre la expedición de puertos intermedios, y ganada la primera batalla, como era probable, obrar en combinación ambos ejércitos. Bolívar, anticipadamente consultado, declaró excelente el plan, reservándose ponerle obstáculos, y condenarlo después del mal éxito. El hecho pareció demostrar que la victoria no debiera buscarse por ese camino y que se encontró por otro. Asimismo, tan mal ejecutado como fué el plan — y no pudo serlo peor —, vióse que pudieron haberse conseguido ventajas, si no decisivas, por lo menos muy considerables. Es probable que si el mismo San Martín lo hubiese combinado sobre el terreno, lo habría modificado, cargando con toda su fuerza sobre el punto más débil del enemigo, y limitándose a llamar la atención de una manera seria sobre el que debía ser meramente concurrente, en vez de dividir las probabilidades con dos ejércitos de igual fuerza, en que perdido el uno, se inutilizaba el otro, o se perdían los dos. Pero los planes de campaña no son absolutamente buenos ni malos, cuando son racionales, sino con relación a la idiosincrasia del general que los concibe y ejecuta por sí. Napoleón, cuando pretendía dirigir teóricamente las operaciones de Moreau, se convenció que los planes de campaña, relativamente malos o buenos, sólo son bien ejecutados por el general que los concibe, según su temperamento y los recursos que tiene dentro de sí mismo.

Después de proveer a la seguridad del Perú, y organizar la victoria a todo evento, según él lo entendía, ocupóse de la suerte política del Perú, sobre la base de su irrevocable retirada; pero de nadie se aconsejó, a nadie confió su secreto, y tan sólo interrogó su propia conciencia. Solamente comunicó su resolución a O Higgins y Bolívar; pero antes que sus contestaciones llegaran, el hecho estaría consumado. Debió ser en un momento melancólico para el hombre que había sido durante cinco años el árbitro de la mitad de la América del Sud, y la

suprema resolución, como él mismo lo ha dicho con reconcentrada emoción, costóle sin duda "esfuerzos que él solo pudo calcular", al tomarla y ponerla en ejecución.

IV

El 20 de septiembre de 1822, instalóse con gran pompa el primer congreso constituyente del Perú. San Martín se despojó en su presencia de la banda bicolor, símbolo de la autoridad protectoral. "Al "deponer la insignia que caracteriza al jefe supremo del Perú, dijo, no "hago sino cumplir con mis deberes y con los votos de mi corazón. Si "algo tienen que agradecerme los peruanos, es el ejercicio del poder "que el imperio de las circunstancias me hizo obtener. Hoy felizmente "que lo dimito, pido al Ser Supremo el acierto, luces y tino que nece- "sita para hacer la felicidad de sus representados. Desde este momen- "to queda instalado el congreso soberano, y el pueblo reasume el poder "en todas partes". En seguida, depositó sobre la mesa del congreso seis pliegos cerrados y se retiró entre vivas y aplausos estruendosos. Abrióse uno de los pliegos. Era su renuncia irrevocable de todo mando futuro: "El placer del triunfo para un guerrero que pelea por la felicidad "de los pueblos, sólo le produce la persuasión de ser un medio para "que gocen de sus derechos; mas hasta afirmar la libertad del país, "sus deseos no se hallan cumplidos, porque la fortuna varia de la gue- "rra, muda con frecuencia el aspecto de las más encantadoras perspec- "tivas. Un encadenamiento prodigioso de circunstancias ha hecho ya "indudable la suerte futura de la América; y la del pueblo peruano "sólo necesita de la representación nacional para fijar su permanencia "y prosperidad. Mi gloria está colmada cuando veo instalado el con- "greso constituyente: en él dimito el mando supremo que la necesi- "dad me hizo tomar. Si mis servicios por la causa de América merecen "consideración al congreso, yo los represento hoy, sólo con el objeto "de que no haya un solo sufragante que opine por mi continuación a "la frente del gobierno".

El congreso votó una acción de gracias al ex Protector "como al primer soldado de la libertad", y le nombró generalísimo de los ejércitos de mar y tierra de la república, con una pensión vitalicia de doce mil pesos anuales. San Martín aceptó el título y el beneficio; pero declinó su ejercicio, exponiendo sus razones: "Resuelto á no traicionar "mis propios sentimientos y los grandes intereses públicos, séame per- "mitido manifestar, que la distinguida clase á que el congreso se ha "dignado elevarme, lejos de ser útil á la nación, si la ejerciera, frus- "traría sus propios designios, alarmando el celo de los que anhelan por "una positiva libertad: dividiría la opinión de los pueblos y disminuiría "la confianza que sólo puede inspirar el congreso con la absoluta inde- "pendencia de sus decisiones. Mi presencia en el Perú, con las rela- "ciones del poder que he dejado y con las de la fuerza, es inconsistente "con la moral del cuerpo soberano, y con mi opinión propia, porque "ninguna prescindencia personal por mi parte alejaría los tiros de la "maledicencia y la calumnia. He cumplido la promesa que hice al Pe- "rú: he visto reunidos sus representantes. La fuerza enemiga ya no "amenaza la independencia de unos pueblos que quieren ser libres, y "que tienen los medios para serlo. El ejército está dispuesto á marchar "para terminar por siempre la guerra. Nada me resta sino tributar "los votos de mi más sincero agradecimiento y de mi protesta, de que

"si algún día se viera atacada la libertad de los peruanos, disputaré la "gloria de acompañarles, para defenderla como un ciudadano". El congreso insistió, pero San Martín repitió su renuncia.

En la misma noche, reunido el congreso en sesión extraordinaria, acordó que el general San Martín llevase el título de "Fundador de la libertad del Perú", con el uso de la banda bicolor de que se había despojado y el grado de capitán general; que se le asignase la misma pensión vitalicia que a Washington; que se le erigiese una estatua sobre una columna con inscripciones conmemorativas de sus servicios, y que mientras tanto, se colocase un busto en la biblioteca nacional por él fundada; por último, que en todo tiempo se le hicieran en el territorio de la República los honores anexos al poder ejecutivo. Así cumplió el Perú su deuda de gratitud.

Desde su retiro de la Magdalena dirigió a los peruanos su última palabra de despedida, que ha quedado estereotipada en la memoria de los americanos por su estilo lapidario, cuyos conceptos la historia debe reproducir íntegros para examinarlos a la luz de un criterio diverso del de sus contemporáneos.

"Presencié la declaración de los Estados de Chile y el Perú: existe en mi poder el estandarte que trajo Pizarro para esclavizar el imperio de los Incas y he dejado de ser hombre público; he aquí recompensados con usura diez años de revolución y de guerra.

"Mis promesas para con los pueblos en que he hecho la guerra están cumplidas: hacer la independencia y dejar a su voluntad la elección de sus gobiernos.

"La presencia de un militar afortunado (por más desprendimiento que tenga) es temible á los Estados que de nuevo se constituyen. Por otra parte: ya estoy aburrido de oír decir que quiero hacerme soberano. Sin embargo, siempre estaré dispuesto á hacer el último sacrificio por la libertad del país, pero en clase de simple particular y no más.

"En cuanto á mi conducta pública, mis compatriotas (como en lo general de las cosas) dividirán sus opiniones; los hijos de estos darán el verdadero fallo.

"Peruanos: os dejo establecida la representación nacional. Si depositáis en ella entera confianza, cantad el triunfo, si no, la anarquía os va á devorar.

"Que el cielo presida á vuestros destinos, y que éstos os colmen de felicidad y de paz".

V

Retirado San Martín a su habitual residencia de campo en el pueblo de Magdalena — bautizado por él con el nombre de "Pueblo Libre" —, se encontró solo con su antiguo confidente Guïdo, a quien había pedido le acompañase. Paseábase en silencio por la galería de la casa, al parecer radiante de contento. De repente volvióse a su compañero, y exclamó en tono festivo: "Hoy es un día de verdadera felicidad para mí. Me he desembarazado de una carga que no podía llevar. Los pueblos que hemos libertado se encargarán de sus propios destinos".

Interrumpido en su soledad por las diversas diputaciones del Congreso que le ofrecían sus honores o insistían en que aceptase el puesto de generalísimo, agradeció lo primero; pero respecto a lo segundo, contestó con firmeza: "Mi tarea está terminada, y mi presencia en el "poder no sólo sería inútil, sino perjudicial: á los peruanos toca com-

"plementarla". Entrada ya la noche, prorrumpió con cierta impaciencia: "Ya que no puedo poner un cañón en la puerta para defenderme "de otra incursión, por pacífica que ella sea, voy á encerrarme". Y se retiró a su aposento, donde se ocupó en arreglar sus papeles. Hasta entonces, a nadie había comunicado su resolución de separarse del territorio del Perú.

A las 9 de la noche hizo llamar al general Guido, invitándolo a tomar el té en su compañía. En la conversación amistosa que se siguió, le preguntó de improviso: "¿Qué manda para su señora en "Chile? El pasajero que conducirá las encomiendas las entregará par-"ticularmente". — "¿Qué pasajero es ése?" preguntó su amigo. — "El pasajero soy yo, repuso. Ya están listos mis caballos para pasar "a Ancón y esta misma noche me embarcaré". Guido, sorprendido y agitado, le observó: que cómo exponía su obra a los azares de una campaña no terminada aún, cuando nunca le había faltado el apoyo de la opinión y de las tropas; y libraba la suerte política del país a reacciones turbulentas que su ausencia provocaría sin duda; y cómo, sobre todo, dejaba en orfandad a los que le habían acompañado desde las orillas del Plata y desde Chile. — "Todo lo he meditado detenidamente, "replicó con emoción. No desconozco ni los intereses de la América ni "mis deberes. Abandono con pesar á camaradas que quiero como hijos, "y que tan generosamente me han ayudado; pero no puedo demorar "un solo día: ¡me marcho! Nadie me apeará de la convicción en que "estoy, de que mi presencia en el Perú le traería más desgracias que "mi separación. Por muchos motivos no puedo ya mantenerme en mi "puesto sino bajo condiciones contrarias a mis sentimientos y mis "convicciones. Voy á decirlo: para sostener la disciplina del ejército, "tendría necesidad de fusilar algunos jefes; y me falta valor para "hacerlo con compañeros que me han acompañado en los días felices "y desgraciados".

Estrechado por Guido, rompió al fin la consigna del silencio que se había impuesto, y manifestó la principal de sus razones, consignada en su carta al Libertador, que ni al mismo O'Higgins había querido comunicar. "Existe una dificultad mayor — agregó — que no podría "vencer sino á costa de la suerte del país y de mi propio crédito. Bolí-"var y yo no cabemos en el Perú. He penetrado sus miras: he com-"prendido su disgusto por la gloria que pudiera caberme en la termi-"nación de la campaña. El no excusaría medios para penetrar al Perú, "y tal vez no pudiese evitar yo un conflicto, dando al mundo un escán-"dalo, y los que ganarían serían los maturrangos. ¡Eso no! Que entre "Bolívar al Perú; y si asegura lo que hemos ganado, me daré por muy "satisfecho, porque de cualquier modo triunfará la América. No será "San Martín el que dé un día de zambra al enemigo".

Eran las diez de la noche. En ese momento, su asistente le anunció que todo estaba pronto para la marcha. El general abrazó a su compañero, montó a caballo, y tomando al trote, se perdió en la sombra. Al día siguiente Guido encontró a la cabecera de su cama una afectuosa carta, en que recordaba los trabajos que habían pasado juntos, y le agradecía, no sólo la cooperación que le había prestado en ellos, sino más que todo "su amistad y cariño que habían suavizado sus "amarguras haciéndole más llevadera la vida pública". Al mismo tiempo el general Alvarado recibía otra carta, en que se despedía de sus antiguos compañeros de armas augurándoles el triunfo: "Voy á em-"barcarme. Queda usted para concluir la gran obra. ¡Cuánto suavizará

"el resto de mis días y el de las generaciones, si la finaliza (como "estoy seguro), con felicidad! Tenga la bondad de decir á nuestros "compañeros de armas, cuál es mi reconocimiento á lo que les debo. "Por ellos tengo una existencia con honor; en fin, á ellos debo mi buen "nombre".

En la misma noche del 20 embarcóse en el bergantín *Belgrano*, y se alejó para siempre de las playas del Perú. A su arribo a Chile encontró que su nombre era execrado allí como el de un verdugo, y que el gobierno de O'Higgins bamboleaba. Estaba triste y enfermo, y un violento vómito de sangre lo postró en cama por el espacio de dos meses. Al separarse del Perú, cuyo tesoro le acusaban sus enemigos haber robado, sacó por todo caudal *ciento veinte onzas de oro* en su bolsillo, y por únicos espolios, a más del estandarte de Pizarro, la campanilla de oro de la inquisición de Lima. Contaba para subsistir en Chile con la chacra donada por el Estado y con un depósito de dinero que había confiado a un amigo, del que él mismo, sólo encontró "unos cuantos reales", sin insistir más sobre este desfalco. El gobierno del Perú, noticioso de su indigencia, le envió *dos mil* pesos a cuenta de sus sueldos. Con esta plata y algunos recursos que se allegó, pudo pasar a Mendoza a principios de 1823, donde hizo la vida de un pobre chacarero. Allí recibió la noticia de la caída de O'Higgins y de que su esposa agonizaba en Buenos Aires en su solitario lecho nupcial. Sólo le quedaba en el mundo un amigo proscripto, y una hija fruto de su unión, que sería su Antígona, cuando ciego como Belisario, sólo le faltase pedir limosna en los caminos. Felicitó a O'Higgins por su caída. El ex dictador, en marcha al ostracismo, le contestó: "Recibí los parabienes por mi sepa- "ración del gobierno, como una prueba de su amistad, y más grande "don de la providencia. Después de tantos años de lucha, descanso. No "puedo contar con otros fondos que los de la hacienda del Perú (Mon- "talván) que debo a su generosidad". En los mismos días, el desterrado de Mendoza le escribía: "Se me asegura que el mismo día que usted "dejó el mando, se envió una partida para mi aprehensión. No puedo "creer semejante procedimiento; sin embargo, desearía saberlo para "presentarme en Santiago, aunque después me muriese, y responder a "los cargos que quisieran hacerme". Es el caso de exclamar como el poeta: *Oh! quanto é triste!*

VI

La retirada de San Martín del Perú, en medio de la plenitud de su gloria, con elementos bastantes para mantenerse en el poder y luchar contra el enemigo, fué un misterio para los contemporáneos, excepto para Bolívar, y a última hora, para su amigo Guido. Unos la calificaron de acto de abnegación a la manera de Washington. Otros la juzgaron como acto de deserción del hombre de acción desalentado, impotente para gobernar los sucesos. El tiempo ha disipado el misterio y habilitado a la posteridad para pronunciar con conocimiento de causa el juicio definitivo, a que él mismo apeló, en su proclama de despedida.

San Martín, con su claro buen sentido y con su genial modestia, aunque violentándose a sí mismo según confesión propia, se dió cuenta exacta de la situación y de sus deberes para con ella, y los cumplió con prudente abnegación. Se reconoció vencido como hombre de poder eficiente para el bien, y exclamó resignado: "¡El destino lo dispone

así!". No se creyó un hombre necesario, y pensó que la causa a que había consagrado su vida podía triunfar mejor sin él que con él. Al sondar su conciencia, debió comprender que no era como Macabeo el caudillo de su propia patria y no tenía el derecho de exigir sacrificios al pueblo en holocausto de su predominio personal. Sin voluntad para ser déspota y sin el suficiente poder material para terminar la lucha con fuerzas eficientes, abdicó, eligiendo su hora, para descender antes que ser empujado por acontecimientos que no estaba en su mano detener. Comprendió que era un obstáculo para la reconcentración de las fuerzas continentales, y se apartó del camino abriendo paso a una ambición absorbente, que era una fuerza, y cuya dilatación era indispensable en último caso para el triunfo de la independencia sudamericana. Podía luchar, pero no estaba seguro de triunfar solo: Bolívar tenía en sus manos el rayo que a uno de sus gestos podía fulminar las últimas reliquias del poder colonial de la España en América, pero a condición de no compartir con él ni con nadie su gloria olímpica. Al reconocer el temple de sus armas, vió que le faltaban las fuerzas morales de la opinión, y que su ejército no estaba identificado con su misión de libertador como cuando en Rancagua le confiara su bandera. Al pasar revista a los once mil soldados libertadores por él reunidos en el último campo de batalla de la independencia, calculó que podía tentarse con ellos el último esfuerzo con probabilidades de éxito; pero en previsión de un contraste, a fin de no privar al Perú de la poderosa reserva de Colombia, que en todo caso restablecería el contraste y fijaría la victoria, se retiró, sacrificando estoicamente, como dijo, "hasta su honor militar". Previó, que en término fatal, su gran personalidad se chocaría con la gran personalidad de Bolívar, con escándalo del mundo, retardando el triunfo de la América con mayores sacrificios inútiles, y se eliminó. Como el centinela que ha cumplido su facción, entregó al vencedor de Boyacá y de Carabobo la espada de Chacabuco y Maipu, para que coronase las grandes victorias de las armas redentoras de las dos hegemonías sudamericanas.

Tal es el significado histórico y el sentido político y moral de lo que se ha llamado la abdicación de San Martín. No fué un acto espontáneo como el de Washington, al poner prudente término a su carrera cívica. No tuvo su origen, ni en un arranque generoso del corazón, ni en una idea abstracta. Fué una resolución aconsejada por el instinto sano y un acto impuesto por la necesidad, ejecutado con previsión y conciencia. Resultado lógico de una madura reflexión, con el conocimiento de sí mismo y de los hombres y las cosas de su tiempo, lo que tiene de grande, es lo que tiene de forzado y de deliberado a la vez. Si no una abdicación voluntaria, fué una cesión de destinos futuros para asegurar mejor el beneficio de los trabajos de ambos libertadores, y ahorrar a la América sacrificios innecesarios, a costa del sacrificio de una ambición personal, que no era ya un factor necesario.

Aquí se ve lo falible que es el juicio y lo pobre del criterio de los pueblos, ofuscados por los hechos aparentes o las palabras vacías de sentido. Sólo el tiempo, gran clasificador de los hechos y revelador de las verdades más ocultas, enseña a comprender y juzgar los actos y los documentos de la historia. ¡Ha sido necesario que transcurriese un cuarto de siglo, para que la famosa proclama de San Martín dejase de citarse a la letra, como un monumento histórico, y como la manifestación del alma de un grande hombre en un momento supremo!

Si San Martín hubiese abdicado el mando por los motivos consig-

nados en su proclama de despedida, sería indigno de su fama, y merecería, después de la injusticia de sus contemporáneos, el desprecio de los venideros. Si en la plenitud del poder y con medios suficientes para llevar adelante su obra, hubiese dejado una página inacabada y una misión por llenar, habría sido un poltrón y un desertor de su bandera que retrocedía ante el trabajo y el peligro. Si hubiese abdicado, como lo dijo, "porque estaba aburrido de oír decir que quería hacerse soberano", habría cedido a un arranque caprichoso de pueril enojo, indigno de las acciones reflexivas de un varón fuerte. Si la consideración de que "la presencia de un militar afortunado era un peligro para un "Estado que de nuevo se constituía" — repetición de lo que había dicho Bolívar antes — obró en su ánimo, sería un héroe de papel, henchido de humo y vanidad, revestido de una falsa magnanimidad, que otorgaba favores imaginarios cuando aun era un problema la existencia del nuevo Estado de que se consideraba supremo dispensador. Para honor suyo había consignado los verdaderos motivos de su retirada en su carta a Bolívar, que explanó con intimidad en las confidencias de su última noche peruana. La proclamación de despedida que lleva su nombre, y que ha contribuído a extraviar el juicio de la posteridad, o fué un disfraz de circunstancias para cubrir su retirada, fiel a la ley del silencio que se impuso, o un manto de oropel que se dejó echar con indiferencia sobre sus hombros. Lo único que hay de él en ese documento, es su espíritu de desinterés y su apelación al fallo de la posteridad.

La vida pública de San Martín termina aquí: pero su acción se prolonga todavía en la historia, acompañando, aunque ausente, la lucha de la emancipación sudamericana hasta su triunfo final, con la desaparición de los últimos restos del ejército argentino de los Andes, libertador de Chile y del Perú.

CAPITULO XLVIII

TORATA Y MOQUEGUA. — ZEPITA. — PRIMER ENSAYO DE GOBIERNO NACIONAL DEL PERU

AÑOS 1822-1823

Un asalto en las tinieblas. — El Congreso peruano. — Organización de un nuevo poder ejecutivo en el Perú. — Bolívar ofrece todos sus recursos al Perú y son rehusados. — Actitud de los auxiliares colombianos. — Manifestaciones del nacionalismo peruano. — Plan de campaña trazado por San Martín. — Expedición a puertos intermedios. — Presagios de mal éxito. — Distribución de las fuerzas españolas. — Operaciones preliminares. — Batalla de Torata. — Derrota de Moquegua. — Destrucción del ejército del Sud. — Fracaso de la expedición del centro al mando de Arenales. — Los auxiliares colombianos se retiran. — Desorganización y anarquía. — Riva Agüero, presidente del Perú. — Trabajos de la nueva administración. — Nueva expedición a puertos intermedios. — Designios secretos de Bolívar. — Ocupación de Lima por Canterac. — Desorganización política del Perú. — Sucre, dictador militar. — Expedición de Sucre al Sud. — Campaña de Santa Cruz al Alto Perú. — Batalla de Zepita. — Derrota de la expedición Santa Cruz. — San Martín es llamado al Perú. — Contestación de San Martín. — Bolívar en el Perú. — Es nombrado dictador del Perú. — Caída de Riva Agüero. — Bolívar, árbitro del Perú.

I

Uno de los más graves cargos que los contemporáneos hicieron a San Martín por su retirada del Perú, y que la historia ha repetido, es la manera precipitada en que la efectuó, al dejar huérfano su ejército al mando de un general sin prestigio, y confiados los destinos del país que abandonaba a un Congreso sin autoridad moral, ni más base de poder que el ejército mismo, odiado como todo ejército libertador en tierra extraña que pesa sobre ella, sin proveer nada para la organización de un gobierno eficiente. Es probable que si el Protector hubiese postergado su retirada hasta arreglar todo esto a fin de coordinar voluntades dispersas, no lo habría efectuado jamás; pero el hecho es que dejó todo en verdadera acefalía, ejército y gobierno, sin rumbo y sin coherencia; mientras él daba su gran salto en las tinieblas. Fué más que una abdicación, un abandono del mando.

El Congreso peruano se apoderó del poder abandonado en sus manos, y no sabiendo cómo organizarlo, resumió en sí todas sus facultades y funciones, dando por razón que "distribuir y separar los pode-"res, sería lo mismo que reformar la Constitución, y no podía por lo "tanto desprenderse de ellos". Con arreglo a esta teoría, en vez de constituir un poder ejecutivo eficaz nombró una junta de gobierno, compuesta de tres individuos de su seno, para que bajo su inmediata dirección lo desempeñase. Recayó el nombramiento en dos extranjeros y un peruano: el general La Mar, con el título de presidente, quiteño (de Cuenca); don Felipe Antonio Alvarado, argentino (de Salta) y hermano del general, que no tenía más título que éste y su participación en la pueblada contra Monteagudo; y don Manuel Salazar y Baquíjano, Conde de Vista-Florida, natural de Lima, que no pasaba de ser un gran figurón de buen tono. Este triunvirato forastero y a pupilo, no satisfizo a nadie. La opinión pública, que anhelaba un gobierno propio, fatigada del mando de los extraños, lo recibió con tibieza y desconfianza. El partido de Riva Agüero, que era el más activo y populachero, se consideró defraudado en sus aspiraciones, y empezó a conspirar. En realidad, el nuevo gobierno, sin títulos personales, sin autoridad en el país y sin punto de apoyo en la fuerza pública, no tenía más sostén que la mayoría del mismo Congreso, constituído desde su origen en camarilla política. El Perú no estaba todavía bien preparado para gobernarse a sí mismo, ni salvarse solo sin el auxilio extraño. Faltando el Protector, vendría el Libertador. Dos dictaduras sucesivas bajo hegemonía extraña.

Bolívar, que en su entrevista con San Martín se había ya manifestado irresoluto para abrir campaña sobre el Perú, y declinado el ofrecimiento del mando en jefe, bajo el pretexto de que el Congreso no lo autorizaría a ausentarse del territorio de Colombia, así que vió desaparecer al Protector de la escena, se apresuró a ofrecer sin reserva todos los recursos militares para poner término a la guerra de la independencia. Por medio de una nota firmada por su secretario, significó al nuevo gobierno: "Aunque el Protector del Perú en su en-"trevista en Guayaquil, no hubiese manifestado temor de peligro por "la suerte del Perú, el Libertador se ha entregado desde entonces a "la más constante meditación, aventurando conjeturas que mantienen "en la mayor inquietud su ánimo. Ofrece desde luego todos los ser-"vicios de Colombia. Se propone mandar al Perú 4.000 hombres más "de los que se han remitido, si el gobierno del Perú acepta este nuevo "refuerzo. En caso de remitirse este fuerza, el Libertador desearía "que la campaña del Perú se dirigiese de un modo que no fuese deci-"sivo, y esperase la llegada de los nuevos cuerpos de Colombia para obrar inmediatamente incorporados al ejército aliado. Son sus desig-"nios ulteriores (los del Libertador), en el caso de que el ejército alia-"do no venga a ser vencedor, se retire hacia el Norte, de modo que pue-"da recibir seis u ocho mil hombres de refuerzo que irían inmediata-"mente. De todos modos, es el ánimo del Libertador hacer los mayores "esfuerzos por rescatar el Perú del imperio español".

Al negarse Bolívar por ambición a compartir su gloria con San Martín y declinar hasta la sumisión de su rival en el mando superior de las armas, no comprendió que éste le allanaba el camino. San Martín, al retirarse, para abrir a Bolívar las puertas del Perú, no previó que al proveer a la seguridad militar del país y despertar el espíritu nacional, se las cerraba por el momento, y lo obligaría al fin a forzar-

las, venciendo las resistencias de los mismos peruanos. El gobierno del Perú, poseído de un sentimiento de nacionalismo, que desconfiaba de las intenciones de Bolívar, que veía en el nuevo ofrecimiento una amenaza de dominio extraño sostenido por un poder militar sin contrapeso, lo declinó con frialdad y contestó tardíamente que "haría uso oportunamente de auxilio y que entretanto sólo necesitaba fusiles por su justo precio". El retardo de la contestación puso en alarma a Bolívar, impaciente por dominar en el Perú, y para hacerla forzosa a fin de que su ofrecimiento fuese aceptado, dictó órdenes preventivas, en el sentido de neutralizar el auxilio prestado: "Parece —escribió al jefe "de la división colombiana en el Perú— que el Perú, o tiene demasia-"das fuerzas sobre qué contar o quiere ver perecer su libertad; y pues "parece que se duda de la rectitud de los deseos del Libertador, previe-"ne que la división colombiana no sea comprometida en ningún caso "sin probabilidad de buen suceso, y en caso de revés o de no creer que "deba comprometerse, se repliegue al territorio de Colombia". Al recibir la contestación retardada, el Libertador ofendido, reiteró sus órdenes a fin de que la división prestada no "se comprometiese en ningún "caso sin la más absoluta probabilidad de buen suceso, y salvarla a todo "trance, avisándolo así al gobierno del Perú". Esto y negar todo concurso era todo uno. La actitud del jefe de la división de Colombia —el general Juan Paz del Castillo— era, en consonancia de estas instrucciones, más bien la de un neutral hostil que la de un auxiliar, y la arrogancia de sus tropas irritaba la susceptibilidad peruana.

El Congreso se hizo el órgano de todas estas desconfianzas y susceptibilidades, a que dió la importancia de una cuestión nacional, y las convirtió en ley. "¿Hasta cuándo —exclamó un diputado— existirá "el Perú bajo la tutela de sus tropas auxiliares? ¿Hasta cuándo ca-"recerá de una fuerza propia? ¿Por qué han de ser enrolados los pe-"ruanos para llenar el déficit de las tropas auxiliares?". Otro diputado decía: "El Perú necesita levantar una fuerza armada, capaz por "sí sola de destruir las legiones enemigas que ocupan parte de su sue-"lo; necesita un ejército suyo en todo sentido para asegurar su inde-"pendencia política". En armonía con estas inspiraciones, se dispuso que todas las vacantes civiles se proveyeran de preferencia con peruanos, y las del ejército y la marina con sólo oficiales peruanos (17 de noviembre de 1822). Esta ley fué votada con grandes aplausos. En seguida dictó el Congreso las bases de la Constitución política, haciendo por la primera vez su confesión republicana. Dió a la nación la denominación de "República Peruana", sobre la base fundamental de que la soberanía residía esencialmente en el pueblo y que su gobierno sería popular representativo, sin que el poder ejecutivo pudiese ser nunca vitalicio ni hereditario (16 de diciembre de 1822). Esta cláusula iba contra la presidencia vitalicia de Bolívar, que, rechazada en Colombia, era una amenaza para la América.

Esta era la situación moral, política y militar del Perú a los tres meses de la separación del ex Protector, en vísperas de abrirse la campaña por él preparada.

II

El plan de campaña de San Martín —último destello de su genio militar al apagarse—, bien que complicado en su desarrollo, reposaba sobre ideas muy sencillas, aun cuando adoleciese del defecto capital

de no ser decisivo. Dada la extensión de la línea española desde Pasco hasta Potosí a lo largo de la cordillera central, y dueños los independientes del punto de ataque por agua o por tierra —circunstancia que equilibraba las fuerzas en acción—, la solución del problema consistía en atacar el punto débil, y batir en detalle sus divisiones fraccionadas dentro de esta zona, antes de que pudiesen operar su reconcentración. Al efecto, un cuerpo de ejército debía amagar seriamente la derecha enemiga para impedir que reforzase su centro, y hacer una poderosa diversión por su izquierda mientras el cuerpo principal cortaba la línea de operaciones de los realistas, interceptando sus comunicaciones. En ejecución de este plan, el ejército del Sud, mandado por Alvarado, debía desembarcar en puertos intermedios, reforzarse allí con una división chilena, que le llevaría los caballos necesarios, y penetrar al interior del país como una cuña. Su objetivo inmediato era Arequipa y el Cuzco, y su objetivo ulterior el Alto Perú, contando con la cooperación del guerrillero Lanza, y una diversión que se verificaría al mismo tiempo desde el territorio argentino por la frontera de Salta. El ejército del centro, al mando de Arenales, debía marchar sobre Jauja, con poder suficiente para neutralizar las fuerzas que ocupasen el valle, o destruirlas si eran más débiles. En el caso de que el enemigo se replegase para operar su reconcentración más a retaguardia, ocupar sólidamente la sierra del Sud, y del centro, promover la insurrección en toda la región andina y remontar el ejército invasor, obrando en combinación y simultáneamente ambos ejércitos.

Tal era el plan de campaña trazado por San Martín al retirarse del Perú, y que el gobierno que le sucedería se decidió a poner en ejecución. La combinación era relativamente buena, pero contingente; aun en el caso de buen éxito no hería el poder enemigo en el corazón. Si bien cada uno de los dos cuerpos de ejército podía prometerse ventajas parciales, el éxito de la campaña dependía de la simultaneidad de sus movimientos a fin de impedir la reconcentración del enemigo en un punto de ataque, y aun obrando en combinación en el punto de convergencia, la cuestión tenía que decidirse por una batalla ulterior en otras condiciones.

El grueso del ejército realista, al mando de Canterac, estaba establecido en la sierra del centro, desde Jauja a Huancayo. Arequipa estaba débilmente guarnecida por el general Santos La Hera, en reemplazo del general Ramírez Orozco, que se había retirado a España, dando por perdida la América. El virrey La Serna tenía su cuartel general en el Cuzco, con una reserva lejana en Puno. El ejército de Olañeta se hallaba en Potosí, y la división de Valdés estaba a la sazón ocupada en pacificar el norte del Alto Perú, conmovido por el guerrillero Lanza. Por consecuencia, el ataque simultáneo por el Sud y el centro obligaba al ejército realista en la sierra del centro a cubrir su izquierda y proteger su retaguardia, y en caso de no hacerlo así, perder sus comunicaciones y quedar aislado en el valle de Jauja, contra dos ejércitos uno sobre su frente y otro sobre su único flanco de retirada.

El núcleo sólido del ejército del Sud, que debía operar por puertos intermedios, lo componían los cuerpos veteranos vencedores de Chacabuco y Maipu: El regimiento Río de la Plata, el batallón núm. 11 y los Granaderos a Caballo de los Andes; los batallones números 2, 4 y 5 de Chile, y el batallón número 1 de la Legión Peruana, en todo 4490 hombres, de los cuales 1900 soldados argentinos, 1200 chilenos, y el

resto peruanos, con una dotación de 10 piezas de montaña. Embarcada la expedición en El Callao, en los transportes que había dejado preparados San Martín, demoróse su salida (fines de septiembre de 1822). El general dirigió con este motivo una especie de intimación al Gobierno: "El ejército de los Andes y el de Chile, están resueltos a "expedicionar. Convencidos de lo ventajoso y necesario de esta marcha, "desde el jefe hasta el último soldado no aspiran sino a marchar y buscar al enemigo por el Sud. Yo aseguro, que si se le trastorna su sa-"lida, si se varía su plan, un descontento general va a tomar el lugar "del entusiasmo; la desmoralización será el primer resultado, y un "desorden total será el término. El ejército expedicionario se pierde si "no se le deja marchar. Lo aseguro una y otra vez, y su pérdida va a "ser el último golpe. Antes que suceda esta catástrofe, y si es que se "resuelve no mandar o demorar siquiera la expedición, hago renuncia "de mi cargo de general en jefe del ejército expedicionario".

El general Alvarado, antes de embarcarse, llamó al jefe de la división colombiana, Juan Paz del Castillo —el mismo que, como se ha dicho, había servido en el ejército de los Andes—, y le manifestó que, reunidos en las fuerzas bajo sus órdenes los pabellones del Perú, Chile y la República Argentina, le sería grato llevar por lo menos un cuerpo que uniese a ellas la bandera de Colombia. Paz del Castillo contestó que no estaba autorizado para ello. Alvarado le exhibió entonces una carta del Libertador, en que le recomendaba la división y la ponía en cierto modo bajo sus órdenes. El jefe colombiano se negó absolutamente a cooperar a la empresa de puertos intermedios.

Bajo estos desfavorables auspicios zarpó la expedición del puerto del Callao en la primera quincena de octubre (1º a 15 de octubre de 1822). Retrasada en su viaje por las calmas de la estación y algunos accidentes de los transportes, tardó cincuenta y siete días en avistar los puertos intermedios del Sud. Aun era tiempo obrando con actividad; pero por otras causas, la campaña se abrió tardíamente, bajo los auspicios más desfavorables, sin plan fijo y sin resolución. Todo auguraba una catástrofe.

II

El general Alvarado se dirigió con el primer convoy de la expedición al puerto de Iquique, al sud de Arica, que comunica con los valles de Tarapacá, Azapa y Lluta, y también con Tacna y el Alto Perú. Allí echó a tierra el batallón núm. 2 de Chile, que se hallaba muy bajo (160 plazas), con el objeto de que se remontase y promoviese la insurrección en los valles, a la vez de reunir elementos de movilidad de que carecía (7 de diciembre). Parece también que su objeto era abrir comunicaciones con la división de Lanza, y en efecto se dirigió oficialmente por esta vía, haciéndole saber su presencia sobre las costas, pero sin darle instrucción alguna respecto de ulteriores operaciones combinadas.

El 3 de diciembre hallábase reunido todo el convoy de la expedición en el puerto de Arica. Desde este momento todos los movimientos del general en jefe independiente empiezan a resentirse de vacilación y lentitud. Parece que la responsabilidad le pesaba y que no encontraba dentro de sí mismo inspiraciones para dar impulso a la empresa que le estaba encomendada, en que la actividad y la resolución eran la primera condición de éxito. "Emprenderé bien pronto la marcha que

"me indica el honor y la necesidad —decía con desmayo—. El general "San Martín cargó sobre mis hombros un peso que sólo él podía so- "portar. La empresa me parece demasiado penosa, y conozco debo lla- "mar a mi favor toda la firmeza posible para arrostrar tamañas di- "ficultades. Con todo, no desfallece mi espíritu, y tengo una esperanza "de triunfo". Su primera idea fué desembarcar en Arica; pero después pensó en dirigirse más al Norte, en la suposición que un ataque de flanco sería más ventajoso que uno de frente. El itinerario de la expedición estaba, sin embargo, trazado histórica y geográficamente. Conocemos ya la comarca que iba a ser el teatro de la guerra, donde Míller, en la primera campaña a puertos intermedios, había ejecutado con tan pequeñas fuerzas operaciones tan notables, eficazmente auxiliado por los recursos del país y la decisión de sus habitantes por la causa de la independencia (véase cap. XXXI, § III y IV). Con un ejército muy superior al que el enemigo podía presentarle, Alvarado permaneció durante tres semanas en inacción en Arica, sin decidirse a tomar un partido. Llamó a Míller para aconsejarse, quien le manifestó francamente que "estando esparcidas en puntos tan distantes las di- "visiones del enemigo, y siendo tan favorables la posición de los pa- "triotas, cualquier plan que se adoptase sería bueno, con tal de que "se tomase la ofensiva, sin perder tiempo, ya con dirección a Are- "quipa, ya sobre la Paz o Potosí". El general convino en todo; pero luego encomendó a Míller una diversión más al Norte, con 120 hombres, con el objeto de llamar la atención del enemigo por el flanco izquierdo.

El general Alvarado ha disculpado su inacción por la falta de elementos de movilidad, a causa de haberlos retirado con anticipación el enemigo, y porque de los 700 caballos conducidos desde Chile, sólo 400 llegaron, con retardo y en muy mal estado. La explicación podría ser atendible si, después de los dos meses perdidos en la navegación, las tres semanas de inacción no hubiesen sido de vida o muerte. En la ofensiva estaba la victoria probable. En la detención, por cualquier causa que fuese, estaba la derrota segura. No había que trepidar. Con caballos o sin ellos, debía abrirse la campaña. Cuando se recuerda el desembarco de San Martín en Huacho, con sólo 3500 hombres, al frente de un ejército enemigo dos veces superior en número, para ir a tomar la línea de Huaura con sólo 25 caballos, vese que lo que faltaba no eran elementos de movilidad, sino una cabeza y una voluntad firmes que diesen impulso vigoroso a las operaciones ofensivas (véase cap. XXVII, § V).

Las divisiones españolas posesionadas de la sierra se hallaban diseminadas —según antes se apuntó— en una extensa línea de más de 2000 kilómetros, desde Pasco hasta Potosí. El grueso de su ejército, al mando de Canterac, fuerte como de 5000 hombres, hallábase situado en la sierra del centro desde Jauja hasta Huancayo. Arequipa estaba débilmente guarnecida por el general Santos La Hera, según queda dicho. El Virrey estaba en el Cuzco con una pequeña guarnición. La reserva, que no pasaba de mil hombres, estaba en Puno al mando de Carratalá. Valdés con su división se hallaba en La Paz, ocupado en la pacificación del sud del Desaguadero, después de haber obligado a Lanza a replegarse a las inaccesibles montañas de Ayopaya. Olañeta estaba en Potosí con poco más de 2000 hombre. Pisco y el valle de Ica estaban defendidos por una pequeña división al mando de Rodil. Todos los puntos intermedios desde Quilca hasta Iquique estaban tan

sólo ocupados por algunos destacamentos de mera observación. Entre las divisiones mediaban centenares de kilómetros de caminos escabrosos y desiertos a través de la montaña. Se necesitaba un mes por lo menos para reunir un ejército respetable en el punto de ataque. Para todo dió tiempo la lentitud con que se desarrolló la expedición a puertos intermedios y la inacción de ella en Arica.

Al anuncio de la invasión, el Virrey dispuso que una parte del ejército de Jauja se reconcentrase en el Cuzco, dejando el valle cubierto con el resto, y que Carratalá avanzase a su frente para cubrir la posición de Arequipa, permaneciendo a la expectativa hasta que los independientes señalaran decididamente su plan de internación en la sierra. Ordenó a Olañeta que con el grueso de su fuerza marchase sobre la costa por las altiplanicies del Alto Perú en dirección a los valles de Azapa y Tarapacá. Dispuso que Valdés con su división acudiera a marchas forzadas a cubrir Arequipa, como el punto céntrico que debía recibir el primer ataque, y avanzara sobre las vertientes occidentales de la cordillera en observación de los invasores. Canterac se movió en consecuencia de Huancayo con dos batallones y cuatro escuadrones que sumaban 2400 hombres, dejando otros tantos en Jauja a cargo de Loriga. Valdés, poniendo alas en los pies de sus ágiles soldados serranos, fué el primero que se presentó a cubrir el punto amenazado. Cuando las primeras velas de la expedición se avistaron en Arica, ya el activo general español coronaba las alturas de Moquegua en la sierra con 1750 infantes, 750 hombres de caballería y 4 piezas de artillería. A pesar de la relativa inferioridad numérica, resolvióse a disputar el terreno, fiado en lo fuerte de sus posiciones —que conocía bien— y en el apoyo del ejército de Canterac, que avanzaba a marchas forzadas en su sostén.

IV

La primera señal de vida que dió el general invasor fué la ocupación de Tacna, por el regimiento Río de la Plata y los Granaderos a Caballo de los Andes, con 4 piezas de artillería (24 de diciembre). Ocho días después (1º de enero de 1823), esta vanguardia destacada a 72 kilómetros de la reserva, con un desierto intermedio, era reforzada con los batallones núm. 5 de Chile y núm. 11 de los Andes, a órdenes del general Enrique Martínez, segundo jefe del ejército. En el mismo día señalóse la presencia del enemigo en Calana, a diez kilómetros al NE. Era el general Valdés que, suponiendo que la fuerza allí situada no pasaba de mil hombres, había pensado sorprenderla con 400 infantes montados en mula, 400 hombres de caballería y 2 piezas de artillería. Con tal intento habíase movido desde Sama en la tarde del 31, a través de un árido arenal de 50 kilómetros sin agua. Extraviado por los guías en la oscuridad de la noche, al amanecer del día siguiente (1º de enero de 1823) no estaba a la vista de Tacna. Viendo que la sorpresa no era ya posible, inclinóse sobre su izquierda y acampó en Calana, sitio abundante en agua y forrajes, a 17 kilómetros de la ciudad. Su situación era peligrosísima. No podía desandar el camino hecho, (que sólo es transitable en la noche) sin exponer su tropa a perecer en la travesía. Sus cabalgaduras estaban fatigadísimas por una rápida y penosa marcha de doce horas. La fuerza de que disponía no alcanzaba ni a la mitad de la que tenía a su frente.

El general Enrique Martínez se hallaba a 10 kilómetros de Tac-

na con los batallones 4º de Chile y núm. 11 de los Andes al amanecer del día 1º, después de una marcha de 50 kilómetros a través de otro arenal. Señalada la presencia del enemigo en Calana, dispuso que la fuerza que ocupaba la ciudad (1200 hombres) eligiese una buena posición y esperase su incorporación. A las 11 de la mañana recibió parte de que los realistas avanzaban en son de ataque. Adelantóse personalmente para reconocer el campo. El enemigo ocupaba el camino que conduce a la cordillera, parapetado por su izquierda con zanjas y tapiales, y una altura sobre su derecha. Parecía dispuesto a la pelea. Era un ardid de Valdés, que, considerándose perdido —como lo confesó después—, hacía cara fea al enemigo, para ganar tiempo y salvarse. Martínez no se decidió a atacarlo. Limitóse a hacer observar sus movimientos con un batallón del Río de la Plata, y el regimiento de Granaderos a Caballo, a la espera del resto de su fuerza. A la una del día estaba reunida toda la vanguardia argentino-chilena en número de más de 2000 hombres, de las tres armas, contra ochocientos. En vez de ganar el tiempo perdido, el general independiente dispuso que un batallón y un escuadrón marchasen a tomar la altura de la derecha del enemigo con el objeto de flanquearlo, y avanzó algunas guerrillas a la vez que su artillería disparaba algunos tiros perdidos. Los realistas, al observar el lento movimiento envolvente, reconcentran sus fuerzas y se ponen en retirada. Entonces se adelanta toda la caballería independiente para comprometer el ataque. Ya era tarde. El sol se ponía en el horizonte. La columna de Valdés había ganado el día. Después de sostener algunas guerrillas de retaguardia y cambiar algunos tiros de cañón, se replegó a Pachía, diez kilómetros más al NE., donde pasó la noche sin ser hostilizada. Al día siguiente continuó la retirada por el pie de la sierra y volvió a ocupar su anterior posición de Moquegua.

El general Alvarado permanecía mientras tanto en Arica con el resto de sus fuerzas. Al fin se decidió a abrir la campaña. El 13 de enero ocupó el valle de Locumba, con la resolución de marchar sobre Moquegua. Era precisamente lo que Valdés se proponía: atraerlo al camino de antemano por él reconocido, donde le era fácil oponerle una eficaz resistencia por el frente, y por donde esperaba a su retaguardia el apoyo de Canterac, que le aseguraba la victoria. Empero, tan ignorante del avance de Alvarado como éste lo estaba de sus movimientos, destacó al coronel Ameller con tres compañías de infantería y 125 caballos, con el objeto de sorprender la vanguardia independiente, que consideraba muy débil. Después de una larga y fatigosa marcha por caminos de travesía, se encontró Ameller al amanecer del día 14 a tiro de cañón de todo el ejército independiente. El jefe español, emprendió en orden su retirada hacia el norte de Locumba, disputando el terreno, y débilmente perseguido por el espacio de 15 kilómetros, consiguió reunirse a la división de Valdés en Moquegua. También se malogró esta oportunidad brindada para dar un golpe al enemigo, que estableciese por lo menos el predominio moral al abrir la campaña. Todo indicaba que este predominio estaba del lado de los realistas, que no se economizaban y se movían, y cuando se veían en apuros sabían hacer frente con serenidad a los peligros y salvar intactas sus tropas de lances en que, vigorosamente atacadas, habrían seguramente sucumbido.

Después de este segundo fracaso negativo, que muy poco prometía, penetró Alvarado con su ejército en masa en la amena quebrada de Moquegua, por cuyo centro corre el río de Ilo. El 17 estaba en la Rinconada, a 25 kilómetros del pueblo de Moquegua, donde el río To-

rata se derrama en el Ilo y empiezan los viñedos que constituyen la riqueza de la comarca. El mismo día Valdés escribía a Canterac: "Hasta ahora todo ha salido a medida de mis deseos. El enemigo sin adversario marcha a su total destrucción". Efectivamente, la campaña de intermedios estaba perdida. El cuerpo de ejército de Canterac se hallaba a tres jornadas de Torata, y el de Valdés convergía al mismo punto de antemano elegido para dar allí a hora fija la batalla decisiva con la ciencia y conciencia del triunfo.

V

El 18 ocupó sin resistencia el ejército independiente la ciudad de Moquegua, después de un ligero tiroteo de avanzadas. Esta ciudad, situada en una hondonada más abajo de la confluencia de los ríos Ilo y Torata, está dominada al Este por una montaña cortada a pique que se levanta 500 metros sobre el nivel del valle y sólo tiene una salida accesible. Desde este punto resolvió Valdés disputar el terreno palmo a palmo. La naturaleza lo favorecía. Desde Moquegua, el terreno forma una serie de alturas sucesivas y encajonadas, fáciles de defender contra fuerzas muy superiores, y que se prolongan hasta los altos de Valdivia a espaldas del pueblo de Torata. Los realistas coronaron de guerrillas todas las alturas, estableciendo emboscadas en las escabrosidades laterales. El ejército independiente marchó de frente en guerrillas y desalojó sucesivamente a los realistas de sus posiciones, que perdieron como 800 hombres en esta valerosa y bien conducida retirada. En Torata hizo pie firme y tendió Valdés su línea de batalla, en las faldas de los altos de Valdivia, sobre el camino de Puno, a la espera del cuerpo de ejército de Canterac, que se hallaba a poco más de una jornada de distancia. El 1 a las 4 de la tarde los dos ejércitos estaban frente a frente. Los independientes llevaron sobre la marcha el ataque sobre la falda del cerro empeñándose un vivo fuego de fusilería. En ese momento, desplegó en tiradores un batallón español y cubrió el centro al grito de: *¡Aquí está Gerona!* Simultáneamente apareció coronando los altos de Valdivia una parte del esfuerzo de Canterac, y lanzó otro estruendoso grito: *¡Viva el Rey!* que repercutió en todas las concavidades de la montaña. La batalla cambió de aspecto. La victoria se decidía por las armas del Rey de España, merced a la pericia de sus esforzados generales y ágiles soldados. Canterac, que se había adelantado con un destacamento, dispuso reforzar su flanco derecho, por donde la izquierda independiente avanzaba en columna, sostenida por la caballería y ganando terreno. La derecha realista rechazó este "temible ataque", como lo llama Canterac. Inmediatamente toda la línea realista cargó de frente sobre la infantería de los independientes, que, agotadas sus municiones, volvió caras y fué fusilada por la espalda, dejando el campo sembrado de cadáveres. El sol se ocultaba en esos momentos en el horizonte. El mismo día y en las mismas horas de esta triste derrota el Congreso del Perú decretaba un monumento, en Arica, ¡en honor del ejército libertador del Sud!

Tal fué la batalla de Torata, en que se peleó con valor por una y otra parte, pero sin concierto por parte de los independientes, distinguiéndose por su firmeza y resistencia el primer batallón de la Legión peruana, que por la primera vez entraba al fuego. La pérdida del ejército argentino-chileno-peruano pasó de 500 hombres entre muer-

tos y heridos. Los españoles confesaron una pérdida total de 250 hombres entre muertos y heridos, que se cree fué mayor.

Los derrotados batallones independientes se replegaron a su reserva, sostenidos por los certeros fuegos de su artillería, donde se rehicieron en una altura frente al pueblo de Torata. El enemigo se contuvo. El general Alvarado ordenó la retirada, protegida por las sombras de la noche. El 20 estaba otra vez en Moquegua, a 25 kilómetros del campo de batalla. Pasóse una revista de municiones, y se encontró que no se contaba sino con ocho tiros por plaza en las cartucheras. El general reunió una junta de guerra para aconsejarse. Unos fueron de opinión de replegarse a Arica por el camino de Tacna, y otros de reembarcarse por el puerto de Ilo. Parece que la mayoría estuvo por que se eligiese una posición ventajosa para resistir; que se mandase traer municiones de Tacna, y que si antes de recibirlas eran atacados se llevase una carga brusca a la bayoneta al enemigo para vencer o morir. El general en jefe dijo: que si no contase más que con cincuenta soldados, con ellos se batiría contra los españoles. Después de tantos retardos y vacilaciones, esta resolución, inspirada por el despecho, era una temeridad sin esperanza. La salvación estaba en una pronta retirada. No se supo o no se quiso aprovechar el tiempo, y el 21 al amanecer, cuando el ejército enemigo se presentó a la vista de Moquegua, todavía permanecían los independientes allí.

La posición elegida por Alvarado en Moquegua era fuerte y se prestaba a una batalla defensiva, que prometía ventajas con tropas resueltas, pero bien municionadas, y sobre todo, bien montadas. Apoyaba su izquierda en los suburbios de la ciudad, sobre el cementerio. Extendía su línea sobre el perfil de una planicie en la prolongación de un barranco escarpado que cubría su frente, con un camino de herradura en el centro que barrían los fuegos de la artillería. Sobre la derecha, y después de una corta y valerosa resistencia a sable y ba-
Observando el general español que se había descuidado este punto culminante, que podía considerarse la llave de la posición, ordenó que Valdés con dos batallones y dos escuadrones lo ocupase y llevara un ataque decidido sobre la derecha independiente, mientras él con el resto de su infantería cargaba por el frente, salvaba el barranco, apoyado por su artillería, y la caballería amagaba el flanco izquierdo de los independientes. Así se hizo, y la victoria coronó por segunda vez las armas realistas en el espacio de cuarenta y ocho horas. El ejército independiente flanqueado y atacado de frente formó martillo sobre su derecha, y después de una corta y valerosa resistencia a sable y bayoneta, se dispersó completamente, dejando en el campo 700 muertos y heridos con 1000 prisioneros, según los españoles, quienes por su parte declararon una pérdida de sólo 400 hombres en las dos jornadas, no obstante confesar que algunos de los cuerpos perdieron la mayor parte de su gente en Moquegua. Los Granaderos a Caballo de los Andes mandados por Lavalle dieron dos valientes cargas para cubrir la retirada de los dispersos; pero cargados nuevamente por la caballería enemiga vencedora, se dispersaron a su vez. Las reliquias de los derrotados en Torata y Moquegua se embarcaron en Ilo. De los cuatro mil hombres que componían el ejército expedicionario de puertos intermedios, poco más de mil hombres regresaron a Lima a las órdenes del general E. Martínez.

El general Alvarado se dirigió a Iquique, para recoger el cuadro núm. 2 de Chile, dejado allí con un transporte de refugio. Olañeta, que

había acudido con gran parte de su ejército desde Potosí, ocupaba ya los valles Lluta, Azapa y Tarapacá. Con tan poca previsión en lo pequeño como en lo grande, el general dispuso que un corto destacamento bajase a tierra con el objeto de practicar un reconocimiento (14 de febrero). Olañeta, que se hallaba emboscado en el pueblo, cayó sobre él con dos batallones, y todo el destacamento fué sacrificado peleando valientemente. En seguida, bajo el pretexto de hacer llegar algunos auxilios pecuniarios a sus prisioneros y recomendarlos a la humanidad del vencedor, Alvarado invitó a una entrevista al general español. Este le manifestó sin empacho que estaba muy lejos de entregar los prisioneros a una autoridad ilegítima creada por una revolución de jefes liberales; y exaltado por grados, los calificó de "traidores liberales", manifestando su resolución de separarse del Virrey y limitarse a la defensa del territorio del Alto Perú en nombre del Rey absoluto. Esta declaración fué una de las ventajas más señaladas de la segunda expedición a puertos intermedios, de la que tanto se prometía San Martín en su plan póstumo. La otra fué la que alcanzó Miller, quien con sus 120 hombres hizo más que todo el ejército expedicionario, al poner en alarma a todo el Sud, distrayendo la división de Carratalá.

VI

¿Qué era entretanto del cuerpo de ejército que según el plan convenido debía invadir por Jauja en combinación con el del Sud? Sin esta cooperación, la expedición era una aventura peligrosa. Arenales, encargado de la operación de la sierra, penetrado de su importancia, había urgido por la organización y apresto de su ejército; pero todos los empeños escollaron contra la falta de concurrencia de los auxiliares colombianos. El ejército a la sazón existente en Lima (diciembre de 1822) constaba de 460 artilleros, 4.900 infantes y 950 de caballería, de los cuales 280 chilenos, 2000 colombianos y 4000 peruanos; pero de estos últimos apenas 2000 en estado de ponerse en campaña.

Contábase con los batallones de Colombia para completar el número de 4000 hombres, necesario para emprender la marcha a la sierra. El jefe colombiano Paz del Castillo, que antes se había negado a unir su bandera con el ejército del Sud, bajo el pretexto de no fraccionar su división, negóse igualmente a tomar parte en la operación, por no considerarla segura, invocando instrucciones de Bolívar. Instado a exponer sus planes, los ocultó con la pretensión de cooperar independientemente según su criterio, lo que importaba negar de hecho su cooperación y reservarse la dirección de la guerra. En seguida exigió que el jefe que mandase la expedición de la sierra fuera un general hijo del Perú, con el objeto de excluir a Arenales, único capaz de llevarla a cabo con éxito. Por último, hizo exigencias tales, formulando a la vez quejas sin fundamento, que el Gobierno vióse obligado a denegarlas. Paz del Castillo pidió entonces regresar a su país. El Gobierno, por librarse de auxiliares tan incómodos, cuya mala voluntad era notoria, le proporcionó los transportes necesarios para trasladarse a Guayaquil. La división de Colombia se retiró del Perú, llevándose el batallón Numancia, fuerte de 600 plazas, que se había incorporado a ella, después de causar al erario un gasto como de 190.000 pesos, de manera que este auxilio debilitó y empobreció al país sin prestarle en esta ocasión ningún servicio.

A pesar de estos contratiempos, comprendiendo Arenales que el

ejército del Sud podría ser sacrificado si fallaba la combinación acordada, estaba resuelto a expedicionar con poco más de dos mil hombres. Su plan consistía en dirigirse a Nasca por agua, desembarcar allí a fin de cubrir el flanco izquierdo de Alvarado, y cortar o flanquear las fuerzas que había dejado Canterac en Jauja. "Con tan débiles elemen-"tos —dice él mismo— resolví mi embarque, para emprender una mar-"cha cuyo triunfo consistía más en la celeridad que en la importancia "de la fuerza, cuando llega la funesta nueva de la derrota de Moque-"gua, y aparecen los tristes restos que se salvaron, y a su cabeza el "brigadier don Enrique Martínez".

Las derrotas de Torata y Moquegua produjeron más irritación que desaliento en el pueblo. El triunfo definitivo de la independencia era un hecho que estaba en la conciencia de los peruanos. La opinión hizo responsable al gobierno del mal éxito de la campaña. El ejército de Lima, situado en Miraflores, se puso en verdadero estado de insurrección contra el Congreso, y especialmente contra el Triunvirato, movido por el partido de Riva Agüero. Arenales fué invitado a ponerse a la cabeza del movimiento; pero este austero general, que no tenía más ley que la ordenanza militar, prefirió entregar el mando a su segundo, el general Santa Cruz, y se alejó por siempre del Perú. Los jefes del ejército unido —incluso los de los Andes y Chile encabezados por el general E. Martínez— dirigieron una representación al Congreso en que, protestando sus respetos y obediencia al cuerpo representativo, pedían que Riva Agüero fuera colocado a la cabeza del Gobierno (26 de febrero de 1823). Las milicias de Lima apoyaron esta representación. El Congreso tenía que optar entre su disolución o acceder a las exigencias de la fuerza armada, que era su único apoyo, faltándole hasta el de la opinión pública. Riva Agüero fué nombrado presidente pretoriano de la República Peruana (27 de febrero). El primer acto del Congreso, después de este nombramiento, fué nombrar gran mariscal de los ejércitos del Perú a Riva Agüero, coronel nominal de milicias, que no había asistido ni siquiera a una guerrilla.

La organización del poder ejecutivo era una necesidad de la época. Riva Agüero, rodeado de la popularidad, representaba el sentimiento nacional, y en él estaban depositadas todas las esperanzas de los aliados. El nuevo presidente, favorecido por las circunstancias y por el desprestigio de la administración anterior, correspondió a la expectativa, en los primeros momentos, por su actividad y por las acertadas medidas que el instinto de la conservación indicaba. Su primer cuidado fué reorganizar el ejército, dándole una base nacional, según la idea de San Martín. Santa Cruz, fué nombrado general en jefe, y Martínez, de la división de los Andes y Chile. Reanudó las relaciones con Chile y se dirigió a Bolívar, aceptando su auxilio antes rehusado por el Congreso. Ajustóse en consecuencia un tratado, por el cual el Libertador se comprometía a concurrir a la terminación de la guerra con seis mil hombres, que debían ser equipados y pagados por el Perú, quedando a su cargo el reemplazo de las bajas (12 de abril). El gobierno de Chile se prestó a dar un auxilio de 2000 a 2500 hombres equipados y listos y 1500 fusiles, además de la división chilena que existía en el Perú (abril 26). San Martín, desde Mendoza, activaba la organización de la división argentina, que debía operar en combinación por la frontera de Salta al mando de Urdininea. Al mismo tiempo llegaba la noticia de que los enviados del ex Protector, García del Río y Paroissien —abandonado el plan de monarquización—, habían rea-

lizado en Londres un empréstito de *un millón doscientas mil libras esterlinas* (valor nominal), que fué aprobado por el Congreso.

"El nuevo presidente —dice el más autorizado y bien informado "historiador peruano— se encontraba, por sólo el natural desenlace de "los planes de San Martín, en capacidad de disponer de dos ejércitos "auxiliares, y con suficientes recursos para facilitar la marcha de los "negocios. El lo atribuía todo a sus combinaciones y cálculos; y como "el vulgo sólo ve los resultados, creía que a Riva Agüero se debía el "mérito del buen aspecto que tomaban las cosas públicas. La vanidad "dominaba a este mandatario y ella lo derribó bien pronto".

VII

Antes de transcurrir dos meses, el Perú contaba con un ejército nacional de 5000 hombres, pronto a entrar en campaña, además de las divisiones auxiliares de Chile y la República Argentina, que alcanzaban como a 2500 hombres. Esto demuestra que la confianza de San Martín en los recursos del país para salvarse por sí, al tiempo de su retirada, no era ilusoria, y que movidos oportunamente y con acierto, sobre la base de 11.000 hombres que dejó organizada, habrían bastado para cambiar el aspecto de la guerra, quedando además la reserva de Colombia para reparar cualquier contraste. Con igual confianza, resolvió Riva Agüero repetir la operación de puertos intermedios con arreglo al mismo plan, pero en más grande escala, contando con la eficaz cooperación de Chile y de Colombia. El objeto era ocupar a Arequipa y Puno, para llamar el grueso de las fuerzas realistas hacia el ejército de operaciones unido, y batirlas en detall, mientras otro ejército compuesto de las tropas de las cuatro naciones aliadas invadía por Jauja y ocupaba Huamanga, con el triple propósito de posesionarse de la sierra del centro, destruir la fuerza enemiga que allí quedase o perseguirla en su retirada, y obrar de este modo en combinación con el ejército expedicionario. Bolívar, consultado, aprobó el plan, y se comprometió a enviar los seis mil hombres ofrecidos. Chile prometió poner en las costas del sud del Perú el contingente de dos mil hombres convenido, facilitando el envío de los caballos necesarios para la expedición. Los realistas, que después de sus triunfos en Torata y Moquegua habían vuelto a sus anteriores acantonamientos, ignorantes de estos planes y de esta aglomeración de nuevos elementos, se preparaban mientras tanto a atacar a Lima.

La expedición de intermedios, fuerte de siete batallones, cinco escuadrones y ocho piezas de artillería, que sumaban más de 5000 hombres, zarpó del Callao en los últimos días de mayo (14 al 25 de mayo). Componíase exclusivamente de elementos nacionales, para darle más cohesión y evitar la rivalidad que se había despertado entre los cuerpos auxiliares y los del país. Su mando fué confiado al general Santa Cruz, llevando por jefe de estado mayor al coronel Gamarra. Por la primera vez el Perú tenía un ejército suyo, fuerte y compacto, mandado por generales peruanos. Esto exaltaba el sentimiento nacional, que era una nueva fuerza moral incorporada en sus filas. El general expedicionario, al tiempo de abrir su campaña, se presentó ante el Congreso y juró volver triunfante o morir en la demanda. Ni triunfó ni murió.

Las primeras operaciones de Santa Cruz fueron más activas y acertadas que las de Alvarado. No se perdió tiempo. A mediados de

junio (17 de junio) estaba dominada toda la costa desde Iquique a Ilo, y el convoy expedicionario reunido en Arica. El mismo día Canterac, con un ejército de 9000 hombres, bajaba de la sierra y se apoderaba sin resistencia de la capital. Todas las combinaciones quedaron así trastornadas por una y otra parte. El ejército del Sud encontraría menor resistencia; pero tendría que obrar aisladamente como en la anterior campaña. La expedición a la sierra no era posible; pero en cambio los realistas ejecutaban un movimiento falso que no les proporcionaba ninguna ventaja militar y daba tiempo a los independientes para rehacer sus planes sobre la base de dos ejércitos dueños de las comunicaciones marítimas, que podían transportarse rápidamente de un punto a otro a lo largo de las costas. Quedaba todavía el refuerzo de Colombia y el auxilio de Chile, que inclinaba la balanza del lado de los independientes.

Bolívar no participaba de la confianza general. Sea que se diese mejor cuenta de la situación militar o que no viese la victoria allí donde él no estaba presente, el hecho es que veía más claro que todos, y que sus pronósticos se cumplieron al pie de la letra, si bien es verdad que preparando él los acontecimientos en el sentido de sus designios. Después de la desgraciada campaña de puertos intermedios, escribió a Alvarado, a quien procuraba atraerse por la importancia que le suponía: "La derrota de las tropas de Moquegua es una consecuencia "del estado anterior de las cosas. No podía ser menos. Prueba de que "yo había previsto este suceso, es que ofrecí anticipadamente 4.000 "hombres, y mandé retirar nuestras tropas porque las creía perdidas "en Lima. La revolución es un elemento que no se puede manejar. Es "más indócil que el viento. Usted ha sido víctima de ella". Combinada la nueva expedición, cuyo plan aprobó como el anterior formado por San Martín, dirigía a Sucre una de sus más notables cartas: "No son "Canterac y Valdés los temibles: sus recursos, posiciones y victorias, "les dan una superioridad decisiva, que no puede contrarrestarse de "repente sino lenta y progresivamente. La expedición de Santa Cruz "es el tercer acto y la catástrofe de la tragedia del Perú. Canterac es "el héroe, y las víctimas, Tristán (en Ilo), Alvarado (en Torata y Moquegua), y ahora Santa Cruz. Los hombres pueden ser diferentes, "pero los elementos son los mismos, y nadie cambia los elementos. No "debemos contar más con la expedición de Santa Cruz. La división de "Santa Cruz no puede tomar el Perú, y la que está en Lima no puede "batir a Canterac. Necesitamos reunir nuestras fuerzas para lograr "un golpe capaz de variar la suerte del país. Se me dirá que esto no "puede ser, porque no hay recursos ni movilidad. Replicaré que si no "puede ser, no se haga nada. Conviene hacer un movimiento general "con todas nuestras tropas reunidas, y yo a su cabeza; de otro modo "las disensiones intestinas serán nuestros vencedores. Este movimiento no deberá efectuarse sino después de saberse que los españoles no "reconocen la independencia del Perú; porque este caso único es el que "debe imponernos la necesidad de arrancar con las armas una decisión "ya dada por la política. Lo diré más claro: perdida la esperanza, debemos buscar la salud en la desesperación de un combate que, perdido, "no habrá añadido ni quitado nada al Perú; y ganado, le habrá dado "la esperanza de ser independiente". Tenía la visión clara del porvenir.

Guiado el Libertador por estas luces o procediendo en el sentido de la previsión de los sucesos que él mismo preparaba, seguro como estaba de triunfar al fin de cualquier modo, apenas tuvo noticias de

las derrotas de Torata y Moquegua, que ponían en peligro la existencia del Perú, despachó desde Guayaquil una expedición de tres mil hombres, que ya tenía lista, la que debía ser seguida por otra de igual número, aun antes de celebrar el tratado de auxilios de que antes se hizo mención. Su objeto era dominar militarmente el Perú y tener la gloria de terminar por sí la guerra de la independencia. Por eso había rehusado el concurso de San Martín y retirado antes sus fuerzas del Perú; y por eso permanecía en Guayaquil, reconcentrado allí su ejército. Las instrucciones secretas que dió en consecuencia al jefe de las tropas auxiliares estaban concebidas en este sentido. Poca importancia daba a la pérdida o la posesión de Lima; pero consideraba que El Callao era la llave del Perú, y encargaba muy especialmente apoderarse a toda costa de sus fortalezas (ocupadas por los aliados), empleando en último caso cualquier estratagema militar, por ser base indispensable de todas las operaciones futuras y el único medio de alejar la guerra del territorio de Colombia.

Para seguir de cerca el desarrollo de estos meditados planes, envió al Perú "su brazo derecho" —como él llamaba a Sucre— con la investidura de ministro plenipotenciario. Su misión era tomar la dirección del ejército auxiliar y hacerse de hecho el árbitro de la guerra; preparar el terreno en el sentido de los designios secretos del Libertador de acuerdo con los partidarios de la intervención colombiana, y realizadas las calculadas previsiones, restablecer el equilibrio militar y hacer que fuese él llamado como un salvador. Los sucesos así preparados le sirvieron aún más allá de sus previsiones.

Tal era la situación militar y la perspectiva general al tiempo de la ocupación de Lima por Canterac. La situación política era más complicada aún.

VIII

La ocupación de Lima por los realistas fué un error, y no podía ser sino muy precaria. No les proporcionaba ninguna ventaja militar, desde que no tuviesen el dominio de las fortalezas del Callao o de la marina. Además, facilitaba el desarrollo del plan de campaña por puertos intermedios. Era por otra parte un hecho previsto, fácil de neutralizar, que precipitó la crisis política, y al centralizar el poder militar en una sola mano, dió nuevo temple a las armas independientes. El Gobierno se refugió en los muros del Callao, y el ejército de Lima se situó al amparo de sus fuegos. Sucre fué nombrado general en jefe. El Congreso, compuesto heterogéneo de patriotas, godos y colombianos, se dispersó en parte, pasándose algunos de sus miembros al enemigo. La minoría parlamentaria, hostil a Riva Agüero, asumió la representación soberana, y llamó a Bolívar, con la investidura de generalísimo, confiriéndole amplias facultades para la salvación del país (19 de junio). Declaróse cesante en consecuencia la autoridad del presidente de la República en el teatro de la guerra para facilitar la acción militar, y Riva Agüero fué relegado a Trujillo como un fantasma de poder. Bolívar aceptó el nombramiento, declarando que "hacía mucho "su corazón lo llamaba al Perú". A la espera del Libertador, Sucre fué investido en su representación con las facultades políticas y militares que le eran atribuídas (20 de junio). Los anhelos secretos de Bolívar estaban cumplidos: era dueño del Perú.

Santa Cruz, mientras tanto, había iniciado sus operaciones por

puertos intermedios. Advertido el Virrey del error cometido, mandó retrogradar el ejército que había ocupado a Lima, y se puso personalmente en campaña para contrarrestar la invasión. En consecuencia, Canterac evacuó la capital y se retiró a la sierra sin ser hostilizado (16 de julio). Sucre, por su parte, se puso inmediatamente en campaña, en dirección al Sud, con un ejército de las tres armas, compuesto de tres mil colombianos y chilenos con un escuadrón peruano (20 de julio). En Lima quedó un ejército compuesto de tropas peruanas, argentinas y colombianas, que debía ocupar Jauja y Huamanga, y dominar la línea del Apurímac. El plan de Sucre era combinar los movimientos de los tres ejércitos de operaciones, tomando por base a Arequipa, y avanzar en seguida hasta el Cuzco para obrar con una masa de doce mil hombres, o de ocho por lo menos; pero cuando arribó a las costas del Sud ya Santa Cruz se había internado. Entonces resolvió desembarcar en Quilca y avanzar hasta Arequipa, buscando la incorporación del ejército expedicionario, para salvarlo, pues consideraba que en la situación en que se había colocado estaba expuesto a perderse.

El mismo día que Sucre se ponía en marcha sobre Arequipa, el ejército del Sud libraba en el alto Desaguadero, sobre el lago Titicaca, una batalla de dudoso resultado, que debía decidir el éxito de la expedición. Santa Cruz había variado el plan de campaña acordado. En vez de maniobrar con su ejército reunido con arreglo a sus instrucciones, lo dividió en dos cuerpos, y les trazó itinerarios divergentes que tenían por objetivo el Alto Perú. Con el primer cuerpo, desembarcó cerca de Ilo y avanzó hasta Moquegua. El segundo cuerpo, al mando de Gamarra, desembarcó en Arica y ocupó Tacna. En esta capital permaneció en inacción hasta mediados de julio, a la espera de la división auxiliar chilena, que habría elevado su fuerza a siete mil hombres; pero no apareciendo ésta, decidióse a abrir la campaña con los 5000 hombres con que contaba (13 de julio). Santa Cruz, con la mitad de su ejército, trasmontó la cordillera, atravesó el Desaguadero por el puente del Inca, sin encontrar resistencia, y se posesionó de La Paz (8 de agosto). Gamarra, con la otra mitad, marchó por el camino de Tacora, y atravesando más abajo el Desaguadero, ocupó casi simultáneamente la ciudad de Oruro, a 250 kilómetros de La Paz.

El general Olañeta, que después de su expedición a Tarapacá se retiraba con 1500 hombres hacia Potosí, quedó sorprendido por la aparición de la columna de Gamarra, cuya marcha ignoraba, y reconociéndose débil, se replegó hacia el Sud. En Oruro se incorporó a Gamarra con 600 hombres el famoso guerrillero Lanza. Allí pudo saber también que la división argentina al mando de Urdininea, preparada antes por San Martín, se había hecho sentir por la frontera de Salta. El jefe independiente, inerte e incapaz como siempre, al frente de más de 3000 hombres, dejó escapar esta oportunidad de destruir a Olañeta, y permaneció en inacción en Oruro.

El plan de Santa Cruz —según él mismo— era interponerse entre las tropas realistas al norte del Desaguadero y el ejército de Olañeta, batir a éste y hacer frente en seguida al enemigo que dejaba a su espalda. No hizo sino robar la vuelta. Sabedor de que el Virrey reunía en Puno sus divisiones diseminadas, abandonó su estéril conquista y retrogradó al norte del inmediato pueblo de Zepita. Santa Cruz pasó estableciéndose en su margen izquierda sobre el puente del Inca. Las primeras divisiones españolas que se concentraron en Puno fueron las de Valdés y Carratalá, que reunidas alcanzaban a poco más de 2000

hombres. Valdés tomó el mando en jefe, y avanzó sobre el puente; pero hallándolo defendido con artillería, desistió del intento de forzarlo, y retrogradó al norte del inmediato pueblo de Zepita. Santa Cruz pasó el puente y tomó la ofensiva. Encontró a Valdés establecido en una fuerte posición, a cuyo pie se extiende un llano, limitado al Oeste por la montaña y al Este por el gran lago Titicaca. El general republicano, por un amago del flanco sobre las alturas y una aparente fuga de su centro, consiguió hacer descender a Valdés al llano, donde únicamente podía obrar su caballería. Dos escuadrones peruanos pusieron en derrota a toda la caballería española. Siguióse un encuentro de la infantería de una y otra parte sin resultado decisivo. La noche que sobrevino puso término al combate. Los dos generales se atribuyeron los honores del triunfo. Valdés emprendió su retirada. Santa Cruz quedó dueño del campo de batalla, pero asustado en su semivictoria, se replegó de nuevo al Desaguadero. Esta jornada fué la primera y última de la expedición. La campaña —como lo había previsto Bolívar y lo temía Sucre— estaba perdida desde que los dos ejércitos del Sud no obrasen unidos o en combinación.

El Virrey, reunido a Valdés en Zepita, atravesó el Desaguadero al frente de 4500 hombres. Santa Cruz, amedrentado, no pensó sino en buscar la incorporación con Gamarra. Reunidos ambos cuerpos de ejército al sud de Oruro, alcanzaban a cerca de 7000 hombres (8 de septiembre). En esta situación ventajosa, en vez de hacer frente, intentó interponerse entre el Virrey y Olañeta, que desde Potosí se había movido con un ejército de 2500 hombres. La Serna, por una simple marcha lateral al este de Oruro por las alturas, con sólo 4000 hombres, operó sin dificultad su junción con Olañeta (14 de septiembre). Santa Cruz se consideró perdido, y sin probar la suerte de las armas, en que las probabilidades estaban de su lado, se puso en precipitada retirada, que muy luego se convirtió en desastrosa fuga, y al fin en dispersión casi total, con abandono de armas y bagajes. Así repasó el Desaguadero, derrotado sin combatir ni ver la cara del enemigo. Confió la defensa del puente a una compañía de infantería con dos piezas de artillería, que a la aparición de la vanguardia española capituló, poseídos sus oficiales del pavor que la timidez del general había infundido a sus tropas. De los 5000 hombres de la expedición desembarcada en Ilo y Arica, apenas 1000 regresaron a la costa. Al tiempo que esto sucedía, llegaba la división auxiliar de Chile, compuesta de tres batallones y un regimiento de coraceros de caballería, que al tener noticia del desastre regresó a su país sin tomar parte en la guerra.

Sucre, en su empeño de buscar su reunión con Santa Cruz, para salvarlo o emprender junto con él operaciones decisivas con fuerzas superiores, había procedido en su peligrosa campaña con tanta prudencia como habilidad, revelando las cualidades de su eximio capitán, tan metódico como San Martín en sus empresas, y tan inspirado como Bolívar en el campo de la acción, pero con más ciencia militar que éste. Al llegar a Arequipa, tuvo noticias de la batalla de Zepita. Estaba en marcha en dirección a Puno, con el objeto de buscar su incorporación con Santa Cruz, suponiendo racionalmente que éste mantendría el terreno, cuando tuvo noticia de su completa destrucción. Los realistas convergían sobre Arequipa con todas sus fuerzas de reserva desocupadas. En tan crítica situación, emprendió su retirada, pero de modo de proteger la de los restos del destrozado ejército expedicionario del Sud. Reembarcóse en Quilca y dió por terminada la campaña, que sería la última del Sud.

IX

El plan póstumo de campaña de San Martín por puertos intermedios quedó desde entonces abandonado y desacreditado, o por las faltas cometidas por sus ejecutores, o porque tal vez no era ése el camino de la victoria final, como el hecho pareció demostrarlo después. Pero por una de esas combinaciones caprichosas del acaso, en que intervienen más las impresiones individuales que el encadenamiento lógico de los hechos, al mismo tiempo que el último plan de campaña del gran capitán sudamericano, ejecutado por manos ajenas, era enterrado por dos derrotas sucesivas, el libro de su destino, para siempre sellado, pareció reabrirse ante sus ojos en la página interrumpida.

Poco después de separarse del Perú, los votos de Guayaquil, expresados por dos de sus hijos más espectables, lo llamaban a volver a la vida pública. "Sólo la mano de San Martín puede perfeccionar la "grande obra de la libertad del Perú — le decían —, y los guayaqui- "leños lo miramos también como el áncora de nuestra esperanza. No "es posible que el Fundador y Protector de la libertad, deje de conmo- "verse, ni es honor del Libertador de Chile y del Perú que mire con "indiferencia un pueblo que tiene fijos sus ojos en él. Ya es tiempo, "que cubierto de la gloria que le ha dado su filantropía, vuelva en "alas de nuestros deseos a llenar los destinos de estos pueblos. Las re- "soluciones y planes del héroe que lleva siempre en su alma la libertad "de los pueblos, deben sernos muy respetables; la convocación del cuer- "po representativo del Perú y su voluntaria separación del manejo de "los negocios, eleva su persona al más alto punto de gloria; pero tam- "bién es verdad, que no puede desdeñarse de escuchar el clamor de "los buenos patriotas que ansían por su presencia, y que la posteridad "no hallaría tal vez disculpa, si su excesiva generosidad atrajese a "estos pueblos desgracias que no están lejos de sobrevenirles. Los des- "tinos de estos pueblos necesitan un genio que los impulse". El mismo Riva Agüero, que había conspirado contra el ex Protector, y que muy luego se puso en pugna con el congreso, le escribía: "San Martín es "necesario a la América, y sus verdaderos amigos no podrían más so- "brellevar, sin continuas lágrimas, la pérdida de un héroe a quien se "debe la independencia, y en quien tienen fijos los ojos las naciones "civilizadas. Sea cuanto antes el día en que tenga el placer de darle "un abrazo". Después de los desastres de Torata y Moquegua, todos los ojos se volvieron hacia él. Uno de sus amigos, al transmitirle en multitud de cartas los votos de los peruanos, le decía: "Es general el "clamor de Lima por su regreso, y creen que si no lo hace, se pierde "todo el Perú. Yo estoy tan aturdido por todo, que se me daría muy "poco el que me tirasen un balazo". El gobierno de Chile, que había sucedido a O'Higgins, solicitaba oficialmente su cooperación, impulsándolo a abrir nueva campaña: "El Libertador del Perú y de Chile "se ha impuesto tan sagrados deberes con respecto al Perú, que el jui- "cio severo de los hombres presentes y de la posteridad, olvidaría sus "inmensos servicios para no perdonarle si rehusara algún sacrificio "dirigido a terminar su obra".

La destrucción de la segunda expedición a puertos intermedios y la resistencia de una parte de la opinión contra la intervención colombiana, volvieron a hacer revivir la idea de llamar al ex Protector, como la última esperanza del Perú en las críticas circunstancias que atrave-

saba. Una junta de jefes de mar y tierra, presidida por el general Portocarrero y el almirante de la escuadra Guisse, con autorización de Riva Agüero, levantó una acta declarando: "Los votos del pueblo, como los del último ciudadano; los de los jefes, como los del último defensor de la causa, en fin, los votos del Perú entero, llaman al Protector San Martín, para que vuele en auxilio del país, cuya existencia peligra". Esta resolución fué comunicada a San Martín en un oficio firmado por los jefes promotores del movimiento: "Hay ciertos hombres elegidos por el destino, cuyos nombres pertenecen a la historia, y cuya existencia consagrada á la felicidad de los pueblos es reclamada por ellos, principalmente cuando caen en desgracia. Entonces los hombres viles que en tiempo de prosperidad han insultado al genio y al valor, desaparecen de la escena, y todos los corazones llaman al héroe que solo puede salvar al Estado. El Perú que debe a San Martín sus esperanzas de independencia; que acaba de sufrir una dispersión en el ejército que había nacido de su seno, hoy reclama el regreso del fundador de su libertad, que ha cimentado, y á quien está reservado el acabar de consolidarla. El pueblo volverá con entusiasmo al héroe que ha roto sus cadenas. El ejército se reunirá con energía bajo los estandartes del vencedor de San Lorenzo, Chacabuco y Maipu, quien tendrá la gloria de haber asegurado la independencia de un Estado que siempre le será reconocido, y de haber terminado una obra que tan gloriosamente ha principiado, volviendo a fijar la fortuna, bajo nuestras banderas y la prudencia en nuestros consejos". Riva Agüero, en pugna con el Congreso y con la intervención colombiana, llegó hasta ofrecerle, por medio de un comisionado especial, entregarle el mando supremo del Perú. Guido le escribía al mismo tiempo: "Los patriotas que no especulan con el país y que sinceramente desean verlo libre, vuelven los ojos á usted. Una semana há circuló una representación en la que se recogían firmas pidiendo su regreso como único mediador y término de todos los partidos. Su nombre renace en el seno de estas desgracias".

El ex Protector sentía repulsión hacia la personalidad de Riva Agüero y no fiaba en su lealtad: no quería prestarse a ser instrumento de ambiciones bastardas ni caudillo de conjuraciones pretorianas: no podía provocar un conflicto estéril, pero no podía desoír estos llamamientos hechos en nombre del interés de la América. Sintió reanimarse en su alma el fuego sagrado de la acción continua que creía apagado, y entrevió por un momento la posibilidad de retornar al Perú.

Próximo a emprender viaje a Buenos Aires, en busca de su hija, que había quedado huérfana de madre, contestó a Riva Agüero desde Mendoza: "El Perú se pierde irremediablemente y tal vez la causa general de América. Un solo arbitrio hay para salvarlo. Sin perder un momento, cedan de las quejas o resentimientos que puedan tener; reconózcase la autoridad del congreso malo ó bueno, ó como sea, pues los pueblos lo han jurado. Unanse como es necesario, y con este paso desaparecen los españoles del Perú. Después, matémonos unos contra otros, si éste es el desgraciado destino que espera a los patriotas. Muramos, pero no como viles esclavos, que es lo que irremediablemente va á suceder. He dicho mi opinión. Si ella es aceptable estoy pronto á sacrificar mi vida privada. Venga sin pérdida de un solo momento la contestación de haberse reconocido la autoridad del congreso. La espero para decidir de mi destino".

Riva Agüero, en vez de seguir los consejos de San Martín, disolvió

el congreso — como se verá después —, y lo invitó nuevamente a trasladarse al Perú: "Si dentro de tres días no ha llegado el Libertador "de Colombia, me pondré en camino para ponerme á la cabeza del "ejército. Entraré en Lima el día que se me antoje. Ha llegado el caso "de que se cumpla su oferta de venir á prestar sus servicios". El general, indignado, se olvidó de su dignidad, y le contestó en términos tan duros como insultantes: "Me invita usted á que me ponga en mar- "cha, asegurándome que el horizonte público es el más halagüeño. Sin "duda olvidó que escribía á un general que lleva el título de Fundador "de la libertad del Perú, que usted ha hecho desgraciado. Si ofrecí "mis servicios con la precisa condición de estar bajo las órdenes de "otro general, era en consecuencia de cumplir con el Perú la promesa "que le hice á mi despedida, de ayudarle con mis esfuerzos si se halla- "ba en peligro, como lo creí después de la desgracia de Moquegua. ¡Pe- "ro cómo ha podido persuadirse que los ofrecimientos del general San "Martín fueran jamás dirigidos á emplear su sable en la guerra civil! "¡Y me invita á ello al mismo tiempo que proscribe al congreso y lo "declara traidor! ¡Eh! ¡basta! Un pícaro no es capaz de llamar por "más tiempo la atención de un hombre honrado".

El destino de San Martín estaba irrevocablemente decidido. Bolívar era el árbitro del Perú. El Libertador del Norte terminaría la tarea del Libertador del Sud, y coronaría la obra de los dos.

X

Riva Agüero, relegado a Trujillo como un mueble inútil, y despojado de los atributos del poder real por el voto del Congreso, cuya mayoría le era hostil, no se conformó con su situación. Disolvió el Congreso y nombró por sí un Senado de su amaño, compuesto de diez de los diputados cesantes por su orden (19 de julio de 1823). Fué entonces cuando llamó por segunda vez a San Martín para apuntalar su vacilante autoridad. La opinión se pronunció contra el presidente usurpador. Un grupo de trece diputados se reunió en Lima, llamó a los suplentes, y aunque en minoría, reasumió la potestad legislativa y constituyente (6 de julio); invistió a Torre-Tagle, delegado de Sucre, con la autoridad ejecutiva, y declaró a Riva Agüero reo de alta traición y fuera de la ley (8 de agosto). Riva Agüero a su vez calificó a los congresales de traidores y declaró nulos todos sus actos. Para sostener su actitud, ordenó a Santa Cruz que acudiera con todas sus fuerzas al Norte, abandonando las operaciones del Sud en cualquier estado en que se encontraran; pero ya el ejército del Sud no existía. Sin retroceder ante ningún medio ni ante la guerra civil para la conservación de su mando personal, formó en torno suyo un ejército, y procuró abrir negociaciones con los españoles, sobre la base de un armisticio, comprometiéndose a hacer salir del país las tropas auxiliares. Los auxiliares, y sobre todo los colombianos, que hasta entonces habían reconocido la autoridad constitucional del presidente, se pronunciaron abiertamente contra él y le intimaron su cesación en el mando, para "no ocasionar con su obstinación males a la América".

En medio de esta situación agitada y confusa, apareció Bolívar en el Perú. Los castillos de Callao anunciaron su presencia en el puerto con una triple salva. Las banderas aliadas de las cuatro repúblicas independientes en que entonces estaba dividida la América del Sud se izaron en todos los edificios, con leyendas en su honor. Al poner el

pie en tierra, fué recibido en triunfo con grandes aclamaciones. Las tropas del Perú y las auxiliares de las Provincias del Río de la Plata, Chile y Colombia le hicieron los honores (1º de septiembre). Jamás ningún americano había recibido una ovación más entusiasta ni más merecida. Era la gloria y era la esperanza de la América personificada.

Bolívar, al dirigirse al Perú, después de un año de espera en sus fronteras, negando, ofreciendo, retirando o prestando a medias sus auxilios, sabía que iba a ser investido con la suma del poder, que era lo que buscaba, y desgraciadamente lo que el país necesitaba en la revuelta y peligrosa situación que atravesaba. El Congreso le consultó por mera forma el proyecto de ley que lo investía con la omnipotencia política y militar. El Libertador contestó como de costumbre, como en Caracas, como en Angostura, como en Nueva Granada, como en Cúcuta, cuando renunciaba de antemano el poder que exigía implícitamente sin condiciones, y que él sólo podía ejercer. "Mi repugnancia a "emplearme en la administración supera con mucho toda exageración, "y así he renunciado para siempre el poder civil que no tiene una "íntima conexión con las operaciones militares; mejor diré, he conser-"vado sólo aquella parte del gobierno que contribuye como el cañón "a la destrucción de nuestros enemigos. En este concepto, vuelvo a "ofrecer al congreso del Perú mi activa cooperación a la salvación de "su patria; pero esta oferta no puede extenderse a más que al empleo "de mi espada". Era ésta una farsa, que comprometía la gran espectabilidad del personaje, repetida con tanta frecuencia y tan inoportunamente, con mengua de la dignidad de los pueblos ante quienes hablaba. Los diputados peruanos, sin darse por entendidos de estas protestas de aparente desinterés, y sabiendo a qué atenerse sobre su sinceridad, dictaron la ley, en que "bajo la denominación de Libertador, se depo-"sitaba en él la suprema autoridad militar con facultades ordinarias y "extraordinarias, igualmente que la autoridad política dictatorial como "conexa con las necesidades de la guerra, con la latitud de poder exi-"gida por la salvación del país". Y para que su omnímoda autoridad no tuviese embarazo alguno, se sometía a ella la autoridad del presidente de la República del Perú, que lo era el comodín Torre-Tagle. Votóle además un sueldo de *cincuenta mil* pesos anuales, que él rehusó con el noble desinterés que lo caracterizaba.

En un banquete dado en el palacio de gobierno en honor del nuevo dictador, todos los brindis fueron dirigidos a él, olvidando estudiadamente al fundador de la independencia y de la libertad del Perú. Bolívar, o para dar una lección que lo engrandecía moralmente, u obedeciendo a un sentimiento generoso de justicia, al contestar a todos los brindis, dijo, levantando en alto su copa: "Por el buen genio de la "América que trajo el general San Martín con su ejército libertador, "desde las márgenes del Río de la Plata hasta las playas del Perú: por "el general O'Higgins que generosamente lo envió desde Chile". El sentimiento espontáneo estalló en dobles aplausos, confundiéndose por un momento la gloria de los dos libertadores: el uno en el ostracismo voluntario, el otro en la aurora de su grandeza continental. Su segundo brindis fué: "Por el campo en que reuna las banderas del Plata, "Perú, Chile y Colombia, y sea testigo de la victoria de los americanos, "o los sepulte a todos". Y al terminar el banquete, como complemento a su primer brindis y para declinar toda solidaridad con las opiniones monárquicas manifestadas por San Martín, dijo: "Por que los pueblos

"de América no consientan jamás elevar un trono en su territorio, y "que así como el de Napoleón fué sumergido en la inmensidad del Océa- "no, y el de Itúrbide derrocado en Méjico, caigan los usurpadores de los "derechos americanos, sin que uno solo quede triunfante en toda la "dilatada extensión del Nuevo Mundo". La última parte de su sentencia se cumpliría en cabeza propia. En la noche, al presentarse en el teatro, toda la concurrencia se puso de pie, y lo saludó con muestras de respeto y simpatía. El palco que ocupaba junto con el presidente de la República estaba adornado con las banderas del Perú y de Colombia unidas. Un viajero europeo que asistió al espectáculo, deseoso de conocer al héroe que llenaba un mundo con su fama, ha conservado las impresiones de este momento psicológico, reflejadas en la fisonomía del Libertador: "Es muy delgado; pero toda su persona revela grande "actividad. Sus facciones son bien formadas, pero su rostro está sur- "cado por la fatiga y la ansiedad. El fuego de sus ojos negros es muy "notable. Después de observarle, puedo decir que jamás un aspecto "exterior podía dar más exacta idea de un hombre. Ensimismamiento, "determinación, actividad, intriga, y un espíritu perseverante, son "rasgos claramente marcados en su apostura y expresados en cada "uno de los movimientos de su cuerpo".

Bolívar, especialmente autorizado por el Congreso para resolver las cuestiones con Riva Agüero, ensayó los medios conciliatorios. Todos sus esfuerzos se estrellaron contra la ciega obstinación del mal aconsejado gobernante. Después de largas y estériles negociaciones, en que uno proponía la cesación de todos los poderes en que reposaba la dictadura y otro sostenía su mantenimiento, Bolívar pronunció su ultimátum, por la boca de sus negociadores, en términos intemperantes, nunca oídos en el lenguaje de la diplomacia, ni aun entre enemigos: "El Libertador ha concedido a Riva Agüero un perdón a que no es "acreedor, en vista de su obcecada ceguedad en seguir las banderas "de la traición, del crimen y de la maldad; sin embargo, repite de "nuevo su generoso perdón, y no da más plazo para aceptarlo que el "tiempo que gasten las tropas libertadoras en llegar a los campamen- "tos de la facción. El Perú llorará siempre la perfidia de los cómpli- "ces de Riva Agüero, que han entrado en infames relaciones con los ti- "ranos españoles, para perseguir a los libertadores y entregar su pa- "tria a las cadenas. Si no fuese por la necia ceguedad de los traidores, "el Libertador estaría con el Ejército Unido en Huamanga. Pero cua- "lesquiera que sean los resultados de la presente guerra, el Libertador "protesta ante toda la América, que son sus compañeros de perfidia "los responsables ante la sagrada causa de la humanidad y de las "leyes, de la sangre, de la muerte y de la esclavitud del Perú". La guerra civil estaba próxima a estallar. La caída de Riva Agüero la previno felizmente. Una revolución pretoriana, como la que lo había levantado, lo derribó del poder. Así desapareció para siempre de la escena histórica este hombre, que en un tiempo prestó algunos servicios a su patria durante su esclavitud, fué el iniciador de la anarquía en los primeros días de su independencia, su esperanza por un momento como representante del sentimiento nacional, y por último un fantasma de poder, que llegó hasta los límites de la traición a su causa arrastrado por el viento de la vanidad, sin más objetivo que la satisfacción de una insensata y estéril ambición personal.

Bolívar quedó dueño absoluto del Perú. Pensó que toda la América era suya.

CAPITULO XLIX

POLITICA SUDAMERICANA. — SUBLEVACION DEL CALLAO JUNIN Y AYACUCHO

AÑOS 1823-1824

El ensueño de un grande hombre. — Primera idea de confederación americana. — Bolívar y Rivadavia. — La nueva hegemonía argentina. — Tratado entre Colombia y Buenos Aires con los comisionados españoles en 1823. — Situación de la guerra en el Perú. — Sublevación de la guarnición del Callao. — Disolución del ejército de los Andes. — Traición de Torre Tagle. — Bolívar dictador. — El sorteo de Matucana. — Fortaleza de Bolívar. — Se repliega a Trujillo. — Forma un ejército en Pativilca. — Organización y composición del ejército independiente. — Olañeta se subleva en el Alto Perú contra el Virrey. — Bolívar abre campaña sobre la sierra. — Su proclama en Pasco. — Movimientos de Canterac contra la invasión de Bolívar. — Marchas estratégicas de los dos ejércitos. — Batalla de Junín. — Desastrosa retirada de Canterac. — Los independientes avanzan hasta la línea del Apurimac. — Bolívar se retira del ejército y delega el mando en Sucre. — Primer síntoma de resistencia contra la dictadura de Bolívar. — Situación general. — Iniciativa del Congreso de Panamá. — Los realistas toman la ofensiva. — Disconformidad sobre operaciones de guerra entre Bolívar y Sucre. — Errores y hábiles maniobras de Sucre. — Marchas estratégicas de los ejércitos beligerantes. — Descalabro de Corpahuaico. — Batalla de Ayacucho. — Fin de la guerra de la independencia sudamericana.

I

Un ensueño suele ser el hilo fijo en la trama de la vida de un hombre. El de Bolívar fué la unificación de la América meridional. De este ensueño sacó sus fuerzas morales para crear una gran potencia militar y llevar sus armas triunfantes por todo el Continente, como Alejandro al través del Asia. Su primera intuición fué la creación del imperio colombiano. La segunda visión fué el establecimiento de una confederación sudamericana, sobre la base de una liga política y militar, regida por una asamblea internacional de plenipotenciarios, a la manera de la liga aquea en la Grecia. La última sería la monocracia, bajo la protección

de las bayonetas de la hegemonía colombiana, cuando el sueño se convirtiese en delirio.

En 1815, errante de isla en isla en el mar de las Antillas, Bolívar personificaba, como el héroe de la Odisea en los tiempos antiguos, la política, la guerra y la astucia del moderno mundo sudamericano. Por entonces, sólo soñaba con Colombia. "La formación de una sola nación de "todo el Mundo Nuevo, con un solo vínculo que ligase las partes entre "sí", lo atraía como una "idea grandiosa" de que apartaba los ojos, por considerarla imposible, y declaraba que en el Continente había espacio para diecisiete naciones (véase cap. XL. § II). En 1817, al dirigir la palabra al pueblo argentino, diciendo de él que "era la gloria del hemis- "ferio de Colón y el baluarte de la independencia americana", le anunciaba que, "extinguidos los últimos tiranos, lo convidaría a formar una "sociedad, con la *Unidad* por divisa, en toda la América meridional". (véase cap. XLII, § II). En 1822, triunfante en Boyacá y Carabobo, y consolidada militarmente la gran república colombiana, organizaba diplomáticamente la confederación sudamericana y bosquejaba las bases aéreas de su futuro gobierno internacional. En los tratados ajustados con el Perú y con Chile, al convenir en una liga ofensiva y defensiva en paz y guerra para garantir la recíproca independencia y un pacto de unión perpetua, se estipuló "la reunión de una asamblea general de los "Estados americanos compuesta de plenipotenciarios, con el encargo de "cimentar de un modo sólido y estable las relaciones íntimas entre to- "dos y cada uno de ellos, que les sirva de consejo en los grandes conflic- "tos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete "en sus tratados públicos cuando ocurran dificultades, y de juez árbi- "tro y conciliador en sus disputas y diferencias". El istmo de Panamá, parte integrante de Colombia, era el punto designado para la reunión de esta nueva dieta republicana.

En este terreno diplomático se encontraron por la primera vez —y no sería la última— la gran figura guerrera y política del libertador de Colombia y el genio civil de don Bernardino Rivadavia, la más alta personificación del liberalísimo sudamericano en la época de la emancipación, según el consenso universal. El uno era el árbitro de cuatro grandes pueblos. El otro era el ministro constitucional de una provincia. Bolívar aspiraba a la corona de laurel del César americano. Rivadavia quería alcanzar por una victoria incruenta (un Ayacucho diplomático, como se ha dicho) la corona del libertador pacífico. El era entonces el alma y el cerebro de las Provincias del Río de la Plata, dispersas como astillas después de un naufragio. La tempestad en que las dejó envueltas San Martín en 1820, se había apaciguado. La República Argentina, con sus fuerzas casi agotadas por sus grandes sacrificios en pro de la independencia americana y postrada por la guerra civil, estaba desarmada en la lucha continental; pero sus últimos soldados peleaban por ella en lejanas tierras, llevando sus armas hasta el Ecuador. Sus partes integrantes, no obstante su aislamiento, conservaban su cohesión, y tendían a reunirse en cuerpo de nación, para fundar el orden interno. Faltaba un centro de atracción a esta constelacion de catorce estrellas errantes, y Buenos Aires se lo dió. Rivadavia constituyó la provincia de Buenos Aires como Estado autonómico, y ésta fué la célula orgánica de la futura vida nacional, el molde típico en que se vaciaron las instituciones, animadas al soplo vital de las partes rudimentales del conjunto, respondiendo al instinto de conservación a la vez que al progreso gradual en el orden político.

Por la primera vez se vió funcionar entonces en el pequeño teatro

de una provincia el sistema republicano representativo, armado con todas sus grandes piezas, con cuerpo electoral, poderes coordinados emanación del voto público, tribuna parlamentaria, gobierno limitado y responsable, presupuesto votado anualmente, rendición de cuentas, sin facultades extraordinarias, sin secretos de Estado y sin camarillas. Esta era la nueva hegemonía que la República Argentina iniciaba, con los elementos de una de sus provincias. El impulso de la propaganda no se detendría en los límites nacionales: con el vuelo de sus robustas alas, esas instituciones — que eran una novedad en el mundo, con excepción de los Estados Unidos y parcialmente en Inglaterra—, después de crear un nuevo vínculo en la familia dispersa y reanimar su organismo rudimental, empezarían a enseñar a los pueblos y gobiernos sudamericanos lo que era el orden republicano representativo, demostrando con su ejemplo cómo se cierran las revoluciones bajo los mismos principios que las inauguran. Este era el complemento pacífico de la revolución americana, que tuvo por objeto fundar gobiernos justos y pueblos libres. Estas instituciones darían la vuelta de la América meridional: irían más lejos que las armas redentoras de las Provincias Unidas del Río de la Plata; triunfarían moralmente de las dictaduras, de las oligarquías, de los planes de organización artificial fundados en la fuerza y el personalismo, y en definitiva harían prevalecer los principios constitutivos de la hegemonía argentina, con el programa de organización con que San Martín pasó los Andes y fundó las repúblicas de Chile y el Perú, respetando los particularismos nacionales de los nuevos Estados, sin violentar sus tendencias espontáneas.

Esta actitud pacífica del Estado de Buenos Aires no excluía la fortaleza para encarar de hito en hito los problemas internacionales, sin retroceder ante la guerra, en salvaguardia de los derechos argentinos y del predominio de los principios democráticos en la América del Sud. La República Argentina estaba amenazada de una guerra inminente, que estalló dos años después, y se preparaba a afrontarla. El Imperio del Brasil, recientemente fundado, mantenía por este tiempo (mayo de 1823) la ocupación militar de la Banda Oriental, parte integrante de las Provincias Unidas del Río de la Plata. El gobierno de Buenos Aires, inspirado por Rivadavia, afrontaba la cuestión con todas sus consecuencias. "La emancipación del Brasil —decía a su Legislatura— ha completado la independencia de nuestro continente; "pero las ideas que parecen dominar en el gabinete de Río de Janeiro "con respecto a la provincia de Montevideo, ponen obstáculos a la buena y cordial amistad que debiera existir entre naciones que, siendo "vecinas, están empeñadas igualmente en la causa de su independencia. "Un enviado está pronto a partir a la corte del Brasil, con el objeto "de restablecer las relaciones entre ambos gobiernos, y salvar la integridad del territorio de estas provincias. De todos modos, la libertad "de la provincia de Montevideo, tanto de la violencia extranjera como "de la tiranía domestica, será siempre un objeto de atención preferente.

II

Este era el estado político interno y externo de la República Argentina cuando el plenipotenciario de Colombia llegó a Buenos Aires para proponer el ajuste de un tratado de unión, liga y confederación perpetua, idéntico al celebrado ya con el Perú y Chile, sobre la base de un congreso supremo de plenipotenciarios. El negociador era el mis-

mo don Joaquín Mosquera, a quien hemos visto figurar en el Pacífico (21 de enero de 1823). Rivadavia estaba encargado accidentalmente del gobierno, y tomó sobre sí dirigir la negociación. Desde luego rechazó in limine la idea de un congreso en cierto modo soberano, árbitro en las cuestiones internacionales, como una imitación inútil y peligrosa del consejo anfictiónico de la antigua Grecia. Esta idea quedó para siempre muerta, y no volvió a reaparecer en lo sucesivo. Redújose el tratado a un pacto de amistad y alianza defensiva en sostén de su independencia de la nación española y de cualquiera otra dominación extranjera, el que sería reglado por convenios especiales.

Interpelado el ministro en la Legislatura respecto de la supresión de algunos artículos que figuraban en los tratados análogos celebrados con el Perú y Chile, contestó con reserva diplomática, pero esparciendo bastante luz sobre la cuestión: "Un documento, en que por la primera "vez los Estados de la América intervienen, dando la primera base de "sus derechos, debe ser un documento del juicio con que penetran y "calculan el porvenir. El proyecto de tratado de Colombia no llenaba "las condiciones apetecibles, por cuanto sólo fundaba la existencia de "hecho de los gobiernos y no su legitimidad, sin acordarse de la libre "representación de cada país. Los tratados de alianza, al aire, no re- "glados por un tratado especial, han sido siempre inutilizados de he- "cho por los *casus fœderis*. Es preciso detenerse en el régimen repre- "sentativo, en los intereses generales y recíprocos de Estado a Estado, "y no en alianzas de familia".

Esta actitud teórica y expectante del gobierno de Buenos Aires respondía al plan imaginado por Rivadavia, de hacer triunfar la revolución sudamericana por un acuerdo pacífico con la madre patria, uniformando la política internacional de los Estados independientes de la América española en este sentido. En cuanto a la política respecto de España, ella estaba netamente definida por antecedentes diplomáticos, que determinaban sus rumbos. Cuando por la primera vez, en 1820, el Rey Fernando VII envió una comisión regia al Río de la Plata con el objeto de "poner término a las diferencias existentes entre individuos de la misma familia", el gobierno de Buenos Aires contestó que no podía oír proposiciones sino sobre la base preliminar del reconocimiento de la independencia. Esta negociación no tuvo ulterioridad; pero quedó establecido el precedente.

Casi simultáneamente con el enviado de Colombia, llegaron a Buenos Aires dos nuevos comisionados del Rey de España para abrir negociaciones pacíficas con los gobiernos sudamericanos, y fueron reconocidos en el carácter de tales (30 de enero de 1822). Las Cortes españolas, reinstaladas en Cádiz en 1820, en que predominaba el espíritu liberal de la metrópoli, convencidas de que no podrían ser sometidas por la fuerza sus antiguas colonias, encararon desde este punto de vista la cuestión hispanoamericana, y resolvieron enviar comisionados a los diversos Estados independizados, para tentar el terreno (13 de febrero y 18 de junio de 1822). Los nombrados para el Río de la Plata fueron: don Luis La Robla, hijo de Montevideo, y don Luis Antonio Pereira, conocedor de la América del Sud, que había hecho la guerra en ella bajo las banderas realistas en Chile y el Perú, y presentado en 1821 una memoria a las Cortes abogando por la independencia absoluta de las colonias hispanoamericanas. Los comisionados no traían una credencial en debida forma, sino un simple nombramiento del Rey, expedido de mala gana bajo la presión del ministerio liberal,

por el cual se les autorizaba a oír proposiciones y celebrar tratados provisionales de comercio.

La misión española, además de su encargo ostensible, tenía por objeto dividir las repúblicas que combatían contra España, y como Buenos Aires era considerada como el centro del pensamiento revolucionario, los comisionados traían instrucciones reservadas para reconocer la independencia argentina, según ellos lo insinuaron, a fin de separarla de la lucha que sostenían el Perú y Colombia. Rivadavia, al saberlo, quiso definir netamente la situación, y presentó a la Legislatura un proyecto de ley que fué sancionado por aclamación. "El gobierno "no celebrará tratados de neutralidad —se declaró por esta ley—, de "paz ni de comercio con la España, sino precedida la cesación de la "guerra en todos los nuevos Estados del continente americano, y el re-"conocimiento de su independencia". Bajo estos auspicios se iniciaron las negociaciones entre los comisionados españoles y el gobierno de Buenos Aires.

La forma que se dió al arreglo entre las Provincias Unidas, por una parte, y el Rey de España, por la otra, fué la de una convención preliminar de paz, sobre la base expresamente establecida por la ley argentina, de la previa cesación de la guerra y reconocimiento simultáneo de la independencia de los nuevos Estados americanos, y así se consignó en su preámbulo. Estipulóse una suspensión condicional de hostilidades por el tiempo de dieciocho meses, contados dos meses después de las ratificaciones, durante el cual la provincia de Buenos Aires negociaría la aquiescencia de los demás gobiernos americanos. Mientras tanto, las relaciones de comercio quedarían restablecidas entre la monarquía española y los Estados americanos, con la sola excepción del contrabando de guerra, y en consecuencia, los pabellones de unos y otros Estados serían recíprocamente respetados y admitidos en sus puertos. Estos preliminares, como lo observa un historiador español, "debían producir el reconocimiento sucesivo de la independencia ame-"ricana, desde que se reconocía la independencia en la parte comercial, "al estipular una perfecta armonía en esta clase de relaciones, y la ad-"misión en los puertos de España de las banderas insurgentes". Pero era una ilusión de Rivadavia la esperanza de que la cuestión hispanoamericana pudiese resolverse de otro modo que por las armas.

La convención preliminar tuvo por complemento una ley tendiente a identificar la causa del liberalismo español con la de la independencia sudamericana. Como Francia hubiese votado veinte millones de pesos para auxiliar la restauración del rey absoluto en España, de conformidad con las decisiones de la Santa-Alianza, de que se había separado Inglaterra, el gobierno de Buenos Aires fué autorizado a negociar igual suma entre los Estados americanos, "para el sostén de la "independencia de España bajo el sistema representativo". En consecuencia, fué nombrado don Félix Alzaga como plenipotenciario, para negociar con los gobiernos de Chile, Perú y Colombia la aquiescencia a la convención y exhibir las leyes de su referencia. Designóse al mismo tiempo como comisionado cerca de las autoridades realistas del Perú, al general Las Heras, con el objeto de arreglar lo concerniente al armisticio, y como jefe de la línea militar divisoria de ocupación con aquéllas, al general Arenales.

Esta ruidosa negociación, que no pasó del papel, fué en su época tan deprimida como ensalzada, así en Europa como en América, y produjo efectos tan extraños como contradictorios. Algunos historiadores la han interpretado después de una manera siniestra, así por parte

de los independientes como de los ultrarrealistas, mientras otros piensan que deben consignarse en letras de oro las leyes complementarias que le dan su significación. La verdad es que, descartando del plan lo que tenía de ilusorio, la provincia de Buenos Aires hacía en su situación cuanto era posible, y lo hacía bien y correctamente. Amenazada de una guerra inminente contra un vecino poderoso en nombre de la república contra la monarquía, guerra en que no contaba ni contaría con aliados, cuando sus últimos veteranos combatían por la emancipación del Continente, al lado de los soldados del Perú, Colombia y Chile, cumplía para con la América, haciendo solidaria su causa con la suya, al comprometerse espontáneamente, cuando se le brindaban ventajas parciales, a no tratar sino de común acuerdo con los demás pueblos, sobre la base de la cesación previa de la guerra y el reconocimiento de su independencia por España; y al ponerse sola frente a frente de la Santa Alianza de los reyes absolutos, cumplía sus deberes para con el mundo libre, con honor para el Nuevo Mundo. Bien que fuera una ilusión de Rivadavia esperar que la cuestión hispanoamericana pudiera resolverse de otro modo que por las armas — si es que no entró también en parte el cálculo, para propiciarse la opinión de Inglaterra, como sucedió —, la negociación en sí es una grande concepción ideal que honra al hombre de Estado y a los propósitos elevados que la inspiraron.

En Europa, la convención con sus leyes complementarias produjo el efecto de propiciarse la buena voluntad de Inglaterra. En América, presentada por el plenipotenciario de Buenos Aires al gobierno de Chile, fué rechazada de acuerdo con el ministro colombiano cerca de él. Alzaga pasó en seguida al Perú, y la comunicó a los presidentes Torre-Tagle y Riva Agüero. El primero la hizo servir a un plan de traición que tenía premeditado, abriendo con este motivo correspondencia en tal sentido con los realistas. El segundo se autorizó de ella para proponer a los realistas un armisticio, sobre la base de la expulsión de las tropas colombianas. Lo más singular es que Bolívar, por cuya influencia había sido rechazada en Chile, y la calificó después de acto imprevisor de política mezquina, la acogió con favor, como un medio de salvarse de la situación embarazosa en que se encontraba. El Congreso peruano, que procedía bajo la influencia de la intervención colombiana, resolvió no se tomara ninguna determinación sin previo acuerdo de Bolívar. El Libertador, consultado, contestó, por el órgano de su secretario, que podía tener lugar sobre esa base un armisticio de seis meses, que pusiera a cubierto a los independientes de ser invadidos por el ejército español, cuya preponderancia numérica sobre el de Colombia era un hecho. "Al efecto —agregaba— el Libertador desea que la "convención de Buenos Aires sea ratificada antes por los españoles, por-"que sería un medio de obtener un partido favorable, y opina que "se dirija un parlamento al Cuzco, que tenga por base el armisticio. "Luego que lleguen los auxilios de Colombia se disiparán los temores "que al presente nos arredran. El presidente debe escribir al Virrey "La Serna, que ha llegado a su noticia que éste deseaba terminar la "guerra de América por una negociación pacífica. Que el mundo li-"beral está escandalizado de una contienda fratricida. Que el gobierno "peninsular, las Cortes y el Rey han reconocido la independencia de "toda la América. Que Buenos Aires ha concluído ya sus tratados, Mé-"jico lo mismo y Colombia ha entablado ya su negociación en Bogotá "con los agentes españoles sobre un armisticio y preliminares de paz. "Sólo el Perú no goza de paz, por no haberse entendido aún las par-"tes contendientes. Que con motivo de la negociación del Sr. Alzaga

"por el gobierno de Buenos Aires, y de haber propuesto la convención "celebrada con los comisionados españoles, invita al general La Serna "a que pronuncie explícitamente sus disposiciones, su avenimiento o "su repulsa a estos tratados". Jamás se hizo un elogio más cumplido de la oportunidad y el alcance del plan de Rivadavia en sus relaciones con la política general y los intereses americanos, por el mismo que más amargamente lo ha criticado.

III

La situación que en los comienzos del año de 1824 atravesaban los independientes en el Perú, era precaria. Apenas conjurado el peligro de la guerra intestina, la traición minaba sus elementos y los enemigos estaban militarmente preponderantes. El ejército realista constaba de 18.000 hombres disciplinados, poseídos del legítimo orgullo que les daban sus recientes triunfos, 4000 hombres ocupaban con Olañeta el Alto Perú; 3000 formaban el ejercito del Sud, acantonado en Puno y Arequipa; 8000 el del Norte, situado en la sierra del centro y Norte; 1000 en el Cuzco y como 3000 diseminados en diversas guarniciones. El ejército independiente de las cuatro naciones aliadas apenas pasaba de 9000 hombres, de los cuales, 3000 peruanos, 4000 colombianos, 1100 chilenos y 1300 argentinos. Bolívar urgía por nuevos refuerzos de Colombia y reconcentraba su ejército en Pativilca, a 187 kilómetros al norte de Lima, con ánimo de abrir campaña sobre la sierra del centro, buscando la victoria por el camino trazado por Arenales.

En medio de esta incierta situación tuvo lugar un acontecimiento desastroso que hubo de decidir — al menos por el momento — la suerte del Perú. Los independientes perdieron las fortalezas del Callao, ganadas por el genio estratégico de San Martín, en momentos en que España hacía esfuerzos por reconquistar su perdido dominio en el mar Pacífico. Casi simultáneamente, el presidente titular del Perú, Torre-Tagle, se pasaba a los españoles, arrastrando tras sí una parte de las fuerzas nacionales, y los españoles ocupaban a Lima.

Guarnecía los castillos del Callao un batallón de Colombia. Queriendo reconcentrar en el Norte todas las fuerzas colombianas que constituían el nervio del ejército aliado, dándole por base la frontera de Quito, de donde esperaba mayores auxilios, dispuso que fuesen cubiertos por los batallones argentinos que a la sazón guarnecían a Lima. La división de los Andes se había puesto bajo la protección del gobierno de la Nación Argentina. "Nos hallamos en circunstancias dolorosas — "decían sus jefes — al ejecutar este acto. Desde la disolución de las "Provincias Unidas no tenemos un gobierno central que nos ampare "y regle la conducta militar y política que debemos observar en la "guerra que hacemos en el Perú a los enemigos de la libertad de la "América, y que recomiende alguna vez a la posteridad los marcados "y señalados servicios de nuestro ejército". Su situación era en verdad triste, como lo dice el acta. Lejos de la patria, después de diez años de campañas en tierras extranjeras; los soldados argentinos desnudos, impagos y sufriendo hasta hambre; odiados por los peruanos, como lo eran los chilenos y colombianos, y lo son siempre los soldados libertadores que pesan sobre un país; huérfanos del gran general que los había conducido a la victoria, relegados a retaguardia con humillación después de haber ocupado la cabeza de la columna revolucionaria, y sin un gobierno que los amparase, la división de los Andes en 1824 era un cuerpo sin alma. Además, sus bajas en este largo período de

tiempo habían sido reemplazadas con negros libertos del Perú, lo que le había hecho perder su antiguo espíritu.

En cumplimiento de lo dispuesto por Bolívar, el regimiento Río de la Plata, el batallón núm. 11 de los Andes y una brigada de artillería de Chile pasaron a ocupar El Callao. El general Alvarado fué nombrado gobernador de los castillos. El jefe colombiano negó la entrada a la división como a tropa sospechosa, y tuvo que acampar durante seis días al raso, al pie de las murallas, hasta que una orden terminante de Bolívar la hizo penetrar al recinto fortificado para deshonor de ella y de su patria (11 de enero de 1824). Formaban parte de la guarnición, además de la artillería de Chile, una compañía colombiana y el cuadro de un batallón peruano.

En la noche del 4 al 5 de febrero se sublevó silenciosamente la guarnición del Callao, cuyo mayor número lo formaban las tropas argentinas, como queda dicho. La causa más inmediata del motín (además de las ya apuntadas) fué la falta de pago en más de cinco meses, a lo que se agrega que en el día anterior habían sido abonados los sueldos de los jefes y oficiales, sin que se acordasen de la tropa. Operada la sublevación, aparecieron a la cabeza de ella los sargentos Dámaso Moyano y N. Oliva, pertenecientes ambos al regimiento Río de la Plata, que formaban su núcleo. Uno de ellos era natural de Mendoza y el otro de Buenos Aires; habían hecho todas las campañas del Ejército de los Andes, distinguiéndose por su valor más que por su inteligencia. El primer paso de los sublevados fué apoderarse de la persona del gobernador Alvarado y de todos los jefes y oficiales de la guarnición, que fueron puestos presos. Los amotinados no tenían plan, no acertaban a dictar una medida ni a dar dirección al movimiento. Una parte de la tropa arrastrada por la sorpresa, y otra arrepentida tal vez, volvía instintivamente sus ojos hacia los jefes que por tantos años estaba acostumbrada a obedecer. El motín no tenía un objetivo declarado que pudiese mantener unidos a 1500 soldados mandados por dos sargentos sin cabeza. Al principio se contentaban con recibir cien mil pesos a cuenta de sus haberes y regresar a su país. Más tarde pidieron plazo para resolver. El Gobierno perdió tiempo en satisfacer estas demandas, y cuando accedió a ellas ya era tarde. La soldadesca, emancipada del freno de la disciplina, se entregaba a los mayores excesos, no bastando ya a contenerla la autoridad de los nuevos caudillos Moyano, que como más audaz asumió el mando superior, se encontraba desmoralizado en medio de su triunfo: veía desorganizarse los elementos que había desencadenado y tenía delante de sí la perspectiva del cadalso. Oliva, menos arrojado pero más sagaz, tuvo en aquel momento la inspiración funesta que decidió la suerte del Callao.

Hallábase entre los prisioneros españoles encerrados en las casamatas del Callao el coronel José María Casariego, hombre de carácter firme y de gran presencia de espíritu. Habíale conocido en Chile el sargento Oliva, y persuadió a Moyano de que debían dirigirse a él para que los aconsejase en aquel difícil trance. Moyano acogió la idea, y ambos se dirigieron en silencio a los profundos calabozos donde descansaba Casariego, ajeno a la revolución que se operaba en su destino. Comprendió, desde luego, todo el partido que podía sacarse, en favor de la causa del Rey, de aquel suceso y de aquellos hombres ignorantes; pero se guardó de manifestarles todo su pensamiento. Limitóse a aconsejarles que trasladasen todos los prisioneros españoles, de quienes nada tenían que temer, al cuartel de la puerta del Socorro, que estaba en contacto con los amotinados, y encerraban en las casamatas a los ofi-

ciales patriotas, aislando así la tropa, para prevenir una reacción. Casariego fué desde este momento el verdadero jefe del movimiento.

La indisciplina y el desorden subían de punto. Mientras tanto, el astuto Casariego, que se había insinuado con Moyano y Oliva respecto de la necesidad de dar al movimiento un carácter reaccionario, y los encontró vacilantes, se aprovechó con habilidad de aquel momento. Pintóles con negros colores lo que tenían que temer de los patriotas, después del paso que habían dado, presentándoles del modo más halagüeño las recompensas que debían esperar del Rey si levantaban en los castillos la bandera de España. Persuadidos los dos caudillos de que no tenían otro camino de salvación y encendida de súbito en sus almas la ambición de la grandeza, insinuaron artificiosamente a la tropa que éste era el único medio de regresar a Buenos Aires y a Chile. Los prisioneros españoles fueron puestos en libertad. Moyano se declaró jefe superior con el grado de coronel, en nombre del Rey. Oliva fué nombrado teniente coronel. Casariego quedó asociado al mando político y militar. Dióse nueva forma a los cuerpos, y los oficiales españoles se pusieron a su cabeza. Se hizo una promoción general de oficiales entre los cabos y sargentos y se ofició al general Canterac poniendo a su disposición las fortalezas y la guarnición del Callao. La bandera española fué enarbolada en el torreón "Independencia" con una salva general de los castillos (7 de febrero). Un negro, soldado del regimiento Río de la Plata, nacido en Buenos Aires, llamado Antonio Ruiz (por sobrenombre *Falucho*), que se resistió a hacerle los honores, fué fusilado al pie de la bandera española. Murió gritando: *¡Viva Buenos Aires!*, grito que repetirían todas las víctimas de esta catástrofe.

El Regimiento de Granaderos a Caballo de los Andes, que se hallaba en Lurín, en el valle de Cañete, contaminado por el ejemplo, se sublevó también y marchó a incorporarse al Callao, sin darse cuenta de la trascendencia del movimiento (14 febrero). Al ver flotar el pabellón español en las murallas, los soldados volvieron sobre sus pasos y pusieron en libertad a sus jefes depuestos. Los más comprometidos persistieron en su propósito, y volvieron las armas contra sus antiguos compañeros. Quedó empero un núcleo de ciento veinte granaderos fieles, que en representación de la República Argentina asistirían a las últimas batallas de la independencia sudamericana. Así quedó disuelto por el motín y la traición el memorable ejército de los Andes, libertador de Chile y del Perú.

IV

Canterac, inmediatamente de recibir la noticia de la sublevación del Callao, desprendió de la sierra una fuerte división de las tres armas, al mando de Monet la que unida a la división de Rodil, que ocupaba el valle de Ica, sobre la costa, debía apoyarla y ocupar a Lima. La Capital fué evacuada por los independientes. El presidente del Perú, Torre-Tagle, que, complotado con su ministro de Guerra, había entablado correspondencia secreta con los españoles para reaccionar contra la intervención colombiana, sirviéndole de pretexto la negociación del armisticio proyectado en Buenos Aires, se pasó a los realistas con algunas fuerzas peruanas que le obedecían y dió un manifiesto contra Bolívar.

Los españoles eran dueños de toda la sierra y de todo el centro y sud del Perú, e iban a tener el dominio del mar. Una parte de la escuadra independiente se hallaba surta en El Callao. Guisse recibió or-

den de recuperarla a todo trance. El almirante peruano, con la fragata *Protector* y cuatro botes armados en guerra penetró al puerto bajo los fuegos de los castillos y fuerzas sutiles de la bahía. Abordó la fragata *Guaya* (antes *Venganza*), y no pudiendo sacarla, la incendió. Lo mismo hizo con la *Santa Rosa*, y con los demás buques mercantes (25 de febrero). Salvóse tan sólo el bergantín de guerra *Balcarce*. Los españoles esperaban dos fragatas de guerra, que encontrarían un puerto de refugio, bajo el amparo de fortificaciones inexpugnables para los independientes.

Bolívar ordenó la evacuación de Lima, dictando órdenes terribles, que encontraron resistencias pasivas en los peruanos. "Imagínese —"escribía al encargado de cumplirlas— perdido el país. Se han roto ya "los vínculos de la sociedad. No hay autoridad, no hay nada que aten- "der sino privar a los enemigos de una inmensidad de recursos de que "van á apoderarse". En el mismo día en que Bolívar fulminaba esta orden, el Congreso supremo lo investía con la dictadura absoluta, declarando cesante al presidente de la República, por "ser incompatible "el régimen constitucional con la salud pública, y se disolvía hasta "tanto el Libertador estimase convocarlo para un caso extraordinario". (10 de febrero de 1824). Abandonada la capital, Monet la ocupó sin resistencia, y se hizo cargo de los prisioneros del Callao. No entraba en el plan de los españoles ocupar permanentemente la ciudad. Rodil tomó el mando del Callao, y Monet se replegó a la sierra.

Los oficiales patriotas prisioneros, en número de 160, fueron dirigidos a pie al valle de Jauja, custodiados en dos partidas, por la división de Monet, de regreso a Jauja, por el camino de San Mateo (8 de marzo). En la primera jornada pernoctaron a 36 kilómetros de Lima. Dos de ellos, el mayor Juan Ramón Estomba y el capitán Pedro José Luna, se tendieron fatigados en el suelo, uno al lado del otro, y antes de entregarse al sueño se concertaron para fugar en la primera ocasión propicia, comunicando su proyecto al mayor Pedro José Díaz y a los oficiales Juan Antonio Prudán y Domingo Millán. Al tercer día de marcha (21 de marzo) llegaron a una estrecha ladera. Marchaban los presos en desfilada. Estomba y Luna iban entre Millán y Prudán, Al descender al fondo de la quebrada y pasar uno de sus puentecillos, Estomba y Luna se deslizaron a lo largo de una acequia como por un camino cubierto. Millán y Prudán cerraron el claro, renunciando a la salvación para burlar la vigilancia de la custodia. Esta abnegación debía costarles la vida.

Informado Monet de la evasión, así que llegó al Pueblo de San Juan de Matucana (19 de marzo), a 47 kilómetros de Lima, ordenó que dos de los prisioneros fuesen ejecutados a la suerte en reemplazo de los dos fugados. Presentóse al grupo el general García Camba, jefe de estado mayor de la división, y José López Aldana, auditor del ejército independiente, protestó contra la bárbara ley, violatoria del derecho de gentes, que constituía a la víctima en guardián de la víctima bajo pena de la vida. "Bastante se ha observado el derecho de gentes "con ustedes, pues tienen aún la cabeza sobre los hombros", fué la contestación del jefe español. El coronel José Videla Castillo (argentino), que por su elevada graduación formaba a la cabeza, dijo con tranquila entereza: "Es inútil la suerte. Aquí estamos dos coroneles: elíjase cuál de los dos ha de ser fusilado, o los dos juntos si se quiere, "y hemos concluído". ¡No! ¡No! ¡La suerte!, gritaron los prisioneros a una voz. El general Pascual Vivero, anciano de setenta años, el mismo que había perdido la plaza de Guayaquil y simpatizado después con la

causa sudamericana, por tener dos hijos sirviendo en las filas independientes, estaba exceptuado del sorteo. Espontáneamente se puso a la cabeza de la fila. — Señor don Pascual, con usted no reza la orden, le dijo García Camba. — ¡Sí, reza!, replicó el anciano con noble laconismo. En seguida se procedió al sorteo a muerte. Las cédulas, escritas por García Camba, sobre una caja de guerra que la tenía un tambor de órdenes, fueron dobladas por su mano y arrojadas en el morrión cónico de un soldado del regimiento de Cantabria que daba la escolta del suplicio, y acto continuo se pasó nominalmente la lista fúnebre.

La primera cédula, que tomó Videla Castillo, era blanca. Las cuatro que siguieron fueron también blancas. Al llegar su turno al sexto, en el orden de la fila, que lo era un mayor Tenorio, exclamó: — Yo no tomo cédula. El señor (agregó señalando al capitán Ramón Lista) sabe quiénes protegieron la fuga. — Yo no sé nada, interrumpió Lista. ¡Venga la suerte! — ¡Usted me lo ha dicho! — ¡Usted es un infame! En aquel momento salió un joven de entre las filas y adelantándose cuatro pasos, prorrumpió con voz vibrante: — ¡Yo soy uno! — ¡Yo soy el otro!, exclamó inmediatamente un oficial, que imitó la acción de su compañero. — ¡Venga la suerte!, gritaron todos, con excepción de Tenorio. — ¡Es inútil!, contestaron los dos oficiales que se ofrecían como víctimas propiciatorias de sus compañeros de armas. Uno de ellos llamábase Manuel Prudán: era hijo de Buenos Aires, había hecho las primeras campañas del Alto Perú, y prisionero en Vilcapujio, permaneció en las casamatas del Callao durante siete años. Contaba 24 de edad. El otro, Domingo Millán, de edad provecta, que era natural de Tucumán, y prisionero en Ayohuma, había sido compañero de infortunio de Prudán. Los prisioneros pidieron que se continuase el sorteo: — ¡Es inútil!, interrumpió Millán; en prueba de que soy yo quien debe morir, aquí está una carta de Estomba. — En mi maleta se encontrará la casaca de Luna, agregó Prudán. — No hay que afligirse, dijeron a sus compañeros; verán morir dos valientes. — No hay para qué seguir la suerte, dijo entonces con frialdad García Camba; habiéndose presentado los dos culpables, serán fusilados. — Prefiero la muerte, prorrumpió Millán, a ser prisionero de los españoles.

Puestas en capilla las dos víctimas inmolatorias, los confesó el cura de Matucana. Millán pidió como una última gracia, que le dejaran vestir su uniforme. Se lo puso, sacó del forro de la casaca las medallas de Tucumán y Salta que colgó del pecho, y dijo: "He combatido por la independencia desde joven; me he hallado en ocho batallas; he estado prisionero siete años y hubiera estado setenta antes de transigir con la tiranía española. Mis compañeros de armas vengarán este asesinato". Los ejecutores quisieron vendarles los ojos; pero ambos se resistieron. Millán, que era calvo, con una orla de cabellos negros que le circundaba el cráneo, lo que le daba un aspecto imponente, al tiempo de apuntarle, dijo: "¡Compañeros! ¡La venganza les encargo!". Y desabrochándose la casaca, gritó con voz firme: "¡Al pecho! ¡Al pecho! ¡Viva la Patria!". Prudán murió con la resignación de un mártir, gritando también: *¡Viva Buenos Aires!* ¡Los verdugos hicieron en seguida desfilar a los prisioneros por delante de los cadáveres!

V

Al tiempo de desarrollarse estos acontecimientos desastrosos, Bolívar se hallaba en su cuartel general de Pativilca. Devorado por la fiebre que trabajaba su cuerpo y su espíritu, fué acometido de una gra-

ve enfermedad que hizo temer por su existencia. Durante seis días permaneció sin conocimiento. En los templos se hacían rogativas por la vida del Libertador. Apenas convaleciente, le llegaron las primeras noticias de la sublevación del Callao, y sucesivamente la de la ocupación de Lima y la traición de Torre-Tagle. En tal ocasión, su amigo el ministro Joaquín Mosquera fué a visitarlo. Lo encontró en el huerto de la casa que habitaba, sentado en una pobre silla de vaqueta recostada contra una pared, atada la cabeza con un pañuelo blanco. Estaba meditabundo. Su faz era cadavérica, su boca cavernosa, su voz hueca y débil. Vestido con ropa ligera de dril, sus miembros enflaquecidos acusaban las aristas secas del esqueleto. "¿Qué piensa usted hacer ahora?", le preguntó Mosquera. "¡Triunfar!", repuso el Libertador. Su alma heroica se templaba en los contrastes.

En la impotencia de hacer frente a los realistas, se replegó con todas sus fuerzas a Trujillo, tomando por base de operaciones las provincias de Guayaquil, Jaén y Cuenca. Hallábase en la misma situación que San Martín al tiempo de ocupar con 4000 hombres la línea de Huaura, con la diferencia de que contaba con cerca de 7000 hombres y tenía a su espalda la poderosa reserva de Colombia triunfante. Tocaba ahora a Colombia completar la obra de San Martín en el Sud, con el auxilio de los elementos del Perú, después de haber terminado gloriosamente la suya en el Norte. Las Provincias Unidas estaban fuera de combate. Chile, cuyo auxilio solicitó Bolívar, no podía o no quería tomar parte en la lucha. Los últimos restos de los ejércitos libertadores de estas dos repúblicas, incorporados a las divisiones peruano-colombianas, formaban parte del ejército que era la última esperanza de la América independiente. El Libertador no cesaba de exigir auxilios del gobierno de Colombia. "Si los intereses que van a decidirse en el "Perú —le decía— tuvieran sólo relación con este pueblo, el ejército "que tenemos podría aventurarse contra el enemigo; pero versándose la "de toda la América, nada debe librarse a las probabilidades, y menos "aun a la casualidad o la fortuna". El vicepresidente Santander, al responder a este llamado, exageró la nota, recabando del Congreso de Colombia autorización para hacer una leva de 50.000 hombres, además de las tropas existentes (11 de mayo de 1824). Sucesivamente fueron llegando los refuerzos pedidos a Colombia, hasta el número de 3000 hombres. Con estos elementos formó Bolívar un ejército de cerca de diez mil hombres, en Pativilca (provincia de Huaras), al pie de la cordillera del Norte, sin que el enemigo lo sospechara. Lo repartió en cuatro grandes divisiones: dos colombianas, a órdenes de los generales José María Córdoba y Jacinto Lara, y una peruana al mando de La Mar; las tres de infantería. La caballería, compuesta de los llaneros colombianos, mandada por el coronel Lucas Carvajal; los jinetes peruanos por Miller, asistido por los comandantes Manuel Isidoro Suárez y José Olavarría (ambos argentinos); los restos de los Granaderos a Caballo de los Andes, compuestos de gauchos del Río de la Plata y algunos huasos de Chile, a órdenes del coronel Alejo Brueix (francés, hermano del muerto en Bío-Bío), formaban la cuarta división, bajo el mando superior del general Mariano Necochea (argentino). Sucre era el jefe de estado mayor y la cabeza organizadora. Las cuatro repúblicas de la América meridional existentes entonces estaban representadas (con excepción de Méjico) en un solo ejército continental.

Un acontecimiento extraordinario vino por este tiempo a equilibrar las fuerzas beligerantes y permitir a Bolívar emprender operaciones decisivas. El general Olañeta se sublevó en el Alto Perú con un ejér-

cito de 4000 hombres, y sin separar su causa de la de los realistas, se sustrajo a la obediencia del Virrey, como lo había anunciado a Alvarado en 1823 en su conferencia de Iquique (véase cap. LVIII, § IV). Por su calidad de americano y por sus opiniones absolutistas, Olañeta era enemigo declarado de los generales españoles que profesaban ideas liberales y habían levantado a La Serna en Asnapuquio. En 1824 le llegó por la vía de Buenos Aires la noticia de que Fernando VII, sostenido por la intervención francesa, había abolido la Constitución de 1820 y restablecido el antiguo régimen. Sin esperar órdenes, procedió por sí a hacer la proclamación del rey absoluto. El Virrey desaprobó su conducta. El contestó despidiendo a los generales españoles La Hera y Maroto, que ocupaban elevados puestos en el Alto Perú; reconcentró su ejército y se preparó a la resistencia armada. El general Jerónimo Valdés, con cuatro batallones, cuatro escuadrones y dos piezas de artillería, fué encargado de someterlo a la obediencia. Después de algunos alardes militares y negociaciones confusas, no obstante que ambas partes conviniesen en reconocer el absolutismo español, se rompieron las hostilidades. Los realistas tuvieron también su guerra civil. Libráronse varios combates sangrientos, en que Valdés tuvo la ventaja, y habría acabado al fin por destruir a Olañeta, cuando recibió orden terminante del Virrey de abandonar el Alto Perú y reconcentrarse al Cuzco. Los independientes habían triunfado en Junín.

Bolívar, aprovechando la coyuntura de la sublevación de Olañeta y el alejamiento de la división de Valdés, que le quitaba de encima como 7000 enemigos, abrió su nueva campaña sin plan determinado pero con la resolución de buscar al enemigo y posesionarse del valle de Jauja, siguiendo las huellas de Arenales, que había trazado dos veces el camino de la victoria. Su invasión a la sierra fué precedida por un movimiento general de las guerrillas peruanas, desde Yauly hasta Pasco, que estrecharon el círculo de los realistas en la montaña. Cubierto por esta cortina de partidarios, Sucre, con la previsión de San Martín, reconoció los caminos de la cordillera, cuyo croquis levantó él mismo como ingeniero; estableció depósitos de víveres, leña y forrajes a lo largo del trayecto que el ejército debía recorrer, y marcó punto por punto el itinerario, midiendo las distancias. Bolívar trasmontó los Andes por la parte más fragosa y elevada, con dirección a Pasco, a fin de ocultar su movimiento y sorprender al enemigo. Mientras tanto, Canterac permanecía en inacción en el valle de Jauja, con 8000 infantes, 1300 caballos y 8 piezas de artillería, ignorante del avance de los independientes.

El 2 de agosto (1824) el Libertador pasó revista a 9000 hombres sobre las armas, formados en el llano Rancas, a 36 kilómetros de Pasco, y lo proclamó con su genial elocuencia: "Vais a completar la obra más "grande que el cielo ha encargado a los hombres: la de salvar un mun-"do entero de la esclavitud. El Perú y la América toda aguardan de "nosotros la paz, hija de la victoria, y aun la Europa os contempla con "encanto; porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del "universo". O'Higgins, el héroe de Chile, proscripto de su patria, y Monteagudo, levantado de hecho su destierro, acompañaban a Bolívar en esta gran revista americana. Al día siguiente, 700 montoneros peruanos se reunieron a la caballería. El día 4, Miller, destacado con una vanguardia de caballería al oeste de Jauja, daba parte que Canterac avanzaba sobre Pasco con un ejército en masa. El Libertador aceleró su movimiento.

VI

Al sud de Pasco y en las nacientes del río Grande comienza el gran lago de Reyes, situado entre la cordillera occidental y la oriental, que llena toda la depresión del terreno, hasta la entrada del valle de Jauja. El camino que desde Tarma conduce a Pasco, orillando su margen oriental, es el más llano; el del Occidente, que va desde Pasco a Junín, es el más escabroso. En su extremidad meridional se encuentra el llano de Junín, accidentado por colinas, en medio de riachuelos y pantanos formados por los desagües del lago. Canterac, que se había reconcentrado en Jauja, informado tardía y vagamente del movimiento de los independientes, tomó con su caballería el camino oriental del lago, con el objeto de practicar un reconocimiento (1º de agosto). En Carhuamayo, a 26 kilómetros de Pasco, supo con sorpresa que Bolívar se había movido por la margen opuesta en dirección a Jauja. Los ejércitos efectuaban alternativamente una marcha paralela, en sentido contrario, lago por medio, tan ignorante el uno como el otro de sus movimientos. El general español, con su retaguardia amenazada, temeroso de perder su base de operaciones y su línea de comunicaciones, emprendió inmediatamente su retirada por el camino que había llevado para reunirse con su infantería (5 de agosto). En 24 horas anduvo 88 kilómetros, y el 6 a las 2 de la tarde se halla en la extremidad austral del lago, en la pampa de Junín, y a su frente por la parte del Oeste aparecía al mismo tiempo el ejercito independiente, con su infantería establecida en las alturas y su caballería que descendía al llano en aire de carga.

Bolívar había marchado por las faldas orientales de la cordillera occidental, con el lago a su pie sobre su izquierda, a fin de salir a la derecha del río Grande de Jauja, apoyándose siempre en posiciones inexpugnables, lo que indicaba una prudencia que no le era habitual. Al avistar frente a Junín al ejército realista, hizo avanzar su caballería al mando de Necochea, fuerte de 900 hombres, permaneciendo con su infantería en el terreno fragoso como 8 kilómetros a retaguardia. La componían seis escuadrones de granaderos montados y húsares de Colombia, un escuadrón de granaderos a caballo de Buenos Aires, y dos del Perú. La caballería española, alcanzaba a 1300 hombres, y se consideraba invencible.

La caballería republicana, formada en columna sucesiva por mitades, se comprometió en un terreno desventajoso, por un desfiladero entre un cerro y un pantano, cortado por un riachuelo ramal del lago, que obstruía sus despliegues antes de salir a la pampa. Sólo tuvo tiempo de presentar en batalla dos escuadrones de granaderos montados de Colombia. Eran las cinco de la tarde. A Canterac le pareció propicia la oportunidad. Fiado en el número y calidad de su arma favorita, que creía saber manejar, no quiso hacer uso de la artillería ligera ni de las compañías de cazadores que tenía a la mano; se puso personalmente al frente de su caballería, desplegó su línea, reforzando las alas con escuadrones doblados, y ordenó la carga con aires violentos a una distancia desproporcionada, sin darse exacta cuenta del terreno, error reconocido por sus mismos compañeros de armas, y a que se atribuye en parte su merecido contraste. Su ánimo era flanquear con su derecha la izquierda de la columna republicana en marcha; pero antes de alcanzar su objetivo, se encontró embarazado por el pantano, y se detuvo en confusión. Su izquierda y parte de su centro se desordenaron un

tanto por el largo trayecto recorrido a gran galope, y chocaron con los dos escuadrones colombianos, que con sus largas lanzas recibieron con firmeza la impetuosa carga; pero fueron éstos arrollados y perseguidos por la espalda, envolviendo en su fuga la cabeza de la columna independiente, que en ese momento salía del desfiladero.

Canterac, a más del error técnico ya indicado, cometió otro más grave aún, y fué comprometer de golpe toda su fuerza, sin prevenir una reserva que acudiese a las partes débiles o completase el triunfo. De aquí resultó que, lanzados los escuadrones en desorden a la persecución, se comprometieron a su vez en el desfiladero, acuchillando a los fugitivos. Necochea, traspasado de siete heridas de lanza, fué pisoteado por los caballos de vencidos y vencedores, y quedó prisionero de los españoles. El acaso dió la victoria a los independientes. La reserva estaba emboscada a la orilla del pantano. El comantante Manuel Isidoro Suárez, que con el primer escuadrón de Húsares del Perú se hallaba situado en uno de sus recodos, dejó pasar por el flanco el tropel de perseguidos y perseguidores, y despejado el terreno, cargó por retaguardia a los vencedores que a su vez se pusieron en precipitada fuga. Los escuadrones patriotas reaccionan con Míller a su cabeza, vuelven caras y quedan dueños del campo. Canterac, que consideraba seguro su triunfo, no quería dar fe a sus propios ojos al presenciar su derrota: "Sin poder imaginarme cuál fué la causa, volvió grupas nuestra caba- "llería y se dió a una fuga vergonzosa. Parecía imposible en lo huma- "no que una caballería como la nuestra, tan bien armada, montada e "instruída, con tanta vergüenza huyese de un enemigo sumamente in- "ferior bajo todos respectos, que ya estaba casi batido, echando un bo- "rrón a su reputación antigua y puesto en peligro al Perú todo". Todo fué obra de 45 minutos. Fué un combate al arma blanca: no se disparó un solo tiro. Quedaron en el campo 250 realistas muertos a sable y lanza. La pérdida de los republicanos no pasó de 150 entre muertos y heridos, entre ellos Necochea, gloriosamente rescatado. Los derrotados fueron perseguidos, hasta guarecerse bajo los fuegos de su infantería, que se puso inmediatamente en retirada. El nervio del ejército realista quedó para siempre quebrado en este memorable combate, precursor del triunfo definitivo.

Bolívar, que con su estado mayor presenciaba el combate desde lo alto de una colina, al ver doblados los escuadrones de Colombia y en fuga los que formaban la columna sucesiva, lo dió todo por perdido, y se replegó rápidamente a su infantería, donde le alcanzó más tarde el parte de la victoria dado por Míller. Esto no ha impedido que la musa americana le haya consagrado el más inspirado de sus cantos, glorificándolo como un héroe de Homero, en un combate decidido por el acaso y el valor de los soldados, en que no tomó parte ni su inteligencia ni su persona, aun cuando el honor del triunfo le corresponda como general en jefe que dió la orden de pelear, y sea merecedor a sus encomios por otras batallas peleadas y ganadas por su genio militar. Sobre el campo de batalla saludó a los vencedores y dió al primer escuadrón, mandado por el argentino Suárez, el glorioso nombre de "Húsares de Junín", con que ha pasado a la historia, como antes había dado a los Granaderos de los Andes, mandados por el argentino Lavalle, el de "Granaderos de Río Bamba".

VII

Canterac, desmoralizado por un contraste que consideraba "imposible en lo humano", emprendió una retirada que más se parecía a una fuga, sin más propósito que ponerse fuera del alcance de las armas libertadoras, para prevenir una derrota. Evacuó el valle de Jauja, y emprendió su marcha con tanta precipitación que a los dos días se hallaba a 160 kilómetros del campo de batalla, destruyendo así por el cansancio su infantería, que era lo único que le quedaba. Abandonó sucesivamente los distritos de Tarma, Cajatambo, Huaylas, Huanuco, Huamanga, Huancavelica, Cangallo, Huanta, Pampas y Andahuilas, sin detenerse en las posiciones ventajosas a lo largo de su trayecto, ni cuidarse de los repuestos y convoyes que dejaba a su retaguardia; pidiendo con insistencia cinco o seis mil hombres para "no sucumbir y perder el Perú sin remedio", según sus propias palabras, y no paró hasta considerarse en salvo al Oriente del Apurimac, a 750 kilómetros de su punto de partida. En esta retirada, perdió como 2000 hombres según unos, y 3000 según otros, entre rezagados y desertores, más de lo que le habría costado una gran batalla. Se perdió algo más: el crédito del general en jefe español, la moral del ejército realista y hasta la esperanza de su victoria. El Virrey lo reforzó con 1500 hombres del Cuzco, con lo que se estableció sólidamente en la línea inexpugnable del Apurimac. Fué entonces cuando La Serna ordenó que la división de Valdés ocupada en la guerra con Olañeta, al Sud, se concentrase al Cuzco. Sin embargo, nadie perseguía a Canterac, sino su propia sombra.

El ejército independiente descansó tres días en el campo de batalla, y sólo destacó alguna caballería con infantes montados para picar la retaguardia del enemigo. Empleó diez días en posesionarse de Jauja. Permaneció cerca de un mes en Huamanga. A mediados de septiembre atravesó el río Pampas, poderoso tributario del Apurimac, que corre en esta región de Occidente a Oriente, cuyo puente de maromas halló cortado. Establecióse en seguida en Andahuailas, y avanzó hasta Challhuanca, al sud del Pachachaca (otro afluente del Apurimac), amagando el Cuzco sobre la línea del Apurímac a la altura de sus nacientes, con el flanco derecho cubierto por la cordillera de Huanzo, que forma el nudo andino en que las dos cordilleras se reunen, y que lo separaba de Arequipa. En este punto Bolívar dió por terminada su campaña por el momento. No se consideraba con fuerzas suficientes para tomar la ofensiva. Además, la estación de las lluvias iba a empezar, y no parecía probable que los realistas emprendiesen operaciones. Sabedor, por otra parte, de que el empréstito mandado negociar por San Martín en Londres se había realizado, y que debía recibirse inmediatamente un millón de pesos, delegó el mando del ejército en Sucre, con instrucciones de acantonarse en Andahuailas, entre el Pampas y el Pachachaca (ambos tributarios del Apurimac), prometiéndole enviarle inmediatos refuerzos desde la costa; y él se retiró a Lima por el camino de Jauja (fines de octubre). Aquí termina la carrera del Libertador como general, en la guerra de la independencia sudamericana.

En Huamanga recibió Bolívar una ley del Congreso de Colombia (de 28 de julio de 1824), derogatoria de la que le había conferido facultades extraordinarias como presidente de la República en campaña con el dominio absoluto en lo militar y fuera de la Constitución en los países que libertase o fueran el teatro de la guerra (en 9 de octubre de 1821). Por ella se disponía que tales facultades correspondían al en-

cargado del poder ejecutivo, quien podía delegarlas, como ya lo había hecho, en los departamentos meridionales de Colombia (Patía, Pasto y Quito). En consecuencia, él no podía ya mandar directamente esos departamentos desde país extranjero, y debía solicitar del Gobierno los auxilios que necesitase en ellos, y sólo en el caso de restituirse al territorio de la República podía tener el mando de algunos de sus ejércitos. Era ésta la primera señal de la resistencia del parlamentarismo liberal de Colombia contra las tendencias dictatoriales de Bolívar. Ya los congresos de Angostura y Cúcuta habían rechazado en nombre de los principios las teorías constitucionales del Libertador sobre gobierno oligárquico con presidencias vitalicias y senado hereditario, deplorable adaptación de las instituciones africanas de Haití y de la aristocracia inglesa, que eran un bastardeo de la república democrática. El sentimiento liberal se había encarnado en el Congreso de Bogotá, y constituía un poderoso partido político, a cuyo frente estaba el vicepresidente Santander, que además representaba el particularismo de Nueva Granada, centro del gobierno general. Esto da la filiación de la ley.

Bolívar sintió el golpe; pero lo recibió con dignidad. Aunque consideró como un ataque directo a su influencia la prohibición de mandar en persona el ejército colombiano en el Perú, comprendió que era la consecuencia de la posición anómala que se había él mismo hecho al encargarse del gobierno de un país extraño, no sometido a la ley de su patria. Nombró a Sucre general en jefe del ejercito, en obediencia a la ley, previniéndole que en lo sucesivo no tendría más intervención en las operaciones militares que la que le correspondía como jefe de la república peruana. Sucre, que aunque superior como general a Bolívar (y él lo sabía) no tenía ambición, y estaba identificado a su destino y a su gloria, le aconsejó prescindir de la ley, promovió una representación de los jefes al Congreso para que fuese revocada, y aceptó al fin el cargo, pero declarando que no abriría relaciones directas con el gobierno de Colombia y sólo obedecería las órdenes del Libertador. Los dos cumplieron con su compromiso: Bolívar, dejando completa libertad de acción a Sucre, y éste, ajustándose a las instrucciones del Libertador, en cuanto no comprometiesen el éxito de sus operaciones.

A su llegada a la costa, Bolívar estableció su cuartel general en Pativilca. La situación había cambiado, empeorándose. La llegada del navío *Asia*, de 72 cañones, y el bergantín *Aquiles*, de 20, había dado la preponderancia marítima a los españoles. Reunidos estos buques a los que antes poseían bajo la protección de los puertos fortificados de Chile y del Callao, habían formado una escuadra de un navío, una corbeta y tres bergantines que montaban 154 cañones. La escuadra peruano-colombiana, al mando de Guisse, la provocó al combate, y aunque el honor de la bandera se mantuvo, su inferioridad quedó evidenciada, y tuvo que refugiarse en Guayaquil. Una división de los independientes, destacada sobre Lima en observación del Callao, había experimentado un serio y vergonzoso revés. Chile no concurría ni con sus fuerzas marítimas ni de tierra a la guerra del Perú. Mientras tanto, Bolívar preparaba en Pativilca elementos para el caso posible de un contraste que temía, aunque sin desesperar del triunfo final, y pedía con exigencia un auxilio de seis mil hombres a Colombia para reforzar a Sucre, a quien consideraba comprometido, como en efecto lo estaba.

Bolívar en Pativilca, como Napoleón en medio del incendio de Moscú dictando decretos sobre teatros, se ocupaba de la exhibición teatral de sus planes de engrandecimiento, para el día del triunfo final, que ya

veía cercano. Volvió a ocuparse de su antiguo proyecto de Congreso americano. Dirigió una circular a los gobiernos de América, invitándolos a enviar sus representantes al istmo de Panamá, en que encarecía la necesidad de la reunión de la gran dieta (7 de diciembre de 1824). "Es tiempo —decía— de que los intereses y las relaciones que unen "entre sí a las repúblicas americanas, antes colonias españolas, tengan "una base fundamental que eternice, si es posible, la duración de estos "gobiernos. Las repúblicas americanas de hecho están ya confederadas. "Parece que si el mundo hubiese de elegir su capital, el istmo de Pana"má sería señalado para este augusto destino, colocado, como está, en el "centro del globo, viendo por una parte el Asia, y por la otra el Afri"ca y la Europa. El día que nuestros plenipotenciarios hagan el cange "de sus poderes, se fijará en la historia diplomática de América una "época inmortal. Cuando después de cien siglos la posteridad busque "el origen de nuestro derecho público, y recuerde los pactos que conso"lidaron su destino, registrará con respeto los protocolos del istmo. En "él encontrarán el plan de las primeras alianzas que trazaran la mar"cha de nuestras relaciones con el universo. ¿Qué será entonces el istmo "de Corinto con el de Panamá"?

En medio de estas contrariedades y grandiosos sueños, le sorprendió la noticia de que los españoles habían abierto su campaña desde el Cuzco, y maniobraban en el sentido de cortar su retirada a Sucre. Al principio pensaron, tanto Sucre como Bolívar, que este movimiento tenía por objeto abrir operaciones sobre la costa, contando con la base del sud del Perú y el apoyo del Callao. Después se hizo el silencio. Las comunicaciones entre Lima y el ejército independiente estaban interrumpidas. Bolívar a oscuras, recomendaba a Sucre "no dividir su ejército y conservarlo a todo trance" (noviembre 24). Ultimamente, y con la conciencia de que Sucre sobre el terreno haría las cosas mejor que él, lo autorizó a no esquivar una batalla en caso necesario y en todo caso mantenerse en la sierra. Ocho días despues la suerte de la América estaba decidida: Sucre triunfaba en Ayacucho.

VIII

Sólo en un punto estaban disconformes Bolívar y Sucre. El Libertador, así en las instrucciones que dejó como en su correspondencia oficial y confidencial, prevenía, acantonar el ejército en Andahuailas, sobre el Pampas, y mantenerlo reunido. El general en jefe, por el contrario, pensaba que esta posición era peligrosa o nada prometía, y diseminó sus divisiones en la comarca, con ánimo de ganar terreno. Bolívar tenía la razón, como el hecho lo demostró, pero Sucre tenía también la suya, y el éxito se la dió en definitiva. Según Miller, a los pocos días de la partida del Libertador, Sucre reunió una junta de guerra, y las opiniones se dividieron. Unos pensaban que la situación del ejército podría ser muy crítica si los enemigos avanzaban con fuerzas superiores, y que en tal situación no debía trepidarse en tomar la ofensiva antes que la división de Valdés se concentrase en el Cuzco y diese la preponderancia a los realistas. Otros, aunque convenían en lo peligroso de la posición —que era una consecuencia del largo avance de Bolívar sin ánimo de tomar la ofensiva—, trepidaban ante la responsabilidad de obrar contra las precisas instrucciones del Libertador. Sucre tomó sobre sí avanzar, y se adelantó en dirección al Cuzco con una división ligera hasta Mamará, al sud del río Oropesa. Desde este punto

desprendió a Míller con los Granaderos de los Andes con el objeto de practicar un reconocimiento del país.

Así que Bolívar tomó conocimiento de este plan aventurado y sin alcance, lo reprobó con amistosa severidad: "Desde luego digo rotun-"damente que no creo conveniente la operación. De las cosas más se-"guras, la más segura es dudar. Si la ha ejecutado habrá obrado en sen-"tido opuesto a lo que tantas veces le he dicho: la *unión hace la fuer-"za*. No divida nunca el ejército y procure conservarlo a todo trance. "Rodee todo lo que quiera con tal de conservar el buen estado del ejér-"cito, que es objeto primario de todas nuestras operaciones, porque "mientras lo conservemos, seremos invencibles. Dividiendo el ejército "se exponía a un riesgo conocido y exponía los grandes intereses de la "América por un bien comparativamente pequeño. Se exponía a ser in-"ferior a sus enemigos y perder una batalla por ocupar algunas leguas "más del país. La libertad del Perú no ha de venir por la ocupación ma-terial del terreno, sino que ella está en el mismo campo en que obten-"gamos una victoria contra los enemigos". Sucre le contestaba: "Que-"da sin efecto el movimiento que se iba a ejecutar. Yo creía que podía-"mos hacer algo útil; pero puesto que usted lo considera peligroso, re-"nunciaré a mi deseo y haré lo que me manda. No me atreveré a decir "que debemos continuar las operaciones. Dando tiempo al enemigo, pue-"de organizarse. La cuestión más importante es si debemos o no pasar "el Apurimac. A usted toca resolverlo. Yo someteré mis deseos a su opi-"nión y sus órdenes. Aunque mi deseo es adelantar, me conformaré en "acantonarnos en Andahuailas". Apenas despachada esta carta, Sucre recibió parte de Míller de que el enemigo se hallaba a 37 kilómetros de Mamará, y avanzaba en masa.

Sucre tenía su ejército diseminado en una extensión de 130 kiló-metros, y antes de reunirlo, los realistas podían cortarle la retaguardia. Felizmente ya era tarde para enmendar el error, de que el general re-publicano supo sacar partido maniobrando con la habilidad y precisión de un Turenne. "Está bien castigada mi culpa —decía Sucre al reple-"garse— cuando he acantonado las divisiones separadamente, distra-"yéndome de los consejos de un viejo militar y de un buen amigo, que "tan recientemente me ha escrito sobre esto" (7 de noviembre). Tres días después, escribía al Libertador: "Sentiré que me tomen la espal-"da; pero esto no me da cuidado, porque tengo tan absoluta confianza "de este ejército, que me importa poco que los enemigos se pongan en "cualquiera parte; en cualquiera parte debemos derrotarlo". En reti-rada, recibió la autorización de Bolívar para librar la batalla. Al día si-guiente contestaba con el parte de la victoria.

Sucre estaba mal informado respecto de la verdadera fuerza de los realistas: no les daba sino 8000 hombres desmoralizados, y de ellos 3000 reclutas. Mientras tanto, el virrey, concentradas las divisiones de Canterac y Valdés, atravesaba el Apurimac y abría resueltamente su campaña al frente de 10.000 hombres, bien organizados (24 de octu-bre). El ejército español, que constaba de 14 batallones y dos brigadas de caballería con 10 piezas de artillería, se repartió en cuatro divisio-nes: tres de infantería, a órdenes de los generales Canterac, Valdés y Monet, y una de caballería bajo el inmediato mando del Virrey. Valdés tomó la vanguardia, con su división compuesta de cuatro batallones. El ejército republicano no pasaba de 7000 hombres, con dos piezas de artillería.

El Virrey La Serna inició sus operaciones contorneando las posi-ciones de los independientes, apoyada su izquierda sobre la cordillera

de Huanzo, y se situó sobre el flanco de Sucre, avanzando en masa. Al principio, el general republicano no atinaba a explicarse este movimiento; pero bien pronto se dió cuenta de su objeto, cuando vió que el enemigo rebasaba su derecha y maniobraba para establecerse a su retaguardia, a fin de cortarle su línea de comunicaciones y dejarlo sin base de operaciones. Los enemigos describían un semicírculo, dentro de cuyos radios tenía él que moverse. Esto le daba algunas ventajas de que supo aprovecharse hábilmente con gran resolución y serenidad. Podía efectuar su reconcentración por líneas rectas, dos veces más cortas que las curvas del enemigo, con economía de las fuerzas físicas de su tropa; prevenir el movimiento envolvente, anticipándose tal vez a él, y en todo caso, trazar su itinerario para marchar en posición y elegir su campo para provocar o aceptar una batalla en condiciones relativamente ventajosas. Para esto tendría que recoger su derecha, concentrarse sobre el promedio de la línea de Pachachaca, replegarse a Andahuailas y establecerse en la línea del Pampas, a fin de abrir sus comunicaciones, o recuperar su base de operaciones continuando su retirada en dirección a Huamanga. Esto fué lo que hizo; pero al llegar al Pampas, encontró al enemigo, que a marchas forzadas se había anticipado a ocupar su margen izquierda, cortándole la retirada hacia el Norte (24 de noviembre). Por primera vez se avistaron los beligerantes. Lo fragoso del país permitía a los dos ejércitos maniobrar sobre ambas márgenes del río con seguridad, y durante tres días ejecutaron alternadas y simultáneas contramarchas, sin que ni uno ni otro se atreviera a atacar en las fuertes posiciones elegidas. Sucre atravesó definitivamente el Pampas en dirección a las fronterizas alturas de Matará; pero al llegar a su pie, las halló coronadas por el ejército español (2 de diciembre). Entonces se inclinó sobre su derecha (Este), con el propósito de continuar su retirada, faldeando la cordillera oriental. Para efectuar esta operación, tenía que atravesar la inmediata quebrada de Corpahuaico, distante como seis kilómetros, que da acceso al valle de Acrocos en dirección a Huamanga. Esta era la zona peligrosa.

Los españoles, al observar el movimiento lateral de Sucre, se corrieron sobre su izquierda para cerrarle el camino; pero cuando llegaron a la boca meridional de la quebrada ya las divisiones de vanguardia y centro del ejército unido habían franqueado el mal paso. La retaguardia, compuesta de tres batallones colombianos al mando del general Lara, fué atacada en ese momento por la división Valdés, a tiempo de ponerse el sol (3 de diciembre). Uno de los batallones fué en su mayor parte sacrificado, sosteniendo la retirada; los otros ganaron las alturas en dispersión, con abandono de parte del parque y una pieza de artillería que custodiaban; pero hicieron pie firme allí. Sucre se apresuró a tomar posiciones al norte de la profunda quebrada de Corpahuaico, y las sostuvo con los fuegos de su infantería hasta entrada la noche. Los beligerantes camparon en las cimas de los dos lados de la quebrada, barranco de por medio. Sucre confesó en este descalabro parcial una pérdida de 300 hombres, una pieza de artillería y parte de sus municiones. Los españoles no dudaron desde este momento de su victoria, pero Sucre no perdió la esperanza.

Desde Corpahuaico se inició una doble marcha, táctica y estratégica, de que la historia militar del mundo no presenta ejemplo, y que sólo puede explicarse por la naturaleza montañosa del terreno. Los dos ejércitos beligerantes marcharon a la vista uno de otro: los realistas por las alturas de uno de los ramales de la cordillera occidental; los independientes por las faldas de la cordillera oriental; interceptados am-

bos por un abismo. Al desembocar al valle de Acrocos, Sucre presentó batalla; pero no fué aceptada (4 de diciembre). En este punto los realistas se inclinaron sobre su izquierda (Oeste), haciendo un rodeo para ocupar con anticipación el camino de Jauja. El Virrey quería empeñar la batalla en condiciones de que no se escapase un solo hombre. Siguió en dirección a Huamanguilla (al sud de Huanta), contorneando el flanco izquierdo de los independientes, hasta cortarles por segunda vez la retirada. Mandó cortar todos los puentes y cerrar todos los desfiladeros a su retaguardia, y empezó a maniobrar en el sentido de trabar la pelea en palenque cerrado. Las poblaciones entre Jauja y Huamanga se sublevaron en favor de los realistas. Una columna salida de Jauja para reforzar a Sucre fué rechazada, y todos los convoyes de los independientes en este trayecto fueron interceptados, y los enfermos de sus hospitales, degollados. La posición de Sucre era crítica: estaba entre la victoria o la muerte. En la retirada había perdido más de 600 hombres, y el efectivo de su ejército no alcanzaba a 6000 plazas. Los españoles-peruanos contaban con más de 9.000 hombres. Situado el ejército unido entre Huamanga y Huamanguilla, con la cordillera oriental y occidental sobre sus flancos, en un valle abierto, aunque accidentado por colinas y barrancos profundos, podía ser atacado por su frente o por su izquierda. Este lugar se llamaba Ayacucho, y debía ser el último campo de batalla de independientes y realistas en la América del Sud.

IX

Los independientes en la posición que ocupaban, tenían a su frente la serranía de Huanta, detrás de la cual maniobraba el Virrey, y sobre su derecha las alturas de Condorkanqui, único punto accesible de la cordillera oriental, cuyo dominio tenían los realistas (6 de diciembre). En la tarde del 8 coronó el ejército español las alturas de Condorkanqui. Por allí venía el ataque. Sucre dió el frente a Condorkanqui. Dos horas después de ponerse el sol se empeñaron las primeras guerrillas al pie de la cuesta. El ejército unido estaba formado en el llano, casi a tiro de cañón del enemigo.

El ejército unido se componía de 4500 colombianos, que constituían su base y su nervio; 1200 peruanos, cuyos cuerpos mandados en parte por jefes argentinos, y 80 argentinos, último resto del ejército de los Andes. La derecha, mandada por Córdoba, general de veinticinco años, se componía de cuatro batallones colombianos. El centro, a cargo de Miller, lo formaban los escuadrones peruanos de Húsares de Junín, los regimientos de Granaderos y Húsares de Colombia, y el escuadrón de Granaderos a Caballo de Buenos Aires. A la izquierda, a órdenes de La Mar, estaban la Legión peruana y los batallones núms. 1, 2 y 3 del Perú. La división de reserva, mandada por el general Lara, constaba de tres batallones colombianos. Una pieza de a 4 era toda la artillería del ejercito unido. El ejército realista estaba compuesto de españoles y peruanos. Valdés, con 4 batallones, 2 escuadrones y 4 piezas de artillería, ocupaba la derecha. Seguía la segunda división al mando del general Villalobos, fuerte de cinco batallones. La división Monet con cinco batallones, cubría la izquierda. Diez escuadrones con 7 piezas de artillería, escalonados en dos líneas a retaguardia, cerraban el flanco izquierdo.

Al amanecer del día jueves, 9 de diciembre de 1824, el sol se levantó radiante tras la gigantesca cumbre de los Andes orientales. Sucre recorrió a caballo la línea del ejército, proclamando a los soldados

en alta voz: "¡De los esfuerzos de este día depende la suerte de la América del Sud!". En esos momentos las columnas de ataque españolas descendían las cuestas de Condorkanqui, y agregó con acento inspirado: "Otro día de gloria va a coronar vuestra constancia" Los fuegos de las guerrillas y algunos cañonazos disparados de parte a parte dieron la primera señal del combate. Eran las 9 de la mañana. A las 10 de la mañana los españoles situaban cinco piezas de artillería, protegidas por un batallón, al pie de la altura, y avanzaban de frente en masa con su izquierda y centro, ocultando el movimiento de su derecha, destinada a flanquear la izquierda republicana. El Virrey marchaba a pie, a la cabeza del centro.

El campo de batalla en que se iban a medir los dos ejércitos es una llanura que desde el pie del Condorkanqui se extiende hacia el valle o pampa de Ayacucho. Su configuración es la de un cuadrado, y su extensión, como 600 kilómetros de Sud a Norte y 350 de Este a Oeste. En su fondo occidental se eleva una loma de suave pendiente, que se desarolla en toda su longitud. En este punto estaba formado el ejército unido. Los flancos están cubiertos por ásperas quebradas, siendo la del Sud (derecha independiente) absolutamente impracticable. La mayor parte del frente en la prolongación de Norte a Sud, lo atraviesa un barranco, que los españoles tenían que salvar, pero que puede ser despuntado por la extremidad sud. En este punto fué donde los españoles establecieron su primera batería.

La división Valdés inició la batalla por su derecha, desalojando las compañías de cazadores de los independientes avanzadas sobre el barranco del frente. Al sonar los primeros tiros, una parte del centro realista comprometió a paso de carrera el ataque, con dos batallones seguidos por la línea de tiradores, con el propósito de flanquear la derecha opuesta. La división colombiana que defendía este punto, permanecía inmóvil a pie firme. Sucre reforzó su izquierda con un batallón y ordenó que Córdoba cargase rápidamente, protegido por la caballería de Miller. El joven general levantó en alto su sombrero y dió la famosa voz de mando que ha dado relieve a su heroica figura: "¡Adelante! ¡Paso de vencedores! ¡Armas a discreción!". Y cargó con ímpetu irresistible formado en dos columnas paralelas, con la caballería en el claro. La infantería enemiga que se había avanzado, fué atacada a bayoneta, y por algunos minutos la victoria estuvo indecisa. Los españoles pretendieron decidir el combate lanzando ocho escuadrones a fondo, pero fueron arrollados por los regimientos de caballería de Colombia al mando del general Laurencio Silva. El campo quedó por los independientes. La artillería realista de este flanco quedó inutilizada antes de poder romper sus fuegos. La derecha del centro de los realistas (general Monet), que se hallaba intacta, acudió a restablecer el combate; pero antes de pasar toda ella el barranco fué atacada de firme por la división de reserva al mando de Lara, apoyada por la caballería colombiana, y retrocedió en desorden. Tres nuevos escuadrones salieron al encuentro. Los jinetes colombianos a pie firme, con sus enormes lanzas enristradas, les infundieron pavor, y fueron exterminados. El Virrey se lanzó valerosamente en medio de sus tropas desbaratadas, con ánimo de renovar la pelea; pero, derribado de su caballo con seis heridas, fué hecho prisionero con más de mil de sus soldados.

Mientras tanto Valdés, con tres batallones y cuatro piezas de montaña, había penetrado por la izquierda republicana y abierto fuegos sobre el flanco de la división peruana al mando de La Mar, que ya empezaba a cejar, cuando acudió el batallón colombiano destinado a

reforzarla, y sucesivamente los húsares peruanos de Junín mandados por Suárez, sostenidos por los granaderos de Buenos Aires a órdenes de Brueix, con Miller a su cabeza, que decidieron el último combate. La batalla estaba ganada en toda la línea. Era la una del día. Valdés desesperado, al ver su tropa en fuga, se sentó sobre una piedra para esperar la muerte; pero sus oficiales le obligaron a replegarse a la cumbre de la montaña, donde se reunieron todos los generales vencidos con sus últimos dispersos, huérfanos de su virrey y general en jefe. Canterac asumió el mando y capituló con el vencedor, que le concedió generosamente condiciones honrosas. La guerra de la independencia de la América meridional estaba terminada, y su emancipación por siempre asegurada. Según la expresión del poeta, mil años trascurrieron en la hora de Ayacucho.

Ayacucho fué llamado en América la batalla de los generales, como la de los soberanos en Europa. Catorce generales españoles, con todos sus jefes y oficiales, rindieron en ese día sus espadas ante la soberanía de un nuevo mundo republicano. Del ejército realista, quedaron en el campo 1400 muertos y 700 heridos. La pérdida de los republicanos fué de 300 muertos y 600 heridos. ¡La cuarta parte de los combatientes fué muerta o herida!

En esta batalla final estuvo presente el genio de Bolívar, aun cuando no la mandase en persona; como estuvo presente el espíritu de San Martín, representado por los últimos soldados de su ejército. Sin la concepción del plan de campaña continental de San Martín; sin la creación del ejército de los Andes, su paso de las cordilleras meridionales, sus victorias de Chacabuco y Maipu; sin el dominio marítimo del Pacífico según sus previsiones, su expedición al Perú y su intervención en la guerra de Quito, que terminó en Pichincha, no habría habido Ayacucho. Así también, sin la condensación de la revolución del norte de la América meridional por el genio de Bolívar y su paso de los Andes ecuatoriales; sin Boyacá y Carabobo; sin la organización militar de Colombia, no habría habido tampoco Junín y Ayacucho. Los dos libertadores triunfaban; pero Bolívar coronaba la obra. La noble y simpática figura de Sucre, el vencedor de Pichincha y Ayacucho, se destacaba en segundo término como vínculo de unión entre los dos vencedores de Chacabuco y Maipu, de Boyacá y Carabobo

CAPITULO L

APOGEO, DECADENCIA Y CAIDA DE BOLIVAR

AÑOS 1824-1830

Consecuencias de Ayacucho. — Ocupación del Alto Perú. — La América del Sud, emancipada. — Apogeo de Bolívar. — Síntomas de decadencia. — Carácter dual de la revolución sudamericana. — El delirio de Bolívar. — Sus tres primeros actos en el apogeo. — Prorrogación de la dictadura de Bolívar en el Perú. — Muerte de Monteagudo. — Plan de confederación. — Congreso de Panamá. — Creación de la República de Bolivia. — Planes aventureros de Bolívar. — Legación argentina cerca del Libertador. — La política argentina y la boliviana frente a frente. — Nueva hegemonía argentina. — Constitución de Bolívar para el Alto Perú. — Las presidencias vitalicias de Bolívar. — Plan de confederación de los Andes. — La monocracia. — Anarquía de Colombia. — Disolución de la confederación boliviana. — Política reaccionaria del Libertador. — Disolución de Colombia. — Caída y ostracismo de Bolívar.

I

La capitulación de Ayacucho puso término a la guerra de la independencia de la América del Sud. Todas las fuerzas realistas del Bajo Perú se sometieron a ella; con excepción del Callao, donde Rodil continuó tenazmente la resistencia con 2200 hombres un año más; pero que se rindió al fin (1825). Las ciudades del Cuzco, Arequipa y Puno abrieron sus puertas al vencedor, que atravesó el Desaguadero y fué recibido en triunfo en La Paz, Oruro, Potosí y Chuquisaca. El ejército realista del Alto Perú se disolvió por una sublevación, muriendo en ella el general Francisco Antonio Olañeta. El general Sucre ocupó militarmente el país y convocó una asamblea que deliberase sobre su suerte política. La escuadra española se alejó para siempre de las costas del Perú, y se disolvió desastrosamente en el mar Pacífico. La isla de Chiloe, último punto donde las armas españolas harían su última resistencia, mandadas por Quintanilla, sería también rendida como El Callao. El poeta del siglo, transportado por la imaginación a la cumbre del Chimborazo, extendía la vista por los ámbitos del Nuevo Mundo, y no descubría un esclavo.

Bolívar había alcanzado el apogeo de la gloria humana. Era uno

de los hombres más grandes que hubiese producido el Nuevo Mundo, después de su descubrimiento. Ambos mundos lo admiraban. La America del Sud lo aclamaba su Libertador. Los exagerados honores oficiales que se le tributaron eran nubes de incienso impuro que no alcanzaban a oscurecer las grandes líneas de su figura heroica, y que un leve soplo del buen sentido habría disipado. Representaba el término positivo en el binomio de los dos libertadores sudamericanos, elevado a la más alta potencia en el orden de la acción coeficiente como nuevo factor. Estaba en su mano resolver el problema político por el problema mismo, dando la más alta medida del gobierno con relación a su medio y al individuo, igualándose tal vez a Washington. No estaba empero en su naturaleza producir este resultado, que era la aspiración de la conciencia colectiva y que una ambición sana le habría sugerido. Le faltaba la fuerza moral para mantenerse con serenidad en las alturas, y ese resorte de la abnegación que hace la grandeza moral de los genios benéficos en la plenitud del poderío. Como sucedió al libertador del Sud, el momento de su apogeo marcó el de la decadencia política y moral del libertador del Norte; pero con caracteres de caducidad más pronunciados, indicantes de una inevitable catástrofe, por efecto de la ley de dinámica histórica que regula el movimiento apropiado a las necesidades generales.

Uno de los fenómenos más notables de la revolución sudamericana, que la historia señala con rasgos prominentes, es el desnivel de las inteligencias superiores y de los instintos comunes, y el desequilibrio entre la potencia gubernamental y las fuerzas populares. La emancipación, como hecho material, estaba en el orden natural de las cosas, pero lo que propiamente se llama revolución, es decir, el desarrollo del organismo elemental, brotó de la esencia de las cosas mismas, surgió de las almas como hecho armónico y se hizo conciencia ingénita; fué no sólo un instinto y una gravitación mecánica, sino también una pasión y una idea colectiva, que se convirtió en fuerza eficiente e imprimió su sello típico al resultado general. La organización y dirección de esta fuerza, fué la obra de los caudillos y los políticos, después que el hecho se produjo, espontáneamente favorecido por las circunstancias. Sólo en un punto coincidieron las impulsiones y las voluntades: la independencia. En lo demás, la dirección y las fuerzas estuvieron casi siempre en desnivel y desequilibrio, y a veces en antagonismo. Los libertadores y los directores están más arriba del nivel común en el orden de la acción, pero en los movimientos complicados en que intervienen las fuerzas ocultas de las conciencias colectivas están más abajo de la razón pública, así en las altas como en los bajos estratos sociales. Representantes los caudillos de la fuerza organizada, y los políticos de la potencia gubernamental, removieron más hechos que ideas y tuvieron más objetivos inmediatos que ideales. Hicieron funcionar los resortes mecánicos de la máquina militar y política, sin vivificar los órganos de la nueva sociabilidad embrionaria. No supieron manejar la masa viva, ni contar sus pulsaciones normales. De aquí ese desnivel alternativo y ese equilibrio casi constante entre las fuerzas militares y las fuerzas populares; entre los planes artificiales de los directores y las tendencias espontáneas de la colectividad.

La revolución sudamericana entraña dos revoluciones: una interna y otra externa: una que obra contra el enemigo común y otra que reacciona dentro de sus propios elementos orgánicos. La América del Sud era genialmente democrática, tenía que ser una república y no podía ser otra cosa. Era anárquica por su naturaleza, pero de

su misma anarquía tenía que resurgir la nueva vida. Los primeros proyectos de monarquización con reyes extranjeros, que como remedio a esa anarquía se fraguaron en el Río de la Plata, repugnaban a los pueblos, y dieron por resultado la disgregación argentina. El plan de monarquizar al Perú despojó a San Martín de su fuerza moral. El establecimiento del imperio mejicano con un soberano indígena fué la contraprueba del error del primer plan. La dictadura prolongada de O'Higgins, después de asegurada la independencia de Chile, dió con su héroe en tierra. Las teorías del gobierno oligárquico de Bolívar con presidencias vitalicias y senadores hereditarios que llevaban en germen la monocracia sudamericana, fueron rechazadas por los congresos impregnados del espíritu republicano de la masa, y determinaron su caída, porque estaban en pugna con las necesidades de la época. Esto revela que así como las fuerzas impulsivas de la revolución seguían una dirección constante en la línea de sus destinos, tenían también una alma, una conciencia ingenita, que al determinar el afocamiento de las masas batalladoras del Continente, debía determinar igualmente el de las voluntades al asumir su forma definitiva. Los libertadores, con todo su poder y su gloria, no podían desviar el curso natural de la revolución fuera de su esfera determinada de acción, sin embargo de ser tan eficiente, que sin San Martín en el Sud y sin Bolívar en el Norte ni se concibe cómo pudo haberse efectuado la condensación continental de los ejércitos que dió el triunfo final. El día que dejaron de acompañar el movimiento general, quedaron rezagados. Por esto se suprimió a sí mismo San Martín en la mitad de su carrera, cayó O'Higgins, fué fusilado Itúrbide y Bolívar fué suprimido. Eran obstáculos a la marcha expansiva de la revolución, que la necesidad del desarrollo y el instinto de la conservación aconsejaba u obligaba a remover. Por esto el apogeo de Bolívar marca no sólo su decadencia, sino también el divorcio entre la dictadura estacionaria o reaccionaria y la democracia progresiva, y determina fatalmente una trágica caída.

II

Tres actos iniciales y característicos señalaron el apogeo y la decadencia de Bolívar: la prosecución de su sueño tras un fantasma con apariencias de realidad; la repetición de una renuncia sin seriedad, indigna de su gran espectabilidad; la transformación del Libertador, convertido en conquistador y conspirador reaccionario contra la independencia de las naciones por él redimidas.

Después de Ayacucho, asegurada la independencia sudamericana, su misión de libertador había terminado, y su deber, su honor y hasta su interés bien entendido le aconsejaban retirarse del Perú, dejando a los pueblos redimidos dueños de sus destinos. Monteagudo fué el único que le aconsejó bien en este sentido. Pocos días después Monteagudo era asesinado una noche en una calle solitaria de Lima (28 de enero de 1825). Su muerte es un misterio que unos han atribuído a venganza política y otros a venganza particular. Bolívar, que se avocó el papel de juez inquisitorial de instrucción, ha guardado el secreto.

Entre los papeles de Monteagudo se encontró un ensayo sobre la necesidad de una federación general de los Estados hispanoamericanos, calcado sobre el plan del congreso de Panamá. El antiguo demagogo, sostenedor más tarde de la idea monárquica con San Martín,

se había convertido a los principios republicanos bajo los auspicios dictatoriales de Bolívar. "Este proyecto —decía— no puede ejecutarse "por la voluntad presunta y simultánea de los que deben tomar parte "en él. Es preciso que el impulso salga de una sola mano". Este escrito póstumo que acusa decadencia en la forma y en el fondo, reducido a reminiscencias diplomáticas y vagos perfiles de política internacional, se concretaba en una sola conclusión: "Un congreso, que sea "el depositario de toda la fuerza y voluntad de los confederados, y "que pueda emplear ambas sin demora, dondequiera que la indepen-"dencia esté amenazada". Para justificar este nuevo poder, se evocaba el fantasma de la Santa Alianza de los reyes, a que se oponía la alianza de las repúblicas del Nuevo Mundo. A la vez que se apuntaban sospechas sobre las miras del nuevo imperio brasileño y sobre la mala voluntad de Chile y la República Argentina, se propiciaba el concurso de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos, que por otra parte alejaba por el carácter de liga guerrera contra la España y contra los reyes que daba a la confederación, con un "contingente de tropas y un subsidio que debían prestar los confederados".

Sobre esta base aérea insistió Bolívar en su antiguo plan o sueño, y convocó el congreso americano de Panamá, en la esperanza de ser su regulador supremo. Los Estados Unidos lo aceptaron con la condición de observar la neutralidad; la Inglaterra, como testigo; el Brasil por mera forma, y la República Argentina y Chile con reservas fundamentales. Sólo concurrieron los diputados del Perú, Méjico, Colombia y Guatemala. Cuando esta sombra de congreso escapó a su influencia, el mismo Bolívar la comparaba "al loco griego que pretendía desde una roca dirigir los buques que navegaban alrededor".

Su segundo acto fué la cuarta renuncia de la presidencia de la República, fundada en que "su permanencia en Colombia no "era ya "necesaria, por haber él llegado al colmo de la gloria"; y protestaba de "su horror al mando supremo bajo cualquier aspecto o nombre que "se le diese". El congreso colombiano se limitó a no aceptarla por unanimidad, pero guardando un digno silencio. Tan lejos estaba de su mente la idea de desprenderse del mando en su patria, que casi al mismo tiempo de formular su renuncia enviaba dos comisionados cerca del vicepresidente Santander con una comunicación, en que le manifestaba su propósito de "pasar al territorio argentino con el ob-"jeto de afianzar la independencia en Sud América, auxiliando a los "patriotas". Santander combatió este descabellado propósito, que a nada respondía, recordándole que el permiso acordado por el Congreso para dirigir la guerra fuera del territorio de Colombia tenía por "condición únicamente la seguridad de la "república peruana".

Su tercer acto de solemnidad teatral fué la abdicación aparente de la dictadura del Perú y su aceptación inmediata por las razones contrarias en que se fundaba su renuncia. Reunido el congreso constituyente peruano, declaró Bolívar por escrito que le restituía el "terrible poder depositado en sus manos, poniendo fin al despotismo con su resignación". De viva voz dijo: "Hoy es el día del Perú, porque "hoy no tiene un dictador. Nada me queda que hacer en esta repú-"blica. Mi permanencia en ella es un absurdo: es el oprobio del Perú. "Yo soy un extranjero; he venido á auxiliar como guerrero y no á "mandar como político. Si aceptase el mando del Perú, vendría á ser "una nación parásita ligada hacia Colombia. Yo no puedo admitir un "poder que repugna mi conciencia. Tampoco los legisladores pueden "conceder una autoridad que el pueblo les ha concedido para repre-

"sentar su soberanía. Las generaciones futuras del Perú os carga- "rían de execración. Vosotros no tenéis facultad para librar un dere- "cho de que no estáis investidos. Un forastero, es un intruso en esta "naciente república". Una hora después, el Congreso, haciendo caso omiso de las vanas protestas del Libertador, renovaba los poderes dictatoriales con mayor amplitud de facultades discrecionales, y decretaba su próxima disolución como incompatible con su autoridad absoluta; lo autorizaba a suspender los artículos de la Constitución que se opusiesen a su omnímodo ejercicio, y lo constituía en árbitro de la oportunidad de la convocatoria del congreso ordinario. En seguida le votaba un millón de pesos en premio de sus servicios, que él rehusaba con desinterés, pero que aceptó al fin para obras de beneficencia, que nunca realizaron. Aceptó, empero, lisa y llanamente la dictadura que le entregaba el manejo discrecional de todos sus tesoros. Puso tan sólo una condición a la aceptación del mando absoluto, que parecería una burla, y fué que no se pronunciase la "odiosa palabra "dictadura". ¡Escrúpulo de orejas! El servilismo del congreso peruano llegó al grado de repugnar al mismo Bolívar. Los historiadores colombianos más adictos al Libertador, al explicar esta abyección por la gratitud, insinúan, que "sólo el senado de Tiberio se mostró jamás tan degenerado"; y los historiadores peruanos "quisieran poder borrar esta página vergonzosa de sus anales". Sería de desear que se borrase también de la vida política del Libertador sudamericano.

Después de estas renuncias de aparato, de estas contradicciones entre las palabras solemnes y los actos por él mismo condenados y ensalzados, y de estas trivialidades, hay que reconocer que el delirio de las grandezas, síntoma de la demencia del poder absoluto o de la depresión moral, estaba cercano. Por el momento se limitaba a aceptar contra su conciencia, según decía, lo que el Congreso le daba sin derecho. ¡No tardaría en imponer a ese mismo Congreso, con las bayonetas colombianas al pecho, su poder a perpetuidad, que declaraba absurdo y criminal, y merecedor de la execración de las generaciones venideras, haciendo del Perú un parásito de Colombia! El poder, y el poder personal sin control durante la vida, era como la túnica de la fábula adherida a su ser, y de que sólo se desprendería con los últimos pedazos de su carne.

III

La asamblea general de las provincias del Alto Perú convocada por Sucre fué más allá que el congreso peruano. Lo declaró "hijo primogénito del Nuevo Mundo; el Salvador de los Pueblos"; se puso bajo la protección de su espada y de los auspicios de su sabiduría (19 de julio de 1825). Declarada su independencia con el consentimiento del Bajo Perú, y sin oposición de las Provincias del Río de la Plata, a que había pertenecido en la época colonial, dió a la nueva nación el nombre de "República de Bolívar", bajo la forma representativa, y decretó que el Libertador tendría el supremo poder ejecutivo de ella en todo tiempo, por todo el tiempo que residiese en su territorio (11 y 31 de agosto). En su ausencia, el mando de hecho recaía en Sucre (3 de octubre). En seguida, disolvióse, y convocó una asamblea constituyente, pidiendo a Bolívar le diese un proyecto de constitución (6 de octubre) y una guarnición de 2000 colombianos para su custodia (4 de octubre). ¡Para exceder al senado de Tiberio, sólo le faltó nombrar segundo Libertador a su caballo!

Sus atracciones lo llamaban hacia el Sud. Ya se ha visto que al mismo tiempo que aparentaba renunciar la presidencia de Colombia, meditaba trasladarse a territorio argentino, con el objeto, según decía, de consolidar la independencia de la América, teniendo en vista la guerra entre las Provincias Unidas y el Imperio del Brasil. Poco después (julio de 1825) ofrecía a Chile sus auxilios para expulsar a los españoles de la isla de Chiloe. Aceptado el ofrecimiento sólo en cuanto a subsidios, contestó evasivamente, pues lo que él quería era poner el pie en aquel territorio a la cabeza de sus soldados para dominarlo. A la vez que con las tropas de Colombia sujetaba a los pueblos que estaban bajo su dictadura y hacía presión sobre los que estaban sustraídos a su influencia militar y política, se había hecho autorizar por el Congreso para trasladar el ejército peruano de mar y tierra a Colombia, con el pretexto de una invasión francesa, lo que le hizo atribuir por sus mismos compatriotas el designio de oprimir a su patria con soldados extranjeros, como lo hacía en el Perú y Bolivia. En vez de propender a fundar gobiernos regulares sobre la base de la independencia de los pueblos y la verdad de las instituciones republicanas, para promover su prosperidad interna, todo su plan político iba reduciéndose a un principio pretoriano y un presidente vitalicio o sea un monarca ocioso sin corona, con ejércitos permanentes por todo sostén. La concepción no podía ser más grosera, y estaba no sólo más abajo de la razón pública, sino también de su propio nivel moral. Era un doble oprobio, para los pueblos y para él, que los dos expiarían.

Deseoso de recorrer toda la extensión del territorio libertado por sus armas y tocar las soñadas fronteras argentinas, a la vez que ansioso de vanagloria, se trasladó al Alto Perú. Delegó el mando del Perú en un consejo de gobierno, con sus facultades dictatoriales sujetas a su beneplácito. Su viaje desde Lima hasta Potosí fué un paseo triunfal. Las ciudades salían a su encuentro para ofrecerle sus llaves forjadas en oro y presentarle cada una de ellas caballos de batalla enjaezados con estribos, bocados y guarniciones de oro puro. Al pasar por Arequipa, se encontró allí con el general Alvarado, quien le ofreció un banquete rústico de una ternera asada con cuero a estilo de las pampas argentinas y de los llanos de Colombia, invitación que aceptó con la condición de que el asado fuera sin sal, pues así se usaba en su país. En la mesa, al advertir que los vinos eran de Burdeos, preguntó si no había *Champaña*. El general Alvarado le mostró una fila de botellas con el letrero embriagador formadas a su espalda. "De ese quiero —repuso— porque este día es muy placentero para mí". Y se lanzó a brindar, repitiendo sus libaciones contra su habitual sobriedad. La escena de los banquetes de Quito y Guayaquil se repitió, pero con caracteres más tempestuosos. En uno de los brindis, al hacer alusión a la unificación de Sud América, dijo que "en breve pisaría el territorio argentino". El coronel Dehesa, que se hallaba presente y estaba también acalorado por el vino, le dijo que "sus compatriotas no aceptaban dictadores en su territorio". Bolívar de un salto trepó delirante a la mesa del banquete, y rompiendo con furia vasos y platos bajo el taco de su bota, prorrumpió paseándose por ella: "¡Así pisotearé la República Argentina!" Este estallido de iras concentradas se explica por la tenaz oposición que hacía por entonces la prensa de Buenos Aires a sus planes absorbentes y antidemocráticos.

IV

En Potosí se encontró Bolívar con dos enviados argentinos, encargados de una misión diplomática cerca de su persona como gobernante, que venían a felicitarlo a la vez en nombre del congreso de las Provincias Unidas del Río de la Plata, por sus grandes triunfos en pro de la independencia de la América. Los enviados eran: el general Carlos María de Alvear y el doctor José Miguel Díaz Vélez. Las escenas de la entrevista de Guayaquil volvieron a repetirse en punto menor. Oficialmente les significó, por intermedio de su secretario, que los recibiría para agradecer sus felicitaciones, aunque no pudiese tratar con ellos, por hallarse su ministro de Relaciones en Lima, que era el asiento del Gobierno (8 de octubre de 1825). Pero sucedía que al mismo tiempo que adoptaba esta actitud empacada, le llegaba la noticia de que los brasileños habían ocupado las provincias de Mojos y Chiquitos, pertenecientes a Bolivia, lo que lo constituía en aliado de hecho de la República Argentina en una guerra inminente con el Brasil. Los horizontes de Bolívar se dilataron más. El había dicho al general Alvarado en Arequipa: "Tengo veintidós mil hombres, que no sé en qué em- "plearlos, y cuando la República Argentina está amenazada por el Bra- "sil, que es un poder irresistible para ella, se me brinda la oportunidad "de ser el regulador de la América del Sud. Le ofrezco á usted un "cuerpo de seis mil hombres para que ocupe á Salta". El general argentino rehusó el ofrecimiento con paliativos propios de su carácter. Pocos días después le dijo: "El enviado que viene de Buenos Aires es el "general Alvear; él aceptará con uñas y dientes la propuesta que usted "ha desechado".

La primera conferencia confidencial del libertador con los enviados argentinos en Potosí (18 de octubre), que ha permanecido hasta hoy desconocida, es característica y revela lo que pasaba en aquel momento en el alma de Bolívar. Los enviados le hicieron conocer el objeto diplomático de su misión, que era ponerse de acuerdo con él para hacer frente al Imperio del Brasil, que habiendo ocupado la Banda Oriental, perteneciente a las Provincias Unidas, amenazaba la existencia de las repúblicas sudamericanas, y que, por lo tanto, era de interés común estrechar las relaciones de las cuatro repúblicas existentes de Colombia, Perú, Chile y Provincias Unidas del Río de la Plata, a fin de hacer reconocer al emperador del Brasil sus deberes internacionales y reducirlo a sus límites. El Libertador, manifestándose conforme con las vistas generales de la política argentina, objetó que su posición era singular, pues si bien era presidente de Colombia y encargado del mando supremo del Perú, se había desprendido de dirigir las relaciones exteriores. Los plenipotenciarios argentinos, con el objeto de sondar sus disposiciones, le pidieron quisiera darles un consejo respecto del modo como debieran proceder en tales circunstancias. Bolívar, dejándose arrebatar por su vanidad, que anteponía a todo su personalidad, les indicó que podían dirigirse oficialmente a los gobiernos de Chile y del Perú, y limitarse por el momento a felicitarlo a él como a un general vencedor. Se le demostró perentoriamente que su proposición era inadmisible, pues un gobierno independiente y soberano como el de las Provincias Unidas no podía enviar ministros plenipotenciarios para felicitar a un simple general, cualquiera que fuera la eminencia de sus servicios, y que, por lo tanto, no podían hacerlo sino previamente reconocidos como tales por el Libertador en su carácter de jefe supremo de

Colombia y el Perú. El Libertador, tratando de enmendar su ligereza, declaró que su objeción no envolvía la negativa de reconocer a los enviados en su carácter, y dando un sesgo a la conferencia, se quejó amargamente de los ataques que le dirigía la prensa de Buenos Aires, especialmente *El Argos,* haciendo moralmente responsable de ellos al gobierno argentino. El Libertador no pudo mantenerse en este terreno después de las francas y amistosas explicaciones que le dieron los plenipotenciarios.

Abordaba de nuevo la cuestión del Brasil, el Libertador buscó una evasiva, que respondía a su plan de unificación continental: "En este asunto —dijo— encuentro dificultades aun para ser tratado en Lima, "y la principal es que las repúblicas del Perú y Colombia, ligadas por "el pacto de confederación del congreso de Panamá, han renunciado á "entrar en ningún convenio ó tratado con otra nación". El general Alvear, tomando la palabra, observó que no tenía conocimiento de tal compromiso, ni podía concebirse que las naciones independientes de la América hubieran renunciado a la facultad soberana de entrar en tratados con las demás naciones, delegándola en el congreso del Istmo, y que por lo que respectaba a su gobierno, consideraban tal proyecto absolutamente impracticable, por no estar comprendida semejante condición en la autorización pedida al efecto al congreso argentino. Aquí volvía a encontrarse en el terreno diplomático la hegemonía argentina con la colombiana. El Libertador, reconociendo la fuerza de la objeción, declaró: que con respecto al Perú y Colombia, el compromiso estaba subsistente; agregando con tal motivo: que él había sido de opinión de no invitar a los Estados Unidos al congreso panameño, lo que se había verificado por iniciativa exclusiva del vicepresidente Santander, a quien manifestara que, dada tal participación, era más conveniente eludir la reunión de los plenipotenciarios americanos en el Istmo, lo que felizmente estaba salvado por cuanto dichos estados no concurrirían.

Los plenipotenciarios argentinos, volviendo a la cuestión con el Brasil, insistieron en su proposición de una liga ofensiva de las cuatro repúblicas sudamericanas, para poner a raya al Imperio, ya fuese para prevenir la guerra, ya llevarle la guerra a su territorio, si no había otro medio de hacerlo entrar en razón, y que tal empresa era digna del libertador de Colombia y del Perú, a quien le estaba reservada su dirección. Bolívar, vivamente impresionado, se mostró dispuesto a entrar en el plan; pero descubrió sus temores de que la Inglaterra pudiese oponerse a él, por lo cual se necesitaba una razón ostensiblemente poderosa que justificase la intervención del Perú y de Colombia en la cuestión. Los enviados, haciendo entonces uso de un artículo secreto de sus instrucciones, le sugirieron el medio de limitar el común concurso, sin necesidad de recurrir a las armas, enviando al efecto el Libertador un plenipotenciario a Río de Janeiro, el que, unido con otro de las Provincias Unidas, y de acuerdo ambos, exigiesen la restitución de la Banda Oriental en nombre de las repúblicas sudamericanas, y pidiese a la vez una reparación por el insulto hecho al Perú y Colombia al ocupar los territorios de Mojos y Chiquitos que se hallaban bajo la protección de sus armas. El Libertador, inclinado por un momento a aceptar este término medio, volvió a insistir en la participación que correspondía al congreso del Istmo, y que mientras tanto enviaría un edecán suyo al gobierno imperial, que a la vez de significarle su desagrado y "largar una que otra bravata militar" que lo alarmase, averiguara el modo de sentir de la Inglaterra al respecto. Los enviados le declararon

que, a pesar del respeto que les merecían sus opiniones, no podían menos de manifestarle que tal concurso moral era bien poco, pues el Brasil no se alarmaría por amenazas indirectas y mantendría mientras tanto la ocupación de la Banda Oriental, a cuyo efecto hacía grandes preparativos militares en su frontera.

En este estado de la conferencia, el Libertador, no obstante la reserva que se había impuesto, dió rienda suelta a su imaginación y descubrió sus propósitos secretos. "Voy á proponerles una idea neutra —"dijo—. He hecho reconocer el Pilcomayo y procurado adquirir todos "los conocimientos posibles para proporcionarme la mejor ruta al Pa-"raguay, con el proyecto de irme á esa provincia, echar por tierra á su "tirano y libertar á mi amigo Bompland". Alvear le preguntó qué pretexto daría para una invasión contra el Paraguay. "Antes haré una "protesta de que voy á libertar ese país para volverlo á las Provincias "del Río de la Plata, y su gobierno podría incitarme para que fuese á "aquel país á sacarlo de las garras de un alzado". A esto replicaron los enviados que, según los principios de liberalidad adoptados por las Provincias Unidas, creían difícil que su gobierno se prestase a hacer tal invitación. "Me bastaría solamente —dijo entonces— que los argentinos "no gritasen mucho creyendo que quiero usurparles parte de su terri-"torio; y yo protesto que se incorporará á las Provincias Unidas del "Río de la Plata. En el Paraguay podría aumentar mi ejército, y bajo "cualquier pretexto, que nunca falta, socorrer al gobierno de las Pro-"vincias Unidas si estuviese empeñado en la guerra con los brasileros".

En la segunda conferencia (9 de octubre) volvió a insistir sobre la misma proposición, pidiendo a los enviados la transmitiesen a su gobierno y recabaran de él la competente autorización para entrar en un territorio que reconocía ser una pertenencia argentina. "El objeto "que me propongo —agregó— tiene mucho de romancesco, y hará rui-"do en Europa. Es una empresa digna de los tiempos heroicos". Los enviados que habían recapacitado sobre el auxilio de un aliado tan peligroso, prestado en condiciones tan equívocas, presentaron algunas objeciones fundamentales. Aun en el caso de que el gobierno quisiese acceder a ella, dijeron, era necesario una ley del Congreso, y sería dudoso que pudiera autorizar una expedición semejante, por haberse adoptado una línea de conducta que se fundaba en no obligar a entrar por la fuerza ningún territorio en la asociación nacional. A la vez le observaron con cierta malicia que, al transmitir la proposición a su gobierno, éste se vería en perplejidad, pues por una parte el Libertador aseguraba que no tenía facultades para entender en negocios diplomáticos, y al mismo tiempo pedía autorización para invadir una provincia que ninguna ofensa había hecho a Colombia ni al Perú. A lo que respondió Bolívar que el negocio del Brasil podía tener complicadas ulterioridades y era menester proceder con formalidad, mientras que con el Paraguay no era así, pues destruído su gobierno, todo estaba acabado.

La contestación del gobierno argentino fué en consonancia a las objeciones hechas de antemano por sus enviados: "El gobierno (argen-"tino) no puede absolutamente alterar los principios que sirven de base a su política con respecto á los demás gobiernos existentes". Las dos políticas estaban frente a frente: la boliviana y la argentina.

V

Trasladado Bolívar a Chuquisaca, las negociaciones sobre alianza parcial o general, en que intervino también Sucre, no dieron ningún

resultado. Los enviados argentinos volvieron a inculcar sobre la necesidad de que el Libertador, poniendo en ejercicio las disposiciones que había manifestado, diera algunos pasos en el sentido de hacer concebir temores a la corte del Brasil, a fin de contribuir a mantenerla en la actitud que parecía haber tomado. El Libertador contestó: "He hecho "recostar todo mi ejército sobre las fronteras del Brasil, y ahora voy á reforzarlo con un regimiento de caballería, y yo mismo pienso pre- "sentarme allí en persona. Esto no podrá menos de causar una grande "alarma en el Janeiro, é indudablemente contribuirá al logro de vues- "tros deseos". Agregó que estaba dispuesto a enviar un ministro a Río de Janeiro, el que pasara por Buenos Aires, a fin de ponerse de acuerdo con el gobierno argentino. Los enviados argentinos dieron las gracias al Libertador por las buenas disposiciones que manifestaba en favor de las Provincias Unidas; pero todo esto no pasó de sueños y palabras.

Las vidriosas relaciones entre el gobierno argentino y el boliviano se alteraron profundamente por este tiempo, con motivo de la ocupación de Tarija por tropas colombianas, que variaba los límites entre ambos países. Las negociaciones sobre alianza ofensiva y defensiva contra el Brasil, o de mero acuerdo diplomático, quedaron de hecho interrumpidas, y todo anunciaba más bien una ruptura entre las dos repúblicas. En tal estado, Bolívar entró en conferencias privadas con el general Alvear, y éste, como lo había previsto Bolívar, entró de lleno en sus miras. Nada menos soñaba el Libertador que subordinar a su influencia las Provincias Unidas del Río de la Plata como regulador; llevar adelante en unión con ellas la guerra contra el Brasil; derribar el único trono levantado en América, y remontar de regreso la corriente del Amazonas en su marcha triunfal al través del continente subyugado por su genio. Hallábase allí por acaso el coronel Manuel Dorrego, cuya aparición hemos señalado, que como uno de los caudillos del partido federal, en oposición al unitario que dominaba en Buenos Aires, entró también de lleno en los planes de una intervención boliviana, a fin de variar la situación argentina, conmovida ya por la sublevación parcial de algunas de sus provincias. Los tres quedaron de perfecto acuerdo.

Por este tiempo fué nombrado Rivadavia presidente de las Provincias Unidas. El consideró que Bolívar, lleno de gloria, de ambición y de soberbia, con su ejército triunfante acampado en la frontera norte de la República Argentina, era un peligro. Los planes de intervención en la vida interna de los vecinos encontraban eco simpático en el partido anárquico, cuyos jefes iban a pedirle sus inspiraciones en Chuquisaca, mientras su nombre sonaba en los disturbios de Tarija y en los alborotos de las provincias, y principalmente en Córdoba. La prensa oposicionista a Rivadavia propiciaba su intervención armada, repitiendo, como Bolívar, que la República Argentina era impotente para triunfar por sí sola del emperador del Brasil, y aun para organizarse, sin la "asistencia del genio de la América", como por antonomasia le llamaba. Fué entonces cuando Rivadavia dijo: "Ha llegado el momento de oponer los principios a la espada", y levantó la bandera pacífica de la nueva hegemonía argentina. Bolívar y Rivadavia volvieron a hallarse frente a frente como en 1823. (Véase cap. XLIX, § I). El gobierno argentino, fuerte en sus principios, reaccionó contra el plan absorbente del congreso de Panamá, compuesto de las repúblicas sometidas a la influencia de Bolívar, y el proyecto quedó desautorizado. La prensa liberal del Río de la Plata empezó a analizar simultáneamente las tendencias de aquella monocracia confusa, que era la nega-

ción del sistema representativo republicano, y estos escritos repercutieron en toda la América, encontrando eco hasta en la opinión de Bolivia, el Perú y Colombia. Chile, donde los principios argentinos habían cundido, bajo una administración modelada por la de Rivadavia, fue la primera república que se unió a la resistencia de las Provincias Unidas.

Bolívar, perseverando siempre en sus planes absorbentes y madurados, meditó abrir una campaña en sentido opuesto al que habían traído sus armas libertadoras de Norte a Sud, llevando sus principios reaccionarios de Sud a Norte hasta conquistar a su propia patria y restablecer en el hecho el sistema colonial contra el cual había heroicamente combatido. Para realizarlo, regresó al Perú y delegó sus facultades dictatoriales en su teniente Sucre, como procónsul del imperio boliviano. Era ya el jefe supremo de tres repúblicas que abrazaban la tercera parte de la América del Sud, y de dos de ellas dictador absoluto con el título vago de Libertador. Esto no satisfacía aún su ambición: aspiraba a la monocracia vitalicia, sobre la base de la hegemonía militar de Colombia.

VI

Desde Lima envió Bolívar su proyecto de Constitución para la República de Bolivia (25 de mayo de 1826). Es ésta la más original de sus obras, y puede considerarse, si no como el Evangelio, como el Corán del imaginario sistema político boliviano.

Todas las obras de Bolívar, así en el orden político como militar, son tan características que ha sido necesario inventar palabras apropiadas para simbolizarlas. Su sistema de guerra, si tal puede llamarse, es una mezcla sin nombre de las nativas propensiones guerreras de los indígenas y de la disciplina europea, en que, con poca táctica y menos estrategia, el instinto preside a los combates y la inspiración a los movimientos, alcanzando al fin la victoria por la audacia de las concepciones, el ímpetu de los ataques y la constancia incontrastable en los reveses. Esta escuela sin nombre puede llamarse la escuela militar de Bolívar, que tiene, por lo arriesgado, algo de la de Carlos XII. Su predominio se simboliza con un nombre nuevo que lo inviste con la dictadura permanente: se llama *Libertador*. Su plan político no es ni democrático, ni aristocrático, ni autocrático, y para caracterizarlo un historiador universal ha tenido que inventar la palabra *monocracia*, que es la única que le cuadra. Para bautizar la nueva república del Alto Perú al ofrecerle su constitución, él inventó un nombre derivado, y la llamó *Bolivia*. "Sólo Dios tenía potestad para llamar á esa tierra *Bolivia*. "¿Qué quiere decir Bolivia? Un amor desenfrenado de libertad. No hallando vuestra embriaguez una demostración adecuada á la voluntad de "sus sentimientos, arrancó vuestro nombre, y dió el mío á todas vuestras generaciones". Esta definición en que la lascivia se confunde con la pasión sublime por la libertad humana, asociada al acto de la generación sucesiva, hace pensar en su "amor desenfrenado" del poder, a que le cuadraría también una palabra análoga para caracterizarlo.

La Constitución de Bolivia, ideada por Bolívar, es una combinación ingeniosa por su mecanismo, una concepción de ideólogo por su propio comentario, una amalgama confusa de reminiscencias antiguas, prácticas modernas, teorías aristocráticas y formas democráticas, que tiene algo de la república griega y del cesarismo romano; un poco del monarquismo inglés y de la primera Constitución consular de Napoleón,

que procura alejarse y acercarse a todas ellas. En su fondo es una masa informe, en que talla la estatua de su poderío monocrático. Menos abnegado que los legisladores de Atenas y de Esparta, en vez de emprender viaje lejano después de imponer sus leyes, o pedir que sus miembros fueran despedazados y sus leyes se cumplieran hasta que ellos se reunieran, el legislador americano amoldaba los miembros de los pueblos a su estatura, y los esclavizaba a su persona durante su vida, fundando un verdadero imperio inorgánico. El modelo que presenta es la Constitución de Haití, que califica como la primera república democrática del mundo; pero vese que ha tenido presente el proyecto de Sieyes, borroneado por Bonaparte, y que su ideal es el primer cónsul de la Francia, cuya exaltación presenció en su juventud y despertó en él un gran entusiasmo.

El punto céntrico de atracción, la base de su sistema constitucional, es la presidencia vitalicia, con facultad de elegir su sucesor hereditario, como el Bajo Imperio Romano pintado por Tácito. "El presidente de la "república —dice en su comentario— viene á ser como el sol, que firme "en su centro da vida al universo. Esta suprema autoridad debe ser "perpetua; porque en los sistemas sin jerarquías se necesita más que "en otros un punto fijo alrededor del cual giren los magistrados y los "ciudadanos: los hombres y las cosas. *Dadme un punto fijo*, decía un "antiguo, *y moveré el mundo*". Para Bolívar este punto es el presidente vitalicio: "Un presidente con derecho de elegir su sucesor, es la ex-"presión más sublime en el orden republicano". Y justificando la herencia como principio fundamental, agrega: "Siendo la herencia la que "perpetúa el régimen monárquico, y lo hace casi general en el mundo, "¿cuánto más útil no es el método para la sucesión del vice-presidente? "El presidente nombra al vice-presidente para que administre el Estado "y le suceda en el mando. ¿Que fueran los príncipes hereditarios elegidos "por el mérito y no por la suerte, y que en lugar de quedarse en la "inacción se pusieran á la cabeza de la administración? La monarquía "que gobierna la tierra, ha obtenido sus títulos de aprobación de la "*herencia* que la hace estable, y de la unidad que la hace fuerte. Estas "grandes ventajas se reúnen en el *presidente vitalicio y vice-presidente* "hereditario". A pesar de declarar en seguida imposible la fundación de nuevas monarquías en América, lo que propone es una monarquía electiva en su origen fundada sobre el principio hereditario.

La noción más nueva de este proyecto es la división de los poderes. El cuerpo electoral en su plan ideológico es una especie de asamblea popular permanente periódicamente renovable por el voto pasivo, y constituye la base del edificio, como depositaria del ejercicio de la soberanía delegada en épocas fijas y con representación política en nombre de ella, combinación que daba a las localidades la autonomía de los estados federados, según su carácter. Del cuerpo electoral nacía la representación nacional, que por la primera vez elegiría el presidente vitalicio, el cual a su vez crearía por la herencia la sucesión de los presidentes perpetuos. Aleccionado con el rechazo del senado hereditario en el congreso de Cúcuta, no insistió en la idea; dividió al poder legislativo en tres cámaras, creando una de censura, como en la república romana, con las funciones del areópago de Atenas, o sea un tercero en discordia, especie de entidad moral entre los poderes coordinados del Estado.

Con arreglo a esta Constitución, sancionada con ligeras modificaciones y adiciones por el Congreso de Bolivia, bajo la presión moral de Sucre y la material de las bayonetas colombianas, fue elegido el vencedor de Ayacucho casi por unanimidad presidente vitalicio de Bolivia,

con la supremacía de Bolívar, que ejercía el poder supremo toda vez que hiciese acto de presencia en su territorio. La ambición de Bolívar no podía encerrarse en el estrecho recinto de Bolivia. Su plan era más vasto. Bolivia no era sino la unidad de su sistema constitucional, con su monocracia por coronamiento. Era necesario para realizarlo imponer la misma Constitución al Perú y hacerla aceptar de Colombia, confederando las tres repúblicas, atadas por el vínculo de su persona, con el nombre de Libertador.

No habían aún transcurrido cuarenta días después de la sanción de la Constitución de Bolivia y ya era ley fundamental del Perú. Al tiempo de reunirse el congreso ordinario, apareció un partido nacional, opuesto a la continuación de la dictadura y a la ocupación de las tropas colombianas. El gobierno delegado del dictador objetó las elecciones de los diputados, y cincuenta y dos de ellos, por servilismo o bajo la presión de amenazas y promesas, pidieron su propia disolución, a lo que concurrió en parte el descubrimiento de una conspiración contra el Libertador, que llevó al suplicio a algunas víctimas y otras al destierro. Reunidos en estas circunstancias los colegios electorales, Bolívar amenazó abandonar a los peruanos a su destino. Todos los artificios oficiales y del personalismo se pusieron en juego para hacerle desistir de su resolución, aun cuando la Constitución boliviana fuese impopular a la gran mayoría y la dictadura universalmente odiada (agosto de 1826). Peticiones civiles y militares, diputaciones y manifestaciones de apariencia popular, se sucedieron, suplicando al Libertador no los desamparara. La abyección llegó a tal grado de vileza que un dignatario del Estado se echó al suelo ante el ídolo y le pidió que le pusiera un pie en el pescuezo, para poder decir que había sostenido al hombre más grande del siglo. No bastando todo esto para vencer la aparente resistencia del Libertador, acudió la reserva: las limeñas. Una diputación de damas le rodeó, le acarició, y al fin, de aquel grupo de gracias salió una voz armoniosa que fué cubierta de aplausos: "¡El Libertador se queda!" El dijo: "Cuando la beldad habla, ¡qué pecho puede resistirse! Yo he sido solda-"do de la beldad, porque he combatido por la libertad, que es bella y "hechicera, y lleva la dicha al seno de la hermosura, donde se abrigan "las flores de la vida". Toda esta farsa, estas presiones y ejecuciones sangrientas y esta retórica no eran sino una exhibición teatral para imponer brutalmente su presidencia vitalicia y realizar su sueño monocrático. Jamás un grande hombre descendió tanto, envileciendo a un pueblo. ¡Qué contraste con la sinceridad y el desprendimiento de San Martín en el mismo teatro!

El colegio electoral de Lima, rodeado de bayonetas colombianas, se reunió en la universidad de San Marcos (6 de agosto de 1826). Por unanimidad resolvió: que se derogase la Constitución republicana de 1823 y se aceptara la boliviana a libro cerrado, como "un código divino que convertiría la sociedad política en paraíso de libertad". Los colegios electorales de las provincias se uniformaron con este voto; la nueva Constitución fué jurada y Bolívar fué aclamado de este modo presidente perpetuo del Perú. Al anticiparse a aceptar el voto falsificado de los electores de Lima, les dijo: "Mi Constitución es la obra de los siglos. Con-"gratulo á los representantes de esta provincia que la hayan aceptado. "Han conformado su opinión con la mía acerca de los intereses políti-"cos de la duración, ventura y tranquilidad de los pueblos". Como de costumbre, renunció de antemano la presidencia vitalicia que se le ofrecía, para admitirla inmediatamente después sin condiciones. Pero esto no bastaba aún a su ambición insaciable.

VII

Uniformado el sistema constitucional de Bolivia y el Perú, ocupóse Bolívar en llevar adelante sobre esta doble base su plan de confederación americana, de la que él sería múltiple presidente perpetuo y regulador supremo, con el título de libertador o protector. Sería entonces más que un monarca, y tendría la ubicuidad de un Dios desde el mar de las Antillas y el Orinoco hasta el Pacífico y las montañas de plata de Potosí. Para realizar este sueño sólo le faltaba hacer aceptar su Constitución por Colombia. En este sentido escribió a Páez, que era el árbitro de Venezuela: "Se me ha escrito que muchos pensadores desean un prín-"cipe, con una constitución federal; pero ¿dónde está el príncipe y qué "división política produciría su anuncio? Todo es ideal y absurdo. Se "dice que de menos utilidad es mi pobre delirio legislativo que contenga "todos los males. Lo conozco; pero algo he de decir para no quedarme "mudo en medio de este conflicto. Yo desearía que con algunas ligeras "modificaciones se acomodara el código boliviano a Estados pequeños "enclavados en una vasta confederación. Desde luego, lo que más con-"viene es mantener el poder público con vigor para emplear la fuerza "en calmar las pasiones, reprimir los abusos, ya con la imprenta, ya "con los púlpitos, y ya con las bayonetas. La teoría de los principios es "buena en las épocas de calma".

La gran confederación se llamaría *De los Andes* y se formaría manteniendo la integridad de Bolivia, dividiendo al Perú en dos estados y a Colombia en cuatro, cada uno de ellos con su presidente vitalicio, satélites del gran presidente, que, según la imagen de su creador, "ven-"dría a ser como el sol firme en su centro, que da vida al universo". Sucre propiciaba decididamente el plan; Santander lo aceptaba, y los principales caudillos de Colombia, que eran los régulos de sus departamentos, lo apoyarían con sus espadas. Simultáneamente, los partidarios personales de Bolívar hacían *pronunciamientos* populares en varios departamentos, empezando por Quito y Guayaquil, que se hallaban bajo su inmediata influencia, y declaraban en sus actas que "se rogase al "Libertador se dignara recibirlos bajo su protección, y reasumir bajo la investidura de Dictador, a más de las facultades extraordinarias, "toda la soberanía nacional que reside en el pueblo; para que fijara de-"finitivamente el sistema de la República".

Puestos de acuerdo sobre el plan monocrático los dos presidentes vitalicios de Bolivia y del Perú, celebróse entre ambos países un tratado, con el objeto de formar una liga que se denominaría "Federación Boliviana", cuyo jefe supremo sería a perpetuidad el mismo Bolívar. Por este pacto quedaban las dos naciones consolidadas en una sola y ligadas por un congreso federal de nueve diputados por cada parte. El tratado era en sí una verdadera Constitución, que determinaba de antemano las facultades del Congreso y del jefe supremo, reduciendo el mecanismo del gobierno general a su más simple expresión: un soberano en el hecho, con una dieta de electores por consejeros. Este era el bosquejo de la gran confederación. Para completarla en toda su extensión territorial, se disponía por uno de sus artículos que "los go-"biernos del Perú y Bolivia nombrarían plenipotenciarios cerca del de "Colombia para negociar su adhesión al pacto de federación, con alte-"raciones o modificaciones que no variasen la esencia del tratado".

Bolívar debía tener una idea muy exagerada de la imbecilidad de los pueblos, cuando pretendía engañarlos con apariencias que no lo alu-

cinaban a él mismo. El sabía y todos lo sabían que su imperio sólo duraría lo que durase su vida, cuyos días estaban ya muy contados. Tan es así, que en el pacto entre Bolivia y el Perú se agregó un artículo: "Muerto el Libertador, los cuerpos legislativos de las respectivas repú-"blicas federadas quedarán en libertad de continuar la federación o di-"solverla". El mismo auguraba el fin trágico y estéril de su gobierno personal, cuando exclamaba: "¡Mis funerales serán sangrientos como "los de Alejandro!". Tenía la conciencia —y esto lo hace más responsable ante la historia— de que era un imperio asiático el que pretendía fundar, sin más títulos que la gloria del conquistador, ni más sostén que el pretorianismo.

Es Bolívar uno de aquellos grandes hombres de múltiples fases, llenas de luces resplandecientes y de sombras que las contrastan, a quien tiene que ser perdonado mucho malo por lo mucho bueno que hizo. Aun en medio de su ambición delirante, sus planes tienen grandiosidad, y no puede desconocerse su heroísmo y su elevación moral como representante de una causa de emancipación y libertad. No quería ser un tirano; pero fundaba el más estéril de los despotismos, sin comprender que los pueblos no pueden ser semilibres ni semiesclavos. Así, en todo lo que se relaciona con la posesión del mando, sus vistas son cortas, sus apetitos son groseros, y hasta las acciones que revisten ostensiblemente el carácter de la abnegación llevan el sello del personalismo, por no decir del egoísmo. Benjamín Constant, refutando al abate De Pradt, que sostenía la necesidad de la dictadura de Bolívar en nombre del orden, ha hecho la crítica de esta fase sombría de su carácter: "El lo "dice; pero, ¿perderíase por ventura la América meridional si el poder "de Bolívar no fuese ilimitado? ¿Hay ejemplo de que el despotismo ha-"ya dado a una nación, cualquiera que haya sido su situación moral, la "educación necesaria para el goce de su libertad? Los dictadores no "son culpables solamente de los males que hacen durante su vida; ellos "son responsables de los males que preparan y estallan después de su "muerte. Envileciendo la generación que tienen bajo su imperio, la "disponen a sobrellevar toda clase de yugo. No, la dictadura no es nun-"ca un bien, no es jamás permitida. Ninguno se sobrepone bastante a "su país y a su siglo, para tener el derecho de desheredar a sus conciu-"dadanos, encorvados bajo su pretendida superioridad, de que él es el "único juez, y que todo ambicioso puede invocar a su turno, aun siendo "el más estúpido, cuando tiene la fuerza en la mano".

La Constitución boliviana era el falseamiento de la democracia con tendencias monárquicas. El plan de la monocracia era una reacción contra la revolución misma, y contra la independencia territorial de las nuevas repúblicas, que violaba hasta las leyes físicas de la geografía. La insurrección americana había tenido por principal causa el absurdo de un mundo gobernado automáticamente desde otro mundo, bajo un régimen autoritario y personal que violentaba los particularismos y no satisfacía las necesidades políticas ni sociales del propio gobierno. La unificación de la América bajo una monocracia personal era la vuelta a otro sistema colonial, con otras formas pero con inconvenientes más graves aún. Colombia sería la metrópoli y Bolívar el soberano de quien dependerían las partes. Para esto no merecía la pena de haber hecho la revolución. El dominio del Rey de España, fundado en la tradición y la costumbre, era más tranquilo y paternal. Mejor se gobernaba a Bolivia y el Perú desde Madrid que desde Bogotá, y al menos la estabilidad de la monarquía daba más garantías que la vida pasajera de un hombre, que no veía más allá de ella sino anarquía y sangre.

Bolívar había anatematizado varias veces la monarquía en América, no en nombre de la república precisamente como el gobierno más perfecto, sino fundándose en la razón de hecho de no poder fundarla sólidamente, y había rechazado con ruidosa ostentación la corona que alguna vez se le ofreció. Después de Ayacucho, un francés le escribió desde Londres aconsejándole se proclamase rey constitucional, proposición que recibió con desprecio y transmitió al vicepresidente Santander para que la denunciase al congreso de Colombia. Más tarde Páez le propuso hacerse coronar como Napoleón (10 de diciembre de 1826). El contestó: "Yo no soy Napoleón ni quiero serlo: tampoco quiero imi-"tar a César, menos a Itúrbide. Tales ejemplos me parecen indignos de "mi gloria. El título de Libertador es superior a todos los que ha re-"cibido el orgullo humano. Por tanto, me es imposible degradarlo". Y le ofrecía en cambio la Constitución boliviana, es decir, la cosa sin el nombre; la realidad de la monarquía, sin sus vanos atributos. Cuando así hablaba, había sido ya nombrado a perpetuidad jefe supremo de Bolivia y acababa de ser proclamado presidente vitalicio del Perú, siéndolo de Colombia con facultades extraordinarias. Con este poder real y absoluto durante su vida, bien podía despreciar las cuatro tablas cubiertas de terciopelo del trono de Itúrbide, cuando tenía o creía tener en sus manos lo que valía más que un cetro de rey: el bastón de dictador perpetuo del nuevo mundo. César, con una corona de laurel, que aceptó para ocultar una calvicie como la suya, no necesitó hacerse emperador para serlo. Comwell no se atrevió o no quiso declararse rey, y al investirse con el título de Lord Protector, hizo llevar delante de sí una Bibia y su espada; Bolívar, como César y como Cromwell, era más que un rey, y con su corona cívica llevaba delante de sí, por atributos de su monocracia, su espada de libertador y su código boliviano, que era la Biblia de su ambición personificada. Por eso ha dicho un historiador universal, admirador de su genio bajo otros aspectos, juzgándolo severamente en este momento histórico en presencia del gran modelo de los gobernantes de un pueblo libre: "Washington "ha dado a la historia una medida elevada para juzgar los caracteres "públicos, medida que se había casi perdido en los siglos ocupados por el reino del sable y la violencia. Las brillantes hazañas de un Napo-"león han podido desplazar por algún tiempo esta medida, pero no al-"terarla permanentemente. La aparición de Bolívar en la escena del mundo no ha podido desplazarla en el más breve espacio del tiempo".

VIII

En medio de la embriaguez de estos vastos planes de engrandecimiento personal, de un mando sensual sin ideales y de los deleites enervantes de la Capua sudamericana, donde Bolívar llevaba hacía dos años la existencia voluptuosa de un monarca oriental, como Salomón, pero sin su proverbial sabiduría, le llegaron tristes noticias de la patria lejana, que parecía haber olvidado. Colombia se disolvía. Al mismo tiempo que sus partidarios de Guayaquil y Quito proclamaban su dictadura incondicional en las costas del Pacífico, Venezuela con Páez a su cabeza se sublevaba contra el gobierno general, proclamando la autonomía federal. El vicepresidente Santander, en pugna con ambos movimientos, los condenaba, levantando en alto la Constitución de Colombia. La prensa liberal de Nueva Granada se pronunciaba enérgicamente contra su plan monocrático. Bolívar se trasladó por mar a Guayaquil (septiembre de 1826), precedido por los pronunciamien-

tos que lo aclamaban árbitro absoluto, y reasumió inconstitucionalmente las facultades extraordinarias de presidente de la República en ejercicio, como dictador militar de hecho (septiembre), hasta el grado de casar sentencias judiciales y sentenciar procesos que no habían terminado, mandando ejecutar los reos por su orden. El pueblo y las autoridades de Bogotá salieron a su encuentro, y le manifestaron "que "podía contar con su obediencia bajo el imperio de la Constitución y las "leyes que habían jurado respetar y sostener" Esta insinuación lo turbó, y, sin oír el fin de la arenga, repuso airado "que esperaba una fe-"licitación y no consejos sobre obediencia a las leyes, ni de violación "de ellas causada por su misma iniquidad". Este acto de intemperancia, que parecía el síntoma de una política anticonstitucional, le enajenó las voluntades de los liberales granadinos principalmente. El Libertador asumió el mando con facultades extraordinarias, y se trasladó a Venezuela con el carácter de tal, delegando en el vicepresidente Santander su representación en la capital (noviembre). Venezuela se sosegó con su presencia (1º de enero de 1827). La rebelión venezolana fué ensalzada, su caudillo declarado "salvador de la patria" y sus autores premiados, con menoscabo del gobierno general. Bolívar y Páez se entendieron: quedó acordada entre ambos la reforma de la Constitución de Cúcuta, que el Libertador había jurado mantener por el espacio de diez años en 1821. Desde este momento quedó sin punto de apoyo en la opinión del país. La prensa liberal de Bogotá, dirigida por Santander, empezó a atacar agriamente su política reaccionaria. Irritado por estos ataques, o para afirmar su autoridad con un golpe teatrál, repitió una nueva e irrevocable renuncia que como todas las anteriores se disiparía en ruido vano de palabras: "Yo gimo entre "las agonías de mis compatriotas y los fallos que me esperan de la pos-"teridad. Yo mismo no me siento inocente de ambición, y por tanto me "quiero arrancar de las garras de esta furia para librar a mis con-"ciudadanos de inquietudes, y para asegurarme después de mi muerte "una memoria que merezca de la libertad. Con tales sentimientos, re-"nuncio una y mil millones de veces la presidencia de la república. El "congreso y el pueblo deben ver esta renuncia como irrevocable. Nada "sería capaz de obligarme a continuar en el servicio público. El con-"greso y el pueblo son justos: no querrán condenarme a la ignominia "de la deserción" (6 de febrero). Santander hizo también la suya, presentándose como el sostenedor de la Constitución. La votación del Congreso fué un desastre para el prestigio de Bolívar. Un senador levantó su voz diciendo: "La Constitución boliviana es el peor ultraje "que ha podido hacerse a la razón humana en este siglo de luces y de "libertad; es el conjunto de todas las tiranías, es un despotismo le-"gal, es el oprobio y degradación de los pueblos. Ella es el *Monstrum "horrendum* de que habla Virgilio. ¡No! Antes federación que escla-"vitud, primero destierro que ser vasallo de nadie. Concluyo diciendo "que debe admitirse la renuncia del presidente Bolívar, y éste es mi "voto". Venticuatro votaron por la aceptación, y cincuenta y seis en contra. La renuncia de Santander le infligió otra mortificación: su renuncia sólo tuvo cuatro votos por la aceptación y setenta en contra. Empero, continuó siendo presidente, y no desertó. Desde entonces sus renuncias quedaron desmonetizadas.

Al mismo tiempo que los cimientos constitucionales de Colombia se conmovían, el imperio boliviano se desplomaba. El Perú y Bolivia recobraban su autonomía, rompían la Constitución impuesta y depo-

nían sus presidentes vitalicios, amparados por las mismas tropas colombianas dejadas por el Libertador para su custodia.

La división colombiana en el Perú fué la primera que dió el ejemplo, deponiendo a sus jefes y declarando los oficiales que promovieron el levantamiento: "que sostendrían a todo trance la Constitución jurada de su patria", y protestaban enérgicamente "contra los pronunciamientos criminales de Guayaquil, Quito, Cuenca, Cartagena y Venezuela, que pretendían hollar el código de la nación". (26 de enero de 1827). Las campanas se echaron a vuelo en la capital de Colombia al recibirse la noticia, y el estruendo de los cohetes pobló los aires. Santander aprobó la conducta de los sublevados, y públicamente la ensalzó a los gritos de ¡Viva la libertad! ¡Viva la Constitución! Todos los colombianos sin distinción de colores políticos, y hasta las tropas de la capital, con sus músicas a la cabeza, participaron del júbilo del vicepresidente. Estaban fatigados de la gloria y del poder personal de Bolívar, que quería imponerse, sin comprender que había hecho su tiempo o errado su camino. Desde este momento se pronunció la ruptura entre Bolívar y Santander.

Este es el momento de acabar de perfilar la figura de Santander, para fijar sus contornos. General de la escuela mixta de Nariño y de Mariño, sin la inspiración de Bolívar, era más bien un hombre civil. Su carrera militar, señalada por la preparación de la reconquista de Nueva Granada, fué manchada por la cruel ejecución de los prisioneros rendidos en Boyacá, que ensangrentó sus laureles. Vicepresidente de la República y encargado del mando en ausencia del Libertador presidente, su administración fué desordenada y hundió al país en la bancarrota, aunque no se manchó con peculados. En política su papel fué duplo. A la vez que hacía profesión de fe de principios liberales, se adhirió al plan de confederación de los Andes, contra el cual se pronunció después, como sostenedor de la Constitución. Más neogranadino que colombiano, aspiraba a suceder a Bolívar en el mando de su tierra, previendo la disolución de Colombia, y sostenido por un partido que, como se ha visto en el acto de la aceptación de las renuncias, era más poderoso en el Parlamento que el del mismo Bolívar. Producida la ruptura, se lanzó en el camino de la oposición con estos propósitos, y perseverando en él le veremos terminar su carrera envuelto en oscuras conjuraciones contra el Libertador. Mientras tanto, su separación dejaba a Bolívar sin fuerzas políticas ni morales que lo apoyasen, y sin hombres de consejo que moderasen su ambición. En ese momento le faltó su último punto de apoyo en el exterior.

El ejemplo del Perú cundió en Bolivia. Las tropas colombianas, desmoralizadas por la misión pretoriana que les estaba encomendada, y odiadas por el país, llegaron a ser un peligro en vez de un sostén, a punto de pedir el mismo Sucre su retiro. Un escuadrón acantonado en Cochabamba se sublevó en masa y se refugió en territorio argentino. La guarnición de Chuquisaca se amotinó, y el vencedor de Ayacucho, al procurar contenerla con su presencia, recibió de sus propios soldados un balazo que le rompió un brazo. Otra división se sublevó en La Paz. Sucre, que había participado de las prevenciones de Bolívar contra los argentinos, no veía en tal situación más remedio, para mantener, al menos por un año, la armazón constitucional de Bolivia, —en cuya duración no creía— que una alianza o confederación con la República Argentina y Chile, que la preservase de las asechanzas del Perú. Sucre con su ascendiente moral consiguió mantener por algún tiempo un aparente orden político y militar; pero invadido el te-

rritorio boliviano por el ejército peruano al mando de Gamarra, resignó en la asamblea constituyente el mando vitalicio que le pesaba, y evacuó el país con sus tropas, declarando que Bolivia quedaba dueña de su soberanía (1º de octubre de 1827). El Perú y Bolivia quedaron desde entonces repúblicas independientes y soberanas, según el plan de la hegemonía argentina, en contraposición al plan absorbente de la hegemonía colombiana sostenida por ejércitos de ocupación.

IX

A la vez que el imperio boliviano se desmoronaba, Colombia entraba en el período de la descomposición. Máquina de guerra montada por el genio de Bolívar, para libertar a Venezuela con Nueva Granada, a Nueva Granada con Venezuela, a Quito con ambas, y asegurar el triunfo definitivo de la independencia sudamericana con los tres pueblos, era un absurdo como nación. Sus intereses eran opuestos, sus antagonismos invencibles, y la organización militar que le dió su fundador contribuyó más a inocularle los gérmenes de la disolución. Venezuela y Nueva Granada, por una tendencia natural y por una ley geográfica, aspiraban a ser naciones independientes, y no tenían un patriotismo colectivo que las identificase. Quito era como una colonia de Nueva Granada, que por sus antecedentes históricos aspiraba a la autonomía. Tal vez Bolívar pudiera haber consolidado su obra, si en vez de cambiar su papel de libertador por el de conquistador y entregarse a delirios ambiciosos en países extraños, mientras su patria se disolvía, se hubiera consagrado a regularizar su administración, promover su prosperidad interna, desarmar el militarismo, perfeccionar sus instituciones republicanas y satisfacer las legítimas aspiraciones del patriotismo ilustrado y conservador, con el prestigio de su poder y de su gloria, retirándose en tiempo para dejar una nación organizada, al menos bajo la forma federal que conciliaba todo. Habría sido en su medida moralmente tan grande como Washington, y legado a su posteridad una nación organizada y un alto ejemplo de virtud cívica que realizaría su gloria, inmortal de todos modos. Pero no estaba este esfuerzo en su naturaleza desequilibrada. Con ambiciones insaciables, fomentadas por la adulación y el orgullo; sin principios sólidos de moralidad política, con ideas convencionales cristalizadas que pretendía imponer a la razón pública en progreso, confundió su interés particular con el interés público, y como se lo decía a Benjamín Constant, llegó a creer que su dictadura ilimitada era una necesidad, que la América del Sud se perdía si no era patrimonio suyo. Así, cuando los pueblos se emanciparon de su monocracia, cuando Colombia se sublevó, cuando le faltó hasta el punto de apoyo de las bayonetas en que había fundado su imperio, llegó hasta desesperar de los destinos del Nuevo Mundo republicano que contribuyera a hacer surgir sobre el haz de la tierra, y fiar el porvenir del último fragmento de su patria despedazada a la protección de un rey extraño, renegando del credo inscripto en sus banderas victoriosas de libertador!

La gran catástrofe estaba cercana, y el Libertador la aceleró al hacer decretar la reforma de la Constitución y convocar la gran convención que sólo podría reunirse después de transcurridos diez años (en 1831). Santander se prestó a propiciar este acto con sofismas, y lo promulgó, deseoso de reconciliarse con el Libertador (7 de agosto de 1827). La convención se reunió en Ocaña, y ha pasado a la historia con este nombre tristemente famoso en los anales del despotismo bo-

liviano (9 de abril de 1828). El partido santanderista resultó en mayoría. Después de vanas tentativas para convenir los dos partidos en un proyecto de reforma constitucional, sin que nadie se atreviese a pronunciar la palabra de presidencia vitalicia, la convención se disolvió por la deserción de los partidarios de Bolívar en minoría, instigados indirectamente por él (10 de junio). La República se declaró acéfala de hecho. En tal situación, reunióse en Bogotá una junta popular convocada por el intendente de la ciudad (13 de junio). El general Córdoba, el de la proclama de "paso de vencedores" en Ayacucho, con un latiguillo en la mano, cruzado de piernas en una silla, dictó la siguiente resolución: "No obedecer a la convención de Ocaña; revocar "los poderes de sus diputados, y que el Libertador presidente se en- "cargase del mando supremo de la república con plenitud de faculta- "des en todos los ramos". Bolívar respondió a este llamado anárquico declarando que "se apresuraba a satisfacer los votos de la capital, que "había tomado a su cargo salvar a la patria de la anarquía". Desde entonces, según las palabras de un imparcial historiador europeo, "el "Libertador se quitó la máscara de liberalismo con que se había cu- "bierto por tanto tiempo el rostro, y mostró en toda su desnudez la "fealdad de una ambición vulgar y repugnante".

Autorizado por los pronunciamientos que respondían al de Bogotá, asumió la dictadura y suprimió al vicepresidente que a última hora quiso reconciliarse otra vez con él. La jurisdicción militar prevaleció sobre la civil; los principales opositores fueron deportados como perturbadores del orden público; se prohibió en las universidades hasta la lectura de los escritos de legislación de Jeremías Bentham, que había sido su numen, y se reemplazaron con tratados de teología, suprimiendo la enseñanza del derecho público, del derecho constitucional y administrativo. Por último, quedó restringida la libertad de la prensa. Prometió, empero, reunir un nuevo congreso constituyente en el plazo de un año, y respetar mientras tanto las garantías constitucionales. No era un tirano; pero era un déspota sin rumbo.

Exaltado el espíritu de la juventud liberal, extraviada por las reminiscencias de la antigüedad, vieron en el Libertador un César, y evocaron al puñal de Bruto. Santander, que participaba de lejos de los trabajos de los conjurados, nombrado por Bolívar para desempeñar una misión diplomática, se oponía al asesinato; pero el asesinato quedó resuelto. Bolívar dormía en brazos de una querida traída de Lima, a la que el pueblo llamaba "la libertadora", cuando los conjurados golpearon su puerta a altas horas de la noche, después de sorprender la guardia de su palacio (25 de septiembre). Pudo evadirse a tiempo, y la conjuración falló. Los principales conjurados fueron juzgados militarmente y suspendidos en la horca, entre ellos el almirante Padilla, el héroe de Maracaibo, que había tomado una participación indirecta en el movimiento. Era mulato como Piar. Santander fué condenado a muerte, y Bolívar conmutó su sentencia en destierro. Así terminó su carrera este espectable personaje, de incontestable mérito, pero de carácter equívoco. Desde este día, Bolívar quedó civil y políticamente muerto fué una sombra de sí mismo.

Las tropas colombianas sublevadas en el Perú, introdujeron la guerra civil en Guayaquil. La provincia de Pasto volvió a insurreccionarse. El Libertador declaró la guerra al Perú, para someterlo de nuevo, y fué ésta la primera guerra entre las repúblicas sudamericanas, provocada por el mismo que les dió la independencia. Los peruanos invadieron a Guayaquil. Sucre, al frente de las sólidas tropas co-

lombianas, venció al ejército peruano que le hizo frente en Guayaquil. Bolívar trató con los pastusos en condiciones humillantes, y después de abrir en persona hostilidades sobre Guayaquil, donde perdió sin pelear 3000 hombres en sus pantanos, firmó al fin la paz con el Perú.

X

Durante la guerra con el Perú y más aún después de terminada, Bolívar consideró perdida la América, desde que no estuviesen todas las repúblicas sometidas a su dominación reguladora. Desde su cuartel general de Quito, dirigióse oficialmente a su consejo de ministros en Bogotá:. "El espantoso cuadro que ofrecen los nuevos Estados ame- "ricanos hace prever un porvenir muy funesto, si una nación podero- "sa no media entre ellos. No queda otro recurso (en el concepto del "Libertador) que el que se hable privadamente a los ministros de Es- "tados Unidos y de Inglaterra, manifestándoles las pocas esperanzas "que hay de consolidar los nuevos gobiernos americanos, si un Estado "poderoso no interviene en sus diferencias o toma la América bajo su "protección". Los ministros le objetaron que Colombia no tenía personería de los demás Estados americanos para someterlos a la protección de una potencia extranjera y disminuir así los derechos de su soberanía. El Libertador insistió en su idea recargando las sombras del cuadro: "Desde que las diferentes secciones americanas han en- "sayado infructuosamente todas las formas de gobierno simples o "mixtas, comprendidas entre la democracia pura y el completo abso- "lutismo; después que los pueblos ineptos para gobernarse a sí mis- "mos, son frecuentemente la presa del primer ambicioso; desde que la "desmoralización ha penetrado en el corazón de los ejércitos; y cuan- "do la antigua metrópoli hace preparativos para una nueva y fuerte "expedición, es inevitable deplorar anticipadamente la suerte del Nue- "vo Mundo. La América necesita de un regulador, y con tal que su "mediación, protección o influencia emanen de una nación poderosa "del antiguo continente, y ejerza un poder bastante que en caso de "ser desatendida, emplee la fuerza y haga oír la voz del deber, lo de- "más es cuestión de nombre. El Libertador no se adhiere a la pala- "bra; busca la cosa. Busquemos una tabla de que asirnos, o resigné- "monos a naufragar en el diluvio de males que invaden a la desgra- "ciada América".

Antes de emprender su última campaña del Sud, el Libertador había manifestado confidencialmente a varios de sus amigos "que "Colombia y toda la América española no tenía otro remedio para li- "bertarse de la anarquía que la devoraba, que establecer monarquías "constitucionales, y que si Colombia se decidiera por este sistema de "gobierno y llamase a reinar a un príncipe extranjero, él sería el pri- "mero que se sometería a su autoridad y lo apoyaría con su influjo". Fué más explícito aún con el encargado de negocios de la Gran Bretaña, coronel P. Campbell, al que se había dirigido sobre el proyecto de monarquía que se meditaba en Bogotá. Según él, "dadas las muy "graves dificultades que había para organizar la república, acaso el "único medio sería el establecimiento de la monarquía, llamando a un "príncipe extranjero que profesara la religión católica; pero que pa- "ra esto era necesario poder contar con los auxilios de una gran po- "tencia como la Francia o la Inglaterra, que defendiese a Colombia "de los ataques de las demás repúblicas americanas". El Libertador autorizó a Campbell a hacer el uso que quisiera de la carta.

Con estos antecedentes y afirmado por la declaración hecha a Campbell, el consejo de ministros empezó a trabajar en el sentido de propiciar la idea por medio de la prensa y exploró la opinión de los jefes del ejército, del clero y de los altos dignatarios del Estado, de quienes mereció general aprobación. Páez, que antes había aconsejado al Libertador que se coronase como Napoleón, exigió antes de prestarle su aquiescencia que Bolívar se pronunciase categóricamente sobre el particular. Mientras tanto, los ministros del Libertador, en vez de negociar sobre la base de un protectorado europeo para toda la América, idea que consideraban, y con razón, no sería ni discutida por ningún diplomático serio, se consideraron autorizados para abrir una negociación confidencial con el enviado de la Francia, el Conde de Bresson, acreditado cerca de la República, que había manifestado en su discurso de recepción que "los votos de su gobierno eran por el "restablecimiento de instituciones libres y fuertes, que dieran a la "Europa garantías de que el orden público se conservaría, haciendo "un grande elogio de las virtudes cívicas y de los talentos militares " y políticos del Libertador". El plan no podía ser más peregrino. Llevaba el carácter de condicional, sin compromiso formal ulterior hasta que se perfeccionase, cuidando prevenir que el consejo no contaba con el asentimiento del Libertador, ni era posible que lo diese en los términos en que se había concebido el proyecto, ni consentiría jamás en coronarse rey; pero que podía contarse con la seguridad de que se sometería a la decisión del congreso y aún la apoyaría. En la hipótesis de transformar de este modo la República en una monarquía, Bolívar continuaría mandando la República durante su vida con el título de Libertador, y sólo después de su muerte entraría a reinar el príncipe de alguna de las dinastías de Europa que se eligiese: pero siendo probable que los Estados Unidos del Norte y las demás repúblicas de la América se alarmaran y pretendiesen turbar el derecho perfecto de Colombia para cambiar su forma de gobierno, la intervención eficaz de la Gran Bretaña y de Francia era una condición indispensable. Los representantes de Inglaterra y de Francia, Campbell y Bresson, convinieron en todo con los ministros del Libertador (15 de septiembre de 1829). Se expidieron en consecuencia los respectivos despachos e instrucciones a los gobiernos respectivos y a los agentes diplomáticos de Colombia en Europa.

Bolívar, que desde el mes de mayo (1829) estaba instruído por sus ministros de los trabajos que se hacían en favor del plan monárquico, y había sido directamente interpelado, dejó pasar más de tres meses sin contestar. Al fin lo hizo, desechando la idea de una monarquía, no por mala en sí, sino por imposible, y reveló por la primera vez lo que llamaba su secreto (3 de septiembre). Este secreto consistía en la disolución de Colombia, separando a Nueva Granada de Venezuela, por no existir conexión entre ambos países, conservándose la primera íntegra con la anexión de Quito, regido el todo por "el me-"jor gobierno, que era un presidente vitalicio y un senador heredita-"tario como el que en 1819 había propuesto en Guayana". Protestaba, como de costumbre, que él quería separarse del mando, para ser un mero mediador común entre ambos Estados.

Apenas trascendió el plan de monarquía, sublevóse la opinión republicana de Venezuela y Nueva Granada. Atribuyeron al Libertador el intento de coronarse rey, y sus enemigos y aun los sostenedores de su dictadura se pronunciaron públicamente contra él. Córdoba, el héroe de Ayacucho, que con látigo en mano había presidido el pronun-

ciamiento de Bogotá contra la convención de Ocaña, se levantó en Antioquía (14 de septiembre). Fué vencido y cobardemente asesinado a sablazos después de rendido, cubierto de heridas recibidas en el combate. Estas fueron las novedades con que se encontró Bolívar en Popayán, de regreso de la campaña contra Guayaquil, después de ajustar la paz con el Perú. Estaba física y moralmente enfermo; padecía de insomnios, y su carácter se resentía de este estado espasmódico. Su naturaleza estaba gastada, y nadie le daba tres años de vida, que él alargaba hasta seis a lo sumo, con la conciencia de que su carrera estaba terminada, y tristemente. Había perdido la confianza en sí mismo, y sabía que no podía contar ya con el amor de sus conciudadanos. Fué entonces cuando, después de transcurridos seis meses de la iniciativa del proyecto de monarquía, lo condenó abiertamente y reprobó en términos ásperos la conducta de sus ministros y amigos (22 de noviembre). El historiador clásico de Colombia, Restrepo, que era uno de los ministros, admirador de Bolívar hasta después de muerto, ha descripto la escena que tuvo lugar con este motivo en el consejo de gobierno, con un rasgo a lo Tácito, raro en su estilo seco y descolorido, que ha impreso sobre su frente un tizne, cual sus más encarnizados enemigos no lo han estampado jamás. "Al terminarse la lectura de "la nota del Libertador, fué uniforme el sentimiento de los miembros "del consejo de ministros: la indignación. Creyéronse sacrificados a la "popularidad de Bolívar, y que sin consideración a sus largos y fie-"les servicios al gobierno de Colombia y a la independencia de su pa-"tria, se les había dejado deslizarse por un camino peligroso".

Los ministros renunciaron en masa; pero él no aceptó la renuncia, y les dió una satisfacción amistosa, considerándose moralmente solidario, y delegó en ellos la dictadura, delegación que no fué admitida. Así terminó el sueño monocrático de Bolívar.

XI

Al finalizar el año de 1829, Venezuela consumó su revolución con Páez a la cabeza, y se declaró república independiente, desconociendo la autoridad del Libertador, cuya política estigmatizó amargamente, y decretó su ostracismo. Colombia quedó disuelta. Este fué el golpe de muerte. Bolívar, reducido a la Nueva Granada, donde era un extranjero y un huésped incómodo, convocó el congreso constituyente prometido, que se reunió bajo estos tristes auspicios (20 de enero de 1830).

En el mensaje que el Libertador dirigió al Congreso, repitió su acostumbrada renuncia: "Libradme del baldón que me espera si con-"tinúo ocupando un destino que nunca podrá alejar de sí el vituperio "de la ambición. Un nuevo magistrado es ya indispensable para la "república. El pueblo quiere saber si dejaré alguna vez de mandarlo. "Los Estados americanos me consideran con cierta inquietud, que pue-"de atraer sobre Colombia males semejantes a los de la guerra del "Perú. Disponed de la presidencia de la república, que abdico en vues-"tras manos. Desde hoy, no soy más que un ciudadano armado para "defender la patria y obedecer al gobierno". Y terminó diciendo: "Me "ruborizo al decirlo: la independencia es el único bien que hemos adquirido a costa de todos los demás". Aun a este precio, la independencia era ganancia, porque era el bien de los bienes, y el establecimiento de la república democrática, tan embrionaria como fuese, valía todos los sacrificios hechos en su honor. Y aun perdida la última esperanza,

tal confesión sólo podía hacerse por un hombre inmaculado en los comunes errores, para señalar el camino de la salvación.

Bolívar, fatigado y desesperanzado, depositó el ejercicio del mando en su consejo de ministros, cerró su secretaría y se retiró a su pintoresca quinta de Fucha, presente de la munificencia pública, a inmediaciones de Bogotá. Desde ese día no volvió a reasumir el mando. Despidióse anticipadamente de sus compatriotas con palabras de profunda melancolía: "Colombianos: hoy he dejado de mandaros. "Veinte años os he servido en calidad de soldado y magistrado. He sido "víctima de sospechas ignominiosas, sin que haya podido defenderme "la pureza de mis principios. Nunca, os lo juro, ha manchado mi men-"te la ambición de un reino, que mis enemigos han forjado artificio-"samente para perderme en vuestra opinión. Escuchad mi última voz "al terminar mi carrera política: os ruego que permanezcáis unidos "para que no seáis los asesinos de la patria y vuestros propios verdu-"gos" (20 de enero de 1830).

En el seno del Congreso se formaron dos partidos: uno por la reelección de Bolívar y otro por su separación absoluta de la vida pública. La opinión estaba decididamente contra él, y sólo lo sostenía el pretorianismo y los intereses personales de sus partidarios. García del Río, el consejero de San Martín en sus proyectos de monarquía y el propagador en la prensa de Bogotá de la misma idea durante las negociaciones de protectorado con Inglaterra, era uno de los jefes del partido de la reelección, y escribía por este tiempo a San Martín: "Estoy tan comprometido por la causa del Libertador y la del orden, "que si ésta no triunfa, soy hombre perdido. Dios sabe cómo termina-"rá la revolución de Venezuela: de su desenlace, y del de la vida pú-"blica de Bolívar, pende mi existencia. En todo este año puedo subir "al patíbulo o al ministerio, ser desterrado o proscripto, o tener delan-"te de mí un porvenir próspero. No hay medio para mí. En las revo-"luciones yo creo que es necesario tener banderas fijas: me he alis-"tado en las de Colombia, Bolívar y el orden, y con ellas saldré avante, "o encallaré. El congreso constituyente, del cual soy miembro por "Cartagena, terminará sus trabajos en todo abril: será republicana, y "aunque no muy buena, lo mejor en las circunstancias actuales. Pro-"mulgada que sea, y si Bolívar continúa al frente de los negocios, es "probable que la nueva administración será buena y vigorosa. En este "caso se tratará de someter a Venezuela; el resultado de esta tenta-"tiva lo decidirá todo para Colombia, para Bolívar y para mí".

Bolívar se dejó llevar por la corriente, que lo arastraba en el sentido de sus moribundas ambiciones, y no obstante la solemnidad de su anterior renuncia y de su anticipado adiós a los colombianos, pensó reasumir el mando y trabajar decididamente por su reelección. Un motín estalló en la capital a favor de esta idea, a los gritos de ¡Viva la religión y el Libertador como presidente dictador!, que inmediatamente se apaciguó sofocado por la opinión. Los diputados reeleccionistas fueron amenazados de muerte por los republicanos liberales. Sus mejores amigos se declararon abiertamente en su contra, temiendo por su suerte y aun por su seguridad personal. "El, en un estado de ina-"nición física y moral —según uno de sus confidentes en esta época—, "fluctuaba de un extremo a otro, sin fijarse en ningún punto. La afren-"ta de presentarse ante el mundo como proscripto, lo entristecía". El gobierno delegado había invitado al Congreso a disolverse, por considerar inútiles sus tareas constituyentes en el estado de desorganización del país (abril 15 de 1830). El Congreso no se adhirió a esta

invitación, que alarmó a Bolívar. Consultó entonces a sus amigos, y todos, unánimemente, fueron de opinión que debía retirarse por siempre de la vida pública. El presidente del consejo, en quien el había delegado el mando, se pronunció en este sentido en su presencia, encabezando una comisión de notables. El Libertador se inmutó y le insinuó que consideraba su opinión sospechosa, como aspirante a sucederle en la presidencia. "¿Cómo quedo yo —exclamó— siendo el ludibrio de mis enemigos, y apareciendo ante el pueblo como un proscripto? ¿Por qué el Congreso no admitió mi renuncia desde los primeros días de su instalación, y así habría dejado yo el puesto con lucimiento?". Uno de los presentes le interrumpió, haciéndole sentir que era un extranjero en Nueva Granada, proscripto hasta por su propia patria: "General, en la *Nueva Granada*, dondequiera que fijéis vuestra residencia, seréis el oráculo acatado por todos, seréis nuestro Washington". El doble ostracismo de Colombia quedó pronunciado. Bolívar se sometió a su destino.

Dictada la nueva Constitución, calcada sobre la de Cúcuta, que fué rechazada por Venezuela, el Libertador presentó al Congreso su última renuncia, esta vez en términos nobles y sencillos, que revelaban una convicción impuesta por una triste necesidad: "La patria exige de mí el sacrificio de separarme para siempre del país que me dió vida, para que mi permanencia en Colombia no sea un impedimento a la felicidad de mis conciudadanos". (abril 27). Esta vez la renuncia quedó aceptada. Fué nombrado presidente don Joaquín Mosquera, jefe del partido liberal, que le era opuesto. Su retrato fué despedazado por los liberales. El Congreso, empero, le tributó los merecidos homenajes, declarándolo "el primero y mejor ciudadano de Colombia", y le acordó durante su vida una pensión de treinta mil pesos anuales (9 de mayo de 1830). Apenas contaba con medios de subsistencia y no tenía lo suficiente para vivir fuera de su país. Su gran patrimonio se había disipado en el curso de la revolución, sin que él lucrase con los tesoros de que pudo disponer a discreción.

El libertador del Norte, Simón Bolívar, que afirmó la emancipación de la América meridional entró como el libertador del Sud, José de San Martín, que había preparado su triunfo, en la región de las sombras del ostracismo, crepúsculo y aurora de la inmortalidad de los dos.

CAPITULO LI

EPILOGO

LOS DOS LIBERTADORES. — LOS DOS OSTRACISMOS. RESULTADOS FINALES. — JUICIO POSTUMO.

I

La posteridad ha pronunciado su juicio definitivo sobre los dos libertadores de la América meridional, cuya vida pública, envuelta en el movimiento revolucionario de su tiempo, hemos relatado: SAN MARTIN y BOLIVAR.

Los dos fueron grandes en su medida, los más grandes hombres que después de Washington la América haya producido, dignos de figurar en el panteón universal como colaboradores del progreso humano. Los dos cumplieron su misión redentora en el orden de los hechos, dando el uno la primera señal de la guerra continental, cuyo plan concibió, y terminándola gloriosamente el otro. Sin San Martín en el sud del Continente y sin Bolívar en el norte no se concibe cómo pudo haberse efectuado la condensación de las fuerzas revolucionarias, que dió el triunfo final, ni cómo el uno sin el otro hubiese podido llenar su tarea libertadora. Los dos erraron, empero, como políticos, y quedaron más abajo de la razón pública y aun de los instintos de las masas que removían, y no pudieron o no supieron dirigir en sus desarrollos orgánicos la revolución que acaudillaron militarmente. El tiempo, que disipa las falsas glorias y acrecienta las verdaderas, ha borrado las sombras que oscurecieron parcialmente en vida estas personalidades típicas, símbolos de una epoca, que señalan la aparición de un nuevo mundo republicano, que es el fenómeno político más considerable que haya presenciado el siglo XIX. Sus contornos se destacan netamente en el horizonte de la historia, y han merecido ambos la apoteosis de su posteridad, después de alcanzar su centenario, sometidos a la prueba del tiempo en presencia de su obra.

En el gran drama de la revolución hispano-americana, que tiene por teatro un vasto territorio igual a la cuarta parte del globo, que se ex tiende desde el cabo de Hornos hasta el golfo de Méjico y sobre ambos océanos, los dos primeros actores, las dos grandes figuras continentales

son las de sus dos libertadores, que, partiendo de extremos opuestos, convergen a un punto céntrico movidos por las fuerzas que organizan y dirigen. Su vida y su obra tiene la unidad de la epopeya de la emancipación de un mundo nuevo, con su genialidad, su acción heroica, su carácter trágico, sus desfallecimientos y sus delirios, y coinciden hasta en la melancólica catástrofe. Roto el destino del uno antes de terminar su obra, y roto el del otro en medio de su apogeo, la revolución sigue su marcha lógica, como en las carreras antiguas, caído el conductor en la arena, el carro triunfador llegaba a la meta, abandonados los corceles a su noble instinto.

Los dos libertadores representaron alternativamente la hegemonía de dos grandes grupos de pueblos que trabajaban en pro de su independencia; pero con diversas tendencias y opuestos objetivos internacionales, aunque con un mismo propósito inmediato.

Tocó a la República Argentina y a Chile, acaudilladas por San Martín, sostener y hacer triunfar la bandera de la insurrección en el sud del Continente, y llevar sus armas libertadoras de mar a mar y desde la región templada hasta la línea del ecuador, juntamente con el Perú. Allí se operó la conjunción de las fuerzas batalladoras de la América del Sud, y allí se abrazaron y se repelieron los dos libertadores. La hegemonía del Sud sólo pudo consolidar condicionalmente su propia independencia, dejando incompleta su obra en el Alto y Bajo Perú, aunque contribuyó eficazmente a completar la del Norte y hacer posible su dilatación.

Tocó a Colombia, acaudillada por Bolívar, la tarea de hacer triunfar la insurrección en el norte de la América meridional, libertando a Venezuela y Nueva Granada, y a Quito en unión con las armas peruano-argentino-chilenas; afirmar la independencia del Perú y Bolivia, y garantizar indirectamente por siempre la de las demás repúblicas de la América del Sud que se habían libertado por sus propios esfuerzos y mantenido alzada la bandera de la insurrección cuando estaba abatida en todo el resto de la América, incluso Colombia.

La lógica de la historia se cumplió en los dos libertadores como caudillos de las dos hegemonías que representaban en acción y en conflicto. San Martín cedió el puesto a Bolívar, entregándole los destinos de la revolución sudamericana, que podía hacer triunfar en las batallas mejor que él. Con su abdicación dió un alto ejemplo de virtud cívica, pero sobre todo, de prudencia y buen sentido, por cuanto era un acto impuesto por el destino a que tuvo la fortaleza de conformarse. Bolívar coronó la obra, y los dos triunfaron en definitiva. San Martín miró sin envidia que Bolívar, con quien compartía la gloria de libertad la mitad de medio mundo, alcanzase y mereciese la corona del triunfo final reconociéndose modestamente inferior a él en esfuerzos y hazañas, aunque fuera moral y militarmente más grande, y aun cuando en el orden de los principios elementales corresponda el triunfo póstumo a la hegemonía que representó. La fatalidad los iguala: los dos mueren en el ostracismo.

II

El destino de los emancipadores de acción y pensamiento de la América meridional, es trágico. Los precursores de la revolución en La Paz y Quito, murieron en el cadalso. Miranda, el gran precursor de la emancipación sudamericana, murió solo y desnudo en un calabozo, entregado a sus enemigos por los suyos. Moreno, el numen de la revolución argentina, que propagó la doctrina de la democracia, murió expatriado en la

soledad de los mares. Hidalgo, el caudillo popular de la revolución de Méjico, murió en un patíbulo. Belgrano, el precursor de la independencia argentina, que salvó su revolución en las batallas de Salta y Tucumán, murió en la oscuridad y la miseria, en medio de la guera civil. O'Higgins, el héroe de Chile, acabó sus días en la proscripción, precedido por Carrera, su rival y su colaborador, a quien la fatalidad arrastró al cadalso en tierra extraña. Itúrbide, el verdadero libertador de Méjico, murió fusilado víctima de su ambición. Carlos Montufar, el jefe de la revolución de Quito, como su compañero Villacencio, promotor de la de Cartagena, fueron ahorcados. Los primeros presidentes de Nueva Granada, que imprimieron carácter a su revolución, Jorge Tadeo Lozano y Camilo Torres, murieron sacrificados por la restauración del terrorismo colonial. Piar, el que dió la base militar de operaciones a la insurrección colombiana, murió ajusticiado por Bolívar, a quien enseñara el camino de la victoria final. Rivadavia, el genio civil de la América del Sud, que dió la fórmula de sus instituciones representativas, murió en el destierro. Sucre, el vencedor de Ayacucho, fué asesinado alevosamente por los suyos en un camino desierto. Bolívar y San Martín murieron en el ostracismo. El de San Martín fué acto deliberado de su voluntad, aunque impuesto por su destino. El de Bolívar, aunque pronunciado por él mismo al agotarse sus fuerzas vitales, empezó con su apogeo y terminó con su catástrofe.

Los ostracismos de los dos libertadores participan del carácter de sus acciones en la vida contemporánea, y en la prolongación de su influencia póstuma. El del uno es estoico. El del otro es atormentado.

San Martín, después de ver cerrado por siempre el libro de su destino, que creyó entreabierto por un momento al ser llamado al Perú después de su abdicación, pasó desde Mendoza a Buenos Aires, donde fué recibido por el menosprecio y la indiferencia públicos. No tenía patria, esposa ni hogar, y el capitán ilustre de tres repúblicas no tenía dónde pasar revista en el ejército argentino. Tomó en sus brazos a su hija huérfana de madre y se dirigió silenciosamente al destierro (fines de 1823). Allí se encontró frente a frente a la miseria. Los fondos con que contaba en Europa para subsistir, confiados a la fidelidad de un amigo, habían sido jugados por éste en la bolsa de Londres. De este modo, sus manos quedaron puras del oro que se había aliado al bronce heroico del libertador.

Cinco años después, sintió la necesidad de respirar el aire de la patria, y regresó a ella con la intención de acabar oscuramente sus días en la tierra natal. La guerra entre el Brasil y la República Argentina había terminado gloriosamente para ésta. Al llegar a la rada de Buenos Aires, el 12 de febrero de 1829, aniversario de sus gloriosos triunfos de San Lorenzo y Chacabuco, encontró en las puertas de la patria un letrero escrito por manos argentinas, que decía: "AMBIGÜEDADES: "El general San Martín ha vuelto a su país a los cinco años de ausen- "cia; pero después de haber sabido que se han hecho las paces con el "emperador del Brasil". Como se ha dicho, la respuesta de San Martín había sido dada dos mil años antes por la boca de Escipión, insultado por sus compatriotas en el aniversario de una de sus grandes batallas: "En un día como éste salvé a Roma. Vamos al templo a dar gracias a "los dioses tutelares del Capitolio, para que siempre tenga generales que "se me parezcan". Ni dió esta respuesta, ni mandó grabar sobre su sepulcro: "Ingrata patria, no tendrás mis huesos". Volvió al eterno destierro, y dió modesta y generosamente su respuesta desde la tumba: "Deseo que mi corazón descanse en Buenos Aires".

III

Bolívar, despojado del mando supremo, se retiró a inmediaciones de Cartagena, sin conformarse con el poder perdido ni decidirse a abandonar las playas de la patria. Allí supo la muerte de Sucre, que le había escrito dos años antes, que si no se retiraban en tiempo, perderían la cabeza. Estaba moribundo, pero no perdía la esperanza de ser el hombre providencial de Colombia, ya que no había podido serlo de toda la América, según sus designios. Había augurado la anarquía, y ella se produjo casi inmediatamente. El la vió estallar con complacencia, y la alentó indirectamente con su actitud y sus palabras. Lo agrió más una comunicación del presidente Mosquera, su antiguo amigo, notificándole que Venezuela ponía por condición a la paz con Nueva Granada su alejamiento perpetuo. Entonces exclamó: "¡No, no me iré deshonrado!".

Los partidarios personales del Libertador propalaban que sólo él podía encadenar las furias de la fuerza armada, y que por esta razón principalmente consideraban necesaria la perpetuación de su influencia. Los hechos parecían darles la razón. Parte de Venezuela y de la Nueva Granada levantó las armas en favor de su dictadura. Quito y Guayaquil siguieron el ejemplo de Venezuela, deslizándose de Colombia y formaron un Estado independiente, bajo la denominación de República del Ecuador (mayo 1830). El gobierno de Mosquera fué derribado en Bogotá. La guerra civil se encendió. Los amigos triunfantes en la capital, encabezados por Urdaneta, le llamaron a ponerse de nuevo al frente de la República para restablecer la unidad colombiana. Envanecido y agriado, tuvo la debilidad de aceptar. "No debo excusarme de contribuir —"contestó a los revolucionarios— en cuanto dependa de mis facultades "al restablecimiento del orden, a la reconciliación de los hermanos ene-"migos y a recuperar la integridad nacional. Para lograr tan vastos fi-"nes, ofrezco a la patria todos los sacrificios de que soy capaz. Desde "luego me pondré en marcha para la capital a reiterar mis protestas so-"lemnes de obedecer las leyes del país y las autoridades legalmente "constituídas".

La muerte lo salvó del oprobio de dar pábulo a la guerra intestina de Nueva Granada, y a la guerra de carácter internacional con Venezuela y el Ecuador. Su ambición moribunda connaturalizada con su ser lo llevaba fatalmente, o a subir de nuevo al poder levantado por las bandas pretorianas que él había hecho prevalecer sobre las instituciones, enajenándose la confianza y la estimación públicas, o a ser vencido otra vez por las fuerzas morales de la opinión y la acción irresistible de los pueblos por él violentados. Agravada su enfermedad, se retiró a Santa Marta, buscando las brisas vivificantes de la mar. Trasladado a la quinta de San Pedro de Alejandría, a 10 kilómetros de la ciudad, empezó allí su agonía. Sus últimas palabras fueron consignadas por escrito, en una alocución al pueblo de Colombia, dictadas por él, que fué leída al tiempo de recibir la eucaristía: "Mis votos son por la felicidad de mi "patria. Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se con-"solide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro". El Libertador que escuchaba la lectura, sentado en una butaca, agregó con voz ronca: "¡Sí, "al sepulcro... es lo que me han proporcionado mis conciudadanos... "pero los perdono! Ojalá yo pudiera llevar conmigo el consuelo de que "permanezcan unidos". Fueron las últimas palabras acordes que de él se recuerdan. En seguida empezó el delirio precursor de la muerte. Expiró el 17 de diciembre de 1831 a la una de la tarde, a la edad de cua-

renta y siete años, cuatro meses y veintitrés días. Murió con la espada victoriosa de Colombia rota en sus manos, y Santa Marta presenció más tarde su apoteosis póstuma.

IV

Un año después de expirar Bolívar en Santa Marta, fué atacado San Martín por el cólera, que por aquel tiempo asoló la Europa (octubre de 1832). Vivía en el campo con su hija, y sólo contaba con los pobres recursos que le había proporcionado la venta de la casa donada por el Congreso argentino por la victoria de Maipú. Su destino, según sus propias palabras, era ir a morir en un hospital. Un antiguo compañero de armas suyo en la guerra de la Península, un español, el opulento banquero Aguado, vino en su auxilio y le salvó la vida, sacándolo de la miseria. Le hizo adquirir la pequeña residencia de campo de Grand Bourg, a orillas del Sena, a inmediaciones del olmo que, según tradición, plantaron los soldados de Enrique IV que sitiaban a París. Allí, en una sencilla habitación rodeada de árboles y flores, en que abundaban las plantas americanas, que él mismo cultivaba, vivió largos años triste y concentrado, pero sereno, llevando el peso de su ostracismo voluntario, quejoso a veces de la ingratitud de los hombres y deplorando la triste suerte de los pueblos por cuya independencia tanto había trabajado, aunque sin desesperar de sus destinos. Sólo una vez se reanimó su antiguo entusiasmo, y fué cuando, por un estrecho criterio que estaba en su naturaleza y en sus antecedentes históricos, creyó ver amenazada la independencia y el honor de su patria por las cuestiones de la Francia y la Inglaterra con el tirano Rosas (1845-1849), manifestando con la autoridad de su nombre y de su experiencia militar, que la América era inconquistable por la Europa. Sus instintos de criollo despertaban. Consecuente con este modo de ver, legó al tirano de su patria: "el sable "que me ha acompañado en toda la guerra de la independencia de la "América del Sud —son las palabras de su testamento—, como prueba "de la satisfacción que como argentino he tenido al ver la firmeza con "que el general Rosas ha sostenido el honor de la República contra las "injustas pretensiones de los extranjeros que trataban de humillarla". En presencia de la muerte como en el curso de su carrera heroica, él no veía ni quería comprender otra cosa que la independencia, que fué la pasión de su vida, a la que sacrificaba todo, no obstante condenar los actos crueles del tirano a quien honraba más allá de sus días. No es posible salir inmaculado en la lucha de la vida, y es desgracia de los grandes hombres sobrevivir a su época, cuando no tienen una misión que llenar en la tierra, y cuando sin la noción de la vida contemporánea, su alma no se agita al soplo de las pasiones que le rodean.

Al fin llegó el término de su trabajada existencia. La muerte empezó por los ojos. La catarata, esa mortaja de la visión, empezó a tejer su tela fúnebre. Cuando el famoso oculista Sichel le prohibió la lectura — otra de sus pasiones—, su alma se sumergió en la oscuridad de una profunda tristeza. La muerte asestó el último golpe al centro del organismo. La aneurisma que llevó siempre latente en su seno, amortiguó las palpitaciones de su gran corazón. Trasladóse a Boulogne-sur-Mer en busca, como Bolívar, de las brisas vivificantes del mar, y allí tuvo la conciencia de su próximo fin. El 13 de agosto, hallándose de pie en la playa del canal de la Mancha, con la vista apagada perdida en el nebuloso horizonte, sintió el primer síntoma mortal. Llevó la mano al corazón, y dijo con una pálida sonrisa, a su hija que le acompañaba como

una Antígona: *C'est l'orage qui mène au port!* El 17 de agosto de 1850 empezó su agonía. "Esta es la fatiga de la muerte", exclamó, y expiró en brazos de la hija de su amor, a las tres de la tarde, a la edad de setenta y dos años y seis meses, para renacer a la vida de la inmortalidad. Chile y la República Argentina le levantaron estatuas. El Perú le debe todavía la que le decretó. La Nación Argentina unida y constituída según sus votos, repatrió sus restos mortales, celebró su apoteosis, le erigió su monumento fúnebre en la catedral de su metrópoli como al más grande de sus trascendentales hombres de acción consciente.

V

Hemos dicho que en el orden definitivo de las cosas el triunfo final de los principios elementales de la revolución sudamericana corresponde a San Martín, aunque la gloria de Bolívar sea mayor; porque si el uno es más colosal y llena mejor su misión activa de libertador, el otro es moral, militar y políticamente más grande y equilibrado, por su carácter, por su ciencia y conciencia, y por los resultados ulteriores que responden a su iniciativa.

En la vida pública de San Martín y Bolívar se combinan y se distribuyen desigualmente los dos elementos de que se compone la historia: uno activo y presente, que forma la masa de los hechos; otro pasivo y trascendental, que constituye la vida futura. De estos dos elementos, surge uno nuevo, que se combina con ambos, y es la impresión en las almas contemporáneas y la influencia en la posteridad, que viven como idea abstracta o como efectos de causa anterior, cuyas vibraciones armónicas se prolongan en el tiempo. Bolívar representó una de estas fases, y San Martín la otra. La obra política de Bolívar en el orden nacional e internacional, ha muerto con él, y sólo queda su heroica epopeya libertadora al través del continente por él independizado. La obra de San Martín le ha sobrevivido, y la América del Sud se ha organizado según las previsiones de su genio concreto, dentro de las líneas geográficas trazadas por su espada.

La revolución sudamericana, como queda indicado, está representada, durante la lucha de la independencia, por dos hegemonías político-militares: la argentina primero, que asume el carácter de chileno-argentino-peruana, después, acaudillada por San Martín; y la hegemonía guerrera de Colombia, acaudillada por Bolívar.

La República Argentina, al dar la señal de la guerra ofensiva en 1817 y reconquistar a Chile, impuso a su general por regla de conducta infundir a los pueblos libertados por sus armas que "ninguna idea de "opresión o conquista, ni intento de conservar la posesión del país au-"xiliado, la llevaba fuera de su territorio, y que la consolidación de la "independencia y la gloria de las Provincias Unidas del Sud, eran los "únicos móviles a que debía atribuirse el impulso de la campaña" (véase cap. XIII, § VII). Libertado Chile por las armas argentinas, celebróse una alianza sobre la base de su recíproca independencia, a fin de garantizar la de las demás secciones americanas, y llevar adelante su plan de propaganda armada con arreglo a un nuevo derecho internacional, que sólo admitía por excepción las intervenciones contra el enemigo común en nombre de la solidaridad de destinos, repudiando las conquistas y las anexiones como hechos perturbadores del equilibrio futuro; y como consecuencia de estos principios fundamentales, la formación del mapa político de la América meridional, con sus fronteras definidas por la tradición histórica, sin violar los particularismos nacionales. Su fin era

la emancipación con todas sus consecuencias lógicas y necesarias de hecho y de derecho, libertando pueblos para entregarles sus propios destinos, y determinar así la regla según la cual las nuevas nacionalidades debían constituirse en el futuro en obediencia a su espontaneidad. Este programa, cumplido en todas sus partes, da la clave para explicar el movimiento alternado y progresivo de la revolución sudamericana en su desarrollo gradual y en sus resultados ulteriores y finales. Según él, se organizan las Provincias Unidas del Río de la Plata dentro de sus propios elementos coherentes; reasume Chile su soberanía y se declara la independencia del Perú, bajo los auspicios de la hegemonía argentino-chilena. El mapa político del Sud de la América meridional queda trazado. Esta es la obra que representa San Martín como libertador, y esta obra es el equilibrio internacional sudamericano, que la Europa no ha encontrado todavía.

La hegemonía colombiana, más guerrera que política, obedece a otro principio y a otros propósitos. Bajo la mano poderosa de Bolívar, se condensa la revolución del norte de la América meridional; los particularismos violentados se confunden, las fronteras se borran, y Venezuela, Nueva Granada y Quito forman un gigantesco cuerpo de nación, poderoso como máquina de guerra, pero débil por su falta de cohesión geográfica y social. Este es el tipo de la política colombiano-boliviana; libertadora, conquistadora y absorbente. Bolívar liberta al Perú; pero lo convierte en nación parásita de Colombia; liberta al Alto Perú, y lo convierte en feudo de su personalidad. Pretende unificar artificiosamente los nuevos Estados autonómicos, fundando un imperio monocrático con presidencias vitalicias, en oposición a las leyes naturales y en pugna con el nuevo derecho de gentes inaugurado por la hegemonía argentina, y al reaccionar contra las mismas tendencias de la revolución, quiere hacerla retrogradar al régimen colonial en lo administrativo e imponer en el orden del derecho público instituciones que repugnan a la índole democrática de los pueblos.

Las políticas de estas dos hegemonías constituyen el último nudo internacional de la revolución sudamericana. En el choque de estas dos políticas continentales prevalece por sí mismo el principio superior a que obedecen los acontecimientos por gravitación natural. Militarmente operan su conjunción en el Ecuador, y sus armas se combinan para dar los golpes finales al enemigo común, en Quito y el Perú. En el Perú se opera su divorcio. En Bolivia se encuentran frente a frente. La República Argentina cede de sus derechos históricos y reconoce la independencia del Alto Perú, fiel a sus principios proclamados. Declara al mismo tiempo al Libertador, que pretende llevar sus armas hasta el Paraguay para someterlo, que el principio tradicional de su política respecto de las diversas secciones americanas se fundaba en la regla de no hacer entrar ningún territorio por la fuerza en la asociación nacional, ni intervenir en su orden interno.

En este contacto y este choque, la política boliviana se gasta y es vencida. El Perú se emancipa de su tutela y Bolivia se subleva contra su dominación reasumiendo la integridad de su soberanía. Colombia se disuelve en manos de su creador. Venezuela, Nueva Granada y Quito se convierten en repúblicas independientes, obedeciendo a la ley orgánica de su naturaleza. Toda la América queda definitivamente organizada en el orden interno y en el orden internacional, según el plan geográfico y político de la hegemonía argentino-chileno-peruana, representada por San Martín. La gloria de Bolívar es imperecedera y su acción como libertador más decisiva en su tiempo; pero su obra política muere con

él, y no le sobreviven ni sus designios, ni sus tendencias, ni sus ideales, porque estaban en pugna con las leyes naturales y perturbaban el dinamismo vital de las nuevas sociabilidades sudamericanas. La obra de San Martín le sobrevive en sus efectos inmediatos y en sus resultados ulteriores, y con ella la acción eficiente a que responde como libertador del sud del Continente.

VI

Los hombres de acción o de pensamiento que, como San Martín, realizan grandes cosas, son almas apasionadas que elevan sus pasiones a la potencia del genio y las convierten en fuerzas para obrar sobre los acontecimientos, dirigirlos o servirlos. Ellos marcan las pulsaciones intensas de una época, de las que se deduce una ley positiva, reveladora de las leyes morales en actividad, y de percusión de las ideas circulantes en la corriente humana. Manifestaciones de una vida múltiple y de una potencia individual, condensadores o generadores del movimiento fecundo, obran sobre su tiempo como una acción eficiente o se lanzan en las corrientes permanentes, y de este modo su influencia se prolonga en los venideros como hecho durable o como pensamiento trascendental.

Así como cada pueblo tiene un rasgo principal, del que todos los demás se derivan, y como las partes componentes del pensamiento se deducen de una cualidad original, así también en los hombres que condensan las pasiones activas de su época, todos sus rasgos y cualidades se derivan y deducen de un sentimiento fundamental, motor de todas sus acciones. En San Martín, el rasgo primordial, el sentimiento generador de que se derivan y deducen las cualidades que constituyen su ser moral, es el genio del desinterés, de que es la más alta expresión en la revolución sudamericana, ya sea que medite en su limitada esfera intelectual, luche, destruya, edifique según sus alcances; mande, obedezca, abdique y se condene al eterno silencio y al eterno ostracismo.

Según este criterio y esta síntesis, puede formularse su juicio póstumo, sin exagerar su severa figura histórica, reducida a sus proporciones naturales, ni dar a su genio concreto, de concepciones limitadas, un carácter místico, al reconocer que pocas veces la intervención de un hombre fué más decisiva que la suya en los destinos de un pueblo, explicando a la vez la aparente contradicción y fluctuación de sus ideas y principios guiadores en medio de la lucha, por la inflexible lógica del hombre de acción en presencia del pasado y del presente, bajo la luz en que le vieron los contemporáneos y lo contemplarán los venideros. Como lo hemos dicho ya, la grandeza de los que alcanzan la inmortalidad no se mide tanto por la magnitud de su figura ni la potencia de sus facultades, cuanto por la acción que su memoria ejerce sobre la conciencia humana, haciéndola vibrar de generación en generación en nombre de una pasión, de una idea, de un resultado o de un sentimiento trascendental. La de San Martín pertenece a este número. Es una acción y un resultado que se dilata en la vida y en la conciencia colectiva, más por virtud intrínseca que por cualidades inherentes al hombre que las simboliza; más por la fuerza de las cosas que por la potencia del genio individual.

San Martín concibió grandes planes políticos y militares, que al principio parecieron una locura, y luego se convirtieron en conciencia que él convirtió en hecho. Tuvo la primera intuición del camino de la victoria continental, no para satisfacer designios personales, sino para multiplicar la fuerza humana con el menor esfuerzo posible. Organizó

ejércitos poderosos, que pesaron con sus bayonetas en las balanzas del destino, no a la sombra de la bandera pretoriana ni del pendón personal, sino bajo las austeras leyes de la disciplina, inoculándoles una pasión que los dotó de una alma. Tuvo el instinto de la moderación y del desinterés, y antepuso siempre el bien público al interés personal. Fundó repúblicas, no como pedestales de su engrandecimiento, sino para que vivieran y se perpetuaran por sí, según su genialidad libre. Mandó, no por ambición, y solamente mientras consideró que el poder era un instrumento útil para la tarea que el destino le había impuesto. Fué conquistador y libertador, sin fatigar a los pueblos por él redimidos de la esclavitud, con su ambición o su orgullo. Abdicó conscientemente el mando supremo en medio de la plenitud de su gloria, si no de su poder, sin debilidad, sin cansancio y sin enojo, cuando comprendió que su tarea había terminado, y que otro podía continuarla con más provecho para la América. Se condenó deliberadamente al ostracismo y al silencio, no por egoísmo ni cobardía, sino en homenaje a sus principios morales y en holocausto a su causa. Sólo dos veces habló de sí mismo en la vida, y fué pensando en los demás. Pasó sus últimos años en la soledad con estoica resignación, y murió sin quejas cobardes en los labios, sin odios amargos en el corazón, viendo triunfante su obra y deprimida su gloria. Salvador de la independencia de su patria en momentos en que la República Argentina vacilaba sobre sus cimientos, fundó dos repúblicas más, y cooperó directamente a la emancipación de la América del Sud. Es el primer capitán del Nuevo Mundo, y el único que haya suministrado lecciones y ejemplos a la estrategia moderna, en un teatro nuevo de guerra, con combinaciones originales inspiradas sobre el terreno, al través de un vasto continente, marcando su itinerario militar con triunfos matemáticos y con la creación de nuevas naciones que le han sobrevivido.

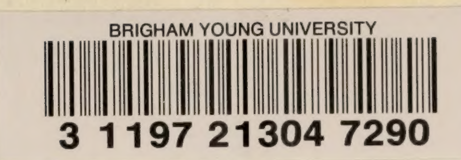
El carácter de San Martín es uno de aquellos que se imponen a la historia. Su acción se prolonga en el tiempo y su influencia se transmite a su posteridad como hombre de acción consciente. El germen de una idea por él incubada, que brota de las entrañas de la tierra nativa, se deposita en su alma y es el campeón de esa idea. Como general de la hegemonía argentina primero, y de la chileno-argentina después, es el heraldo de los principios fundamentales que han dado su constitución internacional a la América, cohesión a sus partes componentes y equilibrio a sus Estados independientes. Con todas sus deficiencias intelectuales y sus errores políticos, con su genio limitado y meramente concreto; con su escuela militar más metódica que inspirada, y a pesar de sus desfallecimientos en el curso de su trabajada vida, es el hombre de acción deliberada y trascendental más bien equilibrada que haya producido la revolución sudamericana. Fiel a la máxima que regló su vida, "FUE LO QUE DEBIA SER", y antes que ser lo que no debía, prefirió "NO SER NADA". Por eso vivirá en la inmortalidad.

INDICE

del Tomo Segundo



SE TERMINO DE IMPRIMIR
EN BUENOS AIRES, EN LOS
TALLERES GRAFICOS DE
LA EDITORIAL TOR, EL
DIA 17 DE AGOSTO DE 1950,
AÑO DEL LIBERTADOR
GENERAL SAN MARTIN.


BRIGHAM YOUNG UNIVERSITY
3 1197 21304 7290

